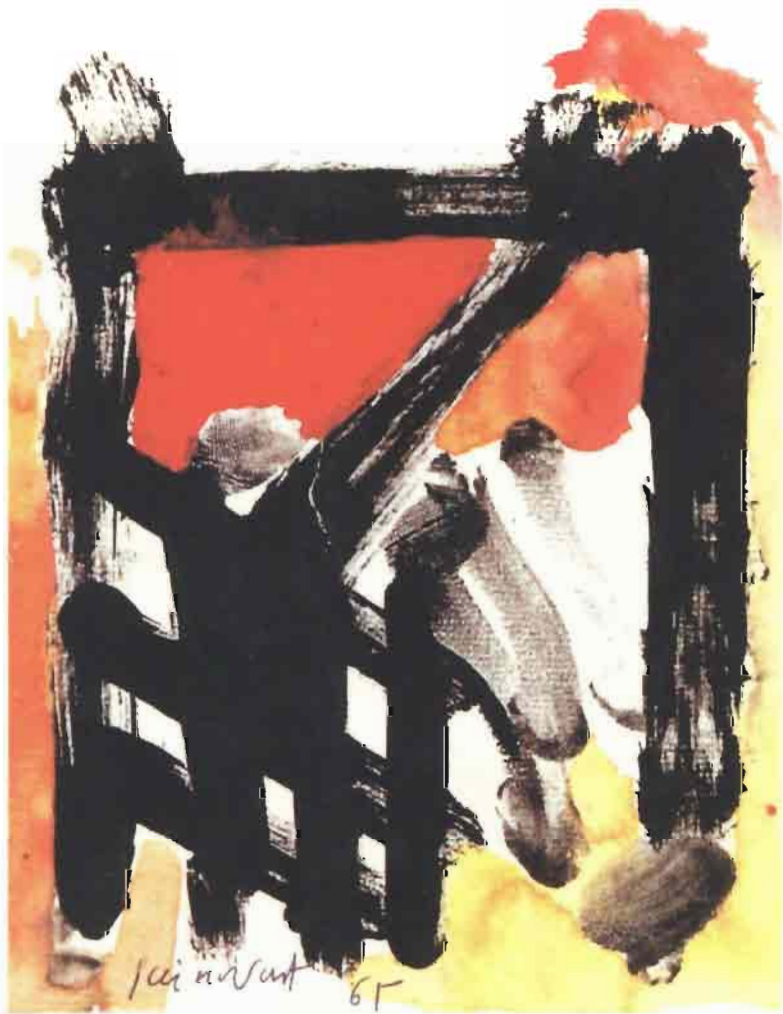


Tomasa Cuevas Gutiérrez

Jorge J. Montes Salguero (editor)



Testimonios de mujeres
en las cárceles franquistas



TESTIMONIOS DE MUJERES EN LAS CÁRCELES FRANQUISTAS

**BIBLIOTECA AZLOR
INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES
HUESCA**

1693

TESTIMONIOS DE MUJERES EN LAS CÁRCELES FRANQUISTAS

Tomasa Cuevas Gutiérrez

Edición preparada por

Jorge J. Montes Salguero



**INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES**
Diputación de Huesca



Ficha catalográfica

Cuevas Gutiérrez, Tomasa

Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas / Tomasa Cuevas Gutiérrez;
edición preparada por Jorge J. Montes Salguero
Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004

913 p. : il ; 21 cm. - DL. HU-335/2004 - ISBN 84-8127-150-0

1. Mujeres presas-España-1939-1955. 2. España-Historia-Guerra civil, 1936-1939
Mujeres. I. Título.
946.0"1936/1939"(092.02)
929-055(460)"19"

© Tomasa Cuevas Gutiérrez

© De esta edición: Instituto de Estudios Altoaragoneses

Edición y coordinación: Jorge J. Montes

Corrección: Ana Bescós

Fotografías y documentos: Tomasa Cuevas

Diseño de cubierta: Marta Chéliz

Ilustración de cubierta: Guinovart (del libro *Cárcel de mujeres, 1939-1945*)

ISBN: 84-8127-150-0

Depósito legal: HU-335/2004

Preimpresión: Arascán

Imprime: Grafic RM Color, S. L.

Instituto de Estudios Altoaragoneses (Diputación de Huesca)

Parque, 10. E-22002 Huesca • Tel. 974 294 120 • Fax 974 294 122

www.iea.es • iea@iea.es

ÍNDICE

Introducción a una edición necesaria e imprescindible	11
LIBRO PRIMERO. <i>Cárcel de mujeres (1939-1945)</i>	
Prólogo, por Teresa Pàmies	21
Introducción	25
1. Pascuala de mi pueblo	69
2. Las hermanas penadas a muerte	75
3. La falsa acusada	81
4. Ceci me respondió en años difíciles	83
5. La católica	85
6. La luchadora	89
7. Un parto en la cárcel	91
8. Ayudar a las milicias	97
9. La cárcel de Guadalajara	101
10. La menor	127
11. Un testimonio póstumo	145
12. El Socorro Rojo	149
13. No olvidó a sus compañeras	159
14. Pasos clandestinos	163
15. La Dinamitera	169
16. Las monjas recuperan su convento	181
17. Otra de las menores	195
18. Otra cárcel que se cierra	209
19. La socialista	219
20. La comandante de intendencia	227
21. La extremeña	241
22. Ventas y Segovia	249
LIBRO SEGUNDO. <i>Cárcel de mujeres: Ventas, Segovia, Les Corts</i>	
Prólogo, por Josep Benet	265
Introducción	267
1. La cárcel	273
2. Un diamante en bruto	297
3. Las Alicias	319
4. Prisión de madres	321
5. Paz	347

6. La sindicalista	361
7. Parte de una vida.....	381
8. Las labores	401
9. La catalana	409
10. La manchega	439
11. El olvido y la historia.....	441
12. Propaganda clandestina.....	457
13. Llego a Barcelona desterrada.....	467
14. La funcionaria de prisiones.....	507
15. De la cárcel a la clandestinidad	509
16. La fuga	517
17. El paso de la frontera	529
18. Les Corts	537
Epílogo, por Josep Bonifaci.....	583

LIBRO TERCERO. *Mujeres de la resistencia*

Prólogo, por Francisco Candel.....	589
Introducción	591
1. Las guerrilleras.....	593
2. Ayuda a guerrillas	621
3. Dos viejas luchadoras	657
4. La ciega sin alas pero con mucho valor	681
5. Las de Madrid	707
6. Las burgalesas	767
7. Las valencianas	783
8. Aragón y Cataluña	825
9. De Les Corts a la clandestinidad	841
Bibliografía	901
Índice de cárceles de mujeres	907
Índice onomástico de las mujeres más representativas	911

INTRODUCCIÓN A UNA EDICIÓN NECESARIA E IMPRESCINDIBLE

Han transcurrido casi veinte años desde que se edita, en tres volúmenes diferentes, la colección de testimonios de mujeres que habían sufrido la represión franquista en las prisiones de la postguerra, realizada por una mujer que las vivió en su persona, Tomasa Cuevas Gutiérrez.¹ Antes de iniciar una mínima reseña de la biografía de Tomasa, me gustaría contarle mi descubrimiento de estos libros: mientras trabajaba en una investigación sobre las mujeres republicanas en la España franquista en la Biblioteca Nacional, me encontré con la primera edición de 1982 de *Mujeres en las cárceles franquistas* en la Editorial Casa de Campo de Madrid. Era un librito con errores de paginación y ortográficos; me llamó la atención por el conjunto de testimonios que incluía; y la autora, que ya había dejado su testimonio personal en un libro imprescindible para los historiadores que investigamos la resistencia en este periodo, de Giuliana di Febo,² en ese momento desconocía que hubiera otra edición, o más tomos con nuevos testimonios; eso me llevó al Archivo del PCE, donde se encontraban los tres tomos, que hoy ven de nuevo la luz. Incomprensiblemente, no estaban depositados en la Biblioteca Nacional, las razones las ignoro, pero hoy, en el siglo XXI y con todo lo escrito y revelado por los líderes políticos como Santiago Carrillo, no sería extraño que todo sea fruto de aquel pacto de silencio que hizo posible *la Transición* y que para muchos fue el olvido y el silencio de sus torturas, sus años de prisión, su militancia en la mayoría de los casos comunistas; era mejor callar y dejar pasar a nuevas generaciones de líderes. ¡Qué injusta que es la realidad y la historia para los que mantuvieron su resistencia contra Franco!

Cuando tuve los tres libros de Tomasa en mis manos y pude leerlos con tranquilidad, gracias a la colaboración de Victoria Ramos, directora del Archivo del PCE, que me fotocopió los ejemplares, sin obstáculo alguno y desinteresadamente,³ desde ese momento no tuve duda de que había que editar de nuevo esta colección de testimonios de mujeres; pero fue Manolita del Arco, militante comunista y amiga personal de Tomasa, quien más me animó a mi labor de preparar la edición, me facilitó los libros originales, me animó a ir a ver a Tomasa a Barcelona, me abrió el camino a una información imprescindible para hacer esta edición, como muchas militantes

¹ CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa, *Mujeres en las cárceles franquistas* fue editado en una edición con múltiples erratas en la Editorial Casa de Campo, de Madrid, en 1982; fue el primer volumen de los tres que en 1985 se editan, incluyendo este, ya corregido y sin apenas erratas, con el título de *Cárcel de mujeres 1939-1945* y los dos que completan la colección, con el de *Mujeres de la resistencia*, en Ediciones Siroco, en Barcelona, 1985-1986.

² DI FEBO, Giuliana, *Resistencia y Movimiento de Mujeres en España 1936-1976*, Barcelona, Icaria, 1979.

³ Creo que es de justicia reconocer que cada uno de los historiadores que acudimos al archivo del PCE, en la Calle Olimpo en Madrid, estamos en deuda con Victoria Ramos, siempre nos atiende con eficacia, pero en especial con mimo y dedicación, fruto, sin duda, de su formación histórica y su buen hacer de militante comunista y del su labor como directora del mismo.

comunistas, que son solo eso, militantes que pasaron veinte años de su vida en las prisiones franquistas, y merecen un libro con su vida y su ejemplo de lucha y dignidad. Manolita me llevó también a conocer a Josefina Amalia Villa, militante como ella y compañera en la cárcel, y amiga también de Tomasa, mujer luchadora e íntegra donde las haya, y que no solo tiene una memoria prodigiosa, sino que le facilitó a Tomasa en el segundo volumen de testimonios numerosa información de mujeres que están incluidas en el mismo, siempre huyendo del protagonismo y figurando en el anonimato. Jose Amalia es así, me ha regalado numerosos testimonios que verán la luz en un próximo libro.

Tomada la decisión de ver a Tomasa, me puse en contacto con Mari Salvo en Barcelona, amiga de ella y mujer cuyo tremendo testimonio está en los libros, y me acompañó a ver a Tomasa el 27 de agosto de 2003.

Tomasa Cuevas se encuentra ingresada en una unidad de larga estancia de un centro sociosanitario público, la edad y las secuelas de los años de cárcel y resistencia han debilitado su salud. Por otra parte, con sus escasos recursos económicos no puede mantener los cuidados que precisaría en su domicilio, pero conserva su fuerte carácter y se rebela contra el olvido y la desatención de tantos a los que ayudó. En su silla de ruedas y con grandes dificultades de audición, aún aparece como la mujer fiera e indomable que entregó su vida por una causa: la libertad, y que fruto del machismo y la injusticia histórica, espera, no sin rebelarse, el final de una vida olvidada por tantos y utilizada por todos.

He de confesar que mi entrevista fue difícil y supongo que ella está cansada de recibir gente y que luego no vuelvan, de ahí su falta de entusiasmo cuando le propuse preparar esta edición, pero también he de decir que al despedirme saqué la sensación de que lo deseaba y espero que haya cumplido, y no engrosé esa larga lista de historiadores que la visitan y luego se olvidan de ella.

Igualmente contacté con un historiador muy comprometido con el tema, Ricard Vinyes, que, cuando le comenté mi intención, me animó advirtiéndome de las dificultades que podría encontrar y facilitándome la transcripción de una excelente entrevista con Tomasa, que me ha permitido describir quién es la verdadera protagonista que realizó la ingente labor de recorrer España y grabar los testimonios de las mujeres encarceladas por Franco, así como las dificultades para la elaboración y edición de sus libros. La entrevista estaba incluida y supervisada en la primera redacción de esta introducción, pero una vez leída por Tomasa Cuevas, me pidió que no la incluyera. Yo he respetado esta decisión.

Muy brevemente trataré de resumir en unas líneas la apasionante vida de Tomasa Cuevas.

Tomasa Cuevas Gutiérrez

Nació en un pueblecito de Guadalajara, Brihuega, el 7 de marzo de 1917, hija de un obrero, nieta de un albañil y un hornero, en cuyo horno su padre trabajó ayudando a sus abuelos, simultaneándolo con su trabajo en una fábrica de harinas. Al sufrir su padre un accidente cuando ella era muy pequeña, su madre tuvo que ir trabajar como asistenta para sacar adelante a ella y a sus cinco hermanos; dos de ellos murieron en el largo periodo de hospitalización de su padre, más de dos años. Al salir del hospital tuvo que emigrar la familia al completo a Guadalajara; Tomasa no fue a la

escuela hasta los seis años,⁴ lo cual no le impidió integrarse inmediatamente, como tantos jóvenes, en el recién fundado Partido Comunista de España nada más llegar la II República. Realizó la labor con otros camaradas de organizar las juventudes del partido en Guadalajara; tenía solo catorce años, su labor como toda su vida en ese periodo era la de colaborar con el partido en todo aquello que se le encargaba, enlace, ocultar armas, organizar huelgas, etcétera. El golpe de Estado contra la República le sorprende en Guadalajara formando parte de las Juventudes Socialistas Unificadas,⁵ participando activamente en la guerra civil, lo que le lleva a ser detenida en mayo de 1939 y condenada a treinta años de prisión. Cumpliendo en distintas prisiones cinco años (pasó por las cárceles de Guadalajara, Durango —Bilbao—, Santander, Amorebieta —Bilbao—, Madrid y Segovia), sale de la cárcel en libertad provisional en 1944, con veintisiete años. Inmediatamente entra en contacto con su partido e inicia las labores de la resistencia contra el franquismo en la clandestinidad; se traslada a Barcelona, donde trabaja como asistenta en diversos domicilios. Pero ella necesitaba tiempo para su labor de militante y encuentra trabajo en un pequeño taller de confección, su labor clandestina es en especial de enlace y de colaboración con la guerrilla urbana, labor altamente peligrosa: trasladar las armas desde la frontera, entregarlas a los camaradas, acudir a las citas, donde no se podía esperar más de cinco minutos; su labor de enlace entre la guerrilla y el Partido es elogiada por todos los militantes y camaradas que la conocen. En 1945 es detenida de nuevo junto con quien es ya su compañero y marido, Miguel Núñez; fueron interrogados bajo torturas, Tomasa nunca delata a nadie, es más, su compañero le envía un mensaje indicándole que dé los nombres de los que están ya detenidos, para evitarle más torturas, y ella le contesta con su ironía y fuerte carácter que no puede dar ningún nombre: "tengo un problema, yo no me hablo con la policía".⁶ En aquellos largos interrogatorios, debido a los golpes y malos tratos del comisario Polo, se le produce una lesión de columna que arrastrará toda su vida. Permaneció en la cárcel de Les Corts de Barcelona un año. El 6 de julio de 1947, tras permanecer dos meses escondida con su marido, nacerá su única hija, Estrella Núñez Cuevas, fruto de la unión con Miguel, y se trasladan ambos con la pequeña a Madrid, donde vivían los padres de Miguel. Él trabaja de contable en una tienda y siguen colaborando con las labores clandestinas, incluso Tomasa marcha a Andalucía y de nuevo hace de enlace con la guerrilla. Tiene que dejar a su hija con su suegra, con apenas diecisiete meses, para volcarse en su actividad política dentro del Partido; vuelve a Reus, de nuevo Madrid, finalmente es recluida en el Hospital de Pedrosa en Santander, donde permanece ingresada por su lesión de columna durante más de dos años, sin poder ver a su hija y bajo vigilancia policial. Cuando está parcialmente curada, con ayuda de camaradas pasa a Francia,

⁴ Toda esta parte relativa a su infancia la relata ella misma en el primero de sus libros en la introducción a los testimonios, y a él me remito, podrá comprobar el lector que su rebeldía era ya innata, sufrió tantas vejaciones que, como a ella misma le gusta decir, nada más proclamarse el 14 de abril de 1931 la II República, con apenas catorce años, ya se había fundado el Partido Comunista y ella comenzó a participar en sus juventudes.

⁵ Véase Vinyes, Ricard, *La formación de las JSU*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

⁶ Véase el testimonio de Miguel Núñez en SERRANO, Daniel y Rodolfo, *Toda España era un cárcel*, Madrid, Suma de Letras, 2002, pp. 95 y ss.

donde está durante cinco años, y vuelve en 1961. Mientras Miguel Núñez es detenido y cumple condena en Burgos hasta 1967, ella continúa su labor y acude en reiteradas ocasiones a visitar a Miguel a Burgos. Junto con Manolita del Arco, se entregó de tal manera a sus labores de partido, muchas de ellas peligrosas y de gran riesgo, que sacrificó no solo su salud sino también su propio proyecto de familia con Miguel; hoy él está divorciado de ella, después de haber sido diputado por el PSUC.

La actual edición

He tratado de respetar al máximo los deseos de Tomasa, no se ha añadido ni suprimido nada de los tres tomos, editados por Sirocco, solo se ha tratado de corregir erratas y se le ha añadido un índice de prisiones y de nombres de mujeres para facilitar su consulta a los investigadores. Y se acompaña una bibliografía sobre el tema que abra la puerta a nuevas investigaciones.

Esta edición es un reconocimiento a la labor de Tomasa Cuevas como agradecimiento por haber hecho lo que gente mucho más preparada no hizo, y pese a las múltiples dificultades no se desanimó, y es recuperar la memoria que no debimos perder nunca y que ella nos deja para nuestra historia. Sufrió la discriminación en todos los ámbitos por ser mujer, comunista y sin preparación intelectual, pero eso no le impidió entregarse a la causa, ayudó en las prisiones a multitud de compañeras; por ello no es de extrañar que ellas, cuando llegó con su magnetófono a recoger sus testimonios, se los dieran sin reservas.

La edición se divide en tres partes, cada una dedicada a uno de los libros.

Tengo que agradecer la colaboración de Manolita del Arco y de Jose Amalia Villa; sin ellas no hubiera sido posible esta edición, no solo por sus testimonios, sino por el ánimo que me han dado y me dan cada día para lograr que se haga, me han hecho vibrar y emocionarme en tantas ocasiones hablándome de Tomasa y de tantas mujeres; a todas ellas va dedicada esta edición, a su memoria, a sus descendientes y familiares, y de forma especial a las que anónimamente dieron su vida por la libertad y hoy todavía no sabemos dónde reposan sus restos, ellas son el ejemplo de los que creemos y luchamos por que otro mundo sea posible.

Mi agradecimiento a Mari Salvo, no solo por su testimonio tan duro y difícil, sino también por abrirme las puertas a conocer a Tomasa.

Y mi reconocimiento por su apoyo, su sensibilidad y por toda su obra a Teresa Pàmies, pero en especial por estar al lado de Tomasa; ellas dos saben lo que quiero decir.

Por último quiero hacer público mi agradecimiento al Instituto de Estudios Altoaragoneses de la Diputación de Huesca, y en especial al presidente de su Patronato, Antonio Coscolluela Bergua, así como a su director, Fernando Alvira Banzo, a Pilar Alcalde Arántegui y a todo su personal, que, pese al alto coste de esta edición y su laboriosidad, demostraron siempre enorme sensibilidad y han facilitado los medios para su realización, así como a la UNED, mi universidad, como instituciones públicas que son, encargadas de dar el mejor servicio a los ciudadanos, y mi crítica a las editoriales privadas que desdijeron este proyecto.

Jorge J. MONTES SALGUERO

CÁRCEL DE MUJERES

(1939 - 1945)

LIBRO PRIMERO

Se lo dedico a mi hija **Estrella** y a **todos los** niños, hoy hombres y mujeres, que como ella se vieron privados de sus padres porque fueron fusilados, **encarcelados, exiliados u obligados** a la **clandestinidad por la dictadura franquista**.

De todo lo que se refiere a biografía me hago responsable, no así de los relatos de algunas compañeras de cautiverio en las cárceles franquistas, de unas no he vuelto a saber más y otras han muerto, pero en este libro va mi pensamiento para todos los que han pasado por las cárceles, por los siniestros conventos habilitados en penales, a todo lo largo y lo ancho de nuestra España.

Los testimonios que han sido recogidos en cinta magnetofónica y transcritos al libro son palabras de mis compañeras, de una pequeña parte de sus vidas —sus trágicas vidas— en manos del franquismo, en la clandestinidad, en comisarías y cárceles. No las he alterado. Sus voces quedan en las cintas para cualquier comprobación.

A todas ellas mi gratitud, así como a todas las personas que me han prestado su ayuda para la grabación de estos testimonios vivos, y también a las jóvenes Noli, Elena, Nuri y Josefa Camarena por transcribir las cintas poniendo toda su atención en ello gracias con todo cariño.

En este libro han colaborado los correctores Joaquín Horta y Alicia Herráiz.

PRÓLOGO

Tomasa Cuevas es una desconocida en el mundo literario pero no entre las mujeres y los hombres que lucharon contra el fascismo en los años más crueles y siguen luchando para consolidar y desarrollar la tímida democracia arrancada con tantos sacrificios. Conocida y respetada, no solo entre los que compartimos su militancia comunista, sino también por los miembros más activos de otros partidos democráticos y en los círculos más progresistas de la familia cristiana de Cataluña.

¿Conocida por qué? Por su participación incansable en todas las acciones de solidaridad hacia los encarcelados y los perseguidos por el franquismo, actividad en la cual Tomasa Cuevas se mostró valerosa y desarrolló iniciativas que exigen algo más que arrojo y entrega a una causa noble: capacidad organizativa.

No hace falta haber tenido acceso a una instrucción superior para destacar en la Historia, así, con mayúscula, puesto que los combates en los cuales ha participado Tomasa Cuevas desde su adolescencia ya son Historia. Y no hace falta ser escritora para escribir un libro como el que ella nos ofrece, crónica de esos combates.

Recientemente apareció un libro de la periodista italiana Guliana di Febo sobre la participación de las mujeres españolas en la resistencia al fascismo desde 1936 hasta 1939. Una de las protagonistas de este libro es Tomasa Cuevas, que facilitó a la escritora romana informaciones interesantes sobre el tema. En el prólogo que le escribió María Dolores Calvet se hace referencia a Tomasa pero no coincidió con ella y me permito exponerlo en este prólogo aun a sabiendas de que Tomasa Cuevas comparte, en cierto modo, la crítica de María Dolores formulada en estos términos: "Tomasa Cuevas, gran luchadora antifascista, pone el dedo en la llaga cuando recrimina que no se la haya preparado para las tareas políticas. Como ella, miles de mujeres que en los más duros años del fascismo sufrieron cárceles y torturas, que fueron enlaces imprescindibles en la guerrilla y que agruparon los primeros núcleos de partidos y organizaciones en el interior, en un momento dado descubren que no están preparadas para la nueva situación. En la lucha antifascista, armada o no, han dado todo lo que tenían y nadie *ha invertido* en ellas, nadie les ha dicho que deben leer, que deben cuidar su vida personal, que dentro de un tiempo hará falta un nuevo tipo de político más reflexivo, no tan activista; y sin embargo, sin los activistas de todos estos años de fascismo, hoy la democracia en España no sería posible".*

Los activistas de la calidad de Tomasa Cuevas son siempre necesarios al combate revolucionario. No se puede decir que "nadie ha invertido" en mujeres como Tomasa. Se ha invertido lo más valioso para una persona que hizo del combate obrero el sentido de su existencia misma. Se ha invertido la confianza, cuando *confiar* en alguien era tan arriesgado a todos los niveles. A Tomasa Cuevas se le confiaron las tareas que ella deseaba, para las cuales tenía dotes excepcionales y que no consistían en tareas secundarias sino, en muchos casos, de gran responsabilidad e importancia. ¿Que nadie le dijo que debía leer? Es un reproche que me parece poco serio. Conozco a Tomasa desde hace veinte años. La he visto actuar en circunstancias muy difíciles

* DI FEBO, Giuliana *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1939*, Barcelona, Icaria, 1979, p. 8.

y complejas y siempre se desenvolvió y ayudó a otros a desenvolverse, a otros y a otras que, con toda su instrucción y preparación teórica y sus cargos directivos, tenían las cosas menos claras. Tomasa ha dicho muchas veces que los libros le caían de las manos pero ella leía a su manera. Sus libros eran las personas concretas, las luchas cotidianas, los conflictos que planteaban estas luchas y las lecciones que ofrecían sus protagonistas, mujeres y hombres. No hace falta llegar a los comités centrales para realizarse plenamente en la lucha revolucionaria. Y el hecho de que una mujer como Tomasa no haya sido *promovida* a cargos de dirección no es ninguna prueba de discriminación machista por parte de sus compañeros de militancia. El machismo se manifiesta de manera más sutil, incluso promoviendo mujeres a los comités centrales.

Lo que ocurre es que Tomasa Cuevas es la compañera de Miguel Núñez, miembro del Comité Ejecutivo del PSUC y del Comité Central del PCE, y mucha gente, incluso en las organizaciones comunistas y en el movimiento feminista, critican la promoción o simple empleo de las mujeres de los dirigentes en cargos de dirección o en el aparato del Partido. Lo califican de *nepotismo*, de *enchufismo*, etc. Así, sin saberlo, practican un machismo encubierto de fraseología ética intrínsecamente discriminador de la mujer.

Si Tomasa Cuevas no hubiese sido la compañera de un dirigente seguramente ocuparía hoy un cargo de responsabilidad acorde a su probada capacidad organizativa, a su inteligencia natural avalada por un currículo intachable. Pero el corazón tiene sus razones y en la vida de una pareja no debe entrometerse nadie. En esta sociedad hecha por los hombres, las mujeres que tienen la *desgracia* de enamorarse de un dirigente han de resignarse a ser la amante, la secretaria o la enfermera del señor, o a renunciar a formar pareja con el hombre que les va. Tomasa Cuevas no se conformó a ser lo primero y evitó la situación límite a que podía conducir su no resignación. Realizó la proeza de ser ella, Tomasa Cuevas, estimada y respetada por ella misma sin convertirse, como dijo María Teresa León, en “la cola del cometa”, refiriéndose a ella misma y a su célebre marido. Tomasa irradia luz propia y ella —solo ella— sabe lo difícil que ha sido avanzar por la vida militante junto a su compañero. Es una luz que no deslumbra, ciertamente, pero no menos auténtica. Las páginas de este libro la irradian de vez en cuando, con una intensidad sobrecogedora porque se proyecta sobre las páginas más dramáticas de nuestra historia colectiva.

Es cierto que, a veces, los militantes muy activos en la clandestinidad encuentran dificultades para adaptarse a un tipo de militancia más abierta y, sobre todo, a formas de acción política que exigen estudiar documentos, participar en debates teóricos, elaborar análisis políticos y redactar resoluciones, etc. Esto no se resuelve con *mentores* ni cursillos en escuelas de cuadros. Requieren enfoques distintos en cada persona. Yo no concibo a Tomasa Cuevas detrás de un escritorio ni empollando las obras completas de nuestros maestros.

Y sin embargo... sin embargo, Tomasa ha dedicado meses y meses a una tarea que le habría sido mucho más fácil si hubiese estado familiarizada con tareas de escritorio. Ha reunido, con ayuda de un magnetófono, libretas y bolígrafos, los testimonios más estremecedores para elaborar, junto con su propia experiencia, el libro que me honro en prologar. Otros y otras en su caso habrían arrojado la esponja ante el cúmulo de trabajo *de escritorio* que ha exigido elaborar este libro. Kilómetros y kilóme-

tros de cinta magnetofónica; centenares de cuartillas mecanografiadas por jóvenes compañeras que la ayudaron a copiar lo grabado, dejándole a ella —pues solo ella podía hacerlo— la engorrosa tarea de ordenar, coordinar, verificar materiales valiosos pero a veces reiterativos. Viajes a diferentes ciudades y pueblos, búsqueda de viejas compañeras diseminadas por España o en el exilio, insistir ante las recalitrantes o las cansadas... y todo, con una salud quebrantada por una vida de trabajo físico penoso desde la infancia, maltratos en comisarías, precarias condiciones de existencia y el cuidado de familiares enfermos o ancianos. Y Tomasa lo consiguió. Y con ello ha culminado una nueva etapa de su larguísimo combate.

El libro de Tomasa Cuevas es una aportación valiosa al conocimiento de la historia de nuestra resistencia al fascismo y los historiadores deberán contar con él para reconstituir, en su día, la epopeya de un pueblo, para explicar lo que significó, para millones de españoles humildes, hombres y mujeres, el triunfo militar del fascismo en España el año 1939.

¿En qué consiste este testimonio? No es el de Tomasa Cuevas únicamente. Para hablar de ella sola no se habría embarcado en tan difícil empresa. Es la narración directa de lo que pasó con las familias de los combatientes republicanos derrotados, aunque no vencidos. Es la odisea de unas mujeres que, por serlo en toda la dimensión, asumieron una doble carga en aquella derrota: la de defender sus ideales si los tenían o su dignidad de mujeres y madres de revolucionarios perseguidos o asesinados.

Algunos de los relatos parecerán increíbles a quien no tenga idea de la naturaleza del fascismo. Todavía hay gente que pone en duda la existencia de los hornos crematorios en los campos de exterminio nazis. La acción represiva del fascismo se apoyó en el lema de Himmler: "Cuanto más horribles sean los medios que empleemos, menos se los creerán cuando se denuncien". El infierno descrito por las mujeres que han hablado con Tomasa Cuevas no es, pese a todo, lo horripilante que fue en realidad.

La evocación autobiográfica de los primeros pasos de Tomasa por la senda revolucionaria sugieren imágenes gorkianas, superadas ya gracias a los avances de la clase obrera en su lucha por mejorar sus condiciones de existencia. Puede que esas evocaciones resulten ingenuas o *populistas* a los más jóvenes, pero reflejan la realidad de una época y la autora tiene, no solo el derecho sino el deber de reflejarla, aun a riesgo de parecer algo *primitiva* en la forma de expresarlo. Yo diría que ese *primitivismo* es uno de los méritos de la evocación autobiográfica de Tomasa Cuevas porque corresponde a su talante, a su propia manera de andar por el mundo, a su estilo personal.

Sin embargo, la esencia de este libro no es la peripecia personal de su autora sino el conjunto de testimonios que reúne, testimonios de un mismo combate vivido a niveles distintos. Por su variedad, por la entidad moral de las protagonistas —a algunas de las cuales conozco personalmente y admiro de verdad—, por el ámbito penitenciario que cubren, constituyen un documento sin precedentes, mucho más completo y veraz que la novela autobiográfica de Juana Doña. Tomasa Cuevas ha elaborado su libro en condiciones más favorables puesto que no pesa sobre ella la amenaza de los censores franquistas. Ha llegado el momento, no de pasar factura por los sufrimientos asumidos sino de explicar, sencillamente, lo que ocurrió en las cárceles fascistas para que no vuelvan a repetirse jamás aquellos horrores.

Ahora bien: en el libro de Tomasa Cuevas no está todo lo que la mujer española sufrió y superó en los años de posguerra. Todavía habrá que abordar el análisis de esos hechos, un análisis que permita desentrañar el sentido de las contradicciones o lagunas que contienen. Pero esto no se lo ha propuesto Tomasa Cuevas. Ella solo ha pretendido dar tribuna a sus compañeras de combate y cautiverio, proporcionarles un altavoz desde el cual dejar constancia de hechos que la Historia deberá registrar. Y lo ha logrado.

Tomasa Cuevas no espera que le demos las gracias ni aspira a la gloria literaria. Emprendió la aventura de elaborar este libro como una de las muchas misiones que ella misma se ha marcado en su vida de combatiente, sin esperar a que se lo indiquen desde *arriba*. Seguramente habrá encontrado, a su alrededor, gentes que no creyeron en el éxito de su empresa. Tal vez haya tenido que salvar obstáculos a la hora de buscar editor, obstáculos en actitudes escépticas o excesivamente comercialistas. Pero no conocen a Tomasa Cuevas. Es alcarreña y a tenacidad no la ganaría ni el Alcoyano. Yo siempre creí que lo conseguiría porque conozco su energía que nos galvanizó tantas veces, como nos galvanizará este libro.

Teresa PÀMIES

INTRODUCCIÓN

Es curioso que los jóvenes de hoy se preocupen por saber qué ha pasado años atrás. A veces pensamos que no les interesa, pero no es así. Yo tengo bastante trato con jóvenes de distintas capas sociales y hacen preguntas muy curiosas de nuestros primeros años de lucha. Cuando les hablo de las dificultades que nuestro partido tenía en los años de la República para luchar, es una cosa incomprensible para ellos, pues el partido tendría que ser legal y por lo tanto no debería haber tantas dificultades. Se dan cuenta de que no era así puesto que también tuvimos que luchar casi con una ilegalidad o semilegalidad. Y quieren saber, quieren conocer la vida de los viejos militantes del partido. Una de las cosas que más les impresiona es nuestro paso por Jefatura, ante la policía, las torturas sufridas y los relatos de la cárcel vividos en nuestra propia carne. Muchas veces me han dicho: “¿Por qué no escribes?” Pero yo no estoy en condiciones de escribir, pues, como se suele decir, justo sé *hacer la O con un canuto*. Pero a fuerza de insistir, al final he decidido hablar: cómo ha sido mi vida desde niña, por qué llegué al partido y la vida de las cárceles. Esto lo puedo hacer hablando cada vez que tengo un ratito libre y me pongo ante el magnetófono para recordar las cosas que han pasado ante mí y por mí.

Soy de un pueblecito de la Alcarria, Brihuega (Guadalajara), y a pesar de no conocerlo mucho lo recuerdo con gran cariño. Era, no joven, una niña, cuando salí del pueblo y todavía lo recorro con mi imaginación tal como es; incluso puedo decir que no hace mucho tiempo desde el inicio de este relato, en el año 1975, he pasado por aquel y lo he recorrido como si hubiese vivido toda la vida en él. El origen de mi familia es obrero. Mi abuelo materno era albañil; el paterno, hornero. Mi padre era un niño cuando empezó a trabajar en una fábrica de harina del pueblo y además tenía que ayudar a sus padres yendo al bosque a buscar leña para el horno. Ellos eran los dueños y tenían que prepararlo por las mañanas para que las mujeres del pueblo, que iban a hacer su hornada, lo encontrasen a punto. Este era el modo de vida de mis abuelos. Mi padre fue creciendo trabajando simultáneamente en la fábrica y en el horno de sus padres. Era de estatura normal, más bien corpulento, muy moreno, con ojos muy negros y muy brillantes: un hombre guapote de verdad. En su juventud tuvo relaciones con una chica del pueblo. Era muy rubia, con un gran moño y ojos azules, muy bonitos y muy vivos: también era muy guapa. Hacían una pareja de moreno y rubia que llamaban la atención, según decía la gente del pueblo. Sus relaciones terminaron en boda y tuvieron seis hijos. El primero murió casi al nacer; Juan Antonio era su nombre, debido a que mi abuelo paterno se llamaba Juan, y el materno, Antonio. Después tuvieron una hija, y para no perder la tradición, le pusieron Juana Antonia, aunque tanto en la familia como en las amistades y amigos es Antonia a secas. Solo oficialmente utiliza el nombre completo.

Cuando yo tenía tres o cuatro años, no recuerdo muy bien la edad exacta, mi padre tuvo un accidente de caballo. El animal había pisado una cáscara de plátano y al resbalar cayó al suelo, y con él el jinete. La pierna que quedó debajo del caballo se rompió por tres sitios, además de una tremenda herida. Le trasladaron al hospital y el caballo siguió a la gente, y tuvieron que retirarlo haciendo grandes esfuerzos,

pues quería entrar dentro a toda costa. Como anécdota se puede decir que, cuando en la fábrica habían metido ya a trabajar a otro obrero y este llevaba el caballo a hacer el reparto, cuando le dejaba solo en la calle para hacer la entrega de un saco de harina, el caballo se le escapaba y tenía que ir a buscarle a la puerta del hospital. Este animalito era el mejor amigo y compañero de mi padre. Para él eran los terrones de azúcar; a pesar de que tenía a sus hijos, regalaba más al caballo. También su compañera de trabajo y amiga era la *Canela*, una perra, que siempre iba junto a los dos, metida entre las patas del caballo. Esta perra, que yo recuerdo todavía, fue la que vino a casa buscando a mi madre, tirando de las faldas y ladrando bajito, como si llorara, para que la siguiera. Fue la primera noticia que mi madre tuvo del accidente de mi padre. Comprendió que algo pasaba y salió a la calle y, efectivamente, se enteró de que mi padre había sufrido el accidente. En el hospital estuvo dos años. Por aquellos tiempos las roturas, las heridas, no se curaban como se curan hoy, y tardó mucho en reponerse, quitándole y poniéndole escayolas. Mi madre en esos dos años sufrió mucho; tenía que valerse por sí sola para mantener a sus cinco hijos. La mayor ya había empezado a trabajar, de muy corta edad, en la fábrica de tejidos que había en el pueblo, que según me han dicho después había sido una de las primeras fábricas montadas de telares para paños y mantas que hubo en España. Por entonces ya estaba en decadencia, pero mi hermana trabajaba en ella.

Mi hermano Alejandro, dos años menor que Antonia, ayudaba a mis abuelos en el horno, para que nos diesen algo y poder ayudar a mi madre. En ese tiempo también se nos murieron los dos hermanos que había entre mi hermano y yo, Ángel y Concha, de enfermedades infantiles. Alejandro se salvó de puro milagro, estubo también muy mal y se esperaba de un momento a otro que se fuera con sus hermanos. Yo también estuve bastante mal, pero no por enfermedades infantiles. Me pusieron cinco vacunas, de viruela, y me dio tanta fiebre y los brazos se me pusieron con unas costras tan tremendas, que creían que también iba a estirar la pata, lo que me inmunizó, yo creo, para siempre de enfermedades infantiles, porque no tuve nunca ninguna. E incluso me contaron una anécdota que ocurrió con unos vecinos que teníamos al lado de casa. Mi madre trabajaba todo lo que la pobre podía; por las mañanas cocía pan para gente del pueblo, y luego lo tenía que llevar a las casas y después lavaba ropa en el lavadero municipal. Cuando mi madre se iba por las mañanas al horno para hacer la hornada que le habían encargado, a mí me dejaba en casa de una vecina viuda con tres hijos, dos chicos y una chica que se quedaban con la abuelita. La anécdota es esta: un día los niños amanecieron con mucha fiebre; la abuela estaba asustadísima y yo estaba con ellos jugando en la cama. Llamaron al médico y, cuando llegó, mi madre ya me había recogido y estábamos en casa. Al decirle el médico que los niños tenían viruelas y además muy malas, la madre le dijo al doctor:

—Caramba, qué mala sombra, porque no solamente serán tres, sino cuatro.

—¿Cuatro, por qué? —preguntó él.

—Porque Ángela me deja la niña cuando vamos al horno y ha estado toda la mañana con los niños, y lo más seguro es que ella también la tendrá.

El médico volvió a preguntar:

—¿La de Ángela, la pequeña?

—Sí, claro —contestó, a lo cual el doctor afirmó:

—No te preocupes, que a esa no la parte un rayo.

Y así fue, no tuve la viruela. Era cierto, las vacunas me inmunizaron. Vi años más tarde a aquellos chicos y estaban tremendamente marcados por la viruela. Mi hermana, consciente de lo mal que lo pasábamos en casa, dejó el trabajo de la fábrica y se fue a servir a Guadalajara, solo con el objeto de que lo que ganase fuera limpio y quedase una boca menos en casa para comer. Así que quedamos solo mi hermano y yo con mi madre. A mí me salieron los dientes junto a mi madre en el lavadero, lavando pañuelos y calcetines; ella me decía cómo lo tenía que hacer, a pesar de que pasaban después por sus manos como el que repasa una prenda, a ver que tal está lavada o cosida; así hacía ella conmigo. En la fábrica no volvieron a acordarse más de mi padre. Mi madre iba a comprar al almacén que tenían en el pueblo, esos almacenes que existen en las pequeñas localidades que tienen de todo, desde tejidos hasta comestibles y calzado, y mi madre venía diciendo a casa:

—Mira, doña María me ha dado un poco de azúcar para vosotros. ¡Qué buena es doña María!

Y yo con mis pocos años decía:

—¿Buena doña María? Tantas veces que me manda a comprar, ve que se me van los ojos tras de los caramelos y nunca me da uno.

Por aquel entonces los padres de mi madre debían estar ya muertos, yo no los recuerdo. En cambio sí a mis abuelos por parte de padre. Me gustaba mucho ir al horno. A veces me hacían una pajarita de pan, cosa que me gustaba mucho; la ayuda que le prestaban a mi madre era que a veces mi hermano se quedaba a comer con ellos, ya que así les ayudaba a encender el horno, a cortarles la leña a pesar de lo jovencito que era, y a mi madre no le cobraban las hornadas que hacía para poderse ganar un poco la vida. Nos servía de ayuda, pero creo que no era suficiente porque mi padre, incluso después de casado, se preocupaba de que la leña no faltase nunca en el horno de su padre e iba al monte a buscarla igual que cuando era niño.

Es curioso cómo recuerdo las cosas de aquellos primeros años de mi niñez en el pueblo. Recuerdo perfectamente la casa donde vivíamos. La calle tenía un nombre muy raro: le llamaban *las Ledancas*. Había un jardín nada más entrar y al fondo, una pequeña casita.

Era rebelde por naturaleza. Me acuerdo de que hacía cosas de verdadero chico, a pesar de lo cría que era. Una de las cosas por la cual voy señalada para toda mi vida, es que yo pensaba que el ser chico o chica solo consistía en llevar pendientes. Como me gustaba más ser chico, los pendientes me los quitaba y los tiraba a un pozo que había en el jardín. Mi madre, si podía, me ponía otros, pero volvía a hacer lo mismo. En aquellos tiempos, que una niña no llevase pendientes parecía que era una cosa muy rara, y mi madre, la pobre, fue a ver a un primo que tenía un pequeño comercio y le dijo:

—Oye, a ver si me das unos aritos que tengan un tornillito para poner unos pendientes a esta chica que no hace más que perderlos.

Lo que ella no sabía es lo que yo hacía con ellos. Y me pusieron esos aritos que se llaman, o se llamaban, *abridores*. Los debían de llamar así porque con ellos suelen abrir las orejas a las niñas. Me los pusieron. Yo me senté en un rincón de aquel jardín, me metí los deditos en los abridores y empecé a tirar, a tirar. Uno cedió y lo tiré al pozo. El otro no cedía, no solamente metía el dedito y tiraba, sino que con la otra mano hacía fuerza también, y lo que hice fue romperme la oreja. Mi madre,

cabezota como ella sola, me hizo otro agujero en la misma oreja. Pero como me vio quitarme los pendientes ya no me volvieron a poner nunca más ninguno. Pero allí no quedaba la cosa de querer ser chico. Ya no llevaba pendientes, ya me consideraba un chaval. Pero un día vi hacer pipí a un chiquillo. Y entonces me di cuenta de que mi cuerpo no era como el del niño. Y la llorera que cogí fue gorda. Por si mi pobre madre tenía poco que hacer, yo todavía le daba la lata. No sabía qué hacer conmigo; yo lloraba, y lloraba. Me desnudó para ver si tenía algún bicho en el cuerpo. Me tocaba por todos los sitios por si me dolía algo. Pero a mí no me dolía nada, solo lloraba con una perra de esas, de cría, que merecía dos azotes bien dados y se acabó; todo se me habría pasado. Al final, cuando se me pasó el llanto, le dije a mi madre lo que pasaba. Nada, que había visto hacer pipí a Pepito y que no era igual que yo. Y mi madre no sé si me dio azotes; yo no me acuerdo.

De todas formas, mi pasión por querer ser chico no se me iba, y seguía jugando con los chicos; ya me iba haciendo mayor, mi padre seguía en el hospital y yo iba creciendo. Recuerdo que un día apostamos a hacer carreras con los chicos de la viuda donde mi madre me dejaba de más pequeña, que también se iban haciendo mayores igual que yo, y nos apostábamos no sé qué, no lo recuerdo, a ver quién llegaba antes a la fuente de Santo Tomás. Yo corría como un galgo; aunque era muy delgaducha y flaca tenía mucho nervio y llegué la primera. Entonces, para celebrarlo, me subí en la fuente que hacía un picacho y como por el suelo era toda ella de piedra, cuando los chicos me empujaron, me tiraron y me hice una herida cuya cicatriz llevo todavía bajo la barbilla, y se me movió un hueso o no sé qué de la cara, que también se me nota en el carrillo derecho, más hondo que el izquierdo. Tuvieron que llamar al médico y curarme. Pero la cosa no quedó así, porque yo con todo mi vendaje en la cara bajaba por la calle y vi al chavalín que acarrea agua para que su madre amasara la harina para hacer el pan: vi al chiquillo en la fuente con sus cubos, lo cogí por los pies, lo tiré a la fuente y salí corriendo. Se quedó con la cabeza clavada en el fondo del pilón y los pies para arriba. Se salvó de puro milagro. Pasó alguien por la carretera, vio los pies de un crío y lo sacó medio ahogado. La abuela me reñía, me decía que era muy mala. A lo que yo repuse:

—¿Y qué, su nieto qué es? ¿Su nieto no es malo? Pues él por poco me mata. ¿Y qué?

No había tenido nunca juguetes. Mi madre iba a hacer faenas a una casa; en el portal me encontraba con otro chiquillo, que también su madre iba a otra casa de la misma escalera, y los dos jugábamos. El chaval llevaba una pirindola muy maja, que a mí me hubiera gustado jugar pero el chico no me la dejaba. Al final cedió a dejármela con una condición: tenía que enseñarle el culo. Yo le dije:

—Bueno, si me la dejas.

—Pues enseñame el culo.

—Pero tú me la dejas primero.

El chico me la dio, y cuando la tuve en la mano salí corriendo, me fui a la casa donde estaba mi madre y me senté en la cocina donde ella estaba haciendo alguna cosa, a jugar con la pirindola. El chico cogió una rabieta terrible y fue a buscar a su madre para decirle que yo le había hecho no sé qué. Entonces quisieron aclarar las madres lo que había ocurrido entre los dos. El chico decía:

—Me ha quitado la pirindola.

—No, me la has dato tú —respondía yo.

—No, tú me la has quitado.

—No, tú me la has dado.

—Pues entonces, si se la has dado, ¿por qué lloras?

—Porque, porque...

Y yo, como el chico no decía el porqué dije:

—Porque no le he enseñado el culo y me la ha dejado para que se lo enseñara.

El resultado fue que nos dieron unos buenos azotes a los dos y la madre pisoteó la pirindola para que nos sirviera de escarmiento. De esta manera se quedó sin pirindola.

Como era tan rebelde, a mi madre siempre la oía decir —y mi padre también lo decía, incluso cuando ya era mayor— lo diferentes que éramos mi hermano y yo. Me llevaba ocho años; entre mi hermano y yo estaban los dos que murieron. A mi madre siempre le oía decir que mi hermano o era muy bueno, muy bueno, o era muy tonto, muy tonto, porque los chicos le pegaban siempre y se dejaba pegar. Subía llorando a casa y mi hermana tenía que salir en su defensa. Siempre había sido igual. Decía:

—Estos críos tenían que haber sido al revés, esta cría es un chicazo; en cambio, este otro es un pedazo de pan.

La verdad es que no sé si era una pedazo de pan o era un tonto, pero así nos conceptuaban a los dos.

Al fin llegó el momento en que mi padre salió del hospital. Fueron dos años más bien largos. Al salir se encontró con la gran dificultad de no tener trabajo, pues en la fábrica de harina no le volvieron a admitir porque, según ellos, ya era una persona inútil. Lo cual no era cierto, aunque había quedado un poquito cojo. Cuando andaba deprisa sin poner el talón en el suelo, apenas se le notaba la cojera y su fuerza no había disminuido, pues ya he dicho que era un hombre que, aunque no era muy alto, sí era corpulento y acostumbrado siempre a cargar desde que era un crío. En el pueblo tampoco encontró trabajo. Era muy difícil en un pueblo pequeño. Es posible que para las labores del campo, como bracero, hubiese encontrado, pero mi padre de campesino no tenía nada, ni sabía nada. Solo quedaba una solución: la emigración del pueblo. Mi hermana ya estaba sirviendo en Guadalajara y entonces decidimos marchar todos para allá. Y así lo hicimos. Mi padre tuvo muchas dificultades para encontrar trabajo y fue, es curioso, de lo blanco a lo negro. Primero en una fábrica de harina y después en un almacén de carbón. También aquí entró como repartidor. Puede decirse que mi padre estaba destinado a cargar en sus espaldas sacos. Mi hermana seguía sirviendo. No había aprendido ni a leer ni a escribir, pero sí a hacer una buena comida. Y de la casa en que servía, arramplaba la pobre lo que podía de las sobras que quedaban por la cocina para quitarnos el hambre en nuestra casa. Lo que ella podía aportar, junto con lo que ganaba, el sueldo de mi padre era muy bajo y el de mi hermano, que trabajaba muy poco, iba haciendo de peón de un sitio para otro, sin estar en ningún sitio fijo, sin haber podido darle un oficio ni haber ido tampoco a la escuela.

Fueron bastante difíciles nuestros primeros años de emigración del pueblo a la ciudad. Yo empecé a ir a la escuela. Tendría entonces entre seis y siete años, pero no lo hacía periódicamente; tuvimos la mala sombra de que cayera mi madre enferma. Según los médicos, tenía una úlcera en el estómago o algo así, no recuerdo bien, que le producía hemorragias internas. A veces las podía expulsar y casi siempre las expul-

saba por abajo. Pero cuando tenía la hemorragia se ponía a morir y varios años estuvimos pendientes de perderla en cualquier momento. Según dijeron, no se la podía operar, pues no respondería a la operación, y era muy posible que se quedara en ella. Solo con un severo régimen era posible seguir viviendo, pero ese régimen a nosotros nos era casi imposible llevarlo como era debido, ya que nuestros medios económicos eran muy pocos. Mi padre por entonces ganaría, si no recuerdo mal, tres pesetas, lo más tres cincuenta. Lo que aportaba mi hermana tampoco era mucho, y mi hermano, con ser muy buen obrero, un buen trabajador, como hacía de temporero, a veces estaba varias semanas sin trabajar. Yo, la única que había pisado un colegio en la familia, también tenía que faltar a él para quedarme con mi madre cuando se encontraba mal, ya que no podíamos dejarla sola. Iba a un colegio de monjas y cuando faltaba varios días, en vez de preguntarme con buenos modales por qué había faltado, que yo les hubiera explicado los motivos que tenía para ello, lo que hacían era reñirme o castigarme y decirme que me iba a jugar a la calle y que era una vaga y no quería estudiar.

Poco a poco fui abandonando la escuela y solo aprendí a mal leer y a mal escribir. También aprendí a ser rebelde a pesar de que era una criatura en edad de jugar; pero hasta esto me faltaba. Nunca supe lo que era un juguete. Recuerdo todavía hoy una festividad de Reyes. Mi padre, que me veía ir por la casa como una hormiguita, haciendo faenas y atendiendo a mi madre, me trajo aquel día una barrita de guirlache. Es decir, azúcar quemado con almendra, o avellana, o con cacahuete, depende de lo que el bolsillo pueda gastar. Para mí fue una golosina a la que no estaba acostumbrada y colmé de besos a mi padre; si no recuerdo mal, me parece que las lágrimas se le saltaron. Me dijo:

—Mira, nena, verás a las niñas por la calle que dirán: los Reyes me han traído esto, los Reyes me han traído lo otro, y te enseñarán cosas. Los Reyes no existen. Esos regalos los compran los papás y nosotros no tenemos para ello.

Yo le dije que no se preocupara, que a mí tampoco me preocuparía el ver a las nenas con juguetes. Vi a mi padre marcharse al trabajo y me quedé pensando en cómo era posible que hubiese gente tan mala para hacer daño a un hombre tan bueno, un hombre que había trabajado desde niño en una fábrica de harina, en la cual sufre un accidente y le dan por inútil y no le admiten más en el trabajo. Lo de inútil no era verdad, porque si antes cargaba sacos de harina, ahora los cargaba de carbón. Sabía que mi padre renegaba mucho de estar en la ciudad, él decía que en el pueblo se defendía mucho mejor. Tenía un salario, y al ayudar a sus padres en el horno no nos faltaba tampoco pan; aunque solo fuese eso, siempre caía alguna perrilla más. Además hacía la caza, unas veces legal, otras furtiva, con cepo, y era otro ingreso en la casa, pues quedaba para nuestro gasto y podía vender algunas piezas de las que cazaba.

En la ciudad tenía el jornal pelado y además la mujer enferma, y eso le abrumaba. Aquel día de Reyes pensé mucho en nuestra situación. Salí a la calle y tal como mi padre me había dicho, me encontré con crías con juguetes, muñecas, bastidores para bordar, costureros, un sinfín de cosas. Yo no salía con nada, mis manos estaban vacías. Las crías empezaron a preguntarme:

—¿Qué te han traído los Reyes?

Por un momento pasó por mi imaginación la gran mentira y les dije:

—Una muñeca preciosa, muy bonita.

—¿Y por qué no la traes?

—Porque mi madre no me deja que la saque. Sabes, le das la mano y anda y dice papá y mamá.

Había oído yo eso en las casas de los ricos, cuando iba con Dominga, de quien después hablaré. Las chicas me hicieron mucho corro; a toda costa querían que sacara la muñeca, y yo diciendo que no, que mi madre no me dejaba, y que no me dejaba. Al final me pude deshacer de ellas y me metí en casa. Entonces lloré en un rincón. Mi madre me preguntó por qué lloraba. Le dije:

—Por nada, porque tengo ganas de llorar y nada más.

—¿Has visto los juguetes que tienen las nenas?

—Pues sí, pero a mí qué me importa.

Y así se quedó la cosa, hasta que por la tarde, al ser fiesta, entraron varias vecinas a ver a mi madre. Pero las puñeteras crías, pensando que si iban con su madre iban a ver la muñeca, también se fueron junto a sus faldas y empezaron a preguntarme:

—Anda, ¿no nos vas a enseñar la muñeca? Anda, no seas así, mujer, enséñanos la muñeca.

Al final mi madre se dio cuenta del tejemaneje que nos traíamos las chicas, pero yo seguía diciendo que la tenía guardada y que no la podía enseñar.

Bueno, pero en casa te dejarán. Anda, dile a tu madre que te la deje.

Discutiendo así, conseguí al final, no sé cómo, arrastrarlas hacia la calle sin haberles enseñado la muñeca. Pero me decían:

—Anda, nos has engañado. ¡Tú no tienes ninguna muñeca!

—¿Qué no? ¡Ya lo creo que la tengo! Ya la veréis, ya os la enseñaré.

Cuando entré en casa, mi madre estaba llorando con una pena tremenda. Me acerqué a la cama y le pregunté:

—Madre, ¿se encuentra mal?

—No, hija mía, estoy mejor. Lloro porque de verdad me hubiese gustado comprarte esa muñeca, pero no podemos.

Entonces lloramos las dos. Mi madre me explicó que no era yo sola la que ese día no tenía juguetes, que eran muchos, muchos niños los que sus padres no ganaban más que para malcomer. Y me repitió lo mismo que mi padre me dijo por la mañana:

—Los Reyes no son ni más ni menos que los padres y compran este día regalos a sus hijos. Ya tienes edad para que lo sepas, hija mía.

Yo le dije que sí, que padre ya me lo había dicho por la mañana.

Hacía tiempo que yo servía a veces de lazarillo a una vecina que era ciega. Su madre, viuda, era una mujer muy mayor que se ganaba la vida lavando ropa de los soldados, ya que enfrente de nuestra casa había un cuartel, al que llamábamos *el Fuerte*: los soldados que venían a hacer el servicio militar de fuera buscaban mujeres que les lavasen la ropa y entre ellas estaba también la madre de Dominga, la ciega. Esta mujer tenía tres hijos, uno que ya estaba casado y no les hacía ni caso, una hija joven, muy guapa por cierto, que estaba sirviendo, y Dominga, que tendría unos treinta años, ciega. Era muy católica, de comunión diaria, y se servía de todos los vecinos del barrio para que la llevasen de aquí para allá. Como casi todos podían ir al colegio y yo no, casi siempre estaba en casa con mi madre; ella al pasar decía:

—Señora Ángela, deje usted a la niña que me lleve hasta la iglesia de San Nicolás, y enseguida vendrá a casa.

Mi madre decía que sí, que fuera, y la acompañaba a una iglesia o a otra o a los conventos de monjas, porque les llevaba trabajo de la gente rica de la ciudad. Era muy buena, muy humana, y yo la quería mucho a pesar de que le hacía diabluras de cría. Nadie le hubiera podido hacer daño estando yo con ella porque la hubiese defendido aunque fuese a patadas. Cuando la llevaba a la iglesia, me decía:

—Anda, ahora vete con tu madre; si dentro de una hora puedes venir, vienes, y si no, si hay algún crío por allí, lo mandas a que me recoja.

Algunas veces lo hacía así, mandaba algún crío desde casa para que la recogiera, pues yo me volvía para estar con mi madre o hacer algún recado. Después cogí un truco un poco malicioso, pero, como era tan cría, se me puede perdonar; y es que un día que estaba esperando a Dominga en la puerta de la iglesia, una señora se acercó y me preguntó:

—¿Estás esperando a Dominga?

Le dije que sí y me dio un paquetito para que desayunara al salir de la iglesia. Era una pasta y dos onzas de chocolate; me comí una onza de chocolate y le di el resto, y lo repartió conmigo.

Siempre estaba preocupada por los demás; por ella misma no se preocupaba nunca. Cuando sabía que en casa de alguna gente pobre había algún enfermo o alguna mujer que iba a tener un hijo, iba Dominga a ver lo que necesitaban, tanto si era ropa como si era comida o medicamentos. Iba a casa de los señores de buena posición, que la utilizaban para que les llevase sus mantelerías de hilo, sus juegos de cama, incluso vestidos o camisas, para que en los conventos se los plancharan y almidonaran. Y ella recurría a esta gente para que le diesen algo para aquellos pobres que estaban en la miseria. Unas veces le daban algunas cosas, otras se disculpaban diciéndole que no tenían nada y otras, a menudo, la conformaban con cuatro chavos para poca cosa y yo le decía que esa gente no tenía ni conciencia ni vergüenza, pero ella siempre contestaba:

—No tenemos que tener vergüenza cuando se pide algo que es necesario, tenemos que ser humildes.

Su honradez llegaba al colmo. En una ocasión, saliendo de la iglesia, me encontré dos pesetas. Me dijo:

—¿Qué has cogido en el suelo?

—Dos pesetas.

—Pues mira a ver si hay alguien alrededor y pregunta si las ha perdido.

Recuerdo que sí, que pregunté a alguien que pasaba por esos momentos y me dijeron:

—No, no son más.

Y me hizo echarlas en el cepillo de la iglesia. En otra ocasión me volví a agachar a coger también una moneda, de dos cincuenta. Al mismo tiempo que cogía la moneda, cogí una piedra. Cuando me levanté, me preguntó:

—¿Qué has cogido? ¿A qué te has agachado?

—A coger una piedra —le respondí.

—¿Una piedra? ¿Qué vas a hacer con ella?

—Nada, Dominga, ¿qué quieres que haga?

—Bueno, ¿no se la vas a tirar a algún chiquillo?

—No, mujer.

Y entonces le puse la piedra en la mano y ella la dejó escurrir y cayó al suelo. Yo me quedé con las dos cincuenta, contenta de que no fueran a parar al cepillo y sí al bolsillo de mi madre, que se puso muy feliz.

Cuando llovía, siempre decía la pobre:

—Mira, pequeña, no te metas en los charcos, que te mojarás las alpargatillas.

Porque yo, hasta muy mayor, siempre fui con alpargatas; los zapatos los conocí cuando ya ganaba un sueldo para podérmelos comprar. Ella llevaba zapatos; no porque pudiera comprárselos, porque eran pobres como nosotros. Lavando ropa su madre, poco podía tener. Sin embargo, solía ir bien calzada porque la gente que ella conocía, como pago, le daba los zapatos usados pero que no estaban mal. Y cuando había algún charco, yo la metía a ella en el charco. Eso, no sé, debía de hacerme feliz en aquellos momentos. La pobre Dominga me decía:

—¿Por qué no me has dicho que había un charco?

—Será porque no he mirado al suelo, y no he visto el charco.

—Bien, está muy bien que siempre lloves la cabeza alta. Cuando no se tiene ningún remordimiento ni se ha hecho mal a nadie, siempre se lleva la cabeza alta, pero cuando hay charcos, hay que mirar de no pisar en ellos.

—Claro, pero si piso yo en el charco, resulta que me mojo mis alpargatas. Entonces, si alguna de las dos tiene que pasar por el charco, pues pasas tú, que llevas zapatos.

A veces se refa o me pasaba la mano por la cabeza y me tiraba de los pelos con mucho cariño.

Ella decidió por mis padres que yo tenía que hacer la primera comunión. Si no lo tengo mal entendido, ni mi hermana ni mi hermano la habían hecho en el pueblo. Mis padres no se opusieron y ella misma me preparó e hice la comunión; no vestida de blanco, con esas cosas que ponían a los críos y todo eso, porque como no teníamos... Fui con ella un domingo y se acabó. Y a partir de entonces los domingos comulgaba. Ella lo hacía diariamente y los domingos la tomábamos las dos. A mí me gustaba ir con ella a recoger las labores que llevaba la gente de buena posición a los conventos de clausura, que salían bordados y planchados primorosamente. Tenía la impresión de que aquellas monjitas eran muy buenas y que la querían mucho. Pronto me di cuenta de que la querían por egoísmo, porque les llevaba trabajo. Un día Dominga, que había ido siempre con la cabeza levantada, iba con ella agachada y yo le dije:

—Dominga, levanta la cabeza. Tú decías que había que ir con la cabeza levantada cuando no se hacía mal.

Y ella me contestó:

—No, no la puedo levantar, la llevo llena de vergüenza.

Y era por lo siguiente: aquella hermana que tenía sirviendo, tan guapa, tenía novio. Llevaba hablando con él cinco o seis años. En aquellos tiempos los noviazgos eran largos. Y después de tanto tiempo, tuvieron un hijo, pero él la abandonó. Ella se marchó, creo que fue a Barcelona, con su hijo a trabajar. Pero para Dominga aquello fue una vergüenza. ¿Cómo es posible que su hermana hubiese tenido un hijo de soltera y que él la hubiese abandonado sin casarse? Eso no lo podía digerir. Empezó a

quedarse triste, no tenía apetito, iba siempre con la cabeza agachada y no se le ocurrió otra idea que meterse en un convento. Yo misma la acompañé a ellos, como siempre. Uno tras otro fuimos a los que habitualmente íbamos, pidiendo que la admitiesen, y en ninguno la admitieron. En todos ponían el pretexto de su ceguera. ¿Qué trabajos podría ella realizar en un convento, qué podría hacer, en qué podría ayudarlas? Este era el pretexto. ¡Ah!, pero si llevaba dote, ¡entonces sí que la admitían! ¿De dónde podría sacar la pobre ciega la dote? Ella quería meterse en un convento porque creía que así conseguiría la salvación de su hermana. Ah, pero con la dote podía ingresar no importa en qué convento. Yo sentí una indignación tremenda hacia aquellas religiosas, hacia aquellos conventos, donde tantas veces Dominga les había llevado trabajo para que se ganasen la vida. Trabajo que cobraban bastante bien a la gente adinerada de nuestra pequeña capital. La rabia que sentía en aquellos días la dejaba sentir a la pobre ciega y ella aún me decía:

—No seas así, Peque, no seas así, ellas tienen razón. ¿Qué puedo hacer yo en el convento sino estorbar?

A lo que yo contestaba:

—Bien, pero si tienes dote, entonces sí se pueden ocupar de ti. Pues ya les has dado buena dote con tanto trabajo como le has llevado y tanto dinero que han ganado.

Pero siempre estaba dispuesta a perdonar: y si en aquellos días sufrió el desengaño de lo que tanto admiraba y quería, no lo demostró. Se metió en su casa y solo salía para ir a misa. ¡Cuántas veces yo entraba y la encontraba siempre andando con la cabeza baja, como las personas que tienen un peso sobre ellas y no se lo pueden quitar de encima! Enfermó gravemente. El médico diagnosticó tuberculosis pulmonar. No tenía otra salida que el hospital.

Fue tanto lo que me dolió lo que le ocurrió a la pobre ciega que, a pesar de mis cortos años, dejé de creer. No sé si en aquel entonces era acertado o no; quizá no llegaba a comprenderlo. Pero lo que sí comprendía era que había algo que no marchaba, no encontraba la razón de por qué en los conventos no la admitían sin dinero, y sí la admitían si tenía una buena dote. Como tampoco comprendía que los niños de la gente bien tuviesen escuelas y no pasaran hambre, y la gente obrera no pudiese llevar a sus hijos a la escuela y pasara hambre y miseria. Hoy casi me atrevería a asegurar que aquella época marcó en mí una lucha de clases.

En mi casa, con mi madre enferma, cada vez había más necesidades. Así que a los nueve años me puse a trabajar en una fábrica de géneros de punto. Fábrica para aquel entonces; hoy lo llamaríamos un pequeño taller. La recuerdo perfectamente. Era una tiendecita pequeña donde se vendían medias y otras cosas que se hacían con las máquinas. Había un pequeño mostrador y una trastienda con cuatro máquinas de hacer punto; una que hacía calcetines, otra que hacía medias y dos que hacían los pantalones y refajos que se llevaban en aquellos años; también se reparaban medias y yo era quien cogía los puntos. Empecé ganando dos reales a la semana y así estuve bastante tiempo; Más tarde pedí aumento y me dieron un realito más; eran tres reales a la semana. Yo veía que con lo que ganaba la fábrica era suficiente como para que subiesen el sueldo, además, coger puntos, aunque fuera en medias de seda, era muy cansado y fatigoso para la vista.

Cada vez me iba haciendo más rebelde y no perdía la ocasión de pedir aumento. La contestación era siempre la misma: "Mocosa, ¿qué te has creído? ¡Cuánta gente

quisiera ganar lo que tú ganas!”. Pero a mí no me convencía. Esos tres realitos eran muy poco y yo sabía lo que se ganaba con mi trabajo, porque en cada paquetito de la reparación se ponía el precio que se tenía que cobrar. Siempre a regañadientes y siempre discutiendo, me iban subiendo un realito más, un realito más, hasta que llegué a ganar una setenta y cinco. Entonces ya tenía once años. Pero no solo hacía este trabajo. Los domingos me iba a hacer de niñera a una casa que estaba sirviendo la novia de mi hermano; a la niñera que tenían le daban día libre el domingo. Entonces iba a cuidar a aquellos niños los domingos. O sea, a pesar de que era una niña, tampoco tenía el domingo para poder distraerme, para poder jugar, para poder ir con mis amigas del barrio. Así que observé el tren de vida que llevaba la familia de aquellos pequeños que yo iba a cuidar: la madre, hija del señor Ayuso; el padre, don Cayetano Morán, abogado de ideas liberales, y el comportamiento de mi patrona en la pequeña fabriquita, que solía decir, en cuanto levantábamos la cabeza: “¡Niñas, que el tiempo es oro! ¡Niñas, que el tiempo es oro!”. Esto me hizo pensar que no se conseguían las cosas por las buenas, sino que había que plantarse. Yo quería ganar más porque en mi casa se necesitaba. Así que volví a pedir aumento. Y entonces me dijo:

—Te he dicho muchas veces que ganas más de lo que trabajas. Así que cállate y no me vuelvas a repetir que te suba el sueldo.

Aquel día no discutí con ella. Me callé, empecé a trabajar y apunté en una libretita todo lo que ganaba durante la semana por hacer las reparaciones. La semana siguiente, al irme a pagar, le dije:

—Bueno, vuelvo a insistir en que quiero ganar más.

Volvió a repetirme que no ganaba lo que me pagaban y entonces yo le saqué la notita con todo lo que había apuntado y le dije:

—Y esto, ¿qué es? ¿Cuánto he ganado yo esta semana para usted y con qué miseria me paga?

Yo creí que esta mujer iba a volverse loca, que me iba a pegar, que sé yo, me asusté y todo. Pero no, lo único que hizo fue despedirme, llamar a mi padre y decirle que tenía una hija muy rebelde, que tuviese mucho cuidado conmigo, que Guadalajara es muy pequeño, que ellas tenían mucho prestigio y, que si ella quería, no encontraría trabajo en ningún sitio. Y me puso en la calle. Así que a los once años empecé a buscar trabajo y lo encontré en una fábrica de pastas de sopa. Pero al mismo tiempo, yo tenía un pariente de mi madre que estaba en la Casa del Pueblo; allí se tiraba un semanario liberal que se llamaba *Flores y Abejas*. Le pregunté si podía ponerme un anuncio en el periódico y me dijo:

—Sí, sí, cómo no.

Entonces me anuncié para coger puntos en casa. La clientela de la fábrica venía a mi casa a que les cogiera los puntos. Ya me conocían y sabían que trabajaba con esmero, que los dejaba muy bien arreglados. Llegaron a llamarme de la fábrica para decirme que podían denunciarme porque les había quitado la parroquia. Yo les contesté muy tranquila:

—Pues está usted en un error, señora Isidra, porque yo no he llamado a ninguna puerta de estas señoras que han venido a mi casa. Yo lo único que he hecho es anunciarme en un periódico liberal, como usted se anuncia en otro periódico. Llamen a mi puerta para que repare las medias y yo las cojo. Pero ¿llamar? Yo no he llamado a nadie. Así que cuando usted quiera, me puede denunciar.

Se me creaba el problema del trabajo en la fábrica y el trabajo de las medias. Me lo combinaba. Arreglaba las medias por las noches y trabajaba de día en la fábrica. Trabajar por la noche me era muy difícil. Vivíamos en una casa muy pobre, con malas condiciones y con luz muy escasa, muy alta, en el techo, y tenía que subirme en una mesa; en la mesa ponía una silla y allí me sentaba y cogía los puntos. ¡Cuántas veces trabajaba hasta las doce y la una haciendo las reparaciones, para el otro día, cuando me marchaba, dejar los paquetitos a mi madre y que ella los entregase a las señoras que los iban a recoger! Mi madre algunas veces, la pobre, me decía:

—Hija, pero ¿qué hora es? ¿Por qué no te acuestas?

—Madre, si son las diez —decía yo.

No, no eran las diez, serían a lo mejor ya las once. Pero para que ella no sufriera ni viera la cantidad de horas que tenía que trabajar debajo de aquella luz, matándome la vista, la engañaba siempre.

En casa la situación cada vez era más difícil económicamente. Mi madre, siempre enferma. Mi hermano trabajaba cuando podía y en lo que le salía, en carreteras, en construcción. Mi hermana arramplaba alguna cosa de casa de sus señores para aliviar un poco la nuestra. Los domingos venía a casa para lavar la ropa y repasarla. Yo era muy joven y además, entre el trabajo de la fábrica y las medias, ya tenía bastante. Yo no sabía apenas coser, ni mucho menos remendar calzoncillos o camisas y pantalones de mi padre o de mi hermano, y esto lo solía hacer mi hermana. No es que no supiera hacerlo mi madre, pero su enfermedad le impedía a veces hacer las cosas de casa, incluso las más esenciales. En una de las recaídas de mi madre, el médico dijo que era una cosa de estómago operatoria, pero que esta operación se tendría que hacer en el Hospital General de Madrid, y que tampoco la garantizaban. La hacían a vida o muerte. Mi padre se negó a ello, primero porque los medios económicos no nos permitían el traslado de mi madre a Madrid, y dijo:

—Pues que viva lo que sea, que los pobres no podemos aspirar a más.

El tratamiento alimenticio era a base de leche, un vaso cada dos horas. Calculamos que sería entre seis y siete litros de leche. Imposible hacer un gasto semejante. ¿Cómo comprar los alimentos para nosotros y el tratamiento de mi madre? Me enteré de que en una granja pedían una chica para repartir leche de seis a ocho de la mañana, y me presenté. Efectivamente, me cogieron. Solo me daban quince pesetas al mes, pero me daban tres litros de leche gratis. Esto ya era un gran alivio para nosotros. Era invierno y lo pasé muy mal. ¡Cuánto frío pasé en aquella ocasión! Me ponía unos guantes de lana y cogía aquellas cántaras de leche. Se me quedaban las manos heladitas en las cántaras hasta el extremo de que cuando llamaba a la puerta de los clientes, ellos mismos tenían que servirse la leche porque yo tenía las manos agarrotadas.

Pero de esta manera íbamos saliendo adelante: muy mal, bastante mal. Llegamos a deber algún mes de casa, y solo pagábamos quince pesetas de alquiler. Los dueños de la casa, a pesar de ser un poco señorial, aún no tenían agua. Había que ir a buscarla a una fuente que tenían como a medio kilómetro de la casa. Se quedaron sin la mujer que les llevaba el agua y yo me enteré. Como les debíamos alquileres me ofrecí para llevarles el agua y también me admitieron. Por la tarde, cuando salía de la fábrica, me iba a llenarles las cántaras de agua. Llevaba un cántaro en la cadera y un cubo en la mano. Era muy fatigoso para mí. Por la mañana la leche, después la fábrica,

después ir a llevar el agua, y por la noche a coger los puntos. A veces he pensado: “¿Cómo es posible que pudiera hacer tantas cosas?”. Debía ser la necesidad que sentía de hacerlo, el amor a mi madre y el ver que mis esfuerzos eran útiles a mi familia y a mi casa.

Pero ello me causaba rebeldía. Me rebelaba contra todo lo que me explotaba. Para ir a trabajar, tenía que pasar por el lavadero público, que conocía desde pequeña donde lavaba la madre de la ciega. Estaba casi totalmente abierto, solo era techado, y veía a las pobres mujeres lavar ropa desde la mañana hasta la noche. Me decía: “Pobres mujeres. Llueva o no llueva, haga calor o no haga calor, siempre lavando ropa”. Las miraba con verdadera pena, con rabia. No sabía que yo también iría a parar a aquel lavadero. Se terminó el reparto de leche, lo hicieron con un carrito, eliminaron personal y yo también fui despedida. Entonces ya tenía las horas de la mañana para descansar o para volver a trabajar.

Encontré una casa para lavar ropa. Entonces me iba muy de mañana a aquel lavadero que con tanta rabia había mirado tantas veces y allí, con aquellas mujeres, lavaba yo también la ropa: la ponía en jabón y me iba a la fábrica. Volvía de la fábrica y lavaba. Cuando salía de la fábrica, aclaraba. Siempre dando vueltas al trabajo, del uno al otro. Los cestos de ropa eran tan grandes que yo no podía con ellos y mi hermano me los tenía que llevar desde el lavadero a casa, o a casa de la cliente, debido a su peso. En la fábrica yo era la más protestona: por cualquier cosa protestaba. Pero no solo lo hacía por mí. Protestaba a lo mejor por los otros, por algún nuevo aprendiz que había, por lo que fuese... Allí, según iba creciendo, se me iban deformando los brazos de subir las bandejas de fideo mojado del obrador del tendido. Allí aprendí también a luchar y allí conocí a uno de nuestros compañeros, Santos Puerto. Siempre he recordado que fue él quien guió mis pasos hacia la lucha en la que hoy todavía estoy. Ocurrió de la siguiente manera. Un día me dijo:

—Peque, ven, por favor.

Y me llevó a una ventana. Me enseñó unos tipos que había frente a la fábrica y dijo:

—¿Ves aquellos hombres? Son policías. Están esperando que salga para detenerme. ¿Sabes? Yo soy comunista y a los comunistas no nos quieren. Pero tú podrías ayudarme. Tú eres buena chica y puedes llegar a ser algo.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Mira, tengo un paquetito que no puedo sacar. Si tú me lo guardaras, yo saldría sin nada y, aunque me detengan, por lo menos no lo cogerán. Te lo llevas a tu casa y lo escondes. Pero a nadie, nadie, fíjate bien, a nadie tienes que decir lo que te he dado. ¿Estás de acuerdo?

—Sí. ¿Por qué no? Ya lo creo —dije yo.

—Pero tú no se lo digas a nadie.

—Te lo prometo, no se lo diré a nadie.

—Bueno, pues entonces, antes de salir, te lo daré.

No podía negarme de ninguna de las maneras, ya que era el único que me ayudaba a subir las bandejas de fideos cuando podía y no le veía el encargado.

Así quedamos de acuerdo. Al salir me dio el paquete y yo me lo guardé. Efectivamente, a la salida le detuvieron. Al día siguiente por la tarde, me encontré al ir a trabajar a un paisano, Raimundo Serrano, se le conocía por *el Peregrino*, que todo

el mundo sabía que era comunista y que le detenían con mucha frecuencia y le hacía la vida imposible incluso para poder trabajar y dar de comer a su familia.

—¿Qué hay, peque, a trabajar? —me dijo.

—Sí.

—¿Y qué sabes de Santos?

—Le detuvieron ayer.

—¡Ay! Oye. ¿Y antes de detenerlo no te dio a ti algo?

—¿A mí? ¡No! ¿Por qué tenía que darme algo?

—Bueno, mira, es que es algo muy importante que tengo que recoger yo.

Yo, naturalmente, le había prometido a mi compañero de trabajo que no lo diría a nadie y tampoco se lo dije a él.

—No, estás equivocado. Será alguna otra compañera de la fábrica, pero a mí Santos no me ha dado nada.

—Mira, no seas así, mujer, que es una cosa muy importante.

—Será tan importante como tú quieras, pero yo no tengo nada.

—Bueno, bueno, pues nada, adiós.

—Adiós.

Y se marchó. Pero al día siguiente volvió a abordarme con las mismas preguntas. Yo seguí negando: que estaba en un error, que yo no era y que yo no sabía nada ni tenía nada que ver con Santos. Al tercer día me trajo una nota de Santos:

—Mira, a ver si ahora comprendes que es verdad. Esta carta de Santos he podido sacarla del calabozo y ya ves que te pide que entregues el paquete.

Entonces yo vi que efectivamente era cierto y por la noche entregué el paquete. Aquel fue mi primer trabajo clandestino en el Partido Comunista de España, que en aquellos tiempos debía de ser muy pequeño; pero, a partir de entonces, conocí a algunos de sus miembros, que eran muy valiosos y muy dispuestos a la lucha, a pesar de ser una capital muy pequeña y correr constantemente el riesgo de ser detenidos. Digo a partir de entonces, porque vieron en mí a una chiquilla joven dispuesta a trabajar con ellos y se confiaban para cualquier cosa que quisieran guardar, hacerles de enlace o concertarles una cita. Yo no militaba, pero siempre acudían a mí: “Peque, ¿nos podrías hacer esto?”. “Peque, ¿nos podrías hacer aquello?”. Peque siempre estaba dispuesta a hacer lo que aquellos camaradas abnegados pedían.

Un día pregunté a uno de ellos si me podía explicar, porque yo no lo comprendía, por qué siendo justo lo que el Partido Comunista pedía y quería para el pueblo, tenían que trabajar a escondidas, así, clandestinos. Entonces me explicó que, claro, el capitalismo, el burgués, no quería acceder a las peticiones de los obreros, y me dijo más o menos estas palabras:

—¿Verdad que tú no quieres seguir explotada? ¿Verdad que tú quieres vivir mejor de lo que vives y trabajar menos horas de las que trabajas? ¿Verdad que hubieras querido ir a la escuela como van los hijos de nuestros patronos, como van los hijos de los burgueses, y en cambio has tenido que ponerte a trabajar a los nueve años? Bueno, pues eso es lo que nosotros queremos y eso es lo que nosotros pedimos. Y para eso trabajamos. Ahora, no creas que es tan fácil. Ellos luchan por sus bienes y nosotros luchamos por nuestros derechos. Nos costará mucho: cárcel, incluso sangre. ¿Quién sabe? Pero hay que luchar, tenemos que vivir mejor. Tenemos que hacer una España democrática. ¿Ves?, en la Unión Soviética ya lo han hecho.

Han hecho la revolución y viven con socialismo. Pues eso es lo que nosotros queremos.

Era la primera vez que oía habla de la Unión Soviética. También le pedí que me hablase de ello, y, muy paciente me explicó algunas cosas de aquel país para mí desconocido.

—Por eso luchamos nosotros, y fíjate si nos costará. Nos costará mucho. Pero hay que luchar, pequeña, hay que luchar.

Yo me quedé mirándole, un poco emocionada, y le dije:

—Contad conmigo; estaré siempre con vosotros aunque en ello pudiese dejar la vida.

El era un hombre que debía tener, como mínimo, veinte años más que yo, quizá más. Podía ser mi padre. Se abrazó a mí y me dijo:

—Siempre estarás con nosotros, y nosotros contigo.

Me pidió que no hablase con nadie de esto. Que yo trabajaría con ellos directamente, sin militar en el Partido; primero, porque era muy joven para militar en él; segundo, porque si no era conocida podía trabajar mucho mejor en estas cosas especiales de la dirección del partido. Yo dije que sí, que estaba de acuerdo, y seguí trabajando con ellos hasta el año 1931.

Después de las elecciones del 14 de abril, yo tenía catorce años y hacía tres que trabajaba en la fábrica.

Se fundó la Juventud Comunista en nuestra tierra. Los camaradas me hablaron para decirme que se organizaba la Juventud Comunista. Querían saber si yo quería ser un miembro más dentro de la Juventud. Ya sabía, por lo que me habían hablado cuando hacía aquellos trabajos especiales para el Partido, lo que significaba ser comunista. Yo les dije que sí, que estaba de acuerdo, e ingresé en la Juventud. Recuerdo a toda su dirección, porque casi todos eran jóvenes miembros del Partido y salieron de él para ser la dirección de la Juventud. Algunos fueron fusilados. Otros sufrieron exilio y alguno ha sufrido cárceles y clandestinidad. Me vi con un pequeño carné de la Juventud Comunista en la mano, con gran ilusión de pertenecer a ella; un carné que me hubiese gustado conservar toda la vida y que al terminar la guerra dejé escondido en casa. Pero se ve que mi hermano lo debió localizar y lo destruyó. Era muy pequeñito, con las cabezas de Marx, Engels y Lenin en las esquinas, y dentro, los doce cuadritos para las cotizaciones del año. Aparte de la dirección, los ingresos en la Juventud no serían muchos: mi carné hacía el número siete.

Empecé a trabajar en agitación y propaganda. Me gustaba mucho este trabajo, dentro de lo que yo podía dar por mi falta de preparación cultural. Hay en él muchas cosas que se pueden hacer sin tener una gran cultura, y me hacía mucha ilusión hacer trabajos que cuadrasen conmigo.

Tirábamos el periódico *Joven Guardia*. ¡Pero con cuánto trabajo! ¿Y qué máquina más vieja y más fea teníamos! Pero lo tirábamos, salía a la calle y lo repartíamos. Nos peleábamos con frecuencia en la calle con los falangistas. Eran los años de las grandes campañas por la libertad de Carlos Prestes, de Thaelmann. Hacíamos pintadas por los muros, por las carreteras. Organizábamos fiestas en el campo, como en el Sotillo y en otros sitios por el estilo, con el fin de hacer nuestras reuniones y hablar con jóvenes que iban con nosotros, que aún no militaban en la Juventud. Volvíamos de estas romerías haciendo pintadas por la liberación de estos camaradas y cantando

canciones referidas a ellos. Recuerdo de una que decía: "Para libertad a Thaelmann, hoces y puños en alto". Ya existía el cuerpo de Guardias de Asalto y a veces nos teníamos que guardar muy bien de ellos. Delante de los grandes grupos que venían del campo, siempre iba algún camarada vigilante por si pasaba algo. Si en realidad venía la policía, nosotros, que llevábamos un pianillo madrileño, empezábamos a tocar y a bailar como la cosa más normal del mundo. También habíamos organizado un cuadro artístico y lo llamábamos *García Lorca*. En este cuadro artístico trabajaban también camaradas socialistas, muy majos por cierto, que después no pusieron ninguna pega para la unificación de las dos Juventudes.

A partir de estas fechas, mi vida fue un poco más tranquila, tanto en el trabajo como en mi casa, y ya vivíamos un poquito más desahogados. Mi hermana se había casado. Yo hacía tiempo que tenía relaciones con un muchacho. Y al tener contacto con otras gentes, pude conocer a amigos, del partido y no partido, y socialistas; precisamente uno de los que dirigían el cuadro artístico era socialista. No recuerdo bien si era maestro de obras o arquitecto. El caso es que aquel año estaban tirando un gran edificio que había junto a los Jardinitillos. No recuerdo bien si era un gran cine y lo tiraban para hacer un banco. Mi hermano, en esa temporada, estaba sin trabajo; yo le hablé a este hombre. Le expuse la situación de mi casa y colocó a mi hermano en aquella obra y allí siguió hasta el momento de terminarla. Después de esta obra, derribaron el convento de Santa Clara para hacer el nuevo edificio de Correos, y también mi hermano trabajó en toda la obra. Al terminar esas obras yo hablé de nuevo con estos amigos y les dije que mi hermano, si no había perspectiva de más trabajo de albañil, quedaría de nuevo en la calle. Uno de ellos me dijo:

—No te preocupes. Yo trabajo también en la Pizarrita.

—Era una fábrica cerca de la estación, en la que se hacían bloques de uralita o pizarrita. Le colocaron allí y allí estuvo hasta que empezó la guerra y la fábrica tuvo que cerrar.

Esto permitió que en mi casa hubiese un jornal fijo y que yo dejase de hacer algunas de las cosas suplementarias que hacía después de la fábrica. Una de las primeras cosas que dejé fue el acarrear agua a nuestras caseras. Eso me fatigaba mucho; primero porqué de la fábrica a la casa de ellas tenía que cruzar toda la ciudad y era un buen trozo, y además porque iba ya tan cansada que a veces me parecía que el cántaro se me iba a escurrir de la cadera y lo iba a romper en cualquier momento. Ya teníamos asegurado poder pagar el alquiler, que era nuestra preocupación. Recuerdo que en una ocasión mi madre estaba muy preocupada porque nos pudieran echar de la casa por deber alquileres. Y me preguntó:

—Hija, ¿cómo estáis con los caseros? ¿Cuánto se debe?

Y yo le dije a mi madre:

—¡No se debe nada!

—No es posible, no es posible, no puede ser. ¿Cómo podéis llegar a todo?

Yo le decía que el dinero que sacaba de coger puntos de las medias era para la casa; lo ponía a un lado y así podía pagar y a veces sobraba algo. Se enteró de la verdad cuando dejé de llevar el agua, pues les había recomendado a una conocida del barrio, y un día pasó a ver a mi madre. Hablando las dos, le dijo:

—Ahora me defiende un poco mejor, porque como su hija ha dejado de llevar el agua a las caseras, voy yo, y aunque no sean más que quince pesetas, pues mira, algo es algo.

Mi madre se calló como si estuviese al corriente de ello y cuando yo llegué se puso a discutir conmigo, diciendo que la engañábamos y que si tal y que si cual. Al final le dije:

—Nada, no se preocupe; eso ya pasó y estamos al corriente de la casa, no debemos nada. Estamos más desahogados y ya no hay por qué preocuparse. Está usted tranquila.

Y la verdad es que sí, estábamos mucho mejor. Mi hermana se había casado con un campesino. Tenían una huerta arrendada, la cosecha era de ellos y nos traía tomates, pimientos y apio, que le gustaba mucho a mi padre comerse un trozo de pan con un manojo de apio. Yo me comía como el manjar mejor del mundo un pimiento al que hacía una especie de corona alrededor. Le metía dentro aceite, vinagre y sal y allí mojaba pan. Y mordisco de pan, mordisco de pimiento, me quedaba más satisfecha que si me hubiera comido una langosta, aunque entonces no sabía lo que era un langosta.

Con su tratamiento, se puede decir que era a base de leche solamente, mi madre iba mejorando. Así, en casa, íbamos sacando las orejitas al sol. Mi hermano se había podido comprar su primer traje; a plazos, claro está. Pero hasta entonces había llevado traje de dril, azul, limpio siempre y bien planchadito, pero no dejaba de ser un traje de dril, y al lado de otros muchachos él se aislaba de otras compañías que no fuera la de un íntimo amigo suyo que más o menos económicamente se encontraba como nosotros; e iban los dos vestidos igual, que parecían gemelos, y además una especie de golfillos. Eran bastante presumidos, vestidos con su traje de dril, su pañuelo blanco al cuello, que siempre lo tenía que tener bien limpio y planchado, su gorra de visera, bien repeinado y que no le faltase su brillantina. Por esto algunos veces habíamos discutido mi hermano y yo, ya que si no tenía brillantina era para él mucho más serio que el no tener para cenar. Aún hoy, ya abuelo, va siempre repeinado y con el pelo brillante. No sé qué habrá sido de este íntimo amigo suyo, pues se querían como hermanos. Se apellidaba Yela, pero no recuerdo su nombre; yo estuve con su hermana en la cárcel: Antonia Yela. Más adelante ya hablaré de ella, pues la pobre lo pasó bastante mal en la cárcel.

Por entonces a mí me tocó comprarme algo, que fueron zapatos, unos zapatos de tacón; aún lo recuerdo por la ilusión que me hicieron, pues siempre había llevado alpargatas o zapatillas, como se las quiera llamar. Solo en casa algunas veces me había puesto los zapatos de mi hermana cuando ella no estaba, claro que me reñía, me decía que le iba a romper los tacones o se los iba a deformar. Pero me hacía ilusión ponerme zapatos de tacón. En cuanto al vestir, siempre había ido decente, tenía la suerte de tener una hermana que hacía de todo; con cualquier trozo de tela que le diesen en la casa donde trabajaba podía hacer un vestido. De cualquier cosita me hacía falditas, blusas, y siempre iba muy arregladita y muy mona. A ella daba gusto verla. Se hacía unos vestidos monísimos. Además era muy guapa, con un tipo muy mono, los ojos azules como mi madre, muy rubia, con el pelo larguísimo, y con él se hacía un gran moño. En muchas ocasiones la gente la llamaba *la Rubia del Moño*. Recuerdo que después de las elecciones del 14 de abril de 1931, el primer año que

celebramos el 1 de mayo, en veinticuatro horas me hizo un vestido rojo, todo él plisado, monísimo, porque ese día yo iba a llevar la bandera de la Casa del Pueblo. Por cierto, la bandera pesaba mucho más que yo y los manifestantes del grupo de la bandera tenían que ayudarme a llevarla. Vi a mi hermana, junto a la acera, viendo pasar a los manifestantes, con su pequeño en brazos (ya tenía un niño de meses), y en su cara y en sus ojos se veía la alegría que le producía haberme hecho el vestido cuando supo que iba a llevar una bandera y vio lo bien que lo estaba luciendo.

Ese 1 de mayo fue y ha sido inolvidable para mí, con el pueblo en la calle. La manifestación se desarrolló de una manera asombrosa, como nunca hubiéramos pensado, con gente de los pueblos de los alrededores que había venido a la capital. Se oían canciones de todo tipo revolucionario, incluso *La Internacional*, *La joven guardia...* fue un día difícil de olvidar.

Mi hermano tenía novia. Se casó hacia el año 34. Nuestra situación estaba muy estabilizada; ya éramos solo tres en casa: mi padre, mi madre y yo. Mi madre iba mejorando cada día más. El muchacho con el que tenía relaciones era un chico de una familia obrera, muy majos todos ellos. Él era mecánico electricista; era curioso, a veces yo tenía que hacer algo de la Juventud y cuando venía a buscarme para salir un rato, le ponía una disculpa, diciéndole que tenía que coger puntos de medias y no podía salir. Charlábamos un poquito en la puerta y se iba. Nada más marcharse, yo me iba a lo que tuviese que hacer para la Juventud; él no sabía que yo militaba en la Juventud Comunista. Algunas veces era él quien venía a decirme que se iba con un compañero a hacer algún trabajo extra; eran unos muchachos que entregaban el jornal íntegro en su casa y, con lo que sacaban con las chapuzas que hacían, tenían para sus gastos. Entonces venía y me decía:

—Mira, hoy no vamos a poder salir, que tengo que hacer unas chapucitas por ahí con Cubero.

Así que también charlábamos un poquito en la puerta y se marchaba a hacer su chapuza. Un día coincidimos los dos, que los dos teníamos chapuzas.

Aquel día íbamos a tener una reunión ampliada. Estábamos ya en el 34 y, si no recuerdo mal, era para hablarnos sobre la preparación de una huelga nacional. La reunión iba a ser en una casa que estaba muy cerca de la Concordia. Para ir a ella desde mi casa tenía que dar mucha vuelta para no pasar por la plaza o tenía que cruzarla por una parte. Según cruzaba, me encontré algunos grupos de jóvenes que ya conocía y vi que en un grupo estaba mi novio. Se salió del grupo y, muy enfadado, me dijo:

—¿Es que vienes siguiéndome? ¿No crees en mi palabra de que tengo que hacer un trabajo? Pues aquí estoy un rato con estos amigos, pero tenemos que trabajar. Así que eso de que me hayas seguido, me sabe muy mal.

Yo le miré muy tranquila y casi, casi me figuré lo que pasaba y le dije:

—¿Seguirte? Chico, ni se me había pasado por la imaginación. Te he encontrado por casualidad. Tú vas a tu trabajo. Yo al mío. Voy a entregar unas medias. Así que hasta luego.

Y me marché. Llegué a la casa, entré y según iban entrando unos pocos ahora, otros más tarde, en uno de los grupos entró también él. A los dos nos causó alegría encontrarnos en el mismo sitio y desde entonces hacíamos más vida de trabajo de la Juventud unidos que separados, pues incluso había cosas que se podían realizar

mejor juntos. Una de las cosas que hacíamos los dos era adquirir con un método más seguro el papel para la imprenta. Este, en parte, nos lo proporcionaba un muchacho que su padre tenía una imprenta. El chico era estudiante. El padre, cuando terminaba su trabajo cerraba su imprenta, se metía las llaves en el bolsillo de la chaqueta y se iba a su casa. Siempre era la misma rutina: llegar a casa, quitarse la chaqueta y colgarla en la percha. El chico esperaba este momento para salir a dar una vuelta. Decía a sus padres:

—Hasta luego.

—Hasta luego —le contestaban.

Al salir por el recibidor metía la mano en la chaqueta, sacaba las llaves y se iba a la imprenta y cargaba con el papel que podía. Esto era bastante peligroso para él, ya que en cualquier momento le hubiesen podido ver, sobre todo si llevaba el papel encima. Entonces hicimos una combinación, y es que el chico seguía haciendo igual con la llave, pero mi novio y yo pelábamos la pava, como se suele decir, en la misma puerta. Sin terminar de levantar el cierre, por debajo nos daba el papel y nosotros nos marchábamos con él, y entonces el muchacho ya salía con las manos limpias, cerraba y podía irse a su casa a volver a meter las llaves en el bolsillo. Era muy majo este chaval. Muy pocos cayeron en el año 36, al comenzar la guerra en Guadalajara, en las veinticuatro horas que lo tuvieron los fascistas: entre los pocos que cayeron estaba este muchacho.

Así se iban desarrollando los primeros años de mi juventud en un trabajo político entre legal y no legal, es decir, en una semiclandestinidad. Políticamente poco puedo decir, pues dadas las circunstancias que yo tenía de semianalfabeta y, por otro lado, la confianza que tanto en el Partido primero como en la Juventud después tenían en mí, mis trabajos eran más bien hacer ciertas cosas que otros camaradas no podían hacer, bien por ser muy conocidos en el Partido o en la Juventud o porque tenían otros trabajos más responsables que yo no podía llegar a realizar. Sentía un gran cariño por los camaradas que trabajaban en nuestra pequeña máquina para hacer nuestro periódico y octavillas, cuando era necesario. Como sabía dónde tenían la máquina y a veces yo les llevaba papel o algún artículo que tenían que poner, me hacía ilusión que me dijeran que les ayudase un rato. Mi ayuda no era otra que, por ejemplo, irles a buscar tinta. Si les faltaba algún artículo, me pedían que fuese a ver si lo tenían hecho para que lo llevase o que les hiciese unos paquetes.

Mi primera detención fue en el año 34, por una imprudencia mía, que me costó una regañina por parte del Partido y la Juventud. En noviembre o primeros de diciembre, no recuerdo bien, pasaban niños de Asturias cuyos padres habían sido muertos o estaban encarcelados o huidos de sus casas. Estos pequeños habían salido de Asturias con destino a distintas familias. No creo que se quedaran en nuestra capital, pero iban a hacer un descanso en ella. Yo fui también donde se iban a parar los dos coches que venían, que era en la plaza del Ayuntamiento. No sé qué pasó ni por qué ocurrió; lo que sé es que vi a un guardia de asalto que amenazaba a un pequeño. Yo me fui como un rayo hacia él y, mirándole hacia arriba, porque era altísimo, y yo era una monicaca, le dije:

—Como toque al niño, le pego una hostia y me cago en su madre.

Me parece que para pegarle la hostia hubiera tenido que subirme en una silla. Pero en fin, yo se lo solté así. Él me cogió por el brazo y me dijo:

—¿Ah, sí? Quedas detenida.

Y me llevó para el Gobierno Civil y me metieron en un calabozo. Las pasé moradas. Aquel calabozo estaba lleno de ratas que me pasaban por los pies y pasé un miedo atroz. En mi casa, que no sabían nada de nada, les extrañó muchísimo que a mí me hubiesen detenido. Pero cuando mi padre fue a averiguar las causas, le dijeron:

—Ande, ande. ¿Usted no sabe nada de su hija? Su hija está metida hasta los tuétanos en la política.

Mi padre le contestó que esto no era cierto, que yo con trabajar ya tenía bastante y les contaba lo que hacía: por la mañana lavaba ropa, iba a la fábrica, por la noche cogía puntos en las medias, además tenía novio y salía con él; en fin, que debió de ser casual el encontrarme allí con aquellos pequeños y que además no entendía cómo pude comportarme de aquella manera con un guardia. Cuando me llevaron a declarar, me preguntaron qué había hecho. Les dije:

—Nada, yo no he hecho nada.

Me trajeron al guardia en cuestión y le dijeron:

—Bueno, ¿por qué ha detenido usted a esta chica?

—Porque se cagó en mi madre y me ha amenazado.

Yo le decía:

—No, señor, yo no me he cagado en su madre. Yo le he dicho que si tocaba al niño me cagaba en su madre y le pegaba una hostia. Pero como usted no ha tocado al niño, no me he cagado en su madre ni le he pegado la hostia.

El policía se reía, porque era una declaración bastante simple y bastante honrada. Pero sí quiso sonsacarme algunas cosillas: por qué había ido allí, quién nos había mandado, con quién estaba, que por decir algún nombre no me iba a pasar nada, etcétera.

—¿Yo? Estaba allí de casualidad. Pasé, vi a los niños, me paré y vi a este señor que trató mal a un crío y se me ocurrió decirle esto. Ahora, como ni le pegué ni me he cagado en su madre, pues no creo que tenga delito como para que me tengan detenida.

Me tuvieron tres días; de todas formas, no les interesaba mucho lo del guardia: lo que querían era saber quién nos había mandado a recibir a los niños, quién estaba detrás de todo eso. Y me decían y repetían muchas veces:

—No te pasará nada si dices algún nombre porque nadie lo va a saber, nadie más que nosotros.

Se quedaron con las ganas y me pusieron en libertad. Después, pasé los momentos más emocionantes de mi vida. A mi padre le habían hinchado la cabeza los vecinos, su patrón y todo quisque que le cogía por su cuenta y le decían:

—Si tu chica sale así, es porque tú quieres porque ahora, cuando llegue a tu casa, le das una buena azotaina y ya escarmentará, ya.

Mi padre era mi mejor amigo, el compañero que sabía todo lo que yo era capaz de hacer por casa, por ayudarles siempre, y me quería mucho. Pero en aquella ocasión me estaba esperando en el pasillo con una zapatilla en la mano para sacudirme de verdad. Como vivíamos en una planta baja, él lo que quería era que entrase en casa, cerrar la puerta y sacudirme. Pero yo avanzaba poquito a poquito con la puerta abierta y él retrocedía para que yo fuese entrando. A la entrada del pasillo, la única puerta que había era la del váter y allí había un alfílo. Como mi padre retrocedía, yo

pude abrir la puerta, y en el altillo tenía mi carné de la Juventud. Lo cogí, se lo puse ante los ojos y le dije:

—Mire, padre, mi madre y usted son lo que más quiero. Pero también a esto le tengo puesta toda mi ilusión. Es el carné de la Juventud Comunista. Hace mucho tiempo que estoy luchando por ello. Si me toca, allá usted. Yo le aseguro que me iré de casa, porque ya sabe que hace muchos años que sé ganarme el coscurro yo sola. Así que haga lo que quiera. Yo seguiré en casa queriéndoles y ayudándoles como siempre, pero también con mi carné de la Juventud.

A mi padre se le cayó la zapatilla de la mano y sus palabras fueron:

—Pequeña, no te preocupes, que no te voy a tocar. Defiende tus derechos, que yo no he sabido nunca defender los míos.

Nos abrazamos los dos y los dos lloramos. Mi madre, que estaba en el comedor esperando el resultado, dijo:

—¿Esto es lo que le ibas a decir y lo que le ibas a hacer? Pues estamos listos. Solo faltaba esto, que tú le des alas.

Desde entonces mi padre estuvo siempre a mi lado. Mi madre tampoco se opuso nunca a nada de lo que yo hiciese. Sabía que no podía hacer nada malo porque no me había educado con malicia. Solo que la pobre sufría cada vez que llegaba un poco tarde y, cuando me veía entrar, suspiraba aliviada. Pero nunca me reprochó nada.

Con muchas dificultades llegamos a las elecciones del 16 de febrero de 1936. Estas se preparaban con una gran campaña por ambas partes. Recuerdo que más de una vez habían venido a Guadalajara a hacer mítines desde Madrid y que iban por los pueblos ofreciendo el oro y el moro: en los pueblos donde no había fuentes les ofrecían ponerles una fuente en el centro del pueblo. Les ayudaban a las cosechas del campo, les decían que les pondrían ferrocarril. Por ejemplo, en mi pueblo, un montón de veces que ha habido elecciones, no solamente de la República, sino antes, siempre ofrecían el ferrocarril. Hasta ahora no lo han llevado. Nosotros también hicimos nuestra campaña, pero no ofreciendo lo que no podíamos dar sino recordándoles que solo con la unidad de todos nosotros podíamos hacer algo en nuestro país: liberarnos de la esclavitud, repartir la tierra de los grandes terratenientes que la tenían yerma para que la trabajasen los campesinos, formar colectividades de los pequeños, formar cooperativas con las cuales saldrían ganando más que trabajando pequeñas tierras por sí solos. Y también, si la querían trabajar por sí solos, se les ayudaría para que pudiesen hacerlo.

Como en mi casa ya sabían lo que yo era y para lo que luchaba, fui una de las que salían por los pueblos y estaba un par de días o tres. No sé cómo me las apañaba para charlar. Por entonces quizá tuviese más posibilidades de las que tengo hoy. El caso es que siempre salía de aquellos pueblecitos queriéndome la gente y diciéndome que su voto sería para la República. Nunca iba yo sola. Íbamos tres o cuatro. Parte de los que entonces gobernaban, ahora no recuerdo sus nombres, fijaron un gran mitin en la plaza de toros de Guadalajara. Nuestra consigna era que aquel mitin no se tenía que llevar a cabo y así lo prometimos la Juventud. Yo no sé cómo fue posible reunir tanta piedra en los alrededores de aquella plaza de toros. Por ninguna parte podía pasar nadie si no era a través de una lluvia de piedras. Por la mañana ya llegaron bastantes coches haciendo su propaganda y tirando octavillas y llamando a que acudiesen a la plaza de toros para el mitin. No intervenimos para nada. Dejamos que hiciesen

su propaganda. Cuando empezaron a llegar los coches de los representantes del mitin, allí fue la suya. No había coche que se pudiese acercar a la plaza de toros. Las piedras llovían por todas partes. Salieron los guardias. La Guardia Civil a caballo, la Policía de Asalto a caballo. A sablazo limpio querían apartarnos a toda costa de la plaza de toros para que se pudiese celebrar el mitin. Pero a pesar de ello, el mitin no se pudo celebrar. Los coches retrocedieron con los cristales rotos, algunos incluso con abollones en la carrocería. Yo corría detrás de un coche, tirándole piedras; al doblar una esquina veo que está mi hermano y le digo:

—A ese, zúmbale.

Mi hermano no se lo pensó, metió la mano por la ventanilla y le dio un enorme puñetazo al que conducía el coche; entonces un guardia fue a detener a mi hermano y él, gracias a sus ligeras piernas, se pudo salvar. Un par de guardias empezaron a correr detrás de mí y de un chico que venía conmigo; aquellos guardias tenían las piernas muy largas y nosotros muy cortas; pero nosotros corrimos más y llegamos hasta un pueblo que estaba a unos cinco kilómetros de Guadalajara y allí nos cobijamos. Los propios campesinos nos dieron asilo en sus casas y por la noche volvimos a Guadalajara.

Cuando llegué a casa, mi padre le estaba haciendo una cura casera a mi hermano. Tenía una mano muy hinchada del puñetazo que había dado. El guardia no le había cogido porque se había metido en una casa que tenía una salida por la parte de atrás, así que entró por una puerta y salió por otra y no le pudieron coger... Pero, en cambio, tenía una mano hinchadísima y mi padre se la estaba pisando. Dicen que así se baja la hinchazón...

Algo que recuerdo perfectamente, y no se me ha olvidado nunca, es que al volver a casa por la noche, mis padres, que estaban muy intranquilos porque esto había ocurrido por la mañana, se pusieron muy contentos y mi hermano me miraba de reojo y me decía:

—No me joderás más, no, no me joderás más. Tú métete donde quieras, pero a mí no me lés.

Mi padre, riéndose, le decía:

—No, si cuando digo que he cambiado las especies cuando hice estos dos: el uno tenía que haber salido chica y la otra chico. Cuánto mejor hubiera sido.

Mi madre, que estaba con mi cuñada, me dijo:

—Ya está bien, hija, ya está bien, que nos has hecho sufrir todo el día.

Yo le dije:

—Bueno, pero ya ve, no ha pasado nada, y en cambio ellos no han hecho el mitin. ¿A que es para estar contenta? Lástima que no tengamos para poder celebrarlo.

Las elecciones, como es sabido, fueron un éxito. Fue algo maravilloso. A continuación, pedimos una amnistía general, teníamos montones de presos políticos en toda España, pero sobre todo en el norte. En Guadalajara había dos cárceles, una civil y otra militar, y en las dos teníamos detenidos, así que fijamos un día para pedir la amnistía para los presos. La señal para salir a la calle y dirigirse en manifestación al Gobierno Civil y Militar era que sonara tres veces una sirena que había en el Ayuntamiento, que sonaba todos los días a las doce del mediodía. Esta sirena daría sus tres toques a las tres de la tarde y todos los trabajos serían suspendidos y saldríamos a la calle para exigir la amnistía. Para que la masa no se estropeará en

nuestra fábrica, cuando llegó a mediodía mi compañero Santos le dijo al encargado, el señor Nicolás, que no echase masas nada más que hasta las dos de la tarde, ya que a las tres saldríamos todos de la fábrica. Nos comprometimos a hacer ese tendido de la tarde durante toda la semana, o sea que la fábrica no iba a perder nada, porque nosotros dejábamos el trabajo por nuestra cuenta y también por nuestra cuenta haríamos el trabajo igual que cada semana. Este buen hombre era un tipo desgraciado, un chaquetero de los patronos, que eran mucho mejores que él, una sociedad de varios comerciantes de la capital. Eran tres o cuatro, solo me acuerdo de Castillo y Gamo, este último una gran persona, con ideas liberales. Y el encargado se empeñó en hacer todas las masas que se hacían por la tarde, que creo eran cinco, y no pudimos hacer más que dos porque sonó la sirena y se quedó solo en la fábrica. Él no podía hacer el tendido. Estar en el obrador, cortar la masa y tenderla era imposible: éramos cinco mujeres para hacer el tendido. En la calle nos encontrábamos con grupos de amigos que habían dejado sus trabajos. Algunos pequeños talleres no cerraron; algunas tiendas tampoco, pero la mayoría lo hicieron. Fuimos en manifestación a los sitios ya citados y en todos nos dijeron que sí, que la amnistía se daría, pero que Madrid lo tenía que comunicar y entonces los pondrían en libertad. No lo aceptamos y a gritos pedíamos la amnistía y nos dividimos en dos partes, unos a una cárcel y otros a la otra, gritando: "¡Amnistía, amnistía, amnistía!". Se ve que esto lo comunicaron a Madrid y dieron orden de ponerles en libertad. Yo recuerdo que fui en el grupo que se dirigió a la cárcel militar. Por cierto que allí teníamos al teniente Castillo. Yo estuve junto a él, pues le llevamos a la Casa del Pueblo y allí festejamos su salida como pudimos. Los hombres se abrazaban mutuamente, los que salían y los que habían estado manifestados, y se oyó la voz del teniente Castillo, que dijo:

—Bueno, ya está bien de que se abracen los hombres. Que vengan las chicas, que quiero darles un abrazo bien fuerte.

Poco podíamos imaginar que aquel hombre, con aquel coraje, aquella valentía con que hablaba, un hombre majo y fuerte, iba a ser pocos meses después asesinado por la espada.

Cuando todo el mundo desfiló para sus respectivos sitios, nosotros, los de la fábrica, nos pusimos de acuerdo y decidimos volver al trabajo, puesto que todavía no era la hora de salida. Recuerdo que nos sorprendió en el camino una gran tormenta de poca duración pero de bastante lluvia y sonoros truenos: nos tuvimos que cobijar en unos portales. Cuando llegamos a la fábrica no encontramos a nadie, pero la puerta estaba abierta. Lo que significaba que posiblemente el cabrito del señor Nicolás estaría por allí, escondido por algún sitio. No había luz y pensamos que habría sido un cortocircuito a causa de la tormenta. Como siempre había alguna vela, encendimos algunas y subimos al tendido, pero era imposible tender todo aquel fideo. No había forma de poderlo peinar para tenderlo; estaba seco, fundido casi en una masa. Así que nos dimos por vencidos y lo dejamos tal como estaba. Al día siguiente allí se armó la de San Quintín, ya que según el señor Nicolás los responsables éramos Santos y yo, y fuimos despedidos de la fábrica. Como es natural, lo comunicamos al sindicato y estábamos en trámites para la readmisión: incluso habíamos ido a hablar con los jefes y estos estaban dispuestos a dejar de lado la denuncia que habíamos hecho, a pagarnos los atrasos y que volviésemos al trabajo. No volvimos porque ya habían pasado más de dos meses y nos necesitaban el Partido

y la Juventud; empezaban a verse movimientos raros a los que teníamos que salir al paso.

La Juventud en estos tiempos estaba fortalecida, pues en abril se había llevado a cabo la unificación socialista y comunista, o sea, las JSU. El 1 de mayo los de la Juventud salimos a celebrar ese día con nuestros uniformes; solo había un cambio en ellos y es que nosotros llevábamos la camisa azul con pañuelo rojo y ahora era un pañuelo azul y rojo. Pero la manifestación fue movidita. También nos provocaron los fascistas. La Falange salió a la calle y nos quiso disolver. No lo consiguió, pero hubo algunas escaramuzas de hostias y patadas. Terminamos en el campo con una buena merienda cantando nuestros cantos revolucionarios, y allí precisamente cayó enfermo un camarada, cuya familia era toda comunista. Más adelante hablaré de su madre porque he estado con ella muchos años en la cárcel. Ya no me acuerdo de su nombre, pues eran muchos hermanos. Se apellidaba Cubero. Le tuvimos que sacar de la romeña que teníamos en el campo y lo llevamos a su casa. A los pocos días moría. Era bastante joven, veintidós o veinticuatro años. Quisimos hacer un buen entierro con todos los jóvenes uniformados. Nos duró muy poco la marcha. A escaso medio kilómetro de su casa, nos salió la Guardia Civil y los guardias de asalto y nos disolvieron a porrazo limpio. El féretro llegó solo con sus padres y sus hermanos al cementerio. Algunos de los chicos que tenían las patas largas pudieron llegar hasta el cementerio y acompañarle en sus últimos momentos con su familia, en nombre de las JSU.

Así pasamos meses de angustia y de temor por la amenaza que nos caía encima, pues constantemente teníamos provocaciones y encuentros con los falangistas, teníamos que hablar con el pueblo para mantenernos unidos en caso de que fuese necesario, y ya lo creo que lo fue. Por toda España había asesinatos y traición y la última fue la muerte del teniente Castillo, asesinado por la espalda cuando salía de su casa. A esta siguió la de Calvo Sotelo y fue la llama de la última provocación. La guerra estalló. Ya sabíamos de algunas sublevaciones por el sur y el día que nos enteramos de la de Madrid yo me fui a casa de mi hermana, que vivía en el campo y tenía un niño de cinco años, una niña de dos y medio y esperaba su tercer hijo de un momento a otro, para prevenirla de lo que pudiese ocurrir, decirle que los niños no estuviesen en la huerta y que ella no saliese de casa en el estado en que se encontraba. Casi, casi se rieron de mí, pero finalmente me hicieron caso. Se quedaron en su casa muy pocos días, pues la tuvieron que desalojar para irse a vivir a la estación, ya que aquello era muy visible y caían las bombas por los alrededores. Cuando volví de casa de mi hermana me encontré atravesando los campos a varios compañeros y sobre todo obreros, unos que iban a hacer el turno de la tarde a la fábrica Hispano-Suiza de aviones; los que habían salido a las dos de la tarde no lo habían hecho por las puertas principales, ya que tenían a las fuerzas de la Guardia Civil y del Ejército frente a las puertas con metralletas. Cada uno huyó a donde pudo por los campos, en dirección a los pueblos de Cabanillas y Marchamalo. Al verme, me preguntaron:

—Chica, ¿adónde vas?

No tenía más remedio que volver a Guadalajara. Tenía a mis padres allí y se hubiesen preocupado mucho si no volvía de casa de mi hermana; les había advertido a lo que iba. No pude ir por la carretera general, ya que aquel lugar era zona de tiro. Subí bordeando el cementerio y también encontré jaleo, pues la parte trasera del

cuartel de la Academia de Cadetes daba precisamente a la carretera, cerca del cementerio. Con bastantes apuros llegué a mi casa, donde me encontré a mi padre; habían cerrado en el trabajo y se había ido a casa. Contentos de verme y de estar los tres juntos, esperamos a ver lo que ocurría, pues yo no tenía en esos momentos ninguna orden del partido ni de la Juventud ni sabía adónde dirigirme, solo se oían disparos por un sitio y por otro, aunque afortunadamente no hubo grandes bajas. A pesar de que los camaradas estaban preparados para defenderse, no fue posible hacerlo, teniendo en cuenta el tamaño de nuestro pueblo. Podía decirse, aunque no puedo asegurarlo, porque no entiendo mucho de esto, que se multiplicaba por diez la fuerza armada que teníamos por habitante civil. Así que una resistencia hubiese sido la muerte de todos nuestros camaradas, ya que en dos horas o menos estaba todo el pueblo tomado por la fuerza armada.

—Mira, vete y vamos a ver si se puede evitar que te detengan en casa.

Nada de particular veíamos por nuestra calle: de vez en cuando pasar a alguien, sobre todo guardias civiles y soldados. Era un callejón muy estrecho y además hacía curvas; era muy arriesgado andar por él precisamente ese día. Por ella la circulación era menos intensa de lo normal. Por la noche, con las luces apagadas, mirando por las ventanas vimos aparecer a un grupo de gente. Entre ellos conocimos a algunos de los falangistas. Iban Trallero y algunos más, cuyos nombres no recuerdo. Se acercaron a la puerta. Nos miramos los tres y esperamos que llamaran, pero no lo hicieron. Luego los vimos pasar junto a nuestra ventana, siguiendo la calle, y nos extrañó mucho que no hubiesen llamado. Mi padre abrió la puerta para mirar y entonces vio que habían puesto una cruz. Era evidente que habían señalado la puerta para llevar a cabo una detención. Mi padre me indicó más o menos por dónde debería dirigirme para no cruzar el pueblo. Tenía que bajar hasta la entrada del Alamín y cruzar un barranco que daba a una pequeña alameda. Allí se podía coger, atravesando la carretera general, un camino que daba al pueblo de Iriepal. Allí teníamos bastantes conocidos y podía refugiarme en casa de algunos de ellos. Así lo hice, pero era tan de noche y tan tarde que, la verdad, pasé bastante miedo. Cuando llegué al altozano, entre Guadalajara e Iriepal, miré la mies que ya estaba segada, atada en haces puestos en filas haciendo como cabañitas y me pregunté:

—¿Y si en Iriepal están también y han ido a detener gente y me meto en la boca del lobo?

La oscuridad influía en aquellos pensamientos. De día aún ves lo que pasa, y si te parece sigues camino y si no te paras en casa de alguien. Así que me quedé en aquellas mieses esperando que llegase el día. Cuando empezó a amanecer, y al ser verano no tuve que esperar demasiado, vi y oí aviones que volaban muy bajo. Miré hacia Guadalajara y vi que solo daban vueltas alrededor de la capital y echaban unos papeles. No sabía su significado. Lo que sí vi es que eran aviones nuestros porque, para que se les conociera, en las alas llevaban pintada la bandera republicana.

No tardé mucho en enterarme del mensaje que arrojaban aquellos aviones republicanos. Habían tirado octavillas pidiendo al pueblo de Guadalajara que evacuase la población, sobre todo ancianos, mujeres y niños, pues las milicias de Madrid, que habían luchado heroicamente contra la sublevación fascista y habían ganado la batalla en el Cuartel de la Montaña y otros cuarteles, venían hacia Guadalajara para liberarnos de las hordas fascistas. Así que por aquellos campos veía huir familias enteras

con sus niños: un poco más tarde los propios fascistas y las fuerzas armadas huían también mirando hacia atrás y disparando de vez en cuando. Allí fue cuando me lo pensé un poco mejor y vi que corría mucho más riesgo entre los haces de trigo que yéndome al pueblo. Por mucho riesgo que corriese al saber que a Guadalajara la estaban liberando, tampoco habría ninguna fuerza para poder moverse y hacer algo contra nosotros. Así que fui a Iriepal a casa de una amiga María Andrés. Su novio era un muchacho muy conocido mío de la Juventud. Se llamaba Moisés. Con ella estuve después en la cárcel y, según me dijo, él había marchado al extranjero en el año 39. Esta chica me dijo que mis padres estaban también con unos vecinos en una de las casas de por allí cerca. Me indicó dónde y me fui con ellos. La alegría de mi viejo fue muy grande cuando me vio aparecer. Se le saltaban las lágrimas y todo. Habían escapado de Guadalajara con un matrimonio con un montón de hijos, no sé si por entonces iba a nacer el noveno o el décimo. Casi todos se llevaban un año. Los nueve cabían en una cesta. Sus padres tenían un almacén de huevos y jamones. Mis padres me explicaron que, tanto este señor —se llamaba Lucio— como su esposa, les habían pedido que salieran con ellos pues así les ayudaban a llevar algún crío. Y así lo hicieron. Yo les dije que me iba a Guadalajara, ya que empezaban a llegar noticias de que la liberación había sido total y que estaba tomada por nuestra gente. Entonces el señor Lucio me llamó aparte y me dijo:

—Mira, yo me voy con la señora Jorja a llevarla al pueblo porque ya ves como está, y que dé a luz allí y se quedé con los niños. Toma las llaves de casa y del almacén, y si necesitáis algo lo cogéis, ya sabes que yo sirvo a los hospitales, colegios, conventos y algunas tiendas. En fin, tú misma.

Cogí, pues, la llave. Entonces mi padre me dijo:

—¿Por qué le has cogido la llave?

—Ah, porque me la ha dado: yo comprendo sus razones. Si va a estar algunos días fuera y se necesita algo para el hospital o para algún sitio...

—Sí, sí, claro, pero no es tonto, no. Cuando ha salido del pueblo este buen señor les ha dado también una llave a los falangistas por si necesitaban algo.

Él se llamaba *falangista*, pero un falangista de pega, porque era un hombre que trabajaba como un bruto, y no sabía ni lo que era ser falangista ni nada. Lo único que sabía era trabajar y hacer hijos. Era una buena persona y si alguien acudía a pedirle media docena de huevos y no los podía pagar, también se los daba. Cuántas veces a nosotros nos había dado aquellos huevos que estaban algo cascados o rotos y era difícil venderlos. No era gente que se entretuviera en las casas de los demás, y nosotros tampoco, así que si lo hacía era porque sabía que lo pasábamos mal y además si algo necesitaba o si su esposa se ponía mala o de parto, mi madre iba a atenderla, o bien iba yo, pero nada más.

Yo entonces me dirigí a él y le dije:

—Usted dio una llave a los falangistas cuando salía de Guadalajara. Tenga en cuenta que si algo falta, nosotros no somos ladrones. —Él se quedó mirándome y me dijo:

—Mujer, ya lo sé, y por eso confío en ti.

—Pero también ha confiado usted en los otros, ¿no?

El hombre se puso muy colorado. Pero al final yo me llevé las llaves tras decirle esto. Lo primero que hice cuando llegué fue entrar en la casa y vi que los falangistas no habían tenido tiempo de hacer nada, ya que huyeron escapados. Nosotros sí utilizamos el almacén, suministrando huevos para el hospital y los colegios. Pero de todo el género que salió de su casa se le hizo un vale para que él pudiese cobrarlo cuando volviese del pueblo. Y el hombre quedó bastante satisfecho.

Algún grupo político quiso hacerle mal, pero todos los del barrio en general le avalamos diciendo que era una buena persona y que no había cometido delito para que fuera detenido. Y así ocurrió. Nadie le tocó en toda la guerra y siguió trabajando y suministrando su mercancía a donde se la pedían.

Me puse a disposición del Partido y de la Juventud, y en los primeros meses, con un grupo de camaradas, llevamos a cabo un servicio *especial*. De él salimos bien y satisfechos.

De la guerra de España ya se ha escrito mucho y lo que yo pudiera decir de ella sería tan pobre que más vale no hacer ningún comentario. Solo diré que estuve los treinta y dos meses al servicio de mi Partido, de la Juventud y de mi pueblo y que estuve donde me necesitaban y nunca en un sitio fijo. Lo mismo estaba una temporada en el hospital porque era necesario, sobre todo cuando nos atacaron por la Alcarria: en aquellos hospitales de sangre se necesitaba mucha gente; yo estuve en ellos trabajando con las Brigadas Internacionales. Participé en la organización de los talleres de costura en Guadalajara para hacer monos, como entonces se llamaban, para las milicias. Cuando nuestras tropas iban a pasar por algún pueblo y permanecían allí algunos días de descanso, se les organizaba alguna fiesta con las chicas del pueblo, hablando previamente con ellas. Al mismo tiempo organizamos lavaderos para que llevasen las ropas limpias y montamos talleres para coser, e íbamos por los pueblos reclutando gente para enviarla al frente y convenciendo a las mujeres para que se hiciesen cargo de las faenas de los hombres.

De los talleres de Guadalajara, ya muy bien organizados, se había hecho cargo Trinidad Sanz de la Hoz. Su profesión era sastra y había sido concejal del Ayuntamiento.

Yo era una de las que más salía fuera, pues como mis padres no me ponían ningún obstáculo, podía estar uno, dos o tres días por los pueblos. Yo tenía muy poca preparación cultural, ya que había ido muy poco al colegio y tampoco había tenido mucho tiempo para poder estudiar ya de mayor, pues con trabajar de la mañana a la noche ya tenía bastante: además, cuando se pierde el hábito de estudiar, no hay forma de que te entre una letra más en la cabeza. Por lo menos eso me ha pasado a mí, que la he debido tener bastante dura, pues una de mis ilusiones hubiese sido ser enfermera y nunca pude conseguirlo. También en el seno de la Juventud o del partido me gustaba mucho Agitación y Propaganda: en cambio, todos los cargos que tuve fueron de trabajo, no de trabajo político teóricamente, sino práctico. En una ocasión iban a enviar a diez jóvenes de uno y otro sexo a la Unión Soviética a una escuela de cuadros. Precisamente recuerdo que Ignacio Gallego pedía que fuese "la de los sacos". Así me llamaba él porque habíamos tenido un lío en los talleres de costura. Resulta que nos robaron los sacos de la comida y no sabíamos quién. Si allí todos éramos camaradas, ¿cómo era posible que alguien nos robase los sacos de comestibles, que era lo único con que pagábamos a las mujeres que venían a coser? Ya que no podíamos

pagar con dinero, iban por la comida. Como entre nosotros la cosa se puso muy fea, hubo una reunión con gente de Madrid, y entre ella vino Gallego. Como no se hablaba más que de sacos, y sacos arriba y sacos abajo, me empezó a llamar *la de los sacos*. Recuerdo que años más tarde, muchos años más tarde, le encontré en París, y no nos reconocimos. Yo sabía que era él porque me habían dicho que le iba a ver, pero ni le hubiese reconocido ni él me reconocía a mí. Al enterarse de dónde era me preguntó:

—Oye, ¿y qué pasó con aquella chica de los sacos?

—Pues la chica de los sacos soy yo —le respondí.

Nos dimos un abrazo bien fuerte y se puso muy contento al verme. El caso es que cuando mandaron pedir los diez chicos y chicas para la Unión Soviética, Gallego recalca en su carta: “Mandadme con ellos a *la de los sacos*. Pero *la de los sacos* no fue porque era la única o casi la única con que contaban para ir de arriba abajo y de abajo arriba sin que en su casa pusiesen ningún inconveniente. Y mandamos a otros chicos y me quedé sin ir a la escuela de cuadros. Hay quien me ha dicho después: “Bah, la escuela de cuadros tampoco te hubiese servido de gran cosa”.

Más tarde en Valencia se formó una escuela de cuadros precisamente con algunos de los que habían ido a la Unión Soviética y con dirigentes de la Juventud y volvieron a insistir en que mandaran a *la de los sacos*. Entonces fui a Valencia. Hacía veinticuatro horas que habíamos llegado, cuando viene un muchacho que me dice:

—Oye, me ha dicho Mesón que vayas a su despacho, que necesita verte.

A mí me extraño mucho, pues yo con Eugenio Mesón no tenía mucha confianza. Me lo habían presentado cuando llegamos, pero nada más. No sabía qué podía querer de mí. Fui, y por el pasillo me encontré con una de las chicas que habían venido conmigo desde Madrid, que me preguntó:

—¿Adónde vas?

—A ver a Mesón.

—Yo también. ¿A ti también te ha llamado?

—Sí.

Pues a mí también.

Entramos las dos a un tiempo y, al vernos, preguntó:

—Hombre, ¿venís juntas?

—Pues sí, nos hemos encontrado en el pasillo.

—Bueno, pues sentaos, que quiero hablar con vosotras. Mirad, es muy interesante que podáis hacer unos cursillos, pero también es muy importante ir al hospital de Lorca porque hay algo que tenemos que averiguar y yo tengo plena confianza en vosotras.

Nos habló de lo que se trataba y nos explicó bien nuestra misión en ese hospital: nos dijo a quién nos teníamos que presentar para que supieran que éramos nosotras las que íbamos a hacer aquel trabajo, y salimos hacia Lorca. Este trabajo nos supuso estar en Lorca unos tres meses. Cuando terminamos nuestra misión hacía ya un mes que se habían terminado los cursillos en Valencia y nos fuimos a nuestros respectivos lugares, ella a Madrid y yo a Guadalajara. Ya es sabido que las JSU prometieron al Gobierno entregar dos divisiones para la defensa de la República, y en esto puse también mucho empeño y trabajé bastante eficazmente en los pueblos de los alrededores con bastante éxito. ¡Pobres chavales! Poco sabíamos que la guerra estaba a

punto de terminar con la traición de Casado. Los bombardeos en Guadalajara eran muy frecuentes y bastante fuertes. En uno de ellos mi casa quedó destruida. Afortunadamente no tuvimos desgracias personales, pues mi padre estaba trabajando, yo estaba en la sede del Partido y mi madre no había forma de que se quedase en casa. En cuanto oía un avión, salía corriendo al refugio, al extremo de que a veces ponía la comida y, o se abrasaba porque el carbón se ponía rojo o se había apagado y estaba cruda. El caso es que era imposible que a ella un bombardeo la cogiera en casa. Por la noche, con un colchoncito pequeño que se había hecho, se iba a dormir al refugio. Mi padre y yo siempre nos quedábamos en casa. Recuerdo que una noche estábamos los dos solos, mi madre en el refugio, y cada vez que pasaba un avión o caía una bomba no muy lejos se nos apagaba la vela. La volvíamos a encender y seguíamos cenando. Al final terminamos de cenar y nos acostamos. A media noche, mi padre se despierta y me dice:

—Pequeña, escucha. Hay un bombardeo tremendo. ¿Qué te parece? ¿Nos levantamos?

—Bueno, como usted quiera —repuse yo.

Era un hombre de muy buen humor. Al levantarse no encontraba las botas. Al vestirse las había puesto al pie de la cama, y al ser el suelo de tarima y moverse tanto la casa con el bombardeo, las botas fueron a parar junto a la pared al final de la cama. Entonces mi padre me dijo:

—Peque, la que debe estar liada. Fíjate que hasta las botas se han metido debajo de la cama.

El bombardeo más grande y más fuerte tuvo lugar un día hacia las tres de la tarde. A pesar de lucir un sol formidable, al venir tantos aviones quedó toda la capital a oscuras. No había ni sol, de la sombra que eran capaces de hacer aquellos *junkers* cargados de bombas. Creo que había treinta y tantos, según dijeron. El bombardeo fue horrible. En el centro de la ciudad dejaron caer bombas incendiarias y hubo bastantes incendios, entre ellos el del Palacio del Duque del Infantado, que era ya Museo Nacional vigilado y respetado por nuestras tropas. Quedó totalmente destruido. Las bombas de metralla las tiraron en los barrios obreros y en la estación. Yo fui hacia allá en coche, en medio de numerosas ambulancias y coches porque muy pronto se supo que había bastantes heridos y muertos. Cuando llegué allí quedé totalmente paralizada. No sabía dónde empezar a buscar a mi familia. Las casas estaban por tierra. Vi a una amiga mía que tendría entonces dieciséis o diecisiete años, llevando uno de sus pies en la mano y andando a la pata coja. Iba en combinación, la blusa se la había quitado para taparse el muñón del pie. La metieron rápidamente en una ambulancia y la llevaron a un hospital. Yo empecé a buscar entre los escombros a mi familia. Niños, mujeres, de todo había. Solo se les podía reconocer por los vestidos; los cuerpos y las caras estaban totalmente destrozados. Alguien me cogió por los hombros y me levantó casi del suelo, porque yo buscaba entre los escombros, y me dijo:

—¿Qué buscas por aquí?

—A mi hermana y a los niños.

—No están aquí, les he visto ir al Molino.

Entonces me fui hacia el Molino y desde arriba grité:

—¡Antonia, Antonia!

—¡Estamos aquí, estamos aquí —me contestó ella.

Le dije que no se moviera de allí y que avisaría a su marido para que viniese a buscarla. No tuve que ir a buscarlo. Nada más salir del Molino me lo encontré cruzando la carretera. Fui hacia él y nos abrazamos los dos. Yo, con una gran tensión nerviosa, me puse a llorar. Él se asustó, pero yo le dije:

—No, no te asustes, no pasa nada: Antonia y los niños están en el Molino. Recógelos y llévatelos a casa de tus padres y no vayas ahora por la casa. No verás nada más que muerte y destrucción. Después, si acaso, ve a ver si puedes sacar algo de ropa o alguna cosa que se haya salvado.

Aquel día no solo tuvo lugar el bombardeo, con sus muertes y destrucciones, sino que en la cárcel los fascistas presos creían que había llegado el momento de su liberación e intentaron un levantamiento. Hay quien dice que incluso tenían pistolas y que habían hecho algunos disparos por las ventanas. El caso es que el pueblo, indignado por aquel tremendo bombardeo, fue hacia la cárcel pidiendo la cabeza de los presos. Se formó una gran manifestación por las calles más céntricas de Guadalajara, gritando:

—¡Justicia, justicia!

La gente quería que los presos pagaran con su vida el bombardeo que tantas muertes había ocasionado. Cuando llegué de la estación, esta manifestación ya estaba formada y me uní a ella. Las consecuencias que más tarde traería aquella manifestación serían para ser recordadas. Al terminar la guerra, creyendo mis compañeras que yo había logrado huir al extranjero, declararon, al ser detenidas, que había sido organizada por mí. Yo me enteré cuando fui detenida, pues así me lo dijeron. Yo diría que no hubo un organizador concreto, sino que se hizo de una manera espontánea, y si fue alguna persona en concreto quien lo hizo, nunca se ha sabido.

En marzo de 1939, el partido nos comunicó a la Juventud que vendrían algunos soldados del Ejército republicano a descansar unos días a Guadalajara. Para ellos nos pedían que les hiciésemos algún festival y que pudieran disponer de la sala de juego. Esta se hallaba bastante estropeada a fuerza de usarla durante los meses de guerra; sobre todo los tapetes de las mesas de billar estaban ya tan estropeados que era imposible jugar en ellas. Entretanto nosotros empezamos inmediatamente a poner en orden la sala de juego y hacerles la vida más agradable durante los días que estuviesen descansando. En Guadalajara no encontramos fieltro para tapizar las mesas. Así que nos mandaron a Ramón, un chico de la Juventud, y a mí, a que lo fuésemos a buscar a Madrid. No recuerdo si fue el dos o el tres de marzo que salimos para Madrid a media mañana. Nada más llegar nos pusimos a hacer nuestras compras y al mediodía estábamos ya cargados de paquetes. La dirección del partido, aprovechando que íbamos a Madrid nos había encargado algunas cosas más. Ramón me dijo que por qué no nos quedábamos hasta el día siguiente puesto que habíamos hecho con tanta rapidez todo aquello. A lo que yo le pregunté:

—¿Por qué nos tenemos que quedar?

—Pues mira, veremos a los chicos de la Juventud y pasaremos un rato con ellos.

Yo acepté, pero le dije que si me quedaba era para ir a ver a mi prima Pura en Ventas. Acordamos quedarnos. Entonces fuimos al Hotel Atocha, frente a la estación del mismo nombre, para reservar habitaciones para dormir esa noche y dejar, además,

los paquetes para no ir cargados con ellos. Después de realizar esta operación, cada uno salió por su lado citándonos en el hotel a las nueve de la noche para ver si nos interesaba más coger el tren de la noche o esperar al tren de la mañana. Yo me fui a Ventas, llegué a casa de mi prima, se quedó muy parada y me dijo:

—Chica, ¿qué haces por aquí?

—Pues he venido con un compañero para hacer unas compras en Madrid.

—Pero ¿no sabes que la guerra está terminándose?

—¿La guerra terminándose? ¡No me digas! ¿Y quién te ha dicho esto?

—Anda, pues es lo que se oye por Madrid, que la guerra se termina en estos días.

Yo me quedé muy parada y no sabía qué decirle. Estaba totalmente ajena a que la guerra estuviese a punto de acabar. Ni la dirección de nuestro partido ni la dirección de las JSU nos había informado de ello. Por lo tanto, no sabía a qué atenerme. Yo lo tomé por un bulo callejero y cambiamos de conversación. Comí con ellos, charlamos de la familia, de nosotros mismos, y por otra parte, al tener mi prima que ir a Manuel Becerra a comprar algunas cosas, nos fuimos andando desde su casa. En Manuel Becerra cogí un tranvía que iba hasta Cibeles con el fin de bajar después andando hasta el hotel, puesto que tenía tiempo para ello. Antes de llegar a la Puerta de Alcalá, el tranvía se paró. Había también coches parados. Oí gritos, pero no entendí lo que decían. La gente empezó a bajar del tranvía y yo también. Anduve no sé cuántos pasos, casi hasta llegar a la Puerta de Alcalá. Oí más gritos. Unos decían:

—¡Viva la República! ¡Viva la República!

Otros decían:

—¡Viva la Junta de Casado! ¡Por fin la guerra se termina!

Pero lo más grave de todo esto es que los tiros acompañaban a los gritos. Había ya algunos muertos en la calle. Yo tuve que refugiarme varias veces en los portales para no ser alcanzada por las balas. Estaba asustada y no sabía qué pensar. Al final llegué al hotel. Por allí también había algún jaleo, pero no era el tiroteo que había en la Puerta de Alcalá. Subí a la habitación del hotel y no sabía qué hacer, no sabía dónde estaba Ramón ni si le habría pasado algo. Lo más prudente sería hacer lo que convinimos y esperar. No serían las ocho y media cuando él llegó. Venía asustado y, al propio tiempo, indignado:

—Chica, es horrible, ¿sabes? Casado ha formado una junta. ¡Nos vende, nos vende a Franco!

—Pero ¿quién te ha dicho eso?

—La Juventud, la Juventud que está preparándose para defenderse. Hay que luchar, hay que defenderse. No podemos permitir que la Junta de Casado nos venda.

Era la consigna del Partido Comunista en Madrid y de las JSU. Los dos guardamos silencio un momento. Quizá los dos pensamos lo mismo. Éramos jóvenes y no sabíamos cómo juzgar políticamente todo lo que habíamos visto en un par de horas. Ramón tendría entonces unos dieciocho o diecinueve años, y yo veintiuno. Aunque hacía tiempo que militaba en la Juventud, teóricamente estaba bastante mal preparada y no llegaba a comprender lo que ocurría. El chaval rompió el silencio:

—Venga, cojamos los paquetes y vayamos a la estación. Tomaremos el primer tren que salga. Es posible que allí podamos hacer algo con los camaradas.

Bajamos al vestíbulo y nos paramos para pagar las habitaciones. El conserje solo nos cobró una. Dijo que como no habíamos dormido, que nos repartiéramos las ganancias:

—Y esto además se llena por la noche. Cuando llega el tren, se pone a tope.

Y con mucha sorna, añadió:

—¡Abur, chavales! ¡Que tengáis suerte!

Cruzamos la calzada como quien lleva fuego en el trasero. Llegamos a la estación sin hablar ni una sola palabra. Preguntamos a un ferroviario a qué hora saldría el tren para Guadalajara y nos dijo que a las diez y media. Serían más o menos las nueve y cuarto. En ese momento salía un tren de mercancías. Le preguntamos adónde iba ese tren y nos dijo:

—A Guadalajara, pero lleva una carga especial. Ahora, si lo podéis coger, llegaréis antes que si esperaréis al de las diez y media.

Salimos corriendo y en el último vagón estaba la puerta abierta y un ferroviario en ella. Este nos cogió los paquetes y gracias a él pudimos coger el tren en marcha. Cuando subimos al vagón nos quedamos sentados, muy tristes, muy apagados. El hombre nos preguntó:

—Qué, chavales, ¿dónde vais?

—A Guadalajara.

—Pero ¿qué os pasa?

—Pues qué nos va a pasar, que se termina la guerra.

—Y además he visto un tiroteo en la Puerta de Alcalá —añadí yo.

—¿Y qué? ¿Te has asustado?

—Pues sí, un poco. ¿Y es cierto lo que dicen de la Junta de Casado?

—Pues sí, hija, sí, claro que es cierto. Los que de verdad han luchado por la libertad y por la República no lo quieren, pero me parece que nada conseguirán con no quererlo. Para mí que ya todo está masticado, pero debemos luchar mientras podamos. No nos tenemos que dejar coger, porque no lo pasaremos muy bien. ¿Vosotros pertenecéis a alguna organización?

Le contestamos que sí, que pertenecíamos a las JSU.

—Pues hijos, si es así y habéis sido activistas, más vale que os metáis en un rincón donde no os puedan alcanzar, porque tampoco lo pasaréis bien.

El ferroviario nos fue hablando durante todo el camino. Nos dijo muchas cosas. Nos comentaba cómo no podía ganarse la guerra porque la ayuda a Franco era muy importante por parte del fascismo, de Hitler y Mussolini, mientras que la *no intervención* no nos dejaba pasar las armas que nos vendía la Unión Soviética y estaban amontonadas en la frontera, mientras que hacía la vista gorda al fascismo que las pasaba por Portugal; y no solo armas, sino hombres. El hombre repetía una y otra vez:

—Ay, si tuviéramos armas, si las armas que están en la frontera las tuviéramos aquí, otro gallo cantaría. En el 36 no nos ganaron sin armas, no tomaron Madrid. Si ahora las tuviéramos no lo tomarían jamás; pero ese cabrón se ha adelantado a los acontecimientos. Nos ha traicionado, al pueblo de España. Lo pagaré caro porque nosotros seguiremos luchando, no nos vencerán.

Al final llegamos a Guadalajara y al despedirnos el hombre nos abrazó y nos dijo:

—Hijos míos, ¡que tengáis mucha suerte, mucha suerte!

Yo diría que las lágrimas le asomaron a los ojos. A mí se me hizo un nudo en la garganta. Cuando nos bajamos del vagón, estuvimos un rato en silencio y Ramón dijo:
—Ese hombre es un camarada, no hay más que verlo. ¿Te has fijado? Si ha llorado cuando nos ha abrazado.

Salimos de la estación y al rato de ir andando alguien nos llamó. Era un muchacho que vivía en aquel barrio y nos dijo:

—Oye, ¿vais a vuestra casa?

Dijimos que sí, claro. ¿Adónde íbamos a ir?

—Pues tened cuidado —nos dijo—, porque algunos de vuestros compañeros están detenidos.

—¿Detenidos? ¿Y quién los ha detenido?

—Anda, pues no sé, pero por ahí se dice que la guerra ha terminado y que Franco gana.

Entramos con bastante precaución en la ciudad, dando un poco de rodeo para no ir por el centro. Subiendo por la calle del Mercado, salíamos enfrente del edificio donde teníamos el local de la Juventud. Nos quedamos asombrados cuando vimos en el balcón una bandera negra y roja. Se nos saltaron de verdad las lágrimas. Cada uno nos marchamos a nuestra casa, casi sin hablarnos. Cuando llegué a mi madre se asustó:

—Hija, ¿por qué has vuelto?

—¿Qué pasa, madre?

—Han venido a buscarte, han venido a detenerte; hay un montón de chicas detenidas. Está Mercedes, está Trini. Hay también hombres detenidos. Parece que la guerra se ha terminado. Así que mira, vale más que te marches porque yo tengo mucho miedo a que te cojan.

Vi a mi madre tan asustada que no sabía qué hacer. De todos modos reaccioné y le dije:

—Bueno, tranquilícese, no creo que sea gran cosa: voy a ir a un recado y ahora vengo.

—No te vayas, no te vayas, y si te vas, no vuelvas aquí, vete a algún sitio y escóndete.

Fui a casa de una compañera y esta me dijo:

—Pero ¿qué haces por aquí? ¿No sabes que están deteniendo a la gente?

—Bueno, están deteniendo a la gente, pero a ti no te han detenido.

—No, pero es que detienen a los dirigentes.

—Yo no soy ninguna dirigente.

—Bueno, pero a ti te han ido a detener.

—Me han ido a detener, y no sé por qué. Y tú, ¿por qué no te vas?

—Porque yo... Dicen que a los que no se han manchado las manos de sangre no les pasa nada.

—¡Ah! Yo no me he manchado tampoco.

Discutí con ella bastante rato:

—Sí, pero tú te has destacado mucho.

—Bueno, me he destacado pero no he detenido a nadie, yo no he hecho nada para que me puedan detener.

Vi que su madre se ponía bastante nerviosa y parece que tenía miedo a que yo continuase en la casa. Entonces decidí marcharme. Volví a casa y mi madre me dijo:

—¿Te has decidido? ¿Te vas?

—Sí, me voy —le respondí.

—Pero ¿adónde?

En casa había una muchacha con un pequeño de dos añitos. Era de La Solana, en la provincia de Ciudad Real. Un primo mío, que estaba en Intendencia, la trajo un día a casa. Nos dijo que era la mujer de un compañero suyo, que había venido a verle, y que si la podíamos tener con nosotros para que no estuviese en un hotel porque no conocía a nadie. Mi madre dijo:

—¿Por qué no? Si tú la traes, aquí la tendremos como si fuera de la familia.

Ella misma se ofreció a que me fuese con ella:

—Vente conmigo, allí nadie te conoce y no te pasará nada.

Nos pusimos en camino hacia La Solana. Mi madre me dio por todo dinero tres cincuenta, una pieza de dos cincuenta y dos piezas de dos reales. De algo sirvió que a mi madre no le gustasen los billetes. Siempre decía que le daba asco verlos. Solo era porquería, y siempre que hacía algún ahorrrillo, lo hacía con monedas de plata. Llegamos a su pueblo y me instalé en su casa. La casa era pequeña. Tenía un comedor y en el mismo comedor una habitación, sin puerta, con una cama grande arrinconada en la pared. Allí dormimos el niño —que lo poníamos en la parte de la pared para que no se cayera—, ella en medio y yo en la orilla de la cama. La primera noche ya la pasamos con sobresalto. Sería medianoche cuando nos despertaron unos gritos. Iban a detener a la gente a esa hora y los fusilaban en la plaza del pueblo, o les daban unas palizas de muerte antes de llevarlos a las cárceles. Era horrible oír cómo se quejaban los hombres cuando les pegaban y era horrible oír a las mujeres cuando gritaban en auxilio de sus maridos o de sus padres o hermanos. Hacía las dos de la mañana empezó a reinar un poco de silencio. Entonces charlamos un rato, comentando lo que habíamos oído, y al final nos quedamos dormidas.

Al día siguiente ella me mostró un cajón de una cómoda. Estaba lleno de azafrán y me dijo:

—Aquí tengo mi reserva. No pasaremos hambre porque esto es muy caro.

Yo me quedé asombrada porque aquello era tener un capital. Aquel día me llevó a que conociese a su padre y a su hermana. Su hermana era soltera. El novio había muerto en el frente. Volvimos a casa. Por el camino ya oímos decir que habían detenido a fulano y a mengano. Ella sabía quiénes eran. Ya en casa, cenamos y nos acostamos, pero no podíamos dormir. Como la noche anterior, comenzaron los fusilamientos y las palizas. Yo no podía soportar aquello. Parecía que me las estaban dando a mí misma. Pensaba que se las daban al pueblo que había luchado por la República, a esos campesinos sencillos que luchaban por la libertad y por su tierra. A las dos o tres horas volvió a quedar todo en silencio. Yo no podía dormir; estaba llorando, con la cara pegada a la almohada. Sentí vergüenza de estar allí, como si estuviese agazapada, como si no me importara lo que estaba pasando en nuestra España. Lloraba de rabia, de dolor. Agustina, que así se llamaba aquella muchacha, me oyó llorar. Empezó a hablar conmigo, me acarició, me besó. Me dijo que no tuviese miedo, que a mí no me pasaría nada. Le dije que no lloraba de miedo, que lloraba de rabia. Así pasamos tres días y tres noches. A la tercera noche, después de ocurrir todo lo que he

relatado, al fin me quedé dormida. Pero más tarde desperté sobresaltada por algo. Ese algo era precisamente Agustina; me buscaba por otros sitios, me acariciaba de una manera muy rara mientras yo estaba dormida. Hice un movimiento brusco y le aparté la mano de donde la tenía. Comprendí que lo que buscaba era algo que yo no le podía dar, y si se quería cobrar la comida que me daba, por allí no se la cobraría. Cuando amaneció, me levanté bastante temprano.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—A ver a tu padre y a tu hermana.

Se quedó muy extrañada de que le dijese esto, pero yo me fui, y no volví más.

En los pueblos la gente se levanta muy temprano. Así que cuando llamé a la puerta, su hermana se quedó muy extrañada y me dijo:

—¡Caramba! Qué temprano vienes. ¿Qué pasa?

—No, nada, vengo a veros y a quedarme con vosotros.

—¡Ah! ¿Y mi hermana?

—Pues en su casa se quedó, con su hijo.

—¿Y qué has dicho? ¿A quedarte con nosotros?

—Sí, a quedarme con vosotros.

—¿Y eso?

—Pues no sé, tengo la impresión que tu hermana tiene miedo de que esté allí.

Me dio un poco de vergüenza decir la verdad y ellos se creyeron lo que les decía.

Su hermana me dijo:

—No es extraño, están pasando tantas cosas en este pueblo... Pero no te preocupes, pasa, estarás aquí con nosotros el tiempo que quieras y la miseria la repartiremos entre los tres. Nuestra situación económica no es la misma que la de mi hermana, ella tiene algo de qué tirar: un cajón de azafrán. Nosotros no lo tenemos. Pasamos como podemos. El dinero que teníamos ahorrado era en billetes y ahora no nos ha servido para nada.

Cada día salíamos al campo a coger collejas y hierbas y hacíamos ensaladas. Un día robamos unas cebolletas en una huerta. Las asamos en las brasas y con el pan que ella hacía en casa nos supieron a gloria. Así pasamos varios días. En el pueblo seguían las detenciones, las palizas y los fusilamientos. Cada día que salía Catalina venía contándonos cosas que oía en la tienda o en la plaza. Un día vino descompuesta y me dijo:

—Chica, lo siento mucho, pero hay este rumor: saben que en casa hay alguien que no es del pueblo y creo que esta noche van a venir.

Yo le dije que no se preocupara, que ese mismo día me iría a Madrid. Como cada día, salimos al campo con nuestra cestita y nos dirigimos a la estación del pueblo vecino. Cogí el tren sin comprar billete. Pero aquel tren era un verdadero asco. Estaba lleno de moros, de gente extranjera, de soldados llenos de suciedad, de porquería y de sarna. Empezaron a meterse conmigo. Yo iba de un vagón a otro. Al final, en la primera estación, me bajé. Vía adelante, unas veces por las vías, otras veces cerca de las vías, llegué a Madrid. Anduve no sé cuántos kilómetros. Tenía los pies deshechos. No sabía dónde ponerlos. En Madrid me dirigí a casa de una tía de mi madre, que vivía en Legazpi. Al llegar se quedaron muy asombrados de verme. La tía se comportó bien. Me metió los pies en agua con sal, me dijo que me duchara y que me metiese enseguida en la cama y me dio algo caliente. Pero estaban bastante

asustados de que yo estuviese allí y de que alguien entrase en la casa. Yo no sabía qué, pero alguna cosa rara veía. El mismo cansancio no me dejaba dormir. Entonces oí la conversación que tenían en la cocina. Al hijo, mi primo, lo tenían escondido en la misma casa. Había sido guardia de asalto. El miedo que tenían era si me habían seguido y, al ir a buscarme, en el registro encontrasen al hijo. Yo comprendí la situación que había en la casa. Aquella noche no podía ir a ningún sitio, pero por la mañana me levanté y les dije que me iba. A pesar de todo ellos me dijeron:

—Pero ¿adónde vas a ir? ¿Qué vas a hacer?

—No os preocupéis, ya me arreglaré —les tranquilicé.

Me fui a casa de mi prima Pura en Ventas. No había nadie en la casa. Nunca supe por qué no estaban ni qué les había pasado. Entonces me acordé de la dirección de una compañera de las JSU que había ido muchas veces por Guadalajara, y me encaminé hacia su casa. Vivía en Cuatro Caminos. Cuando llamé a la puerta, la madre se quedó muy extrañada. Habían ido a detener varias veces a su hija, pero no se la habían llevado porque tenía el tifus y estaba en cama. Estaban esperando de un momento a otro que llegase la ambulancia para llevársela al hospital. La madre me preguntó si no me había visto la policía. Dije:

—No, no me ha visto.

—¡Pues si no se mueven de la puerta!

La verdad es que había entrado y en la puerta no había nadie. Posiblemente se habrían metido en algún café o en una taberna mientras llegaban a buscarla. No habían pasado ni cinco minutos cuando se oyó la ambulancia. La mujer no sabía qué hacer. Entonces me dijo:

—Métete debajo de la cama; yo le doy la llave a una vecina y me marcharé en la ambulancia con mi hija.

Entraron con la camilla y la policía con ellos. Entonces la madre pidió a la policía si podía acompañar a su hija en la ambulancia y le dijeron que sí, pero no sabían si iría al hospital o iría a la cárcel de Ventas, aunque posiblemente iría al hospital porque era una enfermedad contagiosa, pero ellos no eran los que tenían que decirlo. Yo oí todo esto desde debajo de la cama y les oí marchar. La madre de mi compañera habló fuerte para que yo la pudiera oír y dijo a una vecina:

—Tenga la llave. La puerta la dejo abierta porque ahora vendrá la desinfección, pero cuando desinfecten, cierre usted. Ya vendré yo a buscarla.

Cuando se fueron yo salí de debajo de la cama y me marché rápidamente. No sabía si ya me llevaba yo también el tifus, pero afortunadamente no caí enferma.

Rodé por Madrid de un sitio para otro, no sabía adónde ir. Intenté ponerme a servir. Fui a varias casas, pero me pedían un aval de *buena conducta*. Ese aval no podía sacarlo de la manga. Comprendí que en tales condiciones era inútil seguir buscando y continué rodando por Madrid. Era algo asqueroso ir por aquellas calles, llenas de extranjeros, de moros y de legionarios que se metían con las chicas. Algunas jóvenes cayeron más tarde víctimas de los vencedores. Tenían carta blanca para hacer lo que les diera la gana. Yo les miraba con odio, con rabia y con asco. Pensaba en nuestro pueblo, en los hombres, mujeres y jóvenes que habían luchado y sufrido para defender Madrid, para que ahora lo pisoteara el fascismo por habernos vendido un traidor y un cobarde. No sabía qué hacer, y ante el panorama que se me ofreció pensé que antes de caer en manos de cualquier sinvergüenza prefería marcharme a mi casa. No

me importaba la cárcel ni me importaba nada. Lo que sí me importaba era la moral. Estaba cansada, tenía hambre, no tenía dinero y, en esas condiciones, cuando se es joven (tenía entonces veintidós años) no es tan difícil caer. Así que decidí marcharme a mi casa. Me fui a la estación, pero las pocas perras que me quedaban eran insuficientes para pagarme el viaje y por otra parte tenía miedo de coger el tren y no llegar a casa, o que algún conocido de Guadalajara pudiese encontrarme. Salí de la estación. Un moro que me había visto contar el dinero al parecer se dio cuenta de que me faltaban perras y anduvo detrás de mí. Empezó a hablarme y a ofrecirme cosas. Yo corría que me las pelaba y él corría detrás. Pero mis piernas eran más ligeras que las suyas. Corría por el paseo del Prado como si fuera a apagar un fuego.

Al final llegué hasta el edificio de Correos y allí entré confundíendome entre la gente, pero sin perderlo de vista. Él andaba de un sitio a otro a ver si me encontraba. Una de las veces que estaba de espaldas a la puerta, pude salir sin que me viera. Ya en la calle, me quedé tranquila. Entonces cogí un tranvía que iba a Ventas y seguí hasta Canillejas, que era el final. Allí me bajé, sin saber todavía lo que tenía que hacer. Entonces la única solución que se me ocurrió fue la de seguir andando carretera adelante, y así lo hice. Eran cincuenta kilómetros los que me separaban de Guadalajara. Durante el camino pensé en lo que nos había ocurrido en la guerra, en las vidas que nos había costado y en que ahora había acabado de la forma más cruel para nosotros: seguir perdiendo vidas, sufrir cárcel y continuar con la separación de nuestras familias. La guerra era terrible, separaba a la gente que se quería, destruía hogares y arruinaba matrimonios. Yo también había sufrido las consecuencias de la guerra.

Del único hombre que desde mis quince años había querido —y habíamos unido nuestras vidas ante un juez— había tenido que separarme; él era bueno, pero las guerras y las posguerras hacen estragos en los hogares. Al principio pensaba que me hundía; mis padres me ayudaron mucho; mis veinte años y el trabajo que exigía la guerra a nuestro pueblo, me hicieron reaccionar. Conocí a un joven combatiente, francés de padres españoles, un garibaldino, Francisco Santiago: solo conversé dos veces con él; nuestras relaciones fueron por carta desde distintos frentes. ¿Estuve enamorada de él? No lo sé. Lo que puedo asegurar es que a través de sus cartas le tenía gran cariño; me ayudaba a olvidar.

Pero en la batalla del Ebro murió por España, defendiendo la República. Ya me había puesto en contacto con su familia, sus padres y sus hermanos; sobre todo los chicos, que eran mayores, me escribían. En la cárcel sentí el calor de esa gran familia que me trataba de hija y hermana. Solo nos habían unido unas cartas, que quemé al terminar la guerra junto con las mías, que me fueron enviadas por un compañero. Mucho me gustaría encontrar a esta familia, pero los años de clandestinidad me hicieron perder el contacto con ellos y no pude conservar ni su dirección, ni la de la familia de Portugalete, a la que también recuerdo con gratitud y cariño.

Yo siempre había sido alegre y siempre tuve buena moral. Durante los kilómetros que caminé, aparte del hambre y la sed, me sentía agotada física y moralmente. Al final llegué a Guadalajara y me dirigí a la casa donde había dejado viviendo a mis padres, dando un rodeo para no pasar por el centro. No fui por la parte de delante, sino por el callejón al que daban las tapias del patio. Pensé que podrían haber llegado ya los dueños y que yo sola me metería en la boca del lobo. Cuando llegué a la

tapia, me encaramé en ella y miré a ver qué pasaba dentro. Efectivamente, los dueños habían llegado y estaban en la casa. ¿Dónde estarían mis padres? Entonces me dirigí a la casa de unos vecinos con quienes nos unía una gran amistad por haber vivido muchos años junto a nosotros. Fui, pues, hacia el patio y llamé con los nudillos en los cristales de la ventana. La señora Adela salió y, al verme, me dijo:

—¡Pequeña! ¿Qué haces aquí? Entra, entra.

Así lo hice y enseguida les pregunté por mis padres. Era lo único que me preocupaba en aquel momento. Ellos, a su vez, me preguntaron por qué había vuelto a Guadalajara. A grandes rasgos les conté lo que ya he relatado. Después me explicaron que las dueñas de la casa, las Sanz Vacas, habían regresado en compañía de un pariente suyo, abogado y militar, oficial del ejército de Franco, y que además había llegado con muchos humos. Quisieron llevar a mis padres a la cárcel. Pero el tío de estas viejas solteras que vivía en el entresuelo, que era abogado, don José Sanz Vacas, con el cual yo había tratado para ir a vivir a la casa —aunque éramos siniestrados y la casa la proporcionó el Gobierno, yo pedí contrato para pagar— les dijo que no tenían ningún derecho, que teníamos un contrato y que estaban pagados los recibos de todo el tiempo que habíamos vivido en la casa.

Todas las cosas que habían dejado estaban recogidas y bien guardadas y la casa bien conservada. Por lo tanto, lo máximo que podían hacer era echarlos, pero no llevarlos a la cárcel. Una de las sobrinas le dijo al tío:

—Pues veremos si no van a la cárcel. Si no encontramos lo que hay enterrado en el jardín, seguro que van.

Nadie sabía lo que había enterrado en el jardín. Mi padre, mi hermano, recién llegado del frente, las dos hijas solteras, el militar y el tío se dirigieron al jardín. Una de ellas señaló un corro y dijo:

—Por aquí, por aquí tiene que estar.

El tío preguntó:

—Pero bueno, ¿qué es lo que tiene que estar?

Mi hermano cavó, pero no encontró nada.

—¡Ved, ved cómo no hay nada! Lo habrán sacado ya —exclamó una de las sobrinas.

La dueña de la casa, imbécil y mala persona, había dicho un sitio equivocado para que no pudieran encontrar nada y tener un pretexto para llevárselos a la cárcel. Pero la otra, que no había pensado en lo que la primera había dicho, dijo:

—No, no, estás en un error, no es allí.

Se puso frente a la ventana, dio unos pasos y dijo:

—¡Ved, aquí! Aquí es donde lo enterramos.

Entonces la pequeña miró a la mayor como diciéndole: “Eres imbécil”. Mi hermano empezó a cavar y en seguida se oyó un ruido: clac. Era una olla que había roto con la pala. En la olla había bastante dinero y joyas. Mis padres y mi hermano respiraron. También el abogado. A pesar de ser requeté y de no tener ideas, era buena persona.

Según me contaba eso la señora Adela, yo pensé en la prima de mi madre. Durante los meses que había estado en casa quería plantar flores en el jardín, la pobre vieja, para entretenerse en algo, y no la habíamos dejado, alegando siempre que la

casa no era nuestra y que no merecía la pena. Si lo hubiese hecho, quizá la olla hubiese sido encontrada y el dinero y las joyas habrían ido a parar a manos del Gobierno republicano. Buena ocasión para meter a mi familia en la cárcel. Como esto no lo pudieron hacer, montaron en cólera y con todos sus enseres pusieron a mis padres en la calle; a mi hermano lo llevaron a un campo de concentración que había en el Polígono. Mi madre se quedó guardando las cosas y mi padre salió a ver dónde podían cobijarse. Los pobres se encontraban en una situación difícil. No eran ellos solos.

Eran muchas las familias que se encontraban en condiciones parecidas. El señor Montes, el patrón de mi padre, con quien había trabajado durante quince años, al terminar la guerra lo arrojó a la calle porque su hija era comunista; porque mi padre no me había dado una buena paliza para evitarlo. Era difícil encontrar casa en un día. Pasó por la carbonería del *Rata* (era su apodo), carbonero al por mayor, que conocía mucho a mi padre por haber trabajado en el oficio. Esto le dijo:

—Vente aquí, en los corrales o donde sea, mete las cosas y hasta que encuentres casa; ya sabes que por lo menos estarás bajo techo.

Mi padre aceptó y con un carro del mismo *Rata* fueron a buscar todas las cosas y allí se metieron. La señora Adela no sabía si seguían allí o ya habían encontrado algún sitio para meterse. Mientras hablábamos no había perdido el tiempo; calentó agua y la puso en una palangana con un buen puñado de sal, para que pusiera los pies en ella. Además me había servido comida. Comí bien. Su marido se acordaba de que cuando era pequeña me gustaba la leche de cabra recién ordeñada. Ellos seguían teniendo cabras y me preguntó:

—Qué, ¿te sigue gustado la leche sin hervir, recién ordeñada?

—¡Ya lo creo! —respondí yo.

—Me voy a buscar un poco de leche para ti.

Pero la mujer le advirtió:

—Pero chico, si no tendrán leche, han sido ordeñadas esta tarde.

—No te preocupes, las cabras seguro que tendrán leche para ella.

Yo continuaba intranquila, sin saber nada de mis padres, así que decidí marcharme por ver si los encontraba en casa del *Rata*. Llegué allí y el portalón se hallaba cerrado, pero la pequeña puerta del mismo estaba entornada. Entré y en el patio no había nadie. Junto al patio se encontraban los cobertizos donde se guardaba el carbón y a la izquierda las cuadras y los cobertizos para meter los carros. Allí tenían que estar mis padres, pero no estaban. Alguien oyó mis pasos y preguntó:

—¿Quién va?

Era el mismo *Rata* el que venía hacia mí. Al verme, me conoció en seguida y me dijo:

—¡Chica! Pero ¿qué haces aquí? Tanto que has hecho llorar a tu madre y ahora que está tranquila, pensando que has conseguido marcharte al extranjero, resulta que apareces en Guadalajara. Pues mira, irás a parar a la cárcel; tus compañeros ya están en ella.

—Bueno, pero mis padres, ¿dónde están? —repuse yo.

—Tus padres han encontrado casa, están en la calle tal, entrando por la plaza de la Diputación, creo que en la tercera puerta.

Le dí las gracias por lo que había hecho por mis padres, pero al mismo tiempo le pregunté cómo era que los había recogido él y no le patrón de mi padre, el señor

Montes, también mayorista de carbón. Entonces me explicó que al terminar la guerra lo habían arrojado a la calle.

—¿Y con qué motivo?

—Por ser tú comunista. Para mí que es una excusa. Tu padre se está haciendo viejo y al Montes le venía muy bien poder echarlo y poner en su sitio a otro más joven. Así es la vida, chica; si yo pudiera le daría trabajo, porque es un buen hombre y trabajador, pero no puedo. Tenía mucho dinero, pero no me ha valido para nada. Así que, aunque quisiera, no puedo hacer nada por él. Sin embargo, le he dicho: “No te quedes sin comer caliente por falta de carbón, porque eso sí te puedo dar”.

Volví a darle las gracias y me despedí de él. Entonces me dijo:

—Pienso en el disgusto que vas a dar a tus padres cuando te vean. Lo que no se esperaban ellos es verte aparecer por aquí. Fíjate en el panorama que se les presenta a los pobres viejos. Tu hermano en el campo de concentración y ahora, tú en la cárcel. En fin, pequeña, que tengas suerte.

Me dirigí a la dirección que me había dado. Como ya era tarde, apenas me encontré con un par de personas. Era una planta baja, un pasillo un poquito largo y dos viviendas, una a la derecha y otra a la izquierda. Pregunté dónde vivía el señor Jesús y sin abrir la puerta me dijeron: “Enfrente”. Llamé a la otra puerta y mi padre contestó desde dentro:

—El que sea, que vaya a la ventana. A estas horas no abro la puerta a nadie.

—Padre, soy yo, ábrame —dije.

Entré en la casa y aquello fue una escena.

—¿Por qué has venido? ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué va a ser de ti? Han venido a buscarte muchas veces. Ahora hace días que no vienen a buscarte, pero vaya unas nohecitas que nos han dado: y aún hemos tenido suerte, pues hay muchos padres que están detenidos por no encontrar a sus hijos. Estos cabrones decían que no iban a detener a nadie. Pues anda, que si llegan a detener. La cárcel militar está hasta los topes y en la Provincial están como piojos en costura, porque hay que ver los camiones que llegan de los pueblos con mujeres y hombres. Está más de medio Guadalajara detenido. Familias enteras. La familia de los Picazo están todos, menos Paquito y Carmen. Julia, la carbonera, con toda la familia. Se han quedado el chico mayor, que no tendrá más de ocho o nueve años, y el hermano de Julia, el anormal. Los Morales están todos menos los dos pequeños, que comen en el Auxilio Social y de lo que pueden sacar por ahí. A los padres de Nuño los han detenido porque a él no lo han podido coger. En fin, que la lista es larga. Y no te digo nada del campo de concentración, allí en el Polígono, en la entrada de la carretera de Cabanillas. Allí no hay más que unos pabellones y unas alambradas. Detienen a los soldados que han cogido aquí al final de la guerra, y a todos los que van viniendo de los frentes los van metiendo allá. Si a alguno hay que hacerle expediente, lo meten en la cárcel, y si no le hacen expediente tiene que salir con una aval con tres firmas. Yo he ido a ver a tu hermano y me ha dicho que a él no le hacían expediente, que con un aval lo dejan en libertad. Da pena ver a los hombres allí metidos. No les dan apenas agua para beber, así que menos para asearse, ni les dejan tener navajas de afeitarse ni el barbero que hay de abasto para afeitarse. Van con barba de tres o cuatro días. Les dan de comer una vez al día rancho, poco y malo. Hay suciedad y sarna y si uno protesta le dan de patadas.

Mi padre no paraba de contarme cosas que habían sucedido en Guadalajara y en los pueblos de alrededor. Estuvimos hablando hasta las tres de la madrugada. Su preocupación era que no tardarían en detenerme, en cuanto supieran que había llegado a casa. Yo también lo esperaba, pero antes me hubiera gustado que mi hermano hubiese salido del campo de concentración para que mis padres no quedasen solos. Pero aquella noche no se me ocurría a quién pedir las firmas para el aval que mi hermano necesitaba. Estaba cansadísima y se había hecho tan tarde que solo quería acostarme. Era tal el cansancio que tenía que no podía dormir. Fue entonces cuando me vino a la memoria el abogado de cuyas niñas había sido yo niñera. Y también el señor Lucio, el huevero, antiguo vecino nuestro, que se llamaba *falangista*... Al día siguiente fui a ver al abogado, Cayetano Morán. Al verme, me dijo:

—¡Pero chica! ¿Qué haces aquí? Pensaba que estarías en la cárcel y ahora resulta que te encuentras en Guadalajara. ¿Qué necesitas?

Le expliqué lo que deseaba de él. Inmediatamente se puso a hacer el aval. Me preguntó si tenía las otras dos firmas y le dije que esperaba que el señor Lucio no me la negaría, pero que no sabía a quién pedir la tercera firma. Él entonces me indicó quién me la daría solo con ver que él había firmado. Le agradecí lo que hacía por nosotros y me dirigí a la persona indicada por el abogado, que al ver su firma no tuvo ningún reparo en hacerlo a su vez. Vivía por la calle Amparo; no recuerdo su nombre.

De allí me marché a casa del señor Lucio, que también se quedó muy asombrado al verme, pero también me dio la firma. Cuando llegué a casa, mi padre se asombró ante la rapidez con que las había conseguido. Se marchó al Polígono para entregar el aval de mi hermano. Habían pasado cuatro o cinco horas cuando mi hermano llegó a casa. Yo ya estaba más tranquila pensando que mis padres no se quedaban solos si a mí me pasaba algo. Así que empecé a hacer alguna gestión entre las personas de más confianza para ponerme en contacto con algún joven de las JSU y reorganizarlas. Con todos los que hablé me dijeron que estaba loca, que cómo podía pensar en reorganizar las JSU en las condiciones en que estaba Guadalajara, con tantos detenidos, los falangistas, los requetés, la Guardia Civil y la policía; todos se hallaban pendientes de los movimientos de los jóvenes que aún no habían detenido. Un poco desmoralizada, me fui para casa. Al día siguiente, la Guardia Civil llamó a la puerta. Solo quería informarse de dónde había estado desde que había terminado la guerra hasta aquel día. Les dije que en Madrid, en casa de una tía mía que se hallaba enferma y que había pedido que estuviese con ella. Me dijeron:

—Ten cuidado con lo que haces, ¿eh?, porque estás vigilada.

Aquel día apenas salí de casa. Mi padre estuvo casi todo el día pendiente de quién pasaba por la calle a través de la ventana. Había visto pasar a un tal Fraile, uno de los asesinos de nuestro pueblo. Al día siguiente, 16 de mayo, era el cumpleaños de mi hermana. Decidí marcharme a la estación y ver si podía coger el tren que va de Madrid a Barcelona. Si encontraba a alguien por el camino podía decir que iba a felicitar a mi hermana, pues vivía en el campo, cerca de Marchamalo. Al llegar junto a la estación crucé las vías y me metí entre las casas que llaman *del tío Grasas*. Esperé a que llegase el tren de Madrid. Al llegar este, salí corriendo y como pude subí en uno de los últimos vagones. La plataforma era totalmente descubierta, así que entré en el vagón. No había mucha gente; no sabía qué hacer, si sentarme o seguir. Al final seguí, queriendo pasar al otro vagón. No había dado más de cuatro pasos cuando por

la plataforma apareció Trallero, vecino de Guadalajara, que me conocía de sobras. Llamó a la Guardia Civil y quedé detenida. Me subieron directamente a la cárcel.

Me metieron en una celda de las del Rastrillo y allí empezaron las declaraciones. No pude negar ninguna de las preguntas que me hicieron aquel día: todo era cierto, yo no me había escondido para trabajar durante la guerra, para mi partido, para la Juventud y con las mujeres. Me dieron cuatro golpes sin importancia y me llevaron a una habitación llamada *la habitación de la sarna*. Aquella habitación era una masa de seres humanos. Había gran cantidad de mujeres, puestas en varias filas, lo cual no permitía moverse si no nos poníamos de acuerdo para poder cambiar de postura. El espacio de la sala podría haber sido para diez mujeres, tal vez doce con petate. Pero de bíamos ser unas sesenta. Durante el día recogíamos los escasos patates de que disponíamos y las presas de más edad y las madres que tenían pequeños se sentaban en ellos, pero el resto teníamos que continuar de pie. A ratos nos turnábamos para poder descansar un poco; tampoco es cómodo permanecer de pie todo el día. Como váter teníamos un desagüe en el suelo. Incluso en el bordillo de este se apoyaban las cabezas de las mujeres y pobre de la que le tocó estar en este sitio —se utilizaba constantemente— iban a hacer sus necesidades y tenían que levantarse a cada momento. Todas tenían sarna y yo también la cogí. Nos daban azufre para que nos fregásemos el cuerpo y con cubos de agua nos lavábamos cada dos o tres días, pero solo nos proporcionaban tres o cuatro cubos de agua para todas las mujeres que teníamos el cuerpo cubierto de azufre. Para beber nos daban cada tres días un poco de agua, la cantidad aproximadamente de un bote de leche condensada. Esta sala estaba también en el Rastrillo y desde allí nos sacaban a hacer declaraciones a las celdas dispuestas para ello.

Varios días me llamaron por la mañana y por la tarde para hacer declaraciones. Empezaron a hacerme preguntas, y algunas no las sabía ni tenía idea y otras no tenía por qué contestarlas. Entonces decidí no hablar, negarme rotundamente a decir una palabra. Los puñetazos y los puntapiés eran bastante frecuentes. Me acordaba del camarada que me había estado hablando años atrás y me había dicho que la revolución y la liberación de un pueblo no se ganaban sin luchas, quizá sangrientas, ni sin muchos sufrimientos. Tomé la decisión de no hablar aunque me matasen. Tenían gran interés en que les dijese quién había formado el piquete de ejecución. Así llamaban a un grupo de milicianos que con otra muchacha habían estado en el hospital atendiendo a los presos detenidos, fascistas declarados, enemigos de nuestro pueblo. Negué rotundamente haber tomado parte en este trabajo y conocer a ninguno de los hombres que formaban aquel grupo. Dijeron el nombre de Vicente Martínez Bautista, que había sido mi novio. Me querían obligar incluso a firmar que él había formado parte de este piquete. No era cierto, y aunque lo hubiera sido jamás hubiese entregado a ese camarada. Se hallaba detenido en Alicante y al transferirlo a Guadalajara querían culparle, o mejor dicho, hacerle un expediente que le llevaría ante el piquete de ejecución. Sabían que era comunista y que toda la familia era de izquierdas. También su hermano estaba detenido, y cuando yo afirmaba que no había estado en aquel grupo, me decían:

—¡Habrás sido su hermano Eustaquio! Se parecen tanto que le habremos confundido.

Les contesté que ni el uno ni el otro. Los dos trabajaban en la Hispano-Suiza, la fábrica de aviones. Al bombardear Guadalajara, y sobre todo el campo de aviación,

esta fábrica fue trasladada a Alicante y con ella todos los obreros. Me dijeron varios nombres para que les dijera, a fuerza de golpes, quién había formado parte de aquel grupo, pero yo negué rotundamente conocer ningún nombre. Se cabrearon bastante y me pegaron con mucha rabia. Pero al final me dejaron por imposible. Pero antes de conducirme a la celda me dieron una patada en los riñones. Pasé unos días muy malos. Cuando llegué a la celda, estaba hecha un aro, toda encorvada. Permanecí varios días tumbada en un petate. A partir de entonces, no volvieron a llamarme. ¡Había ganado la partida! Cada día había declaración de distintas mujeres. Todas venían martirizadas, algunas incluso desmoralizadas, otras con coraje y con rabia, pero con mucha firmeza. Recuerdo un caso bastante desagradable que no olvidaré nunca. Un día abrieron la puerta y metieron a dos niños. Uno tendría unos cinco añitos y el otro no mucho más de dos y medio o tres. Los recogimos, preguntamos por su mamá y el mayorcito nos dijo:

—Se la han quedado unos hombres.

El pequeño lloraba desesperadamente llamando a su madre. Al final pudimos calmarlos, jugando con ellos. Al cabo de dos o tres horas abrieron la puerta y arrojaron como un saco de patatas a aquella mujer, que no se la reconocía ni sabíamos quién era. Pero el mayorcito vio que era su madre. Se agarró a ella y lloraba, le decía cosas que para ser un niño pequeño eran verdaderamente terribles:

—¡Mamá, mamá! ¿Qué te han hecho esos hombres tan malos? Yo los mataré. ¿Cómo estás, mamá? ¿Qué tienes? ¿Qué te han hecho?

El pequeño no quería acercarse a su madre. Decía que no, que no era su mamá. Y lloraba y lloraba. Y el niño mayor decía:

—Sí, ven, es la mamá, es la mamá.

—No, no es mi mamá —decía el pequeño.

Se tapaba los ojitos. Yo creo que no hubo nadie en aquella celda que no llorase ante aquellos niños y aquella pobre muchacha.

A los pocos días se llevaron a los tres y ya no volvimos a saber de ella. Hace muy poco, hablando con una compañera de cárcel, me dijo que alguien, no recordaba quién, le había dicho que la habían matado, que había sido detenida en el tren de Madrid a Alcalá con una misión clandestina, una reorganización del partido.

Según nos íbamos curando la sarna nos iban bajando al patio, donde no había celdas, ni había nada donde alojar a la gente. Habían habilitado el patio de la escuela para vivir en él. La escuela era pequeña, estaba en el mismo patio y habría unas setenta mujeres, cuando no cabrían más de treinta y mal alojadas. Las madres que tenían a sus hijos pequeños consigo y las personas mayores, algunas mujeres de sesenta, e incluso de ochenta y dos años, preferían estar dentro aunque estuviesen apretadas, pero al cubierto de la lluvia o del sol abrasador de aquellos meses de verano. No había ni un árbol ni nada donde poderte meter para guarecerte del sol. Traían expediciones de mujeres de las cárceles de los pueblos cercanos. Entre ellas llegaron algunas de mi pueblo natal. Una de ellas, una chiquilla joven de unos diecisiete años, Soledad Villa, venía con la cabeza rapada y escritas con alquitrán las letras UHP sobre el cráneo. Con ella conviví algún tiempo, cuando nos llevaron a otros penales. Hice también mucha amistad con otra paisana mía. Esta no convivía conmigo porque tenía familiares suyos también presos, entre ellos su tía Pascuala y su tía Magdalena.

Era un chica muy bonita. Tenía veintidós años. A su marido le habían matado un poco antes de terminar la guerra. Tenía un niño de dos añitos que se había quedado con los abuelos, pues sus cuatro hermanos también estaban en la cárcel.

En general, todas nosotras nos contábamos las causas de nuestras detenciones. La de Lola era muy simple: se había casado casi enseguida de empezar la guerra. El marido estaba en el frente, igual que sus hermanos. Ella se quedó en estado y entre los nueve meses de embarazo y después con el pequeñín, no había tenido ninguna actividad política. Debido a los bombardeos, vivían en las afueras del pueblo, casi internados en el bosque. Un día, al ir al pueblo a buscar el racionamiento, unos milicianos le dijeron:

—Lola, por favor, ¿puedes registrarnos a estas mujeres?

Eran unas monjas que desde el convento habían hecho paqueo. Las detuvieron y los hombres tuvieron la delicadeza de no registrarlas ellos. Llamaron a la primera mujer que vieron pasar por la calle. Las registró, y al encontrarles dos pistolas, las encarcelaron. Lola siguió su camino. Cuando terminó la guerra, estas mujeres salieron de la cárcel y denunciaron a Lola. Toda la familia fue saliendo en los consejos de guerra y todos volvieron con pena de muerte. Ella estaba tan segura de que la matarían que con su propia ropa hacía pantaloncitos y blusitas para su niño. A una señora que era sastra le pedía que le cortase pantaloncitos de distintos tamaños. Esta le decía:

—Pero Lola, hija mía, ¿te estás quedando sin ropa!

Y ella le contestaba:

—¿Y para qué la quiero si no me va a hacer falta? Con un vestidito que tenga, para que me maten ya es bastante.

Sacaba lana de colchón para hacer pelotas para su niño. Muchas veces, cuando hablaba conmigo, me encomendaba que cuidase de su hijo, que fuese a su pueblo y que le dijese la verdad de lo que le había pasado a su madre. Cada noche esperaba a que la llamasen para ser fusilada y así fueron pasando meses. Yo salí en una expedición en el mes de diciembre y ella continuaba condenada a muerte. Más tarde me enteré de que la habían matado a ella y a sus hermanos. Después de treinta y cinco años me he enterado de que su tía Pascuala se había salvado y que seguía viva. Fui a verla y me encontré con una señora mayor, muy arreglada y muy limpia. Vivía pobrementemente, pero con mucha dignidad. Estaba totalmente sorda y todo lo que le quería decir o preguntar tuve que hacerlo por escrito. En ese mismo viaje visité también a algunas otras compañeras de cárcel y paisanas mías.

Ellas y otras ex presas han aportado sus testimonios vivos para hacer posible esta publicación con la trágica experiencia de las cárceles franquistas.

PASCUALA DE MI PUEBLO

Pascuala, ya mayor y enferma, la única superviviente de los ocho penados a muerte en la familia, tiene aún la herida sangrante y llora la pérdida de siete sobrinos caídos en el piquete de ejecución. En Guadalajara me han dicho por dónde vive, pero no la dirección exacta. Me encamino hacia la barriada del pueblo que me indican y pregunto en una casa. Es una señora la que me abre la puerta. Coja, gordita, con unas piernas hinchadísimas. Ella me dice dónde vive Pascuala.

Mi pueblo tiene muchas cuevas a derecha e izquierda: el centro del pueblo queda como un pequeño valle. Subo al cerro de El Portillo donde han hecho unas viviendas de dos plantas. Son del Ayuntamiento y pagan poco. Antes de llegar a la casa no pude evitar girarme para ver el pueblo: se domina casi en su totalidad. Quería reconocer por mí misma todo lo que recordaba de él. Pasé un rato contemplando mi pueblo natal, mi Alcarria, tierra de abejas, con panales de miel...

Llamé a la casa que me habían indicado. La señora que salió a abrir era Pascuala, pero ni ella me reconoció a mí ni yo a ella, habían pasado muchos años. Me dí a conocer y nos abrazamos. Ella se acordó enseguida de su Lola y se puso a llorar; fue inútil que la quisiera consolar. Yo también estaba llorando. Me preguntó:

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—He estado en Guadalajara y me lo ha dicho Cecilia, y aquí he preguntado ahí abajo en unas casas nuevas y me han dicho dónde vivías. Le explico cómo era la señora y me dice:

—Hija mía, ¿y no te ha dicho que era familia mía? ¿Una gordita? Pues esa es la cuñada de Lola. Era Asunción, la que cuando nos apresaron a todos, pues tu verás, todos los hijos que tenía mi hermana fueron a la cárcel, la hija a la cárcel, los mataron a todos y esa Asunción, la pobrecilla, iba a todos los pueblos a pedir para que comiera su hijo y para que comiera el hijo de Lola. Mateo, el hijo de Lola, está en Bélgica, muy majo, muy buen mozo, las pequitas como su madre, y la leche como su madre. Yo vivo aquí solita entre cuatro paredes, cobro la vejez, mil pesetas todos los meses, tú verás, para qué hay con mil pesetas, Tomasa. La única hermana que tengo, que está en Madrid, me ayuda. Ayer me mandó quinientas pesetas, y mi hermano que tengo en Vicálvaro, que está ya jubilado, también me ayuda, y un hermano de Lola que vive en Azuqueca que tiene un bar, también es muy bueno conmigo, también me manda. Así que vivo pobremente, Tomasa, ya ves cómo vivo. Tengo dos sobrinos aquí, pues como si no tuviera ninguno, porque como no han venido a verme a la cárcel, ¿qué podemos esperar! Si me pasa algo y las vecinas no se dan cuenta, pues hasta que huela mal...

—Puede que tuvieran miedo...

—Es cierto, puede ser. Posiblemente no han venido a verme por el miedo que ha habido a las represiones, al haber tantos muertos en la familia.

—¿Qué, se va a terminar esto? Falta mucho, se va alargando mucho, ¿no ves qué trajines se traen entre ellos? Todo lo que dicen hoy, mañana ya nada, como en

Guadalajara —se refiere a un refrán de mi tierra, Guadalajara—: “Lo que dicen por la noche, por la mañana no hay nada”.

—¿Vas a estar muchos días en Brihuega?, ¿dos o tres?, ¿tienes dónde quedarte? No, pues no te preocupes, que no vas a quedarte en la calle, aquí tienes tu casa, si no estamos más cómodos estaremos menos, yo no tengo contagio, solo estoy enferma del corazón y los nervios, que se me han puesto en los oídos, que como he sufrido tanto estoy hecha un cacharro. ¿Con qué intención vienes a Brihuega? ¿Quieres que te cuente cosas de la Lola?

Mira, hija, que me la hizo sufrir mucho aquella zorra de la madre Gertrudis. Como no se quitara todos los lunares que tenía por toda la cara... la conocería en cualquier sitio, esa tía zorra, y la madre Paz, ¿te acuerdas? Ellas sacaban las mujeres a fusilar, sacó a la señora Paca, pobrecita, y a otra de Auñón.

¿Te acuerdas de la Adriana Sánchez? Mataron a su hermana, ya lo sabes, y su hermano Benito tuvo suerte, que no le mataron. Le sacaron el 14 de septiembre a matarlo y, cuando les nombraban, no coincidió el segundo apellido con el de él, y el jefe de ejecución dijo que no se le podía matar porque podía haber un error en los nombres; entonces lo devolvieron otra vez a la cárcel y después le conmutaron, pero a mí, esa misma madrugada, me mataron a tres sobrinos.

El día que la mataron, ella ya sabía algo porque la llamaron a la oficina por la mañana. Aquella noche estábamos las dos cenando habas, y todavía cuando veo habas me cuesta no llorar, la última cena que tomó la pobrecita. Se había quedado arriba porque no se encontraba bien y la madre Gertrudis, como era tan perra, no me dejó quedarme con ella en la sala; me tuve que bajar al patio. Al rato bajó casi chillando, ya sabes que hablaba así la Lola, ¡tía, tía!, ¿dónde está mi tía? Se abrazó a mí y me dijo:

“Esta noche me matan”. “Hija mía, pero ¿qué tonterías estás diciendo? ¿Por qué te van a matar esta noche?”. “Me ha llamado don Ezequiel y me ha preguntado de dónde soy y qué condena tengo. Todos los síntomas de su pregunta es que esta noche me van a sacar”.

Entonces llegó doña Sacramento, aquella oficiala bajita, morena, y Lola dijo: “Esta noche me van a sacar estos asesinos. Pero no te preocupes, tía, que la venganza de nuestros compañeros vendrá más tarde o más pronto, yo no lo veré, pero aquel triunfo de la República que fue nuestro, volverá”. Y no lo vio. Y yo tampoco lo veré porque ya tengo setenta y un años y soy un cacharro, pero aquello tiene que dar muchas chispas porque lo ganó el pueblo, en cuanto cierre los ojos Franco, ese asesino, ¡ay, lo que vamos a ver, hija mía!

A Lola se la llevaron y cerraron la puerta. A Julia, ¿te acuerdas de ella?, que estaba allí mismo durmiendo a la entrada de la puerta, le dijo Lola: “Bueno, Julia, ¿qué quieres para tu hermano?”, que le habían fusilado ya. “Pues nada, Lola, si a ti no te van a sacar, es que te llevarán a expedición”. “No tengo mala expedición con mis hermanos...”.

Entonces vio a la hermana Gertrudis y le dijo: “Ya me ha llegado la hora de que me maten ustedes, ¡criminales, canallas, ladrones!”. Sacó la fotografía de sus hermanos y les dijo: “¡Prendas, prendas! nos van a matar esta noche como buenos antifascistas esos criminales, pero cuando vengan nuestros compañeros de Francia se van a llevar a todos por delante”, y me dijo: “Tampoco tú te salvarás, éramos ocho en la

familia con pena de muerte y de todos solo yo me he salvado. Pero solo te encargo que si, te salvas y ves a mi madre, le dices que antes de entregar a mi hijo a esta canalla de gente, que baje y lo tire al Tajo”.

En fin, qué noche, hija mía, qué ataque me dio. Me cogió la madre Gertrudis y me decía: “Aquí no se llora. Aquí no se puede quedar”.

Como no me dejó llorar, se me apretó el corazón, me dio un ataque y volví al otro día a las once de la mañana. Estaba la Blasa Rojo, que también estaba penada a muerte, ¿te acuerdas de ella, y de María, su hermana? Hace poco la he visto en el mercado de Guadalajara. ¡Tendría tantas cosas que contarte! Seis chicos me han fusilado, y la chica siete. Antes, siempre que iba a Guadalajara me iba al cementerio y aquel tío cabrón una de las veces me dice que no se puede pasar al cementerio civil. Digo: “¿Que no se puede pasar al cementerio, por qué?”. “Mire, usted dice que los han fusilado, y no se puede decir”.

Doy un puñetazo en la mesa, ¿cómo voy a decir yo que no me han fusilado a mis siete sobrinos como siete soles? Me puse con el tío tan flamenca que cogió la llave y me fue a abrir. Hemos pasado mucho, hija mía; tú, ¿cuánto tiempo estuviste?

—Seis años en la cárcel y dos en el hospital también detenida.

Yo he estado en Saturrarán, de allí salí en libertad y en Amorebieta también he estado y no faltó mucho para morir de hambre. Nos sacaban en expedición en invierno hasta cuatro veces en trenes borregueros, porque cuanto más tardábamos en llegar, los guardias más ganaban: nos amortizaban en las estaciones hasta que les daba la gana. En algunos pueblos donde nos amortizaban en la vía, la gente al vernos nos echaba cosas para comer a través de una ventana con reja, pero en otros pues nos trataban mal; había de todo, hija mía: unos querían a los presos y otros no.

Cuando estábamos en la cárcel de Brihuega había un carcelero muy malo, que ahora está como una lagartija. Yo, cuando lo veo, digo: “¡Anda, no te mueras todavía, que aún tienes que sufrir más!”. Nos entraba agua de la que lavaba su mujer para que bebiéramos. Yo levanté una baldosa porque los hombres, presos, estaban debajo de nosotras en un calabozo y desde allí hablábamos con ellos y nos contaban todo lo que les hacían. Mira, les metían en la capilla donde estaba la iglesia, les desnudaban y ¡pin, pan, pin, pan! Cuando ya estaban cayéndose los bajaban a los calabozos, ¿sabes? Cuando ya habían reaccionado, otra vez los subían a pegarles. Y uno, que se llama Pascual, nos contaba lo que les hacían, eran barbaridades y decía: “No te lo digo para que sufras, te lo digo por si nos matan para que lo sepas, pero a mi madre no le digas nunca nada para que no sufra”.

Lo que nos han hecho, Tomasa, no tiene perdón, que los perdone Dios si llegan a tiempo. Pobrecita mi Lola, tan maja que era, ¿te acuerdas?, qué pelo tenía. Se tuvieron que esperar a que se peinara, a que se pusiera el pañuelo colorado al cuello, y dijo: “Tía, esta es mi bandera, con esta me van a matar a mí esta noche”.

Un pañuelo colorado que yo no se lo había visto en todo el tiempo, lo sacó de una bolsa y se lo plantó aquella noche, pero ¿cómo la maltrataron, Tomasa! ¡Cuánto le dieron! ¿Estabas tú en la cárcel cuando la mataron?

—No, ya me había ido en expedición.

Éramos muchas, muchas con pena de muerte; ¡las mujeres que sacaban...! Mataron a la señora Antonia de Yunquera, ¿la conociste? Con ocho hijos, me acuerdo que me decía: “Pascuala, matarme con ocho hijos, ¡qué criminales! ¡Qué asesi-

nos! No tienen perdón. Si conoces alguna vez a alguno de mis hijos pequeños, lávalos la camisa”.

Yo no les he conocido, pobrecitos, no sé qué habrá sido de ellos...

A mi Lola el oficial aquel borracho y la monja la tuvieron en capilla lo menos dos horas maltratándola de palabra, y le decía la hermana Paz: “Lola, confiesa con este crucifijo”.

Yo estaba con el ataque pero todas lo oían desde la sala con el silencio de la noche: “Confiesa, Lola”. Y ella les decía: “Confíense ustedes, este crucifijo es una tapadera que llevan los criminales debajo de los hábitos, porque yo no he matado a nadie y ustedes me van a matar a mí esta noche”. Y no confesó. “Dejadla si no quiere confesar”, decía la madre Gertrudis, “si es hija de la República”. Entonces, Lola dio vivas a la República: todos los que le dio la gana, y la tuvieron que dejar porque no pudieron con ella.

Todo esto lo oía la Cecilia que estaba en *cargos* —palabra dada a todo tipo de trabajo que se realizaba para la cárcel—, y estaba más cerca de la habitación donde la tenían: ella bien lo sabe. Yo, cuando volví en mí del ataque, a las once de la mañana, empecé a llorar, y entró la madre Gertrudis cogiéndose las faldas, que estaba liada con el vigilante de la cárcel y que nos trataba... y preguntó: “¿Quién llora?”. “¿Quién llora?”, le dijeron “la tía de la chica que han sacado anoche”. “Dejadla que se expansione”.

Y yo le dije: “Tendría que ser a usted a la que sacaran ahora”. Y me dijo: “¡Pobrecita, pobrecita!, la perdono porque no sabe lo que se dice: es un ataque de locura. La perdono porque está loca”. “No, que no estoy loca, que con los cinco sentidos se lo digo”.

Nos hizo callar a todas. La madre Gertrudis me llamaba *Clarita* porque le decía las cosas en la cara. Un día estábamos en misa y no me podía arrodillar de lo mala que estaba, porque me quedé con lo de Lola hecha polvo, y me dice: “¡Arrodílese!”. “No puedo, porque me hacen pasar mucha hambre, porque no nos dan de comer”. Un cazo de agua con un casco de cebolla, y había días que no comía. Desde que mataron a Lola no podía comer. Comía alguna naranja, que en el economato las vendían, y primero me comía la naranja y luego la cáscara, así tengo el estómago de estropeado.

La cuñada de Lola, que iba a Guadalajara a comunicar tres veces a la semana andando, un día fue y le dijeron: “Han sacado a su marido”.

Y no le dijeron dónde pero ella se lo figuró. Encontró a Matías, el que iba con los coches de aquí y esto también es otro caso... Habían estado los cinco hermanos presos, quedándose la madre sola, porque el alcalde los encerró para quitarles la empresa aprovechándose que eran de izquierdas, pero no pudo lograrlo porque la madre era una señora muy desenvuelta y se buscó chóferes y no faltó el servicio. A este muchacho le dijo: “Matías, que me han dicho... que ha salido el Antonio”. “Sí, lo han matado esta noche, pero no vayas, no pases mal rato”.

No la dejó que fuera a verle, le cargó la colchoneta y la trajo de balde a Brihuega. Y está enferma porque ha sufrido mucho, la pobre.

Me saquearon la ropa que tenía, como me iba a casar y por ser como era él no me casé, porque no quería ser una cabrona y me había hecho una ropa preciosa y los que se la llevaban me iban diciendo: “Mira, esto ya sabemos que es tuyo, tú no has ido a ningún sitio a saquear, esta ropa te la has hecho tu con tu trabajo pero como eres roja y te vamos a matar, nos la quedamos. A ti no te va a hacer falta”.

Cuando vine de la cárcel uno ya había muerto hacía ocho días, tanto que quería verle para haberle echado un piropo: pero otro vive todavía, está en Guadalajara y, cuando me ve, baja la cabeza porque como me dijo que me iban a matar... y estoy aquí todavía, pues está asustado y diciendo: "Pues está loca, un día...". Y yo, no; nunca me tomaría la justicia por mi mano, Tomasa, pero si viviera tendría boquita para decir que me han quitado siete sobrinos y que a mí me han enfermado mucho en la cárcel de darme malos tratos, que ya casi nadie se acuerda.

La Lola no quiso morir aparte, porque sabes que los mataban por separado de los hombres, dijo que todos morían por la misma razón y que quería morir con sus hermanos y, al dispararles a ellos, a ella le dieron en la cara al ser más bajita; le dejaron una cara como un Santísimo Cristo. Aquella noche mataron a cincuenta de todos los pueblos y entre ellos había otro chico, joven también como mis sobrinos: una hermana fue ese día a llevarle el paquete, le dijeron que le habían sacado y la pobre se fue al cementerio. Allí se encontró a todos en un montón; reconoció a mis sobrinos; a la Lola no la hubiese reconocido sino le dicen que había cuatro hermanos y entre ellos una chica: tenía la cara destrozada, no le tuvieron que dar el tiro de gracia, ¡pobre Lola! Mira hija, hay tantas cosas que no acabaríamos nunca.

—¿Y con quién has estado en Guadalajara?

Con varias compañeras, tuyas y mías, aunque con tu sordera (yo, para hablar con ella sin dar gritos, le preguntaba las cosas por escrito) pierdes algunas palabras. Te voy a poner las cintas para que las oigas. (Pongo el cassette y ella presta mucha atención para no perderse nada. De vez en cuando me dice que pare, se emociona y llora).

Los días que pasé con Pascuala López González siempre los recuerdo. Dentro de su pena, recordando y hablando, se sentía feliz de poder comentar las cosas vividas con alguien que la comprendiera.

Las dos recorrimos el pueblo, sobre todo los lugares que yo recordaba: la casa de mis abuelos, el horno, la fábrica, como llaman en el pueblo a la gran casa redonda con tantas ventanas como días tiene el año, donde mi tía Maruja había trabajado toda su vida. Pese a que no eran días de entrar a los jardines, cuando expliqué el porqué de mi interés, nos dejaron pasar. Aquellos jardines no eran los que yo conocía, estaban muy estropeados. La casa donde había vivido mi tía se estaba hundiendo, había obras y por algunos sitios estaba apuntalada. Desde los miradores del jardín se veía la casa donde yo había dado mis primeros pasos y había hecho alguna que otra diablura.

Fuimos a comer a un restaurante en el Coso, donde, según Pascuala, iban las jerarquías del pueblo y, desde luego, nuestra mesa estuvo claveteada de miradas. A ella la conocían, pero ¿quién era la otra?, ¿teníamos derecho a estar en aquel restaurante? Me pasé la comida escribiéndole notas a Pascuala cuando quería decirle algo. Visité también a unos primos de mi padre que no conocía y que me recibieron muy cariñosos. El momento de dejar Brihuega había llegado y me despedí de Pascuala en el coche de línea. Le prometí escribirle y, perdona, querida amiga, no he podido hacerlo.

Capítulo 2

LAS HERMANAS PENADAS A MUERTE

Después de muchos años me encuentro con Blasa Rojo. No he anunciado que voy; se sorprende pero me recibe con cariño y un gran abrazo. Vive en una urbanización, que si no recuerdo mal, la llamábamos el cerro del pimientito. Por fuera, la urbanización se ve bonita, pero dentro las casas son sencillas. Toda esa barriada es nueva para mí, solo eran campos.

Charlamos en una habitación con un balconcito a la calle y sobre una mesita camilla tomamos café con leche y galletas, y no pone oposición, sino que lo hace con gusto, al darme su testimonio. Lo que siente es que la memoria le falla, porque han pasado muchos años. Ella me dice que Domi vive en un bloque frente a ella. Domi se alegra de verme, pero con reserva.

Vivíamos en Guadalajara. Entonces ya estábamos organizados en el Partido Comunista. Mi marido, Raimundo Serrado, era el secretario de la Federación, y mi casa el punto de apoyo de los comunistas que pasaban por Guadalajara. En casa estuve, no recuerdo el tiempo, Lina Odena; ella dormía conmigo y mi marido dormía en la cama de mis hijos, que por fin se los llevó mi madre para que pudiéramos trabajar mejor. Una mañana Lina se tuvo que marchar y yo bajé a despedirla a la estación. A los ocho días vuelve mi marido y me dice: "Mira, Francisco Arabe, del Partido Comunista, sale de la cárcel y le han destinado a Guadalajara, como secretario; lo he expuesto en el partido pero nadie ha salido voluntario para alojarle. Como el Partido no tiene fondos para pagarle una pensión, le he traído a casa, ¿qué te parece?".

En aquel tiempo mi marido ganaba cinco duros a la semana. Entonces dice mi hermana, que ya había ingresado en el partido: "¿Sabes lo que vamos a hacer? Como tú tendrás ahora aquí a Francisco, nosotros nos llevaremos a los niños a casa y así los tres os podéis arreglar mejor".

Francisco estuvo en casa no sé si siete u ocho meses. Esto que te estoy hablando fue en el año 35. Pudo marcharse con la amnistía después de las elecciones del 36, después del triunfo de la República.

El 36, la guerra había estallado; Raimundo tuvo que hacer de comandante jefe de Milicias, tuvo que controlar toda la provincia porque no quedaba más que él que representara la dirección del Partido. Pero vamos a lo que tú deseas saber.

Mi marido vino del frente de Humanes; yo contenta de verle, pero venía a despedirse porque le trasladaban a Cataluña. Después me di cuenta de que eso era ya la retirada de nuestro ejército. Ya no le vi más. Pasó a Francia, supe que estuvo un año en un campo de concentración y después fue de los primeros que salieron para México, y al cabo de unos años un amigo le vio. Raimundo le dijo que le habían comunicado que mi hermana había salido y a mí me habían matado. Se había casado y tenía tres hijos.

Cuando entraron estos yo salí con los camiones de las milicias con Inés. Llegamos a Alicante y allí ya no pudimos embarcar; nos dejaron en el muelle y pasamos una verdadera odisea. Empezó a llover, plagadito estaba el muelle de Alicante, cogimos una lona que había en un barco carbonero, los hombres con fusiles y las mujeres nos cobijamos allí; salimos al otro día como los negritos, no se nos veía nada más que los dientes, y esperamos barcos, y los barcos no venían, hasta que empezamos a ver guardias y curas y obligaron a entregar las armas. Nos hicieron salir en fila. Las armas, unos las tiraban al mar y otros las entregaban; había unos montones enormes. La Guardia Civil las recogía. De allí nos llevaban a campos de concentración. Como seguía lloviendo nos llevaron a un teatro, ¿tú sabes lo que es estar ocho días sentada en una butaca sin poder moverte? Luego nos metieron en la cárcel de Alicante, en el Reformatorio. Allí estuvimos



Juan Raposo. Le mataron como a Jesucristo, en las puertas aquellas de hierro y a latigazos.

no sé si dos meses: después, nos iban mandando a nuestras provincias. Yo salí en la expedición que venía para Guadalajara; me nombraron jefe de expedición y perdía la mitad por el camino porque la mayoría no querían venir para acá y se iban quedando donde podían, y cuando llegué aquí enseñé la lista, y si me pusieron cien, nada más veinte llegamos aquí. Nada más llegar, corriendo y a escondidas, fui a ver a mis hijos y al siguiente día, a las ocho de la mañana, me detuvieron, me bajaron a la comandancia y allí me tuvieron dos noches para que declarara. Como yo no decía palabra me enviaron a la cárcel y me tuvieron un año sin procesarme con la gubernativa en la Provincial; luego nos bajaron a las Francesas, convento habilitado en cárcel por falta de espacio en la Provincial y allí fue donde me juzgaron con pena de muerte —a mi hermana por dos veces.

Estuve penada a muerte seis meses. Mi hermana estuvo más tiempo, firmó la conmutación también y nos sacaron en una expedición de veinte condenadas a muerte indultadas. Nos llevaron a Canarias pero no pudimos quedarnos en la cárcel porque por lo visto también estaba llena, y nos llevaron a un convento; luego, a la cárcel de Zaragoza, a Torrero, en donde estuvimos ocho días encerradas; llevábamos un hambre que nos comíamos. Me acuerdo que nos hicieron llegar un arroz con escabeche y ¡qué rico nos pareció entonces!; para nosotros era un manjar, ¡con el hambre que teníamos! A los ocho días nos sacaron llevándonos a Barcelona a un convento en Les Corts. Desde allí nos llevaron a Cáceres, después a

Bilbao y luego a Amorebieta. Allí es donde nos encontramos. Trabajé en el taller, hacíamos monos para los presos, que nos los pagaban a peseta. Después nos llevaron a Motrico, nos volvieron otra vez a Amorebieta y de allí ya salí en libertad.

Puedes suponerte lo que pasa con la pena de muerte, viendo sacar a las compañeras y no saber si te va a tocar a ti, y después con mi hermana, que la conmutaron después que a mí. Las cosas que pasamos en Guadalajara, por ejemplo, ¿no te acuerdas? Cuando hacíamos la vida en el patio-escuela, en la sala aquella que había sido escuela; era una masa de carne de las mujeres que había y uno de los muros del patio era de las celdas de los hombres, con sus pequeñas ventanas. Yo dormía dentro, tú dormías fuera, al lado del pozo, tú recordarás las cosas que pasaban sobre el racionamiento del agua que nos daban. Estábamos sequitas... pero ya lo explicarás tú.

Me acuerdo de una niña que tenía hepatitis, ¡cuánto sufría, pobrecita!, y ¡sin poder hacerle nada!... y por las noches, los lamentos de las palizas que te daban, porque me acuerdo yo que vi una vez, ¿cómo se llamaba...? *El Chinas*, yo no he visto una cosa como aquella; era un chico muy chulito, de pelo negro, le detuvieron, y en ocho días... el pelo blanco. Cuando yo le vi por la ventana, que se asomaba para vernos —estaba en las celdas que daban al patio— me quedé... que yo decía ¡cómo es posible!, le habían pegado unas palizas, lo habían martirizado de una manera... pero, oye, en ocho días el pelo completamente blanco. ¡Cuánta hambre pasamos allí! ¡Cuántas calamidades! Porque mi pobre madre a mí no me podía pasar nada, estaba con los dos niños en la calle, y deseando que le dieran algo para dárselo a sus nietos. Muchas veces dicen que la gente muere... tú fíjate lo que supone estar condenada a muerte, y saber que van a sacar a una y no saber quién. Mi hermana, que es mucho más nerviosa que yo, no dormía, se sentaba en una ventanita que daba a la calle y allí estaba toda la noche a ver si venían. Se quedó como un mono y el sufrimiento que tenía de ver si le tocaba a ella. “¡Si ya estoy deseando que me maten!”, decía. “¡Si me han condenado dos veces! ¡Si estoy deseando que me maten!”

—¿Tú te acuerdas qué causas tenía María para que pudieran ponerle dos penas de muerte?

Le habían puesto una denuncia muy fea y que no era cierta. No sé como se salvaría; de todas formas pagó con trece años de cárcel. El expediente mío para la pena de muerte fue por causas políticas, por haber sido presidenta de Mujeres Antifascistas, por ser luego del sindicato femenino, por ser del Socorro Rojo, por ser del Partido Comunista y por haber ido a detener a los de Campoamor y, mira, mataron a la pobre Dolores, *Lola*, por causas parecidas a las mías.

Mi marido, para que no se asustara si iban los milicianos, me mandó a mí, y no estubo detenida, solo la llevamos a la comandancia para que declarara y la pusieron en libertad enseguida. Por eso estuve yo condenada a muerte, por la detención de aquella chica, y a la pobre Dolores la mataron porque detuvieron a unas monjas en Brihuega y por no cachearla los hombres mandaron a Dolores cachear a las monjas, por eso la mataron, ¿te acuerdas lo que pasó la pobre? Se abrazó a nosotras la noche que la sacaron. Mataron a los tres hermanos y a ella. La madre, la pobre, se quedó con un hijo que tenía Dolores, pequeñín, pidiendo limosna por Brihuega, y me acuerdo que la pobre Dolores que no quiso confesar ni nada.

A la pobrecita la mataron. A los pocos días de la ejecución de Dolores entraron unas chicas de la estación, presas, y resulta que una de ellas hablaba con un guardia

al que le había tocado formar piquete para la ejecución y le dijo: “He llegado a casa loco, deseando meterme en mi habitación para llorar. Me ha causado mucha impresión ver a una chica tan guapa y tan joven que la mataban con sus hermanos”.

La muchacha que nos dijo esto entró en la cárcel porque había muerto una chica joven amiga de ellas y le regalaron una corona con claveles rojos, y porque eran claveles rojos, metieron a todas las chicas en la cárcel.

—En esa cárcel de Guadalajara hemos sufrido mucho, ¿te acuerdas la noche de la cascada? Tampoco vamos a referirnos a esto; tú conoces el caso mejor que yo. Me acuerdo de la Pruden, era la mandante, qué serenidad tuvo y qué contenta estaba porque le respondimos con disciplina; si no, aquella noche nos achicharran.

Han sido ocho años de ver tantos sufrimientos... ¡ay, madre! Allí en Amorebieta he visto morir a las mujeres de hambre. Recuerdo que las que llegaron de Santander, con las que venías tú, empezaron a llamarnos *las de la raza amarilla* porque estábamos amarillentas: no paseábamos en el patio, nos veíamos morir de hambre.

Mira, tenían una caja y me acuerdo que metieron en la caja a una de Asturias que se había muerto y aquella caja todos los días la veías salir con una carretilla. Llegaban, sacaban el cadáver... y otra vez la caja a prepararla para otra. Me acuerdo yo de aquella señora que era maestra de Santander, que se llevaban a veces al cuarto de los conejos —llamábamos así al cuarto donde estaban los cadáveres que sacaban de la enfermería— y me acuerdo que aquella mujer no era religiosa y decía: “A mí que no me mortifiquen, ya saben que no voy a la iglesia porque no soy creyente”.

Pues mira, a aquella mujer la castigaban a pasar la noche con el cadáver y ella contenta de haber estado con su compañera, pero nos contó que tenían una lamparilla, y al cambiar el relevo, el que pasaba por allí dijo: “Ahí hay fiambre”, y se fue a asomar, pero yo me levanté y cuando me vio en la ventana que me levantaba salió corriendo, ¡vamos!, que yo creo que no ha dejado de correr todavía el soldadito...

La cárcel de Guadalajara no se puede una olvidar, las palizas que pegaban a los hombres, los lamentos. Me acuerdo una noche que iban a sacar a ahorcar a uno de Torija que había sido chófer. Le estaban haciendo el cadalso, lo estaban formando allí en el patio, ¡y qué noche, hija mía! Se volvió loco el pobre. Era un chico joven, de veintisiete años. “¡Soy inocente, que me van a matar! ¡Que soy inocente!”, ¿te acuerdas tú de aquello? ¡Ay qué noche! los pelos se te ponían de punta oyendo la voz de aquel pobre chico, hasta que lo mataron. ¡Qué noche pasamos!

Y me acuerdo también del pobre Raposo, de la muerte que le dieron también. Le mataron como a Jesucristo, en las puertas aquellas de hierro y a latigazos. Allí vivías con el alma en un hilo porque te decías: “hoy le toca a él, pero si mañana me toca a mí...”.

—¿Te acuerdas de la chica que detuvieron con los niños? Que la martirizaron mucho, la sacaron por la noche y la martirizaron más y a la otra noche la sacaron y ya no se supo nada más de ella. A los chicos se los llevaron; decían que era de Alcalá.

Nos avisaron que oyeron decir a los falangistas, Galoso, Gutemberg, Trallero, que nos iban a sacar a fusilar aquella noche, a la mujer de Relaño, que estaba con nosotros, a ti y a mí.

—No lo voy a repetir, ya lo contarás tú.

Después nos sacaron a juicio a nosotras dos, a mi hermana y a mí. Vinimos condenadas a pena de muerte, tú llevabas petición de pena de muerte y te condenaron a treinta años, y a la Relaño le echaron muy pocos años, no los recuerdo, y salió al poco

tiempo sin saber las causas de su salida, habiendo sido una mujer muy significada políticamente. Su marido, en cambio, salió muerto de la cárcel a causa de las torturas.

Era estar completamente en tensión cómo se vivía allí, además de pasar el hambre que se pasaba y el sufrimiento que tenías, siempre con el ¡ay, Dios mío, si me va a tocar a mí! Muchas veces cuando hablo con mis hijos, mi hija me dice: “Madre, no sería para tanto...!”. “Mira, hija, tenías que haberlo vivido tú”.

Y precisamente por eso hay que hablarlo, porque los jóvenes piensan que son fantasías. Yo, mira, muchas veces pasaba por la cárcel cuando me había casado con mi marido, y le decía: “¡Cuánta pena me da esa gente metida ahí! Parece un cementerio de vivos”.

Pero cuántas maldades ocultan aquellos muros, después del tiempo que yo viví allí, ¡un año en aquella cárcel! Por nada del mundo quisiera que nadie de mi familia pasara por lo que he pasado, nada, muertos antes, porque aquello era volverte loca; dicen que estoy enferma del corazón... cuando estás condenada a muerte y ves que llegan y ¡fulana de tal!, y no sabes si detrás de las que nombran vas tú... Llegaban las seis de la tarde y ni sabías si te dolía el corazón, si te dolía la cabeza, si te dolía el estómago. Ya no podías estar ni hablar con nadie, porque las compañeras querían animarte y hablar contigo y pensabas: “Si a lo mejor nada más que unas horas me quedan de estar aquí...”. ¡Madre mía! Era la locura, y así un día y otro, una noche y otra, y así seis meses. Eso es el mayor tormento y el mayor sufrimiento que puede tener el ser humano. Por muy malo que haya sido, con estar veinticuatro horas condenado a muerte ha pagado todo el mal que haya hecho. Conque seis meses que estuve, y mi hermana un año. No me extraña que mi hermana estuviera como un bicho; estaba hasta con vello en la cara como un mono, de sufrimiento, porque aún si dijeras, estoy condenada a muerte pero, bueno, no han matado a ninguna mujer. Es lo primero que me decía: “No matarán a ninguna mujer”. Pero, hija mía, ¿sabes tú, en las baldosas, detrás de una ventana, la lista que dejamos cuando yo salí de allí? A las fusiladas, las íbamos apuntando. Y allí está también la señora Antonia, la madre de la Morales, ¡pobre mujer, qué descompuesta salía!, la sacaron de allí medio muerta.

La última reacción de un reo no sabes cómo va a ser, porque yo he visto lo valiente que salió la señora Paca, la de Auñón, que sacaron a fusilar aquella noche a una sobrina, a la nuera y a la hija. A la sobrina que en consejo de guerra le pidieron treinta años, se ve que deliberó el tribunal pena de muerte y no lo sabía, creía que tenía treinta años. No estaba con las condenadas a muerte, estaba en un pabellón con las condenadas a años, porque las condenadas a muerte estábamos en una celdita metidas todas y las otras en los pabellones. Yo estaba con las condenadas y empezaron a nombrar, Valentina no sé cuántas... Gregoria... Francisca... y llamaron también a la otra, que tenía treinta años.

—¿Por qué las juzgaron con pena de muerte a estas mujeres? Porque la señora Paca era una mujer que tenía cerca de setenta años y no creo que esa mujer hiciera nada.

Setenta años tenía cuando la fusilaron, sí, y la Gregoria, pues nada, era la mujer de uno de los revolucionarios de Auñón; era una figura, su marido. Hombre muy luchador desde muchos años, pero ella nada: su casa y sus hijos, le hablabas de política y no sabía nada la pobre y la mataron a ella, mataron al marido, a la hermana, a la madre, a la prima. Los mataron a todos aquella noche. La madre, ya te digo, era

una señora mayor, la pobre tenía una tienda de comestibles allí en Auñón y nada más que defendía los ideales de su hijo porque veía que era una cosa justa y estaba de acuerdo con él, y Valentina lo mismo, porque me acuerdo que decía: "Me van a fusilar a mí, y a mi marido no sé si le salvará la familia, que es de derechas". No sé si mataron al marido. Creo que sí. La pobre Gregoria tenía tres hijos pequeñitos, el mayor de once años, fíjate tú, y los pobrecitos se venían andando, cogían coches por la carretera. Y vino el mayor y trajo a los otros más pequeños a Guadalajara pidiendo limosna: así estaban y pasaban por donde las Francesas, convento habilitado para cárcel, y por la ventana llamaban ¡mamá, mamá!, y pobrecitos, iban medio descalzos, con moquitos, Gregoria lloraba que se mataba. ¡Y que no haya un ser humano que recoja a mis hijos! ¡Y que no haya una persona que los meta en la inclusa! ¡Cómo están mis hijitos! ¡Y me van a matar sin saber qué va a ser de estos hijos... Después de matarla, el Ayuntamiento se encargó de meterlos en la inclusa.

Es que a mí me destrozaron lo mejor de mi vida. Cuando se marchó Raimundo tenía veintisiete años, me metieron en la cárcel y salí a los ocho años deshecha, sin casa, sin ropa, sin dinero... Cuando no tienes nada estorbabas por todos los lados y mi madre, la pobrecita, vieja ya. Yo salí y me metí en casa de mi hermano pero yo notaba que estorbaba y me marché a casa de otro hermano. Vivía nada más que con el ansia de saber de mi marido; luego sé de él que está viviendo con una mujer que era su vida ya.

Fui la primera mujer comunista de Guadalajara. Y del Partido sacaron a los más jóvenes, entre ellos a Sambernardino, te acordarás, e hicieron la dirección de la Juventud.

—Entonces es cuando yo empecé a militar.

Pero yo hacía tiempo que militaba en el Partido; en una guerra todo el mundo es comunista. Me acuerdo cuántas noches me pasaba hasta las tantas esperando a mi marido que había tenido una reunión; a lo mejor venía Gil Robles a hablar y habían puesto tachuelas por la carretera y todos esos líos, ¡madre de Dios!, pero aquello ya pasó. Mis hijos han sufrido también las consecuencias por lo que habían sido sus padres, hasta que mi hijo se plantó y les dijo a los profesores que él no había participado en la guerra y que tuvieran en cuenta que si la conquista hubiera sido al revés serían ellos los represaliados. Al final le dejaron examinarse y ganó las oposiciones; ahora tiene buena colocación, y lo que hace falta es que se muera este tío a ver si las cosas cambian.

Yo, después de la cárcel no me he metido en nada, solo ayudar a mis hijos. He sido egoísta, lo comprendo, no he visto las necesidades de los demás, me he encerrado en las mías y todo ha sido por miedo, miedo a volver a la cárcel porque en ella he sufrido mucho.

Blasa, esta mujer que había luchado toda su vida. Ella dice: "Al salir de la cárcel no me he metido en nada [...] miedo a volver a la cárcel porque en ella he sufrido mucho".

No, Blasa, no ha sido la cárcel la que te ha roto tu vida revolucionaria. Tu moral se rompió cuando se vio roto tu amor por el hombre que querías con locura y a quien hubieras seguido al fin del mundo, y volcaste ese amor en sus hijos, tus hijos.

La guerra no solo mata. También destroza hogares sin matar.

Capítulo 3

LA FALSA ACUSADA

Hablo con Domi. Tiene mucho miedo y tengo la impresión de que está deseando que salga de su casa. Estamos en su habitación y, a cada momento, alguien de la familia abre la puerta. Tengo que parar el magnetofón —que lo tengo dentro del bolso— y cambiar de conversación. Yo sé que han sufrido mucho, tanto ella como su marido, también ex preso, a quien oculta la razón de la entrevista que tengo con ella.

A mí me acusaron de una muerte que ni la había hecho, ni la había dicho, ni la había oído, ni la había visto, ¿sabes? y me tiré en la cárcel seis años y medio, de un lado para otro hasta que ellos quisieron, y estuve con la pena de muerte, del 26 de marzo que me juzgaron hasta cinco meses después que me conmutaron, ¡cinco meses con pena de muerte! Y lo que sufres estando penada. Sacaron por lo menos ocho o nueve que mataron estando yo condenada a muerte.

Particularmente en la Central lo pasamos muy mal. Había agua y no nos la daban, subían agua del río en tanques de gasolina. ¿Te acuerdas, Tomasa? Yo, en la guerra, no salía a ningún sitio: dijeron que había regañado en el mercado con un chico de los que les llamaban *Caballos Bonitos*, y no era verdad; el desgraciado me tenía manía y me puso la denuncia. Y en las demás cárceles hambre a manta, eso por descontado.

Para mí la peor prisión ha sido Amorebieta. Salí de traslado de allí cuando se denunció y la cerraron. Luego la volvieron a abrir más tarde porque aquella otra la deshicieron.

Estuvo la hermana de José Antonio Primo de Rivera y había una señora que la conocía de Ventas y aquella mujer estaba hinchadita, además de delgada. Se llamaba Sebastiana y le dijo: “¡Señorita, señorita!, ¿no se acuerda de mí, de haberme visto en Ventas?”. “¡Ah!, pues, ¿quién eres tú?”. “Sebastiana, muerta de hambre. Aquí nos empezamos a hinchar y nos vamos al cementerio”.

Y efectivamente, allí morían mujeres a manta. En Saturrarán, el tiempo que yo estuve, muy pocas, pero muy pocas. Hombre, la comida... yo me acuerdo que daban guijas y echaban agua: “A mí no me echés agua fría, por favor”, le decía yo. “Pero tonta, no hay más remedio que comérselo; cómaselo, que es muy joven y tiene que ponerse fuerte, que está muy delgada”. Salí de Amorebieta con cuarenta kilos, con lo alta que yo soy. Fíjate, allí, en donde si se juntaban una docena de garbanzos en un rancho, ya podías decir que había cosita gorda.

Pasé por varias cárceles, en unas peor, en otras mejor, y cuando salí, chica, soy muy cobarde y no me he metido en nada. Hemos pasado muchas calamidades para vivir, porque si en la cárcel lo hemos pasado mal, en la calle, como ex presas, lo pasamos mal para encontrar trabajo. Yo, de verdad y de corazón, os deseo mucha suerte a las que, como tú, habéis seguido en la lucha.

CECI ME RESPONDIÓ EN TIEMPOS DIFÍCILES

Ceci. Nos conocíamos desde muy jóvenes. Vivíamos en el mismo barrio de San Antonio. También estamos solitas en una habitación. Tampoco el magnetófono sale del bolso; no quiere que su familia se entere. La represión ha sido tan brutal que el miedo persiste; ella dice:

—Por mí, no, pero no quiero que mi familia sufra.

Me llamo Cecilia Abad. Soy de Guadalajara. Mi denuncia fue por el año 35. El hijo de Diego Bartolomé estaba escondido y uno del pueblo lo estaba espiando y lo denunció. Tenía que hacer la denuncia por escrito y como no sabía escribir se la hice yo, y me llamaron también como testigo el día del juicio. Yo estaba embarazada; me preguntaron si le conocía, si era él, y yo dije que sí. Me echó una mirada que debió decir: “Que reviente lo que tiene dentro”. Él dijo: “Yo no la conozco”. “¿Cómo que no me conoces? Tu eres fulano de tal y yo soy tal. Tu padre es concejal republicano como el mío”. “No la beneficia a usted ser hija de ese padre”. “Pues sí no me beneficia yo nunca negaré que es mi padre. Y así fue el juicio que hicieron en los años de la República contra él”.

—¿A ti te detuvieron solo por eso?

Bueno, cuando el entierro del camarada Cubero —ya te acordarás—, que íbamos con el uniforme de la Juventud y tuvimos enfrentamientos con la Falange, un señor con uniforme de militar dijo: “A ver, esta es sospechosa”.

Y me cogieron. Me preguntaron que dónde iba yo y les dije que venía a trabajar. “¿Y por qué anda usted por la calle?”. “Pues porque al subir de la Hispano-Suiza de Aviación, de mi trabajo, me he encontrado con el entierro”. “¿Y por eso lleva usted ese uniforme?”. Y esos fueron los problemas que yo tuve.

Al terminar la guerra se presentaron en casa para que les acompañara un momento, y ese momento se convirtió en cuatro años y pico. Lo peor ha sido luego; la cárcel, las necesidades, ¡claro que lo pasamos mal! Hasta mi niño, que veía el botijo colgado y pedía que le dieran agua y tenía gasolina. La Mascota, que le pasaban agua y comida todos los días tenía un botijo que era una tentación. Pero lo peor ha sido la cárcel de Guadalajara, la peor de todas; aunque han torturado y pegado a muchas, a mí no me pegaron las palizas que daban allí.

Luego en el expediente me pusieron, ya sabes, lo que quisieron: que había sido una miliciana de pistola, que había ido a los frentes (que no los he pisado ni he tenido nunca una pistola). Me juzgaron y me pusieron doce años, pero luego por la denuncia de mi padre (que ya le habían fusilado) me pusieron doce años y un día. He estado cuatro en la cárcel y cuatro desterrada en Zaragoza.

Estuve en varias cárceles de Guadalajara; fui a Ventas, de Ventas a Durango pasando por Burgos, donde hicimos noche; nos metieron con toda clase de mujeres y no nos dieron de comer ni nada. Nos sacaron de nuevo de Burgos y llegamos a Durango, donde estuve seis meses. Quitaron la cárcel, fuimos a Santander; allí estuve cuando el huracán y el incendio, un año y medio. También quitaron aquella cár-

cel y entonces fuimos a Amorebieta, y de Amorebieta ya a casa en el año 42. En Amorebieta lo pasé muy mal, durmiendo en un pasillo y cayéndome el agua de los váteres porque ya no teníamos sitio: habíamos llegado de las últimas.

En la cárcel de Amorebieta se pasó mucha hambre y mucha miseria y fue denunciada muchas veces y a fuerza de muchas denuncias quitaron esa cárcel. Salieron expediciones para varias cárceles y quedamos unas cuantas, muy pocas, y esos días nos dieron de comer muy bien porque seguían entrando el mismo suministro que cuando la cárcel estaba llena. Estuvimos tres meses, y de allí salió, creo que fue Consuelo Verguizas, que salió muy gorda porque en esos tres meses nos embucharon. Yo estaba encargada de la despensa con Paula Villa, una chica de Alcozer.

Desde Amorebieta ya salí en libertad, desterrada a Zaragoza. Cuando iba en el tren iban hablando dos interventores y decían: "Estas chicas no traen el color amarillo como otras". Claro, nos habíamos repuesto y entonces uno de ellos me dijo que se me había caído el pañuelo. Fui a recogerlo y tenía veinte duros. Llegamos a Bilbao y la Pruden me dijo que no me podía marchar porque no había tren aquel día. Entonces me llevaron a ver la ría y como había muchas luces de colores y era el primer día que salía, allí me mareé, me caí redonda. Después, cuando llegué a Zaragoza me dijeron que allí no me tenía que presentar. ¿Dónde iba yo, si llevaba muy poco dinero? Hasta que llegó un señor y dijo que había llegado mucha gente que habían estado detenidos y venían desterrados. Me habló de una tal Candelas, que su marido era del fuerte (el fuerte, en Guadalajara era, además de cuartel militar, talleres especializados y militarizados), y fui a casa de esta chica y hasta zapatillas me dio y cuando fui al auditor ya me dejaron ir para Guadalajara: llegué a Guadalajara y a los tres meses me echaron, la Guardia Civil o la Falange o los dos, y me desterraron otra vez a Zaragoza y estuve en casa de Candelas, y esta es la historia.

Pero no queda ahí su historia, porque al cabo de los años, en el 50, yo aparecí por Guadalajara para poner a los camaradas de la cárcel en contacto con el Partido arriesgando mi libertad, con mi hija de tres añitos escasos, y comuniqué con Antonio, creo que se llamaba Antonio Ramón —ninguna de las dos nos acordamos del apellido—. Se le conocía por Antonio el Malagueño. Me apoyé en Julia García Pariente y en Cecilia. La primera se encargaba de la limpieza de la ropa: ahí sacaba los informes o material, como se le quiera llamar, del partido y se encargaba de llevarlos a Madrid con la excusa de ir a ver a una hermana. Ceci comunicaba con él sin truco familiar; era un compañero de la cárcel, enfermo, y no tenía familia. Antonio estaba muy enfermo y es seguro que el contacto con el Partido lo dejó a otro compañero porque, según ellas mismas me han dicho, Julia solo realizó este trabajo unos meses. Lo que ignoraba Ceci es lo que hacía Julia —cada una cumplía con su misión—. Pero Ceci se creó la obligación de atenderle en lo que podía; económicamente lo pasaba mal pero fue para ella como un hermano. Salió en libertad prácticamente para morir en un sanatorio antituberculoso. Era uno de tantos camaradas magníficos que sabía querer y había que quererle.

Ceci guarda de él aún ese cariño entrañable. Yo le vi en la primera comunicación que hice con él, sujetado entre dos camaradas hasta que él se podía sostener en los barrotes de las rejas, entonces los compañeros se retiraban; no querían saber más de la cuenta. Nadie del servicio de prisiones podría sospechar que ese hombre tan enfermo fuese el responsable del Partido Comunista.

Siempre te recordaremos, Antonio.

Capítulo 5

LA CATÓLICA

Julia García Pariente, de Guadalajara. Esta compañera ha muerto dos años después de hacer su testimonio. Esta sencilla mujer, católica, que ni fue ni ha sido política; colaboró conmigo en los años 47 y 49, en dos cosas distintas, exponiendo su libertad, pero consciente de lo que hacía.

A mí me detuvieron el día que pasaron los franquistas, el 28 de marzo, bajo la custodia de la Guardia Civil, y dije: “Creo que vienen equivocados”. “Solo es para hacer una declaración al Gobierno”. Subí y dije: “Mire, tengo un niño pequeñito”. “No, si no es nada más que para hacer una pequeña declaración”.

Me llevaron al Gobierno y allí estuve no sé si dos o tres días sin decirme nadie nada. Además, a mí me pusieron una denuncia con una tal Juliana, que ni hablaba con ella ni muchísimo menos, y nos metieron a las dos juntas y claro, como allí tenía que dar el pecho a mi niño me lo subían y lo bajaban. Yo no sé si fue a los quince días que nos subieron al Amparo (DGS), donde también estuvimos tres o cuatro días. Luego nos llevaron a la prisión y allí hemos pasado muchas calamidades, muchas, porque lo primero, en el mes de agosto, con todo el calor que hacía, no veíamos el agua ni para fregar el plato. Yo tenía el niño pequeño y la criatura lloraba porque no le podía dar agua; incluso me pasaban un botijo por la calle y me lo daban vacío. No teníamos agua ni para lavarnos ni para nada. La poca que nos daban en un cacito cuando nos la subían del río, que sabía a gasolina, y así fuimos pasando.

Detuvieron a mi madre, a mi hermana y a mi marido. O sea, que allí nos juntamos todos. Tenía otro hijo que se cobijó en casa de su abuelo Vicente Montes, pero como era un facha le hacía la vida imposible y se marchó. Pidió la pobre criatura asilo a las monjas de la inclusa y se lo dieron; estuvo hasta que salió mi madre de la cárcel, que se lo llevó a casa y también se llevó a Tomasito, el que teníamos en la cárcel, porque la criatura era un poquito mayor y necesitaba otros cuidados que allí no había.

Me juzgaron y las causas que tenía eran que había ido a una manifestación y que había sacado a las gentes de sus casas. Nada, era todo mentira. Yo no había salido; había venido la aviación fascista y mira, aquello fue horrible. Guadalajara estaba en llamas y lo peor es que las bombas de metralla las tiran en barrios obreros, y la cantidad de muertos y heridos que hubo... y cuántos niños murieron... y la gente nerviosa al ver eso. Dicen que habían salido a pedir la cabeza de los presos fascistas, y yo no, ni la vi la manifestación, y por eso me pidieron doce años y un día, y luego me hicieron firmar veinte, y después de firmarlo me sacaron en expedición a Ventas y luego nos llevaron a Durango, que fue donde yo primeramente fui; allí me encontré contigo, luego nos llevaron a Santander. Allí nos cogió el huracán; estuvimos sin comer cosa caliente tres o cuatro días por la anormalidad que había. ¿Tú estabas allí, no? Ya lo dirás también. ¿Qué íbamos a pedir? Lo único que esperábamos eran los paquetes, que a lo mejor llegaban y los teníamos que tirar porque llegaban mal.

—¿A tu madre, por qué la detuvieron?

A mi madre la detuvieron porque bajó al lavadero —esto te lo explicaré mejor mi hermana, pero no la metas en estos *fregaos*—. Mi madre bajó al lavadero y vio que el agua estaba muy sucia, y al decirlo estaba allí la que a mí me había denunciado y le dijo: “Sí, ahora se lo dirán, ahora se lo dirán”. Fueron a por los guardias y se llevaron a mi madre, y mi hermana bajó, y al preguntar que por qué se la llevaban le contestaron que porque había dicho que el agua estaba sucia. Y se llevaron a mi hermana también a la cárcel. Mi madre estuvo allí cinco meses y luego, al poco tiempo, salió mi hermana, pero mi hermana sin juzgar y mi madre tampoco. Era como una especie de venganza de los triunfadores, pero no sé qué venganza podían tener contra mí porque yo no les había hecho nada malo, al contrario, porque cuantas veces habían venido a pedirme (porque yo tenía carbonería) si les daba algo de carbón para planchar la ropa de sus hijos, cosa que yo no me negué nunca y siempre se lo daba. Así que no sé qué manía tomaron conmigo.

El niño pequeño tendría dos años. Era muy majo, todas las mujeres jugaban con él, pero, ¡pobrecito!, cuántas veces me decía: “Me voy a la escalera a ver si me dan un poquito de agua”.

Un día se equivocaron y en vez de darle agua le dieron agua oxigenada, porque, claro, la criatura pedía y una de allí, creo que fuiste tú, pues se la dio equivocadamente.

—Tenías un hijo que se llamaba Ángel; cuéntame algo de él. Porque es muy interesante la vida de ese chavalín mientras vosotras estabais en la cárcel.

Pues la vida de mi hijo, pobrecito, era muy bueno e inteligente, y de resulta de eso, yo creo que entre unas cosas y otras le adelantó la muerte, porque, claro, su padre también estaba todavía en la cárcel, que no éramos nosotras solas. Él era muy sentido, se me puso a trabajar después de haber pasado muchas calamidades. Un sábado vino a casa, dijo que le dolía un poco la cabeza, que se iba a acostar. Yo le acosté y toda la noche estuvo muy inquieto y por la mañana me dijo que le dolía el costado. Me levanté toda asustadita, fuimos a llamar al médico, vino enseguida pero al momento que le vio me dijo: “Hija, no tiene solución”.

Tenía dieciséis años, había empezado a trabajar, pequeñito, entonces no se miraban los años; nada más las necesidades. Me parece que le daban dos pesetas, así que ya podíamos echar buena jornada.

—¿Y tú, por las cárceles, cómo te has encontrado?

Pues mira, en Santander ya tuve bronconeumonía, pero luego, Tomasa, lo sabes mejor, que yo que me asistías en enfermería. Me tuvieron que llevar a Bilbao, a un hospital: avisaron a mi familia que estaba muy mal: fueron a verme. Ya cuando llegaron estaba mejor pero les dijo el médico: “Mandamos recado porque estaba muy grave, para morir”.

—Tu marido, que también estaba detenido, ¿qué condena le pusieron?

A mi marido le pusieron pena de muerte.

—¿Cuánto tiempo estuvo con ella?

Pues no sé el tiempo que estuvo, porque yo estaba en el penal y ni me acuerdo; cuando me dio el cólico fue por eso, porque recibí la noticia de que le habían pedido la pena de muerte y se ve que la sangre se me revolucionó tantísimo que me puse tan mala. Yo sabía de él porque me escribía una tarjetita como yo a él porque no podíamos escribir más, pero en mi casa no me habían dicho que le habían pedido pena de muerte. Por compañeros que había allí me lo mandaron a decir, y cuando vine a casa

fui a hablar a Auditoría a ver cómo es que estaba con la pena de muerte tanto tiempo, en la celda metido. A los pocos días le sacaron de la celda con la pena conmutada y luego salió a trabajar fuera y yo podía verle, hasta que le dieron la libertad. Él no ha salido de por aquí. Estuvo de ordenanza en la cárcel y luego le sacaron a Jadraque y a otro pueblo donde estuvieron haciendo un túnel. Desde allí le dieron la libertad, pero con todo eso se ha tirado siete años y pico hasta que llegó a casa. Desde luego, cuando murió el hijo no lo vio, no le dejaron venir a verle. Así que ni el padre vio al hijo, ni el hijo vio al padre.

Salió con la libertad total. Se ve que al estar trabajando redimía, a pesar de ser conmutado o cualquiera sabe si revisarían su causa y tenía menos de treinta años, pues ya se sabe que explicaciones nos daban pocas. Pero ¡cuánto miedo pasaría y qué angustia viendo sacar a fusilar a tantos como mataron en Guadalajara! Y si antes no éramos políticos, tampoco lo hemos sido después. Yo siempre he sido católica y sigo siéndolo y en la cárcel no he dejado de oír misa cada día si la salud me respondía y mi marido nunca se había metido en nada. Yo creo que le detuvieron porque sus primos, que eran del transporte, al comenzar la guerra se pusieron con los camiones al servicio de la República. Caro les costó. Eran cinco hermanos, fusilaron a cuatro y la madre estuvo con pena de muerte. A ella y a uno de los hijos les conmutaron. Si contásemos las calamidades que hemos pasado no terminaríamos nunca. Ya han pasado muchos años y no hemos olvidado, pero no queremos vengarnos. Lo pasado, pasado está, solo queremos paz, y vosotros, que seguís luchando, que tengáis suerte. A ver si tenemos algún día más libertad en nuestra España.

Capítulo 6

LA LUCHADORA

Clotilde Ballesteros es paisana. Nació en un pueblecito de Guadalajara, Mirabueno. Nuestro trato en la guerra prácticamente no existió: ella llegó a Guadalajara al evacuar su pueblo, que fue tomado por las tropas franquistas. Participó activamente en defensa de la República e ingresó en el PCE. Nuestros trabajos eran comunes pero en diferentes sectores.

Hoy que al legalizar nuestro Partido —las dos somos del PSUC— nos encontramos como paisanas y comunistas, recordamos el trabajo que nosotras realizábamos y a nuestros amigos y camaradas comunes. Yo, en mi testimonio, nombro a su compañero Juan Raposo, al que yo conocía hacía tiempo por ser de la dirección de nuestro partido, y le nombro porque fue una de las víctimas del fascismo en la terrible cárcel de Guadalajara. No les dio tiempo a juzgarle y fusilarle: se les quedó entre las manos de los torturadores, de los señoritos de Falange y requetés, que les dieron carta blanca en los interrogatorios. ¿Y cuántos no se podrían nombrar? Hoy Cloti me enseña este falso certificado de defunción de su marido. Las mujeres que estábamos en la cárcel de Guadalajara sabemos que no hubo ningún intento de fuga. Sabemos la verdad. Fueron muertos a palos.

No había día que el numeroso grupo de mujeres, en su mayoría jóvenes, que vivíamos en el patio por estar toda la cárcel habilitada, no oyéramos los terribles gritos y alaridos de nuestros compañeros que procedían de los golpes de sus verdugos. Nosotras nos encogíamos, nos tapábamos los oídos con los puños cerrados y nuestros cuerpos se contraían, también nos dolía y algunas habíamos pasado ya por ello o lo estábamos pasando cuando nos tocaba el turno. No recordamos esto con ánimo de venganza, no, pero sí porque es una parte muy importante de nuestra historia para el superviviente vencido, que solo deseamos la reconciliación y que jamás conozca nuestra España el terror fascista. Ahora siento la alegría de encontrar a las compañeras de lucha que, como Cloti, han seguido adelante. Ella me cuenta que la detuvieron ya con la Junta de Casado, pero tenía una niña de pecho y la dejaron salir para amamantarla y no la volvieron a detener.

Los fascistas estaban cerca. Yo tenía la maleta hecha para cuando soltaran a mi marido podernos marchar a algún lado, pero no fue así. Cuando entraron los franquistas ya los tenían a todos en la cárcel. Tuve vigilancia en la puerta de casa y no podía salir. No sabía nada de mi marido ni de nadie.

El 12 de julio vinieron las hermanas de Juan a decirme que lo habían trasladado a Mahón, pero comprendí que lo habían matado. Me mandaron sus cosas personales. La ropa estaba rota y ensangrentada, con trozos de piel pegados. Fue algo terrible. Lo mataron a golpes aunque en el certificado de defunción, que todavía conservo, dice que se intentó fugar y le dispararon. ¿Y qué podía hacer yo? Sin dinero ni trabajo y sin poder ser vista para que no me cogieran. La situación era muy seria.

Comenzamos a reorganizarnos con algunos camaradas para tratar de ayudar a los que estaban en la cárcel. Entonces conocí a mi segundo marido, pero se tuvo que marchar enseguida. Volví a casarme en 1944 y al poco tiempo lo detuvieron acusado

de propaganda ilegal. De los compañeros que cogieron esa vez salieron todos menos cinco. En esa temporada volví a pasarlas moradas. Embarazada de mi segunda hija y con la otra todavía pequeña. “Si se salva es por su estado”, me dijeron cuando allanaron mi casa.

Estuvo mi marido en dos prisiones y salió nueve meses después bajo fianza. Cuando se celebró el juicio le condenaron a más pena de la que había cumplido y tuvo que volver.

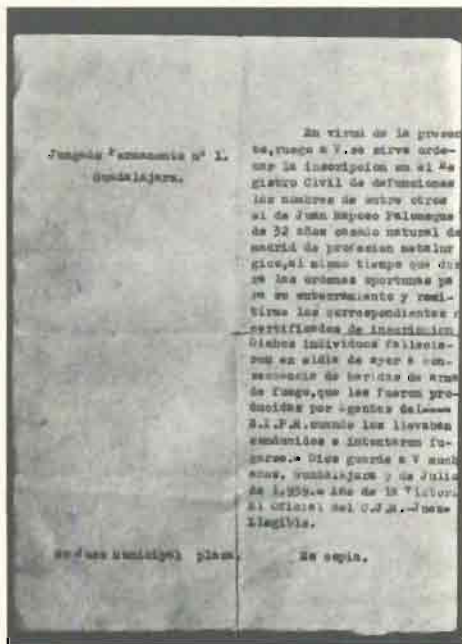
—¿Tú seguías trabajando en la clandestinidad?

Sí, tenía que conseguir la propaganda. Había que ir a Madrid a buscarla y volver a Guadalajara con los paquetes. Allí entraba en contacto con alguien de manera muy clandestina: se le seguía sin hablar, en fin, ya sabes, cosas de esas...

En aquellos años la cuestión era sobrevivir como personas, fundamentalmente tratar de mantener un lazo con el partido para romper el aislamiento. Por eso era tan importante la propaganda. De ahí conseguimos saber lo que estaba pasando en el país

y fuera de él, aunque con muchas limitaciones. Sabíamos lo que la dirección del partido opinaba y de algún modo el resto de los camaradas que estaban encarcelados, aislados o dispersos.

Después de la cárcel todas las puertas se cerraron para nosotros. No había modo de encontrar trabajo. Yo cosía y mi marido, que es sastre de profesión, también. Perdió un par de trabajos y decidimos irnos muy lejos, a Pont de Suert, cerca de Viella, en el año 51. Tuvimos que construir una barraca, y para pagar el viaje en tren, vendimos la bicicleta. Había muchos trabajadores allí. Once años vivimos en la barraca. Pocas veces he estado desconectada del Partido y cuando lo estuvimos nos compramos un aparato de radio para recibir las noticias por Radio España Independiente. Hemos pasado mucho, Tomasa, pero tenemos que seguir luchando para que nuestros hijos y nietos no lo tengan que volver a pasar, que solo conozcan la historia.



Certificado de defunción de Juan Raposo.

UN PARTO EN LA CÁRCEL

Por mi paisana Clotilde sé que en mi barrio tengo unos paisanos. Es una pareja muy maja, Aurelio y Antonia; él es natural de la cárcel de Guadalajara porque en ella nació, e hijo de Nieves Waldemer que, al venir él al mundo, estaba presa en la Prisión Central de aquella localidad. Con ella estaba su hermana Mercedes, y unos muchos centenares de mujeres, entre las que me encontraba yo.

Desde que salí en expedición muy poco había sabido de la familia Waldemer. Aurelio me habla de su tía Mercedes, de la tremenda y horrible existencia de sus últimos años; me habla de sus padres... y en un viaje que hago a Madrid me acerco a mi tierra y paso unas horas con Nieves. Muchas cosas me cuenta y algunas las recojo como un testimonio más... Nos despedimos con un aperitivo, de un buen jamón, un mejor queso manchego y buen vino.

Me llamo Nieves Waldemer Santisteban, nací y viví en Guadalajara, fui detenida el 8 de mayo de 1939, simplemente por el hecho de haber pertenecido a las Mujeres Antifascistas, que trabajábamos para el frente cosiendo y atendiendo a los milicianos. Pertenecía al Sindicato de Oficios Varios y era del Partido Comunista, pero nunca jamás me había metido directa ni indirectamente en nada hasta entonces. Era una guerra y había que ayudar a la causa del Gobierno republicano. Fui detenida en estado de gestación, en el octavo mes, dando con ello lugar a que naciera mi hijo en la Prisión Central de Guadalajara.

Di a luz en la enfermería. A la media hora de nacer mi hijo, me tuve que bajar porque el niño tenía un desasosiego grandísimo y al tirarnos al suelo con la manta comprobé que mi hijo tenía debajo del carrillo un montón de chinches, lo menos tendrían cuarenta chinches, yo qué sé cuántos tendrían... Después nos llevaron a una habitación; a mí me metieron con cuatro mujeres enfermas del pecho, una de ellas de hemotisis, y tenía un barreño por mesita que la separaba de mí y mi camión chorreaba sangre porque pasé todo el día vuelta de espaldas para que a mi niño no le tocara aquello y cuando llegó el médico militar —que era un requeté—, por cierto con la gorra encarnada, dijo: “A la parida no me la tengan aquí, no por ella sino por el niño que el día de mañana será un hombre”. (No se equivocó el requeté, hoy es un gran muchacho y militante del PSUC).

Al día siguiente de nacer mi hijo, en el patio, ahorcaron a dos hombres y no pasaron comida. Yo tuve que comer lo que me dio una reclusa, dos tomatitos, y esa fue mi comida al siguiente día de nacer mi hijo. Los hombres que ahorcaron fueron al que era alcalde de Tendilla y a un chico que me parece era de Torija, que tenía veintidós o veintitrés años y se pasó la noche gritando: “¡Si el pueblo supiera, el pueblo me salvaría!”, y así toda la noche. No dormí, no podía dormir.

¿Tú recuerdas las celdas del rastrillo, que era donde nos hacían las declaraciones?, que las declaraciones las tomaban los famosos Trallero, Galloso, Gutemberg y toda esa panda de niños que les dieron carta blanca, ¡menudas palizas dieron allí! En

ese aspecto a mí no me han pegado, ni me han tratado mal, es posible que por mi estado me respetaran. ¿Te acuerdas de las condiciones en que vivían allí, de la falta de agua? Madre mía, y falta de higiene, ¡si había un retrete para quinientas personas! Había momentos en que había cuatro o cinco haciendo sus necesidades al mismo tiempo: era de estos del suelo.

En la Central estuve hasta últimos del año 39, y fui trasladada después, el 29 de diciembre, con un frío atroz, esperando toda la noche a que fuera la Guardia Civil a trasladarnos al convento de las Francesas, habilitado para prisión de mujeres, donde llegamos y teníamos que hacer la vida natural de reclusas. Las madres estábamos separadas con nuestros niños, puesto que había varias, en una habitación que tendría catorce metros cuadrados donde había un váter estrictamente para nosotras; durmiendo éramos una masa de niños y mujeres; lo que tenía uno, el otro lo cogía: granos, sarna, todas esas enfermedades que se contagiaban por la aglomeración en que nos tenían.

Estábamos, como digo, en una habitación que había solamente un váter, donde convivíamos casi con porquería. Eran mujeres sencillas, la mayoría de ellas de pueblo; gente que no sé las causas por las que estarían allí, pero me imagino, juzgando por mí... que como yo, pero había sido causa suficiente para tenerlas privadas de libertad, con sus hijos, niños que no habían cometido ninguna falta, ningún delito, y que verdaderamente los tenían castigados teniéndolos encerrados como si se tratase de criminales. Y allí hice amistad con ciertas mujeres que, por sus sentimientos, se merecen todo respeto, y eran mis amigas porque las podía llamar así. Pasaron tantas vicisitudes y tantas calamidades, y quizás más que yo, porque yo, al fin y al cabo, tenía en parte lo que era de alimento: lo más primitivo lo tenía por medio de mi familia, pero ellas no recibían ayuda de ninguna clase, gente del pueblo que tanto ellas como sus familiares habían sido castigados y no tenían medios de defenderse. Nos daban un rancho bastante malo, cebolla cocida con agua; un rancho, que decían comida, que era más bien agua, ¡para qué decir! Porque esto trae a la memoria cosas que se quisieran olvidar pero no se puede debido a que se han vivido, y cuando era joven y llena de vida, hicieron este destrozo... y ya no hemos vivido en paz. La paz no la teníamos, quizás haya personas que la hayan tenido, pero nosotros no. Siempre hemos vivido pensando en aquello que pasó y que no tuvo culpa el pueblo español sino los que lo provocaron.

Nuestra vida allí se desarrolló en una prisión que no tenía ninguna condición higiénica, conviviendo con prostitutas, quincenarias y ladronas. Nosotras debíamos haber tenido una preferencia puesto que éramos políticas y no teníamos ninguna relación con el crimen, y allí admitieron gentes quincenarias que iban de paso, sin ninguna consideración, entre mujeres honradas y niños, con toda clase de enfermedades que traían y fácilmente se podían haber contagiado todas.

Mi hermana Mercedes, cuando supo el fusilamiento de mi padre, dijo unas palabras que no gustaron. Entonces, al otro día, un oficial que había, don Ramón, le dijo: "Se ha comprometido usted mucho, es una pena porque no merece que le hagan nada y claro, nerviosa al saber que a su padre le han matado de esa forma, usted ha reaccionado como todo hijo puede reaccionar y usted aquí ya no está bien". Y al otro día fue trasladada de prisión y llevada de expedición fuera de Guadalajara.

—¿Estabais en las Francesas cuando mataron a tu padre?

Cuando mataron a mi padre, sí, estábamos en las Francesas. Te voy a comentar algo de una mujer que no era política y, además, era del régimen.

Era la señora de un sargento nacional que entró por un robo que había cometido de cuatrocientas pesetas a un compañero de su marido. Vamos, son actos que he presenciado y que verdaderamente son inhumanos y por eso lo tengo presente. Era compañera de cárcel, no de ideas, puesto que ella no pensaba como yo, pero para comprender que esto es un acto mal hecho lo hago presente, para que se comprenda lo que es y cómo lo hemos podido pasar. Si eso lo hacían a una mujer de ellos, ¿qué no podría pasar con nosotras? Esta señora entró en la cárcel por haber cometido un robo en la casa donde estaban hospedados, de un compañero del marido que también era sargento. Esta señora tenía una nena pequeña y embarazada de otro. Llegó la hora del rosario y a esta mujer la dejaron chapada, cerrada la puerta con llave y cerrojo porque estaba ya alumbrando y no se la tuvo en consideración; se quedó, pues, tumbada en el petate. Cuando acabó el rosario, al volver a la celda vieron que por debajo salía sangre y es que había dado a luz una nena; la pobre estaba muerta, había muerto por falta de asistencia. Verdaderamente, como mujeres, lo lamentamos todas porque al fin, y al cabo, aunque no pensara como nosotras, era un ser humano y no merecía que se hiciese con ella lo que se hizo. Miles de casos expondría; parecidos no, pero sí de haber pasado calamidades y muchas penurias.

—Las monjas, allí en las Francesas, ¿qué tal se portaban con vosotras?

Pues, bueno, había de todo. Había una monja que era refinadísima en su conducta. Yo no puedo decir que conmigo directamente se hayan metido, pero eso no quiere decir que no hayan sido malas con la reclusión. Eran malas, pero, vamos, en lo que se refiere a mí no se han portado mal.

La Gertrudis era la que más; se veía que le gustaban los tíos a rabiarse, pero la madre Paz era malísima. Había otra que era de Pamplona, muy buena moza, se llamaba madre Visitación; esa, más o menos humana, pero las otras se llevaban a las mujeres a capilla, se las llevaban como si fueran a una fiesta, las cogían, ¡hala, véngase usted conmigo!, y al otro día las sacaban a fusilar. He presenciado la salida de catorce mujeres de Guadalajara, vamos, de la provincia.

—¿Han salido, en general, con valentía al fusilamiento?

Sí. Fusilaron a dos cuñadas de Auñón y cuando salían con el puño en alto, una de ellas decía: “¡Compañeras, no saludéis, que a vosotras os castigan, pero pensar en mis hijos, que me dejo a mis hijitos...!”. Eso decía la que era casada. Su marido fue guardia de asalto, que también lo mataron. Esta mujer dejó a sus hijos al amparo de la gente que los quisiera, porque a toda la familia la eliminaron. ¿La conociste tú, Tomasa?

—No, estaban en celdas cuando yo estaba en el patio y luego a mí me subieron a celdas y ya no las vi. Conozco las referencias de ellas pero no las llegué a conocer.

He visto sacar a todas las fusiladas. De la que más me acuerdo fue de una chica que era de Zamora, que era la criada de Carbonilla, María se llamaba. Bueno, es que yo estaba aislada, estábamos en el departamento de Madres, era un cuartito alejado de todo el resto; a nosotras no nos encerraban, nos dejaban salir al patio a coger agua y lavar a los niños. Sí, esta chica, María —no recuerdo el apellido—, la llevaron a fusilar y fue a por ella el mismo cabecilla, el mismo que la denunció. La tuvieron en capilla toda la noche con las monjas y le querían hacer besar un crucifijo y dijo que

no, y no, no lo besó. Se puso flamenca con las monjas y les dijo: “Ustedes tienen crímenes, ustedes son peores que nosotras, ustedes son las que tienen que confesar”.

Y otras dos chicas que mataron se llamaban Virginia Martín y Olivia Villén. Esta era rubia, parecía una inglesa, con un cuerpo precioso y era novia de un hermano de Virginia y un hermano de Olivia, novio de Virginia. A esos los mataron el mismo día a los cuatro.

—¿Te acuerdas del pueblo que eran?

Pues yo creo que eran de Moratilla de los Meleros. A nosotras no nos mataron pero si nos sostuvimos fue por mi madre, que tenía seis hijos y ninguno estábamos en casa, y mi padre fusilado con setenta y un años. Mi madre, lavando y haciendo menesteres de criada, nos llevaba a todos lo que buenamente podía y así subsistimos y pude criar a mi hijo, que tuve que sacar, debido a una enfermedad de ojos que tenía. Fueron mi suegra y una cuñada mía a buscarlo a la cárcel. Su padre también estaba preso en Cuenca, donde había nacido, pero que nunca estuvo allí; al no encontrar denuncia en Guadalajara se los llevaron a Cuenca, donde nuevamente lo tuvieron que trasladar a Guadalajara; así salió a la calle, sin pruebas para hacerle consejo. Luego salí yo y nos defendimos como buenamente pudimos. Trabajamos, hice menesteres que nunca había hecho, ir a jornal a recoger habas, algarrobas, todo lo que sacaba el campo iba a recogerlo; iba a limpiar una oficina, he hecho guantes, he hecho todo menos ser mala, porque eso ya no va en mí. ¡Y qué decir, si los seis hermanos que éramos estábamos todos en la cárcel! Un hermano mío lo penaron a muerte sin haber hecho mal a nadie. Otro hermano también estuvo cinco años. Mi hermana, que vivía bastante bien económicamente, también fue sancionada y penada en cárcel cuatro años; luego, otra hermana la tuvieron diez años presa: primeramente estuvo cinco, salió, la volvieron a coger y la sometieron en Gobernación, en Madrid, a tres meses de castigos, una paliza por la mañana y otra por la tarde, dejándola en un estado desastroso, perdiendo su razón y estando diez años sentada, postrada y atendida solamente por su marido. No sé cómo se llamaba esa enfermedad.

Ha pasado mucho tiempo y aunque recuerdas muchas cosas, los nombres, por ejemplo, se te olvidan. Aquí mucha gente me saluda y no sé, porque no recuerdo, quiénes son. Los físicos han cambiado, como yo, que era finita y fíjate ahora, pues cualquiera me conoce; he cambiado de todo, hasta de carácter, porque la juventud todo lo soporta pero ahora... ya no somos jóvenes.

Eloísa Caro, ¿no te acuerdas de Eloísa Caro? Pues esta chica estuvo penada a muerte veintiún meses. Esta chica salió tuberculosa —luego creo que ha muerto en Sevilla de esta enfermedad, no tengo exactamente la fecha ni nada pero creo que ha muerto—. Una Nochebuena juntamos las cenas que nos habían mandado las familias y nos dieron esa noche un buen rancho: patatas guisadas con cordero, y en cantidad, en abundancia. Entonces esta chica, que estaba penada a muerte, la dejaban bajar al patio porque se hizo con todas las monjas y, por lástima, la dejaban que cogiera los trocitos de madera quemada y los ponía en una latita. Esa Nochebuena, como hacía tanto frío, pidió una aspita en la cocina y soplando hizo fuego en una lata. Cuando estábamos cenando —había tres penadas a muerte—, éramos ocho me parece, también estaba mi hermana mayor, estábamos alrededor de la lata y sentimos a la “buena madre” que venía a hacer una visita, y para que no nos viese la lumbre cogimos una manta y colocamos la tabla de lavar encima, y como esta señora no se marchaba

—estaba dando una especie de mitin— esta chica, para que no descubriese aquello, se sentó encima y se quemaba, y decía: “¡No puedo más, que me achicharro!”. Fue una cosa cómica dentro de lo que era, “¡ay madre mía, que me estoy quemando, que mi culo ya no resiste más!”, y cuando se levantó el redondel de la tabla de lavar salió entero, se había quemado. Si no hubiera sido porque hacíamos alguna tontería no hubiéramos podido aguantar.

Hemos hecho muchas gansadas también, es un poco como el bufón, porque era necesario. Hemos hecho de gigantes, de cabezudos, ¿no te acuerdas tú de eso? En la Central y con una cesta que tenía no sé quien, con un jersey de mi chico y luego un albornoz de mi hermana, que parecía un gigante, y otra que vive aquí —por cierto es muy maja—, esa chica salía de cabezudo; era muy bajita y no sé con qué hizo una vejiga de esas... y todo el mundo corriendo, mujeres ya mayores. La Cuvera, pobrecita, que tenía un carácter tan bueno, corriendo como si fueran chicos, y nosotras detrás, ¡turutú! Y teníamos que hacer estas cosas porque aquella cárcel era malísima de soportar. Se oían los palos que daban a los hombres, aullidos, todo se oía en aquella cárcel, cómo pegaban; así como en otros sitios ya venían de las comisarías con los golpes, allí han pegado a mansalva. Yo he sufrido las consecuencias como todas, pero vamos, pegarme y maltratarme, a mí, no. Y la alimentación... A la que no la podían ayudar, era una pena, porque en una palabra era agua lo que te daban, y me acuerdo un día que llegó el rancho y ponían la caldera en aquellas escaleras que había para bajar al patio y coge mi hermana el plato, lo pone en la escalera y, delante de los oficiales que repartían el rancho, se lavó la cara. No tuvo un disgusto no sé por qué. Se lavó la cara con la comida que nos daban, ¡si era agua! Las que estaban a rancho solo, o enfermaban o se morían. A mí me han operado cuatro veces porque la vida que hemos llevado no ha sido vida. En fin, Tomasa, que no acabaríamos de contar a pesar de estar contándolo, ¡que ya es decir!

Capítulo 8

AYUDAR A LAS MILICIAS

Salvadora. Recuerdo este juicio en Guadalajara porque iban varios encartados en él. Los acusaban de haber ayudado a las milicias cuando pasaban por el pueblo.

*Y me la encuentro en Eibar, después de muchos años. Es vecina de Mari Valés, de la cual veremos más tarde su testimonio; charlamos de las mujeres de la cárcel de Guadalajara que nos eran conocidas a las dos. Algunas de las cosas que conta-
ba las encontré de interés y le pedí recogerlo.*

Son palabras textuales de ella... (Salvadora Luque, de Illara, Guadalajara, y hoy residente en Eibar).

A mí cuando me detuvieron me llevaron a la cárcel y estuve unos días. Era una cárcel de pueblo mala, que no reunía condiciones, pues en tiempos normales había unos cuantos presos y les sobraba cárcel. Estábamos unos encima de otros, los hombres a un lado, nosotras a otro, pero como un racimo de uvas. Tuvieron que habilitar para cárcel la fábrica de sedas. Cuando nos subieron al camión para hacer el traslado, aquello fue horrible, nos querían linchar llamándonos asesinas, putas, rojas. Nos tuvo que proteger la Guardia Civil. Y como venían los de los pueblos, con las tomas de aceite de ricino, nos traen el rancho, un agua más negra que el tizón, en unas calderas grandes. Y todas mirando a ver qué nos traían de comer. Eran vainas de habas de esas valencianas. Empiezan a repartir el rancho; como todas teníamos hambre y no había otra cosa, con todo lo malo que estaba aquello fuimos hasta por reenganche; pero majas, llega la noche y unos retorcijones de tripas y por todos los sitios se oía: “¡Ay, que me cago!”. No había mas que un retrete y todas nos queríamos poner porque nos cagábamos. Hoy contamos eso riéndonos con el pum, pum, pum de las diarreas, pero estábamos bien malitas. Nos acordábamos de cuando tomaron la primera vez el pueblo las tropas fascistas (que luego nuestras tropas lo volvieron a recuperar). Los moros e italianos nos decían con un acento malo: “A estas UHP nosotros cortar cabezas”. De lo último nos libramos, de la cagalera que teníamos no. Empezamos por el corte de pelo y el aceite de ricino y luego ese asqueroso rancho.

Al fin llegaron las declaraciones y el que fue allí dijo: “Esto lo voy a ventilar yo rápido, porque veo que no hay motivos para tenerlas aquí. Son cosas de los pueblos, que han tenido mala voluntad con estas mujeres”. Y al final nos sacaron a juicio al cabo de nueve meses. Nos pusieron seis y salimos a la calle sin tener a nadie en Guadalajara, lloviendo a cántaros. Plácida Sotillos nos dijo: “Veníos a mi casa, pero ya sabéis lo que nos han hecho y no sé cómo estará mi madre”. Llegamos allí y estaba la pobre mujer alumbrándose con una vela, y en el mostrador (que había tenido tienda) había montoncitos de lana de los colchones, que se los estaba vendiendo a peseta el montoncito. Aquello era de pena, pero de aquello le iba pasando al marido y a los hijos la comida. Allí no podíamos estar todos, éramos dieciocho y nos tuvimos que marchar a una casa que ellos conocían, también del pueblo. Y al otro día ninguna teníamos dinero para irnos a casa. Cogimos un taxi, lo llenamos bien y nos

llevó al pueblo. Mira cómo íbamos que no nos conocían, y decía la gente: “¡Que vienen titiriteros!”. Yo fui a mi casa y mi madre pagó el taxi.

Al otro día de llegar me llaman al Ayuntamiento. Yo iba con un susto... y era que mi marido, de lo que ganaba con trabajos que hacía en la cárcel, me mandaba dinero. Era muy poco, pero una ayuda. Mira si tenían mala leche que conociéndonos bien en el pueblo se lo podían haber dado a mi madre. Pues esperaron a que llegara yo, así al mismo tiempo me asustaban.

Luego tuvimos que volver a Guadalajara para firmar la libertad, y el juez nos dijo que teníamos que presentarnos cada seis meses en Auditoría. El juez que nos tocó era una persona de una humanidad increíble para aquellos tiempos. A nosotros nos puso en la calle, y yo al ver tan buena persona le hablé de mi hermano, que le pedían pena de muerte. Me prometió ver el expediente y no me engañó. Cuando volví a los ocho días, porque él así me lo pidió, me dijo que los cuatro que había del pueblo en ese expediente tenían pena de muerte. A ver si podía salvarles, ya que todo lo que les decían era falso. Y así lo hizo, cuando quisimos pagarle nos dijo que él no lo hacía por dinero, sino que su conciencia no le permitía matar por matar, que solo se había visto obligado a pedir una pena de muerte. Cuando iba a Madrid, iba a casa de la tía de otro del pueblo para enterarse de cómo marchaban las cosas. Como siempre le decíamos que le teníamos que dar algo, un día nos dijo: “Ya que os ponéis así os voy a pedir una cosa. Si en el pueblo hay alguno que no fuma y podéis conseguir algo de tabaco, os lo agradecería”. ¡Con el tabaco tan malo que daban! ¡Vaya una cosa que nos pedía! Le compramos unas cajas de puros y hasta se enfadó, porque aquello era un artículo de lujo.

—¿Era de Guadalajara?

No, era un alférez de Zaragoza. Digo esto en mi testimonio porque creo que a este hombre no se le puede olvidar por las causas tan difíciles que defendió, o las arreglaba como fuera. Se le deben muchas vidas.

—¿Y qué sabes de Plácida Sotillo? Era una mujer estupenda.

Ya lo creo. Puso a salvo a su hermana y ella sabía que no tardarían en cogerla de nuevo. En uno de los viajes que fui a Guadalajara ella había desaparecido y no he vuelto a saber nada más de ella.

—¿Has visto sacar a alguna mujer a fusilar de la Central?

Que yo sepa, no. De las Francesas, el convento que habilitaron para cárcel, la primera que yo vi sacar fue a Juana, la manca, en febrero, el día de San Matías. La sacaron a ella con ocho hombres más, una inválida de las dos manos. Tenía que lavarle una paisana la ropa, en fin, hacerle todo porque la pobre no podía hacer nada. En su casa ayudaba en las tareas del campo a sus hermanos. Su trabajo consistía en que cargaban en las mulas o borricos la mies o lo que fuera y ella lo acarreaaba. Pues encontraron un hombre muerto en el camino por donde ella solía pasar con los animales y le cargaron la muerte a ella.

¡Cuánto me he acordado yo de aquella chica: era analfabeta, pero era tan buena... tenía unos sentimientos de oro! ¿Cómo se puede matar a una mujer inválida de nacimiento? Porque no tenía manos, eran muñones. Con sus mañas solo podía comer, lo demás se lo tenían que hacer. Lo que sí decían era que de la Militar habían sacado a mujeres que no habían pasado por la Central.

Solo pensar cómo estaban los niños, y ni agua nos daban. Subían tanques, que habían sido de gasolina, con agua del río. Aquello sabía a rayos y, ¿te acuerdas del pozo que había en el patio de la Central? Lo abrieron y lo secamos, y eso que nos habían dicho que no sacáramos agua, que pasaban por allí todos los desagües de la cárcel. Los niños nos pedían agua y no se les podía dar. A los pobrecitos les salían granos, estaban delgaduchos. Hemos pasado mucho. En los pueblos ha sido horrible. A mi madre, como a todas, le hacían la vida imposible. Además de tener a cuatro en la cárcel y mi hermano nueve meses con la pena de muerte hasta que este juez se interesó por él, que si no lo hubiesen matado. Mal murió el pobre, porque más de lo que pudiera sufrir por la pena de muerte, lo que le mató fueron las palizas, una detrás de otra. Murió de cincuenta y tres años. Los médicos no le encontraban enfermedad. Me llamaron a mí al hospital y me preguntaron si yo sabía lo que le podía pasar, porque tenía temor a todos los que se acercaban a él. Yo al médico le dije la verdad y ya se explicaron la reacción de mi hermano.

En fin, que contaríamos cosas que no terminaríamos nunca. Pero aunque nosotros no hemos luchado de una forma activa, hemos aportado lo que hemos podido, y sobre todo nuestra moral no ha decaído nunca. Y el día que más satisfacción he sentido fue el día que murió el dictador.

Y estos son los testimonios de mis compañeras de la prisión de Guadalajara. También estuvieron por los penales de España hasta que les llegara la libertad.

LA CÁRCEL DE GUADALAJARA

Vuelvo a la cárcel de Guadalajara. Convivía con tres compañeras. Una era Soledad Villa, paisana mía; otra María Andrés, de Iriepal; la otra era Ceferina Cortijo, una muchacha de la sierra, detenida porque los hermanos estaban en el frente, y al terminar la guerra, todavía no se habían presentado en el pueblo. No hubo otro motivo para su detención, sus hermanos habían sido llamados por sus quintas. Tenía diecinueve años y solo había salido del pueblo para ir a parar a la cárcel. Yo era mayor, tenía veintidós años; ellas me llamaban *madre*. Nuestra convivencia era muy buena, muy animada, a pesar lo que pasamos en aquel patio. Nos hicieron sufrir de una manera horrorosa humillaciones y vejaciones que no olvidaremos nunca. Pero nuestra moral tampoco llegó a romperse en ningún momento. Pasábamos mucha hambre. La comida que nos daban consistía solo en cebolla cocida con agua y sal. Nos la hacían picar a nosotras, pero éramos vigiladas para que no la robáramos. Eso no quitaba de alguna de ellas se escapara hacia algún bolsillo y después nos la repartíamos para comer con el trocito de pan que nos daban cada día, un pan malo, amarillento o negruzco. Otros días el "menú" era lentejas, pero estaban tal mal hechas y tan sucias que daba náuseas mirarlas, llenas de palos, bichos y piedras. ¿Cómo podíamos comer aquello? Llegamos a turnarnos porque nos daba asco verlas para primero limpiar y después comerlas. Cada día nos tocaba a una de nosotras este trabajo de limpieza. Estos fueron los dos menús que tuvimos durante meses.

Pero el mayor padecimiento fue la escasez de agua. Nos daban cada tres días la cantidad que cabe en un bote de leche condensada, pero no procedía de una fuente corriente. La traían del río en tanques de gasolina. Sabía a rayos, pero nos la bebíamos. No había otro remedio. Teníamos una forma especial de reclamar agua: cantábamos aquello que dice:

Una mañana temprano
 salí de mi casa y me fui a pasear;
 tuve que pasar la ría
 de Villagareña, que es puerto de mar.
 Yo te daré,
 te daré niña hermosa,
 te daré una cosa,
 una cosa que yo solo sé: ¡agua!

En vez de decir *querer*, decíamos *agua* a voz en grito. Como éramos muchas y jóvenes, lo sabíamos hacer muy bien para que a muchos metros a la redonda de la cárcel nos pudiera oír la gente de la calle. Esto llegó a ocasionar bastante trastorno a los oficiales y a los falangistas que se encontraban en la cárcel, porque la gente venía con botijos de agua para nosotras, pero no los dejaban entrar. El único botijo que llegó a entrar lleno fue el de una señora, la dueña de un restaurante llamado La Mascota. A ella la llamábamos con ese nombre. Llegaron a entrar algunos más, pero

vacíos; o incluso en algunas ocasiones se ponían en lo alto de las escaleras que había para bajar al patio y vaciaban el botijo. Después llamaban a la persona que lo había traído y se lo devolvían.

En el patio había un pozo que se hallaba cerrado. Un día vinieron los falangistas y lo dejaron abierto. Los médicos presos nos dijeron que no bebiéramos ni una sola gota de agua del pozo; lo habían dejado abierto a propósito para que bebiéramos, pero que el agua procedía de todos los desagües de la cárcel y de las viviendas de los funcionarios de prisiones. Por lo tanto, si la bebíamos estábamos expuestas a un tifus. Y un tifus en aquellas condiciones sería terrible en esos meses de verano. A pesar de que nos habían advertido esto, atamos varios cinturones y con una cazuela llegamos a sacar agua y beberla. La primera aún se podía beber, pero después ya salía tan sucia y tan asquerosa que tuvimos que colarla con un pañuelo; pero llegamos a secar el pozo. Afortunadamente, no nos pasó nada.

En otra ocasión, los hombres nos avisaron de que iban a hacer una provocación con nosotras y con ella un gran escarmiento. Querían abrir a medianoche la cascada que había en el centro del patio, ahora seca, sin una gota de agua. Ellos esperaban que al abrir la cascada iríamos en grupo a buscar agua. Incluso armaríamos alboroto, cosa normal dadas las circunstancias en que nos encontrábamos. Entonces, con unas ametralladoras emplazadas en lo alto de las escaleras hubiesen barrido a unas cuantas, diciendo después que nos habíamos sublevado dentro de la cárcel. Agradecemos en lo que valía este aviso y desde el primer momento empezamos a hablar a las mujeres para que nadie se moviera de sus petates y no acudiesen en el caso de que fuese cierto que diesen el agua de la cascada. Algunas no nos creían, decían que, como éramos jóvenes, nos inventábamos las cosas. Pero al final conseguimos que las mujeres nos prometieran que no se moverían de sus petates.

Teníamos una *mandanta*. Así llamábamos a la mujer encargada de dar las palmas para formar en los recuentos para coger la comida, para coger el agua o intervenir si había algún altercado. Aguardamos la noche con tanta ansiedad que no había nadie que durmiera. Oímos cómo abrían la puerta. Oímos también emplazar la ametralladora y al rato oímos cómo caía el agua. Nuestras gargantas estaban secas, como secos se hallaban nuestros labios. Era algo tremendo. Hubo quien lloró pensando que estaba saliendo el agua y que no podíamos ir a poner allí nuestras bocas, beber un sorbo. Los pobres niños estaban sedientos y no podíamos ir a recoger un poco para ellos. Pero nadie se movió. Fue algo tremendo. Yo, la verdad, no lo esperaba. Creía que alguna saldría corriendo con su cacharro. Al cabo de bastante rato de caer agua y ver que nadie se acercaba a la cascada, los falangistas empezaron a dar gritos histéricos, que si teníamos sed, que tanto gritar “agua”, que todo eso era mentira, que el agua estaba cayendo en la cascada y que nosotras no la cogíamos; y esto lo gritaban a medianoche, si había alguien cerca de la cárcel tenía que oírlo en medio del silencio de la noche. Pero nosotras no nos movimos. Entonces uno de ellos se acercó hacia la entrada de la escuela, ante cuya puerta dormía la *mandanta*.

—¿Qué hacen ustedes que no se mueven para coger agua? —preguntó.

La *mandanta*, muy tranquila, le contestó:

—Pero ¿hay agua? Bien, pues sí, ¿cómo no vamos a coger si precisamente la deseamos y la necesitamos?

Pruden se levantó, dio unas palmadas y nos dijo:

—Venga, todas en pie, pero, por favor, ¿qué hora es? —Se miró el reloj—. Es más de medianoche, no quiero oír ni una sola palabra; pónganse en fila cada una con su cacharro y pasen a recoger su ración de agua por la cascada.

Con una disciplina increíble, nos pusimos en fila, recogimos nuestra ración de agua y volvimos a nuestros puestos. Los falangistas estaban sorprendidos, pero afortunadamente no pudieron actuar con su ametralladora.

Los hombres estaban en las mismas condiciones que nosotras. A veces asomaban las cabezas por las ventanas para pedirnos agua e incluso nos pedían que les diéramos pipí de los niños para poder beber. Pero aquello era un riesgo, ya que los guardias que hacían el servicio en las esquinas de los muros disparaban contra quien asomase por los barrotes de las ventanas. En una ocasión vimos disparar y cómo cayó uno de ellos. Más tarde nos enteramos de que había muerto de un tiro en el pecho. Eran muchas las veces que pasábamos horas y horas en tensión nerviosa, pues oíamos cómo pegaban a los hombres y éstos se quejaban horriblemente. Eran momentos en que no podíamos evitar sufrir y llorar de rabia por no poder hacer nada. También con nosotras pasaba algo por el estilo, pero no con tanta frecuencia como con los hombres. Recuerdo, por ejemplo, a Consuelo Verguizas. Ella y su esposo estaban detenidos solo por no haber podido detener a su hijo, uno de los dirigentes del Partido Comunista. Más tarde nos enteramos de que había pasado a Francia, pero detuvieron a sus padres al no encontrarlo a él. Al padre le pegaron tanto que un día abrieron la puerta del patio y arrojaron unas botas ensangrentadas y alguna ropa. Llamaron a Consuelo y le dijeron:

—Ahí tienes lo que queda de tu marido.

El señor Nuño quedó en las manos de sus verdugos. Se lo habían cargado. Ya no era necesario hacerle juicio.

No fue él solo el que se les había quedado en las brutales palizas. Nuestro camarada Raposo, de la dirección de Partido Comunista en Guadalajara, también fue por el mismo método al cementerio, y el mismo día que Raposo corrieron la misma suerte, Miguel Torres, Francisco Puertas y Eraso Echevarría, y ¿quién sabe cuántos más que desconocemos! Los hombres, en la siniestra cárcel de Guadalajara fueron bárbaramente castigados.

A Consuelo Verguizas cuando la llamaban se ponía a temblar; era tal el miedo que sentía que alguna vez incluso llegó a ensuciarse; se le descomponía el vientre y el cuerpo lo tenía negro de golpes recibidos en los interrogatorios. La noticia dada tan brutalmente del final de su marido la dejó medio atontada. A ella no la volvieron a llamar. Al poco tiempo la juzgaron y la condenaron a doce años y un día.

Hasta septiembre del 39, no sé la fecha exacta, no se permitió entrar paquetes. Había casos de excepción pero muy pocos, y solo una vez por semana se podía sacar la ropa sucia y que nos entraran la limpia.

El hambre iba haciendo mella en nuestros cuerpos y había quien hasta caía desmayado de debilidad. Los médicos hablaron con la dirección de la prisión diciéndoles que no se podía continuar así, que tenían que permitir entrar paquetes porque si no se les moriría la gente; pero a ellos les tenía sin cuidado, era lo que querían precisamente. Pero al fin, consiguieron que entraran paquetes para las personas que estuviesen delicadas. Para ello teníamos que sufrir una revisión médica y no todas pudimos recibir paquetes.

Los médicos que hacían la revisión ante los oficiales y los falangistas, escogían a las personas que sabían que si recibían paquetes los compartirían con sus compañeras y, sobre todo, tenían en cuenta a las madres con niños y a las personas mayores. No todas las reclusas que subieron a la enfermería tuvieron el privilegio de poder recibir paquetes, ya que los falangistas y requetés hicieron después una selección y solo quedaron las que a ellos les pareció. De mi grupo escogieron a dos, a Soledad Villa y a mí. Soledad no tenía a nadie que le pudiese mandar, ya que sus hermanos estaban en Madrid y tampoco teníamos derecho a escribir para avisarles de que mandaran paquetes. A mí me mandaban algo, muy poca cosa; mis padres apenas tenían para comer ellos, pero mi hermana, que estaba viviendo entonces con sus suegros, tenía huerta y podía coger verduras, tomates, pimientos y algún paquete me mandaba. Solo teníamos derecho a dos por semana, pero hicimos una trampa: María, la otra chica del grupo, vivía en un pueblecito cerca, Iriepal; pudimos enviar recado para que mandase paquetes a nombre de Soledad Villa. Así teníamos cuatro paquetes por semana; el mejor paquete era el que mandaban a Soledad; la familia de María se hallaba económicamente en mejores condiciones que la mía para poderla atender.

Mucho tiempo pasó hasta que nosotras pudimos comer algo de aquellos paquetes que nos mandaban; los hombres estaban en peores condiciones que nosotras, y a través de las ventanas y gracias a unos cuantos cinturones anudados y a un taleguillo, les mandábamos nuestro paquete.

Cada día le tocaba a una celda distinta. Todo esto lo hacíamos a la una o las dos de la madrugada, cuando los guardias, cansados de hacer el servicio, entraban a descansar en las garitas; nosotras con mucho cuidadito íbamos hasta debajo de las ventanas y hacíamos esta operación, no sin riesgo de que un día nos pudieran ver y nos costara caro. A la señora que tenía el restaurante La Mascota la teníamos por fascista y siempre teníamos mucho cuidado de que ella no se enterase de según que cosas. Cada día mandaban un gran paquete de su restaurante y en alguna ocasión había dado algo a los niños y a las personas mayores. A pesar de todo no parecía mala persona, pero siempre procurábamos no tener demasiada confianza con ella. Su petate estaba instalado en el patio, en la misma puerta de la escuela. Habíamos tomado por costumbre, cuando habíamos mandado el paquete, ir hacia el váter, que estaba dentro de la misma escuela, con el fin de que si alguien nos había visto, pensara que nos habíamos levantado para ir al váter. Una noche me ocurrió a mí precisamente que, al ir a entrar para ir al váter, la Mascota me cogió por una pierna, me hizo señas con la mano de que me agachara y me dijo:

—Ya sé qué estáis haciendo todas las noches cuando os veo levantadas y después venís al váter.

—¿Qué hacemos?

—Dar comida a los hombres.

Yo le dije que no, que eso no era verdad y que debía estar soñando porque no era cierto, y me dijo:

—Os he visto varias noches y a mí ya no me podéis engañar.

Yo le contesté:

—Bueno, y qué pasa, es nuestra comida y ellos son nuestros compañeros; no queremos que se mueran de hambre, tenemos que ayudarles. Ahora ya lo sabe. Si quiere puede ir con el chivatazo a donde quiera, a nosotras nos tiene sin cuidado.

Me contestó que de esto ya hablaríamos por la mañana, que ahora fuese al váter y que ya nos veríamos. Cuando volví se lo dije a las chicas y la verdad es que pasamos un poco de miedo de que por la mañana llamase a los tipos aquellos y les dijese lo que estábamos haciendo; no solamente seríamos castigadas nosotras, temíamos el castigo que pudiesen dar a los hombres. Pero no ocurrió nada de eso. Para asombro nuestro lo que ocurrió es que vino a verme a mí por la mañana y me dijo.

—Ya sabes que yo tengo paquete todos los días; vosotras tenéis dos veces por semana, sois jóvenes, os estáis quedando secas, no coméis lo suficiente para vuestra edad y en cambio yo soy mayor y la comida que me mandan es bastante. No quiero que nadie se entere, pero todos los días os dejaré un taleguillo con comida junto al pozo, vosotras lo cogéis y haced con él lo que queráis, sea para vuestros compañeros o para vosotras, pero yo quiero colaborar también; ya sé que me tenéis por fascista, incluso los fascistas se creen que lo soy, pero no lo he sido nunca. Si estoy aquí es porque saben que he favorecido mucho a los soldados que han pasado por mi restaurante, a las milicias, cuando empecé la guerra; si me han detenido es porque en mi restaurante no ha pasado ni un soldado en retirada que no haya comido, aunque no tuviese con qué pagar. Ya les he dicho que no tengo ningún ideal, lo único que soy es una persona humana y no niego el pan o un plato de sopa a un ser humano. Ese es el delito por el que estoy aquí, en la cárcel; ahora pensad de mí lo que queráis.

A partir de entonces, aunque su vida seguía muy aislada entre toda la reclusión, la ayuda para nosotras era muy eficaz. Un día los hombres echaron una nota en que comunicaban que habían oído decir en el centro de oficiales —y coincidía también con lo que había oído comentar uno de los compañeros que habían sacado a declarar y a torturarle— que aquella noche iban a sacar a fusilar a tres mujeres. Habían dicho incluso sus nombres; eran Blasa Rojo, la mujer del que fue secretario del Partido (a él no le habían detenido, había marchado al extranjero), Isabel, la mujer de Relaño, también de la dirección del Partido (este fue fusilado), y el tercer nombre era el mío. Avisaban del riesgo que corríamos a esas horas y al mismo tiempo para que hiciéramos todo lo posible para la mayor tranquilidad de conciencia por nuestra parte, para que estuviésemos preparadas y para preparar a las mujeres del patio, pues eran muchas y no se sabía cómo iban a responder si a media noche o de madrugada aparecían a sacarnos; podría causar alguna protesta y con ello causar alguna muerte más que las nuestras.

Nos pusimos las tres en contacto esperando a ver si esto era cierto y llegaba nuestra última hora. Ya serían las dos o las tres de la mañana cuando efectivamente oímos abrir la puerta del patio. Hubo una discusión entre los falangistas que habían venido para sacarnos y el oficial que aquella noche estaba de servicio. Este hombre era funcionario de prisiones hacía por lo menos cuarenta años. Sabíamos que su trato tanto con los hombres como con las mujeres era correcto, como un verdadero oficial de prisiones y nada más. Los falangistas querían llevarnos a toda costa y el oficial les respondió que delante de él no se nos llevarían, sobre todo si estaba de servicio; porque él era el responsable de la prisión en esos momentos y no nos entregaría. Si tenían falta para que nos mataran ya nos pedirían la muerte en el juicio y nos matarían, pero que sin juzgar él nos las entregaría nunca. La discusión entre los falangistas y el oficial fue muy breve. El oficial pudo con ellos y desistieron de sacarnos aquella noche, por lo cual, creo, bien le debemos la vida. No recuerdo cómo se

llamaba este oficial; creo que don Buenaventura. Nosotras lo estábamos pasando mal porque sabíamos a quién se querían llevar, pero en general en todo el patio hubo un poco de pánico, con los gritos que los falangistas daban al oficial todo el mundo estaba despierto y nadie sabía a quién iban a buscar; por lo tanto, cada una pensaba en sí misma y todas pasábamos nuestro miedo. En el patio reinaba un silencio tremendo y cuando se oyó cerrar la puerta, que se retiraban del pasillo que daba al patio, todas respiramos; incluso había alguna que lloraba de angustia o de alivio.

En el patio muchas mujeres, sobre todo jóvenes, tenían la cabeza rapada; venían así ya de los pueblos; las de Guadalajara todas teníamos nuestra cabellera. Un día llegó una expedición de un pueblo y todas venían bien rapaditas. Los falangistas, muy guasones, dijeron que eso era la ley del embudo, que o todas pelonas o todas con pelo; y como a las pelonas no les podían poner el pelo, había que pelar a las que llevaban pelo. Empezaron a llamar a varias, cogieron a dos barberos presos y ellos mismos, en un trocito de pasillo que había entre la puerta de entrada de la galería y la puerta del patio, se instalaron para el corte. En mi grupo las únicas que teníamos pelo éramos María y yo; Ceferina Cortijo había venido pelada y Sole también. María y yo nos fuimos hacia la puerta; los falangistas habían salido un momento al rastroillo mientras los peluqueros estaban rapando las primeras cabezas. Y a los barberos les pedimos que nos rapasen a nosotras; nos dijeron que si estábamos locas, que a lo mejor nos podíamos salvar; posiblemente no lo hicieran con todas, ¿para qué nos íbamos a cortar el pelo? Lo están haciendo con lista y todas no estábamos.

—Porque no queremos —les dijimos— que nos lo corten ellos.

Después de discutir un poco, por fin nos lo cortaron y nos quedamos las dos rapadas. Nos llamaron los falangistas por lista pero cuando llegamos y nos vieron cómo estábamos rapadas se pusieron con una mala uva que había que haberles visto. Nosotras disfrutábamos de lo lindo. Nos preguntaban quién nos había rapado y les dijimos que el barbero.”

—¿Cuándo?

—Pues ayer.

—No es posible, no estábais en la lista de ayer.

—Pues, a nosotras nos nombraron.

Preguntaron a los barberos que si era cierto y dijeron que sí.

—Sí, ayer las nombraron y nosotros les cortamos el pelo.

Y así salvamos a los barberos y no les dimos el gustazo de vernos rapar.

El hambre, la miseria que se pasaba en aquel patio empezó a hacer estragos. Nos empezamos a llamar piojosas y ya nos reíamos de nosotras mismas al ver los grupitos por el patio despiojándonos las unas a las otras; algunas se quitaban una blusa o un vestido porque se metían los animalitos entre las costuras. Yo tengo una experiencia de un hermoso piojito; no pueden vivir con comida normal, solo viven con sangre de las picaduras que hacen; cogí uno muy hermoso y lo metí en una cajita. El día que nos mandaron paquete le di un poquito de carne, un poquito de tortilla y a ver lo que vivía. Ni la carne ni la tortilla tocó; a los ochos días el animalito murió paliducho y sequito. Estas cosas solo se hacían porque éramos jóvenes; así distraíamos a las viejecitas y procurábamos olvidar tanta miseria y sufrimiento. Autorizaban a los médicos a que diesen un poco de algodón, alcohol, yodo y agua oxigenada porque algunas tenían granitos; los niños se caían y se arañaban las rodillas, y para poder

limpiarles, curarles, les habían permitido darnos algo aunque racionado. Con esta excusa se camuflaban un poco de agua para los pequeños; en vez de agua oxigenada nos ponían agua de verdad. Tengo una anécdota que hizo reír mucho a la gente del patio. Fui en busca de agua oxigenada como siempre, pero me tenían que dar agua; en ese momento entró un falangista y el médico me tuvo que poner agua oxigenada de verdad, pero no sé si me hizo alguna seña, no lo vi, o no la pudo hacer. Yo estaba convencida de que me había dado agua. Fui al patio y uno de los pequeños que andaba siempre entre nosotras, que era muy salado, tenía poco más de dos añitos, vino a pedirme agua. Yo se la di y me dijo:

—Aj, caca —y se marchó corriendo con su madre.

A mí me extrañó mucho porque, pobrecito, tenía tanta sed que nunca había dicho cosa semejante. Pero, me dio algo en qué pensar; como yo tenía la cabeza rapada, había tenido la mala sombra de que me habían picado los mosquitos y tenía unos habones que me picaban mucho; pensé que el médico podría haber puesto agua oxigenada por la aparición del falangista; como no podíamos permitirnos el lujo de desperdiciar una gota fuera de lo que fuera, no me vendría mal en la cabeza para las picaduras, y así salía de la duda de los ascos del pequeño Tomasito. Me puse un poco de agua y me froté bien la cabeza; hacía un sol tremendo y entre el sol y aquella agua que me había puesto en la cabeza empecé a ponerme rubia, yo sentada en el pozo, tranquila, y se reían y me decían:

—¿Pero no te has visto?

No tenía espejo; la Mascota, que tenía de todo, me trajo un espejo y nada, a la media hora de haberme puesto el agua oxigenada y al sol, pues estaba rubia completamente, un rubio más feo que se me veía... Después se aclararon mis sospechas con el médico; como había entrado un falangista, no me había puesto agua natural y había tenido que poner agua oxigenada. Como mi pelo era castaño oscuro y así constaba en la ficha, me volvieron a llamar para ponerme rubia teñida.

Este pequeño al que di el agua oxigenada era un trastito muy majo, rubio, monísimo, muy gordito. Se llamaba Tomasín. Estaba toda la familia en la cárcel, el padre, la madre, una tía, su abuela. En la calle había quedado un hermanito mayor que él, solito. Por aquellos años, las mujeres acostumbraban a dar el pecho a los niños hasta los dos años. Cuando detuvieron a su madre era todavía edad de dar el pecho. Los días que estuvo en comisaría, se lo cedían para darle de mamar; pero después, cuando encerraron ya también a su madre y a su hermana, se llevaron con ellas al niño pequeño. Tenía mucha gracia porque caminaba muy bien y hablaba bastante claro, y a su madre a veces la llamaba o *madre* o *Julia*; durante el día, cuanto tenía sed, le decía:

—Mamá, dame un poco de teta.

Y su madre le decía:

—¿No te da vergüenza? ¿Pero no ves que eres muy grande y las mujeres se van a reír de ti?

Por la noche despertaba a su madre y le decía:

—Julia, ahora que duermen las señoras, dame un poco de teta.

La madre y la hermana estuvieron unos seis meses en la cárcel; a ella la juzgaron, le pusieron doce años y salió en expediciones a hacer los penales de España. Su marido, Leoncio Montes, sin causa justificada estuvo con pena de muerte mucho

tiempo, años, pensando: "Hoy, mañana, me sacarán". Había una tía de él que también la penaron a muerte, pero la conmutaron; tenía cinco hijos detenidos. Estos muchachos se dedicaban al transporte, tenían tres o cuatro camiones; al empezar la guerra se pusieron a disposición del Gobierno de la República. Cuando terminó la guerra los detuvieron a los cinco. Se salvó solo uno, mataron a cuatro. Habían empezado a hacer juicios y a condenar a muchos años a la gente; de los hombres ya habían sacado en expediciones para los penales del Duero, de Santoña, del Puerto de Santa María... En fin, por toda España; y la parte de celdas de la galería izquierda había quedado libre. A las mujeres que estábamos en el patio nos subieron a aquellas celdas. Las que estaban en la escuela, muy hacinadas, también quedaron un poco mejor alojadas; subieron a algunas de las que estaban en ella. Por otro lado fuimos perdiendo las del patio. Las celdas eran para una persona, lo más dos, y nos metieron a dieciocho o veinte. Solo podíamos echar en el suelo cuatro o cinco patates. En la celda había un somier de esos de hierro que durante la noche, para dormir, lo cogíamos con una argolla contra la pared; y en un rincón, como si fuese un banco, pero con un agujero, el váter; durante el día la cama la habilitábamos al revés, la teníamos echada y en ella poníamos los patates y por turno nos sentábamos; durante la noche la poníamos junto a la pared y los patates en el suelo, porque dormíamos todas apisonadas la una contra la otra.

En nuestro grupo el traslado nos separó; solo quedamos María y yo. Ceferina Cortijo y Sole fueron a otra celda. A la que yo fui me encontré con una viejecita de ochenta y dos años, que se llamaba Manuela Letón; nosotras la llamábamos *Letona*. Su sitio favorito y en el que más cómoda se encontraba era estar siempre sentada en aquel rinconcito pequeño que hacía de váter. Cuando teníamos necesidad de algo, le decíamos:

—Abuela, levántese que tengo que hacer algo.

Y la abuela se levantaba. Era muy sorda, había que chillarle siempre al oído y se pasaba el día con un pañuelo sobre la cara y un rosario en las manos, todo el día estaba rezando; le preguntábamos:

—Abuela, ¿por qué reza?

—Para que no me pase nada de eso que vosotras decís de juicio; yo no sé qué es.

En la celda también nos enterábamos y sufríamos más al oír desde más de cerca cuando sacaban a los hombres y cuando los volvían muertos a palos. Nunca olvidaré que un día, teniendo la puerta de nuestra celda abierta —pensamos que el oficial la dejó con intención, por sadismo—, la puerta de enfrente era de hombres y también la tenían abierta; en ella había solo dos, pero daba verdadera pena verlos. Nos enteramos de que uno de ellos había sido cura y durante la República había colgado sus hábitos y se había casado; tenía dos niños. Lo habían martirizado de tal forma que no se podía mover. El otro era un profesor, tampoco sé ni cómo se llamaba, ni de qué pueblo era, solo nos dijeron los hombres que era profesor. Le habían metido teas en las uñas de los dedos de las manos y se las habían prendido; aquel hombre no podía mover las manos para nada. El cura, por lo visto, le tenía que dar de comer y ayudarle a vestirse y a calzarse porque tenía las manos totalmente destrozadas; en esas condiciones muchas noches habíamos oído cómo le sacaban a torturarle; aún no se sentían satisfechos. De madrugada oíamos cuando venían a sacar a los

que iban a matar, y sobre todo al que más se oía era al cura oficial de la cárcel, que les decía:

—Vengo a ponerme a vuestro servicio porque ha llegado vuestra última hora. Ellos le contestaban:

—Mañana es posible que llegue la tuya, y no necesitamos ningún servicio, no somos ladrones ni asesinos.

A nuestros hombres no les faltaban valor para morir cara al enemigo. En muy pocas ocasiones se ha oído un lamento o un quejido. Salían cantando canciones revolucionarias, dando gritos a la República y llamándolos asesinos. En aquella celda también pasábamos ratos agradables: era hermoso ser jóvenes. Todas las celdas eran de cemento, pero la nuestra era de tierra. Nos enteramos que durante la guerra por ahí habían hecho un refugio y al terminar, como estábamos tan hacinados, para habitarla echaron unos cuarenta camiones de tierra y sin más ni más la habilitaron. Con nuestro peso, por las orillas de la pared, se hacían grietas y por allí salían ratoncitos, cucarachas, pequeños insectos cuyos nombres no conocíamos; pero los ratones eran de campeonato. A veces se nos enroscaban entre el pelo, por los pies, se metían entre nosotras; disfrutábamos con ellos. Lo más agradable para nosotras era la cacería de ratones los sábados por la noche. Los domingos el cura decía la misa en el centro de las galerías. En tres de ellas sacaban a los hombres y en la del rastrillo a las mujeres. A nosotras, como teníamos una galería que era mixta —las celdas de enfrente eran hombres— no nos sacaban de allí. Los sábados nos dedicábamos a coger los ratones; los metíamos en una cacerola, en el cacharro donde nos traían la comida, y el domingo por la mañana, cuando estaban en misa, por debajo de la puerta empezábamos a soltar ratones. Los hombres con los pies querían aplastarlos y no se oía nada más que plim, plam, plim, plam, con las botas; el cura se volvía y decía con mala leche:

—Quietos, ¿quieren hacer el favor de no dar patadas?, tengan un poco más de respeto.

Los oficiales decían:

—Es que están matando ratones, salen sin saber de dónde.

Creo que nunca llegaron a saber que salían por aquella puerta, pero nosotras nos divertíamos de lo lindo; los hombres ya sabían de dónde procedían y lo pasaban muy divertido. En una ocasión desapareció una prenda íntima de una de las compañeras. Se armó una discusión tremenda: si no salíamos de la celda y desaparecía una prenda, ¿dónde estaba? Nos registramos todos nuestros enseres y la prenda no apareció por ningún sitio, y se quedó sin ella. En otra ocasión desapareció un pañuelo; de nuevo discutimos: alguna lo había de tener porque el pañuelo no había podido volar solo. El pañuelo tampoco lo tenía nadie. Desaparecieron dos cinturones de batas. Tampoco encontramos los cinturones. En aquella celda de día en día salían más grietas, se abrían por los costados de la pared y por donde querían. Un día apareció un trocito de uno de los cinturones y, mirad, mirad dónde está el cinturón. Empezamos a tirar y de ahí salió el pañuelo, la prenda íntima, el otro cinturón... todo lo que los ratones nos habían robado y lo habían llevado a sus guaridas. Nada se pudo aprovechar porque todo estaba mordisqueado por ellos; para nosotras las jóvenes eran un tipo de distracción. Solo éramos cuatro o cinco entre los diecinueve y los veinticinco años; el resto oscilaban entre los cuarenta hasta los ochenta y dos años que tenía la vieja Letona. Estas mujeres ya mayores, que habían vivido la guerra sin

haberse metido en política solo estaban allí o porque sus hijos habían estado en el frente, o sus maridos, o porque alguna de ellas cuando pasaban los aviones alemanes descargando sus bombas habían mirado hacia arriba llamándoles asesinos y alguna vecina de derechas lo había oído, y por ese motivo le habían puesto una denuncia y estaba en la cárcel. Estas mujeres no podían comprender que nosotrasuviésemos algunos momentos de distracción, cantando, contando chistes y riéndonos de nosotras mismas. Creían que nos daba igual todo lo que estaba pasando a nuestro alrededor; pero no era así, porque en nuestra propia carne lo estábamos sintiendo y sentíamos todo lo que oíamos y veíamos. Pero a veces nos decíamos: hay que olvidar un momento; si no, nos volveremos locas y no saldremos de aquí. También porque queríamos que ellas mismas olvidaran un poco a sus familias.

Había una del barrio del Alamín, la señora Joaquina, que tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco años. En su familia solo ella estaba detenida; su marido estaba en su casa con los niños. Esta mujer tenía un pánico terrible a la aviación y cada vez que veía un avión por el cielo su boca era un veneno, les insultaba a base de bien. Fue una de las que se agregaron a la famosa manifestación del terrible y criminal bombardeo que causó tantas muertes. Esto fue motivo de encerrarla y cuando la juzgaron le pusieron doce años y un día. Había otra señora que la pobre no había salido nunca de su pueblo; eran campesinos, pero la hija se había marchado casi desde el primer momento de la guerra a los frentes y al terminar no había aparecido por el pueblo y detuvieron a la madre. Con esta mujer me pasó una cosa muy curiosa. Llevaba una bata larga con bastante vuelo desde la cintura; era blanca y llena de pajaritos. No sé por qué se me ocurrió que tenía que contar los pajaritos que llevaba en la bata y empecé mi obra. Cuando terminé de contarlos, que ya no recuerdo cuántos eran, pero me parece que pasaban de tres mil o algo así, apunté: “La señora fulana —no recuerdo su nombre— tiene tantos pajaritos en la bata”. Cuando nosotras dejamos la celda la ocuparon los hombres y, qué casualidad, también un paisano suyo. Cuando detuvieron a la hija, la pusieron a ella en libertad, y cuando llegó al pueblo la empezaron a llamar, como dicen en los pueblos, *la tía Pajarita*.

Pasaron unos años. Un día yo estaba algo pachucha en la enfermería de la cárcel de Santander y llegó una expedición, y una chica grandota, fuerte, muy maja, preguntó por mí y le dijeron que estaba en enfermería. Desde la habitación en que yo estaba oía que alguien quería entrar y no la dejaban, porque no era la hora. Pero no sé cómo, ella logró entrar y fue derecha a donde yo estaba con la intención de pegarme: pero como estaba en la cama le pareció un poco gordo pegar a una compañera enferma y que estaba además en la cama; se quedó muy parada y me dijo:

—De buena te has librado.

—Ah, pues, ¿qué he hecho yo? ¿Por qué me he librado de buena?

—Pues, venía a pegarte una paliza.

—¿Una paliza?, y ¿por qué? si yo no te conozco ni sé quién eres.

—Pues, mira, yo soy la hija de la señora tal: en mi pueblo éramos de los pocos que no teníamos mote y ahora lo tenemos.

—¿Y qué culpa tengo yo de que lo tengáis?

—Pues, sí, la tienes tú, porque tuviste la feliz idea de contar los pajaritos de la bata de mi madre y lo pusiste además en la celda: y pasó por allí un paisano mío,

recogió lo que estaba escrito en la pared y ahora nos llaman *los Pajaritos* y a mi madre *la tía Pajarita*.

Yo me eché a reír y le dije:

—Pero bueno, ¿y eso son motivos para venir a pegarme? Comprenderás que en la situación en que nos encontrábamos lo único que hacíamos era distraernos como podíamos. A mí se me ocurrió aquello como se me hubiera ocurrido decir que yo era el Papa y haberlo escrito también.

Es posible que la chica lo comprendiera; era una tontería y se puso a reír, me abrazó, y fuimos después buenas amigas el tiempo que estuvimos juntas. Después quitaron aquella cárcel, ella fue para una y yo para otra, y ya no he vuelto a saber más.

La vieja Letona era una pobrecita mujer también del pueblo. Sus hijos habían ido voluntarios al frente y ella había seguido su trabajo. Cuando las batallas de Guadalajara su pueblo fue ocupado por los fascistas y ella salió evacuada con un borriquillo, con lo que pudo coger de su casa, y su marido, no me acuerdo muy bien, pero creo que murió en la retirada. Ella estuvo en Guadalajara todo el tiempo y al terminar la guerra, que aún guardaba su borriquillo, se volvió al pueblo. Antes de llegar la detuvieron en la carretera los falangistas y en la misma carretera a la pobre le preguntaron por sus hijos y ella dijo que no sabía dónde estaban e iba al pueblo a ver si habían vuelto, después de terminada la guerra no sabía nada. Ellos le dijeron que en el pueblo no estaban porque habían ido a buscarlos. Allí, en la misma carretera, le cortaron el pelo al rape y le dieron un litro de aceite de ricino, que al final se lo tuvieron que dar con embudo porque ya no podía más y no abría la boca. El pobre borrico en la cuneta de la carretera y los bestias le preguntaban si era rojo. El animal, según estaba parado, ese movimiento que suelen hacer los borriquillos de menear la cabeza de arriba a abajo, quería decir sí, que era rojo, y lo mataron a palos. Allí en la cuneta de la carretera se quedó el animalito y a ella la llevaron para la cárcel. La pobre tenía con mucha frecuencia descomposiciones; sus intestinos había quedado mal después de aquella purga de un litro de ricino que le habían dado aquellos bestias. Su asiento era el váter: para estar sentada era el sitio más apropiado y cómodo, y por otro lado, para ella era necesario.

La celda no tenía ni las mínimas condiciones para habilitarla seres humanos. El agua brillaba por su ausencia aunque veinte mujeres tenían que utilizar aquel agujero pese a que, como ya he dicho, pasábamos buenos ratos con los dichosos ratones. Muchas veces habíamos reclamado a la dirección de la cárcel que esa celda fuese cerrada o arreglada en condiciones de poderla habitar seres humanos. María, la que subió conmigo de mi grupo, la de Iriepal, la muchacha no había hecho otra cosa que ser la novia de un muchacho comunista, que se había ido a la guerra voluntario; cuando terminó ya era teniente o capitán, no recuerdo bien, sé que era oficial del Ejército de la República. Pasó la frontera con las tropas en el año 39. De esto nos enteramos cuando él pudo comunicarse con su familia y decir dónde se encontraba. Ella, como es natural, cuando se enteró estaba la mar de contenta: muchas veces decía que le daba mucha rabia estar encerrada sin haber hecho nada. Era de izquierdas, eso sí, pero la muchacha no había hecho ni un solo trabajo, ni durante la guerra ni antes de la guerra. Los oficiales de la cárcel tenían por costumbre levantar por las noches los *chivatos* —así llamábamos a las mirillas que hay en las puertas de las celdas— para

su vigilancia y quizá también para ver a alguna desvestirse o vestirse, según el caso y la hora. Esta chica, María, tenía una facilidad asombrosa; no sé cómo lo hacía: cogiendo aire en el estómago y en el vientre, hacía sonidos raros; y los solía hacer siempre que oía acercarse a los falangistas o los funcionarios de prisiones a la puerta. Cuando levantaban el chivato, aquello parecía una tormenta. No para todas era una satisfacción, ni mucho menos. Muchas nos reíamos, yo misma, de la gracia que hacía con eso. Otras la llamaban marrana. El caso es que los que miraban por el chivato se cabreaban, lo cerraban y se iban rápidamente. Esto lo hacía con frecuencia: cada vez que venían, y en ocasiones eran dos o tres veces; cada día bajaban la mirillas del chivato y se marchaban haciendo puñetas y siempre protestando.

Y terminaron por no venir a mirar por nuestro chivato nunca más. Nosotras lo habíamos cogido tan de rutina, que si una vez María estaba distraída y no oía que venían hacia la celda, le decíamos:

—María, María, prepárate, que vienen.

Pero casi siempre pasaban de largo: ya no se paraban en la puerta, escarmentados del recibimiento que les hacía cuando levantaban el chivato. También esto nos costaba discusión con las demás compañeras de celda: no llovía a gusto de todas, y decían que las marranas éramos tanto las que avisábamos como la que lo hacía. Nosotras les decíamos:

—Y qué, ¿vosotras no hacéis nada? Pues anda que cuando se oye algo por ahí hay que taparse la nariz; en cambio los de María no huelen porque todo es aire.

Discutíamos un rato y al final terminaban por decirnos:

—Bueno, bueno, haced lo que queráis, porque con vosotras no se puede, así que para qué vamos a discutir.

A mi parecer, la convivencia era muy soportable, el hambre no faltaba, la sed tampoco; además, en un sitio tan pequeño, tantas mujeres, cada una de una calaña, que no todas pensábamos lo mismo. En cambio, no teníamos grandes discusiones y nunca nos habíamos peleado en serio. Nos comportábamos bastante bien para lo mal que vivíamos. Algunos días nos bajaban al patio. Eso nos servía de distracción, conversábamos con otras compañeras y si nos estábamos un par de horas, eran muy satisfactorias y nos contábamos muchas cosas, nos enterábamos de alguna noticia que corría por la cárcel: era un tubo de escape para nuestros nervios, después de las encerronas de celda. En una de las salidas al patio, me encontré con que habían detenido, y estaba allí, en la sala de la escuela, a una conocida de muy cerca de mi casa, que era modista. Se llamaba Mónica. Según me explicó, antes de detenerla la habían molestado varias veces y siempre estaba con las cosas preparadas por un caso de detención. Mi madre, que se había enterado, le llevó un corte de traje de vestido que yo tenía en casa para que me lo hiciese, pues se había enterado de que no tardaría mucho en salir a juicio y quería que saliese arregladita. Por ella me enteré de las tantas y tantas dificultades que estaba pasando mi familia a pesar de que tenían con ellos a mi hermano, que en la guerra había perdido a su hijo de dos añitos y más tarde también a la mujer. Esto era una ayuda para mis viejos, que se habían quedado sin trabajo y también para mi hermano, que así no vivía solo. También me explicó que mi padre se pasaba las madrugadas frente al cementerio donde hacían fusilamientos; muchas veces habían ido a decir a mis padres que si eran católicos rezasen por mí, pues de madrugada me sacarían a fusilar. El pobre viejo se pasó muchos meses fren-

te al cementerio viendo los fusilamientos escondido entre los matorrales del barranco, y veía cómo caían algunos de sus viejos compañeros de Guadalajara con quienes él había tomado muchas veces unas copas. Los nervios los debía de tener el pobre destrozados de ver cada día fusilamientos. Esa era la vida que hacía, la cárcel, la casa y el cementerio. La cárcel solo por sentirse cerca de mí. Era un penal con unas tapias muy altas y con garitas a los lados para los centinelas. Era imposible verse ni hablarse. Las comunicaciones todavía no habían sido abiertas. Pero él se consolaba yéndose a la parte de atrás, según me decía Mónica, que da al campo, y allí se sentaba; cuando oscurecía se iba a casa. Según él no tenía otra cosa que hacer, y como no trabajaba, su obligación era estar cerca de mí y saber qué me pasaba.

Habían empezado a hacer juicios también a las mujeres y venían con bastantes años de condena en general y también algunas penadas a muerte; yo dejé, cuando salí en expedición, a Amalia Morales, a su madre, a Lola, a su tía, a Blasa y a María Rojo; en fin, un montón, penadas a muerte. A mí también me comunicaron que mi petición en el juicio sería de pena de muerte. Desde que me lo comunicaron hasta que salí a juicio pasó más de un mes. Recuerdo que cuando bajaba al patio yo siempre me veía y hablaba con la Mascota, y un día me dijo:

—Mira, Peque, si te ponen pena de muerte y tienen intención de matarte, si te lleven a la Prisión Militar, tú no te preocupes porque no te faltará de nada en tus últimos momentos. Yo le diría a mi marido que cada día te mande lo mejorcito que tenga en mi restaurante. Además puedes pedir lo que quieras.

Yo me reía porque pensaba: “Con todo el hambre que estoy pasando ahora, morir harta me tiene sin cuidado”. Lo que quisiera es hartarme en estos momentos. Pero ¿qué le ibas a pedir a la pobre mujer? Si ella ofrecía eso, pues bastante era que quisiera que saliese lucida para ponerme frente al piquete de ejecución.

Durante el tiempo que pasamos en la Central iban los penados a muerte a la Prisión Militar, incluidas las mujeres. Estos eran los rumores que en aquellos primeros meses circulaban por la prisión y por Guadalajara; quizá esa era la causa de que mientras estuvimos en la Central no vimos sacar a ninguna mujer a fusilar. Los comentarios de la gente del pueblo eran que en los piquetes de ejecución había mujeres. Yo no lo pondría en duda. Cuando bajaron a las mujeres de la Central al convento de las monjas francesas habilitado para prisión, las que llevaban petición de pena de muerte salían a juicio y volvían con la pena confirmada estaban mezcladas con el resto de la reclusión. Eso significó para las compañeras la angustia de ver a las penadas esperar su madrugada y la despedida de las que iban al piquete de ejecución.

Soledad Villa salió también a juicio; le pusieron doce años y un día. Se libró: ella pensaba que iba a ser mucho más grande la condena. A su padre le pidieron pena de muerte y lo fusilaron. Todo lo que significara venir de juicio con años nos tenía sin cuidado: estábamos convencidas de que no estaríamos mucho en la cárcel; el régimen no se podría mantener por mucho tiempo. Qué equivocadas estábamos. Pero, en fin, aquello no solamente en esos momentos, sino años más tarde, pensar que era el final, siempre el final, nos mantenía con una moral y unas ganas de vivir tremendas.

Mónica, la modista, me hizo mi vestido para salir a juicio; era bonito porque sí, y además tenía un gran mérito, estaba todo él cosido a mano y no se veía ni una sola puntada: qué manos tenía aquella chica para coser. Justo terminado el vestido, la pusieron en libertad, sin juicio, y a mí me dejó contentísima con mi vestido terminado.

Al fin conseguimos que nos cambiasen de celda, de suelo de cemento; ya no era la porquería que teníamos de tierra: no solamente salían ratones, sino que cada vez se abrían más grietas. Nos alegró mucho el cambio. Con nosotras teníamos también una compañera, Gregoria, que en el pueblo había participado en los lavaderos, en los talleres que se formaban para las milicias, y la habían detenido por eso. Estaba en estado, bastante avanzada; por cierto que no sabía nada del marido, si lo fusilaron o murió en el frente: nunca supo nada de él. Y al poco tiempo de estar en la nueva celda se puso de parto. Esperábamos que no la iban a llevar a enfermería sino que íbamos a tener que recoger el crío nosotras en la celda, pero al fin la subieron a enfermería y estuvo dos días. Tuvo un niño riquísimo, era el muñeco de las que estábamos en la celda. Había que bautizarle por narices, porque, cuidado, estábamos en la cárcel. La chica se negó varias veces cuando fue el cura y le dijo que le bautizaría en la calle, porque quería que los padrinos fuesen sus padres. Pero no hubo forma de convencerle y le dijeron:

—Bueno, si usted no lo bautiza por las buenas se lo bautizaremos por las malas, porque le cogemos, le sacaremos de la celda y cualesquiera de los que hay por ahí fuera serán los padrinos.

Eso ya no nos convenció, porque eso de que un cabrón, un asesino torturador de los que andaban por la cárcel fuese el padrino del crío... Entonces pedimos bautizarle y el padrino fue el médico, que era preso, que la había asistido, no recuerdo ni cómo se llama, y la madrina fui yo. Al niño le pusimos Raúl de nombre. Dos añitos lo tuvo con ella en las cárceles; después su abuela se lo llevó al pueblo. Ella salió en libertad, cuatro años me parece que estuvo, y marchó a servir a Barcelona.

Perdí su rastro y no he vuelto a saber más de ella. Solo me queda un recuerdo, una foto del niño que nos mandó, a su madre y a mí, su abuela cuando se lo llevó. En el mes de septiembre, el veintitantos, por fin me llamaron para comunicarme que salía a juicio el día 27. Me preguntaron si tenía a alguien en Guadalajara que me sirviese de descargo, pues yo sabía que llevaba pena de muerte. Yo les dije que no tenía a nadie y que todo Guadalajara me conocía y sabían cómo era y quién era, así que ellos mismos pusieron los testigos de descargo que les pareciera. No conocía en esos momentos quién me quería bien ni mal y lo dejaba en sus manos. Me dijeron:

—Eres muy generosa, porque si te ponemos a Trallero o a Galoso...

Eran dos malos bichos que habían pegado palos a todo meter. Yo les contesté:

—Me es igual, de todas formas vais a hacer lo que queráis: si me queréis pelar, lo vais a hacer. Y con bastante coraje me dijeron:

—Pues no, tienes testigos de descargo ofrecidos por ellos mismos.

Yo me quedé un poco parada pensando: “¿Quién puede haberse ofrecido como testigo de descargo?”. Pensé precisamente en los mismos que me habían ofrecido o algunos por el estilo, pero me asomé cuando me dijeron:

—Tienes dos: uno es don José Sanz Vacas, abogado, y el otro es un señor que había sido vecino tuyo, que se llama Lucio.

Me quedé muy extrañada; la verdad es que no habíamos recurrido a nadie, o sea que ellos mismos se habían ofrecido a ser mis testigos de descargo. Creo que los dos tenían motivos para no hablar mal de mí, sino todo lo contrario. No les había hecho ningún mal y sabían que mi comportamiento había sido bastante bueno hacia ellos. No me habían visto nunca hablar nada que pudiese molestar a nadie; mi trabajo era

netamente político, de partido, de las JSU, y en mi casa nunca se armaban jaleos ni se molestaba a nadie. Muchos argumentos debieron dar estas dos personas, pues el juicio fue muy diferente a lo que yo me podía esperar.

También a la vieja Letona le comunicaron ese día que salía a juicio conmigo; pobrecita, nada más enterarse de que la iban a juzgar, se le descompuso el cuerpo de una manera terrible. No se quitaba de aquel agujero, que volvía a ponerse otra vez. Así llevaba ya dos días sin poderse contener y sin poderle dar nada, pues aunque avisamos al médico para ver si podía cortarle esa descomposición que tenía, en el botiquín le faltaba de todo. El día que salimos a juicio la arreglamos lo mejor que pudimos, y como aquella pobre vieja llevaba enaguas, refajos, faldas, le pusimos una toalla y las enaguas cruzadas entre las piernas. No llevaba pantalones: se las cogimos con unos imperdibles por si pasaba algo en el juicio, que no le cayese al suelo.

Salió también un grupo de otra celda que eran veintitantas; eran de un pueblo y el único delito que llevaban era haber formado el lavadero y el taller para atender a los soldados cuando pasaban por el pueblo y les habían hecho alguna fiesta en la plaza. Yo conocía bastante a dos; había estado en el pueblo para organizar el lavadero y el taller, y había tratado con ellas directamente: luego se encargaron de hablar con otras chicas del pueblo para llevarlo a la práctica. Las muchachas no dijeron ni por un momento que yo había sido la que había ido al pueblo para instalar el lavadero y el taller. Alguna de las veintitantas salió en libertad, pero a las dos más responsables les pusieron doce años y un día, y a otra seis.

Todas íbamos muy arregladitas y parecía que íbamos a una boda en vez de a un consejo de guerra. Yo con mi vestido nuevo presumía más que una mierda en un solar: no pensaba ni siquiera en que me iban a pedir pena de muerte, solo quería causar buena impresión de tranquilidad y coraje ante un consejo de guerra. Nos sacaron, como es natural, esposadas: como de mi celda solo salíamos la abuela Letona y yo, íbamos las dos juntitas; bastante pena daba verla, tan viejecita y sin haber hecho nada de que la pudiesen acusar para llevarla ante un tribunal militar. Pensábamos, además, que su único delito era que sus hijos se habían ido voluntarios al frente y nuestro asombro fue grande cuando oímos ante el tribunal militar la denuncia que la pobre llevaba: era algo repugnante que a aquella pobre mujer le pusieran doce años y un día por lo que la acusaban.

Al salir por la puerta de la cárcel, frente a ella vi a mi padre. Estaba él solo, le veía los ojos brillantes, debía de estar llorando cuando me vio esposada y debió emocionarse también de ver a aquella mujer tan mayor junto a mí. Bajó andando detrás de nosotras hasta la plaza de la Diputación, donde estaba el Juzgado Militar. Nosotros vivíamos muy cerca: con salir a la puerta ya se veía la entrada del Juzgado. Yo miré hacia mi casa, me extrañaba mucho que mi madre no estuviese junto a mi viejo, y la vi en la puerta recostada sobre el muro y con la cabeza vendada; me dio un salto el corazón al ver a mi madre en esas condiciones y además no sabía qué le había ocurrido. No habían dejado hablar a mi padre conmigo y el viejo no pudo decir lo que tenía mi madre. Dentro, me encontré que estaba mi hermana con los niños. Precisamente uno de los guardias civiles que nos llevaban había sido amigo de mi hermana y mi cuñado cuando eran jóvenes, y mi hermana le pidió si podía hablar conmigo, darme un abrazo, y este le dijo que no, que estaba prohibido. Pero el

pequeño Pedro, que entonces tendría siete añitos, se acercó a mí y me abrazó diciéndome:

—Tía, tía, ¿por qué estás así? ¿Por qué te llevan así? ¿Por qué son esos hombres tan malos?

—Calla, hijo mío, calla, no digas nada; si hablas así, luego castigarán también a mamá igual que a la tía.

Y el niño se calló. Yo le pregunté:

—¿Sabes qué le pasa a la abuelita?

—Sí, que tiene un ojito malo y la han operado.

Se acercó un guardia civil, le cogió y le retiró. Al rato vino ese que fue amigo de mis hermanos y me dijo:

—Te voy a dar una ocasión como una cosa muy especial, porque te conozco desde muy niña, de que abrases a tu hermana y a tu padre, pero solo abrazarles; no tenéis que hablar porque lo tenéis prohibido.

Mi padre me pudo decir que mi madre había tenido un tumor en el ojo, que el médico le había dicho que se le había hecho de llorar; la habían operado en el hospital. En la operación perdió el ojo.

Fue impresionante y se puede decir casi hasta grotesco el juicio de la abuela Letona, como nosotras la llamábamos. Ella, me parece que ya he dicho que era totalmente sorda; había que chillarle al oído fuertemente para decirle cualquier cosa, la nombraron por su nombre y apellido; su segundo apellido lo tenía que responder ella. Como la vieja no oyó nada, no contestó. Lo repitieron tres veces y ella sin contestar; entonces preguntaron que por qué no contestaba. Lo dijeron muy furiosos. Yo les contesté que era totalmente sorda, que si querían hablar con ella tenían que acercarse al banquillo. Me contestaron que lo hiciese yo por ellos, que le dijese que se pusiera de pie y contestara por el segundo apellido; así lo hizo y yo me senté. Toda la acusación que tenía era haber frito unos huevos a dos militares de la República que los habían comprado en una casa de pueblo y que le pidieron a ella si por favor se los podía freír; lo hizo y además les dio pan y un poco de vino para que los comieran. Preguntaron si ella sabía quiénes eran aquellos hombres; ella contestó que soldados de la República, y que como sus hijos también estaban en el frente, le gustaría, si llamaban a alguna puerta, que les atendieran como ella atendía a aquellos muchachos. Le contestaron que serían bandidos, que quizá habían robado los huevos y que por eso no los frieron donde los compraron, sino que fueron a pedirle a ella que los friera.

Y dijo:

—Pues yo creo que eran soldados de la República.

Así terminó su juicio, y al deliberar los doce años y un día, le preguntaron si tenía algo que alegar; esto ni se lo pregunté y contesté:

—No tiene nada que alegar.

Me contestaron que yo que sabía, y dije:

—Sí, lo sé; la condena ya la han puesto ustedes, la denuncia la han puesto en el pueblo.

La tuvieron que sacar de la sala porque la pobre estaba descompuesta y hacía bastante mal olor, y los guardias la sacaron fuera, a los pasillos, hasta que terminara el juicio.

Después me tocó mi turno. Mis acusaciones eran varias: manifestaciones, mítines relámpagos, organizar talleres, ir por lo pueblos a recoger muchachos para el frente: en una palabra, que era comunista y que estaba al servicio del pueblo en defensa de la República y que luché los tres años de la guerra para conseguir nuestras libertades. Mi mayor sorpresa fue cuando oí que me condenaban a treinta años: la verdad es que pensaba que me pedían la pena de muerte, como ya me habían comunicado. Ello se debía a dos testigos de descargo que yo no sabía que existieran para mi juicio; ya he relatado algo sobre ellos: eran el señor Lucio y don José Sanz. Me preguntaron si tenía algo que alegar; les contesté que no, que lo volvería a hacer una y mil veces si se presentara la ocasión de defender la libertad de mi pueblo y la República.

Pasaron a juzgar a los hombres: eran dieciocho o veinte, no recuerdo bien; hace ya tantos años... Las acusaciones que tenían eran tan graves como haberse ido voluntario al frente, haber prestado un camión o un coche en los momentos en que las milicias lo necesitaban al estallar la guerra o haber entregado parte de la cosecha para abastecer el suministro de las milicias. Aquel día en el juicio a ningún acusado le dijeron que había matado a un falangista, a un cura, a una monja o a cualquier gente del pueblo o de los pueblos de alrededor. Sin embargo salieron, si no recuerdo mal, creo que siete penas de muerte; tampoco sé si a todos los ejecutaron. Los juicios estaban ya preparados y las condenas lo mismo; para juzgar a cuarenta y tantos que éramos en total, empezamos a las nueve y a mediodía comíamos en la cárcel.

Continué en la Provincial de Guadalajara viendo sacar a juicio a nuestros compañeros, muchos de ellos penados a muerte, y fusilarlos: siguieron los malos tratos de los compañeros; continuábamos con las malas comidas pero ya había autorización para pasar los paquetes; no teníamos comunicaciones. En el mes de diciembre se decía que iban a darlas y efectivamente, así fue. Las empezaron a dar por orden alfabético. La gente salía loca, al locutorio, que era muy pequeño, se amontonaba la familia para ver al recluso. Al tener la tercera letra del abecedario, también a mí me tocó el turno antes de que saliese de traslado y el día 27 por la noche nos comunicaron a treinta de la Provincial de Guadalajara que al día siguiente, el día 28 saldríamos en expedición. La verdad es que no lo creíamos porque era el día de los Santos Inocentes, y lo primero que pensamos es que esos niños lo que querían era reírse de nosotras viéndonos preparar nuestro paquetes para la marcha. Pero por otro lado se habían oído rumores de que, efectivamente, éramos muchos ya los juzgados en aquella cárcel y nos iban a sacar a otras sin saber a cuáles. Entonces, cabía la posibilidad de que fuese verdad y de que por la mañana estuviésemos dispuestas para salir. Se puso una compañera en la puerta tapando el chivato y todas empezamos a preparar nuestros paquetes; si era verdad los teníamos hechos, y si era mentira, pues no se darían el gusto de reírse porque no lo habrían visto.

Pero no fue mentira: al día siguiente nos llamaron por la mañana y sacaron a treinta. De mi celda solo éramos cuatro, entre ellas la pobre vieja Letona. Nos esposaron de dos en dos; en una mano llevábamos nuestros paquetitos y en la otra poca cosa podíamos llevar porque íbamos atadas, y salimos para la calle. Frente a la cárcel vi a mi padre, a mi madre y a mi hermano; no nos pudieron dar los buenos días porque la Guardia Civil no les dejó. Nos bajaron andando hasta la estación. Allí estaba mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos, pero no vi a mi padre. Tampoco tuve ocasión de preguntar por él: no nos dejaron acercarnos a ellos, nos despedimos de nues-

tros familiares solo de lejos. Más tarde supe que mi padre no pudo soportar verme esposada entre la Guardia Civil y se había marchado de casa. Lo que no me dijeron es que le hallaron con una parálisis; el pobre había llegado ya al límite de sus fuerzas. Como los medios económicos de mi familia eran tan escasos y no le pudieron asistir, le tuvieron que llevar al hospital y un año más tarde murió, siempre preguntando por su pequeña. Cuando salí en libertad, mi cuñada me dijo que toda su obsesión era yo. Las monjas que le atendían creían que, cuando hablaba de su pequeña, era su nietecita. Un día bajó mi cuñada al hospital con la niña y dijeron:

—Mire, señor Jesús, hoy le traen la nena. ¿Ve? Ya tiene aquí a su pequeña.

Y él les dijo:

—No, esta no es mi pequeña.

La monja se quedó mirando sorprendida y se marchó. Cuando salió mi cuñada de la visita, le dijo:

—No entiendo al abuelo; todo el día está con la pequeña, con la pequeña, y hoy que la baja usted no le hace caso.

Mi cuñada se calló porque las monjas no sabían que la pequeña que él pedía, en la que él pensaba, era su hija y estaba en la cárcel. Al fin, en un tren que montaron allí mismo en la estación, habilitaron un vagón para nosotras. Había chicas de los pueblos de la Sierra, de mi tierra, que solo habían salido de su pueblo para ir a la cárcel; no sabían cómo era el tren ni cómo marchaba. Recuerdo perfectamente a Ceferina, que iba esposada conmigo; estaba muy extrañada de aquel coche tan grande en que la subían y la cantidad de caballos que tenía que tener para llevar aquello; quería asomarse a la ventana, pero tal como estábamos esposadas no podía asomarse sin hacerme daño en la muñeca con las esposas. Yo le decía que no se preocupara, que no había caballos, que aquello iba con carbón y lo llevaba el hombre, que era una máquina, pero no se lo creía. Al final tuve que ceder y asomarme yo también a la ventanilla para que viera que efectivamente no había caballos. Esta muchacha era sobrina nieta de la abuela Letona. Era del mismo pueblo. El que sus hermanos no aparecieran a su debido tiempo le costó una condena de seis años.

Para el traslado de prisión a Durango, desde Guadalajara, llegamos a Madrid, a la estación de Atocha. Allí nos subieron en un camión de la Guardia Civil y nos llevaron a la estación del Norte: hacía un frío tremendo, era en los momentos en que estaban arreglando la estación del Norte; había obras por todas partes, no había puertas en las salas de espera y estábamos heladitas. Tampoco nos subían al tren porque esperaban la expedición que salía de la cárcel de Ventas. Venía con nosotras Soledad Villa; tenía dos hermanas, o tres, en Madrid. Pidió a uno de los guardias telefonar a sus hermanas para que supieran que salía en expedición y no fuesen a Guadalajara a verla, y así evitarles hacer un viaje en balde; el guardia tuvo que pedir permiso al sargento, el sargento pidió permiso al teniente, el teniente pidió permiso al capitán y al final el capitán cedió, pero nada de que llamase ella; llamó un guardia y le dijo que por favor viniese a la estación del Norte y que podía ver a su hermana, que salía en expedición. Como eran los Santos Inocentes, la hermana no lo creyó y dijo que se riera de su madre, que se fuera a hacer puñetas, que por qué no tendría él su familia en el cárcel, a ver qué tal respondía... en fin, burradas, verdaderas burradas le dijo al

guardia. Debió caer con buena persona, porque en lugar de cabrearse, colgar el teléfono y no hacer más, lo que hizo fue llamar a la chica y decirle:

—Por favor, no cuelgue usted el teléfono porque va a hablar con su hermana.

Fue Soledad Villa, habló con su hermana y efectivamente vinieron a la estación; pero las pobres todavía creían que eran los Santos Inocentes y fueron escondiéndose a ver si veían a las mujeres, a ver si había movimiento de Guardia Civil, a ver qué pasaba, hasta que al final se dieron cuenta de que sí, de que había presas y guardias civiles rodeándolas. No las dejaron abrazarse, pero por lo menos la vieron desde lejos.

Allí estuvimos cuatro o cinco horas, quizá más, hasta que vino la expedición de la cárcel de Ventas, trescientas cincuenta mujeres, y empezaron a embarcarnos. Formaron un tren de mercancías y lo primero que tuvimos que hacer fue quitar toda la basura que había, de haber llevado antes animales. Por mucho que quisiéramos limpiarlo no nos dieron tiempo para que lo hiciéramos del todo; viajamos con porquería y todo. La Guardia Civil quitó un trozo cuadrado de tabla en cada vagón —íbamos treinta por vagón—, para que pudiéramos hacer en el trayecto nuestras necesidades. Después fueron precintados. En las estaciones donde tenían que hacer relevo a la Guardia Civil, se subían con una escalera hasta las ventanitas que suelen tener los vagones de mercancías y nos llamaban por nuestro nombre para que respondiéramos con nuestro apellido, por si por aquel pequeño agujero nos escapábamos alguna. A los tres días de este viaje llegamos a Zumárraga, un buen pueblo; hacía mucho frío. Incluso había nevado, vimos blanca la tierra antes de llegar al pueblo. Llegamos a la estación ya de noche y nos metieron en una vía muerta; no sabíamos por qué ni para qué. Después nos enteramos que para ir a Durango había una vía estrecha desde Zumárraga a Durango llamada *el tranvía de Durango*.

La Guardia Civil que se hizo cargo en Zumárraga de nosotros fue bastante amable, yo diría que hasta buenas personas. Nos dejaron bajar un poco de los vagones por que íbamos entumecidas de llevar tres días, casi no cabíamos en ellos y no podíamos estirar las piernas. En el pueblo se enteraron que había presas políticas en la estación y mucha gente acudió a vernos e incluso a llevar algunas cosas; la Guardia Civil dejó que nos las dieran sin que se acercaran a nosotras. Ellos mismos recogían algún paquetito y nos lo entregaban. También hubo una cosa muy curiosa y muy humana del alcalde que había en esa ocasión en Zumárraga; no sé su nombre, es una lástima. Este hombre se enteró de que estábamos en la estación y vino a vernos; hablando con la Guardia Civil y oyéndonos hablar a nosotras supo que el suministro que nos habían dado era para veinticuatro horas y ya llevábamos setenta y dos y no teníamos qué llevarnos a la boca. El alcalde habló con el capitán de la Guardia Civil para pedirle si podía ofrecernos una sopita caliente y este lo aceptó. Llevaron unos grandes calderos; era un sopa bastante buena. Además, aunque hubiera estado mala nos habría sabido a gloria; estaba calentita y teníamos mucho frío. Llevó una vela para cada vagón y un pan muy grande, una *hogaza*, que llaman por aquellos pueblos, que puede que tuviese cuatro o cinco kilos; había además un montón de cajones de fruta vacíos y él dijo que los pagaría para que frente a cada vagón se hiciese una pequeña hoguera para que por lo menos nos calentáramos. Allí pasamos la noche.

A la mañana siguiente nos trasladaron al tren tranvía; íbamos solas, no había más pasajeros que nosotras, y llegamos a Durango por la mañana. La gente de Durango

estaba en la estación; yo creo que todo el pueblo estaba en la calle. No querían presas políticas, no querían que en el pueblo hubiese un penal, al extremo de que los guardias creían que nos querían pegar e hicieron un cordón para que fuéramos entre ellos; pero no, la gente no nos quería pegar ni nos quería hacer nada; la gente no quería que hubiera presas políticas en aquel pueblo. Nos alojaron en un convento de monjas, un colegio de monjas francesas. Lo pasamos bastante mal: la comida era malísima. El edificio era de tres pisos y la cocina estaba en la planta baja; cada día teníamos que bajar con nuestro plato a coger el rancho al patio, con un frío tremendo; era un puré repugnante. Cuando subíamos por la escalera poníamos el plato boca abajo y el rancho no se caía; aquello parecía pez de carpintero para pegarnos el estómago, pero les salió mal porque el estómago no se nos pegó, todo lo cagábamos y lo digeríamos muy bien; debió de ser porque éramos jóvenes, las pobres viejas lo pasaban muy mal. Unas se descomponían, otras no iban al váter en cinco o seis días... siempre tenían problemas. Nosotras las jóvenes hacíamos lo que podíamos por ellas pero hay cosas que, por mucho que te esfuerces, no las puedes remediar.

Cada día venían nuevas expediciones. De todo el territorio español. No había cárceles en toda España para tanto preso; muchos conventos habilitaron para penales. De Ventas llegó un ramillete de juventud, muchas menores, de ellas aprendí esta canción:

Cárcel de Ventas
hotel maravilloso,
donde se come
y se vive a to confort,
donde no hay
ni cama, ni reposo,
y en los infiernos
se está mucho mejor.

Hay colas hasta en los retretes
rico cemento dan por pan,
lentejas, único alimento,
un plato al día te darán.

Lujoso baldosín
tenemos por colchón
y al despertar tenemos
deshecho un riñón.
Pueblo de España
te gritan las presas,
esta injusticia
no puede continuar,
pues el hambre
empieza a hacer estragos
y es un mal general, general.

Bravo español,
las presas te saludan;
saben que tú
les traes la libertad;
quieren volar contigo para siempre
y a nuestra España querida liberar.

En aquella cárcel llegamos a ser más de dos mil mujeres. Había muchos niños, muchos, entre unos meses —algunos habían nacido en la cárcel— y los tres añitos, incluso hasta cuatro años; había muchos niños. Entonces el Gobierno dio una disposición: los niños de más de dos años no podían estar con sus madres en la cárcel. Pero si daba la casualidad de que su familia también estaba en la cárcel, ¿dónde iban esos niños? Al hospicio. Se crearon problemas: en algunos casos sus amistades, algunos parientes, reclamaban a los niños; pero estábamos en el norte y todas éramos del centro, y algunas incluso de Andalucía. Habían puesto una fecha tope para sacar a los niños de la cárcel y las madres se desesperaban. ¿Qué iba a ser de los niños? ¿Dónde los llevarían? ¿No los volverían a ver más?

La gente de Durango se portó muy bien; vinieron a hablar con el director de la cárcel y le dijeron que los niños se los llevaban a sus casas hasta que sus familias vinieran a recogerlos, y sacaron a todos los niños mayores de dos años; incluso alguno no había cumplido los dos años, pero merecía la pena aprovechar la ocasión de que aquella gente buena quería ayudarnos. ¿Qué importaba unos meses más o menos para los críos, si de todas formas al hacer los dos años también se los quitarían y quizá no tuviéramos esa ocasión? Y los niños salieron al pueblo de Durango. Aquellas gentes los vistieron bien y los alimentaron muy bien. Les llevaban el día de la comunicación a ver a sus madres, hasta que poco a poco fueron desapareciendo del pueblo porque las familias o amigos venían a buscarlos. Creo que algunos quedaron por aquellas tierras porque no tenían a nadie; toda la familia estaba en la cárcel y nadie había podido ir a buscarles, pero de todas formas siempre estuvieron en contacto con su madre.

Abrieron un economato; el economato era para quien tuviera perras, pero la inmensa mayoría no teníamos. Empezamos a hacer labores: pañitos, guantes, muñecos, pelotas, no importa qué, para sacarlas a la calle y venderlas; sobre todo eso, pañitos o centros de mesa, como se les quiera llamar, bastante bonitos, unos de ganchillo y otros de media. Con lo poco que íbamos ganando cubríamos los gastitos de comprar la pasta de dientes, el jabón, la lejía para lavar, lo más necesario; las cartas, los sellos, y también para cubrir ese mismo gasto para las pobres viejas que no podían trabajar porque no tenían ya vista para hacerlo ni tacto en las manos. Había muchas, muchas, que estaban entre los sesenta y los ochenta.

En la cárcel de Durango no solamente había expediciones de mujeres políticas, sino también de comunes. Unas eran ladronas de categoría, al mismo tiempo que prostitutas, y otras estaban por asesinato. Junto a nosotras había una chiquita, no tendría más de dieciocho años, que estaba por haber matado a la hermana del novio porque esta se oponía a sus relaciones; contaba cómo la había asesinado con una navaja como si contara un cuento de la Blancanieves. Otras habían matado por venganza o por celos; pero las peores para nosotras eran las mujeres de la vida. Daba asco vivir junto a ellas, porque además, al faltarles la calle, la diversión, eran tan inmorales que

incluso había invertidas, llegaban a un descaro que nos vimos obligadas a denunciar algunos casos en la oficina, pero no nos servía de nada en aquellos años, el primer año, el 39 ó 40. Las oficiales, monjas y funcionarios no eran mejores que ellas.

Queriéndonos hacer eco el director de las reclamaciones que hacíamos y de las protestas, formó una sala que solo ocupaban las menores. Por cierto que como en la comuna en que yo hacía de madre, aunque ya no era menor, las chicas se negaron a bajar si yo no iba con ellas, también me llevaron. Eso no sirvió de nada, porque entre las comunes algunas también tenían diecisiete, dieciocho, diecinueve años, y allí hasta pasados los veintiuno te consideraban menor, así que el arreglo no sirvió para nada. Para más de dos mil mujeres nos daban tres horas de agua al día, por la mañana; durante el día no nos daban ni una gota, así que nos teníamos que dar mucha prisa para poder asearnos un poco, lavarnos y recoger toda el agua que pudiéramos para el resto del día y de la noche, y sobre todo para los váteres. Había una funcionaria que parecía un tapón, que siempre me hacía gracia cuando le tocaba guardia, pues subía por la mañana, daba una palmada y decía:

—Venga, niñas, deprisa, lavaos la cara de arriba y de abajo, que después se os cortará el agua y diréis que no tenéis para lavaros y eso huele que apesta.

Entonces se armaba un alboroto tremendo y todas gritaban:

—Pues que no la quiten, así no olerá mal, que nos den el agua todo el día. ¿Es que no tenemos derecho a agua?

Al final se tenía que marchar porque su voz no se oía entre tanto alboroto. Los niños pequeños que quedaron con sus madres, lo pobres lo pasaban mal; solo tenían el rancho igual que cada recluso, sin más leche, ni nada más; al poco tiempo se murieron dos; entonces también protestamos y habilitaron una sala para bajar a las madres con los niños. No lo hicieron para mejorar a los pequeños; lo hicieron para que no se viera que continuaban igual, aunque creo que después también porque el pueblo se preocupó al enterarse de que habían muerto dos pequeños y que otros estaban bastante mal; pasaban algunos cántaros de leche y los repartían entre las madres; eso no se tuvo que agradecer a la dirección de la prisión, sino al gesto hermoso y humano del pueblo de Durango.

A pesar de todo, las jóvenes no perdíamos nuestro humor; siempre estábamos alegres, siempre estábamos cantando y organizando alguna broma para que las mayores, y a veces no mayores, estuviesen distraídas, no pensarán en sus casas, en sus hijos, en los maridos, que a veces los tenían muchos días penados a muerte, y hacíamos diabluras para distraerlas. Una de ellas, lo recuerdo bien, era que casi cada noche hacíamos un proceso; juzgábamos a Franco. La que tenía que representarle tenía que ser por suerte porque nadie quería serlo, así que había que sortearla; entonces se le sentaba en el banquillo, que era un petate, y se formaba un tribunal popular; además la sala tenía derecho a hablar y opinar, y se armaba un cisco de mil diablos; nadie puede llegar a imaginar lo que las reclusas eran capaces de pensar para martirizarle, para hacerle morir poco a poco, para hacer... qué sé yo, eso era tremendo. No sé si alguien dio el chivatazo o alguna vez subiendo las escaleras algún oficial oyó, el caso es que nos abrieron la puerta; pero como siempre teníamos una montando guardia, se les oía las llaves, avisaron, y como estábamos siempre sentadas en nuestro petate, tan pronto como abrían la puerta nos echábamos en los petates. Cuando entraron cada una estaba echada en su sitio; no se conformaron con que todas estábamos echadas,

nos hicieron un registro tremendo porque pensaban que teníamos una emisora, que alguien estaba transmitiendo; no sé qué jaleo se armaron, el caso es que nos hicieron un buen registro y además nos castigaron: una semana sin cartas y sin patio; pero nosotras lo pasábamos en grande, cada noche lo hacíamos.

La sala que habilitaron para las menores no tenía váter, ni agua; debía ser anteriormente escuela, pues era una sala de niñas y en el pasillo había un váter y unos lavabos. Como nos tenían cerradas, por la noche no podíamos salir y teníamos que llamar para que nos abrieran y hacer nuestras necesidades. En la mayor parte de las ocasiones nuestras llamadas eran para oídos sordos, así que tuvimos que tomar una determinación: coger cubos o latas, lo que fuera, para cuando ya no podíamos más, hacerlo como fuese. Aquello, además de antihigiénico era también molesto. Entonces nos enteramos de que debajo de nuestra sala estaba la vivienda del director, y metíamos toda la bulla que podíamos, hacíamos todo el ruido posible para ver si se hartaba de nosotras y nos sacaba de allí; con los cinturones nos subimos las faldas y nos las pusimos muy cortitas, que casi se nos veían las braguitas, y con lacitos en la cabeza todas en corro jugamos a la rueda de la patata; las patadas que dábamos al jugar eran tremendas. De pronto se abrió la puerta y era el director; puso una cara que no sabía si reír o reñirnos; lo único que vimos es que según abrió la puerta, la volvió a cerrar y se marchó. Después nos enteramos de que se le había caído la lámpara del comedor, pero no nos dijo nada ni nos castigaron. Lo que conseguimos es que no volviera a cerrar nunca más la puerta de nuestra habitación y que pudiéramos salir al váter cuando fuera necesario. El director aquel debió pensar, no que estábamos locas, no, por ponernos como estábamos vestidas de niñas, sino que de alguna forma teníamos que hacerle la puñeta; y se la hicimos, porque lo que no habíamos conseguido con reclamaciones a la dirección lo conseguimos así.

El 14 de abril lo celebramos en aquella cárcel con charlas de lo que significaba ese día y lo que era la República para España y cómo la habían traicionado; esto lo hacían las amigas que estaban preparadas políticamente a las que no lo estábamos, en varios corros y de varias formas, y así pasamos el día celebrando el 14 de abril. Queríamos el primero de mayo hacer algo, pero no nos pusimos de acuerdo; entonces las más jóvenes sí que lo hicimos. Una muchacha hizo una canción muy simpática, muy alegre, y además con una música como si fuese una marcha; seríamos entre las cincuenta y las sesenta; salimos al patio y una que llevaba una escoba vieja y un jersey rojo desfilaba delante; el resto íbamos detrás cantando aquella marcha. Se armó un cisco terrible porque cantábamos a voz en grito.

La canción es esta, que nos costó el castigo de un mes sin comunicación, carta y paquete:

Cuando tocan las campanas
por la mañana temprano,
con desdén me desperezo
porque me acuesto soñando
y soñando me levanto,
cuando río y cuando canto.

Lloro sin saber por qué;
es que me están esperando
corazones que me quieren
y por mí están llorando.

Soy reclusa, soy reclusa
y no tengo, y no tengo más pesar
que perdí mi libertad.
No deseo las riquezas
ni añoro comodidades
que disminuyan mi mal.
Solo quiero con locura
en otro primer de mayo
vivir en mi casa en paz.

Cuando oyeron que se nombraba el primero de mayo, salieron furiosos los oficiales, el director, las monjas, las funcionarias, todo el mundo dando gritos, y enseguida nos hicieron subir a las salas; nos subieron pegándonos patadas y empujones y algunos puñetazos, y uno de los oficiales con una porra; afortunadamente a mí no me tocó ninguno. Una cosa que me hizo mucho reír, eso sí, y por poco me la cargo, es que a uno de los oficiales sacudiendo patadas se le cayó el zapato, lo cogió una reclusa y se lo pasó a otra y lo tiraron al patio; este se cabreó mucho y yo me reí, y estuve a punto de caer en sus manos; pero en fin, como soy tan sabandija y tan pequeña, me escurrí entre las demás y no me encontró ni supo quién había sido; estaba demasiado enfadado e irritado para fijarse en la cara de la que se estaba riendo casi, casi, en sus propias narices. El caso es que nosotras celebramos nuestro primero de mayo y además en todo el pueblo de Durango se enteraron y después lo comentaban. Las mujeres que habían sacado a los niños, cuando venían a ver a las madres con ellos, en las comunicaciones, les decían los comentarios que había por el pueblo y entre ellos estaba el de que las presas habían celebrado el primero de mayo.

Esta cárcel habilitada era un colegio de monjas francesas; habían pleitado con el Estado para que les devolvieran su convento y al fin lo ganaron. Entonces nos sacaron de aquella cárcel para varias, porque éramos más de dos mil; nos repartieron en distintas cárceles. A mí me tocó ir a Santander con Daniela y Consuelo Verguizas; otras fueron para Amorebieta y Saturrarán. La salida a la estación fue emocionante, parecía que todo el pueblo se había puesto de acuerdo para estar ahí; todo el mundo nos quería dar paquetes, todo el mundo nos quería despedir; claro no se acercaban porque los guardias no les dejaban, pero los paquetes sí que nos los entregaban. Nosotras sacamos un cantar y lo cantamos en la estación en el momento de partir el tren y veíamos cómo algunas de aquellas mujeres de Durango lloraban. La música es muy conocida por toda España y la letra la habíamos sacado nosotras. Era así: "Salud Durango, Durango de mí querer, mi querer; salud Durango, libre te volveré a ver. No me marchó por el pueblo, que las gentes buenas son, buenas son; me marchó porque me llevan trasladada de prisión".

Esta también se cantaba en la cárcel de Durango:

En una celda de seres vivos
sufren condena por ideal
y al pobre preso le dan mal trato
por el motivo de ser social.

Vuelan por encima de la cárcel
bandadas de pajarillos con radiante libertad,
sueña en su celda el pobre preso
y a su amada manda un beso,
con cariño y con amor.

En un convento que hay en Durango
habilitado para penal,
muchas mujeres hay encerradas,
pero mantienen bien la moral.

Vuelan por encima del convento
bandadas de pajarillos con radiante libertad,
piensan las presas en sus familias
y un abrazo les envían
ansiando la libertad.

LA MENOR

Antes de despedirnos definitivamente de Durango no está de más conocer los testimonios de compañeras mías que conocí en esa cárcel y que su contenido es rico y merece la pena saber, no todo lo que han pasado, sino una pequeña parte.

Carmen: la encuentro en Ex Presos de Madrid unos meses después de haber tenido un trágico accidente donde pierde a su compañero y ella está aún en recuperación. Siempre fue muy mona y, pese a los años que ha pasado, su carita ha cambiado muy poco. La recuerdo de Durango, cuando llegó la expedición de Madrid y entre las que venían había un ramillete de chiquillas. Era la mayor, con veintidós años, pero parecía una niña. Hoy, con los sufrimientos pasados, por su moral, por su carácter, sigue siendo joven. Ella nos habla.

Me llamo Carmen Machado y soy de Madrid. Fui detenida al terminar la guerra y después de pasar por dos centros de detención fui trasladada a la prisión de Ventas. Una vez allí tuve la alegría —y digo alegría porque por lo menos las vi con vida, las encontré bien— de reunirme con varias amigas con las que nos unía, entre otras cosas, el ser militantes de las JSU. Estas tres amigas, de las que daré únicamente las iniciales de sus nombres, pues no he podido hablar con ellas para saber si estaban de acuerdo en que se dieran sus nombres completos, son C. P. M., M. V. y C. M. S. Estas tres amigas se encontraban en la prisión de Ventas desde los nefastos días de la Junta de Casado. Ellas fueron detenidas por miembros de la Junta Casadista e ingresadas en la prisión de Ventas, y allí quedaron cuando entraron los fascistas, las tropas franquistas. Entonces estas amigas no tenían un expediente, en la cárcel las había dejado la Junta; sin denuncia, sin haber pasado por comisaría, las habían entregado a los franquistas.

Con estas amigas constituí una comuna donde nos repartíamos lo poco que teníamos. Por aquellas fechas entró en la prisión otra muchacha también de las JSU muy conocida de una de estas chicas porque era de su misma barriada. Como no tenía nada en absoluto, su familia o no estaba en Madrid o estaban todos detenidos, no lo recuerdo, la acogimos con nosotras. Un día esta chica, de quien no voy a dar el nombre porque fue fusilada, desgraciadamente, fue llamada a diligencias. Voy a explicar un poquito lo de las diligencias, aunque se conozcan bastante. A las que hemos pasado por la prisión de Ventas, este grito de: “¡Fulana de tal!, que se prepare para salir a diligencias”, nos hacía poner la carne de gallina, porque no sabíamos si estas amigas que salían iban a volver. Y en el caso de volver, nunca volvían como se iban. Entonces esta chica, que vivía con nosotras, salió a diligencias. Nosotras nos quedamos con la pena enorme de pensar qué iba a ser de ella, pero no nos pudimos imaginar que íbamos a estar involucradas posteriormente en algo relacionado con esta muchacha.

Pasaron unos días y, una tarde, cuando nos disponíamos a cenar, se oyó en la cuarta galería el grito de “¡Silencio! Que se preparen para diligencias las que voy a

nombrar". Y entre las que nombraron estábamos nosotras cuatro. Aquello extrañó muchísimo en la prisión, porque éramos cuatro chicas muy jóvenes de las JSU y porque no teníamos nada en común en cuanto a expedientes. Salimos y cuando llegamos a las oficinas allí nos esperaba la policía. Nos metieron en un coche, y como era la víspera del desfile, se nos pasó por la Castellana para que viéramos, según ellos, lo último que íbamos a ver, o sea, los preparativos de la tribuna del caudillo. Y entonces nos metieron en un sitio que no supimos qué era hasta pasados unos días. Después supimos que este nefasto y horrible sitio era la Jefatura de Policía Urbana situada en la calle de Jorge Juan número 5. Al frente de esta Jefatura se encontraba Aureliano Fontela.

Me alegro mucho de recordar este nombre porque, desgraciadamente, han pasado muchos años. Hemos pasado muchas vicisitudes y esto nos ha llevado, por lo menos a mí, a una pérdida tremenda de memoria; he perdido, desgraciadamente, muchos recuerdos. Y lo siento mucho. Este Aureliano Fontela era un alcohólico; y esto no lo digo ahora para echar tintas negras sobre el asunto, porque a mí me gusta ceñirme a los hechos reales y no me gustan las fantasías en ningún sentido. Este individuo era un hombre que iba de paisano y que se tocaba con una capa azulina con vueltas rojas. Con esto creo que queda claro el tipo de persona que era. A esas manos fuimos a parar. Cuando llegamos esa noche a la Jefatura de Policía, a Jorge Juan, 5, nos fueron sacando una a una a declarar ante el llamado *tribunal número ocho*, allí constituido, el que llevaba todos los asuntos de masonería y comunismo. Nos extrañaba horrores todo lo que nos preguntaban; ninguna de nosotras sabíamos de qué iba, porque hasta ignorábamos que aquellos días se había detenido en Madrid a una cantidad enorme de muchachos y a bastantes muchachas, todos ellos de las JSU, a los que se acusaba de que trataban de asesinar al caudillo el día del desfile, cuando en realidad lo único que había era que empezaban a establecerse contactos a nivel personal, para agruparse y ver de reconstituir las JSU. Todo eso no lo supimos hasta después.

Una vez que nos tomaron declaración a todas, en la que todas coincidimos en decir que no sabíamos nada de nada —y era cierto, no estábamos haciendo un papel de heroínas, sino que no sabíamos nada de lo que se nos preguntaba—, se nos volvió a meter en una habitación interior, donde toda la ventilación era una puerta que se cerraba; y allí quedábamos completamente aisladas. Con posterioridad nos metieron en esta habitación a Mari Carmen Vives. Ella fue la responsable de una cantidad enorme de caídas en Madrid. Esta chica, al llegar a la prisión de Ventas, fue muy bien acogida por algunas funcionarias teresianas, y posteriormente se perdió su pista; se dijo que había ingresado en un convento. Bien, fueron pasando los días. Nos sacaron a menudo a prestar declaración y nosotras seguíamos diciendo la verdad, que no sabíamos nada en absoluto. A todo esto, nuestras familias... Cuando llegaron al día siguiente a Ventas —yo hablo concretamente de la mía—, todo lo que les dijeron es que no podían ni dejar paquetes ni comunicar con su hija porque la habían sacado la noche anterior; no les dijeron ni dónde, ni en qué condiciones, ni cómo. Entonces el peregrinar fue horrible, porque nuestras familias se dedicaron a recorrer todos los sitios donde sabían que había detenciones hasta que lograron dar con nosotras. Yo he oído decir a mi madre que cuando supo dónde estábamos y se enteró de las características de aquel centro de detención, se horrorizó de tal forma que se paseaba por los alrededores noche y día para ver si nos sacaban y cómo nos sacaban. Porque aquel

sitio tenía fama de que chica joven que entraba salía violada. Y nosotras éramos chicas que estábamos entre los dieciocho y los veintiún años recién cumplidos, como era mi caso.

Pasados unos días en aquel sitio, que era horroroso, que además era un piso y todas las torturas que se hacían a los detenidos eran oídas por los demás, un día llegó este “buen señor”, por decirlo de alguna manera: Aureliano Fontela. Nos mandó salir y nos puso a las cuatro en un pasillo y a Mari Carmen Vives, la chivata, y dio orden de que se nos cortara el pelo porque, según palabras textuales suyas, “estaba asqueado de tanta valentía en las mujeres”. Aquello fue una estupidez, porque él sabía sobradamente que no era valentía, sino que no sabíamos nada, pero tuvo que hacerlo porque era lo que se acostumbraba a hacer. De nosotras cuatro, a tres de las que fuimos de la cárcel nos cortaron el pelo, más a Mari Carmen Vives; la otra compañera quedó excluida porque dio la casualidad de que Fontela había estado en la cárcel con un tío de esa chiquilla; y como una gracia particular dijo que a ella no se le cortara el pelo.

A la mañana siguiente llegaron los policías armados de tijera y máquina. Preguntaron quién quería ser la primera, y yo me adelanté con un dolor espantoso y me senté. Y digo dolor porque entonces llevaba yo mi pelito con una permanente que había conseguido hacerme antes de acabar la guerra. Me cortaron el pelo a tijera, con unos trasquilones hermosísimos, pero salí mejor parada que las otras tres: se metieron a cortárselo con maquinillas, y entre que no sabían manejarla y que los dientes estaban rotos, los tirones y pellizcos que les dieron fueron espantosos. Cuando acabaron de cortarnos el pelo, recuerdo como anécdota que nos sentamos en el suelo; no teníamos más que una manta para sentarnos, y nos dio por reír viéndonos tan raras. Eso sí que lo recuerdo perfectamente, que nos dio por reír. Esto había sido por la mañana; por la noche de aquel día ya nos habíamos echado, en el suelo, con una manta debajo y otra con la que nos habíamos tapado hasta el cuello, y en ese momento dieron una patada a la puerta, que era la forma en que habitualmente Aureliano Fontela se presentaba en nuestro departamento. Dio la luz y cuando vio aquellos cuatro melones —nuestras cabezas parecían melones mondos y lirondos— salió dando voces por el pasillo gritando: “¿Quién ha pelado a estas?”.

Y resultaba que la orden la había dado él, pero como normalmente estaba borracho nunca estaba seguro de lo que había hecho el día anterior ni sabía quién lo había hecho.

Permanecimos en Jorge Juan, 5, durante veinte días, salimos de allí solamente con un corte de pelo, porque tuvimos la suerte de que por aquellos días hubiera una especie de inspección de altos jefes militares en aquel centro de detención; al preguntarnos qué hacíamos allí, nosotras les contestamos que no sabíamos por qué se nos había llevado, y entonces, ellos, comprendiendo la realidad de nuestra situación, puesto que no debió ser una cosa casual sino que debieron excederse en aquel centro y aquello era el motivo de la inspección, se nos devolvió nuevamente a la cárcel. Durante el tiempo que estuvimos allí, tengo que decir que fue espeluznante, porque las palizas que se daban eran espantosas; hubo un caso concretamente de un dirigente de la Juventud del barrio de Cuatro Caminos; a este hombre se le martirizó de tal forma que le llegaron a poner en el hueco de la escalera una cama; durante el día le llevaban un médico para que lo cuidara y por la noche volvían a sacarlo para seguir martirizándolo. Este hombre fue posteriormente fusilado.

De la catadura moral de Aureliano Fontela da un poco la medida lo que a mí me ocurrió. Un día se presentó en nuestra habitación diciendo que si queríamos comunicar con la familia; llevábamos allí bastantes días, éramos muy jóvenes y la realidad es que la añorábamos. Le dijimos que sí. Se les avisó por teléfono y dio la casualidad de que mi madre no se encontraba en casa porque estaba en Alcalá viendo a mi hermano, que también estaba preso. Pero no quise que viniera mi hermana, porque era una chiquilla muy joven y a mí me daba verdadero miedo que entrara allí. Al acabar de hablar por teléfono pedí hablar con este señor y le dije lo que había pasado; que mi familia no estaba y que les había dicho que cuando vinieran al día siguiente preguntaran si podían comunicar. Y ocurrió una cosa muy extraña: se me quedó mirando muy fijamente y me dijo: “Esto, Carmen, ¿cómo me lo vas a agradecer?”. Yo ya le dije: “Pues mire, no sé, quizá recordándoselo o...”.

La verdad es que estaba cortadísima. Y entonces, sin más ni más, me cogió y me besó. Mi reacción fue la de echarme a llorar, amargamente, con una sensación de asco, de impotencia. Y él, muy fríamente, me dijo: “Oye, no te pongas tonta, ¿eh?, ni ñoña, porque si a mí me da la gana, cuando yo quiera te saco a mi casa por la noche, y luego te devuelvo o no te devuelvo, así que no te pongas tonta”.

Ese es un detalle más de la catadura de este hombre. Y luego, ya en plan de anécdota que ha hecho reír mucho en Ventas y que me han hecho contar muchas veces: otro día nos sacaron a declarar a las cuatro que habíamos ido de Ventas; las cuatro teníamos un aspecto de lo más infantil, porque íbamos con el pelo al cero, vestidas como habíamos ido durante la guerra, con el trajecito de chaqueta, zapato bajo, calcetines; total, que parecíamos unas niñas, más jóvenes de la edad que teníamos. En la habitación donde nos metieron para esperar había dos policías; uno de ellos se había echado en un sofá y tenía la pistola en el costado al aire. Nosotras, muy acobardadas, estábamos las cuatro en un rinconcito, esperando a ver qué iba a pasar. Y en esto entró Fontela, le pegó una patada al que estaba durmiendo y le dijo literalmente: “¡Cabrón! Te has dormido delante de estas cuatro *tías* que lo mismo te quitan la pistola que te dejan en calzoncillos”.

Eso se ha contado muchas veces en Ventas, porque la gente cuando contábamos aquello y veían la pinta que teníamos las cuatro *tías*, no podían por menos que reírse.

Voy a contar ahora lo que yo viví muy directamente sobre las chicas llamadas *las menores*. Yo me encontraba en el departamento de menores no porque fuera menor, sino porque fue un auténtica encerrona. No sé por qué, hubo una funcionaria que se empeñó en que yo podía tener ascendiente fuera de aquel departamento entre la gente, y no era cierto, pero me llevaron con la disculpa de la edad; yo tenía veintiún años, y no era menor, pero me metieron en el departamento de Menores. Allí se gozaba de unas mejoras en un sentido, pero de una estrecha rigidez en otro. Estábamos mucho más amplias que el resto de la prisión, y podíamos estudiar; inconvenientes, tremendos, como que no podíamos salir de aquel departamento si no íbamos acompañadas por la mandanta. Lo que quería decir que se nos coartaba totalmente y que nuestra libertad era mucho más constreñida que la del resto de mujeres de la prisión, ya que no teníamos ni siquiera la libertad de relacionarnos con quien quisiéramos. En este departamento estaban tres de las chicas que formaron parte del expediente de unos sesenta y tantos que fueron fusilados el día cinco de agosto de madrugada. Yo dormía con Anita López a la derecha y a mi izquierda dos

compañeras que ahora mismo no recuerdo sus nombres; lo siento. Ellas fueron a juicio el día tres; cuando vinieron por la noche, era muy tarde, vinieron con pena de muerte, y entonces se vio rápidamente que aquel asunto era muy serio y, además, muy rápido por la forma en que se las había juzgado: sumario de urgencia... Como mi letra era clara, la noche del cuatro estuvimos haciendo instancias, porque todavía el Gobierno de Franco estaba en Burgos y aquella mañana del cinco tenían que venir muy temprano familiares de estas chicas para ir a llevarlas rápidamente, solicitando el indulto.

Como yo estaba junto a Anita, y la realidad es que estábamos muy preocupadas —las otras dos niñas se durmieron pronto a pesar de todo, quizás rendidas por tanta emoción—, nos pusimos a hablar en tono festivo porque, casualmente, su novio y el mío se llamaban Agudo de apellido y los dos estaban en Albaterra por entonces. Y yo, para animarla y demás —mi carácter ha sido siempre bastante alegre y abierto—, recuerdo que, entre otras cosas, le decía: “Mira, Anita, esto va a durar muy poco; nos vamos a ir muy pronto a la calle, y tú y yo no esperamos nada: en un patinete de esos que van con cuatro ruedas y se va dando a un manillar, a Albaterra derechitas a por nuestros Agudos”.

Con nuestra charla ya habían dado las doce y nos pusimos a dormir, cuando sentimos que llamaban en la parte de abajo de nuestro departamento. Nuestra mandanta, que se llamaba Pilar y era una buena persona, bajó a abrir la puerta y se presentó allí con María Teresa Igual, la teresiana que sacó a estas chicas, y otra persona, con una lista en la mano. Y recuerdo que a esta mandanta, a Pilar, la oí decir: “Por Dios, señorita María Teresa, esto es horroroso, esto es un crimen”.

Entonces Anita se dio cuenta rápidamente de que venían a por ellas, se puso en pie y dijo: “No, no llame a las otras, ya las llamo yo”.

Y ella misma despertó a las otras. De estas dos compañeras, a una de ellas hacía muy pocos días que le habían fusilado a un hermano, y recuerdo que lo único que dijo fue: “¡Pobrecilla, mi madre!”.

Las sacaron para meterlas en capilla y recuerdo que fue espantoso, porque en el departamento de menores había chiquitas de catorce y dieciséis años; lógicamente era la primera vez que se enfrentaban con un fusilamiento, ya que en Ventas había miles y miles de mujeres, y como no había departamento de penadas, que se hizo después de esto, pues las penadas estaban desperdigadas por toda la prisión; pero en el departamento de menores no se había sacado a nadie hasta entonces. Y aquello fue tremendo, porque empezó a haber ataques de nervios y hubo que tratar de solucionarlo de la forma más expeditiva, pues a veces estas cosas de tipo histérico se contagian mucho.

Fuimos asimilando lo que había pasado con un dolor inmenso y una rabia terrible, pero lo peor fue que, cuando ya en el departamento de menores las cosas estaban un poco calmadas, se presentó por la mañana María Teresa, la teresiana que las sacó, y estuvo relatando cómo habían caído. Aquello fue de un sadismo... Porque contó que, entre otras cosas, Anita López había quedado tan guapa que el oficial que mandaba el piquete no creyó que estaba muerta cuando se acercó a darle el tiro de gracia, y que Blanquita, otra que iba en el expediente, había quedado con vida y había creído, por lo visto, que se le iba a respetar.

—Pero no: en aquel momento se acercó el oficial y le dio los tiros de gracia.

Aquello fue espantoso, porque si fue terrible perder a aquellas compañeras, verlas salir por la noche, tener que soportarlo con aquella impotencia, al ver la sangre fría de aquella mujer relatando cómo habían caído estas niñas —prácticamente lo eran todas ellas—. Entre las cosas que dijo María Teresa Igual, una fue que las chicas iban muy ilusionadas, porque pensaban que iban a verse con los hombres antes de ser ejecutadas; entre ellas iban algunas, como Virtudes, que tenía en su mismo expediente a su novio, Olleros. Pero, según esta funcionaria, se encontraron con que los chicos habían sido ya fusilados.

Cuento esto para demostrar en qué manos estábamos: no eran normales; entre las funcionarias de aquella época había muchas homosexuales. Eran todas ellas falan-gistas, no eran funcionarias de carrera. Estaban allí, me imagino, por los méritos que habían hecho ante los franquistas y por las *condiciones* que reunían para estar frente a nosotras y ejercer una tortura moral tremenda. Fui juzgada en el mes de diciembre; se me pidieron treinta años y posteriormente quedaron en doce. Cuando nos juzgaban y ya la sentencia era en firme, solía sacársenos a lo que se llamaba *penales* a extinguir condena; estos penales eran casi siempre escuelas habilitadas. Un día que comunicaba con mi madre, me dijo que mi testimonio de condena podía ser retenido para evitar que me sacaran a penales si yo lo quería hacer. Le dije que, por favor, si lo podían mandar al día siguiente que lo mandaran, que quería marcharme de allí, porque el problema de la cárcel de Ventas era asfixiante. Era el de no saber nunca cuándo ibas a perder a una amiga porque la fusilaban, porque la sacaban a diligencias y no volvía...

Salí en el mes de mayo en unión de muchas mujeres más, hacia el penal de Durango. Nos notificaron que salíamos de traslado una mañana y nos concentraron en la iglesia; allí pasamos todo ese día y la noche, y no salimos de la prisión hasta el día siguiente por la mañana; eso quiere decir que nos tuvieron veinticuatro horas sentadas en duros bancos de madera. Se nos trasladó en camiones descubiertos a la estación, y allí fuimos metidas en vagones de los que se utilizan para transportar ganado.

La prisión de Durango era un colegio habilitado como penal; allí convergíamos mujeres de toda la geografía española, mujeres de Toledo a las que he oído contar verdaderas atrocidades hechas en sus pueblos. El día que de verdad se conozca la historia de la represión en estos pueblecitos toledanos, extremeños, de toda España, habrá quien piense que no es posible haber pasado tanto y que seres humanos, por llamarlos de alguna forma, hayan sido capaces de llevar su sadismo y su odio a extremos tan tremendos. Ahí estábamos, hacinadas, aquellos célebres cincuenta centímetros que estaban marcados en la pared con un lapicero y que motivaban unas espantosas escandaleras por la noche, cuando empezábamos a hacer las camas. Resulta que la del extremo siempre se encontraba con que le faltaban cinco o siete centímetros, y aquí venía el escándalo. Intentar salir por las noches al váter era una verdadera epopeya, porque las camas se hacían de cada pared hacia el centro, y se encajaban uno o dos petates más, según el sitio que quedara; eso quiere decir que para salir tenías que ir sorteando y pisando donde podías; en la mayoría de los casos, donde podías era un sitio donde hacías daño y alguien se quejaba. El agua era muy escasa. Yo recuerdo que en el piso donde nosotras nos encontrábamos, no puedo precisar ahora

el número de mujeres, no había más que un retrete. En aquel mismo piso se encontraba lo que pomposamente llamaban *departamento de madres*; era otra sala como la nuestra donde quizá estaban menos estrechas, y allí estaban las mujeres que habían tenido que salir de sus lugares de origen llevándose a sus hijos todavía pequeños, si no se los habían llevado a algún centro de esos que llamaban de asistencia social, a los que yo llamaría *de desasistencia* por la forma en que eran tratados los niños, principalmente los hijos de los presos.

La tragedia de estas madres ha sido horrible; estos niños no tenían allí una ración especial, tenían que comer de lo mismo que sus madres. Esto quiere decir que comían muy poco, porque la mayoría de las que estábamos allí no éramos vascas; por lo tanto, tenían las familias que mandarnos los paquetes desde muy lejos y no podían llegar con frecuencia. A muchas ni siquiera les podían mandar nada, les habían arrastrado las casas y habían desaparecido todos sus familiares y, además, las agencias que nos mandaban los paquetes nos boicoteaban completamente. Aquello era un auténtico sabotaje. En lugar de trasladar los paquetes inmediatamente a la prisión, eran dejados en un almacén de la Renfe o en el almacén de la compañía particular que llevaba los paquetes, y daba tiempo en unos casos a que los ratones los trasladasen de lado a lado, y en otros a que se pudrieran; en otros casos, si era, por ejemplo, un cajón de alguien más afortunado, llegaba lleno de piedras, como nos pasó a nosotras con ocasión de un paquete que mandaban a una compañera que tenía familiares en León. Cuando, muy de tarde en tarde, anunciaban un paquete de León, nos poníamos a bailar como locas, porque el paquete de León consistía en unas hogazas grandes, y una de ellas, por lo menos, siempre iba rellena con cosas de matanza. Nos anunciaron uno de estos paquetes, pagamos el porte para que nos lo trajeran, y cuando llegó subimos como locas con el cajón y al abrirlo nos quedamos de piedra, de piedra porque lo que venía dentro era exactamente eso: unos pedruscos enormes. Esa era la situación en la que nos encontrábamos en cuanto a lo que se recibía de fuera en la prisión.

Volviendo a los niños, se declaró una epidemia de encefalitis letárgica: los mismos niños que el día anterior habíamos visto jugando con la inconsciencia de sus pocos años —ellos no se daban cuenta de la situación tan angustiosa, porque eran muy pequeños—, aquellos niños empezaban a adormilarse y la mayoría de ellos no despertaban. Recuerdo particularmente a un chiquito, que era de la provincia de Toledo, y que era un chaval saludísimo; lo llevaba su madre con unos de esos pantaloncitos que van abiertos y enseñaba el trocito de camisa por delante y por detrás, tenía un aspecto simpatiquísimo de pilluelo. Este niño fue uno de los que murieron por esta crisis de encefalitis letárgica. Parece que lo estoy viendo cuando lo velábamos, tirado en una manta, hasta que al día siguiente vinieron a llevárselo. Ni siquiera les entraban las cajas a los cadáveres para velarlos en ella. Los niños estaban sobre una manta en el suelo.

En el aspecto de limpieza puedo decir que sí, se nos hacía limpiar mucho, a diario, aunque estábamos muy débiles porque no comíamos. Pero el suelo, que era de madera, teníamos que fregarlo con unos cepillos de cerda durísima que nos hacían sudar. En este aspecto era donde únicamente había limpieza porque, en cuanto a podernos lavar y demás, el agua era muy escasa y había muy poco sitio donde poder

hacerlo. Tratábamos de tener la mayor limpieza posible para evitar epidemias, que ya en Ventas habían sido un terrible azote, como eran los piojos y la sarna. Y un poco se logró erradicar, porque, en fin, no era tan grande como Ventas. Pero hubo otro tremendo azote, que fue el de la avitaminosis: la falta de alimentación y poca variedad de la misma. Por ejemplo, en Durango, la alimentación era casi siempre arroz; era tal el hambre que teníamos que nos hicimos con unas pequeñas latas de conservas, de esas de escabeche o sardinas, porque como el rancho era, como digo, arroz simplemente cocido, se apelmazaba al no tener grasa y, entonces, el día que te caía un pegote de esos que no habían podido ni abrirlo de cómo estaba de apelmazado, eras feliz porque aquel día la ración era mayor. De la igualdad de esta alimentación el que empezaron a salir en las piernas unas enormes llagas que se llenaban de un líquido acuoso. Esto no recuerdo si fue en Durango o en la prisión llamada *Chalet Orúe*, en Bilbao, pero es igual, porque había una gran similitud en la forma de vida. Los médicos estuvieron haciendo un reconocimiento y tuvieron que habilitar una sala solamente para meter a estas mujeres, que eran infinidad; entre ellas recuerdo a una de las chicas que estaba con nosotras, Mari Blázquez, compañera muy querida de todas nosotras y que ha muerto hace unos años, desgraciadamente, de cáncer.

Allí, como es lógico, no nos salvábamos de cantar los himnos; comida no había, limpieza no había, pero los himnos había que cantarlos como mínimo dos veces al día. La prisión de Durango, que como he dicho era un colegio; tenía alrededor un trozo grande que debía haber sido el patio de recreo de los niños o niñas del colegio; al final, una especie de huerta por la que teníamos que evitar pasar aunque no había nada realmente comestible. Era costumbre que por las tardes se nos formara allí en el patio para cantar los himnos. Si podías evitarlo lo evitabas tratando de esconderte en alguna habitación; pero había un funcionario —da rabia no recordar el nombre; era alto, bien parecido— que cuando estaba de guardia cogía una rama espinosa y entraba por las habitaciones buscando a la gente que estaba enferma o simulaba estarlo, y con esta rama, sin decir nada, pinchaba las piernas a las reclusas para obligarlas a bajar. Estaba siempre muy vigilante cuando se trataba de cantar los himnos, y si pillaba a alguna mujer que simulaba cantar, o que no estaba cantando, dejaba a aquellas que había cogido in fraganti en el centro de aquel patio con el brazo en alto cantando los himnos durante todo el tiempo que duraba el recreo. Aquello era terrible, porque si sumamos a la humillación el estado de debilidad en que nos encontrábamos, aquellas mujeres cuando acababan estaban francamente agotadas, pero él no les permitía bajar el brazo; enseguida con su fatídica vara de espino a darles en las piernas.

Al desaparecer la prisión de Durango, fuimos trasladados a Bilbao capital, a la prisión llamada *Chalet Orúe*: en realidad eso era, un gran chalet que se habitó como prisión, donde estábamos completamente hacinadas.

Hay un caso muy curioso de hasta qué punto se sentía desprecio por nuestra salud, y es que muy pocos días antes de deshacerse el penal de Durango se nos puso la inyección antitífica y a los pocos días se nos trasladó a la prisión de Orúe. Imagino que en aquella prisión sabrían que se nos había inyectado la antitífica, y no obstante, conforme íbamos entrando, se nos volvía a poner; aquello motivó, como es lógico, fiebres altísimas en algunas compañeras. Francamente, estaban muy mal; nuestra situación en cuanto a salud era bastante deficiente.

El Chalet Orúe tenía alrededor un espacio libre, que debía ser en tiempo de Dios un jardín, adonde nos sacaban los días que no llovía, que eran muy pocos; y allí no tenías más recurso que dar vueltas alrededor de la casa, porque no se podía hacer otra cosa. La forma de vida era exactamente la misma que en Durango.

Quiero señalar una cosa, que a mí me ha hecho mucha mella y que me ha hecho también querer mucho al pueblo vasco. Allí he visto una solidaridad que yo, en Madrid, quizás por las circunstancias espantosas de la represión, no había visto. En la prisión de Bilbao entraron mujeres vascas que regresaron de Francia y que al no tener expediente les hacían un período de depuración que suponía tres meses en la cárcel. Estas mujeres salían a la calle pasados los tres meses, y se dio un caso muy curioso. Aquel año, por Nochebuena, me refiero al año 40, nosotras no habíamos recibido ninguno de los paquetes de la familia porque en Bilbao se producían los mismos casos que en Durango en cuanto a sabotaje de los paquetes, y estábamos prácticamente solo con la comida de la prisión; y de repente oímos: “¡Las menores a por paquete!”.

A nosotras nos llamaban *las menores* porque éramos un grupo de once o doce chicas que habíamos salido juntas de Madrid y parte de nosotras procedíamos del departamento de Menores; se nos conocía por *las chicas* o *las menores*. Excuso decirte que bajamos todas, y nos encontramos con una cesta, de las que se emplean normalmente para poner la ropa planchada, donde venía una cacerola grande con once rajas de bonito, una para cada una, once barras de pan, once manzanas y una olla grande de compota de frutas. Este paquete nos lo habían hecho algunas de las mujeres vascas, mujeres católicas, que habían salido del Chalet, y para hacer este paquete se habían ido al mercado y habían ido puesto por puesto pidiendo que les dieran algo, diciendo que era para unas chavalas de Madrid que se iban a morir de hambre. Esto nos emocionó muchísimo y todas nosotras sentimos mucho cariño por la preocupación de esta gente. Este hecho se repitió el día de la Virgen de Begoña; cuando yo salí en libertad, una de estas mujeres me hizo ir a su casa antes de regresar a la mía, para que pasara unos días con ellos a fin de reponerme un poco para evitarle a mi familia el disgusto de verme en la situación que salía. Me hubiera podido quedar mucho más tiempo, porque aquella familia era maravillosa. Una familia obrera que me cedió su mejor cama en la que, la primera noche, no pude dormir, porque era una cama con dos colchones de lana. Nosotras llevábamos ya mucho meses durmiendo en el suelo; y dándome, de lo poco que había, todo aquello que ellos comprendían que me podía hacer recuperar algo. Para irme a Madrid tuve que ir un día a la estación a canjear el billete que me habían dado en la prisión por un billete para otro día, porque aquella familia no quería dejarme ir hasta que no estuviera en mejores condiciones.

Mi primera libertad se produjo el 7 de noviembre de 1941; digo mi primera libertad porque año y medio después volví a caer y he sufrido a continuación dos consejos de guerra más; quiero dedicar un recuerdo muy entrañable a las que fueron mis compañeras en aquellas jornadas de Durango y de Bilbao; algunas de ellas ya no viven; concretamente Mari Blázquez, a la que ya he nombrado, y Antoñita Hernández, que era la más decidida de nuestro grupo a la hora de salir con el plato, después de no comer, a recoger de las vascas las peladuras de naranjas que ellas nos guardaban. Cuando Antoñita volvía con su plato lleno de mondas de naranjas, Emilia, nuestra madre de la comuna, hacía once montoncitos y nos sentábamos cada

una en su sitio a saborear aquellas mondaduras de naranjas. Recuerdo que una vez al mes se nos vendía en el economato media libra de chocolate por persona, y nosotras hemos llegado a hacer unos sándwiches extrañísimos: por ejemplo, el día que nos daban el chocolate, lo comíamos mezclado con cáscara de naranja, y llegamos a sugestionarnos de tal forma que yo cuando vine a casa les dije que lo probaran, porque aquello sabía a chocolate de almendras; mi familia lo hizo y por la cara que pusieron me di cuenta de que de almendras, nada.

Éramos once, y si alguna reunía dinero, comprábamos una latita pequeña de pescadilla en aceite. Se cogía una ración pequeñísima de pan y la parte de pescadilla que te tocaba, una parte ínfima, la onceava parte, y la untabas muy untadita en el pan, y a saborearla. Era tal el hambre que teníamos que caímos en la cosa extrañísima de escribir recetas de cocina. Después de la comida, allí, en aquella sala de sesenta o más mujeres, siempre había una que sabía una receta típica de su país, y yo en un cuaderno tengo concretamente *rosquillas segovianas*, *hojuelas andaluzas*, en fin...

Aunque estoy muy acatarrada, te he cantado algunas de las canciones de la cárcel y te mando también algo que he conservado de la prisión de Chalet Orúe que hizo una compañera (esto me lo mandó por correo):

Pasacalles en Ventas en el año 39

Cuando cruzo mi Madrid por la Cibeles
toda llena de alegría,
en el pecho un gran manojo de claveles
más rojos que la sangría.
Y las calles recorriendo muy airosa,
han de decirme los hombres:
"No se nota en tu carita, que es de rosa,
la cárcel ni sus dolores".

Mujeres de temple de acero
risa de cascabeles, ojos de lucero,
el sol de Madrid castizo,
no tiene brillo ni color.
Les faltan las presas de Ventas,
que encerradas cumplen su sentencia,
aroma de vivos colores,
España, jardín de amores.

Con el ansia que tenemos de alegría,
de cariño y de consuelo,
el mirar hacia la reja noche y día
no calma nuestros anhelos.
Y es que somos golondrinas de parleras,
el vuelo nos han cortado,
y forjando en nuestra mente una quimera,
los días vamos pasando.

Mujeres de temple de acero,
risas, de cascabeles, ojos del lucero.
El sol de Madrid, castizo,
no tiene brillo ni color.
Les faltan las presas de Ventas,
que encerradas cumplen su sentencia.
Aroma que envidian las flores,
España, jardín de amores.

La ventana

Ventanita querida
de mi celda sesenta,
por la que contemplaba yo
del campo su verdor.
Al abrirla en la noche,
brillar vi las estrellas,
y el ansia de la libertad
me alienta y da valor.

Pero al poco tiempo
mi ventana querida cerraron,
y de las bellas estrellas
y rostros queridos
a mí me alejaron.

Por eso en las horas
que a mi reja me pude asomar,
me sentí dichosa
tras los hierros
al verlos llegar.

Ventanita querida
de mi celda sesenta,
al mirarte cerrada hoy,
me llena de dolor.
Tan sólo la esperanza,
que mi sangre calienta,
de volver con los niños
me alienta y da valor.

Lunita

La luna vino a mi reja,
traía cara de pena,
alegra esa cara, lunita,

y dile a los que me esperan.
que cuando salga a la calle
seré más firme que era.

Ay, la, la, la,
ay, la, la, la,
ay, la, la, la,
ay, la, la.

La luna hoy no ha salido
porque tiene mucha pena.
Lunita, ve a mi casa
y dile a los que me esperan
que ni muros ni cadenas
a comunistas aterran.

Ay, la, la, la,
ay, la, la, la,
ay, la, la, la,
ay, la, la.

Amigo chimpancé

Bueno, amigo chimpancé,
dices que aburrido estás,
pues te voy a contar un cuento
que no has oído jamás.

No es el *El sueño de un burgués*,
ni una leyenda oriental,
ni una estampa de costumbres,
ni un romance medieval.

Es tan sólo hacerte historia,
transcribir la realidad...
de los que viven ahora
privados de libertad.
Pues verás: En una sala
de un tamaño regular,
mide seis metros de larga
y cinco de ancha en total...

Algo mejor ventilada,
limpia y clara nada más,
viven treinta y seis reclusas
en franca comunidad
y dándole a Dios gracias
si no entra alguna más.

Pero... ¡no te asombres tanto!,
lo que te digo es verdad.
De un escaso medio metro
disponemos cada cual,
y ese trozo de terrero
se tiene que habilitar
para comedor y alcoba,
cocina y sala de estar,
ocupado de utensilios
de pura necesidad.

En tal escaso terreno
allí tienes que instalar:
el armario de la ropa,
los cacharros de fregar,
el lecho en donde duermes,
el hornillo de guisar,
y si quieres distraerte
novelas para hojear.

Pero... en fin, se sobrelleva,
es cuestión de habilidad.
Más... ¡me pones cara rara!,
no trato de exagerar...
Yo quisiera convencerte
que lo que digo es verdad.

Pero escucha, que ahora viene
lo que más te asombrará,
la cuestión alimenticia
que es algo trascendental.

A las siete, al ser de día,
dan orden de levantar
y de recoger las camas,
o petates, que es igual.
Después, a formar la fila,
formalitas, sin hablar,
y a bajar por el almuerzo,
rico "Moka-vegetal",
un caldito casi negro,
medio tibio y sin colar,
sin azúcar casi siempre,
que se agarra al paladar.

Pero algunos días falta,
¡es triste de lamentar!,
aunque malo, nos servía
para el cuerpo calentar.

Mas, peor es la naranja
que nos dan en su lugar,
pequeñita y casi seca,
vieja y dura de pelar,
que nos deja frío el cuerpo
y el estómago aún más.

Pero, escúchame, amiguito,
que lo mejor ahora va:
la "paella valenciana",
que es digna de comentar:
un cazo de arroz partido
con gran gusto a pimentón,
algunas veces cocido,
las más de las veces no.
Unos días sabe a sebo,
otros, te huele a humedad,
pero puede asegurarte
que a carne... nunca sabrá.

Mas, el caso más curioso
que yo te debo citar
es el caso del reenganche
¡vaya batalla campal!,
allí gritos y atropellos,
dís gustos que lamentar,
en fin, chico... ¡la caraba!,
¡por ese plato infernal!

Y a la hora de la cena
se repite casi igual
el dicho menú y la escena
que te acabo de contar.
Bueno, y el menú citado
lo tienes que acompañar
del rico pan de moyuelo,
de un sabor tan especial
y es la ración tan pequeña
que, para que aumente más,
¡hay que mirarla con lupa!,
pero se te queda igual.

Es que, amigo, diez raciones
que tenemos que sacar
de un pan de kilo escaso
no se pueden estirar...

Y hay que ver luego las caras
que ponen cuando lo dan:
que si "a mí me tocó menos",
que si "a ti te tocó más",
y es esta la eterna lucha
del hambre y necesidad.
¡Como el rancho es tan escaso
y el hambre te acosa igual,
hay que comer ciertas cosas
que nadie creyó jamás!

Las cáscaras de naranja,
porque tienen "vitaminas",
son sin igual complemento
a tan escasa comida.

¡No queda una nota alegre
que amenice nuestra vida
como no sea algún chiste
o algún "bulo de salida"!

Hay días que no se resisten
con tanta y tanta sorpresa,
pues parece que las presas
tienen que estar sometidas
a vivir muy arregladas
y a ordenar la habitación
porque anuncian la visita
de alguien de dirección.

¡Y se oye cada cosa,
buen amigo chimpancé!
A ver, ¡esconda esa bolsa
porque afea la pared!
Y usted, ¡guarde esos zapatos!
Y tú, ¡tapa aquella caja!
¡Que estén limpios los balcones!
¡Que esté ordenada la sala!,
y llevarse esos cajones...
y ahora... ¡todas a callar!,
y mejor será rezar
para calmar las pasiones.

En tanto, llega la noche,
y esto es ya trágica escena,
¡no hay que pensar en dormir
si no quiere el centinela!

Porque el pobre, en su garita
canta y canta sin cesar
tan solo para ahuyentar
el frío que le acompaña,
y mientras, tragando quina,
seguimos sin descansar,
esperando que el relevo
nos permita dormir ya.

Cuando, por fin, nos quedamos
libres ya de los moscones,
en tan estrechos colchones
el más santo se desvela.
Y sientes un picotazo:
“alguna pulga será”,
o quizás algún piojo
que te viene a molestar.

Así te amanece el día,
¡otro más de reclusión!
¡Cuándo llegará la hora
de nuestra liberación!

Pero la gran aventura
es querer salir de noche
a cierta necesidad,
es que es casi una locura
entre tanta oscuridad,
pues despliegue en derroche
de equilibrio y discreción
y que alguna te reproche.
¡Y se oye cada lamento!
“¡Ten más cuidado, mujer!”,
“¡Casi me arrancas el pelo!”,
“¡Que diste un tropezón!”,
“Pero... ¡cierra bien la puerta!”
(si puedes... das media vuelta,
¡paciencia y resignación!)

¡Te espera una perspectiva
cuando vuelvan a llamar!
Estar dos horas en fila
para poderte lavar,
y darte prisa a peinarte
y nada de alborotar
porque enseguida te avisan
de que vienen a contar.

Mas te admiras, ¡no te asombres!,
porque algún día los hombres,
cuando sepan esta historia,
buscarán en su memoria,
razón que la justifique.
¡Pero no es que critique!

Esa es la vida en prisión
que media España vivimos.
¡No sé cómo resistimos
a tanta y tanta opresión!

Bilbao, 20-II-1941
Prisión Chalet Orúe

UN TESTIMONIO PÓSTUMO

María Blázquez del Pozo (testimonio póstumo de Manolita del Arco)

Fue detenida en abril del 39. Estaba embarazada de la niña. La torturaron bárbaramente y entre las cosas que le hicieron fue meterla en un baño y aplicarle corrientes eléctricas en los pechos. No obstante, ella fue valiente y soportó todo lo que le hicieron.



María Blázquez con su hijo, José Gómez Gayoso, en la cárcel de Alcalá de Henares.

La condenaron a once años y salió en libertad alrededor de febrero del año 43. La niña se la había criado una hermana suya (al marido se lo habían fusilado), lo cual fue nefasto para ella, pues la niña no la quería a consecuencia de la mala prensa que su hermana había hecho hacia ella. Después se incorporó inmediatamente a la lucha política del período de la posguerra en Madrid. El partido le propuso ir a trabajar con las guerrillas urbanas a Galicia, y por ese motivo comenzó su trabajo con Gómez Gayoso. Se marchó a Galicia a vivir y trabajó con los compañeros que entonces llevaban la guerrilla urbana, en el trabajo político que le tenían encomendado. Debido a un chivatazo fueron a detenerles. Esto ya lo refleja en el trabajo de las guerrillas de allí con el secretario general del Partido de Galicia y responsable de la agrupación de guerrillas, que era entonces el camarada Gómez Gayoso, muerto en Galicia a garrote vil después de haber sido terriblemente torturado —María en esa época estaba unida a ese camarada—. La policía disparó

contra Gayoso y María se interpuso entre él y la policía recibiendo un tiro en el vientre. Al huir él por las escaleras del piso recibió un tiro en el ojo y le detuvieron por el reguero de sangre que iba dejando en su huida. A María la detuvieron también con una bala en el vientre que nunca le sacaron. La llevaron al hospital y allí fue donde se enteró que estaba embarazada —las relaciones íntimas con Gómez Gayoso iban a dar su fruto—, y fue tratada también de una forma muy brutal. La trasladaron a la cárcel de

La Coruña. Estando en La Coruña la juzgaron a ella y a todos los camaradas que iban en el expediente: Gayoso, Bartrina, Soane, Romero y no sé cuántos más. Mataron a garrote vil a Gayoso y a Soane; al resto de los camaradas los conmutaron, así como a María, a veinte años. Después de matarlos a ellos trasladaron a las mujeres a la cárcel de Segovia. Ella iba embarazada.

Estando en Segovia, su comportamiento, resignada en cuanto a la muerte de Gayoso al que quería locamente, fue valiente, fue valerosa, fue entera para soportar tantas injusticias que existían en aquel tiempo. Coincidió con la huelga de hambre que se produjo en Segovia en el año 49, en el mes de enero, ya embarazada de siete meses, y en esa huelga fue muy acosada por la dirección de la cárcel para que comiese diciéndole que lo que estaba haciendo era cometer un asesinato en contra de su hijo, en contra del ser que llevaba en el vientre. Pero a ella nada la hizo vacilar y se mantuvo en la huelga de hambre tantos días como el resto de la población penal política sin quedarse atrás de las compañeras que mantuvieron esta huelga.

En marzo, fuera de cuentas, las trasladaron a la prisión maternal de Madrid dirigida por la famosa María Topete, que era un verdadero bicho para todas las presas políticas, y estando allí nació el niño que crió a pecho diecisiete meses pese al hambre que pasaba, y en ese tiempo tuvo bastantes altercados con la Topete, que estaba actuando de enfermera. La trasladaron castigada a Málaga y tuvo que dejar a su hijo con su hermana —igual que tuvo que hacer con su hija— y el criársele así los hijos ha sido la causa de que ninguno sintiera cariño por su madre, por lo menos un cariño profundo, no un cariño superficial. Estuvo un año reclusa en Málaga y al cabo de ese tiempo volvió a Segovia —prácticamente toda la población reclusa estábamos allí concentradas— y, posteriormente, fue trasladada a la cárcel de Alcalá de Henares, de donde salió en libertad exactamente el 20 de abril del 63, un día que no se puede olvidar porque fue esa madrugada cuando fusilaron a nuestro recordado Julián Grimau.

Cuando salió, inmediatamente se puso en contacto con su hermana y sus hijos, y no recibió de ellos, como corresponde, el cariño de una hermana y de unos hijos. Le recriminaban que había abandonado a sus hijos por hacer vida de partido, pero ella siempre dijo que cuando el Partido mandaba algo lo hacía siempre pensando en el bienestar de sus hijos. Pero ellos no la perdonaron y esa fue su lucha: el Partido, que no era fácil en aquellos años, y la amargura de haber perdido a sus hijos.

Cayó enferma con un sarcoma de mama, un cáncer de los peores. Estuvo sufriendo de una forma tremenda abrasada por las radiaciones de la bomba de cobalto. Quedó ciega y gangrenada. Murió en París en un hospital anticanceroso el 15 de septiembre de 1965.

Fue una vida que puede decirse oscura hacia el exterior, de la vida política de nuestro país y hacia los propios camaradas de nuestro partido, pero no puede negarse que fue muy valiente en nuestra lucha como comunista y ha sido valiente hasta para morir.

Conocí a Mari en Durango, llegó en una expedición de Madrid después que yo. Las veteranas acudíamos siempre a las que llegaban, las poníamos al corriente de lo que era esa cárcel y nos ofrecíamos como compañeras de cautiverio en lo que pudiéramos ser-

virles, al mismo tiempo que nos enterábamos de su filiación política. Las comunistas nos organizábamos allí donde íbamos.

Era una muchacha siempre dispuesta a ayudar a las compañeras con agrado, y era muy bonita. Al quitar la prisión de Durango nos separaron; ella fue trasladada a una cárcel y yo a otra. Supe de su caída en Galicia pero como se sabían las cosas en la clandestinidad: a medias. La reencontré en Madrid en casa de otra compañera, Manolita del Arco. Ya estaba enferma, condenada a morir. Todo su afán era que la sacasen al extranjero; pensaba que por allí la curarían.

El médico, en Madrid, decía que no valía la pena sacarla fuera a morir, que muriera en su tierra, y se le daban largas. Pero un día, Mari, a Manoli y a mí nos dijo: "Algo tiene el Partido contra mí; yo sé que a algunos camaradas los han llevado fuera para curarlos, ¿es que en mi comportamiento he hecho algo indebido?, ¿he perjudicado en algo al Partido? Creedme, Manoli y Tomasa, esto me atormenta". Nos afligieron tanto estas palabras que pensamos que no debía morir con esa pena, e hicimos lo posible porque saliera fuera a que la vieran otros médicos. Yo estaba segura que iba a morir.

Hablando con la dirección del Partido se consiguió su ingreso en un hospital anticanceroso en París. Manolita y Mari empezaron a gestionar sus papeles. Mari lo consiguió porque al sacar la partida de nacimiento del juzgado vio que no se llamaba María sino... el nombre con que siempre se le había conocido, el que habitualmente ponen en la iglesia pero que no consta como oficial; eso le permitió que le dieran el pasaporte porque no tenía antecedentes penales. Sin embargo, a Manolita del Arco, por muchos argumentos que dio para acompañar a una enferma, con certificados médicos, pidiendo solo el pasaporte para un solo viaje... no le sirvió de nada. Tenía antecedentes penales.

En el mes de agosto del 65, con dos camaradas residentes en Francia, fui a buscarla a la estación de Francia en Barcelona. Llegaba de Madrid acompañada de Manoli y su hijo Miguel Ángel, ahijado de Mari: esta traía un pañuelo a la cabeza y yo le dije: "Mari, ¿no te da calor ese pañuelo?". Me contestó: "Sí, mucho, pero no me lo quito". En aquella cara que había sido tan bonita, se reflejaba la muerte.

Las dos camaradas que habían venido a buscarla estaban un poco asustadas aunque no lo daban a entender. La circulación, por ser sábado, estaba cargada, y los frenazos le causaban molestias. Llegamos a mi casa y cuando se quitó el pañuelo vi la razón de soportarlo: el pelo ya lo había perdido, solo atrás, junto al cuello, tenía cuatro pelitos donde se sujetaba el pañuelo.

Como ya no podía estar en cama, pasaba noche y día en un sillón. Yo no tenía en casa donde ponerla más cómoda. Felí, la joven que regenta la portería de mi casa, subió un sillón donde pasó la noche. Las camaradas que tenían que conducirla hasta la frontera se acostaron, así como el pequeño Miguel Ángel. Nosotras tres pasamos la noche en el comedor, con el balcón de la terraza abierto. Charlamos mucho recordando episodios de los cuales hasta reíamos. A las cuatro de la madrugada la curó Manoli como lo hacía cada día. La bomba de cobalto se había ensañado en su pecho, que tenía en carne viva, que ya olía a podrido. En la cura no hizo ni un gesto de dolor. Su valentía la llevó hasta la muerte, como dice Manoli. Poco después de las cuatro la bajamos al coche acomodándola lo mejor posible; ella iba con un ánimo increíble. Llevaban un buen coche pero temíamos que se les quedara por el camino, aunque ellas hubieran seguido hasta Perpiñán.

Cuando subimos a casa Manoli me dijo llorando: “¿Crees que llegará a tiempo a que la curen?”. Yo le dije: “Esta noche hemos velado su muerte”. Al mes moría en el hospital.

En un encuentro que tuve con Angelita Martínez, que trabajaba en la CISE —organización de ayuda a presos políticos y refugiados en París— que se había ocupado de ella, me dijo: “Ha sido horrible cómo ha muerto. Había perdido la vista y el olfato y era tal el olor que hacía al estar gangrenada, que para entrar en la habitación nos teníamos que poner careta”.

EL SOCORRO ROJO

Flor. Me acordaba mucho de ella porque era una muchacha joven y maja y en el tiempo que tuvo en Durango no pudo valerse por sí sola. A la sillita la reina la bajaban las compañeras al patio pues prácticamente, como ella dice, no teníamos asistencia médica. Le dijeron que el sol le haría bien y mientras el sol alumbrara y no hubiera por alguna causa prohibición de salir al patio, era el único medicamento que podía tomar. Las escaleras para bajarla desde el tercer piso eran estrechas y penosas. Ella no lo comenta, pero yo creo recordar que se logró el que la dejaran en unos pabellones del patio.

¿De qué le vino aquella infección en las piernas? No se sabe. A ella no la habían torturado pero había pasado mucha hambre; durmiendo sobre cemento o baldosas. Había una convivencia con prostitutas y maleantes donde faltaba lo principal a un ser humano: comida, agua e higiene. Al cabo de muchos años la encuentro en Madrid. No está bien de salud pero tiene una gran moral.

Me llamo Flor Cernuda Arrones. Soy natural de Quintanar de la Orden, provincia de Toledo, y en la actualidad tengo sesenta años.

Antes de acabar la guerra, en el último congreso del Comité Ejecutivo Nacional del Socorro Rojo, me nombran para el Consejo Nacional y me mandan de delegada a Cuenca. Estuve unos días, los suficientes para que allí me pillara la Junta de Defensa. Ahí estaba Mera, que era un jefe militar anarquista. No tengo nada contra los anarquistas siempre que defiendan a los trabajadores, sus derechos y la libertad, no el derecho al terrorismo como han hecho muchos confundiendo una cosa con otra. Yo tengo muchos amigos anarquistas, camaradas muy buenos, a los que no tengo nada que oponer. Bueno, pues Mera, jefe del IV Cuerpo del Ejército, nos recibió en Alcohete, nos citó allí un día, y dando puñetazos en la mesa, solo con una mano porque el otro brazo lo llevaba en cabestrillo, nos dijo que el Partido Comunista había que liquidarlo y que a todas las máquinas les iban a echar arena para destruirlas y que no se pudieran utilizar ni hacer nada. Salimos de allí sin saber qué pasaba, y al día siguiente nos clausuraron el Comité Provincial del Socorro Rojo Internacional y tuvimos que escaparnos cada uno por donde pudimos. Nos refugiamos en el mismo edificio, en una buhardilla, y allí estuvimos escondidos tres o cuatro días. Desde una ventana de la buhardilla, veíamos la sede del partido y enfrente, por la parte de atrás del edificio, a los camaradas quitar el emblema del Partido de las guerreras. Si los camaradas estaban tomando esas precauciones era que las cosas iban muy mal y con lo que nos había dicho Mera empezamos a atar cabos. Los comunistas estábamos entre dos fuegos: los enemigos del frente y los de la retaguardia.

Yo me fui a Madrid en cuanto pude coger un camión, y una vez en Madrid estuve en el Comité Ejecutivo del Socorro Rojo y allí se nos planteó la situación. Entonces, el comandante Carlos Contreras, del 5º Regimiento, me dijo que me fuera con ellos: "Vente, Flor, porque aquí te va a pasar...". Pero como había corrido el rumor de que Franco había

dicho que al que no tuviera las manos manchadas de sangre no le iba a pasar nada... yo me fui a mi casa con mis padres. Tenía entonces veinte años y no era como ahora, que la gente joven en el extranjero y en España se emancipa. Yo, con mis padres. ¿Dónde iba a estar mejor que en mi casa? Y el mismo día 28 de marzo que acaba la guerra me detienen en el pueblo. Van a por mí a mi casa a detenerme unos jóvenes con pinta de campesinos que yo no los conocía del pueblo. Con pantalón de pana y una boina metida hasta los ojos, con escopetas, y dicen que me vaya con ellos y dicen: “No, no hace falta, ¡si vas a volver enseñuida!...”, y volví a los cuatro años. O sea, que mi madre, cuando salió de la cocina y preguntó por mí, mi padre le dijo: “Se la han llevado”.

Nos meten en la cárcel del pueblo y lo primero que hacen es recoger a todos los que ellos creyeron, chicos, chicas, mujeres ya mayores... y lo primero que hicieron fue cortarnos el pelo, insultarnos; y no había palabras ni calificativos que no recibiéramos. El 2 o el 3 de abril, con el pelo cortado, entran por la mañana y dicen que nos sacan a la plaza a oír misa, y después de la misa... nos quieren quemar en la plaza en una hoguera, pero el día antes, me parece, había entrado una compañía del Serrallo de África —creo que se denominaban *Batidores del Serrallo*— y ellos fueron los que impidieron que se llevara a cabo aquella masacre, si no... ¡nos queman en la plaza! Nos hicieron oír misa a punta de pistolas y escopetas; nos insultaron todo lo que quisieron el cura y los fascistas de allí. Nosotras, con el pelo rapado y con palizas, lo soportamos con dignidad. Hubo una camarada, Antonia Rubio, que el marido era comunista y porque no pudieron cogerlo la sacaron a ella, a quien le dieron una paliza espantosa; la arrastraron del pelo por el rastrillo y cuando nos la pasaron, abrieron la puerta, le dieron un empujón y nos la tiraron. Estuvo tres días sin podernos contar lo que había pasado, sangrando por todos los sitios de su cuerpo; a ella la querían muy mal, la llamaban *Pegola*, era el apodo que tenía la familia, eran campesinos, no muy cultos pero una familia honrada y trabajadora a la que se le había hecho todo lo imposible para que murieran de hambre porque no les daban trabajo los ricachones del pueblo. Un día se filtró la noticia de que, por fin, habían cogido al marido, y nos llegó así, textualmente: “Al marido de Antonia lo han traído los falangistas. Primero le han hecho cavar la fosa y después, con una sierra, lo han cortado a pedacitos”. Yo no puedo dar testimonio de si fue cierto o no; ahora, testimonio de que después, en una comunicación de sus hijos, que fueron a ver a la madre, y se lo contaron, esto sí lo sé.

De esas cosas hubo muchas. Por ejemplo, un día nos sacan de la cárcel y nos llevan a una casa particular que había sido de uno de los alcaldes de la República, que nada más estallar la guerra lo fusilaron en Madrid, un tal Antonio Mayor, yo no sé los motivos ni cómo era. Y un día se presenta la Guardia Civil, traen una lista y empiezan a nombrar gente, entre ellas Flor Cernuda, y dicen: “Prepárense, que van a salir”, entonces yo le pregunto: “¿Adónde vamos?, ¿tenemos que llevarnos ropa?”. Y me contesta: “No, para donde vais no necesitáis nada”. Esa fue la contestación de la Guardia Civil. Salimos pensando que nos llevaban a fusilarnos, porque si no necesitábamos nada... Las mujeres mayores, que eran muchas, se quedaron pensando lo mismo, y... ¿dónde nos llevaron?... a limpiar la iglesia, con malos tratos e insultos. Yo les dije: “Yo esto no lo he pisado nunca”. Lo he pisado, sí, cuando era pequeña y venía a misa cuando me daba la gana,

cuando me parecía, porque mi padre no se metió nunca en eso; si queríamos ir íbamos y, si no, no íbamos. Yo no había ensuciado, pero la tuve que limpiar.

Estaba con nosotras Rosita Cantos, que era hija de un teniente coronel de la Guardia Civil con puesto de mando en La Coruña. Esta mujer estaba casada con el que, creo, era jefe de estación de un ramal que había de Villacañas a Quintanar de la Orden, un tal Antonio Ramírez. Rosita Cantos era profesora de música; tenía en casa sus partituras, su musiquera. Le fusilaron al marido, que era de Izquierda Republicana; sus hijos se quedaron en la calle. A ella la metieron en la cárcel, la trataron muy mal también. Le echaron pena de muerte; una mujer que no se merecía eso solo porque fueron de Izquierda Republicana, unas personas que no habían hecho nada censurable; todo lo soportó con valentía. Uno de los días que la sacan obligada a limpiar en la planta de arriba donde estábamos nosotras presas, lo primero que ve cuando entra es su música hecha trozos, tirada por el suelo, y cuando vino, venía rota. Fue el primer gran impacto que recibió. El primer día que la vimos hundida.

Nos trasladan a Lillo, que era la cabeza de partido de la provincia de Toledo. Allí en Lillo vienen camaradas de Tembleque, del Romeral, de muchos pueblos de la comarca. Venían, recuerdo, Libertad Hellín, Paquita Rico, unas camaradas que les mataron a los maridos y las encerraron con los cadáveres pero cambiados, el cadáver de la mujer de uno con la mujer del otro, o sea, no por matrimonios.

Una de las mujeres que vinieron del Romeral se llamaba Magdalena Frontín y de esta mujer habían abusado los falangistas. Abusaron de la manera más asquerosa: sujetándola entre cuatro y alumbrando con una linterna al otro. En fin, hubo cosas muy horribles.

A los hombres que bajaban de los pueblos los traían andando y les aplicaban la ley de fugas por la carretera. Los tenían en casas porque en la cárcel ya no cabían. Cogimos la sarna en este pueblo, estuvimos no sé cuántas horas sin agua potable, muchas horas, tanto es así que yo casi estaba loca; me quería beber hasta agua sucia que había en una palan-gana. Me la quitaron, no me dejaron beber. A las sesenta y dos horas creo que fue, nos trajeron una cuba de agua de un pozo de una huerta y a todos los que bebimos se nos puso una lengua que no nos cabía en la boca. No sabemos qué tendría aquella agua...

Una noche, estando durmiendo en una galería de una casa particular —por no haber sitio en la cárcel— teníamos solo una manta en el suelo. Sería ya de madrugada, nos tiran del pico de la manta y nos enfocan con una linterna y una bayoneta y ¡abajo!, a los que ellos querían. Nos llevan al cuerpo de guardia sin saber por qué a las dos o tres de la madrugada. Al fin nos empiezan a decir: “Usted, para arriba; usted, para arriba...” y dejan allí a una mujer sola. Era una mujer del pueblo de Lillo que estaba en avanzado estado de gestación pero no sabía nada del marido porque él estaba en el frente al finalizar la guerra. A esta mujer la tuvieron allí hasta las cuatro o cinco de la tarde. Nos habían hecho bajar a todas las que ellos quisieron porque no sabían quién era la que iban buscando hasta que dieron con ella. Cuando subió nos dijo que la habían bajado al cuerpo de guardia para obligarle a decir dónde estaba su marido: “Yo no lo sé, mi marido estaba en la guerra, a mí me habéis metido aquí, yo no sé nada”. Entonces nos custodiaban las fuerzas del Ejército de Franco y casi todas eran de África, y por cierto que se portaron, en lo que cabe, bastante bien en aquella ocasión. Y digo que se portaron bien porque esta mujer estaba en avanzado estado de gestación y a ella le horrorizaba dar a luz allí porque no

había médicos ni nada y a mí se me ocurrió escribir al comandante diciéndole que, por favor, la dejara salir a su casa para que diera a luz, y efectivamente lo concedió. Antes había hablado conmigo el comandante y me dijo que él no esperaba que yo, tan joven, le hubiera escrito una carta en esos términos y prometía interesarse en el asunto. Estuvo dos o tres días en su casa y la volvieron a traer.

Había otra mujer también que no sabía donde estaba su marido. Tenía dos niños que estuvieron por la calle, cogieron la sarna; estos chicos estaban sin rumbo, el niño me parece que tenía cinco o seis años y la niña tres o cuatro.

Un día nos cogen, como ellos decían, a todas las *intelectuales*, que no había ninguna; solo Rosita Cantos era intelectual, las demás nada, éramos gentes sencillas, unas mayores y otras más jóvenes. Las más jóvenes nos pasábamos el tiempo dando ánimos a las mayores porque todo lo arreglaban con llorar.

Un día, el mes de noviembre, viene y me dicen que hay abajo una persona que pregunta por mí. Bajo al cuerpo de guardia y me dicen que me prepare porque voy a ir al entierro de mi madre. Así, de golpe y porrazo. La semana antes había venido mi padre a verme y me dijo: “Madre no puede venir porque está mala”. Pero fueron unos tres o cuatro días y de pronto me dicen que voy a ir al entierro de mi madre y me van a acompañar, pero no me dejan salir porque el que viene a buscarme no traía el transporte adecuado; traía un carro y unas mulas y el jefe que mandaba la guardia dijo que en esas condiciones yo no salía de la cárcel, que tenían que traer un coche; un coche, entonces, no era como ahora, pero un primo hermano mío, muy contrario a mí, que tenía coche de alquiler, vino a buscarme y sin mediar palabra me llevó, acompañados de un cabo y dos números del Ejército. Nada más llegar a mi casa avisaron al cura, se llevaron el cadáver y a mí me volvieron otra vez a la cárcel. Entonces mi casa ya se quedó deshecha. Yo tenía dieciocho años cuando empezó la guerra y mi hermano quince, y se marchó también voluntario al frente y desapareció; el otro era más pequeño. Total, mi padre se quedó desamparado y yo en la cárcel sufriendo y viendo sufrir a mis compañeras a las que les hicieron horrores igual que a sus maridos. Todo lo que puedes imaginar, de asustarnos y atemorizarnos. A las familias que iban a vernos las formaban en coña y les daban hasta latigazos.

Una vez pegaron a mi madre, que era una persona que no hablaba dos palabras seguidas por no ofender a nadie... y de lo que murió (yo tengo el certificado médico) fue por “afección moral”, o sea, que el médico reconoció que esa mujer no tenía enfermedad ninguna; no tenía más que una pena tan grande que, aunque dicen que las penas no matan... pues sí que acaban con la gente, porque a mi madre le contaron tantas cosas que me iban a hacer y vio y sufrió tantas otras, que duró unos días.

Desde Lillo, un 28 de diciembre nos mandan en una expedición a Ocaña y en el penal de Ocaña pierdo todo lo que llevo, no encuentro las mantas, ni la ropa, no encuentro nada. Fue al ayudar a una madre a coger el niño, que para que ella cogiera los patates, yo no recogí el mío y allí se perdió. Nos metieron en celdas —que eran individuales— a nueve personas, en donde no había más que un retrete en un rincón hecho con cemento. En la celda de una persona te meten nueve, que veníamos de una casa grandísima donde había unos patios y un corral tremendos, donde te podías mover. Entramos y nos quedamos con los brazos para abajo porque no los podíamos mover. Como yo era la que sacaba siempre las cosas de apuros, llamo al funcionario y le digo: “Oiga usted, mire, que aquí no cabe mos tantas, y no me dio ninguna respuesta. Salió a la galería, llamó a otro funcionario y

le dice: "A ver, que vengan dos más", y en vez de nueve, ¡fuimos once!, sin luz, sin agua, sin nada. Yo creo que en los tres meses que estuvimos en el penal de Ocaña nos sacaron al patio dos o tres veces y en el patio se nos iba el tiempo viendo si podíamos coger agua, en media hora que teníamos escasa, con tantísimas mujeres como éramos, puedes imaginarte, te veías negra para alcanzar un poco de agua, y eso cuando podías.

En Ocaña se nos trató mal, sobre todo en comidas. Nos llamaba un tal don Marcelino, un funcionario viejo que estaba como tuberculoso. Cuando nos subían del patio a las celdas decía: "¡A ver, las cabras, que suban!".

En nuestra celda había dos chicas jóvenes, una de ellas de Toledo, Julia se llamaba, estaba casada y tenía un niño, y la otra, de Ocaña, que era menor de edad, tendría unos diecisiete años, esto ya en el año 39. A esta chica la condenaron a muerte y cada dos por tres las llamaban a las dos y las sacaban, pero teníamos tal horror que ni ellas nos decían qué era lo que habían hecho fuera ni nosotras les preguntábamos. No sabíamos nada más que a la hora que querían las sacaban: "A ver, Luisa". Luisa Álvarez *la Pollera* la llamaban. Salía y volvía por la tarde o a la hora que la dejaran, pero no sabíamos más. A esta chica la fusilaron junto con otra que se llamaba Petra Cantador Amores, y me dijeron que el día que las llevaban a fusilar, las llevaban en un carro y el cura le dijo a Luisa que si se sentaba encima de sus rodillas procuraría que le hicieran el menor daño posible, o sea, que muriera instantáneamente. Yo, las cosas que no veo no puedo dar fe; fueron cosas que se comentaron, que lo dijeron y yo las creo, y digo que lo creo porque el cura Ocaña era famoso por su sadismo y crueldad. Este poema es su reflejo:

El cura de Ocaña

Muy de mañana, aún de noche,
antes de tocar diana,
como presagio funesto
cruza el patio la sotana.
¡Más negro, más, que la noche;
menos negro que su alma!

Llegó al pabellón de celdas,
allí oímos sus pisadas
y los cerrojos lanzaron
agudos gritos de alarma.
"¡Vamos, hijos míos,
que así Dios lo manda!".
Cobarde y cínico al tiempo,
tras los civiles de guarda.
¡Más negro, más, que la noche;
menos negro que su alma!

Los civiles temblorosos
les ataron por la espalda,
para no ver aquellos ojos
que mordían, que abrasaban.

Camino de Yepes van,
gigantes de un pueblo heroico.
Camino de Yepes van.
Su vida ofrendan a España,
una canción en los labios
con la que besan la Patria.

El cura marcha detrás
ensuciando la mañana.
¡Más negro, más, que la noche;
menos negro que su alma!

Diecisiete disparos
taladraron la mañana
y fueron en nuestro pechos
otras tantas puñaladas.

Los pájaros lugareños
que sus plumas alisaban,
se escondieron en los nidos
suspendiendo su alborada.

La luna lo veía y se tapaba
por no fijar su mirada
en el libro y en la cruz,
en la *star* ya descargada.

¡Más negro, más, que la noche;
menos negro que su alma,
el cura verdugo de Ocaña!

En Ocaña nos sacaban a misa. Nosotras estábamos en la parte de arriba y nos bajaban a lo que llamábamos *el túnel*, que era el pasillo de celdas de abajo; entonces todo ese pasillo, el día que había misa, lo desocupaban y mandaban a los hombres a otro pasillo para que no pudiéramos verlos. Mientras se decía la misa, otro sacerdote ministro de Dios, nos echaba un sermón diciendo lo malos que éramos los rojos pero que ellos, como eran tan buenos, estaban dispuestos a perdonar. La primera vez que lo oímos respiramos un poco, ¡caramba!, pues si van a perdonar es que nos van a dar alguna gracia. Cuando continuaba el sermón, nos enterábamos del perdón: perdonaban al alma pero al cuerpo había que matarlo porque el cuerpo era el que había pecado. Eso es lo que yo he oído y por eso no puedo poner en duda que a esta chica le dijera que por sentarse en sus rodillas la harían sufrir menos.

No recuerdo exactamente la fecha, nos dicen que nos van a trasladar a Durango. De Ocaña yo salí mal de las piernas; en la estación del Norte estuvimos esperando mucho tiempo hasta que vinieron los trenes. No sé por dónde nos llevaron que nos hicieron dar una cantidad de rodeos, bajar de los trenes y cambiar de línea... que yo ya no podía ir ni sentada. Me tuvieron que tumbiar en el pasillo del coche con las piernas abiertas; me habían salido unas llagas que tengo las señales todavía. En los transbordos hubo un guardia civil

de los que venían de Ocaña que se portó maravillosamente. Ese hombre llevaba su macuto, su fusil, su capa, y cargaba conmigo como el que carga con una niña, en brazos, porque yo no podía andar, ¿comprendes? Pero solo ese guardia civil, en todos los traslados, me cogió en brazos y me trasladaba. Al llegar a la estación de Durango dijo: “Esta joven no puede andar, que traigan una camilla”. Y en camilla me metieron en la prisión de Durango: de un lado un guardia civil y del otro dos camaradas que llevaban la camilla. Estuve sin curar, porque no había con qué, la infección me subía casi hasta las caderas y estuve muy mala, pero allí no había ni botiquín, ni médico, ni quien te hiciera una cura. Había una matrona, una tal doña Paz, que era de Madrid, y me acuerdo que un día me curó, con unas pinzas de depilar las cejas y no sé si tenía algún algodón o gasas.

Como estábamos en la parte de arriba, en un tercer piso —aquello era un colegio de monjas—, me concedieron el poder tomar baños de sol en la huerta; me bajaban entre cuatro compañeras —de eso se tiene que acordar bien Carmen Machado— y en la huerta tomaba baños de sol.

Allí conocí a una chica de la provincia de Ciudad Real: se llamaba María Fernández. A aquella mujer la vi cómo lentamente se fue quedando imposibilitada hasta que dejó de andar. Primero iba arrastrado los pies poco a poco. De una paliza que le dieron le rompieron la espina dorsal.

Otra chica, Eustaquia Pérez, joven como yo, que tenía toda la salud del mundo, con una cara que le brillaba, como pasábamos tanta hambre, un día de la Merced que nos dieron plátanos de postre, se comió el plátano que le dieron a ella más todas las cortezas de los plátanos de las demás. Tuvo una infección en el vientre que no podía evacuar y, como el médico no hacía nada, murió allí sin más asistencia.

Para que todo no sean calamidades y por si tú no lo mencionas, daremos a conocer a una señora mayor, de pueblo, que se llamaba Florentina García, y su marido, Martín Torres, también estaba preso. Ella era una verdadera artesana, una mujer inculta pero sin embargo tenía unas manos que hacían verdaderas maravillas, ¿tú no te acuerdas de una vez que hizo un burro con una vieja montada y el yerno, con un cartel que ponía: “Vendo a mi suegra”? Hicieron luego una exposición de labores y el director lo bajó a la exposición porque era una maravilla. Hizo luego una cosa de cerdos, con los cerditos pequeños. Este matrimonio artesano, que eran campesinos, la mujer tenía mucha maña para amaestrar animales y tenían una yegua que la llamaban *Sevillana*; en los carnavales la enjaezaban y ellos se vestían de andaluces para esa fiesta. Florentina había enseñado a la yegua a decir cuál es la mano del obrero y la yegua levantaba la pata izquierda. Cuando meten a los dueños en la cárcel, este animal se queda en la cuadra, pero como todo el mundo sabía que hacía eso, llevaron a declarar a la yegua. Tú fíjate hasta dónde llega la burrada de la gente. Le preguntaba el juez o los falangistas: “A ver, ¿cuál es la mano del obrero? Y el animal, ni caso, ni se movía, y palo va y palo viene para que levantara la pata y no la levantaba (la levantaba a una señal que le hacía la dueña que le había enseñado, porque el animal, ¡qué iba a saber del obrero ni de la mano del obrero!). Se creyeron toda la gente del pueblo, todos los falangistas, toda la gentuza, que podían utilizar el animal para lo que fuera; y no lo dejaban parar: uno se la llevaba a arar, el otro a trillar, otro para cargar, otro... y al animal lo tenían a media ración. Me figuro yo que acabaría muriéndose. Le hicieron pasar todo lo que se puede hacer

pasar a una persona. Te cuento esto porque ya no solo fue ensañarse con las personas, sino hasta con los animales.

Otra amiga, Emilianita Bueno Gamarro, tenía en su casa aves y las tuvieron sin comer todo lo que pudieron aguantar, y un día fueron y les echaron tal cantidad de comida que los animales reventaron, o sea, que hasta con los animales hicieron verdaderas canalladas.

Quitaron Durango y a mí me tocó ir a Orúe, en Bilbao. Allí lo pasamos también muy mal, tropezabas siempre con la Iglesia y el Estado. ¿comprendes? Otra vez con monjas, con hambre, con vejaciones. Yo no recibí visitas porque no tenía a nadie, pero un día, por mediación de un camarada que estaba preso en Burgos, vino su mujer, que era de Portugalete, a verme. Yo no la conocía pero entonces no había tantos inconvenientes como han puesto después para visitar a los presos, que no podíamos ir si no éramos familia. Esta mujer venía y me traía algunas cosas. Sabía lo que eran las cárceles porque tenía en ellas al marido y a dos hermanos. Esta mujer es tía carnal del gobernador civil de Las Palmas, Luis Mardones —fue primero gobernador civil de Lérida y actualmente lo es de Las Palmas—, pero entonces hasta los abuelos estaban también represaliados —el abuelo se llamaba Restituto Mardones y la abuela Aurora Ruiz—, magnífica gente, eran de Burgos y se portaron muy bien con los presos.

Salí con los primeros indultos desterrada a Portugalete y lo pasé como pude. Cuando salí venía conmigo también una chica de Torreledones que iba para las Arenas; era muy alta pero no recuerdo cómo se llamaba. Entonces María Mardones nos llevó a las dos hasta Portugalete y me dijo: "Tú espérate aquí en la estación porque yo voy a acompañar a esta". La llevó a Algorta y yo me quedé en la estación. Cuando me recogió y llegamos a la casa me llevó una sorpresa porque esta amiga, María Mardones, estaba recogida por otra familia, tenían una habitación donde dormían los padres en una camita pequeña, y en el suelo, en un colchón, dormíamos María, un niño que tenía pequeño y yo, o sea, que venía de dormir en el suelo a volver a dormir en el suelo.

Al año escaso me mandaron un oficio diciendo que me levantaban el destierro y fue cuando me marché a casa de mi padre. Tuve que salir del pueblo porque continuaban persiguiéndome; no me dejaban vivir. Solicité permiso a la dirección de prisiones y a la Guardia Civil, que me concedieron, para venir a vivir a Madrid, y aquí me pude colocar y entonces fue a mi padre al que le hicieron la vida imposible. Murió sin asistencia, sin médicos, le decían que si confesaba y comulgaba le darían lo que necesitaba para sobrevivir, pero que si no, nada. Mi padre también murió sin verlo yo, fui al entierro y después me vine porque la gente seguía metiéndose conmigo.

Luego, aquí, hemos caído otra vez en manos de la policía. Han venido a casa, han hecho registros, nos han llevado a Gobernación y nos han pegado.

—¿En qué año os detuvieron?
En el año 62.

—¿Os detuvieron porque estabais organizados?

Nosotros estábamos organizados sin estarlo, de una manera especial, ¿me entiendes? Ellos iban buscando algo que no encontraban y que les salió mal, pero allí fue donde nos pegaron. En Gobernación nos tuvieron tres o cuatro días, y como no sacaron nada en claro y con nosotros no hubo ningún fallo, nos pusieron en libertad.

En marzo del 77, pidieron amnistía con aquellas tarjetas que se mandaron al Rey, me cogieron aquí en la Gran Vía en una mesa que teníamos. Estaba Juan José Rodríguez, secretario general de Justicia y Paz, había un arquitecto, un médico, dos chicos del Colegio Mayor, y a todos nos llevaron a la comisaría y no nos trataron muy mal, pero luego en Gobernación, donde nos trasladaron, ahí sí, echándose mano a la pistola y diciendo que qué queríamos con la amnistía, si es que queríamos ver salir a los ladrones, pero no fue la policía tampoco, sino los grises, una pareja de grises que nos dijeron de todo. Luego nos llevaron de Gobernación a las Salesas y de allí salimos y no nos pusieron ni multa ni nada, pero ha sido en el año 77, el día 10 de marzo, o sea, ya casi cuando se decía que teníamos democracia. Esa fue la última vez.

Las mujeres lo hemos pasado muy mal, pero a pesar de todo, sientes ya tan dentro de ti el ideal revolucionario, que volveríamos a empezar.

NO OLVIDÓ A SUS COMPAÑERAS

Pilar. La encuentro en Eibar en casa de María Valés. Físicamente ya no nos conocemos pero es una de tantas que nos hemos encontrado en las cárceles. Juntas estuvimos en Durango, de donde recordamos en nuestro encuentro a compañeras comunes y hechos ocurridos en la cárcel. Al cerrar esta prisión, ella va a Amorebieta, yo a Santander; pero más tarde yo también voy a Amorebieta, donde nos volvemos a encontrar. Ahora las dos, ya abuelas, recordamos las miserias y las vejaciones que hemos sufrido. Recojo algunos de sus relatos.

Me llamo Pilar Calvo y soy de Talavera de la Reina. Fui a Santa Laya, porque a mi marido lo tenían allí detenido. Y su familia, como les habían amenazado mucho, me dijeron que me tenía que marchar, tal era el miedo que tenían. Y me fui con mi hija en brazos. La niña era pequeñita, y entonces me encontré a un señor que venía en una mula y me llamó en el camino y me dijo que de dónde venía, y yo le dije que de Santa Laya. “¿Ah sí? Ya sé quién eres, la mujer del Bicho. Tú eres una comunista y una roja mala. ¿A cuántos has matado?”

Yo le contesté que no había matado a ninguno, que tenía un ideal, lo tenía y lo sería toda la vida, no lo podía negar porque lo tenía dentro de mí. Entonces me dijo: “Trae la niña, que la lleve yo en la mula y tú vete andando, o mejor, te voy a atar a la cola de la mula, vas a ir a rastras hasta la estación”.

Yo le dije que eso lo hacían los criminales. Al fin, la niña en la mula y yo andando, llegamos a la estación y me metió en la sala de espera. Vino el jefe de estación y me dijo que adónde iba. Yo le dije que iba a Talavera de la Reina con mis padres. Y al verme a mí con la niña le dio lástima y me trajo un café con leche. Al fin y al cabo, fue humano. En el primer tren que salió, era un mercancías, me metió en él y me dijo: “Vaya usted a Talavera y allí ya se las arreglará si está su familia”.

Llegué a Talavera con mi niña y en mi casa no encontré a nadie. Me dijeron dónde estaba una tía mía. Fui a su casa y me dijeron que me fuera, que me iban a detener. Yo no había hecho daño a nadie, nada más que mis tías tenían miedo y no me quisieron admitir en su casa. Yo me fui en busca de mis padres, que estaban recogidos en casa de una prima hermana mía. A mí también me recogió. Llevaba unos días en Talavera cuando un vecino, al verme, me denunció. Me dijo que me iban a detener y yo le dije que por qué. “Ya lo verás”.

Al día siguiente vino un guardia con una señora y subieron arriba, a casa de mi prima: “¿Vive aquí Pilar Calvo?”. Yo había salido a abrir. Dije: “Una servidora”. “Pues, véngase usted con nosotros”.

Por el camino me llenó de insultos y me dijo que me iban a matar. La madre de la denunciante, que a la denunciante yo no la conocía, me llevó a la policía. Y enton-

ces el policía me dio malos tratos. Me dijo que me iban a matar, me pusieron una pistola en el pecho y me iban a dar el paseo por la noche. Yo dije: "Bueno, ¿pero sí yo no he hecho nada malo a nadie! ¿Que soy de izquierdas? Pues yo creo que no es motivo para matarme".

Luego me llevaron a la cárcel y allí nos tuvieron en muy malas condiciones. Nos daban mal de comer, mal, porque no nos daban nada y mi familia me traía, pues claro, lo que podía, entonces no había para traer. Cuando nos sacaban para declarar nos daban una lluvia de insultos, nos ponían como trapos. Y si se acercaba algún niño porque iba el padre o la madre, le daban una patada en el trasero que le tiraban por el suelo. Ni con las criaturas tenían miramientos.

Luego nos llevaron a juicio. Nos faltaron mucho, nos insultaron, nos llamaron de todo. Mi denunciante, que no la conocía, pedía al tribunal que me mataran. Me pidieron treinta años. Luego me llevaron otra vez a la cárcel. Una mujer que estaba en esa cárcel, que tenía condena de doce años, una noche se la llevaron como traslado y la mataron. Los de la Falange se querían meter con nosotras, pero vino el jefe de la cárcel y no lo consintió. Se ve que era buena persona. Luego nos llevaron a la cárcel de Toledo. Allí también estuvimos en muy malas condiciones; era una cárcel muy pequeña. Luego de Toledo nos llevaron a Madrid, a Ventas, y allí lo pasamos muy mal. Sacaban a muchos a fusilar y nosotras sentíamos los fusilamientos desde la misma cárcel, que nos hacían sufrir. Luego nos sacaron a Durango. En Durango nos acogió muy bien el pueblo. La cárcel era mala, nos daban mal de comer. Y luego de Durango a Amorebieta nos trataron muy mal. Nos llevaban al patio cuando hacía mucho frío, y a las que se morían las llevaban a una chabola que había en la huerta. Luego nos llevaron a Barbastro. Y claro, en el camino nos dejaban en vías muertas en las estaciones. No teníamos ni dónde hacer nuestras necesidades. Pero la gente de los pueblos nos traía algo de comer. Y estando en Barbastro la gente nos llevaba paquetes a la cárcel. De allí a Saturrarán.

De ahí ya salí, pero me tuvieron que recoger unos señores de Ondárroa que nos llevaban paquetes, porque no tenía dónde ir. Me daban la libertad pero no tenía sitio donde fijar mi residencia. A mi marido me lo fusilaron en la cárcel y le dieron muy malos tratos. Le pusieron un infiernillo eléctrico en sus partes y le hicieron muchas injurias, muchas cosas injustas que él no se merecía, porque él era un luchador muy bueno, era del Partido Comunista, era del 5º Regimiento de Caballería. Se llamaba Julián López. Era de Santa Laya. Lo llevaron a Madrid y luego a Ocaña. Allí le dieron muy malos tratos y lo fusilaron. Yo estaba en la cárcel de Saturrarán. Querían que yo me casara con él por la Iglesia, por poderes. Les dije que por supuesto que no me casaba por la Iglesia, porque yo eso no lo sentía así. Que lo fusilaran casado solo por lo civil.

De Saturrarán salí con esa familia que me acogieron. Todavía es la fecha que voy a su casa y me quieren como si fuera familia de ellos. Estoy muy contenta, por supuesto. El País Vasco ha sido el que mejor nos ha acogido. Vivo en esta tierra, en Eibar. He tenido que luchar mucho, he tenido que ir a fregar escaleras, he tenido que hacer de todo, menos cosa mala, porque yo siempre he mantenido mi honradez y estoy dispuesta a luchar por el Partido Comunista. Soy comunista. No milito en el Partido porque, la verdad, el que hay aquí no me gusta. No hay compañeros como yo quisiera que hubiera.

Cuando salí en libertad no olvidé a mis compañeras. Iba a Saturrarán todos los jueves andando. Iba y venía desde Motrico. Madre mía, yo llevaba una cesta, todo bien preparado, las cartas bien camufladas, las cosas que llevaba, todo lo que pillaba para guardar para mis compañeras. Allí me venían a mí todas las cartas, y me decía el cartero: “¡Cuánta correspondencia tienes!”. “Sí, es que tengo mucha familia”, le decía yo. “Tengo muchos amigos”.

Él se reía. Yo estaba sirviendo en Motrico y mi salida era el jueves para ir a la cárcel con mi puchero, un día de patatas, otro de lentejas... y les llevaba las cartas. Les hacía tortilla, todo lo que podía. Cuando se las llevaron a Amorebieta lo seguí haciendo igual. Era mi ilusión y mi deber ayudar a mis compañeras.

PASOS CLANDESTINOS

Vivía en Puertollano (Ciudad Real) cuando estalló la guerra en 1936. Era el año que yo terminaba el Bachillerato. En enero del mismo año había ingresado en la FUE. Toda mi familia era de ideas progresistas. Mi hermano pequeño era pionero. El Partido Comunista me pidió si podía colaborar para copiar material del Partido. Tenían confianza en toda mi familia.

Cuando estalló el movimiento, mi padre, que era ortopédico, puso todo su material, piernas, brazos artificiales, quirúrgico, a disposición del Gobierno de la República y se marchó el primero de agosto de maestro armero al frente.

Mi hermano pionero, que tenía catorce años, se nos fue al frente por tres veces. Mi padre lo volvía a casa y a la tercera vez le dijo: “Cuando oigas el ruido de las bombas tú mismo regresarás por miedo”. Pero continuó en el frente. Cuando terminó la guerra tenía diecisiete años. Era teniente.

En Puertollano se inauguró un hospital de sangre. Yo me presenté enfermera voluntaria. Mi madre, que era maestra, se puso a disposición del Partido para dar clases por las tardes a los jóvenes que se iban reclutando para el frente.

También mi madre ingresó en el partido. En el mes de abril de 1937, en el hospital, conocí a mi marido, que era francés voluntario de las Brigadas Internacionales, en la Ciudad Universitaria. Más tarde, en Extremadura, donde fue herido, formaba parte de la 14ª Brigada Internacional.

Me casé en octubre. Estuve ocho días solamente con mi marido. Tres meses después tenía que volverse a Francia. Estuve dudando entre mi obligación de esposa y mi deber de militante: “Marcharme a Francia, donde no corría ningún peligro y se vivía bien en aquel momento, o quedarme en Ciudad Real separada de mi marido, al lado de los que luchaban con el pueblo español”. Opté por quedarme. Fui a despedirme de él a Valencia cuando se marchaban las Brigadas Internacionales.

Cuando me vio llegar sin maletas se quedó extrañado. Le dije: “He dejado mi equipaje en Ciudad Real porque mi deber es quedarme con mis compañeros de lucha”. Lo comprendió perfectamente.

Se produjo el golpe casadista el día ocho de marzo de 1939. Ciudad Real fue republicana hasta el 31 del mismo mes, fecha en que entraron las tropas de Franco.

Me encontraba en la sede del PC. Estábamos celebrando una conferencia, asistían muchos miembros del Comité Central, comisarios políticos, oficiales del Ejército Republicano y toda la dirección del Comité Provincial. Nos dimos cuenta que estábamos cercados. Los casadistas habían traído brigadas del frente de Extremadura. Les habían dicho que había un foco de fascistas que se querían sublevar contra la República. Estos soldados engañados, con tanques y morteros, destruyeron el edificio; hubo muchos muertos y heridos, y a los que quedamos indemnes nos detuvieron y nos metieron en prisión.

Antes de llevarnos a la cárcel nos tomaron declaración. Para aclarar nuestra situación declaramos ser miembros del Partido; nuestras responsabilidades, cuanto habíamos hecho para defender la República jugándonos la vida por ella.

Las declaraciones, firmadas por nosotros, los casadistas las entregaron a las autoridades franquistas. Ya no nos pidieron ninguna declaración más. Todo estaba hecho para el juicio que después hicieron.

La noche que entraron las tropas de Franco fue terrible. Yo no deseo ni a mis más grandes enemigos pasar momentos parecidos. Haber escuchado hasta el último momento el himno de Riego, *La Internacional*, todos nuestros cantos revolucionarios, y de repente oír *Cara al sol*, el griterío de la multitud que vitorea a los vencedores y a Franco, oír cómo atacaban la puerta de la cárcel con maderos para asaltarla, para hacer una masacre... Fue el director de la cárcel el que se opuso a que entraran. Su actitud salvó la vida a los pocos que nos salvamos.

Así se demostró la sangre fría y el valor de muchos camaradas. Algunos tuvieron debilidad; era natural y humano en aquellos momentos en que estábamos seguros que nuestras horas de vida eran contadas. No todos estábamos preparados y menos para los momentos que estábamos viviendo. Alguno tuvo crisis de nervios; alguno destrozó el carné del Partido, pero la inmensa mayoría dijo: "¡No! A mí me fusilan pero con el carné del Partido en la mano".

Las mujeres comunistas hemos sido admiradas por nuestra disciplina y dignidad. Nunca insultaron a nuestro grupo, como hemos oído a los carceleros hacerlo con otras presas que llegaron más tarde. Detuvieron a tres mujeres de la Junta Casadista. Tenían más miedo a nuestra reacción que a la de los franquistas. Estaban blancas como la muerte de miedo al ver que las ponían con las comunistas, pero no les dijimos absolutamente nada. Para nosotras quedaba claro que eran presas de Franco y que su error lo pagarían caro.

Las tres mujeres de la Junta, que además eran dirigentes del PSOE de Ciudad Real, nos miraban despectivamente. Para ellas era un galardón, prueba de su colaboración para terminar la guerra solo con vencidos, y de nosotras tenían la venganza.

Las pusieron inmediatamente en celdas de incomunicación. Nosotros buscamos inmediatamente la manera de comunicar con ellas, de pasarles por debajo de la puerta mensajes, de pasarles trocitos de arenques que aplastábamos, trozos de pan finos que pudieran pasar por debajo de la puerta de sus celdas. Establecimos una correspondencia entre ellas y nosotras durante los tres o cuatro meses antes de ser ejecutadas a garrote vil.

Muchos presos de aquella época estuvimos condenados a muerte. Yo estuve incluso en capilla quince días, hasta que me conmutaron la pena de treinta años y un día. De nuestro grupo, todas condenadas a muerte, la única que fue fusilada fue Elena Tortajada, miembro del Partido y una gran oradora. Cuando Dolores Ibárruri fue a dar un mitin en la plaza de toros de Ciudad Real, Elena Tortajada habló también en ese mitin.

Elena Tortajada fue denunciada y detenida con su niño de dos meses. La condenaron a muerte. Como la ley no permitía matar a la madre mientras amamantaba al niño, es decir, hasta que el hijo tuviera nueve meses, al día siguiente de cumplirlos a Elena Tortajada la ejecutaron. De madrugada la pasaron por nuestra sala. Al pasar ante nosotras nos entregó su niño diciendo delante de los guardias y soldados con voz

clara y firme: “Aquí os confío y os pido le eduquéis y le inculquéis mis ideales, y que nunca olvide por qué murió su madre”. Supimos después que hacía dos días había llegado a la cárcel su indulto. Sé que este chico vive en Madrid, pero a ese niño, hoy un hombre, no le habrán explicado por qué y cómo murió su madre.

En la cárcel de Ciudad Real había una muchacha de diecisiete años, miembro de la Ejecutiva de las JSU. Ella fue un modelo de entereza y de conducta. Yo siempre me he mirado en ella, ha sido siempre mi ejemplo. Una gran luchadora, Margarita Sánchez. Fui trasladada al penal de Durango hasta el final de marzo de 1940. Era un convento de monjas que lo habían habilitado como cárcel. Las monjas eran francesas. Los franquistas fusilaron a trece de ellas porque se negaron a declarar que habían sido violadas por los rojos. En represalia fusilaron trece al azar y estaban enterradas en el mismo jardín del penal.

Cuando bajamos al patio del penal las monjas nos decían: “Hijas mías, corred, paseos por todo, pero en este trocito no, que aquí están enterradas nuestras hermanas”. Fueron las mismas monjas las que han sacado mensajes nuestros al exterior. Es gracias a ellas que el cónsul de Francia vino a verme, puesto que era esposa de un francés, para ver si podía conseguir mi libertad. Fueron estas monjas de una ayuda extraordinaria para todas nosotras.

Un día que acababa de cumplir tres días de castigo en celda incomunicada, estando todas las presas formadas, un guardia llama a Ángeles Mora. El director pide que me presente a su despacho. Me dice: “Está usted en libertad”. Yo no hice caso pero él me enseñaba una orden telegráfica y yo no quería salir, tenía miedo a que se me aplicara la ley de fugas. Pero salí, salí en libertad. Era cierto. ¡Estaba libre!

Tomé un tren pequeñito que circulaba de Durango a Bilbao. Bajé del penal con un abrigo muy largo y me di cuenta que la moda había cambiado. Con mi maleta y con lo que pudieron coleccionar mis compañeras, pude comprar el billete. En el tren todo el mundo me miraba, y decían: “Pobrecita, ¿viene usted del penal?”. Yo no sabía qué contestar, pero lo confirmé. Se levantan un hombre y una mujer y fueron a pedir en todos los asientos del vagón recogiendo comida y dinero; yo no me atrevía a cogerlo y me insistían: “Eso es para usted, para que pueda comer los primeros días”. Llegué a Bilbao, y al apearme, un señor del vagón dijo: “Espere”. Y con otro hombre me cogieron los paquetes y me llevaron a otra estación donde hacía cambio para llegar al pueblo de mi tío. Al pasar delante de una gran casa de aspecto señorial me dijeron: “Entre”. Me introdujeron en la portería y me sirvieron un tazón de leche con chocolate y bizcochos. Yo no podía probarlo, tanta emoción me daba el ver cómo desde que salí del penal fui protegida por una verdadera cadena de solidaridad. Lloraba, pero no podía comer. Me compraron el billete en la estación. Otro grupo de personas me trajeron plátanos y en un papel una cantidad de moneda que habían recogido entre algunos, y cariñosamente me dijeron: “¡Buen viaje!”.

Cuando llegué a Zaia, en casa de mi tío nadie me esperaba. No me conocían, solo me conocían por mi madre que estaba en el penal. Un hijo que estudiaba para cura había ido voluntario al frente y había muerto defendiendo la República.

Fui acogida con un inmenso cariño y toda la casa se llenó de gente que quería que les explicara todo. De Zaia me marché a León, pero allí la familia solo me acogió porque era hija de su hermana. Solo se hablaba mal de los rojos. Cuando estalló la guerra en Francia deseaban que los alemanes aplastaran a todos los franceses. Yo

sufría tanto moralmente que prefería el penal a seguir viviendo con ellos. ¡Cuánto echaba de menos a mis camaradas! No podía soportar más aquel ambiente de odio hacia nosotros, sus montones de comida y su frialdad.

Me marché a otro pueblo de León a casa de otra hermana de mi madre. Yo pensé: “Aquí tienes tú que trabajar para ganar la confianza de estas gentes sencillas y buenas”. El pueblecito no tenía más que treinta familias. Organicé clases de adultos. Por ellos tuve relación con los padres y me invitaban y querían que les explicara lo que había visto en la cárcel. Yo había presenciado el asesinato de un niño delante de su madre; lo cogieron por los pies y le machacaron de un golpe la cabeza contra la pared. La madre se volvió loca y pasaba las noches gritando. Y todo lo que había sucedido: cómo detenían a las mujeres. También supieron que yo iba a Astorga, donde estaba preso mi padre desde el final de la guerra. Lo habían martirizado y destrozado. Cuando me disponía a marcharme para visitarlo me trajeron comida y dinero. A continuación todos los meses me daban dinero para la cárcel, que yo enviaba, y que no solo estaba destinado a mi padre.

Un año después me fui a Elche, de donde soy nativa. Después de muchas peripecias mi marido pudo saber mi dirección, me reclamó y pasé a Perpiñán. Al cabo de dos meses conocí a Raúl y el camarada Agudo vino a vernos y nuestra casa fue el punto de apoyo para la Resistencia, donde Raúl se hacía pasar por cuñado mío. Mi marido trabajaba en una panadería de noche para sacar sacos de pan para el campo de Rivesaltes. Dormía dos horas, trabajaba más horas para ganar algo de dinero y participaba, además, en actos de sabotaje y otras tareas de la Resistencia. Nuestra casa fue, hasta la liberación, el punto de apoyo de la dirección política de la Resistencia. Imposible nombrar a todos los camaradas que conocí.

También confeccionamos *Mundo Obrero*, y se copiaba a mano para algunos lugares. ¡Cuántas noches nos hemos pasado Raúl y yo copiando y confeccionando *Mundo Obrero*! En nuestra casa se hacían diversos materiales y el paso de guerrilleros. Yo vivía casi como una reclusa, no podía tener contactos con nadie. Siempre vigilando y siempre en peligro.

Ángeles Mora, hoy residente en Perpiñán, fue y es una gran luchadora. Su testimonio es corto, su vida revolucionaria es muy larga. Pone punto final en la Resistencia francesa en la segunda guerra mundial, pero ella continúa la lucha —española— donde el régimen fascista de Franco sigue con la represión brutal contra los antifranquistas que luchan por la libertad de su pueblo. A Ángeles y a su compañero los tenemos entre nosotros. ¿Cuántas veces han traspasado la frontera, muy responsables de su trabajo, con temor, con un nudo en la garganta? No era por miedo a ellos, sino por el camarada responsable que tenían que pasar en el coche, dirigiendo su partido, clandestinos en España.

Recuerdo un sábado que venían a recoger al camarada Narciso Julián. Había salido de la cárcel de Almería y tenía que acudir a la reunión del Comité Central que se celebraba en Francia. Cuando les encontré en la cita convenida, tanto Ángeles como su compañero tenían un gran disgusto. A unos kilómetros de Barcelona tienen avería en el coche y no para un rato sino un par de días. Ellos llegarían por sus propios medios a Barcelona, pero sin coche. A Narciso le tengo en otra cita distinta,

pero no les llevo a ella pues pienso que si ellos no se lo van a llevar no es necesario que se conozcan. A los camaradas que conozco que tienen coche no les encuentro, es sábado y se fugan de la capital los fines de semana. Narcí está nervioso, tiene cita con otros camaradas en Perpiñán. ¿Llegará?

Al fin consigo un Seiscientos viejo y destartado. Los camaradas propietarios del mismo me dan las llaves y nos desean suerte. El coche tiene que estar al día siguiente en la misma esquina que se ha recogido a las nueve de la mañana. Recogimos a Narciso y, aquel Seiscientos destartado, echando humo, llegó a la cita y al día siguiente de nuevo en Barcelona.

Relato esto para los que están lejos de lo que ha sido el rigor de nuestra clandestinidad. Sepan que pese a todo, e incluso el miedo, hemos continuado la lucha. Ángeles y su compañero se han expuesto cientos de veces en el paso de fronteras. Yo les recuerdo con cariño como camaradas y amigas.

LA DINAMITERA

A Rosario la conocí en Durango a nuestra llegada, pues fuimos en la misma expedición pero en distinto vagón. Entre las jóvenes no pasaba desapercibida por la falta de su mano. No tenía prejuicios por ello; más bien, para ella, era una especie de aureola de militar mutilado en el campo de batalla. Con frecuencia se la veía en grupos de jóvenes contando cómo fue. Entre las personas mayores, que teníamos muchas, encontraba incompreensión. La mentalidad de aquellas mujeres, que no habían salido de sus casas, ahora la habían tenido que abandonar para compartir, al igual que el hombre, las cárceles franquistas. El motivo: no haber aparecido el padre, el esposo, el hijo, el hermano, e incluso en algunos casos, el novio.

Hoy, después de 39 años, nos encontramos en Barcelona en unas jornadas sobre la guerra de España y, como es natural, aunque le pagaban un hotel, ha estado en mi casa. Ha visto el trabajo que estaba haciendo y me ha dicho: "Tomasita, dame el magnetófono. Yo también quiero hablar..."



Rosario Sánchez Mora, *la Dinamitera*, en Barcelona durante las jornadas sobre la guerra civil en España.

Me llamo Rosario Sánchez Mora, soy de Villarejo de Salvanés, de la provincia de Madrid. Mi padre tenía un taller donde se fabricaban los carros y las galeras y todos los aperos de labranza. Viví en el pueblo con mis padres hasta los 16 años y luego me vine a Madrid, en el año 35, a casa de unos amigos que me habían cuidado cuando murió mi madre. Mi padre consintió que me fuera con esta familia a condición de que aprendiera el oficio de modista. Esta familia prometió a mi padre que así sería y me vine con Carmen. Vivía en la calle Noviciado 8 y allí viví desde el 35 al 36, que empezó la guerra.

Por las tardes, en Madrid, nos íbamos Carmen y yo con los niños a darnos un paseo por la Moncloa y por aquella zona hice amistad con chicos y chicas que pertenecían a las JSU. Un día me dijeron: "¿Por qué no perteneces a las JSU?" "¿Y qué es eso?" pregunté. "Pues mujer, es la Juventud

Comunista y la Juventud Socialista, que están unidas”. Y me dieron alguna explicación. Yo dije: “Mi padre es republicano”. “Pues entonces no le importará”. “Ni a mí tampoco, a mí me gustaría pertenecer a las JSU”. Y así me di de alta.

El círculo lo teníamos en la calle del Acuerdo, por los alrededores de Noviciado; cuando estalló la guerra yo tuve las primeras noticias en el grupo de Aída Lafuente. Fue de noche, vivía muy cerca del Cuartel de la Montaña y ni Carmen ni Fermín me dejaron acercarme por allí por si corría algún peligro. Yo era muy joven, tenía diecisiete años.

No puedo presumir de que estuviera enterada de lo que pasaba. Era nueva en las JSU y no había llegado a comprender la política. Las explosiones que se oían desde casa eran muy fuertes y decían que era en el Cuartel de la Montaña. Cuando pude me fui al grupo de Aída Lafuente; lo vi todo muy revolucionario: los muchachos iban de arriba abajo recibiendo órdenes para saber qué debíamos hacer. Aquel mismo día la lucha estaba por varios sectores de Madrid y se pedía ayuda con mucha insistencia en Somosierra y Guadarrama. Entonces, aún sin darme cuenta de los riesgos y lo que estaba ocurriendo, pregunté: “¿Puedo ir yo?”. “Sí, puedes ir”. “Bueno, pues apúntame”.

Cada camión formaba su propia compañía. Yo me quedé con los muchachos con los que iba en el camión, formaron la compañía y me dijeron: “No te vayas de nuestro lado, nosotros te cuidaremos”. Yo no tenía ningún miedo de los chicos, no veía agresividad de ninguna clase por parte de ellos, tengo un recuerdo maravilloso de aquellos muchachos que luego uno a uno cayeron, creo que todos. Teníamos aproximadamente la misma edad, entre diecisiete y diecinueve años. Así se formó nuestra compañía, sin comprender muchos de nosotros qué era una guerra. Nada más llegar allí nos dieron un fusil. Yo, ¿de qué iba a saber manejar un fusil! Nos dieron un sitio para practicar. Recuerdo que nos dieron unos mosquetones muy rudimentarios, me parece que pesaban siete kilos, y yo no sabía por dónde cogerlo. El mosquetón era una pieza ruínosa, decadente; no había otra cosa. Esas piezas de museo defendían nuestras libertades. Los que habíamos formado compañía en nuestro grupo de jóvenes, éramos muchos, disparamos durante unos cuantos días. Nos llevaban la comida, no salíamos para nada de la trinchera, no teníamos relevo ni descanso. Pero no sabíamos nada de organización. La comida la traían cuando les parecía o podían, no había horas para comer ni para dormir, y así durante tres o cuatro días. A nosotros nos tocó la *pedra del alemán*. Mucho se ha hablado de la piedra del alemán porque se hizo famosa y se toma a honra el haber disparado en ella. El tiempo que me tocó estar en la trinchera fue donde más estuve; mucha gente murió en ella, mucho se defendió por su estrategia: era un montículo de pedruscos, no había hierba sino tierra árida y estaba cubierto por una pequeña pared que separaba las medianerías de los propietarios de aquellas tierras, y esta pared defendía muy bien las cabezas de los combatientes porque tenía muchos picos, como un bordado desigual.

Por iniciativa de algunos de los muchachos mayores empezamos a hacer las guardias de noche, por turnos de dos horas. Yo hacía las guardias como los demás. Había un grupo de tres o cuatro chicos que eran enemigos de que la mujer hubiera ido a la guerra y trataban de mortificarme; querían probar la resistencia física que yo tendría en unas horas de guardia en un parapeto. Entonces me pusieron varias noches, en el mayor peligro, en el parapeto de primera línea de la famosa piedra del alemán. Y esto, para mí, era una responsabilidad que ellos no podían suponer: la fuerza que yo

adquiría con ello. Si se me cerraban los ojos, yo sacudía la cabeza con todas las fuerzas y volvía a abrirlos. Siempre estaba cinco o diez minutos más de lo que me correspondía; después llamaba al chico que debía relevarme. Empezaron los chicos a quitarse la desconfianza que tenían de las mujeres. Como toda joven, era coqueta, pero en la guerra me peinaba para peinar me pero no para coquetear. Nos respetaban como chicas controladas por una organización, no nos habían encontrado en cualquier parte, sino que ya éramos compañeras de ellos. Llegó el momento en que se pensó en quitarme de las trincheras para incorporarme al cuerpo de dinamiteros, si yo estaba de acuerdo. Era muy peligroso también, pero no tenía que hacer las guardias de la noche y no estaba tampoco ya en primera línea; era entre Buitrago y Gascones, una casucha vieja, ruinosas, que la cogimos para hacer un pequeño polvorín —por llamarlo de alguna manera, porque con tan pocos materiales no se le puede llamar *polvorín*...—. El grupo que pertenecía a dinamiteros tenía allí la dinamita y allí se fabricaban las bombas, junto a las primeras líneas, a unos cinco kilómetros. Mi destino fue trabajar junto a los dinamiteros fabricando bombas de mano con botes vacíos de leche condensada, tornillos, clavos, pedazos de cristal, metralas viejas; con todo esto y dinamita revuelta se fabricaban bombas.

Estábamos a las órdenes de un hombre que era capitán, un asturiano que se llamaba Emilio González González; era de Sama de Langreo (Oviedo), era minero, sabía manejar la dinamita muy bien. No nos dejaba que tocásemos los fulminantes porque era lo más peligroso, es lo que hace disparar la bomba. Entonces el fulminante y la mecha lo tocaba él, lo apretaba con los dientes para cerrarlos, no sé si por falta de herramientas o porque estaba acostumbrado así. El fulminante es un trozo de metal hueco que lleva la mitad de explosivo y la otra mitad vacía, donde se mete el pedacito de la mecha y luego se cierra para aprisionar la mecha. Entonces este conjunto de mecha y fulminante se mete dentro del bote, se aplasta un poquito con muchísimo cuidado y ya está hecha la bomba.

Ese era el único material que teníamos para defendernos junto con el mosquetón; no teníamos ni una ametralladora. Más adelante nos trajeron una y un mortero a cada compañía, pero en aquellos momentos solo teníamos el mosquetón y las bombas de mano. La probamos allí mismo, detrás de la casa. Un día estábamos probando unas mechas que se dudaba si eran o no rápidas, mojadas o no —la mecha si está mojada arde por dentro y por fuera no se nota—. Cuando está normal la mecha, con la uña del dedo pulgar se aprieta y cuando te quemas sueltas dos dedos más de mecha, o sea, tres centímetros aproximadamente, le das para que vaya ardiendo y cuando faltan los tres centímetros tienes que lanzar la bomba. Y estábamos haciendo estas pruebas, no con una bomba sino con un cartucho de dinamita para saber si podíamos trabajar con la mecha y me estalló la mía en la mano. Y así la perdí.

Al ingresar en el hospital me recortaron lo que me había quedado de la muñeca; la mano se había disparado con la dinamita, voló entera, no la vi, ni siquiera me enteré. Solo sé que me quedé con un pedazo de hueso, saliendo sangre por las venas; me desfallecía, me desangraba y me cogieron los compañeros. Un camarada mayor que yo, que se llamaba Toquero y era de Fuentelsar —que se exilió en México—, se arrancó las cintas de las alpargatas, me hizo con ellas un torniquete en el brazo, me cogió en brazos, se puso en mitad de la carretera a parar un coche y el primero que pasó, paró y nos llevó a Buitrago, pueblo del que estábamos a pocos kilómetros. Este

hombre, ya mayor, en el que yo no me había fijado hasta ese momento, tuvo más serenidad que los otros chicos que huían horrorizados para no verme sangrar de aquel modo. En Buitrago me pusieron, como primeros auxilios, la antitetánica y la anti-gangrenosa, y me llevaron al hospital de La Cabrera a hacerme la operación del recorte de lo que había quedado. Allí pasé tres días. Normalmente, después de la primera cura los mandaban a casa.

Y esto era doloroso. Tenías que ser fuerte para ver cómo morían en el hospital de sangre. Cuando los tiros eran en el vientre o en el estómago, la ambulancia los trasladaba porque allí no había medios para hacer operaciones. Este hospital era de la Cruz Roja y se portó maravillosamente. Tampoco había descanso para ellos en las veinticuatro horas del día. Cuando venía un grupo había que atenderles y descansar por turnos en el mismo hospital.

Después de operarme, tuve el honor, y no lo digo como halago hacia mí, de que me visitara Ortega y Gasset por lo que le habían contado de mi comportamiento durante las semanas que yo había estado luchando en primera línea, en la piedra del alemán, así como en la fabricación de bombas.

Ortega me dijo: "¿De dónde eres?". "De Villarejo de Salvanés". "Oye, pues yo paso todos los días por allí. Esta tarde voy a Valencia, ¿quieres algo para tu familia?". "¡Ay, no, señor! No se lo diga usted a mi padre, por favor, ¡qué disgusto se va a llevar!". "Peró, hija", decía él, "si lo tiene que saber de todas formas, ¿no lo comprendes? Es mejor que venga, te cuide y esté a tu lado. Yo mismo le daré la noticia, yo sabré cómo decírselo, verás que poco daño le va a hacer". "Bueno", dije al final, "usted verá".

Esa misma noche se presentaron en el hospital mi padre, mi madre y dos amigos, el rosquillero y otro señor del pueblo. Al entrar, los médicos salieron a recibirle para quitarle importancia y animarle, pero ellos no conocían a mi padre. Este les dijo: "Miren ustedes, lo siento mucho, muchísimo, que mi hija la mayor haya perdido una mano. Tengo cinco hijos más (oye, Tomasita, esto es auténtico). Si mis seis hijos pierden la mano derecha por la misma causa, yo estaré orgulloso". Mi padre no me regañó en absoluto, ni me recriminó nada, sólo me dijo: "¿Cómo es que no me dijiste que estabas aquí?". Mi padre sabía que estaba en Buitrago, lo que no sabía es que había perdido la mano. Me trasladaron a la Cruz Roja de Madrid. La herida de la mano se cicatrizó sin complicaciones. Estuve quince días para reponerme, sin ninguna transfusión, dándome bastantes alimentos, y me dieron de alta. Mi padre me llevó al pabellón de Filosofía y Letras donde habían instalado una casa de reposo para convalecientes. No estoy segura si pertenecía a Izquierda Republicana. Allí permanecí ocho o diez días reponiéndome. Salí de allí porque el frente de la Ciudad Universitaria se estaba acercando.

Yo me encontraba bastante restablecida y me volví a reincorporar a la división, de telefonista del Estado Mayor, en la Ciudad Lineal donde teníamos el cuartel general de la 10ª Brigada, en un hotelito. Allí conocí a Miguel Hernández... Habían pasado ya unos meses y yo seguía trabajando a pesar de la falta de mi mano, y un día se acercó a mí un camarada que era poeta, Antonio Aparicio, con el que tenía amistad, y me dijo: "Oye, trae una poesía para ti un poeta muy bueno". Yo no sabía la calidad de poeta que era, además creí que sería una cosita pequeña como una que me había hecho otro camarada. No sabía la repercusión que podía tener después. El poeta era

ni más ni menos que Miguel Hernández. Por la división pasaron muchos intelectuales de prestigio: además de Miguel Hernández, el hoy premio Nobel Vicente Aleixandre.

A este gran poeta yo no le conocía de nada y me lo presentó Antonio Aparicio diciendo: "Esta poesía la vamos a llevar a la radio, él la va a presentar y tú vas a leer unas cuartillas". A mí me asustó un poco, pero me animaron. Fui por complacerles y también por curiosidad, por saber qué era una radio, pues yo no había visto una emisora nunca, la verdad es que impone muchísimo. Primero leyó él la poesía y luego yo las cuartillas. Durante meses tuve la gran suerte, el gran honor de haber sido compañera de trabajo de Miguel Hernández, cada cual en su trabajo, pero en el mismo recinto. Entonces comprobé que era un hombre sentimental, sencillo, cariñoso, de poquísimas palabras, un poco metido en sí mismo; veía, observaba y sonreía. Siempre tenía una palabra amable para todo el mundo; el pueblo lo adoraba. A los trabajadores, a la mujer, a los chiquillos, a todos; no tenía distinción ni para los de arriba ni para los de abajo; él hacía poesía, él era un soldado de la pluma, con ella defendía a la clase trabajadora, dentro de él había la hermosura del poeta nato. A mí no me conocía, solo sabía que había quedado sin mano al estallarme la bomba. Entonces me hizo el poema "Rosario, dinamitera".

Rosario, dinamitera

Rosario, dinamitera,
sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos de fiera.
Nadie al mirarla creyera
que había en su corazón
una desesperación
de cristales, de metralla
ansiosa de una batalla
sediente de una explosión.

Era tu mano derecha,
capaz de fundir leones,
la flor de las municiones
y el anhelo de la mecha.
Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario,
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario.

Buitrago ha sido testigo
de la condición de rayo
de las hazañas que callo
y de la mano que digo.

¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano porque de ella,
que ni un solo dedo agita,
se prendió la dinamita
y la convirtió en estrella!

Rosario, dinamitera,
puedes ser varón y eres
la nata de las mujeres,
la espuma de la trinchera.
Digna como una bandera
de triunfos y resplandores,
dinamiteros pastores,
vedla agitando su aliento
y dad las bombas al viento
del alma de los traidores.

*A Tomasa Cuevas, compañera de cárcel
y camarada de partido, la muchacha más luchadora:*

Rosario Sánchez
La Dinamitera
Junio de 1978

Yo me sentía en todos los trabajos a gusto porque en todos podía aportar mi grani-to de arena. También estuve unos meses en la guardería de la 46ª División, que estaba en la playa de San Juan. Mi trabajo era de inspección. La guardería pasó a depender del Ministerio de Sanidad y Educación Pública y las enfermeras, maestros y todo el personal fue integrado a este Ministerio. Yo, por ser militar, volví de nuevo a la división, donde me dieron el trabajo más peligroso; todos los días me estaba jugando la vida; el enemigo perseguía las carreteras y la carretera de primera línea estaba siempre abrasada. Me dieron el cargo de correo del frente, y esto es importante, no por mí, sino por la historia de la mujer, precisamente para las *feministas* (esa palabra no existía en la guerra porque nosotras no nos hemos marginado ni entonces ni después). Es cierto que a través de la historia, en general, la mujer no ha estado considerada como igual al hombre, pero ¿es que la mayoría de las mujeres han hecho algo para enfrentarse a defender sus derechos? Hoy se habla mucho de feminismo, pero yo no estoy segura de que ese camino de lucha sea el camino de la igualdad con el hombre: solo luchando codo a codo con él no nos sentiremos menospreciadas. Quisiera que esto quedara como testimonio porque no he sido yo sola la que me he igualado al hombre en aquellos años de lucha; fueron muchas las que cogieron en sus manos los trabajos de los hombres. Mi trabajo no era físico: era valor lo que hacía falta, responsabilidad, cariño hacia tus compañeros, ideal y sacrificios. Pero otras compañeras se responsabilizaban en talleres, fábricas, el campo y puestos administrativos.

Me dieron la responsabilidad de hacer llegar a primera línea el coche del correo del frente, de las cartas de los familiares de todos los combatientes de la división que

mandaban la correspondencia al paseo del Prado número 18, dirección de la división. Me lo daban totalmente clasificado por un servicio de chicas de la división que ya habían hecho ese trabajo. Nosotros teníamos la 10ª Brigada, la 101 y 209. Las tres estaban en el frente de Quijorna. La batalla de Brunete la hicieron muchísimas tropas, pero la 46ª División estuvo bastante tiempo allí, meses, jugándose la vida por un pueblo que unas veces lo teníamos nosotros y al día siguiente lo tenía Franco. Era muy peligroso por los aviones que operaban muy bajo, ametrallaban a cualquier persona o coche que vieran moverse. Nosotros íbamos tres en coche de correos; el chófer, que era un gran hombre, se llamaba Valentín, creo que era de Morata, provincia de Madrid, una persona muy respetable y siempre pensando en su mujer y sus hijos; un muchacho que se llamaba Fita y yo. Quizás habrá quien pregunte: “¿Y para llevar el correo se necesitan tres personas?”. Pues sí, porque Valentín estaba solo para conducir —era su oficio—. Fita recogía el dinero de los milicianos para enviarlos a sus familiares: sabía matemáticas. Él venía solo los días de paga, incluso los días de mucho cisco nosotros queríamos que llegase hasta la primera línea porque los que estaban allí tenían mucha más necesidad de deshacerse de la paga para que llegase a sus mujeres e hijos; en cuanto cobraban deseaban enviar el dinero, siempre pensando que podían caer, y este hombre era el responsable de recogerlo y girarlo a sus familiares.

Un día iba sola a llevar un pequeño correo cerca de un puente donde había camuflado un Estado Mayor y una brigada, me cogió en un descampado, veo un avión que volaba muy bajo. Vi en el suelo una manta y un hombre debajo de ella. Yo pensé: “Me voy a tapar con la manta para que el avión no me vea”. Allí aguanté no sé cuántos minutos que duró el ametrallamiento y no me pasó nada, pero cuando me levanté le dije al de mi lado: “¡Vamos, ya pasó, levantaos!”. Y ¿qué diréis que había debajo de la manta? Cuatro cadáveres, pero no que los había matado ese avión, sino que eran cuatro muertos que tenían allí para recogerlos.

Viniendo del Estado Mayor de la 10ª Brigada, que también estaba por uno de los puentes de Quijorna, estos puentecillos pequeños de las carreteras, donde iba sola todos los días, cogía mis telegramas, periódicos, cartas, y volvía por esa carretera que estaba con frecuencia enfilada por una ametralladora, jugabas a la suerte dentro de la guerra. Pero un día, cuando regresaba con todo debajo del brazo, llevaba las cartas y cosas que debía entregar al coche correo para la clasificación y trabajo de la oficina y al parecer la ametralladora estaba enfilada, el caso es que los disparos casi me alcanzan. Fue la vez que más cerca he tenido la bala. Muchísimas cosas de estas se podrían contar. Esta fue la última vez que yo actué en el frente en la entrega del correo. Relevaron la división nuestra y cada brigada se fue al cuartel. Yo me fui con el Estado Mayor, que se instaló en Alcalá de Henares. Allí hice un trabajo dentro del comisariado. Pertencí al Comité de Agitación y Propaganda de la división. Este fue mi último trabajo. Cuando se fueron las tropas hacia el Ebro, yo me quedé con mis padres en Madrid.

Yo quisiera aclarar que desde que perdí la mano cobraba por clases pasivas; yo seguí en el ejército sin paga, por defender la República. Lo del peligro vamos a dejarlo porque ya se sabe que en una guerra hay peligro en cualquier parte, pero sí quiero referirme a la moral. A tanto como hemos sufrido en ese sentido las mujeres milicianas por el mal trato y el desprestigio que nos han dado algunos sectores de la

sociedad. No supieron comprender que fuimos, exponiendo nuestras vidas, a luchar con ilusión y heroísmo por un ideal noble, porque francamente hemos pasado miedo pero teníamos que defendernos para que Franco no nos aniquilara. Con este ideal una mujer puede ser tan capaz como cualquiera en el puesto que le pongan, y no va a pasar nada malo, porque para hacer cosas feas o cosas malas tiene la retaguardia, donde se está más tranquilo, más cómodo y se gana más dinero (esto lo digo a los que decían que las milicianas éramos unas prostitutas). Yo tenía mis diez pesetas de jornal y trabajé gratis tres años luego. ¿Qué exponía? Yo lo exponía todo y no ganaba nada. El sueldo ya lo tenía, me podía haber retirado el 16 de septiembre del año 37, que fue el día que me estalló la bomba en la mano.

Cuando terminó la guerra, rompí todo lo que pudiera comprometerme para que no encontraran nada si venían a registrar y dejé mi carné del Partido para lo último. Sabes que el enemigo está entrando... y te da un dolor romper el carné... Parece que rompiéndolo ya has terminado con todo y lo dejé debajo del tapete de la mesa. Salí de mi casa dándoles un beso a mi madre y a mi hija. Me marché sin saber para dónde. Me fui a la división para ver si encontraba a alguien que me pudiera ayudar a sacarme hacia algún aeropuerto o puerto de mar, y allí encontré a una compañera que se llama Dora, que era y es la mujer del último chófer que tuvo Valentín, *el Campesino*, Perico. Esta chica y yo nos conocíamos de haber estado bastantes meses en la división. Ella, a ver si sabía algo de su marido, y yo, a ver si podía saber algo del mío; ellos pertenecían, como nosotras, a la división. Pero no había nadie.

Yo entonces tenía muy poco dinero y cuando Dora me propuso el irnos a un hotel yo le dije: "Dora, no tengo dinero". "Yo te lo pago". Me respondió. En el hotel estuvimos un día o dos para no estar en nuestras casas; lo importante es que no nos encontraran. Ella me dijo: "Estate aquí, voy a buscar a unos amigos que tienen un camión y van para Valencia. Estate tranquila, que les voy a proponer que nos saquen a las dos". Dora cumplió su palabra, buscó a la persona del camión y nos llevó a las dos a Valencia.

Llegamos a Valencia y ya estaba repleta de personas que iban hacia Alicante para ver si podían coger el primer barco que saliera desde aquel puerto hacia el extranjero. Yo tenía a mi suegra en Valencia y estuve viviendo con ella unos días. Después estuve también en Alicante, pero la odisea de aquel puerto, las detenciones, campos de concentración, el campo de Los Almendros, los cines, la cárcel, la miseria que teníamos por compañía, de todo te habrán hablado y para qué repetirlo... pero un hecho —de los muchos— no quiero que pase por alto. Recuerdo un señor que sacó su propia cosecha de azafrán, lo llevaba en dos latas de cinco kilos, el hombre fue sacando a puñetazos y cuando lo tuvo en el suelo, con una cerilla, le prendió fuego y les dijo a los de la División Littorio, que fue la que entró en Alicante: "Mirad, ahí tenéis la cosecha del azafrán de mi casa". Yo creo que también este hombre dio un ejemplo de valor.

En el campo de Los Almendros los niños no tenían ninguna alimentación; había una madre que pedía leche para su hijo, y Farinas, el jefe del campo de concentración, que era un gallego malo, un tío fascistón, le decía: "Zorra, ordénate".

Tardamos siete días interminables de viaje hasta llegar a Madrid. Era vergonzoso tal como llegamos. Con las ropas sucias, muertos de hambre, delgadísimos, parecíamos bichos raros. Los guardias nos dejaron en la estación con la recomendación de

que nos fuéramos a nuestras casas: así nos encontramos en la estación de Atocha sin saber qué hacer, qué camino tomar, a las tres de la mañana.

Yo fui a casa de unos conocidos que eran catedráticos, una familia de intelectuales estupenda que se llaman o se llamaban Palacios. Allí pasé la noche; luego peregriné por varios domicilios hasta que en uno de ellos la policía me detuvo y me llevó al pueblo. Me tuvieron más de veinte días; me querían cortar el pelo y dio la casualidad que el día que me iban a pelar me sacó la Guardia Civil para tomarme declaración.

Las presas me estuvieron contando cosas; de las palizas que daban a los hombres, que los dejaban medio muertos para que declararan, la piel de la espalda se les pegaba a las camisas. Los bajaban a los pozos con las manos a la espalda cogidas las muñecas por cuerdas; que los huesos de los hombros se les salían de su sitio y los metían en el pozo con la cabeza bajo el agua para hacerles creer que les iban a ahogar y declarasen y los bajaban una y otra vez.

En Villarejo se mandaba a dos sitios a la gente: unos a Aranjuez y otros a Getafe. La peor era la prisión de Getafe y allí me mandaron a mí. En aquella prisión —y lo saben todos los que hayan pasado— no había retretes; todo había que hacerlo en latas, en las tres o cuatro habitaciones, sin puertas, donde estábamos las mujeres presas. Tanto aguas mayores como menores se hacían en las latas y allí se pasaban veinticuatro horas porque solo una vez por día, a las siete de la mañana, las retiraban. La comida era poca y mala, y lo peor de todo era también la falta de higiene: no había lavabos ni agua corriente para lavarnos; el agua se nos daba en un bote de leche condensada, o sea, un cuarto de litro por persona, para las veinticuatro horas. No se podía pedir más ni para ancianas ni para niños.

Los grupos de muchachas jóvenes —yo tenía veinte años y todas teníamos aproximadamente esa edad— tomábamos un traguito de agua del bote y el resto lo echábamos en una botella para sí alguna anciana o niño tenían sed por la noche.

También era mala esta prisión por el trato del director y su mujer. Eran unos bestias falangistas que constantemente estaban ofendiendo y tratando mal. Estuve allí cinco meses incomunicada con la calle, sin castigo ninguno, solamente porque al llegar había dicho la verdad. Altivamente había dicho que entraba porque había pertenecido tres años al Ejército y que la mano la había perdido por pertenecer a un grupo de dinamiteros. Esto les dio tanta rabia que, sin otro motivo y sin decirme que estaba castigada, no me dejaron comunicar con nadie, no me daban las cartas. No me pusieron aparte porque no tenían ni una sola habitación vacía, pero no me dejaron salir al patio en cinco meses ni un solo día.

Como no me daban comunicación con la familia, cuando las mujeres salían a misa yo me rebelaba y decía que a misa tampoco salía y me quedaba en el petate. Entonces seguían aumentándose la incomunicación. Total, que los cinco meses que me pasé en Getafe, si mal no recuerdo, los pasé incomunicada.

Más tarde se me llevó a juicio, en 1939; me echaron pena de muerte y vine toda entera y tranquila puesto que ya lo esperaba. Los denunciantes eran de mi pueblo y fascistas al estilo de Hitler, así que no me cogió de sorpresa. Cuando vine, unas camaradas que habían recibido un paquete de casa me ofrecieron un pequeño desayuno, dijeron que si quería un poco de chorizo y yo, con humor negro, les dije: “Uy, ¿por qué no me pedirán todos los días una pena de muerte? Así comería pan con

chorizo, que no lo como nunca". Yo no tenía quien me mandase un paquete, excepto si alguien de la cárcel me daba algo.

Ya penada me llevaron a Ventas, que con todos sus defectos al compararla con Getafe era un paraíso. Me metieron en la galería de penadas, y como hay cientos de documentos sobre esta galería me la voy a saltar para no ser demasiado larga. Solo diré que yo estuve en la galería con pena de muerte, y un día, Matilde Landa, que tantas vidas salvó, puede que la mía también se la deba a ella. Por eso no quiero dejar de mencionar aquí que esta camarada estaba pendiente de saber en qué situación llegaba una penada. Salió al pasillo y me dijo: "Oye Rosario, si te llevaran a capilla grita, y grita que no y que no, que tus documentos están en el despacho del director y tienes que firmar treinta años de condena y no tienes que estar en penadas ni en capilla porque no tienes pena de muerte. Nos ocupamos de que firmes para que te saquen de ahí". Lo advertía porque habían ocurrido cientos de casos. Como a mi tío Carlos que, con veinte años de condena, lo fusilaron en las tapias del cementerio de Aranjuez, lo llevaron andando (esto que no se te pase, Tomasita) porque date cuenta, hija, que a mi tío Carlos lo metieron en la cárcel de Porlier y lo juzgaron en las Salesas y cuando volvió a la cárcel traía veinte años de condena; esto se puede comprobar porque era también de Villarejo de Salvanés, Carlos Ayuso, familia de los Santana. Fue la Guardia Civil por orden de Villarejo de Salvanés, lo sacó con no sé qué pretexto, o se pondría de acuerdo con el director de la cárcel, lo llevaron toda la noche andando hasta Aranjuez y allí en las tapias del cementerio lo fusilaron. Y allí hay hoy un panteón donde, entre las personas de izquierda de Villarejo y familiares de fusilados, han recogido los pocos huesos que quedaban de aquellos fusilamientos, que estaban enterrados en fosas, y les han hecho un mausoleo para que estén todos juntos.

Matilde me avisó que mis documentos estaban en el despacho, con treinta años. Esta camarada fue buenísima con todo el mundo pero sobre todo para las penadas de la cárcel de Ventas.

Yo estuve allí unos tres meses, desde septiembre hasta el 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, que salimos en expedición para Durango. De esa expedición no digo nada: unas treinta mujeres de Guadalajara estaban en la estación del Norte, todo el día, hasta que llegamos nosotras, y entre ellas ibas tú, Tomasita.

En Durango, en una sola sala éramos setecientas personas. El rancho era malísimo, dormíamos en el suelo, teníamos que hacer unas colas terribles para podernos lavar con las gotas que caían del grifo. Aquí estuvimos once meses y con otro puñado grande de compañeras pasé a la prisión de Orúe, donde había una celadora que los primeros cubos del rancho se los echaba a los cerdos para alimentarlos y poderlos vender y, el resto, lo repartía entre la reclusión. La comida casi siempre era arroz pasado, muy pasado porque como se hincha mucho da de sí, y era agua y arroz blanco. Así pasábamos unos meses en el Chalet de Orúe, en Bilbao. Desde aquí nos trasladaron a Saturrarán. Esta prisión era un seminario, ¿por qué, pregunto yo, se dejaban quitar esos edificios para hacer cárceles?, ¿es posible que el clero tenga que defenderse algún día de estas acusaciones?, ¿por qué consintió el clero que tantísimo convento y tanto seminario se dedicase a prisiones? Si algún día tratan de defenderse diciendo que ellos no tuvieron la culpa y que Franco se los quitó, se les puede decir que si al clero les quitaron sus casas, sus conventos, seminarios para encerrar presos,

¿por qué llevaban bajo palio a Franco?, ¿por qué fue el niño mimado del clero, durante cuarenta años?

Esta fue mi última prisión y quizá la peor, porque era grave y peligrosa. Tenía un panorama precioso, con unos edificios y pabellones grandes y aireados, con ventanas grandes de horizontes anchos que daban al aire libre y así había mucha ventilación (aunque estábamos igualmente hacinadas porque éramos muchísimas). Esta prisión tenía el inconveniente de que el aire del mar abría extraordinariamente el apetito y la comida era tan mala como en cualquier parte y mucho más escasa. Las mujeres pelaban zanahorias para la comida y una monja se subía en un taburete para que no comieran mientras pelaban ni un solo pedazo. ¿Qué clase de religión era esa?, ¿qué catolicismo hemos tenido en España? Esto es verídico y lo puede decir toda mujer que haya pasado por Saturrarán, porque la que no haya pelado patatas o zanahorias, por lo menos ha ido por allí a ver si las compañeras, cuando se descuidaba la monja, les tirábamos algún pedazo. ¡Cuál no sería nuestra hambre para tener que ir a rondar por sí caía algo! Era muy humano por parte de las camaradas, porque arriesgaban ese puesto con el que tenían la posibilidad de echarse de vez en cuando un trozo de patata cruda o de zanahoria a la boca. Cuando la monja las veía masticando les quitaba el puesto. Las camaradas no solo hacían esto sino que cuando la monja miraba hacia un lado tiraban la zanahoria hacia el lado contrario y como había siempre gente alrededor, puesto que se ponían en círculo a pelar porque la monja creía que así las vigilaba mejor, siempre la cogía alguien.

Esto me gustaría que quedase como testimonio aunque lo hayan dicho otras compañeras, para que podamos coincidir en que esto es cierto. Todo lo que aquí se dice es verdad porque pienso que va a servir para la historia y a mí me gusta que la historia diga la verdad y aún me quedo corta y paso muchísimas cosas de largo porque sería interminable y nadie puede contar y narrar todas las vivencias de la época franquista porque fueron muchos años. No se puede decir en una cinta, si no es de manera abstracta, los hechos que vivimos, y muchos no recordamos porque la vida nos ha atizado muy fuerte. Por ejemplo, yo tengo arteriosclerosis, el riego sanguíneo es muy lento y muchas cosas se me van de la memoria y no puedo recordar. Así creo que le ocurrirá a cada compañera con su testimonio. Hay que tener en cuenta esto y pensar que estos testimonios son infinitamente reducidos de lo que fue la realidad.

De esta prisión me dieron la libertad el 28 de marzo del 42, exactamente el mismo día que ingresé. Estuve tres años justos, muy poco en comparación con otras compañeras que estuvieron tantísimos años...

Cuando se me dio la libertad fue con destierro, y esto es muy curioso. Tengo que agradecer muchísimo a una compañera de La Coruña, y me da mucho coraje no acordarme de su nombre, todo lo que ha hecho por las presas. Me enteré por esta camarada, que era secretaria en la dirección, que me dijo que habían pedido mis informes, que si el pueblo daba buenos informes podría seguir en libertad hacia donde yo quisiera. Y como era de esperar por mi parte —conociendo a mis paisanos— los informes vinieron malos. En el pueblo contestaron que ni desterrada ni al pueblo, que a ninguna parte. Esta compañera de la dirección volvió a buscarme; me dijo lo que ocurría y que iban de nuevo pidiendo los informes, de manera distinta, al mismo tiempo que me preguntó si tenía familiares en Madrid que pudieran dar estos informes. Yo tenía una hermana que tenía catorce años, que había dejado el pueblo pues

ya no se podía aguantar el hambre que mi familia pasaba y se había traído una prima mía a Madrid a servir: era un matrimonio sin hijos que necesitaba una chiquita limpia y de confianza y se habían quedado con mi hermana Aurelia. Le escribí a ella y a mi prima pidiéndoles este favor de estar alertas durante quince o veinte días alrededor de las escaleras porque tenían que ir a pedir informes, como era costumbre en aquella época.

Así que allí fueron. El primer día mi hermana se equivocó diciendo que era mi hermana y dijeron que no valía por ser de la familia, y entonces ella dijo: "Espérenme, voy a llamar a otra persona. Esta señora que vive aquí, que ella informe". Ellos no sabían que era mi prima, a mi hermana le dio tiempo de avisarla y cuando salió a dar los informes le dijo que no éramos de la familia, pero me conocía y respondía por mí. Dio el nombre de su marido en vez de dar el de ella y dieron los informes para la libertad e, inclusive, ir a Madrid y no con destierro. Entonces esta camarada me dijo: "Mira, sales sin destierro pero no puedes ir al pueblo y te aconsejo que no vayas de momento a Madrid". El caso es que me mandaron a León y fui a casa de unos amigos, de una compañera que había estado en el Chalet de Orúe presa también y me ofreció su domicilio. Allí estuve tres meses. A veces llevaba las vacas al pasto y otras a las cabras. Poco podía hacer en una aldeíta de veinte vecinos pero les echaba una mano y no les era tanta carga. A los tres meses yo estaba deseando ver a mi hija Elena y solicité el traslado y me lo dieron.

En Madrid fui a casa de unos amigos —de una compañera también de prisión—, en casa de Rufina Núñez, una muchacha de Guadalajara casada con un muchacho de Madrid, que era una familia de ex presos. Su marido también había estado en la cárcel y tenía cáncer. A un hermano se lo habían matado a palizas en Gobernación. Solo por haber llevado una bandera a ella le habían cortado el pelo. La habían maltratado, dando con sus huesos en la cárcel. Salió un poquito antes que yo y me había ofrecido su casa, que yo acepté por la ilusión que tenía y el deseo de ver a mi hija. Ella se lo dijo a su marido sin ocultar la mutilación de mi mano —que esto me imposibilitaba de momento ponerme a trabajar— y él le contestó: "Que venga a casa, lo que sea de unos será de todos". Con ellos estuve bastante tiempo hasta que empecé a reorganizar mi vida...

LAS MONJAS RECUPERAN SU CONVENTO

De la salida de Durango tenemos una anécdota muy simpática. En una vía muerta había varios vagones de mercancías: no sé si alguno se acordará de que en aquellos primeros años, en todos los vagones, por todos los sitios, se veía el “Franco, Franco, Franco”. Bueno, pues aquellos vagones también lo tenían, pero además debajo ponía “sal de España”. Iban cargados de sal y estaba muy bien puesto, porque parecía que lo hubieran escrito así para que se leyera “Franco, Franco, Franco, sal de España”. Armamos un griterío del diablo diciendo: “Bravo, bravo, eso sí, eso sí”. Los guardias no sabían lo que pasaba y al ver que todas mirábamos hacia las ventanillas, ellos también lo vieron y se dieron cuenta de que se prestaba al griterío la forma de escribir el contenido del vagón. Eso lo debió hacer algún ferroviario con mucho salero.

Salimos de Durango entre las ocho y las nueve de la mañana y llegamos a Santander muy entrada la noche. Los petates los pusieron en un camión; el petate era el colchón donde dormíamos, muy estrecho, no teníamos más que cuarenta centímetros por persona. Con una mano esposada y en la otra algunos enseres personales, nos hicieron subir al Alta, una cuesta tremenda que hay desde la estación hasta donde estaba la cárcel, que también era un convento habilitado de frailes salesianos. Cuando llegamos allá estábamos rendidas después de estar todo el día en el viaje, aquella caminata cuesta arriba y después el acoplarnos para dormir aquella noche; la cárcel estaba muy llena de gente. Lo que no nos explicábamos es cómo no nos tiraríamos en alguna ocasión de las greñas, pues cuando queríamos colocarnos en algún sitio nunca encontrábamos dónde meternos y las propias compañeras nos ponían pegas para acoplar nuestro petate, que era nuestra vivienda hasta no sabías cuándo.

También allí estábamos mezcladas con las ladronas, las comunes, las mujeres de la vida. Al ser una capital, cuando las cogían, si no pagaban una multa subían a pagarla a la cárcel diez, quince o veinte días y todas estábamos mezcladas. La más allegada que estaba allí era Daniela Picazo, una vieja comunista; toda su familia era del Partido. Al marido se lo habían fusilado, a un hijo también y de otro no se sabe si había muerto al final de la guerra, el caso es que lo dieron por desaparecido. Ya en el 17 el matrimonio había estado en la cárcel por unas huelgas que hubo en Madrid y en Guadalajara. La tenían bastante fichada y lo que no comprendí nunca es que a ella no la mataran, como a su marido, pues al estallar el movimiento se movilizó voluntaria y hasta que salieron cocineros para el frente fue a guisar para los milicianos. Estaba nuestra vieja Manuela Letón, que entre su sobrina y yo la teníamos que asear un poco; pues ella, la pobre, ni sabía ni podía. Entre la poca agua que teníamos y a su edad, ochenta y dos años, si no le hubiéramos hecho un poco de aseo no se hubiera podido estar al lado de ella. Llevábamos también a la Consuelo Verguizas; ¡qué buena persona! Tenía mucha amistad con ella; su hijo era un excelente camarada.

Al llegar nuestra comuna a Santander, el grupo de jóvenes nos desligamos; una fue a Saturrarán y otras dos fueron a Amorebieta. Hice bastante amistad con las san-

tanderinas; había muchas, recuerdo a una de esas santanderinas, una mujer de Santoña: le habían matado al marido y se había quedado con cinco hijos. El mayor no tendría más de quince años; ella salía a pescar con el hijo en una barquita que tenían y con eso se mantenía la familia. La detuvieron a ella denunciándola porque había salido a pescar y no había vendido la pesca; ella decía que aquella noche no había salido porque tenía un niño enfermo, pero no le sirvió de nada. Si había salido a pescar y no había vendido, ¿dónde había ido a parar la pesca? Pues a la banda del Cariñoso. Entonces, por haberla dado a la banda del Cariñoso la detuvieron. Era una mujer con mucho temple, muy grandona; le habían fusilado al marido y sabía salir adelante con sus hijos. No la habían visto agachar la cabeza en el pueblo y eso les hacía daño, tenían que humillarla, ¿y cómo? Metiéndola en la cárcel y dejando a sus hijitos solos. Muchas veces la veíamos muy abrumada y con lágrimas en los ojos, pero si entraba alguna monja en la sala, levantaba la cabeza y se paseaba altiva por la sala como si no pasara nada. El mayor salía a pescar con los hombres y le daban algo, un pequeño jornal y algo de pescado con el que mantenía a sus hermanos, o incluso hacía un paquetito a su madre.

Una vez por semana, cuando le tocaba comunicar, como el pobre crío no tenía dinero para venir en el tren con sus hermanos y quería que su madre les viera, venía en la barca. Para esta mujer, ese día era un día de emoción y de sufrimiento porque no sabía si al salir de Santoña hacia Santander les podría pasar algo y aún más, el regreso de Santander a Santoña. Los chavales le escribían enseguida de llegar, pero a su madre no le llegaba la carta hasta por lo menos tres días después, así que la mujer no dejaba de sufrir cada día. Una compañera de la cárcel, cuya familia vivía en el mismo Santander, se ofreció a que cuando llegase el chaval con los niños a Santoña llamase a su casa por teléfono, y esta pobre gente enseguida que recibían la llamada llamaban por un callejón estrecho que nos separaba de la cárcel y el cuartel del Alta, cantando alguna canción, cualquier cosa; nosotras lo oíamos porque nuestras ventanas daban al patio y las tapias de este al callejón, y entonces aquella mujer parecía tranquilizarse: sabía que habían llegado a casa sanos y salvos atravesando el mar entre Santander y Santoña; pero su tranquilidad no era nunca completa porque cada día salía el chaval a la mar dejando a los pequeños en la casa, y ya sabemos todos lo que son las barquitas de los pequeños pescadores. La más pequeñita debía tener entonces cinco o seis años. Yo a esa mujer la admiraba: tenía un temple extraordinario; se la veía alegre al mismo tiempo que sufría y siempre decía: “Esta gentuza a mí no me verá jamás llorar”.

Tendré que decir algo sobre lo que significaba la banda del Cariñoso. Era un muchacho que, como tantos otros, al terminar la guerra se tiró a la montaña. En un principio tuvieron algunos contactos entre los guerrilleros de Galicia, León y Asturias, pero poco a poco fueron desuniéndose y este grupo de las montañas de Santander, capitaneado por Pin *el Cariñoso*, un muchacho valiente, muy valiente y muy audaz, había perdido todo el sentido político que contiene la palabra guerrillero y ya no luchaba contra el franquismo por la libertad de su pueblo, sino por el lucro de ellos mismos. Tenían una organización muy bien montada y traían en jaque a la Guardia Civil de todos los contornos de Santander e incluso al Ejército. En una ocasión hasta llegaron a llevar tropa de Burgos para dar una batida por todos los montes a la caza

de Pin *el Cariñoso* y sus compañeros, pero siempre fracasaban. Se ve que sus cuevas estaban bien adentro de la montaña, donde no podía llegar la Guardia Civil ni los soldados. A los terratenientes no los dejaban vivir, y hacían secuestros y los entregaban sanos y salvos por grandes sumas de dinero. Por ejemplo, hubo un caso en que secuestraron a una chavala de diecisiete o dieciocho años, hija de un ricachón de Santander; la llevaron hasta sus cuevas, vendados los ojos, y Pin observó que algunos de sus hombres se frotaron las manos cuando vieron aquella chavala; inmediatamente dijo: “Al que la toque lo mato”, y lo hubiera hecho. Tres días tuvieron a la chica en la cueva y se portaron con ella admirablemente. El padre aceptó el rescate de acuerdo con la Guardia Civil y con la policía. El dinero lo depositaron en el sitio convenido, que estaba vigilado por la Guardia Civil; los números de la Guardia Civil hacían relevos y el dinero estuvo allí días y días sin que nadie fuese a tocarlo. En uno de los relevos no había guardias a relevar ni dinero, ya se lo habían llevado. Unos minutos antes habían hecho el relevo dos “guardias” del Cariñoso. A la chica la pusieron sana y salva y muy morenita de estar unos días en la montaña de Santander. Cuando la policía le preguntó dónde había estado, les contestó:

—Pues no lo sé porque me han vendado los ojos; lo único que puedo decir es que son unos hombres muy educados, que me han tratado muy bien y que son estupendos, que son todos unos caballeros.

Por decir eso detuvieron a la chica, estuvo con nosotras en los Salesianos. La cárcel estaba llena de mujeres a consecuencia del Cariñoso. Preguntabas cuando llegaba una: “¿Por qué te han detenido?”. “Por el Cariñoso”. “Oye, tú, ¿por qué estás?”. “Por el Cariñoso”. Sitio por donde pasaba, seguro, seguro que después pasaba la Guardia Civil; y como no hablasen claro o dijese algo dando alguna pista, a la cárcel toda la familia; dejaban a los críos solos, si eran pequeños, y si eran un poco mayorcitos también se los llevaban. El caso es que esos campesinos que no tenían ninguna formación política les creían verdaderamente guerrilleros; y así los llamaban, y en todo momento les daban su ayuda; después ellos encontraban la cárcel. Cuando yo llegué, su madre ya estaba allí detenida, en los Salesianos. Era una mujer con una firmeza y con una valentía tremendas. La recuerdo alta, más bien delgada, el pelo muy canoso y siempre vestida de negro. Le preguntaban siempre por su hijo cuando la hacían declarar. La contestación era siempre: “Mi hijo murió en la guerra”, y de ahí no la sacaban.

Yo estaba en una sala grandísima, éramos unas ochocientas mujeres, tenía bastantes ventanas, pero todas daban al patio del mismo edificio y dos a Santander; pero aquello estaba tan alto que Santander estaba muy lejos de nosotros. Teníamos la suerte de tener las ventanas con cristales pudiéndolas abrir cuando queríamos; a causa de eso a veces teníamos discusiones porque hacía frío: unas las queríamos tener abiertas, otras las querían tener cerradas, etcétera, pero la señora María, que así se llamaba la madre de Pin, estaba en una salita frente a la nuestra y sus ventanas daban a la calle, las tenían con madera todas ellas; en la parte de arriba habían dejado como unos cuarenta centímetros, más o menos, de cristal para que diesen luz a la salita. Un día fui a verla porque estaba haciendo un chal precioso y quería que me enseñase el punto; me la encontré subida en un cajón de puntillas mirando a la calle.

—Pero, señora María, por favor, ¿por qué está usted así?, se va a caer; esas tablas no son resistentes y se romperán, se puede hacer mucho daño.

—Sí, hija mía, tienes razón, ayúdame a bajar.

Se bajó y no pasó más.

Cada día las batidas del Cariñoso eran más grandes. A veces de noche, con el silencio, llegábamos a oír tiroteos de lejos y siempre pensábamos que sería por el Cariñoso; otras veces, como teníamos un cuartel enfrente, es posible que salieran a un campo que había frente a nosotros e hiciesen maniobras; pero siempre teníamos el temor de que fuera contra ellos.

Un día trajeron detenida a su hermana, que servía también de enlace, tendría dieciocho o diecinueve años; la muchacha iba hacia el bosque a encontrarse seguramente con algún enlace. La Guardia Civil la descubrió, ella quiso esquivarlos y le pegaron un tiro en una pierna. La traían herida y estaba en la enfermería. Las cosas cada vez se ponían peor para ellos y les cercaban más. Según las últimas detenidas que hubo del Cariñoso habían decidido marchar para América; habían combinado con un barco y tenían los pasaportes y todo preparado para salir. Algunos, por lo visto, se quedaban porque podían marchar a otros lugares de España, pero los de más riesgo se marchaban, entre ellos el Cariñoso. Debió haber algún chivatazo, bien por la gente del barco, que les vendió, o bien por alguno de ellos mismos; no se sabe cómo fue, o por lo menos yo no lo sé. El caso es que en pleno Santander, antes de llegar al puerto, Pin se dio cuenta de que estaba rodeado y que no tenía escape ninguno; entonces se metió en un portal y subió unos tramos de escalera. La policía entró en el portal, y él desde un rellano de la escalera, policía que entraba, policía que se cargaba. Entraron entonces por el inmueble de al lado, por los terrados, y le cogieron entre medias de la escalera, unos por arriba, otros por abajo; él sacudía a los que bajaban y a los que subían, descargó todas sus pistolas, dos creo que llevaba, y algunas granadas. Nosotras oímos el tiroteo de Santander. Debía saber algo la hermana, que entró herida, porque en el momento en que oyó el tiroteo se puso a llorar y se acurrucó junto a su madre, pensando que no habían salido bien las cosas y que era su hermano al que estaban tiroteando: y efectivamente, así era, no se engañaba. El Cariñoso murió, pero murió porque se mató él, no porque le mataran, ni eso pudieron a pesar de tanto policía y tanto guardia civil. El último tiro se lo dio en la sien: tenía un balazo en una pierna, que le había alcanzado un policía. Después los fanfarrones decían: "Lo hemos acribillado a tiros, no era más que un colador". Y la gente decía que no, que era mentira, que llevaba un tiro en la sien y otro en la pierna, y el de la sien se lo había tirado él.

El caso es que ese día murió, que no dejaba de ser, a pesar de lo mal o bien que hiciese las cosas, una víctima más del franquismo. La madre aguantó aquel tiroteo con una firmeza terrible; la hermana era la que estaba más angustiada. Yo no sé lo que pasaría en otras salas, pero en la mía sí lo sé. No hubo nadie que siguiera haciendo la labor que hacía; la que cosía dejó de coser, la que hacía punto dejó de hacer punto, todas las mujeres quedamos inmóviles como si fuéramos estatuas; nuestras miradas solo iban hacia las ventanas que daban a Santander y hacia la puerta frente a la nuestra, en que se encontraba la madre del Cariñoso, porque pensamos que era una batida contra él, no suponíamos otra cosa. Cuando cesó el tiroteo no sabíamos movernos, no sabíamos qué hacer; ¿qué había pasado? Pronto lo supimos; al rato llamaron a la señora María al despacho y estuvo muy poco tiempo. Subió enseguida. Le habían dicho: "¿Ha oído usted el tiroteo?". "Sí, como todas lo hemos oído". "¿Y

sabe contra quién era?”. “No, señor”. “Pues, contra su hijo, le hemos matado”. “No, a mi hijo no le han matado ustedes porque murió en la guerra”.

La superiora, una monja de las oblatas de la peor calaña, era mala como ella sola, la miró de arriba abajo y le dijo: “Acaban de matar a su hijo y no es capaz de echar una lágrima”. “Ya he echado muchas cuando le mataron, pero no me vio nadie echarlas y no serán ustedes los que me vean ahora”.

El director le dijo que se podía retirar y se subió a la sala. No creo que en la cárcel quedase una mujer que no pasara por donde la señora María estaba sentada, y en esos momentos sí que estaba emocionada ante todas nosotras. Unos días más tarde a mí me dijo: “¿Te acuerdas de aquel día que me reñiste porque estaba subida en el cajón? Pues, es que mi Pin pasaba por la calle y me subí a verle”.

A partir de entonces empezaron a traer a la cárcel a las muchachas que trabajaban con ellos, todas jóvenes y muy majas, por cierto; entre ellas venía la que era compañera del Cariñoso; solo quedaron las que últimamente fueron detenidas, que estaban complicadas con ellos; después fueron juzgadas con los hombres que habían detenido también, casi todos fueron penados a muerte, algunos conmutados y bastantes fusilados. La compañera del Cariñoso fue conmutada; quizá por lo avanzada que estaba de gestación.

Estando en aquella cárcel también tuvimos que sufrir las desgracias del huracán y el fuego que hubo en Santander. No recuerdo bien la fecha, tuvo que ser a finales del 41. Mi sala, como ya he dicho, era muy grande y con muchas ventanas, y siempre había alguna abierta, más de una; empezó un día a hacer un viento bastante fuerte y era casi imposible soportar una rendija abierta, por lo que nos apresuramos a cerrar las ventanas bien cerradas. Cada vez rugía más el viento y daba verdadero pánico; estábamos asustadas de verdad, hasta que estalló de tal forma que las ventanas saltaron, se abrieron y los cristales se rompieron. Yo recuerdo que estaba al lado de una de las ventanas y la única reacción que tuve fue echarme al suelo y ponerme el petate encima sin saber qué hacer. Todos los papeles volaban, la ropa rodaba por todos los sitios, las mujeres chillando de un sitio para otro. Aquella sala corría mucho riesgo por lo grande que era y por la cantidad de ventanas que había, y todas se habían roto. No solamente había que salvarse de aquel huracán y salvar lo que pudiéramos, sino sujetar a las mujeres histéricas, porque también las había; y más que nada porque eran muchas del mismo Santander y pensaban en sus familiares, en lo que pasaba y en las desgracias que podía haber en la calle y en sus casas. Nosotras las queríamos tranquilizar diciéndoles que al fin y al cabo en Santander a lo mejor no pasaba nada, que nosotras estábamos en lo que se llama el Alta y allí por poco viento que corra es muchísimo más que abajo. No sabíamos lo que pasaba por otras salas, pero los gritos eran tremendos; todas las mujeres chillaban, se corría de un sitio para otro.

A la monja que pertenecía a nuestra sala la llamábamos *la Zapatonas*; era como un caballo percherón, grande, fuerte, y debía calzar por lo menos un 43; cuando caminaba parecía un macho y además era bruta como ella sola. Por menos de un pitillo te daba con el cazo de la comida en la cabeza; era una mala bestia. Pero aquel día, no sé si estaba asustada o verdaderamente le daba pena la situación en que nos encontrábamos de impotencia, subió y muy amable nos dijo: “Muy tranquilas, muy

tranquilas, no os excitéis; bajad tranquilas las escaleras, no os precipitéis, no os hagáis daño”; y efectivamente fuimos bastante disciplinadas, bajamos las escaleras y nos llevaron a la parte de abajo del edificio. De todas las salas salían las mujeres hacia la escalera; entonces nos enteramos de que en la enfermería había habido algún rasguño en algunas de las enfermas que se encontraban allí; a esta enfermería, que era antes una sala grande, le habían hecho divisiones con tabiques y los tabiques se fueron a paseo con el huracán al abrirse las ventanas. No habíamos hecho más que salir de las salas y ya estábamos abajo, cuando se cayó la cruz que había arriba del edificio, cruzó todo el edificio de arriba abajo, hizo un agujero en la sala y no pasó nada. Como las mujeres ya no estábamos allí afortunadamente, solo quedó un agujero que después se reparó. Abajo no corríamos ya ningún riesgo, había unos pórticos con unos muros tremendos y estaba la iglesia y algunas salas, que al tener ya tres pisos por encima era muy difícil que ocurriese ninguna desgracia. La puerta de entrada también se venía abajo y nos pidieron auxilio para que fuésemos a sujetarla mientras venían con unos palos gordos y apuntalarla. Después se corría por Santander: “¿Cuál es el colmo de las presas?”. “Sujetar la puerta para que no se abra”. No habíamos pensado ni mucho menos en una huida en esos momentos, pero de todas formas, como siempre hay gente que está al acecho de lo que nos pueda ocurrir, ya nos habían advertido que los falangistas se habían apostado frente a la puerta de la cárcel por si aprovechando la situación hacíamos alguna huida.

El cura nos llevó a la iglesia para darnos “ánimos”, sobre todo a las pobres mujeres de Santander. Nos decía: “Hijas mías, tened resignación, hay muchos muertos, muchos, en Santander, y los hospitales están llenos de heridos, no caben ya en los hospitales”. Lo decía con mala baba para todas aquellas mujeres que no sabían nada de sus casas, pero él disfrutaba con eso. Además de ser el cura de allí, de los Salesianos, era también de la antigua Tabacalera habilitada para cárcel. Él era uno de los que sacaban a matar a los hombres y les daba el tiro de gracia. El huracán fue pasando; ya no era tan fuerte, pero a consecuencia de él había habido un cortocircuito, según decían, en una droguería, y eso había propagado incendios por todo Santander. La Zapatones nos dijo que algunas voluntarias fuésemos con ella a las salas para recoger nuestras cosas y tenerlas en orden en caso de que tuviésemos que salir de la cárcel. Eso nos inquietó bastante; porque si nos tenían que sacar, ¿qué es lo que ocurría? Cuando subimos a la sala, que dominábamos todo Santander, quedamos paralizadas al ver aquel incendio. Parecía que todo Santander estaba en llamas. El viento no había cesado aún y se veía cómo se llevaba una viga totalmente incendiada y caía en una casa que se incendiaba inmediatamente. Recogimos nuestras cosas e hicimos los petates; estaba todo preparado por si teníamos que salir. No podían encender las cocinas; comíamos conservas. Estuvimos tres días hasta que el fuego se eliminó totalmente comiendo frío, y sin poder acostarnos porque los petates los teníamos recogidos por orden de la dirección, así que estuvimos tres días sentadas sobre los petates. A las viejecitas se los bajamos a los pórticos y allí estaban acostadas las pobres. En Santander, frente a nuestro edificio estaba el cuartel del Alta, que ya había tomado sus precauciones y nada más ver el primer incendio habían empezado a sacar al campo las municiones: incluso la oficialidad había venido a la cárcel para decir a los oficiales que no tuviesen ningún cuidado, que nosotras está-

bamos a salvo; si en el cuartel ocurría algo no habría ninguna explosión porque todo lo habían sacado al campo. Esto nos tranquilizó, no cabe duda, pero ¿quién podía tranquilizar a las pobres mujeres de Santander que no tenían noticias de sus familias?, y si llegaba aquel pedazo de bestia solo contaba desgracias. Algunas casi siempre estábamos por la sala husmeando qué pasaba por Santander y en alguna ocasión oíamos que desde la pequeña calle, a pesar de que nos separaba un gran patio, hasta las tapias, nos chillaban dando el nombre de alguna de las reclusas para que comunicáramos que en su casa estaban bien.

En uno de los sermones del cura hay una anécdota. Yo la encuentro estupenda, por lo menos. Nos dijo con mucho sarcasmo que hay que ver lo que era la vida, que había caído una cruz de una iglesia que está junto a la Tabacalera y al otro lado de la Tabacalera hay un convento de monjas. La cruz de la iglesia se la llevó el huracán pero no cayó en la Tabacalera, que la tenía debajo, sino al convento de las monjas, y pobrecitas monjas habían muerto dos y había alguna herida. La iglesia estaba llena de mujeres porque era el refugio más seguro en el huracán, y alguien dijo:

—Es que Dios está con los buenos.

Quiso saber quién había dicho eso, pero no lo supo nunca. Yo tampoco sé quién lo dijo. Solo oí la voz, pero la contestación no fue mala. A los tres días se normalizó algo la cosa y, aunque todavía por Santander había pequeños incendios, el huracán había desaparecido. Se dieron órdenes de encender las cocinas y pudimos comer algo caliente; el estómago ya lo necesitaba. El caliente no era ni más ni menos que un caldo, hecho con guisantes, agua y sal; no sé si tendría algún chorrito de aceite, yo no lo vi nunca; lo que sí veía eran los gusanitos que salían de los guisantes y los dejábamos para comérmolos a última hora con un cachito de pan porque eran carne, era la única carne que comíamos. A veces de un petate a otro se preguntaban:

—Oye, tú, ¿cuántos te han tocado?

—Ah, yo tengo cinco.

—Pues, yo tengo tres.

—Jolín, qué mala suerte tienes, yo tengo siete.

Eran bromas; los gusanitos que salían del guisante, que saltaban por encima del agua, no los tirábamos, no, los poníamos en un cachito de pan y nos los comíamos como una cosa privilegiada. Fuera cual fuera, el "menú" que nos daban era un verdadero asco. Era poco y malo. El pan que nos daban era negro como un tizón o amarillento y duro como una piedra; había que hincarle el diente como fuera y gana había bastante; no comprendíamos cómo nos teníamos de pie, sobre todo las que no teníamos paquete, que éramos muchas. Allí en Santander nos salvó que había muchas campesinas a causa del Cariñoso. Les llevaban cada semana el paquete con queso, leche, borona. La borona no sé si todo el mundo conocerá lo que es: son unas tortas que no están del todo cocidas, sino un poquito blandas, hechas de harina de maíz y muy finitas; allá las suelen comer bebiendo leche o migándolas. Cuando tenían el paquete, como sabían que éramos muchas las que no recibíamos nada, solían darnos un tazón de leche alguna vez con un trocito de borona; otras nos daban un poquito de queso. Como algunas no cogían el rancho, aunque era muy malo lo cogíamos las que no teníamos otra cosa; malo o bueno, el caso era echar algo en la barriga. Afortunadamente he tenido la suerte de tener un estómago en que podía echar bom-

bas, y además mucha fuerza de voluntad para comer todo aquello; quizá gracias a eso he sobrevivido.

De aquella cárcel hay varios recuerdos más. De las nuestras, las de Guadalajara, teníamos, ya la he nombrado en otra ocasión, a Consuelo Verguizas; esta mujer que tanto la habían martirizado —mataron a su marido a palos— seguía rodando también con nosotras por las cárceles; tenía doce años y un día, solo por no haber cogido al hijo, del que seguíamos sin saber nada. En una ocasión, por alguien que se escribía con gente de Francia —se habían empezado a recibir cartas de familiares—, intentamos que buscasen a este muchacho por si había salido con las tropas al terminar la guerra; y efectivamente, estando en Santander su madre recibió una carta y una foto de él y su dirección y se pusieron en contacto; desde entonces tuvo noticias de su hijo. Yo no sé si fue el choque de saber que por no haber cogido al hijo había perdido al marido y que ahora el hijo aparecía en el extranjero; no sé qué pasó, el caso es que empezó a trastornarse. Quizá también fuese el hambre, porque la pobre ha pasado...

Estábamos en la misma sala, pero bastante distantes una de la otra. Ella estaba más cerca de la puerta y yo estaba por el centro de la sala, pero de todas formas siempre estaba junto a mí. Era una mujer muy apocada, con muy poco espíritu, siempre se daba a los demás. Era sastra y en todo momento estaba dispuesta a coser algo para las compañeras, a hacer algo para los niños: unos pantaloncitos, cualquier cosa. Ella no tenía a nadie en la calle. Otro hijo que tenía además de este que apareció por Francia se lo habían matado pocos meses después de empezar la guerra, así que estaba solita. Ella sabía que su hijo y yo habíamos sido muy buenos compañeros, muy buenos camaradas; él era un verdadero comunista, muy valiente, muy majo. No sé lo que será hoy, pero entonces yo lo apreciaba mucho por lo que valía. Al trastornarse de esa manera se apoyaba aún más en mí. Algunas noches la compañera que tenía a mi lado y yo nos despertábamos porque notábamos algo encima de nosotras. La compañera era Amparito Postillejo, muy buena amiga mía, una gran compañera. ¡Cuánto le debo y cuánto me ha ayudado en la cárcel y después! La recuerdo con mucho cariño, me gustaría saber de ella, saber cómo está. Nos sentábamos las dos en el petate y le decíamos a Consuelo:

—¿Qué hace aquí, Consuelo?

—Tengo miedo, han ido a buscarme.

Cuando cruzaba por la sala iba casi arrastrándose por el suelo porque decía que le iban a disparar desde las ventanas. Íbamos a coger el rancho y cuando la monja le ponía en su plato el cazo, la miraba y decía:

—Ja, se cree usted que no la he visto; ya me ha puesto usted el veneno.

La cogía, me la llevaba conmigo y le decía:

—Mire, Consuelo, eso no tiene veneno.

—Que sí, que sí, que lo he visto yo.

—Bueno, pues venga, coja mi plato y deme el suyo.

Y entonces lo cambiábamos. Y a Amparito, que estaba al lado le decía:

—Ja, Amparito, tú también, ¿eh?, que crees que no lo he visto; pues ya lo has puesto tú.

Entonces, para que la pobre mujer pudiera comer, yo le decía:

—Mire, ya verá cómo no tiene veneno, que a mí no me quieren matar.

—No, a ti no, pero a mí sí.

—Bueno, pues para que vea que no tiene veneno, vamos a comer las dos de los dos platos —y comíamos cucharada ella, cucharada yo, hasta que terminábamos el rancho—. Así la podía hacer comer muchas veces. Cuando me iba al váter venía detrás; era imposible meterme en él sin ella. Yo entonces tenía, no sé, reparo de hacer según qué cosas delante de ella y le decía:

—Por favor, Consuelo, salga un momento.

—Sí, claro, en cuanto me vean sola... Si no me han liquidado ya, ha sido por ti, si no, a buena hora.

Esto lo consultamos con el médico; hubiera querido que la viese un especialista, que la hubiesen llevado a algún hospital, que la hubiesen puesto en observación. Pero no, estaba con nosotras en la sala y nada más. A mí me dijo la doctora, que era una compañera también presa, que tuviera mucho cuidado porque si estaba tan emperrada conmigo algún día me iba a sacudir.

—¿Y por qué me va a sacudir?

—Porque los locos, los trastornados, a los que más quieren a veces les sacuden.

Yo ni lo creí ni lo dejé de creer, pero estaba un poco alerta siempre.

Un día entramos al váter y yo quería que saliera, y ella que no.

—Consuelo, por favor, no puedo hacer nada con usted aquí, sálgase.

Se ve que se puso un poco furiosa y me cogió por el cuello y me apretó de verdad; menos mal que di una patada en la puerta y, como no estaba cerrada, vinieron unas compañeras, empujaron y me sacaron de allí. Pero me las hubiera visto muy mal, porque tenía una fuerza, unos nervios tremendos. No es que fuese una mujer fuerte, pero se ve que los nervios le hacían tener fuerza en los dedos y ella no se daba cuenta, ni mucho menos, de lo que hacía. Después yo le dije:

—¿Ha visto, Consuelo, lo que me ha hecho?

—¿Quién? ¿Yo? ¿Yo te he hecho eso? No puede ser, hija mía, no puede ser. ¿Yo te he hecho eso?

Y me besaba y acariciaba y me decía:

—No puede ser, mujer, no puede ser, pero ¿estás segura de que te lo he hecho yo?

Un día la encontré muy apaciguada; ya no venía casi por mi petate; estaba sentada en el suyo muy pensativa y de pronto miro, no la veo y pregunto a las chicas:

—¿Habéis visto a Consuelo?

—Pues no, no hemos visto por dónde se ha ido.

Y nada más decir eso cuando, ¡plom!, un golpe en el váter. Vamos corriendo y Consuelo se había querido colgar con los cordones de la faja; pero estaban tan gastadillos que nada más colgarse se rompieron; se hizo un poco de daño en el cuello y nada más. Todo eso lo teníamos que soportar sabiendo que se podía poner remedio a esas cosas si la dirección de la cárcel hubiese querido; porque esa mujer podía estar internada en un hospital; no era ninguna asesina. Fuimos a reclamaciones; fuese lo que fuese, todas se las llevaba el viento.

Los días corrían haciendo labores para poder ganar un poco de dinero y sacar lo que nos pertenecía del economato y para que algunas, las viejecitas, lo pudieran sacar también. Y las que no tenían nadie fuera que las pudiera atender. Hacíamos bolsas de saco con flores bordadas muy monas, hacíamos ramitos de violetas con los trocitos de pan que nos daban las campesinas, que era tan blandito; nos sacrificábamos sin

comernos ese pan y con la miga hacíamos violetas; después las teñíamos y quedaban ramitos muy bonitos; nos encargaban muchos desde Santander para ponerlos en las solapas de las chaquetas o de los abrigo. Otra de las cosas que me gustaba hacer era estuches de papel; se hacían con papel de barba cortado a lo largo en tiras de un centímetro; se cogían cuatro tiras, se entrelazaban los trozos y se hacían, nosotras los llamábamos *clavos*; llevaban un dibujo, se hacían estrellas y después se iban uniendo, haciendo el dibujo que te pareciera a tí, y se formaba un estuche; por dentro se forraba de tela y por fuera lo pintábamos con goma laca y alcohol, y quedaba un color como de madera, de caoba, muy bonito; esto lo pagaban bastante bien. Costaba mucho hacerlos pero a mí me gustaba hacer aquellos estuches.

El tratamiento que la doctora había dado a Consuelo parece que la iba mejorando, y la que iba empeorando era yo con lo que trabajaba —claro, no dejaba de hacer cosas para poder ganar un poquito de dinero—, todos los nervios que me había producido la enfermedad de Consuelo, y que salieron Amparín y muchas de las que me ayudaban con la borona, la leche y el quesito, sobre todo la familia Campos—Cueto. Haciendo una flor me pinché un dedo y se me infectó; tuve que bajar a la enfermería. Doña Pepita, que así se llamaba la doctora, me había tomado bastante aprecio, me dijo:

—Mira, aprovechando que el dedo lo tienes malo y que tienes un poquito de fiebre por la infección, te voy a meter en la enfermería porque estás que das asco; y además te voy a dar un consejo. Donde quiera que vayas, en cuanto sepas que en la enfermería hay calcio, bájate a inyectar, apúntate para el calcio, porque eres joven, no comes y no sé que va a pasar contigo, como con muchas otras.

Estaba haciendo una de esas cajas en la cama, en la enfermería, y entró el cura a vernos; se quedó encantado al ver la caja que estaba pintando; ya estaba adornada, era tan bonita que me pidió que le hiciese una. Mira tú, al cura le iba a hacer yo una caja con la simpatía que le tenía. Entonces, comentándolo con las compañeras, dijeron:

—No sé, sería cosa de pensarlo, ¿sabes? Porque hacérsela gratis, eso de ninguna manera; y cobrarla, no te la va a pagar.

—No la voy a hacer —les decía yo—. No hago al cura una caja.

Entonces pensamos algo. Mejor dicho, no lo pensé yo, lo pensó una compañera y propuso que le dijese que sí, que se la hacía, pero debería pedirle papel como para hacer tres cajas, alcohol como para pintar tres cajas y goma laca igualmente; o sea que haría una caja y nos quedaría material para hacer dos que nosotras podríamos vender. Lo hice; con muy mala uva, pero lo hice.

De Santander salió en libertad la vieja Letona. ¿Dónde iba a ir ella sola, pobrecita, por esos mundos, hasta llegar a su pueblo? No tenía a nadie que fuese a recogerla. Pero en todos los sitios hay gente buena. Había una de las reclusas que tenía un sobrino, hijo de una hermana, que estaba haciendo el servicio militar en Alcalá de Henares y en esos días estaba de permiso en Santander. En la comunicación que tuvo con su hermana le pidió si el chico tendría algún inconveniente en llevar hasta Alcalá a la vieja, que nosotras avisaríamos a alguien de Guadalajara para que pudiesen ir a recogerla. El muchacho no solamente dijo que sí, que la llevaba, sino que pidió la dirección de Guadalajara donde poderla dejar a fin de que no tuviese que bajarse del tren en Alcalá y volver a coger el tren para Guadalajara. El muchacho la acompañó hasta nuestra tierra. Pobre vieja, nunca más supe de ella; solo que había llegado bien.

En una expedición que vino a Santander también venía Gloria Nolasco, amiga mía, que también era comunista. Se había casado con un camarada nuestro que era dirigente de la Juventud. Tuvieron un niño durante la guerra, hacia el 38 o por ahí. Cuando terminó la guerra él no había aparecido por ningún sitio; no se sabía si había muerto o si había salido al extranjero. A ella la detuvieron. Con el niño estuvo algún tiempo en Guadalajara y después su madre se lo llevó. Volví a encontrarla en Santander otra vez con nosotras. Venía muy enferma del pulmón, tenía hemoptisis con bastante frecuencia; pero a pesar de ello muy pocas veces estaba en la enfermería. Su madre, la pobre, se esforzaba por mandarle paquetes todos los meses, cosas que le pudiesen durar todo el mes: galletas, leche condensada, chocolate.

No podemos decir solo las dificultades que hemos pasado, también recordamos los ratos que, olvidándonos de todo, eran alegres y disfrutábamos como locuelas — así nos decían las viejecitas: “Hijas mías, estáis locas”—, pero también ellas dejaban por un rato sus malos recuerdos y lo pasaban bien.

Teníamos un coro de canciones regionales, tan ricas en nuestra geografía, que gentes de Santander subían al callejón del Alta, entre el cuartel y el convento, para oír cantar a tres voces a las presas de los Salesianos; siempre teníamos que tener en la puerta *la escucha* para, si venía la monja, cerrar el pico; todo su afán era llevarnos

al coro de la iglesia, pero ahí no entrábamos. La fiesta de la Merced que pasé en Santander fue famosa: hubo de todo, lágrimas, canciones, alegrías.

Muchas mujeres vinieron ese año al penal. Hacía años que no estaban cerca de sus tierras, eran asturianas, algunas se habían dejado niños muy pequeños, que por falta de medios económicos, ni por foto les habían visto. Entraron con el letrerito con su nombre colgado al pecho. Fueron momentos de emoción, difíciles de olvidar. Con la música del himno de Santander y la letra que alguna compañera compuso, era muy bonita, recibimos a nuestros pequeños. Los niños al principio estaban asustaditos, pero les habíamos preparado juegos y hecho algunos juguetes, les organizamos una gran fiesta y lo que pudo ser un día de lágrimas se convirtió en alegría; no faltó ni la banda de música con sus trajes hechos de saco aprovechando los que venían en los paquetes como envoltorio, con sus chisteras de cartón, como se puede apreciar por la



La del tambor, Rosario *la Pelirroja*. A su izquierda, Enriqueta, Andrea Campos -la primera de pie a la izquierda- y varias compañeras de la cárcel de Santander en la fiesta de la Merced, 1941.

foto. El único instrumento musical es el tambor, que si no recuerdo mal nos lo dejaron los militares del cuartel de Alta. Lo lleva Rosario. Una santanderina pelirroja, muy guapa, a su izquierda; el contraste, una morenita muy graciosa, Enriqueta; Andrea, arriba la primera de la izquierda, una montañesa muy joven y fuerte. Del resto recuerdo sus caras amigas, pero no sus nombres, y pueden creer que lo siento.

También en Santander conocí a una excelente camarada, Julia Valverde; siempre la recuerdo con gran cariño. Tampoco tenía ayuda de nadie pero nunca se lamentaba. Era más bien bajita y estaba delgadísima. Su cara no tenía un color definido, entre verdoso y amarillento. Era seguro que su hígado o vesícula no funcionaban, pero no se quejaba nunca.

Algunas de las que más amistad teníamos con ella la llamábamos a causa del color de su cara *Pimpollito Aceitunero*. A ella le hacía gracia; tenía un temperamento agradable. Era tranquila, de muy pocas palabras, pero siempre dispuesta a ayudar a las compañeras, y lo hacía de tal forma que ni te enterabas. Cuántas veces a otras y a mí nos había ocurrido el ir a una compañera enferma, a preguntarle si tenía ropa para lavar o si quería algo que pudiéramos hacerle y nos decía: “No, gracias, ya ha venido Julia”. Estaba muy preparada políticamente. Pero en las charlas del Partido, ella dejaba hablar a las que presumían de dirección. Cuando intervenía ella, hablaba el Partido, pero sin darse ninguna importancia.

Iba por todos los sitios como una hormiga, no se dejaba sentir. Yo solo sabía de ella —y pasábamos buenos ratos juntas— que había trabajado en el metro de Madrid. Al quitar la cárcel de los Salesianos, me dijo:

—¡Cuánto me gustaría seguir tu amistad! A ti hay que pulirte.

No comprendí bien lo que me quiso decir con esa palabra. Me dio la dirección de Madrid donde iría al salir en libertad. Cuando salí, fui a ver si ella también había salido y la encontré, pero ¡qué mal de salud estaba, qué pena me dio! Yo iba desterrada a Barcelona y sabía que no la volvería a ver más. Le pregunté qué había querido decir con eso de *pulirme* y me dijo:

—Olvidalo, tengo un pie aquí y el otro en el cementerio. Yo quería ayudarte a ser una gran política. Eres joven y buena comunista.

Ella tendría, quizá me quede corta, quince años más que yo. Años después me enteré que murió, cuando volví a Madrid y fui a esa misma casa. Después, por un camarada, Esteban Díaz, también del metro, que con ella y algunos más habían sido fundadores y de la dirección del Partido en el Metropolitano de Madrid.

En el testimonio de Carmen Chicharro se confirma lo que fue Julia Valverde.

Me he enterado por ella que fue una gran compañera, una camarada que vivió y luchó por el Partido; según tengo entendido murió prácticamente sola. No era capaz de pedir ayuda porque, según ella, en esos años todos la necesitaban. Ella era una más. Siempre he recordado y recordaré a Julia, *Pimpollito Aceitunero*.

Esta cárcel también era habilitada. Era un convento de los Salesianos y también estaban pleiteando con el Estado para que se lo dejasen explotar como colegio, como siempre había sido, y también lo ganaron; entonces nos llevaron a distintos penales. A las que no estaban juzgadas, como las del Cariñoso y algunas más, las trasladaron a la Cárcel Provincial de Santander, y todas las restantes fuimos a distintos sitios. A mí me tocó ir a Amorebieta; ¡vaya un penal que me tocó en suerte! Las que iban a

Saturarán decían que era mucho peor, así que todavía tenía que darme con un canto en los dientes.

En una de las expediciones que llegaban a Santander conocí entre muchas mujeres de todas las regiones —pues ya iban quitando conventos habilitados para cárceles— a las hermanas Montoya, Maruja e Isi. Estaban detenidas desde el principio de la guerra. Eran de Melilla; una familia muy castigada por el franquismo.

Marujita tenía una dulzura especial para dejarse querer: en cuanto hablabas dos palabras con ella ya te había ganado. Tenía un defecto físico, era jorobadita, y esa opresión que sufría entre el pecho y la espalda era la causa de una bronquitis crónica con ataques de asma. Tenía una cara preciosa y su cabeza la adornaba con dos preciosas trenzas de pelo negro al estilo Katiuska. Isi era muy mona pero no tan bonita como su hermana y tampoco era tan comunicativa. Muy buena compañera y muy unida a su hermana, por la que sentía un gran cariño.

No estuvieron mucho tiempo en Santander, iban de paso para Gerona, contentas porque les habían dicho que aquella cárcel era de las mejorcitas. Años más tarde, las volví a encontrar en Barcelona pero ya en libertad. Seguían los pasos de la clandestinidad al mismo tiempo que trabajaban para subsistir.

Marujita volvió a caer en el año 58 en el expediente de Núñez. Muy mal lo pasó en los calabozos de Jefatura de la vía Layetana a causa de su bronquitis crónica y el asma. Salió absuelta y unos años más tarde murió. Quien haya conocido y tratado a Marujita la tiene que recordar con cariño como la recuerdo yo.

OTRA DE LAS MENORES

También de la cárcel de Ocaña llegó una de las menores de Madrid, pero esta amiga tiene la suerte de vivir y ella misma nos habla...

A María del Carmen Cuesta la conocí en Santander. Era una de los tantos cientos de presas que había en el convento de los Salesianos. No tuvimos mucho trato: ella estaba en un piso y yo en otro. Solo en mi sala éramos más de ochocientas mujeres.

Muchos años después nos encontramos en Valencia. Estaba con gripe y con fiebre, pero es tanto el deseo que tiene de que los testimonios vivos salgan a la luz que se esfuerza en relatarlo aunque no se encuentre bien. Da gusto conversar con ella por la dulzura que tiene al hablar. Ha puesto tanto amor y tanto esfuerzo al relatar el testimonio que lo ha revivido, y varias veces se ha interrumpido para llorar diciéndonos: "Perdóname, Tomasita, no lo puedo evitar". Yo tampoco lo estaba pasando bien. Nos acompaña su madre, que también dedica unos párrafos con una anécdota la mar de curiosa.

Hace aproximadamente seis o siete años se pasó por la televisión una película, que tú habrás visto también, con el título de *Fahrenheit 451*. A mí me causó un impacto tremendo porque, si tú recuerdas el tema, sabes que la trama es de un país represivo, donde hay una dictadura tremenda hacia la cultura con un cuerpo especial de bomberos que se dedica a la destrucción de todos los libros que encuentran. Como en todo país imperialista está en vigor el estado de denuncia y, tan pronto reciben una de estas denuncias, este cuerpo se presenta en el lugar, hace un registro y todos los libros son quemados. La gente huye a los bosques y cada uno, hombre, mujer o niño, ha grabado en su mente todo lo que está en relación con la literatura universal, todas las obras, todo género literario; cada uno de estos hombres se convierte en un hombre-libro con el fin y la esperanza de que en un mañana esos libros puedan volver a editarse.

Yo cuando vi esta película me causó un impacto tremendo porque pensé que éramos cientos, más que cientos, miles de mujeres que, como en esa película, guardábamos también en nuestras mentes unos profundos testimonios; unos testimonios que también esperábamos confiadamente que pudieran salir en un momento determinado y poder llenar todas las páginas de la historia, de esa historia que fue la época más larga, más negra y más brutal de nuestro país: la historia del fascismo.

Esto te lo he venido a relatar porque hace exactamente cuatro semanas que esta película la volvieron a pasar por Televisión Española y entonces yo pensaba que cuando la vi la primera vez teníamos una mordaza tremenda que nos impedía que todos esos testimonios de mujeres saliesen a la luz, pero cuando vi ahora esa película, la vergüenza, la impotencia y el dolor me consumían más aún porque ya no era una mordaza: era una imponente losa que pesaba sobre nosotros, que parecía imposible de levantar, que esta losa pudiera ser la llamada *estrategia política*, que con una especie de vergüenza colectiva —que posiblemente había nacido de tantos años de

deformación histórica— presionasen para que no se hablase ahora demasiado de la guerra civil y represiones subsiguientes, de manera que a fuerza de limar históricas asperezas y de intentar calmar a esas oscuras fuerzas, alegando como siempre que la izquierda olvida, a las nuevas generaciones les iba a ser muy difícil conocer en toda su intensidad la represión franquista.



María del Carmen Cuesta con sus compañeras del cuadro artístico en la cárcel de Gerona.

Esto es, a modo de preámbulo, lo que yo quería decirte; lo que suponía fuese la causa de que no hubiésemos podido llevar a la práctica estos testimonios que ahora parece van a ser efectivos y van a salir a la luz. Doy comienzo pues, de mi testimonio y de cómo fue mi entrada en las Juventudes Socialistas Unificadas.

Yo no tenía ningún historial, es fácil comprenderlo por mi edad, en casa tampoco se había vivido políticamente. Mi padre ingresó rápidamente en el Partido Comunista en el año 36, una vez pudo liberarse de su padre. Inmediatamente tomó aquella personalidad que era la suya y yo, como dije anteriormente, ingresé en las JSU. A ella llegué sin demasiadas convicciones políticas —porque carecía de muchas de ellas— pero sí había algo que había arraigado dentro de mí, porque pude vivirlo y presenciarlo.

En el año 34 yo salí para Asturias teniendo nueve años, a pasar un verano con mis familiares, por parte de mi madre todos son mineros, y fui a Sama de Langreo. Allí empecé a respirar las represiones contra los mineros; empezó a hacer mella en mí vivir aquellos movimientos revolucionarios. Ya entonces había mucha inquietud pero yo

desconocía muchas cosas por mi edad, pero me movía el cariño por aquellos familiares que yo veía encerrados en el pozo de la mina, en el fondón; que veía que eran reprimidas las familias a las que no dejaban bajarles la comida y que poco a poco iban devorando los mulos para poder aguantar los días y días de huelga de aquellos mineros.

En Madrid conocí a Virtudes González; ella fue la que me llevó al sector oeste, que estaba por la plaza de Bilbao, porque Vicente Ollero, novio de Virtudes, era responsable de ese sector. Enseguida nos unió una gran amistad de afecto y de cariño. Virtudes me hablaba mucho políticamente. Ella sabía las ansias que había dentro de mí de conocer y de ayudar. Ella tenía catorce años y Vicente Ollero unos diecisiete o dieciocho, no tenía más. Y así fui poco a poco entrando en el trabajo de las Juventudes Socialistas Unificadas. Empecé a vivir con ellos lo que entonces se intentaba: la unión, la fusión de las Juventudes Anarquistas, de lo que se pretendía nacer la AJA (Alianza Juvenil Antifascista). De aquellos berrinches, además de los trabajos de guerra, nacían los deseos que yo tenía entonces por aprender. Empecé a conocer más gente y un día, no sé como, me encontré en la escuela de cuadros de las JSU. Allí pasé un par de meses, ya estaba bastante avanzada la guerra, creo que era por el año 38 en sus finales.

Cuando salí de la escuela de cuadros, el camarada que ocupaba la secretaría de cometas, en el Comité Provincial de Núñez de Balboa, tuvo que incorporarse a los frentes. Los momentos eran muy graves y difíciles y entonces se me entregó a mí la secretaría. Cometas eran los pioneros, siempre dispuestos a extender la mano para que no nos llamaran sectarios; en lugar de pioneros se les puso el nombre de *cometas*.

En el Comité Provincial conocí a mucha gente. De allí pasé a convivir con aquel ramillete de hombres y mujeres que para mí eran todo un modelo de admiración. Empecé un trabajo que para mí era muy querido: los niños, los cometas, para apartarlos de los problemas de la guerra y ejercitarlos en todo lo que fueran movimientos culturales, deportivos, cine. Por aquel entonces nos servían de modelo unas revistas que nos llegaban de la URSS, que se llamaban *La URSS en Construcción*, y aquello nos valió de mucha ayuda para poder hacer con los niños todo lo que era posible, porque no hay que olvidar que la guerra se vivía muy de cerca, muy amargamente, y que no era posible tener todo aquello que los niños necesitaban y que queríamos darles. Así llegamos al final de la guerra. Ese fue el momento más difícil de todos.

Todo el Comité Provincial tuvo que salir a provincias. Surgió también por entonces la recién formada Junta de Casado. Ya se nos estaba preparando una entrega tan ruin y tan cobarde, sin la más mínima defensa; por eso se creó la necesidad de que todos los jóvenes que estuvieran en disposición de hacerlo salieran a llevar la consigna de Dolores de: "Más vale morir de pie que vivir de rodillas". Y me tocó salir con mi querida y entrañable compañera Virtudes González, por aquellas carreteras de Aranjuez, Villaconejos y Chinchón. Íbamos reuniendo a la juventud de todos estos lugares; les hablábamos de lo que supondría esa entrega a las tropas franquistas. Suponíamos que nuestra España iba a llenarse de sangre y estábamos convencidos porque teníamos suficientes demostraciones de lo que había ocurrido en las zonas franquistas; las persecuciones, los encarcelamientos, las torturas y los fusilamientos. Sí hubo alguna duda en algún momento determinado en nuestra guerra, porque a

veces la gente se preguntaba si no sería un exceso de propaganda... Ya habíamos llegado a la auténtica realidad de que esto era cierto.

Cuando volvíamos, el desmoronamiento de los frentes era total; así entramos Virtudes y yo en Madrid cuando ya las fuerzas de Franco lo habían ocupado. El horror era ya completo. Yo fui corriendo a ver a mis padres, creía que mi padre ya estaba detenido. Virtudes fue a ver a los suyos y a sus hermanos; éramos como hormigas despistadas, no sabíamos por dónde ir ni qué hacer. No había forma de entenderse. Sabíamos que había mucha gente, millares de personas, ya en las cárceles, pero estábamos desorientadas. Yo recuerdo que le pregunté a mi padre por qué no se había ido y me contestó que porque no tenía las manos sucias de sangre, pero a los dos días vinieron a buscarle, y, como no estaba, me llevaron a mí a la Dirección General de Seguridad. El denunciante de mi padre había vivido toda la guerra escondido en el tercer piso. Al despedirme del abuelo le pude decir al oído: “Avisa a papá, que se marche”. Mi padre continuaba incorporado al Parque Móvil del Ejército, pero al día siguiente se presentó en la Dirección General de Seguridad y a mí me soltaron.

Fui a ver a Virtudes porque era la más próxima a mi vivienda y comentándole lo que ocurría decidimos ponernos en contacto con los demás compañeros, con aquellos que fuera posible, y no en casa sino por la calle, con el fin de intentar conseguir algunos céntimos, un poco de tabaco y comida para llevarlo a las cárceles para aquellas personas que ya sabíamos que no tenían nada para sobrevivir. Así empezaron nuestros contactos; todas las tardes a las siete o a las ocho, por la calle de Alcalá, nos veíamos, nos poníamos una pequeña cinta en la chaqueta o en la ropa que llevaríamos; según como nos la poníamos sabíamos si nos podíamos acercar o no. A mí me nombraron enlace de mi sector con el Comité Provincial. Ya por entonces se había publicado un bando en el que se decía que todos aquellos que tuvieran armas de fuego fueran a depositarlas a unos sitios determinados. Para la gente de Madrid en aquella época, esta orden era de risa porque no había nadie que se atreviera a entregar ningún arma del tipo que fuera, máxime cuando en la mayoría de las casas por lo menos una pistola había; el que no había estado en los frentes, había estado incorporado a cuerpos del Ejército. Concretamente en casa de mi tía había una pistola y muchas veces me había dicho muy asustada que tenía una pistola de su marido que había pasado la frontera con el Ejército del Ebro, que tenía mucho miedo, entonces le dije: “No te preocupes, tía, yo la sacaré de aquí”. Un compañero que le llamábamos *Pionero* se ofreció a hacerlo; fue a casa de mi tía y la trajo a mi casa. Esto lo hacíamos tratando de ayudar y viendo la desorientación que había, pensando que a nosotros por ser tan jóvenes, no nos podía ocurrir nada. Pero un día apareció una compañera que había estado muy ligada a nuestras JSU porque trabajaba como mecanógrafa en el Comité Provincial —esta chiquilla no había cumplido aún los dieciséis años—. Seguramente las amenazas... o la tortura, yo no lo sé, el caso es que fue llevando a la policía casa por casa de todos los que estábamos en la calle y habíamos tomado parte, de una u otra forma, en la guerra y pertenecíamos a las JSU. Y una madrugada, eran las tres, se presentó un destacamento con un inspector —creo que eran unos ocho en total— para detenerme.

Yo tenía quince años pero ya había adquirido un gran valor. Se dice que los momentos de terror dan al mismo tiempo valor. No lo he comprendido nunca, pero a mí me ocurría así. Mi hermana se moría de miedo, lloraba de una manera atroz y era

cuatro años mayor. Yo, en cambio, estaba muy tranquila y serena; por dentro algo se me estaba desprendiendo, me temblaban las piernas, pero no sé si es porque les miraba con tanto odio que me hacía mantener una apariencia tranquila. Nos hicieron vestir delante de ellos y después de haber hablado con los porteros, que eran totalmente contrarios a nuestra forma de pensar, nos llevaron a mi hermana y a mí a la célebre comisaría de Jorge Juan. Allí me encontré con mis compañeras Virtudes, Victoria, Anita... un montón más. Estaba todo muy oscuro, no nos daban luz, pero por la risa reconocí inmediatamente a Virtudes. Era algo especial, era un cascabel; sus rasgos eran muy españoles, morena; una chica con temple, joven, alegre, estaba llena de vida, y su risa me hizo reconocerla enseguida y empezamos todas a reír como locas al vernos todas juntas otra vez, sin darnos cuenta que nos esperaban días verdaderamente horribles.

Dio la casualidad de que entre ese destacamento de policías venía uno que había sido de las JSU y no me importa dar el nombre: se llamaba Emilio Gaspar. Era de esas personas que caen bien, que caen en gracia; dicharacheras, graciosas, que a nadie molestaba y siempre se le recibía bien en todas partes. Y apareció con ese destacamento policial. Cuando me sacaron a declarar él vino a llamarme y recuerdo que me dijo: "Peque, no tengas miedo, mientras yo esté aquí no te pasará nada". Con Emilio Gaspar me metieron en un coche, también venía un inspector, me llevaron a las tapias del cementerio del Este, allí me dijeron que les enseñase dónde había escondido el arma. Me dijeron que sabían que yo había tenido un arma que la había enterrado en ese cementerio. Yo les dije que no era posible, que yo nunca había tenido un arma, pero, además, es que a mí me da verdadero horror el acercarme a las tapias del cementerio, y mucho miedo los muertos. Spongo que dicho con cierta ingenuidad y con aquella cara de niña asustada que pondría en aquellos momentos, fue suficiente para convencerlos y me llevaron a un hotel en que les habían dicho los porteros que se encontraba mi madre —estaba por Ventas— con mis tías, y cuando llegamos al hotel, el inspector le dijo a mi madre que se vistiera, que se la llevaban con ellos, entonces Emilio Gaspar dijo: "No, esta señora no, que está enferma del corazón", pero se llevaron a mi tía María Luisa.

Volvimos a la comisaría y llamaron a declarar a mi hermana. Los interrogatorios fueron muy chocantes porque mi hermana fue una mujer completamente ajena a los partidos políticos. Ella era republicana por convicción, pero nada más. En un momento en que nos llamaron a las dos yo les dije: "Efectivamente, mi hermana no ha pertenecido nunca a las JSU", y en un arranque de niña valiente: "Yo sí y además a mucha honra". Lo que me valió un silbido de bofetadas, las únicas que recibí.

Así empezaron los interrogatorios; duraban de manera intermitente. No sé si estuvimos en esta comisaría diez o quince días. En los primeros días no ocurrió nada fuera de lo normal a excepción de los interrogatorios que se producían de cuarto en cuarto de hora, de forma que no pudiéramos dormir: en el momento en que empezábamos a quedarnos dormidas se nos llamaba. Esto nos ponía en estado de guardia o alerta e iba agotando nuestra resistencia, pero entonces no le dábamos gran importancia, hasta que a los tres o cuatro días empezamos a oír los terribles gritos, gritos estremecedores, espantosos. Empezaron a pasar compañeras por los baños de agua fría, por las anillas eléctricas, y por fin me enteré de que el pobre Pionero estaba allí

también; pero había ocurrido algo muy grave, muy serio en esos momentos, que iba a significar el final para muchas de aquellas jóvenes vidas.

El teniente coronel Gabaldó, con su hija y el chófer, volvían de Talavera de la Reina para Madrid. Este guardia civil parece ser que tenía fama de gran torturador, y no sé en qué momento determinado y en qué kilómetro su coche fue ametrallado y murió con su hija y con el chófer. No sé tampoco de qué forma directa o indirecta se le culpó a Pionero también de esto. No sé cómo serían las torturas; lo único que sabemos es que a partir de ese momento empezamos a sentir verdadero temor porque nos enteramos una noche que Pionero se había tirado —lo habían tirado— por la ventana; creo que fue el primer defenestrado. Se corrió por todas partes que no habían podido sacarle ni una palabra a este muchacho de dieciocho años. Si él hubiese dicho simplemente que había traído una pistola de un domicilio determinado a otro, creo que hubiesen sido muchas más las que hubiesen caído en ese momento, pero no abrió la boca; si algo sabía se lo llevó con él, prefirió morir antes que delatar.

Permanecemos en esta comisaría unos quince días. A mi hermana la dejaron en libertad y todas nosotras pasamos a la cárcel de Ventas y ahora es cuando empieza el más infernal de nuestros recorridos. Yo recuerdo que entonces fue mi primer desmoronamiento, la madrugada que llegamos a la cárcel de Ventas que, aún sin pelo, porque íbamos peladas, nos sentíamos felices y reíamos porque dentro de la tragedia sentíamos la felicidad de ser jóvenes, pero cuando aquellos enormes cerrojos —que a mí me parecieron gigantes— se cerraron detrás de nosotras, me dio la impresión de que traspasábamos las puertas del infierno, del que habíamos oído hablar cuando éramos pequeñas; y entonces me desmoroné y empecé a llorar de una manera atroz. Era la primera vez que lloraba desde la detención.

A la mañana siguiente fuimos distribuidas. Las más mayores fueron a las galerías y salas; a nosotras las menores se nos reservaba un privilegio: la Escuela de Santa María. Esta escuela era una sala donde solo íbamos a convivir las menores con dos o tres reclusas como profesoras y una oficial de prisiones que continuamente estaría allí con nosotras: la célebre Zapatitos. Se llamaba Violeta, pero nosotras la llamábamos *Zapatitos*. Aquí viviríamos nuestro confinamiento puesto que no podríamos salir con el resto de la población reclusa ni ver a nuestros familiares ni a nuestras compañeras. Viviríamos única y exclusivamente nosotras mismas, las menores. La tragedia no la suponíamos entonces tan grande puesto que nos valíamos de las cincuenta mil argucias para escaparnos. También recibíamos los castigos. Los soportábamos bien. Además, cada escapatoria suponía los abrazos, el cariño de nuestras compañeras de fuera, del resto de la población reclusa. Era llevarles también a ellas algo de alegría y cuando llegábamos les cantábamos, les bailábamos, les recitábamos; las mujeres lloraban y reían. Me parece que con nuestro deambular por aquellas galerías, salas y celdas llevábamos algo de nuestros pocos años a aquellas mujeres, a quienes les recordábamos a sus hijas, que habían dejado en sus respectivos pueblos, en Madrid o en otros puntos. Luego el castigo de no recibir un paquete no suponía gran cosa. Vivíamos una mezcla de celestial alegría pero, también, de una mortal tristeza.

A Virtudes, Joaquinita, Blanquita y no recuerdo cuáles más, nos pusieron a todas juntas en una celda. Cuando nos escapábamos de la Escuela Santa María se armaba el gran alboroto por donde íbamos.

Las mayores contaban algunos cuentos verdes y la jocosidad llegaba al paroxismo porque gritaban: “¡Que están las menores!” “¡No tenéis vergüenza!” “¿No veis que están aquí las peques?” Y lo decían convencidas de que decir aquellos chistes delante de nosotras podía hacernos daño. La preocupación por nosotras era enorme, se preocupaban por todo, nos preguntaban, nos decían, nos orientaban... Esas mujeres se veían preocupadas más por nosotras que por ellas mismas y quizás ya les había llegado la noticia a través de sus familiares de que el proceso saldría muy pronto a la luz, como efectivamente así fue.

Virtudes también se escapaba y algunas veces pedía permiso y la dejaban estar conmigo un rato en la terraza. Otras veces las demás compañeras la escondían y así podía estar más tiempo. Yo para ella era una preocupación; no sé por qué siempre me consideró una *peque* como si tuviera cuatro o cinco años. Ya tenía quince y había sabido abordar muchas cosas tremendas que nos habían ido ocurriendo. Y así, para la mal llamada *Escuela* de Santa María, llegó el 3 de agosto de 1939. Se alborotó la prisión de Ventas porque se corrió rápidamente que las menores iban a juicio; todas estábamos convencidas de que íbamos en el mismo proceso, pero las mujeres conocían ya las cosas (bien dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo) y tenían un verdadero susto. Toda la prisión empezó a preocuparse, pero de verdad. Virtudes vino queriendo a decir que salían a juicio; yo me extrañé y le dije: “¿Pero, yo no voy?” Respondió: “No lo sé, estad al tanto por si os llaman en las listas”. Pero no. De menores salieron Anita López, Martina Barroso y Victoria Muñoz. Quedamos sin ir Argimira Hampanera, Julia Vellisca, Mari Carmen Vives Samaniego y yo: cuatro. Aquello nos dejó un tanto anonadadas. Se fueron el día 3, volvieron de Salesas el 4. Toda Ventas esperaba con mucha impaciencia, pero todas sabíamos que traían lo que entonces llamaban *la Pepa*.

Al rato de venir Virtudes, vino a Menores la Zapatitos, esa funcionaria que era todo un veneno en pequeño; seguramente porque sabía lo que pasaba la dejó estar conmigo dos horas en aquella terracita. Nunca olvidaré aquellas dos horas. Virtudes me estuvo hablando de lo que significaba el fascismo, de que posiblemente tardaríamos un tiempo en vencerlo. Dentro de mis pocos años empecé a comprender muchas cosas que no comprendía antes; lo que significaba la lucha por los trabajadores. Me habló de tantas cosas que parecía como si quisiera pasarme la experiencia que tenía (de ella me acordaba viendo a aquel viejo de *Fahrenheit 451* cuando le está enseñando de memoria a un niño una de las obras, porque él va a morir, para que viva en el pequeño y pueda pasarla a la posteridad).

Aquella conversación con Virtudes fue como si quisiera meter dentro de mi mente todo lo que habían supuesto para ella las luchas revolucionarias quizás porque había visto en mí falta de formación marxista, pero la suficiente lealtad para llegar a ella.

Yo le decía: “Pero Virtudes, ni no os pasará nada, ya verás como os indultan la pena de muerte”. Me dijo: “No nos la indultarán”. Entonces yo, con aquellos arranques que tenía, míos, especiales, dije: “Pues yo quiero ir con vosotras porque yo soy del Comité Provincial”. “No, peque, tú te quedarás porque tú tienes que ser testimonio de esto que vas a vivir”. Son palabras de Virtudes. La llamó la funcionaria porque iban a cerrar la sala, me abrazó y me dijo: “No olvides todo lo que he hablado contigo esta tarde, no lo olvides nunca”.

Aquella noche, no sé qué hora sería, el petate de Victoria Muñoz y el mío estaban juntos. Anita y Martina dormían en la otra parte, nos despertó un golpe en el hombro y Victoria y yo nos incorporamos como dos autómatas; delante de nosotras estaban la lugarteniente de la directora, doña Carmen de Castro, María Teresa Igual y algunas funcionarias más. No sé quién estaba fuera de la sala, lo único que sé es que ya estaban de pie Anita y Martina, y que Victoria, con sus tirabuzones cayéndole por la frente, se agarró a mi cuello y me dijo: “¡Mari, que me matan! ¡Mari, que me matan!” Y estaba tan agarrada a mi cuello que no la podían quitar. Por fin se acercaron Martina y Anita; Martina me dijo: “Que te arreglen tus cosas pronto porque si no te matarán como a nosotras”. Y decía Anita: “Por favor, Victoria, sé valiente” Y entonces dejó de llorar y la vi salir con la cabeza completamente gacha por aquella puerta. Cuando salió... no puedo hablar de esta reacción porque no sé lo que pasó. Todas estábamos mudas de asombro. Yo creo que ni llorábamos. No sé a quién se le ocurrió ponerse de rodillas y otra vez, como autómatas, todas caímos de rodillas. No sé de quién vino la idea, sé que así estuvimos hasta que oímos por la mañana las ráfagas de ametralladora. Se oían muy bien sobre todo si el aire venía del este y había noches que se podían contar perfectamente los tiros de gracia. Y así estuvimos hasta que contamos los sesenta y cinco tiros de gracia.

Media hora después llegaba María Teresa Igual, una mujer altanera y fría, para hablarnos del valor y la entereza con que habían salido. Nos dijo que algunas habían tomado confesión —no he sabido si eso fue cierto— pero que habían salido cantando himnos de la Juventud y que habían muerto dando vivas. Es más, nos dijo que a Anita López, que era altísima, las ráfagas de ametralladora no la mataron, le pasaron de una manera que cayó con vida, y que ella se incorporó y dijo: “¿Pero es que a mí no me matan?”. Y entonces le dieron el tiro de gracia. Esto está contado por la misma que presencié las ejecuciones, María Teresa Igual, que nos trajo objetos personales de nuestras compañeras. De Virtudes me entregaron un vestido, y de Joaquinita López Lafite, un cinturón que le habían traído de África.

Cuando vinieron las menores de Salesas los familiares de todas estas jóvenes, los que pudieron, porque no todo el mundo tenía dinero para hacer un viaje, intentaron llegar a Burgos a pedir clemencia, pedir el indulto, por lo menos la conmutación de la pena de muerte. El hermano de Virtudes había salido para Burgos pero su madre, que tenía adoración por su hija, la quería con locura, vino muy temprano a la prisión y se pegó a los muros como si quisiera sentir, a través de ellos, los latidos de su hija. No se apartaba de allí. Su hija sufría por ello y ese día cuando la subieron al camión allí estaba su madre; la vio subir, empezó a gritar: “¡Asesinos! ¡Dejad a mi hija! ¡Asesinos!”. Y empezó a correr detrás del camión hasta que cayó de bruces. Entonces la metieron dentro de la cárcel. Y allí volvía todos los días a la puerta de aquella Escuela de Santa María. Las funcionarias la dejaban, quizás porque, creo yo, había perdido la razón.

Me miraba hasta que yo salía. También me dejaban salir, ella se cogía a mi brazo y empezaba a apretármelo con una fuerza impresionante y entonces me dirigía a la enfermería. Cuando llegábamos a la enfermería se ponía en la ventana desde donde se veían las tapias del cementerio del Este; allí su respiración empezaba a hacerse rápida y profunda, pero nunca podía decir nada, no podía llorar, y así, apretándome el brazo y respirando, la llevaba otra vez a su petate y yo volvía a la escuela. Así estu-

vo, no sé, dos meses, hasta que salió a la calle. Nunca he sabido si murió o enloqueció.

Cuando a los pocos meses se llegó a decir que salían las otras menores para juicio, éramos cuatro, la directora de prisiones, doña Carmen Castro, nos llamó y nos dijo que había cursado instancias de clemencia, que no creía que nos pudiese pasar ya nada malo. A la compañera que nos entregó, a pesar del servicio que prestó a la policía, la sentaron en el banquillo.

Salimos a juicio juntas y años después he pensado en ella. Entonces éramos todas muy jóvenes. Nos sentíamos orgullosas de nuestro comportamiento como jóvenes de las JSU ante nuestro enemigo. Una debilidad no la reconocíamos. No la ayudábamos en las Salesas; hicimos igual en Ventas, nadie le dirigía la palabra, ¿sabes?, nadie. Estaba en un rinconcito encogidita, hecha un guipañito. Era muy feíta, como un monito, y recuerdo que también llevaba vendas en las piernas, como yo, vendadas como una momia egipcia por la sarna. En las Salesas, nos pusimos a cantar canciones populares: *Asturias*, *patria querida* y otras que se sabían de la guerra. No había celdas, todas estaban llenas para hacer juicios y nos metieron en los váteres. Te juro que se nos quedaban en la garganta las canciones; nos costaba que salieran pero así nos pasamos toda la noche, cantando.

Había unas rejas enormes que daban a la galería y ahí estaban los hombres, que decían: “¡Las menores! Son las otras menores a las que van a juzgar con los guerrilleros y las van a matar como a las otras”. Nosotras lo oíamos todo, como teníamos la puerta del lavabo abierta... Y entraba la Guardia Civil y decían: “¿Y esa quién es?”. Y algunos de los que estaban con ellos les respondían: “Esa es la Bicho”. *La Bicho* le pusieron en Ventas por haber hecho aquello, ¿sabes? Fíjate, después de sacar a las menores, a esta chiquilla que nos había entregado la tuvieron que meter en una habitación especial en la enfermería por la reacción de las mujeres, pues tú ya sabes que en una prisión donde hay trece mil mujeres las hay de todas las clases y en un momento de rabia e impotencia se fija uno en quien se sabe que ha entregado a sus compañeras. Cualquiera sabe lo que la hicieron a esa criatura; en cambio en esos momentos nadie se pone a pensar en el montaje de procesos del célebre Conesa. O sea, que cuando este individuo hace toda esta serie de detenciones de jóvenes de las JSU, él ya sabe lo que intenta hacer, ya sabe que para él va a ser el primer escalón en su carrera profesional; él sale de ser un vulgar tendero y encuentra la ocasión en este final de guerra y principios de represión, porque es inconcebible que un hombre pudiese montar semejante patraña; decir que se intentaba un complot para matar a Franco el primer día de desfile es inconcebible en la mentalidad de unos muchachos jovencillos, sin medios, completamente desarticulados de todo y que al mes de entrar las fuerzas de Franco pudieran cometer una acción de esa naturaleza. Claro, esas muertes tenían que justificarlas diciendo algo, y es ahí donde este individuo comienza su carrera profesional, porque ahí es cuando él empieza a escalar.

Entonces ya vino mi hermana, pobrecita. La vieron, y por medio de no sé quién, pudo venir a darme un beso, porque habían dicho que todos teníamos pena de muerte, que por ese juicio de guerrilleros y complot y SIEM, todos teníamos la misma pena. Y yo haciéndome la fuerte y diciéndole a mi hermana que fuese fuerte, y mi hermana llorando, desesperada: “¡Mari, no. Mari, no!”. Y yo: “Tú sé fuerte. Tú dile

a papá que yo he sido fuerte, muy fuerte, y díselo también a mamá, que yo no lloraré". Cuando me acuerdo de estas cosas... es que es dramático.

Así comparecimos el 15 de diciembre, cuatro menores de dieciséis años, en un consejo de guerra en el que comparecían también guerrilleros. Nos juzgaba el SIEM (Servicio de Inteligencia y Espionaje Militar) por complot. Aquella sala estaba abarrotada de gente, tuvieron que cerrarla. Empezaron a llover sentencias: a nosotras nos pusieron doce años y un día y volvimos a la cárcel.

Estuvimos en Ventas después del 15 de diciembre hasta mediados del 40, que salimos en expedición hacia penales. Nos dirigimos hacia Gerona, pero el viaje fue interminable. Nos decían que no llevaban hoja de ruta y que no sabían dónde terminarían nuestros huesos. Nos metieron en un mercancías, en vagones de ganado precintado y allí absorbimos nuestros propios olores y nuestros propios excrementos puesto que teníamos que hacerlos en los mismos potecillos o latitas de sardinas que nos daban a repartir entre las que formábamos cada vagón. El traqueteo del tren nos zarandeaba; primero empezamos yendo de pie, pero poco a poco, el mismo ajeteo nos fue acoplando hasta podernos sentar. Así llegamos, primero a Tarragona, donde permanecemos quince días. Atravesamos la cuerda de presos, con petates al hombro, todo Tarragona y así llegamos a un convento de Oblatas. De allí nos llevaron a Les Corts, estuvimos como dos meses y por fin llegamos a Gerona.

En la cárcel de Les Corts procuramos hacer mucho proselitismo con las quincenarias. Nos dio tanta pena ver tantas chicas de quincena que entraban allí y veíamos chicas tan jovencitas que enseguida íbamos a hablar con ellas. Nosotras en eso siempre hemos sido muy tiradas para adelante, y me acuerdo que tuvimos bastante éxito con algunas antes de salir de Les Corts. Había jovencitas que eran ganchos de otras mujeres mayores vestidas con muchísima presencia. Con estas chicas empezamos nuestro trabajo hablándoles de los problemas de tipo social, las consecuencias por las que atravesaba el país después de la guerra civil. Les empezábamos a hablar de los problemas de los trabajadores y ellas contestaban que no encontraban trabajo y, a nuestra manera, íbamos abriéndoles un poco los ojos a los problemas del país en ese momento determinado. Y me acuerdo que antes de salir de Les Corts ingresaron unas de estas quincenarias y nos dijeron que había dos que se habían marchado a trabajar a la vendimia porque les había afectado muchísimo lo que nosotras les habíamos hablado y entonces dijimos: "¡Victoria!, hemos conseguido dos".

Si comparaciones pueden hacerse, diríamos que habíamos salido del infierno para entrar en el cielo, porque aquí empezamos a encontrar un poco de equilibrio en nuestras vidas. Cuando llegamos a Gerona las monjas tenían un huerto magnífico, muy propio de ellas. A nosotras nos sacaban a dar una vueltecita por el huerto en fila india y volvíamos a las salas, porque allí no había celdas: estábamos en un convento. Pero un día apareció doña Carmen de Castro, no sabemos por qué, y mandó que rápidamente desapareciera la huerta que pertenecía al convento y, por lo tanto, a la reclusión, y en ella se pusieron unas porterías de baloncesto para que las chicas pudieran ejercitarse; y así formamos los equipos de baloncesto.

Por entonces habíamos estado ensayando *La vida es sueño*, porque dentro de las obras clásicas que nosotras escogíamos no todas las autorizaban, solo las que estaban en el índice señaladas por la religión y aunque algunas se sujetaran al criterio del director y del administrador, tampoco las dejaban. Nos autorizaban, por ejemplo, las

de Pemán, las de Villaespesa, las de Calderón, clásicos de este tipo. Yo tenía relaciones con un chico de Madrid muy del agrado de mis padres, José Fernández, relaciones a distancia porque casi no nos habíamos visto; yo era muy joven y en lo que menos pensaba era en las relaciones. Además, que toda mi vida estaba absorbida en aquel momento por las JSU, en mi trabajo dentro de la Juventud, pero se había declarado y es de esas cosas que dices que sí pero que sales corriendo. Este chico escribía mucho a la prisión y yo le escribí una vez diciéndole que habíamos terminado los ensayos de *La vida es sueño* y que me había resultado muy difícil hacer de Segismundo porque tenía que tirar a mi enemigo por el balcón. Me respondió jocosamente que era imposible que siendo una persona de tan delicada constitución pudiese con tanta facilidad coger a mi enemigo y tirarlo por el balcón o por la ventana. Por esa carta me llevaron a la dirección: aquellas palabras eran “consignas políticas...” y no sé cuántos argumentos tuve que exponer para que se convencieran, pero lo que me costó fue un castigo: me trasladaron a Ocaña.

Ocaña era un infierno. Cantidad de madres con sus pequeños sin otra sobrealimentación que el rancho, pese a que constaba en nómina comida especial para niños, pero allí todo les parecía poco para robar; no había agua para la limpieza de los pequeños, no tenían donde tender la ropita, que no era lavarla, sino limpiarla, a veces con los mismos pipís de las madres. El sufrimiento de estas mujeres era tremendo, estaban en una sala que daba al patio de penadas a muerte, patio que era compartido también por ellas. Salían un rato cuando llevaban a las penadas a las celdas; entonces las sacaban a ellas con los niños. Por aquel patio tenían que cruzar cuando hacían las sacas. Muchas de las mujeres tenían al marido, a un hijo, al hermano o a algún familiar. Hay que pasarlo para saber lo que es eso.

¿Sabes lo que más me impresionó? Cuando me metieron en una celda donde había catorce mujeres, al menos había cuatro o cinco enfermeras, y empezaron a comunicarse con los hombres para decirles quién había venido y ¿tú sabes cómo se comunicaban? ¡Por el váter!, metían la cabeza en él y así se comunicaban. A mí me causó eso una impresión tremenda. Además, había siempre por allí, creo que era un fraile, dominico o franciscano, que daba una sensación de inquisición y de temor impresionante.

En una prisión donde hay mujeres mayores y llega un crío, enseguida se ejerce cierta protección. Yo siempre la encontré. Cuando entré por la galería lo primero que vi fue a ese tío, franciscano o dominico, y a su lado una presa que iba con él siempre —se corrían rumores de que se entendía con él—, era una presa relativamente joven, pero no recuerdo cómo se llamaba. Era común oír a las compañeras decir: “En cuanto se pueda hay que sacarla de aquí”. Como ellas ya sabían que existían las monjas carmelitas, en ese convento de Ocaña había una sala donde había mujeres presas. Por cierto había una que había estado en Les Corts que la llamaban *la Marquesa de los Collares*, una tía de una presencia imponente, siempre llena de collares y fumando en pipa. Esta mujer nunca he sabido por qué estaba presa. Cuando llegamos a Les Corts ya estaba allí y cuando llegué a las carmelitas de Ocaña, allí me la encontré. Era una mujer con un aspecto que parecía sacada de esas láminas de seriales de vampiros porque tenía una presencia aterradora; no era fea, no, al contrario, pero el hecho de ser guapa le daba un aspecto terrorífico porque era muy grande. Vestida de negro y siempre con unos collares de perlas, con su boquilla kilométrica, sus poses de artis-

tócrata... causaba impacto ver aquello allí. Yo creo que no era política, no lo he sabido tampoco porque a mí me dijeron que procurara no acercarme a ella.

De Ocaña me llevaron a Santander, que es de donde recuerdo tu físico como te pasa a ti conmigo, pero no teníamos relación porque aquel convento era tan grande y había tantas mujeres que era imposible conocerlas a todas. Solo conocías a las que tenías más contacto de tu sala.

Y ahora no sabes lo que me alegro de poder charlar después de tantos años, recordando ratos alegres para olvidar y también para comentar, por ejemplo, los secuestros llevados a cabo tan felizmente terminados de Oriol y Villaescusa. Mucha gente se ha enterado de la catadura de Conesa, nosotras que queríamos olvidar su nombre no lo habíamos olvidado, pero eso fue fatal para él, porque hoy ya sabe que está denunciado como tal; a consecuencia de una acción de la que él creyó que iba a colgarse más medallas y que fue una representación, porque este tío yo creo que es especialista en representaciones, pero seguramente él pensó que iba a llenarse de gloria. Se olvidó de que la gente es posible que olvide... porque es a partir del GRAPO y de lo de Oriol y Villaescusa cuando la gente empieza a recordar a Conesa. La primera —no la desarticulación, porque no existía— representación del montaje que él realiza en el asunto de menores, ¡con sesenta y cinco asesinatos en su haber! Lo que es inconcebible para él es que esto ha cundido porque se le ha desenmascarado ya públicamente, aunque haya sido un periódico reaccionario el que lo haya lanzado, a él se le ha desenmascarado. Fue el *Diario 16* el que lo llamó *el superagente Conesa*. Y este tío sigue dando puestos de responsabilidad en la Dirección General de Seguridad, si no me equivoco, y esto es inconcebible porque nosotros tenemos este testimonio, en el que él fue el principal acusador y el principal asesino de las menores, porque fue él el que lo organizó todo. Pero es que sabemos, además, que detrás de las menores ha habido bastantes más. Sabemos las torturas y los interrogatorios que ha habido, y lo que no hay derecho es que aún pueda estar ocupando puestos de responsabilidad.

Cuando leí el año pasado que “el inspector Conesa va a Alicante para imponer medallas...”. ¡A no sé quién le iba a poner medallas! Él lleva puesta la *del valor a un asesino*, y no lo recordamos con ánimo de venganza, no queremos revancha, pero al hacer memoria de estos hechos no tenemos más remedio que acordarnos de los autores de las torturas, de tantos fusilamientos. Y al recordar esto, va mi pensamiento a nuestra joven de las JSU que nos había entregado y que en la cárcel de Ventas solo recibió, esa criatura, un absoluto desprecio. Cuando sacaron a las menores la tuvieron que coger —de alguna galería, no sé dónde estaba, ella siempre iba sola, nadie le hablaba— y meterla en la enfermería porque las mujeres quisieron lincharla. ¿Te das cuenta de lo que supone, de lo trágico que es eso? Yo he dicho al pasar el tiempo que quizás fuimos un tanto inhumanas, que no debimos haberlo hecho porque no se sabe hasta qué extremos te puede llevar una tortura, de la resistencia de que eres capaz, ni de tener la suficiente entereza para guardar silencio sobre algunas cosas. De esta chica yo no sé si le pegaron, si la torturaron; lo único que sé es que tenía dieciséis años y que tampoco se le podía hacer responsable de una cosa así. Porque donde ella haya podido vivir después, eso debe de haberla marcado de una manera atroz.

A mamá se la buscaba por medio de la prensa, salió un anuncio en el periódico. Como era el mismo denunciante, Garriga, dijo que tenía que cargarse a los dos: al marido y a la mujer, y a los hijos porque no pudo.

¡Díselo, mamá!, que tienes una anécdota muy simpática...

La madre de Mari Carmen (Luz Rodríguez Canga)

Después de detener a mi marido y a mis hijos, a los tres, también fueron a bus-
carme a mí a un hotelito por Ventas, en casa de mis hermanas. Un policía que cono-
cía a mi hija —era un fascista que se infiltró en la Juventud— no dejó que me detu-
vieran diciendo: “Esta mujer está muy enferma del corazón, no la podemos llevar”.
Pero se llevaron a una hermana mía. Al cabo del tiempo de estar camuflada por
Madrid, me habían matado a mi marido y los hijos ya no corrían riesgo de muerte,
me marché a Asturias con mi Julia.

Me detuvieron en la calle. Iba a trabajar. En Asturias estaba en una aldea de
Campocaso y me bajaron a un pueblo, a un hotel de esos tan grandes. Llovía y relam-
pagueaba y yo sola en aquel palacio, ¡tenía un miedo! Yo decía: “Ahora me matan,
me tiran a ese despeñaperros que hay ahí tan grande...”, yo lo miraba por la ventana,
¡ay madre! Y resulta que vino un guardia civil y me trajo la cena. Le dije que no tenía
ganas y él: “Tiene que tomar algo, está haciendo mucho frío”. Era puro invierno y en
aquel sitio de tanto frío... “Que no quiero nada”. “Pues yo le traigo un poco de café”.
Me tocó una pareja de guardias civiles buenos de verdad. A los ocho días me llevar-
on de Campocaso a la cárcel de Oviedo.

Cuando me llevaban a la cárcel de Oviedo esta buena pareja me dijo: “Mire, vaya
usted delante o detrás; que no vean que va una señora detenida” y cuando llegamos
me preguntaron: “¿Lleva usted dinero?”. “Pues no, como no he podido hablar con
mi familia no tengo nada”. “Pues tenga usted, para que compre unas tarjetas y las
mande a sus familiares”, y me dieron dos pesetas. Cuando entré en aquella cárcel me
quedé asustada.

—¿Había muchas mujeres?

¡Huy! No se podían contar. Yo no pude ni acostarme y no llevaba nada de ropa,
solo el abrigo, que afortunadamente era bueno. Me detuvieron allí no sé si quince
días y entonces me sacaron y me llevaron a Madrid junto con otras muchas mujeres.

Cuando llegamos a Ventas entraron todas las mujeres y a mí me cerraron la puerta.
Yo me podía haber dado la vuelta para casa; y me quedé allí sola en la escalera
mirando, tuve que tocar a la puerta, me abren y me dicen: “¡A ver!, ¿qué pasa?”.
“Pues que me ha traído la Guardia Civil y me dejan aquí en la puerta”. Y me llevar-
on dentro.

Esa Veneno era un demonio, ¡qué mala era!, me llevó a empujones. “Pero, bueno,
¿qué le he hecho yo a usted para que me lleve a empujones? ¿Yo qué culpa tengo?”.
Yo iba con un buen abrigo de astracán, gracias a eso, si no me muero de frío. Estuve
nueve meses allí en Ventas.

—¿Y sin juzgarla salió?

Sí, salí sin juzgarme. Yo veía que caíamos toda la familia y solo se llevaron a mi
pobre hombre, conservando a mis hijos. Yo no pensaba llegar a ver todo lo que esta-
mos viviendo ahora, pero ya lo ves, lo he visto y estoy muy contenta.

Capítulo 18

OTRA CÁRCEL QUE SE CIERRA

Me parece que la expedición nuestra fue de unas cuatrocientas cincuenta o algo así. Estuvimos todo el día para llegar de Santander a Amorebieta; llegamos ya por la tarde y nos metieron en un patio solitario. Por las ventanas veíamos que las mujeres se asomaban, pero que las reñían. En aquel patio nos tuvieron horas y horas, nos contaron y nos recontaron, nos llamaban por nuestro nombre y contestábamos por el apellidado. Sentadas en los petates, no sabíamos si íbamos a pasar allí la noche o qué pasaba, porque no nos alojaban en ningún sitio. Después nos dimos cuenta de lo que ocurría: aquello estaba hasta los topes y no cabía nadie más, pero nos tenían que meter por narices. Empezaron a subirnos a las salas de noche ya contadas las de arriba y contadas nosotras también y habiendo comido un poco de rancho que nos hicieron; así que era de noche cuando subimos.

Nos llevaron a distintas salas, cada una por un sitio a ver dónde nos podíamos alojar, pero no teníamos sitio por ninguna sala porque los petates ya estaban echados. Todas las mujeres se habían echado en ellos para conservar mejor su puesto y nosotras estuvimos allí de pie, empujando a unas y a otras a ver dónde podíamos colocarnos. En el viaje del tren y en el tiempo que estuvimos en el patio, hice amistad con dos hermanas muy majas; las llamaban *las Ñeras*. Una se llamaba Elena y la otra Elvira. Esta última estaba casada, su marido estaba penado a muerte, en la Tabacalera de Santander. De él le venía el nombre de *Ñera*. Su marido, por lo visto, siempre decía: “¿Qué hay, compañeras?”, y le decían *Ñero*. En Santander no había tenido ninguna amistad con ellas, estaban en otra sala; a Elvira la conocía porque estaba en paquetes y subía por las salas a repartir.

Nos hicimos cargo entre las tres de la pobre Verguizas, Daniela Picazo, que ya tenía cerca de ochenta años, y de Gloria Nolasco, que la llevábamos enferma, para ver dónde podíamos colocarlas. Elvira era muy alta y fuerte; enseguida hizo rancho por donde pudo; metió los petates de las tres y el mío también junto a Gloria. Estábamos las dos pegaditas, una junto a la otra. Aquella sala parecía un infierno, todo eran gritos, por un lado nuestros y por otro de los oficiales.

—Cállense, hagan el favor de callarse.

Nosotras queriendo meternos por algún sitio para acostarnos... aquello fue un desastre. Por si fuera poco, de madrugada se siente una campanita, tilín, tilín, tilín... y preguntamos:

—¿Qué es eso?

Y dijeron que se estaba muriendo una en enfermería; llegábamos a tiempo. Cuando amaneció empezamos a vernos las caras y era de verdadera pena ver a esas mujeres de Amorebieta. Estaban consumidas, tenían la piel amarillenta, hasta el extremo que las llamábamos *las de la raza amarilla*. Recuerdo que vino una chiquita a abrazarme; me llamó por mi nombre y me abrazó con mucho cariño. Yo no supe quién era y la dejé marchar sin saber quién podría ser, seguramente en alguna otra

cárcel habíamos estado juntas. Después vino otra y a esta sí que la conocí; estaba muy delgada, pero en fin, me di perfecta cuenta de que era Blasa Rojo. La abracé con mucho cariño, hacía muchos años que nos conocíamos y le pregunté por su hermana.

—¿Y Mari?

—La tienes llorando en el petate porque ha dicho que no les has hecho ni caso.

—¿Ha venido Mari aquí?

—Sí, sí, y la has abrazado, la has besado y todo, pero dice que no le has hecho ni caso.

—Pues yo no he conocido a nadie...

Me fui con ella a donde estaban los petates suyos y, decididamente, era ella; pero cualquiera la conocía, estaba seca, envejecida, amarillenta, daba verdadera pena ver a aquella criatura tan mona que era. Pero no era ella sola; así estaban todas, aquella cárcel era un infierno. Las que llegamos de Santander parecía que veníamos de comer cada día en un restaurante. El amanecer de aquel día fue trágico para nosotras, viendo a nuestras compañeras en el estado en que las encontrábamos. Estábamos en un tercer piso; la sala era muy grande y solo había dos váteres, y no me acuerdo bien si cinco o seis lavabos; pero agua solo había un par de horas por la mañana, y por la noche, cuando nos subían de los patios, otro par de horas para limpiar los cacharros de la comida. Las reclusas de aquella sala éramos unas ochocientas.

Desde el primer día, en la cárcel de Amorebieta, recuento y formación para ir a coger el desayuno, si a aquello se le podía llamar desayuno, porque era agua caliente; así se explicaba cómo estaban las mujeres: por la mañana en ayunas un cazo de agua caliente, decían que le ponían Maggi, pero no sabía a nada. Después subía una orden: a formar con cuchara y plato al patio, y todas al patio. Según nos explicaron, la vida se hacía allí en el patio constantemente, apiñadas. Para la cantidad de mujeres, posiblemente unas dos mil, no era un patio muy grande. Era también un colegio de frailes y en el patio exterior había una huerta grandísima, donde se podía haber salido a tomar el aire y el sol, pero en aquella huerta solo acampaban los animales; había cerdos, gallinas y conejos, pero nosotros no teníamos derecho a eso. Solo nos sacaron una vez para hacernos unas fotos el día de la Merced. Había quien no tenía ganas de ir al patio, como algunas mujeres mayores que no tenían ni fuerza para levantarse de sus petates.

Las jóvenes no se tenían de pie por la anemia y la miseria que tenían encima. Abajo, en el patio, nos volvían a formar, y si faltaba alguna subían para ver qué le pasaba, les ponían el termómetro y si no tenían fiebre el castigo era no tener cartas. Si eran de la provincia y tenían comunicaciones, no les daban la comunicación. Presenciamos el caso de una pobre vieja que llevaba varios días sin ir al patio; no podía tenerse en pie. Siempre preguntaba si tenía carta, porque las daban abajo en el patio, y le decíamos que no. Un día dijeron su nombre; alguien quiso coger la carta, pero la monja dijo:

—No, no, que venga ella misma.

Quisimos disimular que estaba por el patio, pero no hubo forma. Subió ella misma a la sala, y una vez que estábamos todas juntas para que presenciáramos su "buena" acción, fue a donde estaba la vieja y le dijo:

—¿Por qué no va al patio, abuela?

—Porque no puedo, hermana, porque estoy mala y no puedo tenerme de pie.

—Pues mire, como no tiene fiebre no tiene por qué estar aquí en el petate. ¿Ve? Ha tenido usted carta y me parece que vienen hasta fotos de sus nietos —y efectivamente, sacó unas fotos y una carta—. Pero ¿ve lo que pasa? Ahora se queda usted sin ver a sus nietos y sin leer la carta de sus hijos —y la rompió en cuatro cachos—. Alguna de las que estaban cerca de la monja iban a tirarse a ella, pero otras un poco más tranquilas las cogieron, porque si no la hubieran deshecho.

Ese primer día en el patio de Amorebieta fue algo terrible para nosotras; veíamos que las mujeres que estaban allí hacía tiempo se ponían junto a la pared sentadas y no eran capaces de dar un paso por el patio. Llegó la hora de darnos el rancho; este era bueno, en ningún sitio habíamos tenido comida como en Amorebieta, tenía buen gusto y estaba bien hecha, pero el cazo no era de reglamento; la comida que nos daban nos cabía en el cuenco de una mano. Esto todavía sentaba peor: con dos cucharadas te quedabas con más hambre que cuando habías empezado. Siempre he creído que aquel director lo hacía aposta, hacernos esa comida para martirizarnos aún más. Dos días pasamos así, al acecho de lo que se podía hacer para mejorar aquella cárcel: empezamos a hablar con las mujeres para que apoyasen una petición de cazo de reglamento y que por las mañanas no nos diesen aquella agua caliente.

Fue bastante difícil que aceptasen una reclamación; estaban totalmente acobardadas, pero al final una mañana logramos que muy pocas se acercasen a la caldera a coger el agua caliente; hubo un gran movimiento en toda la cárcel y amenazas, muchas amenazas. Ya dispuestas a todo, pensamos que lo que se debía hacer era nombrar una comisión e ir a ver al director para exigirle el cazo reglamentario en la comida y la mejora del desayuno por la mañana. Fueron tres en comisión; una era abogada y otra estaba juzgada por el Tribunal de Represión de la Masonería; estas ya estaban allí cuando llegamos y no eran de las que peor se encontraban, eran de la provincia y les mandaban paquete y estaban bastante luciditas; y la otra fue la compañera que llevaba conmigo, la Ñera. La contestación del director fue meterlas en el calabozo. Entonces aquel día, con mucho esfuerzo, con mucho trabajo entre las mujeres, logramos no coger el rancho; fue nuestra primera acción desde que estábamos en la cárcel como iniciativa de huelga de hambre, que no duró gran cosa porque no se podía mantener en la situación en que se encontraba esa cárcel. El director subió por las salas y nos comunicó que a él no le costaba ningún esfuerzo poner a todas las que habíamos llegado de Santander en el patio y barrerlas con una ametralladora, que no le pedirían ninguna responsabilidad, le constaba que éramos nosotras las que habíamos armado todo aquel jaleo; porque anteriormente en la cárcel no había más que orden y disciplina. Se consiguió lo del cazo de reglamento, pero con mala comida.

Nuestras compañeras salieron del castigo y tardamos muy poco todas nosotras en estar también amarillentas. No había semana que no muriesen una o dos mujeres; terminamos por llamar a la cárcel el cementerio de vivos.

Esta presa masona que había estado en la comisión también le ocurrió un caso. Estaba en el patio y no se encontraba bien y pidió ir a la enfermería. Al subir por la escalera bajaban a una muerta. Ella juraba que la había visto moverse y que se la llevaban como si estuviese muerta. Chilló por la escalera que no había derecho, que se la llevaban viva, que no la dejaban ni siquiera morir en la cama, que era una vergüenza; todo lo que le vino a la boca lo dijo en la escalera. Por todo castigo, el direc-

tor se la llevó al cuarto de los conejos. Así se llamaba una pequeña casita que había al fondo de la huerta donde tenían conejos y gallinas; allí llevaban a las muertas y al día siguiente venían con una caja en una carretilla y se las llevaban. Como castigo la llevó a esta mujer toda la noche a aquel cuarto con la muerta. Al día siguiente, cuando se la llevaron, la trajeron para la sala. El director le dijo, y el cura creo que también estaba:

—Qué, ¿ha pasado usted muy buena noche?

Ella le contestó:

—Sí, muy buena, y siempre que quieran lo vuelven a repetir porque he hecho las veces de su familia velando a una compañera, así que no he tenido ningún miedo y he estado muy tranquila y muy contenta de poder estar con ella.

Luego nos contaba que uno de los centinelas, pasando por la huerta, había visto moverse algo en la ventana y salió corriendo en busca de otro centinela pensando que la muerta había resucitado; no sabía que habían metido a una castigada. Se ve que fueron a decirlo a la dirección, donde les informaron de lo que ocurría, y ya no se acercaron por allí. A esta compañera, por la contestación que dio al director y al cura, la volvieron a meter en celdas, estuvo quince días.

Cuando veíamos que llevaban a enfermería a alguna compañera, ya sabíamos que no la volveríamos a ver más. Yo bajé a cuarenta kilos, y eso que no era de las peores. *Las Ñeras* tenían paquete; como eran de Santander, de vez en cuando les llevaban algo y alguna cosa me daban; no mucho, porque también tenían paisanas suyas que no tenían nada, sobre todo mujeres mayores y con niños; a estas las atendían ellas. Un día me dieron una sorpresa. Yo me escribía con la familia de un muchacho con el cual había tenido relaciones durante la guerra; era de las Brigadas Internacionales, de los Garibaldinos, francés de padres españoles. Murió en los combates del Ebro. Esta familia tenía una amistad en Portugalete y les escribieron comunicándoles que me encontraba en Amorebieta. Vinieron a verme y me trajeron un paquete; lo recuerdo muy bien, era un pan muy grande, una hogaza, llena de sardinitas fritas. El pan y las sardinas fueron repartidos como buenas hermanas entre mis paisanas más necesitadas. Algunas también recibían paquete; por ejemplo, Gloria Nolasco. Esta dormía junto a mí. No le permitíamos que diese ninguna galleta, que era lo que mandaba su madre; si ella hubiera sabido, la pobre... Cuánto habré llorado a causa de aquellas galletas, chocolate y leche, pobrecina; después de las comidas no era capaz de comer nada para que no la vieran, pero necesitaba una sobrealimentación; estaba enferma del pulmón, tenía hemoptisis con bastante frecuencia, pero no la bajaban nunca a enfermería, siempre estaba en la sala. Por la noche, cuando ya estábamos metidas en los petates, se acostaba, se tapaba la cabeza y se ponía a comer chocolate y galletas y absorbía por un agujerito que tenía hecho en el bote de leche. No se me olvida nunca el olor que se produce cuando se come una galleta y chocolate; yo me tapaba también para no sentirlo, pero mi estómago lo sentía. Lloraba de hambre. Diecisiete meses estuvimos en aquella cárcel, y cada noche lloraba de hambre al olor de las galletas y el chocolate.

Daba pena de ver cómo se mendigaba en toda la sala. Cuando alguien iba a comer una naranja, tenía siete u ocho a su alrededor pidiéndole la cáscara. A veces la que se la comía se guardaba la cáscara para más tarde, otras veces la daba; y si la tiraba a escondidas había quien la sacaba de la basura para comérsela. Igual pasaba cuando se comían un plátano, también se quería la cáscara del plátano; muchas tenían ver-

güenza de darlo y lo tiraban, pero aún era peor porque se comía sucio: lo sacaban de la basura. Yo no pude hacer nunca eso; tenía hambre, pero aunque se me fueran los ojos detrás de la que comiese algo, nunca se me ocurrió ir a pedir nada.

Los váteres no eran suficientes para tantas mujeres. Cuando salías de hacer algo, pedías la vez para cuando volvieras a necesitarlo; por las noches pedías la vez para que te tocara por la mañana, y muchas veces cuando te levantabas por la mañana toda-



De pie, de izquierda a derecha: Daniela Picazo, ya cerca de los ochenta años, Julia García Pariente y Consuelo Verguizas. Sentadas: Amalia Morales y Tomasa.

Un día nos dieron por rancho puré. Era malísimo, se ve que tenía algo para ver si salíamos con los pies por delante todas; pero no ocurrió así. Nos dio un cólico tremendo. Estábamos las ochocientas de la sala con vómitos y diarrea. A veces en el váter había dos en cada uno, las dos al mismo tiempo; los cacharros eran pocos para hacerlo por arriba y por abajo. En el mismo cacharro hacías las dos cosas, tan pronto lo tenías delante de la boca como debajo del trasero. Los dolores de vientre y de estómago eran insoportables, pero nadie acudió a nosotros. Solo ocurrió en nuestra sala, y precisamente a esa sala habíamos ido a parar las de Santander; debía ser que el tío aquel nos quería liquidar. No se sabe cómo se enteraron en Amorebieta, pero la cuesta que hay para subir del pueblo al convento estaba llena de gente llevando irrigadores para que nos pusiéramos enemas, orinales y chisteras, como les suelen llamar, para que hiciésemos nuestras necesidades, pero en la dirección prohibieron que a la cárcel pasase ninguna cosa. Varios días nos duró aquello. A veces teníamos que acudir las unas a las otras; algunas llegaban a marearse, a caerse con el cacharro en la mano, mezclándose la porquería con la persona.

Varias veces habíamos conseguido sacar cartas dirigidas al Ministerio de Justicia denunciando aquella cárcel, que era insostenible, pero nunca teníamos respuesta. Por fin salió la que era abogada, la que estuvo castigada en la celda cuando llegamos, y nos prometió que haría el viaje a Madrid e iría al Ministerio de Justicia a exponer en qué condiciones vivíamos en la cárcel de Amorebieta. Nos trataban como si no fuéramos seres humanos.

Había una de mis paisanas, joven, más joven que yo, que hacía tiempo que no se movía del petate. Tenía una hinchazón tremenda en el vientre, pero como no tenía

fiebre no le hacían ni caso. Ella no se podía mover, no bajaba al patio, no le daban las cartas de su familia; días, meses se pasó tirada en aquel petate. Nosotras poca cosa podíamos hacer. La ayudábamos cuanto podíamos. Mi compañera, Elvira, *la Nera*, se había colocado allí en Amorebieta a repartir paquetes. Un día subió a la sala muy inquieta, muy sofocada, pues se ponía enseguida muy encarnada por cualquier cosa; era una norteña de esas hermosas, y le dijo a Elena, su hermana:

—¿Qué habrá pasado? La chica del despacho (también una reclusa) me ha dicho que ha oído mi nombre cuando hablaban los oficiales y algo de Tabacalera; a Nero le ha ocurrido algo, la carta la han roto y la han tirado a la papelera. La compañera me ha dicho que en cuanto pueda la recogerá por si la podemos reconstruir.

Su compañero aún estaba en la Tabacalera penado a muerte. No recuerdo bien si era de Torrelavega, me parece que sí; era manco. Ellas, si no recuerdo mal, eran de Campuzano. La compañera del despacho al fin pudo recoger los trozos de papel de aquella carta. Eran tan pequeños que nos costó varios días reconstruirlos. Yo las ayudaba; a ratos estábamos solas Elena y yo. Nos poníamos sentadas en el petate con una tabla y con un papel transparente íbamos pegando trocito a trocito donde correspondía. Nos costó, pero quedó reconstruida, según íbamos cogiendo palabras sueltas, comprendíamos que era una carta de despedida, efectivamente le habían fusilado. Era muy hermosa aquella carta del Nero a su Elvira; qué ánimos le daba para que siguiese en la lucha por la liberación de nuestra España. Debía ser un comunista de verdad, uno de tantos que nos han arrebatado las manos asesinas del franquismo. Después de abandonar la cárcel no he vuelto a saber nunca más de estas chicas; las condiciones de nuestra vida clandestina no nos permitían tener correspondencia por aquí y por allá con nuestras amistades, con gentes con las que has vivido tan íntimamente y has querido tanto; parece como si las hubieras olvidado, pero no, no es así. Yo no he olvidado a mucha gente que ha estado junto a mí en las cárceles, la vida que he tenido que hacer después de salir no me ha permitido tener contacto con ellas.

Me he acordado muchas veces de otra de mis compañeras; yo la llamaba *mi hermana de cárcel*, Amalia Morales. Pobre chica, poca suerte la suya. Estuvo penada a muerte bastante tiempo, después la conmutaron. Nos encontramos en la cárcel de Santander, ya habían fusilado a su madre y a su marido. Por parte de él habían caído cuatro hermanos. Su padre también había estado penado a muerte y lo habían conmutado. Lo que no recuerdo muy bien es si le mataron también un hermano. Ella empezó a escribirse de cárcel a cárcel con un muchacho y cuando salieron en libertad se casaron. Más tarde la encontré en Madrid; tenían un niño y se sentía muy feliz, pero después también me enteré que su marido, que era albañil, se había caído de una obra y se había matado. Quise saber dónde se encontraba y no la localicé. Después, años más tarde, me dijeron que se había marchado al extranjero con el niño; no he vuelto a saber más.

El último recuerdo que tengo de ella es una tarde que pasamos juntas en su barra-ca, que había construido su marido junto al Manzanares, en Madrid; me dio una foto de ella con el niño, que conservo como último recuerdo. Era una gran bordadora y dondequiera que fuese se abría las puertas para trabajar con aquellas manos que tenía; bordaba que era una maravilla, parecía pintado lo que ella cosía. En Amorebieta las monjas la llamaron para que hiciese una labor; era una gran mante-

lería de veinticuatro cubiertos. Les dijo que ella sola no la podría hacer porque era muy grande y tardaría mucho tiempo. Esta mantelería la querían a punto de cruz y toda cuajada de pensamientos; era grandísima, veinticuatro cubiertos, veinticuatro servilletas, un mantel de ocho cubiertos y un mantel de té de seis cubiertos y las servilletas correspondientes. Además pedían que la terminase con fecha fija... Ella dijo que si la ayudaba alguien era posible que la pudiese hacer; sabía que a mí me gustaba bastante hacer punto de cruz y que lo hacía bien, y había otras dos muchachas de Toledo que estaban también acostumbradas a hacer estas preciosas mantelerías toledanas.

Las cuatro pusimos manos a la obra. Era terrible, nos dejábamos los ojos allí. Nos llevaban a una pequeña habitación de las monjas porque era muy delicado tenerla en el patio o en la sala. Era blanca, muy bonita, quedó verdaderamente preciosa, toda ella con pensamientos de distintos colores. Estuvimos cerca de dos meses trabajando las cuatro. En ese tiempo mejoramos bastante, en una de las comidas nos daban rancho doble. Al final nos pagaron, nos dieron mil pesetas para las cuatro. A mí me parecía una fortuna, porque solo recibía de vez en cuando diez o quince pesetas; no cada mes, sino eso, de vez en cuando. Aquello era una cosa grandiosa para mí en aquellos tiempos; después nos enteramos con bastante rabia por nuestra parte que la mantelería era para unos marqueses, que habían pagado a las monjas cinco mil pesetas. En aquellos tiempos eran muchas pesetas. Ya podían darnos un cazo más al día, que bien nos lo cobraron.

Siguiendo la regla de la doctora de Santander, que me recomendó que cada vez que hubiese calcio en la enfermería me apuntase para ponerme, aquí también lo hice y alguna vez me tocaba; éramos tantas que no siempre nos tocaba a las mismas. Una vez éramos unas, otra vez otras. Una de las veces que me pusieron una inyección no sé qué pasaría, se me infectó. En aquella cárcel, por no haber, no había ni médico; el que visitaba venía de la cárcel de Larrínaga, de Bilbao. Avisaron para que viniese a verme el brazo, que estaba muy hinchado de la inyección infectada e incluso amorado, pero el médico no llegaba: no era culpa suya, tenía que esperar que le condujeran, era un preso. La enfermera, una muchacha muy maja y muy valiente, no recuerdo su nombre, asturiana, estaba muy acostumbrada a curar heridas y a hacer de todo; como enfermera que había estado en primera línea en la guerra, vio el brazo bastante mal y me dijo:

—¿Te confías de mí?

Yo le dije que hiciese lo que creyera conveniente, y me dijo:

—Mira, o se saja ese brazo y te saco toda la porquería que tienes o vas a sufrir una gangrena; porque veo que el médico no llega. Lo único que pasa es que no tengo anestesia y vas a tener que sufrir el corte sin más.

Yo le dije que no se preocupara y que lo hiciera. La Ñera bajó conmigo a la enfermería y me sajaron el brazo; de allí salió una palangana de porquería. La muchacha no me pudo ni dar un punto en la herida que hizo con el bisturí; no tenía con qué hacerlo. Metió gasas esterilizadas y cada día bajaba a curarme; me sacaba las sucias y me ponía limpias, y así me curé mi infección. Según ella, si no lo hubiese hecho a lo mejor estaría sin brazo.

También en Amorebieta hay una anécdota que es muy simpática, pese a que nos hizo pasar un mal día. Había una familia de toledanas, una madre y dos hijas bastante jóvenes. El marido estaba en libertad en su casa y cuidaba de los hijos más pequeños. Uno de los hijos escribió una carta a su madre y cuando la mujer iba a terminar la primera página, las últimas palabras decían: "Padre ha muerto". La mujer arrugó la carta y se echó a la desesperación; ella y sus hijas, la desgracia que le había caído, su marido muerto, los niños solos en el pueblo, qué iba a pasar. Por ellas desfilaron todas las paisanas de Toledo, y las que no éramos paisanas, casi toda la reclusión, diciéndole palabras de consuelo. Ya por la tarde alguna de sus paisanas le preguntó:

—Pero ¿te dicen los chicos de qué ha muerto?

—Si no he terminado de leer la carta.

—Pues mujer, ahora que ya estás más tranquila, que ya te has desahogado llorando, lee la carta.

Y la mujer abrió la mano, sacó la carta, la desdobló, porque estaba toda arrugada y leyeron las últimas frases: "Padre ha muerto"; vuelven la hoja y dice: "un cerdo de catorce arrobas, hemos hecho la matanza y cuando los chorizos estén secos os mandaremos un paquete".

Un día que había comunicaciones, subió diciendo que la abogada que había salido y prometido ir al Ministerio de Justicia preguntaba si había habido mejoras en la cárcel, a ella la habían recibido en el Ministerio y le habían prometido que mejorarían el estado penal. La contestación fue que íbamos de mal en peor; las muertes seguían sucediéndose y cada vez estábamos más flacas y más amarillentas; yo ya pesaba menos de cuarenta kilos. Nos comunicó que volvería a hacer otro viaje a Madrid para insistir, y esta vez sí que tuvimos noticias de que la habían atendido y que habían hecho lo que le habían prometido, una inspección por la propia directora de Prisiones, que por entonces era Carmen de Castro.

Ella y su secretaria se personaron en la cárcel de Amorebieta. Por la chica presa que trabajaba en el despacho nos enteramos del día de su llegada y le teníamos preparada la sorpresa como es normal, tendríamos que formar en las salas para recibirla. Preparamos delante, en primera fila, a muchas que ella había conocido en la cárcel de Barbastro y en la cárcel de Gerona; las pobres estaban que no se tenían en pie, habían llegado a Amorebieta como habíamos llegado nosotras. Unas eran las que subían a peinarla porque eran peluqueras; otras las que le hacían la limpieza de su habitación; otras las que le subían la comida —mejor dicho, le hacían la comida—, una cocinera; a todas estas las pusimos en primera fila. Cuando entró en la sala tuvimos que dar los gritos de ritual, cantar los himnos, el *Cara al sol*, el *Requeté*, el himno nacional y "Franco, Franco, Franco"; los cantábamos todos los días, pero en aquella ocasión lo hicimos con mayor rigor. Empezó a pasar revista y estas mujeres que ya estaban preparadas para ello la llamaron:

—Doña Carmen, cuánto gusto verla por aquí.

—¿Quién es usted?, ¿usted me conoce?

—Sí, claro, ¿no se acuerda de mí? Soy la que le hacía la comida en Gerona.

—¿Usted? No es posible, ¿cómo es posible que haya cambiado tanto?

Daba dos pasos y salía otra:

—Doña Carmen, ¿no me reconoce? Pues soy la que la peinaba, la que estaba en Gerona y subía a peinarla todos los días.

La apartó con la mano, y así sucesivamente hablaron varias hasta que una fue a acercarse y ella dijo:

—Sí, también me conoces, no sé de qué cárcel, pero también eres de las que me conocen.

Iban ella y su secretaria, que tenían las dos una pinta... ¡Madre mía!, parecían una pareja ideal, una pareja que se entendían muy bien en todo. Vio en qué condiciones estaban los váteres para ochocientas mujeres; los grifos tuvieron el acierto de no dar agua; por rutina la daban a una hora determinada y aquel día, después de tanto preparativo, no la dieron. Fue a abrir un grifo y no había agua; entonces dijo:

—Para qué tanto lavabo, si no hay agua.

Aquel día nos enteramos que había un váter más. La sala tenía forma de U y en uno de los extremos estaban los dos váteres y los seis lavabos, pero al otro extremo había una puerta; nosotras habíamos visto muchas veces a las que llamábamos *las mandantas* (o sea, las presas que tenían que poner orden; algunas de estas mandantas salían bien y nos ayudaban, otras eran escogidas para ser cabo de vara) entrar allí, pero no sabíamos a qué; debía de ser un cuartito que ellas tuvieran para algo, no lo sabíamos. La puerta estaba cerrada y cuando llegó Carmen de Castro preguntó qué había tras aquella puerta y la mandanta dijo:

—Pues no sé, creo que es un váter.

—Ah, y ¿quién lo utiliza?

—Pues está cerrado siempre.

Como era tan bruta dio una patada a la puerta que casi la rompe y dijo:

—Este lo quiero ver siempre abierto, que haya por lo menos uno más.

Después, muy indignada, bajó al despacho y empezó a dar órdenes y cómo tenían que regir aquella cárcel; dio orden incluso de salir a la huerta, porque aquel patio era incluso enfermizo; las tapias eran muy altas, tanto como el edificio, y no había apenas ventilación; allí daban los lavaderos y las cocinas, o sea, que lo más que teníamos era humo en vez de ventilarnos un poco. Pero cuando se iba a marchar dijo al director:

—Bueno, mire, no haga innovaciones que esto lo arreglo yo en Madrid.

No supieron qué quiso decir con que lo arreglaba en Madrid, pero pronto lo supimos. A los pocos días nos nombraron para expediciones; formaron tres, una se fue a Saturrarán, otra a Barbastro y otra a Madrid. Las de Madrid iban bajo una condición, que supiesen confeccionar monos, y para ello hicieron pruebas. Yo me apunté a las pruebas y también Gloria Nolasco, a pesar que estaba enferma; pero eso era una solución para su madre, que estaba a cincuenta y tantos kilómetros de Guadalajara y podría ir a verla y atenderla mejor. También Daniela Picazo, por su edad, consiguió ir a Ventas, cerca de su familia. Y Verguizas quedó de las últimas en Amorebieta y salió en libertad por septuagenaria; y también la Picazo tenía que salir por este motivo, pero había sido conmutada de pena de muerte y no le dieron ese indulto. Me aprobaron el hacer monos. No es que supiera mucho, pero la costura siempre me ha gustado y logré confeccionar el mono y me apuntaron para Madrid. La cárcel de Amorebieta se cerró; después me enteré que momentáneamente, pues la volvieron a abrir más tarde en otra aglomeración de presas. En esa cárcel estuvimos diecisiete meses; dejé por esos penales compañeras con las que había tenido mucha amistad y después no he vuelto a saber de ellas.

Antonia Yela, mi paisana, que se encontraba enferma con el vientre muy hinchado y siempre castigada, porque a pesar de tener un mal bastante grave no tenía fiebre, fue a parar a Barbastro; me enteré de que le había pasado algo curioso. Cuando la viejon las monjas entrar, dijeron: "Ah, esta a Madres". Antonia tenía muy mala lengua, hablaba muy mal y era bastante bruta. Empezó a soltar insultos a la monja que creo que fue un escándalo. Pero tenía toda la razón: llevaba ya en la cárcel tres años y por ella no había pasado ningún hombre, o sea que mal podía estar en estado; y le decía a la monja:

—No he tenido ocasión de estar con ningún hombre, ojalá lo pudiera hacer, porque no estaría en la cárcel. Usted sí que puede joder cuando quiera, yo no...

El médico se enteró de que había un gran barullo en la cárcel y acudió a ver qué pasaba; al verla le dijo que pasase a enfermería y la estuvo mirando. Este médico después de examinarla pidió que la llevaran a Zaragoza y allí la operaron y le sacaron un tumor tremendo; se ve que no era maligno. Dicen, no sé si será cierto, que pesaba siete kilos; podría ser, el vientre que tenía parecía efectivamente que estaba en estado. En Amorebieta se había pasado casi todo el tiempo castigada.

En aquella cárcel, o te hinchabas o te quedabas con los huesos. Lo más seguro era la muerte, que venía casi a diario. Quizás algún día por los archivos podamos enterarnos las mujeres que de ese Amorebieta han salido del cuarto de los conejos y con la carretilla al cementerio.

Nos preparamos para la expedición y marchamos para Madrid. Con comida fría para dos días, nos metieron en vagones de mercancías. Salimos de Amorebieta más que contentas, en algún momento de nuestro viaje nos acordábamos de nuestras compañeras que habían salido para otros penales, según decían, malos: Saturrarán, Barbastro... En Miranda nos tuvieron no sé cuántas horas, mucho tiempo, paradas en una vía muerta; el caso es que no tardamos dos días sino tres. Entre nosotras iba Daniela Picazo, ya muy mayor, Gloria Nolasco, enferma ella, no hubiese aguantado el taller, pero se acercaba a su tierra, vería a su madre y a su hijo Jesús, era la mujer de Jesús Sambernardino, por entonces aún desaparecido. Iba una compañera, Pilar, también para el taller, que se destacaba de todas nosotras porque ya tendría sus cuarenta años. La recuerdo mucho porque era muy activa y ayudó mucho en todo momento a los más necesitados en el largo trayecto hasta Madrid. No recordaba de dónde era. Pero el mundo es pequeño.

De Amorebieta, como de todas las cárceles franquistas, podríamos conocer miles de testimonios. No olvido a mis compañeras de cautiverio, de esta cárcel que llamábamos *el cementerio de vivos*. ¿Cómo localizarlas después de tantos años?

Pero sí nos pueden hablar de sus vidas tres mujeres de distintas regiones de España que conocí en Amorebieta y que después de muchos años nos hemos encontrado.

Capítulo 19

LA SOCIALISTA

Con mi compañero, en Burgos, hubo presos políticos de Yecla. Muchas veces se acordaba de los compañeros del penal y, entre ellos, salían los de Yecla y decía: “¡Qué hombres más buenos y qué sencillos! Lástima no poder comunicarse con ellos desperdigados por ahí por culpa del régimen fascista que nos obliga a la ilegalidad”.

En el 76 volvimos legales a nuestra casa; es emocionante ver que no te olvidan. Recibimos llamadas de teléfono y cartas para saludarnos en las navidades del 77, y el obsequio de unas botellas de buen vino de Yecla con una carta cariñosa de aquellos camaradas. Lo habían mandado por un camarada del pueblo que vive en Barcelona. Un día vino a visitarnos y con él otro del pueblo, y hablando de las cárceles, resultó ser hijo de Pilar.

Yo me acordaba de esta mujer por varias cosas: era socialista pero no hacía diferencias; si una era presa política era antifranquista, era una compañera. Además hicimos una expedición juntas y, como no éramos muchas, íbamos muy unidas. Las dos fuimos a la misma galería porque íbamos a trabajar a los talleres.

El hijo me impulsó a ir a Yecla pues estaba seguro de que su madre estaría encantada de dar su testimonio. Pasé dos días muy agradables con ella y sus hijos.



Pilar Pascual y Tomasa, ante un buen almuerzo, recuerdan aquella agua sucia que les daban por las mañanas en Amorebieta.

Me llamo Pilar Pascual Martínez y soy de Yecla (Murcia). Me detuvieron el día 30 de marzo del 39. Cuando me detuvieron me llevaron a comandancia. De allí me llevaron al Juzgado. Nos juntamos lo menos treinta de aquí, de Yecla. Nos llevaron a las tres de la mañana a la cárcel de mujeres; iba yo sola al separarme de los hombres, un tal Chorrón —que ahora está de presidente en el local de los jubilados—, al quedarme yo sola, dice: “A esta señora a un calabozo”. A los dos días me sacaron de aquel calabozo y me llevaron al Juzgado a declarar con un soldado detrás y otro delante con los fusiles en la mano; íbamos los tres en fila.

Cuando llego al Juzgado lo primero que me preguntan: “¿Usted es la que escribió el artículo en el periódico?”. Y yo, de momento, ni idea. “Eso no es verdad”. “Sí, señora, ¿quiere usted que se lo traiga?”. “Traígamelo si quiere”. “Y ¿qué importancia tenía aquel artículo? Era defendiendo a la humanidad, no le he faltado a nadie”. Y se calló. Entró el juez y empezó a tomarme declaración. Le dije que me preguntara de cosas mías, porque de los demás no sabía nada; que me preguntara dónde había actuado, qué había hecho, y le contestaría. “Bueno, llévensela y mañana ya veremos qué se hace con ella”.

Me llevaron, pero entonces ya no me metieron en el calabozo. A los pocos días me vuelven a sacar otra vez a declarar, a las tres de la mañana, ante unos hombres que debían ser de Yecla; pero no les conocía y les dije lo mismo: “Ustedes pregúnteme sobre mi actuación; lo demás no me lo pregunten porque no sé nada”. Y cuando se cansaron de decirme cosas: “Bueno, mañana la sacan a la lómica, le dan cuatro tiros y allí que termine”. Yo me quedé como si nada. “Y no tiene usted ni una lágrima, ¿es que no tiene usted hijos?”. “Tengo dos”. “¿Y no llora usted siquiera por ellos?”. “Cuando se tiene la conciencia tranquila no hace falta llorar; no se llora”. “Pues hala, al calabozo”.

Me tuvieron trece días en un calabozo donde solo había cuatro dedicos de luz y cabía solo un cuerpo. Yo ni dormí. Ni me acosté. Si acaso me dejé caer cuando no pude más; a los trece días me sacaron casi muerta.

Allí no había más que suelo; ni mantas, ni nada. Me volvieron a sacar otra vez a declarar y como siempre contestaba lo mismo: “Usted pregúnteme a mí. Yo he sido presidenta de una sección femenina; he trabajado con el cuadro artístico de las Juventudes... De lo demás no me pregunte porque yo no sé nada”. “¿Y usted no sabe de fulano y de mengano?”. “No señor, yo no sé nada, yo no intervenía más que con las mujeres”. A los trece días me sacaron del calabozo, me dejaron en la comuna, con las mujeres. El día trece de junio nos sacaron para Murcia; no se me olvida porque fue el día de San Antonio. Allí ya no me encerraron sola, estaba con todas. Había por lo menos cuarenta o cincuenta mujeres, pero en un sitio muy pequeño. De noche las ratas y ratones pasaban por encima de nosotras. Una noche que se embozó el retrete, tuvimos que levantarnos y salir todas porque se llenaba de agua y de porquería el sitio donde estábamos. De allí salí a consejo de guerra, no sé qué día. No me pegaron, me insultaron de palabra, aunque creo que los trece días de calabozo fue una tortura refinada. Volví del consejo con la pena de muerte: no fui yo sola, todos los que fuimos volvimos con la misma pena. De mujeres con pena de muerte, yo sola, porque a las demás que juzgaron después las mataron; fueron Antonia Varela y

Ángeles Rubio, mujeres de Yecla o Murcia. Oíamos desde nuestra celda cómo en la madrugada sacaban a los hombres para matarlos, o pegarles, torturarlos y hacer mil judiadas con ellos... Así que sufríamos lo indecible.

—¿Cuánto tiempo estuviste con la pena de muerte?

Estuve cinco meses. Había una señora que era maestra, doña María Martín, y yo, y nos indultaron a las dos juntas.

Nos sacaron para Amorebieta. A los pocos días de salir, a Antonia y a Ángeles las mataron, pero mira si eran malos —esto me lo contaron otras compañeras que vinieron después—: sacaron a una primero y al día siguiente a la otra, para hacerlas sufrir más. Salimos de Murcia sin nada, no nos habían dado ni desayuno, pero la Guardia Civil, cuando llegamos, no sé si fue a Alcoy, bajaron —se ve que les habían dado dinero—, nos compraron pan y nos lo dieron. Llevábamos una guardia civil muy buena, se portó muy bien, las cosas como son. Cuando llegamos a Madrid nos dieron la cena, si a lo que nos dieron se le podía llamar cena. Pasamos la noche en Ventas y al día siguiente por la noche nos volvieron a sacar. Íbamos a Bilbao, nos llevaron a la estación del Norte y nos encaminaron a un furgón donde meten a los cerdos, y al subir oímos una voz que dice: “No se arrimen ahí, que hemos tenido que hacer de vientre en ese rincón porque no teníamos dónde”; dos mujeres que no sé de dónde eran. Subió la Guardia Civil y vio cómo iba todo aquello; hizo un gesto de asco y dijo: “Si ustedes me dan palabra de que no se mueven de aquí y me respetan, las llevaremos al tren correo, que irán con calefacción”. También lo harían por ellos —porque igualmente se tendrían que meter en aquel vagón— y les respondimos: “Nosotras le damos palabra de que no nos movemos de aquí”, y el guardia civil no sé dónde iría a hablar, supongo que con sus superiores y jefes de estación para que le autorizaran a hacer lo que hizo; cuando volvió nos trasladó al tren y fuimos bien, como todos los viajeros que iban en él. Nosotras éramos unas cuarenta. Llegamos a Bilbao y estuvimos una noche y, como no llevábamos nada para acostarnos, ni mantas ni nada, porque decían que todo lo teníamos allí, las mujeres se levantaron y a la hora que llegamos una nos tiraba un colchón, otra una manta, y así pudimos dormir aquella noche.

Llegamos tarde y al otro día nos sacaron temprano para Amorebieta. Cuando bajamos del tren, los chiquillos, como íbamos con la Guardia Civil, se acercaban con curiosidad; oí que decía uno de ellos: “¡Anda, dicen que eran presas y resulta que son mujeres!”.

Cuando llegamos a la cárcel de Amorebieta, días antes de Nochebuena, no se me olvidará, las mujeres habían hecho un belén. Aparentemente estaban contentas, bailando; la verdad, yo creo que era para quitar la nostalgia de no estar con los suyos en esas fechas. Era la Nochebuena del 39 al 40. Al otro día nos alegramos mucho porque nos dieron un trozo de pan grande y un plato de comida al mediodía, pero amigo, cuando fueron pasando los días nos daban *así de pan*. ¿Y aquel día que no nos dieron de comer más que un cazo de agua por la mañana —no sé de qué sería— y nada más? Estuvimos así tres días, tú lo recordarás si estabas.

—No, porque esa cárcel y la de Durango las abrieron en los últimos días del 39, yo esas fiestas las pasé recién llegada a Durango.

Estuvimos así tres días, y a los tres días suben con la caldera de la comida y dicen: “¡La comida!”. Ya habíamos quedado todas de no levantarnos de los patates, no nos levantamos y, chitón, la voz seguía llamando: “¡La comida!”, y nadie se movía. Eso fue por el caldo de la mañana; subió el director que había, que parece que lo tengo clavado en la retina de los ojos, un tío gordo, de luto, que se plantó en la puerta y dijo: “No quieren ustedes coger la comida. Pues no hay otra cosa, ¿eh? Y les voy a decir una cosa, yo pongo aquí una ametralladora ahora mismo y no queda ni una, y con una firma en el papel estoy arreglado”. Al otro día había comida en la prisión, fue poco pero por lo menos repollo, como allí le dicen (aquí les llamamos *coles*), y cuatro pedacitos de patata. Muy mal lo pasamos en aquella cárcel y muchas compañeras perdimos allí, pero no voy a decir todo, dejaré algo para otras.

Quitaron la cárcel y unas pocas (tú venías también, solo que te duró poco estar en el taller) fuimos a Madrid, a la cárcel de Ventas, a los talleres. La comida era un poco mejor, sobre todo el día que te daban un plato de lentejas, que te alimentaba; si te daban habas, no entraba ni con hambre, solo las comías porque tenías ganas de vivir. Estuve en los talleres hasta que me dieron la libertad.

Cuando salió el decreto de los treinta años —que era la condena que me pusieron al firmar la conmutación de la pena de muerte—, me dije: “Quiero saber si me afecta ese decreto, porque como es de reclusión mayor... no sé”. Y al salir un día del taller me fui a hablar con el cura y le pregunté si teniendo treinta años de reclusión mayor entraba en ese decreto. “Más le valdría estar trabajando en el taller”. Esta contestación no se me olvida. “Mire usted, vengo de trabajar en el taller, acabo de salir”. “Ah, entonces muy bien”. Y me dijo que sí, que entraba en el decreto de los treinta años. Llega el día de la Ascensión y nos llaman para ir a misa temprano. Yo no tenía ganas de levantarme y llega la tía Veneno y dice: “¿Es que usted no se levanta?”. “No, no señora, hoy no me encuentro bien”. “Pues en cuanto venga el médico tiene usted que ir”. Cuando salieron todas de misa yo me levanté y me vestí, estaba terminando de arreglar el patate y llaman: “¡Pilar Pascual!”. Digo: “Servidora, ¿quién me llama?”. “Ha tenido usted una carta”; como no nos daban las cartas cuando no íbamos a misa, nos las rompían, digo: “Pues no sé cómo me van a dar la carta sabiendo que no he ido a misa”. “Bueno, salga usted”. Salgo, y unas compañeras detrás de mí: “Que vas en libertad”, digo: “No me gastéis bromas que no me da gusto”. “Que sí, que sí”, y llegamos a la cancela donde estaba el director: “Buenos días, ¿cómo se llama usted?”. “Pilar Pascual Martínez”. “¿Y sus padres?”. “Lucas Pascual Gil y Juliana Martínez García”. “Pues vuelva a la celda y arreglése, que se va usted en libertad”. Si entonces no me caí al suelo, ya no me caeré nunca.

Mis amigas de la celda —que éramos siete— me arreglan la maleta, me lo preparan todo y ¡hale!, que me voy, y salen cantando detrás de mí, no se me olvidará: “Adiós con el corazón, que con los labios no puedo, y al acordarme de ti, de sentimiento me muero...”. Llego a la puerta de la cárcel con mi maleta y con una bolsa y digo: “¿Y adónde voy yo? Si yo aquí no he estado nunca”. No sabía por dónde tirar y recordé que había una muchacha de Amorebieta conmigo que salió en libertad estando ya en Madrid y me había dicho: “Si algún día sale usted, yo vivo por ahí enfrente, pregunte por María Dorado”. Así que, hecho, voy para allá, miro el nombre de la calle y a las pocas casas veo el número, voy a la portera y le pregunto: “¿Vive

aquí María Dorado?”. “Sí, señora”. “Pues haga usted el favor de decirle que venga, que está aquí Pilar Pascual”. La muchacha se asomó arriba: “¿Quién llama?”. “¿Es que no me conoces? Soy Pilar Pascual”. “¿Ha salido usted?”. “Acabo de salir”. Bajó enseguida.



Pilar Pascual (x) con algunas de sus compañeras en la cárcel de Amorebieta el día de la Merced.

Yo llevaba otra dirección de Madrid, de la madre de Pili, y la muchacha me acompañó allí. Ya por la tarde Andrés me dice: “Vamos a poner una conferencia para que sepan tus hijos que estás en libertad”. Vamos a teléfonos, pide la comunicación y se pone Andrés, un muchacho que vive aquí más abajo, y mi hijo pregunta: “¿Quién eres?”. “Soy Andrés, de aquí, de Madrid”. “¿Es que le pasa algo a mi madre?”. “No le pasa nada, lo que pasa es que está aquí conmigo”. Se oyeron los gritos que dieron mis hijos. “Entonces, ¿cuándo vas a venir?”. “Tengo que ir a recoger los papeles mañana”. Así se acabó todo.

Cuando llegué aquí me estaban esperando mis dos hijos, que habían estado sin padre y sin madre; gracias a que tenía unas hermanas muy buenas. Mi marido murió antes de empezar la guerra; el pobrecico decía: “No siento nada más que morir y no poder ver cómo termina esto”, pues estaba la cosa ya... que la guerra iba a estallar. Tenía las fiebres de Malta, se le quitaron las ganas de comer y murió.

—¿Después de salir de la cárcel has hecho algún trabajo en la clandestinidad?

—Aquí en este pueblo ya no se encontraba a nadie. Ahora hay mucha gente y mucha industria y el pueblo está de otra manera, pero entonces estaban muy

cohibidos, ¿sabes?, pero yo donde podía me ponía a trabajar y les contestaba cuando preguntaban algo. No creas que me hacía la... no. Yo decía siempre la verdad, y quién era yo... Además, el pueblo estaba lleno de gentuza. A los dos años de salir yo, me cogieron a mi hijo y se lo llevaron también. Cuando fui a defender a mi hijo, decían que yo había sido el terror del pueblo (el terror del pueblo había sido yo, ¡sin meterme con nadie!).

Es verdad, no me metí con nadie; defendía la humanidad, el bien para todos, pero meterme yo con nadie... no. En el expediente llevaba muchas acusaciones, pero sin firmar. Cuando fuimos a juicio, esta señora que venía conmigo y que también llevaba pena de muerte, dijo: "Vamos a hablar con el abogado", que era don Luis Díez —no se me olvidará—, y cuando entramos dice: "Don Luis, queremos hablar con usted porque somos las que vamos a entrar ahora al consejo". "Bien, ahora les llamo yo". Nos llamó el hombre y miró los expedientes, diciéndonos: "Usted tiene firmadas las acusaciones —esto a la otra señora—, pero la señora Pilar Pascual no las tiene firmadas por nadie. Usted se puede defender muy bien"; si viera las acusaciones que llevaba... todo lo que la historia del pueblo quiso decir, pero nadie quiso firmar, eran anónimas... Hasta decían que en la prisión había tenido un hijo. Eso decían por el pueblo, fíjate. Una noche nos subieron a declaraciones y estábamos enfrente del jardín en una habitación que había allí; eran catorce o quince hombres y yo; fue mi hermana Julia a llevarme la comida y Pepito, el hijo de la Pimentera, le dio un empujón y le dijo: "Váyase usted con la comida a la calle", y la echó. Mi hermana subió llorando, ¿sabes?, y pasé allí la noche con los hombres. Había un poyo, que no sé si estará aún; me lo dejaron a mí y me dijeron: "Descansa aquí un poco"; claro, ¡si todos eran compañeros!, y luego que dijeran que yo había tenido un hijo en la cárcel...

Otra noche me sacan a las tres de la mañana a declaraciones y me dicen: "¿Así que es usted la que daba vueltas a la sangre de los hombres que mataban en el cuartel de las milicias?". "No señor". "Pues entonces, ¿por qué estaba usted allí?". "Estaba allí porque las circunstancias me lo mandaban: primero, que tenía dos hijos y tenía que darles de comer y como me dijeron que fuera allí a trabajar, a hacer comida para los hombres, fui de cocinera, por eso estaba en el cuartel de las milicias, pero mire usted lo que le digo, en mi casa se mataba un cerdo todos los años y jamás, jamás, di la vuelta a la sangre cuando los mataban; menos se la hubiera dado a la de una persona".

Había otra acusación que era casi un chiste: "Has matado al gato del alcalde". De tanto como me acusaban ya no sabían qué poner y pusieron aquello. Barbaridades. Menos mal que tuve una persona que supo defenderme muy bien aquí en Yecla. Ese hombre —que ha muerto ya— estaba de juez; iba a tomarme declaraciones y me decía: "Dime toda la verdad, Pilar, que esto lo aclararé yo y quedará tal y como tiene que ser" (no quiero nombrarle porque está muerto). Fue la familia de don Ricardo a la puerta de la prisión a hablar con el director para que me sacaran a matar. Esa es la verdad, lo que les contestaron no lo sé, pero que fueron las chicas de don Ricardo, sí.

El abogado me pudo defender por no tener las denuncias firmadas. Y tengo la copia de mi expediente, porque había una muchacha nuestra, reclusa, en la oficina y me preguntó: "¿Quieres que te haga una copia de tu expediente?". Le dije que sí, me la hizo y la tengo guardada. Nos sacaron a barrer y estábamos barriendo la calle cuando oigo desde la pared de enfrente: "¡Putá! A esta la tienen que matar, ¡es una puta!".

Y yo, chitón, no le contesté. Era una chica de la Morisa; me trató de todo lo que pudo, de todo. Llamaron a Juan Guerrero, fueron dos de Falange y me sacaron a mí. Le tomaron declaraciones y el hombre dijo que no me había visto en ninguna cosa; que era una mujer del Partido Socialista pero que en otra cosa me había visto. Entonces se lo llevaron a Auditoría y de allí me lo sacaron para que lo firmara.

—¿Tú perteneces al Partido Socialista? ¿Eras militante?

—Perteneceía y pertenezco, pero no creas que renuncié cuando salí de la cárcel, que cuando he tenido ocasión, si alguien ha hablado delante de mí alguna cosa... le he contestado, y hay más, porque entonces tenía a mis hijos pequeños, pero ahora que están colocados y están bien... pues si me pasa algo, como les ha pasado a los demás, a mis compañeros, que los quería mucho... yo borro, pero no olvido. ¡Cuántas veces me he acordado de cómo iba mi hija a la puerta de la cárcel! Yo pedía: “¿Hacen el favor de que bese a mi hija, que está llorando en la puerta?”. Me la entraban y la besaba, pero mi nena se iba con un llanto que se moría, y yo... ¡cómo me quedaba yo!

—¿Qué tiempo tenía la niña?

Diez años. Mis hermanas recogieron a mis niños: somos cinco y muy unidas, son muy buenas.

—El niño, ¿qué años tenía?

Tenía dos años más, se llevaban veintidós meses. Pero volviendo atrás para que veas la situación que yo tenía en el pueblo. Un día íbamos a trabajar nosotras al hospital y miré desde arriba y vi a la gente —yo no sé si habría trescientas o cuatrocientas personas de esas exaltadas— calle abajo y le digo a mi hermana: “¿Qué te juegas que bajan aquí al Asilo?”. Cierto. Cuando yo les vi bajar me puse en la puerta del Asilo y les digo: “Bueno, ¿adónde vais?”. “Venimos a echar a las monjas”. “Mirad, lo primero que hay que hacer es tener mujeres de confianza para que traten bien a los ancianos, y lo segundo, que esto lo tienen que ver los tres comités que hay, que son los que tienen que solucionarlo y decidir lo que hay que hacer, si se marchan o no se marchan, así que ya lo sabéis. Esta noche tendré junta con la agrupación y con los demás comités; lo que decidan ellos se hará”. Así lo hicieron y a las monjas las dejaron porque se portaban bien. Estas monjas, cuando fueron las de don Ricardo para que me mataran, fueron a dar buenos informes de mí a la prisión.

—¿Las monjas estuvieron durante la guerra vestidas de seglar o de monjas?

Las monjas vestían de paisano, pero se portaron muy bien. Yo todos los días bajaba a verlas y se portaban muy bien con los ancianos.

Connigo detuvieron también a Concepción Ferré. Las dos habíamos recibido el carné del Partido Socialista al mismo tiempo. También detuvieron a su marido. Ella no estuvo mucho tiempo, pero sufrió mucho porque sus cuatro hijos se quedaron completamente abandonados y fueron recogidos en el hospicio. Yo ingresé en las Juventudes Socialistas cuando tendría once o doce años. Tomé parte muy activa en el cuadro artístico.

Hoy tenemos una asamblea en el Partido. Ya soy muy mayor pero voy a las reuniones porque es mi deber, pero además es que es mi lucha por la unidad. Por el socialismo luchan los comunistas. Por el socialismo luchamos los socialistas. Dime tú, ¿por qué no podemos ir juntos? Si en las elecciones hacemos una candidatura de unidad, no digo que fuéramos socialistas, pero una democracia de verdad no habría

estado lejos. Y eso es lo que yo digo en mi partido: unidad. Sin unidad llegaremos, pero nos costará más.

Hemos salido a visitar Yecla con Pilar y otro camarada. Hemos almorzado en un bar: pan tostado con anchoas, vino y un café. Hemos recordado nuestras peripecias; unas alegres, muy pocas, y las más, de rabia, de impotencia, de miseria, de hambre en aquella cárcel de Amorebieta.

Nos acompañaba un comunista, Miguel Palau, y ella socialista, muy conocidos en todo el pueblo. Visitamos el parque y terminamos tomando un aperitivo en un bar-restaurant de la localidad. Este mismo sitio al final de la guerra había servido de cárcel. Allí había estado detenida Pilar, y desde abril del 39 no había vuelto a pisar ese local. Nos pusimos en la barra y Pilar me dice: "Detrás de ti nos están mirando. Los que están en la mesa son familiares de los que me querían matar". Murmurarán algo, estarán diciendo: "Es Pilar, y ¿quién será la otra?". Yo recuerdo que en una ocasión dijo Largo Caballero: "Cuando nos miran es que somos de interés, es que les inquietamos". Pilar tiene setenta y siete y cuenta con toda una vida de lucha.

LA COMANDANTE DE INTENDENCIA

A Agustina la encontré en el local de ex presos de Madrid. Ella dice que se acuerda de mí, del penal de Amorebieta; yo no la recuerdo ¡éramos tantas! Las dos recordamos a compañeras comunes con las que hemos convivido. Con algunas aún seguimos esa amistad, ese cariño mutuo que nos caracteriza y nos une tanto al haber pasado por esos penales de hambre y de muerte. Pero hay muchas de esas compañeras a las que hemos perdido la pista y no sabemos si viven o en qué rincón de nuestra España se encuentran y que quisiéramos saber de ellas, verlas, abrazarlas.

Hablamos de las cosas que en ese penal han ocurrido y ahí descubrimos que no hemos estado juntas, como ya explico en mi testimonio. Ese penal fue cerrado en el 42 y de nuevo abierto después. Es en ese segundo período cuando a Agustina la traen de Palma de Mallorca a Amorebieta y muchas compañeras que habían estado conmigo volvieron de nuevo a él.

Tu testimonio, Agustina, bien merece ser conocido.

Me llamo Agustina Sánchez Sariñena y soy de Madrid. Me detuvieron el 13 de abril de 1939, a las siete de la tarde. Me juzgaron en dos consejos de guerra, uno el día 12 y otro el 17 de enero de 1940. En dichos consejos me pidieron la última pena, siéndome conmutada por 30 años de pena mayor.

A mi suegra la fusilaron el día 24 de julio de 1939. El 13 de abril llegó un policía y dijo que solo eran unos momentos, que iba a tomar una declaración, y es muy curiosa esta anécdota. Había en mi casa una prima mía y me dice: “Agus, un policía pregunta por ti”. Salgo y me indica que tengo que irme con él para hacerme unas preguntas y mi prima le dice: “¿Puedo irme con ella?”. “Sí, puede usted venir a condición de que yo a usted no le pago el metro, yo solo tengo obligación de pagarle el transporte a la señora, pero no a usted”. Mi prima contestó: “No hace falta que usted me lo pague y si usted quiere le pago también a mi prima”.

Llegamos a la comisaría y yo, entonces, llevaba puesto lo mismo que ahora, colgando este dije con pelo de la niña que se me murió, una sortija y los anillos de casada porque, a pesar de que me casé por el juzgado, llevábamos los anillos que nos hicieron en Denia, donde estaba evacuada mi madre, buenísimos, preciosos. Un muchacho que había allí se acercó y me dijo: “Todo eso que usted lleva, el reloj, la cadena y la sortija, méntalo en un pañuelo, me lo da usted y lo saco a su familia cuando venga a verla. Cuando la lleven a Gobernación todo se lo quitan y no lo vuelve a ver más. (Una buena persona de las pocas que se han encontrado entre esta gente). Así lo hice, aunque al principio tuve un poco de duda, pero pensé, si de todas formas me lo van a quitar, qué más da, pero efectivamente lo recibió mi familia.

En la comisaría estuve cuatro o cinco días y después me pasaron a Gobernación. Ya empezó el tal Conesa a calentarme porque la denuncia que me pusieron era que yo era jefa de la checka de Fomento —cuando ni sabía dónde estaba la calle de

Fomento—. Precisamente el otro día fui a casa de tu amiga a la travesía del Reloj y pasé por primera vez por esa calle, yo no tenía ni idea de dónde estaba, ni que existió una checa, no he conocido nunca ninguna.

El denunciante sabía que yo era militar, pero no sabía si estaba en algún cuartel o qué hacía (este señor me detuvo porque decía que él era falangista y que era una organización legalmente constituida). A este individuo le detuvieron y estuvo tres meses detenido y le echaron a la calle, pero ni yo le conocía a él ni él a mí. Pero la familia de mi marido vivía en la misma casa de su hijo y le interesaba mucho hacerse con la casa y vivir cerca de su hijo, sin importarle hacer una denuncia falsa. En aquellos momentos, a río revuelto... Él sabía que a mi marido lo habían matado en la guerra.

Me dieron todos los palos que quisieron, y como no sacaron nada, me ingresaron en Ventas. Los pasillos, las escaleras, los baños, todo estaba lleno de mujeres. Una mañana nos llaman para que bajemos al locutorio de jueces a cinco políticas. Subió la funcionaria y, usted, usted... bajen que les esperan en el locutorio de jueces. Nos encontramos con unos niños de Falange que nos afeitaron las cejas y nos cortaron el pelo. A mí las cejas no me han salido más, el pelo muy poco, porque esto que llevo no es mío, siempre tengo que llevar postizos, a las primeras que se lo cortaron no les salió nunca. El médico nos estuvo tratando con yodo y con unas corrientes que nos daban en la prisión y nos dijo que las cuchillas de afeitar debían de estar infectadas y que era imposible ningún remedio.

Yo estaba en la segunda galería y un día llaman a Josefa Perpiñán. Era mi suegra. Te doy el nombre por si acaso alguno de mis cuñados tuviera la suerte de coger el libro, que vean que me acuerdo mucho de ella. “¿Josefa Perpiñán?”. Le digo a la voceadora. “Sí, esa es mi suegra”. Estaba con mi madre en Denia, cuando esta gente entró, dijeron que todo el mundo volviese a sus respectivos lugares de procedencia; que todo aquel que no tuviese las manos manchadas de sangre no le pasaría nada. Fue la manera más cómoda de coger a la gente. Mi suegra llegó de Denia y ya la estaban esperando en la estación. No pudo la mujer ni llegar a su casa. Y le digo a la chica: “Esa señora que estás llamando es mi suegra, pero aquí no está”. “Pues la llaman para ir a jueces, estará por otra galería”. Pero no estaba, llegó al día siguiente el juicio y ya venía con pena de muerte.

Entonces no existía la galería de penadas y estábamos en las mismas galerías (no en la misma celda). La mujer venía condenada a muerte, sabían que la iban a matar. A unas compañeras de su celda al parecer les dijo que la escondieran (pocas luces también las otras), y se les ocurrió abrir una colchoneta, meterla dentro y coserla. Nos mandan formar, hacen el recuento y faltaba una, a formar de nuevo, y sigue faltando; viene otra, que parecía un sargento, a la tía la llamábamos *la Tumba*, porque tenía una cara que no movía un músculo y parecía un cadáver. Ahora cuentan con lista y falta Josefa Perpiñán. Entonces una funcionaria dice: “Bueno es lo mismo, si ella no aparece y la tenía que llevar a la capilla, nos llevaremos a la nuera”. Mi suegra al oír esto, se vio que a la pobre le dio miedo y empezó: “No, no, que estoy aquí, que me saquen, que estoy aquí. Salió hecha una pena y la bajaron a la capilla. Iba con seis mujeres más. Mataron a las siete. Estuvieron toda la noche en la iglesia, que era donde las ponían en capilla, el cura diciéndoles que encomendaran su alma porque

iban a morir... a gente buena, inocente, que no tenían que encomendar su alma porque nada habían hecho.

A las seis de la mañana, a última hora les dieron un Cristo para que lo besaran, mi suegra cogió el Cristo y se lo tiró a la cabeza del cura: no lo mató porque el otro bajó la cabeza; si no, creo que lo deja en el sitio. La pobre empezó a darme recomendaciones, que mirase por sus hijos...

Entre ellas iba una chica que era anarquista, y el delito que tenía la muchacha era que no habían podido coger al novio porque había salido para Francia. Una chica con veinte años, expresándose que daba gusto oírla, les dijo: "Estoy segura que la muerte mía no será estéril, ustedes me matan hoy, tardarán más o menos, pero llevarán el mismo camino que yo llevo", y les dijo cosas terribles.

Cuando ya se llevaban a estas infelices a mí me sacaron de la iglesia, pero en qué condiciones saldría que no pude ir a la galería, me decían las chicas que los labios los llevaba morados, casi negros, ¡qué impresión me causó! Yo veía a las que estaban en capilla con las caras blancas como muertos. Me permitieron estar en ella porque era mi suegra, ¡qué mal lo pasé!, tú fíjate, con la mala conciencia que ellos tienen, para que una funcionaria dijese: "Espere, que en estas condiciones no puede subir a la galería." Me sentaron en un banco, donde cacheaban cuando entraban al vestíbulo, y allí me tuvieron más de una hora, porque yo no era capaz ni de tenerme en pie. Se conoce que me impresionó tantísimo ver que a mi suegra la mataban por no poder coger al hijo... porque no es que esa mujer hubiera hecho nada, ¡si nada más empezada la guerra salió evacuada para Denia y no volvió más!, pero al no encontrar a su hijo, se vengó en ella el denunciante, que es el mismo que me denunció luego a mí. A ella por ser su madre, y a mí, por ser su mujer.

Hicieron dos juicios de guerra, el día 12 de enero el primero y el 17 el segundo, en 1940, y en los dos consejos me echaron la pena de muerte. El motivo fue porque este individuo había puesto denuncias por la misma causa en dos juzgados. La primera en el juzgado del Chino y la segunda en el de López Ochoa, a cual de los dos más malos. Me conmutaron a treinta años de pena mayor.

Cuando a mí me juzgaron ya existía la galería de penadas, la primera a la derecha, y ya desde el consejo vine a esa galería, donde estuve seis meses. Estaba allí Matilde Landa. Esta mujer maravillosa había montado una oficina (autorizada por la prisión) para mirar los casos que entraban de pena de muerte y salvó del piquete de la muerte a muchas, porque Matilde empezaba a averiguar de qué estaban acusadas, hacía instancias, en fin, todo cuanto estaba a su alcance.

Me conmutaron la pena y nos sacaron de expedición a Zaragoza. Salimos de Ventas, llegamos a la estación del Mediodía y venía un vagón lleno de corderos y cabras. Tal como sacaron aquellos animales nos metieron a nosotras; nos precintaron los vagones y de allí directos a Zaragoza, llevando todas en la maleta la tablilla. Yo llevaba mi nombre y apellidos y se acerca un guardia y me dice que cómo es posible que con mi descendencia (debía llevar una coletilla en el expediente sobre los Sariñenas) vaya como presa política y digo: "Yo qué culpa tengo de cómo pensaban mis antepasados". "Pero si usted descende de una familia noble". "Eso de noble lo soy, pero no en el sentido que usted lo dice, y no estoy obligada a darle explicaciones". No le di mayor importancia.

Nos meten en el vagón y nos precintan, pero al llegar a Calatayud viene un sargento de la Guardia Civil, o capitán, y preguntan por una señora que se llama Sariñena. Me encaramo a aquel ventanuco de respiración del ganado y digo: “¿Qué desea?”. “Vamos a parar aquí en Calatayud un buen rato; se lo digo porque si quiere usted tomar alguna cosa, un bocadillo o café, lo que usted quiera, no tiene más que pedírmelo, que yo se lo traigo”. Yo me quedé un poco parada, pero reaccioné y le dije que sí, pero si puede traiga también alguna cosa para las compañeras. “No, solamente es para usted”. “En este caso, muchas gracias, pero no necesito nada”. “Es que es mi obligación, porque usted no es como las demás”. “Perdone pero no necesito nada”. Bajé de la ventanilla y se acabó. Figúrate que llevábamos viejecitas de setenta y más años tiradas allí en el suelo encima de toda aquella porquería. Cuando habíamos salido de Ventas, como veníamos tantísimas, porque yo creo que éramos ciento y pico de mujeres, nos repartimos en los vagones ancianas y jóvenes con el fin de atenderlas; una compañera me dice: “Agus, a esta abuelita le pasa algo”. Se había hecho caca, tenía una colitis tremenda.

Llegamos a Zaragoza de madrugada y en la cárcel de Predicadores nos recibió un director que no tenía dos bofetadas, pequeñajo, con una pistola en la mano, nos dice: “Péguense todas a la pared”. Nos pegamos todas a la pared y nos dijo que nos iba a fusilar. Habíamos llegado de madrugada a la estación; los guardias nos dijeron que no metiéramos demasiado ruido por las calles pero nosotras, que éramos un ramillete de rosas todas jóvenes, hicimos lo contrario, nos pusimos a cantar canciones de la guerra, *La joven guardia* y no sé cuántas más. Los guardias iban asustados y el director nos recibió pistola en mano.

Por la mañana me llamaron a dirección. Puedes suponer lo que iría pensando y el susto que se llevaron las demás compañeras, cuando vieron que me llamaban a mí sola, estaban todas en guardia, ¡si acabábamos de dejar los petates! ¿Por qué la llama el director a ella sola? ¿Qué ha pasado? Si aquí nadie hemos hecho nada. Y era para decirme que iba a darme cama y comida de enfermería. No señor, yo duermo en el suelo igual que mis compañeras y como lo mismo que ellas. Es que usted no es igual, usted descende de la nobleza: “Oiga, cuando a mí me ha detenido, ¿se han fijado si pertenecía a la nobleza o no? Y me han matado a palos y no me han preguntado nada. Por lo tanto yo no pertenezco a ninguna nobleza. Los antepasados míos podían ser lo que fueran, pero yo soy lo que me da la gana ahora, y se ha terminado”. Y eso me pasaba en todos los sitios donde iba.

Aquella prisión era como de la época de la Inquisición, porque tenía unos salientes de piedra con unas cadenas tiradas a los postes, las ventanas arriba del todo, dicen (no sé si esto es verdad), que habían tirado a una viejecita porque durante la misa no se pudo aguantar y había ventoseado. Esta prisión hace valla con el río y dicen que a esta mujer la tiraron, lo cierto es que nunca más se supo de ella, incluso su manta la ponían como alfombra el día que había misa, porque era una manta muy floreada y muy bonita. Esta mujer era presa política, y le habían hecho juicio sumarísimo, porque había vendido unos panes a unos guerrilleros que habían pasado por su casa. La juzgaron como ayuda a las guerrillas.

La Veneno estaba con nosotras en Predicadores. Por la mañana, a las siete, formábamos y te daban lo que es un cachitín de pan, una barrita de las que te daban de racionamiento por persona nos la daban para cuatro, tenías que hacerle un agujero y

con una cucharita de café te metían mermelada en ese hueco, que te las veías y deseabas para hacer el hueco y que no se te cayera la mermelada. Ya estaba el desayuno, no te daban nada caliente, y esto a las siete de la mañana, que aún era de noche y con la niebla que había en Predicadores, horrible porque está el Ebro al lado con un frío que te morías. Te bajaban al patio y no te dejaban llevar ni mantas ni nada, pero a escondidas y como podías te las enrollabas al cuerpo y encima te ponías una bata para que no la vieran. Luego no tenías ni dónde lavarte. Había unos pilones en aquel patio como si fueran abrevaderos de beber los animales, pues eso es lo único que tenías para lavarte la cara, y a las siete de la mañana tenías que ir cargada ya con el peine, con la toalla, con plato y cuchara, porque ya no subías hasta por la noche. Todo el día en ese patio con una humedad que te morías. Era levantar los petates y tener que secar el suelo con una bayeta porque estaba chorreando agua, la humedad te penetraba en los huesos. Y esta Veneno, la tía canalla, se ponía en la puerta de la escalera y según ibas bajando al patio te daba patadas o empujones, tanto si estabas bien como mal, era igual, y si pedías quedarte en la sala, te contestaba: "No haberte metido en lo que no te importaba, si hubieras estado en tu casa no estarías aquí". Esa era la explicación que te daba la tía esa, fíjate qué inhumanos eran y qué canallas. Nosotras deseábamos salir de allí porque era horrible. Nos sacan de Zaragoza y vamos a Gerona, que fue donde encontramos nuestra salvación. Desde luego en Gerona estuvimos muy poco, pero fue en el único sitio donde no estuvimos en la cárcel. Era un reformatorio de descarradas, como ellas decían, con monjas. Tenían hasta juego de baloncesto. No es que nos lo dejaran a nosotras, pero sí que podíamos pasear por todo aquel patio, y había economato, donde podías comprar una o dos pesetas de almendras o avellanas, cosas que te mitigaban el hambre y te alimentaban. El rancho era malísimo, un caldo de huesos que sabía a rayos. La que no tenía paquete o dinero para ir al economato era una desesperación.

De allí salimos para Barcelona, donde estuvimos muy poco porque íbamos solo de paso. Nos llevaban para Palma de Mallorca; salimos de Barcelona con un tiempo muy bueno, llegamos a alta mar de noche, se desencadenó una tormenta, el mar se pica, o yo no sé cómo sería que se nos inunda la bodega. Todas pidiendo auxilio, pero allí nadie nos auxiliaba, ni un alma se acercaba. ¿Quién iba a acercarse con la marea que había? Como la bodega se inundó toda, los petates se mojaron, fíjate para secar eso después. Eran colchoncitos de lana que nos habían hecho en casa, muy estrechitos, porque solo teníamos cuarenta centímetros por persona y no todas lo llevaban. Yo por ejemplo, llevaba un colchón de lana que me habían hecho en mi casa, pero nosotras somos como somos, no nos acostamos en un colchón de lana cuando las demás compañeras están con una manta en el suelo. Nos juntamos una que tenía colchón y dos que no tenían, lo poníamos atravesado, nos pillaba los riñones y parte del cuerpo en el colchón y para los pies y la cabeza poníamos una manta. También con mantas o con la misma ropa hacíamos unas almohadas, pero, tú fíjate, con tres ladrillos de espacio que te daban, para volvernos, lo teníamos que hacer todas al mismo tiempo.

Llegamos a Palma hechas una pena, con vómitos de las que se mareaban. El cuadro, como en todas las cárceles, muchas mujeres y mala alimentación. Había una galería entera solamente para mujeres mayores. La mandanta de las ancianas era una común y las trataba muy mal, hasta llegó a pegar a una. Matilde fue quien propuso el pedir a la dirección de la cárcel que fuera una política la mandanta de esa sala,

y lo concedieron. Matilde me mandó a mí porque yo he tenido muy buen carácter, me han dado mucha pena las viejecitas y estaba mucho con ellas, tenía incluso que escribirles las cartas porque muchísimas mujeres no sabían, por eso dijo Matilde: "Como Agustina tiene tanta paciencia con las ancianas, es la más indicada", y fui muy contenta. Cuando veía alguna decaída, le decía: "Abuela, no se preocupe, que saldremos muy pronto, que saldrá enseguida". "¡Ay, hija mía!, ¿de verdad, lo dices de verdad?". "Que sí, abuela, créame, ya verá qué pronto nos vamos a marchar".

Hemos pasado, para qué contarte, como en todos los sitios, pero allí teníamos mucha más solidaridad. La gente de Palma ayudaba a las presas hasta el punto de que todos los días mandaban pescado. Lo daban regalado como sobrealimento; pero las monjas te lo vendían en el economato. Ya verás tú lo que pasó un día. Resulta que vino una visita y las pilló de sorpresa: era el obispo de Palma, que vino a ver a las presas. No comíamos más que calabaza cocida y si te echaban algún fideo, pero lo que más te daban era agua y calabaza. Como cuando llegó el obispo era justo la hora de la comida, el pescado que nos habían mandado, en vez de llevarlo al economato para venderlo, aquel día, para que la comida espesase porque todo era agua, lo echaron en las calderas, con el poco de arroz que contenían; el pescado al cocer se deshizo y luego no se podía comer el rancho por la cantidad de raspas que tenía. La comida en Palma era asquerosa.

Aquella prisión la quitaron porque reclamaron el convento las monjas y de allí pasamos a Amorebieta, que también se las trae, porque es que todas las monjas estaban cortadas por el mismo patrón. Yo estaba en la sala grande de arriba con Angelita y muchas camaradas más. De esa cárcel hay muchas cosas que decir, pero tú has estado en ella y no vamos a repetir.

De ese penal ya salí en libertad. Me llamaron para examinarme, y me dijo el cura que yo tenía la religión prendida con alfileres, y "usted saldrá de aquí cuando yo quiera". Pero me salvó la coletilla del dichoso *condesado* de las narices que me pusieron en el expediente, y en Amorebieta, me salvó precisamente esa coletilla. Él vio el expediente y mi libertad, que venía del Ministerio y me dijo: "¿Ves este dedo?, pues ha apretado muchas veces el gatillo contra los rojos. Bien que ha matado. La lástima es que no los liquidé a todos". Eso me decía el fraile ese. Que salía, ya lo sabía por mi familia, pues el director general de Prisiones se lo notificó, pero cuando se enteró el cura me llamó y me dijo: "¡Oh!, la ha salvado a usted lo que la ha salvado; si no, usted está aquí hasta que yo hubiera querido, hasta que a mí me hubiera dado la gana". Pero no pudo retenerme la libertad, y salí en abril de 1944.

Cuando salí de la cárcel de Amorebieta, ya tenía contacto con la calle y salía con una estafeta en mi casa. Entonces, todo lo que yo recibía del Partido lo tenía que llevar a una casa de Claudio Coello, había que llevarlo cuando el sereno no estuviese por allí, pero tampoco demasiado pronto, para que la portera no me viese entrar. Mi hermano estaba ya muy comprometido y yo no quería tampoco que me acompañara, le decía que iría yo sola, pero él me respondía: "No, tú no vas sola, ahora son las doce de la noche y pueden cogerte por cualquier cosa, por prostituta, por ir sola por la calle: ¿qué corro un riesgo?, ¡qué le vamos a hacer! Lo mismo puedes caer de una manera que de otra", y empezó a venir mi hermano conmigo. Yo entregaba lo que tenía que entregar y para casa. A esta compañera donde yo llevaba esas cosas también la detuvieron y nunca más se ha vuelto a saber de ella, ni muerta ni viva.

Era una camarada excelente, muy amable, muy cariñosa, muy sufrida; la pobre-cita padecía del estómago, estaba delgadísima, salió un día y ya no volvió a casa. La familia acudió a Gobernación y les dijeron que allí no estaba, que había salido a unas diligencias. Total, que la mataron o desapareció no se sabe cómo.

Esa era la estafeta a la que yo iba. Al pasar esto, perdí el contacto y pasó un lapso de tres meses durante los cuales no me vi con nadie. Al poco tiempo nos llegó el de Vicálvaro.

Estando en la cárcel, por mediación de una compañera llamada Consuelo, me escribía con su hermano, que estaba en Francia. El hermano le había pedido la dirección de una compañera para escribirle y le mandó mi nombre. Solo mantuvimos correspondencia el tiempo que estuvimos en la cárcel de Gerona. Yo fui trasladada a Palma, luego a Amorebieta y después salí en libertad. No había vuelto a saber más de él. El pobre había pasado también lo suyo. Fue repatriado, pero pudo escapar con la complicidad de uno de la guardia que les traía a él y a otro; tuvieron que tirarse del tren en marcha. Creo que el otro muchacho se mató.

El hermano de Consuelo logra llegar a Málaga, de donde lleva una dirección y estaba clandestino. Al salir yo, voy a ver a Consuelo y ese día había llegado su hermano a verlas a ella y a su madre, pero solamente a verlas, porque no llevando documentación y estando clandestino, no podía quedarse allí. No se escondió de mí. Su hermana ya le previno que era posible que pudiera conocer a la muchacha con la que se escribió una temporada y que ya había salido de la cárcel; también su madre le había dicho que yo era de confianza.

Estuve un ratito con ellos, y cuando le dije a Consuelo que me marchaba porque no quería que mi madre estuviera preocupada, ya que hacía poco había salido de la cárcel, recuerdo que él me dijo: “¿Te vas sola?, ¿para dónde vas?”. Al responderle que a Lavapiés, decidió acompañarme y desde entonces ya nos frecuentamos lo suficiente para que a los seis meses estuviéramos unidos. Antonio Navarro Ballesteros, que así se llamaba, y yo. Vivimos en una habitación, yo me puse a trabajar en casa y nos íbamos defendiendo, quedé en estado y tuvimos un hijo.

Mi marido no tenía cartilla de racionamiento porque no estaba legal y nos teníamos que apañar con la de mi niño y la mía. Seguimos con el contacto de Vicálvaro.

Tú no sé si conoces a Agripina Moreno. Vivía en la Ciudad Lineal y se iba a marchar a Francia, vivíamos en una habitación y ella nos propuso: como yo me voy a marchar podéis meter por la noche vuestras cosas en mi piso y yo por la mañana me iré para Francia. Nos dijo lo que teníamos que responder si alguien nos preguntaba por qué estábamos en la casa. El casero se enteró y nos lo preguntó. Respondimos que éramos familia de Agripina, que ella estaba en el pueblo arreglando algunas cosas y que hasta que volviera le guardaríamos el piso. Al casero le pareció bien y así nos camuflamos viviendo allí.

Un día vino la Marina madre y nos preguntó si sabíamos de algún hotel por allí porque las guerrillas de la sierra iban a bajar para el llano. Mi marido dijo que sí. Hay un hotelito aquí cerca, que está vacío. Se veía desde mi casa (que ahora te voy a enseñar. En el libro de Reguilón hay una foto). Pues se lo voy a decir al camarada que me ha encargado esta misión. Vino Reguilón, habló con nosotros, le decimos dónde está el hotel, él se entera dónde está la persona con la que ha de hacer el contrato y le dice que ha venido de fuera. No sé lo que se inventaría, porque él tenía un empaque que

parecía el capitán general de la Primera Región. Total que hizo el contrato. Se hizo poner unas cortinas un poco tupidas, lo arregló a su manera. Yo trabajé con él. Por cierto que me admiré de su temple en una de mis salidas con él (yo siempre con mi hijo en brazos). Fuimos a una sastrería por Atocha que estaba en un entresuelo. Era una sastrería de intendencia de la Guardia Civil: se iba a hacer un uniforme. Enseñó el carné, el sastre lo miró para coger los datos y no dijo nada. Le devolvió el carné, y cuando esperábamos que le tomase las medidas, lo que se armó allí fue gordo. Resultó que el nombre del carné que llevaba Reguilón era de uno que hacía semanas se había hecho uniforme nuevo, cayó en sospecha y llamó a la policía, pero algo debió intuir Reguilón, porque cuando abrieron la puerta él sacó la pistola con el grito de “¡no moveros, que disparo!”, reculamos hacia la escalera y empezamos a bajar hacia la calle. En las escaleras se cruzaron unos tiros que no tuvieron consecuencia. Yo, asustadísima, apretaba al niño junto a mi pecho. En la puerta estaba el coche que nos había llevado. Subimos a él y desaparecimos.

Reguilón tenía unos prismáticos de campaña de largo alcance y desde el cuarto de baño, que era la única habitación que había arriba, veía toda la fachada de donde yo vivía perfectamente. Teníamos la consigna (que esto también lo explica el libro para que no falte detalle) que según lo que hubiese en la ventana podrían, o no, ir a la casa. Ocorre lo de la sastrería y empieza la Guardia Civil a verse por nuestros alrededores. Y yo me pregunto: “Si él no dijo nada y nadie se fue de la lengua, ¿cómo es que ya estaban por el barrio?”. Porque el día que nos detuvieron en mi casa había todo un regimiento, hasta por los tejados estaban. Éramos solo dos personas, mi marido y yo, y parecía que iban a detener a una banda de atracadores.

Ahí mi marido ya sospechó algo raro, y por la noche, cuando nos acostamos, me dijo: “¡Qué poco me gusta esto, Agus!”. “¿Por qué?”. “Porque me parece a mí que este, guerrillero lo habrá sido, pero veo cosas raras. ¿No habrá caído en manos de la policía alguna vez y será un confidente?”. Antonio dijo: “A este le digo yo que tiene que salir de aquí. Hay que poner una disculpa”. Si mi marido viviera y pudiera leer ese libro ya le habría hecho una carta de respuesta. Efectivamente, mi marido le dice: “Mira, Eubel —porque su nombre de guerra era *Eubel de la Paz*; su verdadero nombre, Lucas Reguilón—, yo lo siento mucho pero tú ya sabes que Agus ha estado en la cárcel y, francamente, yo estoy viendo aquí unos movimientos muy raros que no ha habido hasta que tú has llegado, esta es la verdad, y si nos tienen que coger por el trabajo que nosotros hacemos, me parece muy bien, pero porque alguien me busque una emboscada, no”. “Pero ¿cómo puedes decir eso?”. Se quedó muy parado. “Puede que me engañe, y si me engaña, perdóname. Algún día esto se podrá aclarar y te pediré perdón si lo que digo ahora no es más que una falsa alarma. Pero esto a mí no me gusta. Yo no creo que tú, si fueras un guerrillero que baja de la sierra y que te mandan llamar de Francia, te negases a ir”. Porque él ya había sido detenido varias veces antes que nosotros. Habían sido muchas las guerrillas que, en cuanto las tenía organizadas, caían. Pero ¿cómo lo hacía de bien para que toda la gente picase, cómo lo hacía!

Ya sabes que, en aquellos momentos, la gente que hemos estado en la cárcel, la gente que tenemos conciencia política, con tal de ver fuera el franquismo, seguíamos la lucha. Pero, oye, es que ese tío se daba la maña padre y de todo sabía salir bien. La prueba la tienes en que en nuestra caída fuimos todos, pero él se salvó, ¿com-

prendes tú eso? Él era un confidente de la policía; no podía ser más que por eso. Él recogía a toda la gente y cuando ya lo tenía todo preparado decía: "En tal sitio".

Antes de ir a mi casa fueron a López de Hoyos, a casa de otros compañeros nuestros que estaban en contacto con nosotros —que también está juzgado uno de ellos en mi expediente—, o sea, que se fue dedicando a ir a todas las casas que sabía había propaganda, porque, oye, si tú no eres un confidente a ti no te sacan nada. Puedes, en un momento, no aguantar y decir algo, pero no todo. Y si una mujer resiste los palos hasta que la maten, tienen que resistir más los tíos. Según él en la sierra pasó no sé cuántas cosas, y tanta guerrilla y tanta cosa y por las casas por donde fue pasando fueron cayendo, según nos explicaron después. O sea, sitio por donde ese individuo pasaba, sitio por donde podías asegurar que allí no se salvaba ni un alma, ¿qué podías pensar de él? Y luego se ha visto en sus escritos en la prensa y del libro lo que este tío ha sido. Él tiene amistades con la Guardia Civil, con ministros, con jefes de Falange, ¿tienes tú alguna amistad de esas? Porque yo no las tengo.



Agustina Sánchez (1), Angelita Gutiérrez (2) y Antonia García Toñi (3) con un grupo de conmutadas de la pena de muerte, cumpliendo condena en la cárcel de Palma de Mallorca en el año 1940. Arriba, en el centro, Matilde Landa (x), la compañera que tanto trabajó en la cárcel de Ventas en defensa de las penadas a muerte. Por agotamiento, aislamiento en celdas y vejaciones en general se suicidó en la cárcel de Palma de Mallorca. Este pequeño grupo de mujeres suman un total de 1320 años de condena.

Nos detuvieron a todos. A uno lo mataron a garrote vil. Otro, pobrecito, se estrelló contra la pared, se mató; fíjate, ¡qué carrerilla tomaría para que se le estallasen los sesos y se matara!

Al que mataron a garrote vil esta gente le había ofrecido un billete de avión para él y para un niño que tenía dos años (como el mío), si daba todos los nombres de los sitios por donde había ido pasando mandado por Reguilón. Le prometieron ponerle en un avión para que huyese. Le dijo Reguilón: "Tú no te preocupes, que te darán un pasaporte y te podrás marchar con tu mujer y tu hijo a Francia". ¿Sabes qué pasaporte le dieron? Matarlo a garrote vil. El caso es que dio domicilios, pero ¿sabes qué le dijeron? Que un traidor, tan malo era en un lado como lo era en otro.

Yo pasé a Gobernación y mi marido también. A mi marido me lo mataron a palos. Ya cuando nos fueron a detener a casa, le dieron de bofetadas, todas las que quisieron; yo les decía: "¡Asesinos!, no le peguéis así, no es un asesino". Yo estaba como una loca. Los vecinos que salieron por aquel revuelo, se les veía caras de asustados, y el pobre me decía: "Calla, hija mía, Agus, calla, no digas nada, que te van a pegar a ti, y si te pegan delante de mí, me matarán aquí".

—¿Ya estabas en estado?

Sí, claro, fue cuando el aborto, esto lo saben todas las vecinas de donde vivíamos, luego me han comentado y me han dicho: "Huy, pero qué valiente era usted, porque mira que con lo que le estaban pegando a su marido, usted cómo se ponía". "¡Hombre!, haberse puesto ustedes en mi caso, si no es para tirarse a ellos". Te digo que me hubiese tirado a ellos, porque me puse como loca. Fíjate lo que me pasaría, que nos llevan a los coches celulares, que los tenían precisamente cerca del hotel del Reguilón, y yo no podía articular una palabra, como si me hubiese quedado muda completamente. Llegamos a Gobernación sin poder decir palabra. Empezaron los interrogatorios y aquello fue terrible, me decían: "So zorra, habla, que te matamos", y porrazo va y hostia viene, sin tener en cuenta que yo estaba encinta, y si me dolía mucho lo que hacían conmigo, el sufrimiento era triplicado, porque a mi marido y a otro camarada les pegaban delante de mí. Medio inconsciente, ví que llamaban al médico y que este les dijo a los policías: "No la interroguen hoy, déjenla para mañana, porque ahora tiene secas las fuentes de la boca". Yo no sabía que nosotros podemos hablar gracias a la saliva; lo que a mí me pasó es que se me secó la boca de la impresión de ver que pegaban de esa manera. La lengua, ni la sentía siquiera. Me dieron coñac con sifón y el médico les dijo que me bajaran a los calabozos y no me interrogaran más; efectivamente aquel día ya me dejaron. Luego les mandó que me dieran cada tres horas un poco de coñac con Seltz, pero que no me diesen comida ninguna; el caso es que pude hablar.

Me subieron a declarar. "Bueno, hoy ya se te ha pasado todo, así que, por lo tanto, habla. Tú has suministrado a los guerrilleros, has ido a comprar monos (granotas) a tal sitio, mira, lo sabemos todo y te vamos a sacudir sin necesidad". Yo me negué rotundamente a admitirlo. "¿Cómo, que no has ido a comprar?, ¿tampoco fuiste a comprar un traje de guardia civil?". "No". Y ya me encerré en que no y que no, y no me sacaron nada de nada. Me bajaron a los calabozos especiales y allí me empezaron a dar en gordo. A mi marido ya le habían dado lo suyo, lo habían bajado hecho una piltrafa. Se puede decir que lo habían matado ya, porque empezó a vomitar sangre y yo ya no sé lo que me pasó, el caso es que perdí el conocimiento, y me dio una hemorragia enorme, tuvo que bajar el forense de Gobernación, me reconoció, y cómo me verían que a una señora a la que habían detenido complicada con nosotros le dijeron que me cuidara. Aquella mujer se portó muy bien. La detuvieron porque fue a

una de las casas de las que estaban deteniendo a recoger unas cosas y a la mujer le entró tal pánico que la creyeron una más y le dijeron: "No se marche, que vamos todos a la policía". Hay que ver, para detener a una persona, la gente que se llevan por delante, y la cantidad de gente que se moviliza. Ella salió en libertad porque realmente no tenía nada que ver. Me quedé sola en la celda con grandes hemorragias, pero el feto no salía aunque yo no lo sentía ya; me temía que estuviera muerto, como así fue. Bajó el médico y les aconsejó que me trasladaran a Ventas lo más pronto posible: "Si no, será una más", esto lo dijo muy deprisa, pero yo lo entendí perfectamente.

Cuando fueron a llevarme yo les dije que no salía de allí sin ver a mi marido. Se negaron, pero me vieron con tal desesperación que me dijeron: "Lo vas a ver, peor para ti. Pero como digas que te hemos pegado, no sales de aquí". Me llevaron a una celda, abren y me dicen: "Entre, ahí está". Vi un bulto en un rincón, me pareció un hombre mayor con el pelo cano. Me fui a la puerta y les dije: "Este hombre no es mi marido". Entonces oí una voz débil detrás de mí: "Agus, Agus, soy yo". Me volví hacia él. No era un ser humano, era una piltrafa. Sentí un olor agrio, a podrido, no se podía levantar y me tendía los brazos. Yo no recuerdo si lo abracé o no. Muchas veces he pensado en eso; si le di el último abrazo, pero no recuerdo nada.

Llegué a la cárcel sin poderme tener. No sé cómo saldría, supongo que en alguna camilla. Debí perder el conocimiento. Me encontré en la enfermería de Ventas, al feto le habían matado al pegarme.

Doña Valen se asustó muchísimo y llamó al médico diciéndole lo que me pasaba. "Entonces, ¿no lo ha expulsado?". "No, y la encuentro muy mal". Tenía mucha fiebre, el termómetro ya no podía subir más. Las compañeras estaban muy asustadas. Por la tarde me había dicho doña Valen que tenía que tomar algún alimento. "No tengo ganas, doña Valen". "Mira, tus compañeras te han traído chocolate y galletas. Así que ahora mismo te vas a tomar algo. Si viene el médico y te opera, bien, y si no, pues eso que llevas dentro". Efectivamente el médico llegó y me tuvieron que anestesiar. Me acuerdo perfectamente que me preguntaban cómo se llamaba mi hijo, cuántos años tenía, hasta que me quedé cloroformada del todo y no me enteré de nada más. El médico tuvo al niño tres meses metido en alcohol. El hombre quiso denunciar el hecho y lo intentó, pero el director le dijo que de ninguna manera lo denunciara, que iba a perder su carrera y que lo iban a meter en la cárcel, que eso no se podía decir, que había salvado a la madre y ya había hecho bastante, lo del niño no tenía solución y era mejor dejarlo así. Cuando se trataba de un feto de poco tiempo, lo tiraban al váter, pero el médico dijo que había que darle entierro, que ya era un niño y no se podía tirar. Lo metieron en una caja de higos secos; lo llevaron al cementerio de la Almudena y en una fosa común metieron la cajita con el niño.

Al contrario de otros juicios, que los hacían en las Salesas, a mí me juzgaron en Ocaña. Me trasladaron desde Madrid. Ya mi marido había muerto en Carabanchel, nada más ingresar, pero yo no sabía una palabra y todavía iba mandando dinero a mi marido a la cárcel de Carabanchel. En cuanto me repuse trabajé en manipulados y le podía mandar algún dinero, por lo visto el director quedó de acuerdo con mi suegra, y la abuela recogía el dinero en la prisión.

En Ocaña se me presenta el abogado y me dice: "Mire usted, a mí me han nombrado su abogado (de turno se comprende), pero yo soy del Regimiento de Caballería y de abogacía no entiendo nada, ni he visto su expediente". Eso me dijo aquel hom-

bre que ya de entrada había dicho: “Señora, la acompaño en el sentimiento”. Yo, al decirme eso, fíjate qué tontas estamos algunas veces, le dije: “Si mi marido no ha muerto”. Quedó tan violento que respondió: “Bueno, señora, mañana hablaremos”. Tú fíjate qué “abogado”, ¿y tú le viste? Yo tampoco hasta que se celebró el juicio. No hacía más que mirarme como diciendo: “Pero qué inocente esta mujer, que no sabe ni que ha muerto su marido”. Vuelvo la cabeza para atrás y veo a mi cuñada Consuelo, pero como nosotras no nos ponemos lutos, ni trapos negros, porque el luto lo llevamos dentro y no fuera, pues yo la vi tan normal; me hizo un saludo y yo otro a distancia.

Empezó el juicio. Se celebró conmigo sola, porque los que tenían que comparecer eran mi marido y otro compañero que estaba en la enfermería y tampoco lo pudieron llevar. Como yo no había abierto la boca ni había hablado de nada, iba más sola que la una. Ni nombraron para nada a los encartados en el expediente, ni siquiera al que estaba enfermo; lo más normal es que los nombraran y me hubiera enterado en pleno juicio que Antonio había muerto o, mejor dicho, que lo habían matado.

A los otros ya los habían matado de una forma u otra. A uno de los compañeros se ve que le hicieron juicio sumarísimo y es el que mataron a garrote vil. Otro es el que te he dicho que se estrelló contra la pared. Mi marido, que murió a consecuencia de las torturas, y el que no comparece tampoco por estar en la enfermería, pues fíjate en el estado que le dejarían. Yo no necesité abogado, porque ¡anda!... este hombre que ni era abogado ni nada, como él mismo me había dicho. En el juicio empecé a hablar... pero ¡que me explayé bien! “Bueno”, dijo el juez o fiscal, “¿es que usted me quiere envolver a mí? Pero ¡qué manera de tergiversar las cosas!”. “Yo a usted no le estoy envolviendo, pero si usted es muy dueño de saber acusar, yo también tengo derecho a defenderme”. Y me hice la defensa. Este juicio se celebró el día 19 de octubre de 1948. Cuando salimos de allí, como era en Ocaña (que la gente de Ocaña es malísima, eh, con perdón de que alguien lea esto, pero es verdad), iba yo sola y dos guardias civiles hacia la estación para volver a Madrid. Se acercó mi cuñada y le pregunté: “¿Cómo está Toño?”, y ella me dijo: “Bien, bien”. “Le he mandado esta semana un giro”. “No le mandes más dinero, es una tontería, él tiene de todo. Estate tranquila que no necesita nada, así que no vuelvas a mandar”. “Hace la mar de tiempo que no tengo carta de él”. “No importa, él escribe a casa y nosotros ya le hablamos de ti. Como ya sabes, sigue en la enfermería, ¡está tan mal!, y no queremos que escriba mucho. Le decimos que con lo que escribe a casa ya es bastante, que nosotras ya te damos sus noticias cuando te escribimos”. “Ya, pero a mí me gustaría recibir alguna carta de él”. “Le hemos dicho que no se canse mucho y que no escriba, y tú el dinero que quieras sacar lo mandas a casa, a la abuela, para el niño; Antonio no necesita nada”. ¿Qué iba a necesitar, si ya estaba muerto?

Aunque lo había visto tan mal, como era un hombre tan fortachón y con tanta vida, ¿cómo me lo iba a figurar? Ni lo pensé. Como a mí me habían dado tanto y había pasado tanto, y había salido, pensé: “Él tiene más resistencia que yo, y si sale de esta no le pasará nada”. Pero le habían reventado los pulmones, hasta que se agotó con la hemoptisis.

Mientras hablaba con mi cuñada, se nos acercó uno de los guardias de la pareja que me conducía. Dijo: “Mire, para que no parezca que va detenida, pues no está permitido que hablen ustedes, vayan las dos delante y nosotros iremos por aquella acera.

Tuve ocasión de darles el esquinazo, fíjate, yo sola con mi cuñada. Le preguntaba qué tratamiento le habían puesto a Antonio. “Tratamiento, ninguno, nada más que lo que la naturaleza pueda...”. La chica por un lado quería decírmelo y por otro no. “¿Cuánto me hubiera gustado que hubieras traído al niño!”. “No lo he traído, pero ahora está en la estación de Atocha la abuela esperándonos, y te ha bajado al niño para que lo veas”. Pero la abuela no tuvo valor para que yo llegase, y viese a mi hijo y no decirme: “A tu marido te lo han matado, y ha muerto hace tiempo”... y se marchó.

Empecé a llorar al ver que no estaba mi hijo, todo el camino hasta que llegué a la cárcel, porque yo iba con la ilusión de ver a mi hijo. En la estación vi a mi madre y parecía como si a esta mujer le hubieran puesto cuarenta años encima; le dije: “Mamá, pero ¿qué te pasa?”. “Nada hija, que estoy con mucha pena de verte así”. La Guardia Civil entonces se portó bien. Le dijeron: “No se preocupe, total, lo que le han echado... dentro de nada sale. Ya verá usted ahora con la condicional... nada”. En el juicio, a mí me pedían veinte años, me lo dejaron en doce y un día y al final quedó en seis años y un día.

Le pregunté entonces a mi madre: “¿Y mi suegra?”. “Pues se ha tenido que marchar cuando íbamos a la estación de Atocha, porque el niño se dormía, y eran las cinco de la tarde”. Cuando fue a comunicar mi tía, ya no podía seguir ocultándome lo por más tiempo, y aquello fue de locura, pero en fin, fíjate qué bobos nos ponemos, porque, ¡vamos!, aquello era para que me hubiese dado cuenta y hubiera dicho “Algo pasa”. Pues nada, yo bien tranquila de que no le había ocurrido nada.

—¿En qué cárcel cumpliste condena?

Toda en Ventas, sí. Al poco tiempo de salir ya quitaron todas las presas de Ventas, las llevaron a Alcalá de Henares, que es donde he tenido que ir ahora para ver si me daban mis papeles, y ahí, ahora me he enterado que a partir de mi primera detención, llevaba la coletilla dichosa que era la condesa de Mayada, y que la condesa de las narices me ha fastidiado.

—¿Cómo te tengo que llamar, *excelencia*?

Sí, narices, ¡vamos!

—Yo no sé cómo se llama al que tiene ese título.

No, ni yo tampoco, no tengo ni idea. Sé eso que mi abuelo materno era médico y tenía un hermano. Eran los dos solos y por eso la herencia viene ahora a nosotros porque no hay otros herederos.

—¿Tienes algo que heredar?

Creo que sí. Hay un castillo en Sariñena que dicen nos pertenece. Este pueblo lo fundó mi bisabuelo y el título es de él, pero luego ha ido pasando a los hijos y de los hijos a mi madre, era hija única, y de mi madre para nosotros, a mí, que soy la mayor.

—Pues cualquier día, además de duquesa vas a ser millonaria.

Pues podría ser, pero no pienses ni por un minuto que voy a dejar de ser comunista, porque prefiero no tener nada a renunciar a lo que he sido toda mi vida y por lo que he luchado desde que tengo uso de razón. Siempre seré la misma Agus a secas.

LA EXTREMEÑA

A Nati también la encontré en Eibar. Se puede observar que la casa de Mari parece un centro de ex presos y todos están muy compenetrados. A Nati la recuerdo de aquellos diecisiete meses que pasé en la cárcel de Amorebieta: era de un carácter muy abierto, alegre, y animaba mucho a las viejecitas.

Hoy no nos hubiéramos conocido, han pasado muchos años, y la visión que teníamos mutuamente de nosotras mismas eran aquellas caras jóvenes, capaces de soportarlo todo, y en muchas ocasiones reírnos hasta del mal que nos hacían, con ese instinto de rebeldía, que no te doblegaban.

Me llamo Natividad Morcillo Diéguez, de Alguacén (Badajoz). Me detuvieron en Mérida, el día 17 de abril del 39; me detuvo Teresa Lario, me llevaron a la jefatura de policía, luego detuvieron a mi prima Alfonsa Moreno, que también es de Alguacén, y está en Francia, a las dos, y estuvimos en la cárcel siete años. Nos juzgaron en Mérida, por rebelión militar, el 21 de septiembre de 1939, y nos echaron pena de muerte.

—¿Cuánto tiempo estuviste con pena de muerte?

No me lo hicieron saber hasta que vine a Amorebieta, y en una visita que hubo, unos jefazos de Bilbao fueron preguntando una por una la condena que teníamos, y cuando me preguntaron a mí, les dije que yo tenía pena de muerte, que nos habían sacado sin firmar la conmutación desde Mérida. Enseguida llamó al secretario y le dijo (estábamos cuatro chicas en las mismas condiciones, dos de Mérida, Rita, Manolita, mi prima Alfonsa y yo): “Compruebe las condenas de estas mujeres”.

Allí vino nuestra conmutación de pena de muerte, el director nos llamó el día 13 de junio y nos dijo que nos habían dejado treinta años.

Estuve en Amorebieta, hasta que por haberla denunciado varias veces por las condiciones pésimas de hambre y miseria la cerraron. Me llevaron a Saurrarán y de Saurrarán a Amorebieta otra vez, y de allí salí en libertad el 5 de abril de 1946.

—¿Estabas casada, ya entonces?

Ya estaba viuda, habían matado a mi marido.

—¿Dónde mataron a tu marido?

En la plaza de toros de Badajoz, allí fue; cayeron tantas personas que no pudo empapar la arena la sangre de tantos españoles, tuvieron que traer arena del Guadiana. Y allí cayeron en Badajoz tres hermanos de él.

—¿Cómo se llamaba tu hombre?

Mi marido se llamaba José Pulido Martín, y sus dos hermanos, uno Antonio, que fue durante la guerra comandante de carabineros, y Nicolás. A mi cuñado Antonio lo mataron después de terminar la guerra, lo cogieron en Alicante, y ese estaba casado y con tres niñas. Mi cuñado Nicolás, casado y con tres hijos también, y mi marido a mí me dejó con dos hijos y en estado de gestación.

A mi prima Alfonsa, que se escapó a Francia, a esta le mataron a la madre, a su hermano José y a la mujer de él, a una tía y un sobrino con dieciséis años.

Mi pueblo fue ocupado por los franquistas y nos fuimos a Mérida, y de Mérida también me sacaron, porque tenía un niño pequeño y estaba embarazada, así que al final estuve en la provincia de Ciudad Real y allí fue donde nació mi hijo.

Terminó la guerra, y en un mercancías llegamos a Mérida. En el mismo andén se presentó un primo mío y nos dice que si llevábamos dinero, dinero sí que llevábamos, pero no valía para nada y el pobre iba para Badajoz y nos dio cien pesetas, un capital; entonces se presenta ante mí una franquista, mi denunciante, y me dice: "Hola, flamenca, ahora Franco va a hacer justicia". Y le dije: "¿Es que te parece poca la que ha hecho maja?, pues ya ha hecho bastante". Ya sabía yo que habían matado a mi hermano, a mi suegra y a mis cuñados. También encontré a un chico de mi pueblo que había hecho la escapada y me dijo: "Estate tranquila, Nati, que en el pueblo a José no lo han cogido", porque yo temía que lo cogieran en el pueblo, pero fue igual, lo cogieron en Badajoz; mi denunciante se fue corriendo a llamar a un guardia, y nosotras salimos del andén y nos encontramos a una paisana, y empezó a llorar la mujer: "Ay, hija, ¿por qué has venido?, ¿por qué has venido?", y la denunciante se presenta con un guardia, y éramos mi madre, mi cuñada y esa paisana, y me dice: "Tú, la de los ojos azules", dice el guardia. "Venté conmigo". Y le digo: "¿Quién, yo?". Me dice: "Sí". Y me fui tan tranquila.

Viene otro guardia y dice: "Hola, Teresa", saludándole a ella, "¿qué?". Y ella dice: "Mira, que me iba a Badajoz, pero como me he encontrado con esta...". Me miró el guardia y dijo: "¿Esta quién es, la Nati?". Contesto: "Sí señor, la Nati soy". Me pregunta: "¿Y la Alfonsa?". "Ay, no sé".

Eso fue en la comisaría de policía. Pasa uno de mi pueblo, que parecía un gitano, y digo: "Huy, ese don Pedro", que era maestro de nuestros niños. Primero fue de izquierdas y luego salió un tío fascista, se enamoró de una ricachona y nos salió el tiro por la culata, él nos conocía bien y se interesó por saber si la denuncia que había puesto Teresa Larios a Natividad Morcillo y a Alfonsa Moreno podía ser rechazada, y le dijeron: "No, la denuncia está firmada, no hay nada que hacer".

Yo entré el 17 a la cárcel de Mérida, y luego, como no sabía si iría al hoyo, o qué iban a hacer conmigo, al otro día entré a mi hijo conmigo, y lo tuve hasta que me llevaron de expedición, que se lo llevó mi familia.

—¿Qué tiempo tenía?

Pues cumplió los dos años en la cárcel de Mérida.

—¿Qué trato le daban al crío?

No, al chaval bastante bien, a los niños los cuidaban muy bien en Mérida. El niño vino conmigo el día que me juzgaron. Yo no avisé que me juzgaban, me vio una paisana y avisó a mi madre, que estaba en Mérida, y le dijo: "A la Nati la llevan a juicio". Ibamos diecisiete hombres, mi prima Alfonsa y yo. Mi madre se presenta, fíjate, por el suspiro que dio la conocí; yo levantaba a mi hijo y le decía: "ahí está la abuela", y le decía a Alfonsa: "Ahí está mi madre". "¿Por qué lo sabes?". "Por el suspiro que ha *dao*". Y era verdad.

Cuando salimos dice: "Hija, pero ¿por qué te han echado pena de muerte?".

—¿Qué acusación te hacían?

A mí lo primero que me sacaron fue el bautizo de mi hija. "¿Usted tiene una niña que se llama Libertad? Ese nombre ya pasó a la historia", me dijo el tío. Esa fue la

acusación más seria que llevaba, pero la realidad era que toda la familia habíamos luchado en defensa de la República.

Me acuerdo que cuando estaba con la pena de muerte, se había muerto un niño en la cárcel y aprovechando esta circunstancia quise sacar a mi hijo, no por el niño que se había muerto. Yo pensaba: "Si me sacan a mí, yo no quiero tener en ese momento a mi hijo conmigo". Fui a ver al ordenanza y le dije: "Quiero hablar con el director". Me preguntó por qué quería sacar al niño. "Como ha muerto esa criatura, quiero sacarlo; si se pone malo, mi familia me lo cuidará en casa". Y se sonrió, y me dijo: "Usted no lo saca por eso". "Pues sí, señor". Pero se daría cuenta él, y me dice: "No, mire usted va a salir muy pronto de expedición". Yo no sabía qué clase de expedición sería, de verdad lo digo, me mosqueaba. Ya había salido una vez a Badajoz, pero no estábamos muy conformes, pues era el sitio preferido para matar. Teníamos una compañera que era un bichejo, y hacía trastadas para hacernos reír. Como pasaba tanta hambre la pobre, el día de las Mercedes, nos dieron rancho extraordinario, y ¿qué hizo?, con la almohada formó como si fuera un niño, y decía que aquel era su hijo, y que tenían que darle el rancho.

Otra vez que fuimos al médico, cuando nos ponía aquella vacuna, ¡ay!, madre, aquellas vacunas, qué malas eran, nos las ponían en la espalda, y yo, como tenía a mi hijo, aunque me dolía tenía que estar de pie, las chavalas estaban en una viga grande, con los brazos colgados y estaban en combinación, haciendo el ganso, y yo que estoy en el patio con mi hijo y veo que viene el médico: "Chavalas, que viene el médico".

Era un tío con unos morros de toro, así, una nariz de conejo, cómo se enfadó porque avisé a las chicas para que se echaran la sábana por encima, porque una estaba con una pata arriba y otra abajo. El tío dijo: "¿Por qué avisa usted?". Oye, no me rompió la cara, pero poco le faltó, pero las chicas se echaron la sábana por encima. Esa Quiteria Caravallo, un día al médico le plantó un rabo con un papel; es que era atrevida, ¿eh?

Salió de un patio, pasó a otro, y todas a reírse, pero nadie le decía nada, cualquiera se lo decía. La chavala que estaba en la oficina tampoco se atrevía, y ya se iba a la calle y el director le dijo: "Oiga, no salga usted, que lleva un rabo". Huy, aquel día, cuando se vio el papel allí, porque ya te digo que tenía unos labios así de gordos, gordos de estos tíos feos, se metió dentro a ver quién era cualquiera lo decía: "No, no, usted lo traía". De un patio fue a otro... y nos echó una... pero nadie habló.

Cuando me trajo mi madre el desayuno, le dije que nos sacaban a las cuatro de la tarde de la cárcel y nos llevaban a la estación. A las que eran de Mérida y a mí nos trajeron algo pero a las que vivían fuera, como no las avisaron, nada, como le pasó a Quiteria. Esta le encargó media libra de sardinas a la recadista de la cárcel. Nos dijeron que tres días para ir a Amorebieta. "Pues me parece muy bien, porque traigo tres sardinas", dijo Quiteria. Luego, lo que traíamos, todo se repartió y listo.

En la estación nos metieron en trenes de mercancías, así fuimos cuando nos sacaron de expedición, y venían unas chavalas, ¡qué majas!, me acuerdo, cuando salimos de Mérida, en la estación estábamos tranquilas, pero luego, ya al arrancar el tren, nos pusimos a llorar; Quiteria Caravallo, que era de Jerez de los Caballeros, nos dice: "Bueno ya está bien de tanto llorar, ahora vamos a cantar"; y cantaba bien, venía un Guardia Civil con bigotes que daba un respeto, pero mira, les gustó la entereza de la

chavala, y se reñan. También venían unas señoras mayores en el vagón y se les descompuso el vientre y, hala, a respirar por la puerta, así teníamos que estar.

Cuando salimos de Mérida, vinieron unos guardias que no eran malos, se portaron bien. Llegamos a Cáceres, pusieron el vagón en vía muerta y nos dijeron los guardias: "Miren, van a andar ustedes con los petates de acá para allá, que la prisión de Cáceres cae muy lejos. Todo eso para luego, al otro día, volver a los mismos vagones, y no van a descansar ya que el relevo no entra hasta mañana a las ocho para entregarles a ustedes; pues mejor vamos a estar en el vagón, ustedes tiendan los petates y descansen, y nosotros embozados en la capa".

Era en noviembre y corrieron un poquito las puertas y se sentaron por allí, dirían: "Para que no se escapen las mujeres", y me acuerdo que estuvieron cenando y dijeron de ir a tomar café, todas por turnos. "Yo voy a dejar el fusil aquí y ustedes me dan palabra de que no se escapen". "Pero dónde nos vamos a escapar", decíamos, y Caravallo dice: "Mejor que lo deje: con el fusil, usted nos da más miedo". "Aquí se va a quedar el otro compañero con las viejecitas, yo voy solo; ustedes van a decir que yo soy su tío".

A las viejecitas, como ellos decían, las llevamos también al vagón café. Una de las chavalas, como fuimos con las puertas abiertas hasta Cáceres, cogió frío en el estómago y le dolía la tripa; los guardianes pensaban que estaba con la menstruación y nosotras lo pensábamos también.

Ya en el bar, le decíamos:

"Tito, nos tiene usted que pagar el café" (pagándolo nosotras, pero bueno), y los hombres que estaban allí en el bar, se reñan, claro, con la pinta nuestra, no iban a saber que íbamos presas, solo por la ropa. Bueno, estuvimos tomando café y luego cómo le dolía la tripa, me acuerdo que el guardia pidió que le llenasen una botella de agua caliente para la chavala, y que le echasen una copa de coñac al café, pero eso lo pagó el guardia y le dijo: "Verá usted cómo se encontrará mejor".

Pero luego tuvimos un control, los relevaron a las ocho de la mañana y nos entregaron a los otros; la madre que los compró, ¿eh?, nos cerraron la puerta y así tuvimos que ir. Pasamos por Valladolid, por Burgos, con el frío que hacía, madre mía, pero nosotras cuando llegábamos a una estación decíamos: "Somos presas, somos presas".

Y luego nos vino un guardia, un tío malo, y dijo: "¿A qué tienen que decir ustedes que son presas?". "Qué han de pensar ¿que llevan vacas?, pues no, que llevan presas". Nos subimos unas sobre otras, para asomarnos a la ventana por donde respiran las vacas, y el tío nos riñó todo furioso.

Yo no voy a decir que fueran buenos, porque de buenos poco había, pero de Cáceres hasta el final, tres relevos, que tenían una cara de sargento malo; los maldije bien, y decía Quiteria a un guardia: "¿Cuánto tiempo nos queda?". "Señora, cuando llegue lo verá".

En Amorebieta, nos dijo el cura que toda la que no hubiera confesado ni comulgado, esto fue en Navidad, que tendría un castigo, el del *saludo* ya sabes, el saludo fascista que se hacía para formar, pero el tiempo que a ellos les diera la gana, y la monja nos dio un castigo más refinado. Estuvimos castigadas en unas celdas, veintidós mujeres, no eran celdas, eran cuchitriles de conventos, y como todas no cabíamos en aquel cuchitril tan pequeño, tuvimos que estar de cinco en cinco, así que

estuvimos desde enero, que fue cuando nos castigaron, hasta abril, sin carta ni correo, ni comunicación, sin nada.

Anda que, el día de la intoxicación, por un puré que nos dieron, que aquello, yo no sé cómo era, que no había quien pudiera aguantar los retortijones de barriga y estómago, una palangana arriba y otra abajo, y las mujeres todas a correr, que nos las pelábamos, para el váter, y que no nos daba tiempo a hacerlo, que teníamos que sentarnos dos o tres mujeres en el mismo váter, no nos podíamos aguantar.

—¿Y el día que nos castigó el director? Porque no queríamos comer aquel caldo Maggi.

¿Aquello era caldo Maggi? Oye, que nos lavamos los pies con aquello, que yo no lo he vuelto a probar en mi vida, ahora me da rabia comprarlo y es que no lo compro. Nos lavábamos los pies con aquel caldo, como era en enero y teníamos los pies heladitos...

Huy, qué anécdota, fíjate, un día me mandó mi madre un poco de café, fue el día doce de enero, que es cuando ella cumplía los años, como yo soy tan cafetera, y de esa leche en polvo que había antes, y yo bajo al patio y cojo unas poquitas de astillas y en un cubo hago lumbre, y una lata de sardinas de kilo, que una chica asturiana, Luisa, se dedicaba a poner asas a los botes. Aquella “cazuela” la pongo encima del cubo y echo el café, estábamos tapadas con las mantas, cuando se oye aquella consigna que había en Amorebieta; cuando subía la gentuza esa, decíamos: “Hay agua”. Era la consigna, y como subía la hermana Rita, las chicas: “Hay agua, hay agua”. Pues a taparse, y yo me eché la manta encima y me senté en el cubo, pero encima de la cazuela, ¿eh?, puse un cachito de tabla encima, no me quemaba mucho, pero me quemaba y levantaba la manta; entonces decía la hermana Rita: “Aquí huele a café”. Todas decíamos: “¡Ay!, sí, buena falta nos haría ahora un poquito con el frío que tenemos”. Y yo levantaba la manta porque me quemaba el culo, y la hermana Rita con un dedo así tieso, de la bendición o de la victoria del castigo (de la bendición nada, a ver por dónde podía coger un castigo, porque la gozaba; esas eran sus victorias).

Mira, mi prima Alfonso estaba blanca; ella decía: “¡Ay! Dios mío, que se la lleven al calabozo”, y yo quieta, y nada más que me quemaba, levantaba la manta, y “que aquí hay café”, la monja rugiendo y buscaba, va un poco más adelante y había una chica que estaba mala, una chica asturiana, que le había dado cólico, y había otra que le estaba haciendo un poco de manzanilla, con un poquito de alcohol y, ¡ay!, la tía, la madre que la compró, le tiró el pote a la huerta, con la manzanilla, y después la tuvo quince días en el calabozo, porque la chica le dijo: “¿Para qué lleva usted ese hábito?, ¿eh?, yo lo estoy haciendo por una enferma, pero a usted ese hábito que lleva le debería servir para tener un poco más de caridad”.

Y porque se enfrentó con ella, la tuvo quince días en el calabozo.

—¿Pero con tu café qué paso?

Mi café, mi café, me quemé el culo, pero no me moví de allí, oye, te juro, que tengo aquí la marca, ¿eh?; por cierto, ¿tú no estabas allí, cuando un día nos subieron las mondas de las patatas cocidas?, porque como teníamos hambre, para que comiéramos. ¡Huy! aquel día, sin sal ni nada, las cocían para los cerdos y dirían: “Hala, vamos para arriba a llevárselas”.

Y otro día que compramos tomates. En Amorebieta regalaban tomates para los presos, y luego nos los vendían a nosotras en el economato, y compramos tres kilos de tomates. Estábamos acostadas en los petates y nos sentábamos; no podíamos dormir del hambre que llevábamos y Rita dice: “Escucha, Nati, tengo hambre”, y digo: “Yo también”. Aquella era de mucho comer, y Rita como un disco rayado: “Yo tengo mucha hambre”, y teníamos una cesta atrás con los tomates. Si ves a las tres *macarenas* comer tomates, nos comimos los tres kilos, sentadas en el petate.

Y luego otro día, que nos mandan un poco de harina e hicimos unas puchas por la noche, las hicimos en aquel cacharro donde cocían lo de los perros, dijimos: “Para mañana por la mañana, cuando nos traigan el agua caliente”, pero las teníamos en la ventana, y nos acordábamos de las puchas que teníamos allí hechas, decíamos: “Oye, y si nos morimos por la mañana, ¿quién se va a comer las puchas?, vamos a comer-noslas esta noche, sentadas en el petate las tres”, decía María Antonia. “¡Ay!, lo que hacemos nosotras, no lo hace nadie”. Sí, es que teníamos mucha hambre.

Un día estaba la hermana bendiciendo la comida y nos paramos todas. Doña Antonia, la maestra, que era de Albacete e iba con un cubito a coger el rancho, le dice la monja: “Y usted, ¿por qué trae eso?”. “Porque tengo que ir a por agua al grifo, y lo mismo me da tomarla caliente que fría”.

Nos castigó el director porque no queríamos coger la comida. Yo creo que fue la primera huelga que se había hecho en los penales, a principios del 40, que las mujeres hicieron en Amorebieta una huelga de hambre de tres días porque el rancho era agua caliente.

Luego hicimos otra, tú ya estabas allí, que habías venido de Santander; nosotras estábamos medio muertas de hambre. Aquel tío nos cambió el rancho de agua por otro mejor condimentado, pero el cazo no era de reglamento y te quedabas con un hambre horrible. Entonces fue cuando decidimos hacer huelga para el cazo de reglamento, y os echaron la culpa a vosotras que veníais más lucidas y nosotras estábamos medio muertas, pero era una forma ya de querer sublevar a la reclusión, porque darte un rancho muy bueno, y ser dos cucharadas... Luego por la mañana te daban el agua esa caliente, te desnutrían totalmente.

Como se moría tanta gente, un día de los que salimos a tender la ropa a la huerta, estaban allí los soldados que hacían la guardia y un pobre muchacho nos dice: “¿Qué pasa por ahí, que se muere tanta gente?, ¿qué epidemia hay ahí?”, y yo, descarada, le digo: “No hay epidemia ninguna, majo, es hambre lo que hay”. Ese mismo día habían enterrado una por la mañana y otra por la tarde.

—Oye, y cuando castigaron a aquella, ¿estabas tú allí, cuando la castigaron?

Sí, era una compañera masona.

Eso fue cuando lo del soldado, pero hubo otro caso que no sé si fue a la misma compañera o a otra, que también la castigaron. Estaba en la huerta, para atender y cuidar a los animales; una presa pasa por allí, y estaban, la muerta en la mesa y la otra mirándola todo el rato como castigo, y pasa la muchacha aquella y dice: “Pobrecita, dónde estás, dónde has venido a morir”, y cuando vio a la otra, de pie, se cayó desmayada. Menudo susto nos dio, por si le pasaba algo a ella.

¡Ay! Amorebieta, al final creímos verla desaparecer, la cerraron y salimos en distintas direcciones: yo fui al penal de Saturrarán.

—En la cárcel de Saturrarán, ¿cómo estabais?

Pues estábamos regular, anda que cuando nos sacaban de castigo a la playa, con la brisa del mar y el hambre que pasábamos, todavía nos entraba más hambre.

—¿A qué os sacaban a la playa?

Pues a pasearnos, o estar allí sentadas, cuando había castigo o cuando les daba la gana. Por allí había un río, por el que pasaba toda clase de porquerías: mondas de patatas, hierbajos y todo lo que pasaba por el río se lo comían las mujeres; así fue como se intoxicaron aquellas chicas que cogieron unas raíces, o no sé qué era lo que traía el río; las pobres se las comieron y menuda intoxicación que cogieron, murieron muchas.

—Estando tú, ¿se murieron muchas mujeres?

Más murieron en Amorebieta que en Saturrarán. En Amorebieta aquello era, madre mía, si íbamos a coger el rancho y sonaba que caía un plato, de alguna buena mujer que se caía desmayada de hambre; claro si se iban hinchando del hambre que había, y otras flacas que flacas.

También el penal de Saturrarán lo quitaron, porque el convento se lo devolvieron a los frailes, y como volvieron a abrir el de Amorebieta, pues allí fui de nuevo; había mejorado algo, pero poco, ahora, que estábamos mejor que en los primeros tiempos del penal. De allí salí en libertad. Cuando salí, me puse a servir en la Clínica del Carmen en Bilbao, y allí estuve ocho meses, y porque no hice la comunión de Pascua Florida, un día me dice la monja: "Nati, la madre superiora le va a llamar la atención". Digo: "¿Y por qué?". "Porque no ha hecho usted la comunión". Y digo: "Bueno". Un día que hizo falta una tortilla a la francesa, para una enferma, venía yo con un plato y veo a la madre superiora venir de cara hacia mí: "Tengo ganas de hablar con usted". "Ah, pues usted dirá". "¿Tiene usted alguna queja sobre mi trabajo?". "No, sobre su trabajo, no". "Pues usted dirá". "Es que me parece mentira que, teniendo usted el corazón que tiene, no sea católica, cristiana", y digo: "Oiga, me bautizaron mis padres, soy cristiana, que practique o no la religión, eso ya es cuenta mía".

Fue entonces, cuando me fui a servir y después vino a la misma casa donde yo estaba, también como servicio, Teresa Harina Icaro, una camarada del Partido. Me explicó que una compañera se había librado por tablas de la policía.

—¿Estuvo Teresa Harina contigo?

Ella me dijo que se había escapado, yo ya lo sabía, que estaba en Bilbao donde unos compañeros, pero era una chavala que bueno, que bueno, se vino solo con la gabardina. Llamaron a su casa y le preguntaron a ella directamente la policía: "¿Vive aquí Teresa Harina?", y dijo: "No, vive arriba, en el otro piso". Y los guardias para arriba. Ella dijo: "Mamá, que me marchó".

Tenía la gabardina en el perchero, y fue lo único que cogió. Vino a Bilbao a casa de unos camaradas, pero ella decía: "No tengo por qué explotar a mis compañeros, cuando yo me puedo ganar el pan". Y fue cuando estuvo sirviendo conmigo. Ella se veía todas las semanas con quien fuera, que yo no lo sé, pero la ayudaba para que ella saliera, para hacer el contacto con algún compañero; me acuerdo que un día no salió la señora de casa, llegaba la hora y que no se iba, estábamos las dos en viño, porque el otro estaría en la cita donde se encontraban, y delante de ella le digo: "Oye, te voy a pedir un favor, tengo que salir luego a buscar unas medias mías que están arre-

glándolas, ya te podías acercar tú”. Cogió unas medias arregladas, se las metió en el seno y se fue, y mientras decía la señora: “Nati, ¿es que no tiene usted otras?”. “No, no tengo otras, que las tengo todas rotas”. Y así fue como logró salir aquel día. Y otro día me dice: “No vengo esta noche”. “Bueno, a ver qué excusa le ponemos a la señora”. Y a la señora le dijo que tenía que ir a Vitoria, porque ya le había dicho antes que era de allí, le dijo: “Me tengo que ir a ver a mis padres porque está mi madre muy mala”, pero que vendría por la noche —como dijo el otro, una mentira bien compuesta, mucho vale y poco cuesta—. Bueno, yo ya sabía que no iba a venir, y decía la señora: “¡Ay, Nati cuánto tarda”. Y yo pensando: “Sé a conciencia que no viene, y tengo que hacer el papel”. “Ay, ¿y si la han detenido? A ver si le ha pasado algo”. La mujer de verdad que estaba preocupada. La señora asomada a la ventana y yo también; yo me decía: “¡Qué idiota soy!”; pero tengo que callar, así la señora seguía diciendo: “Ay, Nati, ¿y adónde la vamos a buscar?”. Ya nos acostamos y a la mañana siguiente ella salió, porque la casa se le caía encima. Cuando llegó dice: “Nati, ¿no ha llamado?”. Y digo: “Sí, ha llamado y me ha dicho que no puede venir porque se le escapó el tren”. “¿Desde dónde ha llamado?”. Le contesté: “Ha sido una conferencia, no lo sé, porque me he puesto muy nerviosa, cuando la he sentido, y lo primero que le he preguntado, es si no le había pasado nada”.

Luego, como ya me fui al pueblo, ella le dijo a la señora que se iba a marchar a Francia, pero fíjate, que yo ya vine del pueblo y un día fuimos a la cárcel a ver a unos paisanos de Bilbao y estábamos mi prima y yo, ya sabíamos que nos esperaba y que teníamos que hablar con ella. Subíamos nosotras a la cárcel, pero antes teníamos que juntarnos con ella bajando la cuesta y nosotras esperando. “¿Y dónde estará?”. Ella nos vio bajar del tranvía pues estuvo viendo si alguien nos seguía, se nos presenta con un rubio, ¡unos pelos!, y me acuerdo que dice ella: “Qué, ¿estáis cansadas de esperar?”. Parecía una *piculina*, oye, iba con una facha... Nos dijo, que ya le habían dicho los compañeros que la tenían que pasar a Francia, para quitarle los dientes, porque como los tenía muy negros, la conocían por *la de los dientes*, y le iban a sacar la dentadura, y le dijo un día a la señora que se marchaba; así no caía yo en sospecha, porque ella se fue antes que yo.

Me fui al pueblo a ver a mis hijos, y fue cuando me traje a mi hija.

—¿Y dónde la tuviste?

La metí en un colegio, por mediación de los señores donde yo estaba sirviendo. A mi hijo luego, cuando pude. Y seguí en Eibar, ya llevo veinticinco años, que he estado trabajando; ahora ya, el año pasado he cogido el retiro.

En fin, mira chica, que hemos pasado muchas calamidades, mucha hambre, llenas de miseria, pero éramos jóvenes y lo soportábamos lo mejor que podíamos y además que las pobres viejas también olvidaran algún rato sus calamidades; si no, no hubiéramos soportado tantos años de cárcel y después el destierro.

Bueno, Nati, he pasado un buen rato contigo, y lo que te puedo decir, porque supongo que te gustará, es que Teresa Harina sigue siendo tan maja como siempre, se casó con un camarada, tiene un hijo muy majo y vive en Grenoble (Francia). Yo también tengo gran cariño a Teresa.

VENTAS Y SEGOVIA

Tras las denuncias, la cárcel de Amorebieta se cierra y salimos de expedición a Madrid. Al tercer día llegamos a Ventas y nos metieron en unas salas que hay en los sótanos para el mes de período. Allí nos mezclaron con las prostitutas, las del estraperlo, las ladronas; había de todo. A veces veíamos cada cuadro que nos daba angustia estar conviviendo con aquella gente; pensábamos si siempre nos tendrían así, pues en las demás cárceles no nos habían hecho esto. Directamente habíamos pasado a ocupar nuestro sitio a la sala que nos correspondiera. Nos dijeron que iríamos a galerías, pero nos informaban que debíamos estar allí treinta días. Estuve unos veinte, afortunadamente, porque aquello no se podía aguantar. Las mujeres de la vida era un entrar y salir constante, porque pagaban multa; y las que no la pagaban estaban según la multa que les ponían ocho, diez o quince días; pero estas eran unas cerdas, hablaban groseramente y estaban tumbadas por el suelo. Estábamos todas muy apiñadas; cuando querías ir al váter tenías que mirar por dónde pasabas para no pisar a alguien. No teníamos humanamente sitio donde poder estar con un poco de desahogo. Los primeros días estábamos desperdigadas por aquella sala cada una donde nos pudimos colocar, pero poco a poco, en muy pocos días pudimos irnos colocando todas juntas. Además teníamos que andar con cien ojos para que no metieran mano a las pocas cosas que teníamos. El rancho era malísimo, y aunque muchas habían decidido ir a Madrid por estar cerca de sus familias (nosotras porque Guadalajara estaba a dos pasos), mientras estábamos en ese período no podíamos tener paquete ni visitas.

Llegó el deseado día de salir de aquel calabozo, porque no se le podía llamar otra cosa, subterráneo de la cárcel de Ventas. A las que íbamos a trabajar en el taller, que éramos todas menos las mayores, nos llevaron a la primera galería derecha, y a las viejas las llevaron a la tercera o cuarta —no me acuerdo bien—, que estaba junto a la cocina; esta era la única cárcel que pisábamos en que, quitando esos días de período en que nos unieron con todas las mujeres, no estábamos mezcladas las políticas con las comunes: ellas tenían su galería. Las mujeres mayores también estaban aparte. El resto de la reclusión éramos políticas. Enseguida empezamos a coser en el taller; nos duró muy poco tiempo, quizás un par de meses. Gloria no llegó ni a eso, pues la pobre tuvo un vómito de sangre y la llevaron a la enfermería. El motivo de salir nosotras del taller fue como sigue. Teníamos de jefa de servicio a una monja que se llamaba madre Serafines; era una verdadera nazi, una fascista; revisó los expedientes de las recién llegadas. Las que figurábamos como comunistas, nos fue metiendo en la tercera galería derecha; allí nos aisló, y allí trajo también a Gloria, pese a que se encontraba en la enfermería y bastante mal.

Había muchas que todavía estaban sin juzgar; incluso algunas eran reincidentes, habían estado ya un año o dos y habían vuelto a caer. Recordarlas a todas me sería imposible; me acuerdo de Juanita Corzo, las hermanas Díaz —con una de ellas, con Sole, todavía me une una gran amistad—, Florinda Puntós, las Alicia, madre e hija,

Gloria Cueto y una enfermera muy maja, asturiana. Las galerías eran muy largas; había, si no recuerdo mal, diez celdas a cada lado y al fondo dos celdas; a la izquierda del fondo se entraba en una sala bastante grande en que había no recuerdo bien si dos o tres duchas y algunos lavabos.

Empezó a venir nuestra gente después de unos cuantos años sin vernos; a mí por la letra que tengo me tocó comunicar antes que a mis paisanas; recuerdo que vinieron mi madre y mi hermano. Les pregunté por mi padre y mi hermana, y me dijeron que vendrían en la próxima comunicación, que no podían venir todos juntos porque económicamente no podían, que vendrían poco a poco uno tras otro a verme. Me extrañó mucho que mi padre se hubiese quedado en casa resignado a no venir, pero en fin, yo tampoco podía pensar otra cosa, puesto que nada sabía.

El día que comunicó Gloria, su madre le dijo que mi padre había muerto hacía ya más de dos años. Gloria, en la desesperación de la enfermedad que la iba comiendo cada vez más, era bastante brusca; y cuando subió de la comunicación me lo soltó así, a bocajarro, cuando yo le pregunté:

—¿Cómo está tu familia? ¿Qué tal están todos? ¿Cómo está el niño?

—Bien, el niño está muy bajo, el que ha muerto es tu padre.

Me dejó helada; me puse la cabeza entre las manos y no sé el tiempo que pasó, solo sé que cuando llegó el rancho, me di cuenta de que no había abierto la boca ni había llorado. Las compañeras me miraban apenadas y pensativas; se ve que no sabían qué reacción iba a tener y estaban preocupadas. Pero yo cogí el rancho y, como si no hubiera pasado nada, me lo comí como cada día. Ya no tenía remedio la muerte de mi padre. ¿Qué otra cosa podía hacer sino resignarme?

Mi padre para mí no era solamente mi padre, sino también mi amigo, compañero. Había sido un hombre fuerte y yo nunca le había visto enfermo; dos veces que había tenido que hacer cama, había sido por accidente. Cuando terminó la guerra sufrió mucho; primero le echaron del trabajo solo y exclusivamente porque había dejado que una hija fuese comunista.

No me sentí responsable de su muerte; él estaba de acuerdo con mi forma de pensar. Pero el pasarse las horas a la puerta de la cárcel, el ir cada mañana frente a las tapias del cementerio, ver caer a sus vecinos, ver caer a sus amigos con los que habíamos tratado desde que habíamos llegado a Guadalajara, eso le fue minando; estoy segura de que no le mató otra cosa, fue una víctima más del franquismo.

La cárcel de Ventas era muy distinta de las demás cárceles que habíamos corrido; quizá fuese porque Ventas está en el centro de España, en Madrid, y las otras estaban muy lejos y no teníamos ningún contacto político. Existía una comuna; éramos nosotras mismas quien nos la habíamos planteado para ayudarnos mutuamente y poder ayudar a las viejecitas que no tenían más amparo que el nuestro. Los plantes que habíamos hecho en Amorebieta eran una pura necesidad por la miseria en que se vivía, pero no recuerdo que aquello se plantease como una cosa política. El hambre nos unía para enfrentarnos con la dirección de la cárcel, y esto no dejaba de ser una lucha política; pero no era organizada por un partido político. Era muy difícil que entraran noticias de la calle, había muy pocas comunicaciones y las pocas que había casi no daban noticias como para orientarnos de lo que ocurría. Aunque estábamos interesadas en la segunda guerra mundial que se estaba desarrollando y nos hubiera gustado seguir el curso de ella, ya digo, era bastante difícil. En cambio en Ventas la

vida era mucho más agitada; había organización de partido y se sabía casi al día cómo iba la guerra en los frentes. Estábamos convencidas, pobres de nosotras, de que al final de la guerra, que sería ganada por los aliados, también nosotras seríamos liberadas porque sería el fin del fascismo.

De todas maneras no todo era claro en la política del Partido, pudimos observar que había dos tendencias; esto lo vimos precisamente cuando la Serafines nos llevó a la tercera galería; los dos meses o tres que estuvimos en los talleres, el Partido ya nos había localizado, habíamos hecho alguna reunión y habíamos visto, por primera vez en mucho tiempo, material. Esto nos llenó de verdadero entusiasmo, pero al estar gran parte del Partido en la tercera galería pudimos observar que había dos tendencias. Una era la del Partido en el exterior y la otra la política de los camaradas en el interior. En esa época, la que proponía Quiñones, eso decían allí en la galería, conocí a su compañera, que también estaba detenida, Josefina Amalia, que por cierto le habían dado muchos palos y estaba la pobre bastante enferma. La recuerdo muy delgada, alta, muy morena y con una trenza hermosa, un pelo negro precioso. Este compañero fue fusilado con otros del mismo grupo. Recuerdo que había bastantes discusiones sobre Quiñones o no Quiñones.

Yo no podía opinar, venía de los penales del norte en lo que, si bien nuestro comportamiento como comunistas creo que era correcto, y se nos vio y nos dejábamos sentir como partido, oficialmente no estábamos organizadas. En algunos testimonios se habla de la buena marcha orgánica del Partido en los penales. Lo siento, difiero de ellas, sobre todo por los tres que yo pasé; yo vi al Partido organizado en Ventas.

Pero quería decir algo más, y esto lo digo yo bajo mi responsabilidad. No ignoro los cuarenta años de clandestinidad. Pero tampoco ignoro que nuestro Partido, por precavido a las infiltraciones, a las desviaciones y, no dejamos atrás el sectarismo, en ocasiones nos hemos visto forzados, dada nuestra ilegalidad, a no poder aclarar según qué situaciones de camaradas. Yo ahora le pido a mi Partido, ya legal, y con una política nueva y rica en crítica, porque estamos en condiciones de hacerlo, que haga un esfuerzo por revisar los casos Quiñones. Los camaradas que, equivocados o no, han dado sus vidas ante un piquete de ejecución, o en los calabozos de las comisarías, merecen un estudio y una rehabilitación para aquel que se la merezca.

Elvira Albelda era valenciana; la habían detenido estando allí nosotras. Después de mucho tiempo salió de la celda, no tenía a nadie, no tenía petate ni nada con que coger el rancho, ni cubo para lavarse la ropa; en fin, que le tuvimos que echar una mano para todas estas necesidades. Juntando los petates podía dormir una más, aunque estrechas. Era del proceso de Trinidad García Vidales y otros muchos, y de otra muchacha que estaba también allí, la llamaban *Peque la de Toledo*. Los grupos formados en aquella galería eran muy distintos a los que habíamos tenido en otras cárceles. En las demás habíamos pasado mucha miseria y casi todas estábamos por el estilo; pero aquí, al estar muchas detenidas que todavía no habían sido juzgadas y eran de Madrid, les pasaban paquete dos veces o tres por semana y a algunas incluso cada día. Entre las que lo tenían cada día había una señora ya algo mayor que daba su rancho a quien lo quisiera, y lo pasábamos por celdas; cada día tocaba a una celda. Incluso había comentarios un poco feos sobre esta familia porque tenía las hijas jóvenes y en aquellos tiempos de racionamiento y estraperlo se veía un poco raro que

cada día le pasaran comida. Había quien decía: “¿De dónde lo sacarán? ¿Con qué lo ganarán?”. No sé si ella se enteraría de esto, pero que así se comentaba era cierto. Pude saber años más tarde que no lo ganaban de mala manera.

El rancho que nos daban aquella temporada había que tener mucha hambre y muchas ganas de vivir para meterlo en el estómago. Fue la temporada de la vaina de haba. Las habas se ve que las vendían a los restaurantes para hacer habas a la catalana, y las vainas con sus bichitos dentro iban a parar a la cárcel de Ventas, cuando te tocaba alguna, vaya, vaya, pero a veces te daban el caldito solo, todo renegrido y con algún gusanito que danzaba por encima del agua.

Las Alicias

En aquella galería también estaban las Alicias. Las llamábamos así porque era una madre y una hija y se llamaban Alicia las dos. Esta familia era una más entre las muchas familias sacrificadas de España, un drama entre los muchos dramas. Era una familia acomodada; el marido de Alicia era dentista, un gran dentista. Tenía este matrimonio tres hijos. Uno de ellos, también dentista, trabajaba con el padre; el otro había seguido la carrera de medicina y era doctor. Alicia hija era una muchacha que había sido siempre muy cuidada y atendida por una familia que entre sí estaban muy unidos. El verano del 36, la madre y los tres hijos se habían ido de vacaciones creo que a La Granja, el pueblecito veraniego de las familias acomodadas de Madrid y sus alrededores. El padre había tenido que quedarse trabajando en Madrid; la sublevación les cogió en este pueblo. Los chicos, que ya pertenecían al Partido Comunista hacía tiempo, después de haber luchado con la gente de aquellos alrededores en defensa de la República, fueron detenidos por los fascistas. A Alicia madre también la detuvieron y Alicia la jovencita solo estuvo detenida veinticuatro horas. Por entonces había quedado a merced de algunos amigos de La Granja, pues fue un pueblo que quedó aislado de Madrid y no pudo regresar con su padre. A los hermanos los torturaron bárbaramente; la muchacha lo sabía e incluso había ido a verles. Sabiendo que morirían le habían hecho que prometiera no decir nada a la madre. En aquellos momentos de confusión bien podían haber seguido luchando o haber logrado escapar; no querían que su madre sufriera al saber que mataban a sus hijos. La muchacha así lo hizo. Fue detenida por segunda vez en el 38 en Segovia, corrió varias cárceles y fue juzgada en Madrid el 40, y siguió por las cárceles hasta que en el 41 salió en libertad. La madre y la hija estuvieron separadas hasta dicha fecha, en que se unió a sus padres; los tres fueron detenidos otra vez en el año 43.

Alicia madre seguía ignorando la muerte de sus hijos. La hija sufría por la promesa que había hecho a sus hermanos, la madre a veces recordando a sus hijos y diciendo lo buenos que eran; pensaba que al terminar la guerra, si no habían muerto en ella, aparecerían. La hija a veces se levantaba y se iba a otras celdas a pasar un rato con algunas amigas por no oír las conversaciones de su madre haciéndose ilusiones de que sus hijos estaban luchando o en algún sitio refugiados. Las Alicias aún estaban sin juzgar; por lo tanto, cuando hicieron la expedición de Ventas, en que nos llevaron a cada una por un sitio para desarticular aquella tercera galería derecha, que la Serafines llamaba del Partido Comunista, y nos desperdigaron por varios penales de España —yo fui a Segovia—, las Alicias ya juzgadas fueron a Barcelona; la

condena no recuerdo si era de doce años; sé que después, en el año 45, me las volví a encontrar a las dos en la cárcel de Barcelona. Yo recordaba una anécdota muy simpática de nuestro paso por Ventas. En el momento en que me vio en Barcelona me dijo:

—¿Ves? ¿Ves como te decía yo que los alemanes no ganarían jamás la guerra?

La anécdota es la siguiente. Tenía Alicia madre un mapa de Europa, no sé dónde lo había podido conseguir, y señalaba los avances de los aliados. Yo un día le dije:

—Alicia, ¿por qué no señalas los avances de los alemanes?

—Porque los alemanes no van a ganar la guerra. ¿Para qué voy a señalarlos si después los voy a tener que borrar?

Esto me había hecho mucha gracia, y cuando me la encontraba por la galería le decía:

—Alicia, ¿qué señales has puesto? ¿Qué avances hay?

—Bien, bien, las cosas marchan.

—Pero ¿has puesto alguna señal o no has puesto ninguna? Y como se daba cuenta a qué me refería, me decía:

—Mira, anda, niña, vete a paseo, que yo soy muy mayor para que me tomes el pelo.

Nos llevábamos muy bien y yo la apreciaba mucho porque era una mujer muy cariñosa; siempre estaba pendiente de nosotras, las jóvenes, y nos decía:

—Que yo me pase estos años en la cárcel no me preocupa gran cosa, pero vosotras tan jóvenes, lo mejor de vuestra vida encerradas, eso sí que me duele.

El marido fue condenado; no sé bien la condena, entre los doce y los veinte años, y estaba en Burgos. Los dos camaradas que cogieron en su casa fueron fusilados. Salí en libertad de la cárcel de Barcelona y después, años más tarde, tuve un tercer encuentro con Alicia madre.

Gloria Nolasco

Gloria Nolasco seguía cada vez peor con la tuberculosis, que poco a poco la iba matando. Poco antes de hacernos el traslado de la cárcel de Ventas, la pobre tuvo un gran vómito de sangre y llegó a desmayarse; por esta razón la llevaron a enfermería, no tenía ninguna asistencia médica. De vez en cuando le ponían una tanda de inyecciones de calcio, pero después se pasaba meses sin ningún tratamiento. Se libró del traslado por estar en la enfermería. Más tarde me enteré que en una de las comunicaciones con su madre, por los esfuerzos que se tenían que hacer en aquel locutorio para poderse entender (puesto que eran muchas las reclusas que salían y muchos más los familiares que había al otro lado de la reja), tuvo un gran vómito que su madre presenció. Gloria se desmayó cayéndose el suelo. Su madre salió desesperada, como una loca, al Ministerio de Justicia, chillando para que la recibieran; no la aceptaban, pero al final la recibieron y pudo conseguir, después de reconocimiento médico y ver que tenía pocos días de vida, llevársela a su casa en una ambulancia, donde quedó custodiada por la policía, y a los pocos días murió junto a su madre, por la valentía y el coraje que demostró en el Palacio de Justicia para arrancar de la cárcel de Ventas a su hija ya casi muerta.

Daniela Picazo

Daniela Picazo, nuestra viejita de Guadalajara, estaba rayando los ochenta o quizá tuviese ya alguno más; seguía también en Ventas en distinta galería, donde estaban todas las viejitas, que eran muchas. Yo oficialmente iba dos veces por semana a verla, en todas las cárceles en que habíamos estado nos habíamos declarado sobrina y tía. El día que le tocaba lavarse la ropa yo iba a lavársela y el día que le tocaba escribir también iba, porque ella tenía la mano derecha un poco inválida y le costaba mucho trabajo hacerlo. Al mismo tiempo aprovechábamos para llevarles lo que nosotras decíamos *el bulo petate*; algunas veces era verdad lo que le decíamos, los avances de los aliados, cómo iba la guerra, siempre con la ilusión de que la guerra terminaría con la derrota de los alemanes, del fascismo. Nosotras también seríamos puestas en libertad porque las fuerzas nuestras también vendrían a liberarnos, junto con las guerrillas que existían por los montes de nuestra querida España. Por animar a estas pobres viejas a veces exagerábamos la nota para que quedasen llenas de alegría y de ilusiones, muchas de ellas tenían un pie más en la sepultura que en la libertad. A la mayoría no les habían respetado la edad e incluso habían sido torturadas y además ya llevábamos años corriendo de cárcel en cárcel con malos alimentos y sin ninguna consideración a la edad que ellas tenían.

María Valés

Pese al riguroso encierro a que nos tenían sometidas, la Serafines siempre se buscaba un truco para burlarlo; nosotras también lo teníamos. Cuando alguien tenía que salir por alguna causa a otras galerías, llamaba desde la puerta de reja a la funcionaria y le decía que había una enferma en alguna celda de las del fondo; ella entraba y casi siempre dejaba la puerta abierta. Entonces salía la que estuviese destinada a salir y después, con hora fija, se tenía que volver a llamar y entraba con el mismo truco la que había salido. A veces esto no cuajaba, dependía de si la funcionaria cerraba la puerta: o no se podía salir, o si se había salido luego no se podía entrar y había que esperar a que llegase el rancho; llegaba la caldera con la monja y la funcionaria y se hacía corro alrededor de ellas para que no pudiesen ver entrar a la compañera que había quedado fuera de la galería.

En Ventas había una funcionaria a quien llamábamos *la Veneno*; no se lo habíamos puesto nosotras, traía el nombre de la cárcel de Torrero, de Zaragoza, porque se había comportado como un verdadero monstruo con las mujeres de aquella cárcel; tendremos ocasión de hablar de ello más tarde. Un día nos cogió fuera de la galería a María Valés y a mí, María era alta y fuerte y además estaba en la cuarta galería derecha; la Veneno no sabía si yo también era de la cuarta o de la tercera. A mí me interesaba que pensara que era de la cuarta, porque si no el castigo quizá hubiese sido peor. Muy furiosa nos mandó escaleras arriba y me dijo:

—Te voy a pegar una patada en el trasero que te voy a dejar el zapato dentro.

Entonces María se sonrió; ella se dio cuenta y le dijo:

—Y tú, ven aquí.

Como María era grande y la Veneno muy pequeña, le hizo que bajase unos escalones; la Veneno se subió tres o cuatro y se lió a tortazos con ella.

A María Valés me unió una gran amistad, más que eso, nos llamábamos y nos llamamos *hermanas de cárcel*. Ella tenía una hermana sirviendo en Madrid, y cada semana Teresa le traía lo que podía, no solo tenía que atender a Mari; tenía dos hermanos más en la cárcel, su madre, que le habían quitado todo en el pueblo y el niño de Mari, que en su testimonio le nombra Luis, pero por entonces le llamábamos *Castul*. De lo poco que Teresa traía, Mari siempre tenía algo para la pobre hambrienta, que era yo. Con Mari hacía labores, que su hermana vendía en la calle. Las ganancias no eran muchas, justo para coger lo que más necesitábamos del economato: jabón, lejía, sellos, tarjetas, etcétera.

Pero no era solo lo nuestro, teníamos a las viejecitas, que por su edad, su poca vista y la torpeza en sus manos rugosas no podían hacer labores, y no tenían a nadie que les ayudara. Por todas las cárceles que he pasado me tomé como un deber ayudar a las viejecitas, no pisé la escuela, no di clases, me quitaba la vista haciendo labores para tener lo necesario, limpieza en la medida que podíamos y escribir a la familia. María y Tomasa salieron de la cárcel tan torpes como entraron, pero siguieron en la lucha.

La Serafines intentaba por todos los medios hacer la vida imposible a las comunistas que estábamos en la tercera galería derecha, pero nosotras también hacíamos todo lo posible por burlar su vigilancia y su rectitud, su ira contra nosotras. Cuando había una inspección nos presentaba como a bichos raros; incluso llegó a señalar con el dedo a unas cuantas muchachas jóvenes y se las llevaron a Gobernación para nuevas diligencias, según ellas por hechos cometidos dentro de la cárcel: organización del Partido en Ventas. Volvieron con algunas caricias de la policía y con un nuevo proceso. Pero no conseguía doblarnos, que era su objetivo. Nuestra moral seguía siendo muy elevada; se ve que pensó que dispersándonos por distintos penales desharía aquel núcleo de comunistas de la tercera galería derecha; en ella solo quedaron las camaradas que estaban sin juzgar. Las que habíamos venido ya de otros penales cumpliendo condena fuimos enviadas a distintos sitios. En aquellos días yo me estaba poniendo una tanda de inyecciones de calcio. En la cárcel de Segovia uno de los pabellones había sido habilitado para presos tuberculosos; como el número de ellos era cada vez más elevado, no cabían en aquel pabellón y tuvieron que abrir una cárcel para los tuberculosos en Cuéllar; la llamaban *Sanatorio Penitenciario Antituberculoso*. Al pabellón que quedó vacío nos llevaron a nosotras como enfermas; y un día avisaron para salir hacia Segovia. Entre ellas iba yo.

De nuevo en expedición a Segovia

Llegamos ya casi de noche con una enorme nevada; no podíamos con los petates y se tuvieron que dejar en la estación. Era bien entrada la noche cuando llegamos al penal con tanta nieve que nos hundíamos casi hasta las rodillas. Nos metieron en un pabellón sin luz, sin una manta y sin nada. Aunque queríamos echarnos un poco en el suelo, no podíamos porque este estaba casi inundado de agua. Y cogidas unas a otras, en un rincón de aquel pabellón, pasamos la noche; una terrible noche de frío y de hambre; el sueño ya se nos había pasado. Empezó a amanecer y ya no podíamos más. Entonces comprendimos qué era lo que ocurría con el agua; al salir los presos tuberculosos de aquella sala, le habían dado una mano de cal y todo el suelo lo habían

dejado encharcado y estando así nos metieron a nosotras, que lo tuvimos que limpiar obligatoriamente por la mañana. Pero antes nos echaron un sermón. Era tanto el frío que teníamos que de madrugada nos pusimos a jugar al corro, cantando y chillando con toda la fuerza de nuestros pulmones. Subidas unas sobre las otras, en los hombros, vimos por las ventanas que enfrente teníamos un pabellón de hombres; ellos también habían hecho lo mismo y nos saludaban, nos decían que fuéramos fuertes y que ellos en la medida en que pudieran ya encontrarían medio de ayudarnos.

Por la mañana llegaron nuestros petates y pudimos descansar; no durante el día, porque había que seguir el régimen penitenciario, pero al menos por la noche descansamos con nuestros pequeños colchoncitos de cuarenta centímetros. Dos días más tarde empezaron a hacernos el reconocimiento médico y a pasarnos por rayos X; claro que salió alguna enferma de tuberculosis, pero la mayoría habíamos sido sancionadas allí por la Serafines para disolver la galería; unas habían ido a Málaga, otras a Barcelona, etcétera. No tardaron muchos días en venir de otros penales enfermas, pues como oficialmente lo habían nombrado Sanatorio Penitenciario Antituberculoso de mujeres, en algunas cárceles que estaban repletas de enfermas y no enfermas, al menos a las enfermas las mandaron para allá, y todas estábamos mezcladas en aquel pabellón. Con gran asombro nuestro, de la noche a la mañana nos encontramos con que nos traían pequeñas camitas para instalar en la sala; qué bien, qué noche más estupenda pasamos y cuánto disfrutamos; dormir en cama después de tanto tiempo durmiendo en el suelo... Pero nos duró muy poco. Cuando el médico empezó a encontrarse con enfermas, como aquello se hacía muy pequeño, tuvieron que habilitar algunas salas más. Entonces nos separaron a las que no teníamos nada y dejaron en las camas a las enfermas. Nos llevaron a otra sala a dormir, otra vez en nuestros petates.

Teníamos una monja ya mayor, que tenía más de sesenta años. Era una gran persona. Por primera vez en el tiempo que llevaba en la cárcel había encontrado a una religiosa que fuese de verdad religiosa y humana, porque esta vez lo era de verdad. Dio muestras de ello desde el primer momento. Nos decía: "Pobres mujeres, algunas, la falta que estarían haciendo en su casa teniendo pequeños, teniendo los maridos en las cárceles sin que los puedan atender, y esos niños abandonados a merced de segundas familias, incluso algunos en los hospicios". Sentía verdadera lástima de nosotras y así nos lo decía; pero no para amargarnos, sino todo lo contrario, para hacernos comprender que estaba a nuestro lado y que sentía de verdad nuestro cautiverio. Ella nos puso en contacto con los hombres. Hoy esto se puede decir, porque esa pobre mujer ya no vive; estoy totalmente segura porque era muy mayor y ya han pasado muchos años. En los bolsillos de sus hábitos nos traía noticias de los camaradas que seguían el paso de la guerra y nos daban las noticias, incluso nos pasaban algún material del Partido. También llegaron a ponernos en contacto con los camaradas de Cuéllar, porque el médico que teníamos era el mismo; no sé cómo se las arreglaría ella, pero el caso es que en las idas y venidas del doctor de una cárcel a otra siempre había algo para nosotras. No creo que el médico estuviese de acuerdo con ella para hacerlo, pero sin saberlo era el mensajero especial entre los hombres y nosotras. Llegamos a tomar un gran aprecio a esta mujer.

En nuestra sala una chiquitita de las jóvenes se puso muy enferma de meningitis y alguna complicación más, no lo recuerdo; lo que sí se es que la teníamos muy

grave. Fue al médico y avisó al cura para que la nena (tendría diecisiete o dieciocho años) estuviese en estado de recibir la muerte. La chiquita esta se negó; le dijo que de ninguna manera se acercara a su cama porque ella no se confesaría y que no había hecho nada malo para necesitarlo; que además el cura de su pueblo había matado a su hermano mayor y a su padre, su madre estaba en otra cárcel y los niños más pequeños que ella estaban recogidos entre otros familiares; la chica le prohibía a gritos que se acercara a su cama y le llamaba *cucaracha*. Le decía: “Márchese de aquí, que no quiero ni verle. Son ustedes todos unos asesinos, me han matado a mi familia, han destrozado nuestro hogar”.

La madre superiora, *la Cinturilla*, que así la llamábamos porque tenía la cinturita muy estrecha (pues las monjas de San Vicente de Paúl llevan esos hábitos tan ceñiditos de cintura, que yo creo que no debería medir más de sesenta centímetros), era más mala que la carne de pescuezo y al ver que la chica se negaba a confesar e insultaba al cura, prohibió que le llevaran los medicamentos que el médico le había recetado. Una de las cosas que necesitaba con urgencia era hielo en la cabeza; la fiebre se la explotaba y el médico había dicho que le pusieran una bolsa de goma con hielo; el hielo tampoco lo llevaron, ni la bolsa.

En esos días había obras en una parte de la prisión y los obreros que iban eran de la calle. Sor Juliana se arriesgó a hablar con uno de ellos para que le trajese los medicamentos, y los trajo. Cocíamos una jeringuilla a escondidas en el retrete, en un bote de leche condensada, y nosotras mismas le poníamos las inyecciones que aquellos muchachos, arriesgando todo a petición de sor Juliana, habían traído de una farmacia del pueblo. Hacía mucho frío, y los charquitos de la huerta por la mañana amanecían helados; sor Juliana iba a recogerlos, los metía en unos trapos y se los ponía sobre la cabeza, pero esto no hacía gran cosa porque el mismo calor que la muchacha tenía derretía enseguida el hielo y el resultado era muy poco eficaz. Al fin sor Juliana se atrevió a pedir a uno de los obreros que comprase una bolsa de goma; el hielo, aunque tuviese que bajar a la huerta dos o tres veces al día, lo conseguía. Este pobre muchacho que había traído los medicamentos no tuvo picardía, el chico pensando que aquello corría mucha prisa y que debería llevarlo rápidamente, cuando salió del trabajo fue a comprar la bolsa y vino a la prisión para que se la entregasen a sor Juliana. La monja se vio descubierta y entonces, delante del obrero y delante de las presas, la superiora y el director de la prisión quisieron averiguar en nuestra sala quién había encargado aquella bolsa que no era una cosa oficial. Sor Juliana defendió la posición del chico que había sido detenido diciendo que el muchacho no tenía ninguna culpa, puesto que ella se lo había encargado sin decirle que aquello no era oficial; prueba de ello es que nada más salir del trabajo la había comprado y la había llevado a la portería encargando que se la diesen a ella. Esto salvó al muchacho de una detención, aunque no del despido del trabajo.

Al ver que sor Juliana iba a ser castigada severamente, las amenazas de la superiora delante de las reclusas a la monja eran de verdadera vergüenza, no eran de una religiosa, sino de una mujer cualquiera. Nosotras, todas unidas —éramos en la sala unas cuarenta o más—, dijimos que eso no era cierto, que nosotras nos hacíamos cargo de ello, que habíamos sido las que habíamos encargado a escondidas y que ella no tenía que ver nada en absoluto con nosotras. Como empezaron a coger los nom-

bres para hacernos un proceso por trabajo ilegal dentro de la cárcel, sor Juliana dijo que ella juraba ante Dios que eso no era cierto; que nosotras queríamos salir en su defensa pero que ella había sido la que lo había hecho porque no quería que aquella muchacha muriese sin estar en estado de gracia y que actuaba en calidad de católica y religiosa que era y que con ella podían hacer lo que quisieran, pero que nosotras no teníamos en absoluto culpa ninguna, así como el muchacho. Era ella la que se lo había encargado. De ahí no pasó la cosa; de lo que no se enteraron es de que los medicamentos estaban entrando por medio de otro muchacho más astuto que este, con más picardía, e íbamos salvando a la muchacha; ellos pensaban que era un milagro porque sin medicamentos iba mejorando. Era una verdadera vergüenza ver cómo cada día la mortificaba el cura para que se confesara y era verdaderamente heroico por parte de una chiquita tan joven cómo defendía su posición de que la dejaran en paz diciendo que no confesaría. Nos sentíamos verdaderamente orgullosas de haberla podido salvar.

A sor Juliana la mandaron de castigo al lavadero de infecciosos a lavar la ropa. Pero aquella mujer no lavó ropa. Le poníamos un braserito que nos sacaban las compañeras de la cocina en una lata, unas ascuitas, para que estuviese calentita en un rincón del lavadero; algunas de las compañeras montaban la guardia en un pasillo que había y nosotras, por turnos, una vez unas, otra vez otras, lavábamos aquella ropa. No podíamos permitir que aquella mujer que ya era muy mayor y que además había arriesgado todo por salvar la vida de nuestra compañera tuviese las manos metidas en aquel agua tan fría que helaba hasta el corazón.

Cuando yo salí en libertad me pidió por favor que fuese al hospicio de mi ciudad natal, donde la superiora la conocía desde hacía muchos años, y que le pidiera que la reclamase, pues ella no podía aguantar estar en cárceles; desde que había terminado la guerra estaba en ese servicio. Ella siempre había estado, o bien en hospicios con los niños, o en el hospital para atender a los enfermos. Yo hice su encargo. Por cierto que la superiora de aquel hospicio me recibió muy bien y me prometió que así lo haría, pero después no he vuelto a saber más de sor Juliana. Un día estando en el lavadero viendo nuestro comportamiento y viendo la confianza que depositábamos en ella, nos dijo: "No sé si me estoy condenando o ganando el cielo, pero tengo que pedir os ayuda, he robado". Nos quedamos paradas mirándola. "Tranquilízate, no pasará nada". Creo que estaba conmigo, si no recuerdo mal, la hermana de Trinidad García Vidales, que pese a estar bastante unida a ellas, no puedo recordar el nombre de estas hermanas. Sor Juliana nos explicó su robo.

Cuando se llevaron a los enfermos al tan cacareado Sanatorio Antituberculoso Penitenciario de Cuéllar, sor Juliana estaba con ellos (pudimos comprobar que tenían su confianza). "Esos hombres", nos dijo, "algunos no tenían calzoncillos y aprovechando el traslado había hecho desaparecer algunas sábanas del ropero. Habían hecho el recuento al llegar nosotras y ya no lo podía reponer en su sitio, ¿qué puedo hacer?". Contestamos: "Pues hacerlos". "Gracias, hijas mías, eso os quería pedir, el mandarlos será cosa mía". Explico esto para dar una imagen de esta monja, que entre tantas a las que hemos conocido en los penales, fue la única que demostró ser humana y sentirse junto a los reclusos para ayudarles.

Algunas en Segovia lo pasábamos muy mal. Seguía el hambre atroz que nos devoraba. Otras tenían su paquetito, pero el hambre hacía egoísta al ser humano; muy

pocas compartían con las que no tenían nada lo que a ellas les llevaban. Podían haberse hecho algunos colectivos, de eso estoy segura, pero no se hicieron. Bien se podía decir que se agrupaban entre sí las que recibían paquete. Es lamentable tener que decirlo porque algunas de ellas eran comunistas; pero si era así, hay que decirlo. No se les podía exigir que lo repartieran; sus familias se sacrificaban. De esta cárcel hay muchas cosas que decir, de las penalidades de las presas, de la huelga de hambre que mantuvieron durante días, de los castigos en celdas; pero eso a mí no me tocó porque ya había salido en libertad.

Por aquellas fechas ya habían dado unos decretos; los de seis años, seis y un día, doce, y doce y un día. Y el año 44 dieron el de veinte. Yo tenía treinta y me proponían, pensé que era por enferma, pero hubieran propuesto a otras muchas. Cuando firmé la libertad me enteré que me habían hecho revisión y tenía veinte años. Así hacían las cosas en el régimen de Franco. Las condiciones para salir en libertad eran las siguientes: pedían informes a tu localidad; tres informes: de la Falange, de la Guardia Civil y de un vecino del pueblo; si te mandaban los tres buenos, podías irte a tu casa. Si te mandaban dos te mandaban desterrada a trescientos kilómetros de la localidad donde habías sido detenida y juzgada. Si te mandaban uno te negaban la libertad; seguías cumpliendo condena. Si no te mandaban ninguno a los tres meses de haber enviado el telegrama a tu localidad, al no contestar, la Junta de Régimen de la cárcel te podía proponer para la libertad al Ministerio de Justicia; podían dártela o no, pero por lo menos tenían ese derecho de volver a pedir tu libertad. A mí me mandaron dos buenos; por lo tanto me correspondía salir en libertad con destierro, y así me propusieron al Ministerio de Justicia o Junta Vigilada, como entonces se llamaba, para salir en libertad.

En la cárcel reinaba armonía entre la reclusión y estábamos unidas en todo momento. Sobre todo nosotras las comunistas, que dondequiera que estuviéramos nos organizábamos. Con nosotras venía Josefina Amalia, de gran valor y con gran sentido orgánico, pese a la amargura que llevaba consigo, justificada: por encima de todo era comunista, y los problemas del Partido eran suyos.

La primera expedición que llegó a Segovia era la nuestra de Ventas; por lo tanto, teníamos que empezar de cero. Los hombres (la cárcel de ellos estaba junto a la nuestra) aportaron su ayuda con algún material que nos hicieron llegar. Jose Amalia, pese a que su salud no era muy buena, junto con alguna camarada más, que no recuerdo sus nombres, reorganizaron el Partido con bastantes precauciones. No éramos muchas y en nuestra expedición llevábamos comunes, que fue una de las cosas por la que tuvimos que luchar. Después empezaron a llegar de otros penales y de Ventas. Se convirtió Segovia en penal de mujeres, donde hubo colectivos, solidaridad y vida política. De todo lo que Segovia y Ventas han sido, queda bien patente en los testimonios de mis compañeras, que se reflejan en el segundo tomo.

Durante los cinco años de cárcel había ido rompiendo toda mi ropa, que no había sido repuesta, así como el calzado. Mis amigas de Portugalete me habían mandado unas zapatillas bastante majas que parecían zapatitos y las conservé para salir con ellas. No tenía un vestido decente, y como era primavera, de las mantas que nos daban en la prisión —por aquella época ya nos daban una mantita por persona—, que eran muy finitas, hicimos desaparecer una. Nuestra compañera Gloria Cueto era una

mujer muy maja y muy agradable, que llevaba la cárcel con mucha dignidad, pese a que había sido una mujer muy rica. Después de ser detenida no tenía a nadie en la calle que la atendiera; eran muy pocas las veces que recibía un poco de dinero de un sobrino que tenía por América, y paquetes yo no recuerdo haberle visto recibir ninguno. Allí en Segovia era la encargada de las duchas, y con el agua caliente me tiñó una manta y entre las dos confeccionamos un vestido abierto por delante; con él salí del paso para salir en libertad, no sin la preocupación de que iba a una ciudad desconocida, sin tener en quien apoyarme, pero sí dispuesta a seguir adelante y lo daré a conocer en mi segundo tomo. Es por eso que dejo aquí la primera parte de *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*.

Espero y deseo que el lector comprenda a estos testimonios vivos. Solo hay uno a título póstumo. No dan a conocer su vida en las cárceles, en las comisarías, en la clandestinidad, queriendo pasar cuentas a los culpables. No, eso ya pasó a la historia, pero sí queremos que nuestras vidas sean parte de la historia de nuestra España; de esa España por la que muchos fueron al piquete de ejecución y otros han sufrido cárcel, exilio y clandestinidad en la lucha por la restauración de la democracia en los pueblos de España.

Queremos que esa juventud, de la que algunos dicen que no les importa nada —yo no estoy de acuerdo—, siga el camino de la reconciliación y la paz. Que nunca, nunca tenga que pasar los horrores de una guerra civil y las consecuencias que trae entre vencedores y vencidos. A esa juventud le pedimos el relevo en la lucha por la libertad y la democracia.

CÁRCEL DE MUJERES

Ventas, Segovia, Les Corts

LIBRO SEGUNDO

Se lo dedico a las madres encarceladas con sus hijos y a las que en estado de gestación parieron en las cárceles franquistas. Muchas de estas madres vieron morir a sus hijos por falta de asistencia y humanidad.

PRÓLOGO

Hace un tiempo Tomasa Cuevas nos ofreció el primer libro de su obra *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*. Hoy, cumpliendo lo que prometió, nos ofrece el segundo libro de la obra. Deseo que este sea recibido con el mismo interés con que lo fue el primero. Porque lo merece; porque es necesario.

Sí, hoy es necesario que se publiquen libros como los de Tomasa Cuevas. Porque las viejas generaciones no deben olvidar, ni las nuevas ignorar, unos hechos que es imprescindible tener presente para conocer en toda su realidad lo que fue el franquismo. Pero también para que nunca se olvide el ejemplo de tantas mujeres que militaron en los tiempos difíciles, gracias a cuya lucha y sacrificio hemos podido recuperar la democracia.

Tomasa Cuevas nos habla de estas mujeres. Mejor dicho: les da la palabra para que sean ellas mismas que nos cuenten su historia. Ella se limita a transcribir su relato. Y nos lo ofrece sin artificios literarios, con toda su crudeza y rudeza.

La escritora Teresa Pàmies abría con un excelente prólogo el primer volumen de esta obra. Lo he releído ahora. Resulta que las palabras que yo debería dedicar aquí a explicar y comentar la personalidad de la autora de esta obra, y al contenido del libro, han sido escritos ya por una escritora que ha vivido directamente e intensamente los años trágicos de nuestra historia. No quiero ser repetitivo. Por ello, recomiendo a los lectores que lean o, en su caso, releen aquel prólogo. Les será muy útil. Yo, aquí, solo debo insistir en la importancia que tiene este libro como contribución a la recuperación de la historia de unos tiempos difíciles y trágicos.

Conocí a la autora de este libro hace muchos años, en los tiempos de la más dura clandestinidad. Cuando cayó su compañero Miquel Núñez a fines de los cincuenta, y desde entonces he admirado su coraje y tenacidad. Su entrega total a un ideal. A Miquel empecé a conocerle a través de los papeles judiciales que, como defensor ante los consejos de guerra, llegaban a mis manos. En ellos se hablaba constantemente de Miquel Núñez, “en ignorado paradero”, según hacía constar la policía, y se referían a su incansable actividad clandestina. ¿No es hora, ya, que Miquel escriba y publique sus memorias? ¿No lo es, también, que lo hagan tantos hombres y mujeres que militando en los movimientos populares, en aquellos años difíciles, hicieron historia?

Hoy, nos corresponde dar las gracias a Tomasa Cuevas por la obra que nos ofrece ya completa. Yo lo hago con mi mayor afecto. Y le deseo que por muchos años pueda continuar trabajando al servicio de nuestro pueblo.

Josep BENET

INTRODUCCIÓN

Cárcel de mujeres: Ventas, Segovia, Les Corts es el relato verídico de las experiencias de unas mujeres en las cárceles franquistas; el testimonio de unas cuantas de las miles de presas que pasaron por ellas.

De todo lo que se refiere a biografía me hago responsable, no así de los relatos de algunas compañeras de cautiverio en las cárceles franquistas; de unas no he vuelto a saber de ellas y otras han muerto, pero en este libro va mi pensamiento para todos los que han pasado por las cárceles, por los siniestros conventos habilitados en penales, a todo lo largo y ancho de nuestra España.

Los testimonios que han sido recogidos en cinta magnetofónica y transcritos al libro son palabras de mis compañeras, de una pequeña parte de sus vidas —sus trágicas vidas— en manos del franquismo, en la clandestinidad, en comisarías y cárceles. No las he alterado. Sus voces quedan en las cintas para cualquier comprobación.

A todas ellas mi gratitud, así como a todas las personas que me han prestado ayuda para la grabación de estos testimonios vivos, y también las jóvenes Noli, Elena, Nuri y Josefa Camarena por transcribir las cintas poniendo toda su atención en ello. Gracias con todo cariño.

Salí de Segovia con las hermanas de Trinidad García Vidales. Era obligatorio al salir de la cárcel pasar por la policía. Yo pedí permiso para quedarme unos días en mi tierra y ver a mi madre y hermanos pero me lo negaron. Me dijeron que tenía que ir directamente a Barcelona, donde había escogido mi destierro, que allí pidiese permiso a la policía. El viaje hasta Barcelona era pagado por el Estado, desde allí yo me vería imposibilitada económicamente para hacer un viaje y ver a mi familia y así cumplir con un compromiso adquirido en la cárcel. Sin dar ninguna explicación a la policía hice el viaje con mis compañeras de Madrid. Estuve un par de días con ellas para visitar en Carabanchel a Trinidad, que estaba penado a muerte, e intenté también comunicar con Jesús Sanbernardino, marido de mi compañera Gloria Nolasco y gran amigo mío, que había sido detenido; no me fue posible. En cambio entré como una hermana más de Trinidad e incluso nos dejaron abrazarle por la reja de jueces, tuvo la suerte de ser conmutado. También visité a María Valés en la cárcel de Ventas y pasé mi petate para Elvira Albelda.

Los días que estuve en Madrid pensaba cómo podría ver a mi vieja y recoger a mi compañera: obligatoriamente tenía que pasar por la estación de Guadalajara y bajarme en ella, arriesgando las consecuencias.

Con mucha ilusión me recibieron en casa de mis hermanos; a mi madre le parecía mentira tenerme junto a ella. Mi hermano económicamente no se defendía muy bien, tenía dos hijos y a mi madre, eran cinco bocas a comer, el racionamiento que daban era muy escaso, y si no se tenía dinero para el estraperlo, era muy difícil comer decentemente en la casa de un obrero, que además no tenía un trabajo fijo; mi hermano tuvo que hacer estraperlo, no para vivir de él, sino para dar de comer a sus

hijos. Estuve muy contenta esos días con mi familia, pero todo no era bueno. Estaba muy preocupada porque unos días antes que yo, había salido una muchacha de la Juventud, que también iba a Barcelona, y no tenía donde ir: con diecinueve años, había estado cinco en la cárcel, su madre estaba enferma de tuberculosis en la enfermería de Ventas, donde murió. Al padre y a un hermano los habían fusilado y otro hermano había perdido una pierna en la guerra y vendía tabaco de estraperlo en la boca de un metro, para mantenerse. Tenía otra hermana más pequeña en un hospicio. Esta familia de luchadores, una más entre los muchos casos a lo largo y ancho de nuestra España, castigada por los vencedores. Los tres informes de la pequeña Bene, que así se llamaba, fueron para negarle la libertad, pero el telegrama había desaparecido, por el buen arte de nuestras compañeras de la oficina. La propusieron por la junta de la cárcel y así llegó su libertad, por la cual podía ir a cualquier lugar de España menos a Madrid. Dramas como estos no nos faltaban en las cárceles y en la calle.

Bene estaba también enferma. Los camaradas de Segovia me dijeron que, como yo era mayor, podía hacerme cargo de ella. El caso es que en Barcelona ni una ni otra teníamos familia ni donde caer nos muertas. Y le dije que al pasar por Guadalajara se bajara del tren; le di la dirección de mi familia y le dije que allí me esperara para continuar viaje las dos juntas. Al llegar a mi casa me encontré con que la chica no había pasado por allí; no sabía nada de ella y esto me preocupaba. Al fin me despedí de mi familia; mi madre tuvo la alegría de tenerme unos días junto a ella.

Pero ahora voy a dejar aquí el cómo me desenvolví en la calle para subsistir. Lo veía tan difícil que, a veces, pensaba que en la cárcel vivía mejor, estaba entre los míos; la calle me pareció una cárcel más grande, pero con recelo porque no conocías al que iba delante o detrás de ti. Pero de todo esto hablaré más tarde.

Ahora no puede pasar por alto la cárcel de Ventas, el hambre, miseria y muerte. A miles de mujeres las representan entre testimonios que vivieron las penalidades de esta cárcel y el deambular de un penal a otro, con los vagones precintados como si no fueran seres humanos. Aquí, queridos lectores os presento a mis compañeras, con ellas conviví con más o menos intensidad. Mujeres a las que es difícil olvidar a lo largo de los años.

Entre tantos nombres que flotan en mi memoria siempre me acuerdo de Ramona, bajita, regordeta; la llamábamos *Ramoneta* porque era catalana. De Primitiva Paniagua, joven, muy poquita cosa, excelente chica, era muy buena compañera. De las hermanas Díaz, Chon, la asturiana, Juanita Corzo, Teresa Marrón, Merche Gómez, Florinda Puntós, Gloria Cueto y tantas, que la lista se haría larga, muy larga...

Pero entre tantas, algunas, muy pocas, de estas mujeres de la cárcel de Ventas vamos a tenerlas en estas páginas con sus testimonios; y también alguna canción, de las muchas que se cantaron en Ventas y se extendieron por los penales:

Es la Pepa una Gachí
que está de moda en Madrid
y que *tié* predilección por los rojillos.
Cuando pasa esta mujer
desde Ventas a Porlier
a cualquiera se le arruga hasta el ombligo.

Pepa, Pepa. ¿Dónde vas con tanto brío?
Pepa, Pepa, te vas a meter en un lío
pues al paso que tú vas
dejarás Madrid vacío y nos vas a liquidar.

En la prisión de Ventas un año pensaron darnos corsé con el uniforme, pero eran de borra de color muy feo, y las presas sacamos esta canción en chunga:

Si usted quiere agradar a una dama
cómprele usted lana;
y si no que se vaya a las Ventas
que allí la regalan;
de colores que son elegantes
y que favorecen,
y además, a precios reducidos.
¡Qué negocio es este!
¡Qué negocio es este!

Pues cosa suave
la cárcel de Ventas
que no las tiene Madrid:
La Veneno y la Topete
y la madre Serafín.

Si usted quiere venir
y comprobar lo que canto,
traígase muchos pañuelos
para que pueda
enjugarse el llanto.

Canciones hechas en la prisión:

Anda buscando la policía,
anda buscando por *to* Madrid;
anda buscando a la buena gente
que honradamente se echa a dormir.

Y cuando duerme tranquilamente,
de madrugada suelen llamar;
siempre el sereno y la policía
a detenerte y a registrar.
Todo registran, todo revuelven
por ver si encuentran el material.
Y con palabras y malos modos
suelen llevarte a la social.

Allí donde Mario todo furioso,
una paliza te suele dar;
y luego dicen que son el orden
y por el orden y la moral.

En la Gobernación:

En la celda veinte de Gobernación,
que es lo más alegre y de mejor humor,
pues lo forma un trío lleno de alegría
en ella se ahuyenta el menor dolor.

Sus ratos de broma y alegres cantares,
solo se encaminan a hacer olvidar
a sus compañeros del mismo infortunio
que tengan paciencia y sepan esperar.

Número veinte,
tú me quitas la tristeza.
Número veinte,
tú de me das fortaleza.
Número veinte,
nunca te podré olvidar.
Pues en ella encierra
tantas emociones
que nunca se olvidarán.

Son nuestras mujeres un ramo de flores,
que están encerradas en Gobernación
yo les rindo honores desde el veintiuno,
y a ellas les ofrezco todo mi amor.

El día que salgan serán azucenas
que adornen las calles de todo Madrid,
porque todas son sumamente buenas
y llevan estampado el sello de aquí.

Número veinte...

Desde esta celda sin luz
este es el poema
que os ha dedicado
un camarada andaluz.

Gracias, queridas amigas, por vuestra aportación, al dar a conocer vuestros testimonios vivos, jamás lo hubiera hecho para solo dar a conocer el mío, uno de tantos entre miles.

Al recoger esta pequeña, muy pequeña parte de estos testimonios que de una manera u otra habían convivido conmigo en las cárceles franquistas surgieron otros muchos que no conocía, pero que eran compañeras que habían sufrido la represión, pasando por las comisarías y cárceles. Sus testimonios son de un gran valor, y de un interés histórico.

Por razones que ya explico al comenzar este segundo tomo, estos no han visto la luz como yo hubiera deseado, pero no quedarán archivados en una carpeta, cueste lo que cueste daré a conocer a estas mujeres, y como dice Teresa Pàmies, soy una alcarreña con tesón.

Algunas de estas compañeras ya fueron encarceladas en los primeros días de final de la guerra civil, otras de una forma u otra participaron en las guerrillas de Andalucía, Cuenca, Levante y Aragón. Algunas son reincidentes, al participar en la lucha clandestina, contra la dictadura franquista.

Yo pediría a las mujeres que han sufrido represión, que han pasado por las cárceles, que han luchado, que escriban o que hablen ante un magnetofón, pues sería de una gran aportación, una gran riqueza para los historiadores de nuestra España, saber lo que muchos desconocen. Los sufrimientos, el valor y el tesón que han aportado las mujeres españolas por la libertad y la democracia en nuestro pueblo.

Capítulo 1

LA CÁRCEL

Una gran camarada y compañera que nunca olvidé. La conocí en Ventas y salimos en la misma expedición a Segovia. A petición suya respeto su anonimato.

No me da su testimonio y pienso que tendrá sus razones. Su nombre no pasa por alto en varios testimonios. En la reclusión penal ha estado a la altura que políticamente le correspondía como comunista. Frente al enemigo se ha mostrado altiva, rebelde, con una dignidad impresionante. En ocasiones le ha costado sus castigos.

Yo, como otras muchas compañeras, sé lo que ha sufrido, cómo la torturaron en los calabozos de Gobernación, pero no quiere hablar de ello. En cambio, me da esta serie de datos tan valiosos como lo es ella misma.

No es distinta la cárcel para las mujeres que para los hombres. Sin embargo, las circunstancias que se presentaron al final de la guerra civil —con un encarcelamiento masivo por la más leve sospecha, por la denuncia más incontrolada, con una estancia prolongada, a veces prolongadísima, sin la menor posibilidad de defensa y en momentos de lógica desorganización en las diezmadas fuerzas que defendieron la República— llevaron a la situación que hemos vivido y en la que se deben resaltar algunos aspectos.

En primer lugar, en España no se hizo discriminación alguna cuando se detenía a una mujer y corría los mismos riesgos que los hombres de su familia que ya estaban detenidos, se habían exiliado o habían sido fusilados; por lo tanto, quedaban en las casas solo mujeres mayores y niños. Por consiguiente, la ayuda que se podía recibir era prácticamente nula. Por otra parte, la tragedia de los menores de tres años que acompañaban a sus madres aumentaba al máximo la dureza de la prisión: pasar hambres es duro, ver a los hijos hambrientos es definitivamente más duro. Aquellas mujeres agotadas, sin leche para criarlos, sin comida que darles, sin agua, sobre míseros petates, sin ropa, sin nada, sufrían doble cárcel. En el verano del 39, al empezar ese implacable calor de Madrid, enfermaban y morían más y más. Hasta ocho en una sola noche. Terminaba el clamor ronco y confuso de uno y empezaba otro. Además, pensar en los hijos abandonados en la calle era otro aspecto abrumador.

Quiero señalar el trabajo llevado a cabo en la enfermería de niños de Ventas, antes de la creación de la terrible cárcel de madres, que lo único que tenía de soportable era el nombre, *Prisión Maternal*, donde habían de estar no solo las madres sino los niños.

En Ventas, tras un largo período de abandono y miseria indescriptible, se hizo cargo de los niños una compañera del Partido Socialista, María, a quien se debe que hayan podido sobrevivir. Cuando la directora, Carmen Castro, le encargó esa misión, le dijo: “A una roja entrego los hijos de las rojas”; dichosamente, supo y pudo hacerlo. Creo que somos muchas las mujeres que podemos decir que gracias a eso muchos niños sobrevivieron. Las jóvenes y algunas veteranas luchadoras de organizaciones políticas y sindicales podían considerar su detención con una perspectiva más

amplia, pero las mujeres detenidas por no haber encontrado al marido, al hijo, por haber insultado a los fascistas, por haber gritado contra los aviones que bombardeaban, por haber sido de izquierda, por haber votado al Frente Popular, por haber lavado ropa para las milicias (quienes recibieron condenas de considerable duración), que habían sido golpeadas e injuriadas al ser detenidas, para todas estas mujeres el drama individual era un sufrimiento irracional e inesperado.

En la primera época, la misma diversidad trajo como consecuencia una especie de *personalización* de los problemas: se discutía minuciosamente la posible responsabilidad de cada cual, se consideraba que determinadas actividades no debían considerarse causa de condena; y quienes tenían tan estrecho punto de vista sufrieron una amarga decepción al comprobar que todo, absolutamente todo, era causa de condena, y de condena nada leve. Bastaba que cualquiera, una vecina, un compañero de trabajo, una viuda o un familiar de algún muerto por los *rojos* se presentase en una comisaría, un cuartelillo de la Guardia Civil o un centro de Falange, denunciando sin demasiadas precisiones las ideas o los hechos de cualquiera, para que la persona fuese detenida, maltratada y enviada a pudrirse a la cárcel. La suerte posterior dependía de la casualidad. Si el denunciante insistía, si los informes recogidos en la vecindad (siempre entre las personas de derechas) confirmaban no el hecho, sino las ideas, no sólo de la persona denunciada, sino de la familia en general, era seguro que se pasaba ante un consejo de guerra, formado por militares sin conocimientos legales; como mucho, con algún oscuro licenciado en leyes ejerciendo de defensor, a quien se veía por vez primera en la sala del consejo y cuya intervención era tan lamentable que a lo más que se podía aspirar era a no confundirlo, por sus palabras, con el fiscal. Vuelta a la cárcel y a esperar. La mayor parte de las veces la gente volvía sin saber lo que le habían pedido, ni la sentencia, y se dieron varios casos, cuando ya se habían separado a las penadas a muerte, que solo al ser llevadas a esa galería, comprendían las mujeres que la sentencia era de pena de muerte por fusilamiento (entre las mujeres ejecutadas en Madrid no conozco casos de garrote vil).

La prueba de la arbitrariedad y exceso de las condenas la da el hecho de que al iniciarse las revisiones de causa, todas las personas revisadas vieron disminuidas sus condenas. Claro que para las ya ejecutadas no hubo lugar a una nueva revisión.

Una estancia por problemas de guerra de cuatro a seis años se podía considerar normal. Claro que las condenadas a treinta y las conmutadas estuvieron mucho más, entre doce y dieciocho años. En cuanto a las detenidas por asuntos de posguerra, a los primeros expedientes se les denominaba de hechos continuados y tenían una diferencia: todas sabían que estaban implicadas en actividades clandestinas y que las sentencias, y sobre todo el trato recibido en Gobernación, era durísimo. La actitud mental era por consiguiente diferente: nadie esperaba justicia ni piedad, pero hubo algunos casos en que simplemente se habían limitado a actuar de estafetas, sin un conocimiento muy claro del contenido de las cartas que pasaban por sus manos, de condenas de veinte años e incluso de pena de muerte de quienes encabezaban los expedientes.

Otro aspecto doloroso que se fue acentuando a lo largo de los años era ver pasar la juventud, apenas vivida en muchos casos. Ir envejeciendo y saber de manera instintiva que una mujer desaparece cuando deja de ser deseable. Vi a una mujer llorar con amargura incontenible cuando, llevando diez años de cárcel y estando bastante

próxima la libertad, comprobó que la menopausia le había privado de su deseo y su esperanza de tener hijos.

No sirve de mucho pensar en la forma de realizarse la mujer como ser humano; para que tal planteamiento tenga un contenido real es preciso que la elección de su vida sea posible, que pueda escoger su papel y no que le sea impuesto de forma implacable.

Por lo demás, el hacinamiento, la falta de condiciones de habitabilidad, imposibilidad de un solo minuto de aislamiento, el hecho de carecer de todo estímulo de vida mental, de vida humana y no solo de una lucha tenaz por sobrevivir.

Hablar de la cárcel en términos generales es muy difícil: no hay una cárcel, sino muchas, tantas como personas han estado en ella. Varía mucho según el número de años, las condiciones de la prisión, la situación familiar, las perspectivas exteriores. La cárcel durante la guerra civil tenía siempre un fondo de esperanza en la victoria; durante la guerra mundial, una victoria de los aliados. Terminada la misma, la situación varía y la libertad no es concebible más que tras una profunda transformación de la propia España.

Ventas era un edificio nuevo e incluso alegre. Ladrillos rojos, paredes encaladas. Seis galerías de veinticinco celdas individuales, ventanas grandes (con rejas, desde luego), y en cada galería un amplio departamento con lavabos, duchas y váteres. Talleres, escuela, almacenes (en los sótanos), dos enfermerías y gran salón de actos transformado inmediatamente en capilla. En cada celda hubo según dicen, una cama, un pequeño armario, una mesa y una silla. En el 39 había once o doce mujeres en cada celda, absolutamente desnuda, los colchones o los jergones de cada una y nada más. Todo vestigio de la primitiva dedicación de las salas había desaparecido: se había transformado en un gigantesco almacén, un almacén de mujeres.

Faltaba el agua, la comida (imposible suministrar rancho dos veces al día, con unas instalaciones de cocina calculadas para un máximo de quinientas personas, a los muchos miles que se amontonaban allí), la asistencia sanitaria. No había más que dolor y hambre, sed y suciedad, enfermedades y humillaciones. Aquellas formaciones, para cantar obligatoriamente los tres himnos del Movimiento, con la mano derecha en saludo fascista.

Las reclusas no teníamos ningún derecho; ni siquiera a tener agua para lavarnos, comida, asistencia médica. No se podía soñar en que funcionasen escuelas o talleres; en que la enfermería no fuese igual que lo demás. Las embarazadas no tuvieron más asistencia que la de alguna compañera comadrona, a quien no se facilitaba en lo más mínimo su labor. Cuando se creó el departamento de menores, se separó a las madres y después a las condenadas a muerte; las condiciones de vida no mejoraron: solo se organizó mejor la vigilancia. Lentamente, el rancho se daba dos veces al día, no mejorando la calidad. Cuando las expediciones a los penales hicieron descender la cantidad de mujeres, se organizaron la escuela, el taller y la escuela-hogar, equivalente para las mujeres al Servicio Social, que en la calle era obligatorio. La cantidad de mujeres por celda descendió a cinco o seis; y siempre, como decía un popular cantar, “lujoso baldosín tenemos por colchón...”. Las camas solo existían en la ampliación de la galería donde se acumularon las ancianas, y en las enfermerías. La escuela, totalmente improvisada, y el taller —cuyo funcionamiento no conozco a fondo—, así como las clases en la galería del hogar, daban una especie de ritmo a la

vida, pero el fondo seguía siendo el hambre. Había agua, claro está que fría, en las duchas, y heroicamente muchas mujeres las utilizaban. La limpieza, trabajosamente obtenida, hizo desaparecer los ofensivos olores que caracterizaban a la cárcel en el 39 y el 40. Pero siempre brotaba un vago olor a muchedumbre no demasiado bien lavada, a rancho frío y a desinfectante.

No tuvimos estímulos de tipo intelectual en todo el tiempo que duró la reclusión. No había libros en Ventas. La biblioteca de la prisión había sufrido el ataque de las sucesoras de Torquemada. Entre los libros quemados estaban los *Episodios Nacionales*. No hace falta más comentario. Por otra parte, no había sitio para tener libros en el hacinamiento de la cárcel, ni sitio donde organizar el trabajo de labores para la calle con modestos resultados, y se centró el máximo esfuerzo, aquí sí se puede hablar de éxito, en la capacitación política y la organización.

Quiero rendir un homenaje a la oficina de penadas que funcionó en la galería de condenadas a muerte de Ventas (primera galería derecha), donde Matilde Landa, condenada a muerte, de una abnegación ejemplar, luchó con un grupo de valiosas compañeras por ayudar, con los pocos elementos que la ley militar le concedía, a salvar a las penadas, ciento ochenta y nueve mujeres en algunos momentos, que se alojaban en la *galería de la muerte*. Esto fue lo positivo, y al núcleo de mujeres comunistas, todas jóvenes, que en la galería tercera izquierda, en la famosa celda ocho, lucharon por la reorganización de las comunistas y simpatizantes. No puedo hablar con igual autoridad de las organizaciones socialistas y anarquistas y no quiero que este silencio se interprete como una afirmación de inexistencia, pero carezco de detalles.

Después se planteó el problema del pacto germano-soviético. Más discusiones y problemas, faltos casi por completo de contacto con los primeros intentos de organización en la calle. La guerra mundial vino, por paradójico que pueda parecer, a ayudar a la organización. Al mismo tiempo se consiguió recibir material de estudio y propaganda y los partes de guerra. Esto dio un contenido mucho más pleno a las mujeres en general y creó una estrecha conexión entre ellas y la organización. Hubo una gran solidaridad a medida que se iba recibiendo comida de la calle. Seguía habiendo mucha hambre, muchísima, pero al menos podía esperarse de vez en cuando algo más que el rancho.

En la cárcel, antes de ser juzgadas, antes también de pasar por la experiencia de los penales, el contacto con el exterior, el material político y de información de la guerra mundial que se recibía con la regularidad, la conciencia de que a despecho de todo el descontento seguía movilizándose a gente en la calle y el verdadero prodigio de organización que la abnegación de las mujeres logró constituir, mantenían un tono de lucha, de combate indomable; y a despecho de las deserciones, que las hubo, de los personalismos y de las ambiciones, que abundaron, se puede considerar que hubo un sentido de lucha, de formación inapreciable.

Los penales adonde se enviaba a las mujeres ya juzgadas tenían unas condiciones infinitamente peores: Saturrarán, Amorebieta, Tarragona, Málaga, Palma, Canarias; lejos de las familias, sin contacto con las organizaciones locales. La vida fue infinitamente dura, aunque se han de resaltar los intentos generosos de los pescadores de Saturrarán por ayudar, gracias al único capellán que fue eso, un capellán y no un funcionario más para las vejaciones, como casi todos los demás (a lo sumo se llegaba a

un total aislamiento por parte de los curas, llegándose en Ocaña y en Amorebieta a ser unos verdaderos verdugos, o como en Segovia a ser un sutil y hábil enemigo). El de Saturrarán, don José María, era vasco y dejó un recuerdo de bondad e interés, aunque poco pudiese hacer. Al menos salvó ante nuestros ojos la imagen del cura vasco.

La asistencia médica estaba ausente hasta el punto de que solo en el 43 se nombró un ginecólogo en Ventas. Hasta entonces los médicos eran, quién sabe por qué ironía, dentistas en ejercicio. ¡Pero no había la menor posibilidad de que ejerciesen su profesión! La asistencia que se pudo prestar en Ventas se debió a una dentista presa. En el 39 estaba en Ventas el dentista de turno, Delfín Camporredondo, de pésimo recuerdo. Después nombraron a un cirujano, urólogo en la calle, M. Piñeiro. No era lo más adecuado, pero al menos, dentro de la brusquedad y aspereza del trabajo (que tenía también con los enfermos de la calle), era un médico, no meramente un funcionario, y pudo operar algunos casos graves con vario resultado; no por desinterés, sino por lo grave de los mismos, y la falta de condiciones, cuidados, alimentación y demás.

Entre todos resalta una persona excepcional: don Juan del Cañizo, médico de Segovia, cuyo nombre es una honra para los médicos en general y cuya abnegación, interés y bondad lo convierten en figura inolvidable. Ya creado el hospital penitenciario en Ventas, se portó de forma humanísima el tisiólogo doctor Castrillón.

Las condenadas a muerte

Solo ellas mismas, las que sobrevivieron, tienen derecho a hablar de esto. Las demás únicamente podemos hacerlo desde fuera, tras la barrera invisible e insalvable que las separaba de nosotras. Al principio estaban entre las demás, como un poco arropadas por ellas. Después de fusilar a las menores —y antes a las hermanas Guerra y otras— las pusieron en una galería aparte.

Las menores

Su sepultura está en el cementerio de la Almudena. Una lápida dice solo: “Las Trece Rosas”. Ingresaron en la cárcel en mayo; en la comisaría dejaban a los muchachos del expediente. Venían transidas de ver y sufrir las torturas, de oírse acusar por Roberto Conesa —jefe hoy de un grupo de la Político Social, antiguo miembro de la JSU—, de haber organizado el asesinato de Franco el día del Desfile de la Victoria, 18 de mayo del 39. Todas las muchachas aseguraron que la propuesta de Conesa, acogida con entusiasmo por aquel puñado de valientes, había sido la organización de grupos del SRI para ayuda de los presos.

Fue una gran redada; incluso militantes de las JSU, detenidos ya, fueron encartados en el asunto. Cuatro jóvenes: Carmen, Maruja, Cristina y Conchita, detenidas en Ventas con anterioridad (incluso una de ellas, detenida cuando la Junta de Casado, no había sido puesta en libertad y recibió estando presa la terrible impresión de la entrada de los fascistas en Madrid), las cuatro fueron llevadas a diligencias y tres de ellas volvieron con el pelo cortado al cero. Recuerdo muy bien la cabecita rubia de Carmen, tan mona, que parecía un chiquillo travieso.

El 1 de agosto fueron llevadas las trece a consejo; duró dos días y en él se juzgó a los muchachos también: pena de muerte, petición general. El día 4 hubo una redacción febril de instancias que fueron entregadas (no había medio legal de sacarlas) al capellán, un viejo cura. La directora, Carmen Castro, teresiana por cierto, que había trabajado durante toda la guerra en un hospital, llamó al viejo capellán y le obligó a entregarle las pobres instancias. Quedaron sobre su mesa, jamás las cursó.

La noche del 5 de agosto fueron llamadas. Estaban diseminadas por toda la prisión; alguna, como Joaquina, con sus dos hermanas; tres en el departamento de menores; otras en pasillos, sótanos y galerías. Una era muy popular porque actuaba de cartero, voceando las cartas y luchando animosamente por localizar a las mujeres. Aquella noche todo el mundo se fue acostando en los míseros petates. Anita, una de las condenadas, siguió cosiendo con algunas compañeras a su lado. Dijo que quería esperar porque no deseaba que la encontrasen dormida. Hasta entonces las sacas se habían producido después del último recuento y antes de las once de la noche. Siguió con su labor, un portalibros en tela de saco bordado con lanas de alegres colores. A las doce y media (sobre la larga mesa que había en el departamento y que era, con los bancos, el único mueble) estaba el reloj de una de las maestras, Flora. Miró la hora y decidió acostarse diciendo: "Creo que esta noche me puedo acostar". Asentimos. Apenas acostadas, a la mala y escasa luz vimos abrirse lentamente la puerta. La funcionaria (muy joven por cierto, hija de funcionaria a su vez, dejó el servicio a continuación), envuelta en su capa azul marino apareció en el umbral; se la veía, se la adivinaba más bien, lívida.

Hubo un alocado levantarse agrupándonos en torno de las tres muchachas: Martina, con su hermoso pelo rizado y la tez tan descolorida que las pecas se le destacaban como manchas; Victoria, con solo dos lágrimas que le caían lentamente por las mejillas, diciendo muy bajo: "Primero Goyito —su hermano fusilado desde la misma comisaría—, ahora yo. ¡Mi pobre madre!". Anita, rubia y guapísima, alta, con la cara más blanca que nunca. Se vistieron ayudadas por las demás; nuestras manos temblaban mucho más que las suyas. Anita, al terminar, nos preguntó con voz serena, un poco baja: "¿Llevo las medias derechas?". Le dijimos que sí, pero ¿quién las miró? Las abrazamos una y otra vez. ¡Qué horrible mezcla de gritos y silencio! Todo parecía muerto.

En Menores había además el choque de muchas chicas que, en situación peligrosa, se habían sentido protegidas por su minoría de edad. Ya ni eso valía. Ya no había defensa.

Consiguieron organizar la oficina de las penadas. Estaba en la celda de Matilde, única en la que había sitio, ya que estaba sola. La primera galería derecha.

En ella hubo centenares de mujeres, a veces casi doscientas al mismo tiempo. La estancia era larga, se tomaban su tiempo para matarlas y para conmutarlas.

Un caso de una mujer socialista, Teodora Gañas, fue de particular duración: dos años. Pero además, la estancia en la galería era de una tensión que multiplicaba el tiempo. Los días, y sobre todo las noches, eran infinitos.

La requisa de la noche, suprimida espontáneamente por algunas funcionarias que comprendían lo que significaba oír abrirse la cancela durante la noche, era implacablemente realizada por otras. Entraban ruidosamente, pisaban fuerte, abrían lenta-

mente cada una de las celdas paseando despacio sus linternas por cada rostro; aquellos rostros tensos, donde los ojos abiertos de par en par revelaban odio, temor, desprecio. Muchas mujeres se quedaban en el departamento de los lavabos, al final de la galería, por no poder soportar el verse vigiladas echadas sobre el petate; se sentían así menos indefensas. Las muchachas que con esta mujer excepcional trabajaban en la redacción de instancias, petición de avales y gestiones de todo tipo no eran penadas; fueron un grupo, parte, si no todas, de la celda ocho de la tercera galería izquierda, que llevaban algo de vida, de juventud, a las penadas. ¡Cuánto trabajaron! A veces las peticiones de informes venían convertidas en nuevas y venenosas acusaciones. Las que fueron saliendo a la muerte abrazaban siempre al salir a Matilde, a quien llamaban, con motivo, *la madre de las penadas*. Un 15 de marzo decidieron regalarle un ramo de flores. Era Santa Matilde, pero se daba el caso de que ella no había sido bautizada; las flores, encargadas a las familias, le fueron entregadas. Y ella, separando unas pocas que colocó sobre uno de los platos de aluminio de reglamento, hizo enviar las restantes a la sepultura de las trece menores. Al preguntarle más tarde por qué no había pedido que esperasen hasta su cumpleaños, 24 de junio, su respuesta fue: “Porque para entonces muchas ya no estarán vivas”.

Cuando ella fue conmutada, a los casi siete meses de su condena, y a pesar de su petición, sacada de la galería, siguió con las muchachas, trabajando por ellas. Dijo una vez que era como morir cada vez que atravesaba la cancela, lo más tarde posible cada noche.

Las conmutaciones fueron disminuyendo el número de penadas y en el 42 estas estaban de nuevo entre las mujeres. De la tercera derecha salieron entre enero y febrero del 43 las tres últimas, madre e hija, que fueron fusiladas.

El número de condenas a muerte fue aumentando de nuevo: consejos de guerra anulados y vueltos a celebrar con repetición de las condenas (Lolita Botey, Pilar, Natacha) y se iniciaron las condenas de posguerra (Paquita y Gertrudis del expediente de Albacete; Manolita, Upe, Maruja, Chelo del de Madrid-San Sebastián). Por entonces se había organizado ya el nuevo encierro de las penadas: el sótano de penadas, oscuro, triste. Una ventana daba a un patio por donde se iba a comunicar, y al economato. Enmarcadas por la ventana, pequeña, se veían apiladas sus caras pálidas pero siempre sonrientes, al menos intentando sonreír. Una voz alegre y fuerte nos llamaba; siempre éramos nosotras las que teníamos una voz algo angustiada. Un día, otro más.

¡Qué fiesta si llegaba una conmutación! Pero la fiesta solo era para nosotras. Las conmutadas se separaban con un desgarramiento de quienes quedaban dentro, las todavía condenadas, que las miraban marchar sintiéndose cada vez más solas.

Las mujeres que habían estado en la primitiva galería de la muerte salían al economato o al lavadero; por cierto, que por un acuerdo tácito de todas las demás no esperaban turno, pasaban las primeras; y había algo en su palidez, aquel color de noches de insomnio, que hizo que jamás nadie, ni las recién venidas, dudasen de su derecho. Como una mujer dijo al comentarlo: “Te daban frío, era como si ya estuviesen muertas”. Las del sótano apenas salían, pero cuando la voz se corría, “están en comunicaciones”, las mujeres corrían para aproximarse y hacerles sentir por un momento que estábamos con ellas.

Creo que el sótano de penadas tuvo su día de gloria, la compensación de tantas amarguras, cuando la evasión de las dos penadas; una desde allí mismo, la otra todavía en su galería segunda derecha. Quienes intervinieron activamente nos vengaron a todas de la pena, impotentes, con que habíamos mirado la pequeña ventana del sótano de penadas.

La conmutación de la abuela Brígida

Bajita, gruesa, con pelo blanco peinado en un pequeño moño. Activa, alegre. Condenada a muerte con su hijo mayor. Tenían un pequeño negocio de venta de pollos en un mercado de Madrid. Viuda y con dos o tres hijos más muy jóvenes.

Una mañana llamaron a una compañera a comunicar. Eran los hijos de Brígida. El hermano había sido fusilado esa madrugada y la madre conmutada. No sabían cómo decírselo. Llamaron a la mujer al despacho a firmar la conmutación de la pena y a renglón seguido a comunicar con los hijos. Les gritaba alegre: "Cuando vayáis a Porlier ya habrá firmado". Callaron. La mujer entró en la galería de la muerte llorando de emoción, gritando, abrazándose a sus compañeras. Poco a poco se dio cuenta de la angustia con que la miraban. Se negaba a comprender. Poco a poco se le dijo. ¡Qué hundimiento! Pensaba, no sin cierto fundamento, que su expediente, como otros, era de aquellos en que se imponía una ejecución, fuese de quien fuese, y que su vida había costado la de su hijo.

La abuela Canuta

Era de un pueblo próximo a Madrid. Detenida y condenada por no haber podido atrapar a su hijo, luchador de siempre; él había logrado pasar a Francia con nuestro ejército. Tenía más de sesenta años, bajita, de pelo ya canoso, con la cara curtida aunque ya algo pálida por el encierro. Pañuelo en la cabeza, sayas, blusa y varios refajos.

Aquella noche, cuando me escapé, como cada noche, pasé a despedirme de la amiga a quien llamaban *la madre de las penadas*, Matilde Landa; la encontré con la cara tensa, aún más pálida, los rasgos tensos y los ojos con una expresión contenida de tristeza. Supe que había *saca*.

Las compañeras que trabajan en la oficina de la prisión se las arreglaban para avisarlas. Solo pregunté: "¿Quién?". Con la barbilla me señaló a la abuela: dormía en la celda que estaba enfrente. En aquel momento, con el petate ya extendido, la mujer se iba despojando de sus ropas. La miramos aterradas. ¿Qué iba a pasar cuando se la llevaran? La mujer volvió la cabeza y yo sonreí, me figuro que con una sonrisa torpe. "Qué, hija, ¿a despedirte de las penadas?". "Sí, abuela, a darles las buenas noches". "Hasta mañana, hija". "Hasta mañana".

Pasé la noche en blanco; a mi lado, en el petate inmediato, una chiquilla con su madre condenada a muerte —el padre había sido fusilado ya— estaba, como siempre, con los ojos abiertos y el cuerpo en tensión. El silencio de las noches tristes se fue extendiendo. Era un silencio espeso, duro, único, un silencio audible lleno de odio, de miedo, de impotencia. Ni un grito de rebeldía. Nada.

A la mañana volé a la galería: la mujer había estado tan serena, tan firme, que no hubo ni un grito. Se vistió lenta y segura. La funcionaria, nerviosa ante el silencio y los ojos llenos de expresión de las mujeres, quiso meterle prisa: la respuesta, tan clara, como cargada de desprecio, fue: "Espere. ¿No ve que me estoy amortajando en vida?"

Se despidió de todas y ya desde la puerta de la galería se volvió para decir: “Y para eso le he rezado tanto a san Antonio; ya no le rezo más”.

Matilde Rebaque

La conocí en Gobernación, jefa del Servicio del Cuerpo de Prisiones, funcionaria muy competente, hizo cumplir el reglamento sin permitir diferencias a favor de los *peces gordos* bien emparentadas y relacionadas. Fue justa con todo el mundo, oí hablar muy bien de ella a reclusas comunes que comprendían sus esfuerzos por hacer de las cárceles algo más que un depósito de mujeres. Era castellana, socialista, de estatura media, con una cara morena, pelo largo y negro peinado muy pegado a la cara, con una personalidad muy acusada. Su dignidad me impresionó desde el principio, su claro concepto de su deber de funcionaria, su comprensión de los problemas que una cárcel de mujeres plantea. Contribuyó, con otras funcionarias también detenidas al terminar la guerra, a intentar canalizar el caos de la prisión para lograr que las mujeres pudieran sobrevivir; luchó por conseguir cuanto pudo. Jamás, que yo sepa, pidió un favor a las nuevas funcionarias. Se mantuvo con valor y serenidad. Juzgada y condenada a muerte por su comportamiento como funcionaria, fue fusilada en la primavera del cuarenta. A la que la sacó, Victoria Úbeda, le dijo tomando entre sus dedos el emblema del cuerpo de prisiones que llevaba: “No olvides, Victoria, que muero por haber llevado esto con dignidad”.

Isabel Huelgas

En un recodo de una galería, entre la escuela (atestada de mujeres) y la entrada de la tercera galería derecha, una cama, camastro más bien, desvencijado. En él una mujer mayor, enflaquecida, febril. Antigua funcionaria de la cárcel de mujeres, condenada a muerte. Tan enferma que esperábamos, con un poco de suerte, que muriese antes de la hora de la ejecución. Durante la guerra había perdido a su marido, médico, y a sus dos hijas por la tuberculosis. A los hijos, luchadores en el frente, Antonio y Joaquín, los suponía detenidos.

A las cinco de aquel día de primavera la llamaron a la oficina. Una antigua reclusa, Pilar Millán Astray, venía para decirle que los dos muchachos habían sido fusilados. Al subir a su sitio, ayudada porque estaba casi inútil, venía muerta. La sacaron a la noche.

Al año y medio, una camarada que había conseguido marcharse a Salamanca aprovechó la estancia en la fonda donde trabajaba, de un señor que había estado preso, para entregarle un paquete. La mujer y la hija lo llevaron a la cárcel de las Comendadoras. La etiqueta decía: “Antonio y Joaquín, Madrid”. Consiguieron la comunicación (era una cárcel bastante desorganizada). Salieron dos jóvenes, vestidos con unas ropas que se veía no era suyas. Dieron las gracias y preguntaron si alguna de las dos mujeres había estado presa en Ventas. Sí, la hija. ¿Había conocido a su madre? Pero se les dijo la verdad: que su madre había ido a la muerte sin ilusión por vivir; era su dolor por ellos tan grande que nada podía dolerle ya.

La gitana

Formaban parte de un mismo expediente anarquista ella y una mujer, que ingresó embarazada —y a eso debió su vida— y los maridos, fusilados ambos. La pobre gitana tenía consigo a un niño.

La criatura enfermó y murió: aquella tarde estaba la mujer al lado del cuerpecillo como muerta también. Por la noche llegó la orden de ejecución. Se pidió, y se consiguió, que la dejaran vivir aquella noche. ¡Solo una noche más al lado del cuerpo del hijo muerto! Cuando vinieron a buscarla, veinticuatro horas más tarde, iba como muerta, arrastrada, empujada, sin voluntad, sin vida ya.

María del Rey

Era una compañera socialista, joven, decidida, alta. Madrileña, creo. En la polémica de si era mejor morir de propio intento o ser fusilada, ella, como otras muchas, prefería no darles la alegría de matarla. Tenía preparada, en su celda, la *salida* para el momento de ser llamada. Solo dormía en la galería de penadas; el resto del tiempo estaba arriba, en su antigua galería, y aguardaba.

La llamaron cuando entraba en la galería de penadas. Pidió permiso para ir a su celda a cambiarse de ropa y despedirse de sus compañeras. No. Insistió, rogó. La respuesta fue inflexible.

Se vio en una trampa. Reaccionó de forma magnífica. Mantuvo un valor y una serenidad asombrosa y sostuvo el ánimo de sus compañeros de ejecución en el trayecto, tan breve y tan largo a la vez, que hicieron juntos.

La mujer asturiana

No llegué a verla. No supe su nombre. Sabemos solo que ingresó una tarde, bastante tarde, en el segundo sótano izquierda. Venía de las Salesas ya juzgada y condenada a muerte.

Era joven, asturiana. Casi la pienso como un símbolo: una joven —sin rostro— condenada a muerte. A la noche la llamaron. Nadie entendió el nombre, pero ella sí. Avanzó sola, terriblemente sola. Nadie pensó que iba a la muerte, pero ella lo sabía y salió andando despacio pero sin vacilar.

Una penada común

Estaba condenada a muerte desde antes de la guerra. La pasó en la cárcel con las fascistas considerando que ya no la ejecutarían. Seguía en la cárcel al terminar y pasó a la galería de penadas. Su relación con las funcionarias, muchas de ellas compañeras de reclusión durante los treinta y dos meses de la guerra, le daba un sentido muy particular. A veces la llamaban al despacho para hablar; suponemos que también para permitirle algún cigarrillo, que era una de las muchas prohibiciones arcaicas que tenía el reglamento de la cárcel. Nunca supimos que hubiese tratado de perjudicar al resto de mujeres. No era demasiado inteligente y suponemos que las funcionarias no consideraron que podía actuar en el ambiente de gran vigilancia que reinaba entre las políticas.

Cuando llegó la orden de ejecución, las funcionarias la llamaron a media tarde, poco más de las seis, quizá les era penoso hacerlo con el sombrío aparato empleado para las demás. No lo sabemos. Ella acudió sin desconfianza. Al llegar a la cancela

del rastrillo debió notar algo, acaso la actitud de la funcionaria, acaso ese cierto aumento de tensión en las mujeres, cacheadoras y ordenanzas reclusas que estaban en el rastrillo. Nunca supimos qué. De pronto se agarró a los barrotes de la cancela y se oyó un grito, luego otro y otro. Se entendía únicamente ¡no, no...! Trataron de arrancarla de los barrotes de la cancela y se oyó un grito convertido en aullido; algo inhumano. Duró poco, pero parecía seguir en el aire mucho después, cuando ya la puerta de hierro ahogaba todo ruido. Solo recordé este sonido único, lancinante, desgarrador; mucho más tarde, al oír a un perro medio asfixiado por la soga de los laceiros, arrastrado al camión. Nadie puede ser arrastrado a la muerte como una bestia, ni siquiera un animal.

La abuela Apolinaria

Campequina, castellana, morena, fea, de pelo muy rizado, con el cuerpo menudo deformado por los partos y el trabajo. Alegre, graciosa, buena.

Conmutada a treinta años, murió en la cárcel-hospital de Ventas de un cáncer primario de hígado: no se pudo lograr su libertad al cumplir los setenta años, a despecho de los informes médicos.

Juzgada y condenada por haber ayudado a uno de sus hijos, huido al monte. El muchacho fue detenido después de la madre, bastante más tarde, y ejecutado.

En una visita del director general de Prisiones a Amorebieta, al preguntarle por qué había sido condenada, la mujer respondió: "Por ayudar a un hijo". La respuesta del director: "¿Y usted no sabe que ayudar a un hijo huido es un delito muy grave?".

La abuela Saturia

Aún era joven, más cerca de los cincuenta y cinco que de los sesenta. Era la mandante de la galería tercera izquierda. De una gran decisión y un magnífico carácter, respetada incluso por las funcionarias y muy querida por las mujeres. Condenada a veinte años por su labor en el pueblo, cooperativas, etc. durante la guerra. Era de un pueblo cercano, relativamente, a Madrid. Su marido había muerto de una pulmonía, sin juzgar aún, en la cárcel de cabeza de partido donde también su hijo mayor, que entonces estaba en Porlier. La mujer murió de un cáncer de mama, operada en la cárcel, tras muchos sufrimientos, en vísperas de su libertad.

En el 43 ó 44 se recibió un oficio y una llamada telefónica para que fuese conducida a Porlier, donde su hijo se estaba muriendo de una pulmonía. La llamada fue apremiante ya que se esperaba muriese el muchacho de un momento a otro.

La dirección de Ventas decidió que fuese conducida a la cárcel acompañada por la funcionaria más indeseable y desastrada, que siempre se ocupaba de acompañar a las reclusas que habían salido a alguna cosa (visitas al dispensario antituberculoso, al médico otorrino doctor Balsalobre y creo que nada más). La tal funcionaria, llamada archijustificadamente *la Veneno*, se podía tener la seguridad de que insultaría y vejearía a las mujeres en cada uno de los minutos que "disfrutasen" de su compañía. La hora de la salida, esperada con ansia por la pobre madre y por la reclusión en general, era a las tres de la tarde. A las tres y media no había aparecido la funcionaria; a las cuatro llamaron de Porlier para decir que se dieran mucha prisa, que el muchacho

moría clamando a su madre. A las cinco, desgrenaada y bebida, cosas ambas habituales en ella, apareció la Veneno. En aquel momento llamaron de nuevo de Porlier para avisar de que el hijo acababa de morir. La madre renunció a verlo muerto diciéndonos más tarde que no podía soportar ver el cadáver de su hijo en aquella compañía. No hubo sanción ni cosa parecida para la funcionaria.

Las Castiello

Asturianas, nacidas en un caserío próximo a la Venta de las Ranas, entre Gijón y Villaviciosa. El padre fue asesinado antes de las elecciones del 36 por un pistolero de los que trabajaban para las derechas. El hijo mayor, muerto en el frente durante la guerra; el pequeño huido al terminar esta. Una de las hijas vivía y trabajaba en Gijón, la otra en el campo con la madre. Caseros medios, buena casa, vacas y tierras; conocidas las ideas de los hombres y sus simpatías por la República, miradas con desconfianza por los fascistas y con miedo por los demás.

Ayudaron y ocultaron al hijo, construyeron cuidadosos refugios en las inmediaciones de la casa y empezaron la lucha. Registros incesantes, palizas, preguntas, llamadas a la comisaría, al cuartel de la Guardia Civil. El silencio de las dos mujeres fue total, nada sabían del huido, nada sabían de nadie. Entretanto ya no estaba escondido solo el hijo; había más. Seguían las sospechas, las palizas y los registros: siempre nada. En un momento determinado, mientras golpeaban a la madre, ella pensaba angustiada: "Si caigo hacia delante descubro la entrada del refugio"; logró caer de costado. Dentro, en la oscuridad, el hijo y otro hombre oían caer los vergajazos sobre la madre. Siguieron así meses y meses. Un día sacaron a la madre y a la hija, se llevaron el ganado, cerraron la casa y las condujeron a la Venta de las Ranas, lugar habitual de torturas y muerte, que había sido antes de la guerra un alegre y concurrido merendero; las encerraron por separado. Durante la noche veía de vez en cuando que se abría la puerta y los moros de guardia la miraban atentamente; y, cosa rara y que la atemorizó, más que nada, con compasión. A la mañana siguiente las sacaron al frente de la casa: el jefe del grupo, con una pistola en la mano, les dijo: "¡Solo ha gastado la bala con que se mató!". La madre juntó las manos y gritó: "¡Gracias a Dios no le habéis cogido vivo!". La hija contaba que cerró los ojos pensando: "Ahora mismo, delante de mí, la matan".

Efectivamente, el muchacho había llegado a la venta y a cierta distancia se había pegado un tiro en la cabeza.

La madre fue autorizada a irse a la casa. La hija se quedó para hacerse cargo del cadáver. El cura propuso que al ser suicida se le enterrase en el camino. La respuesta de la muchacha fue firme: "Para que lo pisen todos, lo pisamos nosotros; lo enterraré en casa". Le fue difícil encontrar un carro de bueyes para llevárselo. Lo logró al fin y cruzó sola todo el pueblo tras el carro donde iba el hermano muerto. Las cortinas de las casitas se movían con cuidado. Nadie salió a acompañarla ni a ayudarla. En la casa le enterraron en un prado con la ayuda de un excelente vecino, único que se acercó.

Al cabo de poco tiempo la madre pensó que era una pena que los refugios, nunca descubiertos, estuviesen vacíos con tanto huido como había en el monte. Y la cosa volvió a empezar, sin que la vigilancia cayese sobre ellas como antes.

Cuando las detuvieron estaba en la casa la hija mayor, enferma de un tumor blanco. Las llevaron a un horrendo campo de concentración en La Coruña, se puso la casa en venta y el comprador, alcalde del pueblo y uno de sus más implacables perseguidores, cayó muerto de un disparo sobre la tierra que creía suya. Las llevaron a Oviedo, las condenaron a treinta años y pasaron por todo lo que Amorebieta y Segovia significaban. Siempre en silencio, siempre dignas, siempre firmes. Tres mujeres que son la honra de las mujeres de todo el mundo, de lo mejor que pueda desearse, tres asturianas de cuerpo entero.

Cuando desde el exterior se ha hablado de guerrillas, de los huidos, de todas esas cosas, son estas, entre otras, las personas en quienes se debe pensar. No en lo que significan políticamente, sino en lo que significan humanamente, en la cantidad de valor, abnegación y sentido de la responsabilidad que representan; y eso en mujeres no incorporadas a la lucha organizada, pero que supieron demostrar que toda forma de lucha crea conciencia de clase y permite una incorporación y una integración a niveles muy amplios de sectores hasta entonces al margen. Hoy, que existen una legalidad y expresión libre, ¿puede saberse dónde estarán estas mujeres? Mucho me temo que la abuela no lo vea ya, pero ¿qué recuerdo nos dejó esa abuela Encarna, menudita, arrugadita, con un color de manzana y sus ojos claros!

Pola

Campesina de la zona montañosa entre Toledo y Ciudad Real. Elemental instrucción; en el pueblo, pequeñísimo, no había escuela. Estuvo con unos familiares en otro próximo donde aprendió a leer y escribir, a bordar y poco más. Solo una vez, ya en la República, vino con otras personas, sus hermanos y otros, a Madrid; era el momento de la Reforma Agraria y querían apoyar sus reivindicaciones. Nunca volvió a ir. Nunca fue a ningún otro sitio; se casó en el pueblo y tuvo un hijo.

Pasó la guerra, los hombres lucharon por la República. Llegó el fin de la misma y aparecieron grupos de hombres en la sierra. Les ayudaron. Pronto estaban en la cárcel la mayoría de los hombres del pueblo y varias mujeres, entre ellas Pola. La condenaron a treinta años y con su hijito fue enviada a Palma de Mallorca. ¿Puede imaginarse el viaje, las penalidades y el miedo de aquella mujer? No conocía a las demás presas, ninguna era de su pueblo. Luego Palma: hambre, hambre, hambre, y siempre miedo por su hijo, por ella, por todo. Jamás dijo a nadie por qué estaba condenada. Llegó a Ventas, enferma y angustiada. Al niño, al cumplir los tres años lo había enviado solo, confiado a la voluntad de las gentes del barco y del tren, para que fuese llevado con algún familiar. No recibía ayuda familiar de ningún tipo. De cuando en cuando, noticias del niño. El marido estaba en el Dueso. Seguía con recelo y desconfianza cuanto veía. Observaba, pensaba. Hablaba muy poco. Era joven, morena, con una graciosa carilla redonda y, poco a poco, recuperó su buen color de campesina. Conseguimos llegar a ella, hacerle sentir confianza, hablar de sus actividades. Ingresó en el Partido y, tiempo después, en 1951, era responsable de una célula.

Es un ejemplo típico de lo que cuesta llegar a despertar la confianza de una persona que se ha visto arrastrada lejos de todo su mundo, y del espléndido resultado que se consigue. De la recia razón de su lucha, de su rebeldía, de su inquietud. Nos enseñó mucho.

Anastasia

Madrileña, delgada, pelo gris y rizado, con una boca desdentada. No sabía leer ni escribir. Casada con un torero fracasado y bebedor. Seis hijos. Al terminar la guerra el pequeño tenía once meses. Detención del matrimonio dejando a los hijos totalmente abandonados en un Madrid enloquecido y aterrorizado donde las detenciones se contaban por millares, las checas y comisarías por docenas y donde localizar a una persona era labor difícil. Cualquiera era sospechoso, todo el mundo era rojo en tanto no presentase pruebas de ser un fascista desde mucho tiempo atrás.

Fueron condenados a muerte y el hombre fusilado. Ella, con su conmutación a treinta años, salió para Saturrarán. Desde Ventas se había intentado localizar a los hijos. Los vecinos sabían únicamente que alguien, suponían que Auxilio Social, se los había llevado. Desde Saturrarán siguió las gestiones. Silencio. En ningún sitio, hospicio, asilo, aparecieron los niños. El capellán de Saturrarán, don José María, cura vasco y bueno, se dedicó a buscarlos. Le llevó tiempo y esfuerzo. Los niños, con otros apellidos, habían sido ingresados en un hospicio de provincia, creo que en Ciudad Real. Los mayores habían ido alcanzando la edad de salir y estaban trabajando; las chicas sirviendo; el pequeño, con once años ya, seguía en el asilo.

Cuando inició la correspondencia con él, la madre le mandó una foto en grupo hecha en el penal, una cara borrosa, pequeña, señalando quién era. El niño, al contestar, le decía: "Mamá, dime de qué color tienes los ojos, porque la foto es pequeña y no veo".

Esta mujer, con tan abrumador dolor durante más de diez años, fue siempre alegre, activa, trabajadora, buena. Solo cuando el día de la Merced entraban niños, o cuando los había en la prisión, se veía en sus ojos una expresión de angustia, de tristeza; pero la dominaba y era una más, ayudando a preparar cosas para los niños que podían venir y que jamás fueron los suyos.

Rosita

Llegó de Málaga, enferma, al hospital de Segovia, falso sanatorio antituberculoso, y cayó en manos de un médico desaprensivo, José Luis Canto, sobrino de un alto funcionario de prisiones, que jamás auscultó a una mujer, ni siquiera le tomó el pulso; pasaba la visita con abrigo y sombrero puestos, las manos en los bolsillos, dirigiendo miradas que oscilaban entre el asco y el desprecio a la serie de esqueletos que yacían en las camas, única diferencia con las prisiones corrientes, en las grandes salas heladas y desnudas.

La chica tenía sobre todo hambre, como todas, y una expresión triste en sus ojos negros. Alta, morena y con una cara tan pálida que se destacaba entre las caras pálidas, o más bien cenicientas, de las demás. Por ser menor de edad tenía veinte de condena. Los padres habían sido fusilados, primero él y luego la madre, mujer indomable que consiguió saltar del camión que la llevaba al cementerio. La chiquilla pensaba todavía si habría logrado huir. Pero suponían las demás mujeres que había sido alcanzada por las balas mientras corría. En la calle solo dos hermanos, chicos. Totalmente desamparada. Contaba de su detención que después de cortarle el pelo la habían paseado desnuda sobre un burro entre los gritos de la gente arremolinada. El odio a esta familia venía desde lejos. Ya el padre de su padre había sido un bracero

indómito, viejo luchador, como podía, contra los señoritos del pueblo. La venganza cayó hasta sobre esta chiquilla de las JSU.

Las viudas

Cinco mujeres, una mayor, las otras de menos de cuarenta años. De un pueblecito de Teruel. Al empezar la guerra apareció en el pueblo un comando fascista en una camioneta; era domingo, entraron en la taberna, donde había cinco hombres, uno el practicante del pueblo, los restantes campesinos; alguno, pequeño propietario, el resto braceros. Los empujaron a la camioneta; en un balcón, una mujer de derechas gritó: “Matadlos, son todos rojos, matadlos”. No volvieron jamás. Tras la liberación de Teruel se supo que habían sido asesinados allí, torturados antes horrendamente.

El pueblo quedó en nuestras líneas, iban y venían unidades militares. Las mujeres se incorporaron a trabajos de retaguardia. La mayor alojaba en su casa, la del practicante, a los estados mayores sucesivos. La presencia de la mujer que había, cuando menos, agravado la situación de los hombres detenidos, continuaba provocativa e hiriente; las insultaba desde su casa, les voceaba: “Viudas”. No aguantaron más: se presentaron ante el comandante que entonces estaba en el pueblo y le pidieron que la detuviese, que la llevase a otro pueblo. No querían que muriese, sino librarse de la tortura de sus burlas. La mujer fue detenida y, lejos del pueblo, fusilada.

Terminada la guerra las detienen; de antemano no las acusaban de la muerte de la fascista. Les preguntan solo quién era el comandante en cuestión: la unánime respuesta es que hubo muchos comandantes y que no sabían el nombre de ninguno. La primera condena de pocos años, poco más de uno de estancia en la cárcel de Teruel. Vuelven al pueblo y las detienen la misma noche: vuelta a empezar. Por aquel entonces saben que el comandante en cuestión, después de detenido, ha salido en libertad y está en Francia. El juez sospecha lo mismo: las mujeres mantienen la negativa. La mayor, la tía Lucinda, delgada, guapa, de finas facciones y un pelo blanquísimo, siempre muy derecha, contesta por todas: “Hemos dicho que no sabemos el nombre y las mujeres de mi pueblo cuando dicen una cosa la mantienen”. Condenadas a muerte y muy expuestas a ser ejecutadas —porque el hermano de la muerta, denunciante de todas, insiste, presiona, se vuelca en viajes y visitas a las autoridades para que “venguen la muerte de su hermana”—. El silencio de las mujeres persiste. Finalmente, el padre de una de ellas, Rosario, labrador bastante fuerte y más bien de derechas, habla en la plaza del pueblo con el denunciante, ante medio pueblo que pasa por allí, le advierte que si sigue presionando para la muerte de las cinco mujeres le matará donde le encuentre, y le avisa de que si le hace detener para impedirlo, sus hijos lo harán. Dada su reputación de gran tirador y de su carácter indomable, el otro se acobarda. Las mujeres son conmutadas a treinta años.

Comentando con alguna de ellas todo lo sucedido se mantenían seguras de su deber de no denunciar, de callar y afrontar la muerte antes de claudicar denunciando a un hombre que “había hecho lo que creía mejor”.

Amparo

Extremeña, de la provincia de Cáceres, de menos de cuarenta años. Significada, por razones familiares, en las luchas de los braceros de la provincia. Condenada creo a doce años, por ayuda a guerrillas.

Las condiciones de su vida en un pueblo atrasado en todo... Sin agua, sin luz, con falta de escuelas, de asistencia médica, y una enorme presión de los encargados de las fincas, auténticos negreros. A pesar de su edad había dado a luz su primer hijo —tenía tres— hincada en el suelo de tierra apisonada de su casa. Empezaron a tener esperanza de mejora con la República, fugaz y breve esperanza. Luego la guerra y la “paz”. Las condiciones de vida aún se endurecieron más para todo el pueblo, y en especial para los que se habían destacado en las protestas. Luego... la ayuda a los huidos, la detención, esas alucinantes detenciones, el consejo de guerra y la cárcel, a pulso, sin ayuda familiar, ¿de dónde podrían sacarla? Sin apoyo de ninguna clase, la conducta siempre limpia, sin claudicaciones, sin cobardías. No aprendió a leer ni a escribir porque decía que tenía demasiada hambre para fijarse en nada y demasiada pena por sus hijos para esforzarse.

Las González

Asturianas de la zona de las minas. Minero ya el abuelo, colaborador de Llaneza. En la familia había comunistas y socialistas; las dos hijas, muy jóvenes, ingresaron en el PC. La madre era una mujer extraordinaria. Pequeñita, muy delgada, pelo rizado oscuro ya con canas, ojos claros, bonitos, inteligentes. Las chicas, muy guapas, las dos altas. Luz, de pelo castaño rizado, ojos claros, tristes. Aurina, rubia, preciosa, alta y delgada.

Al padre, ajeno a la ayuda que su familia prestaba a los huidos y al marido de la hermana mayor, lo mataron a golpes en la comisaría de Oviedo. La madre se echó toda la responsabilidad; y en verdad era ella el alma de todo, pero creyeron siempre que lo hacía por salvar a los demás.

Por ella conocimos las condiciones en que se daba garrote en la cárcel de Oviedo (se hacía en el patio de las mujeres con las ventanas cerradas) y aún me estremezco al recordar las palabras. El hombre, un gijonés que gritó “Viva la República” hasta que solo se oía el ronco jadeo de su voz.

La cárcel de Santander, reformatorio de mujeres, de unas condiciones tan horrendas —en virtud del comportamiento de las monjas oblatas— que vieron a su paso por allá, camino de Amorebieta, cómo se lanzaba al vacío desde el coro una pobre chica detenida en Oviedo por prostitución y que antes de ser conducida a Santander había rogado, suplicado, que la ayudasen a envenenarse. Aurora decía: “Toda la vida me reproché no haberla ayudado”.

Las tres estaban condenadas a doce años. Mantuvieron su dignidad y su valor. La madre era una mujer que hacía recordar las huelgas de Asturias en octubre del 34. Una mujer.

Las Alonso

Asturianas. Enfermas del pulmón. Una, Esperanza, alta, rubia, guapísima; otra, la mayor, Carolina, alta, pero menos, con unos maravillosos ojos claros. Condenadas a treinta años por ayuda a los del monte. Carolina era, desde tiempo, la novia de uno de los huidos.

Tras ellas, sin conocerla, se veía la figura de su madre, la magnífica entereza de aquella mujer que con sus hijos y otras muchas personas del pueblo, detenidas y

atrozmente torturadas en el cuartelillo, con fuerzas de la legión vigilando, aprovechaba para mandar la comida a los hombres del monte. El ruido, los gritos, los aullidos que indicaban que estaban *ocupados*: daba la comida al hijo pequeño, un niño, diciéndole: “Corre, llévalo, ahora están ocupados y no te verán”.

En un momento dado creyeron localizar el refugio de los hombres; la legión llevó en cabeza al padre, a Carolina y a la hermana del novio. Avanzaron sin oír nada: el sitio estaba vacío, pero la paja extendida en el suelo aún estaba caliente; el padre y la hermana fueron fusilados ante Carolina. Nos decía: “Jamás supe cómo volví”.

Muy poco antes de salir ella en libertad, tras muchos años de cárcel, el hombre fue muerto en un encuentro con la Guardia Civil.

Clara

Andaluza, gordita, bonito pelo, buen color, bajita. El padre, fusilado en la zona de Franco al empezar la guerra; al detenerlo hubo un incendio en la casa y en él se abrasó la niña pequeña. Al terminar la guerra fue detenida con el marido, los dos significados como comunistas. Él fue fusilado, ella condenada a muerte y conmutada a treinta años. En un careo con un grupo de “señoras del pueblo” se lanzaron contra ella; tenía en un hombro una cicatriz del mordisco que una de las “señoras” llegó a darle. La intervención de un moro que presenciaba el careo impidió que fuese despedazada. Estaba en la cárcel con la niña menor, de meses, aislada del resto de la reclusión en un cuartito que no tenía más espacio que para extender el petate. Los moros de guardia en aquella cárcel local, le calentaban agua al sol para lavar a su hija; le permitieron despedirse del marido cuando lo sacaron para la muerte.

Muchos años más tarde, pudieron la suegra y la madre llevarle a las hijas a Segovia. La mayor estaba sirviendo en Madrid; las pequeñas, muy bajitas, pudieron pasar a verla. No las conocía, ni ellas a su madre. Adivinamos quiénes eran al verlas entre los demás niños vestidas de negro (el suegro había muerto hacía poco). Aquella madre, siempre con achaques, siempre malucha, se convirtió en la madre más alegre, más animada, para alegrar a sus hijas. Las niñas la miraban con asombro. Durante muchos años solo habían oído decir en el pueblo que era una mujer tan mala que hasta los hombres, los que se libraron del piquete, claro, habían salido, mientras que ella era la única presa. Las criaturas veían y oían a aquella mujer que las mimaba, las quería; la veían entre cientos de mujeres también presas, veían las tristes celdas, tan limpias. La comida preparada para ellas con tanto amor y tanto sacrificio (no solo de la madre sino de las demás mujeres). Aguantó sin llorar hasta que la puerta del rastro se cerró tras ellas.

María y su madre

Venían de un pueblo del sur de España. Las dos rubias. La chica, gordita y muy joven; la madre, de pelo blanco, siempre con pañuelo negro a la cabeza. Permanecía sentada en el patio, con una extraña expresión reconcentrada y ausente. Costó trabajo que la hija hablase. Sus hermanos, huidos en la sierra. Ellas les ayudaban. Un día cogieron al más joven. Le torturaron durante toda la noche en el cuartel de la Guardia Civil, separado de la casa solo por una de esas callejas estrechas tan frecuentes en los pueblos. Los alaridos del hijo se oían perfectamente. La madre permaneció tras la

ventana escuchando. Pensando en la suerte de este hijo si seguía callando y en la de otros si hablaba. Murió sin hablar, a primeras horas de la mañana.

María dijo: "Creo que mi madre le oye día y noche".

Las llevaron a Ventas, hospital, para operar a la hija de los oídos; la madre, aquejada de glaucoma, no fue operada por Arjona, el médico oftalmólogo, porque "es una operación latosa; que la operen cuando salga".

Segovia como sanatorio antituberculoso

En las otras cárceles que conocí, la situación de hambre y frío era igual y nada se hizo; en Segovia, prisión-hospital, había cuatro grandes salas, frías, destartaladas y desprovistas de todo, salvo de nuestras pobres pertenencias. A todo esto se añadía la enfermedad, muy real, de la mayor parte de las mujeres. Algunas eran elementos incómodos que se enviaban con la esperanza tácita de que acabaran de enfermar y se muriesen de una vez: claro que este tipo de personas se convirtieron en una pesadilla para la dirección del hospital y fueron devueltas con cierta diligencia a su destino anterior.

Las condiciones del penal, la falta de alimentación, la nula asistencia médica —el médico era "alérgico" a las mujeres— y el estado de abandono previo de las enfermas hacían que el nombre de *sanatorio* fuese ni más ni menos que una burla sangrienta. El robo de los escasos extras que se habían concedido para la asistencia de las enfermas se convirtió en un negocio redondo para la comunidad de religiosas, Hermanas de la Caridad; y esto comprobado, porque llegamos a localizar hasta el procedimiento de envío de los víveres robados a San Sebastián. Se valía la madre superiora de los soldados que hacían el servicio en Segovia y que se iban de permiso a dicha población o pasaban por ella camino de sus casas. Un dato revela la importancia del negocio: se había asignado para cada reclusa la cantidad de dos botes de leche condensada por semana. Éramos cien mujeres por entonces. Jamás recibimos ni una gota de leche. Lo triste del caso es que los portadores de las maletas cuidadosamente cerradas no supieron nunca qué es lo que llevaban y de dónde procedía.

No había ninguna mejora en el rancho de las varias mujeres que había con tuberculosis intestinal, a quienes las legumbres acentuaban sus trastornos. Aún me parece estar viendo una andaluza, joven, de un pueblo de Málaga, que venía de Saturrarán; aquella mujer no tenía fuerzas ni para sentarse en la cama y tomar el plato de rancho frío. Vuelta de cara a la pared, estaba en una esquina de la sala de graves; se dejaba morir literalmente por no poder ni pensar en tragar una sola cucharada. Iba arrastrándose o ayudada al váter hasta veinte veces al día. Murió pronto y aún me pregunto cómo resistió el tiempo que duró.

Recuerdo aún con más emoción la enfermedad de una muchacha, Carmen, una meningitis tuberculosa. Estaba internada en Segovia, prisión-sanatorio. La asistencia médica era nula, no conseguimos ni siquiera una bolsa para ponerle hielo, ni alimentos líquidos. Pues bien: conseguimos comprar la bolsa. Una monja, la única que era un ser humano, sor Juliana, traía escondidos los trozos de hielo de una fuente del patio a donde daba la casa de la comunidad; y la reclusión en pleno, aquellas pobres mujeres enfermas, agotadas y hambrientas, se privaron de la media naranja de postre. En esa media naranja y en un infecto trocito de pescado o en medio huevo se

cifraba la alimentación extra para las tuberculosas; y con las naranjas exprimidas y un poco de azúcar de algún paquete oportuno, salió adelante la chica.

Valladolid

Cárcel relativamente nueva; lúgubre sin embargo, pintada toda de un gris horrendo. Solo la conocimos de paso, pero el ambiente en la prisión era de una hostilidad tremenda. Hacía juego con el ambiente de las calles. Al paso de la pequeña expedición solo faltó que nos apedrearan.

Burgos

Prisión vieja y sucia. Carente de comodidades desde todo punto de vista. La existencia de presos políticos —entre ellos el médico recluso y algunos de la oficina— hacía el ambiente menos duro. Trataron de ayudarnos en lo que pudieron, que era poco, pero al menos mostraron solidaridad. En las calles el lamentable aspecto que presentábamos, cargadas de paquetes, cansadas y enfermas, despertó simpatía. Creemos que la presencia de la Central de hombres en las proximidades de la ciudad había despertado plena conciencia de que seguía habiendo presos políticos; porque eso sí, en ningún sitio pensaron que fuésemos comunes, no sé todavía por qué. Acaso porque procurábamos llevar las cabezas bien altas y mirar con orgullo.

Ávila

Aquí también el ambiente de la calle era de respeto. Encontramos ayuda en los ferroviarios (también con la expedición de Valladolid). La prisión era un antro, una especie de casucha semiderruida sin la menor habitabilidad. En cambio, la funcionaria era una persona excelente. La comida no estaba mal hecha aunque era escasa. En aquellos momentos, verano del 44, se amontonaba en ella un numeroso grupo de mujeres, algunas con sus niños pequeños, por ayudar a las guerrillas. Eran unas magníficas personas. Posteriormente supimos que habían salido; no así los hombres, que recibieron graves condenas.

Larrinaga

Era la prisión provincial de Bilbao. Antigua, pero al menos nos pudimos duchar. La comida, limpia y no tan escasa como en otras prisiones. El ambiente era bueno porque había presos políticos; y las monjas, hermanas de la Caridad, aunque latosas para la cuestión religiosa, no lo eran para nada más e incluso siguieron comportándose humanamente a pesar de nuestra actitud de no tomar parte en ningún tipo de acto religioso. El ambiente en la calle era magnífico. Se notaba ya en el tren. A despecho de la presencia de la Guardia Civil trataban de darnos noticias de la guerra, de animarnos y de ayudarnos en lo poco que podían. Conservamos un recuerdo emocionado de aquellos grupos de personas que, en pleno centro de la ciudad y mientras caía un violento chaparrón, se arremolinaron contra los guardias gritando si no les avergonzaba su misión de custodiar presos políticos, chillando a pleno pulmón por qué nos hacían ir andando, cargados, mojándonos, y brindándose a llevarnos el sinnúmero de maltrechos bultos que constituían todo cuanto poseíamos. Los guardias tuvieron que pedir ayuda y ahí paró todo, pero ¡qué alegría nos dieron! A despecho

del cansancio, la mojadura y el peso, nos hubiésemos puesto a saltar y cantar. Lo curioso es que a la llegada a la estación, los guardias (quizás aleccionados por experiencias anteriores) nos propusieron tomar un coche (éramos tres mujeres y un hombre), pero no quisimos. Llevábamos en total sesenta pesetas sin esperanza de más; y sobre todo pensábamos que éramos un testimonio vivo, aunque maltrecho, de que en España, a pesar de la propaganda de que ya no había presos políticos, aún andábamos rodando de cárcel en cárcel.

Esta solidaridad del pueblo vasco se vio confirmada en cada uno de los contactos que pudimos tener. Si se salía de Amorebieta al hospital de Bilbao, cosa que pudimos lograr alguna vez, las cartas que se sacaban de la prisión y que se entregaban al azar a cualquier persona que se nos presentaba llegaban; y eso que tenían que franquearlas. Pedir un periódico a un señor desconocido diciéndole que éramos presas y que no nos lo autorizaban daba inmediato resultado: el periódico pasaba a nuestro poder. Creo que no es de extrañar con esta experiencia el respeto que teníamos por esta región, derivado en parte de las tres magníficas mujeres vascas, Victoria, María Teresa e Iciar, del primer expediente nacionalista, a quienes habíamos conocido en Ventas y que eran unas maravillosas, valientes y abnegadas compañeras; se grabaron en nosotras de forma imborrable.

Amorebieta, abierta por segunda vez

Antiguo colegio, hospital durante la guerra, de dos amplias naves, en la más larga se acumulaban quinientas presas políticas y en la más pequeña doscientas comunes. Los servicios eran absolutamente insuficientes: en nuestra nave funcionaban dos váteres —no había ducha— y una estrecha y larga pila, a modo de abrevadero para ganado, era el lavabo.

La comida era escasísima y mala, con acusada discriminación para que las *convertidas* que iban a misa diaria y comulgaban de vez en cuando consiguiesen alguna patata flotando en el agua; para las rebeldes agua sola.

En la enfermería, situada en el primer piso, la sobrealimentación era un pedacito de bacalao hasta tal punto podrido que acudió el alcalde del pueblo a protestar del nauseabundo olor que a través de las ventanas del almacén apestaba al pueblo. Las ventanas fueron cerradas... y el bacalao aún se pudrió más deprisa, pero siguió figurando en el menú diario. Nada que recordase escuela, taller o cosa análoga fue organizado ni permitido. Era obligatorio el descanso dominical y en las fiestas las mujeres habían de permanecer un día entero mano sobre mano. No había un solo libro (salvo uno basado en una expedición), pero el hambre era tan grande que nadie pensaba en cosa semejante. Las condiciones de asistencia médica eran inexistentes. El trato de las funcionarias (monjas oblatas) horrendo, con un chantaje sobre las mujeres a base de especular con el hambre para que *se arrepintiesen*. El capellán, un demonio lujurioso y ofensivo para quien lo menos que éramos era ladronas, asesinas y prostitutas.

Una vez terminada la guerra mundial, ¡qué emoción la lectura del parte de guerra con la liberación de París! ¡Qué emoción en Amorebieta, carentes de todo contacto orgánico con el exterior, al ser formadas por el director, que era una buena persona, para que se nos comunicase la noticia de la entrada en Berlín de las tropas

soviéticas y de la firma de la paz en Europa! El hombre, temeroso de la reacción de las monjas oblatas, feroces funcionarias en el penal, cubrió su iniciativa pidiendo un padrenuestro por los caídos en ambos bandos. Solo quedamos en pie las comunistas... y las monjas. Esto nos evitó el castigo.

Cuando supimos en ese penal que la situación de Franco se había consolidado internacionalmente cayó un peso sobre todas nosotras, de todos los partidos, de toda clase de expedientes. Sabíamos que cumpliríamos las condenas a menos que algo sucediese en el interior; pero pensamos también que los gobiernos que apoyaban a Franco harían lo posible porque actuase tranquilamente de "centinela de la civilización cristiana". Acertamos.

El resto del tiempo luchamos por sobrevivir, por conservar en lo posible la organización pero con interminables discusiones personales, con falta de impulso; estábamos ya eliminadas de la vida normal de trabajo, saldríamos demasiado tarde, demasiado marcadas, demasiado cansadas.

Por segunda vez, en Segovia, como prisión central, se hizo algo en cuestión de clases; se consiguió tener libros, simples novelas en su mayor parte, cuidadosamente censuradas por el cura, y alguna obra de historia. Al menos se podía leer en grupos, mientras se afanaban las manos en las interminables labores de aguja que permitían un poco de dinero para pasta de dientes, algodón, aunque como consecuencia del hambre había cantidad de mujeres jóvenes sin la menstruación, sellos para no perder el contacto con la familia, única autorizada a escribirnos, y algo de comida, lo que fuese, comprado al precio que querían, de mala calidad y mal peso que no solo beneficiaba a la funcionaria encargada y al administrador, sino, desgraciadamente, a algunas reclusas.

Parte del trabajo que familias abnegadas vendían en la calle se dejaba para ayuda del Partido; aparte de lo que se destinaba a este fin de los magros paquetes. Gracias a ello se pudieron resolver problemas tan graves como el que se planteó en Segovia con una reclusa valenciana, Julia, recién llegada de la cárcel-hospital de Ventas, destino que se le dio al dejar de existir como prisión central tras la primera huelga de hambre. Naturalmente, habían decidido que estaba perfectamente sana. El doctor Cañizo, diagnosticando correctamente una colitis ulcerosa, pudo cortar la primera emergencia, una hemorragia brutal. La reclusión hizo cola para donar la sangre necesaria, a despecho de las condiciones generales. El tratamiento posterior significaba literalmente miles de pesetas: medicinas entonces escasas y carísimas. La reclusión se apretó el cinturón un poco más y salió adelante.

El suelo de cemento, y no de baldosín, modificaba el tipo de pavimento. Hacía un frío tan horrible que se notaba más el hambre. Había un departamento central de duchas; de vez en cuando se encendía la caldera y una ducha caliente permitía cierta limpieza. Diariamente se podía utilizar el agua fría, lo que en Segovia y en invierno era una heroicidad que sin embargo realizaban un grupo de mujeres; salían del agua tan ateridas que algunas se peinaban antes de ducharse porque, al salir, las manos no les permitían ni tomar el peine.

Había funcionarias tirando a malas, con alguna honrosa excepción. La asistencia médica, hasta la llegada del doctor Cañizo, inexistente. La enfermería estaba en el piso bajo. La política de anular a las mujeres por el encierro se intentó sin éxito al transformarse en prisión central donde se acumularon mujeres de Amorebieta,

Málaga y sobre todo de Ventas, tras la huelga de hambre de esta prisión. La escuela, feudo del cura —mal enemigo— era bastante inoperante, salvo para grados elementalísimos y para el catecismo (ofrecido a cambio de unos meses de redención de la pena). No había talleres, aunque las mujeres tenían su trabajo de aguja, de punto, de bordado, vendido en la calle a través de las familias. Se trabajaba, por cierto, de forma incesante y se luchaba siempre con la escasa luz.

La situación en Segovia era bastante tensa. Las condiciones de la prisión, los muchos años que llevaban de cárcel. Las salas atestadas, con goteras que caían sobre las mujeres, sin posibilidad de atenderlas. En este preciso momento, 26 de enero de 1948, nos avisan las compañeras que tenían destino en las oficinas de la inminente llegada de una chilena que viene a visitar la prisión.

La visitante llega, pasa primero a la sala de comunes, después a la de ancianas e intentan los funcionarios hacerle ver que el resto de la prisión es igual. Insiste en ver las restantes salas y se dirige a la tercera galería. A petición suya le autorizan para interrogar a alguna reclusa, y mirando a las mujeres formadas reglamentariamente, se dirige a una, Merche Gómez, madrileña, joven, de una gran serenidad. La elección no podía ser más afortunada para nosotras. Explica que es conmutada de pena de muerte, cuáles son las condiciones en que se vive y aclara que su actitud de lucha es completamente consciente, puesto que habiendo cumplido una primera condena no ha dudado en volver a luchar. Señala a las mujeres de guerra. La visitante, visiblemente inquieta, le pide al director que no se tomen medidas contra la reclusa, que se ha limitado a contestar a sus preguntas. El director asegura que ninguna sanción recaerá sobre la reclusa y se retiran precipitadamente. A la cuarta no llegaron a entrar, así que nosotras ni siquiera sabemos cómo era la persona cuya visita iba a desencadenar semejantes consecuencias.

A pesar de las palabras del director supimos que la cosa iba a traer cola y en las improvisadas reuniones de comunistas se acordó impedir por todos los medios que el castigo esperado cayese sobre Merche Gómez; sería colectivo. Las organizaciones de otros partidos mostraron igual disposición. Había hablado por todas y todas o ninguna seríamos responsables. Un funcionario acompañó a Merche a ver al director. La reclusión se inquietó. Pasó un rato y se oyó en el profundo silencio que reinaba en toda la prisión, cómo se cerraba una puerta en las celdas del primer piso, peores que las otras y consideradas de castigo.

Como de esta huelga de Segovia ya se ha hablado mucho, solo me limito a dar algún dato, dando por hecho que la reclusión fue a la huelga por unanimidad. Cuando se acordó darla por terminada, muchísimas mujeres agotadas hubieron de ser llevadas a la enfermería y reanimadas con glucosa. El informe del inspector médico (doctor Botija, que era médico del hospital de Ventas) fue impresionante. Decía que el olor a acetona se notaba, expresión clara de que las mujeres estaban viviendo de sus últimas reservas orgánicas.

Cuando este médico, el viernes 28, entró en una de las celdas que no tenía ventanillo, ni luz eléctrica, donde estuvieron las mujeres en la más completa oscuridad, se impresionó de forma tal que se mareó y tuvo que salir a una pequeña taberna frontera al penal a tomar una copa de coñac. En esta celda estuvieron las mujeres acostadas en sus petates porque se las consideraba demasiado enfermas para estar sobre el frío cemento durante todo el día.

Tres semanas de celda para unas, seis para otras y el aislamiento del resto de la reclusión hasta septiembre fueron, con las acostumbradas notas graves en el expediente, las consecuencias. Pero, en efecto, Merche salió a la vez que las demás; y en este sentido habíamos ganado. Claro que ella estuvo totalmente sola.

Las condiciones materiales fueron extremadamente duras a lo largo de muchísimos años y la desorganización de las propias prisiones, desde el punto de vista administrativo, aumentó los sufrimientos. Una mujer presa por actividades de guerra, una *roja*, en suma, no tenía ningún derecho. Ni las funcionarias, resentidas y amargadas, a pesar de ser las vencedoras, ni los servicios más elementales previstos por el reglamento de prisiones podían resolver el monstruoso problema.

Llegaba gente nueva pero poca; el número era escaso y ya en el 52 la idea de fundir los restos de las presas políticas con la reclusión en general se adivinaba. No lo viví ya por suerte. Me evité el problema de la lucha por redimir en los talleres obligatorios, donde no solo era explotada la necesidad de las reclusas sino que se actuaba en pro de la obtención de suculentas contratas para la Dirección de Prisiones por medio del trabajo a destajo y embrutecedor.

De todas formas estas vicisitudes hacen deducir lo distinta que fue la cárcel del 39, el caos pura y simplemente, la del 40; entonces se notaba ya el Partido Comunista, y la diferencia con la cárcel del 42 al 52, fechas tope para un conocimiento directo por mi parte.

Quisiera terminar con un resumen de todos los nombres no olvidados, sino omitidos; con un recuerdo para las que cantaban, muy bien por cierto, en las interminables horas de trabajo. ¿Cómo olvidar a Carmen y a Lucía? Nada importa qué cantasen; lo que fuese era algo que nos ayudaba: zarzuelas, canciones populares, canciones que ahora se llaman *camp*; y lo hacían entre el hambre y el frío, entre sus propias penas y sus inquietudes. Gracias. Gracias también a quienes organizaban de vez en cuando una representación en la que se improvisaba todo, desde los trozos de tela que simulaban ropas adecuadas o una especie de *ballet*, siempre a los acordes del *Momento musical*, la *Serenata* de Schubert o el *Danubio azul*; no por preferencia, sino por que no recordábamos más que eso, y únicamente algunos compases. Algún sainete, una parodia de una corrida de toros (Julia, una compañera socialista, era el torero; y sinceramente creo que era un prodigio). Ya muy al final, en Segovia hubo algo de cine. Pero no tuvimos nunca radio, prensa, revistas (salvo algunas que clandestinamente nos pasaban algunas funcionarias con grave riesgo, a quienes agradecemos su valor).

Otra persona a quien quiero agradecer algo es a un catedrático de universidad que visitaba a una de sus alumnas, Carmaña. Consiguió autorización para pasarle libros; desde luego solamente de literatura. No sé si él sabría que iban a circular entre la reclusión, supongo que, conociendo a su antigua discípula, no tendría la menor duda. Ya en Segovia conseguimos la autorización para ir comprando libros y quiero señalar que entre los grupos de lectura —una leía para que las demás no abandonasen su labor— fueron *el Quijote* y la vida de Marie Curie los que más impresionaron; incluso a mujeres que no sabían leer, o al menos no lo suficiente para leer un libro por sí mismas. Sí, hubo solidaridad y compañerismo. Abnegación y espíritu de sacrificio.

Ahora bien, ¿compensa por los sufrimientos? ¿Por la pérdida de la juventud? ¿Por la tristeza, por la soledad? ¿Cuál sería la respuesta sincera si cada una se hiciese la

misma pregunta que una penada a **muerte**, Joaquina, una de las menores, se hizo delante de mí? Esa pregunta es **tremenda** para oírla a una chica de veinte años que va a morir: “¿Merecía la pena?”. Esa es **una** pregunta personal y yo quisiera que la respuesta fuese: “Sí, merecía la pena”. Desde luego pienso que de aquellas mujeres y aquellos hombres algo ha quedado positivo: nunca se vaciaron las cárceles de Franco de presos políticos; conservamos viva la antorcha de la rebeldía pagando el precio, tan alto, de las vidas destrozadas no solo por la muerte, sino por el cansancio, los años y la amargura, por la pérdida **del** aspecto humano de la vida que se nos ha ido de entre las manos. La respuesta es: “Sí, merecía la pena”.

Y, por fin, quiero terminar con las palabras de un hombre ante el consejo de guerra que le condenó a muerte y mandó fusilarle: “¿A pesar de todo España renacerá!”.

Capítulo 2

UN DIAMANTE EN BRUTO

En la primera época de encarcelamiento tuve, además de compañeras y amigas a las que no se puede olvidar, pese a no habernos visto ni comunicado de ninguna forma por causa principalmente de la clandestinidad, dos hermanas de cárcel: Amalia Morales y María Valés. Con esta última tuve, después de muchos años, un encuentro que demostró lo mucho que nos queríamos.

Por unos camaradas vascos supo que mi compañero estaba cumpliendo condena en el penal de Burgos y allí vino a verme y a verme. Fue coincidencia que también hubiera venido a ver a su compañero, preso igualmente en el penal de Burgos, Soledad Real.

Después, a causa de la clandestinidad, estuvimos ocho años sin comunicarnos, hasta que, en enero del 78, voy a verla a Eibar. Sigue siendo el diamante en bruto. A mí me hubiera gustado ver ese diamante más pulido, más cerca de la realidad del momento, pero respeté sus opiniones y ella las mías. Pasamos unos días juntas y no dejamos quieta a la sin hueso.

Ha sufrido mucho, perdió parte de su juventud en la cárcel, perdió el amor de su vida a causa de la guerra. Ese amor lo volcó en su hijo, que hace muy poco ha perdido en un accidente de coche. Su razón de vivir es la política tal como ella lo entiende y las luchas del País Vasco.

Te quiero, Mari. Sigues y seguirás siendo mi hermana de cárcel.

Su vida, como la de tantas, forma parte de la historia en las cárceles. Este es su testimonio.

Soy de Atazón, Guadalajara. Cuando me detuvieron en Madrid, dije que vivía en Torre del Burgo porque tuve miedo de lo que pudieran hacer los fachas de mi pueblo en él; por eso en mi expediente tengo puesto que soy de Torre del Burgo.

Con Castul, de Mota del Cuervo, tenía relaciones desde hacía seis años. Un día, estando trabajando en Torija, dijo que quería casarse y, como yo le quería, pues nos casamos por lo civil. Me fui a vivir a Madrid. Me hice del Partido en el 37.

Tuvimos un hijo, Luisito.

Castul estaba en el frente y yo en los hospitales de sangre; hacía lo que podía. Cuando terminó la guerra, entraron los fascistas en el pueblo. A mi madre le registraron todo, se lo rompieron; cuando bajaba a lavar, le pegaban. Cirila Ramos, prima nuestra, le pegaba y le decía: "Tía sorda, ¿dónde tiene usted a sus hijos criminales?". Eso todos los días. El falangista que fue a organizar la Falange a Atazón se portó mejor que los del pueblo. A todas las chicas jóvenes que hacían punto para los milicianos y ayudaban al Ejército, como mi hermana que tendría unos quince años, les dijo: "¿Cómo se llama?". "Teresa Valés". "Váyase del pueblo, que le van a dar aceite de ricino y le van a cortar el pelo". "Y usted, ¿cómo se llama?". "Juana Machuca". "Pues váyase del pueblo, que le van a hacer esto", y así a toda la juventud. El pueblo se quedó con la gente mayor, porque los jóvenes, a todos los que iban llegando, los iban atrapando y se los llevaban a Brihuega, a la cárcel.

Cuando fui a mi casa, mi madre se puso como una loca. “¡Vete, vete, que me voy a quedar sin hijos. Vete!”. Con el niño en brazos, sin ni siquiera besar a mi madre, llamaron a la puerta: “Oiga, que venga al Ayuntamiento”. “¿Ves? Me voy a quedar sin hijos. Vete”. Ya no me podía ir; fui al Ayuntamiento con Luis, que era muy pequeño.



Tomasa, María Valés y Soledad Real. Esos días en Burgos charlamos mucho, con la alegría de sabernos identificadas en la lucha por la amnistía de los presos políticos, por la libertad y la democracia en España.

madre. Por la noche me dijeron: “Vete, que viene la Guardia Civil a detenerte”, y me marché con mi hijo a Madrid. Vivíamos en Doña Urraca en una cama de tres pesetas, de mala manera. Era un refugio de rojos.

Ya estaban organizándose las juventudes en el 39. A Luis, en Porlier, lo entraba con notas en la fajita y salía con otras de los presos; yo las entregaba a quien correspondía. Se iba buscando a los camaradas que estaban escondidos; yo iba “de parte de Suárez”. Cayeron los jóvenes de la JSU del grupo de la carretera de Aragón; el novio de mi cuñada, Jesús Domínguez, cuya madre perdió tres hijos; en la guerra murieron dos, luego a este lo fusilaron con los de la Juventud. Y los tres hermanos Guerra; al más pequeño, catorce años, también lo mataron.

En esas detenciones yo no caí por chiripa, porque estaba en el grupo de la carretera de Aragón; esas caídas las hicieron por barriadas. Hubo tal masacre de jóvenes

Yo, en el pueblo, no había hecho nada más que jerseys y calcetines para los milicianos.

En el Ayuntamiento estaban todos con el bonete rojo en la cabeza; tenían la bandera de Falange, la bandera gualda, y me dijeron: “Coge las banderas, te hemos llamado para que tú, como eres roja, saques las banderas”. Les dije: “Yo estas banderas las mancho. Yo, las mías, no os las he mandado llevar a vosotros, no os he hecho nada”. “Pues, cógelas”.

Con el niño en brazos y una bandera en cada mano, me llevaron por callejuelas y callejuelas, y donde estaba el Partido, allí cantaban: “Falange, mete la tijera”, y a todo rojo que veían le decían: “Venga, a la manifestación”, y la gente se encerraba en las casas. Salió uno, que se llamaba Hilario, que al decir yo: “Como le pase algo a mi hijo, os vais a acordar”, dijo: “Para la raza que trae, más vale que se muera”. Una señora muy mayor me lo cogió y se lo llevó a mi

que en una temporada nos dejaron aturridos. En los juicios las peticiones eran de pena de muerte. No tardaron ni cuarenta y ocho horas en fusilar a sesenta y cinco, entre ellos a las Trece Rosas. Aún quedó otro grupo que también fueron fusilados.

Más tarde iba a la cárcel de Guadalajara a llevar los partes de guerra y el *Mundo Obrero*, y el tío Grillo, que estaba en la puerta de la Provincial de voceador, los metía. Y esto lo hacía yo trabajando para dar de comer a mi hijo y subsistir yo.

A mí me detuvieron en una reunión que iba a haber en mi casa. Había venido Luis Sastre y yo había ido a avisar a otros dos camaradas. Cuando volví, en la puerta donde vivía, me encontré con dos tipos; por la pinta, ya pensé en la policía. Mi preocupación fue Luis Sastre, que estaba dentro. “¿Qué desean?”. “Un pequeño registro por estraperlo”. Yo pensé: “¿Qué estraperlo?”, y les dije: “Pasen”. Me puse en la puerta de la cocina para que no vieran a Luis; era donde tenía que estar por si tenía que escapar, pero no se fue. Les metí en el comedor y estaban tirándolo todo, cuando uno dice: “Hay uno en la cocina”, y lo cogieron allí. Yo hice lo que pude para que se marchara; creo que no se fue por miedo; luego tuvo muy mal comportamiento.

Me llevaron con Luis a Gobernación. A la primera que metieron en el cuarto de pegar fue a mí; me pegaron tanto, tanto, que entre dos me bajaron a la celda número diez y allí me echaron como un fardo. A Luis Sastre, cuando yo salí, le vi sentado; a él no le pegaron; ese estaba citado con un responsable y es el que habló dónde tenía la cita con él. Al *Gorrilla*, así le llamábamos, me lo presentaron en Gobernación a los pocos días; para mí ya no era conocido, ni yo tampoco para él, estábamos desfigurados; hicimos ver que no nos conocíamos.

A mí sólo me preguntaban por la cantidad de reuniones que había en casa. Eso es lo que me preguntaban: “¿Cuántas reuniones, cuántas?”, porque lo de meter cosas en la cárcel, eso no salió, y yo decía que no sabía y que no era comunista. Me desnudaron cinco tíos, el que hacía de bueno decía: “Pues habla, hija, porque si no te van a matar”. Me llevaron al somier; cuando me tumbaron en él, pues te puedes imaginar los muslos y las piernas, estaba desnuda, y los pechos... pero yo di un brinco tremendo, porque, como eran cinco tíos, creí que iban a abusar de mí y salí corriendo por toda la habitación, y el que hacía de bueno diciendo: “Pues habla, hija, y así no te matarán”. Me pegaron por todo el cuerpo. Lo tenía negro; no pegan con correas, pegan con lo que hacemos las cargas de mies, con esas maromas retorcidas que tienen tres retorcidos, y luego con una goma de esas que llevan colgadas los guardias que tienen un filo de metal, y unos zorros para la espalda. Pero a mí me pegaron con esas porras que tienen un filo de hierro y me abrieron las carnes, toda la parte del culo abierta. Como yo ponía los brazos para taparme los pechos, los tenía llenos de sangre; y no se conformaron con eso, luego me pusieron atravesada en una silla con los pechos colgando. Me bajaron al calabozo y estuve con cuarenta de fiebre.

Yo no me acababa de creer lo que hacían en Gobernación, mira que me lo decían y no me lo creía. Una prima mía que vivía al lado de la comisaría de Almagro decía: “Allí no se puede vivir de las palizas que dan y los gritos que se oyen”. Y lo de Porlier y lo de Santa Rita, todo eso yo lo conocía porque iba a todas esas cárceles. Pero, ahora, lo sentí en mi propia carne. A algunos los colgaban y se hacían caca y se orinaban. A Policarpo Peñalba lo bajaron vomitando sangre. En Gobernación no tenían sitio donde poner a los detenidos. Estaba también Rosa Sánchez; conmigo estaba

Encarnita de las Heras. Luego, en otras celdas, estaban Cándido Madaruelo de la Cruz, que era aviador formado en la Unión Soviética. Había tres en cada celda. Con Policarpo Peñalba hablábamos de celda a celda: “¿Por qué has venido?”, y allí no te fiabas de nadie: “Yo no sé por qué he venido”. “¿Por qué has sido detenida?”. “Pues no sé”. “¿Ha sido por cosas de estraperlo?”.

Nos sacaban al retrete con los guardias. Nos tenían que ver hacer las necesidades y todo... que allí no se hacía nada, como no te daban de comer... Nos daban una rajita de pan y unas cuantas rodajas de tomate, esa era la comida. Y por la mañana, te hacían salir a coger el desayuno, cuando podías, porque allí salían gentes arrastrándose, te daban un caldo de esos Maggi, de esas porquerías, como en la cárcel, tú ya conoces eso. A las tres o cuatro de la mañana te subían al sitio de los interrogatorios y es cuando te zumbaban, y veías que echaban fardos a las celdas, que sufrías más que por lo tuyo, y oías quejidos y vómitos. Allí no te entraban ni ropa ni nada.

El Partido estuvo sin actividad un mes porque habían detenido a Antonio, un camarada de mi grupo, y en su casa es donde se hacían las reuniones, y repartían *Mundo Obrero* por las casas. El Partido les llamó la atención, no se podía hacer eso en aquellos tiempos. Esto era el año 39 ó 40. El *Mundo Obrero* nunca ha faltado. Cogieron un aparato de propaganda, mataron a un teniente coronel que estaba dentro de esa imprenta y que llevaba la responsabilidad. Yo era enlace y llegué a conocer muchas casas. La consigna era “de parte de Suárez”; nunca he sabido quién era Suárez. Yo trabajaba con encajes de Talavera, con libros de san Ignacio de Loyola, de Jesús Sacramento. En esos libros estaban las claves, porque ya se iba al sitio donde se los tenían que quedar. El Partido siempre ha estado activo, siempre.

Bueno, detuvieron a ese Antonio y, desde luego, hay que tener una fuerza física grande porque lo destrozaron en Gobernación. El Partido tomó precauciones, pero la policía siguió la pista y al mes fueron detenidos todos los que habían dado sus casas; fue así como dieron con la mía.

Eran sádicos que cuando llegaban los días de fiesta, los domingos, abrían las celdas y: “Pónganse de pie”, y solo oías: “¡Ugg!”; les metían el puño en el estómago. Oías: “Guardia, sácame a orinar”. “Cabrón —o cabrona—, háztelo ahí”; siempre mirabas cuándo había mejor guardia y podías ir.

Encarnita de las Heras, la que estaba conmigo, pasó a Ventas y yo me quedé. Luego vino una extranjera que estuvo muy pocos días, me desnudé para que me viera y dijo: “Pobre española”. Después vino la señora Clemen; esta venía por haber tenido escondido a un anarquista; era una señora mayor y estuvo mucho tiempo conmigo. Cuando íbamos al retrete, yo dejaba mi sortija en el lavabo —esto en combinación con los de las celdas—, y la señora Clemen, cómplice, porque si no no lo hubiera podido hacer sola, entonces decía: “¡Huy, guardia, me he dejado la sortija!, ¿puedo ir a por ella?”, y mientras él la acompañaba, yo salía corriendo y echaba las notas en las celdas que me habían indicado. Pero un día cogieron una de las notas, estaba dormido el preso, y me sacaron a mí para arriba; yo podía negar porque, aunque cogieron la nota, no vieron quién la echó. Vino un teniente coronel y la policía le dijo: “Esta es”. “Imposible que en estas condiciones haya echado notas. ¿Esta mujer es la misma que se le encerró en las celdas?”; contestaron: “Sí que es” (cuando entré en Gobernación me llamaban de apodo *la Belleza Salvaje*). Formaron a todos los guardias y decían: “Para hacer esto a esta mujer han tenido que joderla los

guardias del servicio de celdas". Así, ¿eh?, estas palabrotas he oído yo en mi propia cara, y yo no conocía a ninguno, y dice: "Usted"... ¿qué usted?, te llamaban de tú y de puta para arriba; todas las comunistas éramos unas putas, y a mí, *puritana* me llamaban. Yo mantenía lo que nos decía el Partido: si no hay pruebas, negar ser comunista. "Yo no soy comunista, no sé qué es eso"; yo me hacía la idiota, y dijo: "Bueno, a ver, ¿qué guardia ha sido el que te ha hecho a ti esos favores?". "A mí, ninguno, yo no he hecho eso". Yo solo pensaba qué les pasaría a los hombres. Me llevaron a otra celda, donde estaba Alfonsa Sánchez, que todavía vive. Esa también era del mismo consejo; íbamos todos embolados allí, pero no nos conocíamos; a la única que yo conocía era a Carmen Peinado.

Me subieron otro día para firmar; ese día también me pegaron mucho y me preguntaron por mi suegra. ¡Me llevé una paliza...! No sabía cómo se llamaba mi suegra, ni dónde vivía, ni si tenía un hijo, no sabía nada... Entre las palizas y el haberlo negado todo yo estaba como loca, y no solo de pegarme a mí, sino de lo que estaban dando a los otros. Policarpo Peñalba, que estábamos celda por celda, me decía: "Tengo solo a mi madre, la he dejado sola, ¿qué será de ella?". Al cabo de los años, cuando salí, la encontré y nos dedicamos la ciega, mi hermana y yo a cuidarla y a comer con ella los domingos, a pagarle la casa. Él quedó hecho un guiñapo. Como digo, me subieron para firmar y yo no firmaba. Me decían: "Pero ¿cómo no vas a firmar? ¡Tienes que firmar!", y ya subieron a los del expediente y Antonio, este es el que habló, era un hombre de categoría, muy bueno, muy bueno, lo que pasa es que le hicieron torturas horribles. Yo le vi una vez y estaba destrozado, como he visto al Gorrilla, que, en el consejo de guerra, cuando le vi, estaba completamente desquiciado.

En el atestado que hizo la policía pusieron lo que les dio la gana, que había sido enlace de las cárceles (no había salido en ninguno de mis interrogatorios, ¿quién lo dijo?)... y firmamos, y cuando estábamos allí todos los cincuenta y nueve, los policías dicen: "Tú no nos perdonarás lo que te hemos hecho, pero nosotros no olvidaremos tu cuerpo, el lunar que tienes", y allí había hombres que habían sido troncos de árboles, todos callados; y se sube un policía en una banqueta y dice: "Ssshhh". "¿Qué pasa?", le preguntaron los otros policías. "Que viene el Campesino a liberar a estos", riéndose de nosotros. Y habiendo hombres como varales, estaban tan agotados que solo pensaban en salir de Gobernación. Aquello era una provocación. En vez de ir a la cárcel, bajamos a los calabozos como pingos. Había uno que llevaba siete meses en los calabozos, iba arrastrando los pies, y yo le llamaba *el Zapatonos*, era de las Vascongadas, no recuerdo su nombre.

Nos sacaban a todos a bañarnos cada mes. Me dieron una toalla, porque yo no tenía, que andaba sola de piojos, y los guardias mirando por la cerradura, ¡Si aquellos sótanos de Gobernación hablaran...! Ha habido tantos crímenes... colgados, otros quemados los testículos, aquello era horroroso.

Después de tres meses nos llevaron a la cárcel. Yo, que no lloré en Gobernación, lloré cuando entré en Ventas porque pensé: "¿Cuándo saldré de aquí?". Me acordaba de mi Luis, me lo habían dejado malito, pero como no conocía a mi suegra, ni dónde vivía, no sabía tampoco de mi hijo.

Montaron juicio sumarísimo. Fueron donde mi hermana, que estaba metida hasta el cuello porque la habían visto ir con cosas para mí, pero ella tenía defensa, porque yo estaba incomunicada y no podía sacar ni meter cosas, pero se llevaba lo de otros, y ella se mantuvo, y gracias a Teresa que tampoco habló.

El consejo de guerra se logró retrasar unos años, sin embargo a él comparecimos cincuenta y nueve detenidos. Fusilaron a diez, dejaron a unos con treinta años, a otros con quince, a otros con cuatro, cuatro años a la mujer que dio tres pesetas para los presos. Por cierto, que Bayón se escapó de la cárcel de Porlier y se fue a las guerrillas, donde murió.

En Ventas nos encontramos con muchas camaradas. Estaba Maruja Salvo, Toñi, de las menores, bueno, si me pongo a nombrar, no acabo. A nosotras no nos pusieron ningún trabajo. Yo no he querido trabajar en la cárcel, pero si el Partido me mandaba... Las camaradas me dijeron que si me ofrecían algo pidiera paquetes. Entonces, como venía un teniente coronel a verme, habló con la monja, con el jefe de servicios, para que me dieran un cargo; como yo era alta y fuerte, el de paquetes me iba muy bien. Mientras a él le decían que me darían el cargo, a mí me dieron el delantal y todo; cuando bajé, él estaba con la monja, ya habían visto mi expediente, y esta dijo que yo no podía ser paquetera, que si quería una cosa interna, me dejarían. Yo dije: "Lo hago por ver a mi hijo aunque sea de lejos". Ella me contestó: "Ha dicho la directora que usted no puede ir a paquetes, que dejaría de llamarse María de Garay, que a usted la manda el Partido". "¿Qué partido?, yo no tengo ningún partido". "Sí, usted tiene *comunista* en el expediente". Le dije: "Entonces, no quiero trabajar en ninguna cosa". Y aquel señor no sabía qué decir porque como me conocía desde que yo tenía doce años, casi lloraba. "Pero si le han puesto a usted lo peor. Pero, por favor, si esta mujer es muy buena, ¿por qué le han puesto *comunista*?", y digo yo: "Porque han querido". Y este señor iba a la cárcel a verme, se llevaba montones de cartas de todas las chicas; era un hombre muy bueno, y me decía: "Me veo ahí dentro yo también". Alguna vez bajaba alguna a verle y él decía: "¡Qué gente más joven!", todo era juventud, como a las comunistas nos pintaban con rabo, pues... "Pero ahí, ¿qué clase de gente hay?". Digo: "Pues casi todas comunistas, y muchas viejas que están en otra galería".

Había viejas de toda España, ancianas, no viejas, ancianas maravillosas; había de Guadalajara, de Madrid, de Toledo, etcétera. La señora Juliana, con pena de muerte, la última que vi matar; tendría, cuando la mataron, unos setenta y dos años, y ¿las causas?, por ser roja, porque decía que en su pueblo no habían matado a nadie; han pasado allí la tira, como la abuela Picazo, que se pasó doce o catorce años y luego murió.

Bueno, pues allí, en las galerías, nos pusimos a trabajar. Hacíamos punto para ayudar a las que no tenían; daban clases las que eran maestras. A las nueve de la mañana ya estábamos en las clases. Yo tenía que trabajar para mi hijo, para las que no tenían ayuda. Muchas veces a las tres de la mañana estaba yo en el retrete haciendo punto; venía la madre Serafines y me escondía para que no me viera porque si no salías castigada o ibas a la celda. Yo me tiraba, ¡zas!, una palangana de agua, me espabilaba y, ¡hala!, para arriba a trabajar.

Había bromas entre nosotras porque tenía que haberlas; si no, ¿cómo podíamos soportar tantos años de cárcel? Las celdas eran una plaga de insectos, llenas de chinches, de ratas. Muy mal comidas, lo único que tenía era el compañerismo que hay en la cárcel, pues si se ponía una mala decían: "Que hay una enferma", y todo el mundo callaba, y si había tristeza porque había muerto alguien, lo habían fusilado, de momento te aplabas, pero no podíamos vivir así porque en aquellos años eso era

el pan de cada día; se cantaba —¡no he cantado yo pocas veces!—, estabas cantando y llorando.

En la cuarta galería había una anarquista, Justa se llamaba, y económicamente estaba muy mal. Mi paquete era una lata grande y venía muy poco, todo lo que podía mi hermana, que estaba sirviendo. Mis hermanos estaban en la cárcel, mi madre no tenía nada, mi hijo estaba con ella, tenía que pedir hasta pan; le hacían la vida imposible, le hacían subir agua a las iglesias, se la vaciaban y volvían otra vez a mandarla y así a todas las rojas; todo el mundo se fue del pueblo, mi madre se quedó allí. Bueno, vamos a lo de mi paquete. Recuerdo que una vez la familia de Justa aprovechó mi lata para echar cosas para ella. Una hermana suya trabajaba en una perfumera y metieron barras de labios, colonias y cosas para venderlas allí, en la cárcel, para ayuda de esa compañera, y me acuerdo que era el primero de mayo y las presas hacían teatro en la capilla. Dijimos: “Vamos al teatro”, y en eso que llaman: “María Valés, arriba”, y Justa me dice: “Vete, que van a hacer un registro”. Vino la madre Serafines a hacer el registro y encontró lo que había en la celda, todas esas cosas, y dice: “¿Esto es tuyo?”. “No sé de quién es”. “Por ser el uno de mayo va a irse a vivir con las ancianas”; digo: “Pues no me disgusta, ¿eh?, pero yo no le digo quién ha traído eso”. “Pues su hermana”. “No, mi hermana no”. Me bajaron a vivir con las ancianas y estuve tres meses. Estaba la mujer de Quiñones también castigada, Josefina Amalia, y un día que dejaron la cancela abierta me fui al patio, me cogió la monja y me dijo: “¿Usted qué hace en el patio? ¿No sabe que no puede salir de Ancianas?”. “Pues yo he venido a fregar mis cacharros”. “Pues ahora mismo váyase, que la voy a cortar el pelo”. “Mi pelo no lo corta nadie; mis trenzas pesan mucho, si usted me corta a mí las trenzas, yo le tiro las tocas”. “Vaya usted a su galería”. Y al rato me llaman, “María Valés, a Madres”. Me llevaron las cosas de la celda las camaradas y me fui a Madres. Cuando llegué, me vio la Topete. Como llevaba tantas notas de castigo, que después relataré, me dijo: “Usted será aquí la que sirva para voceadora”, digo: “A mí, Franco me ha encerrado para descansar y para trabajar para mi familia, pero yo no soy voceadora”.

Entré en la cárcel, me cachearon, y había camaradas: Petra Cuevas, María Sacristán, había varias, pero todas eran madres sin hijos: se habían muerto allí. Estaba Crecen, que murió tuberculosa, que había venido por las guerrillas; su marido fue fusilado quedando dos hijos a merced de quien quisiera y otro estaba en la cárcel con su madre. Por las mañanas, como se levantaba a las siete de la mañana para cantar el credo y pasaba el río tan cerca, cogían bronquitis y se morían muchísimos. Luego les daban de comer como un alpiste, con unos bichos tremendos. Nosotras, que éramos mayores, no lo podíamos comer; los niños, cuando les daban aquello, se ponían a gritar y no lo querían, y entonces, ponían un hornillo encendido, los cogían así cruzados los brazos y con el culito cerca de la lumbre; los niños daban unos gritos horrosos.

El castigo allí no eran celdas porque no había, pero te subían a una buhardilla que tenías que andar a gatas. A mí me subieron porque veía eso de los niños y no me podía aguantar. Luego llegaba la hora del rosario y decían: “A rezar”, y yo decía: “¿Yo? Yo no tengo obligación de rezar el rosario. La única obligación que tenemos es la de ir a misa los domingos, pero yo no voy al rosario”, pues, ¡hala!, castigada y no me dejaban tomar el aire. Después, María Ciriaca me propuso para sacristana. Eso



María Valés en la cárcel de Segovia, con un grupo de sus compañeras. María ya no luce sus hermosas trenzas.

me hizo. Comunista no creo que lo fuera porque no me hubiera hecho eso. Como estaba harta de estar castigada, bajé. No era para mí ese cargo y pensé lo peor. Había alrededor del altar unas columnitas para dejar el libro de misa de las funcionarias —porque las presas íbamos solo los domingos a misa—; bajé a la iglesia y tiré la columna; entonces, la funcionaria, moviendo las gafas, dijo: “Pero, ¿qué ha hecho?, ¿qué va a decir la directora?”, y la Topete: “Arriba castigada”, y me llevó a la buhardilla. Así hice para que me quitaran de sacristana.

Un día caí con bronquitis y Petra Cuevas estaba conmigo leyendo la prensa al lado de mi cama —concretamente leía *Mundo Obrero*—. Vino la funcionaria y dijo: “¿Qué están haciendo aquí?”. Entonces, Petra metió el periódico debajo del colchón. Yo, para distraerla y que no cogiera el *Mundo Obrero* le dije lo que quise: por qué no me daban el paquete y por qué no comunicaba con mi hermana... Como yo estaba enferma y tenía mucha fiebre me llevaron a la enfermería, y luego me hicieron otra trastada. Me dolía mucho la cabeza y me dijeron: “Te vamos a llevar a Yeserías para que te hagan una radiografía”. Yo se lo dije a las chicas con las que comía, porque siempre he comido en grupo; preparamos un paquete para llevarle a mi hermano (estaba recién llegado a Yeserías) y para los presos que comían con él. Y resulta que el paquete fue para mí, porque cuando bajé a la calle me encontré con mi hermana Teresa. Le habían dicho que yo estaba loca y que me llevaban a Quiñones, que era un centro psiquiátrico de presas; que ahí tenían a muchas no por locas sino por cas-

tigos; mujeres que venían de la sierra con los nervios destrozados, que venían de las guerrillas y las metían allí y si se movían les ponían inyecciones de trementina. Eso ya lo sabía yo antes de ir.

Cuando me llevaban a Yeserías, me extrañó las vueltas que daba el coche y dije: “Por aquí no se va a Yeserías”. Me dijeron: “Es que te queremos dar un paseo por Madrid”. “Tanta amabilidad me confunde”, contesté. Cuando llegué a la puerta del penal psiquiátrico de Quiñones, leí: “Clínica Psiquiátrica”, y entonces hice una escena. Como era una calle estrecha con balcones, toda la vecindad se asomaba cuando oían los coches, y cuando me agarraron entre dos, yo gritaba: “¡Lo que faltaba del fascismo, que me trajeran aquí!”. Entonces vino una compañera que también estaba castigada, Pili López —esta compañera había sufrido mucho porque habían abusado trece hombres de ella cuando la detuvieron y estaba destrozada de los nervios y de todo—, y me dijo: “María, esto no es Ventas. Aquí estamos muy solas. Cállate, que te van a poner una inyección de trementina. Aquí no se puede hacer eso”. Me lo dijo por lo bajinis.

Entré al patio y allí había locas atadas con *manoterías* y grilletes. Les ponían un plato de leche en el suelo y bebían con la lengua. Encontré a Santín, que era política, y a esta la tenían atada a un banco muy largo, y decía: “¡Ay, mis hijiños, ay mis hijiños!”, era gallega. Yo fui a desatarla y vino enseguida la monja y me dijo: “A esta no se la puede desatar; es una mujer que está loca rematada”. Y era mentira, no estaba loca. Solamente porque iba por el patio peinándose y diciendo: “¡Ay, mis hijiños!”, la castigaban.

A mí me pusieron a vivir con las locas, ¿eh? Nos dieron una bata de dril toda larga; íbamos a misa todos los domingos. En el patio había una chica rubia que había entrado reincidente. Hablé con ella, se llamaba Antoñita Sánchez. Había salido de guerra y había entrado de postguerra. Estaba peinándose en el patio y entró la monja a quitarle la silla para que fuera al rosario y la otra cogió la silla y, si la monja no corre, le da un sillazo, porque siempre se estaba metiendo con ella. Al hacer esto inmediatamente la cogieron y la metieron en celda. Y como yo sabía lo que hacían, porque había visto a las que tenían en celdas, que estaban desnudas, con unas bocas enormes llenas de sangre, y allí no se podía una acercar y ya me estaban vigilando, me subí a un banco y dije: “¿No hay compañeras aquí? ¿Vamos a consentir que a esta compañera le pase esto?”. Porque, además, tenía un consejo muy malo; iba con pena de muerte. Entonces a mí me llevaron a cargos y me quitaron de entre las locas.

Había enfermas de nervios, locas rematadas no eran, ellos las volvían locas de las inyecciones, de las duchas frías que les daban. A mí me llevaron al médico y me preguntó si me gustaba el cine. “¡Pues claro que me gusta el cine!”. “¿Y usted, por qué ha venido aquí?”. “Por una bronquitis que tenía. Por castigo de la Topete, porque no he querido ser ni voceadora ni sacristana, porque a mí, Franco, me ha metido en la cárcel, no para trabajar, yo trabajo para los que me necesitan, pero yo en la cárcel no quiero trabajar”. Y dicen que les dijo a las compañeras que estaban de enfermeras: “O está loca rematada o está cuerda”.

A los dos días nos cogieron a Pili López, a Antonia Sánchez y a Aurelia Ramos, que estaba muy mal. Entró de Gobernación toda hundida, Antonia Sánchez tuvo que sacarle la combinación incrustada en la carne con pinzas; Rosita Cremón, que era

enfermera, le sacó así la combinación. Cuando llegamos a Ventas ya respiramos porque teníamos muchas compañeras conocidas y ya habíamos estado allí. A mí me llevaron a la cuarta galería, después de la segunda, donde llevaban a todas las comunistas peligrosas, como ellos decían. Entonces llegaron unas a observación, donde metían a las del estraperlo. Nosotras estábamos pendientes de las que llegaban, y llegaron dos hijas de Florinda Puntós. Florinda tendría unos sesenta años de edad; llevaba varios encarcelada. Me pidió que la acompañara a observación; le dije que bueno, pero nos vieron las monjas. La madre Serafines nos esperó y nos dijo: “Vengan a comunicar por jueces”, y nos pasamos quince días metidas en una celda. Florinda me decía: “María, no cantes, que no salimos de aquí”; yo cantaba *La Internacional*, *La joven guardia*, lo cantaba todo, y las funcionarias no debían entender de música porque no se acercaban por allí.

En el tiempo que no estuve en Ventas, juzgaron y vinieron penadas a muerte Chon y Elvira Albelda. Esta última no tenía colchón ni nada y yo le bajé un colchón que me pasó Tomasa Cuevas. Ella lo trajo desde Segovia; se había ido trasladada de Ventas a Segovia con la preocupación de que Elvira no tenía petate y al salir en libertad vino a verme y me dijo: “O el tuyo o el mío se lo pasas a Elvira”. Le di el de Tomasa, que era de lana; el mío era de borra. Poco disfrutó del colchoncito; al poco tiempo la bajaron al sótano de penadas con el fin de fusilarla al día siguiente, pero esa noche se fugaron. Como es natural no reclamé el petate.

Había presas que estaban en el ajo, el resto nos enteramos cuando llegó la policía y nos sacaron de los petates. Nuestra galería quedó castigada no sé cuánto tiempo, no lo recuerdo, y de las fugadas nunca supe. Después hicimos una huelga de hambre. En la segunda galería las más fuertes éramos Carmen Peinado y yo, y siempre decíamos: “La que quiera mear, que lo diga y vamos con la lata”, porque al no poder ir al retrete —era una galería grande, enorme, con veintitrés o veinticuatro celdas—, las mujeres se desmayaban y no podíamos con ellas. Así nos mantuvimos ocho días; llegaba la Veneno: “Bueno, ¿vais a comer?”. “Noo”. “Pues ya comeréis y, si no, allá vosotras”, y nos ponía verdes porque no queríamos comer. Llegaban para ponernos inyecciones y les decíamos: “Póngasela usted donde sea”.

Recuerdo que la huelga fue a causa del rancho. La presa que estaba en la cocina —era común— la metieron en celdas y nosotras: pedíamos que la sacaran o seguíamos con la huelga de hambre. Ganamos nosotras: la tuvieron que sacar de celdas. No recuerdo si fue a la chivata de esta compañera de la cocina a la que se decidió darle el manteo (paliza) o a quién, pero se acordó bajar todas las galerías —éramos la cuarta, la quinta y la tercera— al patio e ir con una manta, y entonces... No fui yo sola, ¿eh?, también me ayudó Carmen Peinado. Se acordó que cuando empezáramos a jugar, se la cogería con una manta y que todas le daríamos con la zapatilla, pero no nos dimos cuenta de que el cura estaba arriba mirando por una ventana; ese es el que delató. Era una señora de unos cuarenta años, creo que se llamaba Pilar —no recuerdo—, y se le dio una gran paliza. Se la llevaron a enfermería y no pudieron sacar a las responsables. Al poco tiempo salió en libertad; toda la reclusión, por las escaleras, le gritó: “¡Chivata, chivata, chivata!”; esa fue su despedida en Ventas.

Yo tenía la manía de estar siempre con las enfermas o con las ancianas, con la abuela Picazo, con la Julianilla, y no me daba cuenta de cuándo sonaba el claxon para contar y siempre llegaba tarde. Un día, no sé quién estaba grave en la enfermería que

fui a verla; tenía un tumor blanco en la rodilla. El médico se llamaba don Modesto; me acuerdo porque cuando tenía a mi hermano operado en Yeserías, bajaba a preguntarle: “Don Modesto, ¿cómo está el recluso Pablo Valés Santos?”, y con esta disculpa me quedaba en enfermería. Rosi Cremón estaba con él; era una enfermera muy maja, cayó de postguerra.

Operaron a nuestra compañera del tumor blanco, pero murió. Sufría tanto que me daba pena dejarla sola. Venía la monja a contar a la enfermería y yo me metía debajo de la cama para que no me cogiese; cuando salía, ya habían contado en mi galería y ya sabían que faltaba María Valés. Entonces me cogía la Drácula, otra funcionaria que era malísima, y lo hacía aposta para cogerme, y ya toda la galería donde vivía tenía las manos en la cabeza: “¡Ay, otro castigo!”. La Drácula me preguntaba: “¿De dónde vienes?”. “Pues de enfermería” —yo decía la verdad—. “¿Por qué no has estado en el recuento?”. “Porque me ha cogido la otra monja y me ha tenido allí en enfermería, por eso no he podido venir”. “Bueno, pues castigada”. Quince o veinte días sin paquete o sin comunicación, a celda, lo que fuera, pero siempre castigada. ¡Pero yo no hacía ninguna cosa mala!, yo me iba todos los días a ver a las enfermas.

Otro día me llaman: “María Valés, abajo. Viene una monja a verla y le he dicho que usted no quiere ver monjas porque usted piensa de otra manera... ¿Tiene usted alguna prima?”. “Pues sí, tengo una prima, ella en su camino y yo en el mío”. “Entonces, ¿no le importa verla?”. (Es la única persona de mi familia que vino a verme, sin contar a mis hermanos y mi madre). Le dicen: “Ahí las dejo para rezar”, y la monja respondió: “Pues no, yo a mi prima no la haré rezar porque a lo mejor soy yo la equivocada”, y yo aproveché para decirle: “Ha venido mi madre enferma y arrastrada y nunca han dejado que nos veamos más que a través de dos telas metálicas y dos rejas”.

Como tenía tantos castigos, salió una expedición y salí en ella. Nos llevaron a Larrinaga (Bilbao); al otro día nos sacaron para Amorebieta. La cárcel de Larrinaga era fea, muy fea. Después de salir de la cárcel he atendido a muchos presos y sé cómo es, pues llevo viviendo en el País Vasco, en Eibar, veintinueve años.

En Amorebieta me llevaron a un colegio de frailes donde estaba el padre Leandro. En la expedición iba alguna maestra, Lola Molina, Otero, Florinda Puntós, Valeriana Barriocanal, Julia Vigre, que era socialista, la Romeral y me parece que también iba Carmen Vizuete; íbamos un montón de castigadas. El director me dijo: “Según su comportamiento se quedará aquí; si no irá a Canarias”. Yo le contesté: “Ah!, pues así compararé plátanos”.

Me bajan a la ducha, salgo al patio sin conocer la cárcel ni deshacer mi petate; vi a Josefina Amalia, que la tenían castigada, la vi meter la cabeza por una ventana y le tiré un beso con la mano, y dice la monja: “Usted ha levantado el puño”. “Yo no he levantado el puño; para transmitir mis sentimientos, no me hace falta levantar el puño”. “Usted ha levantado el puño”, insiste y da parte al director. Y con el pelo, que tenía un metro de largo, chorreando, me meten en celda; había cama y la sacaron, y la trampilla por donde metían el alpiste (el rancho), que era una porquería de comida, la cerraron, y me dejaron con el peine y la toalla, nada más. Hicieron cacheo en el petate y sacaron una navajita, tijeras, de todo sacaron. “Y esto, ¿quién se lo ha dado?”. “Me lo dio una reclusa que salió en libertad” —no di el nombre—. Vino el

subdirector amenazándome: “Usted, según su comportamiento, no saldrá, porque trae malas notas...”, y dije yo: “Traeré las que quiera, pero yo no he hecho ninguna cosa mala”. Me dejaron en la celda donde no se oía nada más que agua; había una ventana toda tapiada, no veía a nadie ni cuando entraban el alpiste. Cuando me sacaron de la celda salí medio ciega.

Subimos arriba, nos encerraron en una galería especial que tenían y estuvimos otro mes. La monja quería hacernos rezar el rosario y al no lograrlo se enrabiaba, era muy mala. Estaba a partir un piñón con el padre Leandro. Esta monja, que se llamaba Felisa, se cansó de nosotras y nos mandaron a Segovia. Nos llevaron andando a la estación a todo el grupo que vinimos castigadas de Ventas, y en Bilbao tuvimos que hacer cambio de estación. También andando, pasamos por muchas calles. A los niños les decíamos que éramos presas políticas, que habíamos estado en la cárcel de Ventas y veníamos de Amorebieta, y decían: “¡Hale, que ahora no miran los guardias, escápanse, márchense!”. Pasó Florinda por delante de la casa de una tía suya y empezó: “¡Tía, tía!”, y los guardias dándonos con la culata en la espalda para que nos calláramos, pero el escándalo que formamos no fue malo. Al tren subieron presos políticos y nos advirtieron: “Ustedes no tienen que hablar con los presos”, pero nos dejaron hablar y cantamos canciones de la cárcel.

Llegamos a Segovia y allí nos quitaron las cosas; las tuvimos quince días en desinfección. Entramos a vivir con la reclusión política; eran casi todas de Ventas. Estaba Maruja Salvo, Antoñita, la Uribe, Paquita, que yo conviví con ella y con Manolita del Arco y Carmen Vizuete, Toledano, Chon, las maestras que vinieron con nosotras, Molina y Otero. Había una galería enorme, la segunda, y entonces ya empezaron a hacer selecciones. Hubo un cacheo muy grande y bajaron a las políticas al patio; algunas nos hicimos las enfermas.

Yo me quedé en la segunda galería, en el petate, y se bajaron todas al patio para hacer el cacheo. Yo dije que me sentía mal y que no podía bajar. Sabía dónde estaban escondidos el *cemento* y el *pan duro* (la prensa clandestina) y algunas cosas más. Cuando ya estaban en el patio, antes de entrar las funcionarias, cogí aquello, lo metí en un paquete, lo até y, por la ventana, lo eché al patio. También estaban María Luisa Quesada, Lolita Burgalada y Cinta. Aquello se salvó.

Después tuvimos la huelga de hambre. Esta fue famosa y ya tendrás testimonios de lo que pasó. Nos pegaron, nos maltrataron... nos metieron en celdas pegándonos con porras. El director mismo y el subdirector se ponían con los brazos abiertos: “¡Cállense, cállense!”. “Eso es lo que nos faltaba de los fascistas, que nos metieran a palos en las celdas”, esas voces se oían. Ya en las celdas, se gritaba de todo, había nerviosismo. Alguien, no sé quién, empezó a cantar; teníamos palos, pero también moral. Estuve con Maruja Valdeolivas, con Chelo García y con Cecilia Cerdeño. Como todavía estábamos sin comer, había un hambre espantosa. Recordó que en una ventana había peladuras de naranjas secas y nos las comimos. Con las uñas sacábamos cal de la pared y nos las tomábamos con el agua.

Esa huelga, en mi opinión, terminó con un triunfo para las reclusas, aunque varias quedamos en celdas algunos meses, pero Merche siguió el mismo régimen de celda y ni a ella ni a ninguna nos hicieron expediente y a las que quedamos en celda nos dieron nuestros petates y ropas.

Después, en el año 48, hubo otro castigo a causa de otro cacheo. Creo que fue en la galería segunda, pues yo estaba en celda aislada. Estábamos como “comunistas peligrosas”, eso decían. Bueno, en un cojín con el que Santi, la asturiana, fregaba la galería, alguien escondió materiales políticos del Partido, de toda la organización, porque durante todos los años que yo he estado en la cárcel, en todos los sitios, estaba la organización del Partido; se leía *Mundo Obrero* y se leía el periódico; estábamos divididas por *ces* y siempre se ha trabajado. Encontraron estos materiales y llamaron a la gente a declarar con el director general de Prisiones. Solo llamaron de galerías y yo pensé: “Ah, pues de eso estoy a salvo”, y como yo, muchas que estábamos en celdas. Entonces vino la funcionaria, que la llamábamos *Aguilita*, y me dijo: “María, está usted bajo una cruz roja apuntada”. “Pues yo estoy tranquila porque estoy en celda...”. Ya después de llamar a todas las galerías, metieron en celda a Lola Molina y a Otero, y me llamaron a mí de las últimas. Me bajaron donde el director; estaba toda la jerarquía de la prisión, el inspector de prisiones, el secretario y no sé cuántos más, y solo me preguntaron esto: “Usted nos va a decir por qué no está de acuerdo con la política que hay en la cárcel”. Así fue: “Me tiene que decir quién ha escrito esto y esto”. Dije: “Yo no sé lo que me dice usted”, y gritando, insistió: “Usted me tiene que decir quién ha metido esto...”. Repetí: “Yo no sé lo que me dice usted”, y le grité porque él me había gritado a mí. “A celda”, mandó. Aunque en el Partido tuviéramos nuestras diferencias políticas, que discutíamos como comunistas, aunque lo hubiera sabido, ¡a él le iba yo a dar ningún dato de mis compañeras!, ¡valientes cabrones! Y en celda estuvimos un año metidas las tres.

Hubo muchísimas cosas. Me acuerdo que una vez me dieron una comida con bichos, y dije: “¡Vaya lo que nos da Jaimito!” —porque decían que venía el Rey, cosas de estas que corrían por las cárceles—. “Nos da bichos por comida”, y salta Florinda: “Y ¿qué quieres que te dé si son fascistas?”. Entonces nos llevaron al centro y también nos incomunicaron. Solamente estuvimos quince días.

Yo era muy rebelde y he hecho sufrir a las camaradas. Otro día estaba leyendo. ¡Qué sé yo lo que leía con aquella miaja de luz!, pero si me quitaba la vista para hacer punto, también me la podía quitar para leer un poco. Llegan las tres de la mañana con unos ruidos, abriendo puertas, ¡plas, plas!, y digo yo: “Bueno, a ver qué pasa, el sueño del recluso debe ser un poco respetado”, y era *la Máscara de Fu Man Chu*, como la llamábamos, una funcionaria que era muy mala. Empezó a gritos y todo el mundo callado; las compañeras me tiraron del petate, que teníamos dos ladrillos para cada una, y dice: “Cállate”. Al día siguiente, el Partido me dijo que no saliera si la funcionaria decía algo, a ver si pasaba aquello. Pero cuando nos formaron a las ocho de la mañana: “Formen ustedes. A ver la chula esa que ha dicho que yo me calle. ¡A una funcionaria! Que salga, que dé un paso al frente”. Como habían dicho que no saliera, no decía nada, pero cuando vi que quedaba castigada toda la galería, dije: “Servidora”, y también me bajaron a celda y me castigaron por decir aquello. Total, no dije más que eso, y era verdad, que daban unos portazos y hacían unos ruidos, que yo no podía callar y que tuvieran castigada a la reclusión por mí.

Bueno, otro mes aislada de la reclusión, aunque cuando estábamos en celdas surgían cosas muy emocionantes. A las doce de la noche del día 14 de abril, el día de la República, daban doce golpecitos encima de mi celda, porque había otras celdas arriba, y bajaban un *ascensor* (así llamábamos a una cuerda con un paquete). Había una

ventana muy pequeña pero muy alta y solo tenía la colchoneta y una pequeña tabla, pero muy pequeña, donde estaba la ventana. Yo tenía que subir una pierna allí y poner la otra en el petate y, claro, se bajaba el petate y caía al suelo; no podía subir. “Pues yo tengo que coger el ascensor ese que mandan”; en eso venía la funcionaria y yo me ponía a bailar delante del chivato, y le decía: “¿Qué quiere?”, cogía el peine y me ponía a peinarme, y me decía: “¿Qué, vas a la ópera?”. “No, ahora no puedo ir, pero ya se quedará usted algún día y yo iré a la ópera, porque aquí no voy a estar siempre”. Se marchaba la funcionaria y volvía a mis trajines; yo quería coger el paquete no por la comida sino por lo que traía dentro: un informe con las novedades que hubiera, y muchas veces llegaba a cogerlo.

Un primero de mayo estaba en celda y no me faltó una noticia, un trocito de pollo y alguna cosita. Otro día estando en celda se dejaron la puerta abierta y salí a la galería, me vieron las camaradas y me echaron un paquete de rosquillas riquísimas. Solo llegué a comer una, seguramente me vieron, vino el cacheo y se las llevaron todas; con todo el dolor de mi corazón. Las comunes que estaban trabajando me echaban por el chivato lapiceros, y yo escribía en mi celda cosas, consignas de la Pasionaria, del uno, del otro; ahora no me acuerdo más que de una: “Más vale morir de pie que vivir de rodillas”, esa no se olvidará jamás. El cura y la directora llegaban a hacerme la visita cuando me daban el rancho, que se ponía de caldo y algarrobas, de esas que echan a las mulas, más duras que piedras, pero como yo estaba todo el día en cama, no tenía libros, no tenía punto, no tenía nada que hacer... unas veces tomaba un poquito de caldo y otras lo tiraba al retrete. Me decía el cura: “Aquí en esta celda he tenido yo comunistas de acción y se han puesto tuberculosos y no han hecho lo que esta mujer”. Yo decía: “Pues todos los comunistas somos de acción”. “¿Quién le mete los lapiceros?”. “Me los da mi pelo”. Entonces me levantan de la cama, me abrían todo el pelo, llamaba a la Máscara de Fu Man Chu, ese monstruo, y con un gancho daba por toda la pared y no encontraba los lapiceros; tenía una piel de cordero que también abrían, y nada. ¡En la boca escondía yo los lapiceros!; en el retrete metía la funcionaria la mano. Yo la gozaba de verla. Algunas veces los tiraba por la ventana cuando sentía que venían.

Los domingos, cuando llamaban para misa, me abrían la celda y me decían: “A misa”, y yo les decía: “Yo ya estoy en misa”. Nunca salía aunque estuviera en celda. Cuando salí, en vez de subirme a la reclusión, como era mi derecho, me llevaron a presencia del director y me decía: “Ah, pues no sales muy mal, ¿eh?, sales más delgada pero no estás mal”.

Fui a celda por algo tan ingrato... Tenían que llevarme a mi hijo pero el pobrecito tenía los pantalones tan raídos que a mi hermana le daba pena llevármelo así. Ya te acordarás tú, Tomasa, las trenzas que yo tenía, pues me corté el pelo y mi hermana lo vendió y le compró un traje, aprovecharon que tenía traje nuevo para que hiciera la comunión Luis; mandaron la foto a la prisión, nunca me habían llamado al centro y ese día oígo que llaman: “María Valés, al centro”. Ya creían las compañeras que me iban a castigar, y no, fue para enseñarme la foto de mi hijo y para dármele, y me dice la funcionaria: “¿Usted ve esta foto?”. “Sí, es mi hijo y está muy guapo... pero con esos colgajos no me gusta”; el rosario, el libro y no sé que más. Era así, no lo podía remediar. “¿Usted sabe lo que está diciendo?”, con la mirada me fulminaba. “¡A la celda!”. ¡Pues a celda otra vez!

Las compañeras no se habían equivocado y yo me lo pasaba bomba porque cantaba todas las canciones: *La Internacional*, *De Leningrado a Siberia*, la *Marcha fúnebre* y desde arriba, desde las otras celdas, me decían: “Guapa, cállate que te van a castigar más”. Pero ya no me podían castigar más; ellos se daban el gusto de tenerme en celda y yo de contestarles.

Me dio rabia aquello y le dije a mi hermana: “Para eso yo no me corté el pelo, para que hiciera la comunión Luis”. Fue mi suegra la que me hizo eso, porque mi hermana dijo que como no tenía traje... Pero no me castigaron a mí sola. Mi hijo, cuando entró en la cárcel y me vio sin mis trenzas, me miró de un modo raro y al fin me dijo: “Mamá, mis trenzas, ¿qué has hecho de mis trenzas? Eran más”. Él lloró y yo también. La criatura no sabía para qué habían servido las trenzas de su madre.

Era muy guapo mi hijo, siempre que entraba a la prisión me decían las compañeras que las avisara (porque Luis era ejemplar), lo llevaban por las galerías y le daban turrón, dinero, y nunca lo quiso coger Luis. Decía: “Para vosotras, que no tenéis nada”. Un día de los que entró —no era el día de los niños, se confundió mi hermana y lo trajo un día antes—, pero había una funcionaria que era de las pocas humanas, y dijo que se quedara para el día siguiente, pero Luis dijo: “Ah, mamá, yo te quiero mucho, pero no me quedo aquí, en esta casa tan fea”, porque yo le enseñaba las celdas donde estuvo su madre muchas veces y otras compañeras. Decía: “Yo no me quedo mamá, yo te quiero muchísimo, pero mañana vengo y entro otra vez, no me quedo”, y yo lloraba y decía: “Mi hijo no me quiere”. Siempre que entraba Luis yo me ponía moralmente enferma y él, me lo contaba mi hermana, salía y estaba un mes llorando, y no lloraba como los niños, lloraba en silencio.

Un día en Ventas, una compañera, Antonia Sánchez, que no tenía a nadie, ni visitas, ni le mandaban nada, y era reincidente por segunda vez, se encontraba en la enfermería mala; la dejaron destrozada en Gobernación, y a esta compañera le mandé yo al niño para que se animara un poco, pero la Veneno no lo dejó regresar conmigo y cuando sacaban a Luis salí a la galería a verle desde la escalera y llorando en silencio decía: “Tú, mamá, no llores, ¿eh?, te quiero mucho”, él desde abajo y yo desde arriba, se ve que me vio llorar y me decía: “Tú, mamá, no llores, que yo no lloro”, y le caían unos lagrimones horribles, pero no me dejaron acercarme a él.

Hay otro episodio de la Veneno también en Ventas. Me acuerdo que habíamos bajado a la galería de las ancianas, siempre les llevábamos las noticias que había, algunas eran ciertas, otras eran *bulos petate* pero nuestras viejecitas se quedaban muy contentas. Íbamos Tomasa Cuevas y yo, y la Veneno nos cogió en la escalera de la tercera y cuarta galería derecha. Yo podía entrar en mi galería, la cuarta, pero Tomasa tenía que esperar a que abrieran la tercera, porque esa galería estaba *chapada* (siempre cerrada) y nos dice: “Oíd, oíd, pajaritos en celo, venid aquí”, y no bajamos, queríamos que nos abrieran la galería, entonces le dije yo: “Nosotras somos mujeres, eso de pajaritos en celo dígaselo a las monjas”, yo creo que fue así; porque sabíamos todas las porquerías de las monjas, ¡no hemos visto pocas cosas en las cárceles!, ¿eh? Me hizo bajar, y como yo entonces era una mujer fuerte y alta, y era joven... ella era un renacuajo y muy mala, decía que “sus narices no se habían juntado con los hombres”, esas eran sus palabras, ¡y unas barbaridades...! Ella era la que nos hacía los cacheos; la que nos quitaba las tijeras y las agujas, la que nos hacía la vida

imposible... ella, la madre Serafines y la Drácula eran las peores. Bueno, pues me hizo bajar unos escalones, ella subió los que yo había bajado y entonces me dio dos tortas enormes. A Tomasa le dijo que le iba a dar una patada que le iba a meter el zapato en el culo. Era así, muy mala y con muy mala lengua.

Como han pasado tantos años y tantas cosas, quedará mucho por decir.

Mi madre me mandaba a mi hijo el día de la Merced. Un día entró Luis a la cárcel de Ventas, estaba hecho un paleta; lo dejé pequeñito. Entraba desde el rastrillo corriendo y se tiraba a mí. Había una chica en mi celda que se llamaba Carmen Machado, que llevaba unas trenzas larguísimas, era muy mona, parecía una cría, y entró Luis y dijo a Carmen: "Oye, ¿cómo es que a ti te han dejado entrar, si eres ya muy mayor?".

"¡Si yo soy reclusa!", y dijo Luis: "Pues ahora te voy a cantar un cantar de mi pueblo". Y empezó:

Las chicas de mi pueblo
se han comprado una romana
para pesarse las tetas
dos días a la semana.

Digo yo: "Pero Luis, ¿qué dices?". No tenía picardía...

Después subimos a la celda y a otras galerías, a la cuarta, primera y segunda, donde estaba el taller de bordado; después la Veneno ya se encargó de hacer lo demás, era la encargada de subir a los niños, llamaba desde la galería y decía: "¡A ver, los niños, que ya se les ha terminado estar con las madres!", y mi Luis decía: "Mamá, ¿por qué no te vienes conmigo? Les damos unas patadas a las funcionarias y nos vamos". Cuando lo sacaba iba quitándose las lágrimas como un mayor, me quedaba deshecha.

Yo en la cárcel no he estado nunca enferma, moralmente sí que sufría, por mi hijo, por los míos y sobre todo por los cuadros tan penosos que se veían entre las compañeras. Había muchas enfermas y había que trabajar para ellas; estábamos hasta las tres de la mañana con una luz pegada en la pared, con una cantidad de hierros que tenía puesta la luz... Nos entraron trabajos para la Mariquita Pérez, guantes y calcetines.

Éramos tres compañeras, nos llevábamos bien. Una no tenía nada, Tomasa Cuevas estaba que parecía un palillo de dientes, sin comer, no tenía paquete ni nada; y Primitiva Paniagua, a esta le mandaban algo. Nos metían trabajo de la calle. Yo comenzaba los calcetines por la punta y Tomasa Cuevas los terminaba. Pero no era para nosotras lo que ganábamos; era para las ancianas o para las presas que venían de las guerrillas y que no tenían quién les diera nada porque les habían fusilado a los maridos, no sabían nada de sus hijos, no tenían nada, y nosotras teníamos que coger lo más necesario del economato, sobre todo para la higiene y para escribir a la familia. Nosotras bajábamos por sellos y lo necesario para las ancianas. Aquellos primeros años fueron muy malos. Mi hermana traía paquete y se componía de pan y un poco de carne de membrillo y lloraba, me decía: "No puedo darte más". "Yo nada te pido, Teresa, ni a madre tampoco, tiene otros dos hijos en la cárcel, y a mi hijo, y te saco las labores para que las vendas y ayudes a los demás, pero yo no te pido nada".

Un día la encontró llorando Lola, le preguntó qué tenía y le dijo: “Vengo a comunicar y no traigo nada a mi hermana y a Tomasa” (yo formaba parte de esa familia). “Toma estas cinco pesetas, ya me las devolverás”. Compró lo que pudo y nos lo pasó.

En la cárcel existían cosas... Todas las que tenían paquetes buenos, fueran de ayuda o no fueran, estaban unidas. En la tercera galería derecha dos o tres celdas eran de la dirección (en la cárcel), celdas que eran tabú. En la base, que se contaban por miles, se pasaba mucha hambre y siempre pendientes de que les dieran rancho para meter en el estómago ración doble.

Una maestra que había que estaba de responsable en la C, me dijo: “María, te van a decir que eres trotskista”. “Pero ¿por qué iba a ser yo trotskista?, ¿por no ir a la escuela?”. Yo sabía poner mi nombre, pero yo tenía que trabajar y no podía ir a clases. Para seguir viviendo, no nosotras, ¿eh?, por las noches cuando cerraban la cancela era quemarme la retina porque apenas había luz, y en Madrid no ha pasado como en el País Vasco, que te ayudaban sin preocuparse si éramos de arriba o de abajo. Ventas era la cárcel del centro de España y el Partido conocía a las responsables y de una forma u otra la ayuda llegaba, pero lo que no podía saber el Partido es que no salía de un sector. Pero estas señoras, que una era responsable y ya venía de otra cárcel donde se había tragado el *bonato* (catecismo), aún decía a las demás que teníamos que estudiar el catecismo, que yo la mandé a paseo y le dije que no había entrado en la cárcel para eso, y estas señoras vendían el pan y se hacían fregar la celda... y se llamaban comunistas y eran responsables. Estas eran las que vivían, no les faltaba de nada, había compañeras que venían de segunda vez que eran muy buenas compañeras y no les hacían ni caso, como Aurelia Ramos, que estaba enferma del vientre, como Antoñita Sánchez, Tomasa Cuevas, que había llegado del penal hecha un asco; la Paniagua tenía comida pero la daba toda y trabajaba para sacar labores a su cuñada, que la había tenido desde pequeña con ella. Como tenían paquetes podían estudiar y algunas han salido con el Bachiller, pero las demás no hemos salido con nada, pero eso es igual, a mí no me importa.

Una que era de mi expediente y yo no la conocía: esta señora vivía a cuenta de las demás, pero de trabajar políticamente cero. Pero a mí no me engañaba, y le dije: “Estáis llevando el Partido al caos, pero yo no os doy ninguna paliza, porque se va a reír el enemigo”. Se lo dije a la cara. La responsable de mi celda y esa fueron las que con mi nombre (siempre hay quien carga con el mochuelo), llevaron un malestar en la prisión; decían que yo había llevado a las galerías la política trotskista, pero allí se armó una... No lo podían demostrar porque no era así, yo lo había planteado en la dirección del Partido. No encontraba justo que estuvieran juntas todas las que tenían paquete y además que tuvieran a una que le daban el rancho a cambio de que fregara la celda. Eso lo llevaba yo a las reuniones siempre, porque a mí no me parecía que eso estuviera bien, y vender el pan porque les sobraba, con todo el hambre que había, la abuela Flor, de la galería de ancianas, subía a las celdas buscando cáscaras de naranja o de plátanos... Eso yo lo afeaba muchísimo y lo llevaba a las *ces* y por eso me cogían manía, pero yo veía mal ese comportamiento y no me callaba; a las que veían un poco listas o que eran próximas a la dirección, para aquellas habían clases. Tú, Tomasa, ya no estabas en todo esto.

Luego ya se empezaron a dar clases en los petates a las nueve de la mañana, pero claro, había un problema: las que tenían familias que les mandaban podían estudiar, pero las que teníamos una familia a la que no podíamos agobiar, no teníamos tiempo porque nosotros éramos tres presos y a la madre no se le podía pedir nada. Era mi hermana la que nos sostenía a los tres.

Yo era una de las que iba a tomar clases, recogía los apuntes, pero después para estudiar, ¿cómo estudiaba?... Entonces Pacita empezó a dar clases en las galerías, en el año 45 sería, y me decía: "Tú vales para estudiar", porque asimilaba muy bien las cosas, pero como tenía que ayudar a las necesitadas, que ni tenían mantas, al Partido, a mi casa y a las ancianas... En resumidas cuentas, no te quedaba tiempo para nada.

Además estaban las protegidas. Si había alguien en la cocina que podía subir algo... era para ellas. Para nosotras no había nunca nada. Las de la sierra que no sabían leer ni escribir aprendieron pronto a hacer labores para poder comprar en el economato lo más necesario. Yo, por lo menos poner mi nombre ya sabía, aprendí algo más en la cárcel, poco, pero aprendí. Luego ya me iba a los petates a trabajar, que trabajábamos diez o doce para una tienda. Después que te marchaste. Tú llegaste a bordar jerseys y cosas para la Ondarreta, cuando estabas clandestina en Madrid. Mi hermana se encargaba de entregar el trabajo y nos metía el dinero. Se mandaban labores de muchísimo valor y luego nos llegaba una miseria siempre con alguna excusa, o que no les llegaban, que lo habían mandado al extranjero... y nos quedábamos sin cobrar. Pero había quien vivía mejor dentro de la cárcel, lo que pasa es que había una moral muy grande y a mí eso me daba de espaldas.

Estuve con Alicia Palacio, madre, y Alicia Martínez, hija, que al padre lo tenían en Burgos. Era dentista, no tenían nada, solo el rancho pelado, y estaba otra compañera, F. P., en la celda, que tenía unos paquetes estupendos y estas mujeres siempre eran de admirar, porque nunca pidieron nada y eran unas señoras educadas y acostumbradas a vivir con calefacción central y no tenían más que el petate y pocas mantas; las veías hacer su petate, fregar la celda, porque allí las fregábamos según nos correspondía y cuando llegaba la hora del rancho cada una cogía su plato, las cuatro que éramos. Antes habíamos sido once por celda, que representaba ladrillo y medio por cada una, luego ya fueron llevando a los penales y saliendo las de los seis años; otras fueron muriendo; otras morían en las tapias del cementerio del Este, y nos quedamos cuatro por celda.

Las Alicia's no tenían nada pero en su celda había esa camarada F. P., que un día se rodeó con un cesto de mimbre. Le habían traído un paquete con kilos de fruta y queso, de todo; se lo puso a su lado como una marquesa, con un buen abrigo y un buen gorro se ponía a comer tan tranquila. Aquellas mujeres se comieron el rancho y se marcharon de la celda. Yo de hambre no las he visto quejarse nunca. Siempre estaban tristes. Le mataron durante la guerra a dos hijos que habían terminado la carrera de médico y dentista; los mataron en La Granja, los ataron a unos pesebres de caballos, los torturaron y luego los fusilaron, pero después de casi matarlos a palos; a esas mujeres nunca se les vio llorar. La madre no lo sabía, a mí me lo contó la hija, y siempre las he visto resignadas. En todas las huelgas, en todo lo que se hacía dentro del Partido, ellas estaban presentes. Me contaron cosas de Pasionaria, que en el 31 la

detuvieron y la metieron a convivir con las *piculinas* (prostitutas) y se las ganó; Alicia iba a llevarle comida, con su hija Alicia, que era muy pequeña, y a comunicar; y luego, cuando fue detenida en el 34, también.

Tenía unos nervios bien templados, se los sabía dominar, porque a veces se le notaba en la cara que se indignaba por muchas cosas que sucedían dentro de la prisión. Alicia nunca se quejó de nada. Salió antes que yo; no las he visto porque yo me vine a este País Vasco y ya perdí contacto. Creo que Alicia madre y el marido han muerto, pero he de ir a ver a la hija, que vive. Las Alicia era una persona muy buenas, que lucharon en la cárcel y estuvieron siempre en el petate con dignidad.

Crescencia Monje, que entró de la sierra sin saber leer ni escribir, pero listísima, ¿eh?, perdió al marido. En Madres estuve con ella; era una serrana estupenda que quería mucho al Partido, aprendió a escribir, aunque no correctamente, en quince días y se le ayudó, se le ayudó moral y materialmente porque no tenía nada; luego apareció una hermana y le ayudaba. Allí perdió un hijo y al salir de la cárcel, como tenía dos más, los tuvo que meter en los colegios de los pobres. Le echaron las monjas el ojo a una de las hijas y esa se le hizo monja. Cuando salió en libertad se colocó con mi hermana Teresa, estaban sirviendo las dos juntas, después se colocó en un banco para la limpieza y pudo vivir con su hijo en una casa barata, con muchos sacrificios. Se puso enferma y la llevaron a la Residencia de la Paz. Murió de cáncer, ese fue su fin.

Yo continué en la cárcel trabajando y ya llegó mi libertad, pero cuando llegó a la cárcel la mandaron al patronato y creo que por los castigos me quitaron la libertad condicional. Cuando llegué a Madrid me presenté a las Salesas, me hicieron presentarme en varios sitios y me puse a trabajar. Cuando salí me dieron quince días para ir al pueblo a ver a mi madre y a buscar a mi Luis. Fui en bicicleta, me llevó mi hermano, fíjate, ¡con lo que yo pesaba y en bicicleta! Me acuerdo que llegué a las doce de la noche y Luis estaba en la cama y bajó, parece que lo estoy viendo, ¡tan delgado como estaba!, se abrazó a mí y a los quince días tuve que regresar a Madrid. Él vivía en casa de mi suegra, pero al enterarme de que vivía mi marido, casado con otra y con hijos, me fui de su casa, me puse a servir y me permitían tener a mi hijo.

Yo hacía laborcitas para ayudar, me avisaban de Segovia para advertirme que salían presas, las admitía, si no estaban los señores las atendía mejor, y si no pedía permiso para llevarlas a un sitio u otro; luego ya viniste tú al poco de salir yo de la cárcel. Viniste a O'Donnell número 35, y me hablaste del Partido y de continuar en la medida de mis posibilidades y me presenté donde me dijiste porque era mi deber de comunista. Luis me dijo: "Mamá no te metas en nada, por favor —lloraba— no te metas en nada, que yo he sufrido mucho". Luis continuaba en el colegio, yo hacía pañuelos, escribía a los presos de Ocaña, a Segovia... A verlos no dejaban ir, me lo tenían prohibido; me seguía presentando a las comisarías donde me decían, unas veces en un sitio y otras en otro.

En esta casa que servía, tuvieron que hacer obras y porque delante de los obreros dije *jolines* me tuve que marchar; me dijo que eso de *jolines* lo dijese a los de mi clase, y le dije: "¿De qué clase es usted?", y me marché. Entonces cogimos un piso en Hermosilla; era para dos y vivíamos mi hermana Teresa, Luis, Margarita y yo. Me puse a trabajar de planchadora por mediación de una agencia. Vinieron presos

políticos del Puerto de Santa María y otros penales, se les atendía y seguía trabajando, hacía horas en otros sitios y así seguí sacando a Luis. Escribía cartas a los presos y al Partido no le faltaba mi cuota todos los meses.

Un día, por un error de la agencia, no estuve donde me mandaron y precisamente ese día, la policía fue a hacerme una visita, ni la agencia ni mi hermana sabían dónde estaba, la policía me buscaba. Mi hermana tenía un pánico, Luis llorando... ya creían todos que estaba detenida. Al día siguiente fui a presentarme acompañada de mi hermana en la Dirección General de Seguridad; aquello era un vivero de víboras. Mi hermana tenía un miedo espantoso; nos pasaron por unos pasillos muy largos y yo también tenía un miedo terrible. Total que era solo para preguntarme dónde trabajaba; les dije que un día iba a un sitio y otro día a otro y así iba sacando a mi hijo adelante. Era solo para saber de qué vivía, que si el Socorro Rojo me daba algo... Había muchas detenciones en aquellos tiempos, era en el 51, y la policía nos hacía la vida imposible a las ya fichadas. Mi hijo, que había terminado la escuela, no encontraba un trabajo decente con el que me pudiera ayudar. Mi hermano, que estaba desterrado en el País Vasco, fue a ver a mi madre, lo apedrearon y le hicieron salir del pueblo. Pasó por Madrid. Luis estaba tan descontento que mi hermano le dijo: "Vente conmigo". Y me dijo: "Mamá, me voy". Yo me quedé un año más en Madrid trabajando para subsistir, y en ayuda de represaliados, presos y ex presos.

El marido de Alfonsa Sánchez estaba tuberculoso y yo iba a ayudarlo. Su mujer estaba en la cárcel. Un médico que salió de Burgos me ayudó y lo metimos en un sanatorio donde murió.

Pese a mi vida llena de trabajo, lloraba, me añoraba de Luis y me dijeron que me marchara yo también. Me fui al País Vasco con mis hermanos y mi hijo. Trabajaba en casa, hacía punto, jerseys, chaquetas, y empecé la lucha aquí otra vez, con camaradas que salían de la cárcel con los represaliados y los presos a través del penal de Burgos, que estaba Ortiz, Chupitea, y ayudábamos a estas familias. Víctor Aramberry también, y me hablaron de Miguel, que estaba en Burgos, y de Tomasa. Fui y pude entrar a comunicar con ella. Otras veces iba yo sola a la cárcel de Burgos.

Aquí sosteníamos una lucha continua; cuando no caía uno, caía otro, por organización, por traer prensa, por ayudar a los presos, por ayudar a las familias, porque las madres se quedaban sin sus hijos y las esposas sin sus maridos.

A Burgos me gustaba ir, me encontraba con compañeros estupendos, los padres y hermana de Vicente Cazcarra de Zaragoza. Encontré allí a Soledad Real, que iba a ver a su marido. A mí no me dejaban ver a Miguel ni a Chupitea ni a ninguno. Pero una de las veces que no fue Tomasa sí que me dejaron verlo. Recuerdo que me dijeron al pedir la comunicación como cuñado: "Oiga, que usted no es familiar". Y les dije: "Quiero hablar con el director", y pasé a su despacho. Él, muy "simpático" me dijo: "Siéntese aquí, señora, y vamos a hablar. Usted no es de su familia". "Pues no, no soy de su familia pero estoy criada en Madrid con él desde pequeños y quisiera que me lo dejara usted ver". "Bueno, de acuerdo, pero ¿por qué mienten?". "Si nosotros mentimos es porque ustedes nos hacen mentir". Me dejó verlo, hablé con él entre dos rejas y los guardianes me dijeron que por ellos podíamos hablar lo que quisiéramos. Y así fue. Cuando vine a casa me dice Luis: "Pero mamá, ¿cómo vienes tan pronto". Yo iba contentísima. "Pues porque no estaba Tomasa y he visto a Miguel y mañana ya no me dejan verlo".

A los dos días de llegar de Burgos, tuve que salir a San Sebastián, Luis no sabía nada y me encontré a un amigo suyo: “Pero, María, ¿qué hace usted en San Sebastián?”. Yo llevaba un muñeco que medía un metro, lleno de *caca* (propaganda); yo no lo sabía, me lo dieron porque al enlace le venían pisando los talones esa noche. Cuando llegué en vez de ir a casa en autobús fui en tren porque esa noche hubo detenciones a mansalva. Detuvieron a treinta y uno en el País Vasco, en Vega, San Sebastián, Eibar, Durango, Bilbao; aquí cayó Claudio, su madre iba a verlo, yo me quedaba en su casa a cuidar de la familia, estuve también a punto de caer, pero tuve mucha suerte; se portaron bien pese a los palos... Total, que estuvieron nueve meses detenidos.

Después he seguido las luchas más fuertes en el País Vasco, ha habido muchas callejeras de todas las clases y sigue habiéndolas, y yo sigo y seguiré mientras pueda.

Capítulo 3

LAS ALICIAS

Estuvimos en la misma galería. En mi testimonio dejo patente el valor y el sufrimiento de ellas dos. Un pequeño resumen de Alicia hija, Alicia Martínez, sobre las detenciones que han sufrido aparece en estas páginas. Se queda muy pálido para lo que esta joven, en aquellos años y hoy ya abuela, ha llegado a sufrir:

De la madre, Alicia Palacio, esa mujer, vieja militante del Partido Comunista que supo enfrentarse con entereza y valor a la pérdida de sus hijos, ver consumirse la juventud de su hija en la cárcel, ella y su marido también encarcelados; las palabras que a ella dedica Dolores Pasionaria ya hablan por sí solas del historial político de Alicia madre:

Alicia Martínez... cuantos emocionantes recuerdos evoca este nombre. En otra ocasión he dicho que la memoria puede -- fallar, pero el corazón, no. Y el nombre de esta familia -- extraordinaria está profundamente grabada en mi recuerdo. Yo no los conocía. Y un día, en la cárcel de mujeres de Madrid me llaman al locutorio porque tenía una visita. Una señora con una niña de ocho o nueve años venían a visitarme, a una reclusa que personalmente no conocían, pero que la estimaban por lo mucho que sobre ella hablaban sus hijos Wilfredo y -- Daniel, posteriormente fusilados por el franquismo. Y en mis largos meses de cárcel, ni una sola vez faltó a la visita -- esta maravillosa mujer. Entonces yo no podía imaginarme, que aquella admirable mujer, esposa de uno de los mejores odontólogos de Madrid, Daniel Martínez, había de sufrir el terrible calvario a que la condenó el franquismo por ser madre -- de dos jóvenes comunistas.

Y es difícil evocar sin hondísima emoción la vida y el destino de esta familia ejemplar que todo lo sacrificó por defender la causa de la democracia y del socialismo.

Dolores Pasionaria

Historial

Primera detención: Fui detenida el 26 de julio del 36 en zona franquista, en La Granja (Segovia). Permanecí retenida en el cuartel del Ejército durante una noche y fui liberada al día siguiente.

Segunda detención: Fui detenida el 16 de diciembre del 38, en Segovia. Permanecí durante una noche en el Gobierno Civil y al día siguiente trasladada al Asilo Penitenciario de Segovia. Desde esta prisión fui trasladada a la de Santa María de Nieva y posteriormente a la Prisión Provincial de Segovia.

Me juzgaron en 1940, condenada a seis años y un día por incitación a la rebelión. En el mismo año 40, me trasladaron a la prisión de Ventas (Madrid), y de nuevo a la Prisión Provincial de Guadalajara, donde permanecí durante tres semanas. Desde esta prisión un grupo de treinta y nueve compañeras fuimos llevadas en vagones de ganado a la prisión de Tarragona, y en el mismo año a la de Reus, de donde pasé a Barcelona, prisión de Les Corts, calle Molíns número 11. A continuación me trasladaron al penal de las Adoratrices, Gerona, de donde salí liberada el 24 de junio del 41.

De regreso a Madrid tuve que presentarme mensualmente en la prisión de Ventas y seguir haciéndolo mensualmente hasta abril de 1942.

Tercera detención: Por la Brigada Móvil Social de Madrid fui detenida el 13 de enero del 42. Permanecí en la Dirección General de Seguridad, solo tres días.

Cuarta detención: Fui detenida el 8 de abril del 42, junto con mis padres y varios compañeros. Estuve treinta y ocho días incomunicada en los calabozos de la DGS, y allí fui golpeada con verga. Sin juicio fui trasladada a la prisión de Ventas (Madrid) donde permanecía hasta la celebración del mismo, el 9 de marzo del 43; estuve en las Salesas durante veinticuatro horas. El juicio lo celebró el Tribunal contra la Masonería y el Comunismo, sumario 111 725, Auditoría Militar de la Primera Región Militar, Madrid, y fui condenada a treinta años. En el mismo sumario mis padres fueron condenados a doce y seis años, y doce de sus compañeros a muerte; fueron ejecutados en mayo del mismo año.

Me llevaron a la prisión de Ventas, permanecí allí durante cuarenta días. Me trasladaron sancionada por negarme a participar en el coro de la prisión, a causa de un cambio de celdas. Fui trasladada a la prisión de Les Corts de Barcelona (donde iría después mi madre); permanecí en esta prisión durante ocho años. (En este período fueron puestos en libertad mis padres). El 30 de septiembre del 50, salí en libertad por un indulto particular, aceptado este a causa de la muerte de mi padre como consecuencia de enfermedades contraídas durante su prisión.

Mis dos hermanos, Daniel y Wifredo, fueron detenidos en La Granja (Segovia), el 26 de julio del 36; retenidos en calabozos, fueron apaleados salvajemente junto con un numeroso grupo de compañeros, desconociéndose las consecuencias finales de esta agresión. Trasladados el 15 de agosto del 36 a la cárcel Vieja de Segovia, fueron juzgados y condenados a muerte el 24 de agosto del 36, y ejecutados en La Granja, en el lugar denominado *Puertas de Segovia*, el día 25 del mismo mes, a las siete de la mañana.

El día de mi cumpleaños (diecinueve años) o sea, la noche del 24 al 25, permanecí con mis hermanos en capilla.

Mi esposo cumplió doce años de condena en las prisiones Modelo de Barcelona, Penal de Burgos y Dueso-Santoña.

PRISIÓN DE MADRES

Antonia García, Toñi: la conocí en Ventas. Las dos llegamos de los penales del norte pisándonos los talones. Ella de Saturrarán y yo de Amorebieta. Ibamos para trabajar en los talleres. Yo duré muy poco en el taller. Estaba en la segunda galería derecha y la Serafines me sacó del taller y me llevó a la tercera galería derecha; cuando llegaron las de Barcelona primero y después las de Saturrarán, ya no estaba yo en la galería del taller.

Pero me acuerdo de Toñi porque era una chica con mucha sensatez y sensibilidad. Creo que en aquellos tiempos era de las que políticamente estaban bien preparadas. También recuerdo las atenciones que sus compañeras más íntimas tenían con ella. A causa de las torturas y, sobre todo, de la crueldad de las corrientes eléctricas en los oídos, sufría grandes trastornos cerebrales que la dejaban sin sentido.

Es otra de las compañeras que he encontrado en Barcelona y nos une una gran amistad. De tantas cosas que personalmente he vivido, a todas se nos queda algo que no se olvida nunca. Toñi, a pesar de su juventud, tiene en su mente a las madres y comienza su testimonio con una de ellas, que no olvidó ni olvidará nunca.

Carmen estaba con una niña de cinco meses en Madres, y la prisión de Madres... Si te dice una mujer que ha pasado por esa cárcel, ya puedes pensar que no hay nada peor porque todo lo que hemos pasado, fuera y dentro, no tiene comparación con lo que han pasado las mujeres que han tenido hijos en la cárcel.

Un día que Carmen tenía a su niña con mucha fiebre la obligaban a bajar a la capilla; ella dijo que no iba a misa porque estaba su niña muy grave y que no la dejaba sola. Le dijeron que había una persona para cuidarla pero ella respondió que lo sentía mucho pero que ella no se iba mientras su hija estuviera tan grave. Vinieron unas cuantas comunes —que estaban al servicio de la Topete, que era la directora de allí— y quisieron llevarse a Carmen por la fuerza. Carmen se puso a horcajadas en la cuna de su niña y allí había cuatro mujeres pegándole, tirándole del pelo, y no la movieron. Ella pegó, mordió, porque era campesina y tenía mucha fuerza, y no se la llevaron.

Como allí no habían celdas de castigo las metían en una jaula y enchufaban unas mangueras fuertes, hasta que la mujer se desmayaba. Esto se lo hicieron varias veces a Carmen, pero ella estuvo con su niña en brazos después que casi la mataron.

Cuando le tocó comunicar, sacó la niña a su suegra y a su cuñada; como no estaba casada, no la querían reconocer como familia de Juanito. Ella no quería dejarles a su hija porque pensaba que se la querían quitar pero ella sabía que tenía para años.

El caso de Carmen es muy patético, pero es el caso de las mujeres que han tenido niños. Unas, que no tenían donde dejarlo, porque todos en aquella época estábamos perseguidos o estábamos sin dinero, la mayoría de las familias tenían presos y no podían ayudar. Entonces, si te llevabas los niños te los dejaban tener hasta los tres años, luego se los llevaban a un asilo y ya no los veías más. Casi ninguna madre que

ha llevado a los niños al hospicio los ha podido recoger, a los niños los trataban malísimamente y, en general, antes que cumplieran los tres años ya habían muerto. Los primeros momentos fueron terribles. Eran once mil mujeres en una prisión para quinientas. Lógicamente se atrancaron todos los váteres, se rompieron las cañerías y no había posibilidad de lavar ropa, y como éramos tantas, nos tocaba paquete cada quince días. Estábamos llenas de piojos y de miseria. Agrega a esto que estábamos depauperadas, que habíamos comido tan mal durante toda la guerra y no nos podían mandar comida; las familias no tenían posibilidades.

Las que tenían niños las pusieron a todas en una galería y como no podían lavar sus ropitas, se tendía todo sucio y se les volvía a poner sucio y húmedo, y los niños enfermaban de tiña, se les hacían pupas, unas costronas grandes en la cabeza, y se morían a racimos.

Carmen se quedó sin su hija. Ella pensó: "Ahora ya la tengo tan grave que se me va a morir, pues si la saco y vive... primero es mi hija, aunque me quede sin ella". Carmen ha perdido a su hija. Cuando yo salí la niña tenía once años; me he preocupado mucho de ella, pero no quería a su madre, quería a su tía. Le decían que su madre era una gitana que vivía con su padre por las circunstancias de la guerra. La niña era clavadita a su padre. Estaban locos de contentos con ella, pero sin contar con la madre. Esa es la amargura de la mujer que ha tenido un hijo en esas circunstancias.

Era una gitana política con claridad y seriedad en sus ideas. Un día estaba en la estación *de las pulgas* en Madrid, y tenía una cita con un camarada al que tenía que entregar material. Llevaba un bolso de esos grandes llenos de propaganda, y cuando estaba a su lado el contacto para la entrega aparece la policía. Ella dejó caer el bolso, le pegó una patada y lo echó para otro lado. Empiezan a coger gente y ella se abraza al camarada, pero los cogen y el otro empieza a llorar diciendo: "¡Ay, madre mía! ¿Y qué va a pasar ahora?". Ella le dice: "¡Cállate, desgraciado!". Le dice Carmen al policía: "Deje ir a este tío. Su mujer se ha ido fuera y nos íbamos a acostar esta noche juntos, y mírelo, piensa que se va a enterar su mujer!". "¡Anda, tío cobarde, que tienes más miedo...!". La policía se los llevó a los dos y él le dijo: "Es que me iba a acostar con ella...", y le soltaron.

Habían cogido el bolso y le preguntaron: "¿Es de usted?"; dice: "No, lo llevaba un chaval y lo ha tirado cuando llegaron ustedes. Eso me ha dado a mí en la pierna". Esa fue su respuesta. La pobre tuvo que sostener una buena lucha; todos los guardias se querían aprovechar porque como era tan guapa y estaba pasando por prostituta... y la ficharon como tal.

Te lo digo porque yo quiero que tú la veas. Te cuente lo que te cuente, nunca te diré lo que ha hecho y ha pasado. Su vida en esos años en que ha tenido una intervención política, es tan rica, tan importante, que merece la pena. Te he hablado de Carmen porque también es hablarte de las pobres mujeres que estaban en Madres.

A nosotros nos cogieron, a todos los del expediente de menores (se llamó así porque todos éramos menores de edad) la Juventud Socialista no estuvo de acuerdo con la Junta de Casado, y al ser detenidos varios camaradas de la dirección, entre ellos nuestro camarada Mesón, antes de acabarse la guerra, algún grupo nuestro pasó ya a la clandestinidad, y seguimos trabajando clandestinamente.

Cogieron los ficheros del Comité Provincial de Madrid con todos nuestros datos, que no se destruyó porque los casadistas se apoderaron de ellos antes de acabar la guerra, y les fue fácil localizarnos a todos. Los que no teníamos ninguna responsabi-

lidad y no éramos muy conocidos estábamos en nuestras casas y en nuestros barrios; éramos muy jóvenes, yo no tenía ni dieciocho años.

Me llevaron a la comisaría acusada de trabajar clandestinamente. A los de aquel expediente nos han hecho torturas horribles. Como éramos tantos nos dividieron en consejos, pero éramos el mismo expediente dividido en grupos de barrios, por ejemplo en mi barrio un grupo, un consejo, y así por cada barrio de Madrid según los ficheros. En el barrio mío éramos veinticuatro los que cogieron, porque los demás que estaban en las fichas no se encontraban en sus casas. Y todos éramos menores: dieciséis, diecisiete años y dieciocho los más mayores.

Los primeros que mataron fueron sesenta y cinco. Creo que eran del sector oeste. Fue el primer consejo que hicieron de menores y los mataron a todos. Ahí es donde mataron a las trece chicas.

Cuando mueren las estrellas

Agua verde, verde...
Cielo de peces azules,
¡que han muerto las estrellas!
¡Rosas encapulladas entre los blancos tules
del alba! ¡Blancor de doncellas!
¡Ay! Agua verde, verde...

Al vuelo han caído las estrellas,
tres estrellas rojas,
azules y amarillas,
y la tierra se cubre de grosella,
de blancas rosas y de campanillas,
¡que han muerto las estrellas!
¡Ay! Agua verde, verde...

Trece estrellas han muerto,
trece vestales
del templo de la libertad,
¡vírgenes!
Que en blanco cortejo sin lanzar un grito
en brazos de la muerte van hacia el infinito
¡Ay! Agua verde, verde...
que corres silenciosa entre líquenes
y fecundas los campos y el huerto
con esencias eternas,
¡verdor de primavera!
¡de pureza,
de gracia y belleza!
¡Trece rosas han tronchado de la eterna rosaleda.
¡Ay! Agua verde, verde...
¡Diosa de la naturaleza!

Rafaela Fernández *Rafita*
5 de agosto de 1939

El segundo consejo fuimos nosotras. A ellos los juzgaron el día 3 de agosto y los mataron el 5 de agosto de 1939. Después, el día 12, nos juzgaron a nosotras y estuvimos penadas a muerte un mes. Mataron a todos menos a nosotras tres; cuando mataron a las trece menores había dos que eran hijas de guardias civiles, las había que eran niñas, y los chicos eran también muy jóvenes. Fue tal el escándalo que se organizó que intervinieron todas las organizaciones de izquierda de toda Europa y, como una gracia, nos conmutaron la pena de muerte.

En el juicio, que éramos veinticuatro, había un muchacho de catorce años que se llamaba Fernando Guerra, y le mataron. Creo que fusilaron a ocho hermanos. Cuando nosotros firmamos, oí al juez que llevaba este expediente que decía que estaba cerrado el caso con trescientos sesenta y cinco y que no se salvaban más que las chicas. Yo esto no lo he podido nunca comprobar porque no he tenido relación con las demás, pero a las mujeres las mataron a todas menos a nosotras tres. A los de mi barrio sí que los conocía y a esos los habían matado a todos, y no se me ha olvidado la cantidad que dijeron porque son los mismos días que tiene el año: trescientos sesenta y cinco, que yo pensé: “¡Madre mía! qué cantidad de gente joven matan”, y no se me ha olvidado nunca.

He preguntado si había quedado alguien del expediente de menores y nadie me ha contestado, no sé si habrá quedado alguno. Ahora, del juicio mío, que fue el segundo, solo se salvaron tres, que fueron Nieves Torres, Antonia Hernández y yo. Nieves Torres vive, Antonia Hernández murió tuberculosa. El día que se murió la sacaron unas horas antes, le concedieron la gracia de que muriese en su casa. Las dos vivíamos en Ventas en el mismo barrio.

Ya me habían detenido varias veces los falangistas, pero como es largo de contar lo haré a grandes rasgos. Yo había estado en el cuartel de la Guardia Civil desde niña, porque mi madre lo limpiaba, y cuando murió seguí yo limpiándolo. Había algunos guardias que me tenían cariño porque me habían visto desde que nací. Yo no he tenido ninguna actividad en Ventas de tipo político —precisamente porque yo hacía un trabajo en el cuartel y no interesaba—. Entonces los guardias, cuando sabían que me detenían (mi abuelo se lo decía), iban a los cuartelillos y me soltaban. Me detuvieron tres veces, pero cuando ya cogieron el fichero vino la policía especial y fuimos los primeros que consideraron de posguerra. Nos incorporaron a los servicios especiales de la Policía de Guerra.

El día que me detuvieron fueron a buscarme a mi casa y me llevaron a la calle Núñez de Balboa. Me metieron en un calabozo que estaba muy oscuro, no se veía nada, pero al ratito oí que gemían y ya me di cuenta de que allí había alguien. Cuando ya llevaba un rato, que no puedo calcular porque me pareció largo, se abrió la puerta, encendieron una luz y entraron seis o más hombres, entre ellos una mujer y un muchacho joven. Empezaron a pegarle al muchacho; tanto le pegaron que echaba sangre por la boca, por la nariz. Le pisaban los testículos, le dejaron como un guiñapo. Le pegaron brutalmente y la mujer gritaba: “¡Hijo, hijo!”, y se ponía de cara a la pared para no verlo, y ya, al final, se tiró encima de uno y le rasgó toda la cara. Entonces le dieron un empujón y la mujer cayó, había un banquito de esos cuadrados de cemento y yo vi cómo se dio contra él y le salió un ojo. A esa mujer no la he visto más, ni en la prisión: no sé si la mataron.

De ahí ya me sacaron a declarar. Yo tenía dieciocho años aún no cumplidos, y fue algo tan brutal... tan terrible, que desde ese momento pensé que nadie tenía que pasar por allí por mí; que lo que había visto que le habían hecho a aquel chico y a aquella mujer, desde luego, no quería que nadie lo tuviera que pasar. Tanto se me metió dentro esta idea que me han torturado hasta saciarse, porque me pusieron las corrientes eléctricas en los oídos y me volví loca y he tenido, durante los once años que he estado en la cárcel, dolores en la cabeza que eran de locura; sin embargo no dije nada, no hablé, no abrí la boca. Por eso les enrabíé tanto, porque a mí me preguntaban sin parar y querían que dijese cosas: y qué había hecho, y dónde estaba, y quién era fulana y quién era mengano... pero ni siquiera me molestaba en pensar qué tenía que decir por decir algo, es que yo no quería hablar; me crearon no sé si era trauma o era *shock*, pero lo que recuerdo con gran lucidez es que yo solo pensaba en una cosa: que no tenía que decir nada. Esa fue mi norma. Siempre lo he pensado, desde el momento que vi aquello hasta ahora mismo. He estado muchos años en varias prisiones, he estado con muchas mujeres, hemos tenido directores, unos hipócritas, otros violentos y otros groseros, y he visto reaccionar a las mujeres con arreglo a todo eso: han reaccionado violentamente, con odio, pensando hacer lo mismo que les estaban haciendo a ellas... Pero yo siempre lo he tenido claro. Yo no quiero, ni he querido durante todos los años que he estado en la prisión, que nadie tenga que pasar lo que he pasado yo, lo que han pasado los que yo he visto, lo que hemos pasado todos nosotros. He pensado que al régimen que hacía esas cosas había que combatirlo, que ni un solo momento había que dejar de hacer algo para que desapareciera, que hubiera una sociedad diferente, no para hacer nosotros lo mismo que hacían ellos. Yo estoy completamente de acuerdo con la política de reconciliación. Este es mi punto de vista, hoy que ya han pasado muchos años, que ya tengo hijos, que mi vida se ha rehecho, sigo pensando igual. Una de las cosas que sí quiero y por eso accedo a hablar de todo lo que hemos pasado, es porque por encima de todo quisiera que sirva de ejemplo a los demás y que sepan lo que es un régimen fascista y una dictadura como la que hemos tenido, como testimonio, sí, accedo y explico todo lo que hemos pasado y cómo hemos vivido durante los once años que estuve en prisión y todos los días que estuve penada a muerte, lo que han pasado los niños y lo que suponía para la familia. Además de que he estado en la cárcel, también he sido mujer de preso y he tenido que visitar cárceles. He tenido a todas mis amistades que han estado perseguidas, detenidos.

Estoy dispuesta a que esto se sepa y a ser un testimonio vivo. Lo que les pido a los jóvenes y a las nuevas generaciones es que hagan todo lo posible para que esas situaciones no se repitan y que solo se logará si nosotros transformamos la sociedad, tomando una conciencia muy clara de lo que se puede hacer, pero que se haga, que no vayamos dando palos de ciego y estemos perdiendo el tiempo mientras los demás se van rehaciendo siempre. Esto sí que es una responsabilidad que yo creo debemos tener en cuenta y que el pueblo piense en lo que puede volver a pasar. Yo he visto morir tantas mujeres, he visto desaparecer tantos hombres que tenían un valor incalculable, he visto el sacrificio de tantísima gente que ha sido maravillosa y ha dedicado toda su vida para conseguir que la sociedad cambiara... que yo pido, en nombre de todos estos hombres y mujeres —y creo que tenemos autoridad para

pedirlo—, que cada uno de los que comprenda que tenemos que cambiar la sociedad, que se incorpore y se ponga en el lugar de aquellos que perdimos, que no se note su falta.

Porque no se trata de que lloremos a los que han muerto, no se trata de que queramos que se les venga, no, lo que queremos es que el hueco que han dejado no se note. Este es mi punto de vista, Tomasa.

Después de que me torturaron me quisieron poner las corrientes eléctricas en los pezones, y como no tenía porque era muy joven, me los pusieron en los oídos y me saltaron los tímpanos y me trastorné. Ya no supe más. Cuando volví en mí, estaba en la cárcel, en la enfermería. Estuve un mes trastornada y después he tenido bastantes recaídas porque me han dado bastantes congestiones cerebrales, han sido periódicas cada tres años, y al parecer, según me han explicado, me hicieron un tratamiento bastante serio y me dijeron que es porque las neuronas del cerebro se me quedan derechas. Las neuronas del cerebro, al parecer, siempre se mueven y alguna se me queda derecha y entonces es cuando tengo unas ausencias terribles; me doy cuenta que las tengo y esto me produce un tormento tan grande que me trastorna mucho psíquicamente. Es decir, que padezco y he padecido mucho en este sentido.

Después de salir de enfermería me llevaron a Menores: ya habían creado una sala para nosotras. De la prisión de Ventas, que fundó Victoria Kent para quinientas mujeres, llegamos a ser catorce mil, no te voy a repetir lo que ya te habrán dicho otras compañeras, pero te diré lo que a mí me ocurrió.

El primer día que estuve en la sala, después de haber sufrido el *shock* en la enfermería, llegó la hora del recuento. Al terminar, todo el mundo se tiraba al suelo para coger sitio y según caía allí se quedaba, yo me quedé pegada a la pared y me quedé toda la noche en la misma posición, y como yo bastantes más. A la mañana siguiente tenía las piernas hinchadísimas y una visión espantosa de la vida que me esperaba. Por la mañana aquello era un cuadro demencial, las mujeres se estaban despionando, se rascaban las que tenían sarna. Lo primero que pensé es que nos estaban convirtiendo en animales.

Nos daban de comer cada veinticuatro horas, un plato de lentejas, si te llegaban, y estaban duras, no tenían sal ni aceite o grasa, no teníamos agua, se cortaba y no había apenas. No te podías duchar. Ibas al váter y estaba hasta arriba de mierda. Yo pensaba que no podía vivir así. Empecé a hablar con camaradas que yo conocía con el fin de organizarnos inmediatamente.

Empezamos a hablar con las mujeres y a decirles que se ducharan por turno, es decir, que aunque nos tocara cada tres o quince días, pero que todo el mundo pudiera ducharse, que no fueran siempre las mismas y se pelearan por ello. Que las mujeres durmieran por turnos, que se tumbaran alargadas y que pudieran dormir tres horas por grupos. No teníamos que ir a ningún sitio y lo mismo daba que fuese de día que de noche, teníamos que conseguir que los niños tuvieran un sitio más cómodo. Si nos traían un paquete, aunque fuera cada quince días y venía un poco de chocolate o de pan o lo que fuera, se destinase a los niños, y efectivamente, nos empezamos a organizar.

Encontré cantidad de mujeres que estaban mucho más preparadas que yo, e inmediatamente me dijeron que eso ya se estaba haciendo, o mejor dicho, organizando. Yo siempre he visto organizarse a las comunistas, no tengo más remedio que decirlo

porque es la realidad. Las comunistas son las que se organizaron entonces y las que vi que dieron un carácter a aquel momento con visión general, es decir, que no había ni más ni menos que pensar en todas las mujeres y en organizar las cosas que beneficiaran a todas por igual. Lo había pensado y lo habían pensado otras más preparadas, pero el caso es que se consiguió que fuéramos a las duchas por rotación. Dábamos clases a los niños y si recibíamos algo de comida era para ellos.

La directora de Ventas, Carmen de Castro, había sido alumna de la Institución Libre de Enseñanza y precisamente allí estaba la directora de dicha Institución, doña María Sánchez Arbós, que también había sido detenida. A la directora le impresionó ver allí a aquella mujer, con lo que valía y la labor que había hecho toda su vida. Era buenísima doña María. Le quiso dar un cargo, facilidades para comunicar; le quiso dar una celda para ella. Doña María le dijo que ella no quería nada para sí misma, pero sí le pedía, como persona humana que la consideraba, tratara como tales a las reclusas; que su caso era el de todas las mujeres que había allí y, por lo tanto, se merecían el mismo trato. Como eso no era posible para tantas mujeres, entonces le pidió que pusiera una galería para los niños, donde se les tuviera aislados de todas las demás reclusas, que se les diera un poco mejor de comer y se les tuviera un horario diferente del que tenían las demás; que tuvieran más sitio. También que hicieran una sala para las menores porque había muchísimas menores de edad y ella consideraba que no debíamos estar mezcladas con prostitutas, que había muchas.

Ventas era una masa de carne, aquello era un campo de concentración y no era para dos días. Y luego las penadas a muerte, que son las únicas que les pusieron galería aparte. El primer mes las penadas a muerte estaban cada una en cualquier sitio: las tenían que buscar por la noche; después, también estuvieron mezcladas aunque existía un sótano de penadas.

Pusieron una sala para menores, colocaron mesas y buscaron maestras entre la reclusión. Doña María Sánchez Arbós se hizo cargo de las clases. Esta mujer hizo un trabajo maravilloso. Cuando me llevaron a Claudio Coello ella todavía estaba en Ventas pero salió pronto porque tenía unas amistades muy importantes, y lograron que saliera.

Nos juzgaron el 12 de agosto y en septiembre nos conmutaron la pena, pero nos llevaron a capilla y estuvimos pensando que nos sacaban aquella madrugada. Desde el momento que nos llamaron no sabíamos si era conmutación o si nos iban a llevar a fusilar. Yo recuerdo que teníamos una gran serenidad las tres; estábamos ya pre-dispuestas porque todo el tiempo que habíamos estado penadas pensábamos que nosotras no habíamos hecho nada para que nos sintiéramos culpables; que consideráramos que era una gran injusticia todo lo que estaba pasando y no teníamos que morir. De todas formas, si nos iban a matar, aun siendo inocentes, teníamos que salir lo más dignamente posible. Esto fue una de las cosas que se logró imponer en la mente de todas las penadas: que el tiempo se aprovechara. Que no se pensara que te iban a matar, no lo puedes evitar. Además, es terrible ver que sacan a la gente que conoces y que no sabes si te va a tocar a ti, ¡sientes una amargura! Es por lo que estoy en contra de la pena de muerte, completamente en contra, porque no se trata de que a una persona la maten sino el refinamiento que tienen con la penada a muerte; lo que supone de morboso que tengan a una persona pensando en que la van a matar, y cómo

estás en todos los detalles, ahora te miran, y ahora te preguntan, y la angustia que tienes de si tendrás suerte, si no la tendrás...

Solo he visto salir a una mujer en malas condiciones; una mujer que se debió trastornar y parecía una gallina. Iba de celda en celda dando gritos y todas las funcionarias, como si fueran perros, detrás. Daba la impresión de una cacería. Y lo terrible de ponerle un esparadrapo para que no chillara. Una de las cosas que más me ha impresionado mientras he estado penada era pensar que cuando venía la lista y se llevaban a las que iban a matar, que me pudiera dormir. Eso de pensar que me dormía todavía me atormenta, ¿cómo es posible que el ser humano sea así? Debe ser una ley natural, de que tienes que vivir, pero es una cosa que me ha atormentado siempre: ¿cómo podíamos dormir después?

Pienso que la pena de muerte es lo más monstruoso que hay; para qué, oye, están muriendo gentes que valen muchísimo, y mueren los obreros cada día en su trabajo, mueren hombres y mujeres en las guerras, en las calles luchando por sus reivindicaciones, pero ¡es tan distinto, a que sea de esta manera tan premeditada! Todo ese proceso que es la pena de muerte hasta que matan, es una cosa que me parece imposible la hagan los humanos.

El día que se fueron las dos chicas, Albelda y la Peque de Toledo, las iban a matar de madrugada. Ninguna estaba en Penadas; la Peque estaba en mi galería, fueron a por Elvira, que la bajaron aquel día. A su padre, que era muy amigo de un coronel, le dijeron: "La dejaremos en la galería pero el día que venga la confirmación para sacarla hay que llevarla a Penadas". Ella sabía que el día que la bajaran la iban a matar. Como la otra estaba en las mismas condiciones y no la llevaron a Penadas y estaban en la galería, se fue a por ella y se organizó la fuga en unas horas y sin condiciones, sin ponerse en relación con el exterior ni nada. Al entrar en Penadas a Elvira le dijeron: "Prepárate cerca de la puerta, en cuanto la abramos sal rápidamente". Ella no estaba al corriente de nada, ni ninguna, porque oye, le dices esto a las penadas, que vas a sacar a dos y a las otras no... No se pudo avisar a nadie para que entretuvieran a las demás pero Carmen bien lo comprendió, no sabía qué pasaba, pero al ver que Elvira salía y que se la llevaban, las mujeres empezaron a gritar, no sabían por qué, pero gritaban como locas y Carmen rápidamente se puso en la puerta: "Pero, locas, ¿qué hacéis?, ¿no comprendéis que si es que se escapa la tenemos que dejar?". "Sí, pero nosotras, ¿qué pasa? De nosotras nadie se ha acordado". "Bueno eso ya lo aclararemos, pero no vamos a evitar que se vaya ella". Para que veas que ella tenía siempre sentido de las cosas para salir al paso. Carmen también estaba penada a muerte y pensó que después ya pediría cuentas, a ver por qué se había hecho así, porque lo que se pensaba es que no se podía ir nadie sin estar organizado, pero si se había organizado, ¿por qué no para todas?, ¿comprendes? Pero ella dijo: "Calmaos, por favor, primero que se vaya, después ya hablaremos". "Es que ahora va a haber represalias". "Es que, a lo mejor, va a una reunión". Y las calmó.

Cuando vino la funcionaria y la guardia por todo aquel griterío, Carmen dijo: "Es una rata, señorita, es una rata". No he olvidado nunca esos detalles de Carmen porque tenía que ser muy duro para ella, que también estaba penada.

Las penadas en Menores dábamos clases. Yo no podía porque quedé muy mal y enseguida me fatigaba mentalmente, me daban unos dolores terribles de cabeza. Cuando me dan esos dolores es espantoso lo que sufro, pero en los primeros tiempos

eran dolores de locura. Es una cosa que se me pone el estómago removido y al mismo tiempo me dan unos zumbidos espantosos y me duelen los ojos como si me clavaran cuchillos en ellos, y, desde luego, los oídos es algo impresionante, y no me recuperé, es decir, que lo que más me afectó fue el *shock* de las corrientes.

Estuve en Menores unos meses nada más porque luego me llevaron a la prisión de Claudio Coello en Madrid; tenían que descongestionar Ventas y según iban juzgando las iban llevando a los penales que habían organizado habilitando conventos. A los niños también los sacaron de Ventas, organizaron la prisión de madres, que ha sido la monstruosidad más grande que había en el régimen.

Hicieron una prisión de locos en Quiñones y nos llevaron a todas las que teníamos esos fuertes dolores de cabeza. Para ellos éramos locas. Los dolores eran de locura pero locas no estábamos. En Claudio Coello estuve también unos meses. Estábamos igual que en Ventas, quizá un poquito mejor, no estaban los váteres tan atascados y comunicábamos más a menudo. Desde allí ya organizaron la salida para el penal. Íbamos todas las que éramos conmutadas. Nos llevaron a Palma de Mallorca. Cuando llegamos éramos unas mil y pico de mujeres. Había también mujeres que no habían sido conmutadas de pena de muerte, pero todas eran de treinta años. Había muchísimas que venían de la zona de Franco y llevaban ya tres años presas.

Cuando nos sacaron de Madrid, en la estación estaban las familias, que se habían enterado, para despedirse y llevarnos lo que podían. Mi pobre abuela, que era muy viejecita y que eso de una isla le sonaba muy extraño, me llevó un paquetito además de la comida que me pudo recoger. En el paquetito había tres velas y una caja de cerillas. Cuando ya arrancó el tren miré el paquete, y me dije: “¿Para qué me habrá puesto esto? Primero que no nos dejan las cerillas, pero además, ¿para qué me habrá puesto velas?, ¿se creerá que en las islas nos van a soltar y hale?”. Pero el día que nos llevaban a Palma hubo una tormenta terrible, íbamos en un barco que ya estaba retirado y que era un asco y nos metieron en la bodega. Estaba lleno de piojos y todos los bichos que te puedas imaginar, y un olor a agrio. Se fue la luz y devolvimos unas encima de otras, ¡algo espantoso!, y gracias a las velitas de mi abuela y a las cerillas, porque, mira, las que estábamos menos mareadas sosteníamos las velas y, por lo menos, no devolvíamos encima de otra. ¡Fíjate, la pobre abuela, quién le iba a decir que iba a ser tan eficaz!

Nos llevaron a embarcar a Barcelona, y cuando teníamos la mitad de las cosas en el barco, faltaban dos días para la Merced, patrona de los presos (esto lo explico porque tiene un motivo jocoso y ya que estoy explicando cosas tan terribles pues quiero explicarlo), llegó un telegrama diciendo que no nos admitían en Palma porque la madre superiora era muy estricta y en las fiestas de la Merced le daban para rancho extraordinario, y decía que todas las que íbamos, no sé si éramos doscientas y pico, le íbamos a trastornar el presupuesto. Entonces nos llevaron a la cárcel de Les Corts, que era la prisión de Barcelona. Eran las diez de la noche y nos metieron en una sala; la mitad teníamos colchones y la otra mitad no. No es que nos dieran colchón, es que la familia nos dio un colchoncito cuando nos sacaban de Madrid, casi todas llevábamos uno de casa; en Ventas y en Claudio Coello no teníamos. En esta cárcel de Barcelona, que también era un convento habilitado, ya notamos la diferencia que había con Ventas, estaba en otras condiciones, dormimos muchas en el suelo, como

habíamos dormido siempre, pero a las catalanas les hizo mucha impresión y al día siguiente dijeron: “Todas las que han venido de Madrid que bajen al patio”. Bajamos, nos pusimos en cola como nos mandaron y de pronto empieza a correr un rumor y nos dicen que no digamos que no tenemos colchón porque a las que no tienen las apuntan para matarlas. ¡Mira si había psicosis de que todo era posible en el régimen de Franco que nos lo creímos!, y es que había una funcionaria en una habitación escribiendo a máquina y otra fuera en la puerta; te preguntaba: “¿Tienes colchón?”, y si tú decías “no” te preguntaba cómo te llamabas, daba el nombre a la que estaba escribiendo y decía: “Mátalas”, y a la que sí tenía decían: “Márchate”. Como nosotras no habíamos oído nunca catalán, no sabíamos que el colchón se llamaba *matalas*; la de la puerta nos preguntaba en castellano y le hablaba en catalán a su compañera de dentro. Fue tal el terror que solo lo dijeron las primeras, el resto dijo que tenía colchón. Luego se preguntaban: “¿Cómo decían que la mitad no tenían colchón?”. Y era por ese motivo, es para reírse ahora, pero tú vete dando cuenta, el terror que teníamos para pensar que te podían matar por no tener colchón, pero muy lógico en aquella época.

Pasaron unos días hasta que nos llevaron al barco. En el viaje lo pasamos muy mal y, desde luego, la prisión de Palma... ¡qué horrorosa era! Un asilo sin condiciones, porque ¡hay que ver los asilos de los pobrecitos ancianos! Nos tenían en salas de cien o de doscientas, teníamos solo, para cada una, un ladrillo o ladrillo y medio, teníamos que estar todo el día en el patio. En Palma de Mallorca pasa como en la Costa Brava, que hay muchas tramontanas. Hacía un viento horrible, se levantaba el polvo, que era alcalino, y estábamos siempre con todo el pelo blanco tragando aquel polvo que todas teníamos la nariz, los ojos y la garganta, mal. Solo había duchas sacando agua de un pozo y cuando terminabas de ducharte estabas blanca porque era un agua con mucha cal. Nos daban de comer unas hierbas que cultivaban las monjas y estaban llenas de hormigas; las canallas de hormigas amargan como tú no sabes.

Como las familias no nos pudieron mandar nada en bastantes años, empezamos a ponernos todas debilísimas, tan débiles que casi no nos podíamos mover. Hemos llegado a tener las últimas vértebras fuera, que no nos podíamos sentar porque las teníamos como rabos.

Acción Católica empezó a llevar trabajo. Se organizó una oficina con algunas reclusas y una monja tenía relación con el exterior. Era una época que todo el mundo llevaba cosas de punto; se hacían vestidos, mañanitas, medias, se hacía de todo y nos pagaban por madejas. Una miseria, pero de todas maneras si trabajabas una madeja diaria —que tenías que matarte— con lo que sacabas podías comprar algo en el economato. En aquella prisión la gente se moría de pie; estábamos formadas y de pronto se caía y se había muerto. De todo lo que ganábamos dejábamos un tanto por ciento, no sé si era un cinco, para la comunidad, porque formamos familias y vivíamos de lo que trabajábamos todas y en cada familia se procuraba poner una persona o dos que recibían paquete y tres o cuatro que no. Así vivíamos todas mucho mejor. Es otra de las cosas que solo he visto hacer a las comunistas; las demás vivían y se comían lo suyo, no quisieron entrar en esta organización comunitaria. Había mucha gente que no era comunista, que no era nada, y estuvo en familia, pero estas eran las que no recibían nada, pero para nosotras era una reclusa más. De ese tanto por ciento que

te digo que dejábamos, que era muy poquito pero que contribuía la mayoría de la prisión, comprábamos libros; cada mes comprábamos una novela buena y alguna cosa de estudio; nos sentábamos haciendo punto en corro y una leña. Las que mejor lo hacían leían dos horas todos los días. Cada media hora se iban turnando y después de leídos hacíamos coloquio. Era una biblioteca ambulante y se nombró una bibliotecaria. Es decir, si tú querías leer un libro te apuntabas y la bibliotecaria sabía siempre dónde estaba el libro. Cuando un libro había sido leído por toda la reclusión se hacía una rifa en la que ya no entrabas si te había tocado una vez, así todas las reclusas tenían un libro suyo.

Después, otra cosa que hacíamos era la ayuda a las familias, preocuparnos de los hijos de las que teníamos en nuestra familia —*familia* era el grupo con el que se convivía— y procurábamos enviarles jerseys, o vestidos, hacíamos muchas cosas que les enviábamos, como dinero y ayudar a las que tenían hijos fuera y estaban sin medios.

Otra de las consignas que nos fijamos fue la de que no podía haber ninguna analfabeta entre nosotras, y así se organizaron clases en grupos, clases en las que inmediatamente que entraba una mujer y era analfabeta se le enseñaba; las que sabían algo daban clases. Llegó un momento en que la gente ha querido examinarse hasta para carreras porque habían estudiado y aprovechado el tiempo. Esto, ya en los últimos años de cárcel, estaba organizado a unos niveles estupendos porque teníamos bastantes maestras presas; mujeres catedráticas...

También se hacían reivindicaciones de represión, porque una de las cosas que nosotras hemos tenido clarísimo siempre y que hemos procurado que fuera muy eficaz era que nosotras no teníamos más que un arma, que era la dignidad, y esa no la podíamos perder ni nos la podían quitar, costara los castigos que nos costara, nosotras hemos procurado siempre mantenerla y que nos la respetaran. Ha habido cantidades de cosas que nosotras, como presas políticas, hemos defendido, pasara lo que pasara, y por eso se han hecho huelgas de hambre, se han hecho plantes, y por eso hemos estado castigadas.

En esta línea hemos visto la combatividad de las mujeres; quiénes eran las que respondían y las que no. Aunque me consideres una chovinista, ya he dicho antes que no soy del Partido, tengo que decir que precisamente por eso puedo decirlo mejor. En general, las mujeres que respondían a esto eran comunistas o se hicieron comunistas dentro de las prisiones.

Yo no sé quién va a escribir este libro ni qué carácter tendrá, pero este es el testimonio de una mujer que ha estado once años en la cárcel, que no pertenece al Partido Comunista, y, sin embargo, tengo que decir que esto lo he encontrado siempre por parte de las comunistas.

En Palma de Mallorca estuve tres años. Deshicieron la cárcel y volvimos otra vez a Barcelona, pasando en el viaje los mismos mareos espantosos que a la ida. Después, me llevaron a Amorebieta y de allí a Saturrarán.

En Saturrarán, que era una prisión donde pasamos un frío horroroso, no teníamos dónde tender la ropa y teníamos que secar la de los niños enrollándola en nuestros cuerpos. Casi toda la comida nos la llevaban los vascos, que se portaron maravillosamente con nosotras; nos llevaron trabajo, nos vendían las cosas y nos traían el importe en comida.

Allí nos sacaban al aire libre, esto es donde delimitan Guipúzcoa y Vizcaya; hay montañas alrededor y está el mar. Era un convento habilitado para penal y también el puesto de los carabineros, pero nos permitían salir. Pusieron unas rejas grandes en la entrada de las dos montañas. La guardia estaba arriba de la montaña y, según nos explicaban, hasta los pueblos más lejanos, todos los días a las seis —que nos metían dentro—, todo el mundo se callaba para oírnos, porque nos obligaban a cantar, lo de “la España imperial...”, pero el final de *imperial* solo cuando pasaba la monja; después todas a la vez decíamos “la España sin pan”, las montañas lo repetían y dicen que en todos los pueblos lo oían y se decían unos a otros: “Escuchadlas, escuchad cómo dicen *sin pan*”.

Allí tuvimos situaciones terribles. Por ejemplo, pasábamos tanta hambre que se les pusieron a las mujeres las piernas... inválidas, les metían unos hierros terribles y no los sentían, y era que solo comíamos una especie de harina toda llena de bichos. Algunas veces nos ponían zanahorias hervidas pero para lavarlas, como pasaba un riachuelo por medio, se ponían las mujeres metidas en el agua. Había una monja para vigilar si alguien se comía un trozo crudo y resulta que un día una mujer vio que la monja la había visto llevarse una zanahoria a la boca, quiso tragársela y se le quedó atravesada. Se ahogó; no se la pudieron sacar. Todo era terrible.

Yo en Saturrarán también lo pasé mal porque me daban unos mareos terribles. Era espantoso y como no quería que me lavasen la ropa, no sabes la de veces que me caí cuando iba a lavar.

Desde Saturrarán me llevaron a Ventas otra vez, y a Ventas nos llevaron a todas las que estábamos condenadas porque pusieron intendencia, es decir, los talleres de confeccionar la ropa para el Ejército, que se la daban a hacer a las civiles. La dirección de prisiones, pensando que era una manera de sacar dinero, estableció los talleres en los sótanos de Ventas y organizaron nuestra explotación. Entonces era cuando estaban las guerrillas y nosotras nos organizamos en los talleres de modo que sacábamos prendas de todas las piezas que hacíamos para el Ejército. Sacábamos para las guerrillas, casi todos los días, bastantes prendas. Teníamos maquinista haciendo grupo, es decir, dos ayudantes o tres y una maquinista, y después estaban las cortadoras. Cuando venía, por ejemplo, la ropa para hacer tabardos o tela para hacer calzoncillos, o camisas, pantalones o granotas (monos), se hacía una sola cosa, por ejemplo sábanas, pues se hacía todo sábanas, todo calzoncillos, etcétera. Las cortadoras cortaban la primera pieza delante de la funcionaria, calculaban la ropa y les daban para cada mono tantos metros, o para la pieza que se hiciera; la ropa que se necesitaba, y no contaban más, ni estaban allí.

La primera pieza que hacían la cosían delante de la funcionaria y se calculaba el tiempo y el hilo que se necesitaba. Después ya no intervenía la funcionaria en ese aspecto. Las cortadoras colocaban de otro modo la pieza para que en cada una saliera prenda y media, así que de cada dos piezas nosotras sacábamos otra pieza, dando el resultado de que si nosotras hacíamos doscientas piezas para intendencia, cien eran para nosotras, y las teníamos que sacar. El problema eran los paquetes. Se logró que en paquetes hubiera personas de muchísima confianza, con mucho salero, con mucha desenvoltura, que se ganase a las funcionarias para cuando llegaba el momento de cachear los paquetes —que los cacheaban todos—, empezaran a gastarles bromas a la funcionaria, a distraerla, a contarle cosas, mientras pasaban por el otro lado los

paquetes nuestros que estaban preparados. Luego venía de fuera el contacto que teníamos y se los llevaban. Así estuvimos bastantes meses sin que nos cogieran.

Quitaron los talleres porque, al parecer, no les resultaba, ¡a ver!, ja, ja, y si acaso se dieron cuenta pensaron que tenían mucha responsabilidad, y no nos hicieron nada.

Otro detalle que demuestra cómo estábamos organizadas dentro de la prisión y qué actividades teníamos, eran que nos obligaban a hacer el servicio social a todas las menores de treinta años de edad. El servicio social que se hacía fuera, en la calle, oficialmente obligatorio. Nos llevaron señoritas falangistas, que tuvimos la gran suerte de que iban en plan de superioridad y las funcionarias de la prisión les tomaban rabia, nos llevaban al hogar, que se llamaba *de Falange*, todos los días. Teníamos un horario para ir y nos obligaban a hacer labores. Nosotras pensábamos que no teníamos que hacer resistencia como habíamos hecho en otras cosas; pensamos que debíamos seguirles la broma y nos pusimos en plan de no aprender nada, en plan de torpes. Ahí nos tenían, que se ponían a enseñarnos a hacer figuritas de fieltro y estropeábamos muchos metros de fieltro porque nunca aprendíamos a sacar ni una amapola. Nos enseñaban corte y confección con papel, y... nada, que no aprendíamos. Nos poníamos a coser y yo me acuerdo que para hacer una vainica no sé la de pañuelos que les estropeé porque no sabía hacer la vainica. Ya no se atrevían ni a darnos bordados, ni trabajos manuales, ni nada, porque es que éramos tan torpes que no hacíamos nada bien. La única cosa que sí hacíamos bien era que nos poníamos a discutir de política y las emplazábamos a que nos explicaran cosas, y nosotras a demostrarles que eso no podía ser por esto y por esto; cómo la revolución pendiente no la realizaban de acuerdo a los puntos de Falange; cómo estaban dominados por el franquismo y que ellos no eran más que la gente con las que se apoyaba Franco. Y teníamos discusiones sobre todo por el problema obrero, sobre el intelectual; había muchas mujeres que valían mucho. No tenían argumentos para rebatirnos.

Cuando quitaron intendencia, trabajábamos cobrando, aunque fuera una miseria, nos pusimos a hacer bordados para el Suizo. Se hacían canastillas, mañanitas de lana, se hacían *trusós* enteros para novias donde había juegos de cama, mantelerías, frivolidé, bordados, puntillas de todas clases; hacíamos lencería en cantidad, punto también, cosas de un valor incalculable en el sentido de artesanía, y se sacaban a vender fuera labores que hacíamos nosotras.

Justamente uno de los días que salía la camioneta del Suizo que venía a recoger las labores que se hacían en los talleres y de particulares que estábamos en las galerías, entraron las señoritas del hogar, y cuando vieron aquello, dijeron: "¿Quién hace estas cosas?". Empiezan a dar los nombres y resulta que todas éramos de la galería de las comunistas, que eran las más jóvenes. Aquellas mujeres se volvían locas; se dieron cuenta de que habían sido objeto de burla, que no nos podían enseñar nada. Allí había mujeres que habían sido modistas de Balenciaga, estaba Petra Cuevas, bordadora, especialista en trajes de noche, que había sido la secretaria general del Sindicato de la Aguja; estaba la secretaria general del Sindicato de Sastresas; también la mejor bordadora de España, que precisamente era por la que nos venía el trabajo del Suizo. Todas las demás habíamos aprendido a hacer cantidad de cosas; había bordadoras maravillosas, como Amalia Morales.

Entonces fue algo, que si yo lo hubiera podido coger en película... Cuando llegamos al hogar y las vimos con aquellas caras, dijimos: "El régimen se ha hundido", a esta gente, ¿qué les pasa? Había una que era de la vieja guardia de José Antonio que tenía una mala uva de miedo y se puso hecha un energúmeno: "Ustedes se han burlado de nosotras. Ahora les vamos a formar un expediente porque de Falange no se van a burlar las rojas". Nosotras le pedimos, por favor, que nos permitieran que nosotras argumentáramos el porqué, o nos negáramos a escucharla. Y ahí nos tienes a todas: "Claro está, ustedes han venido aquí pensando que nos iban a enseñar, cuando nosotras somos gente de la clase obrera. Obreras que saben guisar, coser, bordar, que somos de esos oficios y que estamos aquí precisamente, la mayoría de nosotras, porque tenemos un historial como obreras que se han destacado en su oficio, desde antes de empezar la guerra, las gentes que se destacaban era porque sabían su profesión y tenían el respeto de los demás, por eso les elegían responsables. Aquí nosotras hacemos verdaderos primores de artesanía y ganamos algo que nos ayuda a soportar la miseria de la cárcel (ese día sacaban un muñeco que representaba a Papá Noel, de medio metro, y la bolsa del Papá Noel iba llena de muñecos de fieltro. La persona que lo había confeccionado ya había obtenido dos premios internacionales porque había mandado labores suyas de artesanía y... ¡era una de las que no sabían hacer ni una amapola de fieltro!). No pudieron decir nada ante nuestros razonamientos: "Ustedes nos han venido a ofender porque han pensado que nos iban a enseñar a nosotras; ustedes es posible que nos puedan enseñar otras cosas, pero a trabajar como obreras, desde luego que no. También es posible que piensen que de no ser por la camioneta del Suizo no se hubieran enterado ustedes y se hubieran ido muy satisfechas pensando que éramos unas torpes, pero no lo crean; nosotras pensábamos, al acabar el curso, venir y traerles una muestra de todo lo que sabíamos hacer cada una, pero teníamos necesidad de darles una lección de que no conocen a las mujeres que ustedes llaman *rojas*, que no tienen ni idea de cómo somos; que están combatiendo contra ellas sin saber nada, y están entre nosotras y tampoco saben nada; no han profundizado para conocerlos. En eso es en lo que se sostiene el régimen de ustedes, en la ignorancia. Ustedes hacen lo que les dicen y nada más".

Era la época en que traían a Ventas muchísimas mujeres por haber ayudado a las guerrillas. La ayuda de estas mujeres se reducía a veces a venderles un pan cobrándoles veinte duros. Había mucha gente que sí, que venía porque había ayudado desinteresadamente exponiendo su libertad y en ocasiones la vida. Las menos eran las que no tenían ni idea de lo que era esa ayuda, sino que se exponían por dinero. Había entre ellas muchas mujeres maravillosas. Lo mismo a unas que a otras las acogimos con mucho cariño, nos dedicamos por completo a ellas y las hacíamos tomar conciencia de su clase y de lo que tenían que hacer; qué significaban las guerrillas, por qué luchaban y el papel que ellas habían jugado, unas sabiéndolo, otras ignorándolo.

¡Ah!, una de las cosas que nos dedicamos con verdadero entusiasmo, pues seguíamos con la consigna de que había que aprovechar el tiempo, era al estudio. Todo el mundo estudiaba y no había nadie que a los seis meses de entrar en la prisión no supiera leer y escribir y muchas veces nos aventajaban, porque había algunas mujeres que eran muy inteligentes.

Había un interés loco por aprender, porque tenían que escribir a su familia y se encontraban con problemas de este tipo. También se les hacía el tiempo larguísimo y

querían leer. Nosotras es una de las cosas que hemos hecho en las prisiones todo el tiempo, pero sobre todo en los últimos años, que había mujeres de postguerra muy formadas políticamente, se han hecho grandes logros, salían muy preparadas; hemos conseguido que hubiera dignidad en la reclusión política; hemos conseguido que no hubiera problemas de tipo sexual, lo logramos procurando que hubiera una gran camaradería entre todas y que no hubiera nada que pudiera derivar en algo morboso; conseguimos también que nuestra vida tuviera un carácter de preparación y convivir lo mejor posible. Y así hemos logrado grandes cosas.

De ventas nos llevaron a Segovia de una forma especial. En Segovia no había talleres así que seguimos en el plan de prepararnos y aprovechar el tiempo. Dábamos clases de tipo político constantemente. Era una auténtica escuela de cuadros; estudiábamos todas las situaciones, las elaborábamos, hacíamos muchas reuniones colectivas estudiando un tema; después, hacíamos un seminario en que toda mujer, fuera de la ideología que fuera, pudiera participar si quería: se hacían periódicos, se hacían murales.

Nos hacían cacheos constantemente y teníamos que tener mucho cuidado. Se han dado situaciones graves y serias para poder salvar según qué cosas y para que no te castigaran, porque te castigaban por todo. Y tengo que resaltar que ha habido actos de un sacrificio enorme por parte de algunas mujeres, de una forma personal; por ejemplo, el caso de María Valés, que tenía un pelo maravilloso que le llegaba hasta la cintura, con dos trenzas gordas. Todas estábamos enamoradas de su pelo, también su niño, cada vez que venía, se volvía loco con el pelo de su madre. Un día le dijeron que no se lo podían llevar porque no tenían dinero para llevárselo y entonces, María Valés se cortó el pelo desde bien atrás, para que le dieran por él el dinero que valía el billete, y cuando llegó el niño no quiso estar con su madre ni un minuto, estuvo todo el día sin querer acercarse a ella llamándola de todo: "Tu pelo, mi pelo, el pelo tuyo, mierda, ¿por qué te lo has cortado? Era mío". Esto demuestra el sacrificio que tenían que hacer algunas mujeres para ver a sus hijos y luego los niños no lo podían comprender... yo insisto en que no tiene importancia ninguna el sacrificio que hemos podido pasar las mujeres que hemos estado en la cárcel al lado del sacrificio que han hecho las mujeres que tenían hijos, lo mismo las que estaban dentro que las que han sido mujeres de presos, que sus hijos se han criado, pobrecitos, siempre con ese temor de que eran personas distintas, o de que no les podía atender porque estaban pendientes del preso y de los problemas que esto ha supuesto para esas mujeres. Yo desearía que se destaque que las mujeres que más han padecido, son las que han tenido hijos, lo mismo las que han estado dentro que las que han estado fuera y han tenido presos.

En el año 49, hicimos un plante. Nos dijeron que había venido a España una mujer de Sudamérica que era abogada y que iba a hacer una tesis sobre los regímenes penitenciarios de todos los países. Esta mujer tenía amistades con intelectuales españolas exiliadas y, al parecer, habían tenido algunas discusiones, diciendo, esta mujer, que en España ya no existía el espíritu del Quijote, que eso estaba superado; que la gente aceptaba el régimen de Franco, que se sostenía por eso. Los exiliados que había allí le dijeron: "Procura ir a las prisiones. Verás cuántos espíritus quijotescos hay en España". Entonces esta mujer puso mucho interés en estar con las mujeres en las cárceles y lo pidió al Ministerio. Presentó documentación de las facilidades que

le habían dado en otros países, y el Ministerio de aquí le dijo que sí, que le permitía ir a una prisión; la que estaba más cerca de Madrid era Segovia y le dejarían estar sola, un día entero, con las presas sin que intervinieran las funcionarias. Nosotras nos enteramos de que iba a llegar porque nos dieron sábana aquel día —que no teníamos nadie—, arreglaron la enfermería, quitaron las colchas que las tenían hacía meses sin lavar y limpiaron todo. Quisieron darnos uniformes, que no los quisimos, las sábanas las cogimos y pensamos: “Hombre, esta es la nuestra”, lo que no nos creíamos de ninguna manera es que la dejaran estar todo el día con nosotras y acordamos que en cada sala hubiera una persona para que cuando ella llegara con las funcionarias, dijera que si se lo permitían, ella sería la que contestaría a lo que la señora preguntara, en nombre de sus compañeras. Procuramos que fueran mujeres muy preparadas, es decir, mujeres abogadas o catedráticas, que se desarrollaran bien para hablar. Pero resulta que la señora entró con toda la plana mayor; la directora, la jefa de servicios, el director, el cura, el médico y, además, con la célebre María Topete, que estaba en la prisión de madres. Cuando llegó a la primera sala se dirigió a las más jóvenes para hablar con ellas, a Pilar Claudín, que tenía un aspecto muy juvenil, y a Mercedes Gómez. Ambas eran rubias, bajitas, delgadas y eran las que parecían más jóvenes. Entonces, fueron las que hablaron, pero sobre todo, Merche Gómez. Ella empezó a hacer preguntas y Merche le contestó muy bien, le dijo: “No se puede hablar de prisiones viviendo con todo un estado mayor en un régimen fascista”. Lógicamente, si está detrás de nosotras todo el estado mayor de la prisión, ¿cómo podemos hablar con soltura? Y añadió: “Ahora, que yo estoy dispuesta a hablar. Usted pregunte lo que quiera, que yo le voy a contestar sin pensar en lo que puede pasar mañana”. Aquella señora le hizo muchas preguntas sobre el régimen de la prisión. Merche le explicó todo, que nos ponían las inyecciones sin hervir las jeringas; que teníamos que tender la ropa amontonada en una reja porque no teníamos donde tender; que teníamos los váteres dentro de las celdas y no teníamos agua corriente; que no teníamos sábanas y nos las habían dado aquel día... Bueno, le fue diciendo todas las cosas en que estaba fundado el régimen de la prisión, y le dijo que, por favor, si quería conocer España, que fuera a los suburbios y que fuera sola. Ella le dijo que había visto que la gente en España no vivía tan mal, que por qué luchaban contra el régimen de Franco. Merche le contestó que ella era de las guerrillas de la ciudad en segunda caída y que había muchas allí por trabajar clandestinamente; que había una represión tan brutal que la gente tenía miedo; que estaba todo tan controlado que no se podían hacer grandes cosas, pero que había un espíritu en contra del régimen... eso era seguro; que no se podía hablar porque te encarcelaban, pero que había sacrificio por parte de mucha gente, y que eso era lo que sostenía la llama de la rebeldía en España. La invitó a que fuera a unas viviendas y le dio las señas de una hermana suya que vivía en un gueto en Tetúan de las Victorias en Madrid, donde la falange había hecho un cercado y les dejaba vivir como podían en colectivos, es decir, una habitación para toda una familia, el comedor, el lavadero, la cocina, todo colectivo. Se ve que fueron anotando allí a la gente que no tenía dónde vivir; las bombas habían destruido sus casas. Le dijo que fuera allí, que se encontraría con el espíritu del pueblo; que no fuera con María Topete, que era hija de marqueses y que, además, era una señora que tenía la idea falangista hasta los tuétanos y todo se lo iba a tergiversar. Entonces el cura, muy rabioso, le dijo: “En un régimen comunista, por

eso que está usted diciendo, la fusilarían”, y ella dijo: “No sabemos lo que pasará esta tarde cuando se vaya esta señora”. La señora: “¡Oh!, estaría bueno que le pasara algo, ¿eh? Yo removería el mundo si a esta mujer la castigaran por lo que ha dicho. Ustedes me han autorizado a hablar con ellas libremente y lo que no debieran haber hecho es venir conmigo”. Nos dio las señas y nos dijo: “Por favor, si les pasa alguna cosa, estoy en tal hotel”. Nos las aprendimos rápido, de memoria.

A las cuatro horas de haberse ido la señora vino a las oficinas la orden de que a Merche Gómez la fusilaran en el patio, como ejemplo, al día siguiente. Acordamos en toda la prisión, y en esto ya participaron todas las organizaciones que había, socialistas, anarquistas y nosotras, subir todas donde se decía misa y ponernos encima rodeándola, y decir, si a ella se lo hacían, que nos lo hicieran a todas, porque ella había hablado y dicho lo que pensábamos todas. Y aquel fue uno de los momentos más dramáticos que se han vivido en las prisiones, porque todas salimos lesionadas por turno.

Vinieron todos los funcionarios de todas las prisiones que había alrededor de Segovia y de la de hombres de allí; nos daban con vergajos, con porras... Nosotras nos poníamos así apiñadas, reservando el pecho y la cabeza, y cuando nos habían pegado mucho, salíamos y se ponían otras. Allí mismo hubo vómitos de sangre y acordamos irnos a las celdas y hacer una huelga de cuatro días como protesta para que se enteraran en Madrid.

Nos llevaron a las celdas, lo sacaron todo, nos dejaron sin nada, sin colchones, sin ropa, todo nos lo quitaron. Nos subimos a las ventanas y empezamos a dar gritos, a llamar al pueblo de Segovia, les decíamos: “Pueblo de Segovia, por favor, nos están castigando, nos están matando a palos, avisad a nuestras familias”, y dábamos las señas “Avisad en este hotel, a esta señora, y decidle que están torturándonos por haber hablado”. Me dieron de palos a mí porque me puse a cantar, porque me pareció que la gente estaba muy excitada y otras decaídas, y me pegaron de palos... ¡Madre mía! Pero dio resultado. De todas las celdas salían voces cantando.

Estuvimos cuatro días en huelga de hambre y luego nos tuvieron seis meses incomunicadas, sin recibir nada de comida, sin libros, sin una labor, y solo con la ropa que llevábamos puesta. Además, nos destrozaron la poca ropa que teníamos, cuando nos la devolvieron teníamos que ir escogiendo cada una lo que consideraba que era suyo. Todo estaba sucio, lo habían tenido amontonado, había llovido encima. Luego me tuvieron seis meses más y mientras estaba así vino mi libertad, que no me la dieron porque estaba castigada, y estuve un año más. Pasamos mucho pero no nos faltó la moral y aquí tienes la copia de la huelga y alguna más que se cantaba por entonces.

Segunda huelga de hambre, ya en la Prisión Central de Segovia

Día veintiséis de enero
vea usted la que se armó.

Encerraron a la Merche,
encerraron a la Merche,
encerraron a la Merche
y el penal se amotinó.

Los funcionarios con porras
nos reducen a las celdas.

Y entonces como protesta,
y entonces como protesta,
y entonces como protesta
nos declaramos en huelga

Nos encierran con la llave
y nos retiran las cosas.

Y por si esto fuera poco,
y por si esto fuera poco,
y por si esto fuera poco
hacen venir las enfermas.

Sin comer y sin beber,
sin comer y sin beber,
sin comer y sin beber
pues ni agua tenía el grifo.

Pues si a gritos la reclaman
envían la Sacristán.

Que te mire y te cachee,
que te mire y te cachee,
que te mire y te cachee
todo lo que ha de encontrar

Adiós comida y colchones,
cuándo os volveré a ver.

Pues pasamos cuatro días,
pues pasamos cuatro días,
pues pasamos cuatro días
de esos que no vea usted.

Como castigo nos dan
cuatro meses encerradas.

Sin ver pan y sin ver sol,
sin ver pan y sin ver sol,
sin ver pan y sin ver sol
como lechuga en el agua.

No crean que es cobardía
lo que acabó de decir.

Que si mil veces naciera,
que si mil veces naciera,
que si mil veces naciera
lo volvería a repetir.

Hubiera podido salir pero resulta que me había castigado la Junta de Disciplina. Al parecer, un familiar mío había logrado libertad, estaba muy bien relacionado y entonces no paraban de venir telegramas y llamadas telefónicas a la Junta para que

me dieran la libertad. El director me llamaba cada dos por tres para decirme que hiciera una declaración por escrito diciendo que me arrepentía y yo, cada vez que me llamaba, le decía: "Mire usted, yo he estado aquí once años injustamente y ahora no voy a perder la vergüenza haciendo una cosa así, cuando eso lo haría cincuenta veces que se volviera a repetir; he estado todos estos años pensando que la única cosa que no me podían ustedes quitar era mi dignidad, no la voy a perder ahora porque me den la libertad. Yo no voy a firmar eso". Y el tío me decía: "Póngase usted en mi lugar. Son personalidades y no les puedo decir que no le doy la libertad, pero aquí hay una Junta de Disciplina y tengo que atenerme a eso". Y yo le decía: "Pues usted cumpla con su deber; yo, cumplo con el mío". Y salí en libertad al año y un mes después de la huelga.

Había situaciones tremendas; por ejemplo, Mari Salvo (después me casé con su hermano). Estuvimos en una celda que tenía dos dedos de agua; se desmayaba cada dos por tres y se caía. En el suelo permanecíamos los dos hasta que volvía en sí, y en vez de decir "qué malita estoy, qué mal me encuentro", me decía: "Que no me lleven, que no me lleven", porque se las llevaban a la enfermería, les ponían suero. Yo estaba tan asustada de verla así y no poder ni avisar, ni decir que estaba tan malita, ¡lo que sufrí por eso!

Después estuvimos con Carmen Peinado las tres juntas en la celda todo el tiempo que estuvimos castigadas. Cuando nos daban de comer, teníamos tanto frío que juntábamos los tres cazos que nos daban de comida, una porquería, pero era lo único que teníamos, pan y aquella agua asquerosa, pero aún así teníamos un afán loco por tomárnoslo a ver si entrábamos en calor y entonces decidíamos que por turnos, a cucharadas, pero como no se podía comer de malo, cada vez tardábamos más en meter la cuchara y se nos enfriaba igual. Ahí otro detalle de Carmen Peinado, de esos que a mí no se me olvidan. Ella era una chica muy fuertota y nosotras éramos mucho más débiles; entonces ella por cada dos cucharadas nuestras tomaba una, resultando que nos comíamos, sin querer, casi todo su cazo. Era hermoso ver el espíritu de sacrificio que teníamos y el deseo de ayudarnos. Es una de las cosas que recuerdo de la prisión que más emoción me producen. Allí sí que habíamos conseguido nosotras el socialismo en comunidad. Había algunas en la cárcel que vivían su vida, lo suyo y su paquete, pero nosotras, desde luego, logramos pensar en los demás, única manera de que la convivencia fuera mucho más agradable.

En Ventas hicimos unos festivales clandestinos, en la galería, que no te puedes imaginar. Una vez hicimos un cuadro... María Valés salía de fascista y se puso horrible, y Angelina Vázquez hacía de República y estaba, preciosa, y pusimos unas bombillas de colores que habíamos conseguido en el taller, que se encendían y se apagaban. Una chica, que era electricista, hizo todo el montaje. En unas casas de enfrente se creyeron que estábamos haciendo señas y llamaron a la policía. Vinieron y cachearon todas las casas de enfrente pensando que estábamos dando consignas o ¡qué sé yo! Cuando entraron a la galería, unas carreras increíbles; fue visto y no visto, todo quitado.

Hicimos concursos de disfraces con telas que nos llevaban para confeccionar prendas, como pijamas, camisones y otras cosas y hacíamos juguetes cómicos. No te puedes imaginar qué cosas montábamos en aquella galería. Hemos llegado a escenificar cosas de García Lorca con disfraces la mar de preciosos. Y ahora una se dice: pero ¡qué humor teníamos y cómo trabajábamos como bestias para conseguir todo aquello!

Teníamos una actividad de miedo. Te juro que yo he tenido muy poco sufrimiento porque andaba siempre llena de trabajo, lo mismo de tipo político que cultural o de trabajo manual para ganarme la peseta. Desde luego, se me pasaban los días tan deprisa como ahora y sufrí mucho cuando salí al ver que había tan poca gente que viviera el problema, ¡qué poquitos! Esos españoles tan maravillosos a los que tendrían que hacerles un homenaje continuo, y lo único que oyes a esas gentes egoístas es exigirles.

—¿Estando tú en Mallorca fue cuando se mató a Matilde Landa?

Sí, a Matilde Landa la perdimos en esa cárcel.

—¿Era mucha la presión que ella tenía para llegar a eso, o fue un desequilibrio?

Mira, yo no puedo, ni nadie puede asegurar nada con respecto a Matilde Landa. Éramos cinco personas en la dirección del Partido y Matilde era una de ellas. Entonces, claro está que sé bastante, pero no sé, ni nadie, exactamente, qué pasó. Ahora, yo, lo que sí puedo decir, es que Matilde ha sido la mujer más completa que yo he conocido. Era muy inteligente, tenía una visión política muy grande, una cultura vastísima, una paciencia y una comprensión enormes, una capacidad de trabajo también muy grande; era, repito, la persona que yo consideraba más completa. Pero yo, viendo a Matilde desde mi punto de vista de obrera, de mujer del pueblo de una barriada de arrabal, muchas cosas de Matilde no las entendía, no la comprendía. Así que me es muy difícil juzgarla. Yo siempre he pensado que estando presa, tú eres tú y ellos son ellos; con esa gente solo se podía ir de cara, y al pan, pan y al vino, vino, pero esto bajo el punto de vista de una mujer obrera que tiene una idea de la ética distinta a la de los intelectuales, porque ellos se saben defender con una dialéctica bajo su punto de vista, de otra manera que lo hace el obrero. Nuestra defensa es eso que te he dicho antes, la dignidad, y decir “no es así”, venga lo que venga.

Matilde Landa, en la policía mismo, no recibió el trato de tortura como, por ejemplo, María Guerra, que era hermana de tres chicos de mi expediente —eran de mi barrio—, que los mataron, los fusilaron al día siguiente del consejo; el pequeño tenía catorce años. María Guerra era la secretaria de Matilde cuando acabó la guerra, y ni fue a la prisión: la mataron a palos, o en el cementerio del Este o donde fuera. Matilde Landa supo situarse emplazando a la policía de un modo tan inteligente que pudo hablarles, le permitieron que hablara, y con una persona tan culta como ella se sienten avergonzados de llegar a según qué métodos.

A Matilde la consideraban un enemigo terrible porque la llevaron en avión a Palma de Mallorca, cosa que no se hizo con nadie. A ella la valoraban porque era una persona que se desvolvía a un alto nivel político y cultural. En Palma de Mallorca intentaron con ella un acercamiento, tenerla como a un igual, pero cada uno en su sitio, ella como presa. Matilde aceptó ese juego y ese juego era muy peligroso porque llegaba un momento en que claudicabas. Con ellos no había más que eso en aquella época: o te ponías enfrente o te ponías de su lado, y ella no quería estar ni enfrente ni a su lado, sino de igual a igual, y de igual a igual la tumbaron.

Este es el punto de vista de una persona que no puede asegurar nada. Ahora, dos días antes de matarse, la dejaron salir de la celda y estar un rato con nosotras. Yo paseé con Matilde y me dijo: “¿A ti qué te parece?, esta gente quiere bautizarme”, porque Matilde Landa no estaba bautizada. “Y yo no me voy a bautizar”. Y es que

había una señorita, que era la presidenta de Acción Católica de Palma, que puso un empeño enorme en tener amistad con Matilde y la llegó a tener, fueron amigas.

Aquella mujer no hacía más que ofrecerle cosas para mejorar su vida en la cárcel y Matilde todas esas cosas las inclinaba hacia los niños, a los ancianos. Consiguió que se hicieran bastantes cosas para la prisión y a ella la tenían aislada en una celda, y esta mujer pasaba muchos ratos con ella. Vino a verla el capitán general, la vino a ver no sé cuánta gente. La otra aceptó muchas cosas de Matilde y ella también aceptó otras cosas, por la amistad entre ambas, pero de una manera personal.

El día que querían bautizarla, a mí me dijo Matilde: "Hay cosas que me gustaría hacer, que no significan nada para mí y, sin embargo, me gustaría hacerlas para darle una satisfacción a ella, porque le he tomado cariño, porque es una mujer muy buena, entonces considero que...". Y yo le dije: "Mira, Matilde, yo soy una mujer muy burra, pero si yo fuera tú, ni hablar, ¿eh?, ella en su sitio y tú en el tuyo, porque aquí no podéis ser amigas, de verdad que no. Porque te vas a ver en un callejón sin salida. Tú eres muy inteligente y a lo mejor esto que te estoy diciendo es una tontería, ¿qué soy yo a tu lado? Nada". Pero resulta que al día siguiente se tiró Matilde Landa por la ventana; dicen ellos que se tiró, porque nadie la vio que se tirara. Nadie lo supo, igual la pudieron tirar. Nadie puede asegurarlo. Era una mujer muy equilibrada mentalmente; a mí no me entra en la cabeza que se trastornase. Ahora con aquel acto que querían hacer, que ella aceptara ir a misa o aceptara bautizarse, que tampoco puedo asegurarlo, y en el último momento prefirió la muerte a renunciar a los principios por los que había luchado y estaba luchando... Sobre todo en esto me gustaría que hubiese honestidad porque yo no quisiera en ningún momento decir nada que pudiera manchar la memoria de Matilde porque tengo un recuerdo de ella maravilloso.

Ese día fue el obispo, el gobernador... es decir, que aquella gente pensaba que se iba a bautizar... no lo entiendo. Luego, el tipo del cura nos quiso hablar de lo maravillosa que era; que estaba deshecho, que era una mujer a la que siempre recordaría como muy capaz, que estando cada uno en su sitio había demostrado que se podía dialogar; que había acabado con el mito de que los comunistas eran algo espantoso, nos dijo, pero le abucheamos, nos levantamos y nos dimos la vuelta. ¡Nosotras estábamos tan doloridas!

Ahora que hablamos de Matilde Landa quiero decirte algo de lo que fue capaz de hacer en Ventas. Es posible que ya en algún testimonio te hablen de ello, pero no creo que todas digamos las mismas cosas. Ella estaba penada a muerte y por lo tanto en la galería de penadas con muchas más en su misma situación. Las mujeres contaban las causas de sus detenciones, y, en su mayoría, ninguna tenía causa para esa monstruosa condena. Ella pensó que se podría recurrir, pedir revisión o conmutación y ver de salvar a alguna de esas vidas en peligro.

Pidió al director que le permitiera montar una oficina en la galería para poder hacer instancias, pedir avales, etcétera. Como ya te he dicho antes, la directora de Ventas había sido alumna de la Institución Libre de Enseñanza. El padre de Matilde había sido uno de los fundadores de dicha Institución y la directora tenía un gran respeto por todas las personas que la componían.

Matilde Landa se apoyó en María Sánchez Arbós y se rodeó para este trabajo de jóvenes reclusas de mucha valía. Le dieron una celda que le dejaron de oficina; le

permitieron máquinas de escribir y las instancias podían sacarse en cualquier momento, cuando venían las penadas. Se preparaba a la gente diciéndole a lo que tenían que recurrir; se hacían las instancias ateniéndose a las leyes que Franco no había derogado, que eran de la República y de antes de la República, que seguían vigentes pero que ningún juez se atrevía a utilizar porque eran de beneficio de los detenidos y se saltaban a la torera esas leyes en los consejos de guerra. Entonces, se podía recurrir y aunque algunas veces no diera resultado, hubo muchas mujeres a las que salvó del piquete de ejecución. Además, supuso una gran esperanza para las reclusas penadas a muerte y para las familias. Consiguió que las dejaran comunicar por jueces, que eran solo de una reja. Las comunicaciones eran de ocho a ocho y media de la mañana y era un consuelo para las familias poder ver a su querido penado a muerte, cosa que no se consiguió en ninguna otra prisión, solo en Ventas, y fue obra de Matilde Landa. Se hacían instancias y a las familias se les decía dónde tenían que ir, qué tenían que hacer...

Nosotras mismas, las tres que nos conmutaron, fue por una instancia que hicieron nada más llegar, recurriendo también, ateniéndose a que éramos menores, es decir, que es posible que lo tuvieran en cuenta después del escándalo que se había promovido con nuestro caso.

Además, las penadas estaban alrededor de esa oficina y se sentían apoyadas por alguien que entendía y alguien que las defendía; ni yo ni ninguna hemos visto al abogado nada más que en el juicio. Los abogados eran oficiales y no servían de nada, al revés, a veces señalaban cosas que no se le habían ocurrido al fiscal. Es decir, que Matilde Landa hizo una labor maravillosa como penada a muerte. Además organizó el Partido Comunista inmediatamente, y las mujeres volvieron a tener moral. Fue una gran mujer Matilde.

Cuando sacaron a las menores a fusilar, las llamaron a las diez y once de la noche. Las llevaron a la iglesia. Había una que se llamaba Joaquina Lafite, que eran tres hermanas; mataron a una y dejaron a las otras dos. Dejaron estar con ella a las dos hermanas y a Juanita Corzo y a mí; yo estuve poco rato porque empezaron a decir que teníamos que salir y pensé que si me marchaba podían dejar a las hermanas Lafite y a Juanita Corzo, que era una persona políticamente más importante que yo. Estuvieron escribiendo cartas de despedida, cantaron *La joven guardia* y nos repartieron (me acuerdo que Joaquina se quitó el cinturón que llevaba, que eran todo negritas, me lo dio y me dijo: "Repártelas entre las mejores hasta donde llegue").

Nosotras teníamos una funcionaria que era teresiana, una orden que iban vestidas de seglar y que, al parecer, hacían un servicio de caridad. Esta señorita siempre iba a darles el tiro de gracia a las mujeres porque decía que a veces no las terminaban y como ella no les podía salvar la vida, pues, al menos, que no sufrieran. Es así como lo enfocaba la señora. Nos explicó a unas cuantas las cosas que había dicho Blanca, que pidió que le cortaran las trenzas y se las dieran a su madre. Todo esto era para demostrarnos que ellas no la habían despreciado y sin embargo, nosotras, no lo resistíamos, la tratábamos malísimamente. Nos dijo también cómo murieron. Una de ellas dijo: "Viva la revolución, que no muere", que ella oyó esa frase. No quisieron que les taparan la boca ni les vendaran los ojos, es espantoso, porque eran trece niñas, ¡trece niñas! Una de las más mayores en nuestro expediente era Nieves y tenía diecinueve años cuando nos penaron a muerte.

Ahora te voy a hablar de Josefina Amalia. Josefina Amalia, cuando llegó a Ventas, la habían torturado bárbaramente; le habían roto toda la boca a puñetazos porque ella les contestaba malísimamente y además vio cómo torturaban a su compañero, a Quiñones. Si su política se hace realidad, en un año estamos metidos en todos los sitios por medio de amistades y familiares. Fíjate, mi tío, estando en el servicio social, me colocó. Mi cuñado con esto estaba entusiasmado, chica, entusiasmado. Así que cuando cayó Quiñones y dijeron que era una traición, todos esos se salieron del Partido inmediatamente. Él cayó con López Raimundo, después ha seguido, pero nunca lo ha entendido, siempre decía: "Pero bueno, ¿cómo es posible que estuvieran en contra de la política de Quiñones si era fabuloso?".

Josefina Amalia, además de ser su compañera, era ayudante de él y casi se enloquece. Estuvo gravísima, la sacaron varias veces a diligencias y ha pasado mucho. Jose Amalia era de una familia que tenía mucho dinero, su padre era masón. Estaba muy mimada y tenía una educación muy burguesa. Sin embargo, ha respondido maravillosamente siempre; esto tiene un gran mérito. Ella siempre ha tenido una postura especial; ha sido muy disciplinada en cuanto a posturas de rebeldía y sacrificio y todo lo que fuera una misión dentro del Partido. Ahora, de una forma personal, ha tenido otra actitud. Nosotras, por ejemplo, teníamos la actitud, como principio, de cumplir el reglamento penitenciario tal como ellos nos lo presentaron, como presas políticas, que dejaba mucho que desear; ahora, en cuanto se salían del reglamento, nosotras a exigir que se cumpliera. Como no había condiciones para cumplirlo, nosotras estábamos siempre en lucha y les dábamos mucha guerra. A Jose Amalia, por ejemplo, no le daba la gana de ir a misa y no iba, y siempre estaba castigada porque el reglamento lo exigía.

—¿Como María Valés?

María Valés en otro plan, ¡qué maja era María Valés! Ella ha estado siempre dentro del Partido; nos ha dado la guerra padre, porque era muy rebelde con ellos, pero con nosotras era igual. Era anarquista pura y era del Partido.

Jose Amalia era una mujer que trabajaba cantidad en la preparación de conferencias, en la cuestión cultural, ha hecho sacrificios enormes dedicándose a las mujeres más sencillas. Iba contra su naturaleza, porque la irritaban. Yo, por ejemplo, sentía una gran ternura por estas mujeres, a mí me han enseñado grandemente, he aprendido mucho de las más rústicas, pero a ella la molestaban por temperamento y por su educación y, sin embargo, lo vencía todo, les prestaba mucha atención y les ayudaba. A Jose Amalia todas las reclusas le han tenido un gran respeto. Si se equivocaba en algo era de una gran honestidad. Era muy soberbia y por eso tiene más mérito el que cuando se equivocaba y se daba cuenta, inmediatamente hacía una declaración con gran hincapié en que se había equivocado, en que te había ofendido y que no lo había hecho bien. Ha tenido más represión que nadie en las prisiones porque le tenían rabia, me refiero a la dirección y a las funcionarias. Por ejemplo estaba enferma —ha estado a veces mal—, iba al médico y cuando él le hablaba de tú, ella le decía: "¿En qué mesa hemos comido juntos usted y yo?". El otro: "¿Pero qué está usted diciendo?". "Que usted, a mí, no me tiene que llamar de tú". Ya ves, en principio al médico le daba rabia y la trataba muy mal.

A nosotras nos hablaba de tú y mira, hacíamos la vista gorda porque lo que nos interesaba era que nos resolviera el problema siempre que fuera una cosa que pasara desapercibida y que no tuviera mucha importancia, pero ella no, cuidaba mucho los matices en todos los aspectos, con nosotras también.

Ha sido una persona que ha estado muy castigada dentro de la prisión, y muy enferma, y sin embargo, siempre ha sido una de las personas que mejor papel ha hecho dentro del Partido. Muy disciplinada, ha seguido toda la política del Partido llevándola a la práctica muy bien dentro de las prisiones. Es posible que ella no estuviera de acuerdo con según qué cosas, porque estaba muy resentida, pero lo ha sabido superar.

Todos los documentos que recibíamos, todo el material, se discutía. Ella lo llevaba a enfermería —casi siempre estaba en enfermería— y lo explicaba. Había muchas detenciones, entraban camaradas de la dirección del Partido; estas no se daban cuenta de las cosas que habíamos hecho allí dentro, no porque fuéramos muy capaces sino porque no había otra cosa, ni otras personas. Cuando llegaban a la prisión, no veían a toda una gente que lo tenían todo montado y que tenían ya una experiencia de aquel trabajo, e inmediatamente que llegaban querían ser dirección. Ese es uno de los problemas que hemos tenido siempre. Luego, esas mismas camaradas se daban cuenta que aquello no podía ser, pero siempre nos daban guerra, y José Amalia siempre ha sido una de las personas que han esclarecido estos problemas, siempre ha sido un puntal dentro de cualquier campo, para que el Partido se esforzara, y que aquellas camaradas comprendieran las cosas; esto se daba de patadas con su talante. Pero este mismo problema lo tengo yo, porque he estado casi siempre en dirección en las prisiones, por la experiencia que he tenido, y sin embargo, cuando he salido no he querido ser nunca militante.

He trabajado siempre. Yo he seguido la política del Partido. Yo hago lo que haga falta, siempre ayudo en la sección del Pueblo Seco. Toda la gente se cree que soy del Partido; asisto a todas las reuniones y no tengo el carné, pero ¿sabes por qué no tengo el carné? Porque cuando tenía once años se murió mi madre y nosotras limpiábamos el cuartel de la Guardia Civil de Ventas y en él había arsenal de armas.

Mi madre, desde que yo era pequeñita, me llevaba allí y me ponían en cualquier cama de los guardias solteros, y si limpiaban el arsenal, mi madre era la única que bajaba; yo a veces estaba sobre las piernas de cualquier guardia que estuviera de servicio en aquellas horas... quiero decir que me he criado allí, y me han querido. Los guardias de aquel cuartel más mayores, a mí me han tenido mucho cariño.

Cuando mi madre murió yo aún no tenía los once años; mi abuela tenía setenta y dos, y le dijeron que sí quería, que si no lo hacía bien era igual; porque era muy duro, había que limpiar muchos patios, había caballos y había que limpiar sitios de armas. El día que murió mi madre, que le dio un cólico miserere y se murió enseguida, me dijo muchas cosas que nunca he olvidado, pero una de las que me dijo es que había unos amigos que ella quería mucho, más que a nadie de la familia, y que cuando yo necesitara algo de ellos me ayudarían siempre y que siempre hiciera lo que ellos me dijeran porque eran las personas con quien ella tenía más confianza. Tenía amistad con esas personas y tuve mucha relación desde los diez años a los trece. Al morir mi madre me ayudaron mucho. Cuando cumplí los trece años, pensaron que tenía edad

para ayudarles y me lo expusieron. Me dijeron que tenía que copiar todos los días la hoja de servicio del cuartel.

Al cuartel de la Guardia Civil llegaba todos los días una hoja de servicios y la ponían en la habitación de guardia. Cada guardia veía allí el servicio que tenía y yo la tenía que copiar. Así el Partido sabía dónde tenían guardias civiles en todo el barrio, y en todo Madrid, porque aquel era un cuartel central.

Yo lo copiaba todo nada más llegar, porque los guardias se salían para que yo limpiara. Yo cerraba con llave porque había corriente —ellos mismos me decían que cerrara la puerta por dentro— y lo copiaba todo; lo entregaba inmediatamente que salía de allí. Me dijeron que, por lo que más quisiera, no dijera nada, que los podían torturar y a mí también. No lo dije ni a mi abuela.

Cuando detenían a alguien lo llevaban allí, yo les daba notas y ellos a mí, hasta les pasaba notas de un calabozo a otro. Yo he visto torturar a la gente metiéndole cosas en las uñas y hacer cosas terribles.

Ya iba yo cogiendo el trabajo interno del cuartel y todas las pancartas que cogían me las daban a mí para que fregara el suelo, y yo las volvía a dar a los compañeros. Además invitábamos a los guardias a mi casa a tomar café y mi abuela no se enteraba de nada, pero yo les decía: “Vénganse cuando tengan frío a mi casa”, y es que los amigos me habían dicho: “Oye, a ver si logras que se vayan a tu casa”. Y se venían a jugar a las cartas. Y mientras, hacían el trabajo por el barrio.

Después, resulta que mis vecinas eran de la Juventud Comunista y yo me volvía loca porque el trabajo que yo hacía no me gustaba. Yo no le daba importancia: “¡Qué tontería, yo no quiero hacer eso, yo quiero ser de la Juventud Comunista!”. Y no me dejaban: “Cuidadito. Nada, ni hablar, no hables de política”. Y les tomé una rabia terrible en ese sentido. Las chicas tenían el carné de la Juventud Comunista y yo no lo tuve nunca.

Yo iba a la Juventud Comunista, al club, todo igual que ellas; pero... no podía ser militante. Yo decía que no me dejaba mi abuela y se reían de mí. Cuando había un desahucio me lo prohibían pero iba, lo hacía un poco inconscientemente, sin darme cuenta de la importancia que tenía lo que estaba haciendo. La única cosa que no hacía era decirlo por el miedo que tenía, por si me hacían lo de las uñas. A mí eso, me tenía loca.

Cuando ya fui un poquito mayor empecé a sacar también fulminantes, y esta era la razón de que no me dejaran jamás militar ni en el Partido ni en la Juventud. Y cuando se hizo la unificación me permitieron ir al Congreso (y aquello era una batalla campal de discusiones de todo tipo), pero seguía sin militar. Y luego empezó la guerra y no me dejaron ser del Partido; me dijeron que yo tenía que trabajar en las Juventudes Socialistas Unificadas.

Cuando se acabó la guerra he militado todo el tiempo en todas las prisiones que he estado, pero sin carné, y cuando he salido de la cárcel me dije: “Ya no quiero el carné”. No he querido tener el carné. Ahora cuando me han llamado para dármele, no sé que pensarán de mí, pero, desde luego, no lo quiero.

—Sí, mujer, sí, y además explicas el porqué, aunque sea un poco a la ligera.

No, yo seguiré siendo comunista, porque no hay nadie que me haga cambiar de idea, pero sin carné. Yo defiendo la política del Partido donde sea porque creo que es la justa. Mira, tengo un amigo de mi hijo que era del PSAN y le he dado cada paliza

llamándolo de todo y diciéndole: “Bueno, preséntame alguna alternativa, porque los comunistas sí que la presentamos, mira esto, y esto... pero vosotros, a ver, preséntame”, y siempre me decía: “Tú eres comunista, porque siempre estás de acuerdo”. “Pero estoy de acuerdo porque tienen razón, pero yo no soy militante”. Y ahora que se ha hecho del PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya), me dice: “Me he hecho del PSUC por tí, ¿eh?, que me has convencido”; y añade: “Pero, qué zorra eres, cuánto sabes”. Y cada vez que digo que no soy del Partido: “Pero qué sinvergüenza eres...”. Los viejos, todos los ex presos piensan: “Y a esta tía loca, ¿qué le pasa?”. Porque siempre estoy hablando del Partido con alguno; porque soy comunista, pero eso sí, sin carné.

Capítulo 5

PAZ

Estuvimos en la misma galería. La recuerdo más bien bajita y regordeta, y que la llamábamos Pachi. Tampoco se me olvida el día que la sacaron a diligencias a Gobernación. No podíamos explicarnos el porqué, puesto que ya estaba juzgada. El mes de espera hasta que la devolvieron a la cárcel fue muy angustioso; ella nos explica las causas.

Pero antes quiero (aunque sin ánimo de molestar a nadie, ya pasaron muchos años) que se sepa que no todo lo hacíamos bien los comunistas. Existía sectarismo y no era repartida la ayuda equitativamente como se dice. Yo misma mendigaba el rancho de las que no lo querían porque tenían paquete, pero esto carece de importancia ante la riqueza del testimonio de Pachi.

Me llamo Paz Azati. Cuando terminó la guerra estaba en Valencia y no sabíamos para dónde íbamos a salir ni cómo se tenía que salir. El Partido nos hizo concentrar en el radio de Ruzafa para ver si había posibilidad de ir a Alicante; parecía ser que iban a llegar barcos franceses para poder sacarnos de España.

Fuí con otras compañeras y compañeros. Los barcos no llegaron; mucha gente que ha pasado por allí lo habrá dicho. Fue una cosa monstruosa lo que pasó en Alicante. Yo he visto delante de mí a dos compañeros desesperados que se suicidaron porque era una situación insostenible; era que nos dábamos cuenta de que habíamos sido vencidos, que estábamos atrapados, que no sabíamos por dónde íbamos a salir. Por fin después de tres días que estuvimos en Alicante sin comida, sin ropas, lloviendo como estaba, los niños enfermándose, las mujeres que tenían hijos desesperadas porque se les morían, nos dividieron.

A nosotros nos cogió la División Litorio; cuando llegaron los italianos nos separaron, los hombres por un lado y las mujeres por otro. Nos llevaron a unos cuantos cines de Alicante donde estuvimos pasando unas calamidades espantosas porque no tenían capacidad para la cantidad de mujeres que éramos. No nos podíamos lavar, ni podíamos hacer nuestras necesidades, porque en los cines solo suelen hacer dos váteres, y era de espanto. Trafan comida cuando querían, nos daban las raciones que querían, y como era una situación insostenible, pensaron llevarnos a otro sitio: al campo de Los Almendros. Pasamos allí un mes y medio sin tener donde dormir, los niños se morían de diarrea, las madres estaban desesperadas, no teníamos leche, no teníamos donde cambiarlos, no teníamos comida, no había posibilidad de nada. No sabíamos ninguna de nosotras lo que había pasado a su familia, ni si su compañero había podido salir o no había podido salir de España. Corrían bulos diciendo que el último barco que había salido de Valencia, donde habían salido muchos compañeros, en alta mar, se había destruido y habían muerto. De todas maneras, como esta situación se hizo también insostenible, nos llevaron a una cárcel, que yo creo recordar fue militar, a la que primero habían llevado a los hombres y estuvieron unos pocos días, y los trasladaron después al campo de Albufera.

En esa cárcel hicieron una lista donde debía figurar a qué provincia pertenecíamos cada una. Entonces no entendíamos qué es lo que iba a pasar con nosotras ni por qué pedían esto. Yo, por ejemplo, pensé que nos iban a meter en la cárcel cuando llegáramos a la provincia, como así fue efectivamente, pero entonces no lo sabíamos. Yo no quería ir a Valencia porque del campo de Los Almendros se había podido escapar una camarada del Partido —que ahora ni puedo recordar su nombre—, me había buscado a mí y me había dicho que sabía que ya habían ido a detenerme a mi casa y que no volviera a Valencia.

A mí no se me ocurrió otra cosa más que cambiarme el nombre en la lista ocultando el apellido Azati. Y, efectivamente, llegó el momento en que fuimos saliendo y a cada uno se lo llevaron a su provincia. Esto pasó porque los fascistas no podían soportar la situación que tenían. Aquella cárcel no era suficiente para todas las mujeres que éramos; no tenían causa para procesar y comprendieron que yéndose cada una a su provincia, más tarde o más pronto, nos iban a coger a todas; así, para ellos, en ese momento, el problema quedaba solucionado, ya que no nos podían alimentar, ni sabían dónde ponernos ni dónde llevarnos.

Yo, todo el tiempo había estado en el campo con Carmen Orozco, las dos habíamos trabajado en la Comisión Femenina del Comité Provincial, y con Carmen Manzana. Las tres, con otras compañeras, estuvimos reunidas en el radio de Ruzafa. Carmen Orozco y yo hicimos todo el camino juntas, la peregrinación del campo, el cine y la cárcel.

Yo me vine a Valencia con Carmen y fui a esconderme a su casa, pero la situación en su casa era tremenda porque ella tenía que estar escondida, también lo estaban sus hermanos y me tenían a mí, que solo con llamarme Azati era suficiente para comprometerles. Mi padre y toda mi familia eran muy destacados en Valencia. Decidí ir a Madrid porque en el campo de Los Almendros había conocido a una chica del Partido, se llamaba Tina, que me dijo: "Por si alguna vez vas a Madrid, te doy la dirección de mi hermana Isabel y puedes ir a su casa". Esta hermana suya era el ama de llaves del embajador de los Países Bajos, que se había ido a su país, pero ella se había quedado guardando la casa. Tina me había dicho: "Ella te podrá esconder". Yo recordé en Valencia esta dirección y le dije a Carmen: "Mira, yo me voy porque esta situación es imposible mantenerla". Yo veía en todos reflejado el miedo y lo comprendía. Yo no podía salir a la calle ni hacer nada. A través de una prima mía, mandé recado a mi madre porque yo quería verla antes de irme, y mi madre dijo: "Ven cuando esté cerrado el portal para que no te vea la portera, y no subas a casa sino al piso de abajo" —era donde vivía mi hermano, que estaba en Francia y el piso estaba vacío—. Me mandó las llaves y fui aquella misma noche porque yo quería darle un beso a mi madre antes de marcharme. Con un poco de miedo y nerviosismo, llegué a casa, entré en el piso, esperé un rato a mi madre, que al poco tiempo bajó y me trajo dos naranjas y una peseta porque era todo lo que había en mi casa; no pudo darme más. A la mañana siguiente, antes de que abrieran el portal, yo me marché en un tren de refugiados de guerra. En esos trenes, como había una multitud enorme, no había demasiado control, estuve en la estación del Norte todo un día esperando hasta que conseguí subirme en uno.

En Madrid había estado alguna vez pero no lo conocía como para caminar por él. Pasamos en el tren tres días seguidos, sin agua, sin comida, sin nada. Fue una cosa

espantosa, como bestias. Tres días costó ir de Valencia a Madrid. De vez en cuando nos paraban, abrían las puertas, porque íbamos en vagones de ganado —era un tren de mercancías—. Íbamos como podíamos; muertes de niños, desesperación de las madres que no les podían dar de mamar... eran cosas dantescas, tanto que quien recuerde esto pensará; “¿y aún vivo?”. Durante el camino iba una mujer acompañada de un muchacho —tuve la impresión de que era soldado nuestro porque llevaba alguna prenda militar aunque no llevaba chaqueta— y me hice amiga de ellos; les dije que iba a una dirección, a la calle Lagasca, pero que no sabía cómo ir. Me dijeron: “No te preocupes que nosotros te acompañaremos a casa de esa amiga tuya”. Pasé aquella noche en su casa, que no sé cómo se llaman, y tampoco recuerdo la calle donde me llevaron porque, como he dicho, desconocía Madrid, pero se hicieron cargo de mi situación y sin decirnos quiénes éramos, estoy segura que eran camaradas del Partido.

A la mañana siguiente me llevaron a casa de la hermana de Tina. El problema es que esta chica tenía la casa pero se habían refugiado en aquel piso, en las distintas habitaciones, gente siniestrada de la guerra. Isabel se había quedado solo con una habitación en la que vivía y lo hacía todo. Cuando llegué me abrió los brazos y, “no te preocupes —decía— vamos a hacer lo que se pueda, el problema es vivir, pero...”. ¡Y cómo vivíamos...! Ella solo tenía una cartilla de racionamiento, yo no tenía de qué comer; se planteó el que teníamos que encontrar trabajo porque tampoco tenía dinero; disponía de casa donde estar y nada más.

Recorríamos calles y más calles en Madrid buscando a ver si encontrábamos algo, yendo a direcciones de amigos que ella conocía a ver si nos daban algún trabajo porque con la cartilla de racionamiento y el pan que nos daban y el agua de las fuentes de Madrid vivíamos las dos. Habían llegado a Madrid unos chicos militares que eran del pueblo de Isabel; ella se enteró y nosotras íbamos al cuartel y de vez en cuando nos daban un chusco.

Isabel habló con la portera y le preguntó si sabía alguna casa donde yo pudiera trabajar y la portera le recomendó a una familia que vivía debajo de nuestro mismo piso y buscaba una criada. Me presenté y me dieron aquel trabajo. Fue curioso porque era la mujer de un médico que había estado escondido durante toda la guerra en la Cruz Roja, pero ella era antifranquista. No tardó en darse cuenta de que yo no había sido nunca criada de servir, pero no me dijo nada. Me aceptó. De momento vivían juntos el marido, las cuñadas solteras y ella, pero se iban a trasladar todos a dos pisos de la calle de Alcalá, que eran de ellos y que durante la guerra habían sido requisados. Ella me dijo: “Usted va a estar en mi casa y no en casa de mis cuñadas”.

Nos trasladamos a aquellos pisos de Alcalá. Yo seguía con nombre supuesto. La mujer empezó a tener mucha confianza conmigo y en una ocasión le dije que era casada y que mi marido había podido huir a Francia, y yo quería también irme con él. Ella me dijo: “No se preocupe, este verano se viene usted conmigo a Galicia —era gallega— y allí seguramente tendré ocasión de hacerla pasar a Francia”.

Así estaba cuando, a través de Isabel, que conocía a dos o tres compañeros del Partido, nos pusimos en contacto con Enrique Sánchez, que fue de intendencia del centro. Enrique estaba tratando de reorganizar el Partido y se puso en relación con Isabel, conmigo y con algún otro camarada. Yo a esos camaradas no los he

conocido, conocía solo a Isabel y a Enrique. Cuando le expliqué a Enrique que me quería ir a Galicia porque esta señora me había dicho que seguramente yo tendría posibilidades de salir a Francia, me dijo que no, que mejor que me quedara en Madrid porque él me necesitaba para el trabajo del Partido. Le di una excusa a esta señora; le dije que iba a venir mi madre a verme y que no podía ir a Galicia, y me quedé en Madrid.

Con Enrique no se podía decir que hacíamos un trabajo en la clandestinidad porque él trataba de encontrar gente para reorganizar. ¿Cómo fue? Esto no lo hemos sabido nunca, pero alguien dio la dirección de Enrique Sánchez y fueron a detenerle. De rechazo nos detuvieron a Isabel y a mí, que estábamos en la misma casa. Nos llevaron a una comisaría; yo no sabía por qué me detenían. Estaba también detenida Mercedes Gómez, con la que después hemos sido compañeras y con la que he convivido y luchado juntas en la cárcel.

Enrique Sánchez se mantuvo. De nosotras no dijo nada, de Isabel dijo que le había dado hospitalidad pero que ella no sabía ni lo que él hacía ni quién era. De mí, no podía decir mi nombre de verdad; yo me hacía llamar María Andrés y con ese nombre me detuvieron.

Como estaba llena la comisaría, a Isabel y a mí nos llevaron a la cárcel incomunicadas, sin habernos tomado declaración y sin hacernos absolutamente nada. Pero estos señores averiguaron quién era yo. La dirección donde estaba Enrique era la que tenía mi madre y a la que me escribía. Mi madre recibió una carta de mi compañero y quiso hacérmela llegar lo más pronto posible. Un pariente nuestro iba a hacer un viaje a Madrid y le dijo a mi madre: "Si quiere usted, yo voy a ver a Paz para que esté usted tranquila y sepa cómo está". Mi madre, ingenuamente, le dio la carta. Cuando este hombre fue a llamar al piso ya estaba instalada la policía y a todo el que llamaba lo detenían; llegó este hombre, que no era un pariente directo sino por parte del marido de mi hermana, a mí no me conocía personalmente, y lo detuvieron. Le pegaron unas palizas horrosas porque creyeron que era un enlace del Partido y él explicó la verdad: "No, señor, yo no he venido nada más que a traer esta carta para esta chica; me lo ha encargado su madre, la carta es de su marido". Me llevaron de la cárcel a la comisaría, hicieron que por un agujero me viera a mí, y dijo: "Sí, debe ser esta, aunque yo no la conozco, pero por lo que se parece a su hermana tiene que ser". Así se descubrió que yo no era María Andrés sino Paz Azati, y llegó el rato amargo para mí.

Cogieron la carta de mi compañero y querían que les explicara su contenido y, realmente, mi compañero en la carta no decía nada; hablaba de dos o tres personas para que me pusiera en contacto con ellas, para que me ayudaran a marchar con él, pero no era una carta de partido.

Me pegaron mucho... me pusieron las corrientes eléctricas, ¡qué sé yo lo que pensarían de la carta!, seguramente que tenían la organización del Partido en sus manos porque decidieron ir a Valencia para encontrar gente que tuviese relación conmigo, con el Partido. Se presentaron a mi madre como amigos míos, diciéndole que yo estaba detenida, y le hablaron de la carta de mi compañero.

Nosotros no habíamos aprendido aún lo que era la clandestinidad, pero ellos sabían ya lo que era el engaño y la maldad. Dieron tantos detalles que mi madre les creyó y les dijo ingenuamente: "Sí, es mi hija". Total, detuvieron a mi madre, detu-

vieron a mi hermana —que hacía quince días había tenido una hija— y se las llevaron a la cárcel.

Parece ser que en la detención de mi hermana hubo otras causas, a consecuencia de otra detención, yo esto no lo sé, pero al parecer hubo una compañera que no se portó bien y ayudó a hacer algunas detenciones...

Detuvieron a mucha gente en Valencia. Esta fue mi primera detención; después, cuando volvieron de Valencia, me llevaron de nuevo a comisaría e ingresé en la cárcel de nuevo. Después me juzgaron, pero realmente a mí no me podían juzgar por un trabajo ilegal, Enrique no había hablado y a nosotras no nos pudieron comprobar nada, nos cogieron sin ningún papel encima. Me juzgaron por todo lo que yo había sido durante la guerra. Por cierto que me pedían veinte años, y por los informes que dieron en mi lugar de trabajo, el fiscal, en pleno consejo, los aumentó hasta treinta, porque dieron unos informes de mí pésimos. Además encontraron todas mis cosas, que me las guardó una señorita del trabajo. Durante la guerra yo trabajaba en la Delegación de los Servicios Hidráulicos del Júcar, pero en el Ministerio de Instrucción Pública estaba Jesús Hernández; se había descubierto espionaje del Socorro Blanco y Jesús pidió que le mandaran gente del Partido para trabajar en el Ministerio y me pidieron a mí que fuera. Para ello tuve que pedir una solicitud de permiso en donde yo trabajaba para trasladarme al Ministerio y todo esto constaba en el archivo como “persona de confianza del Partido Comunista”. Total, aquella gente se despachó a gusto y dio unos informes espantosos, pero al final la pena me la redujeron a veinte años cuando me juzgaron. Ese fue mi primer proceso.

De lo que se ha pasado en Ventas quiero hablar, sobre todo, de una cosa; se habla mucho y han hablado muchas compañeras, de los niños, de los fusilamientos... pero yo quiero hablar del trabajo que se hizo en Ventas; del trabajo que hizo Matilde Landa. No sé si tú la has conocido (era de Cáceres o Badajoz).

Durante la guerra, Matilde había trabajado en el Socorro Rojo en Valencia pero no nos habíamos encontrado nunca. Matilde era una mujer muy interesante, me parece que es una de las figuras más importantes que ha pasado por las cárceles. Cuando llegó Matilde a Ventas enseguida se dio cuenta de la situación que había en la cárcel y que había que hacer algo con las condenadas a muerte. Ella era licenciada, pero, además, era hija de un abogado. Se le ocurrió instalar una oficina para ayudar a las penadas a muerte. Habló con el director de la cárcel, le explicó lo que quería hacer, porque muchas veces que se iba a consejo el fiscal pedía pena de muerte y aunque el consejo luego acordaba otra cosa, las mujeres volvían a la cárcel sin saber cuál había sido exactamente su sentencia, simplemente con la petición del fiscal. Matilde habló con el director y le dijo que había muchas mujeres que no estaban en condiciones ni siquiera de defenderse porque no sabían nada, eran analfabetas, y que había acusaciones monstruosas contra las que se podía buscar avales para ayudar a estas mujeres. El director le concedió que en una celda pusieramos una especie de oficina, y como las mujeres tenemos mucho ingenio, forramos unos cajones con unas telas y quedó presentable. El director nos proporcionó una máquina de escribir. Nuestro trabajo estaba dedicado a todas las penadas.

Cada vez que venía una condenada a muerte Matilde hablaba con ella, le explicaba todo el caso; por qué le habían condenado, qué cosas le habían hecho, qué interrogatorios había sufrido, qué acusaciones tenía, cómo se había desarrollado el pro-

ceso y si ella conocía a alguien que le pudiera ayudar o proporcionar algún aval. Era un trabajo apasionante... efectivamente empezó a surtir efecto.

Trabajamos una chica que se llamaba Pura González, Conchita Feria del Pozo, Angelines Vázquez y yo. Nosotras fuimos las personas que ayudamos a Matilde, sabíamos redactar una petición o una instancia; teníamos un archivo con todos los nombres de todas estas mujeres. Por ejemplo, había muchos casos que la gente del pueblo, por rencores, les había puesto denuncia, pero a lo mejor ellas, durante la guerra, habían salvado a alguien y eso no se sabía, nosotras, les dictábamos las cartas para que ellas hicieran las peticiones, diciendo si habían hecho algún favor a alguna gente de derechas, para que se dirigieran a alguien que pudiera dar informes buenos. Todos esos trabajos, como ellas eran de fuera y no tenían abogados ni posibilidades, ni quien las informara, todo se hacía desde dentro de la cárcel. A veces se sacaban todas estas cartas o instancias autorizadas y peticiones para hacer una recogida de firmas en el pueblo. Alguna vez nos decía alguna de ellas: "Pues a lo mejor si me dirijo a menganito o fulanito, ese dirá que yo durante la guerra...". Todo este trabajo lo llevó Matilde y fue tan humano lo que se hizo que se creó hacia Matilde una gran admiración y cariño; las gentes la adoraban, Matilde escribía y mandaba a las familias a averiguar si la petición fiscal se había confirmado, también en el consejo de guerra, y así muchas mujeres que se creían condenadas a muerte no lo eran, y las sacaban de la galería de penadas porque a través nuestro se averiguaba que no había sido más que petición fiscal, pero que el consejo había aprobado treinta o veinte años, condenas por las que no tenían que estar en la galería de penadas.

La dirección de la cárcel se dio cuenta de que Matilde era comunista y comunistas las que trabajábamos allí. Tuvieron miedo de esta influencia que se estaba extendiendo y de esta admiración, que representaba la tabla de salvación, que se creó alrededor del nombre de Matilde, y llegó un momento en que la trasladaron; se la llevaron a Palma de Mallorca, al penal.

A Matilde le había pasado lo mismo, como petición fiscal tenía pena de muerte, no tenía ninguna acusación de haber matado sino que era una acusación de tipo absolutamente político por su actuación en la Cruz Roja durante la guerra. Cuando llegó a la cárcel la confirmación de la condena, la dirección decidió trasladarla a Palma de Mallorca y el día que Matilde se marchó fue una cosa sensacional. Las once mil mujeres que había allí en Ventas se pusieron en plan de despedida. Toda la cárcel estaba en pie; las galerías las cerraron, nos encerraron a todas, pero encaramadas detrás de las rejas despedimos a Matilde cantando, gritando y escandalizando. Nos comunicaron durante quince días por todo lo que habíamos hecho; pero Matilde salió de allí en medio de una gran aclamación. Estas son las cosas que recuerdo.

Después estuvimos trabajando algún tiempo sin Matilde, pero sin ella la oficina ya no era lo mismo. Además, la dirección de la cárcel llegó un momento en que nos dijo: "Esto se ha acabado. Este trabajo ustedes no lo pueden hacer más". Las que habíamos estado trabajando, como teníamos algún conocimiento de esas cosas, algunas veces ayudábamos a las compañeras a hacer su defensa.

Yo recuerdo que precisamente escribí la petición de indulto de Girón, de Mesón y de Ascanio. La de Girón no recuerdo quién la firmó; la de Eugenio Mesón la firmó su mujer, Juanita Doña, y la de Ascanio su hermana que estaba también en Ventas y

se llamaba Amalia o Amelia, no recuerdo bien. Esas peticiones las redacté yo porque ya no estaba Matilde cuando condenaron a estos tres chicos a pena de muerte. Los fusilaron. ¿Tú te acuerdas de ello?

Lo que yo pasé en Ventas es lo mismo que han pasado todas. Eran momentos tremendos cuando oíamos los fusilamientos; por los tiros de gracia que contábamos sabíamos el número de compañeros que habían caído. Horrible todo lo que pasó en las celdas, de hambre, de miseria, tuberías que se rompían y salía la mierda chorreando, la cantidad de piojos que teníamos; los niños que morían todos los días en la enfermería porque sus madres les daban unas tetadas espantosas. Todos los días tú veías por el suelo de la enfermería de Ventas los cadáveres de quince o veinte niños que se habían muerto de meningitis, casi todos morían de meningitis porque se ve que las madres les daban mamadas cuando aún sentían el sobresalto de las palizas y el miedo de las torturas, y los chiquillos enfermaban y morían, sí, morían con la misma facilidad con que nosotras matábamos los piojos, así morían las pobres criaturas.

Después hay más cosas, esas anécdotas que también Juana Doña cuenta: las de las funcionarias, la Veneno, la Drácula y otras. Las que hemos pasado por Ventas lo sabemos todas y todas las conocemos.

Yo estaba, con mis veinte años de condena, todo lo tranquila que se puede estar dentro de una prisión esperando cumplir las dos cuartas partes de la condena para tener la libertad, cuando un día, sin saber cómo ni por qué, me llaman y me llevan otra vez a la Dirección General de Seguridad. Yo ya no sabía por dónde me venían los palos, pero, como yo había trabajado en la dirección de la cárcel con Pura González y con Mercedes Gómez —hubo una temporada en que nosotras tres llevábamos la dirección del Partido en Ventas—, y ni quiero decirlo ni viene hoy al caso dar su nombre, pero hubo una compañera que no estaba de acuerdo con el trabajo político que se realizaba en la cárcel y cuando salió en libertad hizo un informe al Partido, la persona a la que se lo entregó fue detenida y se lo cogieron encima. Por fortuna, él lo había recopiado con su propia letra, y me sacaron a Gobernación porque me acusaban del trabajo clandestino dentro de la prisión.

Por una extraña casualidad aquella vez me salvé de los calabozos con muy pocos golpes, me dieron algunos pero realmente no tantos como yo esperaba. Y tenía aquella acusación, me dijeron: “¿Cómo es posible?”. Yo me defendía diciendo: “Esto no es cierto. A mí en la cárcel sí, me conoce mucho la gente porque he estado trabajando en la oficina de las penadas y todas somos populares dentro de la cárcel, pero de trabajo político dentro de la prisión... nada en absoluto y, además, ¿cómo se podría hacer una cosa así dentro de la cárcel si no hay ninguna posibilidad?”.

Lo más curioso del caso es que de todos los nombres que había en el informe solo vinieron a buscarme a mí y no a las otras que también aparecían en él. Yo no he podido comprender nunca por qué la policía hizo las cosas así, pero, afortunadamente la única que pagó fui yo.

Me tuvieron más de un mes en los calabozos de Gobernación. Me hicieron firmar unas declaraciones en las que yo decía que no había hecho absolutamente nada ni sabía nada de trabajos clandestinos en la cárcel. Y así volví a Ventas, pero en esta segunda historia me pedían pena de muerte.

Pendiente de este segundo proceso llegó de un penal Jose Amalia, a la que yo quería muchísimo, con la que soy muy amiga y siempre nos hemos tenido mucho

cariño. Era la hora de la siesta y yo quise bajar al rastrillo a saludarla cuando me enteré que había venido, y con mi impaciencia me salí de la galería, pero me pescó sor Josefina y al día siguiente me llevó castigada a la cárcel de madres que estaba cerca del río. Era una maternal donde la vida era un infierno. En Ventas habíamos pasado mucho, la maternal fue tremendo. Estábamos juntas políticas y comunes, porque era una cárcel para mujeres que estaban embarazadas o que tenían niños. Los cargos de la cárcel los llevábamos las políticas, pero con nosotras también estaban los niños. Estas criaturas, hiciera frío o calor, lloviese o nevase, quedaban separados todas las mañanas de las madres y en unas cunitas los tenían en el jardín. Aquellas criaturas, sin alimentos y sin nada, se morían de diarreas, estaban todos llenos de granos, llenos de miseria... ¡era una cosa espantosa!

Dirigía la cárcel la María Topete, a la que se le ocurrió hacerme enfermera por el simple hecho de que al estar casada podía asistir a los partos. A las pobres criaturas no teníamos nada que darles, ni medicinas, ni nada de nada. Venía el médico, los miraba, decía: "Que le den una aspirina; que le pongan una cataplasma", ese era todo el cuidado que se tenía con ellos.

Estos niños comían en el comedor con nosotras, y como la comida era asquerosa, cuando a estos chiquillos les daba asco comer, la devolvían, y María Topete se la volvía a hacer comer. En aquella cárcel, como éramos pocas, nos controlaban muy bien y todos los días teníamos que ir a la iglesia a rezar el rosario; cuando algún niño había hecho algo, lo castigaban y lo llevaban a la iglesia con los bracitos atrás como si fuera un criminal y lo ponían de rodillas todo el tiempo que duraba el famoso rosario. Hay que ver las madres de esas criaturas lo que han pasado y lo que han sufrido.

Estando en la cárcel de Madres llegó el momento del juicio. Otra vez ante el tribunal, otro consejo de guerra. Por cierto, pasó una cosa que no la olvidaré nunca. Vino el que iba a ser mi defensor dos días antes del consejo; era un teniente que no sabía nada de nada, y me dijo: "¿No tiene usted miedo?". "Aún no me han condenado a muerte", le contesté. "Pues yo tengo un miedo espantoso, y usted ¡tan tranquila!". "Pues, sí, ¡qué le voy a hacer! No me pondré a temblar hasta que no me condenen a muerte. Ya tendré tiempo si me la confirman".

Fui al consejo de guerra y, efectivamente, me pidieron pena de muerte, pero tuve mucha suerte porque resultó que la chica que había entregado este informe pudo demostrar que la caligrafía del informe que había cogido la policía no era la suya, y entonces dijo: "Todo esto es una invención, ni sé quién lo ha escrito, ni tampoco por qué esa persona lo tenía en el bolsillo. Yo no sé absolutamente nada". Cuando me tocó a mí: "¿Quiere usted alegar algo?". Yo dije: "Sí, ese informe es falso y ella no lo ha escrito, ¿yo qué tengo que ver con todo esto? Falsa es también la acusación y falso todo lo que dicen contra mí". Parece ser que me defendía muy bien porque todos los compañeros me felicitaron; ahora ya ni me acuerdo de lo que dije. Hasta uno me preguntó si había estudiado para abogada, a lo que respondí: "Yo no he estudiado para nada". Así que me absolvieron.

Mientras tanto ya había llegado mi libertad provisional del primer consejo, así que cuando yo regresé a la cárcel, absuelta del segundo, automáticamente me pusieron en libertad. Salí de esa dichosa maternal que tanto horror nos hacía pasar. Salí a las dos de la tarde, y a la mañana siguiente ya estaba otra vez trabajando para el

Partido porque enseguida establecí contacto, porque a mí me habían atendido, durante todos estos años, camaradas del Partido.

Al salir fui a casa de esos camaradas que me habían cuidado todo el tiempo que yo había estado en la cárcel y a través de ellos me puse en contacto con el Partido y estuvimos trabajando, seis meses, hasta que pasó lo de Merche Gómez.

Cuando detuvieron a Merche nos dieron muchas más palizas a Pepe y a mí por no haber dicho nada. Ellos sabían que nosotros dos lo sabíamos y que no lo habíamos dicho, así que nos habían pegado antes y nos pegaron después. Otra vez las mismas cosas; tres meses en Gobernación, las palizas, los interrogatorios, las vejaciones.

Ella estaba trabajando con las guerrillas de ciudad. Hubo detenciones; Merche se tenía que esconder y recurrió a mí para ver si yo la podía ayudar. Entonces yo se lo planteé al enlace que tenía con el Partido pero no lo pudo resolver, le dijeron que no estaban en condiciones, que no podía hacer nada. Este muchacho y yo no nos resignamos y a él se le ocurrió que podíamos mandar a Merche a casa de unos familiares suyos andaluces que la admitirían, y que estuviera allí hasta que pasara el huracán o ver lo que pasaba. Yo entonces había tenido la suerte, a través de otra camarada del Partido, de haber empezado a trabajar en una fábrica de aluminio que estaba más abajo de Atocha. Ganaba doscientas pesetas y me comprometí a mandarle cien, cada mes, a Merche para que pudiese vivir porque esta familia la podía tener pero no tenía dinero para mantenerla. Nos pusimos de acuerdo; ella escribiría a casa de Carmen Lobo y yo recogería las cartas y le mandaría directamente el dinero a donde estaba. ¿Cómo fue que Carmen cayó? No lo sé, no lo he sabido nunca, hubo detenciones de guerrilleros, seguramente alguien habló de Carmen en relación con Merche, porque a quien iban buscando era a Merche y seguramente alguien sabía que ellas eran amigas. Entonces fueron a casa de Carmen y la detuvieron. Le pegaron muchísimo; llevaron a su hijo a Jefatura, cosa que no pudo soportar, y Carmen dijo que yo era la persona que recogía las cartas de Merche, pero dijo: “Yo no sé ni dónde vive ni cuál es su nombre de verdad, solo que se llama Pachi”. “Ah, ya la conocemos, ya sabemos quién es”. Yo estaba entonces en libertad provisional y me presentaba todos los meses a Jefatura; debieron de seguirme al hacer la presentación y fueron a detenerme. Yo vivía en una habitación alquilada y llegaron a casa de estas personas, que no sabían quién era yo, solo sabían que trabajaba en la fábrica de aluminio pero ignoraban que fuese comunista y que trabajaba clandestinamente. Aquellas gentes parecían de izquierdas, pero yo con ellos no tenía más relación que la normal de una persona que vive en una habitación alquilada.

Yo tenía que entregarle a este chico un material que tenía en casa, que lo teníamos que repartir. Él vino ese día a recogerlo y cuando entramos en la casa ya estaba la policía dentro y nos detuvo a los dos, a José Ramírez y a mí. Otra vez pasamos por el proceso de las palizas porque entonces ellos trataban de saber dónde estaba Merche Gómez. Ni Pepe lo dijo ni yo lo dije, pero a ellos les fue muy fácil saberlo porque esperaron la próxima carta que iba a llegar a casa de Carmen y por el matallos averiguaron en qué parte del país estaba Merche y fueron a detenerla.

—¿No te juzgaron en esta última detención?

Ah, sí, efectivamente, fuimos a consejo de guerra; nos unieron a un grupo en el que estaba mi hermana, que no tenía nada que ver, porque a mi hermana la habían

detenido por otras cuestiones que no sabemos, no le pudieron tampoco sacar nada. Ella decía que no estaba en Madrid por nada de política y que no sabía tampoco que el hombre con el que estaba tuviera algo que ver; lo único que le pudieron sacar en claro es que se llamaba Magda Azati y que llevaba un nombre supuesto, y que estaba con un chico que cuando lo fueron a detener le hizo frente a la policía y esta lo mató. Entonces por esa causa absurda detuvieron a mi hermana, pero contra ella no tenían ningún cargo de trabajo ilegal, ni sabían que hubiese estado mezclada con ninguno de los grupos nuestros. La añadieron a nuestro expediente, seguramente, por ser mi hermana y porque al otro lo habían matado y se había quedado ella sola, pero el que mataron pertenecía a un grupo al que ellos también perseguían y entonces lo unieron al expediente. Nos juzgaron. A Pepe y a mí nos pusieron ocho años, a Carmen Lobo, cinco, y a mi hermana, tres. Total otra vez a la cárcel.

Cuando volví a Ventas encontré que el trabajo del Partido funcionaba como ha funcionado siempre; me reincorporé al trabajo. Íbamos al taller a trabajar, las políticas podían o no podían trabajar, pero por fin decidimos ir al taller. A las que estábamos juzgadas, como represalia, nos sacaron de Ventas dos o tres días después del primero de mayo. Nos llevaron al penal de Segovia a acabar de pasar la condena, en el año 48, gracias a la intervención de mi compañero, que era italiano y empezó a buscar viejas amistades, viejos camaradas; les planteaba el problema a todo el mundo. Los italianos, entonces y siempre, han sentido simpatía por España, por los sufrimientos de la guerra, la posguerra. Mi compañero consiguió que el Gobierno italiano se interesara y pidiese al generalísimo Franco mi libertad, y se la concedieron. Me conmutaron cuatro años de cárcel que me faltaban para salir en libertad condicional. Me parece que ha sido el único caso en España; salí con la obligación de abandonar el país y así se acabó la vida de cárcel, me fui a Italia para vivir la vida del exilio.

Hay tantas cosas que decir de las cárceles que solo se pueden recoger algunas porque no sería un libro, sería una colección de muchos tomos, pero ¿cómo pasar por alto la madre de una de las trece menores que se hizo detener para estar junto las compañeras que habían estado con su hija y estuvo conmigo en la celda? Ignoro cómo fue su detención. Me parece que era la madre de Virtudes; aquella mujer era una de estas mujeres nuestras, toda vestida de negro, con unos ojos profundos, con unas ojeras tremendas, que sufría mucho cada noche porque había fusilamientos. Tú te puedes figurar aquella mujer que le habían fusilado a la hija, que todas las mañanas escuchara los mismos disparos que seguramente salían de los mismos fusiles que habían matado a su hija. Para nosotras era una cosa espantosa tenerla allí. Aunque al mismo tiempo la queríamos mucho y tratábamos de ayudarla. Es una de esas tragedias que se han pasado en las cárceles y que no se olvidan. Ahora, que de tragedias en la cárcel hemos vistos tantas, tantas...

Cada una de nosotras podría contar, con las cosas que han pasado, una gran historia. Yo, para mí, pienso que ha sido mucho peor el sufrimiento moral que el físico, porque lo físico llega un momento... Sí, desde luego, cuando te torturaban, te ponían corrientes eléctricas, era una cosa tremenda, pero después eso pasaba y lo olvidabas o lo dejabas a un lado. Ahora, la convivencia diaria, estar entre gentes que todos los días cuando se comunicaba se enteraban que le habían fusilado al padre, o a los hermanos, o al novio... eso era de espanto.

No recibir era una eterna angustia, una desesperación. Por ejemplo, yo tenía a toda mi familia detenida en Valencia y he pasado un año entero sin oír jamás mi nombre cuando llegaban las cartas. Nadie de mi familia me podía escribir; ellos sabían que yo estaba en la cárcel y yo sabía que ellos estaban en la cárcel y nada más, hasta que al cabo de un año, gracias a la fiesta de la Virgen de la Merced, que dicen que es la patrona de los presos, a mi madre le permitieron que escribiera de cárcel a cárcel y fue la primera vez que recibí una carta de alguien de mi familia, la que me envió mi madre desde la cárcel, figúrate...

Yo entré en la cárcel vestida de verano y gracias a las compañeras que me ayudaron, porque llegó el invierno y no tenía quien me trajera ropa de abrigo, ni quien viniera a traerme un paquete, ni quien viniera a comunicarme conmigo. Pero a Pura González, que estaba conmigo en la celda, le detuvieron a una prima suya por una tontería. Esta mujer se dio cuenta de mi situación y, cuando salió, empezó a ocuparse de mí y venía a comunicarme conmigo, y me venía a traer paquetes.

Yo fui como una hija de ellos y se ocuparon de mí durante todo el tiempo que estuve en la cárcel; cuando me llevaron a Segovia ellos continuaron viniendo a traerme los paquetes. Después, cuando mi madre salió de la cárcel se escribía con ella, y en una ocasión que mi madre pudo venir a verme, hacía cinco años que no nos veíamos, fue a Madrid a casa de estos amigos. Entonces estaba yo en la maternal castigada; ellos la acompañaron y la ayudaron y se creó una amistad de esas que parecía que yo era hija de ellos, si no yo hubiera estado... como muchas estaban, a rancho, aunque ya sabes que había un sistema en la cárcel, y es que nos hacíamos familias; una hacía de madre durante una temporada, y todos los paquetes que se recibían se dividían exactamente entre todas las que estábamos en la cárcel; pasamos todas la misma hambre. Yo no pasé más que las otras porque no tuviese nadie que me mandara, pues los paquetes que llegaban se repartían, y cuando Paca empezó a mandarme, el paquete que llegaba a mi nombre se distribuía entre todas, como también teníamos el sistema de que a las que estaban enfermas las ayudábamos más.

En ese aspecto se hizo un buen trabajo. Cualquiera de nosotras que ha estado en la cárcel sabe cómo el Partido organizó eso. Era una cosa estupenda tener establecida la ayuda; siempre sabíamos si una compañera no recibía, o estaba enferma y necesitaba más. A lo mejor no comíamos pan pero se lo dábamos a la que tenía más necesidad de comerlo, y eso nos ayudó, pero hambre hemos pasado muchísima.

La época hasta el 45 fue en la cárcel una cosa espantosa en todos los aspectos; en el higiénico, en el comer, en enfermedades. Estábamos todas hinchadas, el médico no nos daba medicinas y había una enfermedad que el médico decía que se nos producía a todas las mujeres en la cárcel, y es que dejábamos de tener la menstruación y nos hinchábamos como botas. Yo estuve casi dos años sin tenerla y me puse gordísima y después, cuando empecé a tenerla, adelgacé y me puse normal. Teníamos avitaminosis. Después estaba el problema del agua. Yo tenía unas hermosísimas trenzas y tuve que cortarme el pelo porque no se podía lavar. Estábamos llenas de chinches y todos los días hacíamos apuestas a ver quién tenía más y quién mataba más. Porque hay que decir que las mujeres españolas, aun en plena tragedia, aun con los muertos, con los fusilamientos, con las palizas, con los piojos, con las chinches, con el

hambre y con todo, hemos tenido un gran espíritu y no nos han podido dominar ni nos han dominado nunca. Aún teníamos humor por la noche de hacer payasadas.

Yo me acuerdo que entonces tenía muy buena memoria, y como había leído mucho, recordaba muchas poesías y pedazos de libros y por la noche, con un camión que me había dado una de las chicas que estaba conmigo, que había sido de su abuela, me ponía en pie y les recitaba pedazos de un libro y pedazos de otro, parecía un fantasma, y nos reíamos a carcajadas. Teníamos la tragedia encima pero éramos jóvenes y llegaba un momento que la juventud y el ansia de vivir podían mucho más que toda la tragedia que una estaba pasando y nos desahogábamos de aquella manera. Ahora, que era horrible, porque vivíamos tan compenetradas unas con otras que lo que pasaba una lo pasábamos todas, y estaba el drama de dentro y el de fuera, porque las personas que venían a comunicar nos contaban el hambre que también pasaban, las dificultades que tenían, la falta de trabajo, cosas que después para nosotras eran una carga más. Era lo que pasábamos en la cárcel más lo que nuestras familias sufrían en la calle. Esos años, desde luego, no se podrán olvidar nunca. Tienen que pasar a la historia.

También venían compañeras de otros penales contando las cosas que allí pasaban. Había un penal por Asturias que se podían comunicar los hombres con las mujeres a través de los retretes; en un determinado momento de la noche la voz llegaba del piso de arriba, donde estaban las mujeres, al de abajo, donde estaban los hombres. Estas mujeres nos hablaban de que cuando sacaban a fusilar salían cantando asturianadas con un ánimo y con un espíritu que parecía que iban a una fiesta en vez de irlos a matar.

Y esas cosas se tienen que haber vivido. Aunque lo digamos, aunque lo expresemos, nunca lo comprenderán los que no han estado en la cárcel, lo que ha sido eso. Solo lo comprendemos las que hemos estado dentro. Los que han estado fuera pueden hacerse una idea, pero se tiene que haber vivido el ambiente de la cárcel, lo que ha supuesto estar con compañeras que las estabas viendo llenas de vida, alegres; las llamaban, te despedías de ellas y al día siguiente sabías que ya no vivían. Eso se sabe solamente cuando se está en la cárcel.

Hay una cosa que yo he dicho siempre y que la quiero decir ahora: no olvidaré jamás, jamás, los ojos de las mujeres que sacaban a matar, porque eran unos ojos que se les ponían de otro color, con una expresión especial que yo no puedo describir... los ojos de aquellas mujeres que sabían que las iban a matar esa noche. Yo he conocido a mujeres cuyos ojos han sido para mí una obsesión durante años. Eran, no sé... los ojos de alguien que ve más allá de nosotros, como si ya estuvieran fuera de la vida, pero a las que tú, sin embargo, las ves que aún viven. No te sé explicar... además, yo misma me pongo nerviosa cuando lo recuerdo. Difícilmente quiero recordar aquellas cosas porque me duele aún como si lo estuviera viendo.

A mí me ha tocado estar en Ventas cuando aún había saca de mujeres; con aquel silencio de tumba que se creaba cuando se sabía que había saca. Y cuando tú sabías que aquellas estaban en capilla y que tú estabas allí y que no era a ti... llegaba un momento en que cualquiera de nosotras era capaz de querer que la fusilaran en ese momento junto a esa otra para acabar de una vez. Se decía: "Si la sacan a ella que me saquen a mí; muramos todas de una vez y basta".

También había algo de orgullo, de altivez en las gentes que íbamos a los primeros consejos de guerra. Después el Partido nos enseñó a hacer mejor las cosas. Pero yo me acuerdo del primer consejo de guerra en que no había nadie, ni un solo comunista, que negara serlo y, además, no es que lo negara, es que lo tenía que decir: "Yo he sido comunista". Porque para nosotros aquello era como una defensa, un galardón, un orgullo. Yo me acuerdo que a mí me dijeron: "Usted, ¿qué era?, ¿de las Juventudes?" y yo dije: "No, yo era del Partido Comunista". Eran cosas absurdas, porque, a lo mejor, si hubiera dicho de las Juventudes, hubiera tenido menos importancia. Pero no, tenías el pundonor de decir: "Yo soy comunista y ustedes me están juzgando porque soy comunista". Tú lo habrás pasado igual... Después aprendimos que había muchas cosas que no teníamos por qué decirlas, que era mejor dejarlas pasar porque así las condenas eran menores, pero como entonces nosotros íbamos con la euforia de que aquello no iba a durar, nos parecía que reivindicábamos algo diciendo a aquellos señores del tribunal: "Sí, señor, yo he sido comunista y estoy aquí para que usted me juzgue".

La madre de una menor fusilada, en la cola del pan, o de algún otro sitio, no lo recuerdo, dijo alguna cosa sin demasiada importancia y la detuvieron, pero se hizo detener ella adrede. Dijo algo en contra de Franco o algo así, y entonces, alguna fascista que habría entre las mujeres la hizo detener. Pero la cuestión es que no tenía por qué haberlo hecho. La sacaron muy pronto porque no había nada contra ella. Se hizo detener porque quería conocer la cárcel donde había vivido su hija y a las chicas que la habían conocido. Aquello fue espantoso. Pero nosotros somos lo que somos, y lo que estamos haciendo no es querer pasar cuentas, no es ese nuestro ánimo. Es, llana y simplemente, que se sepa que la mujer, como el hombre, ha pasado horas difíciles y amargas, que la juventud de hoy lo sepa y ponga todo su empeño en que no vuelva a repetirse.

Capítulo 6

LA SINDICALISTA

Petra Cuevas: la conocí en Ventas cuando llegué con la expedición de Amorebieta. No tuve mucha amistad con ella, pues estábamos en distintas galerías. Nuestro apellido nos unía y en muchas ocasiones nos tomaban por hermanas. Las dos éramos menuditas. La recuerdo siempre como una buena compañera. Era muy alegre. Al verla no se podría pensar que la cárcel la llevaba tan mal como ella nos dice ahora.

Me llamo Petra Cuevas, soy de Orgaz y desde muy joven vivo en Madrid. Fue en el año 34 cuando de una manera casual empecé a participar en el movimiento obrero. El día que empezó la huelga de octubre, yo desconocía totalmente lo que se preparaba, pero al salir a la calle y ver el ambiente pensé que no debía presentarme al trabajo (que por cierto el taller estaba a cinco minutos de mi casa). A pesar de todo, a las nueve y media fui a ver qué habían hecho los demás y me encontré que estaban trabajando. Subí, y como no supe justificar mi retraso quedé despedida. Así fue, de esta manera tan simple, como me vi salpicada de comunista y de cabecilla, porque al saber que me habían despedido nadie volvió al trabajo. Los dueños del taller concentraron su odio hacia mí y dieron aviso a los demás patronos para que no me dieran trabajo. Por entonces yo ingresé en UGT y me mantuve siempre en contacto con los compañeros del taller, los cuales me procuraban el trabajo que podían.

Nuestro sindicato no funcionaba muy bien, estaba dirigido por viejas militantes socialistas que se reunían en familia, pero la primera reunión que hubo después de las elecciones del 16 de febrero de 1936 me eligieron secretaria, y las obreras, al enterarse que al frente de la secretaría había una persona joven que resolvía los problemas, afluyán en masa. Otro problema era la falta de unidad dentro del mismo gremio. Los sindicatos se dividían en especialidades dentro del mismo, por ejemplo, el del vestir se dividía en tres: sastres, tintoreros y modistas. Así nos pilló la guerra y como principal tarea, la unidad. Enseguida se creó el sindicato único, que con el metalúrgico, fue el más importante de la UGT.

Al empezar la guerra la industria quedó totalmente deshecha. Las pocas empresas que quedaron, no solo funcionaban mal, sino que debían tanto dinero que para ponerlas en marcha hubo que ayudarlas, por el sindicato, a pagar las deudas, pero todo se solucionó, poniéndose en marcha unas y creando talleres nuevos al servicio de la guerra, pensando, a la vez, que fuesen útiles para la paz.

Desgraciadamente no fue eso lo que conseguimos ni quiero señalar quiénes fueron los responsables de lo que hemos sufrido después para que sirva de acusación a los que, aprovechándose de los deseos de libertad de los pueblos, los utilizan para su medro personal, llegando a la traición si les fallan sus propósitos.

Al finalizar la guerra mi problema fue el de todos los españoles que luchamos al lado de la República. Andar a salto de mata en aquellos primeros días hasta caer en Gobernación. Lo que allí se pasaba es inenarrable; las mayores torturas, las mayores humillaciones que un ser humano puede aguantar.

Estuve en Gobernación un mes. Me pegaron, para qué te voy a decir... pero siempre recuerdo a los demás y pienso que aquellas gentes estaban peor que yo. Te voy a decir cómo estaría, que hasta en las Salesas, cuando me llevaron, fueron los guardias a ver cómo había llegado. O sea, consideraban que era una de las peores en aquella época y a mí me parecía que las otras estaban peor que yo. Fui a la primera que pusieron las corrientes —porque después han puesto corrientes a muchas—. A mí me las pusieron con todo el voltaje, o sea, un enchufe cualquiera, me ataron a los cables y ya está. El médico cuando me iba a curar les dijo un día que llegó uno de los que me las habían puesto: “Esto es criminal”. Yo juraría que el que me las puso fue Carlos Arias Navarro. Recuerdo que llegó un señor cuando me estaban interrogando y dijo: “Mira, yo he venido a ver cómo hacéis hablar delante de este retrato” —naturalmente el de Franco—, y dijo uno de ellos: “Pero esta zorra no habla”. “Verás cómo habla”. Cogió un cable, lo enchufó y me lo ató. “Mira, aquí están las cicatrices, aquí y aquí”. Cuatro cables me ató a las muñecas, que también tengo señal, ¿ves? La que más se nota es esta, que fue la que peor estuvo. Este dedo fue también el peor, porque en los dedos me enroscaron los cables como si fueran anillos, y dijo el so cabrón que eso lo había aprendido de nosotros, y yo me enloquecía, me rebelaba, les decía que eran unos embusteros, que esas cosas no las hacíamos nosotros. Se ponían furiosos porque les contestaba. Me enchufaban y me volvían a enchufar con las manos empapadas de gasolina para que la corriente diese más fuerte. Entonces, en vista de que me tenían que soltar porque con ese procedimiento no consiguieron nada, me cogió uno de los pies, no colgada, sino teniéndome ellos por los pies, que por eso tengo estas vértebras, según dice el médico hechas polvo, y entonces le dijo al Arias que mirase cómo estaba y dijo: “No quiero mirarla, me da asco mirar la carne de las rojas”. Por suerte para mí, porque si al señor no le llega a dar asco la carne de las rojas, fíjate lo que hubiesen hecho. Con todo, hubo un guardia que un día me llamó para hacer lo que le diera la gana, me sacó y no hizo nada porque no pudo.

—¿Te desnudó?

No, porque yo di tantos gritos, armé tanto escándalo —era mi única defensa porque mis manos las tenía destrozadas— que claro, él se asustó. Además yo le dije a las compañeras: “Hoy me ha dicho este fulano (me parece que se llamaba Domingo Giménez) que esta noche me va a sacar, va a charlar un rato conmigo; en el momento que pasen cinco minutos salid a buscarme”. Él, como era guardia de la armada no me podía subir a las oficinas, lo que quisiese hacer tenía que ser allí en el sótano, que entonces eran los archivos de Gobernación y aún no estaban las celdas y se podía salir de una nave a otra. Claro, procuré escaparme y no pasó nada, me fui corriendo y ya estaban todas preparadas para salir. Ya ves, mujeres que no nos conocíamos, solo era conocida la señora que me tenía escondida y que detuvieron conmigo, pero las demás eran gente que yo no las conocía, pero vi la solidaridad de unos y otros. Ya nos sentíamos compañeras.

De Gobernación me trajeron a la comisaría de Fomento. Desde entonces, hasta ahora para venir a verte, no había pasado por allí y aún he sentido escalofríos, porque ahí nadie puede imaginar lo que pasaba. Eso era un infierno. Estábamos en habitaciones muy pequeñas con ventanas a un patio interior. A todo el que pegaban, a todo el que interrogaban, oías los gritos, oías lo que les hacían. No era lo que te hacían a tí, es que oías lo que les hacían a los demás y era enloquecedor. Para más humillación

nos hacían cantar el *Cara al sol* todos los días; hacer el saludo fascista, yo la única ventaja que tenía es que tenía la mano en cabestrillo y decía que no podía saludar, no podía levantar el brazo y me lo iban tolerando, hasta que un día me dijeron que ni hablar, que aquello era cuento y que tenía que levantar la mano y le dije al guardia que me obligó: “Bajo su responsabilidad la levanto porque las consecuencias las va a pagar usted”, y, efectivamente, no hice nada más que estirar la mano y, como un surtidor, empezó a salir sangre de los dedos, porque, claro, las venas estaban quemadas y mientras no hacías movimiento las venas aguantaban pero cuando estiraba las manos o los dedos era horrible. Bueno, se armó un follón tremendo, porque entre ellos, ya sabes, no es que fueran buenos, pero había algunos que estas cosas también les impresionaba. Entonces fueron a la farmacia, trajeron un potingue, me lo dieron para que se me cortase la sangre.

De Fomento recuerdo a una mujer que entra y dice: “Buenos días. Arriba España. Aquí estoy yo con la mano en alto”, y dijimos nosotras: “¡Vaya elemento que nos han metido aquí!”, y enseguida todas a enseñarle cómo estábamos. Digo: “A mí déjeme de *arriba España*, le voy a enseñar cómo estoy”, la mujer dice: “Ese no es mi caso. Yo he venido a presentarme porque yo he ayudado mucho a gente franquista; además, ahora va a venir mi nieto (era una mujer entre los 60 ó 65 años) con los avales de las personas que yo he protegido”. La llaman a declarar y bajó en tales condiciones que tuvimos que juntar dinero las que teníamos alguna perra, para que saliesen a comprar algo para reanimarla. Bajaba muerta de los palos que le habían dado. No le sirvió eso de *arriba España*. En los primeros momentos no se libraba nadie de recibir palos, ni siquiera esta, que iba a pedir protección. Es posible que después le pidieran perdón pero la paliza no se la podían quitar.

Mataban a la gente a palos. A un primo mío le pegaron tanto... le pisotearon la cara, le quemaron los labios y el cuello con un cigarro y se escapó de Gobernación. Fíjate, en esas condiciones se escapó. Luego lo volvieron a coger y lo fusilaron. Con una toalla al hombro salió andando de Gobernación como la cosa más natural. Le había dejado la policía en el despacho hecho polvo. Cuando se vio solo salió sin vacilar a la calle, nerviosísimo entró en un bar a beber algo y le dice el camarero: “¿Cómo va!, ¿es que es usted boxeador?”, y dice: “Sí”. “Pues, anda, vaya paliza que le han dado!” Iba como un monstruo. Allí las gentes estaban monstruosas.

Recuerdo que también a una chiquita jovencita, muy delgadita, que le pegaron tanto que se puso hinchadísima de los golpes. A la única que en esos primeros momentos pusieron la corriente fue a mí, pero las demás, deformadas completamente de los golpes que les dieron.

Después de un mes en aquel infierno pasé a Ventas. Yo hacía el número 14 000. Se carecía de agua y de sitio. Recuerdo que otra mujer y yo tuvimos que dormir con las piernas encima de la escalera que daba a los retretes que se ponían a ras de caca. Era horrible aquello. Teníamos que limpiarlos cuando nos tocaba y era superior a mí el limpiarlos y por lástima otras lo hacían por mí, porque es que era solo entrar y ponerme a dar arcadas, y yo decía: “¿Pero por qué me dará tanto asco?”. No lo podía remediar, por más que hiciera.

No había agua. Para lavarte tenías que pasarte la noche en vela para cuando sintieras caer un chorrito, y éramos muchas a coger lo que pudiéramos. Como había

tanta sarna, tantos piojos y tantas chinches en Ventas, le dije a mi madre que me pasara zotal y Barachol, y todas las noches, las que vivían conmigo nos dábamos un baño de agua de zotal y el Barachol. Así yo no cogí ni un piojo, ni una chinche, con aquel olor huían de nosotras. Yo decía: “¿Cómo aguantaremos esto tan fuerte?”. Todas las noches nos dábamos ese baño y luego teníamos que estar en vela para quitarnos toda esa mugre y ese olor.

Veías mujeres a las que se les caían trozos de carne, que creíamos que era lepra. Hubo unas cuantas con avitaminosis y se les llenaba el cuerpo de costras, sobre todo a las chicas jóvenes. Las que éramos más mayores parece que teníamos más resistencia, pero las jovencitas lo pasaron tremendamente mal. Estabas sentada y veías los piojos andar por allí... desde luego porque también tenemos muchos humos, si no... a veces, decía, soy una inconsciente.

A mí me gustaba mucho cantar y a veces he estado cantando y de repente me he parado y he dicho: “¡Ay, madre mía!, ¿cómo tendré valor de cantar con todo lo que estamos pasando?”, pero gracias a eso vivíamos.

Para mí lo más terrible fue el problema de los niños. Había una galería dedicada a las madres. Como no podían limpiarles, el olor de aquella galería era inaguantable, pero lo verdaderamente trágico era tener que llevar a los niños a la enfermería, porque era seguro que volvía muerto. Esto sucedió hasta que algunas compañeras decidieron colocarse en aquel servicio.

Había una fulana que estaba detenida no sé por qué, porque se debieron confundir. Ella se dedicaba en los hospitales a poner inyecciones de agua a los milicianos. Esta individuo hacía lo mismo con los niños. El que se ponía enfermito —enfermitos lo estaban todos— lo enviaban a enfermería y al ratito de haberle puesto esa mujer una inyección el niño se moría. Esa sinvergüenza estuvo en nuestra zona haciendo el mal que pudo. ¿Por qué estaba detenida?

Las compañeras enfermeras que había en la cárcel se preguntaban qué pasaba. Estaban una tal Rosita Cremón, Juanita Corzo, que aunque no era enfermera pertenecía al Sindicato de Sanidad, y entonces empezaron a pensar: “Esa tía les hace algo”. Decidieron participar en el trabajo, ya sabes que en aquellos primeros años la consigna era que no teníamos que trabajar y en aquella época todo el mundo nos negamos, menos unas compañeras que aceptaron una colocación y ayudaron a organizar la prisión, pero nosotras nadie queríamos ayudar. Al ver la situación de los niños, se decidió que las que eran enfermeras procurasen trabajar en enfermería y así se podría evitar que muriesen los niños, o por lo menos, que no fuesen tantos, y que otros pudieran curarse. Luego ya fue cuando sacaron a las madres de la cárcel de Ventas.

En Ventas estuve unos meses. Había una mujer que a mí me quería muchísimo; creo que me seguirá queriendo a pesar de que hace muchos años que no la veo. Hizo desaparecer mi expediente. Se llamaba Pepita y estaba en la oficina porque el marido era policía. Esta Pepita me salvó de mi primera caída. Ella salió pronto sin juicio. También era enfermera.

Me detienen la segunda vez. También estuve los cuarenta días en Gobernación y entonces no me pegaron.

Te contaré algo que tiene mucha gracia. En casa se habían criado con nosotras las niñas de una señora que mi madre asistía cuando nosotros éramos niños. De mayores cada cual hacía su vida; una se había casado con un policía, pero las dos eran

enfermeras e iban a las embajadas a curar a los que se habían refugiado allí (la otra se casó con uno de esos refugiados) y un día fue a casa y dijo: "Si os pasa algo y me necesitáis, ya sabéis, no tenéis más que acudir a mí, porque él es así, pero hace lo que yo quiero".

—¿Cómo te detuvieron la segunda vez?

Yo sabía que andaban buscándome porque habían detenido al camarada con el que yo tenía relación y habían venido a mi casa a decirme que me andaban buscando por Vallecas. Yo pensé: "Pues como no puedo ir a ningún sitio, aquí aguanto, porque ¿dónde voy yo?". No tenía dinero, no tenía punto de apoyo... Yo no soy aventurera, si lo llego a ser me lanzo mundo adelante, pero pensé que me iban a coger igual y que aún sería peor y me quedé en mi casa. Tardaron aún seis días en encontrarme y me encontraron por uno que era sastrer. Un día iba por Lavapiés, me vio, nos saludamos y no sé por qué me dio mala espina. Este individuo tenía un hermano, también sastrer, que estaba muy enfermo y le prometí ir a verle, fue él que vino a decirme: "Mi hermano está muy mal, se va a morir y quiere hablar contigo antes de morir porque quiere que sepas una cosa"; pero me lo dijo por la noche y el hombre se murió al amanecer y claro, yo no pude ir. El que murió era un chico estupendo. Fui a darle el pésame y me dice: "¿Te has enterado de que han detenido a Vázquez?". "No, no me he enterado". "Sí, estaba organizando el Partido" (a mí ya me habían avisado de su detención porque Vázquez era mi contacto) y le dije: "¡Huy, qué locura, en estos momentos estar organizando el Partido! No puede ser verdad, no lo creo".

Ya no hablamos más y cuando acabé de darle el pésame me marché a mi casa. A los pocos meses me detienen y me dicen que él había dicho que yo había ido a su casa a hablarle de organizar el Partido. O sea, que está clarísimo que fue él quien me entregó, aunque esas cosas tampoco las podemos asegurar, con la clandestinidad era imposible aclararlas; entonces, yo dije: "Bueno, si tiene cara de decir eso delante de mí súbamelo, porque yo he ido a su casa para darle el pésame por un hermano que había muerto y si es que los comunistas no podemos ni dar el pésame a nuestras amistades, dígame usted qué es lo que podemos hacer", se lo dije al policía un poco rabiosa porque era la verdad, pero no me carearon con él. Tenía mucho miedo a los palos, pero como esperaba protección me puse gallito para impresionarles un poco.

Me detienen por la noche, le digo a una prima mía que dormía conmigo: "Mañana vas a ver a esta chica que se ha ofrecido si pasa algo, no para que me saquen sino para que no me peguen. Ellos son capaces y hábiles en los interrogatorios a base de tortura pero de poca inteligencia y vamos a ver si somos capaces de seguir adelante, pero dándote golpes ya no eres responsable de tu capacidad de aguantar". Mi prima el día siguiente fue con mi hermana a ver a esta muchacha y a su marido. Esto era a finales del 41; yo, muy chula, cuando por la noche me subieron arriba, les dije: "Mañana ya les dirán quién soy yo. Están preguntándome unas cosas que yo no entiendo ni huelo" (no sé qué pensarían que era, pero no me pegaron). Cuando al día siguiente fue el marido de mi amiga, le dijeron: "¡Vaya, hombre!, ya está aquí el chulo de esa puta". Y esto me salvó de los golpes porque al decirle que era mi chulo y que yo era una puta, él se endemonió y dijo: "Ni ella es una puta ni yo soy un chulo. Y ahora pido que a esa mujer le hagáis todo lo que tengáis que hacer, pero dentro de la legalidad. Hay muchos procedimientos que son legales y que no son dar palos a la gente, así que yo no pido que la soltéis; ni pido que no la interroguéis, lo único que

pido es que no le peguéis, porque como le pongáis la mano encima nos vamos a ver las caras". Y esa chulería del uno y de los otros fue lo que me salvó de los golpes.

Me tuvieron cuarenta y dos días en Gobernación, sin lavarme, sin peinarme, sin comer apenas. No me apetecía el rancho, muchos piojos, y todo lo que tenías que ver por allí. A mí no me pegaron pero ¡qué sufrimiento al ver a los demás compañeros torturados!

Volvía a la cárcel pero salí enseguida en libertad provisional. Tuve la suerte de salir pero no tardé en volver y tuve la desgracia de volver embarazada porque, hija una se juega tanto que dices: "¿Qué he hecho yo en esta vida? Trabajar y darme palos ¿y qué vas a hacer si al final te van a matar? Pues no vas a estar sin comerte una rosca...", y me la comí y tuve una niña. Lo pagó la pobrecita y lo pagué yo, porque la niña se murió, pero yo seguí sufriendo las consecuencias; los meses de embarazo aún... porque estuve casi siempre en libertad, aunque me tenía que presentar en el Juzgado de Masonería y Comunismo.

Al juicio ya iba embarazada. Nos juzgaron y recuerdo que al día siguiente hubo otro consejo y al volver nos dijeron que había rumores que nuestro tribunal no estaba conforme con las sentencias, a mí me tenían que haber puesto pena de muerte y me habían pedido solo doce años; y había el rumor que nos iban a volver a juzgar. Como estaba muy delgada y no se notaba mucho podía haber pasado muy bien y pensé: "Si me fusilan nos fusilan a los dos, pero si me hacen vivir va a ser un sufrimiento horrible"; a mí aquello me parecía monstruoso. Cuando yo veía a aquellas mujeres que entraban embarazadas, que esperaban que dieran a luz para luego fusilarlas... algunas habían fusilado con la criaturita en el vientre, pero en general esperaban que dieran a luz y después quedaban las criaturas; alguna iba al hospicio a morir al final, porque fíjate la asistencia de esos centros. Así que yo me dije: "Aquí nadie sabe que estoy embarazada, si nos matan, pues mala suerte, como de algo hay que morir lo mismo da de un tiro que de una pulmonía".

Pero la cosa quedó así. Yo aguanté en Ventas sin decir que estaba en estado, aunque me daban rancho en enfermería yo no lo pedí y no sabiendo que estaba en estado no me llevan a Madres. Yo trataba de dar a luz en Ventas porque allí había camaradas que eran buenas enfermeras, buenas comadronas. Yo trataba de que naciese lo que fuera allí, y me decía: "Si cuando tenga un mesecito o dos se lo llevan ya es otra cosa, porque alguno vive, como Clemente", aunque la mayoría morían, pero un día lo descubrieron y me llevaron a Madres, y fíjate tú, dicen de escaparse, ese día tuve yo la oportunidad mejor de mi vida. Me llevó la Veneno, fuimos a coger el tranvía y el metro, lo que pasa es que pensando con lógica te dices: "¿Dónde vas?". No tienes dinero, ni dónde ir, lo que me rodeaba estaba tan quemado; a mi padre le han dado unas palizas tremendas, sin salir de mi casa, solo para que dijese dónde estaba yo... La tía aquella me llevó en el metro desde Ventas a Sol, y en Sol cogimos en la plaza Mayor un tranvía que iba al Puente Segovia. Yo me subí y ella, como hecho aposta, se vio separada de mí por una avalancha de gente que se interpuso entre nosotras. Yo me senté... podía haberme bajado por la otra plataforma, así de sencillo, y marcharme, y cuando ella subió... daba voces de "¡que llevo una presa!, ¡que llevo una presa!", parecía loca, hasta que llegó donde me encontraba y dice: "¡Hija, qué peso me has quitado de encima, creía que te ibas a escapar!", y le respondí: "Si de usted

no se puede escapar ni la lepra, ¿dónde quiere usted que me escape?”.

La entrada en Madres no la olvidaré. Era una prisión situada a orillas del Manzanares que tenía por directora a una tal María Topete, célebre por su maldad. Por la mañana habían fusilado en Ventas a una mujer del pueblo de Vallecas, ¡para qué decir mi estado de ánimo!, pero fue mucho peor cuando la ordenanza que me recibió en la cárcel de madres era su hija. Lo supe al preguntarme ellas las novedades de la otra prisión. Yo se las dije y la pobre se desmayó. Desde ese momento sufrí tanto que creí vol verme loca.

Esta ordenanza tenía un niño, y como todas las demás, pasaba el día en el patio hiciese frío o calor y mientras los otros niños corrían de un lado para otro él se pasaba el día pegado a la puerta cerrada llorando y gritando: “¡Mamá, un beso! ¡Mamá, un beso!” y así todo el día, era enloquecedor; los niños estaban en las mismas condiciones que sus madres, se les obligaba a comer la misma bazofia.

Recuerdo a Ana Mari, una niña inapetente de la que se encargaba una funcionaria de obligarla a comer. Y Enriquecito, y Clemente, que estuvo a punto de morir de una pulmonía y siempre en el patio, con niebla, con viento o con calor, era igual. Y en este ambiente tuve a mi hija. Solo otra mujer que haya tenido un hijo en estas condiciones comprenderá lo que sufrimos allí, la impotencia que se siente y al mismo tiempo la responsabilidad. La niña, como otras, se murió a los seis meses. Yo sentí tal desesperación que no me quitaban un castigo cuando ya tenía otro.

Antes de dar a luz, había un niño, Alfredito, que cuando le ponían en el moisés daba unos saltos tremendos y gritaba como un loco. A las que estábamos para dar a luz nos dejaban un poquito más en el patio, yo aprovechaba para cogerle en brazos. Un día su madre me dice: “Di que te duele la cabeza y quédate en el patio porque yo estoy mala y voy a tener que decir que me abran la habitación para acostarme”. Y así lo hice y me dejaron en el patio. Yo todo el rato con el niño en brazos y el niño tan feliz y la madre desde una ventana viéndonos, hasta que aparece una tía que se llamaba Mari Carmen, me ve y dice: “El niño al moisés”, y digo que no le dejo; oye, ¡se armó un jaleo! La Topete, desde una terraza, diciendo: “Haga usted el favor de meter ese niño en el moisés”, y yo, con el niño abrazada diciendo: “No le meto en el moisés aunque me castiguen ustedes porque este niño llora mucho y se va a poner enfermo”, pero el niño me lo arrancaron de los brazos y me lo tiraron en el moisés y a mí me metieron dentro. La madre llorando, mirando por la ventana viendo al niño, te consumías de rabia, de impotencia, porque yo en aquel momento me sentía con valor para haber cogido los moisés y habérselos estampado en la cabeza a las tías aquellas.

La niña nació bien, pesaba cuatro kilos. La camarada Trinidad Gallego, no sé si vivirá, se portó conmigo como una gran compañera, nunca más la he visto y hay que ver lo que me gustaría verla, me sostuvo ocho días en enfermería y en ese tiempo la niña engordó casi un kilo. Di a luz en una habitación en que había muerto una niña de tos ferina y, como es natural, mi niña cogió la tos ferina, porque sin desinfectar la cama, que acababan de quitar el cadáver, me metieron a mí con mi hija. Y se contagió.

Aquella prisión junto al Manzanares daba la sensación de que era un chalet. Y lo gordo de eso es que las familias no te querían sacar de allí aunque lo pidieses por favor, porque consideraban que era una cárcel estúpida; claro, el locutorio era

pequeño, se comunicaba bastante bien; luego, todos los días, la Topete ponía en el portal una lista de los buenos alimentos que nos daban, por ejemplo: un vasito de leche a media mañana, una comida especial sobre todo a las recién paridas. La familia leía aquello y hasta algunos, pobres, como no andaban muy bien, pues el paquete lo rapaban un poquito porque pensaban: "En la cárcel están mejor que nosotros", y todo aquello era mentira. Ni te daban leche ni Cristo que lo fundó.

Allí lo de las inyecciones de agua no sucedía como en Ventas, porque aquello ya era muy gordo. Cuando nació un niño que le llamaron Clemente, que vive aún, con cinco kilos de peso porque la madre era cocinera y el padre también, que como es natural hambre no pasaban, aquel niño se convirtió en el mono de exhibición y cuando llegaba alguien sacaban a Clementito, pero cogió una pulmonía y estuvo a punto de morir.

No le hacían caso y el niño estaba con una pulmonía en medio del patio y con la niebla del río tú dirás. A la madre ni siquiera la dejaban estar con él todo el tiempo aunque tuviese fiebre. Al hacer la crisis el niño, la madre empezó a dar gritos. Yo que estaba recién dada a luz, me pegué tal sobresalto que se me apostemó un pecho, con unas fiebres tremendas, sin poder cuidar a mi hija. Mi niña, abandonadita, tose que tose, y me acuerdo que hicieron una limpieza porque había chinches que se sacaban a cogedores, y a mi niña me la sacaron al patio y a mí me dejaron dentro de la sala porque me era imposible levantarme. Ya te puedes imaginar lo que supone para una madre estar oyendo toser y llorar a su hijo sin poder hacer nada por él. Ya por fin me sajaron el pecho. Me tuvieron que hacer tres cortes por tres sitios y me mandaron al patio.

—¿Te pusieron anestesia?

¿Anestesia? Lo que le dije yo a la enfermera: "Mira, no me digáis que me siente, tú me pones la mano en la espalda y que dé los cortes, porque si yo veo que viene con el bisturí voy a ir retrocediendo y entonces no me lo va a sajar, así que tú me sujetas bien con las manos en la espalda".

—¿Y con fomentos no se te pudo disolver?

¿Fomentos? ¿Quién te iba a dar los fomentos? Allí no había agua caliente para nadie ni para nada. Me pusieron las manos en la espalda y el médico dio los cortes. Cuando yo pienso lo ñoña que he sido, que no era capaz de jugar con niños porque me hacían daño, y aguanté aquello. Ahora me parece mentira que tuviese ese aguante, esa moral. Yo creo que esta fuerza te la da el enemigo, que se cree más fuerte que tú. Aquel médico se quedó casi bizco de ver que yo aguanté aquello sin decir ¡ay! Bueno, me mandaron al patio porque allí no había camas. La niña estaba medio muerta en el patio y yo también. La cocinera, que era una funcionaria, una tía bestia, en aquella ocasión se portó bien. Cuando me vio bajar tan descompuesta de la enfermería, me dijo: "¿Qué le pasa a usted?". "Que me han rajado el pecho". "¿Y la mandan al patio?". "Pues, sí". "Bajo mi responsabilidad se mete usted en la cama". Y me abrió la sala, porque cerraban la sala con llave y no podías entrar, y me metí en la cama y fíjate cómo estaría que empapé el colchón de lo que supuró el pecho.

Hubo una mujer por estraperlo, que era de Jaén, que la pobre no recibía nada, y tenía un niño de pecho. Aquel niño solo sacaba sangre de la madre. Se pasaban las noches llorando, imagínate, el niño llorando de hambre porque no sacaba nada, la

madre, como no comía nada más que el poquito de rancho que era un cemento inco-
mestible que mucha gente no podía con él, aunque la pobrecita se comiese el rancho
aquello no era alimento y tenía todo el santo día y toda la santa noche el niño engan-
chado al pecho y solo sacaba sangre porque no podía hacer ni leche. Daba pena ver
al niño y a la madre. Por fin salió en libertad, era de estraperlo pero estuvo un año.

Casos así había para contar y ponerte los pelos de punta, mira, otra cosa que pasa-
ba allí es que las mujeres se ponían de mal humor. Como castigaban a las madres
tanto, tenían los nervios deshechos y los pobrecitos niños a lo mejor estaban jugando,
le interrumpían a la madre por cualquier cosita y les pegaban, claro, porque esta-
ban tan excitadas que no eran capaces de controlarse y sentían tanta rabia que el
pobre niño era el que pagaba las consecuencias.

Recuerdo a Enriquito: le tiró a la madre un poquito de azúcar que tenía y le cruzó
la cara con una zapatilla y se la dejó marcada. Yo me enloquecía. Las madres, los
niños, todo me enloquecía en aquella prisión.

Mi hija, sin asistencia médica, cada día estaba peor, se pasaba las noches tosien-
do. Había una funcionaria que se llamaba Consuelo que era bastante buena, tenía un
hermano médico y un pariente preso —también por eso era buena— y me dijo que
iba a venir su hermano porque había una niña, ahijada de la Topete, que estaba malí-
ta, me dio el día y la hora y me recomendó: “Usted, cuando sienta que está el médi-
co, suba, porque yo ya le he advertido, que procure ver a su niña, porque si no esta
pobrecita...”. Yo estuve al acecho y subí. No consintieron que la viese. Cerraron la
puerta de la enfermería y yo dando golpes a la puerta y diciendo que quería pasar con
la niña; que quería que la viese el médico. Me dijeron que la niña no tenía nada y
para eso estaba el medico de la prisión.

A los cuatro o cinco días empeoró la niña; llamé a la funcionaria y le dije: “Yo ya
no puedo más. Ustedes ven que esta niña se está muriendo”; a todo esto, la prisión
estaba ya medio sublevada. Bajó la loca aquella de la enfermera, le puso el termó-
metro y dijo: “Esta niña no puede estar aquí”, y nos subieron a la enfermería a las
dos. Al día siguiente ya se había muerto. Al subir a la niña a la enfermería llamaron
a cuatro médicos. Cuando vinieron ya estaba muerta. No se me olvida porque dije-
ron que yo tenía mucha soberbia porque dije que no quería que la viesen muerta. “No
me da la gana que la vea nadie. Ustedes sabían que la niña se estaba muriendo y no
consintieron que la viera el hermano de la señorita Consuelo. No consintieron ni que
sabiese el médico ordinario. Ustedes pretendían que se muriese, pues ya se ha muer-
to. ¿Para qué me traen ustedes médicos? Ganas de cubrir el expediente”. Porque al
dar la noticia de que la niña se había muerto, toda la prisión se negó a salir al patio,
se negaron a soltar a los hijos de los brazos y hubo un jaleo tremendo y entonces ellas
se conoce que dijeron: “Bueno, pues para calmarlas vamos a traer médicos para que
vean que hemos tomado interés”. Pero era tarde, ya no tenía solución, ya estaba
muerta. A mí, entonces, me tuvieron que poner inyecciones para cortarme la leche.
Era un médico tocólogo que al ver el cuadro se ve que le impresionó y se tomó inter-
és por mí y dijo: “Esta mujer tiene que estar en enfermería”, y me tuvieron ocho
días.

La Topete y Mari Carmen, que eran teresianas, cuando estaba la niña de cuerpo

presente, subieron a quererme besar y yo les dije: “No se acerquen a mí. Ustedes saben que yo soy pacífica, pero no consiento que se me acerquen porque no respondo”. Y le dije a la Topete: “No sé si usted va a verlo o va a tener la suerte de morirse, pero si algún día las madres que han visto sacar a sus hijos llenos de vida y fusilarlos, no me extrañaría que les hiciesen trozos a ustedes, porque yo, en este momento, me siento capaz de despedazarlas. Es una niña de seis meses que ustedes me han matado”.

Cuando estuve más calmada les dije que quería irme a Ventas, pero no me llevaron. Me pusieron a fregar una escalera que había de mármol y como andaba medio loca, a un gato que había le decía que era fascista y el gato me cogió tanto miedo —fíjate si estaba yo enloquecida— que en cuanto me veía se metía debajo del fogón aunque estuviese echando chispas, porque yo estaba más loca que el gato; además, cada vez que se ensuciaba me llamaban para que subiese a limpiarlo. Una noche estaba ya acostada y me llaman —ya era mala leche— a decirme que el gato se había hecho caca en la puerta del despacho de la directora y que fuera a limpiarla. Digo: “A ese gato lo mato”. Ya ves si es difícil coger a un gato cuando se pone furioso, pues cómo estaría yo, que le fregoteé el morro por la caca. El gato salió disparado y se tiró a la Topete, y yo dije: “¿Y por qué no le sacaré los ojos?”, y diciéndole “fascista, si eres un fascista”, medio loca. Ahora me da risa cuando me acuerdo, pero te juro que estaba desesperada. Fíjate cómo estaría que la Topete no se atrevió a decirme ni una palabra. Yo estaba enloquecida y me decía: “Tranquilícese, tranquilícese. Ya verá usted cómo no lo vuelve a hacer”. Que no iba a volver a hacer caca en la escalera podía estar segura.

¡Madre mía!, y luego nos martirizaban con la iglesia que era la gaita. Yo les decía: (muy repipi con la cosa de las iglesias): “Están ustedes en pecado mortal constantemente. Saben que voy a la iglesia a la fuerza, porque me llevan, la religión es libre, no se puede obligar a nadie. Son ustedes las que caen en pecado”. Todos los días iban las catequistas; estaba lavando, tenías que dejar de lavar; estabas cosiendo, lo tenías que dejar. Yo, para no hacerles caso, me inventé una labor manual y siempre andaba con la labor en la mano. Yo me distraía con aquello y había momentos que me aislaba de tal manera que no me enteraba ni de lo que habían dicho, pero se dieron cuenta y me quitaron la labor y tenía que estar allí, a pie firme, escuchando lo que decían. De vez en cuando les salía con una *petenera* y las dejaba patitiesas y seguía mi silencio.

Llegó Semana Santa, dicen que tenemos que confesar. Le digo a la señorita que nos lo anunció: “Bueno, confesará la que quiera porque usted comprenderá que a mí no me pueden obligar a confesar y aunque me quede sola no lo voy a hacer, ustedes verán”, y dijo: “No, se les va a preguntar, pero tienen que ir una detrás de otra a más de dos metros de distancia y tienen que contestar bajito”. Dimos la consigna de que la que estuviese de acuerdo en no confesar a la primera que nos pregunten tenemos que dar una voz que se oiga hasta el final de la cola, y así se hizo. El resultado fue que nos dividimos; la mitad de la prisión confesó y la otra mitad no.

La Topete vino un día y dijo: “En adelante ya no es obligatorio ir al rosario, que vaya la que quiera”. A los tres días ya no iba nadie. Bajó el cura y dijo que en la casa donde se reza el rosario todo el mundo lo escucha por educación, le guste o no le guste y que a él no le temblaría la mano para fusilar a la que faltase al rosario. Así de

clarito, y otra vez todo el mundo al rosario, menuda amenaza nos daba el tío.

La Topete me decía: “¿Por qué tiene usted tanta manía a la señorita María Urquijo?”. “¡Ay, no me hable usted de la señorita María Urquijo, que es tan odiosa que ni los gusanos el día que se muera la van a querer!”. “¡Oh, si es muy buena”. “¿Pero cómo va a ser buena si tiene cara de leprosa?, y los gusanos, le digo a usted, que no la comen, porque primero que no tiene carne y segundo, que es tan mala que los envenena”. Oye, se pasó el día llorando. Se ve que se lo dijo y entró al patio a llorar para que yo la viera. Se pensaría que iría a consolarla; ¿no me había hecho llorar a mí lágrimas amargas?, y no me consolaba ninguna. Entonces se ve que quiso vengarse y le preguntó a una asquerosa chivata que había: “¿Esta terraza quién la tiene que limpiar?”, y dice la chivata: “Pues le corresponde limpiarla a Petra Cuevas porque es la mandanta de cargos y es ella la que la ha de limpiar”. La otra salió a buscarme y me dice: “Haga usted el favor de venir porque tiene que limpiar la terraza”, digo: “¡Huy!, ¿eso quién se lo ha contado?”. Las compañeras se mataban de risa conmigo: “Conmigo no cuente usted, yo limpio nuestra sala porque vivimos en ella y me gusta que esté limpia, pero lo que es la terraza... ya pueden salir allí cucarachas, a mí qué me importa”, y me dice: “Pues me lo ha dicho fulana” —Melchora, me parece que se llamaba—. “Pues dígale usted a Melchora que venga conmigo” (ahora se la juego a las dos). “Oye, ¿por qué has dicho que tengo yo que limpiar la terraza?”. “Ah, porque te corresponde a ti”. “Bueno, pues ahora la vamos a limpiar, venga”. Entramos a la terraza, me siento en el borde y digo: “Yo voy a descansar un ratito mientras tú vas barriendo”. Dice la señorita: “Haga usted el favor de limpiar la terraza porque la Melchora no lo va ha hacer sola”. “Pero como yo soy la mandanta se lo mando a ella”. La dejé que limpiase la terraza ella sola y le dije: “Mire usted, señorita, ni que llore usted, ni que se ría, ni que baje usted a la directora, no voy a limpiar la terraza porque a mí no me da la gana. Yo estoy aquí para descansar, y si encima me he de matar trabajando, ni hablar, y además que ni redimo, ¡no faltaba más!”. Y no limpié. Luego las compañeras: “¿Has limpiado la terraza?”. “Yo, qué voy a limpiar la terraza”. “Has hecho bien”. Hemos pasado mucho, pero procurábamos pasar buenos ratos porque aquella cárcel era de locura.

Fíjate que los niños, te lo digo como anécdota, cuando jugaban decían: “Yo soy la Topete” (la directora), y la otra: “Pues yo soy Petra Cuevas”.

Al llegar a Ventas, aunque la vida era mala, éramos muchas y nos podíamos enfrentar mejor con las funcionarias y se hacía vida política, aunque no faltaban los castigos. ¡Me han pasado de cosas en Ventas! No querían que cogiéramos agua del patio y estábamos otra y yo cogiendo, y nos encerraron en él; empezamos a dar golpes para que nos abrieran, ¡poom, poom!, en la puerta, y nos abre la Drácula y dice: “¿Qué hacen ustedes aquí?”. “Pues que hemos bajado a por un cubo de agua y se conoce que no se han dado cuenta...”. Dice: “Sí, sí, me he dado cuenta, pero es que ahora mismo tienen ustedes que tirar el agua”; digo yo: “Señorita Nieves, eso no se lo está usted creyendo, porque la verdad es que no la pienso tirar. Después de cogerla, encerrarnos y todo este jaleo, ¿voy a tirar el agua?, ni hablar”. Sin decir más cogí la escalera y, pim, pim, pim, arriba, y la otra al verme, me siguió; llegamos a la puerta de la galería y nos dice: “Ustedes no han tirado el agua, pero les voy a poner un castigo que se van a acordar toda la vida”. La otra empezaba a decir: “Pero, señorita

Nieves...". "No le digas nada, ¡déjala! La señorita Nieves ya sabes que siente placer en castigarnos, pues a mí me encanta darle ese placer, así que déjala que nos castigue". Le entraba un cabreo, ¡un cabreo!, pero nos abrió la galería: "Ande, ande, métese usted dentro...". No nos tiró el agua y no nos castigó. "Pues mira, la catacaldos".

Me dicen otro día en Ventas: "¿Cuándo la han traído a usted aquí?". "Ya hace mucho tiempo que estoy, y ustedes, ¿qué vienen a hacer aquí?". "Pues venimos a ver si se quieren poner a bien con Dios". "Huuuy, yo con Dios estoy muy bien siempre; somos muy amigos, así que en mi celda no se molesten en entrar porque ya saben ustedes que yo estoy siempre a bien con Dios". Cerraron y se fueron. Claro, como yo lo decía muy serio pero con cara de burla se ponían de mal humor y entonces era cuando me castigaban más, porque yo el reglamento lo cumplía a rajatabla.

Una funcionaria nueva mandó hacer una lista de todas a las mandantas. Como la pobre no sabía escribir, se la mandó hacer a una camarada que se llamaba Carmen Caamaño; se la hizo con tanta pulcritud que la funcionaria cuando la vio quiso que le hiciese otra lista para ella. Carmen le dijo que ella le había hecho el favor a la mandanta porque era una compañera que no sabía escribir, pero que a ella no, que era su trabajo y que para eso le pagaban. Esto sirvió para que fuese detrás de Carmen como un perro para ver si la cogía en algo y castigarla, y un día se presentó a cachear a la celda, que también era la mía, y de Concha Madera. Estábamos las tres, ellas dos leyendo unos recortes de periódico, que nos estaba prohibido, yo tenía unas cosas en el bolsillo que me acababan de dar y estaba cosiendo; pensé: "Ya le ha cogido esta tía". Yo estaba preocupada por ellas por si las cogían con los recortes y no me acordaba de lo que yo llevaba en el bolsillo, que no eran recortes sino cosas escritas por nosotras; y yo muy cumplida le decía a la funcionaria: "¿Quiere usted que le ayude?", con el fin de ver si la despistaba. Me dijo: "No, y primero la voy a cachear a usted". Me levanta las manos, mete la mano en el bolsillo y veo que saca todo aquello; me abalancé sobre ella (y piensa que era el doble que yo pero el instinto de conservación se conoce que me hizo tener fuerza) y se lo quité de las manos. Empezamos a forcejear; yo a dar gritos y diciéndole que no me lo iba a quitar. En la galería se dieron cuenta de que algo me pasaba y salieron todas de las celdas y se agolparon en nuestra puerta. Como pudimos echamos los periódicos fuera y ella tiró de mí para sacarme pero al ver toda la galería llena de mujeres se asustó y me soltó; yo corrí al retrete y los papeles desaparecieron y quedé tranquila, que hiciese conmigo lo que quisiese. Me figuraba que nos iba a castigar pero en aquel momento no nos hizo nada. Se fue muy furiosa, pero al día siguiente por la mañana nos metieron en la celda de castigo. A los dos días nos sacaron; a Carmen para Cáceres, a Concha Madera se la llevaron a La Rioja, a Logroño, y a mí me llevaron a Calatayud. Fuimos hasta Guadalajara y allí ya nos separamos cada una por su lado.

Esta cárcel era de hombres y allí había un vigilante que me dijo que había estado en Madrid, que trabajaba en los Simeones, que toda la guerra había estado allí y que los rojos éramos tan malos; le dije: "Pues ya ve usted, no éramos tan malos cuando usted me lo está contando y está aquí de funcionario y yo, en cambio, le estoy escuchando como presa, ¿hay una diferencia, no?".

No tuvo más importancia nuestra conversación pero lo más asombroso es que los

guardias me decían: “Pero, ¿usted tiene familia aquí?, ¿a usted la ha reclamado alguien?”. “No, voy castigada”. Es que aquello no era una cárcel, era un convento abandonado, vete a saber desde cuándo, hecho entre rocas, que una de las paredes era la propia roca. Unas columnas en la parte de delante, con tanta humedad que las paredes estaban verdes y caía agua por ellas, y lo peor de todo era la gente con la que tenías que convivir: gitanas, ladronas y criminales. Políticas había una señora y su hija (el hijo se había ido al monte).

El caso es que los guardias me dijeron: “¿Quiere usted que miremos el expediente a ver si lleva usted nota de castigo?”, digo: “Hagan lo que quieran”. Miró el expediente uno de ellos y dijo: “Pero si está en blanco, ¿por qué la han juzgado a usted?”. “Pues porque les ha dado la gana; porque son los vencedores y porque han querido”. “No tiene nada de particular el expediente, si llega a tener algo, la matan a usted”. “Con buenas ganas se quedaron”.

El caso es que en el expediente no llevaba nota, pero se ve que la habían mandado directamente. Había un funcionario que cada vez que entraba de servicio, a mí me daba fiebre. Era el jefe de servicios y nada más llegar me dijo: “Ah, ¿tú eres la que has pegado a la funcionaria?”. “¿Yo?, yo no he pegado a nadie”. “Sí, ya me han dicho que has pegado a una funcionaria en Ventas”. Total, allí estuve nueve meses y fueron nueve meses de tormento con aquel hombre, era una cosa odiosa. El día que entraba de servicio, solo pensaba ver por dónde podía meterse conmigo. El director había estado en la parte republicana y también estaba allí sancionado. Él decía que si había algún beneficio tenía que ser para nosotros y trataba de no hacernos la vida muy difícil.

A los nueve meses me sacaron de allí y me llevaron a Zaragoza. El director, cuando subí para hacerme la ficha —en ella se tenía que poner si era católica o no— le dije: “Ustedes dicen que todos los españoles somos católicos porque el Estado español es católico; yo solo digo que no soy creyente. De ahí para adelante ponga usted lo que quiera, no le voy a decir más”. El tío se cabreó hasta más no poder y me tuvo todo el tiempo que estuve allí en una celda de esas de la Inquisición, porque lo era, incluso aún existían en las paredes y en el suelo los grilletes de haber tenido a los presos atados de pies y brazos. Tenía la ventanita aquella que se ve en las estampitas en forma de embudo que empezaba como una esfera grande y terminaba en un agujerito como el fondo de una botella. En la esfera cabía un cuerpo y por el agujerito un pájaro. Era tremendo.

Allí, las compañeras que servían las comida, que también eran políticas, conmigo se portaron muy bien. Me subían revistas, el rancho como a mí me gustaba, caldito para entrar en calor. La gente no se portó mal.

—¿Era la cárcel de Predicadores?

Pues lo sería, no sé, porque tal como me metieron, me sacaron, no supe dónde estuve.

—En la cárcel de Zaragoza, ¿estuviste aislada todo el tiempo?

Aislada, sí, allí no había nada más que las chicas que me subían la comida.

—¿Tenías cama de hierro?

Sí, sí, había cama, allí era imposible dormir en el suelo; bueno, imposible no, porque todo era posible con esta gente, pero, vamos, eran losas de piedra y fíjate qué grosor de paredes habría, más que esta mesa (noventa centímetros) y a un extremo estaba la puerta que daba a la galería y al otro extremo la puerta que daba a la celda;

en este rellano, entre puerta y puerta, se quedaba la que llevaba el rancho, abrían la puerta y me lo daban y en un descuidito de la funcionaria, que se entretenía con las estraperlistas, me pasaban revistas para que me distrajera, y me echaban un poquito más de rancho, se portaban bien.

Ya de allí me llevaron a Bilbao. Iba una expedición de Zaragoza también. En Bilbao la gente se portó muy bien y hasta por las calles trataban de ayudarte a llevar los paquetes. Incluso las monjas de la cárcel de Larrinaga eran distintas, se portaban mejor. Cuando llegamos nos dieron una comida, no buena, en ninguna cárcel te daban rancho bueno, pero comimos. Allí estuvimos pocos días. Nos llevaron a Amorebieta y estuve lo menos nueve o diez meses, hasta que la cerraron. Allí me pasaba la vida castigada, pero ¿por qué? Yo no soy violenta, se ve que es el temperamento que tienes sin darte cuenta; por ejemplo te decían: “A misa”, y en misa las monjas, a arrodillarse una y otra vez, y yo decía: “Pero si eso no está en el reglamento. Yo no soy monja y no tengo por qué hacer las cosas de las monjas”, y me sentaba en el banco y las demás subían y bajaban, igual que las monjas, pero el ejemplo mío fue cundiendo y nos hicimos un grupito de cinco o seis y entonces no lo aguantaron y un día una monja gorda nos vino por detrás y nos pegó unos empujones que nos hizo caer casi de bruces al otro banco; y nos tuvimos que poner de rodillas.

Yo disculpo a la gente porque la inconsciencia y el miedo, incluso a nosotros mismos, nos hace volvernos a veces en contra de la razón, de la dignidad, y de todo, porque al subir la gente empezó a decir que si éramos tan valientes por qué nos habíamos dejado empujar y poner de rodillas, y como la gente se nos enfrentaba tuvimos que hacer jerigonza igual que todos. Comprendo que eran tonterías, pero tener que meter la mano en la pilita bendita y santiguarse y hacer todo aquello que no sentías. Yo le dije una vez a una monja: “Mire usted, mi madre era más católica que usted y en eso yo no la he obedecido, y la he querido más que a nadie; en ese terreno a usted también la tengo que desobedecer, porque usted no es más que mi madre. Es inútil que me obliguen ustedes porque no lo voy a hacer aunque me quede sola. En eso sí que no voy a ceder”. Y no lo hice y me castigaron otra vez.

Había un cartel en la escalera que decía “Silencio”, y el cartelito aquel a mí me sacaba de quicio, silencio siempre, y éramos un grupo de unas hermanas asturianas y su madre, “pues este cartelito hay que quitarlo porque, vamos, nos tienen en silencio todo el día”. Un día desapareció el cartelito y sólo lo sabíamos las que lo habíamos quitado, para que las demás no dijeran nada, pero se lo figuraron al final, y castigadas otra vez, sin correspondencia.

En Amorebieta, éramos dos que bordábamos y tres que hacían punto, y la labor que entraba en la prisión casi toda nos la daban a nosotras, y las cosas especiales de esmero ya sabía yo que eran para mí, como una colcha que llevaron que era de malla, que estuve hasta las tantas de la noche para terminarla. O sea, que las monjas, a pesar de que políticamente siempre andábamos a la greña, luego, en las labores, nos preferían porque trabajábamos bien y claro siempre teníamos dinero, porque la gente de Bilbao y de toda aquella parte se preocupaban de que en la cárcel no faltase trabajo. Yo, la sensación que tenía es que había mucha preocupación en la calle por nosotras. Un día, por ejemplo, no sé por qué nos hicieron una guarrada con la comida; nosotras comprábamos la leche, nos daban la borona aquella, la echábamos en la leche; un pescadito asado, que por una perra gorda te lo asaban, y cenábamos divinemente,

o sea que en el fondo, las únicas que comíamos de verdad éramos nosotras, nuestro grupo, pero dejan sin cenar una noche a toda la reclusión porque la comida o tenía mucha sal o no tenía nada, no recuerdo, el caso es que al día siguiente la gente estaba endemoniada. Allí, cuando ibas a decir algo te respondían: “¡Silencio!, no podéis decir nada”, pero la monja iba todos los días a leernos unas monsergas de unos libritos y ese día trataba algo de las ánimas, los sacrificios, los sufrimientos, los ofrecemos por las ánimas del purgatorio y en ese momento todas las mujeres, toda la prisión a coro contestó: “¿Y el quedarnos sin cenar también se lo podemos ofrecer a las ánimas del purgatorio?”. Ella se calló y siguió leyendo, pero cuando terminó de leer se vino hacia nosotras a preguntarnos a quién se le había ocurrido aquello y dijimos que a nosotras, que considerábamos que no era justo quedarnos sin cenar. Entonces armamos una zapatiesta que hasta los guardias nos apuntaban por la ventana con el fusil. Ella, muy chula, diciendo que nos iba a bajar al despacho. A mí ya me habían bajado una vez y no me escuchó el director, me echó el sermón y cuando yo fui a hablar para decir lo que me parecía cerró la puerta y me dejó fuera. Entonces yo le dije: “Bueno, usted nos va a bajar al despacho, pero yo, si bajo, voy a hablar, no crea el señor director que va a hacer como la otra vez que me cerró la puerta, me atravieso en ella y no la cierra. Yo le voy a decir que ustedes echan la comida a los cerdos antes que dárnosla a nosotras, y que ustedes prefieren tirar el aceite también a los cerdos antes que dárnoslo. Que conste que si bajo le digo todo esto, así que haga usted lo que quiera”. No me bajó, porque eso era verdad, que lo veíamos nosotras y aunque protestábamos se hacían las sordas... pero hizo otra cosa peor; bajó a la cocina y dijo que nosotras, las dos bordadoras, que llevábamos siempre las planchas a calentar, por lo que nos cobraban diez céntimos por cada plancha, y ella sabía que yo tenía planchas puestas para planchar unos juegos de cama. “¿Saben lo que han dicho las comunistas?, que son ustedes unas guarras y que por culpa de ustedes se han quedado sin cenar”. Inocente de mí; bajo a por las planchas y las cocineras, ¡no te digo, cómo estaban! Me pusieron verde, me dijeron que lástima no me quemara la lengua y todo lo que se les ocurrió; yo, para qué decirte, me llevé un sofocón, pensaba: “Resulta que somos las primeras en reclamar nuestros derechos como reclusas y ahora...”. Las mujeres de la cocina me pusieron como un trapo; eran anarquistas, zaragozanas, de la CNT, por hacerse eco al chisme que les lleva una monja que a todas nos lleva a raya y cuya intención es queremos enfrentar. Afortunadamente, y no es por presumir ahora, los comunistas, en cualquier sitio que estábamos, siendo tres o cuatro, éramos los que de verdad sabíamos cuál tenía que ser nuestra posición y cómo nos teníamos que comportar; una compañera, fuese quien fuese, lo mismo si era socialista, anarquista o católica, si tenía un problema y podíamos ayudarle, la ayudábamos, pero en cambio, con nosotras no reaccionaban igual, ya lo sabes tú, porque en ocasiones te has visto en apuros muy gordos y no te ayudaban y te decían: “Es que vosotras sabéis salir”. Bueno, pues tomad ejemplo de nosotras.

Las comunistas, aunque no voy a decir que hemos sido todas perfectas, en general hemos sabido comportarnos en Amorebieta; éramos el alma de las protestas y de las situaciones; aguantábamos los castigos y solucionábamos los problemas; las demás, fíjate el cisco que me armaron aquel día; lo que tuvimos que discutir para que comprendieran que no habíamos dicho tal cosa de ellas.

Yo estaba tan flacucha, tan delgaducha, que no llegaba nunca a pesar los treinta

y cinco kilos. A mí, la verdad, el hambre no me atormentó; el frío sí. Cuando el rancho parecía que tenía hambre pero lo olía y parecía que me ponían unas cremalleras en la boca y se me quitaba el hambre, del mal olor, “yo no me lo como”, al final me lo comía y de casa me empezaron a mandar, porque yo solo pedí aceite para el pescado que nos vendían y algunas cosas en el economato lo bajabas y te lo hacían. Me acuerdo un día que no tenía nada y decidí un arroz con un tomate que compré y un caldo Maggi, y yo no sé si era peor el rancho o aquello que me guisé, ¡oh, qué malo! ¡qué malo estaba aquello! Yo decía: “Aquí la diño”, así que no llegaba nunca a tener 36 de temperatura y la Casilda decía que no me ponía el termómetro y que por eso no subía, y un día yo le dije: “Conste que yo no quiero que me lleven a la enfermería, ¿eh?”, porque prefieren estar enferma aquí con mis compañeras que en la enfermería, pero quiero que vea que es verdad que no sube el termómetro y me lo pongo”. Hice sentar a la enfermera, ponerme el termómetro y que esperara a que subiese. Cuando me lo quitó vio que no subía y le dijo a la monja: “Hermana, es verdad, tiene tanta debilidad que habría que darle unas vitaminas”, y dijo: “No, no se le puede dar nada”. Yo no decía nunca nada, no iba a quejarme, les decía: “Anda y que os den dos duros”, y eso les daba mucha rabia, esa indiferencia mía, así, a la pata la llana, las endemoniaba mucho. Había camas cuando yo fui; ya teníamos cada una la nuestra.

—¿Te acuerdas de aquella sala que hacía la U? Estabais vosotras ya con camas, pues en esa sí caía un alfiler no llegaba al suelo. Los petates estaban tan juntos que hasta se encongián y se hacían más pequeños.

Claro, claro, igual que en Ventas; pues cuando yo fui había camas. Estaban las monjas, la hermana que nos leía las oraciones, la hermana Basilia; una gorda que se reían de ella porque era buenecita y no nos hacía la vida imposible, no se metía con nosotras. Las monjas decían que era tonta, y luego el director, que no se le veía nunca por la prisión, y funcionarias no había ninguna, o sea, que eran las monjas solas que llevaban la disciplina, las monjas y el fraile, el semental. Era un tío bestia, además era odioso hasta explicando el catecismo... nosotras no le hacíamos caso.

Nos hacen el traslado a Segovia y seguimos juntas las cinco. A nosotras ya no nos pilló la huelga pero sí un problema: que cogieron unas notas a una camarada que estaba un poco enloquecida, no voy a dar su nombre, y hubo un problemón tremendo, no sé cómo no nos fusilaron; a ella la metieron en una celda, en fin, que nos dio mucha guerra. Pudo haber otra huelga en los meses que me quedaron de estar. Subió una compañera y nos dijo que los garbanzos que nos iban a dar en la comida estaban apollados y que no los cogiésemos. Se enteraron de que ya estábamos dispuestas a no coger la comida y cambiaron los garbanzos por otras cosas. Comprendimos que era cierto y que había una chivata porque castigaron a la compañera que avisó, bajamos al centro y la soltaron enseguida; se ve que se acordaron de la huelga pasada y no quisieron repetirla.

A mí se me ocurrió decir a la funcionaria: “¡Ay!, señorita, no la metan ustedes en la celda, que son peores que las de la Inquisición”. ¡Ja!, y solo por decirle eso me pusieron seis meses más de cárcel, ¿qué te parece? Sin embargo un día en una visita me adelanté y le dije al director que nos dejase leer la prensa y que nos diese azúcar para el café; el director no me dijo nada ni me castigaron, no me hicieron caso y ya está, pero con lo de las celdas de la Inquisición... Yo decía: “¿Pero cómo van a meter

ahí a esa mujer por una tontería? Ella ha querido gastarnos una broma y ha dicho eso; como podía haber dicho que era caviar lo que nos iban a dar ustedes”. Pues por decir eso, seis meses de propina me pusieron, que los pasé mal, muy mal. Salí enferma de verdad.

—En cambio, no llegaste a demostrarlo, siempre se te veía alegre y contenta.

Claro, donde hubiese alguien cantando, allí estaba yo.

—¿Te acuerdas de alguna de las canciones?

¿De las canciones de la cárcel? No, se me han ido olvidando. Lo que son las cosas. Yo soy una de las personas que aparentemente he llevado mejor que otras la prisión, pero era de las que peor la llevaban. Nunca decía nada, no he creado problemas porque nadie me podía solucionar nada; si estábamos allí, pues a aguantar, pero soy una persona muy inquieta, me paso el día yendo y viniendo, haciendo y deshaciendo, y soy feliz, pero me estoy todo el día así sentadita como ahora y termino muerta, con dolores de huesos, con un cansancio horrible. Imagínate sentada todo el día en el petate o andando sobre el mismo ladrillo... yo me ponía enferma, estaba flaca como una sardina. Era horrible, yo lo pasé muy mal, así que cuando salí dije: “Vamos a ver cómo hago para no volver a la cárcel; tengo que estudiar la manera de no volver más”.

—No te he preguntado si tienes fotos.

¿De la cárcel? Mías no tengo.

—¿Y tú no te hacías fotos?

Ay, no. Una vez fueron a hacer fotos y salió una zapatilla nada más y la conocimos porque me la había hecho yo de unos trapos con flores. A partir de entonces dije: “A mí no me retratan esos tíos”. Yo era muy *rabuda*, y ahora parece que me hubiera vuelto ñoña, ya no soy tan *rabuda*.

—¿Cuándo saliste volviste de nuevo a la clandestinidad?

Salí en el 47, y lo pasé muy mal, yo pienso que no he estado mucho tiempo en la cárcel, he sido la que menos he estado de las compañeras que, como yo, teníamos más responsabilidad, porque total, siete años... Cuando digo “total, siete años”, la gente dice: “¡Huuuy!”; pero comparándolos a los que han estado veinte no es mucho. Pero si dentro lo pasé mal fuera lo pasé peor porque, aunque te digo de verdad que me ha querido mucho la gente, que se han portado muy bien conmigo; cuando salí se desvivían por invitarme a comer, a recibirme en su casa, me daban cariño, pero lo que necesitaba era trabajar y nadie se atrevía a responder por mí en ningún sitio. Por ejemplo, yo creía que para mí la solución era haberme colocado de costurera en un hotel, es posible que fuese porque la comida la tendría asegurada, que no era modista, pero coser sabía. Oye, pues yo conocía gente que tenía relaciones con hoteles y nadie se atrevió a responder por mí. En Galerías Preciados había también quien podía haberme echado una manita. Me daban mucho cariño, cuando me veían les daba mucha alegría y no me ofrecían dinero porque me conocían bien y yo les hubiese dicho que no lo necesitaba aunque así fuera. Hubo un grupo de compañeros que no me podían buscar trabajo porque eran intelectuales y en su campo no podía trabajar yo, pero, en cambio una me daba para que le cosiera una blusita o una camisa para el marido porque sabían que necesitaba ayuda. Yo, francamente, sé que las hacía mal, ponía toda mi voluntad en hacerlas bien pero no soy modista, yo soy bor-

dadora, pero se las hacía con el ansia de ganarme los cinco duros que les iba a cobrar y ellas me los daban aunque arrinconasen la blusa. Yo creo que seguramente las han arrinconado porque si a mí no me gustaba cómo quedaban, a ellas... no se las pondrían, digo yo.

Luego una compañera, Lola Freixa, me buscó trabajo en una tienda, en Don Ramón de la Cruz, de ropa de niños. Me escribió una carta diciéndome que fuese a ver si me interesaba. Fui y me dieron trabajo; me mandaron hacer vestiditos, pantaloncitos, que en mi vida los había hecho. No era más que con el propósito de ayudarme, porque yo he visto cosas que las han saldado porque no las vendían, estaban mal hechas de verdad. La gente me ayudó en lo que pudo pero fue difícil, muy difícil. Recuerdo un día que fui a ver a una chica que el hermano, que murió, siempre había andado detrás de mí. El marido me empezó a hablar mal del Partido, agarré semejante sofocón que cuando llegué a mi casa me dicen: "Oye, ¿qué te pasa?". Llevaba hasta las orejas congestionadas del sofocón que me dieron. Bueno, así, esos sofocones te los daban y yo me daba unos hartones de llorar que decía: "Pues casi prefiero estar en la cárcel, porque si ahora que estoy en la calle y voy a ver a los que fueron, pero que no pasaron por donde nosotras, te reciben con alegría, eso sí, pero luego te empiezan a decir que si eres idiota, que si te han metido en esto, en lo otro...". Así que en aquellos momentos yo, francamente, no volví al trabajo del Partido. Mantuve la relación con toda la gente mía. Después fueron saliendo compañeras y fue la cosa mejor porque nos íbamos relacionando unos con otros y nos fuimos ayudando. Me abrí camino como pude, pero la relación que he tenido ha sido eso, cotizar y recibir el material, eso es lo único, o sea, que no puedo decir: "Yo he hecho este trabajo".

Comentar cosas que has vivido, has oído y has visto sería no acabar. Mira, yo soy nacida en Orgaz, pues de los alrededores llevaban allí a fusilar a la gente. En Orgaz a las chicas las ponían en pelotas y sacaban a los hermanos y a los padres a verlas; les cortaron el pelo, les dieron aceite de ricino y las sacaban por el pueblo. Allí fusilaron a mucha gente. A una familia la destrozaron; eran campesinos, acomodados, muy trabajadores; el padre era un hombre por el que yo siempre he sentido admiración, era un hombre para el que mi padre había trabajado, mi padre era obrero en aquella casa, pero todo el mundo se creía que éramos familia porque siempre que íbamos mataba un cordero y nos recibía con alegría. Tenía un chico al que llamábamos *el Morenito* y otro que se llamaba Juan; a estos chicos los fusilaron sin expediente a los dos, sin juzgarles ni nada, y una hija ha estado en Amorebieta, por Saturrarán, por esos penales; tenían su hacienda y los dejaron en la calle. Al padre lo tuvieron en Burgos, en el penal también, muchos años.

El sastre por el cual caí la segunda vez, el otro día, en la asamblea de los jubilados, me lo encontré y fue él el que me conoció, vino a mí y me dijo: "¡Ay, qué alegría verte!". Bueno, pues qué vamos a hacer, nos dimos la mano... ¡han pasado tantos años! Él estaba muy cambiado, envejecido, me saluda y yo le respondo. Si tienes que borrar de tu mente la revancha con el enemigo, cómo no lo vas a hacer con los que fueron amigos.

Hemos pasado de todo, más malo que bueno, pero éramos jóvenes y también

hemos pasado buenos ratos para distraernos, y tenías que hacer estas cosas o te morías de asco y era aún joven para quererme morir, y ya ves, aunque ya estamos viejas y achacosas por lo que nos han hecho pasar, hemos visto morir al dictador y él no hizo morir a nuestro Partido como tantas veces lo había dicho. Aquí estamos los viejos con un Partido joven.

Capítulo 7

PARTE DE UNA VIDA

Manoli: la conocí en Ventas en el año 42, nuestra amistad fue simplemente la de una camarada más, que en algún momento charlas con ella. Pero de todas y de cada una de ellas, quedan rasgos, facciones que no las olvidas. Ella quedó en Ventas cuando a mí me llevaron para Segovia.

Muchos años después nos encontramos de nuevo, la primera vez porque las dos estábamos en la cárcel, y después a la puerta de un penal, para ver a nuestros compañeros que cumplían condena, por razones políticas, en el penal de Burgos. Muchos encuentros hemos tenido durante unos años, ella siempre acompañada de su pequeño Miguel Ángel, que era una criatura deliciosa. Manoli tendrá, como todos, sus defectos, pero pesan más sus cualidades: es firme en sus ideales, valiente, trabajadora y de una humanidad envidiable.



Manoli con su hijo Miguel Ángel en la carretera del penal de Burgos, en el año 1963.

¡Parecía increíble! Pero llegó el día 11 de mayo de 1960 y me dieron la libertad. Una libertad a medias, porque salía de una cárcel pequeña para integrarme en una cárcel grande: España. Nuestra España sojuzgada, aunque no sometida, por las fuerzas franquistas, que si bien ni gozaban ni gozan de la aprobación del pueblo español, la fuerza de las armas y de la dura represión permite a este régimen su larga permanencia en el poder. Volviendo a mi libertad a medias, además mi puesta en la calle era condicional; es decir que me quedaban todavía años de presentación periódica a la policía y no poder moverme si no era con un permiso de las autoridades. Esta fue la libertad que me concedieron después de más de dieciocho años de cautiverio ininterrumpido. Pero en esa limitada libertad me esperaba el que sería mi compañero, que espiritualmente lo había sido durante todos los años de encierro, y con él compartiría el resto de mis días. Él, gran

luchador, gran revolucionario, había recobrado su libertad dos meses antes que yo y posteriormente, cuando nuestro hijo tenía poco más de un año, fue nuevamente dete-

nido, torturado y condenado por lo que han dado en llamar *intencionalidad política*, que es, en fin de cuentas, luchar, de forma ilegal, por conseguir unas reivindicaciones, tanto laborales como políticas, que en España nos son negadas y brutalmente condenadas. Pero esto lo dejaremos para más adelante.

Es difícil, a treinta y tantos años de distancia de ser detenida y a quince de ser excarcelada, dar una visión real de toda esa etapa de prisión. Trataré de mirar de forma retrospectiva y dar una imagen, aunque sea somera, de lo que supuso esa etapa de mi vida.

El 28 de marzo de 1939, muy tempranito, salíamos muchas mujeres de la cárcel de Ventas, donde habíamos estado detenidas durante el tiempo que permaneció la famosa Junta de Casado. Fue un gran choque, salir e inmediatamente encontrar moros, guardias civiles y a todas las fuerzas franquistas por las calles de Madrid, ese Madrid que había sido nuestro orgullo por la valiente defensa de las fuerzas republicanas que no consiguieran vencer.

A los tres días exactamente, me detuvieron de nuevo, pero ahora los franquistas. No tenían contra mí, que todavía no había cumplido diecinueve años, sino el haber colaborado en la medida de mi saber y mi juventud al lado del Gobierno del Frente Popular. Me detuvieron unos días en Almagro número 36, lugar de tristes recuerdos para miles de camaradas. No quiero hablar del trato allí recibido puesto que mucho se ha escrito ya sobre ello y es de todos sabido. Me pusieron en libertad provisional, con la ineludible obligación de presentarme cada día, cosa que no hice nunca, y me trasladé tan pronto como pude a Bilbao, mi tierra natal, donde permanecí durante un año, más o menos. Nos parecía entonces que era imposible se mantuviera el régimen, ni siquiera unos meses. Gracias a este optimismo y a la gran confianza en nuestro pueblo, y de forma esencial en el Partido, que en todo momento ha estado y está a la vanguardia de la lucha. Hemos ido quemando largas etapas, pero siempre convencidas de que teníamos próximo un verdadero amanecer. No quiero desviarme, sino hilar el motivo de mi relato. Puede decirse, porque así fue, que hasta el año 1942, fecha de mi detención, ocurrida en La Coruña, anduve como tantos y tantos a salto de mata. Nuestro delito, la reorganización del Partido donde quiera que nos encontrásemos. Y por esto, solamente por esto, nos condenaron a pena de muerte, que a los cinco meses de sentencia fue conmutada por la de treinta años de reclusión mayor. Pero la verdad es que cuando, después de casi tres meses en los sótanos de la DGS, me llevaron a Ventas, prisión de mujeres, hoy ya desaparecida, me pareció que iba al mejor hotel del mundo, sobre todo por la alegría de encontrarme con cientos de camaradas y con entrañables amigas.

Acababa de cumplir veintidós años, y a esa edad pronto se olvidan los malos tratos, las afrentas y el miedo, que lo tuve de verdad, mientras estaba en la DGS. Es una experiencia dura, muy dura, al menos para mí, ante el temor de que te llamen a declarar; pero luego ante *ellos*, por los que sientes un gran desprecio, su única superioridad es la violencia de muchos contra uno; te sientes crecer y hasta muestras una valentía que te parecía imposible minutos antes. Sobre la DGS hay para escribir miles y miles de libros y nunca se reflejaría exactamente la autenticidad del recinto; creo que es solo viviéndolo como se sabe; por eso, si se habla algo de ello, queda pálido ante la auténtica realidad. Lo que, cuando ahora lo pienso, me parece imposible, es el gran apetito con que me comía el nauseabundo rancho y algún trocito de

pan, si lo tenía, después de esas llamadas. La juventud y una excelente salud eran la causa de la positiva reacción del estómago.

Pero volvamos a Ventas. Lo mejor de la prisión era la maravillosa organización del Partido, que te hacía sentirte plenamente feliz por cuanto allí se trabajaba. Era la Guerra Mundial y leíamos cuanto caía en nuestras manos, amén de que conseguíamos tener los partes ingleses que circulaban por Madrid clandestinamente y de la misma forma llegaban a nosotras. Teníamos organizados grupos de cultura, pues dentro de la cárcel había muchas intelectuales cumpliendo condenas. También se daban cursillos políticos bien programados que nos formaban muchísimo; teníamos una —digamos— biblioteca ambulante, y con nuestras aportaciones íbamos comprando libros que todas leíamos y al fin se rifaban entre las que formábamos la biblioteca. Todas estas tareas coordinadas con el trabajo de pequeñas labores que nos vendían en la calle para ayudar a nuestra subsistencia, eran el conjunto de nuestra vida en términos generales. Parece paradójico, pero en muchas ocasiones nos daban las dos de la madrugada haciendo punto en los retretes, que era donde había una mala bombilla, y a su alrededor nos agrupábamos hasta esa hora, en que teníamos que acostarnos porque era cuando la monja o funcionaria de servicio hacían su ronda de vigilancia; y si nos encontraban levantadas nos castigaban.

Se hizo una buena labor en Ventas, y desde luego por parte de nuestras camaradas la más positiva. En el año 42 debíamos ser alrededor de ocho o nueve mil mujeres, por lo que estábamos en cada celda siete u ocho, celdas que habían sido concebidas para dos reclusas. Entre esta época y el año 45, salieron la mayor parte de las juzgadas por delitos de guerra y alguna posterior de condena pequeña, que eran las menos; pues en aquel tiempo se ponían de veinticinco a treinta años por una simple sospecha y pena de muerte por poco más que esto; pena de muerte, que en el caso de nuestros compañeros, ejecutaban en un noventa por ciento de los casos o quizás más. Había un tanto por ciento muy elevado, y sin ninguna duda, el más combativo, el comunista, cada una por su lado y con sus propios dirigentes. Pero se fue consiguiendo, pese a que en todas las mentes se cernía gran valor a la hora de presentar cualquier petición a la dirección de la cárcel o realizar trabajos fuera de cara al exterior o al interior. También se ha aprovechado siempre, aunque no había muchas, si alguna funcionaria se prestaba a sacar cartas o hacernos recados que no podíamos encargarnos de ninguna forma. Siempre vivíamos en colectividad para la mejor administración de nuestros víveres y poder así ayudar a las muchas reclusas que nada recibían de la calle. La solidaridad era siempre una de nuestras constantes, máxime que en aquel tiempo solamente recibíamos ayuda de los familiares y esta ayuda nunca era suficiente, porque eran los años que en la calle también se pasaba hambre.

Hay dos hechos fundamentales que se hicieron en Ventas y merece la pena señalarlos. El primero de ellos y de gran importancia, por lo bien llevado del acto en sí, fue la fuga de dos reclusas, condenadas a muerte. Chon, una de ellas, estaba en la segunda galería, y a Elvira la habían bajado ese día al sótano de penadas. Esa noche, poco después del último recuento, se fugaron, cada una desde su departamento, lo cual hacía el trabajo más difícil. La ordenanza de las funcionarias, que permanecía fuera de la galería hasta las once de la noche, magnífica chica y camarada, fue una de las artífices materiales de la apertura de puertas. A raíz de la fuga, fue rigurosa-

mente incomunicada durante nueve meses, pero su comportamiento fue estupendo. Hubo el juicio correspondiente, pero salió absuelta. También estuvimos incomunicadas todas las de la segunda galería y en celdas aisladas las que vivían en la celda con Chon. Fue un acto tan inaudito para las funcionarias y para el propio director, que su estado de nervios y confusionismo fue favorable para las fuguistas toda vez que cuando dieron parte a los organismos superiores habían transcurrido más de tres horas. Y es que en su cerebro estrecho no cabía la posibilidad de que hubieran saltado los muros de la cárcel, perfectamente vigilados por guardias o soldados (no lo recuerdo bien), sino que pensaban que se habían escondido en la misma cárcel atemorizadas porque podían ser fusiladas de un momento a otro. ¡Qué poco debían conocer el temple de las revolucionarias! Pero vino bien, para Chon y Elvira, ya que ello les dio tiempo para ponerse a buen recaudo. Como anécdota recuerdo que nuestra segunda galería derecha la contaba una funcionaria llamada Victoria Úbeda, y siempre lo hacía deprisa y bien, como persona muy acostumbrada. Esa noche, en cuanto cundió la alarma nos hicieron levantar de las camas (colchones en el suelo) para contarnos una y otra vez (ya con la falta de Chon), y siempre le salía bien la cuenta, diciéndonos al terminar: "Lo siento, acuéstense"; y así cuatro o cinco veces, hasta que la acompañó otra funcionaria y se dieron cuenta de que faltaba una. Ya estaban avisadas que faltaba otra del sótano de penadas (Elvira), pues en este departamento fue una de las allí penadas la que empezó a dar gritos al notar que, de repente, se abrió la puerta del sótano al tiempo que se apagaba la luz y, una vez cerrada la puerta y encendida la luz, al echar de menos a Elvira prorrumpieron en grandes gritos. Fue un magnífico hecho donde se mostró de forma total la solidaridad de todas las políticas con las fugadas y con las que de una u otra forma fuimos sancionadas, sin que en ninguna hubiera el más pequeño resentimiento; antes al contrario, una enorme satisfacción en todas y cada una de nosotras. Es una de las mejores enseñanzas y más gratas experiencias de todos los años transcurridos en aquella prisión y en cualquiera de las que nos hayamos encontrado. Nunca faltó el sentido de solidaridad y compañerismo, mucho más acentuado en momentos graves y trascendentales.

Cualquier motivo, en aquella década de los 40 a los 50, justificaba la imposición de sanciones y castigos en gran número. Iban desde quitarte la comunicación, paquete y correo, hasta meterte en celda de castigo totalmente incomunicada no solo con el exterior, sino con las propias compañeras. Y además con una estrecha vigilancia para evitar todo contacto; pero la mayoría de las ocasiones era inútil aún en los casos realmente graves, pues siempre le llegaban a la castigada noticias de sus familiares y lo mejor de cada paquete, por lo que la incomunicación era una cura de reposo y engorde gracias al sacrificio de las compañeras, pues en algunos casos las cogían pasando comida o noticias y venían a engrosar el número de incomunicadas.

Otro hecho importantísimo de Ventas fue la primera huelga de hambre que se realizó en el mes de enero de 1946, en protesta y solidaridad por la incomunicación de una reclusa (común) que se negó a coger la comida, ya que era realmente un cazo de agua sucia caliente, pues siempre llevaban lo peor del rancho a la galería de comunes, que protestaban menos. Esto ocurrió naturalmente en la galería de comunes, y la que rechazó el rancho incomible fue la mandanta (reclusa encargada del orden en las galerías); tan pronto como nos enteramos la población política, nos declaramos en

huelga de hambre poniendo como condiciones a la dirección de la cárcel que volveríamos a comer cuando se hubieran subsanado los motivos que condujeron al castigo de la reclusa mencionada y, por supuesto, que le levantasen la incomunicación. Fue una huelga auténticamente positiva. Cesamos en nuestra actitud de lucha a los seis días y no solamente conseguimos los objetivos propuestos, sino que no sufrimos ningún castigo inmediato y al día siguiente de empezar a comer se reanudó la normalidad en la prisión en todos los aspectos. Ello no fue obstáculo para que la dirección no dejase de poner en cada expediente de las políticas que habíamos ido a la huelga una nota grave que hemos arrastrado durante todos los años de cárcel.

Como era una época de grandes necesidades materiales y todas estábamos subalimentadas y habíamos sufrido la guerra, en la que también habíamos carecido de muchas cosas vitales para el organismo, máxime que éramos muy jóvenes, la salud de gran número de compañeras quedó quebrantada; pero como contraste, salimos mucho más fortalecidas moralmente. En esta huelga participamos de un sesenta a un setenta por ciento de la población reclusa. Las comunes no la secundaron a pesar de que en un principio el conflicto lo motivó, con toda justeza, una compañera de ellas. La población política tuvo un grupo socialista no participante por divergencias entre ellas, ya que existían dos grupos muy delimitados; y tan pronto como se inició la huelga, el grupo más revolucionario se sumó a la misma, quedando al margen el otro grupo, que fue seguido por algunas del campo anarquista, que aunque menos numeroso también existía. Por nuestra parte, las camaradas comunistas, como siempre, una total participación. Cabe reseñar, para ser totalmente reales en nuestras apreciaciones, que entre nosotras, aunque formásemos un todo unido y monolítico, existían a veces divergencias que eran discutidas horas y horas para llegar a una clarificación de posiciones, y que en algunos casos surgían desavenencias que provocaban una ruptura. Pero en nuestro seno nunca, al menos conscientemente, se dejaba notar de cara, no solo a la dirección de la cárcel, sino al resto de la población penal. Hay que reconocer, y de esto podemos sentirnos orgullosas, que en conjunto siempre dimos ejemplo de unidad y de lucha en defensa de los intereses de todas las reclusas.

La huelga de hambre, cuyos resultados, como ya he dicho, fueron fructíferos, hicieron que la dirección nos respetase un poco más como presas políticas; marcó un hito en la historia de las cárceles españolas, en aquel tiempo totalmente abarrotadas en todos los confines de nuestra patria; los malos tratos y la falta de consideración predominaban en cuantos regían los destinos de estos establecimientos. A partir de este momento podíamos pisar fuerte, hasta el punto de que si alguna vez el rancho —de todas formas escaso y de mala calidad— no estaba en las debidas condiciones, era el propio director el que nos visitaba en las galerías para pedir disculpas por dichas anomalías.

Siempre hubo algún motivo para la invención de coplas sobre nuestra estancia en la cárcel y también en este caso la hubo, y hecha con el gracejo propio de mujeres jóvenes con gran moral y optimismo. Sería bueno que algunas de las mujeres, amigas, que cantan bien grabasen un disco de esta epopeya, lo mismo que tenemos canciones de nuestra guerra, que cuando oímos el disco nos resulta emotivo en extremo. Recuerdo los muchos y buenos ratos que hemos pasado escuchando la bella voz de la amiga y camarada que cantaba maravillosamente. Había pertenecido a los coros de Altavoz de Frente durante la guerra, si mal no recuerdo, y nos deleitaba con sus canciones de entonces y de siempre.

*Canción que se sacó en la primera
huelga de hambre que hicimos en Ventas*

En Ventas, en la prisión,
en la prisión,
y con una gran moral,
gran moral,
una huelga se armó
para protestar
por la mala alimentación.
Créase o no,
que no me lo contaron,
lo viví yo.
Créase o no,
las cosas han *cambiao*,
y piden mil perdones
cuando el rancho sale *ahumao*.

A una mandanta han *llamao*,
han *llamao*.
En celda la han *encerrao*,
encerrao,
y entonces la reclusión
en solidaridad
a una huelga se ha *lanzao*.

Créase o no,
que no me lo contaron,
lo viví yo.
Créase o no...

Cuatro días sin comer,
sin comer,
ya las fuerzas se han *marchao*,
han *marchao*,
y al váter no puedes ir,
pues si intentas llegar
no consigues ya venir.

Créase o no...

El Ignacio por aquí,
por aquí
la María por allá,
por allá,
se deshacen a placer
y a todos hacen ver
que aquí no ha pasado *ná*.

Créase o no...*

*La canción de la huelga la tengo grabada por Dorita Regalado.

Una vez resuelta la huelga, nuestra vida se reanudó como de costumbre: trabajo, estudios, cursillos, lectura, etcétera. También organizábamos, al margen y a escondidas, claro, de la dirección, emotivas obras teatrales, cuadros de baile o plásticos realmente maravillosos. Con sábanas se confeccionaban preciosos trajes de baile y noche y con la luz de las candelijas resultaban llamativos. Porque se instalaba toda una red eléctrica en los *lujosos salones de los retretes*, que era donde se celebraban estos actos. Siempre se hacían después del toque de silencio y una de nosotras tenía que quedarse *de guardia* por si se escuchaban pasos de la funcionaria dar la voz de alarma y levantar todo el tinglado. La verdad es que tuvimos suerte en estas lides y nunca



Manolita del Arco, en la cárcel de Alcalá de Henares con algunas de sus compañeras, que como ella pasaron lo mejor de sus vidas en las cárceles de Franco.

nos pillaron, pero había que ver con cuánta cautela teníamos que hacer todo; algo así como si fuese un auténtico delito gravísimo. Siempre se escogían obras que, dentro de su sencillez, tuvieran un alto nivel social y moral, los cuadros plásticos eran magníficos. Recuerdo, entre muchos, uno que con motivo del primero de mayo se escenificó. Eran dos cuadros contrastados. Uno representaba la República, una chica joven y maja, ataviada con una preciosa túnica y el gorro frigio, y alrededor de ella toda una serie de chicas cada una representando las distintas tendencias y partidos existentes durante la República de 1931, desde el republicano hasta el anarquista e incluso la mujer sin partido, que también era valorada. El otro cuadro era el fascismo. Muy bien hecho, muy bien logrado, no es preciso detallarlo porque es de sobra conocido por todos. Esta era la parte negra para quienes les tocaba representarlo, que

no les hacía ninguna gracia, pero tenía que ser así; y convertidas en actrices en esos momentos, todas sabíamos que detrás de aquellos atavíos se ocultaban unas chicas estupidas que habían dado todo cuanto tenían por los intereses del pueblo español.

En el mes de septiembre del mismo año 1946, antes de la festividad de la Merced, ocurrió otro hecho que no quiero dejar de reseñar; habíamos observado que se venían repitiendo los chivatazos a las funcionarias, y estos solamente podían proceder de reclusas que, aunque se llamasen *políticas* y convivieran como tales, eran personas que ni tenían conciencia revolucionaria ni se podían autodenominar como tales, ya que lo que las había llevado a la cárcel eran denuncias personales por hechos —realmente delictivos— que habían cometido amparadas por los primeros momentos de guerra, que creó gran confusiónismo en personas enemigas de la República, y por tanto sin ningún control. Estas mujeres eran verdaderas confidentes de las funcionarias y estas sabían aprovecharlo para sus fines en contra de la verdadera clase política imperante en la prisión. Pues bien, se llegó a la conclusión entre todas, sin distinción de partidos, que había que darles un escarmiento; y una, la más clarificada por tal delito de confidente, tenía que recibir su merecido. Así que una tarde, al anochecer, nos fuimos todas en masa al patio para que la escogida recibiera una buena tunda. Resultó que alguien, toda vez que era acuerdo general, avisó a la elegida y no se presentó en el patio como tenía por costumbre cada tarde, así que llegó otra de la misma calaña, Ángeles, encargada del taller de confección, mala persona, de derechas, y aunque se llamaba *política* por un expediente de guerra, no lo era en absoluto; nos hacía también con sus chivatazos, cuanto daño podía. Recibió, por tanto, su buena tunda, y allí, como en Fuenteovejuna, todas a una. Al día siguiente se iba en libertad la otra y recibió un abucheo tan fenomenal que, hasta en la calle, en muchos metros a la redonda, se enteraron de la clase de elemento que era la que salía. Recibimos, por esta causa, castigo general —ni paquetes, ni cartas, ni visitas—, que no llegó al mes, que era lo previsto, por celebrarse la festividad de la Merced.

Fue un hecho muy simpático, donde se deja patente la camaradería y la moral existentes en la prisión, que en el transcurso del castigo se preparó una “corrida de toros”, donde ni siquiera faltaba el propio toro. Hubo de todo: toreros, monosabio, banderilleros, el clásico paseíllo y el gran respetable, que era la prisión en pleno. Las funcionarias, e incluso la jefe, se asomaban por la ventana para ver el espectáculo, que resultó muy divertido y en el que no hubo merma de energías a pesar de estar *a rancho pelado* durante muchos días, que era casi como no comer.

Las consecuencias de la paliza, del abucheo e incluso de la huelga de hambre de meses atrás se dejarían sentir en breve. A los tres o cuatro días del espectáculo “taurino” hicieron dos expediciones a Málaga y otras dos a Amorebieta, con un total de catorce o quince reclusas para cada lugar. Fue una medida represiva y con la que creían que diezaban las fuerzas de la población política. Nada más lejos de la realidad, pues las que quedaban cubrían con creces el vacío que podíamos dejar las que nos íbamos; por el contrario, nosotras íbamos a reforzar con nuestra presencia y experiencia de los años pasados en Ventas, que en aquel entonces podía considerarse la prisión de mujeres más y mejor politizada de España, las prisiones a las que íbamos destinadas y que, por estar lejos de la capital, les venía muy bien el pequeño refuerzo que nosotras constituiríamos con nuestra llegada.

La salida de Ventas fue muy emotiva, pues eran años de permanencia en la misma y allí quedaban grandes camaradas y entrañables amigas con las que habíamos pasado amarguras y también las pequeñas satisfacciones que allí recibíamos. Eran años de vida en común, tanto en las celdas como en el sótano de penadas a muerte, donde habíamos vivido durante meses; eran clases de cultura que terminaban, cursillos, labores, en fin, todo un conjunto de cosas que la dirección, con la mala intención que la caracterizaba, trataba de romper. Pero no pudo romper ni la amistad, ni el afecto, ni la moral, ni el elevado espíritu, y en estas condiciones salimos para Málaga uno de los últimos días de septiembre de 1946.

Salir trasladada en aquellos tiempos era una verdadera peregrinación, y muy penosa dadas las circunstancias que nos acompañaban; pero teníamos una gran moral y la satisfacción de saber que el trasladarnos con una nota en el expediente era motivo de orgullo, por lo que caminábamos con la cara muy alta y sonrientes, tanto, que para aquellos que al vernos entre guardias y esposadas nos miraban con recelo, como para los que al principio tenían conciencia de nuestra condición de presas políticas. Recuerdo que caminando por las calles de los pueblos por donde teníamos que parar hasta que una nueva guardia nos recogía, si la gente nos miraban con hostilidad, dialogábamos entre nosotras, alzando mucho la voz y comentando nuestra condición de políticas y que íbamos castigadas y todo cuando se nos ocurría para que quedase bien claro por qué nos llevaban así. La mayoría éramos jóvenes y como vestíamos muy sencillamente y sin ninguna clase de afeites, aún lo parecíamos más.

Para ir a Málaga, paramos en las cárceles de Alcázar de San Juan, Linares y Córdoba. No hay palabras que puedan explicar lo que era la cárcel de Alcázar en aquel año 1946. Como detalle diré que nos metieron en una sala donde se hacinaban toda clase de mujeres, desde la que había robado una sandía hasta la prostituta y la menesterosa. El olor era pestilente, ya que además de la falta de higiene personal estaban unos cubos que era donde se hacían las necesidades mayores y menores y se conservaban allí toda la noche. Para poder dormir algo, en el suelo pelado, nos pusimos un pañuelo anudado que nos cubría la boca y la nariz. Era un ambiente nauseabundo. Aquellas mujeres, producto de la situación, no comprendían nuestros reparos. Estuvimos allí dos o tres días y, al menos, les dejamos buen recuerdo, pues no estaban acostumbradas a tratar con mujeres que las aconsejaran bien y con cariño. Los funcionarios (hombres) eran auténticos carceleros de los tiempos de la Inquisición, y el director lo mismo. Cuando salimos de allí nos pareció una liberación.

Seguimos viaje hasta Linares, donde habíamos de conocer una nueva cárcel, y para ello, andando desde la estación atravesamos todo el centro, produciéndose las mismas reacciones que en Alcázar. Aquí, la cárcel tenía, dentro de lo malo, mejores condiciones. Había mujeres por delito común, pero con mayor preparación y acostumbradas, por el paso de otras compañeras, al trato con políticas. Nos acogieron muy bien y nos prestaron cuanta ayuda estaba a su alcance en todos los aspectos. Al lado estaba la cárcel de hombres, con los que se relacionaban y enseguida les comunicaron nuestra presencia y el motivo de la misma. Hablamos mucho con ellas y siempre, en estas prisiones, el paso de presas políticas deja una huella positiva. En el viaje éramos un grupo monolítico donde había una sola conducta para todas, y esto las impresionaba. Tiene gran importancia —y es una experiencia viva a través de

tantos años de cárcel— hablar con mujeres que están encarceladas por delitos comunes; tiene para ellas un valor incalculable; y también para nosotras conocer, a través de lo que nos dicen y de lo que callan, sus valores humanos y que en un noventa por ciento de los casos, en aquel tiempo, la causa que las había arrastrado a aquella situación era la posguerra, en que el hambre y la miseria eran dueños y señores de los hogares de los trabajadores y en que la mayoría de estas chicas eran huérfanas de guerra o tenían a sus familiares en la cárcel o fusilados. Hay que tener en cuenta el grado de analfabetismo e ignorancia existentes, el grado de rencor en las gentes que tenían posibilidad de darles un trabajo; y por tanto la cárcel estaba justificada, ya que no tenían otra salida para no morir de hambre.

Salimos de Linares con dirección a Córdoba, y allí nos esperaban grandes satisfacciones dentro del cansancio físico que llevábamos al caminar de cárcel en cárcel. Tuvimos que andar varios kilómetros desde la estación a la Cárcel Nueva. Esto fue motivo de discusiones con los guardias, que querían fuésemos a paso de gran marcha con el fin de tener ellos tiempo de regresar a su lugar de procedencia. Como es natural, íbamos como buenamente podíamos, máxime que a nosotras se había unido en el camino una expedición de hombres, también políticos, que iban muy cargados y más cansados que nosotras, por lo que tratábamos de acomodar nuestro paso a los deseos justos de ellos; y —repito— fue motivo de disgustos con los guardias, bastante malos por cierto. Llegamos a la prisión y nos metieron en la sala de ingresos, conocida allí con el nombre de *lazareto*; pero bien pronto nos llegarían muestras de solidaridad de las compañeras políticas allí recluidas. No las conocíamos ni sabíamos nada de ellas, ni ellas de nosotras, pero se volcaron en atenciones dentro de sus posibilidades. La cárcel era nueva y, dentro de las naturales incomodidades de estos lugares, tenía ventajas que no habíamos disfrutado desde nuestra salida de Ventas. Al mismo tiempo, como era mixta, las compañeras de allí comunicaron rápidamente a los hombres nuestra llegada y el motivo de nuestro traslado, y ¡qué alegría y sorpresa al día siguiente! A la hora de la entrega de paquetes nos nombraron, y eran unas cestas de comida estupendas; lo mejor que los compañeros habían recibido de sus familiares nos lo enviaron a nosotras. Además también nos pasaron periódicos y materiales con las noticias más recientes en el terreno nacional e internacional. Fueron unos días emocionantes en que recibimos grandes atenciones de manos de amigos y amigas que estaban encarcelados por las mismas razones que nosotras. Allí se veía al Partido por cualquier rincón; y sin que quiera ser sectaria, siempre y en todos los lugares en que se halla un comunista no se le ve a él, se ve a toda una legión sacrificada, luchadora, solidaria y en vanguardia para todos los actos que la vida presenta, aún los más pequeños. En las cárceles, pese a tantas amarguras, tantas injusticias, tanta falta de humanidad como existe por parte de la dirección, se recibe de forma moral, sobre todo, la presencia del Partido; fue realmente buena la simpatía que nos llegó del resto de la reclusión, hombres y mujeres de otros sectores antifascistas.

Esa parte de España era muy perseguida en aquella época por las guerrillas que entonces tenían mucho auge en aquellos pueblos andaluces, pueblos y familias que han marcado verdaderas gestas heroicas a lo largo de esos años de encarnizada lucha contra el franquismo en que todo el que hubiera dado simplemente un vaso de agua

a un guerrillero, era no solamente encarcelado, sino cruelmente torturado; y familias enteras eran diezmadas bajo las balas de la Guardia Civil si apoyaba de alguna manera a un solo luchador, tanto si era familia como extraño. Pocos se salvaban, muy pocos; en algunas casas dejaban a una madre anciana después de haber fusilado ante sus ojos al esposo y a todos sus hijos. Pero ¡qué ejemplo de serenidad y valentía nos daban aquellas mujeres! Ni una queja, ni un reproche, pero sí una pena muy honda y un gran deseo de conservarse por si tenían ocasión de seguir haciendo algo por los hombres que, jugándose la vida, defendían los derechos de un pueblo que el régimen estaba atropellando. Y así eran la mayoría de las mujeres que se encontraban en aquella cárcel de Córdoba y que nos brindaban cuanto tenían a nuestro paso por allí, solo por saber que sentíamos, luchábamos y pensábamos como ellas. Por eso guardo un gratísimo recuerdo de Córdoba. Muchas de aquellas mujeres se reunieron anteriormente con nostras en Málaga y Segovia. Fue una gran alegría abrazarlas y poder compartir con ellas nuestra prisión. Y con estas gratas satisfacciones seguimos nuestro viaje. Ya la última etapa, para llegar a Málaga, que era nuestro destino.

Málaga, sus calles radiantes de sol y de luz, que pudimos contemplar a nuestro paso desde la estación a la cárcel. Se advertía en las miradas de las gentes la simpatía que despertábamos por nuestra condición de presas políticas. Éramos un grupo de trece o catorce, no recuerdo bien, salimos de Madrid cinco; una segunda expedición, también procedente de Ventas, se nos unió en Córdoba. Nos miraban con simpatía, aunque en honor a la verdad, también había grupitos de los que estaban tomando el aperitivo en las terrazas de los bares que nos miraban con cierto odio, eran seres mezquinos, de esos cuya misión, al finalizar la guerra, fue diezmar las filas antifascistas por medio de denuncias y viles asesinatos. Pero Málaga es una capital con historia revolucionaria y estos seres, aunque fueran los *vencedores*, estaban en minoría. Llegamos a la cárcel, entonces Prisión Central de Mujeres, un viejo y destartalado caserón que había sido en tiempos corral de caballos y que debido a la guerra se había convertido en cárcel. Salvo un patio central, que es donde realmente se hacía la vida, las salas o brigadas eran recintos oscuros y tristes donde vivíamos realmente amontonadas: correspondían a cada reclusa dos ladrillos y medio de anchura, es decir aproximadamente cincuenta centímetros, que era un espacio reducidísimo. ¡Qué problema a la hora de hacer las camas! Extendíamos el colchón en el suelo, y no podíamos deslizarnos ni un milímetro, porque era en contra de la de al lado. Había discusiones inevitables aunque nunca de trascendencia. Observamos, nada más llegar, una gran diferencia en el aspecto político, con respecto a Ventas. Eran muchas las mujeres políticas, pero la preparación muy escasa. A esto se unía una marcada tristeza, además de una gran falta de nutrición. No es que nosotras tuviéramos óptimas condiciones, la mayoría teníamos la familia en Madrid, y aunque no fueran suculentos paquetes, pues la situación en España era muy dura, sin embargo, las familias, con grandes sacrificios y quitándose los ellos, no dejaban de enviarnos su paquete y de acudir siempre a las comunicaciones, lo que imprimía en todas un sello de alegría y optimismo mayor. Málaga estaba repleta de mujeres de las provincias colindantes, de la misma Málaga y de Extremadura, también había de otros remotos lugares de nuestra geografía; pero estas mujeres eran, en su mayoría, esposas, hermanas, madres o hijas de guerrilleros, algunos ya muertos en la sierra y otros todavía luchando en los

montes. Las familias habían sido castigadas con tal dureza y ensañamiento que cuanto se diga queda pálido con lo que era la realidad.

Recuerdo, estando allí, el ingreso de madre e hija, la primera ya anciana y la hija muy joven, ya que era la más pequeña después de ocho hermanos. A esta madre le habían fusilado, al entrar las tropas franquistas en su pueblo, dos hijos, y otros dos habían conseguido huir a la sierra. Un día, de noche, fueron a su casa a por provisiones y ropa y algún delator, que siempre los ha habido, dio el chivatazo a la Guardia Civil. Se personó en el cortijo todo un escuadrón de guardias, rodearon la casa e hicieron salir de ella a todos los moradores. Una vez fuera, pusieron a un lado a la madre y a la hija y enfrente al marido y los seis hijos, a los que fusilaron sin más explicaciones, ante los ojos de estas dos valerosas mujeres. A continuación prendieron fuego a la casa y a ellas las llevaron al cuartelillo, donde fueron apaleadas hasta la saciedad. Cuando fueron a la prisión, el director no quería hacerse cargo de ellas ya que tanto la cara como el cuerpo estaban tumefactos; la madre tenía los oídos reventados y la hija empezó a sufrir fuertes ataques que la tenían totalmente agotada. Esta madre, que estaba como una pavesa, cuidaba a su hija con gran empeño y con el deseo, decía, de que “pudiera vengar a su padre y hermanos” y seguir la senda por ellos trazada. Estaba triste, muy triste; naturalmente, todo era motivo para recordar a los seres que ante sus ojos habían sido asesinados, pero no le faltó nunca la moral y era un gran ejemplo para cuantos la conocimos. Era analfabeta pero tenía una gran claridad de ideas y una tremenda comprensión de los problemas que se planteaban. Todas la queríamos y la ayudábamos cuanto podíamos y jamás se oyó de sus labios una queja por la causa que la había conducido a aquella situación.

Este es uno de los cientos de casos que quedan en el anonimato, pero que han reflejado y reflejan en cada época los verdaderos héroes que en nuestra tierra hispana han dado todo por las libertades democráticas. Así, más o menos, en idénticas circunstancias, había cientos de mujeres, muchas jóvenes viudas con sus hijitos pequeños a su lado, que el director, como una concesión, les permitía tener allí hasta los siete años. Sí, en cierto modo era una suerte para estas madres tener a sus hijos con ellas, pues así velaban mejor por su bienestar y porque no les faltara el cariño maternal; por otro lado resultaba tristísimo ver a aquellos niños ya con siete años y como único horizonte aquella *brigada* que compartían con sus madres y que, como *gracia especial*, disfrutaban de unos malos camastros y del cuadrilátero del patio, grande pero inhóspito, donde el sol malagueño tostaba y ajaba las pieles de aquellos organismos depauperados, puesto que la alimentación siempre era insuficiente y falta de un mínimo de vitaminas y proteínas necesarias en el desarrollo de los niños. Era triste observar a los niños en sus juegos, que no eran infantiles, sino que se reducían a simular la comunicación por el locutorio, una formación de las reclusas, etcétera. No he vuelto a saber nada de estos niños, pero no me cabe la menor duda de que han quedado marcados para siempre, que en su subconsciente, por mucho que la vida les sonría, ha tenido que quedar impresa de forma indeleble la huella de sus primeros años, en que la necesidad, la falta de horizonte y el confinamiento, día tras día, año tras año, presidió su primera infancia. A esto se unía que la mayoría de ellos eran huérfanos de padre, por haber sido fusilados estos; o si alguno lo tenía, estaba encarcelado en otro penal y no tenía más medio de comunicación que a través de una carta mensual. Habría que extenderse mucho más, pero el relato sería interminable.

Realmente esta no es más que una de las muchas estampas del fascismo en España, cuyos dirigentes fueron y son fieles alumnos de sus *grandes maestros*, Hitler y Mussolini, y en algunos casos alumnos muy aventajados que superaron las lecciones que recibieron.

Permanecimos en Málaga dos años. Muy pronto el director se dio cuenta de que con nuestra presencia, el puñado de chicas que habíamos ido de Ventas, más otras muy majas procedentes de Sevilla, la cárcel estaba perdiendo el prestigio que tenía de orden y disciplina cuartelaria. Por eso aprovechó la primera ocasión para enviarnos a quince de nosotras al penal de Segovia, todas con una nota correctiva en el expediente. De forma personal, para nosotras, era una suerte ir a Segovia, era el mayor núcleo de presas políticas, muchas de ellas muy preparadas teóricamente, donde se perfilaba y recibía un ambiente de orientación y superación constantes. Pero sabíamos que en Málaga, donde apenas quedaban media docena de compañeras nuestras, aparte del núcleo de mujeres por delito de auxilio a guerrilleros, pero que no estaban definidas, iban a sentirse muy solas y ver su trabajo y el que todas habíamos hecho en aquellos años, dos, de permanencia en la prisión, total o casi totalmente anulado. El director, que era inteligente, supo lo que hacía al enviarnos a Segovia; supo que se quitaba grandes problemas y que la gente que allí quedaba, sana y buena, pero sin formación, ante el temor de nuevas expediciones, iba a soportar tantas injusticias como este señor quisiera infligirles. Temían, ya las había amenazado, a las que conservaban a sus hijos con ellas, que los mandarían a colegios que el Estado había establecido para hijos de presos y que por todas las noticias que teníamos eran auténticas prisiones para niños, con la desventaja de que no podían defenderse y protestar por la vida de penuria, de inasistencia y de confinamiento que les hacían llevar.

Nuestro tiempo en Málaga creo que fue fructífero, y de ello darán fe otras amigas que compartieron conmigo aquella etapa y también vinieron a Segovia. Allí, en Málaga, donde reinaba gran analfabetismo, creamos inmediatamente grupos de cultura a los niveles que podíamos alcanzar y todas poníamos al servicio de las demás cuanto sabíamos, esforzándonos por crear un verdadero deseo de superación y haciéndoles comprender lo maravilloso que sería para ellas, algunas muy jóvenes, poder leer las cartas que recibían de sus familiares; las clases las dábamos en el patio, donde las funcionarias, bastante péfidas, podían ver que nuestra labor era exclusivamente cultural. Por cierto que poco antes de nuestro traslado, y por haber ocurrido algunos planteos y conflictos colectivos, nos prohibieron terminantemente dar clases.

Guardo un grato recuerdo de mi estancia en Málaga por cuanto reflejo anteriormente: por la simpatía y solidaridad de todas las amigas ante un inminente e injusto castigo en celdas que me reservaban; y también por el clima benigno que se disfrutaba y que hacía menos dura la reclusión y hasta la falta de alimentos. Pero todo esto teníamos forzosamente que dejarlo para irnos a Segovia, volver a cruzar España, fuertemente custodiadas por la Guardia Civil, con muy poco dinero, pero en el fondo contentas ya que la mayoría veríamos a nuestras familias, que no habían podido ir a Málaga por lo costoso del viaje y sobre todo por ver a nuestras queridas amigas que habíamos dejado en Ventas o que fueron trasladadas a Amorebieta, pero que en aquella fecha, por la desaparición de dichas cárceles, estaban concentradas en Segovia. Y como en el traslado Ventas-Málaga, volvimos a nuestra peregrinación de cárceles

intermedias, invirtiendo más de quince días en el recorrido, algo así como cuando se viajaba en diligencia o en troncos de caballos que se tomaban de refresco en distintos mesones o posadas, salvo que nosotras lo que tomábamos de refresco eran las distintas parejas de guardias que se sucedían a lo largo del trayecto y que eran a cual peor. Corría el mes de octubre de 1948. No me paro a narrar los sitios en que paramos y pernoctamos, toda vez que sería una repetición de nuestro viaje Madrid-Málaga. Lo que sí merece la pena destacar es nuestra parada —de paso— en Ventas, donde las camaradas allí recluidas hicieron toda clase de gestiones para que en vez de llevarnos a un sótano, llamado *de tránsito*, fuéramos a la galería, donde ellas se estrecharían más en las celdas para darnos feliz acomodo. Estaban en Ventas por estar pendientes de juicio o alguna otra circunstancia especial, ya que de otra forma estarían en el penal de Segovia. Nos recibieron de maravilla y se portaron como siempre lo hacían.

Nos saturamos de noticias *frescas*, del efecto de todas y de algunas visitas familiares y de esa corriente de solidaridad que une y que se estima mucho más cuando se ha estado lejos. Fue una buena inyección para continuar nuestro viaje hasta Segovia, que se produjo unos días después. Íbamos contentas a Segovia, ya que aunque la cárcel nos era desconocida, no lo eran los cientos de camaradas que allí se encontraban. Sabíamos que al ir allá nos encontraríamos como en una auténtica escuela política, social y cultural y las condenas, largas y crueles en sí, lo eran menos cuando el ambiente que te rodeaba era positivo.

Y llegamos a Segovia con la esperanza puesta en que no tardaríamos mucho en volver a atravesar, para recobrar nuestra libertad, aquellas puertas que se cerraban entonces detrás de nosotras. Pero habían de pasar todavía muchos y penosos años para tal suceso. La esperanza mantuvo siempre nuestro espíritu y fue la mayor ayuda para soportar la tortura, tanto moral como física, que traía la prisión consigo.

La Prisión Central de Mujeres de Segovia creo que merece ser escrita con letras mayúsculas, pues allí se escribieron gestas revolucionarias de relieve, actos bellos y educativos, actos solidarios y de gran emotividad, actos, en fin, que marcaban una etapa viva, elocuente y fecunda de cuanto se podía hacer y se hizo realmente en las prisiones bajo el fascismo español. No quiero extenderme en detalles, toda vez que relatos sobre la prisión de Segovia habrá muchos, ya que éramos muchas las que disfrutábamos de aquel “paraíso”. Es una cárcel construida, creo, en el año 1925, con gruesos muros de piedra y pequeños ventanucos en la parte superior de las celdas, ventanucos que daban a patios interiores. Se componía de un departamento celular con más de doscientas celdas y salas colectivas donde nos hacinábamos más de cien mujeres. El frío era dueño y señor de la cárcel, habiendo soportado en su interior temperaturas de hasta seis y siete grados bajo cero y sin otra calefacción que el calor que podíamos darnos unas a otras, que no era mucho precisamente. Tal era el frío que cuando nos duchábamos a primeras horas de la mañana y diariamente, el agua que tardábamos en secarnos, ya fuera en los pies o en el cabello, se nos hacía gotitas de hielo, como si fueran caramelitos. Nos defendíamos del frío estando todo el tiempo que podíamos entre mantas y paseando muy deprisa por el patio a fin de reaccionar. Cuando nos metíamos en nuestras camas por las noches, daba la impresión de que nos introdujésemos en una auténtica nevera. Hay que tener en cuenta que muchas lle-

vábamos ya siete u ocho años de cárcel, muy mal alimentadas y por ello carecíamos de calorías. Pero, si la temperatura climatológica era muy baja, no lo era la moral, que pese a las muchas torturas a que estábamos sujetas, a las grandes injusticias y a la carencia material de la mayoría de las cosas necesarias a todo ser humano, siempre nos mantuvimos a la altura de las circunstancias; las propias funcionarias, que nos veían constantemente, nos guardaban un respeto, respeto ganado por nuestra conducta y firmeza política. Teníamos grandes defectos, qué duda cabe, cometíamos errores, pero a la hora de cualquier enfrentamiento o reivindicación, nos mostrábamos como un frente unido; y si alguna amiga era atacada, sabía que había toda una retaguardia detrás para defenderla.

Esto fue precisamente lo que ocurrió en la histórica huelga de hambre de Segovia. No voy a repetir los hechos detalladamente puesto que no solamente son sabidos, sino que otras camaradas de entonces que los vivieron los narrarán quizá mejor que pueda hacerlo yo. Pero sí decir, y esto a mi juicio es lo más importante, que fue un movimiento espontáneo, sin ninguna preparación previa, sin ningún viso ni convocatoria, y que todas las políticas, y todavía éramos cientos, fuimos a esta huelga con todas las consecuencias que sabíamos podía tener. También se unieron algunas de delitos comunes, lo que es loable destacar.

Quedó demostrado que si alguna compañera era sancionada por algo que todas compartíamos, no había más que un dilema: o la sacaban de la celda o nos encerraban a todas. Y así fue. Esta amiga, que fue interrogada por una periodista chilena que visitó el penal, y que como era natural iba acompañada de una serie de jerarcas de la Dirección General de Prisiones, amén de las de Segovia, respondió con la veracidad y dignidad que como política y como militante comunista correspondía. Ella dijo lo que cualquiera de nosotras, en iguales circunstancias, hubiéramos dicho y además lo importante, y esto sí que lo sabíamos de antemano, era aprovechar cualquier oportunidad que se presentara para denunciar las causas que nos habían conducido a la cárcel, las largas condenas impuestas y el trato discriminatorio que recibíamos.

Este período de castigo nos hizo perder nuestra salud de forma muy considerable y en algunos casos nunca hemos llegado a recuperarnos del todo, máxime cuando alguna de nosotras ya habíamos pasado otras huelgas de hambre y siempre estuvimos muy mal alimentadas, lo que hacía que hubiera compañeras con grandes anemias, enfermedades de pulmón, de hígado y con toda clase de faltas de vitaminas; pero ello nunca nos hizo claudicar, sino que, por el contrario, nos dio un gran valor.

Hubo un caso que merece mentarse, ya que se trataba de una mujer embarazada. Se encontraba en el séptimo mes de gestación pero resistió con la misma entereza que las demás. Fue muy coaccionada por toda la dirección de la cárcel y sobre todo por el cura, que llegó a llamarla criminal, ya que él entendía que atentaba contra la vida de su hijo. Pero nada la hizo vacilar. Salió de cuentas en pleno período de castigo y la trasladaron a Madrid (prisión maternal), donde le nació un varón que pesó cuatro kilos y medio. Esta reclusa, cuyo nombre era María Blázquez, cuando la detuvieron recibió un tiro en el vientre al interponerse entre los policías y uno de su expediente al que también iban a detener y que posteriormente fue fusilado. Ella, que ya era reincidente, había estado cuatro años por delitos de guerra, estuvo encarcelada hasta 1963; falleció dos años más tarde a consecuencia de un carcinoma de mama.

Esta huelga marcó una nueva etapa y salimos de aquel largo castigo más fortalecidas políticamente. Pudo haber compañeras que no compartiesen aquella huelga, pero ello no quiso decir que se mantuviesen al margen. Después, se discutieron todos los aspectos de la misma, sacando las mejores conclusiones y experiencias que nos servirían para seguir nuestra vida de lucha diaria en el futuro. Ni que decir tiene que la vigilancia y represión se recrudecieron mucho más de lo que ya lo estaban y que por nuestra parte había que estar excesivamente vigilantes para continuar nuestra vida política con la misma actividad de siempre y no ser descubiertas, sobre todo como organización. Seguiríamos nuestra vida activa a todos los niveles, pero con el mayor cuidado para evitar una nueva represión y sobre todo que no se dañase nuestra organización.

Por tanto fuimos quemando días y días en un continuado afán de superación política y física, nuestras energías y salud eran muy poco florecientes. Nos fuimos normalizando y empezamos una nueva vida de trabajo, también se instalaron talleres penitenciarios. Después de estudiar detenidamente perjuicios y desventajas con nuestra asistencia a los mismos, llegamos a la conclusión de que era positivo que acudiéramos cada una en la tarea que mejor podíamos hacer. En principio se podía mantener en los mismos una actividad política y de lucha muy convenientes. Sabíamos que era un medio de inícuca explotación. Pero ¿no era así en todo el país y en cualquier lugar de producción? ¿No sufrían esta misma explotación nuestros familiares y también nuestros compañeros en los penales? Era una miseria lo que ganábamos después de una jornada de ocho horas, pero ello nos permitiría poder sufragar gastos necesarios para nuestras existencias. La mayoría llevábamos muchos años encarceladas y eran nuestros familiares los que se sacrificaban para, de vez en cuando, llevarnos todo lo que podían; pero nunca era bastante teniendo en cuenta que allí las necesidades eran las mismas que en la calle y en algunos casos superiores por enfermedades. Eran tiempos duros para todos, tiempos de hambre, de auténtica miseria, de represión y de grandes luchas sociales, para conseguir algunas reivindicaciones.

Transcurrían así ocho años de mi estancia en la Prisión Central de Mujeres de Segovia. Y ya se hablaba otra vez y con mucha insistencia de un próximo traslado, en esta ocasión a Alcalá de Henares (la antigua galera de mujeres), que la estaban reformando para centralizarnos allí a todas las reclusas políticas y también a muchas comunes de condenas altas. Cuando en las prisiones se hablaba de traslados se creaba un estado de gran tensión ante la incógnita de qué nos reservaría nuestro nuevo "palacio". Generalmente, y dentro de que nunca se acostumbra una a estar encarcelada, te llagas a habitar al sitio, te creas tus pequeños "conforts", sabes el horario de cada cosa; en fin, algo así como de rutina, pero que se hace indispensable para la vida de reclusión; y pensar que todo esto puede romperse en un momento dado produce pesar y sentimiento. Pero ya en Segovia la situación se había hecho difícil, pues habían dividido la cárcel en dos para recluir allí toda una legión de *piculinas* (prostitutas), que eran dignas de la mayor compasión.

Ellas tenían para su cuidado y vigilancia monjas en lugar de funcionarias, una orden de oblatas que eran a cuál peor. Y estas desgraciadas mujeres eran un peligro para nosotras, ya que sufrían toda clase de enfermedades infecciosas y habían de utilizar el mismo lavadero y los mismos tendederos que nosotras para el lavado de sus

ropas. Verlas desfilar para ir a misa era un espectáculo digno de una buena página de Dostoievski, con sus ojos enfermos, lacrimosos, sin pestañas, con un aspecto desaseado y maloliente; muchas carecían de cabellos, que se les habían caído por las enfermedades que sufrían; se las veía hambrientas y su lenguaje era grosero, propio del ambiente en el que se desenvolvían y además, tan sumamente desgraciadas... Era una buena estampa de las consecuencias del régimen franquista, ya que algunas eran casi chiquillas y después de que les habían permitido vender sus cuerpos por un poco de pan, las encarcelaban y mezclaban con mujeres realmente viciosas y degeneradas donde se prostituían mucho más y salían verdaderamente *podridas* tanto física como moralmente. Porque además no se podía esperar del régimen, que aunque alguna o algunas quisieran regenerarse, les tendieran una mano, les dieran la más pequeña facilidad.

Y así caían una y otra vez, cada día más corrompidas y más enfermas. Era muy lamentable, pero nosotras, dada nuestra situación, no podíamos remediarlo. Así que una vez que se hablaba insistentemente del traslado, lo ansiábamos. Este llegó el 20 de abril de 1956 (llevaba catorce años de cárcel y ya era el último traslado que haría durante mi cautiverio). Ya no éramos demasiadas políticas, habían pasado muchos años y habían ido saliendo en libertad; al mismo tiempo, las detenciones, al haber transcurrido muchos años desde la terminación de la guerra, habían decrecido, aunque seguían encarcelando por los delitos que hoy se llaman *de opinión* y que entonces, por ser de organización clandestina, estaban calificados como *rebelión militar*. Este viaje de Segovia a Alcalá fue más grato y corto, ya que nos llevaron en autocares directamente y no tuvimos que sufrir el martirio que suponían las expediciones en tren, yendo de cárcel en cárcel. Vimos las calles de Madrid a nuestro paso y nos parecieron más hermosas que nunca, máxime que la mayoría habíamos pasado en él muchos años de nuestra vida y teníamos gran cariño a cuanto representaba por su combatividad, su lucha, su resistencia y su adhesión hacia toda la causa republicana, como bien quedó demostrado durante nuestra guerra civil.

Ya en Alcalá de Henares, nuestro nuevo y reformado "hotel", donde habían de transcurrir más de cuatro años de mi vida en la cárcel. De estos cuatro años no hay grandes novedades para reseñar, toda vez que siendo más reducido el número de políticas centramos nuestra estancia en la misma a tratar, en la medida de lo posible, de elevar nuestro nivel cultural y de reforzar nuestra unidad, dejando a un lado algunos problemas que habían surgido en cárceles anteriores. Aquí lo importante, y esto lo conseguimos de forma total, era formar un bloque monolítico que nos uniera en todos los órdenes, y de cara a las funcionarias y a la dirección de la cárcel nos diera fuerza y nos respetasen como presas políticas. Así podíamos luchar mucho mejor para conseguir mejoras y para mantener, incluso con los consiguientes castigos, actitudes revolucionarias; al ser otras las circunstancias, también tenían que ser otras las formas de lucha.

No me extiendo por esto, pues aunque no cabe duda de que puede haber datos interesantes, en todas las etapas anteriores queda reflejado de forma global qué era la cárcel en aquel tiempo. No obstante, en el último año de mi estancia en la misma se empezaba a sentir la solidaridad internacional de cara a los presos de forma más positiva. Por eso voy a poner punto final a este breve relato, y digo breve porque se podían

llenar cuartillas y más cuartillas de tantos años de cárcel. Pero habrá muchas narraciones y no quiero repetirlas.

Como decía al principio, llegó un día del mes de junio de 1960 en que salí en libertad condicional. Me quedaban todavía unos cuantos años en que tenía que presentarme a las autoridades hasta la total extinción de mi condena de treinta años, que era la que me había quedado después de ser conmutada la de pena de muerte. Tenía cuarenta años cuando pisé nuevamente la calle. Me esperaban en la puerta, además de algunos familiares, mi compañero Ángel Martínez Martínez, que había sido liberado dos meses antes. Él, como yo, éramos del mismo expediente, estuvo condenado a muerte y en capilla (esto quiere decir que la noche anterior a la ejecución los meten en un sitio aislado para que vayan haciéndose a la idea de que tienen que morir; era otra de las crueldades del régimen, que en el caso de mi compañero supuso un verdadero *shock*, ya que a las seis de la mañana les dijeron a dos de los que esperaban la ejecución que esta había sido suspendida). Pero volviendo a mi liberación, la emoción que me embargaba en aquellos momentos es imposible de transcribir ni de encontrar palabras que expresen los sentimientos que se viven en esos momentos. Lo que sí es verdad es que se entremezclan de forma profunda sentimientos contrapuestos: la alegría y la felicidad de verte con los tuyos, de sentirte libre, y la tristeza, honda, de dejar a las compañeras que siguen aprisionadas entre rejas, con las que has compartido tantas cosas durante largos años de cautiverio. Recuerdo que siempre que salía alguna en libertad decíamos: "Qué hueco tan grande deja"; después cambiamos, al ir quedando menos, y ya nuestra expresión era: "Vaya boquete que ha producido al irse". Pero la vida sigue para todos, los de dentro y los que salimos fuera, y hay que vivirla en la medida que podamos.

He de hacer, antes de poner punto final a este resumen, un canto de homenaje muy merecido a todos los familiares de los presos políticos que durante largos años y con enormes sacrificios nos atendieron física y moralmente, careciendo ellos de lo esencial para llevarnos a nosotros un paquete, mandarnos su carta, enviarnos su giro, expresando su aliento y solidaridad año tras año, pasando grandes fríos y sofocantes calores en las puertas de las prisiones, siendo tratados violentamente por parte de los funcionarios que los atendían, con la gran angustia al ir a ver a los penados a muerte por si sería la última vez que los vieran con vida, aguantando toda clase de sinsabores para que al hijo, al padre, al novio, al esposo, al hermano no les faltase el recuerdo de los suyos de una u otra forma. Fue una lucha constante en contra de todos los elementos para atender a los familiares, y en este caso se lleva la palma la mujer, que ha sido la que más ha tenido que sufrir el espectro del fascismo en las puertas de las cárceles de España. El familiar del preso no solamente atendía a quien de cerca tenía, sino que hacía toda clase de encargos que se le encomendaban para otros compañeros que no tenían familiares o se encontraban lejos de ellos, y siempre tenían la virtud de cumplir todos los encargos sin inconveniente, sin desmayo, con el mismo interés y cariño que si del familiar suyo se tratase. El familiar de preso que durante largos años esperó a las puertas de las cárceles atendiendo y esperando la liberación de los suyos, merece no solamente un homenaje, sino un verdadero monumento porque ha sido tan víctima del régimen como el encarcelado pero teniendo que sufrir las vicisitudes de la carencia de recursos, los malos modos de las autoridades, las inclemencias del tiempo; en fin, toda clase de sufrimientos, vejaciones, etcétera.

Y esto lo puedo garantizar ya que lo he sufrido en mi propia carne, puesto que al cabo de poco más de dos años de estar en libertad y cuando nuestro hijo tenía quince meses, volvieron a encarcelar a mi compañero, y creo que nunca había valorado tanto lo que las familias habían hecho por nosotros, cuando yo, siguiendo a mi marido, estuve a la puerta de las cárceles de Carabanchel y Burgos, después de los horribles días que pasó en la Dirección General de Seguridad. Siempre había tenido en mi corazón una enorme consideración, gratitud y admiración por todos nuestros familiares y amigos que durante nuestro cautiverio no nos olvidaron. Fue en esos años que mi marido sufrió nuevamente condena cuando mejor les comprendí y cuando más les admiré. Un homenaje grande, cálido, profundo, humano, hacia tantos miles y miles de familiares y de amigos que nos siguieron en los peores años del franquismo sin temores, sin desmayos. Si alguna vez se hiciera un monumento al perseguido y encarcelado, que no falte en primer término el familiar, la madre, la esposa, porque sin afán de engrimamiento, fue LA MUJER, con mayúsculas, la que luchó y se sacrificó por el preso, el encarcelado, el perseguido, el que anduvo en los montes con las guerrillas, el luchador, en las mil y una batallas que había que librar en contra del fascismo, para conseguir la libertad.

También es justo señalar que la mujer que salía de las cárceles, lo mismo que los hombres, en un tanto por ciento elevadísimo, volvía de nuevo a incorporarse a la lucha clandestina con el mismo ardor y a sabiendas de que podía caer de nuevo y ser más castigada por el hecho de la reincidencia; el régimen de Franco no consiguió castigar los sentimientos de los presos pese a su crueldad; el régimen de Franco lo que hizo fue consolidarnos porque al conocer lo que él nos concedía, el afán de lucha por nuestras reivindicaciones se acrecentaba más y más, se consolidaba y en la cárcel tratábamos de educarnos en todos los aspectos para al salir incorporarnos a la lucha clandestina y con nuestros conocimientos y experiencias ser más útiles a nuestro pueblo y a la humanidad.

Capítulo 8

LAS LABORES

Conocí a Elvira en la cárcel de Ventas pero no hicimos gran amistad; estaba en distinta galería. Yo estaba en la tercera y siempre chapadas. Cuando yo salgo para Segovia ella no está juzgada. Nos hemos vuelto a ver en el penal de Burgos, después de un buen puñado de años, cuando yo iba a ver a mi compañero y ella a su Manolo.

Yo empecé en el Partido en el año 37, pero no tuve una actividad dentro del Partido en sí, sino que mi trabajo consistió en agrupar a todos los pequeños campesinos dentro de la Federación Campesina que formó el Partido. Allí trabajé como mecanógrafa hasta el final de la guerra, en el año 39, que me detuvieron por haber pertenecido a la Federación y formado parte de la comisión agraria. Estuve solo tres meses detenida porque no había denuncia concreta contra mí.

Después de finalizar la guerra, el Comité Provincial de Alicante nos dejó encargados de formar el Partido en Alicante y su provincia a dos compañeros y a mí: una muchacha que era de Ibi, Joaquina, el profesor de la escuela de cuadros, Ángel Cardín, y yo. Empezamos a trabajar en la clandestinidad. Estos compañeros no eran conocidos en Alicante, pero de todas formas fuimos a Elche y en una casa de campo se quedaron hasta que pasaron los primeros momentos. Allí estuvieron hasta el año 41, que Ángel cogió unas fiebres palúdicas y nos lo tuvimos que traer a Alicante, donde ya habíamos formado algunos grupos pequeños, y él se quedó en Alicante y participó en el trabajo.

En el año 41, cuando Ángel vino pese a nuestros esfuerzos, no teníamos contacto con el Central. Estábamos aislados de todo. Un día apareció un camarada de Valencia para tomar contactos con nosotros. Ángel se marchó a Madrid en julio del 41, y tomó contacto con el Central y entonces, Quiñones, que era el que llevaba la dirección en Madrid, le pidió que dejara la dirección en Alicante y volviera a Madrid para formar parte del Comité Central.

Esto era en el mes de julio. A los pocos días de llegar a Madrid, había caído un camarada y empezó a dar nombres de todos. La policía fue al taller donde trabajaba Ángel y le preguntó precisamente a él, que estaba trabajando en la misma puerta. Él se olió que era la policía y al preguntar por el dueño los mandó al fondo del taller, señalando que era "aquél". Por cierto que era el padre de mi cuñado y le salvó el que a Ángel no le tenía en nómina por estar clandestino. Cogió una herramienta, se marchó y no le pudieron encontrar; se vino a dormir a mi casa esa noche, ya no durmió en la pensión, y al día siguiente mi padre lo llevó otra vez a la huerta a casa de un camarada, pero empezaron a detener gente y me detuvieron a mí también. Como la prueba principal no salía —que era Ángel—, otra vez estuve tres meses y al no aparecer pruebas contundentes nos echaron a la calle. Estuve, pues, detenida desde agosto hasta primeros de diciembre del 41. Salimos todos los camaradas que fuimos detenidos.

Ángel, desde Rojas, que es donde estaba, se vino a mi casa, pero nadie lo sabía. Se entrevistaba con los camaradas pero sin decir dónde estaba. Cuando yo salí, a los dos o tres días, volvió a Madrid. Llegó sobre el 18 ó 19 de diciembre, tomó contacto con Quiñones pero su política no le agradaba porque era contraria a toda la línea que el Partido nos había dejado al terminar la guerra. Entonces discutió esta política; no quería incorporarse al Comité Central en aquellas condiciones, pero, en fin, a las tres o cuatro reuniones que tuvo con el Central, parece que admitió aquello —aunque combatiéndolo—, y el 30 de diciembre le detuvieron junto con Quiñones.

Como consecuencia de la caída de Quiñones hubo caída en casi toda España, y nosotros no fuimos menos. Caímos también porque, según parece —nada se ha confirmado—, se le cogió la libreta con todas las direcciones de estafetas y la estafeta de Alicante cayó y entregó todo lo que había y entre ellos cayó también.

En un principio no había cárcel de mujeres. La cárcel provincial era de hombres solamente. A las mujeres nos metieron en el asilo de ancianos, que no sé dónde los meterían, estaba vacío y lo habilitaron para cárcel de mujeres. Había epidemia de sarna porque estábamos hacinadas. No había más que un lavabo para todas y un retrete, y las mujeres durmiendo en el suelo, todas llenas de piojos y de sarna. El médico que venía era un preso político, y pasaba revista a todas las mujeres para aislar a las que tenían sarna de las que no, y a mí me pasó una cosa muy graciosa porque por lo visto la detectan por el vientre y al mirarme el médico, por casualidad tenía dos granitos, y me metieron con las sarnosas, ¡y allí nos daban cada mañana una pasada de fregoteo de azufre y jabón!, hasta que a los pocos días pasó revista otra vez y le dije: “¡Pero si yo no tengo sarna!, ¡a mí no me pica nada!”. “¿Y qué haces aquí si tú no tienes sarna?, ¡vete de aquí! Y así salí.

Las monjas reclamaron el Asilo y a las mujeres nos pasaron entonces a otro convento de ejercicios espirituales que había enfrente del cuartel. Allí ya estábamos un poco mejor porque teníamos un patio muy hermoso, más grande, y se veía la carretera y la cárcel de hombres enfrente y nos daba el sol y el aire. Pero teníamos otros sufrimientos más duros: eran los fusilamientos que se hacían en aquella época.

Recuerdo una familia que era de Callosa del Segura. Primero estaban la madre y una hija, ambas se llamaban Rosario. A la chica la fusilaron porque la culpaban de haber matado a un cacique del pueblo. Toda la familia de esta chica eran de izquierdas y les hacían la vida imposible en el pueblo. Un hermano suyo se tuvo que marchar a Orán, a trabajar, antes de la guerra; lo perseguían, siempre estaba en la cárcel. Cuando la guerra volvió y se fueron al frente de milicianos, el chico y su hermana Rosario, pero al hermano lo mataron en el frente. Él siempre le decía a su hermana: “Lo único que siento si me matan, es no poder vengarme del cacique del pueblo”. Y ella le dijo: “No te preocupes, pues si yo quedo con vida, yo te vengaré”. Efectivamente el hermano cayó en el frente y entonces ella se volvió al pueblo pero ya habían matado a este hombre. El caso es que la acusaban de que lo había matado ella y la fusilaron.

La hermana pequeña se había casado con un bilbaíno durante la guerra y no estaba en el pueblo. Cuando se terminó la guerra la buscaron y la encontraron en Bilbao embarazada. En el reformatorio de hombres estaba el padre, que murió allí, y la chica, después de juzgarla, tuvo un niño en la cárcel y esperaron que el niño cumpliera un año para fusilarla, al año justo, el primero de agosto del 42. La entereza de

esta chica fue tremenda. Como la cárcel de hombres estaba enfrente la llevaron allí para sacarla con un comandante que también fusilaron junto con ella. Según decían los hombres de la cárcel, este hombre salía hecho un guiñapo y la muchacha, con toda la pena de pensar que se dejaba a su madre y a su hijo allí en la cárcel, todavía tuvo energías para llamarle cobarde y hacerle reaccionar.

Otro fusilamiento que hubo en la cárcel de una madre y una hija. La madre con setenta y tantos años, y la hija con unos cuarenta dejaba tres hijos: una niña de cuatro años, un niño de seis y otro de diez. Eran de Castalla.

De Ibi trajeron nueve chicas, todas peladas al rape con un mechoncito que les habían dejado encima, y así las tuvieron desde que terminó la guerra hasta el año 40, que las trajeron a Alicante. Las sacaban a barrer las calles del pueblo haciéndoles vejaciones de todas clases. Así había infinidad de casos. De Castalla mataron, además de la madre y la hija, a otra señora también muy mayor.

En septiembre del 42 ya nos trajeron en expedición a juzgarnos a Madrid. En la expedición llegamos a Albacete. En el expediente veníamos Manolo, que era el peluquero de Elche; Antonio, de Alicante, era de banca; Carmen, licenciada en Filosofía y Letras; Finita, que era profesora; Isabel, que era una campesina de Elche, donde había estado Ángel escondido; el delator de todos, Arreciado se llamaba, que fue con la policía casa por casa. Nueve en total, cuatro mujeres y cinco hombres. Nos trajeron hasta Albacete, una cárcel malísima, con una funcionaria llamada Sacristana, falangista cien por cien, marimacho y borracha. Cuando le daba la gana, a cantar y bailar, y si no, ya sabías, a la celda de castigo. Así estuvimos hasta el día 25 que salimos para Madrid y llegamos el 26, el mismo día que juzgaron a Quiñones, a Cardín y a Sendín, más las chicas, Soledad Díaz, su hermana Juanita, Petra Cuevas, Carmen Giménez y ya no recuerdo más.

Aquí en Ventas estuvimos hasta que nos juzgaron en Alcalá de Henares, en el 44, y nos defendió, siempre me acordaré, don Joaquín Ruiz Giménez. Allí se anuló el consejo porque no estaban conformes. A Finita le pedían pena de muerte, y de pena de muerte, cuando llegamos, le dejaron dos años y salió a la calle. Impugnaron ese consejo y volvimos otra vez. La pobre hija que se había casado nada más salir de la cárcel, volvió a consejo a los cuatro meses y le metieron cinco años. Tuvo que volver a la cárcel.

En Ventas se pasaron cosas buenas y cosas malas. Por lo menos en mi galería había mucha unión, nos llevábamos muy bien, en la segunda galería, que es donde estábamos las de postguerra. Hubo tres acontecimientos que probaron lo que el Partido es capaz de hacer en un momento determinado: uno de ellos fue la fuga de dos mujeres en la que Angelines Vázquez... bueno, yo te doy nombres y después haces lo que quieras. Estaba Pacita, sin juzgar, y era la ordenanza de noche, una chiquilla que había entrado en un expediente de fuga de Porlier, situada en sitios clave; Rosita Cremón, que estaba de enfermera; una señora asturiana que se encontraba enferma, que no recuerdo su nombre pero que jugó muy buen papel, en fin, mucha gente intervino en esta fuga, que fue una cosa rápida, hecha en horas, porque nadie sabía ni nadie tenía preparado nada.

Había una chica en la tercera galería que se llamaba Elvira Albelda, que era de Valencia y estaba condenada a muerte. Entonces, todas las penadas de guerra iban al

sótano de penadas a la espera de conmutación o de ejecución y las de postguerra no iban al sótano de penadas sino que se quedaban en su misma celda y en su misma galería. Esto chocaba pero nadie se había atrevido a preguntar por qué aquella diferencia, y entonces, una señora mayor que se llamaba Sixta Carrasco, maestra, bajó un día que vino el juez, el coronel Eymar, a tomar declaración a unas de postguerra, y doña Sixta —que así la llamábamos— le preguntó por qué ella, que estaba condenada a muerte, estaba en su galería y no en el sótano con las demás penadas. El juez le respondió que él, a sus penadas, no las mandaba al sótano porque como no sabía si las iban a conmutar o las iban a ejecutar no quería darles ese mal tiempo allí; que el día antes que tuvieran que ejecutarlas las bajarían al sótano. Con este antecedente ya sabíamos más o menos cuándo tenían que ejecutar a alguna. Hasta entonces no habían ejecutado a ninguna de postguerra.

Un día, antes del rancho de la tarde, llaman a Elvira Albelda a la oficina y le dicen que coja su petate y sus cosas y que baje al sótano de penadas. Esta chica preguntó si es que la iban a ejecutar al día siguiente y le dijeron que no, que era solo una orden. Ella pidió que fuera el cura para hablar con él. Llega el cura y le dice: “Mire usted, yo tengo antecedentes de esto, haga el favor de ir a la oficina y le pone un telegrama a mi padre para que venga a recoger mi cadáver, porque yo aquí no tengo a nadie”. “Tú estás loca, yo todavía no he oído nada”. “Bueno usted, por favor, hágalo”. “Bien, voy a la oficina a enterarme”. Vuelve de la oficina y dice: “No hay nada de ejecución en la oficina, pero, dame el nombre de tu padre y la dirección para que te quedes tranquila, y le enviaré un telegrama”. Entonces ella pasó notificación a la dirección del Partido en la cárcel, el Partido se puso en movimiento y el caso es que eran las seis treinta o las siete de la tarde y a las once de la noche ya estaban en la calle ella y otra compañera de la segunda galería, a la que aún no le habían notificado nada pero que también tenía pena de muerte y estaba en bastante mala situación: eran del mismo expediente. La Peque —la Peque de Toledo era la otra— y salieron las dos. Esto recuerda que, en un momento dado, el Partido tiene recursos y medios y ¿cómo se movilizaría que a las once de la noche ya estaban en la calle! A la dirección de la cárcel y a las funcionarias las trajo locas, y a toda la cárcel, que estuvimos hasta las cuatro de la mañana formando, desformando, acostándonos, levantándonos... y no pudieron sacar nada en claro ni saber nada. A raíz de esto, a Pacita, que era la que tenía las llaves en ese momento, la metieron en la celda de castigo.

En el economato trabajaba una chica que se llamaba Angelines Vázquez, y las ventanas de las celdas de castigo estaban encima del patio del economato. Entonces, desde el economato o por medio de las que le llevaban la comida a Pacita —que estaba nada más que a rancho y pan—; el caso es que Pacita se hizo con una cuerdecita y esta la tiraba desde la celda al patio del economato. Todo lo mejor que había en las galerías se guardaba para Pacita, cosas que aguantaran unos días hasta que se le pudiera enviar otra vez, se le hacía un paquetito y *Nines*, como la llamábamos nosotras, era la encargada del contacto con ella. Así estuvo Pacita un tiempo hasta que un día el médico dice que se está hinchando, hay que sacarla para que le dé el aire. La llevaron a enfermería y allí ya no se le podía dar el paquetito, pero en la celda que la metieron tenía un agujero en la puerta que le llamábamos *el chivato*, y por allí, las enfermeras, Rosita Cremón que lo era entonces, metía una goma de irrigaciones, nueva, desinfectada, y con un cacharro de leche, Pacita por dentro de la celda chu-

paba y bebía leche y así Pacita, el pan que le entregaban, se lo comía con leche. A los pocos días de estar incomunicada en enfermería, Pacita salió en libertad y salió bien hermosa.

Hay otro dato también de la unidad que había entre todas las mujeres en la cárcel y es cuando la huelga de hambre, que fue la primera huelga que se hizo en España, en el régimen franquista.

—No, Elvira, no fue la primera. En la cárcel de Amorebieta las mujeres hicieron una de tres días en el año 40, y en el 42, en esa ya participé yo, hicimos otra. Claro que en aquellos años no tenían tanto eco ni estábamos en el centro de España.

Bueno, resulta que a las pobrecitas monjas se les olvidó echar sesenta kilos de arroz en el rancho de la cena y cuando fueron a repartirlo, la mandanta de comunes, al ver que todo, era agua con raspas de bacalao, dijo que ella no daba el rancho aquel a sus mujeres; entonces la incomunicaron y enseguida se corrió la voz por todas las galerías y nadie cogió el rancho esa noche. Nos incomunicaron a todas, de paquetes y de todo, y nos encerraron en las galerías. Esto era un invierno, hacía frío y nevaba; no me acuerdo qué mes sería pero hacía mucho frío. Al incomunicarnos se recogió toda la comida en una misma celda y de allí todos los días se iba dando un poquito a cada presa. Lo mismo se hizo en todas las galerías. Pero llegó ya el tercer día en que la comida faltaba y lo poco que había, la harina, las galletas o lo que fuera, se iba reservando para las personas más delicadas. Además, la tercera galería que comunicaba con nosotras, también les faltaba bastante comida y desde la segunda galería, por las ventanas de la azotea les pasábamos comida a la tercera.

Como en los últimos días no quedaba nada más que un poco de malta y un poco de harina, pensamos cómo íbamos a hacer la malta sin fuego y entonces se rompieron algunas puertas de los retretes y se hizo leña; se limpiaron bien los cubos de la limpieza, hicimos dos fogatas allí en los retretes y en los cubos hicimos malta y gachas.

Todos los días venía la Veneno a decirnos que comiéramos: “Comed, hijas, comed, por lo que más queráis”, y nosotras decíamos: “Que suelten a la compañera”. “Eso no puede ser”. “Pues nosotras no comemos”.

Ya empezaron a ponerse enfermas, unas de verdad, otras fingiendo: “Que venga la enfermera, que le ha dado un ataque”, pinchazo va y pinchazo viene. Sin embargo, a todas las que habían comido las habían metido en la celda primera, y las demás galerías que no habían comido eran las de arriba, que estábamos todas incomunicadas. Cuando ya el quinto día llegó el director y la directora, entonces llegamos a un acuerdo. Nosotras pedíamos que sacaran a la compañera responsable de cocina fuera de celda; que estábamos sin cristales por muchos sitios y hacía frío; que arreglaran los retretes y los grifos rotos; que nos dieran la correspondencia y que no nos quitaran aparte de ella. Pedíamos varias cosas. Conseguimos que sacaran a la compañera, pero con la condición de que nosotras cogéramos antes la comida. Nosotras la cogimos y después de la comida soltaron a la mujer.

—¿Era una presa común?

Sí, era una presa común. Era asturiana y estaba allí por aborto ilegal; era comadróna. Y era una mujer que se portaba muy bien. Allí trabajábamos unas en los talleres, otras en el colegio dando clases y otras, las que no queríamos trabajar, íbamos a

la escuela-hogar. En la escuela-hogar se hacían algunas cosas, pero había dos hermanitas de la sección femenina de funcionarias que eran bastante retorcidas; todas eran falangistas. La jefa de servicios de la escuela-hogar no era mala persona, nos ayudaba bastante en cuestión de sacar cartas y todo su interés era que hiciéramos labores en el hogar para luego ellas llevárselas y ganarse un sueldo a nuestra costa, pero no sabíamos hacer nada. Yo era bordadora de profesión y me acuerdo que un día me dicen: “¿Tú sabes hacer algo?”. “No, no sé hacer nada”. “Pues coge este pañito y haz unas vainicas”. “Yo no sé cómo se hacen las vainicas”. “Pues, mira, se hace así y un festoncito...”, pero no sabíamos hacer nada y sin embargo en las celdas bordábamos para la calle. Yo hacía trabajos de fieltro que después en la calle los vendían. Una vez hice unas tapas de fieltro para los libros de una chica catalana que ha muerto, que se las habían encargado desde Barcelona. En aquellas tapas se ponían figuritas recortadas con trozos de fieltro y después con tinta china las perfilaba, les daba sombras y quedaban muy bonitas. Recuerdo que el libro era sobre historia del mundo en las cavernas tapándose con piel; la mujer y el niño los llevaba el hombre al hombro. Otras tapas eran para *El libro de la selva*, con un elefante grande en la tapa. Yo no sé cómo pero el caso es que estas dos tapas fueron a parar a manos de la jefa de servicios del hogar para que las sacara a la calle y como la jefa de servicios tenía mucha rabia a estas dos hermanitas porque siempre iban diciendo que éramos unas inútiles, cuando vio aquello les dijo a las hermanas: “Miren qué cosas tan bonitas”, y les enseñó las dos tapas que yo había hecho. Puedes imaginarte cómo les sentó aquello a las funcionarias cuando yo decía que no sabía hacer nada y aquellas tapas les daban cien patadas a los trabajos de fieltro que hacían ellas.

Yo creo que después, cuando llegó mi libertad y habiendo cumplido mi condena, me pusieron seis meses de castigo sin decir qué causa había para ello y yo supongo que fue como represalia de las tapas del libro. Naturalmente salí seis meses después.

Los recuerdos que mejor conservo de la cárcel fueron la humanidad que había entre nosotras, el compañerismo que teníamos, el sacrificio de unas para con otras. No teníamos nada nuestro, todo era de todas. Todo esto es lo que recuerdo.

Antoñita García, que también estaba en la comuna conmigo, padecía mucho de la cabeza. Ya había venido de Saturrarán con unos dolores muy grandes y era la preocupación constante de todas nosotras. Muchas veces cuando empezaba a ponerse los dedos en la cabeza y apretarse así en las sienes, yo sabía que el dolor le iba a dar fuerte. Perdía el conocimiento, se quedaba con la última palabra que recogía y empezaba a repetirla y repetirla. Al rato, cogía otra y vuelta a repetirla hasta que al cabo de las horas se le pasaba aquel dolor tan fuerte y luego preguntaba: “¿He dicho algo?”, porque pensaba si había dicho algo que no quería decir. De Madrid nos llevaron a Segovia en el año 47, y Antoñita recayó bastante y se trastornó un poco.

Después de salir de la cárcel en el 47, llegué a Alicante. Mi intención no era quedarme allí. Mi deseo era haberme quedado en Madrid y por eso al hacer la ficha de salida pedí la residencia en Madrid, pero el billete pedí que fuera para Alicante para ver a mi familia y luego volver a Madrid.

Llegué a casa y mi hermano estaba con una pierna escayolada; una situación económica malísima. Ante esa circunstancia pedí quedarme con mi familia. En esta ocasión, desde Madrid, las compañeras se portaron magníficamente porque Angelines,

que había salido antes que yo, igual que María Antonia, la catalana, las dos sabían en qué situación estaba mi familia y en qué condiciones mi hermano, que tenía una cosa de huesos por falta de alimentación y con un desarrollo muy grande, ellas, desde Madrid, me enviaron inyecciones de calcio para mi hermano, es decir, incluso después de salir nos ayudábamos en lo que podíamos.

En Alicante no tomé contacto con el Partido, no lo tomé porque yo ya desconocía a toda la gente con la que había trabajado, que no era ningún trabajo lo que hicimos al principio. En realidad no eran más que intentos, reagruparnos y tantear a ver qué gente quedaba para reorganizar el Partido y todo había quedado deshecho al detenernos. Cuando volví, el Partido tampoco me buscó y al cabo de siete u ocho años yo ya no conocía a nadie. Estuve allí hasta que me vine a Madrid, en el año 59.

Estando en Alicante en el 57, por medio de Antoñita García, me puse en relaciones con el que hoy es mi marido, Manolo, que estaba en Burgos. Empezamos a escribirnos, iba a Burgos a verle; ya empecé a tomar contacto con algunas compañeras, pero tampoco me incorporé al Partido clandestino y hoy me alegro de no haberlo tomado porque quizás yo hubiese sido un perjuicio para el trabajo de los que tuvieron contacto conmigo, y digo esto porque la policía, en Alicante, me controlaba todas las cartas. Un día me viene el cartero y me dice: "A usted le censuran las cartas, ¿ve usted esto? Este sellito que lleva aquí detrás es la censura". Pero yo no hice caso de aquello y al venirme en el 59 a Madrid, a la semana o así, me llama mi hermano por teléfono y me dice: "Oye, ha estado la policía en el taller de Antonio —que es donde yo trabajaba en Alicante— a preguntar si tú tienes un hijo en Praga, y nosotros le hemos dicho que no, que el que está en Praga es el hijo de un hombre que se escribe contigo, que está en Burgos". Después pensé que en Alicante yo trabajaba en la Federación Campesina y al frente de la Federación estaba un camarada del Provincial que se llamaba Antonio Guardiola. Este hombre, por lo visto, entraba en España en trabajo clandestino. El hijo de Manolo se llamaba Antonio, y pienso que lo relacionaban con el camarada este, y le dije a mi hermano: "La información que habéis dado a la policía es acertada. Ese es el hijo de Manolo. Vas a la policía y lo dices claramente". Ya no me volvieron a molestar ni la policía vino más a mi casa, pero en el año 60 dejé yo la casa donde trabajaba y me vine a vivir a esta casa que es de Manolo y la portera a mí no me dijo nunca nada, pero cuando salió Manolo dos años después, en el 62, el hijo de la portera le dijo a Manolo: "Desde que vino Elvira, la policía ha estado aquí. Al principio venían, se metían en la portería, estaban allí horas y horas, días enteros preguntando a mi madre si venía alguien aquí; si recibía visitas Elvira; si entraba algún hombre o se reunían. Otras veces se quedaban en un coche a la puerta, y así estuvieron mucho tiempo viniendo y amenazando a mi madre, que si sabía algo y no lo decía que lo pagaría ella". Pero a mí la portera nunca me dijo nada, por eso te digo que al fin y al cabo fue lo mejor que pude hacer, porque si no es posible que alguien hubiese caído en esas circunstancias. Cuando salió Manolo, algunas reuniones, pero fuera de casa.

Capítulo 9

LA CATALANA

Me encontraba en Ventas cuando llegó la expedición de las catalanas, como se les solía llamar. Con muy pocas tuve ocasión de tener gran amistad. Si en algunas ocasiones hemos coincidido ha sido por el trabajo político del Partido. Entre ellas con la que más me uní fue con Katia Alonso, que por cierto escribía muy bien y me pasó en limpio un cuaderno de claves de hacer centros de mesa; cuaderno que, en mi detención en el año 45 en Barcelona, pasó a manos de la Policía Político-Social y no he vuelto a recuperar.

María Salvo, Cionin, vino en mi expedición a Segovia. También al salir yo en libertad se encontraba en esta cárcel otra de las catalanas, Leonor Zalabardo, que por cierto me dio un encargo para su padre, que tenía un quiosco de periódicos en la Diagonal. El día que se lo llevé vi al pobre hombre asustado de mi visita. No volví jamás, e incluso llegué a olvidar dónde estaba situado el quiosco.

Con Cionin también me une una sincera amistad. Está bastante enferma a causa de los malos tratos y los muchos años de cárcel. Pero es mejor que ella nos lo diga...

Nací en el seno de una modesta familia; mi padre era carpintero, mi madre asistenta. Mi infancia transcurrió en un ambiente de estrechez económica, entre la sincera creencia religiosa de mi madre y el ateísmo de mi padre. Fuimos dos hermanos estrechamente ligados a mi madre. Poseía esta unas condiciones morales de honradez y abnegación tan acusadas que fuimos conscientes desde muy pequeños de la injusticia con que la trataba la vida, experimentando por ello un sentimiento de rebeldía pero sintiéndonos impotentes para aliviar la dureza de la misma por nuestra extrema juventud.

En estas condiciones fueron creándose en nuestra mente un sinfín de interrogantes, sin explicación a los mismos en los principios religiosos, que por respeto a nuestra madre aún conservábamos aunque para ella misma ya habían perdido parte de su valor.

Estaba demasiado patente la desigualdad y la injusticia en que nos desenvolvíamos como porteros de una casa de vecinos de la barriada del ensanche de Barcelona: fue a raíz de las elecciones del año 1933 cuando me di cuenta de ello; era una niña de trece años cuando tomé conciencia de lo dura que era la vida de los trabajadores. Nosotros éramos un ejemplo de ello: nuestra madre enferma, convaleciente de una grave operación de riñón, mi padre parado, dependiendo del jornal de mi hermano, aprendiz de mecánico, y del mísero sueldo que como portera recibía mi madre.

En esta ocasión la dueña de la casa donde vivíamos coaccionó a mi madre solicitando su voto a favor de las derechas, bajo la velada amenaza de perder el empleo en caso contrario; fue entonces cuando comprendí exactamente la desigualdad existente y empecé a intuir que ellos eran una clase y nosotros otra, y germinó en mi interior un brote de rebeldía ante tanta injusticia.

Por esta razón fue lógico que con el estallido de la guerra me incorporase inmediatamente en un taller donde se confeccionaba ropa para Intendencia; pronto me destacué por mi ardor y entusiasmo y los compañeros del Partido solicitaron mi ayuda para menesteres de carácter sindical, ingresando acto seguido en la UGT. A partir de ahí quise ingresar en el PSUC, pero los compañeros consideraron que era demasiado joven, contaba dieciséis años, y me indicaron que lo hiciese en las JSU. En un principio me resistí porque me consideraba lo suficiente madura para militar en un Partido, pero ante la oposición de los compañeros acabé yendo a la Juventud, donde participé activamente en todas sus actividades hasta llegar a la Secretaría de Propaganda del Comité de Barcelona, de la que fui responsable. Guardo de aquel período un grato recuerdo a pesar de los sinsabores de la guerra. Era joven, entusiasta, con una gran fe en nuestra victoria y ni el hambre ni los bombardeos paralizaban mi actividad.

Llegó el final de la guerra y nuestra derrota militar, una triste realidad que me costaba admitir, que me obligó, como a tantos españoles, a tomar el camino del exilio; con un nutrido grupo de jóvenes de las JSU, cruzamos la frontera en febrero de 1939. En Francia permanecí varios meses en distintos campos de concentración; al empezar la segunda guerra mundial fuimos entregados un numeroso grupo de refugiados a la Guardia Civil de Irún, por los gendarmes franceses. Entre ellos estábamos varios jóvenes de las JSU que opusimos una fuerte resistencia, obligándonos a cruzar el puente internacional a empujones y arrastrándonos.

Ya en Fuenterrabía nos vimos en la necesidad de buscar un punto de resistencia, con la grave circunstancia de que la mayor parte de las familias estaban deshechas y casi nadie podía volver a su punto de origen; fueron unas horas de desconcierto y angustia.

Yo decidí ir a Bilbao, donde mi hermano estaba en una base militar, en una compañía de trabajadores; conmigo se vino Chelo, una amiga que no sabía dónde ir. Tenía la seguridad de que mi hermano nos ayudaría; él se encontraba allí desde el año 1938, le habían llevado prisionero cuando la rotura del Frente de Aragón.

Mi hermano nos recibió con gran cariño, no mostrando en ningún momento el trastorno que nuestra llegada suponía. Nos acomodó en casa de una buena mujer aragonesa que llevaba muchos años viviendo en Bilbao; es de destacar que en general, el pueblo vasco sentía gran simpatía y solidaridad hacia los prisioneros catalanes, que sumaban varios miles. Fueron meses difíciles, la Guardia Civil de Deusto, que es donde vivíamos y donde teníamos que presentarnos cada domingo, nos presionaba para que nos marcháramos al sitio de que éramos naturales. Mis padres se encontraban en Francia en lugares distintos; mi madre mantenía correspondencia con mi hermano desde que había terminado la guerra; manifestó gran angustia al tener que interrumpir nuestra relación por haberme traído a España. Mi hermano no quería angustiarla aún más hasta que no se clarificase mi situación; al cabo de unos tres meses la Guardia Civil dejó de presionarnos y fue espaciándose nuestra presentación, hasta que cesó del todo; entonces comunicamos a nuestra madre que estábamos juntos. Su decisión fue rápida, y sin consultarnos, a las pocas semanas se presentó en Bilbao argumentando que quería estar a nuestro lado pasara lo que pasara. Es fácil suponer la emoción del encuentro, principalmente la de mi hermano y mi madre después de

tanto tiempo separados. Nuestra preocupación era tanto económica como por el estado de salud de nuestra madre; estaba muy enferma, el médico nos diagnosticó un mal maligno que había que operar rápidamente. Esto obligó a que en junio de 1940 nos trasladásemos las dos a nuestra ciudad, con el riesgo que esto comportaba; pero era el único lugar donde podía ingresar en el hospital, donde fue intervenida.

Vivíamos semiocultas en casa de una amiga de la infancia; en aquella época acoger a personas en nuestras condiciones era de gran solidaridad. Fueron meses de una angustia moral. Vivíamos cerca de la prisión Modelo de Barcelona y al ir al hospital a ver a mi madre tenía que pasar por allí; el espectáculo de decenas de personas alrededor de la prisión era escalofriante; compuesto principalmente por mujeres y niños, niños escuálidos, tristes, callados, pegados a sus madres o a sus abuelas, en sus caras se reflejaba toda la tragedia en que vivían. La visión de aquella multitud que esperaban horas y horas para hacer entrega de lo poco que habían podido reunir a costa de



De izquierda a derecha, Josefa Beneito, Cecilia Cerdeño, María Salvo *Cionin* y Soledad Real, en la cárcel de Alcalá de Henares. Fiestas de la Merced.

prescindir ellos de lo más esencial. El dolor callado y reprimido de los familiares a los que devolvían el paquete porque el destinatario ya no lo necesitaba; había sido fusilado en el campo de La Bota.

A mí una de las cosas que más me impresionaba de aquella multitud era su terrible silencio, siendo centenares, a veces daban la vuelta a la prisión por su longitud, apenas se oía un murmullo. Todos se sentían prisioneros, los de dentro y los de fuera; quizás más los de fuera por la cantidad de humillaciones a que se veían sometidos,

con desventaja respecto de los que estaban presos; porque estos sabían dónde tenían al enemigo, y sin embargo, los familiares tenían que subsistir y resistir toda una serie de vejaciones que los *vencedores* intentaban imponer a toda costa. Poco se ha dicho de esa lucha sin la cual muchos de los que han sobrevivido a los años de encierro no habrían podido resistir.

Ante tanto atropello e injusticia surgió la natural rebeldía de la juventud, que si bien nos veíamos disminuidos en todos los aspectos, quedaba en nuestro interior el deseo de libertad por el cual habíamos luchado. Volvimos a encontrarnos jóvenes de las JSU que habíamos estado juntos en Francia; nos relacionamos, comentábamos los acontecimientos internacionales, nos pasábamos los partes de guerra que suministraba la embajada inglesa, por ese solo hecho había ya gente en la cárcel; sentíamos la necesidad de ayudar a los perseguidos, pero la situación personal de casi todos nosotros era tan difícil que no abarcamos mucho.

Por aquel entonces se produjo la entrega de Companys a Franco y como un reguero de pólvora corrió la noticia; se comentaba con verdadera consternación el hecho, y cuando se produjo el fusilamiento, fueron muchas las personas que se pusieron distintivos de luto; primeros signos externos de una resistencia que no cesaría durante cuarenta años.

Nuestra situación era agobiante; mi madre llegó a trastornarse. Vivía atormentada ante la idea de que en cualquier momento pudieran detenerla. Estar escondida, perseguida como los malhechores cuando su conciencia no la hacía sentirse culpable de nada, le produjo tal estado de desesperación que la llevó hasta el suicidio. Este terrible hecho trajo consigo más complicaciones y seguramente fue el punto de partida para que la policía me localizase; al tener que ser llevada mi madre al hospital tuve que identificarme. Mi hermano seguía en Bilbao cumpliendo el servicio militar después de haber pasado el período de prisionero, y aunque le avisé de lo que ocurría, no pudo conseguir permiso hasta pasados dos días. Mientras, mi madre estaba en el depósito de cadáveres porque yo carecía de medios para poder enterrarla; es fácil imaginar lo que esto me afectó; ya no me importaba que me localizaran, pasé momentos de una fuerte depresión. Era como sentirse culpable de lo que le había ocurrido a mi madre. Pasarían muchos años antes de que pudiese hablar de este hecho con serenidad. Mi hermano consiguió el dinero para el entierro con no pocas dificultades, y una vez enterrada nuestra madre, consideramos que yo debía irme de Barcelona, el motivo por el cual había venido acaba de desaparecer; pero, tal como estaban las cosas, tampoco era fácil conseguir un salvoconducto para el desplazamiento, ni una casa donde ir. Mi hermano recurrió a un compañero suyo de la época en que estuvo prisionero y este respondió inmediatamente que su casa estaba a nuestra disposición, y allí me fui.

En el intervalo que me dio entre carta y carta, la policía me había localizado en la casa donde habían ocurrido los hechos; pero ya no estaba en ella, moralmente no podía resistir estar en aquel lugar. Así fue como me desplazé a Hellín, que es donde residía Ángel, el amigo de mi hermano, con su mujer Paquita; una pareja admirable que me brindaron su amistad y lograron con su comprensión y afecto conseguir una cierta tranquilidad.

Permanecí algunos meses junto a ellos y fue una época que dejó huella en mí, porque estuve en contacto con gente labradora, con segadores de cuya vida no tenía

la más remota idea. Ignoraba la dureza de esos hombres en el período de la siega; se trasladaban a los más lejanos lugares a hacer grandes jornadas de trabajo con el fin de reunir un poco de dinero que les ayudase a malvivir el resto del año. Desconocía la soledad, la añoranza que debían sentir de los suyos, la marginación a que por razones de trabajo se veían sometidos; en casa de los padres de estos amigos, que es donde trabajaban, no se hacían ninguna clase de diferencias a las horas de las comidas. Todos formábamos un gran grupo alrededor de una gran cazuela que la abuela de la casa condimentaba, un rico gazpacho; pero ellos formaban un grupo, no participaban en la conversación general, su mutismo era impresionante; solo su mirada estaba cargada de interrogantes, miradas tristes que iban de la cazuela a la persona que hablaba, pero jamás les oí intervenir. En un principio me sentía incómoda ante esta modalidad de comer, y eso que era época de mucha hambre; llevaba muchos meses sin comer pan y el de aquella casa era buenísimo. Lo amasaban ellos mismos, estos hombres sucios, sudorosos, con sus caras curtidas por el sol, que era difícil adivinar su edad; me observaban con mi trozo de pan en una mano y la cuchara en la otra sin decidirme a introducirla en la cazuela. Fue uno de ellos, el más joven, con cierto desprecio dijo: "Prefiere pasar hambre antes de mezclarse con nosotros, es de capital". Sentí el deseo de replicar, pero un codazo de Ángel, me hizo desistir; comprendí que no se trataba de palabras sino de hechos, y fue con mi conducta posterior como les demostré lo cerca que me sentía de ellos, al participar junto con las mujeres de la casa en las faenas de la trilla. Fue una experiencia que con el correr de los años, ya en la prisión, me sirvió para comprender mejor a las mujeres del campo.

La vida de la aldea, el contacto con la gente sencilla, pero principalmente el afecto y la comprensión de esos amigos, Ángel y Paquita, hizo que me fuese reponiendo de la terrible depresión que me había producido la muerte de mi madre, y poco a poco volví a sentir la necesidad de participar de nuevo en otras cosas que no fuesen solo vivir.

Ángel gozaba de una gran simpatía en la aldea y su pasado le daba una autoridad y un respeto ante sus paisanos. De ahí que encontró buena acogida la idea de organizar un Socorro Rojo hacia los perseguidos y encarcelados; independientemente de esa actividad él quería relacionarse con personas que pudiesen orientarle en el aspecto político y para ello se desplazó a Madrid. En uno de sus viajes le di las señas de Chelo.

En el intervalo de uno de sus viajes recibí noticias, a través de mi hermano, de que una antigua compañera de la Juventud había llegado a España procedente de América y deseaba verme, por lo cual debía desplazarme yo a Madrid. Allí me encontré con Perpetua; traía muchos proyectos, entre ellos la reorganización de la Juventud cuando esto fuera posible. Para empezar me encargó desplazarme a Vigo en busca de las señas de un camarada que precisaba para empezar a organizar el trabajo, lo cual yo realicé. Mientras me encontraba fuera, a Chelo le fue a visitar un individuo que le dijo pertenecer a la organización, y que venía de parte de Ángel para avisarme de unas detenciones que habían ocurrido en Barcelona. Quería verme a toda costa; Chelo le dijo que yo estaba fuera, pero él presionaba alegando que era importantísimo para la reorganización del trabajo; ante su insistencia esta le preparó una entrevista para cuando yo regresara. A mi vuelta de Vigo me encontré con mi

hermano, que se había ido de Bilbao al tener conocimiento de las detenciones de Barcelona y por miedo a que sus ramificaciones le alcanzasen, se había trasladado a Madrid.

Tuve la entrevista con el individuo en cuestión, la primera vez sola y la segunda acompañada de Perpetua, que por una extraña coincidencia nos habíamos encontrado en la calle en el momento en que esta se iba a efectuar. Esta persona tenía gran interés en que la relacionase con camaradas del Partido que yo conociera, y a su vez me hablaba de otras a las que yo no conocía; ante mi “poca colaboración”, según él, iba a dar cuenta a los organismos superiores; y así estaban las cosas cuando fui a la segunda entrevista, en un bar de la glorieta de Cuatro Caminos. En el momento en que iba a entrar salieron varios policías con pistolas en la mano, encañonándome y obligándome a subir a un coche, que ya estaba preparado. Fue una detención espectacular por el despliegue de fuerzas empleadas; fui conducida a Gobernación. A Perpetua también la habían detenido junto a mí; me comunicaron en la celda siete, celda de triste historia que hasta motivó una copla por la gran cantidad de personas que por ella habían pasado y sufrido.

Los primeros interrogatorios fueron para mi identificación; yo llevaba documentación prestada por la que era novia de mi hermano. Averiguaron mi verdadera identidad por los registros efectuados en casa de Perpetua, donde yo vivía; sin embargo en ningún momento había dado yo ese domicilio. De las palabras persuasivas se pasó a los insultos y más tarde a los golpes, distinguiéndose por su dureza el tal Carlitos, célebre por sus “brillantes servicios” al lograr introducirse en el movimiento guerrillero. Fueron cayendo grupos; entre ellos estaba mi hermano, Chelo, Ángel, el compañero de Vigo, y camaradas que no conocía ni sabía quiénes eran.

Me achacaban una responsabilidad que no había tenido y que yo no aceptaba. Mi negativa era sistemática; ello exasperaba a los que me interrogaban y su reacción era contundente. Un día me carearon con Perpetua, después de una de estas sesiones en que había habido de todo, insultos, golpes, etcétera, insistiendo en que no negara más, que todos aquellos papeles e informes que habían encontrado en casa de Perpetua me pertenecían, alegando que había sido por encargo mío que ella los había escrito. Me di cuenta entonces que lo que pretendía es que la desligara, con la esperanza de que al tener documentación extranjera había esa posibilidad. Solo entonces acepté que toda aquella documentación era mía. La situación cambió, ya no hubo más golpes y los interrogatorios se espaciaron al aceptar por mi parte toda la responsabilidad de aquellos papeles. Permanecí un mes en la Gobernación, siempre incomunicada. Supe por los mismos policías que Lobo había sido detenido. Con él no había tenido ninguna relación, pero eran sus señas las que yo había ido a buscar a Vigo y las que fueron entregadas a Perpetua a mi vuelta.

Después de este tiempo pasado en Gobernación, en que es fácil adivinar las horas de angustia y temor, no solo por la suerte propia sino por la de todos los demás, fui trasladada junto a Perpetua, Chelo, Antonia, una chica que no conocía, Lobo y mi hermano a Barcelona. En la estación vimos al individuo que se había hecho pasar por camarada junto a Carlitos y ya no dudamos de la trampa que había tendido a Chelo; como consecuencia de la misma habíamos caído todos. Estuvimos unos días en Jefatura en Barcelona, tras lo cual nos llevaron a nuestras respectivas prisiones.

Volví a ver la cárcel Modelo, pero esta vez para dejar a mi hermano detrás de aquellos portales que se cerraban tras él diciéndome adiós con una triste sonrisa. Era tal mi angustia que no podía corresponderle por miedo a echarme a llorar en un momento de flaqueza. Entonces no podía sospechar que pasarían tantos años antes de que volviésemos a encontrarnos. Al llegar a Les Corts nos comunicaron; en la prisión estaban el resto de las compañeras del expediente al que nos habían incorporado. El edificio era un antiguo convento habilitado como cárcel. Esto suponía que las condiciones de alojamiento fuesen insuficientes para tanta reclusa como allí había, y ni que decir tiene que tampoco había lugar para una incomunicación. Como es lógico trajo sus problemas, que resolvieron habilitando una dependencia alejada del resto de la prisión y allí nos pusieron a las cuatro que veníamos de Madrid, en una habitación pequeña con una ventana que daba al patio de la comunidad de las monjas, que eran las que hacían de carceleras.

El problema del aseo y el de nuestras necesidades se planteó a continuación, por las mañanas nos suministraban un cubo de agua y nos permitían salir de la habitación a otra continua donde podíamos lavarnos un poco y efectuar nuestras necesidades, y para el resto del día nos daban una lata vacía de conservas que teníamos que emplear para todo. El período de adaptación fue duro, pero en ningún momento surgieron roces; la relación entre nosotras fue siempre cordial, esforzándonos en todo momento por superar cualquier reacción negativa: sufrimos desarreglos intestinales provocados por la clase de comida, compuesta de berzas y cebollas hervidas. Pasábamos hambre, porque una de las condiciones de la incomunicación es no poder recibir ninguna clase de ayuda del exterior. Las compañeras de la prisión a veces lograban burlar la vigilancia de la monja que nos custodiaba y durante el reparto del rancho, que es cuando nos abrían la puerta de la celda, pasamos algunas cosas. Perpetua y Chelo tuvieron la ictericia; yo contraí una colitis que ya no me abandonaría en los diecisiete años que pasé en la prisión. La situación en el correr de los meses se hizo penosa; fueron nueve, pero mucho más penosa tuvo que ser para mi hermano, que los pasó solo. Nosotras éramos cuatro para compartir las interminables horas del día. Moralmente resistíamos esa incomunicación bastante bien; Chelo era muy ocurrente y nos hacía reír más de una vez; éramos jóvenes y fáciles a la risa, por dura que fuese la situación, asombrándose por ello las monjas.

Como los días se nos hacían interminables, a Chelo se le ocurrió que podíamos estudiar algo; pero claro, con papel y lápiz no había que contar, materia prohibida; entonces descubrimos que una de las paredes de la habitación podía servirnos de pizarra si nos facilitaran tiza. Después de una larga consulta de la monja a sus superiores, un día nos trajo el tesoro de una barra de tiza. Chelo, que era la *culta*, se convirtió en profesora. Aquello contribuyó a que los días fuesen más cortos; se podrían contar muchas anécdotas de aquellos meses, pero se haría interminable. Únicamente quiero destacar que en todos nuestros actos hubo la buena voluntad de salir airosas de las pruebas a que nos veíamos sometidas. El sentimiento de camaradería y ayuda mutua presidió por encima de todo; motivos de angustia tampoco faltaron; el desconocimiento de la situación jurídica en que nos encontrábamos —la policía quiso un par de veces sacarnos a diligencias— hacía que algunas noches no descansáramos tranquilas en nuestros jergones.

Era a finales de mayo de 1942 cuando nos levantaron la incomunicación. Aquel día la prisión entera vibró de alegría. Fueron a recibirnos a la puerta de la habitación que nos había servido de celda una cantidad enorme de compañeras. Nos abrazaban, las mayores con los ojos llenos de lágrimas; nos dimos cuenta entonces cómo habían seguido nuestra situación, nunca había habido una incomunicación tan larga. Con gran dificultad pudieron hacernos un sitio; había tan poco espacio que era un problema, pero todo el mundo se estrechaba con tal de que nos pudiésemos acomodar. Es admirable cómo el sentido de solidaridad se impone por encima de cualquier egoísmo personal; entramos a formar parte de la comuna de las compañeras del expediente.

La prisión estaba regida por monjas con su peculiar forma de tratar a las personas, con sus favoritismos, con una frialdad y falta de humanidad ante tanta tragedia que les rodeaba. Por un lado nos trataban como a niñas descarriadas y por otro como poseídas por todos los demonios. En estas condiciones es fácil comprender los enfrentamientos, sobre todo por cuestiones religiosas. La comida era mala, boniatos hervidos con berzas, combinación difícil de ingerir. Las compañeras que tenían familiares que las atendiesen lo pasaban regular, pero había infinidad de ellas traídas de otras prisiones, desconectadas de los suyos, que carecían de lo más indispensable; por ejemplo, jabón. Este producto constituía un verdadero tesoro poseerlo; la limpieza era casi una obsesión; luchábamos con todos nuestros recursos para no ser invadidas por los piojos y la sarna, elementos naturales en tal hacinamiento.

Se trabajaba en labores de ganchillo y media; se llegó a crear una pequeña industria; con ayuda de los familiares que lo vendían contribuyó a solucionar muchas de las más elementales necesidades; e incluso muchas mujeres pudieron ayudar a sus hijos, que los tenían recluidos en colegios de beneficencia tras haber fusilado a su padre y apresado su madre.

Poco a poco el fantasma del hambre se iba alejando debido a la actividad manual que había surgido. También se iba configurando una vida más regular, más organizada; las presas políticas no queríamos convertir el período de reclusión en tiempos perdidos, sino de provecho, y con ese fin se organizaron grupos de estudios, de formación política, de cultura general; había una gran actividad política, la discusión de periódicos que caían en nuestras manos y algún que otro material del Partido. Todo ello comportaba un riesgo, la vigilancia de las monjas era estrecha; la vida la hacíamos principalmente en el patio de la prisión, con unas horas determinadas en las salas, que al estar tan repletas era del todo imposible que no surgiesen roces. Roces que carecían de importancia. Valoró el grado de tolerancia y comprensión de la mayor parte de las compañeras; no estábamos preparadas para una prueba semejante y, sin embargo, se supo dominar el egoísmo propio en beneficio de la colectividad.

El día de comunicación con el exterior era un día de fiesta para las que tenían la suerte de ver a la familia, pero también de tristeza para aquellas que estaban alejadas de los suyos por muchos kilómetros de distancia. Eran los grandes contrastes imposibles de evitar; las noticias transmitidas a través de las comunicaciones no eran muy alegres, casi siempre llegaba alguna de la brutal represión a que estaba sometida la gente, fusilamientos, detenciones. A decir verdad fueron los célebres *bulos* de la familia los que nos infundían la esperanza de un fin inmediato de aquella situación,

lo que nos ayudó mucho a no caer en estado de desesperanza; el papel jugado por los familiares en los años de mi encierro ha tenido mucha importancia.

Serían en los primeros meses del año 1943 cuando en *Mundo Obrero* se publicó una nota acusándome de la caída de los compañeros Diéguez, Larrañaga y Girabau. La sorpresa por mi parte fue tan grande como la perplejidad, ya que no conocía a esos camaradas, ni sabía exactamente quiénes eran. No comprendía de dónde podía partir tal acusación, y no acepté ni por un momento tal afirmación. Esto trajo muchas discusiones entre las compañeras, las que aceptaban sin más la noticia y las que dudaban de la veracidad de la misma debido a que sabían cómo me había comportado con respecto a Perpetua. Se dividieron las opiniones sobre las medidas que debían tomar respecto mí, dado el carácter grave de la situación, teniendo en cuenta que esos camaradas habían sido fusilados y pertenecían a la máxima dirección del Partido. A mí se me dio la posibilidad de defenderme, es bien cierto, y cometí una equivocación debido a una lealtad mal entendida. Creía que descubrir un fallo de Perpetua era comprometerla en favor mío y sentí escrúpulos en hacerlo; las repercusiones fueron terribles para mí.

Yo había ido a Vigo a por las señas de un camarada que estaba en Madrid y con quien Perpetua quería conectar para trabajar juntos. Pues bien, luego supe que esta persona era Eleuterio Lobo, que había estado en Portugal con Larrañaga, Diéguez y Girabau. Dichas señas las había entregado a Perpetua a mi regreso a Madrid. Y esta las puso en una caja de cerillas que fue encontrada por la policía, junto con todo un montón de papeles, en el registro que hicieron después de nuestra detención. Posiblemente fue esto lo que trajo la detención de Lobo. Sobre el comportamiento de Lobo me limito a copiar un párrafo del testimonio de condena que obra en mi poder:

Eleuterio Lobo Martín, soldado del ejército republicano, liberada España pasó a Francia y de allí a Méjico, donde tomó contacto con las organizaciones exteriores frentepopulis, que le enviaron a España con la misión de enlazar y transmitir instrucciones a las clandestinas que funcionaban en el interior del país; desembarcando en Portugal para cumplir la misión que se le había confiado, penetró en nuestro territorio por la frontera norte portuguesa el día 22 de agosto de 1941, dirigiéndose a Madrid donde celebró algunas entrevistas hasta que fue detenido el día 13 de septiembre del mismo año, después de haber sido, al parecer, obligado por su actitud indiscreta, a entregar las notas y direcciones que traía al que entonces era responsable nacional del Partido Comunista, Heriberto Quiñones (ejecutado). Con anterioridad a su detención demostró un activo arrepentimiento, colaborando eficazmente a la desorganización de aquellos con quienes antes había colaborado.

Hoy es más fácil enlazar los hechos, pero por aquel entonces fue imposible. Solamente había una acusación y mi negativa a aceptarla. Existía además el testimonio de Perpetua sobre mi comportamiento y la clave de la detención de Lobo la tenía ella, punto de partida para que el Partido llegara a comprender cómo la policía pudo localizar a Diéguez, Larrañaga y Girabau. Esta no suministró, ni entonces ni después, ninguna prueba para un mejor esclarecimiento de los hechos. Lamento tener que recordar esos episodios, máxime cuando esa persona ya no existe, pero hay otras que pueden dar veracidad de los mismos.

La situación en nuestra comunidad era de una gran tensión por la diversidad de

opiniones que existían; hasta el punto de que esta se deshizo. La misma diversidad alcanzaba al resto de las compañeras. Unas, partidarias de mi total aislamiento, y otras que se mostraban más tolerantes.

En este estado de discusión estábamos cuando vino a la prisión de Les Corts el general Josualdo de la Iglesia a procesarnos. Pedía siete penas de muerte, varias condenas de treinta, veinte, quince y seis años de cárcel para los que formábamos el expediente. Pocos días después del procesamiento llegó la libertad de Clara, procesada por el artículo 30, que suponía petición de pena de muerte. La extrañeza fue grande. Más tarde se dijo que había sido falseada la firma del general. En Les Corts quedaron procesadas con este mismo artículo Isabel y Perpetua. De la cárcel Modelo salieron igual que Clara dos más, quedando, sin embargo, Calderón con petición de pena de muerte. A los pocos días fuimos trasladadas a Madrid y se hizo cargo de nuestro expediente el coronel Aymar. Nuestro traslado fue penoso por dos razones: por la tensión existente entre nosotras y por la incógnita de nuestro futuro. Estuvimos unos días en Zaragoza; una cárcel de aspecto tétrico, con un régimen de disciplina interno durísimo, el más duro que yo he conocido en los años de cárcel.

Las mujeres tenían el color de la tierra del patio. En esta hacía un calor espantoso, era el mes de julio. Apenas había agua, solamente caía un chorro en una especie de abrevadero que había en el centro del mismo. Para llenar un recipiente había que hacer largas colas. El sol daba de lleno y no existía ni una sombra ni había donde sentarse. Un hecho que no conocí en otro lugar era el de tener que saludar brazo en alto al pasar por delante del retrato de Franco, que estaba colocado en un punto imposible de esquivar para el desplazamiento a cualquier dependencia del penal. Si alguna carcelera observaba que pasabas de largo sin hacer el saludo, el castigo era seguro. Y eran muy celosas en el cumplimiento de su deber.

La comunicación entre las reclusas era muy difícil. Existía en el ambiente un clima de terror al castigo, que dificultaba toda clase de relación. El edificio era marco apropiado para llevar a cabo un régimen tan severo. Las celdas parecían del tiempo de la Inquisición, unas ventanas altas, pequeñas, que apenas se filtraba la luz por ellas. Algunas reclusas llevaban varios años presas, desde el principio de la guerra en 1936.

En misa, era domingo, a mi lado había una mujer cuya cara me era conocida, pero no sabía de dónde. Con infinitas precauciones me dijo que llevaba un año penada a muerte y que de su marido no sabía nada; suponía que seguía en Francia. Entonces supe que era de aquella expedición que nos habían traído a la fuerza a España. No volví a verla; nosotras estábamos en otra dependencia. Algunas veces he pensado qué habrá sido de aquella mujer, que ni entonces sabía cómo se llamaba.

De Zaragoza seguimos rumbo a Madrid, llegando a Ventas, donde nos colocaron en un sótano oscuro con un olor pestilente debido a la suciedad y mal estado de los servicios, estuvimos veinte días en período de observación. Una medida sanitaria que era puro formulismo, el lugar donde se llevaba a cabo tal medida era el primer foco de infección por hacinamiento que allí había. Era la época del estraperlo y había un continuo entrar y salir de mujeres que se dedicaban a él. Este sótano tenía unas ventanas a ras del suelo. Enfrente estaba el de penadas a muerte. La proximidad del mismo, la situación moral en que me encontraba debido a la relación entre nosotras, fue uno de los peores momentos que hasta entonces había pasado en la prisión. Vinieron otros peores que no podía sospechar.

Ventas estaba repleta de mujeres de todas las regiones de España. Unas condenadas, otras sin juzgar. Tal aglomeración traía múltiples problemas de acoplamiento y, con ello, la insuficiencia de los servicios. Desde el principio en el sótano pudimos observar la existencia de una organización de ayuda a información.

Enseguida las compañeras a través de las ventanas llegaron a ponerse en comunicación con nuestro grupo. Ahí es donde se radicalizaron las posturas. Mientras estuvimos en Les Corts, no prevaleció el criterio del total aislamiento respecto a mí, pero al llegar a Ventas, fue aceptado por las compañeras del Partido que allí había. Dicho aislamiento se hizo extensivo al resto de las compañeras que con anterioridad no lo habían aceptado.

Pasados los veinte días de observación nos destinaron a la segunda galería derecha; permanecemos bastante rato en medio del pasillo esperando poder acoplarnos. La madre Serafines, una monja alta, con acento extranjero (era alemana) observaba con sorna el espectáculo que ofrecíamos. Nosotras desorientadas, viendo la movilización para buscar un sitio a una parte de nuestro grupo, y el resto que no encontrábamos dónde colocarnos. Al fin lo resolvió dicha madre Serafines, trasladando unas reclusas a otra celda y dejando una para nosotras solas, que éramos cinco. Esta galería estaba clasificada como especial porque la mayoría de las presas lo eran por delitos posteriores, procesadas por el Tribunal Especial contra la Masonería y el Comunismo.

La vida empezó a desarrollarse para nosotras al ritmo de las demás; vino la clasificación por parte de la dirección de la prisión. Éramos jóvenes y debíamos asistir a la escuela-hogar, que estaba regida por la Sección Femenina de la Falange. Nosotras ignorábamos qué postura adoptar al respecto. Fueron días de verdadera confusión. No teníamos relación con casi nadie, porque al tratarse de una galería especial su inmensa mayoría eran comunistas, y por lo tanto organizadas. El vacío a nuestro alrededor era absoluto; solamente se acercaron a nosotras algunas reclusas sin organizar o que no estaban vinculadas al Partido por diferencias existentes en el mismo. A las primeras las acogimos con agrado, a las segundas con frialdad, puesto que no queríamos engrosar ningún grupito ni ser utilizadas con fines de fracción apoyándose en el trato injusto de que éramos objeto. Desde el primer momento vimos bien claro cuál debía ser nuestro comportamiento y nos marcamos una línea de conducta de absoluta independencia de todo grupo o camarilla; nuestra fuerza debía radicar en no situarnos frente al Partido y demostrar con nuestros actos, pese al aislamiento a que nos sometían, no ser una fuerza contra él. Estábamos pendientes de la actividad que se desarrollaba en torno nuestro y pronto nos dimos cuenta de quiénes, más o menos, gozaban de más simpatía y autoridad.

Había compañeras en los cargos de la prisión y algunas de ellas realizaban un gran trabajo en beneficio de todas las demás. Había otras en cambio egoístas, y por tanto su forma de actuar tenía bastante que desear; hay que tener en cuenta que la composición general de la reclusión era muy diversa. Existía una mayoría con un grado de politización muy grande, pero también existía una gran masa producto de las circunstancias de la guerra. A nosotras nos tocó ir a la escuela-hogar, donde también quedamos marginadas por las compañeras del Partido. Nuestra convivencia dentro de la celda era buena. Perpetua fue llevada a la enfermería tanto por su condición de extranjera (era cubana), como por su estado de salud, que nunca fue buena, y nos quedamos cuatro.

Existía un gran espíritu combativo y un gran sentido de la dignidad; recuerdo que autorizaron la entrada de los niños pequeños para la Merced, “una gracia por ser la patrona de los cautivos”. Acordaron las compañeras no aceptarlos y fueron seguidas por todas las políticas; nosotras ignorábamos tal acuerdo, pero vimos sus resultados e incluso recuerdo un caso conmovedor que demuestra hasta qué punto llegaba el espíritu de sacrificio. Una compañera no había podido avisar a su familia de que no le trajeran a su hijo; el chico pasó y una vez dentro su madre fue capaz de dominar su gran deseo de tenerlo unas horas junto a ella y lo volvió a sacar. Era conmovedor verla después en un rincón llorando amargamente; gestos de esa naturaleza de una renuncia total se podrían citar muchos; posteriormente se reconsideró tal medida, aceptando que los niños pasaran dentro de las prisiones tantas veces lo autorizaran, y algunos de ellos siendo ya mayores han recordado después estas fechas con verdadero agrado por la forma en que eran agasajados por nuestra parte.

En Ventas, lo mismo que en las demás prisiones, se hacían muchos trabajos manuales siguiendo el mismo procedimiento para su venta. Chelo tenía a la familia en Madrid y la visitaban cada semana. Su familia se portó muy bien conmigo e intentaron ocupar el sitio de la mía al carecer yo de ella. La única relación familiar que yo sostenía era con mi hermano a través de una carta al mes que, después de varios años, nos autorizaron. Nosotras, como es natural, no sabíamos de la elaboración de las acciones que exigían mejoras y reivindicaciones, hasta que estas se llevaban a cabo, pero siempre las secundamos y participamos cuando se producían.

Por aquel entonces trajeron una expedición de mujeres del penal de Saturrarán; entre ellas estaban Angelines y Toñi; estas gozaban de un gran prestigio y autoridad ante las demás. Angelines fue llevada a la tercera galería y Toñi a la segunda; al poco tiempo Toñi entabló relación con nosotras y como consecuencia de ello el Partido manifestó el deseo de aclarar nuestra marginación. Se habían producido algunos cambios en el seno del mismo, al ser incorporadas compañeras de Saturrarán a la dirección de él; empezaron una serie de reuniones con las compañeras de mi expediente y el grupo que formábamos nosotras; yo no participé en las reuniones, el contacto lo mantuvo conmigo por separado Toñi, creo que fueron discusiones tensas con posturas muy radicalizadas; pero al final, el acuerdo fue la inmediata incorporación de las compañeras que hasta entonces habían estado al margen del Partido, y yo quedaba en situación especial con información concerniente a él, pero sin poder participar en su vida interna. Un acuerdo de compromiso, pero que fue la mejor solución para salir del callejón sin salida en que nos encontrábamos. Es fácil suponer que a mí no me satisfizo dicho acuerdo, pero comprendí que no había otra posibilidad. He de hacer constar que se tuvo gran interés en llegar hasta el fondo y que a Perpetua se le requirió para que informara ampliamente, sobre todo en cómo había sido mi detención y mi comportamiento, y que dijera cuál era mi participación, así como la total ignorancia por mi parte de la existencia y el lugar donde residían los camaradas, de cuya caída me hacían responsable; y ella era la que mejor podía atestiguar. Hasta entonces había alegado que no le merecían confianza las personas a las cuales debía hacer entrega del informe que le pedían, pero ahora ya no estaba en el mismo caso; ni entonces ni después, cuando estuvo al borde de la muerte y se le volvió a pedir, accedió a ello; las razones de su negativa no las sabremos jamás. Lo cierto es que yo

seguía con la misma impotencia; había comprendido el error que había cometido al no utilizar la posibilidad que se me brindó en su día de defenderme, pero era demasiado tarde y debía cargar con las consecuencias, que durarían muchos años.

A partir de entonces la situación cambió; si hasta aquel momento habíamos estado marginadas, al integrarse las compañeras dentro de la organización cambió también la clase de relación con las compañeras de la prisión; ya no formábamos una isla dentro del conjunto e incluso yo misma era aceptada y buscada para participar en los trabajos colectivos; se facilitó mi incorporación al taller de bordados, donde había un buen núcleo de camaradas, yo notaba en su trato el deseo de borrar los efectos del pasado.

Mi situación especial me producía amargura y seguía sintiéndome marginada pero he de reconocer que de una forma personal se me dispensó un trato de favor. Hice amistades, amplíé relaciones que hasta entonces se habían reducido a las buenas compañeras que conmigo compartieron aquel estado de cosas; el comportamiento de estas con respecto a mí fue de una alteza de miras tal que siempre estaré en deuda con ellas, y quiero señalar que María Antonia Madueño, Isabel Imber y Consuelo Alonso fueron el puntal donde me apoyé para no derrumbarme ante aquella situación; Toñi me ayudó mucho a recobrar la confianza en mí misma, fue una época que no olvidaré jamás.

Inmediatamente se estableció entre nosotras una gran dignidad y el tener una relación política tan directa facilitó una relación que se convirtió en una profunda amistad. Cuando comenzó nuestro contacto político procedió con tal tacto que inmediatamente se ganó mi confianza, de tal forma que no le fue difícil reconstruir con imparcialidad los hechos. Ella también era la encargada de mantener relación con Perpetua; esta seguía en enfermería. No fue tarea fácil para ella vencer la resistencia que ponía para hablar de lo que me concerniera. Yo ya había tropezado con la misma reserva y, aunque nunca negó mi comportamiento con ella, jamás mostró una actitud firme en relación con la acusación que pesaba sobre mí, cuando era la que con más conocimiento de causa podía hacerlo. Yo no dejaba de apremiarla en tal sentido; no comprendí jamás su actitud; hoy pienso que quizá, con su exceso de lealtad a la dirección máxima del Partido, aceptaba sin reserva cualquier decisión de la misma, aunque en este caso concreto los hechos no se ajustaban a la realidad; y cuesta mucho más hacer frente a según qué situaciones que aceptarlas.

Después de tantos años de tensiones, de desconfianzas, el cambio efectuado en torno nuestro era notable, nos parecía movernos en otro mundo y la cárcel fue, a partir de entonces, menos penosa. Toñi era la responsable de tenerme controlada y supo utilizarme en lo que creyó conveniente. Era dulce, comprensiva, de una gran paciencia y tolerancia, con una visión política nada común que contrastaba con la rigidez e intransigencia con que antes habíamos tropezado; tanto ella como Nines eran muy queridas y respetadas por las compañeras que habían estado juntas en otras cárceles. Los encargos de la prisión no los podían desempeñar las comunistas; en nuestra galería éramos la mayoría y la vigilancia de las funcionarias era más severa; por comodidad utilizaban a reclusas menos destacadas, que aprovechábamos con habilidad. En más de una ocasión fui utilizada. Por aquel entonces estaba en el taller de plancha y esto me permitía circular libremente por otras galerías porque las funcionarias lleva-

ban sus uniformes al taller y a la hora de la entrega, generalmente yo me prestaba a hacerlo, podía ser de utilidad; este hecho fue de gran satisfacción para mí pues hasta entonces no había participado en ningún trabajo por pequeño que este fuera.

Quisiera resaltar un hecho de aquella época que dará una idea de la actividad política; estaban en la segunda galería un grupo de socialistas, entre ellas una antigua dirigente de las JSU, Julia Vigre; había participado en el último pleno de las JSU a últimos del año 1938, formando parte del grupo de escisión que se creó en el seno de la organización. La relación con ella y las demás se intentó siempre como unidad, aunque existían posturas diferentes en muchos aspectos. Sin embargo en varias ocasiones se llevaron a cabo acciones conjuntas. Siguiendo un plan de trabajo político, se organizaron charlas abiertas; una de estas charlas versó sobre la Junta de Casado y las consecuencias que había tenido; como es natural el tema dio lugar a una fuerte discusión. La intervención de Julia Vigre fue un ataque a la política de resistencia preconizada por el Partido; los argumentos en contra de su postura estaban tan a la vista que ni ella misma tenía fuerza moral para rechazarlos, también era víctima de las consecuencias que había tenido para el pueblo español la actuación de tal Junta. Era una persona inteligente y aceptaba con valentía la discusión aunque estuviese en minoría. Carmen Caamaño, junto con ella y otras camaradas, crearon una comisión encargada de organizar dentro de la galería actos de tipo artístico; y realizaron una buena labor. Había una parte de reclusas jóvenes que no estaban organizadas. Eran en su mayoría mujeres y chicas que habían sido detenidas por ayuda a las guerrillas y su nivel político era muy bajo. Para ellas la vida en la prisión era muy penosa, y gracias a esas actividades se incorporaron a los distintos grupos que teníamos formados; la actividad era intensa, llegando a ampliarse hasta la formación de una biblioteca clandestina, que su funcionamiento ya lo conoces, incluso se llegó a la creación de un coro que dirigía Marina, que conocía algo de música; se logró armonizar voces a base de ensayar cada noche durante las horas en que estábamos juntas en la galería, abusando más de una vez de la benevolencia del resto de las compañeras.

Una anécdota quiero reseñar que pudo tener consecuencias lamentables. Nuestra sala de actos (sala de lavabos) fue escenario de un acto de tipo artístico; se trataba de celebrar el 14 de abril y para ello se montó un cuadro plástico simbolizando la República y el fascismo; para la primera no hubo dificultad en encontrar la persona, para lo segundo ya fue más complicado. Nadie quería encarnar este símbolo; llegó la noche del día 14 y se descubrió el cuadro plástico; se formó un pedestal a base de maletas una encima de otra, no entró en muchos detalles, porque ya los conoces por otros testimonios, pues en todas las galerías se hizo, cada cual a su forma, con el mismo motivo; en la nuestra se ensayaba la canción compuesta por Camen Caamaño y Julia Vigre para tal conmemoración:

En nuestra lucha del mundo entero,
el exterminio el fascio altero.
Por eso toda la humanidad
se libera de la crueldad.
No hay alegría en España
ni el sol en su suelo brilla,
porque apagan sus fulgores

los negros terrores
que al pueblo acribillan.
Luce mi patria amada
todo su bello esplendor.
Que las flores más hermosas,
claveles y rosas,
darán pronto olor.
España que sufre y llora
bajo una losa de muerte,
rescatada por los rojos
las presas de Ventas
esperamos verte.

El éxito fue clamoroso. Una vez finalizado el acto nos recogimos en nuestras celdas y no habían pasado cinco minutos cuando irrumpieron en la galería toda la plantilla con su director a la cabeza, yéndose derecho a la sala de lavabos; nosotras casi no nos atrevíamos a respirar: fueron revisando celda por celda sin decir palabra retirándose a continuación. A la mañana siguiente supimos que durante nuestra representación había estado toda la Guardia Civil del exterior con los fusiles cargados, pendientes de nuestras ventanas dispuestos a actuar ante cualquier sombra sospechosa; no habíamos previsto que podía traslucir nuestro juego de luces a través de ellas y que ellos interpretaban como señales con el exterior para una acción máxima. Por aquel entonces las acciones guerrilleras eran contundentes. La verdad no llegaron a saberla y dudaban incluso de que hubiese sido un efecto óptico por su parte.

No todas las acciones eran de ese carácter; teníamos continuas luchas reivindicativas solicitando mejoras de comida, mejor asistencia médica, más tiempo de comunicaciones, correspondencia, arreglo de servicios; todo ello comportaba castigos, pero no cesábamos en nuestro empeño.

Una de nuestras posturas a las que se veían impotentes de hacer frente, era a la hora de formación para el recuento, que nos obligaban a cantar sus himnos brazo en alto y solo lo levantaban las de la primera fila y nos turnábamos para que no fueran siempre las mismas. En caso de no hacerlo el castigo era seguro, cuando cantábamos los himnos solo abríamos la boca, apenas se oía la voz; la de veces que nos tuvieron hasta una hora de pie en espera de que cantáramos más alto. Solo los gritos del ritual de “viva Franco” y “arriba España” eran atronadores, porque los sustituíamos por otro de nuestro gusto indescifrables para los oídos de los guardias, que no comprendían nuestra resistencia a cantar los himnos y, sin embargo a pleno pulmón gritábamos los vivas del ritual. Era un signo más de nuestra rebeldía, que aplicábamos como podíamos, y en cuanto a las guardianas, escapaba a su comprensión y mentalidad. Por algo pertenecíamos a dos mundos distintos.

Una de las acciones que tuvo bastante resonancia fue una huelga de hambre que se inició. Como de esto ya te habrán hablado me limito a decirte que salimos fortalecidas. El espíritu de solidaridad que brotaba inmediatamente ante los hechos generales.

Una de las espinas que teníamos clavada todas nosotras era la existencia del sótano de penadas a muerte. En la época que nosotras llegamos a Ventas las sacas ya no

se llevaban a cabo; yo no viví ninguna. Sin embargo, había penadas. Podía llevarse a cabo cualquier noche la confirmación de la sentencia. El régimen a que estaban sometidas era duro y pasaban horas de angustia. Todas las mañanas una de las primeras cosas que se hacían era ir a visitarlas, aunque fuese por la ventana que daba a un pasadizo de comunicación para ir al economato. Se les prestaba una atención especial y, de todo lo extraordinario que se recibía en los paquetes, una parte iba destinado a ellas. Su moral era un ejemplo para todas nosotras. Eran capaces de interesarse por los problemas generales a pesar de estar al borde de la muerte. Yo no tuve relación directa con ninguna de ellas por mi situación especial.

A los pocos días de nuestra salida del sótano de observación, estaba en la cola del economato cuando al preguntar no recuerdo qué, una mujer que había unos puestos más adelante se volvió y me llamó por mi nombre. Yo no la reconocía pero ella emocionada me abrazó y se dio a conocer; era Ramona Estrada, maestra de Barcelona; no la había visto desde la edad de doce años y tenía veintitrés. No hacía más que decir: "No podía ser de otra forma, desde pequeña fuiste consciente de las injusticias que te rodeaban". Ella era masona y recordando el pasado se venía a mi mente la dictadura de Primo de Rivera; permitía que como señales en los libros tuviésemos cintas de la bandera catalana estando prohibida, y que nos diera sus clases en catalán. Recuerdo también que el día que se proclamó la República ella puso en el mástil del balcón del colegio la bandera republicana la misma tarde del 14 de abril. Su concepción de la enseñanza en aquel tiempo era ya muy progresista; preconizaba la enseñanza mixta e influía en nuestra educación para que lucháramos contra el criterio vigente en aquella época: que la finalidad principal de la mujer era el matrimonio. Entre ella y yo existía una gran distancia en todos los terrenos, pero indudablemente fue un encuentro emocionante.

En el transcurso de aquellos años, a partir de 1940, los ingresos en las prisiones eran principalmente por hechos posteriores y muchas de nosotras estábamos pendientes de consejos de guerra. Al sótano de penadas no llevaron a ninguna más. Dieron la orden de que excepto en caso de confirmación de la pena de muerte y su ejecución, a la reclusa no se la llevaría al sótano, sino que permanecería en su galería. En la nuestra estaban Sixta, la Peque y Elvira Albelda en la tercera galería. Un día por la tarde a Elvira la bajaron al sótano. Eso quería decir que la ejecución iba a llevarse a cabo. Toda la prisión se puso en tensión ante este hecho. Tampoco te relato lo que sé de la fuga, ya la conoces. Fue una acción llevada a cabo tan perfecta, que aún hoy, solo saben cómo se realizó las compañeras que la planearon.

Una nota humorística a señalar, aún en situaciones más trágicas, es que todas las que tenían zapatillas a cuadros fueron interrogadas aparte; inmediatamente empezaron a entrar en los paquetes zapatillas de estas características, para evitar que cayese sobre algunas cuantas la sospecha y participación en la fuga. En esta ocasión se pusieron de relieve dos aspectos: la conexión tan estrecha con el exterior y que la persona que aquella noche abrió la puerta del sótano de penadas llevaba zapatillas de cuadros; una identificación que había podido dar con la reclusa mencionada que abrió la puerta. Y no estábamos dispuestas a que por ese detalle fuese localizada. Durante casi un mes permaneció la policía político-social dentro de la prisión haciendo investigaciones; durante la noche reconstruían los hechos que según ellos se habían

producido, cronometraban el tiempo que Paz (así se llamaba la ordenanza) podía haber tardado del sótano a donde estaban las funcionarias y trataban de esclarecer por dónde podían haber salido las dos penadas. Paz se portó admirablemente. Estuvo incomunicada, hasta que se celebró el juicio que tenía pendiente toda la plantilla que estaba de guardia aquella noche por negligencia del servicio; las que vivimos aquel episodio guardamos el mejor recuerdo del éxito del mismo. Salvaron la vida y todos los trastornos que trajo consigo la fuga carecían de importancia. Estando incomunicadas, nos trasladaron a todas las del expediente a otra dependencia, al día siguiente íbamos a consejo de guerra; era el 15 de diciembre de 1944 y las detenciones habían empezado en 1941. Fuimos conducidas y esposadas y con una fuerte vigilancia a Alcalá de Henares, que se celebraba el consejo de guerra. Allí se efectuaban los que estaban bajo la jurisdicción del coronel Aymar. Una vez en la sala nos reunimos con el resto de los compañeros que formábamos el expediente. Conseguimos permiso de los guardias para abrazarnos mi hermano y yo, y fue entonces cuando me dijo que el abogado le había comunicado que por presión de la embajada cubana no pedirían la pena de muerte que solicitaban para Perpetua y para mí, forma muy peculiar de administrar "justicia". Sinceramente he de confesar que no me sentí impresionada lo más mínimo; el estado de ánimo en que acudíamos a los consejos de guerra era como para no asombrarse de nada. Cuando el comisionado por la embajada le comunicó a Perpetua esta variación, esta no lo admitió. Si lo menciono es para resaltar cómo se desarrollaban los consejos de guerra.

Fuimos juzgadas por la Ley contra la Masonería y el Comunismo, junto con otra de delitos contra la seguridad del Estado, por si acaso la primera no era bastante rigurosa. El juicio transcurrió como era usual, una larga intervención y perorata del fiscal presentándonos como monstruos de maldad y cinco minutos para la defensa donde solo tuvo tiempo de nombrarnos y no a todos; por ejemplo a mi hermano solo lo nombró como pariente mío y no presentó ningún descargo a favor nuestro. Lo único positivo de aquel consejo de guerra con relación a mí es que quedaron bastante claras culpabilidades que se me atribuían, en la actuación de Lobo, que el testimonio de condena obra en mi poder, consta cómo y por qué había la policía localizado a Diéguez, Larrañaga y Girabau. De todas las peticiones de pena de muerte, solo quedó en efectivo la de Calderón, un muchacho que estaba cumpliendo el servicio militar; unos meses más tarde le fue conmutada por la de treinta años. El resto fuimos condenados a treinta, veinte y quince años y hubo un buen número de absoluciones; a los que les alcanzó esa "gracia" habían permanecido tres años en la cárcel.

Ya estábamos juzgadas, la libertad para un grupo de nosotras era lejana; los acontecimientos exteriores no nos favorecieron y por tanto debíamos mentalizarnos para hacer frente en lo sucesivo. Nadie pensaba que la estancia en prisión fuese tan larga. Confirmadas las condenas, las que fueron absueltas la policía las retuvo todo el tiempo que pudo. Al fin les llegó la libertad y salieron de nuestro grupo María Antonia y Chelo, quedándonos Isabel, Perpetua y yo con treinta años de condena; y otras dos del expediente, una con treinta años y otra con veinte. La marcha de Chelo y María Antonia fue penosa para ellas: enturbiaba la alegría de la salida el dejarnos a nosotras. Estábamos más serenas las que nos quedábamos que las que se iban. Vinieron a

engrosar nuestra comunidad otras camaradas; una de ellas, Fina, una muchacha alicantina detenida al día siguiente de su boda, llegó a la prisión con el retrato de la misma. Conmovía ver cómo, de vez en cuando, lo contemplaba con verdadera abstracción; son anécdotas que mientras vivíamos no llegamos a profundizar en toda la tragedia que encerraban, y que era un fiel reflejo de lo que estaba ocurriendo en España.

Al poco de normalizarse nuestra situación la salud de Perpetua se agravó. Era difícil burlar la vigilancia que se ejercía sobre esta compañera; no obstante, procuraba antes de ir al taller acercarme a verla. Día a día desmejoraba; la embajada cubana logró sacarla a la calle para que la atendiese un médico. Le diagnosticaron úlcera de estómago y tenían que aplicarle unas corrientes. Era el tiempo de las restricciones de luz y cuando la sesión le tocaba por la tarde, la Dirección General de Prisiones no autorizaba su salida, que la efectuaba en taxi acompañada de una funcionaria.

En estas condiciones es lógico que la cura no diese resultado, y cada vez estaba peor. Moralmente resistía bien la enfermedad y vivió siempre con la esperanza de curarse cuando saliese en libertad, que le estaba gestionando la embajada cubana. Yo le pedí que antes de irse hiciese un informe sobre mí, fuese cual fuese su opinión y dudas, hasta llegar al fondo de los hechos. Se le acercó el Partido a través de Lola Adámez, pero ni ella ni yo lo conseguimos. ¿Por qué? Nadie podrá jamás saberlo. Le llegó la libertad; yo estaba en el taller cuando una ordenanza me lo vino a decir. Salí precipitadamente y solo llegué a tiempo para despedirme de ella, que la sacaban en camilla por lo débil que estaba. Entonces me aseguró que en la calle lo aclararía todo, que estuviese tranquila, que ella nunca había desconfiado de mí, puesto que me debía la vida. ¡Qué ironía! A los quince días moría tras haberla intervenido quirúrgicamente. La noticia me afectó profundamente, tanto de una forma personal como por la importancia que tenía su testimonio. Una vez más me encontraba ante una acusación que yo rechazaba, y ahora el principal testimonio desaparecía; no me voy a extender sobre ello pero fue duro, porque a pesar de todo yo quería a Perpetua. Habíamos estado trabajando juntas en la guerra y, como carecía de familia, vino a engrosar la nuestra. Mi madre la acogió con gran cariño y todo esto contaba; mis sentimientos hacia ella habían sido siempre fraternales, fue una víctima más de la negligencia de los sanitarios que había en las prisiones.

Se habían promulgado indultos por hechos de guerra, iban saliendo en libertad las de seis años y doce; las penas de muerte ya no eran tan frecuentes y en el sótano quedaban pocas y habían ido conmutándolas. Al final solo quedó una, y el día que a esta le llegó la conmutación fue tal la alegría que incluso las funcionarias se sintieron indulgentes y dejaron abierta la galería para que pudiéramos ir a buscarla al sótano. Esto sucedía a principios del año 1945; posteriormente volvió a abrirse, desgraciadamente, para otras penadas. La tragedia continuaba. Llevábamos algunos meses juzgadas y a Ventas iban afluyendo expedientes, tanto por la organización del Partido como por ayuda a las guerrillas; eran unos años en que estas realizaban acciones por toda la geografía española. Estas mujeres carecían de preparación política, pero sentían un gran respeto por los guerrilleros. Había familias enteras que la Guardia Civil había destruido incendiando sus hogares ante la sola sospecha de que hubiesen dado acogida a los guerrilleros; eran personas que habían sido atropelladas, maltratadas por el solo hecho de haber vendido una hogaza de pan a esos luchadores. La repre-

sión era tan brutal que si al entrar a la prisión se sentían temerosas y cobardes, al salir de ella tenían una idea clara de cuál era la lucha que tenían emprendida esos hombres que día a día, minuto a minuto, exponían su vida en defensa de sus ideales.

En el año 1945 se formó una expedición de penadas a Segovia para descongestionar Ventas; entre ellas me encontraba yo. El traslado fue penoso como todos los que se efectuaban en las condiciones en que los hacíamos, esposadas de dos en dos y con una sola mano libre para poder llevar los enseres de uso personal. Llegamos de noche a Segovia, con un aire frío que helaba los huesos; el trayecto desde la estación al penal resultó larguísimo; lo hicimos a pie y no sé exactamente si estaba cerca o lejos un lugar de otro, lo que sé es que entre el dolor de la muñeca que llevaba esposada y el peso que tenía que soportar en la otra mano, llegó un momento que creí que no podría resistirlo. Sin embargo, al fin vislumbramos el penal; al ser de noche, no puedo recordar exactamente cómo es por fuera el edificio donde pasé nueve años de mi juventud; por dentro lo tengo grabado en mi mente y no lo olvidaré mientras tenga uso de razón.

La Guardia Civil nos entregó a un grupo de funcionarias que nos aguardaban a la puerta del penal; nos quitaron las manillas y en las muñecas se había formado un surco que tardó bastantes días en desaparecer. Estas nos condujeron a las dependencias, formadas por salas, y nos distribuyeron. Era una prisión celular, pero solo estaban habitables por aquel entonces dichas salas, que habían servido como hospital antituberculoso femenino; se sabía, por las reclusas que habían estado en los cargos, que no se habían molestado en desinfectarlo. Entre ese grupo de funcionarias se distinguió enseguida por su afán de mando una con una delantera voluminosa y con poco pelo, que lo distribuía con un *arriba España* para tapar una incipiente calva; con voz de mando y aspecto de sargento, su frase de bienvenida fue que era muy humana, pero muy recta. Repitió esa frase tanto que se le quedó el mote de *la Humanidades*; aunque humanidad tenía poca. Estábamos tan cansadas, con tanto frío, que nos agrupamos unas junto a otras para darnos un poco de calor en espera de que nos dieran un petate y una manta para poder estirarnos; por aquel entonces muchas de nosotras carecíamos de colchón propio, más tarde a medida que fueron saliendo en libertad, pasaron de unas a otras. Al fin nos asignaron lugar y jergón para acoplarnos, y aquella noche no hubo necesidad de mandarnos callar al toque de silencio, porque caímos en un pesado sueño enseguida.

Ya estábamos en otro penal, lugar poco acogedor en su interior y su estructura; un cruce de galería con una glorieta de cristal en el centro desde donde se dominaba todo; allí se aposentaba la jefa de servicios y daba todas las órdenes. En estas galerías estaban las celdas; en un principio no fueron ocupadas, más tarde nos fueron poniendo de tres en tres a todas las que estábamos clasificadas como especiales por el carácter del expediente o por la conducta de lucha en defensa de nuestros derechos. Una de las cosas más sobresalientes era la incapacidad que demostraban las guardianas para organizar la vida del penal. Tuvieron que echar mano de las reclusas más veteranas y como siempre se pudo poner en marcha todos los servicios; las que estábamos allí, casi todas llevábamos ya algunos años de cárcel y por delante largas condenas que cumplir; era cuestión de adaptarnos.

Los acontecimientos internacionales estaban tomando un cariz diferente y la esperanza era que quizá podría producirse algún cambio que permitiese que estas

condenas no se cumpliesen; mientras no se produjese había que mejorar las condiciones de vida y nuestras luchas de reivindicaciones seguían siendo las mismas.

El conjunto que formábamos las presas políticas era de una unidad de acción. En Segovia se crearon otros problemas; el clima era muy duro, las salas terriblemente frías y nos vimos inundadas de sabañones. Las que lo han padecido saben el tormento que supone, daba pena ver las manos de algunas compañeras; recuerdo las de Toñi, las de Manoli y de tantas otras; era una lucha diaria que teníamos que sostener con ellas al no permitirles que tocasen el agua; en la cárcel surge el sentimiento de ayuda mutua de una forma espontánea para atender a la persona que más lo necesita. Es un sentimiento noble en que el sacrificio personal no cuenta; lo esencial era superar entre todas todo lo desagradable, lo más duro, de forma colectiva; así florece ese lazo de camaradería, que solo puede darse en las más terribles situaciones. Yo he recapitado, durante estos años en que gozo de libertad, sobre los que pasé presa; y son muchos los momentos que recuerdo en que no me sentí desgraciada.

Con la iniciativa que caracterizaba a las camaradas pronto se organizaron grupos de estudio, de charlas políticas, etcétera. Se reanudaron todas las actividades interrumpidas y adaptadas a la nueva prisión. La convivencia era más amplia, pasábamos la mayor parte del tiempo en las salas ocupadas en trabajos manuales igual que en las otras prisiones. La composición de las salas era heterogénea: jóvenes, mayores, viejas. Esto a veces creaba pequeños conflictos; las primeras por su edad eran propicias a las bromas, a los juegos, que la mayor parte de las veces era un medio de aliviar el frío de los pies, que se quedaban insensibles; pero lógicamente, a las de más edad llegábamos a molestarles. Pero esos roces no tomaban proporciones desmesuradas, aunque había un problema que sí las provocaba. Era la cuestión de las ventanas; las más jóvenes sostenían el criterio de que era preciso dormir con ellas abiertas, y las mayores las querían cerradas. ¡Madre mía, qué tira y afloja! Al fin logramos que cada noche permaneciera abierto un lado, y eso por turno riguroso; de este modo pudo zanjarse el asunto. Se formaron grupos de analfabetas para darles clase. A mí me correspondieron cinco mujeres, mayores de cuarenta años; no conocían ni el alfabeto y tengo que describir sus características porque cada una merecía una atención aparte.

Empezaré por Goya, una madrileña de rompe y rasga, pero con un corazón que no le cabía en el pecho y gran amargura por su único hijo, que por azares de la vida había caído en la delincuencia; esto la tenía un poco desequilibrada y había que tratarla con un tacto especial. En el tiempo que me relacioné con ella logré que me diera su confianza, por ser yo quien le leía las cartas; la estimulé para que aprendiera a leer y escribir para no necesitar los servicios de nadie. Aún recuerdo su figura, envuelta en una manta muchas noches, después del silencio en la antesala de los retretes, intentando descifrar el misterio que para ella encerraba el alfabeto; era curioso cómo confundía el sonido de la *o* con la *u*. Santi, una gallega que estaba por ayudar a las guerrillas. A su marido le fusilaron por ese hecho, con cinco hijos en un colegio de beneficencia, educados bajo el estigma de tener unos padres rojos y que por ello debían entregarse a Dios para salvar su alma. Lo que esta mujer sufría por los reproches que sus hijos le hacían en las cartas lo sabemos quienes fuimos intermediarias en su correspondencia. Era muy inteligente, con una gran astucia, llegó incluso a

ganarse la confianza de las funcionarias creyéndola tan ignorante como inofensiva, y no era ni lo uno ni lo otro. Nosotras lo sabíamos bien por los servicios que en más de una ocasión había realizado. Josefa, la abuela del grupo, también estaba por guerrillas (¡cómo he recordado a esta mujer en más de una ocasión!). ¡Cómo reaccionó cuando sus hijos con veladas alusiones le comunicaron la ejecución de su padre! Estaba leyéndole la carta y me hizo que le repitiese un párrafo; fue entonces cuando con gran serenidad me dijo que unas frases del mismo eran la clave que ella y su marido tenían para entenderse si se producía el fatal desenlace. Quedó callada con la carta en la mano, que no podía leer por no saber, y yo muda ante su silencioso dolor. Por la noche, bajo las mantas, lloró desconsoladamente; y cuando fui a su lado al darme cuenta de ello, me agarró la mano muy fuerte durante un rato, hasta que pudo decirme que debía aprender rápido a escribir para explicar a sus hijos cómo y por qué habían matado a su padre. Estas actitudes afirmaban mi creencia de que hay muchas clases de heroísmo; de las otras dos no recuerdo ningún rasgo sobresaliente. Sin embargo, era admirable verles con qué afición leían una y otra vez con el afán de salir de su ignorancia.

En Segovia lo peor era el clima; la comida tampoco era buena, pero nosotras estábamos distribuidas por familias; se procuraba agrupar a las que recibían ayuda y a las que no; así estas se equilibraban por un igual; claro que unas estaban mejor atendidas que otras, pero esto no se podía evitar. Se pretendía también que estas comunidades se conformasen de acuerdo a las simpatías y afinidades entre las compañeras. La relación personal jugaba un gran papel; en este aspecto yo no tuve ningún problema, apenas estaba atendida por carecer de familia directa, las compañeras con las cuales viví quisieron que tuviese la responsabilidad de distribuir y organizar la ayuda que recibíamos; eso demostraba que se procuraba tener en cuenta todo lo que podía crear complejos. En todas las prisiones se aplicaba el reglamento por la junta directiva de la cárcel y sus ejecutoras, las funcionarias. En este terreno, en Segovia la que actuaba con gran refinamiento fue la nefasta Sacristán; una persona desequilibrada, falangista acérrima. El odio que nos profesaba era tal que enturbiaba cualquier otro sentimiento en ella; durante los nueve años que permanecí en Segovia no le vi la más leve manifestación de bondad, no digo ya hacia nosotras las políticas, ni con respecto a las comunes, sus aliadas en contra nuestra. Había otras funcionarias que aunque políticamente estaban lejos de nosotras nos tenían un respeto que nos ganábamos a pulso.

La actividad era intensa y poco a poco fui incorporada a trabajos más específicos dentro del Partido; mi asilamiento era solamente teórico; participaba en los cursillos de capacitación, en las comisiones artísticas, en la confección del periódico interno, un sinnúmero de tareas en que se trabajaba en equipo; al poco tiempo de estar en Segovia, enfermó Isabel; una tuberculosis que le afectaba la garganta y los intestinos; entonces estábamos viviendo en familia Toñi, Isabel y yo; era en pleno invierno y en las condiciones en que vivíamos fue durísimo; ella siempre estaba helada, incluso de noche juntábamos las mantas y dormía entre nosotras dos; y no lograba calentarse, se sentía muy mal, pero se oponía a que tuviésemos con ella un trato de favor y no dejó de realizar sus tareas; solo admitió que le lavásemos la ropa, y cuántas mañanas Toñi y yo teníamos que romper el hielo del lavadero para poder hacerlo; como

carecíamos de medios de desinfección usábamos la lejía sin rebajar para lavar sus pañuelos; las manos se convirtieron en una pura grieta; sobre todo Toñi, que las tenía muy afectadas por los sabañones; para poder curarla teníamos que usar aceite común, según las funcionarias cualquier crema para suavizarlas era pura vanidad; no estaba permitido ningún cosmético. Lo cierto es que éramos lo bastante jóvenes y teníamos otras preocupaciones para pensar en embellecerse artificialmente. Muchas compañeras poseían una belleza natural que no precisaba de ello, pero hasta ahí llegaban las restricciones. Con más rapidez de lo que se podía esperar fue trasladada a Ventas, donde se había habilitado una dependencia como hospital; a Toñi y a mí se nos hizo un reconocimiento general e incluso se puso en funcionamiento el aparato de rayos X, que estaba inutilizado desde no sé cuándo; se conoce que tuvieron miedo a un contagio. Un médico en la prisión cambió el aspecto sanitario de la misma. Don Juan, que así se llamaba, había estado depurado unos años y se había reincorporado después de cumplida la sanción; era un hombre bondadoso que nos trataba como a personas; no así el anterior, que fue expulsado del cuerpo por inmoral. Con don Juan se arreglaron ciertas irregularidades y a las personas delicadas que no podían digerir el rancho compuesto a base de legumbres, logro que se les hiciese la comida triturada; una mejora que permitió que muchas mujeres pudiesen comer caliente. Yo guardo un buen recuerdo suyo: conseguí mejorar de mi colitis, que había degenerado en una tuberculosis intestinal.

Poco a poco se fueron habilitando las celdas; estas eran largas y estrechas, con una ventana altísima; había retrete (un agujero en un rincón), un grifo que la mayor parte del tiempo no caía agua por estar helada; una puerta maciza forrada de cinc con un orificio pequeño, por donde podían observarnos desde la parte de fuera. Cuando esta se cerraba tras de nosotras daba la sensación de quedar encerradas en vida. Aun hoy me causa sensación cuando pienso en ella, y ha sido una pesadilla que se ha repetido en muchos de mis sueños. El director de la cárcel era una persona que pretendía jugar con dos barajas; quería presentar ante nosotras la imagen de un hombre tolerante que quería suavizar el régimen interior aludiendo siempre su pasado (había estado depurado); se veía impotente por la presión que sobre él ejercía la junta de disciplina de la prisión, sobre todo por parte del cura de la misma, don Fausto, el prototipo de la intransigencia religiosa, soberbio, con una falta de sensibilidad que traslucía en todos sus actos, con una aversión política hacia nosotras tan manifiesta que le cegaba a la hora de las sanciones. Los enfrentamientos con él estaban a la orden del día; la censura para dejarnos entrar libros era rígida; era refinado e irónico en el momento de la discusión y nunca suavizó los castigos. Al contrario, los exigía con rigor. Teníamos nuestras tareas marcadas; existían discusiones, puntos de vista distintos, más de una ocasión llegó a afectar las relaciones personales, pero lo que se intentaba por todos los medios era que las reivindicativas fuesen secundadas por todas; este era el objetivo, y con la huelga de hambre que surgió a raíz de una visita efectuada por una periodista argentina quedó bien patente.

Dicha periodista venía con la pretensión de observar una prisión desde dentro; de esa visita te señalo algunas cosas, por ejemplo: a cada hora de la comida pasaban con las calderas del rancho que traían las comunas y se volvían con ellas intactas. Ninguna política claudicó. Cuando nos daban una escoba para barrer la celda, mientras duraba la operación la Sacristán se ponía en un lugar bien visible con un boca-

dillo en la mano comiéndolo delante nuestro. Hasta ahí llegaba su sadismo. Pasados los cinco días de plazo decidimos comer y todas lo hicimos a la vez. Poco a poco nos fueron devolviendo nuestros enseres, pasaban por las celdas con un montón de ellos metidos entre las mantas y cada una de nosotras tenía que revolver entre todo hasta reconocer lo que era de cada una. A decir verdad, nadie se apropió de nada que no le perteneciese. Muchas de las cosas habían desaparecido, pero no precisamente entonces, sino cuando estuvieron al alcance de manos desaprensivas. Seguimos incomunicadas unos tres meses, los días se hacían interminables; recurrimos a las labores pero no teníamos medios para realizarlas. Sin embargo nos ingeniamos para inventar unas agujas de tricotar mediante unas horquillas del pelo y Toñi llegó a confeccionar alguna pieza con ellas; el ingenio se agudiza en las peores situaciones y gracias a ello se sale de las mismas.

Estando en esta situación llegó la libertad condicional de Toñi; como ya tienes su testimonio, conoces con qué dignidad rechazó las condiciones que le impusieron; cumplida la sanción nos levantaron el aislamiento y nos incorporamos de nuevo a la vida. Cuando Toñi salió en libertad, junto a la alegría de que acabase para ella el cautiverio estaba la tristeza de la separación. Habíamos permanecido juntas cinco años compartiéndolo todo, cuidándonos mutuamente cuando estuvimos enfermas. Por mi parte me quedaba con la preocupación de cómo soportaría mentalmente el choque que todas sufrían al salir, ella que era tan sensible y que estaba delicada por los malos tratos recibidos durante su detención; experimentaba la tristeza de dejarnos en un estado físico no muy bueno y sin perspectivas inmediatas de libertad.

La separación fue dolorosa. Casi siempre lo eran. Recuerdo a pocas en que las despedidas no las presidiera el llanto amargo. Afortunadamente para mí, quedamos juntas Pili, Ceci y yo, con las que me unía una fuerte amistad. Al salir en libertad Toñi, cambió para mí con relación al exterior. Ella me escribía y al mismo tiempo se relacionó con mi hermano. Fue un puente entre los dos y de esta relación surgió un sentimiento de simpatía entre ellos.

Por aquella época enfermé seriamente; seguía con la colitis y en un reconocimiento por rayos X me diagnosticaron una lesión de carácter tuberculoso. Ceci y Pili prefirieron que siguiese en la celda para curarme; por otra parte, la enfermería estaba repleta y el médico me trazó un régimen de comida y mucho reposo. Tuve que renunciar a toda clase de actividades. Desde aquel momento la atención y cuidados estuvieron centrados en mí; Pili y Ceci se portaron admirablemente. También quiero destacar que la hermana de Pili, Chelín, fue la persona que se ocupó de todo lo que necesitaba. Fue magnífico el comportamiento con su hermana y con el resto de las compañeras, su ayuda, la deuda de gratitud que contraímos con ella, no podrá ser saldada jamás.

Mi hermano salió en libertad en agosto de 1950. Lo primero que hizo fue venir a verme. Logré por parte del director una comunicación especial y pudimos vernos entre rejas durante media hora. La emoción fue tremenda. Habían pasado nueve años y no sabíamos cuántos faltarían para que pudiéramos reunirnos. A partir de entonces me sentí más acompañada, les tenía a él y a Toñi, una familia propia tras de mí; llegaron a rodearme de tanto cariño y atenciones que suavizaron mi falta de libertad. Mi hermano se impresionó mucho al verme, estaba muy delgada debido a mi

enfermedad. Fue a ver al médico y este le dijo que si podía proporcionarme medicamentos que habían salido recientemente podría curarme; de lo contrario, cada vez iría peor. La reacción de mi hermano fue inmediata, a los pocos días ya tenía la medicina que le había recomendado el médico y no me faltó hasta mi curación. De los esfuerzos para conseguirla no quiso hablar nunca, pero me los imagino, acababa de salir y estaba sin trabajo y además tenía que adaptarse a la vida en libertad. Afortunadamente no le faltaron amigos. Esta era nuestra compensación, que nunca estuvimos solos. Él y Toñi al poco tiempo unieron sus vidas. Desde entonces hasta mi libertad, su dedicación fue admirable hacia mí.

Pasé dos años en tratamiento. La dirección de la prisión accedió al régimen especial que me marcó el médico; tenía que hacer reposo absoluto y solamente podía levantarme de la cama un par de horas al día. Entonces ya no dormíamos en el suelo, las camas eran unas planchas de hierro con patas. Este tiempo lo aproveché para leer mucho; además Josefina Amalia daba unos cursos de enfermera que yo seguía desde la cama; de vez en cuando ella venía para repasar mis apuntes y su comportamiento con respecto a mí fue muy peculiar. Cuando llegamos a Ventas ella estaba en enfermería; desde el primer momento se mostró hostil hacia nosotras, la razón no la sé exactamente, quizá debido a que su compañero (que había sido fusilado) estuvo relacionado con Perpetua y cayó seguidamente que nosotros. Nunca coincidimos en ninguna tarea, pero ya en Segovia ella entabló amistad con Pili y fue entonces cuando tuvimos una relación que fue cordial. Tenía una gran personalidad. De reacciones fuertes, de una gran voluntad y tesón porque aun estando enferma del corazón, mantenía un gran ritmo de trabajo, realizando un verdadero esfuerzo para transmitir lo que ella sabía; daba clases sin parar y fueron muchas las compañeras a las que ayudó a ampliar sus conocimientos.

Mejoré mucho gracias a la vida de reposo y una medicación adecuada. Toñi y mi hermano venían a visitarme una vez al mes. Sus recursos no daban para más, pero para mí suponía haber llenado el vacío de tantos años. Pasé largo tiempo en estas condiciones y al fin el médico me autorizó a que me incorporase al régimen normal y nuevamente reanudé mis actividades. Mis hermanos, después de vivir un año en Madrid, se trasladaron a Barcelona por cuestiones de trabajo y enseguida lograron mejorar su situación económica. Y esto repercutió en beneficio mío. Intentaron siempre no tenerme al margen, fue su preocupación. El día que me anunciaron el nacimiento de su hijo, me sentí tan feliz que fue la primera vez en la vida que lloré de alegría. Estaban tan pendientes de mí que incluso llegaron a traerme a mi sobrino para que le conociese y pudiese tenerle unas horas conmigo en pleno mes de diciembre, con el frío que por estas fechas hacía en Segovia. Fue una gran emoción cuando lo tuve en mis brazos, el crío se portó estupendamente. Solo contaba seis meses y con la persona que se mostraba más tranquilo fue con Josefa Beneito; posiblemente era la que más le recordaba a su madre.

A Pili le alcanzó un indulto y le rebajaban unos años de condena, existía la posibilidad de una libertad no muy lejana. Esto nos alegró, últimamente se había quedado muy delgada y padecía de insomnio; de aquella chica sonrosada que había despertado la curiosidad de la periodista chilena a causa de la huelga de Segovia quedaba poco; afortunadamente salió a tiempo, sin graves consecuencias.

Nosotras seguíamos sin redimir por la orden aún vigente, impidiendo que pudieran hacerlo las de expediente comunista. Solamente lo autorizaron por el llamado esfuerzo intelectual. Entonces teníamos formado un cuadro artístico cuya actividad se reducía a pequeñas representaciones en las salas cuando quedábamos encerradas en estas.

Apoyándonos en ello solicitamos del director crearlo oficialmente y poder redimir. Fue aceptada la petición, y muchas de las que no teníamos posibilidad de redimir nos incorporamos al cuadro artístico, donde se llegó a desplegar una gran actividad. Los resultados fueron satisfactorios. La intervención del director era mínima, conseguimos que solo fuese la presencia de una funcionaria durante los ensayos. Con el cura tuvimos bastantes discusiones; él pretendía darle un carácter distinto y nosotras a no concederle ninguna participación. También se formó un taller de confección; la Dirección General de Prisiones concertó una contrata con el Ministerio del Aire para la confección de sus uniformes. Era un medio para redimir más gente y además ganar un jornal más sustancioso que con las labores.

Indudablemente fue una mejora general para muchas de las presas que carecían de recursos, sobre todo con respecto a la reclusión común. Fue el taller el único lugar donde estuvimos juntas. En aquellos años estábamos separadas totalmente. Teníamos horas distintas para ir al patio, incluso las comunicaciones por separado. El encontrarnos en el taller trajo ciertos roces, porque su mentalidad y la nuestra eran muy diferentes. Entre ellas no existía ninguna clase de compañerismo y no comprendían el nuestro. Estaban tan influenciadas por el ambiente que respiraba el país, por la política anticomunista, pero el contacto con nosotras destruyó en parte este concepto; aunque no se pudo realizar una labor con ellas porque en su mayoría eran personas condenadas por crímenes horribles. Además, algunas funcionarias disminuían ante sus propias conciencias el terrible delito que estaban cumpliendo, producto de las debilidades humanas; en cambio nosotras éramos personas temibles por los objetivos que luchábamos, como era, según su punto de vista, destruir la sociedad tan bien cimentada por el régimen de Franco; estas mujeres eran terreno abonado para cuando llegaran los ejércitos espirituales, alrededor de Semana Santa; acudían en bloque. Nosotras no hace falta explicarte, tú lo sabes, acudíamos a misa como un acto reglamentario.

En el taller, desde el principio marcamos una posición. Se trataba de rendir al mínimo y se puso un tope de producción. Sabíamos que nos explotaban y queríamos que sus beneficios fuesen mínimos. La revisión a que sometían las prendas era rigurosa en la dirección. Devolvieron a veces partidas enteras de prendas confeccionadas por las comunes, pero a nosotras no nos las devolvieron jamás. Ceci y yo seguíamos juntas, Pili había salido.

Ya no ampliamos nuestra familia, entonces ya se tenían otros recursos. Entre todas nosotras existía una buena relación. El ritmo de vida que llevábamos era intenso: taller, ensayos, trabajo político, clase de cultura general, lectura de prensa, cuando podíamos seguirla, y labores. Algunas personas me han preguntado lo largos que debían ser los días, se han asombrado cuando les he dicho que nos faltaba tiempo para realizar todo lo que teníamos programado. La reclusión política iba disminuyendo; por el contrario aumentaba la común.

Sería hacia el año 1956 cuando habilitaron Alcalá de Henares como prisión central de mujeres y allí fuimos trasladadas las que estábamos en Segovia. Esta vez el viaje se efectuó en mejores condiciones, lo realizamos en autocares. Producía sensación el ver a la gente por las calles ajenas a nuestro problema; no podían imaginar que en aquellos momentos, en el coche, había mujeres que llevaban un montón de años encarceladas. Atravesamos Madrid. Las calles, los coches, aquel bullicio me producía un efecto muy extraño. Era un mundo al que nosotras no pertenecíamos. Algunas compañeras estaban pegadas a la ventanilla; yo no comprendí nunca cómo algunas se exponían a auténticos peligros por el deseo de asomarse al exterior. A mí me producía más nostalgia que satisfacción y no quería que esta se apoderase de mí.

La cárcel de Alcalá de Henares había sido ocupada anteriormente por hombres; la restauraron para nosotras. Habían habilitado unas salas muy largas con un pasillo central, con columnas a ambos lados, y entre ellas las camas. Ventanas bastante grandes por donde se filtraba una buena luz, una sala de duchas y lavabos. Había la particularidad de que todo ello estaba enmarcado en rejas de arriba abajo, es decir, que no había ninguna puerta que nos protegiese del frío a la hora del aseo y con ello podían ejercer una mayor vigilancia.

Entonces la distribución se hizo por condenas, por lo cual la separación entre políticas y comunes había terminado; protestamos por ello, pero fue inútil y empezó para nosotras una forma de vida diferente. La división dentro de las salas se realizó de una forma natural: fuimos agrupándonos, las políticas en un extremo de la sala y las comunes en otro. No estábamos preparadas para convivir unas con otras, evitábamos participar en las peleas y discusiones que surgían a menudo y las horas de convivencia forzosa eran muy duras; yo puedo asegurar que si hubiera tenido que pasar los diecisiete años en la cárcel en aquellas condiciones, posiblemente me hubiera afectado moralmente.

El director de la prisión era falangista y desde un principio tuvo mucho interés en querer demostrarnos que no le influía para nada nuestra condición de políticas. Estaba dispuesto a obrar con justicia; quería que las condiciones de régimen interno fuesen lo más humanas posibles. Volvimos a encontrarnos con monjas, la plantilla de funcionarias de Segovia había sido trasladada en su mayor parte junto a nosotras; afortunadamente la Sacristán hacía tiempo que estaba en otra prisión. En Alcalá había un solo patio central; en él habían instalado un campo para jugar a baloncesto. Una sala destinada a comedor y otra pequeña a escuela. La capilla sirvió como sala de proyecciones, economato y talleres. Casi no estábamos en las salas. Hasta que no funcionaron todos los servicios hacíamos vida en el patio. Fueron unos días bastante duros. No teníamos ni donde sentarnos, nuestras cosas habían sido facturadas y no habían llegado. Eran muchas horas de patio y sin tener nuestras labores para trabajar.

El director puso en los cargos a políticas. Era la primera vez que un director escogía directamente a la persona para colocarle en el lugar que él creía conveniente, según el expediente de cada una. A mí me encargó que preparase unos equipos para practicar deporte y organizásemos competiciones entre nosotras. Además pretendía darnos sesiones de cine; para tal fin nos comisionó a otra compañera y a mí para que expusiésemos a la reclusión esa iniciativa, mediante una pequeña cuota reunir entre todas el dinero necesario para costear el alquiler de las películas. Siempre que tenía ocasión señalaba que no nos consideraba enemigas, sino que por circunstancias aje-

nas a nosotros, éramos adversarios. Contrastaba la actitud de este director con el de Segovia. Don Víctor, que así se llamaba, pretendía sacar ventaja personal a cualquier situación. En más de una ocasión me había llamado para hacerme entrega de la correspondencia que yo mantenía con un compañero, al que nos había unido lazo de tipo sentimental y que se encontraba en América. La familia de este recurrió a ciertas amistades bien situadas con el régimen por si podían conseguir mi indulto particular. Quizá fue eso lo que le hizo creer que yo podía tener influencia de altura. Me concedió una importancia que yo no tenía, quizá influenciado por el ambiente que existía a medida que los ejércitos aliados liberaban a los pueblos dominados por los nazis, creyó que en España podría ocurrir lo mismo y me insinuó que si se le facilitaban unos pasaportes para él y su familia junto con un millón de pesetas, no tendría inconveniente en abrirme las puertas de la cárcel y darme la libertad. Esto le catalogaba. Era tan diferente la postura de uno y otro que nos parecía imposible conseguir ciertas mejoras sin entablar una lucha encarnizada. Para el economato designó a una compañera política; este era un lugar donde era fácil encarecer el precio de los productos con relación a cómo se vendían en la calle. En todos los lugares de mayor responsabilidad estaban nuestras compañeras y los servicios funcionaron bastante bien. Las monjas no veían con buenos ojos el control que nosotras ejercíamos, pero de momento no tuvieron más remedio que aceptarlo. Una de las cosas que solicitamos fue agua caliente para las duchas. Para muchas mujeres mayores, lavarse con agua fría era un martirio.

Se formaron los talleres. Fui al de bordado, estaba dirigido por una monja y la explotación a que nos sometió llegó incluso a escandalizar a una funcionaria de la Sección Femenina, que venía a la prisión a enseñarnos labores. A partir del conocimiento que tuvimos del precio que cobraba al exterior por el trabajo que nosotras realizábamos, a diferencia del que percibíamos, iniciamos un ritmo lento de trabajo; y de este modo un juego de cama o mantelería duraba meses y entonces no era productivo. En un principio era la monja la que fijaba el tiempo de su ejecución, después fuimos nosotras. Se entabló una lucha sorda y callada que repercutió para tasar mejor el precio de las labores. Llegamos a organizar sesiones de cine. No todas las compañeras estuvieron de acuerdo; aun hoy sus argumentos me parecen de poca lógica. Era bien cierto que el director era falangista, que con su postura pretendía crear una imagen política que no nos iba a influir; nosotras, en otros lugares, habíamos creído conveniente alegrar un poco el ambiente y no veíamos razón para no aprovechar en este los recursos que se nos facilitaban para crearlo. Las posturas de ciertas compañeras crearon problemas; mientras duraban las sesiones de cine no les permitían permanecer en la sala y las concentraban en la escuela con una funcionaria. Las sesiones de cine eran por la noche y el no permitirles quedarse en la sala provocó una situación engorrosa. Al final se consiguió que las dejaran en sus respectivos departamentos; aunque sus argumentos podían ser válidos, los nuestros tenían una fuerza mayor al ser apoyados por el grueso de las penadas. El tiempo demostró, por los resultados, que estábamos en lo cierto.

La actividad política seguía. Nuestras reuniones eran más difíciles, estábamos constantemente vigiladas tanto por las funcionarias como por las chivatas que estaban al servicio de las mismas, y los cacheos eran frecuentes. Los objetos personales los teníamos encerrados bajo llave y, aun así, a veces desaparecían cosas. Para

nosotras esto resultaba deplorable, nunca nos habían sucedido cosas semejantes. Otros motivos eran las formaciones; por la mañana muchas de ellas estaban en la cama hasta el último momento en vez de levantarse en cuanto daban la señal. Esto suponía que el resto estuviéramos formadas más tiempo del necesario y algunas veces era motivo de castigo.

Se formaron equipos para jugar a baloncesto; estaban integrados por políticas y comunes, chicas jóvenes que no estaban maleadas, con las que era difícil mantener un equilibrio. Yo era la encargada de entrenarlas y necesité cargarme de paciencia para que funcionara y existiera una cierta armonía entre ellas.

Se había promulgado un indulto que nos alcanzaba al fin a las de treinta, rebajándonos la cuarta parte de la condena. Yo me beneficié de ello. Llevaba un montón de años recluida, y con el tiempo redimido fui propuesta para la libertad condicional. Tenía que tener un patrocinador que se responsabilizase de mí. Junto a mis hermanos no podía ir, no lo permitían; órdenes aún vigentes en Barcelona y Madrid, ignoro por qué razones. Entonces recurrí a la familia que había intentado conseguir mi indulto y ellos me patrocinaron para que pudiese ir a Santander, donde vivían. Nines, que estaba en Madrid, pudo averiguar el día que se firmó mi libertad y me lo comunicó con un telegrama.

Más tarde me llegó la noticia oficial: me faltaban cinco días para cumplir la parte de condena y salir en libertad condicional. Durante cinco días no me faltaron provocaciones, seguramente con el deseo de que cayese en ellas y poderme retirar los beneficios de la misma. Comíamos en los comedores, compuestos de unas largas mesas ocupadas por nosotras a ambos lados; mientras repartían el rancho nos leían la vida de los santos y había que guardar silencio; la funcionaria de turno nos vigilaba. Aquel día estaba de guardia en el comedor una funcionaria llamada Amancia. Era simple, poco inteligente, quería ejercer tal vigilancia sobre nosotras que la mayor parte de las veces la burlábamos más fácilmente que a las demás. Yo estaba en una punta de la mesa y dirigiéndose a mí me comentó que en breve podría beber agua en un vaso de cristal; seguramente habría hecho yo este comentario y alguna común se lo habría transmitido. No nos era permitido poseer ningún objeto que no fuera de aluminio o plástico. Yo no le contesté; de haberlo hecho estaba en su mano el castigarme; ella insistió en dirigirme la palabra y yo en silencio. Seguramente mi actitud le hizo perder el control y cogiéndome de un brazo me hizo poner de pie, dirigiéndome a las reclusas del comedor que presenciaban la escena; las puse como testigos de su provocación. No tuvo más consecuencia que hacer salir a todas una vez finalizada la comida y a mí dejarme un buen rato sola en el comedor. Las compañeras fueron a buscar a la jefa de servicios y esta zanjó el asunto mandándola salir de la dependencia; entonces me dijo que procurara evitar cualquier enfrentamiento; ello suponía la pérdida de la condicional.

Llegó el día de la libertad. Los últimos días, que supe que estaba firmada, pensaba continuamente en el momento de la separación de las compañeras. Sentía la amargura de tener que dejarlas. Sobre todo a Ceci: lo habíamos compartido todo y me cuidó con cariño, pretendiendo ejercer sobre mí cierta autoridad de madre, sentimiento que no podía hacer con su propia hija, que era su obsesión y mayor preocupación, la tenía su suegro y recibía una educación completamente contraria a la que ella o su marido (muerto a golpes en Gobernación) habían soñado. Ceci era buena, sencilla, abnegada

y muy firme en sus convicciones, demostrándolo posteriormente al lograr anular la influencia que sobre su hija ejercía su suegro; una vez la tuvo a su lado, su hija se incorporó a la lucha y también pasó unos años en la cárcel. La despedida de las compañeras fue emocionante. Fueron casi todas, yo no podía verlas por el llanto que me dominaba. Traspasé las puertas que me separaban de ellas y tuve que permanecer bastante rato en el vestíbulo antes de tomar conciencia de que estaba en libertad.

En la puerta de la prisión había un grupo de trabajadores que efectuaban unas reparaciones en la fachada. El encargado me reconoció, él había entrado dentro de la cárcel para marcar el campo de baloncesto, y entonces les hizo notar mi presencia diciéndoles que salía en libertad después de haber pasado encarcelada diecisiete años. Se acercaron a mí y fueron diciéndome cada uno de ellos por lo que habían pasado: cárcel, exilio, compañía de trabajadores, etcétera. Ello me demostró una vez más lo generalizada que había sido la represión. Durante la espera de mis amigas que venían de Madrid a buscarme, logré serenarme, llegaron Chelín y Chelo; el encuentro estuvo también cargado de emoción, pero ya no tanto como la despedida de las compañeras. Lo que siguió lo recuerdo como un sueño. Me alojé en casa de Chelín en espera de mi familia, que venían desde Barcelona para estar conmigo los pocos días que me concedieron antes de mi presentación en la junta de libertad vigilada, que debía efectuar en Santander, lugar de residencia fijada. Fui a esperarles a la estación y aun antes de que parara el tren mi hermano ya había descendido de él. Estuvimos largo rato abrazados. Al fin volvíamos a estar juntos. Las condiciones habían cambiado totalmente. Él tenía una familia formada y yo un porvenir incierto. Venían también Toñi y mi padre, que vivía con ellos desde hacía tiempo, desde que mi hermano estableció su situación económica; hizo que volviese de Francia, donde permanecía desde el final de la guerra.

No me voy a extender sobre mis emociones de aquellos primeros días; fueron tantas y tan diversas que sería largo de contar. Solo diré que entonces me di cuenta de los años que habían pasado. Era otro mundo al que me debía adaptar; era una forma de vivir extraña para mí, había perdido el hábito de comer con cuchillo y tenedor; un detalle que puede dar idea de los choques que aún debía recibir en lo sucesivo. No sabía el valor de la moneda en curso, en las prisiones solo se utilizaban cartones expedidos por la misma dirección de la prisión. Todo me resultaba distinto, y aun la conversación de mi familia y de los amigos tan próximos a mí, no podía seguirla, es como si entre nosotros existiera un muro que había que derribar poco a poco; ellos comprendían mi estado de ánimo mejor que nadie por haberlo vivido antes.

Vino la familia de Santander a buscarme, y entre unas cosas y otras estaba como sonámbula. El día que tuve que marchar hacia mi destierro, al separarme de mi familia sentí una sensación de desamparo tremenda. La familia con la cual fui a vivir era tan distinta a la mía y tan diferente que me sentí terriblemente sola. No voy a negar que fueron muy atentos, me agasajaban en las cosas que a ellos les satisfacían creyendo que me podían gustar, y lo cierto es que no solo me eran indiferentes sino que incluso me molestaban. Las costumbres de aquella tierra eran muy distintas a las que yo recordaba de la mía; por ejemplo, el ir de tasca en tasca era motivo de distracción, y yo aborrecí enseguida ese hábito. Mentalmente no hacía más que calcular que con lo que gastaban un domingo por la mañana yo podía preparar un buen paquete para la prisión. Mi patrocinador, que era abogado, en broma me reprochaba que les

creaba complejos de culpabilidad. Eran buenas personas pero con mentalidad de clase media.

Aquel verano pude conseguir permiso para un mes y pasarlo junto a mi familia en Barcelona; entonces tomé la decisión de pedir mi traslado. Mi convivencia en un ambiente familiar lleno de comprensión y de cariño hacia mí, la presencia de mi sobrino, que tenía tres años, cuando los críos son deliciosos, aumentó el deseo de estar junto a ellos. Se precisaba un contrato de trabajo para que me concediesen cambio de residencia. Mi hermano recurrió a un amigo y este lo hizo.

Por otra parte mi salud no era muy buena, y esto aumentaba el deseo de integrarme en la familia. Al finalizar el verano me establecí definitivamente al lado de mis hermanos. Tuvieron que intervenirme de una grave dolencia, estuve al borde de la muerte; Toñi y mi hermano no escatimaron nada para atenderme. Toñi hacía poco que había tenido una niña y una vez más yo era una sombra en su felicidad personal. Se sentían tan unidos a mis problemas que jamás me dejaron que los solventara con mis propios medios. Su ayuda fue constante y por ello les estaré siempre agradecida. Mi familia, aunque había conseguido estabilizarse, sin embargo, siempre estuvieron dispuestos a ayudar a quienes los necesitaban. Recuperé la salud y al poco tiempo conocí al que después se convertiría en mi marido. Acababa de salir en libertad y estaba en el período de adaptación; había entrado en la cárcel a los veintiséis años y salía a los cuarenta, era estudiante de Medicina al empezar la guerra y había participado en la resistencia. Eso quería decir que no tenía oficio ni beneficio, como vulgarmente se dice. Eso no fue obstáculo para que decidiésemos unir nuestras vidas empezando juntos a salvar los obstáculos que se nos presentaban. Mi familia nos acogió y empezó para mí un período de estabilidad emocional que me proporcionó Doménech.

Permanecemos junto a ellos cuatro años; este tiempo nos sirvió para ir creando nuestra vida. Su ayuda al darnos un sitio en su hogar no solo tuvo importancia material, sino que los lazos fraternales que me unían a Ferrán y Toñi se hicieron extensivos por su parte a Doménech. Los hijos de mi hermano eran mis propios hijos al carcer de ellos.

Este relato que ahora va a servir como un testimonio más de *Cárcel de mujeres*, empezó por el deseo de mi sobrina Nuri de querer conocer hechos de mi vida que ella deseaba no cayeran en olvido. Quizá son muy vividos por otras compañeras. He procurado ser lo más imparcial posible y no he querido resaltar la parte negativa que se da en todas las situaciones, porque creo sinceramente que en su conjunto fueron más los hechos que nos unieron que los que nos separaron; de lo contrario no hubiéramos sobrevivido muchas de nosotras.

Capítulo 10 LA MANCHEGA

En el mismo período en que yo estuve en Ventas, también estaba Paquita. No tuve mucho trato con ella; en parte porque no estaba en mi galería y porque la juzgaron con pena de muerte y cuando yo salí para Segovia estaba en el sótano de penadas.

El año pasado la vi en Ex Presos en Madrid. Ya sabía que nos íbamos a encontrar, pero esperaba a que alguien me la presentara; después de tantos años, ¿quién la iba a conocer? Pero sí, fui a ella, que estaba en un grupo y le dije: “¿Tú eres Paquita Molina?”.



Paquita Molina en la cárcel de Alcalá de Henares con su flamante uniforme de reclusa.

La había visto alguna vez, creo que en la segunda galería derecha. Después de tantos años, reconocer su cara; ¿serían aquellos ojos azules que me recordaban a mi madre, y que dejaba en el sótano penada a muerte?

Manolita del Arco, que ha seguido una gran amistad con Paquita, dice de ella: “Cuando entró en la cárcel resultaba una chica joven, de aspecto muy agraciado, rubia y de grandes ojos azules. Estaba con grandes ilusiones en todos los aspectos. Salió muy cambiada por tanto sufrimiento y con tarea inmediata: tuvo que cuidar a su madre hasta que murió y ayudar a criar a los sobrinos”.

No pudo conseguir organizar un hogar que fuese suyo propio, con un compañero, pues el tiempo no había pasado en vano y el novio que tenía cuando entró en la cárcel contrajo matrimonio con otra, sin siquiera tener la valentía de decírselo. Después, el trabajo de nuevo en el Partido es lo que la ayudó a seguir con un gran ánimo en el camino que las circunstancias la impusieron. Ella es una víctima más del fascismo, del régimen que durante cuarenta años nos ha tenido amordazados y ha roto la vida de miles y miles de mujeres y hombres en nuestra patria. Es una mujer más de las muchas que en Albacete, como en otros lugares y rincones de nuestra geografía, aportaron su esfuerzo para acabar con el fascismo en España. Y ahí sigue, en pie, ella.

Fui detenida en los últimos días del año 1941 en mi domicilio de Albacete, donde vivía con mi madre y hermanos. Militaba en el Partido desde la guerra y, como soy sastra de profesión, trabajaba en los talleres que se creaban para la confección de ropa militar y mi labor fue muy fructífera en todo momento. Al terminar la guerra me incorporo al trabajo clandestino al mismo tiempo que sigo mi profesión en un taller de sastrería incluso llevando prendas militares a mi casa para poder ayudar al mantenimiento de la misma. Soy estafeta de la organización y consigo de una mujer de la sastrería, que durante la guerra estuvo militando en Mujeres Antifascistas, que me permitiera recibir las cartas que tendrían que llegar a mi nombre, poniéndole como disculpa que dichas cartas son de un novio que no agrada a mi familia y por eso no las quiero recibir en mi casa. Al caer gente en Madrid detienen a la destinataria oficial, que explica su papel, y a continuación soy detenida. Se da la circunstancia de que en mi casa está oculto el marido de una de mis hermanas, Enrique Navarro, persona destacada como comunista tanto en Albacete como en Valencia. Nadie, ni siquiera la hijita del encerrado, de corta edad, lo sabe; únicamente estamos en el secreto mi madre, su esposa, que es mi hermana, y yo. Nada se descubre cuando me detienen y desde Albacete me traen a Madrid, a Gobernación, donde soy bestialmente golpeada desnuda; es estremecedor recordar que mientras descansaban los policías tras la primera paliza, fumando un cigarrillo, yo tiritaba arrebujada en el abrigo que me tiraron para cubrirme; ellos preparaban sus planes del domingo inmediato: cine, teatro, visitas... y a renglón seguido me arrancaron el abrigo y empezaron a golpearme de nuevo. Estuve largo tiempo en aquellos terribles sótanos de Gobernación. A causa de negarme a hablar, por mi silencio. En este expediente íbamos encausados tres hombres y dos mujeres; a nosotras nos pedían dieciocho años de condena, por lo que suponía que la rebajarían y no tardaríamos en recobrar la libertad. Pero, como en muchos otros casos de los juzgados franquistas, nos condenaron a muerte y estuvimos en el sótano de condenados once largos meses, desde el 25 de enero de 1943 en que nos juzgaron hasta el día de Navidad de ese mismo año, en que fuimos conmutadas por treinta años.

Ingresé en la cárcel a últimos del año 1941 (mejor dicho en la comisaría de Albacete), estuve de forma ininterrumpida hasta el primero de mayo de 1955. No voy a repetir todo el calvario de la cárcel, ya que es más o menos el de otras camaradas que han hecho su relato, pero sí que pasé por las cárceles de Ventas, Amorebieta y Segovia, y que en el transcurso de estos años padecí castigos, hambre y enfermedades, y que participé con el entusiasmo que caracteriza a una revolucionaria en cuantos plantés y huelgas de hambre se produjeron en esos largos años.

Estando en la cárcel ya varios años, recibí la noticia de que mi cuñado, el que estaba en mi casa escondido, había sido detenido de forma fortuita, ya que la causa fue que buscaban a un estraperlista y en los registros que efectuaron en la barriada le descubrieron a él. Le condenaron a veinte años por delitos de guerra y su mujer también estuvo encarcelada durante un año por encubridora. No cabe duda de que este camarada se salvó de una muerte segura por haber podido estar esos años escondido.

De mi expediente fusilaron a dos camaradas que estaban en la prisión de Porlier.

EL OLVIDO Y LA HISTORIA

A Angelita no la conocía personalmente. Coincidimos en la cárcel de Ventas pero en distinta galería. Ahora, al recoger los testimonios en Madrid, me pusieron en contacto con ella.

Es agradable conocer a compañeras como Angelita, se ve en ella a la camarada seria y responsable, tiene una preocupación, y yo estoy de acuerdo con ella: son los testimonios póstumos de tantas compañeras que nos ha arrebatado la dictadura franquista, que han luchado y han muerto con valentía por la libertad de nuestro pueblo. No es justo que queden en el olvido, sino que pasen a la historia.

A mí lo que me da pena es que muchas cosas serán incompletas porque ha pasado mucho tiempo; pero, en fin, de lo que no se acuerda una se acordará otra. A mí me detuvieron en mayo del 39 y me llevan a la comisaría del barrio, en la calle de Cartagena esquina a Canillas. Y allí me encuentro con Cloti; la tienen incomunicada, y también están detenidas Julia Vallejo, Pepita Valentín y Carmen Blázquez.

Los interrogatorios de la comisaría de Cartagena; amenazas, muchas, pero a mí no me llegaron a pegar; decían que te iban a traer a tu familia. Fue más la cosa psicológica que nada. También pegaban, ¿eh?, porque a los hombres los veíamos pegar brutalmente; a mí me decían que me iban a traer a mi madre y a mis hermanos si no hablaba. Todo era amenaza: “Si no nos dices, esto... y, en cambio, si nos dices quién ha estado contigo, pues te ponemos en la calle”. Más que nada era ese tipo de cosas. Estuvimos unos días, no me acuerdo cuántos, y nos pasaron a la Dirección General de Seguridad, que entonces estaba en la calle Serrano. Aquello parecía un hormiguero; estaba abarrotado de detenidos. De lo que más me acuerdo de Serrano era de las consignas que se leían en los retretes, que me impresionaban mucho. Por ejemplo, por las paredes había frases: “Al proletario se le domina, pero jamás se le vence”; “Vale más morir de pie que vivir de rodillas”, y se leía, por ejemplo, “por aquí pasó fulano, por aquí pasó mengano”. Se notaba un espíritu muy fuerte en la gente que pasaba por Serrano.

Nos pasan a Ventas, y allí es cuando el choque es más fuerte, porque es cuando vivimos el problema de las penadas a muerte, la gente ya está yendo a los consejos; cuando yo voy ya han sido juzgadas muchas.

Las mujeres, en general no tenían mucha preocupación por los años de condena; nadie le daba importancia, lo único que importaba era venir con *la Pepa*. Todo el mundo, cuando iba al consejo, nos quedábamos, pues fíjate, siempre pendientes de qué traerán; llegaban y decían: “Que traigo la Pepa”, o bien: “Que no traigo la Pepa”, y eso era lo que más impresionaba. Entonces en Ventas se vivía con una tensión muy fuerte. Yo entré con otras compañeras en el mes de mayo, y en cualquier momento sacaban a las detenidas a diligencias. Una de las veces sacaron a Teresa Marrón y volvió negra como el cordobán. Teresa Marrón fue una mujer comisario y quisieron sacarla para diligencias, pero parece que el director, como ya le habían venido muje-

res en mal estado, puso algunas dificultades. Entonces fingieron una libertad. Vinieron los falangistas con su libertad, cedieron y salió; la estaban esperando en la puerta, y derecha a comisaría. Vino negra de las palizas que le dieron. En Ventas, lo que más atemorizaban eran las dichosas llamadas a diligencias; era lo mismo un falangista que un policía... Sobre todo a lo primero, bastaba que un falangista quisiera sacarte: te sacaba y te traía como le daba la gana, en las peores condiciones.

Allí vi entrar también a Pilar López, que venía la criatura deshecha. Y en Ventas me acuerdo mucho de Anita Crespo. Era una chica que procedía... (no estoy muy segura) de la Juventud Anarquista, antes de la guerra allá en el 34, ya se hace nuestra, pertenece a las MAOS (Milicias Obreras y Campesinas). Hace la guerra, está en la sierra y lucha como un soldado más. Era muy decidida y valiente; antes de llegar la guerra era una chica a la que no le importaba llevar las armas a donde tuviera que llevarlas y tomaba parte activa en toda la lucha clandestina muy en vanguardia, en primera línea, muy valiente era Anita Crespo. Yo siempre la he admirado mucho. Un día me contaba que su madre y su hermana sufrían mucho, porque tenían mucha inquietud cuando tardaba; como sabían que era muy decidida, siempre estaban intranquilas hasta que no la veían en casa durmiendo. Y Anita, para darle esa tranquilidad a su madre, venía, se acostaba y cuando comprendía que todos estaban dormidos se marchaba por una ventana y seguía su actividad. Así era ella, luchando desde muy jovencita. Termina la guerra. Está en estado; la llevan a la misma comisaría que a nosotras; le pegan bestialmente porque era una chica con mucha popularidad, y como la comisaría era la de su barrio, era muy conocida, toda su actividad la había hecho al descubierto.

Había un policía que le llamábamos *Gafotas* porque llevaba unas gafas que le cubrían media cara. Cuando dábamos la filiación decíamos: "Del Partido Comunista", y decía él: "¿Ves?, comunista; estas lo son de verdad, porque si no lo fueran de verdad hubieran dicho otra organización, y no comunistas". Eso decía el tío. El caso es que le pegaron y entre las muchas cosas que le hicieron le dieron una patada con la mala suerte que le mataron a la criatura; pero en ese momento ella no lo sabe, solo sabe que desde que le han pegado se siente muy mal. Íbamos siempre que podíamos a verla a la sala donde estaba, y tenía un espíritu extraordinario, muy valiente, recuerdo que uno de los días que vamos a verla le decimos: "¿Qué tal, Anita?, ¿cómo te encuentras?". Dice: "Mal". Estaba muy pálida, con una expresión y una palidez tremendas; bajamos a verla otro día: "Qué, ¿cómo sigues, Anita?". "Estoy muy mal, muy mal, de esta no me escapo y lo que más siento es que estos cabrones me han dejado fuera de combate". Eso me impresionó mucho, porque la veías tan mal, se murió, y que en ese momento en que ella se encontraba tan enferma, que se daba cuenta que se moría, lo que más le importaba era que la hubieran dejado fuera de combate, más que morir... Yo siempre he pensado, y lo llevo hace mucho en la cabeza, que sería muy bueno escribir un libro, un libro que fuera dedicado a nuestras heroínas y citar las cosas sobresalientes de todas las mujeres que realmente han quedado en el camino; pueden ser muy interesantes los testimonios de las mujeres que han sufrido en comisarías y penales, pero hemos sido tantos miles que ¿cuántos libros se tendrían que escribir?

Como esta muchacha hay muchas que dejaron su vida en la lucha por la libertad, solo hay que buscar entre las compañeras, las familias. Yo toda la historia que conozco

de ella es la de la chica entregada a la lucha, pero con tanto corazón, con tal desprendimiento, que no se le puede decir a nadie más, se puede pedir tanto como Anita dio, pero más no; entonces yo me digo: habría que hacer un libro dedicado exclusivamente a estos casos que dentro de lo general han sobresalido por su actitud en el último momento. Me dijeron que a última hora la madre pudo arreglarlo y la autorizaron a sacarla porque ya estaba prácticamente muerta, y a pesar de lo difícil que era en aquella época, la madre no sé por quién lo consiguió, y murió en su casa. Pero Anita es una de esos casos ejemplares desde el primer momento en que se incorpora a la lucha hasta su muerte; debía tener veintidós años, yo tenía veintiuno, cuando acabó la guerra.

Esta información se puede hacer más completa, porque existe su hermana, Concha Crespo, y puede dar datos de ella, así como los años que tenía cuando se inició en la lucha, todo mucho más completo en lo que a ella se refiere.

Había una muchacha que era sargento de asalto, se llamaba Aurora; después me explicaron en la calle que esta chica en octubre del 34 fue detenida casi siendo una niña. Yo la conocí en Ventas, alta, fuerte, morena, con unas trenzas largas y una figura estupenda; esta es una persona que también me impresionó, porque era muy valiente y muy entera. Había otra, Felisa Muñoz, que, como Aurora, tenía también pena de muerte; esta Felisa tenía hijos y tú no sabes cómo lloraba pensando que iba a dejar a sus hijos si la mataban. Felisa Muñoz estaba en mi galería y Aurora subía todos los días a verla y animarla. La dos eran de Cuatro Caminos y se conocían. Felisa decía: "Si a mí no me importa morir, pero lo que me importa son mis hijos, qué va a ser de mis hijos", y rompía a llorar, y la otra le decía: "Mecachis en la mar, no te pongas así, a ti todavía te quedan posibilidades de salvarte, lo sabes muy bien, la que no se salva soy yo y ya me ves". Y mira, un día —cantaba flamenco Aurora muy bien— íbamos por la galería, era muy frecuente que empezara ella con las palmas y a cantar; íbamos nosotras de paso y nos paramos, y todas le decíamos: "Aurora, que cante y que baile", y venga aplaudir y ella venga a bailar. Algunas estábamos paradas, escuchándola; se acerca y nos dice: "Cantad y bailad también vosotras, ¿no veis que hay penadas que tienen hijos y no hacen otra cosa que pensar en ellos? Hay que distraerlas como sea, no hay que dejarlas pensar, venga, a cantar y bailar". Todo lo hacía para no dejar pensar a las demás, esa era toda su preocupación. Estaba segura que la matarían y la mataron.

Aurora tenía mucha simpatía en la prisión y además parece que su figura también influía, muy sana, con aquellas trenzas tan largas y negras, que no se me olvidarán. "¡A ver si te sacan, Aurora, y no nos enteramos!", y contestaba: "Cómo que no os vais a enterar, ya lo creo que os enteraréis; yo lo idearé de manera que no tengáis más remedio que enteraros". Porque al principio estábamos mezcladas, pero después hicieron la galería de penadas.

Todas la noches sacaba los zapatos por la cancela, se puso de acuerdo con una compañera que se los llevaba, si la iban a sacar tenía que avisar para que se los llevara, y así fue. Cuando vinieron a buscarla dijo: "No tengo el calzado aquí". "¿Dónde lo tienes?". "Lo tengo en tal sitio". Fueron a por él; así nos enteramos que la sacaban. Y la mataron. Era muy valiente.

Y había otra chica, que era de una familia campesina, muy guapeta, una piel muy blanca y el pelo muy negro, no me acuerdo bien de qué provincia era, de un pueblcito pero no lo recuerdo. La llamaban María *Matamoros* y tenía unos diecisiete o

dieciocho años. A esta María le habían condenado al padre a pena de muerte y ella era muy *cachaleta* y muy tranquila. Por ejemplo, le llevaban el paquete y hasta que no se lo acababa, desde el momento en que se lo traían, no paraba de comer. Las demás le decían: “Pero mujer, no comas tanto”, y decía: “Anda, lo que queréis es que os quede a vosotras, ¿no? ¿Y si me bajan esta noche? Se queda ahí, ¿no? Nada, que me lo como”. Así, con esa cachaza. Venía la madre, la pobre estaba deshecha y nada más verla se ponía a llorar, y ella le decía: “Pero no llores madre, no llores, no te preocupes, ¿pero no me ve a mí cómo estoy?”. Cuando estaba arriba en la celda, pasábamos mucho a verla, también estaba la familia del Campesino, la mujer y la cuñada en la misma celda que María. Le pusieron *Matamoros* porque una vez pasaba por la plaza del pueblo y habían cogido prisioneros a unos moros y creo que le dijeron: “¡María, dispárale!”, esas cosas de la guerra. Y ella dijo: “Déjame a mí” y siguió su camino, pero le dijeron: “Tú eres fascista”, y contestó: “¿Fascista yo?”. Cogió el arma y disparó. Ella asegura que tiró al aire y no les dio pero como lo hizo en la plaza del pueblo lo vio todo el mundo y con eso ya tuvo bastante para que la mataran. Eso decía: “Lo único que pido es que no me saquen con lloronas”, fíjate; todo su afán era que las que salieran lo hicieran con tanta entereza como pensaba hacerlo ella...

Cosas así hay muchas, vamos, que te acuerdas de cosas que se te han grabado por alguna circunstancia especial, porque entonces ocurrían muchas cosas. Se vivían tantas en tan poco tiempo... Me acuerdo de María Guerra, que le mataron cuatro hijos en muy poco tiempo y se volvió loca.

Eran continuas las noticias. Todos los días iban a juicio a las Salesas, había diligencias, ingresos, comunicación, sabías que habían pedido tantas penas de muerte, que habían condenado a tantos. Nos mandaban montones de notas porque entonces, eso sí, a pesar del terror y del miedo las notas iban y venían que era una maravilla; ellos nos comunicaban las cosas que pasaban en las cárceles y nosotras les comunicábamos lo que estaba pasando en Ventas y lo que conocíamos de otros sitios.

Hay otro caso de otra chica que se portó muy bien, Clotilde Navalón. Pero esta mujer ha desaparecido a partir de las expediciones y nadie más ha sabido de ella, no se sabe si habrá muerto en algún penal. Clotilde Navalón también era muy animosa. Estaba en Ventas, siempre dando ánimos a todo el mundo, muy alegre. Me acuerdo que un día le dijo una: “Parece que no te importa lo que pasa a tu alrededor”. Esto le hizo al impresión que empezó a llorar y a decir: “Estoy que no puedo más”; porque estaba haciendo verdaderos esfuerzos para mantenerse bien, la pobrecita por dejar mejor impresión y para dar ánimos. Y solo que le dijeron eso, lloró con una pena... Esta salió a un penal y después desde los penales hemos tratado de averiguar dónde ha ido a parar esta mujer y nadie ha respondido... Clotilde Navalón. Se han hecho cantidad de preguntas y gestiones de un penal a otro, como sabíamos que iban unas a un sitio y otras a otro; nos interesábamos por ella pero como si se la hubiese tragado la tierra.

—¿Cuánta condena te pusieron?

A mí treinta años. Primero nos pusieron doce, pero el auditor no se conformó, nos llevaron de nuevo al consejo y a las más jovencitas, Carmen Blázquez y Pepita, les pusieron veinte años. Yo les llevaba un año, y a mí y a las demás nos echaron treinta, y estuve siete años.

Ah, mira, hay otro: caso el de Rosalía Agudo; esta chica tenía los pies defectuosos, de esos pies que son vueltos. Y esa constitución física... contrastaba con su espíritu y su fuerza moral; esta chica enclenque, debilucha, tiene tuberculosis bastante avanzada y cuando yo salgo en libertad ella está en Amorebieta. La empezaron a trabajar los catequistas y le prometieron que la sacarían y ella se dejó llevar un poco, porque entonces también éramos nosotras muy intransigentes, ¿eh?, pero cuando se dio cuenta de que todo era palabrería reaccionó con una fuerza tremenda. Imagínate, una chica tuberculosa que le hablan de operarla y dice que sí, que la operen. Cuando yo caigo la segunda vez (porque yo salgo el 3 de abril del 46 y en enero del 47 estoy dentro otra vez, me incorporé al trabajo inmediatamente pero apenas me dieron tiempo, caí enseguida, y vuelvo a entrar en Ventas) quiero saber si hay alguna de las que había dejado, de las que yo conozco y me dicen: “La que está aquí es Rosalía Agudo”; fui a verla, pobrecita, le di una alegría tremenda. Le pregunté: “¿Cómo estás?”, y me dice: “Muy mal, muy mal, pero mira, me dicen que me opere”, digo: “No lo harás”. “¿Por qué no? Yo ya voy a morir; si pueden aprender algo de mí, para los demás servirá”. No creas que eso, dicho por una figura tan débil, tan poquita cosa, porque estaba consumidita, en una cama de la cárcel con todo lo que esta chica había pasado, madre mía, ya se puede decir que tienes valor. Y decía: “¿Y qué?, ya ves lo que soy yo, me muero, pues que me hagan lo que quieran, si eso sirve para los demás, algo he aportado”. Esta chiquilla cuando murió debía tener veintitrés o veinticuatro años, también era muy jovencita cuando ingresó. Trabajó en la clandestinidad, yo lo sé, porque me lo contó Simón Sánchez Montero. Una de las veces que salió en la conversación, de Rosalía Agudo dijo: “Yo he trabajado con ella”, o sea que la criatura había salido, se había incorporado y le pasó como a mí.

—¿Dónde cumpliste condena después de juzgarte?

Nos llevaron a Barcelona, y de Barcelona en un barco a Palma de Mallorca, nos llevaban en la bodega; era una noche de temporal, y así sí que es de película. El agua entraba por la escalera de la bodega, que no te puedes hacer idea. Era una noche oscura y el viento muy fuerte. Daba la sensación de que el barco iba a dar vuelta. La noche era impresionante, no se podía poner nada en el suelo por lo mojado que estaba; habían dicho que los limones eran muy buenos contra el mareo. Los colgaron de un clavo y fíjate el barco que llevaríamos que no podíamos llegar a ellos. Tantas veces como nos levantábamos, rodábamos por el suelo y no podíamos cogerlos. Todo el mundo queriendo coger los limones con la confianza que tomándose un limón se le quitaba el mareo, pero no había manera humana de llegar al clavito donde se había puesto. Y luego, ya muy removidas por el mareo, como estábamos tumbadas en el suelo y no queríamos devolver, como es natural, donde estábamos, nos apartábamos a rastras al otro lado del barco, donde había un madero saliente. El vaivén del barco era tan fuerte, que cuando llegabas pegabas con el tablón sin poder evitarlo. Sentías ganas de devolver y te alejabas de las compañeras; todas tratábamos de hacer lo mismo, íbamos como podíamos a gatas: llegabas, querías levantarte y el vaivén, ¡poom!, se te clavaba el saliente en el pecho y te tiraba hacia atrás, y te digo que lo pasamos mal. Y lo más tremendo de todo eran los niños. Mira, las madres mareadas, pero mareadas de caérseles los brazos y soltar a los niños y no poderlos sujetar, y veas las caritas de los niños, pálidos, casi sin sujetar por las madres. Ahí hubo un

detalle muy bueno, porque vinieron unos marineros y traían sobras de la comida de la que habían podido coger. Hablaban muy poco pero les interesaba saber los años que teníamos, que éramos muy jóvenes. De pronto llegaban con un paquete de comida y lo tiraban a la primera que veían. Te levantabas a cogerlo y ellos decían: “Ssshhh”, mandaban callar y se marchaban echándonos todo, todo lo que podían los pobrecillos marineros. Y en cuanto tenían una oportunidad ya estaban preguntando cómo nos llamábamos, la condena que teníamos (sabían que íbamos a Palma), de dónde veníamos. Todas esas preguntas las hacían con unas caras de pena que casi nos daban pena ellos a nosotras, de ver esa juventud... estábamos muy bien con el personal del barco, se portaron muy bien.

—¿A cubierta no os dejaron subir?

No, en absoluto. La guardia que llevábamos no lo toleró de ninguna manera. Es verdad que llovía mucho y que el temporal era muy malo. Por cierto que era una noche oscura y una chiquita que decía que tenía vejez prematura empezó a llorar cuando vio los vaivenes tan fuertes, que el agua entraba a verdaderas trombas, se asustó mucho y empezó: “Ay, madre mía, que nos vamos a pique”, y lloraba. Rosita Agudo decía: “Cállate, cobarde, ¿quién te va a oír, te va a oír alguien? Si nos ahogamos, pues mala suerte. ¿Qué vamos a hacer si no hay solución? No te preocupes, tómatelo con calma”. Pero ella chillaba y chillaba. Decían que como había una oscuridad tan grande el barco perdía la orientación del faro. Y así llegamos a Palma.

En el penal, salieron unas monjas a recibirnos. Habían dicho que iban unos expedientes de comunistas, parece ser que corrió la voz o lo comentarían en la dirección, el caso es que se decía: “Vienen expedientes de comunistas”. Y una monja que se la veía muy atrasada, una mujer de estas de aldea muy remota, dice: “¡Ahí va, pero si son señoras!”. Como les habían dicho que era un expediente de comunistas... qué se pensaría ella que éramos, que hizo esa exclamación cuando nos vio llegar.

Pasamos al penal y nos encontramos con unas condiciones másimas. Parece que había sido un convento y en guerra cuartel, porque aún se veían consignas. Eran unas simples baldosas y nada más, una casa vieja, tristonja y fea, de mucho fondo pero de poca fachada, de esas casas sombrías con un patio interior. Nosotras no llevábamos equipaje, solo llevábamos nuestra ropa, nos habían facturado los colchones, pero no sé qué problemas hubo que tardaron casi tres meses en llegar. Allí nos dieron unas mantas mugrientas y unos jergones que te daba náuseas meterte en ellos, sin sábanas ni nada, unas mantas ásperas que parecían de lija y los jergones tenían hasta manchas, repugnantes. La alimentación era muy mala, casi siempre era la misma; sacaban por ejemplo la comida a los once de la mañana para dárnosla a las doce y media. Eran una calderas de arroz pero con muchísima agua, como lo dejaban reposar tantísimo tiempo pues era como una masa; otras veces nos daban habas, pero esas habas grandes de los caballos, que tenían tres o cuatro bichos cada haba. Lo que era mejor era el desayuno, que nos daban una taza de leche en vez de darnos el agua sucia que llamaban café o Maggi, porque allí por lo visto lo regalaban. Por la noche generalmente era lo mismo: arroz, zanahorias o las dichosas habas, pero todo hecho muy temprano y puesto allí por lo menos dos o tres horas antes. Cuando te lo daban fuera lo que fuera ya estaba muy esponjado, sobre todo el arroz; fíjate qué problema fue el arroz que nos daban con tanta frecuencia que temporadas larguísimo no podíamos

hacer deposiciones y Julia, la madre de esta Pepita Vallejo, nos dijo un día: “¿Qué os pasa?”. Nos quejábamos de que íbamos al retrete y no podíamos hacer deposiciones y nos dijo: “Mirad, yo he hecho estos movimientos”, y ella nos explicaba una serie de movimientos que facilitaban de alguna manera hacer la deposición, porque es que te veías reventar. Como apenas tenía grasa el arroz, era como el engrudo que gastábamos en el 34 para pegar carteles en las paredes.

El régimen de allí era muy intransigente con la religión, porque eran unas monjas muy chapadas a la antigua, todo el mundo tenía que obedecer lo que ellas decían. Nosotras discutimos hasta el último punto lo que teníamos que hacer y lo que no teníamos que hacer; lo que era reglamentario lo cumplíamos, pero lo que no lo era, de ninguna manera. Por ejemplo, una de las cosas que no era reglamentaria eran las misas de difuntos; no las podían imponer. Nosotras discutíamos: “Si no es reglamentario no vamos. Somos presos políticos. Si pensáramos como ustedes a lo mejor llevábamos las tocas y no estábamos aquí”.

Ellas nos castigaban con frecuencia por esta actitud. Pero estaba Matilde Landa, estaba Angelines Agulló, estaban compañeras que sabían muy bien hasta dónde podían exigir y hasta dónde no. Entonces se delimitaban los campos; con eso se entablaba una batalla, que se defendía hasta el final.

—¿Fue en vuestra expedición Matilde Landa?

No, Matilde Landa salió sola a Palma de Mallorca y nosotras salimos unos meses después. A Matilde cuando firmó la conmutación de la pena de muerte se la llevaron porque se la querían quitar de encima en Ventas. Allí en Palma de Mallorca la posición nuestra era de no hacer más que estrictamente lo reglamentario. Entonces decían: “Las misas, ¿es reglamentario?”, preguntábamos. La monja, según su opinión, pues sí. Cuando ya la cosa llegaba a la junta de disciplina a veces el cura quería imponerlo, pero no podía decir que era reglamentario. Entonces se entablaba la discusión y llegaba el momento en que nos mandaban formar. María, una compañera, y nosotras considerábamos que no honrábamos su memoria yendo a misa, y decíamos que no. Nos formaban y, hecha la formación, era obligatorio. Formadas entrábamos en misa y formadas salíamos de la iglesia; así ya no se podía decir que no, porque la formación sí que era obligatoria; las veces que les diera la gana formar no te podías negar o cometías un acto de indisciplina.

Con Matilde pasa lo mismo que te he dicho antes de nuestras heroínas. Matilde necesita un libro exclusivamente para ella desde el momento en que entra en la Dirección General de Seguridad hasta que se mata. Porque su figura y obra lo requieren. No puedes coger un retazo de Matilde aquí y un retazo allí... Es bueno hablar de ella pero se tendría que hacer algo en exclusiva para esta mujer, porque la labor de Matilde en Ventas es extraordinaria. Fíjate, estudió los casos de las penadas a muerte y consiguió que se salvaran muchas mujeres, muchas que tenían posibilidades porque las acusaban de hechos que a lo mejor no estaban ni en el lugar donde se habían cometido, pero el atraso, la ignorancia, el azar o el no saber desenvolverse, el terror, toda una serie de circunstancias que presionaban a la reclusa, hacían que no viera ninguna posibilidad. Pensaban: “Me han dicho pena de muerte y tengo que ir para adelante y nada más”; no admitieron ya la posibilidad siquiera de hacer algo para salvarse.

Angelines Vázquez trabajó muchísimo y además quiso mucho a Matilde, y Matilde la quiso mucho a ella. La directora era Carmen de Castro. Esta mujer era teresiana, tremendamente católica, muy creyente y ante un problema de conciencia planteado por Matilde vio que independientemente de las leyes de los hombres está la conciencia de la católica, y sabía que tenía que atenerse y obedecer unas leyes, pero sabía también que ante Dios tenía que dar cuenta de sus actos y que no podía negar la más mínima posibilidad; es decir, que sobre su conciencia podía pesar el no haber contribuido al máximo dando las posibilidades. No se le pide nada del otro mundo; simplemente, que dé todas las oportunidades para que la gente se pueda defender de todo lo que se les acuse y no vayan a la muerte porque no se las defiende; eso lo consigue Matilde. Cuando vienen penadas de muerte, Matilde Landa las sienta así como estamos nosotras, y les pide que le expliquen: “Desde el momento que empezó la guerra, ¿dónde estabas tú? ¿Qué has hecho? ¿Qué has vivido? ¿Qué te ha pasado?”. Su padre era abogado, había estudiado Derecho y ella lo había ayudado mucho. Entonces estas mujeres, a veces sin saberlo, en el transcurso de esas explicaciones daban pistas y posibilidades de defensa, y gracias a eso ella sacaba el máximo de provecho a esas declaraciones. A algunas no las salvaba nada, ni nadie, pero a otras sí. Tenía la teoría de que, a una penada a muerte, simplemente retrasarle una hora era una victoria, porque en una hora puede no pasar nada, pero también pueden pasar muchas cosas. Ella a veces, con la convicción absoluta de que la penada no se salvaba, si veía una cosa pequeñita que no estaba totalmente en regla, se agarraba a lo que fuese, una simple letra, cualquier cosa. Decía: “Para matar están ustedes siempre a tiempo; para devolver la vida, no”.

Matilde Landa tenía una cultura fabulosa y era además muy inteligente y con una gran sensibilidad; pero resulta que ellos no querían que Matilde llevara sus trabajos adelante, pero argumentaba con tal peso y con tanta sensibilidad, con sentido humano, que a veces se veían imposibles para negárselo. Y así consiguió bastantes cosas de la propia directora, la teresiana Carmen de Castro.

Yo no estuve penada, y conozco esto desde mi galería y como presa que estaba entonces, y después lo conozco porque en Palma de Mallorca tuvimos mucha actividad, trabajaba mucho con ella y me lo contaba, porque yo no estuve en la oficina, ni en la galería como penada. Pero sí estuvo Fifí, y hay un montón que han estado penadas y cuentan y no acaban. Por eso te digo que lo de Matilde es punto y aparte, algo muy bueno, se puede hacer porque hay mucho material.

—¿Por qué crees tú que Matilde Landa decidió hacer lo que hizo? Con toda su energía...

Pues chica, yo creo que Matilde, ten en cuenta que era físicamente una persona enferma, estaba muy delicada, y creo que los nervios de Matilde se desquiciaron mucho. Hay mucha gente que dice: “Eso no lo hace una revolucionaria”. Una revolucionaria no lo hace cuando tiene todas sus energías y toda la fuerza de un organismo fuerte y sano. Pero cuando es un organismo que ya está bastante minado por una serie de razones: era de muy poquito comer... Aparte de que en aquellos años las comidas del penal eran muy malas y lo que nos mandaban de casa era poquísimo, porque eran años en que se las veían y se las deseaban y lo poquito que mandaban era con mucho esfuerzo.

En Palma de Mallorca se ha pasado mucha hambre... Creo que en todos los penales, pero allí mucha. Yo he estado en Saturrarán y he pasado menos hambre. En Palma de Mallorca no hemos muerto todas como chinches, aunque también han muerto algunas compañeras, pero el clima; porque daba la casualidad de que el clima era muy bueno, pero si llega a ser una zona fría, con el hambre que hemos pasado nos morimos todas.

Regalaban leche y a veces daban una toma más, una toma extraordinaria, que la daba el pueblo, los pescadores también regalaban pescado, pero como directamente no lo podían dar, las monjas en vez de dárnoslo a nosotras lo vendían en el economato a peseta el kilo o lo echaban a la comida de mala manera. Porque me acuerdo un día que había una visita y unos pedacitos de esos pequeños los echaron al arroz, pues no podíamos comerlo porque todo eran espinas mezcladas con el arroz, con el hambre que teníamos no lo podíamos comer; y lo utilizaban mal, por comodidad o por maldad. La venta nos ayudaba porque con una peseta comprabas un kilo —si tenías una peseta, que no siempre la teníamos—. Pero en fin, era una de las cosas que más ayudaba. Allí procurábamos trabajar todo lo que podíamos, lo que se hacía en todas las cárceles, todo tipo de labor que podías; y las monjas también nos explotaban bastante, pero nos daban a hacer mantelerías de punto mallorquín. Las bordábamos nosotras y con aquello te ganabas algo, te ayudaba a comprar un kilo de naranjas o de boniatos, pero no era suficiente, pasábamos mucha hambre.

Matilde, en mi opinión, entró en una fase de depresión nerviosa y no lo aguantó, la presionaban para que se bautizara. Al principio hubo incluso presión de tipo brusco, queriéndola convencer. Continuamente la estaban llamando para discutir problemas de altura, por qué ella era comunista, para discutir de religión... y eso es agotador cuando una persona está en inferioridad de condiciones, algunas veces se lo hemos dicho nosotras. Matilde decía que ella no temía a nada ni nadie, que tenía unas convicciones muy profundas y que negarse era hacerles pensar que les temía.

Lo único que yo creo es que Matilde se debió negar. Ahí la Iglesia trabajó queriéndosela ganar, pero no por la violencia sino por la táctica suave; le dijeron que a nosotros los comunistas solo nos faltaba creer para ser perfectos... Le dijeron cantidad de cosas favorables para realzarla, pero, claro, existía un doble juego, por un lado el halago y por otro el hacernos la vida muy difícil. Llegó un momento en que la separaban de nosotras cada dos por tres, por cualquier motivo, y un día dijo: “Yo prefiero que me tengan aislada, porque si un día piso un escalón con el pie derecho y se le ocurre a otra reclusa pisar también, ya hace lo que Matilde, las sanciones, los castigos. Por eso lo prefiero”. En fin, cosas de esas. Pero a ella trataban por todos los medios de convencerla. Yo creo que no pudo más. Sus nervios llegaron al agotamiento. Era muy pesado, que ahora viene una jerarquía y una personalidad, y que viene otra, y que salga Matilde, que llamen a Matilde, ahí no cabía más que ella hubiera dicho: “Miren, en igualdad de condiciones, en la calle, lo que quieran. Mientras esté aquí nada”. Es lo único. Pero claro, ella tenía sus criterios, tenía mucha personalidad, y decía: “¿Yo miedo?, no les tengo, si ellos tienen sus razones para tener sus convicciones, yo tengo las mías”. Eso llegó a minarla porque era demasiado. Esa es la opinión que tengo yo; que a Matilde se la mencione, porque estaba allí pero muy de pasada. Profundizar en los temas de ella no, porque debe hacerse algo muy completo.

—Yo estoy de acuerdo contigo. Cuando os llevaron a Palma de Mallorca, ¿os llevaron directamente al barco o estuvisteis en la cárcel de Les Corts?

En Barcelona estuvimos muy poco, por cierto que yo noté una diferencia muy notable entre Ventas y Barcelona. De las compañeras que han estado conmigo tendrás testimonios e información. ¿Se parecen a la mía?

—Pues cada una tenéis vuestra propia vida y son distintas, precisamente al haber tanta reclusión y distintas salas, se dan casos en el mismo penal de no llegar a conocerse; la misma situación económica, física y política, también influye en la vida de cada reclusa y la hace diferente.

A mí me daba una sensación en Barcelona, de mucha más libertad, ¿verdad que sí? Y además tenía cine y hacían teatro. Se tenían una serie de cosas que en Madrid ni soñar; las reclusas de Les Corts, que no han salido de expedición corriendo los penales de España, los vagones de mercancías precintados, las horas y horas en las vías muertas de frío o calor, pueden estar contentas. Habrán sufrido hambre, vejaciones y falta de libertad, pero eso también nos pasaba a nosotras. Bueno, la verdad, es que hasta el momento de salir yo, era un hormiguero humano, porque Ventas tenía una cantidad de gente que no podíamos ni darnos la vuelta, íbamos a coger agua al patio y teníamos que esperar a que dieran la vuelta las que iban delante para poder acercarte a la fuente.

La aglomeración era tan grande que todo era insuficiente. Por ejemplo, los retretes. Un día pusieron una comida tan mala que dio descomposición y no quieras ver la tragedia que eso supuso. La capacidad de la prisión dicen que era para quinientos y según parece se daban de doce a catorce mil. Pues imagínate, la galería de penadas no se podía organizar, porque era imposible cerrar las cancelas, estaban todos los pasillos, las escaleras, los patios totalmente cubiertos, no se podía ni cerrar una puerta porque no había sitio, no podían hacerlo de la aglomeración tan tremenda... Lo que sí supongo que te habrán dicho muchas veces es que nos daban una comida cada veinticuatro horas; las lentejas a lo mejor te tocaban a las tres o a las dos de la mañana cuando estabas precisamente dormida; eran los primeros tiempos, pero no se puede comparar con el hambre que hemos pasado luego en los penales, porque ahí estaba la familia y aunque fuera una olla de patatas guisadas, si podían te las metían; en los penales ya había que mandar un paquete, y había que tener dinero para la comida. En el penal se ha pasado mucho más que en Ventas, pero así y todo en Ventas la cocina no es que funcionase mal, es que no tenía capacidad para la cantidad de gente que éramos.

—Y a Amorebieta, ¿cuándo fuiste?

Fui primero a Saturrarán y luego a Amorebieta; primero quitaron Mallorca y nos llevaron a unas a Saturrarán, que fue donde a mí me tocó, y otras a Amorebieta; después cuando cerraron Saturrarán a mí me tocó a Amorebieta, y salí en libertad desde allí.

—Entonces es cuando tenéis ya cama, ¿no?

Las camas las pusieron estando nosotras allí, cuando llegamos no había. Allí nos castigaban mucho, eran muy intransigentes las monjas. Y como nosotras estábamos acostumbradas en Mallorca a luchar por todo lo reglamentario, conseguimos imponernos, pues ya teníamos esa costumbre. En Palma tuvimos una ventaja: que no era una sola, sino todas las que sufrimos el reglamento. Por ejemplo yo, no sé, por temor al castigo, hubiera vacilado. Pero como teníamos compañeras que lo sabían bien, nos lo explicaban, se nos inculcó a todas nosotras la idea de no hacer más que lo regla-

mentario. Cuando nos llevaron a Surrarán y Amorebieta, yo he tenido castigos y las demás igual, porque queríamos hacer prevalecer nuestros derechos, las monjas de Amorebieta creo que habían estado con chiquitas *descarriadas*, como ellas las llaman, y estaban acostumbradas a someterlas; y claro, se encuentran con nosotras, que por ahí no pasamos, y nos castigan; pero vamos consiguiendo, a base de castigos, que se nos vaya respetando y que se nos vea como a presas políticas, que no se nos trate de imponer todo, porque es que allí lo arreglaban todo con rezar el rosario; no rezábamos ni las que habíamos llegado ni muchas que estaban allí; y llegaban, nos veían con la labor y según ellas no prestábamos atención. Entonces deciden que dejemos de trabajar, y si nosotras no rezamos el rosario no tenemos por qué dejar la labor, y además no hay ningún reglamento que diga que para rezar un rosario haya que dejarla. Ahí ya teníamos una batalla entablada. Yo estaba haciendo un delantal para una chiquita anarquista y llegó la monja, me dio un tirón, las dos tirando, y se lo llevó, luego la madre superiora dijo que fuera a pedirle perdón. “Yo, no. Yo no tengo que pedir perdón de nada porque la que ha abusado de su autoridad ha sido ella. Porque a mí no hay nada que me haya demostrado hasta ahora que tenga que dejar una labor para escuchar el rosario; para escuchar digo, porque no es para otra cosa, porque yo no lo rezo, solo oigo cómo lo rezan las demás; yo no soy creyente”. Entonces ella dice que le pida perdón y que no ha pasado nada, porque ella ha querido siempre estar como en una familia y no ha querido vivir como entre enemigos; y le digo yo: “Yo no soy enemiga de nadie, lo que pasa es que respeto la manera de pensar de los demás; creo que ya tengo bastante con cumplir una condena por no pensar como ustedes para que encima me impongan cosas que para mi conciencia y moralmente suponen mucho, y no lo hago, desde luego que no lo hago. Yo estoy aquí no para rezar el rosario, sino porque tengo otra ideología. Entonces vamos a definir las situaciones. ¿Por qué me van a imponer una cosa que no creo, que no la siento?”.

Allí seguimos luchando hasta que se consigue lo mismo que en Palma: ir delimitando campos y que no nos vayan imponiendo; pero cuesta mucho eso, que hoy lo dicen en dos palabras, pero son verdaderas batallas muy largas.

—Y al salir a los siete años de la cárcel, ¿qué haces, vuelves a la clandestinidad?

Sí, cuando llego a mi casa en el mes de abril, el día 3, enseguida pienso: “Bueno, hay que ayudar a los presos, ayudar a mis compañeros”. Y cuando llego a Madrid lo primero que hago es visitar a las compañeras que salen conmigo. Y organizamos la ayuda; organizar es mucho decir, porque éramos un grupo reducido; pero vamos, empezamos a pensar en llevar cosas a las cárceles lo mismo de hombres que de mujeres, relacionarnos con ellos y ver la manera de reunir algún dinero, mandar paquetes. Y así empezamos a trabajar ya en todo lo que se pudiera, coordinando las dos cosas. Y así estuvimos unos meses.

Fuimos a llevar unos paquetes con motivo de Nochebuena a Burgos y nos dieron una carta; en esa carta se denunciaba la vida de los presos en general; nosotros vinimos a Madrid, con esa carta; hicimos copias con el fin de llevarla a todos los sitios, sobre todo a los países extranjeros, para que, teniendo en cuenta la vida que llevaba el preso político en España, se intensificara la solidaridad, y los que no la tenían se iniciasen. Pero detuvieron a una compañera y esto trajo mucha ramificación; detuvieron a la compañera de un tal Benito y le cogieron las copias en el bolso. Se las

habíamos dado para que hiciera más, y al ser detenida dijo quién se las había dado, y fuimos detenidos Teresa Marrón, Chelo y yo, con tan mala suerte que Chelo Peón llevaba en el bolso un poco de propaganda y a Teresa Marrón le cogieron unos números de *Mundo Obrero*; ya la cosa se complicó. Tere Marrón declaró que había visto a un chico que conocía de la guerra que iba corriendo por la calle y que le dijo: “¿Dónde vas tan corriendo?”. Y él contestó: “Es que me persiguen y mira lo que llevo”. Entonces ella le dijo: “Dámelo a mí”. Se lo dio y lo dejó en su casa, esto fue lo que explicó a la policía, y Chelo declaró que se lo había encontrado, con eso ya liarón el expediente. A mí me dijeron que habían ido a mi casa y que habían cogido cosas, pero no era cierto. En mi casa no habían cogido nada. Así que hicieron el expediente con las tres, eso fue todo. No habló nadie ni de allí salió nada, y nos condenaron.

—¿Os pegaron también?

Bueno, a Teresa Marrón mucho, muchísimo, y a Chelo Peón le pegaron tanto que ya no pudo aguantar y se cortó las venas; cuando volvieron otra vez para interrogarla estaba tan desvanecida y en tan malas condiciones por la pérdida de sangre, que no le pegaron más. Y entonces quedaba yo, que no aceptaba tener relación con nada ni con nadie y me subieron con Chelo; el policía dijo que lo sabía todo y que lo tenía todo claro, pero como yo seguía en mi actitud, me decían que lo iba a pasar muy mal. “Yo no tengo nada que decir”. Y me dice: “Pues si no tienes nada que decir, ¿estas cartas de dónde han salido?”. A mí no me importaba decir que las cartas las había traído yo con Teresa, porque las trajimos las dos, pero es que yo no sabía a quién le había cogido la carta; y si digo Teresa y no era ella, como así fue, meto la pata. Entonces yo no quería saber nada, y él insistió con Chelo Peón; entonces digo: “Yo no tengo nada que ver con nadie, ni con *Mundos Obreros*, ni con propaganda, ni con cartas, con nadie, ni contigo”. Y se lo digo a Chelo; yo lo que quería es que me diera una pista, y me dice: “Mira, Angelita, tú has traído la carta me la has dado a copiar a mí, yo he hecho las copias, te las he dado a ti”; total, comprendí que tenía que aceptar lo de la carta, ella estaba en plan de quererme convencer delante de la policía diciéndome: “No seas así, Angelita, si tú has traído la carta, díselo”; en ese plan de razonamiento Chelo me iba dando pistas y me iba diciendo por dónde iban las cosas; entonces claro, yo todavía sigo diciendo que no, que allá ella si tenía que ver algo. Pero entonces me coge el jefe de policía, me agarró, me tiró contra la pared, con una fuerza... suerte que no acertó a la pared, porque había un policía en medio, si no, yo creo que me estrella, porque era un tío muy grande y muy bruto. A Chelo los dedos de los pies se los pisaban con tanta insistencia y con tanta brutalidad, que tenía las uñas clavadas; y Tere, negra como el cordobán, se quiso tirar por las escaleras, de lo que le dieron. Yo fui la que menos pues realmente porque a mí no me habían cogido nada ellas se estaban portando bien a pesar de los golpes. Teresa y Chelo decían que a mí no me habían dado nada, y ellos: “Si le hemos cogido en casa no sé cuántas cosas”. “Pues ella sabrá de dónde le ha venido, yo no se lo he dado”, decía la una; y la otra también: “Yo no se lo he dado”. Y como yo decía que no a todo y que en mi casa no habían encontrado nada... La carta era la única prueba que había contra mí, que efectivamente era así, nos decía la policía que era mucha casualidad: la una los *Mundos Obreros*, la otra la propaganda, la otra, ¿qué?... Que sabíamos mucho, que era mucha casualidad, que habíamos salido de la cárcel las tres. Chelo había tenido

pena de muerte; la otra, Teresa Marrón, tenía un historial tremendo, y yo acababa de salir, y era mucha casualidad que nos hubiéramos visto. Para ellos una amistad verdadera de unas chicas que han convivido en la cárcel no existe. Estaban locos por sacar la madeja, como es natural, pero no salió nada, quedó limitado a las tres.

Nos juzgaron y ahí interviene un ponente que conocía un cuñado de mi hermana, que era de su mismo pueblo, que dijo de mí: "Vaya suerte que tiene esta chica, fíjate, de guerra siete años en la cárcel, desde que era una criatura, y ahora no hace más que salir y otra vez que la enredan, y es una chica buenísima". Y entonces el ponente dijo: "Bueno si eso es así, yo me voy a llevar el expediente a mi casa"; porque nos tocaba Larrea, aquel célebre ponente que generalmente se cebaba con penas de muerte, era muy duro el tío aquel, y este Barcina era un poco más suave.

Nos pedían veinte años, pero realmente no había más que la carta. Ellos no se lo creían, pero era que la una se lo hubiera encontrado y a la otra se lo hubieran dado. Bueno cada uno daba su salida; y yo, como no tenga más que la carta, lo acepto, digo que sí. Dicen: "¿Dónde la has mandado?", "A ningún sitio". "¿Por qué?" "Porque no me han dado ustedes tiempo". "Pero ¿qué intención tenías?". "Pues mire usted, no es más que una petición de ayuda a los presos, y como he estado tantos años, su problema lo siento como mío; he estado siete años y sé lo que es la cárcel y lo que supone estar años y años, he salido con verdaderos deseos de ayudarles llevándoles lo que puedo, pero fuera de eso no hay más". Y así quedó la cosa. Estuvimos dos años cumplidos dentro, lo que nos echaron; dijeron primero que nos pedían veinte años porque no se tragaba nadie lo que decíamos, y el ponente le dijo al cuñado de mi hermana: "Caray con la chiquita esa, no hay más que leer los expedientes para ver que es una comunista convencida, porque no hay un tanto así para poderlos atacar". Era verdad, no había nada que les facilitase el trabajo en ningún sentido. "Voy a hacer lo que pueda porque tú me lo pides y lo pienso hacer, pero eso de que está por casualidad, la primera y la segunda vez, no hay tal casualidad".

—Así, ¿estuvisteis por segunda vez en Ventas? Ya se vivía mejor, había menos aglomeración, ¿no?

Sí, en esos dos años en Ventas se vivía mejor, había menos aglomeración, y estaba de otra manera, aunque había mucha gente nos encontramos a muchas de la segunda vuelta.

—¿Qué año era?

Salgo el 49, en julio.

—¿Y sales y vuelves a la clandestinidad?

Sí, salgo y nada más salir empiezo a buscar el Partido, pasé bastante tiempo buscando y sin encontrar; entonces no fue fácil. Cuando lo encontré me incorporé de nuevo y ya todo fue bien, hasta lo de Grimau.

—¿Tú estabas directamente con Grimau?

Sí, estaba directamente con Grimau, y antes de Grimau con muchos camaradas; Grimau vino cuando cayó Simón. La vida del Partido en la clandestinidad ya la sabes tú. Es necesario que sepan que nosotras no nos hemos doblegado y que hemos seguido luchando junto a los hombres. Cuando la caída de Grimau, tuvimos suerte de podernos marchar; estuvimos fuera en el exilio, siete años y medio mi compañero y yo; los dos saltamos, todo salió bien, porque entonces nos buscaban con mucho tesón.

—Y ¿cómo te enteraste?

Porque ya se sospechaba de Lara. La desaparición de este fue rara. Como vivía muy cerca de casa, me enteraba, corrían rumores de que primero detuvieron a su hijo y después a él; le soltaron y se oían comentarios de que se le veía por la calle junto con la policía. Esto empezó a preocuparnos. Un día me encontré de cara con él (porque ya a partir de esos rumores procurábamos no verle, le rehuíamos). Fue tan de sopetón... Voy yo a salir del metro y él a entrar, pero así, de frente, que ya cualquier otra cosa hubiera sido peor. Y me alegró, porque si yo no hablo con él nos pillan en casa, porque se ve que ya estaba la cosa muy madura; al hablar con él y decirme: "Si van a por tu marido, que diga que nos conocemos del barrio", pensé: "Tate, ya lo ha dado". Y cuando me retiré de él, no fui por mi casa; frente al metro había un autobús, y casi cerrando las puertas me subí a él. Miré hacia donde había dejado a Lara y vi a otro acercándose a él, seguro que era policía. Le diría: "Y esta, ¿quién es?"

Dio todos los datos que fuera. Se conoce que ya habría hablado; y esa misma noche fueron. Me voy a ver a Isabelita tomando todas las precauciones, y le digo: "Oye, mira lo que ha pasado, y además es que vengo convencida, esas cosas que las ves clarísimas, de que hay lío". Es más, le dije: "No te pido más favor que, si me detienen al llegar a casa, si está la policía, estés al cuidado de Antonio, que no vayan y le cojan también". "No te preocupes". "Y en caso que nos detengan, que el Partido sepa por dónde han ido las cosas, porque si me detienen yo no podré hablar con nadie; si detienen a mi compañero tampoco, y entonces nadie va a saber nada, que sepan que me he encontrado con Lara y ha pasado esto; ahora no sé lo que pasará". Me fui a mi casa. Llegó mi compañero a las ocho, le gustaba lavarse antes de nada y siempre teníamos muchas cosas de qué hablar. Le dije: "Mira, esta noche antes de nada me vas a escuchar, y tú dirás lo que crees que debemos hacer, pero primero me escuchas". "Habla". "Ha pasado esto". "Pues ahora mismo nos vamos". "¿No cenamos?". "Ni cena, ni nada". Y nos fuimos. A las diez íbamos en un taxi, en él escuchamos el parte, y a las diez y media o así, estaba la policía en casa, así que fue por pelos el no cogernos. Se quedaron toda la noche porque la portera me había visto entrar. Me había visto subir la leche como todos los días y entonces la mujer les decía: "Que está arriba", y ellos creían que estábamos dentro y que no queríamos abrirles. Creo que armaron una zapatiesta tremenda al llamar con violencia. Pero al día siguiente mi compañero se marchó al trabajo y yo fui a la casa, tenía que sacar un barco de los que hacían en Burgos, un poco de dinero de algunas cosas que había vendido y la ropa de Sixta Carrasco, una camarada que murió y que yo cuidaba de su ropa. Mi marido estaba de lo más dudoso de ir aquella mañana al taller. Cuando llegué a casa no noté nada. Subí y, nada más abrir la puerta y empezar a coger la ropa, oigo que vienen: ¡pom, pom!, pero con un nerviosismo... Digo: "Anda, ya se ha *liao*". Y era la portera: "Ustedes no han dormido aquí esta noche, ¿verdad?". "No, ¿por qué?". "¿Cómo que por qué? Porque ha estado aquí la policía hasta esta madrugada". "¿Sí?". "Pues ahora sí que me voy". Cogí una chaqueta, lo que más cerca tenía de la mano, y salí andando; y dijo ella: "Sí, váyase, pero vaya lío que me deja". "Pues usted diga que no me ha visto". "Sí, pero si están ahí...". "¡No me diga!". "Si están en el bar de enfrente". "Se han estado hasta las tantas de la mañana, y creo que aún están ahí". "Pues mire usted, yo no tengo más remedio que probar suerte, a ver, con que métase usted primero en su casa y dentro de un poquito salgo yo y ya veremos

lo que pasa". Y salí, como si fuera al trabajo, y en vez de irme por el camino que iba siempre, que todo el mundo conocía, me fui por Doctor Ezquerdo. Había un taxista lavando el coche en la esquina, casi donde se daba la vuelta, y le dije: "Por favor, tengo un familiar muy grave y me acaban de avisar por teléfono, si fuera usted tan amable de llevarme". "Hombre, para una cosa así, ahora mismo", dejó la limpieza y me metí en el coche: "¿Adónde la llevo?". Le di la dirección de casa de una amiga y cuando llegué le dije: "Vete con un taxi, y sácame a Antonio del taller, porque han estado esta noche en casa". Entonces el marido, que nos estaba oyendo desde la cama, dijo: "Llamad por teléfono y que salga ahora mismo, porque mientras vais pueden ir ellos". Le llamamos por teléfono y salió, y unas horas más tarde, fue la policía. Entre que localizaban el taller se les pasó unas horas, las que llevábamos nosotros por delante, y así nos escapamos.

—¿Y todavía no habían detenido a Julián?

Todavía no. Yo vi a Julián creo que en octubre, sobre el 20 o así, se despidió de mí. Me dijo: "Voy a echar una escapada a ver las chicas". Yo como estaba muy compenetrada a él, no me gustaban los cambios porque estaba contenta, me daba satisfacción trabajar con Julián, serio, correcto y muy agradable... cuando se marchaba un camarada siempre dejaban otro, le dije: "Bueno, pero no tardes mucho", pero así un poco en broma. Dijo: "No, voy a dar una vuelta por casa a ver a la familia". A partir de esa fecha creí que Grimau se había marchado, pero después mi compañero, al cabo de dos o tres días, me dice: "He tardado porque he estado con Grimau". Digo: "¿Pero no se ha ido todavía?". "Pues no, no se ha marchado todavía, porque he estado con él". Esto era en octubre, y el 7 de noviembre estaba citado este Lara con un tal Enrique Castro, que está medio parálítico de guerra, y con mi compañero, y Lara esa noche ya no va, y a los dos o tres días nos enteramos que Lara está detenido. Y luego los rumores eran de que a Lara no lo soltaban porque estaban esperando coger un pez gordo, y el pez gordo resultó ser... yo entonces no sabía que era Grimau, o sea que para mí en octubre ya se había largado y resulta que se quedó ultimando cosas.

Ese tipo entregó a Julián. Yo no conocía su identidad, para mí era un camarada responsable del Partido, y no tenía por qué saber más; ignoro si hasta él llegó el rumor de Lara. Lo dudo; nosotros lo hicimos saber entre la gente más próxima, pero la clandestinidad de nuestro Partido no nos permitía ir más lejos de tu propia responsabilidad.

PROPAGANDA CLANDESTINA

A Adela yo no recuerdo haberla conocido en Ventas, por la fecha en que ella estuvo yo también lo estaba pero ¡éramos tantas!, que es imposible acordarse de todas. Lo que sí es posible es que al estar en la segunda galería, ella se acuerde de mí, pues yo la frecuentaba, y en ella conocí al grupo de las catalanas. Yo en realidad la he conocido al legalizarse el PSUC y sin lugar a dudas tuve gran satisfacción al conocerla, así como a su marido. Tenía conocimiento de esa gran pareja que hacía veinte años que trabajaban en el aparato de propaganda clandestina.

En el año 69 yo paso una vez más a la ilegalidad y, entre otras cosas, también trabajo en el equipo de propaganda, con Ramón, Ángel. Tenía las máquinas en su propia casa, en un cuarto piso, sin ascensor, creo que fueron unos ocho años. Y su hermana Palmira trabajaba con él. Los dos se han dedicado con cariño a este trabajo, sacrificando parte de su juventud. Sus amigos eran la máquina, el papel y la tinta.

En la primavera del 69 Gregorio me presenta a Olga Palmira y nos responsabiliza de buscar una casa que reuniera condiciones para trasladar el aparato de propaganda, de casa de Ángel y Olga. Las dos pusimos manos a la obra, y encontramos una torre magnífica en el paseo de Turull. Olga deja de trabajar con su hermano y yo paso a ocupar, no su lugar, porque ella vale mucho, pero empecé a trabajar con Ángel, y era muy penoso el desplazamiento a la torre, en la furgoneta de Víctor. Para subírnos el papel y llevarse los paquetes de la prensa, el tal paseo estaba sin urbanizar, los taxis no querían subir, cuando íbamos cargados era penoso el trayecto y busqué otra. Esta la teníamos en plena Barcelona. Calle Acacias número 40. También era una torrecita. De ahí salimos airosos a la legalidad.

Trabajando en la prensa con Gregorio Víctor y Ángel supe de la existencia de Adela y Luís; ellos llevaban el peso de la propaganda, solo sabían dónde estaban Gregorio y Víctor. Muchas veces hablando de ellos en nuestro equipo, nos preguntábamos si tenían derecho a ponerse enfermos. Nosotros por entonces tiramos Treball y Mundo Obrero para comarcas, más octavillas, que por una causa u otra siempre había tiraje. En ocasiones era en tal cantidad y en tal importancia, como por ejemplo el Proceso de Burgos, y otras cosas, que también ellos tenían que tirar en sus máquinas. Pero que además de Treball y Mundo Obrero para Barcelona, hacían Nous Horitzons y Nuestra Bandera.

Folletos y materiales del Partido... Al final de la clandestinidad, con la máquina offset grande, ya hacían ellos todo, y tenían alguna ayuda. Ha sido una pareja que he admirado y admiro, por su abnegación y sacrificio, así como a nuestro Víctor, Figuerola. Él suministraba todo lo necesario para los aparatos de propaganda y sacaba los paquetes, para su distribución en las correspondientes estafetas. También durante años fue el único conocedor de este trabajo, tan peligroso y de tanta responsabilidad.

Yo quería ingresar en la juventud en el año 34. Entonces, cuando mi hermano me dijo que había que merecerlo y que tenía que ir a vender periódicos, tenía muchos prejuicios, la verdad. Yo pensaba otra cosa, pero vender periódicos no, me daba mucha vergüenza. No ingresé en la Juventud hasta el año... sería finales del año 36, cuando supimos la noticia de su fusilamiento. Yo sabía que no iba a sustituirle, porque él valía muchísimo, pero me decidí y pedí el ingreso. El primer trabajo que yo quise realizar ya como una joven comunista fue hacerme enfermera. Y fíjate si tuve mala pata que coincidió que el primer día que fui al hospital con mi bata y con mi toca toda encopetada, hubo muchísimos heridos en un bombardeo y me desmayé. Cuando se me pasó, el médico que dirigía el hospital de Caspe, que era del Partido, me dijo: "Lárgate a casa y no vuelvas más por aquí, porque tenemos trabajo y tú vienes a dar más". Bueno, pues este fue mi primer trabajo, que yo creía sería positivo. Después trabajé en el Socorro Rojo, y en la Unión de Muchachas, y me mandaron a la Conferencia de Valencia, con otras dos compañeras. ¡Ah!, bueno, ese viaje, es muy curioso, salimos en tren de Tarragona, y al llegar a Amposta no pudo pasar el tren, hubo un tromba de agua tremenda y el Ebro se desbordó. Estuvo paralizado dos o tres días en Amposta y volvimos a Tarragona a ver qué medios había para marchar a Valencia; aunque hubo muchas dificultades, consiguieron embarcarnos a las tres, pero ilegalmente. Llegamos a Valencia, y como era un submarino de guerra, del Ejército de Marina, nos tuvieron en él hasta que se hizo de noche y nos pudieron sacar. Cuando llegamos a la conferencia, ya hacía casi veinticuatro horas que había empezado. Había representación de varios países. Una de las que más recuerdo es la de Indira Gandhi, hija de Gandhi; había del Japón, de la Unión Soviética, de China, incluso de Alemania y de Italia, a pesar de los regímenes que había. Fue una conferencia que yo entonces políticamente no entendí muy bien, pero me entusiasmó, y creo que esa fue una de las cosas que me hizo continuar mi camino.

Después, en Barcelona, ingresé en el Ministerio de Defensa, y trabajé hasta la retirada. Fue la camarada Dolores la que me firmó el aval para pasar al Ministerio. Terminada la guerra, como tantos miles de españoles pasé a Francia, en Toulouse seguí militando en la Juventud, y en el año 40, me dio el ingreso en el Partido un camarada que murió en la resistencia en Francia, que se llamaba Jesús Rius. Fue jefe de guerrilleros en España durante la guerra. Su compañera era Libertad Recajo.

Mi primer trabajo fue en el campo de Vernet l' Ariège, que era donde estaban encerrados todos los de la Brigadas Internacionales que habían luchado en España, muchos españoles, e incluso franceses, porque el partido comunista francés era ilegal. El campo Vernet l' Ariège lo utilizaron exclusivamente para concentrar comunistas, y yo tenía que hacer allí de enlace con una documentación falsa, para visitar a una camarada de Madrid que se apellidaba Prado, no me acuerdo el nombre. Tenía que llevar materiales, y como no teníamos máquina de escribir lo hacíamos a mano. Tenía que copiar un documento que había publicado el Partido aclarando el problema del Pacto Germano-Soviético, que fue duro de comprender. Después había una alocución de la camarada Dolores desde Moscú, que había cogido taquigráficamente y hecho copias. Se hacían bastantes cosas y documentos del Partido. En Toulouse tenía que hacerlo yo sola, me faltaba tiempo. Me presentaron a un camarada catalán estudiante para que me ayudara. A él poco después uní mi vida; así nos conocimos.

él que fue y es mi compañero de trabajo. La segunda vez que realicé el contacto del campo estuvieron a punto de detenerme y lo pasé mal. Pero junto al que ya era mi marido continuábamos en la resistencia. Murió mi suegro y decidimos regresar a España. Nos vinimos a Valencia, yo a Zaragoza no me atrevía a volver y mi padre no quería, temiendo que llegase y me detuvieran. La familia de Valencia era gente de derechas, uno se portó muy bien con nosotros, nos ayudó mucho. Nos arreglaron la documentación. Lo que no pudimos fue conectar con el Partido.

Unos meses después nos trasladamos a Zaragoza, y nada más llegar, conecté con el Partido a través de un camarada que se llamaba Herrera, de un pueblo de las Cinco Villas, de Ejea de los Caballeros. Era del Comité Provincial; nos pusimos en contacto con él y empezamos a trabajar. Cayó él, al año siguiente de estar nosotros, y al caer varios camaradas de Zaragoza nos quedamos aislados. Y en ese momento del aislamiento fue cuando se presentó en casa, en nombre del Comité Central, un muchacho joven. Pero como no vino con consigna yo no quise hacerle caso. Pensé que nosotros teníamos una contraseña que habíamos dejado en Francia, prevista por si tenía que venir alguien a hablar con nosotros desde Madrid. Me insistió y volvió dos veces. A la tercera vez que volvió, vino a detenerme: era el famoso Conesa, que entonces debutaba y que estaba muy bien preparado, por cierto. Yo no caí, pero en Zaragoza cayeron muchos camaradas que venían en la lista que habían mandado de Francia. Este camarada que me había dado a mí el ingreso. Jesús Rius había mandado una lista de gente que había venido a conectar con nosotros. Pero por lo visto el enlace era un confidente de la policía y entregó la lista, y con muchos detalles, e incluso físicos. A mí me conocía, porque le habían dicho que era una chica más bien gordita, y cuando vino me encontró delgadísima, porque estaba enferma de la pleura, y no me reconoció. Pero tenía muchos datos: sabía que mi marido tenía una bicicleta en Toulouse, que utilizaban para hacer enlaces. Yo negué todo eso. Venían sin la consigna y, la verdad, tuve miedo, pensé: "Este puede ser un agente". Él insistió, por la seguridad que debía de tener, y a la tercera vinieron a las dos de la mañana, con tres policías más, y fui detenida. Me dieron el susto padre, porque no me quisieron llevar a comisaría, sino directamente al campo de Valdespartera, que era donde fusilaban a los que detenían y no les pasaban por comisaría y todo el mundo lo sabía; les oí que dijeron: "Mira, a esta la llevamos a Valdespartera, le pegamos dos tiros y en paz". Y me lo creí. Aunque hubiera querido hablar no hubiera podido porque tenía un nudo tremendo en la garganta. Mi marido hacía cosa de un mes que había salido a trabajar, como representante, por el sur, y me preguntó mucho por él. Yo les dije que no sabía nada y que además, las cosas entre nosotros no iban y nos hemos separado, así lo habíamos acordado con mi marido en caso de que me pasara algo, cuando me detuvieron yo lo mantuve. Mi madre lo sabía porque yo se lo había explicado, se puso al habla con mi suegra por teléfono, y le dijo que me habían llevado al "hotel" y que naturalmente yo había dicho que estaba separada de mi marido. Mi suegro lo comprendió perfectamente y, cuando fueron a casa de su madre a buscarlo, ella dijo lo mismo: "Mi hijo no sé dónde está, se ha separado de su mujer y mientras no se reconcilien, aquí no vendrán, porque así se lo he dicho". Y así se salvó.

Pero ya verás el tío puñetero de lo que fue capaz. Después de diez días en comisaría me llevan a la cárcel. Pasan unos días. Viene mi madre a comunicarme conmigo para decirme que me van a llevar a Madrid y la acompaña mi marido. Me di un susto,

porque pensé: "Yo estoy camuflándolo y él se presenta aquí". Pero nadie le preguntó nada. ¿Te fijas qué suerte? No le preguntaron ni quién era, entró en la cárcel con mi madre, comunicó conmigo, y se marchó tan tranquilo. Luego pasé en Madrid veintinueve días en la Dirección General de Seguridad, allí llevaron de Zaragoza, de Santiago y de Lérida, ciento diecisiete personas. Todas no venían en la lista, porque allí solo éramos seis o siete, pero ocurrió lo siguiente. Un camarada que cayó en Zaragoza, se llamaba Orozco, como estaba esperando al contacto, creyó que eran los camaradas en vez de la policía. Los presentó a todos los que conocía en Zaragoza y se reunieron con el Comité Provincial de Lérida, que cayó entero. Los de Santiago cayeron por la misma causa, y después mucha gente *de retorque*; por ejemplo, mi hermano Gustavo, que estaba en libertad provisional, lo cogieron conmigo. Después de detenerme a mí fuimos a su casa y lo detuvieron a él.

Los días en la Dirección General de Seguridad, creo que han sido los veintinueve días más horribles de mi vida, porque fue algo terrible cómo nos recibieron. Llegamos y nos pusieron en fila. Eran todos hombres menos dos mujeres, una señora que se llamaba Laura y yo. A la pobre mujer le pasó igual que a Orozco; esperaba el contacto y se confió, bueno, de tanta alegría le contó su vida y milagros, y la pobre mujer recibió... pues te puedes imaginar, porque se pensaron que era una dirigente por las personas que conocía. Había quedado su marido en Francia. Ella, creyendo que era un camarada, se confió habló y hasta exageró, porque a veces ella me lo decía: "Yo a veces queriendo explicar las cosas exagero". Le pegaron muchísimo y a ella en Madrid la procesaron. A mí me tuvieron que sobreseer la causa, porque tuve la suerte de que todos los de la lista venían de Carcasona, yo venía de Toulouse. Los camaradas Jesús y Liber me conocían ya en España y nos habíamos visto en Toulouse. Ellos sabían la dirección de mi familia, de Zaragoza, porque yo se la había dado a él.

Después me regañaron los camaradas del Partido, porque veníamos con una misión y no tenía por qué haberle dado la dirección. Cuando íbamos a salir de Francia les escribí diciendo: "Venid a la estación tal día, me marcho para España", con el fin de pedirles que escribieran y para que rompieran la dirección. Pero no vinieron. La causa la ignoro. La cuestión es que este chico me puso en la lista de los que habían venido de Carcasona. Como a mí nadie de los que vinieron me conocía, me pude salvar. Además, como yo había negado todo, cuando vino el general De las Iglesias a tomarnos declaración me insistió, pero yo me mantuve en lo mismo. Le dije que no, y no negué que fuera antifranquista. Le expliqué las causas, le dije todo lo que le habían hecho a mi familia, y el hombre estuvo bastante comprensivo conmigo. Me dijo: "Pues tiene razón", luego me dijo: "Ya hemos terminado. Prepárese usted, que se marcha". Cuando llegué a la galería y les conté a las camaradas lo que me había ocurrido en la declaración me dijeron: "No te fíes, ese tío te quiere llevar otra vez a la comisaría, para que te den candela y hables". Y así fue. Me llevaron otra vez a la Dirección General de Seguridad. Era el día del santo del caudillo y nos anuncian que salíamos en libertad. Y cuando nos entraron para hacer la ficha, empiezan a llegar hombres en otros coches; y entre ellos llega mi hermano, que también le habían sobreseído la causa porque tampoco le conocía nadie de aquel grupo. Entonces se dieron cuenta de que le tenían solamente porque estaba fichado y en libertad provisional, y con él estaba un hermano de Barrera, el primer contacto que habíamos teni-

do, que también detuvieron por ser hermano de Barrena, y también otro chico de Caspe, Sierra.

Yo quería explicarte qué fue lo que más me ha quedado grabado en la memoria. Cuando llegamos a Madrid nos metieron en Gobernación, estábamos en dos filas y sacaron un muchacho pegándole entre tres de tal manera que no parecían gritos de ser humano sino de una fiera. Al poco rato se lo llevaron en una camilla con los brazos arrastrándolos. Ya lo habían matado. Luego nos enteramos que era un muchacho de la Juventud, un estudiante de Santander. Bueno, en la Dirección General de Seguridad, éramos más de tres mil. Fue una caída de esas bestiales en toda España. Y lo nuestro no tenía nada que ver con lo de ellos. Pero era impresionante la cantidad, y no solamente de hombres. Podemos decir que la mujer en la lucha ha intervenido. Éramos en la Dirección General de Seguridad por lo menos cuarenta mujeres detenidas, torturadas.

Recuerdo a una muchacha como si fuera ahora cuando la vi entrar. Se llamaba Adela o Adelaida y la llamaban *Chon*. Llevaba una falda azul y una blusita blanca, era el mes de agosto, entró la mar de mona, y cuando la sacaron del interrogatorio, yo casi me desmayé al verla. La arrastraban en una manta, porque no podía andar. Iba toda rota. La cara desfigurada, los labios abultados, los ojos salientes; bueno, era un monstruo. De tal manera la torturaron que cuando la llevaron a la cárcel, ya estábamos nosotras después de los veintinueve días que llevábamos, aquella chica estaba incomunicada todo el tiempo. Yo tuve mucha suerte en aquellos calabozos, e incluso tropecé con un guardia que le llamaban *el Sevillano*, que nos ayudó muchísimo el pobrecito, venía a mí y me decía: "Oye, mañica, agarra la estilográfica que vas a trabajar por ahí". Y era una escoba y un pozal con serrín, y me hacía correr todo el pasillo. Pero para que yo viera a mi hermano, que estaba con el grupo de Zaragoza. Cuando pasaba por la celda, hablar no podía, pero lo podía ver, y por señas nos entendíamos. Él me preguntaba si me habían pegado. Yo le contestaba que no. Y yo le preguntaba a él y me decía que tampoco. Pero en fin, era una forma de vernos. Yo tenía mucha curiosidad por saber dónde estaba esta chica, por ver si la podíamos ayudar, pero el Sevillano nunca se atrevió, pero sí me llevó a un calabozo donde había una camarada que solo recuerdo que se llamaba Elcisa, le habían pegado y había abortado, y estaba la pobrecita sola. Él fumaba fuerte para que no olera el alcohol, porque él le ponía una inyección antihemorrágica que traía escondida y le daba una capa de algodón para que ella se pudiera poner compresas. Nunca he vuelto a saber de ella. Era una muchacha morena, la recuerdo, pero ni la voz oí, porque él llegaba allí y decía: "Si estos se enteran, me fusilan con vosotras, conque fijaos con lo que hacéis". Pues claro, ella nunca dijo gracias, solo con los ojos se veía su agradecimiento. Y él, cuando se marchaba, me decía: "Mañica, no me pierdas, ¿eh?". Entonces yo me sonreía, y en fin, le demostraba que no iba a decir nada, aunque me interrogaran. A este hombre le recuerdo con un extraordinario cariño, porque cuando se llevaron a los dos hombres me llamó y me dijo: "Ven aquí". Digo: "¿Qué? Tengo que coger la escoba otra vez", me dice: "No, toma". Me dio dos mil pesetas, que en aquella época era una cantidad considerable, que mi hermano le había entregado antes de que se lo llevaran, porque pensaba que yo no tenía dinero, y le dijo: "Dale esto a mi hermana". Y él me lo dio. Cuando salimos mi hermano me dijo: "Fíjate si es curioso, le he dado dos mil pesetas y te las ha entregado, tiene que ser un hombre

muy honrado". Y era un policía armado; le llamaban *el Sevillano*, siento no saber su nombre.

Nosotras salimos por una cosa muy curiosa, fíjate que detienen a una mujer vestida con un pantalón de pana, un jersey y una mochila. La metieron en el calabozo y estuvo veinticuatro horas sin levantarse del suelo y sin hablar ni una palabra. Estábamos todas preocupadas, pero como ella no decía nada, no nos atrevíamos a hablar, hasta que el Sevillano viene a la mañana siguiente y nos dice: "¿Hay alguna de vosotras que hable francés?". Y le dije: "Yo hablo un poco". "Pues mira, esta mujer es francesa, pregúntale si quiere algo, porque si no se va a morir aquí, no se ha movido del sitio desde ayer". Entonces yo me acerqué y le hablé, y la mujer me contestó con timidez, no sabía si éramos comunes o qué éramos. Yo le expliqué que éramos políticas, no le dije de qué partido, pero que éramos antifranquistas. Entonces la mujer me dijo: "Yo vengo de Francia; soy de la Cruz Roja Internacional. Tenía que llegar a Pamplona, me habían prometido una entrevista con el gobernador y facilitarme un salvoconducto para llegar a Madrid a la embajada británica. (Era el período de la guerra mundial, en el 43). El gobernador de aquella capital, no sé por qué, me presentó a la policía. Me detuvieron y me trajeron a Madrid, pero no a la Embajada sino aquí, a este calabozo". La mujer estaba preocupadísima, porque en las embajadas británicas la esperaban, y no tenía ningún medio para avisar. Estaba asustada.

En un calabozo contiguo al nuestro traían todos los días a las prostitutas y a las estraperlistas, las que vendían leche, tabaco. Había mujeres que habían pasado por los calabozos varias veces y una que era de Zaragoza me contó que habían fusilado al marido, que era del Partido, al venir del frente; llegó a casa y al día siguiente lo vinieron a buscar, y sin juicio ni nada, lo habían fusilado. Ella vivía con los suegros y tres niños y sin trabajo. Tenía que dedicarse al estraperlo por fuerza, y volvía a estar detenida en los días que habían detenido a aquella mujer. Le dije a la francesa si quería sacar una carta, me dijo que sí, que haría una nota para llevar a la embajada británica; se lo dije a la mañica y me dijo: "Claro que nos registran. Pero no te preocupes, que no me la encontrarán". A estas mujeres las tenían allí una noche, pagaban veinte duros de multa y las ponían en la calle. En aquellos tiempos cien pesetas eran mucho, yo le dije: "Si no tienes el dinero yo te doy las cien pesetas, sales y llevas la nota". Y efectivamente la llevó. Salió que serían las diez de la mañana, y a las doce o la una, le trajeron una bandeja de comida de un hotel, que le bajó la policía armada. La pobre no probó nada, nos lo hizo comer a todas, y por la tarde vinieron a buscarla, el embajador con alguna otra personalidad, y la llamaron. Cuando bajó a recoger la mochila, nos dio un abrazo y nos dijo: "Haré por vosotras lo que pueda". Denunció las condiciones en que estábamos allí en el mes de agosto, que si se daba un caso de tifus, moríamos como ratas, porque allí ni había ni medios de higiene, ni ventilación, chinches por todas partes, miserias... fíjate la mujer si lo hizo, que dos días después se presentó la Cruz Roja Internacional a hacer una inspección, que no pudieron negarla, y vieron cómo estábamos. Les dijeron que si no nos ponían inmediatamente en prisiones que harían una denuncia internacional, denunciando las condiciones en que nos tenían. Ante esa amenaza nos sacaron a las cárceles sin habernos interrogado la policía. Aunque después siguieron teniendo meses y meses a la gente y torturándola: ese procedimiento duró años. A Conesa, que con la caza que hizo en

Zaragoza, y otras localidades, se ganó una prima, no sé si es verdad, pero se decía que le habían dado treinta mil pesetas, que en aquellos tiempos era mucho, y un mes de permiso, se casó y se marchó de vacaciones, y en este intervalo, cuando vino, nosotras estábamos todas en las cárceles, yo en la de Ventas. Cuando estaba en el patio de la cárcel de Predicadores de Zaragoza, con otra chiquita de Teruel, me dijo que había llegado un grupo de catalanas, que las llevaban a Madrid y estaban de paso. Una se acercó a mí como si me conociera, y yo a ella también; me preguntó: “¿Tú eres la que estabas en la guerra en Barcelona en tal sitio?”. Entonces ya nos dimos a conocer. Esta chica era muy maja, era moreneta, muy bien vestida, no me acuerdo de su nombre. Sí, es Soledad Real. Y después de tanto tiempo nos encontramos en la cárcel. Ellas llegaron antes que yo a Ventas. Yo salí de la cárcel de Zaragoza dos o tres días después, pero como tenía que pasar por la Dirección General de Seguridad y estuve casi un mes, cuando salieron de Zaragoza me dijo: “A ver si nos encontramos en Ventas”, pues me llevaron a la misma galería, a la segunda, oye, qué alegría encontrar a una persona conocida.

Recuerdo el día de la Merced, que es mi cumpleaños, me hicieron regalos, mira, fue para mí un día terrible. Entraron los niños en Ventas, por primera vez en aquel año, fue un día de esos emocionantes con los pequeños, pero todo no podía ser bueno, por la noche trajeron una lista; la cacería que hubo. Todas las penadas estaban por las galerías, las nombraron y las llevaron a la capilla, fue una noche de llantos y de cantar *La Internacional*. Porque en la capilla las ponían antes de llevarlas a fusilar. Fue una noche terrible. Y por la mañana les comunican que les habían conmutado la pena de muerte por treinta años. Fue una salvajada bestial. Estaba entonces aquella monja que llamaban *Serafines*, que era alemana, alta, delgada, y estaba la paisana mía la Veneno. ¿Sabes una cosa? Me mandaron una carta de una amiga mía de Zaragoza, recomendándome, no me quise presentar a ella, cuando supe el bicho que era. El día que me pusieron en libertad, un poco más y me mata del mal trato. Y la que me recomendó, cuando llegué a casa vino a verme y le dije: “Oye, a esa mujer no la vuelvas a recomendar a nadie, no solo tiene la fama sino que es un bicho”.

Te contaré algo curioso. La policía ya no pudo interrogarnos, porque estábamos bajo la disposición del juez. Entonces, cuando el general De las Iglesias se hizo cargo de los expedientes, como venían ya de Zaragoza, como si hubiéramos sido interrogados en Madrid, bueno nos sobreyeron la causa de aquel grupo, a cuatro: a Barrera, a Sierra, el de Caspe, a mi hermano (que no tenía nada que ver) y a mí, y nos pusieron en libertad el día del Caudillo, el día dos de octubre, me parece que era. Y aquella noche, oye, fue célebre, el hermano de Barrera tenía algún familiar en Madrid y marchó con ellos, pero el Sierra, mi hermano y yo, nos fuimos a un hotel de campanillas de Madrid a instalarnos, ellos con el pelo al cero, con una pinta... imagínate, el uno con dos almohadas y una manta debajo del brazo, el otro con un maletín y mantas. Bueno no nos querían dar habitación, nos la tuvieron que dar. Habían tropezado con maños.

Nos pusimos majos y nos fuimos a Perico Chicote a tomarnos un vermucito y luego a cenar, y al día siguiente, fuimos a la Dirección General de Seguridad, para que nos dieran el salvoconducto para ir a Zaragoza.

Chica, me encuentro con Conesa cara a cara y me insultó, me puso verde allí en el pasillo: “Y esa puta, ¿adónde va esa hija de no sé cuántos?”. Porque tenía un

vocabulario el tío... Yo no le contesté claro. Bueno, nos llevan al despacho. Entramos los tres a buscar los salvoconductos, pensamos que nos iban a enganchar otra vez, pero oye, no, el comisario dijo: "Están puestos en libertad, y no podemos hacer otra cosa, que se vayan a Zaragoza. Y si allá tienen algo que ver, que se las arreglen con ellos". Y nos dieron el salvoconducto. Pero yo en el tren estaba convencida de que nos iban a pescar otra vez. Llegamos a Zaragoza ya de noche y siempre me acuerdo del pobre Sierra. Estaba su mujer a punto de dar a luz y mi cuñada también, o sea que cuando llegamos la una había tenido un niño, y mi cuñada una nena. Sierra estaba emocionado, y es curioso que después que vino a darme la noticia, que había tenido un hijo, nunca más nos hemos vuelto a ver. No sé si se marchó de Zaragoza o el aislamiento por precaución, no le he visto más.

Te puedo asegurar que mi paso por Gobernación y Ventas en Madrid fue, posiblemente, lo que más me hizo tener conciencia de la necesidad de la lucha, porque vi aquellas injusticias, aquellas palizas, aquellas monstruosidades. Te juro que eso es... ya sabes, es imborrable. Y de ahí el camino de la lucha y la muerte si hace falta.

En Zaragoza todo el tiempo que estuve fui controlada. Venía la policía a casa muy amablemente. Pero cada quince días los tenía de visita, nunca pude salir, porque no me daban salvoconducto. Yo iba a pedirlo para ir a Valencia y no me lo daban. Y si me marchaba tenía que ser en el intervalo de esos quince días que yo calculaba que no iban a venir. Y así estuvimos hasta que nos cansamos de vivir en esas condiciones y, sin contacto, nos vinimos a Barcelona. Así fue nuestra llegada aquí. Tuvimos suerte, enseguida hicimos contacto y fue unos meses antes de la salida de Gregorio. El camarada que había conectado con mi marido, cuyo nombre no recuerdo, ni él tampoco, le conoció un par de meses nada más, le había facilitado algún material del Partido. Después desapareció de la fábrica, seguramente tenía algo que ver con la caída y tuvo que huir. Entonces nos quedamos sin contacto y estuvimos bastantes años. Pero nosotros empezamos nuestro trabajo. A través de Radio España Independiente cogíamos con magnetofón lo que nosotros creíamos interesante, como eran los editoriales de *Mundo Obrero*, declaraciones o llamamientos del Partido, las intervenciones de la camarada Dolores, en fin, todo lo que considerábamos interesante, y hacíamos un suplemento de *Mundo Obrero*. Entre los hijos, que eran pequeños y nosotros dos, lo distribuíamos por correo. Hasta Andalucía con las direcciones que teníamos, mandábamos a Fuentegenil, a Valencia, a direcciones de Zaragoza, a mucha gente que no sabía quién lo mandaba... La primera cosa que hicimos nosotros que ya consideramos importante fue cuando la reconciliación, que tomamos el documento íntegro e hicimos unos tres mil ejemplares, a folio escrito a máquina; claro, no teníamos otro medio. Entonces hicimos octavillas. Yo recuerdo que hicimos alrededor de treinta mil y que las distribuimos nosotros, porque entonces mi marido hacía el taxi. Por la noche cogíamos el coche y llenábamos Barcelona. Cada día un barrio. Después vino lo de la huelga general pacífica y también la huelga nacional e hicimos muchas octavillas. El Partido nos buscaba y no nos encontraba y nosotros buscábamos el Partido y no lo encontrábamos.

Mi marido formó una célula en el taxi que después hizo un gran servicio. Y por fin al ver que no llegaba el contacto, tuvimos la oportunidad de que yo fuese a Alemania. Me pagó mi hermano Ernesto el viaje, que estaba allí refugiado. Le

expliqué las condiciones en que nos encontrábamos y él inmediatamente habló con los camaradas de la dirección del Partido, que estaban en París, y enseguida nos mandaron a un camarada que no sé quién es, era del PSUC. No recuerdo cómo se llama ni creo haberle visto más. Y después vino Leonor, *Teresa*, y ya empezamos nuestro trabajo de propaganda en serio.

Empezamos antes de la caída de Vicente Cazarra a hacer en casa *Mundo Obrero* y *Treball* y otras cosas, en un aparato que compré Vicens. ¿Sabes quién es?, ¿no? Entonces le llamábamos Ferrán. En una mesa un banco de pruebas de esos que tienen las imprentas, y hacíamos *Mundo Obrero*. Y a la caída de Cazarra fue cuando empezó el trabajo de propaganda más en serio, hicimos ingresar a Ramón Doménech, *Ángel*, y a su hermana Palmira. Ramón buscó un piso, arregló una habitación, la acondicionó y allí empezó a trabajar bastante en serio. Se empezó a publicar *Unidad*, que había fundado Gregorio, y después estuvo muchos años sin publicarse. Vicente Cazarra creo que hizo un número, y después se empezó a hacer la imprenta, con la imprenta esta pequeña, que la tenemos para museo, empezamos a hacer esto, se hacía con la multicopista, además de los documentos, *Mundo Obrero*, *Treball*, que venía muy de tarde en tarde. Cuando mi marido fue al Comité de Barcelona se fueron ampliando las cuestiones de propaganda; fue cuando la caída de Ardiaca y de Guti, que tuvimos que marchar de Teodora la Madrid, donde vivíamos. Y nos fuimos a La Floresta. Mi marido tuvo que estar entonces unos meses en París, por la caída de Ardiaca, porque llevaba en el bolsillo un bloc y llevaba las iniciales de nuestra dirección y el número. Entonces consideraron que podía ser peligroso y lo mandaron allí. Cuando regresó vino Gregorio y montamos el aparato de propaganda también para el PCE porque empezamos haciendo todo, lo de Aragón y Levante, Castellón, Alicante, Murcia, Cartagena, Cádiz, Sevilla, y para Madrid, que hicimos también en una caída que hubo. Hicimos hasta el periódico del Comité Local de Madrid. Después esto se fue ya organizando y fue cada provincia haciéndose su aparato de propaganda.

Entonces pasamos a hacer solo lo de Cataluña del PSUC, para hacer las revistas y los periódicos, esto en una multicopista. Luego se montó la *offset* pequeña, todo esto ya no en nuestra casa: nos habíamos tenido que cambiar. En primer lugar porque ya no teníamos bastante espacio y en segundo lugar por la caída que hubo cuando el estado de excepción, que cayó la que hoy es la mujer de mi hijo. Tuvimos miedo a pesar de que se portó muy bien y no habló, no sabía lo que hacíamos, pero sabía que éramos del Partido y tomamos precauciones, y Gregorio nos aconsejó que debíamos trasladarnos a Les Fonts; allí estuvimos trabajando cinco años o seis. Después se formó la Junta Democrática, que entonces la libertad se aproximaba y querían comprar la máquina grande.

Allí no teníamos espacio, ni podía entrar, ni había corriente trifásica y esas cosas, y nos trasladamos a Ripollet. Estuvimos trabajando hasta el momento, que ya somos legales y con esta ampliación que tenemos hoy. Yo no puedo quejarme por esos meses de cárcel, de haber pasado las miserias y sufrimientos de otros camaradas y amigos. Sustos, muchos, pues con el trabajo que hemos hecho durante tantos años, nunca sabes de un día a otro lo que te puede pasar, pero la verdad es que hemos tenido mucha suerte. El trabajo es embrutecedor, cada día con las máquinas. Porque por nuestras manos ha pasado todo tipo de máquinas, desde la imprentilla que tenemos

allí, para museo, multicopistas, que cuando querían trabajar todo marchaba bien y cuando no... la tinta nos salía hasta por los oídos... Este trabajo lo he hecho muy a gusto y sobre todo he servido al Partido en algo difícil como es la propaganda. Yo no he aprendido nada más que a manejar máquinas, reparar papel, contar para hacer paquetes. La espalda la tengo hecha cisco de tantos paquetes de gran tamaño como he tenido que manejar, y es que las mujeres hemos estado siempre más o menos marginadas; porque yo, ya ves, mi marido, pues lo mismo compone una fotocopia, unos titulares, no importa qué. A mí... ¿por qué no me han enseñado? ¿Es que piensan que no somos capaces? Políticamente no puedo profundizar en una discusión porque no he hecho reuniones políticas, por la situación clandestina que tenemos, pero a mi marido lo nombraron miembro del Comité Central. Tenía que reunirse con Gregorio, con Víctor, con los más responsables de nuestra prensa. Yo con toda la prensa que pasaba por mis manos no leía nada, porque además no tenía tiempo. La mujer tiene que ocuparse de la compra, de la casa, de la ropa. Si alguna vez tenía un periódico o revista en mis manos estaba tan agotada que me quedaba dormida. O sea que las mujeres, en general, solo hemos servido para trabajar sin ninguna educación política. Oye, ahora cuando oigo a los chicos jóvenes de hoy cómo hablan me quedo con la boca abierta y me alegra. No me apena todo lo que he hecho y volvería a hacerlo pero fíjate como nos quedamos ahora. No tenemos seguro y por lo tanto no tenemos retiro; pues como no se arregle esto ya veremos qué vejez nos espera. Pero mira lo principal es que hemos entrado en la legalidad, como hace años dio la consigna nuestro Partido, hacia la reconciliación de todos los españoles, no mirando atrás sino el porvenir de nuestro pueblo. Y si recordamos con testimonios vivos lo que nuestra España ha pasado no es con ánimo de venganza, sino para que la juventud conozca nuestra lucha y no la vuelva a pasar.

LLEGO A BARCELONA DESTERRADA

Mi presentación en Barcelona no tuvo consecuencias.

Dejé mi mísera maleta en la consigna de la estación y me fui a ver a una camarada, que hacía más de un año que había salido en libertad y estaba sirviendo, lo recuerdo bien, en la plaza Tetuán. Esa fue la dirección que yo di para salir en libertad, pero como es natural sin permiso de sus señores; una cosa fuera de lo normal. Hice acto de presencia para saludar a mi compañera de cárcel Gregoria y le advertí de lo que había hecho previniéndola de que si algo ocurría ella nada más tenía que decir que yo me había aprovechado de que me había escrito a la cárcel, pues yo era la madrina de su hijo Raúl, nacido en la cárcel y sin advertirla a ella para nada había puesto aquella dirección. Nos despedimos y para no comprometerla no volví nunca más a ver a esta compañera. Después me fui hacia el centro orientándome como podía y caminando mucho, no quería gastar dinero: solo tenía treinta y cinco pesetas y no sabía si iba a encontrar casa donde quedarme a servir o tendría que dormir alguna noche en una pensión. Por fin en Las Ramblas, en el mercado de la Boquería, pude encontrar casa; o mejor dicho me orientaron para que fuera a una casa en que buscaban una chica. Esto me lo dijeron en una frutería. Me dieron la dirección: era la calle Baños Nuevos número 2, una tienda de artículos de piel, cinturones, bolsos, guantes, etcétera. Allí hablé con la dueña de la casa, y parece que le hice buena impresión. Acepté el sueldo y me dijo que fuese al día siguiente a las nueve. Yo insistí en quedarme aquella misma tarde; ya serían más de las seis, pues había estado todo el día rodando de un sitio para otro buscando casa. La señora me dijo que no me preocupara, que al día siguiente a las nueve y media podía empezar a trabajar. Como insistí varias veces en quedarme aquel mismo día, me preguntó si me pasaba algo y por eso insistía en quedarme. Yo le dije que sí, que me había escapado de mi casa. Le conté que era de un pueblo —no recuerdo si dije de Toledo o de otro sitio de Castilla—, que me querían casar con un primo solo por ir juntando los bienes, las pequeñas tierras que los familiares tenían. Y yo no estaba dispuesta a casarme con un hombre al que no quería. No podían hacerme nada puesto que era mayor de edad, y me había ido de casa por este motivo; así que en Barcelona no tenía familia ni donde quedarme. La mujer se santiguó, como buena católica, y me dijo:

—Ay, pobrecita mía, claro, así que quieres quedarte esta noche. Pues sí, hija mía. ¿No tienes nada, no tienes ningún paquete?

—Pues sí, señora, tengo una maletita en la estación.

—Pues anda, nena, anda, vete a buscarla y vente, que Barcelona está perdida y puedes ser una más entre tantas como hay por ahí; anda, ve y tráete la maleta y te quedas ya esta noche en casa.

Esto para mí fue un gran alivio. Así que fui a buscar mi malelita y aquella noche ya dormí bajo techo, contenta de haber podido encontrar donde trabajar. No es que me gustara ponerme a servir, pero tampoco me preocupaba; sabía que saldría adelante en el trabajo de la casa y más tarde ya veríamos lo que pasaba.

Gloria me había dado algunas direcciones de Barcelona para que visitara, personas a las que no podía perjudicar aunque no eran adictas al régimen, y pensaba visitarlas más tarde a ver si podía encontrar otro medio de trabajo. También un paisano mío que había visto cuando había estado a ver a mi madre; me dio la dirección de un amigo para que le visitara por si podía hacer algo; este tenía un taller de confección de ropa interior de niños.

Seguía preocupándome Bene. No sabía nada de ella ni dónde localizarla. Pensé que para presentarme al día siguiente a la policía tenía que salir de la casa poniendo algún pretexto; allí preguntaría por ella dando su nombre y apellido a ver si se había presentado y qué domicilio había dado. Así lo hice y el policía de turno fue muy poco agradable; me dijo que se habían presentado ya tantos que cualquiera sabía en qué lista estaría. Era cierto que en los días pasados habían sido muchos los ex presos que se habían presentado en las comisarías, pero si hubiera hecho un pequeño esfuerzo la hubiese encontrado, precisamente estábamos en la comisaría central. Él, claro, alegaba que, cualquiera sabe, a lo mejor se ponía a buscar y estaba en otro sitio.

Hay cosas que parecen increíbles, pero que son una realidad. A los dos o tres días de estar sirviendo, de tanto lavar y fregar la tienda, la casa, usando la lejía y planchar ropa, después de cinco años de no haber hecho esta clase de trabajo, las manos se me pusieron tremendamente mal de llagas. El muchacho que limpiaba los cierres y los engrasaba muy de mañana me vio un día fregando la tienda y vio cómo me sangraban los dedos. Me llamó a la reja de la puerta y me preguntó a bocajarro:

—¿Usted ha salido de la cárcel? —Yo se lo negué y entonces él me contestó—: No, si no me puede engañar, porque mi hermana ha salido también en estos días, se ha tenido también que poner a servir y tiene las manos como usted, así que no me engaña: aquí enfrente, en el número 1, en el bar ese que hace esquina, hay otra chiquita muy joven que también ha salido de la cárcel.

Yo vi que el chico no iba con mala intención al preguntarme eso, pues además se ofrecía el pobre por si necesitaba algo, que se lo dijera, que él sabía de todo eso; le habían matado a sus padres y él muy joven se había quedado solo; también sus hermanos mayores estaban en la cárcel y para comer había tenido que pedir limosna porque no quería ir a un orfanato. Después, algunos conocidos de sus padres le habían ayudado a encontrar trabajo. Consistía este en limpiar y engrasar los cierres de las tiendas, pero el chico estaba contento, había salido su hermana y para él era una gran alegría; además esperaban que pronto saldrían otros dos hermanos que continuaban en la cárcel. Yo me confié también a él y le dije que efectivamente había salido hacía unos días, y que si me quería hacer un favor. Y me dijo que lo que quisiera. Le expliqué que allí en la casa yo no había dicho que había salido de la cárcel y que por favor no lo comentase ni en el bar ni en ningún sitio. Él me lo prometió así y además le pedí que se enterara de cómo se llamaba la chiquita que había en el bar, pues yo buscaba a una compañera que había salido también unos días antes que yo y no la encontraba, y me preocupaba porque estaba bastante enferma. No quería yo preguntar yo en el bar para no descubrirme, por si ella había dicho la verdad, que había salido de la cárcel, y siendo las dos tiendas una frente a la otra podrían descubrirnos. En los días que llevaba me había dado cuenta de que eran del régimen y muy del régimen.

Y así fue. Era Bene la que estaba en el bar. Pude estar el domingo con ella; yo salía a misa y ella también. Claro, decíamos que íbamos a misa pero nos dábamos un paseíto. Entonces me explicó lo que había ocurrido. Al salir, en Segovia, pidió igual que yo alojarse en Guadalajara para ver a unos tíos y le dijeron que no, que el permiso se lo tenía que dar la policía en Barcelona; así que la chica siguió rumbo a su destino. Pero un destino sin familia, sin amigos y sin nadie, en una capital desconocida para ella, que no había salido de junto a su madre hasta el momento de separarla de la cárcel de Ventas a la cárcel de Segovia.

Desde la estación se fue a presentar a la policía. Al pedirle el domicilio contestó que no tenía ninguno y que no tenía familia. Estos le cogieron la ficha y le recomendaron que se fuese a las Ramblas, que allí había mercado y que seguramente allí encontraría alguna casa para servir. Así lo hizo la muchacha, pero dio vueltas de un sitio para otro sin encontrar dónde pasar la noche. Esta la sorprendió en la calle y, cuando ya cerraban los metros, se bajó al metro de Liceo y allí, en la última escalera, se arrinconó y se quedó dormida. Un sereno que vio un bulto allí acurrucado bajó, y al ver que era una cría tan joven le preguntó qué hacía allí, qué le pasaba, y la muchacha se lo contó. El hombre, con muy buena fe, la llevó a la comisaría más cercana, no sé si por la calle del Carmen o por ahí, y les dijo a los policías lo que ocurría y si podían tenerla aquella noche en algún sitio para que al día siguiente volviese a salir a ver si encontraba alguna cosa. Se quedaron con ella y en una camita que tenían para la guardia de ellos, le dijeron:

—Anda, échate ahí y descansa.

El sereno se fue satisfecho por haber hecho un bien a la chica. Pero al rato de estar en la turca, vino un policía para compartir la cama; ella se negó, protestó y el otro le dijo:

—Ah, ¿con que con humos y todo? Pues nada chica, duerme sola; no te extrañe que cuando estés dormida te despiertes en plena sesión.

Ella comprendió lo que quiso decir el cerdo del policía y en un momento de descuido —andaban por varios despachos y aquel era un cuartucho de descanso para ellos— pudo escaparse. Volvió a buscar al sereno y le contó lo que le había ocurrido. El sereno la retuvo con él casi toda la noche y le dijo:

—No te puedo llevar a mi casa porque vivo lejos, pero yo tengo aquí un portal fijo y salgo a hacer alguna ronda y vuelvo otra vez, así que ven y te llevaré al portal; allí no te molestará nadie y mañana ya veremos.

Al día siguiente por la mañana este hombre, que corría los bares por todos esos barrios del casco viejo de Barcelona, se enteró de que en la calle de Baños Nuevos tenían necesidad de una chica, y él mismo la llevó. Como es natural, después de quedarse con ella para servir, sabiendo que había salido de la cárcel, pero que la llevaba el sereno y que además iba a estar vigilada por la policía, etcétera, acordaron que fuese a la policía, y ella fue donde había estado el día anterior, para dar su domicilio, y así ya sabían dónde se encontraba; y le advirtieron de que el primer domingo de mes tenía que presentarse. Por el distrito en que estábamos no nos correspondía ir a presentarnos a la vía Layetana, sino a la comisaría de la calle Ancha. Allí había ido yo pues había preguntado en la calle a qué comisaría pertenecía aquel barrio y al

decírmelo allí me dirigí. A mí no me gustaba que Bene fuese a la vía Layetana, y le dije:

—Tienes que ir a darte de baja y a decir que te pertenece la calle Ancha, que así te lo han dicho unos policías en el bar que estás trabajando.

Tenía verdadera aversión a la vía Layetana sin haber pasado todavía por ella, sabía muchas cosas a través de las camaradas catalanas que había pasado por Ventas y contaban las torturas que habían tenido que pasar con los hermanos Creix, con Polo, Quintela y otros que les acompañaban en las torturas que aplicaban a los detenidos para hacerles decir a algunos lo que era verdad y a otros lo que era mentira. Así que Bene trasladó la presentación de los primeros domingos de mes a la comisaría de la calle Ancha.

Era tal la cantidad de ex presos que nos teníamos que presentar en la misma fecha que había colas inmensas de hombres y mujeres para poder firmar en el libro de presentación. Daba verdadera pena ver a los hombres, sobre todo porque ellos tenían menos facilidades que nosotras para el trabajo. Las mujeres nos poníamos a servir y salíamos a delante. Los hombres llegaban a las fábricas, a los tajos de las obras, y en cuanto presentaban su papel de libertad vigilada no les cogían en el trabajo. Cuántos se desmayaban de hambre, iban mal vestidos y estaban totalmente desesperados. Con todo lo grave que era estar en la cárcel, algunos incluso decían: "Se está mejor allí que sufriendo esta vejación social en la calle, desterrados, sin familia y sin hogar". Dormían como podían en los portales, por cualquier sitio. Recuerdo que un día faltó un muchacho a presentarse y nos enteramos de que lo habían detenido porque había robado algo para comer. Un camarada, que él mismo nos dijo que era del Partido, estaba rabiando y decía: "Esto es lo que quieren estos asesinos, echarnos de nuestros hogares, que no nos abran las puertas en el trabajo y que robemos, somos ante todo políticos y tenemos que defender nuestros derechos". Esto nos lo decía en un corrillo de hombres y mujeres después de habernos presentado o esperando a presentarnos para darnos moral, para decirnos que no teníamos que ser delincuentes porque a eso nos querían arrastrar. El hombre se encendía con esta verdad, pero su cara era cadavérica. Yo me acuerdo bien de aquel rostro; no recuerdo ni cómo se llamaba ni qué habrá sido de él, pero cada vez que podía reunir a algunos junto a él era para decirles que antes de robar y volver como ladrones a la cárcel era mejor morir en la calle de hambre, que el pueblo se enterara de que les echaban de la cárcel sin ningún derecho, para que murieran en las calles o para que robaran y volvieran a las cárceles como presos comunes.

Todas las que estábamos sirviendo, durante ese período de las cuatro semanas, íbamos quitando algo de la cocina; una latita de conservas, los últimos días trozos de pan, tabaco del señor, todo lo que podíamos arramblar era para ellos. Nos combinábamos para que no fuese cada cuatro domingos, sino que cada domingo cuando salíamos a misa les encontrábamos en algún sitio y les dábamos el paquetito. Bene podía sacar muchas cositas porque en el bar siempre sobraban tapas y podía cogerlas: croquetas, empanadillas, boquerones, cosas así, las iba guardando para dárselas a estos hombres. Para nosotras era una pesadilla cada vez que nos sentábamos en la cocina a comer. Para los patrones de Bene y para los míos ya no era un secreto que éramos amigas y que salíamos juntas. Lo que no sabían era la procedencia de nuestra amistad, pues según ellos se debía a que los balcones de la casa de Bene y los míos

estaban unos frente a los otros, y como la calle es muy estrecha, limpiando las habitaciones de los balcones abiertos nos habíamos conocido. Como no éramos de Cataluña y no teníamos familia, habíamos hecho una sincera amistad las dos. Así que ella venía a buscarme el día que nos tocaba salir, o yo iba a buscarla a ella.

Me preocupaba esta chiquilla, pues no podía llevar el trabajo de la casa por su enfermedad; estaba muy delgada, yo cada vez la veía peor y no sabía cómo solucionar nuestras vidas. Como una de las direcciones que me dio Gloria Cueto era un médico de la calle Conde del Asalto, que no estaba lejos de donde estábamos sirviendo, una tarde que nos tocaba salir fuimos las dos a visitarle. Era un hombre ya en sus setenta años, o quizás más, muy buena persona. Al decirle que íbamos de parte de Gloria, nos preguntó con mucho cariño y con mucho interés por ella. Entonces nos enteramos de lo que nunca había dicho, que había sido millonaria. Este médico era el de cabecera de su casa. El hombre nos reconoció a las dos y nos vio bastante pachuchas; nos mandó unas tandas de inyecciones, que él mismo nos ponía, y que tomásemos extracto de hígado. Nos dio unos frascos para que los tomásemos después de las comidas. Esto nos repuso un poco.

Cuando lavaba la ropa de la casa, el lavadero daba justo enfrente de otro lavadero, el del número 4. Estaban tan juntitos el uno del otro que casi nos podíamos dar las manos en aquel patio de luces. Hice amistad con la señora que iba a lavar la ropa a aquella casa; era una mujer maravillosa, una mujer buena y cariñosa. Tenía una amarga historia en su vida, pero tenía bastante moral y sabía llevarla con bastante dignidad. Trabajaba desde muy niña, ya sus hombros estaban un poco cargados del peso del trabajo de tantos años. Tenía una hija de unos doce o trece años que era una preciosidad de criatura. Vivían las dos en una barraca nada menos que en la Diagonal, un poco más arriba de la plaza Calvo Sotelo. Charlábamos mucho el día que a las dos nos tocaba lavar. Ella sabía que yo llevaba el servir bastante mal y en alguna ocasión me había dicho:

—Si encuentras algo, ya sabes que aquella barraca la podemos compartir contigo.

Yo le decía que si la podía compartir conmigo tenía que ser también con Bene; era la que más me preocupaba por su salud y quería sacarla de servir. Esta mujer tan buena, Carmen se llamaba, o quizá se llama todavía, me dijo:

—Las dos tenéis sitio en la barraca; no os encontraréis muy cómodas, porque cuando llueve nos tenemos que poner paraguas en la cama y latas por todos los sitios para las goteras, pero en fin, podréis tener un poco más de libertad. Ya sabéis que está a vuestra disposición.

Visité otra de las direcciones de Gloria. Era el dueño de la sastrería de La Pedrera, en el paseo de Gracia. Cuando llegué y vi aquella sastrería con tanto lujo, me dije: “Maja, me parece que vas mal”, pero de todas formas pregunté por este señor y me llevaron a un despacho muy lujoso. Le dije que iba de parte de esta amiga mía que estaba en la cárcel; me recibió muy bien y me dijo que era el sastre de su marido, y cuando ella se hacía algo de corte sastre también la vestía y que lo que yo necesitaba podía pedírselo. Le pedí trabajo. Me pregunto qué sabía hacer y yo le dije que los pantalones que yo había hecho eran tan distintos de los que allí se hacían... Yo hacía en la cárcel de Ventas los pantalones para los uniformes de los presos y en la guerra alguna vez había estado en el taller para hacer monos o pantalones para el frente.

Pero lo había hecho muy poco. Lo único que tenía era mucha traza para coser; eso sí, mis puntadas siempre iban bastante escondidas. El hombre me dijo:

—Cuando quieras puedes venir a trabajar, tuya es la decisión. No tienes más que presentarte.

Acogiéndome al ofrecimiento de Carmen nos fuimos a vivir a su barraca, sacando de servir también a Bene. Nos instalamos allí y fui a trabajar a la sastrería. El encargado del taller vio muy pronto que yo no sabía hacer pantalones, pero también vio que sabía coser y el hombre me habló muy claro y me dijo:

—Mira, hija mía, de pantalones tienes tú lo que yo tengo de monja; pero sabes coser y es muy difícil encontrar un sastre que quiera hacer arreglos. Tenemos clientes muy buenos a los que a veces hay que arreglar un pantalón o un chaleco, alargarles o acortarles unas mangas; te vas a quedar aquí en el taller y vas a ocuparte de los arreglos. ¿Estás de acuerdo?

Yo, más contenta que unas castañuelas, le dije que sí, porque además el sueldo no era malo e incluso a la segunda o tercera semana me lo subieron porque los arreglos iban que chutaban. Solo estuve cinco semanas trabajando. Me llamó el dueño a su despacho y me contó riéndose lo que le había dicho el encargado que de pantalones ni hablar, pero que cosía muy bien y estaba contento conmigo. Solo me pedía que fuese al sindicato o ellos mismos me darían de alta; no podía tener una obrera sin sindicarse; si le hacían una inspección podrían cerrarle el taller y además ponerle una multa y no podía arriesgarse en plena temporada a una cosa de esas. Yo le dije:

—Bueno, el lunes le diré algo.

Esto me lo había dicho el sábado después de cobrar. Mi fui a mi barraca y aquella noche no pensé otra cosa que en el Partido; aún no lo había encontrado, estaba totalmente desligada de todo y no podía contar con nadie para saber qué podía hacer; lo que sí sabía es que por aquella época no podíamos sindicarnos. Algunos camaradas que lo habían intentado habían sido separados del Partido, y eso sí que no lo podía hacer; prefería dejar el trabajo a que cuando encontrase el Partido me dijeran que no había nada que hacer porque estaba en los sindicatos verticales. Así que el lunes llamé por teléfono al taller, con una excusa: no volví más a trabajar.

Las semanas que estuve en el taller había podido hacer algunas visitas más, que Gloria y el paisano mío me habían indicado, para saber cómo reaccionaban y me recibían. Una de estas direcciones era la calle Mallorca frente al mercado del Ninot; era una pensión. También se llamaba Carmen, como la señora de la barraca, y también era una excelente persona. Era una viuda y con una nena muy maja que se llamaba Amparín. Me acogieron con mucho cariño; me dijo que Gloria era una gran persona y que ella había sido su cocinera. Y que su casa estaba abierta para mí en todo momento. Fui también a ver a otra de las de Gloria, que se llamaba Consuelo y tenía una perfumería en Muntaner esquina Aragón. Me dijo que había sido la doncella de Gloria; así que todos los que me había indicado habían estado más o menos a su servicio, pero ella nunca me lo había dicho. También Consuelo se me ofreció para todo lo que necesitara. Nos proveía de jabón, de colonia y de algunas cosas necesarias para todo el aseo.

Al quedarme sin trabajo por no sindicarme acudí al amigo de mi paisano que tenía un taller de ropa interior de niños. Rápidamente me dijo:

—Aquí tienes un puesto de trabajo, puedes venir cuando quieras.

Yo le dije:

—Hoy mismo —y ese mismo días me quedé a trabajar. Me dieron una máquina de pedal. Había varias, todas ellas a motor, pero había dos de pedal y una de ellas la llevaba yo. Trabajaba doce horas. Me llevaba un bocadillo y en un cuarto de hora o veinte minutos descansaba comiendo y seguía trabajando. Las demás mujeres —no muchas, pues era un taller pequeño— se iban a comer a su casa. Yo me quedaba para hacer horas extras. Por la noche me llevaba a nuestra barraca un gran paquete de camisetas, camisas y todo lo que llevaba lacitos, y durante el día Bene trabajaba para aumentar mi salario. Yo estaba que parecía una pavesita, bastante delgada, pero de salud me iba encontrando bien. Bene había mejorado bastante; desde que había salido de servir estaba más tranquila. Allí en su barraca tomaba el sol y hacía sus lacitos con mucho esmero; era un entretenimiento para ella sin ningún cansancio físico. Nuestra vida no era una vida de juventud, sino de trabajo, miseria y compañía.

Yo recuerdo que solamente ver las colas de los cines era algo que nos sublevaba; pensaba en los presos, en las compañeras que había dejado en las cárceles, en la gente que a lo mejor fusilarían o que habían fusilado esa misma mañana, en las comisarías en que maltrataban a nuestros compañeros, y ver colas en las puertas de los cines era una cosa que no podía soportar. Cuando había alguna verbena y la gente se acicalaba para acudir a ella pensaba: “Cómo es posible que nuestra España viva en estas condiciones, que no sean capaces de luchar y de pensar en la cantidad de presos que hay de una punta a otra de nuestro país”. Eran tantas las cárceles que había en aquella época, y tan llenas de presos, que no podía entender que no se luchara por ellos. Pensaba en el bien que les haría el dinero que se gastaba en los cines para mandárselo o mandarles un paquete, y no podía comprender que a todo el mundo no se le puede exigir tal cosa y que el ser humano también necesita un poco de expansión.

Recuerdo que un día volví del trabajo y no estaba Bene en la barraca. Carmen me dijo que se había ido con María Cristina, su hija y unas cuantas chicas más de las barracas a las verbenas que había en Gracia. Yo me puse furiosa y cuando volvió, como si tuviese todos los derechos sobre ella, me puse como una fiera. Le recordé a su madre en una enfermería de Ventas que en cualquier momento podría morir, le recordé a su padre, sus hermanos fusilados, a su otro hermano vendiendo tabaco de estraperlo en un boca del metro, a su hermanilla pequeña en un orfanato, a nuestras compañeras que habían quedado en la cárcel... Y ella se iba a una verbena, que era lo que el fascismo quería: que el pueblo de España se embruteciera con esas cosas y no pensara en todo el sufrimiento que había en las cárceles y en la miseria que reinaba en nuestros hogares. En fin, le dije un montón de cosas y la chica terminó llorando, como si hubiese cometido un gran delito. Me pedía perdón y me decía que no lo volvería a hacer. Más tarde comprendí que yo también estaba en un error, pues necesitábamos, tanto ella como yo, distraer un poco nuestra imaginación y vivir la vida como los demás, sin dejar de pensar en los nuestros ni dejar de luchar para sacarles a la calle, para poder vivir una vida mejor pero combinada con la distracción del espíritu. Nuestra vida no era otra cosa que el trabajo y la barraca, la barraca y el trabajo. Solo los domingos dejábamos libre a aquella familia de la barraca y nos íbamos a casa de Carmen, la de la pensión, pero también era para trabajar. Ella nos tenía

preparada la ropa que tenía que reparar, camisas a las que había que cambiar los puños o los cuellos, pantalones a los que arreglar los bajos... En fin un montón de cosas que hacíamos y que ella nos agradecía mucho e incluso nos pagaba, porque comíamos con ella y cenábamos y siempre me llevaba el bocadillo para trabajar el lunes. Pese a la cantidad de horas que trabajaba tenía una preocupación, y era no poder aportar mi granito de arena a la lucha del Partido. Pero era muy difícil llegar a él en aquellos años de clandestinidad tan rigurosa, sin tener a nadie en Barcelona con quien tomar contacto. Pero todo llega cuando se quiere que llegue.

En mi taller se había casado una de las chicas; y por cierto, hubo un cambio que para mí fue favorable, pues de la máquina de pedal —que era mucho pedal para mis doce horas diarias— me pasaron a una máquina de motor, y a una de las aprendizas que había la pasaron a mi máquina. Entró una muchachita joven, de unos quince o dieciséis años, como aprendiz. Esta muchacha fue la única que contactó conmigo, pues la verdad es que por el carácter nuestro, cuando llegamos a Barcelona chocamos con los catalanes, que son muy serios; además hablaban su propio idioma entre sí y yo no lo comprendía; aquello me había hecho sufrir bastante; los castellanos, sobre todo los del centro, somos muy abiertos de carácter. Me daba mucha pena que por las noches, cuando salíamos, ellas se fueran en grupo y yo me iba sola. Nunca me habían dicho: “Vamos a tomar una cerveza”, como oía que se decían entre sí. Claro que quizá yo no hubiera podido ir porque no me podía permitir el lujo de hacer grandes extras, pero si por lo menos me lo hubieran dicho, para mí hubiera sido una gran tranquilidad. No dejo por eso de reconocer que cuando se hace amistad con un catalán, cuando el catalán te conoce bien, es capaz de dar todo por ti y de ser un gran amigo; pero hasta que te conoce y te da su amistad duda un tiempo y tú sufres ese vacío en una tierra desconocida.

Yo no ocultaba que había estado en la cárcel, en aquel lugar de trabajo el propio dueño no había estado y él tampoco lo ocultaba. Esta chiquita se enteró que yo había salido de la cárcel. Un sábado me cogió aparte y me dijo que su hermana y su cuñado querían que yo fuera a comer con ellos el domingo, o sea al día siguiente. Yo no sabía si aceptar o no aceptar porque apenas si la conocía, y como una desconfía hasta de su propia sombra no sabía qué hacer; entonces le dije:

-Bueno, mira, cuando vengas esta tarde después de comer ya te diré algo.

La chica volvió por la tarde y me dijo:

-Me ha dicho mi hermana que si va usted a venir.

Yo me lo había pensado y vi que esa invitación era un poco rara, la chica no hacía mucho tiempo que estaba; además de desconfiar pensé que también podría ser algún camarada, alguien a quien le interesara hablar conmigo porque aún sin ser camarada sería antifranquista y quería mostrarse atento, y acepté. Así que el domingo llevé a Bene a casa de Carmen por si se trataba de lo que yo pensaba, del primer contacto con mis camaradas. No la quise llevar a ella. Siempre pensé que si encontraba al Partido a ella no la metería en ningún jaleo clandestino, la chiquilla no soportaría la vida de la clandestinidad y si la detenían de nuevo. Temía por su salud. Así que la dejé en casa de Carmen y me fui a comer a casa de esta familia. No me equivoqué; el cuñado era un camarada del Partido. No fue enseguida al grano; primero me habló. Quería que le contase cosas de la cárcel, cómo habíamos vivido, cómo estábamos

ahora. Y al final se descubrió totalmente y me preguntó si estaría dispuesta a hacer algo. Yo le dije que cómo se había arriesgado a hablarme tan claro sin saber quién era yo. Me contestó que sí lo sabía, porque en la cárcel habían estado conmigo varias catalanas que habían caído en Barcelona; habían estado conmigo en Ventas y una de ellas también en Segovia, Katia Alonso, esta chica cuando salió en libertad les habló de mí. Había sido casual que su cuñada fuese para trabajar allí y me encontrase. Yo le dije que estaba dispuesta a lo que fuese para trabajar con el Partido y además muy contenta de haberlo encontrado, pues si tenía alguna preocupación era precisamente no hacer lo que era mi obligación como comunista. Me dio una cita y la contraseña para ella; me dijo que su cuñada me diría el día y la hora, y así fue.

Dio la coincidencia de que el día en que la chiquita me comunicó el día y la hora había una enorme tormenta, pero yo acudí a mi cita. Recuerdo que llevaba una falda de percal fruncida y una blusita blanca, así subía a la cita que tenía en la Diagonal esquina con Aribau; y allí, en aquella tromba tremenda de aire y de agua, me puse como una sopa. No me quitaba las manos de la falda porque se me hubiese levantado hasta la cabeza. Así aguanté como media hora pensando que quizá la tormenta habría retrasado al compañero o compañera que iría a la cita, pero no acudí nadie. Me fui para la barraca sin haber podido contactar con el Partido. Los días siguientes la aprendiz no me dijo nada en el taller y yo tampoco le dije nada, pese a que estaba rabiosa por la faena que me había hecho; pues aunque hubiesen caído chuzos de punta yo hubiese acudido a la cita, así que lo conceptúe como una informalidad por parte de los camaradas. A lo mejor el cuñado de la chiquita no sabía lo que había ocurrido, en aquellos tiempos los camaradas se veían de Pascuas a Ramos y los contactos no eran regulares: podría suceder que él no supiese que no habían acudido a la cita. Además la nena no sabía nada sobre el cuñado; ella solo había intervenido para decirme que su hermana y su cuñado querían que fuese a comer un día con ellos. Y después me había pasado un papelito que le había dado él en el cual ponía día y hora; del resto no sabía nada, y además se lo había dado en un sobre cerrado. Al domingo siguiente, cuando fuimos a casa de Carmen, como también llovía, en vez de ir andando como hacíamos cada domingo nos fuimos en el tranvía, y Bene se fijó en una joven que iba en él, y me dijo:

—Mira. ¿No conoces a esa chica?

A mí me costó reconocerla, pero cuando dijo:

—Es Pura. ¿No te acuerdas de Pura?

Bene había convivido mucho más con ella y enseguida la conoció; a mí me hubiese costado, e incluso me hubiese pasado desapercibida. Entonces acordamos no bajarnos hasta que bajase ella. Se bajó unas paradas antes que nosotras; no teníamos que bajar pero lo hicimos, y bajamos las tres al mismo tiempo. Echamos a andar detrás y entonces Pura se dio cuenta de que alguien la seguía; y como estaba metida hasta el cuello, iba siempre con la precaución debida, se volvió con un poco de disimulo. Enseguida reconoció a Bene y se quedó plantada delante de nosotras, dio un grito de exclamación y dijo:

—Pero tú aquí, Bene.

También a mí tardó en reconocermé. Las tres charlamos un rato y ella, que al parecer estaba un poco mejor de posición que nosotras, nos metió en un café, llovía

y en la calle era muy raro estar plantadas charlando, y nos invitó a algo. Yo quedé en vernos en otro momento. Le hablé, cuando nos encontramos, de lo que me había ocurrido y se quedó muy extrañada e incluso dijo:

—No te preocupes, que yo me enteraré de si ese contacto era del Partido o alguna cosa rara; de todas formas, si te parece puedes trabajar con nosotros.

No tuve ninguna duda; sabía que su marido había estado también en la cárcel, conocía de oídas a su hermano y a ella la había conocido en Ventas. El hermano se había casado con una chica de Ventas que yo había conocido. Así que no tenía ninguna duda y le dije que sí, que estaba a la disposición de lo que el Partido me mandase, pero que averiguase lo que había pasado con aquel contacto que me había fallado y que me había sentado tal mal. Pocos días más tarde nos volvimos a encontrar y me dijo que no me preocupara, que el contacto aquel era cierto pero que a causa de la tormenta no habían podido llegar a la cita que me habían dado. Pero como todo era tan irregular, al poco tiempo me volvió a llamar el cuñado de la chiquita por medio de esta y me dijo que, en fin, que había pasado algo imprevisto y que me volvían a dar otra cita. Yo dije lo que los camaradas me habían indicado en caso de que esto ocurriera: que el escarmiento me había servido para no confiar en nadie y que no contasen conmigo para nada. Esto armó en principio un poco de lío, pues quisieron saber quién era, cómo era mi comportamiento en ese momento y por qué me negaba a contactar con el Partido. Al final aclararon la situación que yo tenía, que desde luego estaba ya controlada y bien controlada. Así que en el mes de septiembre encontré lo que buscaba desde mayo.

El descanso era todavía menos, tenía que acudir a mi trabajo, preocuparme de Bene y además hacer las tareas que tenía dentro de la clandestinidad. A todo llegaba quitándomelo del sueño y quitando algunas horas de trabajo extra, que suponía una disminución del sueldo. Con mi patrón yo hablaba muy poco; sabía que había estado en la cárcel, pues así había llegado a él recomendada por mi paisano, pero no sabía en qué condiciones y cómo estaba. Como yo estaba bastante delgada y vio que disminuían mis horas de trabajo sin darle ninguna explicación, un día me preguntó que cómo no me quedaba a trabajar como siempre y me dijo que estaba delgada. Yo le dije:

—Eso es precisamente lo que me pasa; estoy muy agotada, con muchas horas de trabajo y estoy cansada. Me veía obligada a trabajar más horas, pues con lo poquito que gana mi compañera con el trabajo que llevo de aquí, no es suficiente para comer las dos; pero la verdad es que me siento tan agotada...

A la semana siguiente el tipo —no se le podía llamar otra cosa por lo que después explicaré— me dio en el sobre más dinero del que me correspondía como salario. Yo pensé al sacar el dinero del sobre que me habría dado más como una ayuda, puesto que era antifranquista y era un ex preso; además él mismo me había dicho que estaba delgada y que yo le había contestado que era el exceso de trabajo. Pero a pesar de eso, el lunes, cuando fui a trabajar, le dije que se había equivocado en mi paga, pues tenía de más en el sobre; llevaba lo que me había dado para devolvérselo. Me dijo:

—No, no de ninguna manera. Eso lo he puesto yo sabiendo lo que ponía.

Yo, con buena fe, como había pensado que podía ser ayuda por parte de ese hombre, le di las gracias y me quedé con ello. Pero en esa misma semana vino al taller; ya era maquinista en una máquina Overlock, pues me había cambiado a una tercera

máquina y era de las más importantes del taller; me dijo que me preparase para ir con él a la fábrica donde nos daban los cortes de zapatitos de niños para sabe dónde está por si algún día la aprendiz no podía ir; iríamos por turnos y así todas sabríamos dónde estaba la fábrica para un caso de apuro. Como lo dijo delante de todas pensé que estaba bien que supiésemos dónde estaba la fábrica, no era nada anormal. Bajamos a la calle y cogimos un tranvía, y cuando llegamos a cierto sitio, no recuerdo dónde porque entonces no conocía Barcelona, me hizo bajar con él; sí sé que había una pequeña plaza, y me dijo:

—Bueno, mira, vamos a ir a la fábrica; está por aquí cerca, pero me he bajado antes de llegar porque quiero hablar contigo.

Yo pensé que sería algo de política, de la ayuda que me había dado esa semana; no pensé nada malo, pero el tipo sí iba pensando en ello. Me dijo que me había sacado ese día y que sacaría a las otras para que no sospecharan nada, no solamente para conocer la fábrica, a la que yo no iría nunca porque era mucho más importante mi trabajo en la máquina, sino porque quería saber si yo estaría dispuesta a salir de vez en cuando con él; por ejemplo, alguna noche a cenar. Él pondría algún pretexto en su casa; en fin, a ser su amiguita. Yo saldría ganando, pues trabajaría menos, podría hacer solo las ocho horas y descansar más, puesto que me encontraba muy agotada, y él solucionaría mi problema económico. Yo le dejé hablar, y continuó:

—Desde que has llegado a casa me has gustado mucho porque eres muy callada. —Claro, cómo iba a hablar si todas hablaban en catalán y yo no lo entendía. Pero al mismo tiempo era alegre. Como no podía hablar con nadie, cuando trabajaba en la máquina siempre estaba cantando; mal, pero cantaba, era mi distracción—. Y ese carácter tuyo me gusta mucho. Y con mi mujer no me entiendo; es bastante mayor que yo y se está volviendo muy rara; en fin, que no nos entendemos muy bien, sobre todo como tú puedes comprender.

Terminó de hablar y se quedó mirándome, esperando mi respuesta; le dije:

—Pues mire, se ha equivocado. Usted dice que yo soy muy seria. Efectivamente, lo soy, y esa seriedad que usted ha visto en mí yo la tengo que respetar. No espere nada de mí, puede usted meterse lo que me da en el sobre donde quiera, no lo necesito. Si tengo que volver a trabajar doce horas las volveré a trabajar, y si tengo que irme de su casa, me iré. Porque trabajo encontraré; el que quiere trabajar encuentra trabajo. Así que no pierda el tiempo conmigo y mire a ver si, al no entenderse con su esposa, encuentra alguna otra que se entienda con usted; pero conmigo no se entenderá nunca.

Aquel tipo me resultó repugnante. Yo iba al taller a trabajar con bastante malestar. Un día, al entrar al taller, en el pasillo, me lo encontré y fue a echarme mano a ciertas partes; le dije:

—Si lo vuelve a intentar se enteran el taller, su mujer y su suegra.

La situación del taller era la siguiente: en el ensanche tenía dos pisos en el mismo rellano. En uno de ellos estaba el taller y en el otro la vivienda. La mujer solía entrar a veces al taller para ayudarle a cortar, cuando había mucho trabajo. No lo volvió a repetir, pero yo iba con malestar al taller. Pero allí continué hasta el mes de diciembre. Me había abordado a la salida del taller algunas veces, pero como siempre había dado en hueso desistió de ello y no volvió a molestarme. Me repugnaba el tipo que tenía por patrón y que se llamaba *antifranquista*. Aquellos últimos meses del año 44

los pasé bastante mal económicamente, el trabajo del Partido me exigía cada vez más tiempo y por lo tanto hacía menos horas extras de trabajo y naturalmente cobraba menos a la semana. De esto Bene no se enteraba nunca, solo sabía que a ella no le faltaba su comida e incluso pensaba que yo ganaba más que antes, solía llegar algunas noches más tarde que de costumbre.

A veces me preguntaba:

—¿Cómo vienes tan tarde?

Y yo le contestaba:

—Es que ha habido un pedido y he tenido que quedarme a terminar el trabajo.

La pobre así creía que era, pero yo salía bastante antes que de costumbre con mi gran paquetón de ropita para que ella pusiese los lacitos; y como no estaba muy lejos el taller, pues era en la calle Aribau en la parte de arriba, hacia la calle Valencia, me iba a dejarlo a casa de Carmen y después lo recogía para irme a la barraca. Carmen, la de la pensión, se daba cuenta de que hacía algo raro y la pobre a veces, cuando llegaba con el paquete y le decía: "Luego vendré a buscarlo", me tenía alguna cosa preparada para comer. Esto me aliviaba un poco, procuraba que Bene cenase con Carmen, la de la barraca, y con su hija antes de que yo llegara, a fin de que el horario de comidas lo llevase regularmente. Nuestro vestuario y calzado era bien pobre. Afortunadamente yo podía hacerme alguna cosita y hacerle también a Bene por saber coser un poco, y con retalitos que compraba nos podíamos arreglar algo. Pero se veía a las claras que éramos unos pobres diablos. Yo me sentí contenta porque podía levantar, afortunadamente, la cabeza bien alta; no había caído en el fango a que el fascismo quería llevarnos y trabajaba honradamente, aunque el vestir y el comer fueran deficientes. Así, con estos trabajos del Partido y mi trabajo asalariado para mantenernos, llegamos hasta el mes de diciembre.

El día 24 no fui a trabajar, los camaradas me habían encargado llevar paquetes con comida a los presos de la cárcel Modelo, y me dieron una dirección donde tenía que ir a buscarlos por la mañana. Yo salí de la barraca como siempre para ir a mi trabajo pero acudí a la cita que me habían dicho, y de allí me llevaron a un domicilio, era la primera vez que iba a él, para recoger los paquetes. Eran tantos los que había que le dije al camarada:

—¿Dónde voy con todo esto? ¿Qué crees, que soy un mulo de carga? No puedo llevarlos ni siquiera en el tranvía; tendría que disponer de un coche o pagar un taxi.

Él me contestó:

—Pues, hija mía, yo para taxi no tengo, y coche tampoco.

Empezamos a discutir cómo se podrían llevar esos paquetes, si haciendo varios viajes hasta la Modelo... En fin, qué hacer. De pronto pensé que quizás otro camarada que se había acostado muy tarde por haber tenido una reunión hasta la madrugada tuviese dinero para pagar un taxi, y le llamé. Sentí mucho tenerle que despertar, y aquella noche de Navidad también se acostaría tarde; quería que el camarada descansara un poco pero lo despertó. Oí que le decía:

—Antoñito, Antonio, despierta. Está aquí la camarada que tiene que llevar los paquetes, pero hay un problema: son muchos y ella no puede llevarlos así como así; habrá que pagarle un taxi y yo no tengo dinero.

Oí una voz desde la habitación que decía:

—Espera, ya voy.

Salió un muchacho ni muy alto ni muy bajo, muy delgado, de pelo negro rizado y muy agradable; en una palabra, muy majo, y fue, como suelen decir, un flechazo. Recuerdo que llevaba un pijama raído, roto por la espalda; pero a mí me hizo una impresión formidable. Me saludó y me dijo:

—Camarada, yo ya hace mucho tiempo que te conozco, te he visto algunas veces desde lejos en algunas de las citas que has tenido; además ya me han hablado los camaradas de ti, sobre todo Moisés, con el que trabajas más directamente.

Sacó dinero para el taxi y le dijo al otro camarada que me ayudase a bajarlos a la puerta para que yo fuese hasta la Modelo. Cuando ya íbamos a bajar la escalera me dijo:

—Oye, Peque, ¿tú aquí no tienes a nadie?

—No.

—¿No? ¿Tienes familia?

—No.

—¿Y qué vas a hacer esta noche?

—Pues nada, estar en la barraca con aquella amiga que vivimos y con mi compañera.

—¿Pero tienes a alguien contigo?

—Sí, a una chiquita que salió de la cárcel y que está viviendo conmigo en la barraca.

—Bueno, pues esta noche las dos vais a cenar con nosotros y no estaréis solas.

Yo accedí a ello sobre todo porque el chico me había gustado un rato, y por la noche fuimos a cenar a aquella casa. Lo pasamos muy bien, pero para mí fue un verdadero choque. Como ya he dicho, aquel muchacho por la mañana, despeinado y con ojos de sueño y un pijama roto, me había gustado; y por la noche, en esos famosos brindis que se suelen hacer por la democracia, por la libertad, por el socialismo, por la familia, etcétera, también se brindó por su novia. Se dijo:

—Por Maruja, para que mejore y que un día puedas unirme con ella.

Yo me quedé como si me hubiesen echado un cubo de agua fría; el muchacho, el camarada, tenía novia. Pero pasamos una noche muy agradable. Entre las muchas cosas de que pudimos hablar, además de cantar, de reír, de contar chistes, etcétera, también hablamos de mi situación. Este camarada era un muchacho con mucha responsabilidad, con mucho humanismo, que se preocupaba por todos, y me preguntó cómo vivía y cómo estaba económicamente, me encontraba muy delgaducha y muy pálida y tenía aspecto de enferma. Yo le dije que no, que enferma no estaba, que sí muy cansada y que la alimentación no era como para estar más gorda de lo que me encontraba, trabajaba para las dos; y lo poquito que hacía Bene no daba un salario. Lo pagaban muy mal, eso de meter lacitos en camisitas, etcétera. Me di cuenta de que hablé con el dueño de la casa, pero no me enteré de lo que dijeron. Lo único que sé es que aquella noche nos quedamos en la casa, y por la mañana, cuando nos íbamos, me dijo:

—Bueno, he hablado con el camarada y te vas a quitar una carga de encima. Te hará bien a ti e incluso a ella, y a estos camaradas les haremos también un favor. Bene va a venir a vivir aquí. Estará como un familiar más; no le van a dar ningún sueldo, solo les ayudará en las tareas de la casa. Tendrá su comida, si necesita algo de vestir se lo comprarán y tú podrás vivir mejor con tu sueldo.

La verdad es que a mí me quitaron un peso de encima. Como vi que era un camarada a quien se podía hablar claramente de las cosas que me preocupaban, le hablé de la situación que tenía en el taller y que me encontraba muy a disgusto trabajando con mi patrón. Me prometió que haría todo lo que pudiese para que saliera lo más pronto posible de aquel trabajo. Él hablaría con algunos camaradas para encontrarme alguna cosa. No tardó mucho en conseguirlo.

También en ese mes, a finales de diciembre, tiraban las barracas; afortunadamente Carmen había conseguido por medio de su patrón, el doctor Roig, que tenía influencias por su gran categoría en la medicina, que los sindicatos verticales diesen a Carmen una de las viviendas que hacían en la Meridiana. Y en esos días de fiesta precisamente, entre Navidad y Año Nuevo, hicimos el traslado. Bene ya se había quedado a vivir con los camaradas y Carmen, su hija y yo hicimos el traslado. Por aquel entonces aquello era una barriada sin luz, sin urbanizar. Era tremendo llegar hasta las casas, todavía sin terminar cuando nosotros fuimos. Nos parecía, desde luego, un gran palacio, comparándolo con la barraca, de un gran barrio residencial como es la Diagonal de Barcelona. Cuando nos trasladamos no había todavía luz. Teníamos que poner luz de carburo y recoger agua de las mangueras de las obras. Todo estaba encharcado y el suelo de la calle lleno de zanjas; si ibas por la noche tenías que ir a tientas, para no caer en alguna. Recuerdo que una noche, después de terminar nuestro trabajo del Partido, era tan tarde que Moisés Hueso, camarada con el que trabajaba más directamente, no quería dejarme que fuese sola, a esas horas, y se empeñó en acompañarme. Yo le decía: “No vengas, que aquello está muy mal. Hay que conocer dónde pones los pies para caminar y no caer, yo sé ir sola, y no me pasa nada, que ya he ido otras noches”.

Pero él, muy caballero, me acompañó hasta la puerta. Al día siguiente me enteré la peripecia que le había pasado. Cuando me dejó a la puerta de la casa se perdió entre los bloques y como estaba muy oscuro, cayó en una zanja. Este camarada llevaba gafas, al caer se le desprendieron de las orejas, sin saber dónde estaban, temiendo pisarlas y romperlas, iba por la zanja de rodillas tanteando para encontrarlas. Al fin las encontró pero tardó bastante. Cuando quiso salir de la zanja con sus gafas y volver al paseo Maragall pensando que aún podría coger algún tranvía de los que venían de Horta, ya no había transporte y tuvo que ir andando hasta su casa. Según me dijo, llegó a las cinco de la mañana. No volvió a acompañarme nunca más. Me decía:

—Caray, y qué razón tenías al decirme que no fuese contigo. Desde luego no lo volveré a hacer, porque he tenido que hacer kilómetros para llegar a casa.

Cuánto apreciaba yo a este camarada. Tenía una sensibilidad tremenda y un gran respeto por los camaradas de la base; él entonces era de la dirección del Partido de Barcelona; con qué cariño nos trataba. Yo le quería, más que como a un camarada, como a un verdadero hermano. Años más tarde hasta sufrí; no por mí, sino por él, por lo distanciado que se encontraba del Partido después de tanto como había dado por él; ahogado por su trabajo, por su vida familiar, preocupándose —eso sí— por la situación política de nuestro país, pero sin ser el camarada que había sido. Claro, no siempre podemos pedir a los camaradas que se den totalmente a la lucha por nuestra libertad, al trabajo del Partido. Pero conociéndole como le había conocido, me dolía

verle trabajar horas y horas para que a su familia no le faltase nada y poder dar una educación a su hija. También tenían a sus suegros. Agustina, su mujer, trabajaba con él, trabajaban todo el día sin descanso, incluso comían en el mismo taller para no tener que ir a casa, que les cogía bastante lejos. Todo para vivir una vida mejor no en un régimen democrático, sino dentro del régimen capitalista.

En el mes de enero dejé el trabajo del taller para ir a trabajar a una fábrica de monturas de gafas Cottet. Hoy la llaman *Indo*. Fui a trabajar allí por mediación de un camarada. Hoy este camarada está muerto, desgraciadamente, y algunas lágrimas lloré por él cuando desapareció. Allí estuve trabajando desde primeros de año, hasta abril, liberada de Bene y haciendo un trabajo de ocho horas —los sábados por la tarde no trabajábamos—, me daba cada vez más al trabajo del Partido. No un trabajo teórico, pues nunca lo he hecho, sino un trabajo práctico. En esos meses el mío consistía en ser enlace entre Partido y guerrillas. Mucho exponíamos en aquellos tiempos; trabajábamos quizá un poco a la ligera y nos exponíamos mucho. Además en una caída de esas no era nada difícil la pena de muerte, los treinta años de condena y pasar por la policía, que era lo más terrible en esos años.

En esos primeros meses del año 45 hubo un trabajo muy intenso de las guerrillas en contacto con el Partido, los avances de los aliados en la segunda guerra mundial eran tan visibles, eran tantos los españoles que estaban luchando con las fuerzas aliadas para derrocar al nazismo, que estábamos seguros que esos españoles, miles y miles de ellos armados, seguirían camino de la frontera de España para liberarla del fascismo. Para ello estaban preparadas las guerrillas del monte; también el Partido se preparaba en el interior. Para apoyar el avance de esos españoles armados que habían luchado en el frente y en la resistencia, los guerrilleros del monte nos pasaban armas al interior. Yo hice algunos viajes con este fin. Recuerdo uno que hice hasta la provincia de Gerona. Fui hasta esa ciudad en tren y allí cogí un autocar que iba a un pueblecito; no recuerdo ni cómo se llama. El autocar paraba en una pequeña fonda de pueblo. Yo me bajé con mi gran bolso y lo primero que hice fue pedir una habitación para pasar la noche: hasta el día siguiente no salía de nuevo el autobús; me fijé en un hombre que no esperaba a ninguno de los viajeros que íbamos, pero que se quedó mirándome bastante interesado. Pedí en la fonda la habitación y me dieron una cuya ventana daba a la calle. Miré por ella; no vi a nadie y pensé que había sido una sospecha equivocada, por mi parte, de que fuese alguien dudoso. Salí a la calle para ir a la dirección que me habían dado, donde tenía que presentarme bajo una consigna. Pero al salir y dar la vuelta a la esquina de la pensión, de nuevo encontré al buen hombre que había visto al bajar del autobús. Mala cosa. Di vueltas y más vueltas por el pueblo. Entré a una mercería y compré no recuerdo qué; muy poca cosa sería, porque llevábamos tan poco dinero en aquella ocasión que los gastos eran los mínimos. Salí y lo volví a encontrar. Entré en una granja y tomé un vaso de leche; salí y lo volví a encontrar. Aquello ya me mosqueaba de tal forma que me fui a la pensión. A la hora de la cenar volví a salir. Di vueltas por el pueblo y ya no vi a nadie. Entonces, dando algunos esquinzos, propios de la clandestinidad, al ver que por fin nadie me seguía, me decidí a ir a la casa. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando me abrió el mismo hombre que me había seguido. Yo debí cambiar el color; el hombre se dio cuenta y me dijo:

—Camarada, entra, que he cometido un error bastante serio. Me he dado cuenta de que has estado a punto de no venir; por eso, después de que has entrado por segunda vez a la pensión me he retirado para que pudieras cercionarte de que nadie te seguía. Nuestro celo es tan grande que he querido cercionarme de que venías sola, y lo único que he hecho ha sido ponerte en sospecha de que era un policía o algo por el estilo. Perdona, esto no me volverá a ocurrir. Ha sido una gran lección para mí.

Con ellos cené aquella noche. El muchacho, por lo que pude comprender (un gran camarada), era guerrillero del monte y tenía su apoyo en aquella casa. Me cargó el bolso, que pesaba mucho, y al día siguiente salí para Barcelona.

En el tren procuraba meterme siempre en el vagón en que iba la Guardia Civil. Muy ingenua, les preguntaba si podía sentarme en el vagón con ellos, pues viajaba sola y a su lado me encontraba más protegida. Ellos se pavoneaban como una clueca con sus pollos y me decían: “Sí, sí, cómo no. Siéntese, siéntese ahí”. Me ofrecían poner el bolso en el maletero del vagón y yo les decía:

—No, no, ya va bien aquí.

Ponía el bolso en el mismo asiento, junto a mí, apoyando los brazos en él, o lo ponía en el suelo junto a mis piernas, y así llegaba hasta Barcelona, protegida por la Guardia Civil. En otra ocasión, en un viaje de esos llegué a la estación de Francia y el bolso pesaba mucho más que yo. Me hundía el brazo de tal manera que parecía que estaba mal hecha, y al subir al tranvía —ni dinero teníamos para coger un taxi—, pesaba tanto el bolso que un guardia de la Armada me ayudó a subirlo. Me preguntó:

—Oiga, joven, ¿qué lleva usted aquí?

Yo le contesté sonriendo:

—Bombas.

Él se hecho a reír y dijo:

—Qué cosas tiene.

—Ah, ¿no se lo cree? Pues peor para usted.

Yo lo arriesgaba todo porque entonces se hacía mucho estraperlo, sobre todo de botes de leche condensada, que pesan lo suyo. Si me pedían que abriera el bolso no tenía escapatoria, el contenido iba a ser descubierto; diciéndolo así se echaron a reír y no me hicieron ni caso. ¿Cómo iban a pensar que yo decía la verdad? Eso sí, pese a que llegué a la parada en que tenía que bajar, no me bajé; esperé a que se bajasen ellos y después me bajé yo y cogí otro tranvía en dirección contraria para llegar a mi destino. Les conté a los camaradas lo que me había pasado en el tranvía y me dijeron:

—Chica, ¿pero estás loca?, ¿cómo es posible que les hayas dicho eso?

Loca o no loca les contesté:

—He salido del paso con la verdad. Por la cara que han puesto al ver cómo pesaba el bolso yo estaba segura de que lo abrirían con la excusa del estraperlo. Con la broma que ellos creen que les he gastado me han dejado en paz cuando se han bajado ellos, yo me he bajado cuando me ha parecido. No creáis que no he pasado *mic-ditis*; la he pasado y gorda.

En otra ocasión nos teníamos que intercambiar un bolso en un corto viaje. Yo saqué un billete hasta Martorell y alguien hasta bastante más lejos; no más de Igualada, que es hasta donde iba el coche de línea. Mi bolso iba cargado. Me subí en el autocar que salía de la esquina de Sepúlveda con la plaza Goya. Allí también pasé

mi miedo. Yo llegué tranquila con mi hermosa carga, pero en la esquina de Muntaner con Sepúlveda estaban controlando mi salida dos amigos de las guerrillas de la ciudad, y se les veía a la larga (o lo veía yo porque lo sabía) que iban armados. Al lado había y hay una comisaría de policía y yo estaba poniéndome negra viendo a aquellos dos camaradas que podían ser vistos por la policía y detenidos. Pasé un rato muy malo. Casi cuando iba a salir el autobús subió un hombre que yo no conocía, y tampoco he vuelto a ver más, con un bolso igual al mío. Los otros me miraron, vi a través de la ventanilla que me hicieron una seña moviendo la cabeza queriéndome decir que ese era el hombre; al subir me preguntó: “¿Está ese asiento libre?”. Le dije que sí y se sentó a mi lado. Al ratito el coche se puso en marcha. No nos dirigimos la palabra en todo el camino. Cuando llegué a Martorell, con normalidad, cogí el bolso que él tenía a su lado, que pesaba como una pluma y tenía unas cuantas piezas de mujer dentro, y dejé el que pesaba como el plomo. Estuve un buen rato en un café y al cabo de una hora una hora y media pasó un autobús de los que hacía el recorrido de los pueblos inmediatos a Barcelona, y regresé sin novedad.

Durante los primeros meses del año tenía mucho contacto en el trabajo con Antoñito, que era, decían, político-militar, y con *Moisés el Viejo* (Celestino Carreté) y algunos otros, no recuerdo sus nombres, que eran del Partido. Yo estaba entre los unos y los otros. Antoñito es una persona muy agradable, como ya he dicho. Tenía novia hacía años y la muchacha estaba muy enferma. Él solía tener algunas noticias de su familia y de ella. Todos, los camaradas, cuando le veíamos lo primero que se nos pasaba por la cabeza era preguntarle: “¿Cómo está Maruja? ¿Tienes noticias de ella? ¿Qué te dicen?”. Él nos decía que desgraciadamente no sabía nada agradable. En una ocasión, en una reunión a la que yo había ido a acompañar a unos camaradas, estaba muy triste y pregunté:

—¿Qué le pasa a Antoñito?

—Creo que se ha muerto su novia —me contestó un camarada. Después de la reunión estuve con él y le pregunté:

—¿Qué te han dicho? ¿Qué noticias has tenido?

—Mira, yo le regalé una pluma estilográfica y en una ocasión, hablando de ella me dijo: “Si algún día estoy ya a la puerta de la muerte te mandaré la pluma”.

La muchacha, sin pensar en lo que había hablado con él, tiempo atrás, cuando un camarada que había ido a verle le dijo: “¿Quieres algo para tu prometido? Voy a verle”, le contestó: “Pues mira, llévale la pluma porque yo no la necesito y él siempre está escribiendo, y le dices que me encuentro bien”. Pero el “que me encuentro bien” no lo cogió como cierto, sino que al llevarle la pluma pensó que la chica quizá en esa fecha estaría ya muerta. Había sido un error por parte de la pobre Maruja, que queriéndole hacer un obsequio le mandó el que tenía como consigna de suma gravedad. Afortunadamente solo estuvo un par de días con esa angustia, pues recibió una carta escrita por ella misma en que le decía que como no tenía nada que ofrecerle le mandaba la pluma porque él la necesitaba más que ella.

A mí me preocupaba mucho vivir en casa de Carmen con su hija, porque si ocurría algo, tal como estábamos trabajando en aquellos meses, a ella tampoco le iría muy bien. A la policía no se le podía andar con la verdad de lo que aquella mujer era para mí, una persona que me había ofrecido su hogar y que no sabía nada de lo que

yo hacía. Hubiese ido a parar a los calabozos y quizá hasta la pequeña, que entonces tenía ya unos quince o dieciséis años. Le pedí a Antoñito, que era con el que más contacto tenía por entonces, que por favor mirase de entre las camaradas si podrían ofrecerme alguna habitación o buscarme algún sitio donde estar, pues no quería perjudicar a esta mujer que tan bien se estaba portando conmigo y a la que de verdad quería. Tanto Pura como su esposo y Antoñito se acordaron de que la hermana de Antonio del Amo, que había estado detenido con ellos, vivía en un pisito de la calle Sepúlveda y quería alquilar una habitación para poder tener algún dinerito más de lo que el hermano le daba para mantenerse. Y así fui a parar a vivir a la calle Sepúlveda, a casa de María. Era un mujer más bien delgada que siempre iba muy pintada; siempre quería saber más de lo que debía, pero en realidad no sabía absolutamente nada. Pura le dijo que me habían encontrado en una frutería del mercado de San Antonio preguntando por una habitación con derecho a cocina y que inmediatamente se había acordado de ella y me llevó a su casa. Así es como fui a casa de esta mujer, sin que ella supiese la realidad. Yo iba a ver con frecuencia a Bene y ella a veces me preguntaba dónde vivía; pero yo le decía que no se preocupara, que mientras yo fuese a verla no tenía que preocuparse de dónde vivía yo. La chica se daba cuenta de la situación. No se la podía engañar porque era una muchacha que en su casa había vivido la vida del Partido con sus padres y sus hermanos, y ella misma en la Juventud; estaba enferma pero no era tonta y se daba cuenta perfecta de que si no quería que fuese a donde vivía era para no perjudicarla. Pero un día pasó por aquella calle con Pura, que le dijo:

—Mira, ahí vive la Peque.

A mí me dijo:

—Ya sé dónde vives.

—¿Sabes dónde vivo? ¿Y eso cómo ha sido?

—Me lo ha dicho Pura, que hemos pasado por allí.

—Vaya con Pura; le daré las gracias cuando la vea. ¿Sabes cuál es mi consejo? Olvídate de dónde estoy y no pienses nunca ir porque no quiero verte por aquella casa; ya ves que yo no te olvido y que vengo a verte; a veces no tengo apenas tiempo, pero hago todo lo que puedo para que no estés sin verme dos o tres días. Así que por favor te pido: olvídale.

Ella me prometió que así lo haría. El tiempo transcurría normalmente aunque con un trabajo azaroso de fábrica y clandestinidad, con pocas horas de sueño, con miedo siempre a dormirme y a no llegar a tiempo a fichar, pero cogí un truco, y es que el sereno me llamaba a las cinco de la mañana, lo suficiente para arreglarme, tomar un poco de leche caliente y justo a las cinco y media coger en Universidad el metro hasta Santa Eulalia. De allí tenía diez minutos caminando hasta la fábrica. Cuando empecé el trabajo estaba en la sección de lija, o sea, donde sale en bruto. Las gafas de concha había que dejarlas para quitarles los bordes del corte en bruto. Más tarde pasé a una fresadora. En esta a veces me quedaba dormida. Hasta que un día me corté el dedo gordo de la mano izquierda. La uña saltó en cuatro cachos. Podía haberme llevado el dedo completo, pero en fin, tuve suerte; el corte a todo lo ancho de la uña era profundo, solo era aparatoso porque la uña había saltado completa. Estuve unos días de baja y eso fue todo.

Las anécdotas que se pueden contar de la clandestinidad... Hay algunas agradables. Recuerdo que una noche pegamos unos pasquines en los muros, en los árboles, donde podíamos; estábamos pegando uno en una tapia, vimos aparecer al sereno. Yo me puse de espalda al pasquín, ya pegado, y el camarada junto a mí como si fuésemos dos enamorados. El sereno pasó junto a nosotros, nos miró y la sentencia fue la siguiente: "Ay, si fueras mi hija; menudos azotazos te iba a pegar, a estas horas por la calle, sinvergüenza". Nosotros no contestamos ni una palabra. El hombre siguió su camino y cuando desapareció salimos de allí corriendo. Seguro que cuando volvió se dio cuenta de que de amor no había nada y de política bastante. Alguna vez, en domingo, los camaradas solían reunirse en una torre muy cerca del Tibidabo. Era la casa de un doctor; tenía un niño de unos dos añitos, precioso; yo no me tenía que reunir, solo tenía que acompañar a algunos camaradas que no sabían dónde era y estar hasta que terminaban en el jardín con la mujer del doctor. Lo pasábamos muy bien con el pequeño; yo tomaba aire fresco y me reconfortaba para toda la semana. Años más tarde fui un día a casa de un camarada y me dijo:

—¿A ver si conoces a este chico!

Era un muchacho grandón, y muy guapote.

—Pues lo siento mucho, pero no, no le conozco.

—Pues mira que le has tenido veces en tus rodillas y que has jugado con él cuando era pequeño.

—¿Qué he jugado yo con él cuando era pequeño?

—Sí, claro.

—¿Y dónde?

—Pues aquí en Barcelona.

Y pensé rápidamente en él, en el niño del doctor. Nos abrazamos, por sus padres había oído hablar de nosotros. Un chico muy majo; pocos meses después de haberlo visto le detuvieron en Barcelona y no he vuelto a saber de él.

El mes de marzo, creo, hubo una pequeña caída que no tuvo consecuencias, pero Antoñito tuvo que saltar de la casa donde estaba. Quedaron los camaradas en que yo le recogiera para llevarle a la pensión de Carmen. Yo había hecho mucha amistad con ella, y se daba cuenta de algunas cosas que hacía, cuando tenía que salir el sábado y el domingo fuera, a esos viajesitos que ya he relatado, siempre le decía: "Si me pasa algo, yo he estado aquí cosiendo; o sea que el domingo lo he pasado con usted en la casa". Y me decía:

—De acuerdo, pierde cuidado que así lo diré.

Así que tenía confianza como para decirle que iba a ir un muchacho a vivir allí, tenía una pequeña habitación vacante, sin darle explicación de quién era. Me dieron la cita, recuerdo, en Muntaner esquina a Gran Vía. Acostumbrada a tener muchas citas con él, vi cruzar a un hombre, por su forma de caminar me dije: "Ahí está". Pero levanté la cabeza y pensé: "Jolín, vaya un *colón*", y seguí paseándome; entonces él, que ya había cruzado, me cogió por el hombro y me dijo:

—¿Dónde vas, es que no me esperabas?

—¿Yo a usted?

Y entonces me eché a reír porque le conocí la voz rápidamente. En unos días en que no lo había visto se había dejado bigote y venía con sombrero y unas gafas tan raras que, desde luego, no lo conocía ni la madre que lo había parido. Le ocurrió otro

caso en una cita; no sé si antes que esta o después, pero Antoñito fue a la cita de un camarada; ya había llegado él y cuando el otro camarada llegó a la cita, vio a un tipo muy raro en una esquina, se dio media vuelta y salió arreando. Antoñito se dio cuenta porque le había visto venir, pero no era cosa de salir corriendo detrás de él. Fue caminando detrás, pero como no quería llamar la atención llamándole a gritos, le perdió. Tenían una cita de seguridad; volvió a acudir y el otro se encontró con el mismo caso. Pero entonces ya reflexionó, se quedó mirando y Antoñito se le acercó y le dijo:

—Sí, hombre, sí, soy yo.

El otro soltó un taco bien gordo y le contestó:

—Pero hombre, ¿cómo te disfrazas así? Si pareces un poli. Pues ahora me doy cuenta de que eras tú, pero he salido corriendo en la otra cita.

—Y yo detrás de ti, pero como no era cosa de gritar que volvieras te he perdido. Como estaba seguro de que irías a la cita de seguridad me he quedado tranquilo.

Tantas precauciones como tomábamos y tanto como nos vigilábamos mutuamente, y por desgracia no nos dimos cuenta de que a últimos de marzo nos iban siguiendo a unos cuantos de nosotros, entre ellos a mí. Nos habían visto en algunas citas y había localizado algunos domicilios.

El 4 de abril de 1945 soy detenida por la Policía Político-Social. Los hermanos Creix y tres policías más. Las detenciones empezaron el día 4 de abril. Por la mañana, a tiros. Habían llevado al depósito de cadáveres —pensando que estaba muerto por la cantidad de balas que le habían metido en el cuerpo— a Juanito Cuadrado, y con el escándalo que se formó con los tiros en la calle Parlamento empezaron las detenciones de algunos camaradas. Yo en la fábrica no me había enterado de nada, y cuando volví de mi trabajo, justo al entrar en el portal me di cuenta de que había alguien en un árbol, frente a la puerta; en la portería, que había un zapatero remendón, estaba sentado otro tipo. Justo al entrar en el portal, el que estaba en la portería salió rápidamente pistola en mano y me la puso al pecho, y el que estaba en la acera junto al árbol me puso otra pistola en la espalda. Yo me volví de lado y pregunté:

—¿Qué es esto?

—Venga, a tu piso.

—¿Piso? Yo no tengo piso, tengo una habitación.

—Bueno, lo que sea.

Empezaron a cachearme los bolsillos del chaquetón y les dije:

—¿Qué creen, que llevo bombas?

—Entre ellas estás metida.

—¿Que estoy metida entre bombas? Están ustedes bien; llevan el camino equivocado.

Contestaron que me callara y subiera la escalera. Subí hasta el entresuelo, que era donde yo vivía, llamé a la puerta y salió Creix a abrirla. Entramos hacia el comedor y estaba el tal Creix con otro, o sea que ya había cuatro; los dos que estaban dentro de la casa sentados con la pobre María, más muerta que viva, también tenía las pistolas sobre la mesa. O sea que llevaban más miedos que siete viejas juntas. Me preguntaron de dónde venía.

—De trabajar, de la fábrica.

—¿Dónde está tu habitación?

—Aquella es.

—Llévanos a ella.

—Vayan ustedes.

Cuando entramos en la habitación, sentado encima de la cama había otro policía. Yo le dije.

—¿Para qué me han preguntado dónde está mi habitación, si ya la han invadido ustedes?

Empezaron un registro muy a fondo, claro que no encontraron nada, afortunadamente. Había un armario que siempre estaba cerrado y me dijeron:

—Este armario.

—No es mío; es de la dueña de la casa.

—Llámela y dígale que lo abra.

Yo no sabía de qué habían hablado con ella. Nos habíamos puesto de acuerdo para llamarnos de tú, pues ni era ella muy vieja ni yo tampoco demasiado joven; le dije:

—María, trae la llave del armario, que estos señores quieren saber lo que tiene tu hermano dentro.

Yo sabía que era de su hermano Antonio del Amo y que tenía productos de revelar fotografías, era aficionado a la foto y al cine. En la guerra civil hizo cine en el Ejército Republicano. Después, encarcelado por el régimen franquista. Después, director cinematográfico. De pronto llamaron a la puerta y yo quise salir a abrirla; la sangre se me heló en el cuerpo cuando oí la voz de Bene. Creix le preguntó:

—¿A quién buscas?

—Perdone, me he equivocado.

Eso me hizo dar un suspiro de alivio, pero duró poco, Creix era más astuto que la firmeza de la chica; siguió preguntándole y acosándola hasta que le sacó que venía en mi busca y que preguntaba por mí. La cogió del brazo y la metió en la habitación. Mi primer impulso fue negar conocer a esa chica, no saber quién era; pero por otro lado pensaba si no se liarían más las cosas, ella ya lo había dicho; pensé inmediatamente en el camarada que tenía en su casa y no sabía si por ella podía llegar también a él y por él a otros. En fin, que arriesgué todo con una mentira. En la mano llevaba una lechera y había que ser poco astuto para ver que la llevaba vacía. Yo le pregunté, mirándola muy fijamente:

—¿Por qué vienes sin la leche? ¿Cómo vamos a desayunar mañana si estos señores nos dejan en paz?

Ellos se quedaron mirando y dijeron:

—Cómo, cómo, ¿qué es esto?

—Como yo vengo tarde del trabajo ella se encarga de comprar; por eso le pregunto por qué viene con la lechera vacía.

—Pero ella, ¿dónde vive?

—Pues, aquí, conmigo.

Yo tenía en la habitación una cama de matrimonio; por lo tanto, bien podíamos dormir dos personas.

—¿Que vive aquí contigo?

—Sí, claro, vivimos las dos.

María nos miró con mucha sorpresa y Creix le preguntó a ella:

—Oiga, señora, ¿esta chica vive aquí?

—No, no vive aquí ni la conozco.

—Ah, ¿conque no vive ni la conoce?

Yo miré a María y le dije:

—Pero, ¿no comprendes que lo mismo te va a dar si vivimos las dos como si vive una sola? Tú sabes muy bien que vivimos las dos. Entonces, ¿por qué mientes?

Creix me dijo:

—Mira, aquí la que estás mintiendo eres tú y eso lo vamos a averiguar con las tres en Jefatura. Vamos para allá.

Y para allá fuimos las tres. Mi intención era ganar tiempo con Bene para que el camarada supiera que la habían detenido y saltara de la casa, cosa que logré. Pero lo logré a fuerza de muchos golpes. Nos metieron en un despacho de la vía Layetana, separadas un par de metros la una de la otra, y nos preguntaban sucesivamente.

—¿Dónde vives?

—Con ella.

—¿Dónde vives?

—Con ella he dicho.

Me venían a mí:

—¿Dónde vive?

—Conmigo.

Afortunadamente, como estaba tan delgaducha, pese a que había mejorado desde que estaba con los camaradas, como era muy poquita cosa, no la tocaron. Pero a mí me daban de hostias, parecía que las sienes y los oídos me iban a saltar. A María le preguntaban..

—Diga usted, señora, díganos la verdad: ¿viven las dos con usted?

Y señalándome a mí decía:

—No, solo vive ella.

Yo la miraba y decía:

—¿Pero por qué dices eso, si vivimos las dos?

Y volvían a pegarme. Recuerdo a Polo; era tan pequeño que, aunque yo también soy pequeña, los dos puestos a pegarnos hostias con las manos libres no sé quién hubiera ganado. Me cogió la cabeza entre sus manos y parecían eléctricas. Todavía recuerdo su camisa blanca manchada por la sangre que me salía por las encías, porque me había roto un diente; al fin pude escupirlo para no tragarlo. Los labios me sangraban, la nariz me sangraba, pero él no paraba de dar hostias y hostias. Aquello parecía una máquina. Aquella declaración solo se basaba en dónde vivía la chica. A nosotras ya nos tenían; allí en los calabozos ya había algunos camaradas. Aquello quería decir que había algunos más por detener. Toda su obsesión era el domicilio de la chica. La chica se iba manteniendo a las preguntas con decir:

—Vivo con ella, vivo con ella.

Se iban ganando horas y más horas. A Jefatura llegamos creo que hacia las nueve de la noche, y ya habría pasado la una de la mañana, o quizá más, y todavía estábamos en aquel despacho dándome golpes, solo con tres preguntas. A María:

—¿Viven las dos con usted?

A mí:

—¿Dónde vive?

A la chica:

—¿Dónde vives?

La respuesta de la chica:

—Con ella.

María:

—Vive esta sola.

Y yo:

—Vive conmigo —y de ahí no salíamos.

A mí la cabeza me daba vueltas; había momentos en que pensaba que me iba a desmayar; me daban golpes en los costados, me daban patadas en las espinillas. A ellas dos no las tocaban y yo me alegraba de que así fuera. Una de las veces levantaron a Bene de la silla donde la tenían, Polo la arrinconó y le dijo:

—Mira chica, si ahora mismo no me dices dónde vives, te voy a sacar la lengua a cuajos.

Le dio dos tortas. Dijo la calle y el número. Yo lo oí perfectamente pero no así el que estaba cogiendo las declaraciones a máquina; estaba un poco apartado y con el barullo de tanto policía en el despacho, no lo oyó bien. Pidió que lo repitiera y lo repetí yo, que estaba a su lado, poniéndole un uno delante de los dos números que ella había dado. Dejaron de pegarme y nos bajaron al calabozo a las dos de la mañana o quizá más. Se ve que fueron al número que había escrito en la declaración y debieron mover los pisos de arriba a abajo para ver si encontraban a la persona que conocía a la tal Bene, pero cien números más arriba. Volvieron, no sé si eran las cinco de la mañana, y nos volvieron a subir a las dos. A María ya no la volvieron a molestar más. Volvieron a preguntar a la chica dónde vivía y ella dio la dirección. A mí ya no me preocupaba porque sabía que a esas horas el camarada ya no estaría en la casa; no habría ninguna consecuencia. La bajaron de nuevo al calabozo a ella sola y a mí me dejaron. Con el que cogía a máquina las declaraciones pudieron aclarar que yo había dado el número cambiado, cuando la chica dijo el verdadero, aprovechándome del barullo que había en el despacho. Esto lo pagué bien caro, pues significaba que quería ganar tiempo para que algún camarada responsable saltase del domicilio donde la chica vivía. Me pegaron con verdadera rabia; me tiraban al suelo, me levantaban por los pelos, me daban patadas en los costados, en los riñones; tenía que decir quién vivía allí. Les dije:

—Miren, ustedes están en un error conmigo. Es cierto que he dicho que esa muchacha vivía conmigo porque la conozco y está enferma; está sirviendo y sus señores no saben que ha estado en la cárcel; si se enteran la echarían a la calle. He mentido para ver si la puedo salvar de que se encuentre sola y sin trabajo.

Fueron a la casa del camarada; allí se encontraron a su hermana y a su madre. Como él era artista, la familia dijo que estaba fuera hacía tiempo y que no sabían cuándo volvería; se encontraba en Madrid hacía ya un par de meses. Les explicaron que tenían detenida a la chica y ellas dijeron: "Ah, pues cuando la suelten ustedes le pueden recomendar que por aquí no aparezca, que no queremos gente de esa calaña". Esto salvó todavía más la situación del camarada. Yo les dije que si había mentido había sido por salvarla, pero que había sido la única mentira que había dicho; mi detención era un verdadero error. Sí, según ellos, me habían seguido varios días, a la

hora de la detención habían detenido a otra totalmente distinta a la que habían seguido. Entonces me decían:

—Sí, claro, ¿a que no eres tú la que te veías con el rubio de la Rambla de Cataluña?

—Efectivamente, no sé de qué me hablan. No conozco ningún rubio de la Rambla de Cataluña.

—¿Y tampoco al del sombrero marrón? Más de cuatro veces te hemos visto con él.

—No sé de qué me hablan ustedes; han detenido a una persona por otra. Yo no soy la que ustedes están buscando o han querido detener. Yo no voy más que de mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa.

Antonio Creix me dijo, en una de esas conversaciones que a veces tenía:

—Mira que eres tonta; después de cinco años en la cárcel, sales y en vez de echar-te un amiguito y vivir mejor vida te lías otra vez con tu partido para que te pase lo que te está pasando ahora.

Me acordé de aquel ex preso que en las colas de la presentación decía: “Esta gente nos destierra para que los hombres volvamos a la cárcel, pero como comunes; y para que las mujeres se echen a la vida, sin tener a nadie en las capitales grandes, sin familia y sin trabajo; pero hemos de morir de hambre antes de que esta gente nos llame delincuentes comunes”. Aquello pasó inmediatamente por mi imaginación y le contesté a Creix:

—Sí, claro, para eso nos destierran ustedes, para después detenernos como mujeres de la calle por el hambre y la miseria, en la prostitución. Pero ha dado en hueso conmigo, porque mi madre me parió proletaria, los dientes me salieron trabajando y estoy trabajando en una fábrica. Así que, por favor, déjeme en paz porque se han equivocado al detener a una persona por otra.

No hacía más que darme detalles de los siete días que, según ellos, había sido vigilada, pero mi negativa fue en todo momento rotunda. No conocía a nadie, no había tenido ninguna cita con nadie, ni sabía nada de nada. Pasaron por mí todos los policías que habían hecho el servicio, por turnos, y todos decían: “Sí, claro, es ella” Yo seguía negando y golpe arriba y golpe abajo y golpes por todos los sitios. Con todas mis negativas todo no podía salir redondo; en alguna cosa yo misma me tenía que contradecir. María les había dicho que yo no estaba en la casa ni sábados ni domingos; entonces, en algún sitio estaba, y yo no podía dar ningún sitio, porque en casa de Carmen, como ya he dicho anteriormente, estaba Antoñito; no lo podía decir aunque era mi única salvación para poner en claro por qué no estaba en mi casa sábados y domingos. Antoñito no había sido detenido precisamente por aquella pequeña caída de marzo, al haber estado separado unos días quizá no le habían visto con ninguno de nosotros. De ahí vino mi contradicción como buena persona y honrada. Dije que como mujer libre y mayor de edad podía hacer lo que me daba la gana el sábado y domingo. ¿Por qué no podía salir de casa con alguien y pasar con ese alguien el fin de semana? En esa contradicción había algo que ellos sospecharon y tenían que descubrir a fuerza de golpes; además contradecía a la pobre María en su declaración; sin comerlo ni beberlo podría perjudicarla, y la volverían a traer a Jefatura. La hubiesen torturado pensando que ella estaba al corriente de algunas cosas mías, y la ver-

dad es que no era cierto, estaba dispuesta a dejar mi piel entre aquellas manos de verdugos antes de dar un nombre, una dirección o algo que pudiera darles una pista de mis compañeros. El hablar no te libra de las palizas, al contrario, siempre te quieren sacar más y más. Si tú les das una pequeña pista no te dejarán en paz mientras no digas todo lo que sabes.

El segundo día de detención quisieron hacer una prueba. Subieron a Bene que, como habían dichos sus "señores", solo estuvo trabajando con ellos desde el mes de diciembre. Quisieron saber dónde habíamos estado, dónde había estado ella en Barcelona desde la fecha de libertad. Yo les dije que habíamos estado sirviendo las dos en la calle Baños Nuevos; ella en el número 1, un bar que hacía esquina con no recuerdo qué calle, y yo frente a ella en el número 2. Los señores del bar sabían perfectamente que Bene había salido de la cárcel, había ido a aquella casa por las circunstancias que ya antes se han relatado; y yo había ido, a servir, a la casa de Baños Nuevos número 2, pero engañándoles, no dije la verdad, de dónde venía. La respuesta de la policía fue que aquello era otra mentira más, como la que había dicho al declarar que la pequeña Bene vivía conmigo; que nosotras ya habíamos venido desde la cárcel organizadas por el Partido y por lo tanto con una casa donde alojarnos, unos camaradas donde apoyarnos. Ahí, sí que estaban equivocados. Yo me acogí rápidamente a que lo averiguaran, y les dije:

—¿Por qué no llevan a Bene al bar y lo aclaran? Allí la llevó precisamente un sereno al no tener dónde alojarse. Allí les dirán la verdad de si venía con un contacto ya, o solo con el cielo y la tierra y cuatro pesetas en el bolsillo.

Así lo hicieron. Llevaron a Bene al bar, pero aquel hijo de su puñetera madre, debía de ser un franquista bastante bruto, fue capaz de negar a la policía que conociese a que ella chica, pese a que ella llorando les decía:

—¿Pero no me conocen? ¿No pueden decir la verdad? Yo he estado sirviendo con ustedes, yo he trabajado aquí.

Pero a la chica no le sirvió de nada y la policía pensó que era un nuevo engaño, para ellos la palabra que contaba era la de aquel franquista que aseguraba no conocer a la muchacha. Volvieron a Jefatura y de nuevo los golpes sobre mí. Yo era la que les engañaba, la que les traía en jaque; y por algo sería cuando lo hacía, algo ocultaba y tenía que decirlo aunque me mataran. Volví a insistir en que aquello era cierto. ¿Por qué no me llevaban a mí? Yo iría a casa de mis ex patronos e iría también al bar; me conocían porque había ido a buscar a Bene algunas veces, el día que teníamos libre. Accedieron a ello. Se ve que estaban empeñados en saber hasta dónde llegaban mis declaraciones. Me llevaron primero a casa de mis patronos. Estos al verme con la policía les dijeron:

—¿Pero qué ha hecho esta muchacha?

—No, nada; dígame si la conocen, nada más.

—Pues claro que la conocemos. Ha estado sirviendo aquí. Y por nuestra parte no se hubiese marchado. Ya sabe ella que estábamos dispuestos a subirle el sueldo para que no se marchara. Es una buena chica, muy trabajadora y muy honrada. En casa todo lo hemos tenido abierto. Ella bajaba por las mañanas a limpiar la tienda. Hay muchos artículos pero nunca faltó ni un céntimo de casa ni una prenda de la tienda, o sea que nos extraña mucho verla con la policía.

Ellos le respondieron:

—No es cuestión de robo ni nada de eso; está detenida por política.

Abrieron la boca lo más que pudieron y dijeron:

—¿Cómo, política?

Entonces la policía les explicó que efectivamente yo era política; había salido de la cárcel cuando me puse a servir para ellos y les había engañado para entrar a trabajar. Pero a pesar de ello aquella gente, por muy franquista que fueran, respondieron por mí y dijeron:

—No tenemos que decir de ella sino que es una gran persona y de una gran honestidad.

Luego fuimos al bar. El del bar tampoco me quería reconocer, pero ahí el del bar daba en hueso; porque detrás del mostrador había una puerta con una escalerita de caracol que daba al piso de encima, que era la vivienda del dueño. Cuando el tipo aseguraba que tampoco a mí me conocía, le dije:

—¿Cómo es posible que usted diga eso? A Bene le han echado ustedes, pero a mí no. Yo les puedo decir que detrás de esa puerta hay una escalera de caracol que da a su piso. Y yo sola puedo ir directamente hasta la habitación de la muchacha. ¿Quieren ustedes hacer la prueba? Porque eso les dará a conocer que ese señor está mintiendo y que nosotras somos las que decimos la verdad.

El tipejo aquel del bar se resistía a que traspasáramos aquella puerta para saber si era cierto lo que yo estaba diciendo. Pero amigo, ante la policía, por muy bruto que fuese el tío, no hubo forma de negarse a que yo subiese delante de ellos por aquella escalera de caracol hasta el piso, donde tenía su vivienda. Fui derechita por el pasillo hasta la habitación de la muchacha, que ya estaba reemplazada por otra desde hacía tiempo. Entonces la policía pudo comprobar que aquello era cierto y el dueño del bar tuvo que decir que, efectivamente, la había llevado un sereno, pero que en realidad no sabía nada de aquella chica.

Esto quedó aclarado, pero al llevarlo a Jefatura, de nuevo se investigó el tiempo transcurrido desde primeros de julio, en que habíamos salido de aquellas casas, hasta diciembre, en que Bene había entrado a servir a la casa donde vivía al ser detenida. Como las barracas habían sido, sí no tiradas, al menos totalmente abandonadas, yo les dije:

—Pues mire, hemos vivido en unas barracas de la Diagonal.

Y les di las señas de tal barraca. Entonces me preguntaron:

—¿Y cómo habéis adquirido esa barraca?

—Por un cliente del bar que iba donde estaba Bene.

Me preguntaron cómo me la habían proporcionado y contesté:

—Ah, eso yo no lo sé. Lo único que puedo decirles es que cuando iba a buscar a Bene, aquel señor estaba en el bar; y algún día que la chica tardaba en bajar y yo le estaba esperando, conversamos algunas veces; yo le decía que esperaba a la chica para salir un rato. También hablamos de que estaba enferma y de que me gustaría mucho poderla sacar de servir; su salud era bastante deficiente; que yo sabía bastante de coser y que si podía encontrar un taller o una fábrica o algo donde trabajar, me la llevaría conmigo y la sacaría de servir; pero lo terrible para nosotras era que no teníamos casa ni amistades donde poder ir a vivir; y para pagar un alojamiento tampoco teníamos. Este hombre dijo: “Yo conozco unas barracas que hay por allí,

frente al Cortijo o la Rosaleda, en la Diagonal; hay alguna vacía o alguna en la que solo está una señora o algo así, quizá os pudiera alojar". Y así adquirí una pequeña barraca para Bene y para mí.

Como ya no podrían comprobar nada en aquella barraca, porque estaban desalojadas desde el mes de diciembre, no se podía aclarar nada. Yo había perdido todo contacto con aquel señor y no sabía quién era ni cómo se llamaba; era un cliente del bar, un señor que nos hizo este gran favor; no le volví a ver nunca más. Así quedó aclarado lo del tiempo transcurrido entre julio y diciembre. El resto ya lo sabían; yo vivía en Sepúlveda 172 y ella vivía sirviendo con aquellos señores. Así pudimos liberar a Bene de continuar en los calabozos de Jefatura, en los que estuvo ocho días. Cuando iba a salir la previnimos de que no fuese a casa de nadie conocido, nadie en absoluto; y si se encontraba a alguien por la calle casualmente, que se metiese en un portal o en cualquier sitio, pues podía perjudicar a algún compañero o a algún conocido que no tuviera nada que ver con nosotros. Reunimos por los calabozos de los hombres el dinero que pudimos para que se fuese a dormir a una pensión si no encontraba casa de servicio, pero que buscase una casa donde servir y no se preocupase de nada más. La chica así lo hizo. Salió en libertad y se puso a servir casi a las cuarenta y ocho horas en casa de un doctor. Pero la policía no la dejaba tranquila. Cuando salía a comprar, cuando salía en su día libre, estaba siempre perseguida, acosada por ellos. La llevaban a la policía, la amenazaban con volverla a detener si no hablaba, le decían: "Qué bien te han educado; te han dicho que no visites a nadie, que no vayas a ningún sitio. Dinos, dinos qué amistades son las que podrías visitar; si no conoces la calle tú dinos el nombre y ya iremos nosotros contigo". Pero la chica en ese sentido se portó maravillosamente.

Faltaba en Jefatura saber qué hacía yo durante sábados y domingos; quién era el rubio de la Rambla de Cataluña; quién era Pinocho; quién era el del sombrero marrón; quién era el que había subido un día a mi casa con traje de monte y había bajado con traje de calle. Me decían un montón de cosas que yo negaba rotundamente. Y esos sábados y domingos que faltaba de casa no podía decir dónde los pasaba.

Las noches eran terribles, se ensañaban con las torturas, tanto con hombres como con mujeres; el día también terrible. Yo estaba incomunicada con interior y exterior y habiendo una celda de políticas a mí me tenían metida en una celda de comunes. Las estraperlistas, las ladronas —ladronas de todas las clases, porque tienen sus categorías— y las mujeres de la vida. Había días que en una celda en que tendría que haber media docena para estar un poco desahogadas llegábamos a cincuenta mujeres. Lo que en cuarenta y ocho días que estuve en aquel calabozo pude ver y oír de aquellas mujeres de la vida era horroroso y repugnante. Algunas veces he dicho a mi compañero y a algunos camaradas, hablando con ellos: "Si estoy un poco más en aquellos calabozos me hubiese repugnado tanto el hombre como la mujer", me daba asco el sexo de tanto como oía hablar de lo que hacían y dejaban de hacer por las noches, en su trabajo. Porque a esa forma de vida ellas le llamaban *salir a trabajar*.

Una noche —mejor dicho, una madrugada— me subieron a los despachos y empezaron de nuevo con los interrogatorios. Tenía que decir dónde iba sábados y domingos. Esto les obsesionaba; por el del sombrero marrón ya no me preguntaban, ya lo habían detenido. A Pinocho, que también el llamaban *el Profesor Ambulante*, porque decían que siempre iba leyendo por la calle, también lo habían detenido; este

era mi compañero desde hacía tiempo, desde que había empezado mi vida clandestina en Barcelona. Moisés Hueso, al pobre le dieron tantos palos que llegaron a abrirle una vieja herida que tenía en el pulmón, y tuvo algunas hemoptisis en los calabozos. Aquella madrugada que me subieron con la firme proposición de saber lo que hacía y dónde iba los sábados y domingos fue algo serio. Me dieron tantos palos que, desde luego, bien puedo decir que quedé para toda mi vida señalada. Polo me arrinconó contra una pared y empezó a golpearme. En uno de esos golpes me dio con la cabeza contra un muro y sentí un dolor tremendo en la nuca que pensé desmayarme; el dolor me había recorrido toda la columna vertebral y mi respiración se hacía difícil. Oí como entre sueños me decían: "Se va a desmayar y tenemos que evitarlo". Me cogieron por los hombros y me sentaron en una silla; Creix, apoyando sus manos en el respaldo de la silla donde estaba yo sentada, puso sus pies sobre los míos y el dolor de la columna se juntó con el dolor tan terrible de todo el peso de ese monstruo asesino, Antonio Creix, sobre las uñas de mis pies. Esto me hizo reaccionar. Yo no perdía el conocimiento y sabía que tenía que seguir diciendo no a todo. Recuerdo cómo Polo me miraba y me decía:

—Hablarás, hablarás.

—Asesino, usted es hijo de una loba.

Me dio varias hostias y le dije:

—¿Ve?, usted no tiene madre, porque si tuviera madre no pegaría a una mujer.

Me dio un puñetazo tan tremendo que caí de la silla al suelo, del cual me levantaron por los pelos. Yo ya no aguantaba más, no podía más, pero solo pedía no perder el conocimiento. Pensaba en mis compañeros, pensaba en la responsabilidad que me había dado el Partido y en que tenía que cumplir con ella. Aquel día pensaba que era el último día de mi vida, pero me sentía orgullosa de que no pudieran sacar de mí más que el no, el no y el no, aunque tuviese que dejar mi vida en aquellos calabozos de la Jefatura de vía Layetana en manos de aquellos asesinos, que no eran otra cosa. Hacía un par de días que había visto, según me interrogaban, un cuerpo tirado, mejor dicho escondido, bajo la cama turca que había en un rincón de uno de los despachos; debía de ser la turca donde el policía que hacía la guardia de noche; posiblemente lo mataron a golpes y allí lo escondieron. Yo dije a los camaradas, cuando bajé a los calabozos, que allí había un hombre tirado debajo de la cama. Aquel hombre no bajó a los calabozos ni supimos nunca quién era. En aquellos años detenían a tanta gente con nombre supuestos, que era difícil saber hasta qué punto llegaban las detenciones; ni se habrá sabido ni se sabrá; ¿quién sería aquel pobre hombre que se quedó entre las manos de la policía? Le llevarían quizá de madrugada al cementerio y lo meterían en una fosa común.

Y casi de día me sacaron del despacho donde había pasado las horas más terribles desde que había sido detenida y me llevaron a la escalerita que bajaba hacia los calabozos; no la tomaron aquella madrugada solo conmigo; alguien más sufrió las consecuencias. Tenían escondida a Bené por uno de aquellos pasillos para que viera cómo salía, encorvada y sin poder casi dar un paso. Le dijeron:

—¿Ves cómo va? Pues si tú no te decides a dar los nombres de los camaradas que conoces, esta noche bajarás a los calabozos bastante peor que ella. Así que vete a tu casa, que ya iremos a buscarte. Ya lo creo que vas a hablar.

Esto lo supe meses después. Recuerdo que al bajar por la escalera, después de un primer tramo, hay un rellano con una puerta que comunica con el cuerpo de guardia de la Policía Armada, la guardia de los calabozos. Solo oí que antes de llegar a este tramo un policía de la Armada decía:

—Esta mujer se cae.

No oí más. No sé el tiempo que transcurrió. Cuando abrí los ojos me vi echada en la cama del servicio de guardia de la Policía Armada. El sargento se acercó a mí y me dijo:

—No tema, está entre nosotros. No se preocupe, ya no le pasará nada.

Llamó a un policía de la Armada y no oí lo que le dijo, pero al ratito el policía vino con una copa de coñac y unos terrones de azúcar. El sargento me hizo tomar el coñac con los terrones de azúcar para reanimarme y, cuando ya estaba algo mejor, me dijo:

—Bueno, ahora reincorpórese y vamos al calabozo; aquí no la podemos retener más.

Yo no me podía mover; me habían puesto en aquel camastro hecha un cuatro; así estaba y así quedé; no podía poner los pies en el suelo, los dolores de la columna vertebral me hacían chillar. Me cogió un guardia bastante grandón y fuerte y en brazos me bajó hasta mi calabozo. Me echaron en un rincón y allí me quedé días y días sin poderme mover; los camaradas me mandaban lápiz Termosán para darme por la columna vertebral, por las piernas doloridas, los hombros, los brazos. Mis piernas estaban negras como un tizón de las patadas y de los vergajazos que me habían dado. Oía a los camaradas que pedían a voces: “Médico para la primera”. La primera era mi celda. “Un médico para la primera, un médico para la primera”. Al final consiguieron que bajase un médico. Pero qué médico bajó: yo estaba tirada en el suelo; se acercó a mí —bajaban dos policías con él—, y me preguntó:

—¿Qué le pasa?

No me dio tiempo a contestar porque una mujer del estraperlo que estaba allí le dijo:

—¿Qué quiere usted que le pase? Que la maltratan y después la tiran al suelo.

El médico le contestó.

—Señora, yo a usted no le he preguntado nada; y sepa que si ella está en el suelo los alemanes en la guerra también están en el suelo, en las trincheras.

Ella le dijo:

—Y a mí qué me importan los alemanes; yo estoy en España.

La pobre no sabía lo que se jugaba con aquella contestación, pero no le pasó nada. Esta fue toda la visita que me hicieron; ni un tratamiento, ni un cambio de celda ni nada. Me quedé allí. Afortunadamente fue la última vez que me subieron para torturarme.

Antoñito había sido detenido. No porque nosotros hubiésemos hablado, pues se podía decir que la única que sabía dónde estaba era yo; pero podía haber tenido algún contacto con un camarada y haber sido detenido por esta causa... No. Había sido detenido por un compañero suyo que había estado con él en la cárcel de Ocaña, tratándose como hermanos. Había caído en Madrid y no resistió las torturas, se había hecho confidente y había acompañado a la policía de Madrid para realizar la detención del que había sido su hermano en la cárcel. Por los compañeros de los calabozos

se enteró de cómo me encontraba yo; las declaraciones cambiaron después de una conversación que tuve con él una madrugada que temía sería la última de mi vida. El policía de la Armada se acercó a la puerta del calabozo y me dijo que saliera. Frente a la primera celda está la puerta de la escalera de subida para los despachos; yo me planté allí esperando que abriese la puerta y él me hizo señas de que no, que fuese hacia el pasillo. Recuerdo que me arrinconó en el muro que hay entre la quinta y la cuarta celda; entonces abrió la quinta y salió Antoñito. Desde luego, estaba irrecognocible. Tenía la cara igual que un monstruo, toda amoratada e hinchada; me puso las manos sobre los hombros y yo de reojo le vi las muñecas hinchadas y ensangrentadas de las esposas, de las que lo habían tenido colgado y le habían herido. Pero nos ayudó mucho en nuestras declaraciones; pude dar ya una dirección donde pasaba los sábados y domingos cosiendo y planchando; era la de Carmen, la de la pensión. Muchos de los huéspedes me conocían y sabían que en realidad yo iba allí a coser y a planchar; pedían no solamente ella, sino también ellos hacer esa declaración. Cuando me volvieron a subir para insistir sobre lo mismo —quién sabe cómo hubiese terminado en caso de seguir negando— se vieron muy extrañados de que al final les diera una dirección. Me preguntaron por qué había aguantado tanto pudiendo decir dónde estaba. Yo les contesté:

—Porque ustedes tratan a todos por igual. Esta señora no me ha hecho más que bien, porque me ha dado trabajo y yo le estoy muy agradecida. Temía que al dar su nombre y dirección ustedes la detuvieran, y es una señora que no tiene nada que ver conmigo; es viuda con una hija y se gana la vida en una pensión. No me hubiese perdonado nunca que ustedes la hubiesen relacionado conmigo y la hubiesen detenido dejando a su hija en la calle y su trabajo abandonado.

Aún subí una vez más a los despachos, pues cuando nos detuvieron oyeron que tanto Bene como María me llamaban *Toni* y que al salir de casa el portero me dijo: “Buenas noches, Antonia”. Así que me hicieron una ficha a nombre de Antonia Gutiérrez; no me dio la gana decirles cómo me llamaba. Cuando llegó esa ficha a la central, mandaron a Barcelona mi verdadera ficha; las huellas dactilares habían cantado. Entonces me volvieron a subir y con risitas muy chungonas me decían:

—También aquí nos engañastes o nos querías engañar. Qué creías, ¿que no íbamos a saber quién eres?

—Pues ustedes no lo hubieran sabido si no se lo dicen desde Madrid.

Esta fue mi última subida hasta que me sacaron de los calabozos para ir a la cárcel. En ellos estuve cuarenta y ocho días. Por aquel entonces —hoy ya hay otras condiciones— no daban más que un pequeño chusquito de pan hacia las once de la mañana, eso era todo el rancho, toda la comida que daban para las veinticuatro horas del día. No había colchonetas, no me permitieron entrar una manta porque estaba incomunicada. Las familias de los que no estaban incomunicados podían entrarles manta e incluso comida de la calle, pero mi incomunicación no permitía que me atendiese nadie. En el tiempo que estuve en aquellos calabozos llegaron a pasar centenares de mujeres, sus detenciones se pagaban con multas para salir en libertad o diez o quince días de cárcel. Por lo general todas pagaban la multa y salían. Por ejemplo, las mujeres de la vida iban de madrugada y a las once más o menos llegaba el coche celular y a la que había pagado la multa la ponían en libertad y a la que no la

llevaban a la cárcel. Entonces quedábamos pocas; quizá algunas sabían que iba a pagar la multa pero se había retrasado un poquito en traer el dinero. Cuando ya me podía incorporar un poco limpié aquella celda con agua y buen chorro de zotal para desinfectarla. La Policía Armada que estaba de servicio en los calabozos muchas veces tenía que discutir e incluso amenazar con la porra a las mujeres que quedaban, porque se metían conmigo a la hora de la limpieza y me decían:

—¿Es que quieres heredar la celda, que la quieres tener limpia como una patena? El guardia les decía:

—So zorras, si tuviérais que estar aquí días y días dejando la porquería que dejáis vosotras por los suelos, quizás os decidiríais a limpiarla; bastante hace con quitar vuestra mierda.

Entraba en el calabozo, las hacía irse a un lado y yo fregaba el trozo que habían dejado libre; las obligaba a volver al que estaba limpio y yo continuaba fregando para terminar la celda. Ya llevaba más de veinte días cuando una mujer de unos cuarenta o cuarenta y cinco años vino hacia mí y me dijo:

—Yo la conozco a usted y no sé de qué; pero la conozco, estoy segura.

Yo me la quedé mirando, me acordé perfectamente de la cara de aquella mujer y le dije:

—Sí, usted me ha visto cada mañana bajar al metro de Universidad a las cinco y media cuando yo iba a trabajar; y usted estaba en la escalera vendiendo tabaco de estraperlo.

—Pues sí, es posible, porque ahí es precisamente donde me pongo a la hora en que bajan los obreros a trabajar.

—Sí, no tenga usted la menor duda. Usted ve bajar mucha gente, pero nosotros los que bajamos solo la vemos a usted y yo la recuerdo perfectamente.

Aquella mujer se portó muy bien conmigo en las veinticuatro horas que estuvo. Me dijo:

—Pero, hija mía, ¿cómo puede aguantar tantos días aquí sin tener ni siquiera una manta, tirada en el suelo con ese pequeño chaquetón?

Le dije que estaba incomunicada y que habían intentado pasarme una manta y la habían rechazado. Carmen, la de la pensión, cuando ya había dado yo su dirección intentó pasarme comida y una manta y no se lo admitieron. Entonces ella me dijo:

—Dime dónde quieres que vaya a buscarte una manta; porque yo, hija mía, no tengo para podértela traer, pero te la pasaré.

Le dije que no adelantaría nada porque no me la entregarían, y me dijo:

—Te la entregarán; mira, esta señora —y se fue a buscar a una que había en un rincón— se va a quedar aquí porque ha dicho que no puede pagar la multa hasta después de cuarenta y ocho horas. No la llevan a la cárcel y seguramente se quedará; pero yo me marcho hoy mismo, así que dime dónde voy a buscar una manta; se la paso a esta señora y ella ya sabe que es para ti.

Y así fue como me pasaron una manta que mandé buscar a casa de María; yo tenía mis propias mantas, y le pedía que le diese a esa señora una para que me la mandase a Jefatura. En otra ocasión una chica —por cierto, con un tipo precioso y muy guapa— vino hacia mí y me dijo:

—Usted es política.

—Sí.

—¿Y por qué la tienen con nosotras?

—Ya ves, hija, no hay más que una celda de políticas y como me tienen incomunicada con ellas, estoy aquí con vosotras.

—Qué cerdos son.

Entonces me explicó su historia. Al terminar la guerra sus padres habían sido detenidos en Madrid y ella se había quedado en la calle con cuatro hermanitos sin más amparo que la pequeña casita donde vivían, el cielo y la tierra y sin tener qué darles de comer. El poco dinero que tenían no había servido para nada y, sin tener con qué ayudar a sus padres, que estaban en la cárcel —ella tenía unos quince o dieciséis años, una chica mona y bien formada—, no tuvo otra opción, según ella, que echarse a la vida, que en aquellos momentos era tan fácil, con tanto invasor extranjero que teníamos en nuestra tierra. A los hermanos pequeños los había metido en colegios y a sus padres los atendió hasta que los fusilaron. Ella siguió esa vida y cuando los chicos crecieron a dos de ellos los sacó a trabajar a talleres para que aprendieran un oficio; aún le quedaban dos en los colegios. Pero como los mayores podían sospechar su vida y ella no quería que se enteraran, les había dicho que estaba de señorita de compañía de una señora muy rica. Les dijo que la señora se trasladaba a Barcelona y como ganaba buen sueldo con ella y así podía atenderles a ellos y a los pequeños, se iba a Barcelona. Y así seguir su vida de prostituta. Yo le dije:

—Bueno, pero ahora que tus hermanos son mayores y que tú podrías trabajar también. ¿por qué no dejas esa vida?

—Ya no puedo; ahora ya no es el vicio ni la necesidad, sino el lujo lo que me induce a ello. Hay un camarero de un bar de la plaza Cataluña que quiere casarse conmigo; me ha dicho que todo lo que haya pasado por mí lo olvidará y será feliz a mi lado y me hará feliz a mí, y además no le importa hacerse cargo de los pequeños al formar un hogar. Yo sé que no le voy a ser fiel, pues con el sueldo que gana de camarero, aunque yo también trabajase en algún sitio... Me da por el lujo, me gusta tener joyas, tengo hasta un abrigo de piel. Los clientes que tengo soy muy buenos y pagan muy bien. ¿Para qué voy a traicionar a ese muchacho?, si me caso con él le voy a poner los cuernos.

Hablé con aquella muchacha, le dije que había de pensar en sus hermanos y en ella misma, todavía joven; era muy hermosa, pero esa juventud se marchitaría con esa vida; le dije que aceptase lo que ese hombre le ofrecía, que no era poco, puesto que sabía la vida que hacía y se la perdonaba. No siempre encontraría un hombre en esas condiciones. Pero la chica estaba dispuesta a seguir la vida que llevaba. A los pocos días por primera vez me puse las botas comiendo, porque esta chiquita me prometió pasarme comida; no me la podía pasar a mi nombre, pero como ella sabía cuándo detenían a unas y a otras, dijo:

—En cuanto sepa que han detenido a alguna de mi confianza le mando una comida; ya le advertiré que no es para ella, sino para usted.

Y efectivamente, a los pocos días llamaron a una chiquita, también prostituta, y le entregaron un paquete de comida, una comida incluso caliente; la chica la cogió, se la puso a su lado un ratito y cuando desapareció el guardia me dijo:

—Tenga, es para usted. Se lo manda aquella chica tan guapa madrileña.

Yo lo quise repartir con ella, y ella me dijo:

—No, de ninguna manera; yo dentro de un rato me iré.

Otro día, y esto sí que me dio mucha pena, y además creo que la traté mal, en los grupos que traían por las mañanas (pues el furgón iba a llevar a la cárcel a las que no pagaban la multa y después se pasaba por las distintas comisarías, recogía a las que habían detenido durante la noche y se volvía a llenar el calabozo), vino una chiquita, y al enterarse de que yo era política vino a mí, se quedó mirándome, me conoció y me dijo.

—Pero, ¿tú no eres Peque?

—Sí, y tú, ¿quién eres?

Me dijo su nombre y entonces la recordé de la cárcel de Durango. Allí nos habíamos separado; ella había ido a otras cárceles y ya no nos habíamos vuelto a ver. Me explicó que rodando por los penales de España, salió en libertad con el indulto de los veinte años.

A pesar de haber venido con el coche celular de ladronas y prostitutas pensé que también había sido detenida por política y que quizá habría habido otra caída en Barcelona, y le pregunté:

—¿Qué ha pasado? ¿Ha habido otra caída?

Ella se puso a llorar con la cabeza muy gacha y me dijo:

—No, no me han detenido por política, sino por *piculina* —como decíamos nosotras en aquel tiempo a las mujeres de la vida.

Yo me quedé parada y le dije:

—¿Y cómo es eso? ¿Cómo has podido caer tan bajo?

Me contó que había salido de una cárcel, había llegado a Barcelona sin apenas ropa y dinero y había recorrido las calles; y viendo una vitrina con ropa se le había acercado un viejo y le había dicho: “Mira, nena, si algo de ahí te gusta yo te lo puedo comprar”. Esa fue su primera caída y después continuó con esa vida. Según contó había sido detenida varias veces ya. Volví a recordar al camarada que nos hablaba en la cola de las presentaciones del primer domingo de mes: me acordé de lo que le había dicho a Antonio Creix y se lo repetí a ella, y le dije:

—Eso es lo que esta gente quiere, que caigamos; unos por robar, otras por ser mujeres de la vida. ¿Verdad que alguna vez te han echado en cara que antes has sido roja y ahora puta?

Lloró aún más amargamente porque, efectivamente, se lo habían echado muchas veces en cara. Le dije que era joven, aún estaba a tiempo de dejar aquella vida; a pesar de la pena que demostraba de verse ante mí en esas condiciones, aún me contestó, y eso me dio mucha rabia, que por el momento pensaba seguir como estaba, pues el viejo la mantenía y además ella salía a trabajar para hacer algunos ahorrillos; después, ya vería. Me repugnó esta respuesta y creo que la insulté. Me separé de ella y no volvimos a hablarnos más hasta que le pagaron la multa y salió. Se metió en un rincón; lloraba con la cabeza gacha y sin atreverse a mirarme. Cuando la llamaron porque le habían pagado la multa y le daban la libertad, vino hacia mí y me dijo:

—Te deseo mucha suerte; te envidio y me avergüenzo de ser lo que soy, pero ya no tiene arreglo.

Muchas veces había pedido que me trasladaran a la celda de las políticas, pero nunca lo conseguí. En mi propio calabozo tuve una visita inesperada. Era un sargento de la Armada. Bajó con la policía a verme; me dijo que era pariente un poco lejano de Carmen, la de la pensión, pero que me apreciaba mucho; esta le había dicho

que como no le dejaban verme ni pasarme nada, si por favor podía interesarse por mí y ver cómo me encontraba. Lo pidió a la policía y acompañado por ellos bajó al calabozo. Me preguntó delante de los torturadores de la Político-Social si necesitaba algo, si quería algo, y yo le dije:

—Solo he pedido una cosa, que me trasladen a la celda de políticas.

Él se volvió hacia la policía y les dijo:

—Bueno, pues yo desearía también que la trasladaran a la celda de políticas. ¿Por qué no puede ser?

—Escucha, eso es cosa nuestra.

Después me enteré de que había hablado con Polo; también le había preguntado por qué no se hacía mi traslado a la celda de políticas, y este le contestó:

—Hombre, si usted quiere lo podemos hacer; usted ocupa su puesto y ella pasa a otra celda.

Esa fue la contestación del señor Polo a un sargento de la Armada.

En general el servicio que en aquel período tuvimos en los calabozos con la Policía Armada era bastante bueno, nos permitían ponernos de acuerdo para las declaraciones e incluso nos sacaban, como ya he dicho antes, de un calabozo y de otro para entrevistarnos. Recuerdo a uno de ellos, ya mayor, que me dijo que tenía hijas más o menos como yo; se portó conmigo como si fuese de su propia familia. Decía que sentía verdadera pena por mí; me habían detenido estando indispueta y se ve que al pegarme y al estar en tan malas condiciones la menstruación normal se convirtió en hemorragia y estuve más de quince días perdiendo constantemente. No me habían dejado coger nada de casa y este hombre me pasaba a escondidas paquetes de algodón, me decía: "Pero, hija mía, ¿todavía estás así?". El hombre movía la cabeza y me traía el encargo que le hacía. Me pasó un cepillo de dientes, pasta, jabón y una lendrera, ese peine espesito para no tener piojos; allí los había en abundancia. De esta forma podía tener un poquito de aseo, gracias a ese gran hombre. Frente a la puerta de mi calabozo había un grifo con una pilita diminuta, pero ya era bastante que hubiera agua al lado de la celda. Entre la pilita y mi calabozo había una puerta que daba a un pequeño retrete para las mujeres.

De aquella fuente yo cogía agua para fregar la celda y para mi aseo. Allí había colgado este guardia de la Armada un jarrito de porcelana con asa; él decía que era para su uso personal cuando tenía ganas de beber agua. No era así, porque solo tenía que subir medio tramo de escalera para encontrarse con el cuerpo de guardia, donde podía beber, comer o hacer lo que fuese. Había colgado aquel jarro junto a la fuente precisamente para mi uso personal. Allí me lavaba la boca y un poco la cara, pues el hombre un día había entrado en la cintura una toalla; con el jarro, que yo llenaba de agua, podía entrar al retrete para hacer el aseo más necesario. En general tuvimos mucha suerte con aquella guardia; incluso nos aconsejaron prudencia con dos que también hacían el servicio en los calabozos. Recuerdo que a uno le llamaban *el Asturiano*. Nos dijeron:

—De esos dos no fiaros; son dos fascistas y además chivatos. Cualquier cosa que vean o que oigan irán con el soplo a la Político-Social. Siento mucho no saber cómo se llamaba ese hombre, que con su ayuda a las detenidas, se exponía a ser uno más.

Estando en aquellos calabozos terminó la segunda guerra mundial con la satisfacción y la alegría de haberla ganado los aliados. Nos hacíamos ilusiones de que

algo pasaría en nuestra España, eso era precisamente lo que se estaba preparando con el fin de la guerra: una intervención coordinada desde fuera y desde dentro para aplastar al franquismo, al fascismo en España; pero no fue así. Nuestros hombres habían dado todo en la guerra, habían muerto miles en los campos de concentración alemanes, en las guerrillas y en las trincheras, y una vez terminada la guerra fueron desarmados y no se derrocó el fascismo en España. Las ilusiones que nos habíamos hecho cayeron por tierra. El día que en los calabozos nos enteramos del final de la guerra con la victoria fue un gran día para nosotros, y una esperanza. Los policías no acudieron en su mayor parte a Jefatura. También temían algo en España.

Políticamente hubiera sido muy natural que desapareciera ese foco fascista sembrado por Hitler y Mussolini, contra el cual nuestros hombres estaban luchando con las armas en la mano y por la libertad de los pueblos.

Pero ya estaban bien encompadrados los americanos y el franquismo; y continuó el exilio, las cárceles, la clandestinidad. El franquismo, ayudado por los imperialistas internacionales, seguía como una segunda veta hitleriana aplastando a nuestra querida España.

Cuando me detuvieron tenía en casa un cuaderno de hacer labores y junto a él un centro de mesa, empezado hacía mucho tiempo, cuando estuve sirviendo, alguna tarde que tenía un rato me entretuve en empezar uno. La policía ni se dio cuenta siquiera de que había una labor empezada, pues un ovillo y unas agujas a ellos nos les decían nada; pero al cuaderno sí que le echaron una ojeada, y les extrañó la forma en que estaba escrito. Si no recuerdo mal, había tres formas para hacer los centros de mesa y por lo tanto tres claves diferentes. Les extrañó mucho y me preguntaron qué era aquello. Yo les dije:

—De hacer labores.

Esto me lo preguntaron en Jefatura, pues se llevaron el cuaderno, porque no se lo creyeron. Por más que yo insistía en que aquello era para hacer labores, ellos pensaban que era una clave para otras cosas. Yo les decía:

—Traíganme unas agujas y un ovillo de hilo y van a ver cómo esas claves no valen sino para hacer labores; además lo pueden comprobar yendo a una mercería, donde encontrarán revistas en las que hay estas mismas claves para hacer centros de mesa.

Al final no sé si se lo creyeron o lo comprobaron, pero ya no me molestaron más con aquel cuaderno, al parecer no le dieron más importancia. Pero cuando me llevaban para la cárcel y nos entregaban las cosas que nos habían quitado a la entrada, yo reclamé mi cuaderno de labores, en la cárcel lo iba a necesitar si quería hacer centros de mesa para ganar un poco de dinero. Me dijeron que el *cuaderno de claves* había pasado a los militares para su estudio. Yo no pude por más que reírme; porque se necesitaba ser burros para no haber comprobado que aquello era de hacer labores y nada más.

A los cuarenta y ocho días de haber ingresado en aquel calabozo me sacaron para meterme en el furgón y llevarme a la cárcel de Les Corts. En el furgón conocí a las otras tres que habían sido detenidas, más o menos al mismo tiempo que yo. Una de ellas era una mujer de unos cuarenta y cinco años más o menos, la patrona de un guerrillero que había sido detenido el 4 de abril, el mismo día que yo; además daba la casualidad de que vivía en la otra esquina de mi calle. Otra era una señora acusada

de tener una estafeta en su casa; la otra era una chiquilla joven llamada María que al parecer estaba en el Partido. Yo no la conocía y tuve muy poco trato con ella, salió muy pronto de la cárcel. La cárcel de Les Corts.

Es obligatorio al llegar a la cárcel pasar el período de observación —treinta días—, desinfección, etcétera. Yo tenía la ropa hecha una porquería y como yo las demás. Pedí que avisaran a Adelaida Abarca, *Delí*, no la conocía personalmente, pero sí a través del Partido y las hermanas Montoya. Acudió enseñada en mi ayuda, me bajó ropa suya para que me pudiese poner limpia y todo lo mío pasó a desinfección. En las duchas me encontré con una compañera que había estado conmigo en Amorebieta, Estrella. Era una mujer de unos veintiocho o treinta años y estaba de responsable en las duchas, estábamos tan animadas hablando que incluso después de ducharme y vestirme seguí charlando con ella mientras iba haciendo su trabajo. Entró la buena señora de la pensión de Antonio Hidalgo, así se llamaba el guerrillero, y cuando apareció por la puerta, Estrella se echó para atrás del olor que hacía. Yo ya lo había notado en el furgón, pero en fin, no sabía si era ella o si era el furgón el que olía, pero allí ya no cabía duda; el olor lo despedía ella. La habían operado hacía muy poco el vientre; en los calabozos no se había desnudado para nada y llevaba una faja bastante apretadita para ocultar un poquito el vientre. Esto le había reblandecido la cicatriz, que incluso por algunas partes estaba como infectada y tuvimos que llevarla al médico para que la curase.

Ayudé a Estrella a limpiar a aquella mujer e intervinimos para que no le cortaran el pelo. No la conocía de nada y no tenía confianza en ella, pero ya en los calabozos de Jefatura me dijeron los hombres que era la viuda de un falangista fusilado, que los hijos eran falangistas y que ella era una mujer un poco ligera. Yo ya estaba prevenida, pero a pesar de eso me daba no sé qué, siendo una presa política, que entrase en observación con el pelo cortado al rape. Pero no cabía otra cosa, porque estaba llena, hasta el último pelo, de liendres y piojos. Al final pude conseguir, con Estrella, que no le cortasen el pelo. Yo me comprometí a limpiarla en los días que estuviésemos en observación.

En la sala sólo estábamos las cuatro políticas; el resto eran mujeres de la vida: ladronas, chicas que se habían hecho abortos, chicas que había matado niños al nacer... en fin, de todo un poco. Entre ellas, la que había sido tan nombrada como *La Descuartizadora de la calle Amalia*. La sala no era muy grande y estábamos muy apiñadas. Podíamos salir a un pequeño patio, y allí no se veía más que a la gente despiojándose. Sobre todo a mí despiojando a la cerda aquella, la patrona de Antonio. No sé por qué me comprometí a ello, pues cada vez me daba más asco hacérselo. Si en los calabozos de Jefatura había oído muchas cosas, allí no era menos; pues todas las mujeres de la vida que no pagaban la multa iban a parar a la cárcel, y allí no estaban veinticuatro horas; estaban, según la multa que les ponían, ocho, diez, quince o veinte días y hasta un mes, y había que oír las hablar y contar cosas. En diez días presenciamos unas cosas la mar de extrañas: entró una ladrona, una mujer pequeña, delgaducha, mal vestida, pero con un coraje de esos de miedo; toda su manía era cargarse a la Descuartizadora. Por cierto que uno de los sitios que había libres para nosotras cuatro estaba precisamente junto a ella; yo ya había cogido un rinconcito —me gustaban mucho los rincones— porque así tenía a un lado a una y al otro lado la pared, solo María quedaba por acoplarse y solo quedaba libre el sitio de esa mujer. María de ninguna manera quería ponerse allí. Se sentó en el petate que le dieron en

medio de la sala, en un cuadrito, único sitio libre en la sala. Decía que ella dormiría allí aunque fuese sentada, pero que no se ponía al lado de aquella mujer. Le tenía verdadero terror. Como no había otra solución, le dije:

—Anda, vete a mi sitio, que yo me quedaré allí.

Así que todo el tiempo estuve al lado de aquella mujer. Era guapa, muy aseada; se arreglaba bien, muy limpia, debía ir casi todos los días a la ducha. Tenía el pelo bastante cano y ondulado y muy bien peinado; era una mujer que no se metía con nadie, aunque por lo visto —yo no se lo oí contar pero lo contaban otras—, había contado cómo había sido el asesinato de aquel hombre. Bueno, el caso es que la ladrona que ingresó, al saber que estaba allí la Descuartizadora, todo su afán era liquidarla. Una noche le dio con una botella en la cabeza y no le pasó nada. Esta mujer decía: “No, si tiene la cabeza tan dura que me romperá la botella y a ella no le hará nada”. Pero un día fue ya peligroso, porque rompió la botella y fue hacia ella con la botella rota. La dirección de la cárcel cogió a esta mujer, que por lo visto había entrado ya varias veces y la conocían, y la subió a la sala donde tenían a las madres comunes. No por eso dejaba la mujer de querer atacar a la de la calle Amalia. Un día salimos a un pasillo a coger el rancho y también las madres tenían que venir allí; antes de que nadie se diera cuenta le metió el plato por la cabeza y se lió a golpes con ella. Las tuvieron que separar y llevar a cada una a sus respectivos sitios. Otro día bajó la Descuartizadora toda llena de sangre; había subido al médico y para ir a la enfermería tenía que pasar por Madres. La ladrona la vio pasar y no dijo nada, pero con unas pesas —esa cárcel había sido un colegio de monjas o de frailes y tenían unas pesas para hacer gimnasia— se puso detrás de la puerta y cuando fue a salir le sacudió con ellas y le tuvieron que dar no sé cuántos puntos en la cabeza. En Madres le preguntaron: “Bueno, explíquenos por qué le tiene tanta rabia a esa mujer”. “Porque yo aunque ladrona no soy fascista ni franquista, soy antifascista, republicana, y esta mujer ha matado a un hombre que estábamos seguros en todo el barrio que era un hombre de bien; debía ser clandestino y por eso no se ha sabido quién es; él solo dormía en casa de esta mujer y comía en un bar cerca de la casa. En el bar se había portado muy bien, pagaba regularmente, no era un hombre bebedor, nunca se quedaba en el bar después de comer, se iba a su trabajo. El dueño del bar nunca había sabido dónde trabajaba, solo que le pagaba sus comidas; y no se ha sabido tampoco quién es, ni siquiera por los trozos de cuerpo que se han podido encontrar. Así que nadie le reclama. ¿Pues quién es? Un rojo que estaba escondido. Y esta tía zorra le ha matado porque él era un hombre decente y ella quería acostarse con él, la había rechazado; además ella lo ha dicho así, yo no me lo invento. Y no harán justicia, me la tomaré yo por mi mano, ha matado a un rojo y en dos días estará en la calle”.

La verdad es que la condena fue alrededor de seis años, no lo recuerdo bien. Y hago constar que digo lo que presencié allí, yo este caso en la calle lo desconocía. Esta pobre mujer, si decía verdad o mentira cualquiera lo sabe. Lo único que sabemos es que se la llevaron al manicomio diciendo que estaba loca, los ataques contra aquella mujer no eran de persona normal.

Pocos días después de estar en observación la mujer a la que acusaban de estafeta salió en libertad; no supe quién era, no recuerdo su nombre ni he vuelto a saber más de ella. Por mediación de Deli y de Estrella me quitaron unos días de observación, creo que estuve veinte o menos, y me subieron a una sala. Las otras dos, María

y la patrona de Antonio, debieron salir desde observación, pues no las vi después por las salas. Han pasado muchos años; en el 1979, Isabel Vicente me habla de María y me dice que es paisana mía. Nos ponemos en comunicación por teléfono, aún no la he visto personalmente. Ella asegura que en la sala estuvimos juntas, yo no lo recuerdo así; formé familia con Deli y poco más tarde con Victoria y Mercedes, tras los años transcurridos aún somos *hermanas de cárcel*. Físicamente no me encontraba bien, la columna vertebral me dolía mucho, y sobre todo la cabeza en la parte de la nuca. Eran unos dolores tremendos los que tenía. El cuerpo lo tenía magullado y me sentía un poco molesta, pero eso era lo que menos me preocupaba. Lo que me tenía inquieta eran los dolores de la nuca.

Al subirme a la sala, Deli me había proporcionado un petate y las ropas necesarias para dormir. Las mujeres que estaban en la sala donde me alojaron me dijeron cómo se hacía un petate; yo las miré como queriendo decir: “Si creéis que soy nueva en la cárcel estáis listas; esta es mi segunda detención”. Les escuché cómo se hacía el petate y me puse a hacerlo. Cuando vieron cómo hacía mi petatito, que parecía un sillón, se quedaron mirándome y me dijeron:

—Caramba, qué bien lo haces.

—Clara, hija mía, si no es la primera vez que lo hago, he estado ya cinco años en la cárcel, esta es mi segunda detención.

Al salir al patio me encontré con algunas conocidas de otras cárceles, entre ellas a las dos Alicias, la madre y la hija. Qué alegría me dio verlas. Eran muy majas, muy buenas personas y las apreciaba mucho del tiempo que habíamos estado en la misma galería, en Ventas. Alicia madre conservaba un viejo mapa y estaba contentísima. Enseguida me dijo:

—¿Ves cómo yo decía que ganarían los aliados? No, si eso se veía venir. ¿Cómo iban a ganar los fascistas?, además en cuanto entró la Unión Soviética en guerra yo dije: “Tate, la guerra la ganamos nosotros”.

Era una mujer formidable, con un entusiasmo... Cuando hablaba de años atrás antes de la guerra, durante la República, recordaba con cariño a Dolores. La había conocido en la cárcel; no porque Alicia estuviese en ella, sino porque había ido a ver a Dolores. Sus hijos, que eran comunistas, la habían mandado para atenderle y ayudarle en lo que pudiera. Y hablaba con gran orgullo de haber conocido a Pasionaria. Muchas veces decía: “Ay, si nosotras valiéramos solo una cuarta parte de lo que ella vale”.

También aquí, como en Ventas, me encontré con grupitos *especiales*, como yo les solía llamar; esos grupos de amigas que sin ser malas... ni mucho menos. Eran chicas que se habían expuesto en la lucha; muchas de ellas habían sido detenidas dos veces por hechos de guerra y después por clandestinidad en la posguerra. Tenían su paquete, su grupito formado. No había tanta hambre como al principio en las cárceles, pero de todas formas las mujeres que había en Toledo y Ciudad Real aún las pasaban un poco moradas.

Se hacían bastantes labores; sobre todo centros de mesa de hilo, algunos muy finos, que nos dejábamos los ojos en ellos pero que se vendían bastante bien, aunque las monjas se quedaban con una parte regular; incluso hubo un momento en que nos negamos a bajar los centros de mesa para venderlos, nos enteramos de que nosotras poníamos el precio y después ellas ponían lo que les parecía. Al pedir más de lo que

nosotras poníamos como precio, llegó un momento en que los centros de mesa volvían a nuestras manos sin venderse porque a la gente le parecía muy caro. Como a nosotras nos tenían que dar el precio que habíamos puesto y ellas pedían casi el doble, no se vendían. Entonces pusimos escrito un papelito con el precio que habían de pedir. Les molestó tanto que no nos admitían los centros de mesa para bajarlos a la venta cuando llegaban las comunicaciones. A veces había quien venía solo a comprar, no a comunicar. Al final lo aceptaron diciéndoles que nosotras les daríamos un tanto por ciento de lo que vendiéramos.

Mi estancia en la sala fue muy corta, mis dolores en la nuca eran tan fuertes que incluso llegaba a perder el conocimiento. En una de las formaciones, se hacían dos al día para hacer el recuento, me caí al suelo y me llevaron a la enfermería, se puede decir que todo el tiempo que estuve en la cárcel de Les Corts, en Barcelona, estuve en ella. A los dos o tres días vino el cura para ver si necesitaba sus servicios. Le dije que no, que muchas gracias pero que no le necesitaba. Entonces me preguntó qué era lo que tenía, le dije:

—Muchos palos que me ha dado la policía.

Con mucho cinismo me contestó:

—Todas las que pasáis por la enfermería echáis la culpa a la policía; estáis podridas de cualquier cosa y los culpables son ellos.

Yo no tuve ningún reparo en bajar las sábanas y subir el camisón con la mayor rapidez posible; le enseñé las piernas todavía amoratadas, mejor dicho de varios colores, cuando el morado se va.

—¿Esto también es una enfermedad? ¿O son los vergajazos que me han dado?

Se volvió con una rapidez asombrosa, salió de la sala y en lo sucesivo, cuando pasaba por las camas, por la mía pasaba de largo. El médico oficial que había en la cárcel me dijo que en la nuca tenía un coágulo de sangre que se me había formado al recibir el golpe; este se iba secando y me rozaba un nervio y era lo que me hacía a veces perder el conocimiento o tener aquellos dolores tan fuertes: la mejor solución era llevarme al hospital y operarlo.

Yo ya no estaba tan abandonada en la cárcel como lo había estado durante mis primeros cinco años. Cada semana tenía un hermoso paquete que sabía de dónde venía y comunicaba semanalmente el día que me tocaba. Así que pude decir a mis camaradas lo que el médico me ofrecía, ir al hospital a operarme.

Ellos me aconsejaron que no lo hiciese, pues se estaban gestionando las libertades de todo el grupo y lo más seguro es que iríamos saliendo en libertad, y en la calle ya me vería un buen especialista y se decidiría lo que tenía que hacer. Pero que ir al hospital en calidad de detenida sin saber en qué manos me iban a poner, eso de ninguna manera; y si quería llevarme que me negase. De todas formas ya me iba encontrando mejor, aunque los dolores, unas veces más fuertes y otras menos, eran casi constantes. Empecé a hacer, sin salir de la enfermería, casi una vida normal. Salfá al patio, estaba con las compañeras, formaba parte del cuadro artístico y hacía labores. A veces, cuando salfá por el patio, me gustaba ir a charlar un rato con las Alicias. En muchas ocasiones me encontraba a Alicia madre charlando con Pura de la Aldea, que había sido oficiala de prisiones y estuvo precisamente en la cárcel donde había estado detenida Dolores, en Madrid. Empezaban a charlar de cualquier cosa pero terminaban siempre hablando las dos de Dolores. Esta última nos dice en pocas palabras los rasgos de esa mujer, que muchos testimonios la recuerdan. La recordamos con cariño.

LA FUNCIONARIA DE PRISIONES

En Ventas conocí su nombre. Había sido funcionaria de prisiones en esa misma cárcel durante la República y el período de la guerra. Después, en el año 45, la conocí personalmente en la cárcel de Les Corts en Barcelona. De ella me admiraba, además de verla como una gran mujer, su sencillez.

Recuerdo a Pura de la Aldea, como una mujer muy afable, que jamás tuvo una palabra de dureza para las presas y que en la medida de lo posible las ayudaba y las orientaba hacia el trabajo para que la vida de la cárcel no fuera tan insostenible. Era una mujer dulce y cariñosa y cuantas la conocimos no olvidaremos jamás su actitud correcta. Posteriormente, Pura de la Aldea, influida quizá por la comuna de las presas comunistas, ingresó en nuestro Partido. Al ser derrotada la República, Pura de la Aldea, como tantas mujeres demócratas, fue detenida, condenada a 30 años y maltratada con la brutalidad en que estaban acostumbrados a actuar los fascistas. El recuerdo de Pura de la Aldea vive y vivirá entre los que la conocimos, como el de una mujer con una gran dignidad, y con un gran carácter.

Carlos J. J. J.

Salí en libertad, y la vida clandestina en el trabajo diario de mi Partido no me permitía relacionarme ni con ex presas ni con mi propia familia. Me enteré que Pura, ya mayor, había salido y vivía con Enriqueta Montoro; ambas habían sido muy amigas en Les Corts y las dos aportaban su granito de arena en la clandestinidad. En su casa se reunía la dirección del Partido de Barcelona. Para sobrevivir tenían que trabajar; por ejemplo, Pura iba como costurera a domicilio.

Las dos fueron detenidas de nuevo en el año 58, con el expediente de Miguel Núñez. Desde el 46 no las volví a ver hasta el 67, que Miguel sale del penal de Burgos, y las dos viejecitas nos dan la gran satisfacción de pasar un día junto a nosotros en nuestra casa.

Estando clandestina en el año 69, una de nuestras casas de apoyo era la de José Aymami y su esposa Mercedes; esta me dijo: "Hoy tengo en casa cosiendo a una antigua compañera tuya, como estáis en esas condiciones mejor no decirle nada, es Pura

de la Aldea”, le dije: “Confío en ella y no me voy a marchar sin darle un abrazo”. Sabía su aportación en la clandestinidad, cosa que no sabía Mercedes. Nuestro encuentro, después de tantos años, nos emocionó. Su primera pregunta fue: “¿Qué sabes de Dolores?”. “Lo único que sé es que está bien”. La pobre vieja me decía: “¿Será posible que yo me muera sin volverla a ver?”. En alguna ocasión, me había preguntado si podía hacer algo para que ella llegase hasta donde Dolores. Pero eso no estaba a mi alcance y además ella era ya tan viejecita, varias veces se había caído al bajar o subir en un autobús o el tranvía, no estaba en condiciones de hacer viajes, y menos largos, por mucha ilusión que tuviera por encontrarse con Dolores.

Tuve yo la alegría de poder abrazarla y le hablé de Pura de la Aldea, se puso muy contenta al saber que esa mujer, oficiala de prisiones, sancionada al terminar la guerra, que había sufrido cárcel por su buen comportamiento con las presas políticas y por estar siempre al lado de la República, la recordaba con cariño. Cuando nos despedimos al cabo de varios días me dio una carta para Pura y un bonito broche como recuerdo. Cuando le entregué esto a Pura fue tanta la emoción que sintió que besaba el broche como si besase a Dolores y lloraba de emoción y de alegría. He aquí la carta de Dolores a Pura, y cómo perdura en ella el recuerdo de esta ex funcionaria de Ventas, en los años de la República:

A Pura de la Aldea. Barcelona.

Querida amiga: Hace ya varios años que supe de Ud. y las noticias recibidas me emocionaron profundamente.

Yo no la he olvidado, como tampoco a algunas de las amigas que yo conocí y cuyo recuerdo, grato o desagradable, vive en mi memoria de manera imborrable.

Ud. no sabe que yo la busqué cuando conocí la muerte de su Max, y no pude saber su domicilio. Discúlpeme Pura, si quizás, no hice todo lo posible, por encontrarme con Ud., en aquel período tan doloroso para todos nosotros.

Con nuestra común amiga le envío un pequeño recuerdo deseando que un día, quizás no lejano pueda darle un abrazo y mostrarle mi afecto y mi respeto.

Cordialmente suya, Dolores Ibaruri.

Julio de 1969.

DE LA CÁRCEL A LA CLANDESTINIDAD

Creo que fue en el mes de julio cuando entraron detenidas tres muchachas; dos de ellas venían bastante martirizadas: Victoria Pujolar y Mercedes Pérez, una madrileña muy maja. La otra se llamaba Raquel Pelayo. Los antecedentes que traía no eran muy buenos. Por su comportamiento en la policía, o algo que no estaba claro. Mercedes venía amoratada y le habían dado tantas tortas, o tantas hostias, como se quieran llamar, que tenía la cara hasta torcida; un carrillo lo tenía más hinchado que el otro y ni con el tiempo se le normalizó. Nos reíamos de nosotras mismas, después de lo que nos había pasado, cuando lo comentábamos incluso nos reíamos de las caras de asombro y rabia de la policía al ver el buen comportamiento de los que tenían frente a ellos; a esta la llamábamos *el Carrillo Aquintelado*, porque los golpes se los había dado Quintela. Victoria, a la que habían pisado los riñones, entró en la cárcel que parecía una viejecita encorvada; como era muy joven muy pronto se repuso y después participó, como Mercedes, en el básquet; no recuerdo muy bien, pero no sé si fue Victoria quien organizó este equipo. Deli, siendo la más joven de todas, era también la más seria y la más retraída para según qué cosas; trabajaba en las oficinas de la prisión y su comportamiento era extraordinario. Las cuatro, Mercedes, Victoria, Deli y yo nos llamábamos *hermanas de cárcel*. Estábamos muy unidas entre nosotras.

Mi estancia en la cárcel en el período de mi segunda detención, políticamente, era como en todas las cárceles donde hay comunistas. Estábamos organizadas pero, como dice Victoria en su testimonio, más preparada teóricamente que yo, muy flojillas y no siempre de acuerdo. Había sus discusiones, que al final se limaban, porque todas teníamos la misma línea a seguir. Luchar frente al enemigo común, por nuestros derechos como presas políticas.

En mi caso yo he resaltado en páginas anteriores, que no me sentía sola, mi Partido no me olvidaba. Recuerdo la Navidad que pasé, el día 24 por la tarde al entrar los paquetes, Deli subió a buscarme, me cogió de la mano y sin decirme nada me llevó corriendo como una tonta hacia el sitio donde estaban los paquetes para entregar.

—Mira, mira qué cesta te mandan.

Había una cesta preciosa con un ramo de claveles rojos, un lazo rojo precioso, y dentro cosas estupendas: una pierna de cordero asada, merluza rebozada, filetes rebozados, crema catalana, turrone, fruta y algunas botellas que rechazaron; solo dejaron una botella de jerez dulce. Era una cesta muy completa. Nosotras habíamos organizado la fiesta de Navidad haciendo honor a las viejitas detenidas; les habíamos puesto los petates haciendo como una mesa; pusimos sábanas encima para que sirvieran de manteles y nosotras nos pusimos una cofia en la cabeza y delantal de papel o de tela; les servimos la cena con una alegría y un entusiasmo tremendo. Recuerdo que hasta les hicimos llorar; pero lloraban de emoción y de alegría por lo que se nos había ocurrido hacer con ellas. Cantamos lo que quisimos, hasta *La Internacional*; por dos o tres veces nos llamaron la atención para que nos calláramos, pero nosotras teníamos aquel día, concedido por la cárcel, permiso hasta las doce de la noche, así

que continuamos nuestra juerga; después nos imponían obligatoriamente ir a las doce a la misa de gallo. Pasamos una noche estupenda y disfrutamos con la idea de festejar a las viejitas; algunas ya llevaban hasta diez años en la cárcel, muchas eran de la zona fascista y estaban desde el año 36.

Al día siguiente actuábamos las del cuadro artístico poniendo en escena *Els pastorets* (*Los pastorcillos*), y ese día tuve una gran sorpresa. Había mantenido desde nuestra detención una gran amistad con mi compañero de trabajo Antoñito; al detenerle supe su identidad, se llamaba Miguel Núñez. Me había escrito varias veces desde la cárcel. Yo sabía que era desde la cárcel porque no estaba permitido, de no ser un familiar cercano, escribirse directamente; pero como el que hace la ley hace la trampa, nosotros también hacíamos trampas. Él sacaba cartas de estraperlo y en Barcelona me las ponían en el correo; me escribía como sobrino e incluso, según me dijo después, las escribía con la mano izquierda y hacía una letra de verdadero niño que aprende a escribir con muchas faltas y con palabras incomprensibles. Esto suponía que tardasen tres o cuatro días en entregármelas, pues la censura tenía que descifrar aquello. Pero yo las leía el mismo día que llegaban; Deli, mi hermanita, cuando salían del despacho a recuento o a alguna cosa, la cogía, me la llevaba a que la leyera y la volvía a dejar en su sitio. Así que yo ya sabía qué decía mi cartita y el significado que tenía, pues el que no sabe escribir entiende a todo el que escribe mal. Sus cartas me hacían mucha ilusión; él sabía que yo no había comunicado a mi familia que estaba en la cárcel, mi madre ya era bastante viejita y no quería darle un nuevo disgusto con mi detención. Así que les escribía de estraperlo también, pero siempre diciéndoles algo sobre la calle, sobre mi vida y mi trabajo y dándoles a entender que estaba en Barcelona en libertad pero que no tenía un sitio fijo donde ellos me pudieran escribir.

Como sabían más o menos cómo era yo, lo habían cogido por el lado político, suponiendo que no podía dar una dirección y se conformaban con tener noticias mías y saber que estaba bien. Pero yo no tenía carta de ellos, así que Miguel escribió a sus padres y les comunicó que me escribiesen como si fuesen mis tíos; y efectivamente me escribía siempre el padre como si fuera tío mío; estas cartas sí que me las daban, y las recibía con bastante regularidad.

Maruja, la novia de Miguel, había muerto en el mes de agosto del 45, quizá por el disgusto de la detención de su prometido; dada la enfermedad que tenía, tan avanzada y sin esperanza de vivir mucho tiempo, no le ayudaría nada el enterarse. En Navidad ya había salido Miguel y sus padres vinieron a verle a Barcelona, y con ellos vino también la hermana de Maruja, Luisita. Parece que las familias se habían hecho la ilusión de una continuación.

El mismo día de Navidad, el 25 de diciembre, los tres subieron a comunicar. Yo me tenía que preparar para el teatro y les permitieron entrar a verme a la sala de espectáculos con los familiares de los oficiales, alguna autoridad que había ido a Barcelona y algunas gentes que la oficialidad de la cárcel invitaba; en fin, que a las visitas de algunas reclusas, sobre todo de las que éramos de fuera y no teníamos tantas visitas como las que eran de capital, les habían permitido entrar a vernos trabajar. En el cuatro artístico no faltaba el coro de cantos y trozos de zarzuela.

Ya iban a entrar los tres cuando alguien cogió a Miguel por el hombro y le dijo:

—Amigo, usted no va a entrar.

—¿Por qué, si mi prima y mi madre ya están dentro?

—Lo siento mucho si está su madre dentro; espere usted a que salga, pero usted no entra.

Luisita, hermana de Maruja, reculó al oír esto y tampoco entró. Así que la madre de él estuvo dentro de la cárcel para verme actuar y después me dejaron abrazarla. Ese fue el primer contacto directo con la familia de Miguel. Al parecer era muy difícil que yo saliese en libertad, aunque muchos del expediente habían salido; no sé por qué causa a mi me retenían. Gracias a Miguel, que dio varios pasos cerca del capitán general acompañado de nuestro abogado, el señor Gómez Ponchón, se pudo conseguir. El día que llegó mi libertad yo había estado un poco pachuchilla y me encon-



Coro de reclusas de la cárcel de Les Corts que interpretaron *Las lagarteranas*. Periódico *Redención*.

traba en cama con algo de fiebre. Deli, que se enteró inmediatamente en el despacho, hizo una escapada y subió enseguida a decírmelo, así que cuando vino la funcionaria a comunicarme que recogiera mis cosas, que tenía la libertad en el despacho, ya no me vino de sorpresa. Me despedí de mis compañeras con bastante alegría y a Victoria cuando la abracé dije: “Nos ha fallado nuestro plan, tendrás que buscarte otra”. Cuando pasé por el despacho me pidieron, como es normal, la dirección en que iba a residir; además tenía que presentarme cada semana, mi salida era provisional. Con Victoria estaba muy unida, y como yo ya había hecho anteriormente cinco años de cárcel y no quería estar mucho tiempo más en ella, ideamos de qué forma nos podíamos fugar, ella esperaba larga condena y yo era reincidente y esperaba algunos

añitos. Habíamos hecho un montón de planes para la fuga y ya teníamos uno bastante bueno cuando a mí me dieron la libertad.

Carmen, la de la pensión, ya me había ofrecido su domicilio en caso de que saliera en libertad; no era un secreto para la policía que nos conocíamos y que yo frecuentaba su casa para coser y lavar la ropa. Pero pasó por mi imaginación que yo no me iba a someter a presentarme cada mes y que tampoco iba a someter a nadie a un riesgo continuo conmigo. Entonces, como recordaba perfectamente la calle y el número de nuestras antiguas barracas en la Diagonal, di aquella dirección aunque sabía que ya estaban tiradas y todo aquel terreno vallado. Por cierto, actualmente, en 1975, sigue igual; no comprendo cómo habiendo edificado por todos esos sitios continúa aquel terreno sin edificar. Se extrañaron de que les dijese que mi residencia estaba nada menos que en la avenida del Generalísimo Franco, que siempre ha sido para los barceloneses y no barceloneses, la Diagonal. Yo les dije: "No se extrañen de la dirección que les doy, son unas barracas frente a la Rosaleda". Aquellas barracas eran archiconocidas y picaron el anzuelo, lo que no debían saber es que hacía más de un año que estaban deshabitadas.

Muy pocos días después de salir me vino un aviso, que se llevaban a juicio a Madrid a Raquel, Mercedes y Victoria. Hablé con una amiga —la pobre ya ha muerto—, Maruja Montoya, una gran muchacha; y nos fuimos las dos a la estación para verlas marchar y despedirnos de Mercedes y Victoria. Llevábamos una caja de galletas y un termo con café con leche. Cuando en la cárcel hablábamos de fugarnos, de cómo se podía lograr, yo le había dicho a Victoria que en los traslados, burlando un poco la vigilancia de la Guardia Civil, a veces era fácil la fuga. Esto lo retuvo bien Victoria.

Cuando llegó a la estación estaban las tres sin esposar; muy raro con la Guardia Civil, pero así fue. Y en un descuido del guardia, Victoria se marchó. Cuando llegamos nosotras había un cisco tremendo por todo aquel *hall*, y por la calle, de policía y de guardias civiles. Yo le dije a Maruja:

—Victoria se ha escapado.

Me contestó:

—Estás loca, ¿cómo se va a escapar Victoria?

—Yo te digo que se ha escapado; mira el lío que hay y fíjate: donde están los guardias solo están Mercedes y Raquel.

En esto alguien llamó a Maruja; eran unos primos de Victoria que la conocían; nos dijeron:

—No os acerquéis, que se ha escapado Victoria. Nosotros estamos aquí al acecho, nos hemos dado cuenta y no nos hemos querido acercar.

Maruja se quedó con ellos pero como yo podía justificar muy bien que hacía muy pocos días que había salido de la prisión y Mercedes era mi compañera de cárcel, me acerqué a los guardias y les dije que llevaba a mi compañera un termo de café y unas galletas. Y me dijeron:

—¿A qué compañera? ¿A Victoria Pujolar?

—No, no a Mercedes Pérez.

—Pues, déselo y márchese inmediatamente.

Yo le di las gracias, me acerqué a Mercedes y no sin darle un beso le di el café y las galletas, y al abrazarme me dijo:

—Se ha escapado Victoria.

Me separé de ellas y fui a unirme con la familia de Victoria. A Maruja le dije que sería mucho mejor que nos alejáramos de la familia, pues como alguien les conociera podrían acudir a preguntarles por ella o a molestar. Efectivamente nos separamos de ellos y nos quedamos por la estación, mirando lo que pasaba. La búsqueda era muy nerviosa y muy agitada, pero Victoria no aparecía. Vimos a un tía de ella, una mujer muy viejita, con un paquetito para la sobrina. Los familiares que estaban por allí no la vieron y la mujer se acercó a los guardias preguntando por ella; nos daba lástima porque era mayor, pero nos hacían gracia los nervios de la mujer; con un abriguito que llevaba de entretiempo, le daban meneos y le decían:

—¿Dónde está Victoria? ¿Dónde está Victoria?

—Pues si la llevan ustedes; yo vengo a verla porque me han dicho que va de traslado y que la llevan ustedes.

—Se ha escapado, ¿usted no sabe que se ha escapado? ¿Dónde está?

—Pero a mí qué me dicen ustedes dónde está, si yo vengo a traerle un paquetito y a verla; yo no sé nada.

—Con que no sabe nada, ¿eh?

—No señor; si supiera algo no vendría.

Después de mucho rato de estar allí, al ver que al final embarcaban a los hombres y a las dos mujeres las llevaban también para el tren, nos marchamos pensando: “¿Dónde puede estar esta chica? ¿Dónde se habrá metido esta chica?”. Y empezamos a averiguar dónde podría estar. En cuanto al resto de la fuga se puede hacer aquí un paréntesis, pues ella misma lo relatará. La encontré años después en Francia casada, con niños y tan maja como siempre.

Yo seguía comunicando con Deli en Les Corts, por entonces ella tenía mal de oídos, y como en la dirección de la cárcel tenían tanta confianza en ella, habían decidido que saliese al Hospital Clínico a hacerse unas curas. A mí me avisó y yo subí a la cárcel; y cuando la sacaban cogía el mismo tranvía que ella y le acompañaba al Clínico. A pesar de la confianza que tenían en ella, no por eso la llevaban así por así, iban dos guardias civiles y además la llevaban esposada. Deli tenía carita de niña y a pesar de sus veintiuno o veintidós años nadie hubiera dicho que tenía más de dieciséis o diecisiete. Muy rubia, peinada con tirabuzones bastante larguitos y aún con calcetines, daba verdadera pena verla esposada entre dos guardias civiles. Más de una vez oí comentarios de la gente; decían: “¿Qué habrá podido hacer esa chiquilla?”. Yo les decía: “Nada, es política; la sacan a curar al Clínico porque tiene enfermos los oídos”. “¿Política?”. “Sí, sí, política. Además lleva ya muchos años, lleva más de seis”. Los guardias por lo general eran siempre los mismos; como era la misma hora de cura cada día, el servicio de la Guardia Civil era siempre la misma pareja para acompañarla. Esto hizo que cogiéramos cierta amistad con ellos, pues mientras a ella le curaban a mí no me dejaban entrar y me quedaba en la puerta con los dos guardias charlando.

Un día me dijo Deli: “Tengo un corte de abrigo y me gustaría hacérmelo, ¿cómo crees que lo podríamos arreglar?”. Le dije: “Pues la compañera de Juan Bernal, una camarada que está en la Modelo, es modista; tú en el despacho pides permiso para que suba a tomarte medidas e incluso puede subir a probártelo, no es difícil que te

dejen”. “Sí, pero para hacerme un abrigo... Me dirán que por qué me hago un abrigo”. “Les dices que quieres hacerte un abrigo porque sales al Clínico a las curas y lo necesitas”. Así lo hizo y Joaquina, esta amiga modista, subió a la cárcel, le tomó medidas y se llevó el género. Para la primera prueba también subió. Yo veía con frecuencia a Joaquina, que tenía a su nena María Rosa Bernal, con una pierna escayolada desde la cintura, era una criatura deliciosa, su madre la tenía en una turca en la habitación donde ella cosía, la nena se había hecho una caja de cartón precintada, con un agujero, tipo hucha, y a las clientes o visitas de su madre pedía ayuda para los presos. Por Joaquina estaba en contacto con los hombres de mi grupo que todavía quedaban detenidos. Un día me dijo: “Oye, me gustaría volver a hacerle otra prueba del abrigo a tu compañera; dile que vuelva a pedir permiso para subir”. Se me olvidó avisarle a Deli para que pidiese el permiso, y cuando salió a la cura le dije: “Se me ha olvidado decirte que Joaquina quiere hacerte otra prueba del abrigo, ya la final”. “Caramba, pues es una pena”. “¿Una pena? ¿Por qué? Puedes pedirlo hoy y yo le doy el recado”. “Sí, pero vamos a perder tiempo” (ya se estaba preparando la fuga).



Mercedes (1), Adelaida, Deli (2), Victoria (3) y Tomasa (4), con un grupo de compañeras de la cárcel de Les Corts el día de la Merced.

Cuando estaba haciéndose la cura yo dije a los guardias: “Ya nos podrían hacer ustedes un favor”. “Diga usted, qué es lo que quiere”. “Es que le están haciendo un abrigo y a mí me ha dicho la modista que pidiésemos permiso para subir a probárselo y se me ha olvidado. Ha sido cosa mía, pero si ustedes quisieran cogíamos un taxi, íbamos hasta su casa y se lo probaban en un momento, les aseguro que nadie se enterará; y total, qué pasa, que hemos estado un poquito más en el hospital y nada más”. Aceptaron. Nos fuimos a casa de Joaquina, ellos quisieron quedarse en la puerta y dijimos: “Suban, si no hay ningún inconveniente en que suban”. Subieron. Joaquina

les dio café, se encontraban un poco violentos y se bajaron a la calle. Nosotras nos quedamos arriba. Deli se probó el abrigo estupendamente, estuvimos charlando con la pequeña y bajamos. Para no perder tanto tiempo en el autobús, volvimos a pagar un taxi y regresamos a la cárcel. Deli me encargó también que buscara unos zapatos a su medida. Tenía un pie muy pequeño, un 33 ó 34, era un poco difícil encontrar zapatos de mujer que tuviesen ese número. Costó mucho trabajo, pero al final le encontré unos muy majos.

La situación de Deli en la oficina se hacía cada vez más peligrosa; ella, con el afán de servir a las compañeras, hacía cosas que si se descubrían podían costarle muy caro, entre ellas estaba el traslado a juicio de Angelita Ramis, que había hecho desaparecer varias veces, o cambiándolo de la forma que ella creía conveniente. El Partido había tomado la decisión de la fuga de las dos. Angelita corría bastante peligro en el juicio: las acusaciones que tenían al parecer no eran muy buenas y le pedían pena de muerte. Yo fui el enlace entre el Partido y Deli. En mi última visita después de que todo quedara bien planificado, Deli, con su carita de niña, me dijo: "Y si falla, ¿qué hacemos? Ni un teléfono, ni una dirección". Yo estaba en una habitación realquilada provisionalmente, en San José de la Montaña, y con nombre supuesto. Sin pensar en nada le di el teléfono. No lo comuniqué al Partido, sabía que era incorrecto pero pensaba que todo saldría bien y mi irresponsabilidad no se sabría.

El día que se tenían que escapar iría una camarada a buscarlas con un taxi muy cerca de Les Corts. Hubo una gran tormenta ese día y la muchacha no encontró taxi para ir, pues tampoco lo podía coger con anticipación para no llamar la atención; al no encontrar taxi cogió un tranvía y llegó tarde al sitio indicado para recoger a las dos muchachas. Las chicas, al encontrarse solas en la calle y además lloviendo, se quedaron bastante desmoralizadas, pero Angelita, que ya era mayor, debía de tener ya veintisiete o veintiocho años, no perdió en ese momento el control, y se acordó de su paisana, que en Barcelona tenía una pensión.

Pero dejemos que ellas nos digan cómo planificaron la fuga desde dentro, desde sus respectivos puestos de trabajo y al mismo tiempo sabremos de ambas, algo de sus testimonios como luchadoras, presas y ex presas hoy.

Capítulo 16

LA FUGA

El testimonio de Adelaida Abarca

Yo, durante la guerra, ingresé en las Juventudes Socialistas Unificadas y actué como todos los jóvenes. Lo importante es que después de la guerra y a pesar de la situación de represión, las JSU empezaron a organizarse en la clandestinidad, y todos aquellos que nos conocíamos nos íbamos reagrupando. Empezamos por organizar la solidaridad y ayuda a los que iban detenidos, tanto en comida como en otros aspectos, lo que clandestinamente podíamos ir haciendo en aquellos momentos, sobre todo no perder el contacto de unos con otros.

En esta situación, aunque en un período muy corto, porque la guerra terminó en marzo del 39 y nosotras fuimos detenidas a primeros de mayo del mismo año, nuestra actuación no fue muy larga. La detención se efectuó en mi casa. Yo tenía escondida a una camarada de las JSU, que por circunstancias de su actuación en el SIM la policía la buscaba, habían detenido a sus padres, e incluso a su madre la buscábamos por las comisarías, Ventas y cárceles habilitadas, y no dábamos con ella, y se encontraba sola. Al venir a detenerme a mí, también la detuvieron a ella. Esta detención no fue por la policía. Fueron un grupo de falangistas, con fusiles, que invadieron mi casa. Nos preguntaron por nuestras actividades, registraron todo. Yo estaba sola con mi madre, no tenía a nadie más en ese momento y, asegurándole que me soltarían enseguida, nos llevaron los falangistas, a Paquita Rodríguez, que era la camarada que estaba conmigo, y a mí. Nos llevaron por la calle andando, escoltadas, hasta una casa que se encontraba a las afueras de Madrid en un descampado. Esta casa era seguramente de campesinos, no tenía más que unas ventanas pequeñas con rejas y en el suelo no había más que paja. Allí nos encerraron y nos dejaron, sin decirnos nada más, que ya vendrían a buscarnos. Pasamos la mitad de la noche y a eso de las doce y media o la una se presentaron. Nosotras antes, aprovechando este tiempo, vigilamos bien que estábamos solas, si no habría nadie que nos escuchara, nos pusimos de acuerdo con toda una serie de preguntas que pensábamos que nos iban a hacer, para coincidir en las respuestas. Se presentaron los falangistas, nos sacaron de allí, andando por aquel descampado, yo no podía saber dónde estaba, nos llevaron a una casa de campo grande, donde había cuadras con caballos y un hangar. Nos separaron. A Paquita la llevaron a un lado y a mí a otro, y en una sala donde había una veintena de falangistas entre mujeres y hombres, ahí procedieron al primer interrogatorio. Todos muy amenazadores con insultos, con palabras soeces, e iban preguntando; sobre todo querían saber los nombres de los dirigentes y dónde se encontraban, que tenía que saberlo por fuerza, porque estaba en el Comité Provincial, y conocíamos a todos, teníamos que saber dónde se escondían, dónde tenían la propaganda, dónde la hacíamos, dónde teníamos las armas, en fin, me acusaban de toda una serie de cosas y me interrogaban constantemente de una forma, sin dejarme lugar ni siquiera a respirar. Naturalmente como no decía lo que querían, empezaron con amenazas un poco

groseras. Yo tenía el pelo largo y me lo querían cortar. Cogieron unas tijeras, empezaron a cogerme el pelo con la mano y a hacer funcionar las tijeras. Cada vez que me preguntaban y no contestaba me volvían a cortar. Y así durante bastante rato, no lo puedo saber, porque con el nerviosismo no me di cuenta del tiempo que pasaba. Uno levantó el puño para pegarme; una de las chicas dijo: "No, déjala, que es muy jovencita". En fin, entre ellos mismos se veía que había quien no estaba de acuerdo en que se me maltratara demasiado.

—¿Qué años tenías?

Tenía dieciséis años. Estaba muy nerviosa, además no te dejaban tiempo para respirar, yo no quería contestar, y seguían apretando y... tenía mucha sed. Les dije si podía beber agua. Trajeron una jarra, pero no me fiaba, y entonces, como vieron que no me atrevía a beber, cogieron un vaso, me pusieron agua, después cogió otra chica un vaso, se puso agua y bebió primero: así me decidí a beber. Siguieron cortándome



De izquierda a derecha, Angelita Ramis, Victoria Pujolar y Adelaida Abarca. Satisfechas del éxito de la fuga, disfrutaban de su *liberación* por las calles de Toulouse.

el pelo y el interrogatorio se hizo cada vez más duro, no obstante, ya un poco cansados de ver que no obtenían nada, uno se levantó, le quitó la tijera de la mano al otro y la tiró, y entonces yo me di cuenta que en el suelo lo que había no era mi pelo sino crin de caballo, moví la cabeza y vi que no me lo habían cortado, se dieron cuenta de que yo hacía un gesto de satisfacción y volvieron a coger las tijeras y el pelo para

cortarlo, pero las chicas dijeron: "No, no, déjala". No llegaron a cortarme el pelo, no sé por qué. Entre tanto llegó otro, y dijo que si habían terminado, le dijeron que sí, que no había manera, que había que emplear otro procedimiento, que trajeran a la otra chica. Me sacaron a mí y fueron a buscar a Paquita. Me metieron en una cuadra donde había dos jóvenes falangistas. Había caballos ahí dentro, y aquellos dos jóvenes, mientras me custodiaban, con otros métodos más sutiles quisieron continuar el interrogatorio. Me dijeron que Paquita estaba diciendo todo lo que yo no había dicho. Que además había otro que estaba encerrado en el calabozo, y que este sí que había cantado, y que por él habían sabido muchas cosas de mí, y continuaron el interrogatorio en otros términos. Cuando amaneció me dijeron que me iban a mandar a mi casa. Abrieron la puerta del corral y me dijeron: "Ya te puedes marchar". Yo no sabía dónde estaba, y me orientaron más o menos por dónde tenía que irme y me fui. No obstante pensé que no iría sola, que detrás de mí había alguien vigilándome y antes de ir a mi casa procuré dar bastantes rodeos porque era muy fácil que yo me encontrara con algún conocido. Y efectivamente vi a gente conocida, no nos hablamos, comprendieron que me seguían, y dando vueltas y más vueltas llegué a mi casa. Mi madre estaba muy alarmada, todos los vecinos habían ido a preguntar, había una situación bastante dramática, pero al verme llegar todos se pusieron contentos, y parecía que todo había terminado. Sin embargo, al día siguiente, llamaron a la puerta, y esta vez no fueron los falangistas con los fusiles, sino la Policía Secreta.

Me llevaron en coche a la comisaría de Núñez de Balboa. Allí me encontré a Paquita. A ella no la habían soltado, la habían llevado directamente los falangistas. Allí encontramos bastante gente detenida. Entre ellas estaba la mujer del comandante Del Rey, Angelita García y otras que no me acuerdo. El ambiente era desde luego muy decaído. Había mucha represión, la gente estaba muy asustada porque cada día se oían los gritos, se sabía los que mataban, había suicidios. Era una comisaría de las más infernales. Los interrogatorios como en muchos sitios los hacían a altas horas de la noche, de la madrugada, mediante focos, que no solamente te cegaban, sino que te aturdían y además siempre poniendo ejemplos delante, es decir, que cuando a nosotras nos llamaron a declarar, varias veces, siempre había alguien delante que le habían dejado en situación lamentable, de los martirios que le habían dado, como ejemplo, para que viéramos que si nosotras no nos portábamos bien, como ellos decían, que nos pasaría lo mismo. Yo ví a un viejecito, que el pobre no podía sostenerse, que lo habían martirizado tanto que ni siquiera podía levantar la cabeza. Y lo primero que te decían: "¿Ves?, esto te pasará a ti si no te portas bien". Después, cuando salimos del interrogatorio había otros jóvenes también esperando, que igualmente nos mostraban como diciendo: "Ya ves lo que ha pasado con estas, y si vosotros no os comportáis bien...". Pero nosotras los mirábamos dándonos más bien ánimo para que no dijeran nada. En uno de los interrogatorios, al pasar por delante de uno de los pasillos, había uno que lo tenían colgado por las piernas para arriba y había sangre en el suelo. Entonces fue uno de los policías y me dijo que tenía que recoger aquello, y tuve que recoger la sangre. Otra de las veces, otro de los interrogatorios, habían matado a uno a palizas y uno de los policías nos dijo a Paquita y a mí que la ropa del que acababan de matar teníamos que entregarla a la familia, que estaba en la puerta. En la ropa, que era una camiseta interior, había trozos de piel, sangre, y nosotras tuvi-

mos que ir a encontrar a la mujer de este hombre; salimos a la entrada, que era como un jardín con puerta de hierro; se lo entregamos. No pudimos decirle nada, pero la mujer se dio cuenta de lo que pasaba. Nosotras fuimos incapaces de poderle decir dos palabras. Cada día en esta comisaría se oían los gritos de dolor de las palizas y muchos rumores de que hoy se había tirado uno por aquí, otro por allá, incluso parece ser que en uno de los retretes, que había una ventana grande, la aprovechaban algunos para tirarse abajo. En esta comisaría estuvimos pocos días y después nos llevaron directamente a la cárcel de Ventas.

Cuando nos ingresaron a nosotras ya había un número increíble de presas, no había sitio realmente para instalarse, todo estaba lleno. Y nos metieron en una de las salas, donde algunas de las presas nos hicieron sitio. Inmediatamente se enteró la madre de Paquita, que le habían detenido antes, que habíamos llegado. Salió corriendo, la pobre mujer, que estaba deseosa de saber dónde estaba su hija; ella estaba en la cárcel porque no habían encontrado a Paquita, hacía muchos días que no sabía nada de ella. Aquello fue un drama. Esta mujer estaba contenta y triste de pensar que la habían detenido, lo único que la tranquilizó un poco es que a Paquita no la habían detenido por los motivos por los que la buscaban, sino porque estaba en mi casa, y la habían metido en mi causa.

La cárcel de Ventas ofrecía un espectáculo bastante dramático, porque además de estar llena de gentes con todas sus inquietudes sobre su situación, había mucha incomunicación; no podíamos ver a la familia, ni recibir cartas. Los juicios se sucedían cada día, condenas tan horribles como la pena de muerte, que la gran mayoría venía con ella, pero que en principio no se tomaba tan en serio, parecía como si existiera la esperanza de que no se iban a ejecutar. Se le puso el nombre de *la Pepa* incluso sacaron una canción: "Es la Pepa una gachí...". Sabíamos que era una barbaridad, pero que no se llevaría a efecto. Vimos la sala donde estaban los niños, había muchos pequeños, pequenitos, menores de tres años. Una sala de madres. Vimos los sótanos donde estaban encerradas las mujeres. Sótanos que habían servido anteriormente para las mercancías y que no ofrecían ninguna condición para que se pudieran habitar, había humedad y olores que venían de las cloacas. No se podía respirar.

A mí me escogieron para entregar los niños de las madres que estaban en la cárcel a las familias, que lo sacaban para llevarlos al peso, *a la gota de leche*, que llamaban entonces. Estos niños en la cárcel no tenían ningún cuidado, había muchas epidemias, a veces ya no volvían porque salían enfermitos y se morían, o bien volvían y morían en la cárcel. En estas ocasiones de entrega de los niños yo recogía notas de los familiares de muchos de los que estaban en la cárcel, y los entregaba de una forma muy discreta; para entregar al niño, debajo del abrigo o debajo de la capita pasaba la mano y ponía las notas, porque las funcionarias lo desnudaban para ver si sacaban algo. Pero yo lo llevaba en la mano y cuando entregaba el niño a la familia pasaba todas las notas que me habían dado. Y cuando la familia volvía, hacía lo mismo trayéndome los mensajes, que repartía a las personas interesadas. Estos niños en la cárcel tenían unas circunstancias de vida horrible. Empezaron las epidemias de enfermedades infantiles y toda una serie de enfermedades que se desarrollaron allí y fueron muriendo poco a poco sin ningún cuidado, morían de seis a siete cada día. Los llevaban a una sala y los instalaban sobre unas mesitas de mármol. Las madres tenían que vigilar porque era un sitio donde aparecían las ratas. Aquello era

espantoso, ver a esos animales tan desagradables y tan hambrientos que venían a comerse a aquellas criaturitas escuálidas; esos cadáveres eran ya un esqueleto, se quedaban en nada. Era un drama que no se podía soportar. Así poco a poco fueron desapareciendo la mayoría de los niños que por no tener familia en la calle que pudieran hacerse cargo de ellos se fueron muriendo en la cárcel. Las ratas en la cárcel de Ventas eran pasto del día. A nosotras nos pusieron en una sala, que había sido de las duchas, cuando la cárcel funcionaba bien: había una caldera, duchas y cuartitos con bañera y allí nos instalaron; hasta en los cuartos de baño nos tenían que meter, donde estaba instalada en otros tiempo la calefacción, por la caldera del agua. Entonces nosotras durante las noches teníamos que estarlas espantando, haciendo ruido, moviéndonos, para que no pasaran por encima: por encima de mi cara saltaron muchas veces las ratas. Yo no podía dormir; estaba obsesionada. A cada momento las veía salir por debajo de la puertecita donde estaba la caldera y tenía que mover una zapatilla o algo para espantarlas. Otras veces poníamos agua en las bañeras y a la mañana siguiente la encontrábamos con ratones. No podíamos dormir porque además las ventanas daban al patio y había un centinela que pasaba y se ponía a mirar; una vez pusimos una manta y nos la quitó, y nosotras cada noche hacíamos una guardia, velábamos por las ratas e incluso por el centinela. Teníamos mucho miedo, no sabíamos qué podía hacer este hombre.

En estas condiciones, un día, la directora de la cárcel, Carmen de Castro, era bastante severa, me encontró por los pasillos y me preguntó qué hacía yo allí, le dije: "Que me han traído". Entonces me llamó a su despacho, me hizo un interrogatorio sobre mi edad, sobre el por qué estaba, y dijo que iba a hacer una investigación, porque no me correspondía estar en la cárcel. Yo le dije que si a mí no me correspondía, que a otras muchas tampoco, porque allí había muchísimas jóvenes, incluso de quince años. Entonces se le ocurrió que estas menores no podíamos estar junto con las demás, porque allí estaban las comunes, las prostitutas, estábamos todas mezcladas. Pensó que nosotras no podíamos estar recorriendo los pasillos donde había todas esas otras mujeres, y nos llevó a una sala que se llamó *la sala de menores*, donde naturalmente recogieron a una gran parte de las más jóvenes, incluso poniendo una mandanta allí para que no nos dejara salir por las galerías; nos separó incluso de la familia, porque Paquita estaba con su madre y la separaron. Y allí nos instaló con una funcionaria que tenía fama de perversa. Nos conocimos muchas de las que éramos de las JSU, como Mari Carmen Cuesta, Conchita Castro, Carmen Machado, Julita Bellisca, María Conchita Campoamor, las trece menores, no todas, algunas de ellas estaban en una galería, pero la mayor parte de las menores que fueron fusiladas estaban en la sala de menores.

Había una enfermería, pero como no había medicamentos pues era igual, lo único que podías era tener camas. Allí es donde llevaban a las personas que se encontraban más graves. Muchas de ellas se morían de tuberculosis, de toda una serie de enfermedades que no atendían. Entre las camaradas que cuidaban de la enfermería se encontraba Pura de la Aldea, que tuvo un comportamiento muy bueno, sobre todo con nosotras las menores. Yo misma estuve una temporada que no podía tomar nada. Todo lo devolvía. Y ella en la medida que podía me sacaba algún medicamento o alguna cosa para poderme ayudar. Cuando Mari Carmen se puso enferma, que le

fusilaron a su padre y tuvo una reacción en la sangre que se llenó toda de granos purulentos, ella también procuraba cuidarla. Incluso Pura de la Aldea, yo recuerdo mucho su actitud cuando, cerca ya de nuestro proceso, vinieron unos jueces forenses a hacernos unas preguntas a Paquita y a mí, nos aislaron en una sala y nos interrogaron. Entonces Pura de la Aldea, temerosa de que fuera una trampa, pidió que la dejaran estar en la misma sala que nosotras. Esto nos dio mucha confianza porque también estábamos un poco asustadas pensando que para qué venían y sobre todo por qué les habían dejado entrar en la cárcel, que no dejaban entrar a nadie. Estos jueces forenses venían a asegurarse sobre nuestra edad y varias preguntas, y nos miraron la boca como a los caballos, rellenaron unos papeles, pero no nos hicieron nada más, se comportaron bien. Incluso Pura de la Aldea les hizo unas preguntas; nos dio la impresión que aquello no era anormal. Este certificado seguramente jugó su papel porque el día del juicio lo leyeron después de la condena. Nosotras formábamos parte del mismo proceso de las trece rosas que fusilaron el 5 de agosto. Todas éramos de las JSU, teníamos la misma acusación y los procesos se celebraron en diferentes días. Las menores fueron juzgadas el 3 de agosto y a nosotras nos llevaron el día 4 al juicio, cuando ya las menores habían regresado con la pena de muerte.

En las Salesas estuvimos durante la noche, vimos cantidad de presos que habían sido juzgados y condenados a muerte; allí encontramos al Pionero, que fue condenado a muerte y lo sacaron directamente de las Salesas a fusilar. Seguramente lo habían maltratado de una forma tan cruenta que su cabeza estaba llena de llagas y de costras, estaba terrible. Pudimos cruzar una mirada simplemente con él. Lo conocíamos de la Juventud, del Comité Provincial.

Nuestro juicio se celebró a puertas abiertas. Había mucha gente en la sala, nos acusaron de todo, nos llamaron hasta mujeres depravadas, yo no sabía lo que quería decir esa palabra, nos insultaron todo lo que pudieron, y en las conclusiones nos pidieron la pena de muerte. Después de la petición de pena de muerte leyeron este certificado de los forenses y se fueron a deliberar. La condena fue de treinta años. Firmamos ese mismo día no treinta años sino veinte. Al regreso a la cárcel el día 5 después de ser condenadas, nos encontramos con que habían sacado a las menores a fusilar. Nuestra llegada fue un acontecimiento porque para las que habían quedado en la cárcel a nosotras nos habían llevado junto a las menores y no esperaban nuestro regreso. Nada más abrirse la puerta, las funcionarias no pudieron contener la avalancha de mujeres que poblaban la cárcel de Ventas; la madre de Paquita se encontraba entre ellas. Debido a esto las funcionarias no pudieron ni siquiera registrarnos. Nos llevaban por todas partes. Yo no veía más que cabezas, caras descompuestas, ojos hundidos y preguntas y más preguntas. Nadie creía que nosotras no traíamos la pena de muerte. Todas pensaban que también seríamos fusiladas, si no a la mañana siguiente, a las cuarenta y ocho horas como las menores. Era muy difícil de convencer que nosotras no traíamos la pena de muerte. Incluso había una maestra, que nos cogió aparte, que nos tuvo todo el tiempo insistiendo en que dijéramos la verdad, porque pensaron que como estaba la madre de Paquita, que no queríamos decir que traíamos la pena de muerte. Tal era la situación que existía en la cárcel que las compañeras nos estuvieron llamando durante cuarenta y ocho horas días y noche desde las galerías para tener noticias nuestras, pensando que nos fusilarían de un momento a

otro. Aquella situación duró unos cuantos días porque de todas formas, después de lo ocurrido con las menores, no había tranquilidad, no podíamos convencerles que nosotras habíamos firmado veinte años.

Hay que decir que a pesar de esta situación, nosotras no perdíamos nuestro espíritu, ni perdíamos algunas fechas. Yo me acuerdo que con ocasión del 14 de abril del año 40, en uno de los patios nos pusimos a hacer un poco de ejercicios de gimnasia y a correr. Nos vestimos con unos jerseys del color de la bandera republicana: una llevaba el color rojo, otra se puso el color amarillo y otra el morado. Las otras presas cuando nos vieron enseguida se dieron cuenta de lo que quería significar y empezaron a aplaudir, a dar algunos vivas no muy fuertes, pero nosotras celebramos nuestro 14 de abril hasta que llegó la funcionaria, un poco asustada, vino a ver lo que pasaba, porque había oído aplausos y ruido, pero no pudo constatar nada, nosotras con nuestros jerseys, seguimos dando vueltas. La reclusión después nos abrazaba y nos besaba muy contenta de que nosotras hubiéramos pensado en manifestar la conmemoración de ese día recordando nuestra lucha.

En mayo del 40 nos llevaron de expedición, en principio a la cárcel de Tarragona, regentada por monjas oblatas, que tenía un régimen interior de lo más draconiano. Allí incluso en nuestra expedición venía la madre de una de las chicas que estaba presa en Tarragona y pidió hablar con su madre; no lo consintieron, incluso nos prohibieron cuando estábamos en el patio, en la misa, que miráramos a las que estaban allí. Y como algunas se atrevieron a mirar, nos castigaron y nos encerraron sin comunicación. En esta cárcel nos pusieron en un desván, estábamos en tránsito para Gerona. Había una celda donde tenían a una mujer a la que habían maltratado y tenía un corte en la cara; no recibía ningún cuidado. Nosotras, como pudimos, cuando abrían para llevar la comida, miramos un poco; tenía la cara toda hinchada, con un corte muy grande que no pudimos saber cómo se había producido, solo sabíamos que aquella mujer había sido muy maltratada.

En esta cárcel las monjas nos amenazaban constantemente que nos pondrían en un barco y que nos llevarían a alta mar y allí nos hundirían. Nos daban muy mal de comer, no teníamos casi agua, el desván donde nos habían puesto era de tierra, no había baldosas ni cemento y solo tenía una ventanita de unos sesenta centímetros por cuarenta y con aquello teníamos que respirar unas doscientas mujeres. Los días que estuvimos allí fueron infernales; a veces, para podernos comunicar con las otras, aprovechamos bajando una cuerdecita y pasábamos noticias a las compañeras y ellas nos ponían alguna cosita de comer, porque nosotras no teníamos nada.

Nos trasladaron a la cárcel de Gerona. Allí había expediciones de otros puntos de España: había de Madrid, de Barcelona, de toda Cataluña. Ahí estuvimos un período de unos cuatro años, y esta cárcel después la tuvieron que vaciar para internar mujeres de la vida que habían encerrado, porque en España se había extendido la prostitución y se produjo una serie de epidemias y empezaron a detener prostitutas y a encerrarlas. Una medida de prevención fue el crear un sistema de cura durante unos años con un tratamiento para impedir la extensión de estas epidemias; la cárcel de Gerona fue destinada a esto y las presas políticas las fueron trasladando a diferentes cárceles de España. Yo tenía que haber salido como todas las que estaban conmigo, pero sin embargo dejaron un equipo de políticas para trabajar en los distintos traba-

jos que se tenían que realizar, tanto de enfermería como de secretaría, incluso de limpieza. Naturalmente esto produjo un trastorno muy grande: nosotras las políticas no queríamos quedarnos. Yo protesté mucho, varias veces me dirigí a la directora diciendo que yo me quería ir con las que estaban detenidas conmigo, que no me quería quedar allí, pero todo fue inútil y me obligaron, junto con otro equipo, a quedarme.

Una vez que esta cárcel se quedó vacía de políticas, fueron llegando mujeres de la vida. Mujeres que habían sido internadas en unas condiciones terribles, no tenían nada para lavarse, para peinarse; les habían quitado todos sus objetos personales, y cuando llegaron venían todas sucias, desgarradas, con enfermedades que las comían, con miseria por todas partes. Llegaron unas cuatrocientas. Este período fue bastante duro para nosotras, porque además de tener que trabajar en esas condiciones, con enfermedades venéreas, tuvimos que aprender a poner inyecciones, a administrar medicamentos y a toda una serie de cosas que no estábamos acostumbradas. Tuvimos que hacer de todo, a mí me costó muchísimo trabajo aprender a poner inyecciones. Primero te enseñaban a sacar sangre, yo cuando sentía que la sangre pasaba por la jeringa casi me mareaba; el practicante me tenía que dar un poquito de alcohol o algo para reanimarme porque para mí era muy impresionante. En fin, tuvimos que aprender toda una serie de cosas, hasta a hacer pomadas, cuestiones de tipo sanitario, etcétera. Teníamos una monja, que era la responsable del botiquín, bastante especial. Para hacerse monja tuvo que pedir permiso al Papa porque había estado casada, había tenido una hija y un hijo, la hija se le murió tuberculosa e hicieron el voto a la religión: el hijo y el padre jesuitas y ella adoratriz. Esta mujer tenía muchos resabios, tenía una inteligencia precoz y aguda y durante el período que tuvimos que trabajar con ella tuvimos pruebas de que era una mujer muy mala. Entre otras cosas nos impedía que diéramos alcohol a las otras monjas que tenían que tratar con esas mujeres que tenían enfermedades venéreas muy contagiosas, y que llevaban un frasquito de alcohol para limpiarse las manos. Nos prohibía que les diéramos alcohol diciendo que no había, cuando nosotras decíamos que no podíamos negarles porque alcohol había, nos decía que ante Dios no mentamos, porque el alcohol sí, estaba ahí, pero no era para ellas, y que por tanto se lo podíamos negar. Esta monja era tan mala que estas mujeres además de tener enfermedades venéreas estaban tuberculosas, en estado físico muy grave. Y cuando se morían teníamos que ponerles una inyección y avisar enseguida al cura para que las confesara o bien les echara la extremaunción antes de morir. Cuando veían llegar al cura se imaginaban que eran los últimos momentos, se resistían, y se querían levantar de la cama y muchas veces ocurría que queriendo levantarse caían y morían en el suelo. Esta situación era insoportable, yo por mi parte no podía aguantarlo, no podía ser cómplice y cuando veía que una de estas mujeres estaba a punto de morir no le ponía esta inyección, no avisaba al cura, la monja indignada decía que yo era responsable de que fuera al infierno, que yo tenía al diablo en el cuerpo, y cogía una botella con agua bendita y me mojaba de arriba a abajo para quitarme los diablos del cuerpo. Además nos obligaba a todas a rezar el rosario en el botiquín. Todas las tardes yo me sentaba como las demás por disciplina. Como no me veía rezar me preguntaba: "Bueno, pero ¿es que no rezas?", y decía

“Sí, hermana, sí que rezo, es que yo...”. “No te veo mover los labios”. “Bueno, es que yo rezo, pero lo hago por dentro”. Esto no la convenció y al cabo de unos días me mira de nuevo a los labios y me dice: “¿Sabes qué te digo? Que reces por fuera”.

El tratamiento de las mujeres menos graves hacía su efecto, no les faltaba lo necesario para las curas. Incluso nosotras no teníamos derecho a tratarnos ni a medicarnos porque todo lo que venía era para ellas, hasta que poco a poco, a medida que las iban tratando, iban mejorando y las ponían en la calle. Volvió otra vez esta cárcel a vaciarse, es decir, una vez que cumplió esta misión con las mujeres de la vida, la entregaron al convento, que era de las adoratrices de Gerona, y a nosotras las políticas nos enviaron a cada una a diferentes cárceles.

Ya cuando teníamos que ser trasladadas, esta monja, que había tenido con nosotras un comportamiento muy malo, sintió la necesidad de despedirse, y estando un día con la directora vino hacia mí, y quiso despedirse, empezó a decirme: “Hija mía, yo ya soy tan vieja, ya no te veré más, pero tengo confianza de que allí en el cielo nos encontraremos un día”. Y yo, no pude remediarlo y le contesté: “Si yo supiera que nos íbamos a encontrar en el cielo, soy capaz de cometer un crimen antes de encontrarme con usted de nuevo, allá arriba”.

Me trasladaron a Barcelona, allí me pidieron que trabajara en la oficina, puesto que venía de un sitio donde ya había trabajado. Fui muy recomendada por la directora, que en una ocasión precisamente me había querido pegar porque yo había contravenido sus órdenes. No llegó a pegarme ante la actitud de unas cuantas camaradas al ver que la directora se metía conmigo. Ella cogió miedo y entonces desistió, no sin decirme antes que me pondría una mancha en mi informe por desobediencia y por haberme rebelado contra sus órdenes. Sin embargo fue ella la que me recomendó a Barcelona y me pusieron a trabajar en las oficinas. Ni que decir tiene que nuestro espíritu no era el de estar trabajando simplemente por trabajar, sino que en un sitio como eran las oficinas se podía hacer muchas cosas. Yo hice lo que en mi trabajo se podía hacer en ciertos momentos. Por ejemplo, cuando llegaba el correo y el director tenía un montón de cartas encima de la mesa, sin que nadie me viera aprovechaba la ocasión y tiraba de aquellas que venían de las cárceles que yo sabía que no serían entregadas a su destinatario, es decir, que esas cartas generalmente iban a la papelera. Como de la papelera las había sacado muchas veces hechas trocitos y las había entregado, después se juntaban esos trocitos y se podían leer. Otra de las cosas que yo hacía estando trabajando en la oficina era la siguiente: en los casos de procesos donde las penas podían ser muy graves y una camarada se encontraba allí, cuando llegaba un oficio que preguntaba que si fulanita de tal se encontraba en la cárcel, yo contestaba que sí, registraba esta carta y la ponía para su envío, pero antes de que se mandara, después de firmarla, la rompía. Pasaban unos meses y volvía a recibir otra carta insistiendo en que habían escrito preguntando si fulanita de tal, en este caso era Ángela Ramis —que estaba pendiente de consejo—, se encontraba en la cárcel. De nuevo contestaba y volvía a romper la carta. Así sucedió tres veces o cuatro, no recuerdo, yo sé que incluso el director me llegó a preguntar qué pasaba, si es que no se contestaba, y yo le enseñaba el libro de registro, diciéndole que sí, que las cartas se habían mandado. Si no llegaban a su destino yo no conocía las causas. Entré tanto sucedieron bastantes cosas en la cárcel de Barcelona, entre ellas la evasión en la esta-

ción, de Victoria Pujolar. Nosotras, siempre con la idea de actuar, de hacer lo que fuera posible para escaparse o para hacer algo, teníamos previstas una serie de cosas como teléfonos o relación con alguien del exterior en caso de necesidad.

El día que vinieron a buscar a Victoria Pujolar, a Mercedes Pérez y a Raquel Pelayo, como yo era la que llevaba los expedientes, tuve que bajar a la oficina y arreglar los papeles para entregarlos a los guardias. Era un día precisamente que no había luz en la cárcel a causa de una avería y estábamos medio a oscuras, y como sabía lo del traslado, cosa que emocionaba siempre, pues se había levantado casi toda la cárcel aquella mañana muy temprano para despedirlas. Fue muy emocionante porque al no haber luz se encendieron algunas velas y desde la sala donde estaban Victoria y las otras dos hasta la salida, hicieron una romería todas las presas, unas con camisón, otras con batas; bajaron con sus velas alumbrando y despidiendo a estas camaradas hasta la misma puerta. Yo estuve hablando con los guardias y les estuve recomendando a las prisioneras, diciendo que se comportaran muy bien con ellas, que eran personas muy buenas y que no las maltrataran. Naturalmente los guardias no podían saber si yo era en ese momento una presa o una funcionaria. Sus expedientes yo los entregué pero tomando precauciones. Tenía que tomar la huella dactilar de cada una de ellas, cosa que no cumplí, y al mismo tiempo, en un momento de descuido de la guardiana, me fui al despacho del director a telefonar avisando que ya salían de traslado a un número que teníamos previsto. Ellas se marcharon y en la estación de Francia de Barcelona, Victoria Pujolar se pudo escapar. A partir de entonces, hubo algunas sospechas sobre mí, y muchas noches, cuando las funcionarias pasaban a vigilar, venían a tocar si efectivamente estaba yo en cama o no estaba.

Incluso en la oficina se creó un ambiente también de vigilancia. Se rumoreó que quizás me quitarían el puesto de la oficina, cosa que era un perjuicio, no para mí personalmente, porque no eran muchas las ventajas que tenía, pero sí para lo que desde allí podía hacer. Entre otras cosas yo registraba los libros de las visitas. Cuando se escapó Victoria, lo primero que hice fue arrancar las hojas donde venían nombres de personas que habían venido a visitarla. Conseguíamos otras facilidades en la oficina, como era obtener cierta prensa, también en el propio trabajo, como era el de la valoración de la alimentación por calorías y proteínas. Nos hacían a veces anotar comidas que nosotras no habíamos comido, o un contenido en calorías, como eran las grasas del tocino, que nosotras no lo veíamos, pero que la administración quería justificar que nos daban una alimentación superior. Entonces yo a esto me negaba. Y no hacía las plantillas tal como querían que las hiciera sino como era la realidad, es decir, si en nuestra comida no había tocino, yo no ponía tocino. En fin, eran cosas que desde la oficina yo podía hacer a pesar de que me quisieran obligar a poner otra cosa, a lo cual yo siempre me he resistido y me he negado. Claro, ante esta situación yo veía que me quitarían de la oficina, que ya no sería útil, que mi actuación sería limitada y que no podría hacer nada. Y desde entonces me planteé la manera de poder salir de allí antes de que me pudiera ocurrir algo. Lo comuniqué al Partido, que estuvo de acuerdo siempre y cuando la forma de la evasión no fuera demasiado arriesgada y tuviera todas las seguridades.

Fuimos preparando todo ente Angelita, que la tenían que llevar a consejo y con petición de pena de muerte, y yo. Su colaboración en la fuga ya la relata ella. Después, por mi parte, yo dentro de la oficina, naturalmente me correspondía facili-

tar aquello que nos tenía que ayudar primordialmente ya a la salida. A la puerta del jardín había un centinela al que había que entregarle un papel con la libertad firmada por el director y sellada. En la oficina, para hacer estas cosas había que ser muy astuta pero se podían conseguir.

Como las prostitutas salían todos los días y no había hora para ellas, lo podían hacer a cualquier hora, hice firmar y sellar al director una salida con el nombre de dos prostitutas. Una de las precauciones que hubo que tomar era que en el portal de la entrada había siempre un perro que era de las monjas y que me conocía. Entonces actuó una tercera persona a quien le tuve que pedir que encerrara al perro en la oficina para que no nos comprometiera. Nosotras, llegado el momento, 8 de marzo del 46, salimos teniendo mucha precaución porque en el jardín había el cuerpo de guardia. Dio la casualidad que aquel día había una tormenta de lluvia y estaban en las garitas. Pudimos salir hasta la puerta del jardín donde estaba el centinela. Allí le entregamos nuestra salida firmada y después nos dirigimos al lugar de la cita. Pero allí no encontramos lo que nosotras esperábamos.

Angelita, como ya te ha explicado, tomó la iniciativa, hasta que llegamos a la pensión de sus paisanas, dado que al salir de la cárcel yo tenía la consigna, pero fracasó la cita. En esta casa, naturalmente, se trataba de buscar enseguida el contacto con el Partido. Contraviniendo las órdenes que nos habían dado, tanto a mí como a Tomasa, principalmente a ella, yo llevaba un teléfono que me había apuntado en la palma de la mano. Esto nos ayudó mucho porque enseguida pudimos telefonar y ponernos en contacto con Tomasa, que era ponernos en contacto con el Partido. De esta casa fuimos después a otra, que nos llevó ella, donde pasamos un par de días. Y de allí nos llevaron en un coche que nos recogió en una pequeña plaza, después supe que era la plaza Sanllehy, y nos llevaron a Corvera Baja, donde estuvimos varios días. Después nos dirigimos a Gerona, llevando un salvoconducto, porque en aquellos momentos en los trenes no se podía viajar sin él. Llegadas a Gerona, fuimos a casa de un camarada que había albergado a Maruja Montoya, cuando esta salió de la cárcel de Gerona. Esta camarada se llama Catalina Braserá. En su casa nos recibieron muy bien, aunque sus padres, cuando vieron llegar a la otra que me acompañaba, Angelita, pensaron que era una gitana, y después cuando se quitó su disfraz y se puso como ella era, quedaron muy extrañados al verla. También Catalina nos llevó a casa de unos amigos ferroviarios, que en principio eran los que tenían que ayudarnos a pasar la frontera; eran maquinistas, y en esos momentos se les utilizaba para pasar hasta Francia. Por la situación que en aquellos momentos existía, no pudimos utilizar este medio y ellos nos aconsejaron que tomáramos el tren de las seis de la mañana que iba hasta Figueras, donde generalmente la policía no pasaba porque era un tren más que nada de obreros.

Como Angelita ya ha explicado nuestra salida de Gerona y llegada a Figueras, yo solo me limito a recordar que estando allí coincidimos con la fecha del 14 de abril y pese a sus precauciones de no hacer ruido, aquel día lo celebramos, porque nos llevaron una paella como no habíamos comido en muchos años, lo que nos alegró mucho. Lo pasamos bastante bien.

La madre de Angelita fue la que nos facilitó el medio para ir a Francia, mediante un guía. Una de las anécdotas del paso de la frontera, además de sus dificultades, fue que una de las partes de la montaña que teníamos que subir hacía poco que había

sufrido un incendio; entonces estaban la mayor parte de los arbustos completamente ahumados. Yo, como no tenía mucha fuerza y hacía viento, pues me iba cogiendo a esos arbustos para poder subir. A la mañana siguiente cuando amaneció, a mí me dio mucha risa, porque estaba negra por todas partes, las manos, el abrigo, y pensando en la cara que tenía que tener de negrita me dio una risa muy grande, y los otros se inquietaron mucho, porque naturalmente era muy peligroso hacer cualquier ruido en esa situación, pero yo no podía contenerme. Cuando llegamos a Francia, después de pasar dos noches en la montaña, sobre todo andando, incluso por momentos arrastrándonos, porque dio la casualidad también de que hubo una noche de luna muy fuerte y nuestras siluetas se reflejaban fácilmente, al llegar a la frontera, ya pisando suelo francés, nos puso en la carretera que conducía a Le Boulou. Tuvimos que andar por aquella carretera bastante tiempo, con los pies muy doloridos, completamente hinchados. No sentíamos el suelo. Parecía que llevábamos un trozo de madera puesto en los pies. Y llegada la noche nos tuvimos que poner a descansar en una especie de granja que encontramos en el camino. No dormimos nada, porque en esta granja que debía estar habitada, había perros y se pasaron la noche chillando. Al día siguiente, cuando amaneció, nos levantamos todavía con más dificultad para andar que cuando nos acostamos, con los pies más doloridos, y así andando hasta un puente que conducía a Le Boulou. Allí había un centinela, nos dijo algo pero nosotras no le entendimos y no nos puso dificultad, nos dejó pasar. A partir de aquí, la voz cantante la llevaba Angelita, que se defendía un poco con el francés; de ella tienes el testimonio.

EL PASO DE LA FRONTERA

Angelita Ramis de Figueras: después de treinta y dos años sin vernos, nuestro encuentro ha sido un abrazo inmenso; hemos reído y llorado y hemos recordado una fecha inmemorable para las dos; en nuestra conversación se entrelazaban los nombres de nuestra querida Deli, de Teresa Hernández, Victoria y otras compañeras, y me ha relatado la fuga.

Enseguida que se acabó la guerra buscamos contacto con el Partido y nos organizamos. Los chicos que estaban en campos de concentración y los que estaban en compañías de trabajo se reunían en mi casa, todos con nombres supuestos, como es normal en la clandestinidad. Yo hacía el paso de la frontera hasta Le Perthus. El camarada que trabajaba conmigo marchó para Ceuta y seguimos en contacto desde allí, ya que según creo algunos camaradas pasaban a Ceuta desde Francia. En algunos de los correos debimos hacer algo indebido, pues la caída se originó en Ceuta. Yo no me había enterado y seguía haciendo los pasos, y por desgracia me cogieron en Le Perthus; ya estaba en parte francesa, no en España, cuando me detuvieron. Yo dije que hacía mercado negro, claro que no me lo creyeron. Estuve en comisaría dieciocho días; allí estuve con nueve chicos que también eran del Partido. Aún no habíamos aprendido a trabajar en clandestinidad y a uno de ellos le encontraron los sellos de la cotización. Eso fue lo peor. Le dieron unas palizas fantásticas, le rompieron un sillón encima de la cabeza, le dejaron hecho una pena delante de mí; porque claro, nos confrontaron. Estuvimos durante esos dieciocho días en comisaría en condiciones terribles, y después nos mandaron a la cárcel de Figueras.

—¿Te llegaron a pegar a ti?

—Pues claro, como es normal. Yo siempre he dicho a mi madre que no, pero nos dieron unas palizas. Mi dijeron que mi cabeza haría un agujero en la pared, y si no lo hizo es porque la cabeza la tenía un poco dura; y además con los focos durante noche y día. Me tuvieron allí dieciocho días, hecha polvo, pero en fin, en mis declaraciones no dije nada que pudiera comprometer al Partido. De Ceuta mandaron a un comisario y a un policía, con un secretario, y ya los de Figueras no tuvieron que ver nada conmigo; pasé a disposición de la autoridad militar de Ceuta, o sea, que cuando terminó el interrogatorio de los dieciocho días, ya me llevaron a la cárcel; estuve bastante allí, alrededor de dos meses. Se llevaron conmigo a la mujer que venía todos los días para hacer la limpieza en casa. Estuvo detenida en Barcelona dos meses, la pusieron en libertad porque vieron que ella no sabía nada; se llamaba Carmen.

Cuando estuvimos ya en la cárcel Modelo de Figueras, allí se reunió un consejo de militares, con el comandante y el abogado para preguntarme qué es lo que yo había hecho; yo les dije que no había hecho nada, que me habían detenido injustamente; yo había ido a Francia solamente a por comida, para hacer estraperlo, pero que yo no me había metido en nada. Eso no lo creyeron y me mandaron detenida con los nueve hombres y la mujer de la limpieza a Barcelona, a Les Corts y allí estuve

durante todo ese tiempo detenida, donde os conocí a vosotras; la primera vez que me vino el traslado para llevarme a Ceuta, Adelaida cogió los papeles y me dijo: "Ha venido la orden de tu traslado, pero ya ha desaparecido". Claro, fue cuando el Partido me mandó una cédula falsa (esta cédula era ni más ni menos la que utilizaba para el racionamiento), que no tenía foto, para que pudiera, si tenía ocasión, escapar en la estación o donde fuera. Pero como a Victoria le vino antes el traslado a Madrid, fue ella la que usó mi cédula para marcharse; yo se la di y qué bien la supo utilizar, porque se escapó en la estación de Francia con éxito, y mandaron otra para mí, pero no la utilicé porque la fuga se realizó de modo distinto.

Adelaida, que seguía trabajando en las oficinas, al pedir por segunda vez mi traslado volvió a hacer desaparecer la documentación, pero no se podía repetir esta peligrosa situación para esta compañera, que ponía en peligro su libertad, que de haberla descubierto es posible que le hubieran hecho un proceso; como yo estaba trabajando con la oficiala de ventanilla de comunicaciones y paquetes, haciéndome un poco la tonta, le cogía las llaves de la puerta donde había dos cerraduras, una de llave ordinaria y otra con un candado, y cerraba; durante bastante tiempo no tuvo confianza, como es natural, ella comprobaba si estaba bien cerrado. Claro, al final me cogió confianza viendo que cerraba, y no miraba, y el día que tuvimos los preparativos en combinación con los camaradas de la calle, yo tenía que dar dos vueltas, una para abrir y otra para cerrar, o sea que hizo los dos ruidos y el candado no lo metí dentro del agujero, sino que lo metí al otro lado, así que lo dejé abierto; se podía descubrir, pero en ese momento no tuvieron que ir allí para nada y el guardián que tenía que estar, como hacía un poco de frío, se marchaba a la oficina a comerse su cena, que le traían de casa. Adelaida había preparado dos falsas libertades de prostitutas y a las ocho, hora del recuento, a mí me contaron en la sala; después del recuento me fui hacia donde yo trabajaba, en sanidad (*el piojo*, que decíamos nosotras) bajando por la escalera por donde tenían la vivienda las monjas; me vieron bajar, pero yo con toda naturalidad no les dije nada, como si fuese a mi trabajo. Podía darse el caso de que a esas horas hubiera algún ingreso de mujeres de la vida, o de políticas. Abajo me encontré con Adelaida y en ese momento, cuando íbamos a abrir la puerta, oímos unos pasos y nos metimos detrás de la puerta donde había una señal; era el depósito de cadáveres. Estuvimos hasta que ya no oímos nada y entonces, rápido, rápido, sacamos el candado, y como la llave no estaba echada nos pudimos meter dentro de la sala de paquetes; allí ya teníamos un paquete preparado con las cosas más necesarias, que lo teníamos desde por la mañana. Aflojamos la bombilla para el caso de que si alguien oyera algún ruido no pudiera ver quién había allí, y por la ventanilla de paquetes hicimos la fuga. Yo había estado todo el día pidiendo que lloviera, y precisamente llovió; los guardias se metieron para dentro y solo quedó el guardia de la garita. Le dimos los papeles que Adelaida había preparado con nombres falsos, y así salimos; bajamos hasta dar la vuelta a la esquina, donde tenía que esperarnos el coche. Cuando llegamos, en el sitio indicado había un coche, estaba un hombre sentado al volante y le dijimos el nombre, no se si fue José o Pedro, en fin, la contraseña que teníamos que dar, y el hombre nos tomó por prostitutas y nos dijo unas palabrotas. Nosotras, sin decir nada, nos marchamos y vimos que al otro lado de la calle había otro coche. Pensamos: "Seguramente este estaba ya aquí y el que ha venido a

recogernos no ha podido ponerse en el sitio convenido”, fuimos y le dimos la contraseña, pero el hombre también nos recibió muy mal. Creímos prudente salir de aquel cerco; fuimos por la Diagonal andando, andando, hasta llegar a una casa conocida mía, que yo tenía la dirección, y allí nos recibieron bien.

—¿No cogisteis ningún autobús?

Nada, todo lo hicimos a pie, con los pies mojados; nos metíamos en los charcos sin darnos cuenta, porque ya no sabíamos andar. Esa fue nuestra fuga.

—Y fuisteis a la pensión de tus paisanas.

Sí, era una pensión para estudiantes. Mi madre iba allí cuando venía a verme, por eso yo sabía la dirección. Nos recibieron muy bien. Nos dio café con leche bien calentito, que nos supo a gloria. Allí dijo Adelaida que tenía que llamar por teléfono. Yo no supe a quién llamaba hasta que no te ví, porque, te lo juro, el número de teléfono se lo guardó en la cabeza y a mí no me dijo nada, solamente dijo: “Yo tengo un número de teléfono...”. Telefoné y fue cuando viniste a buscarnos. Nos llevaste a casa de una señora muy bien compuesta, una casa muy bonita, pero que no sabía quiénes éramos; era en San José de la Montaña. Allí pasamos la noche. Al día siguiente vino un camarada que se llamaba Fernando; después, mucho después, supe que era Miguel Núñez. Estuvimos todo el día y a la mañana siguiente nos recogió un coche en la plaza Sanllehy y nos llevaron a un pueblecito y allí estuvimos no sé cuánto tiempo, puede que tres semanas. Estuvimos en casa de gente, amigos; Adelaida pasaba por mi cuñada y como era pequeñita, joven y muy mona, decíamos que estaba muy delicada y que los aires de la montaña le iban muy bien. Constaba que estábamos en pensión en esa casa, para la gente del pueblo. Allí pasamos este tiempo, hasta que el Partido nos dijo que Adelaida se quedaría a trabajar por aquí, por Cataluña, y yo en Madrid. Pero después el Partido lo pensó mejor y dijo que no, que era mejor que pasáramos a Francia. Para volver para acá, la hija de la mujer donde estábamos en el pueblecito se vino con nosotras a Barcelona; pero me dijo: “Tú no te puedes ir así porque te van a conocer”.

Me llevaron las faldas de una vieja, negras, largas, y un corpiño de esos que llevan las payesas y pañuelo negro; nos habían teñido, a mí de rubio y a Adelaida de negro. Me habían cortado el pelo, que yo lo llevaba largo y claro, como una vieja no tiene el pelo rubio, con betún me lo ensucié, y las manos, como no eran manos de vieja, en un tiesto donde había flores me puse las uñas negras y un poco las manos, como si estuvieran sucias; y con un pañuelo negro... Pero de todas formas la cara no era de vieja, a pesar de que me ensucié un poco y me puse unas gafas negras y en un ojo un pegote de algodón. O sea que llegamos a Gerona, yo vestida de esa forma y con Adelaida, sin hablarnos; yo le decía: “Tú sígueme a mí y si cogen a una que se salve la otra”. Llegamos a Gerona y cuando salimos del tren yo conocía el camino porque íbamos muy a menudo con mi madre. Sabía por dónde teníamos que ir. Justamente pasábamos por una casa de muebles muy hermosas de una amiga mía de Figueras que se había casado con uno que vivía en Gerona. La tienda tenía grandes escaparates, y yo veía a Deli a mi lado y no me veía a mí, yo misma no me conocía. Llegamos a casa de unos amigos, que la chica era del Partido y los padres muy comprensivos; cuando la mujer abrió la puerta, Adelaida no le fue extraña, pero cuando me vio a mí dijo: “¿Qué quiere esa gitana?”. Claro, yo le di un empujón y me metí para dentro, y ella asustada llamó a su hija, no me acuerdo cómo se llamaba, Adelaida

sabe el nombre, y cuando volvieron para la habitación yo ya me había sacado todo y dijo: “¿Dónde está la gitana?”. La gitana soy yo. “¡Pero si es una chica joven!”. Le contamos que nos habíamos escapado de la cárcel; después vino el padre, se portaron muy bien con nosotras. Pasamos la noche allí y él habló con los ferroviarios que pasaban a la gente hasta Francia por el ferrocarril, pero tuvimos mala suerte, el que pasaba a los compañeros la frontera, el tren llegaba hasta Cervera y allí los bajaban, le tenían un poquito entre ojo y ojo y lo habían puesto en los talleres y había otro maquinista. O sea que eso ya era imposible. Yo dije: “Bueno, nos vamos a Figueras y allí ya lo arreglaré porque tengo a mis padres y tengo conocidos”.

Por la mañana salía un tren de trabajadores que iban todos los días a la frontera, que salen a la seis y media de Girona para ir a trabajar. Me volví a poner mis trapos y nos marchamos de buena mañana. Hacía bastante frío, era un día bastante nuboso, llovía un poquitín. Llegamos a la estación, yo con aquellas gafas negras y el pegote en el ojo, y justo dos guardias civiles, carabineros y dos policías de paisano. A Deli le dije: “Ahí están, déjame hacer”. Fui y con una voz de lástima les dije: “Señor, señor guardia, ¿dónde está el tren que va a Figueras?”. “Pero si lo tiene delante”. “¡Ay! perdone, como tengo el ojo malo, no veo muy bien”. “¿Adónde va usted?”. “Voy a un oculista de Figueras que me han dicho que es muy bueno. Y tengo muy mal el ojo, y no veo, y tengo que ir allí”. “¿Y usted va al tren? Pues lo tiene allí delante”. “Señor guardia, muchas gracias, muchas gracias”. Y con Adelaida detrás de mí, nos subimos al vagón sin papeles, solo con una cédula. Pero cuando llegamos a Camallera, que allí era donde empezaba el control, se pusieron dos guardias en un lado y dos en el otro pidiendo papeles; claro, como yo había dicho que iba a Figueras por mi ojo me senté en la ventanilla y Adelaida se sentó enfrente de mí, y yo con un capazo que llevaba, comiendo un poco de chocolate. Por el cristal veía a los guardias que se iban acercando; pensé: “Bueno, ahora vamos a ver lo que pasa”. Al lado de Adelaida estaban sentadas dos personas y a mi lado otras dos empezaron a pedir papeles. Como yo había preguntado dónde estaba el tren que iba a Figueras, eso se conoce que les dio confianza y no nos dijeron nada, tuvimos esa suerte. Hicieron bajar a dos mujeres, me parece, y a dos hombres que no tenían papeles y los detuvieron, y nosotras llegamos a Figueras. Fíjate qué casualidad, cuando salí al andén vi que Figueras también tenía guardias, o sea que dabas el billete, y el que estaba de guardia era uno de los que me había detenido; no me reconoció.

Le dije a Deli que me siguiera. Nos fuimos a casa de unos amigos de mi madre, que yo sabía que el hijo era del Partido. Llegamos muy de mañana; tenía una pequeña tienda de paraguas, y no estaba abierta. Llamé y salió María, la mujer de la casa; y al ver mi facha me dijo: “¿Qué es lo que quiere usted? Además está cerrado”. Yo la empujé para dentro y salieron su marido y su hija. “Pero ¿qué son esas maneras?”. “Callaos, callaos, ¿no me conocéis? Soy Angelita”. Entonces me saqué las cosas y nos abrazamos. Enseguida fueron a avisar a mi madre muy disimuladamente. Era bastante temprano. Esta familia estaba pintando y arreglando un piso. Nos llevaron a él con mucho cuidado de que nadie nos viera: “No hacéd ruido, estad tranquilas porque saben que no vive nadie en él, hasta el momento que esté preparado”. Y allí vino mi madre a verme; después vino mi padre y así pude abrazarlos.

Allí dormimos una noche y a la mañana siguiente mi madre había contratado un guía para pasar la frontera, pero no le dijo que yo era su hija. Le dijo solamente que

eran dos mujeres, porque él había pasado a Victoria. Cuando Victoria se escapó se fue a casa de mi madre y allí estuvo unos días, hasta que pudo pasar a Francia. Cuando ese hombre nos pasó nos dijo: “¡Oh!, doña Dolores tiene una hija en la cárcel. ¡Oh, si vieras la hija que tiene! Qué desgracia”. Todo el camino nos estaba hablando de la hija de doña Dolores: “La pobre está en la cárcel de Barcelona y no ha hecho nada malo, porque son gente muy buena, seguro que no han hecho nada malo; están muy preocupados porque a lo mejor la matan, le piden pena de muerte, la van a matar”. Todo el camino nos estaba diciendo lo mismo. Pasamos con lluvias, con viento, bueno, fue una cosa terrible. De día estábamos escondidas en una especie de cueva que tenía y después marchábamos de noche, tropezando, cayendo. Así pasamos hasta que nos dijo: “Aquí es la frontera”. Mi madre me dio un anillo y le dijo: “Cuando ya estén en la frontera y usted vuelva por acá, me entrega el anillo y sabré si ha llegado bien”. Yo le di el anillo y nos dijo: “Mire, bajen si quieren a Le Perthus”. Digo: “No, a Le Perthus no, porque allí nos pueden echar el guante otra vez aunque sean los franceses, porque hay un lado que es español y otro francés”. Yo tenía allí conocidos pero le dije: “No, a Le Boulou”. Fuimos no por carretera sino siguiendo la carretera del bosque; allí dormimos, con frío, mojadas, bueno, hechas polvo. Por la mañana temprano, cuando vimos desde arriba que por la carretera unos hombres iban al trabajo, empezamos a ponernos un poco decentes para bajar, para que no vieran cómo íbamos. La primera tienda que vi que abrían me acerqué a una mujer y le pregunté: “¿Conoce usted a un tal Ricardo Garriga?”. “Sí, trabaja en mi casa”. Era un primo mío que trabajaba allí. Le dije: “¿Puede usted darme la dirección”. “Sí, no duerme aquí porque solo tenemos tienda, pero está aquí enfrente”. Entonces le dije: “¿No me conoce? Soy la hija de Dolores de Figueras”. “¡Madre mía! ¡Qué bien!”. Allí nos abrazamos; nos dio todo lo que tenían, no nos podía dar más. Entonces vino mi primo. Allí estuvimos no sé, un día o dos, hasta que el hijo de esa mujer arregló que nos hicieran un pase para poder ir en auto hasta Perpiñán; allí nos metían en el campo de concentración. Pero como yo hablaba francés, al hombre que nos recibió le dije: “No nos deje en el campo de concentración”. “Ustedes han pasado clandestinas la montaña sin pasaporte, tienen que ir al campo de concentración”. Y empecé: “No sea usted así, comprenda usted, en Toulouse tenemos parientes (yo lo decía por los padres de Victoria), allí nos recibirán, para qué quiere usted meternos en un campo”. En fin, era un hombre bastante bueno y nos dejó marchar. Y como nos habían dado un poco de dinero y una maleta, ya íbamos un poco más decentes y un poco mejor vestidas.

Llegamos a Toulouse a casa de los padres de Victoria y allí estuvimos hasta que contactamos con el Partido. Por cierto, nos pasó que como veníamos de Cataluña nos presentamos al PSUC, donde estaba el yerno de Comorera, Colomé y alguno más que no recuerdo. Cuando nos vieron a las tres, Victoria tan guapita, Delí pequeña con sus tirabuzones y yo que me había puesto un poco decente, en fin, nos dijeron: “¡Cómo del Partido! Vosotras sois de la Juventud”. Nos echaron con cajas destempladas. “¡Madre, qué vamos a hacer!”. Victoria dijo: “Hay que buscar un contacto”. En ese momento, por suerte, Carrillo estaba allí, que vino para dar un mitin, nuestros hombres habían pasado por el PCE, nos habían dicho: “No llevéis ningún nombre, vosotras vais a esta dirección: Hospital Varsovia” (donde trabajé yo después). Pero

también el director nos recibió con cajas destempladas porque, en ese momento, quién sabe quién es el bueno y quién es el malo; y nada, nos marchamos. Pero Carrillo había recibido los nombres de tres chicas que habían escapado de la cárcel y que tenían que estar en Toulouse. “¿Qué es lo que pasa? Hay que averiguarlo”. Telefonan al PSUC y les dicen: “Pues han venido tres chicas con esos nombres y las hemos echado”. Enseguida Carrillo nos llamó. Fuimos allí, estuvimos con él y dijo: “A estas chicas hay que revisarlas”. El doctor Parra era el director del Hospital Varsovia; allí nos hizo una revisión y nos mandó a una casa de reposo cerca de Pau; allí estuvimos un mes las tres fugadas.

Después Victoria y Deli se marcharon con la Juventud a París y yo me quedé; me dijeron que me quedara en Toulouse, trabajando en el Hospital Varsovia; allí estuve hasta que deportaron a Félix, el camarada con el que me casé en Toulouse. En el año 50 el Gobierno francés hizo una redada de españoles y los deportaron a Córcega; estuvo con Bonifaci, estuvieron juntos los dos.

Yo estuve en Toulouse con Elvira, la mujer de Boni; estábamos en la misma casa comiendo y durmiendo juntas y ellos dos estaban en Cala Cuchia, en Córcega, cuando nos unimos a ellos. El doctor Bonifaci me dijo: “Qué buen recuerdo tengo de tu marido, era excelente, verdaderamente era muy bueno”. Yo he trabajado con Bonifaci mucho tiempo.

Después de Córcega pedimos asilo en los países socialistas; dos médicos fueron a Checoslovaquia (allí fue Boni), uno a Polonia y nosotros fuimos a Hungría. Esto lo arregló Líster, pero Bonifaci quería que fuera con él; lo quería mucho, pero no fue así; fue Líster el que hizo esto, con ese genio del diablo que tenía y tiene. En Budapest él solo pudo llevarse a once, los demás nos quedamos con el Partido. En Budapest tengo enterrado a mi marido y yo estoy muy enferma. En mi España ya no tengo familia directa para poder marchar, ni una asistencia médica gratuita; aquí estoy bien atendida e incluso, lo necesite o no, el médico viene a casa a verme cada semana.

Cómo pasar por alto mi participación y mi canguelo de ese día. No salí de casa. Llovió toda la tarde. Sabía bien el horario del recuento y estaba pendiente y muy inquieta de los resultados de la fuga. La lluvia aumentaba mi malestar. Le había pedido a Miguel, que intervenía directamente, que me llamara por teléfono (a la dueña de la casa le habían presentado como un primo mío) en cuanto todo hubiese pasado satisfactoriamente, y si fuese lo contrario también; prometió hacerlo. Ya había pasado una hora o más cuando sonó el teléfono. La señora de la casa me llamó, era para mí, a través del teléfono oí la voz de Deli, me dijo: “Ven a buscarme, estoy en tal dirección; es necesario que vengas lo antes posible”, y colgó el teléfono. Vivía con una señora sola que era franquista, viuda de un periodista alemán muerto en la guerra, un fascista; empecé a rumiar un poco la cosa y pensar que ocurría algo serio. Si no hubiera sido porque me ofrecí a Deli en lo que fuera, no voy; porque, jolín, en mi vida he pasado tanto miedo. Pero comprendí que me necesitaba y era una compañera. ¿La iba a dejar así como así? Además la culpa era mía; yo le había dado mi teléfono y me había ofrecido, luego debía acudir. Con aquel día tan desapacible, salí y le dije a la señora que iba a ver a unas primas. Cogí un taxi, lo dejé por la Diagonal,

cogí otro, al cual di una dirección que tenía que pasar por la puerta, dejé el taxi en Casanovas-Sepúlveda y regresé andando. Yo iba pensando: “La voz es de Deli, pero si las han cogido y llevaba el teléfono, ¿no le habrá hecho llamar la policía?”. Menudo lío tenía encima y el Partido sin saberlo. ¿Pero y si era verdad y me necesitaban? Con la duda, si iba a recogerlas o que me cogiera a mí la policía, me arriesgué... Por la calle no había nadie y en la puerta tampoco, me decidí a subir por la escalera; cuando llegué al piso y llamé a la puerta, lo primero que vi fueron unos charrones grandotes, unos hombres fuertes, y pensé: “Ya la he *cagao*”. Pero la señora que me abrió la puerta me dijo: “Pase, pase, no se preocupe, tengo pensión para estudiantes”. Me metió en un cuartito y allí las encontré todas mojaditas, a Angelita y a Deli. Se llevaron una gran alegría cuando me vieron... ellas veían que en la pensión no podían estar mucho; y además aquella gente tenía un poco de pánico, la familia de Angelita, cuando iban a verla de Figueras, se hospedaban en aquella casa, y no sería extraño que la policía hiciese algunas averiguaciones por esa parte.

Llamé por teléfono a la señora de mi casa y le dije: “¿Recuerda usted que me han llamado por teléfono hace un rato?”. “Sí”. “Pues son unas primas mías que pasaban de largo; van hacia Gerona y me han dicho que fuese a la estación a verlas, pero yo les insisto en que se queden un par de días en Barcelona; como la casa es muy grande, si usted les pusiera una habitación las podría llevar conmigo”. Dijo que sí y me las llevé. Al día siguiente las dejé en casa y me marché a comprar y al mismo tiempo a dejar una nota en la pensión de Miguel, haciéndole ver que yo tenía a las chicas. Hice la compra para comer las tres, y a esperar. Los que habían intervenido sabían por la camarada que tenía que recogerlas que había fallado por minutos a la cita. Al ver registros por las inmediaciones de la cárcel comprendieron que las chicas se habían fugado. O sea que la fuga había sido realizada y las buscaban por todos los sitios. La policía las buscaba y los camaradas también, estos pasaban por la Diagonal, desde donde se veía la cárcel, las luces seguían encendidas, señal de que seguían los recuentos: a las fugadas no les habían cogido. Un camarada de Figueras hizo una gestión, era estudiante, y conocía la pensión donde la familia de Angelita se hospedaba cuando venía a verla, y se le ocurrió ir. Ahí le dijeron que efectivamente Angelita se había escapado con otra chica rubia muy mona, y que una muchacha había ido a recogerlas. Entonces el muchacho preguntó: “¿Y no saben quién es?”. “Huy, no, no sé quién es. Es la primera vez que ha venido a casa, ha estado un momento y se ha marchado enseguida con ellas, no sé quién es”. “¿Y cómo iba vestida?”. “Pues así y así”. Este muchacho le dijo a Miguel: “Efectivamente se han escapado. Han pasado por tal sitio y una muchacha de esas señas se las ha llevado”. Miguel dijo: “Puñeta, ya sé quién es, ya sé dónde están”. Y a mediodía, cuando estábamos comiendo, se presentó en casa. Cuando le vi respiré, me quitaba un gran peso de encima y una gran responsabilidad. En la casa en que vivía ya había dicho que iban de paso y que estarían dos días; fue normal que al día siguiente se marcharan, y yo me quedé más ancha que larga. Aunque después me vino el palo.

En el año 47, me puse en contacto con Teo y sus hermanas; la primera se hizo cargo en esa época de asistir a Juanito Cuadrado, que estaba en la Prisión Hospital Penitenciario de Yserías. En esos meses que estuve en Madrid sabía cómo estaba nuestra hermana de cárcel. En el 49 volví a Madrid y ya no las encontré en el mismo

domicilio, nadie me supo decir dónde estaban viviendo, yo iba clandestina y no me permitía hacer demasiadas averiguaciones. Por esa causa hemos estado años sin saber nada de Mercedes. Muchas veces, Victoria, Deli y yo nos lamentábamos por no saber su paradero. Al pasar a la legalidad, Victoria tenía intención de poner un anuncio en *Mundo Obrero*, a ver si podíamos dar con su paradero. En la fiesta en Madrid de *Mundo Obrero* en la Casa de Campo, nos encontramos con ella y con Teo. Después Victoria y yo nos hemos encontrado con ellos un par de veces y he recogido algo, no mucho, de sus testimonios, en diálogo entre los cuatro.

Capítulo 18

LES CORTS

También la cárcel de Les Corts de Barcelona se encuentra en estas páginas con algún testimonio. No con la riqueza que tendría que estar, porque le faltan aquellas mujeres de Toledo, Ciudad Real y otros puntos de España, que tanto han sufrido y las han sacado de sus tierras a la quinta puñeta, para que la cárcel aún les sea más penosa.

Os recuerdo, queridas compañeras, y os recuerdan estos testimonios que hablan también por vosotras.

*Testimonios en diálogo con Victoria Pujolar,
las hermanas Teo y Mercedes Pérez y Tomasa Cuevas*

Mercedes. Isabel López, cuando salió de la cárcel fijó su residencia en Barcelona, y entonces se vino a trabajar a Madrid; me llamó a mí y me dijo: “Mira, solo vais a saber tú y mi hermano Cándido que estoy aquí; te llamo a ti para que me pongas en contacto con él; mi madre no tiene que saber nada”. Yo me hice la encontradiza con su hermano y le dije: “Ve a tal sitio, que está Isabel; no digas nada a tu madre ni a nadie, porque solo tú y yo sabemos que se encuentra en Madrid”. Cándido también estaba en la clandestinidad, pero el resto de la familia estaba fuera; escribía la correspondencia a Barcelona, y desde allí se la enviaban a su madre, y se creía la pobre que estaba en Barcelona y estaba en Madrid. Así empecé con Isabelita a meterme más y más en la vida clandestina del Partido.

Días antes de ir a Barcelona yo había llevado un maletín, había atravesado Madrid con él y se lo entregué al chico que después vi en Barcelona. Me imaginaba lo que era por lo que pesaba. Me propusieron el viaje a Barcelona para ultimar este trabajo; me encontré con Isabel en Embajadores, me dio una maleta, con ella me fui a otra cita en la avenida de Alfonso XII; no me acuerdo ahora de la consigna, creo que tenía que preguntar: “¿Qué hora es?”, y él responderme otra hora. Y le entregué la maleta y quedamos que al día siguiente nos marchábamos a Barcelona; Isabel fue la que me mandó con él. Yo saqué los billetes, porque ella me había dado a mí el dinero para todos los gastos. En el tren me encontré con aquel chico conocido, era el hijo de Empedernoso, que iba a hacer el servicio militar, y los dos empezamos a hablar de mi trabajo; de mi familia; y se ve que el que iba conmigo lo iba recogiendo todo. Me preguntó el chico por la gente donde yo estaba sirviendo; yo hablaba normal con él, para que no sospechara nada. Le dije que iba a Barcelona, que iba a buscar trabajo, que se ganaba más que en Madrid. Si el que me acompañaba era confidente o no, no lo sé, pero él sabía lo que yo venía a hacer; pero lo dudo porque hubiera sabido lo de la maleta en Madrid.

Gilabert me dio una dirección donde tenía que llevar una carta, que me darían en Barcelona. Al llegar fui a casa de Raquel, dirección que también me habían dado en Madrid. Allí me encontré con el que me dio la carta para la dirección que traía y quedamos en encontrarnos a las cuatro de la tarde, después de entregarla. Al que venía

conmigo no le vio porque no subió a casa de Raquel; nos encontramos después para comer.

En Barcelona dijeron que Gilabert era confidente; desde luego, si era confidente, sabía muy bien lo que hacía, porque él mismo me dio la dirección; ¿por qué no podía ir yo sola a llevar la carta? Yo fui a una calle, me llevó una catalana (que también la cogieron y se escapó), se llamaba Conchita, con la excusa de que no conocía Barcelona. Yo llevaba la dirección y la carta que tenía que darle. No estaba y nos vinimos otra vez. Comimos en casa de Raquel y después salimos, porque a las cuatro teníamos la cita. El que vino de Madrid fue conmigo; estábamos los dos juntos mirando el escaparate de una zapatería, cuando yo vi que Conchita se reunía con unos cuantos; yo no sé cómo, me arrimé porque oí decir: "Ya están, estos son", y era la policía, que nos enganchó a todos. Total, me acerqué a ellos sabiendo lo que había dicho, pero como no los había visto nunca no sospeché. Esto fue en la calle Hospital, era la Brigada Político-Social. Nos llevaron y nos metieron en el portal de una casa; en aquella casa Concha pudo escabullirse allí mismo, lo encontré muy raro. Yo tenía la carta que tenía que llevar a aquel muchacho, Enrique le llamaban, y la puse entre el contador del agua; pensé: "A mí no me encontrarán la carta en el bolsillo; si alguien la encuentra que haga lo que quiera". Si se la encontraron no la entregaron, porque no salió nada. Yo hacía como que me subía una media, hasta que fueron todos a ver qué hacía; pero ya no vieron la carta, fue más policía con un coche y nos llevaron a la Jefatura de Policía, a la vía Layetana. Allí nos tuvieron mucho tiempo; en los despachos, y en un descuido de la poli, que aún no nos habían cacheado, la dirección de ese muchacho, del que tenía que dar la carta, me la metí en la boca, que me costó un trabajo tragármela... Yo no sé ni como me la pude tragar pero entró para adentro.

Luego nos bajaron a las celdas hasta que me subieron a declarar.

Tomasa. ¿El que venía contigo estaba allí?

Le soltaron muy pronto; no sé si le serviría de algo mi declaración porque yo me mantuve en que le había conocido en el tren y al decirle que venía a servir a Barcelona, él me dijo que si no me importaba me acompañaría a casa de una amiga que podría ayudarme a buscar trabajo. Pocos días después de detenernos a nosotros, aquel de Barcelona vino a Madrid, o sea, que lo que yo sabía también lo conocía él, porque era él el que, que me había dado la carta, me la dio precisamente en casa de Raquel y no había caído. ¿Era confidente? No lo sé. Primero fui a Jefatura. Nos llevaron a los calabozos y no me subieron hasta muchos días después.

Después que pegaron a Victoria me subieron a mí. Fíjate, que al grupo de Cisquet les torturaron cada día; les pegaron veintisiete días. Yo estuve diecisiete días, o sea que llegué diez días más tarde que ellos, y a mí me subieron la última. No sé qué día fue, ya no me acuerdo. A Cisquet le faltaban todos los dientes, a puñetazos se los saltaron, y era un chico de veintitrés años. Él estaba muy fuerte pero le habían pegado veintisiete días seguidos.

Tomasa. ¿Por ser la última te sacudieron más?

No, más no, por el estilo. No creo que me pegaran menos que a ninguno. En el primer puñetazo me reventaron la boca por dentro; ese fue el primero, que el señor Quintela llevaba la camisa toda manchada de sangre. Luego puñetazos en el estóma-

go; y nada más por eso, que decían que yo iba a recoger mucha propaganda; no sé a lo que iba, eran años duros en la clandestinidad. Yo iba a traer lo que hubiera que traer, pero como iba el otro conmigo y teníamos que volver, pues lo que fuera a traer no lo sabía. Eso me vino muy bien, porque yo dije: "Pero bueno, ¿a una analfabeta como yo mandan a recoger todo esto?". Tenían un montón de propaganda. "Si yo no sé leer, si no sé ni lo que pone en esos papeles". Y claro, no leía ni la declaración porque no sabía leer, que era analfabeta, y por eso no me sacaron nunca de los calabozos a leer. ¿Tè acuerdas? Subían a la biblioteca a las cuatro, a Pilar, a ti, a Victoria, a Raquel y a la otra que no me acuerdo cómo se llamaba.

Tomasa. ¿En aquellos años subían a leer? Yo no tengo ni idea de que en Jefatura existiera una biblioteca.

Victoria. Yo había subido una vez que vinieron unos amigos de la casa donde vivía, que son los que me llevaban la comida; porque allí no daban nada más que un chusco de pan y el día que me habían pegado tanto saqué la camisa con los botones que me habían saltado, y ellos me traían la ropa limpia; eso sí me acuerdo, haber subido a verles y después a diligencias que llamaban, acuérdate, que hacían unos interrogatorios horribles; nos subieron varios días. Pero a leer a una biblioteca no.

Mercedes. La declaración tampoco la leí, me la leyó Quintela. Yo iba leyéndola con el rabillo del ojo, pero él fue el que me leyó la declaración. Firmé con el dedo porque no sabía escribir; un policía de la Armada, que era madrileño, cuando os subían a vosotras y él estaba de guardia, me sacaba a mí, y me decía: "A tus amigas las han subido arriba a leer". Y entonces él me sacaba —porque ya sabes que estábamos con las *piculinas*— y me dejaba una revista, y me estaba sentada allí en el pasillo con él; yo veía las estampas y nada más.

Tomasa. Eso está bien claro, Mercedes. Como tú afirmabas que no sabías leer, ese tipo estaba en combinación con la policía y te daba la revista para ver si picabas en el anzuelo. Tuviste la picardía de no caer, pero puedes estar bien segura de que en aquellos años, palos y declaraciones no faltaban, pero la biblioteca para los detenidos no existía.

Mercedes. Se comía gracias a que estábamos con las *piculinas*, que se portaron maravillosamente todas. La que salía y tenía comida nos la dejaba, porque no nos pasaban nada. Hasta que nos pasaron al calabozo de políticas, y ya comimos con lo que llevaban a Victoria y a Pilar. Pero los primeros días, que estábamos Raquel y yo solas, el pequeño chusco de pan que daban al día... El poco dinero que llevaba quedó en un bolsito en casa de Raquel, que no he sabido lo que fue de aquello, porque a ella también la detuvieron.

Al que detuvieron conmigo salió en libertad y se fue para Madrid; preguntó por la gente donde yo estaba sirviendo y por eso fue al garaje para decir que a mí me habían matado al pasar la frontera porque me marchaba. Ella le respondió: "Es mentira porque yo sé donde está Mercedes". Sabía que estaba en la cárcel porque le había dicho mi hermana que no me había ido a pasar la frontera, sino que me habían detenido en Barcelona. No me he explicado nunca por qué dijo lo de la frontera si él sabía que estaba detenida.

Teo. Sí que vino, porque yo tenía entonces contactos con el Partido y me debieron localizar en aquella ocasión; pues en primer lugar cogieron la estafeta donde yo trabajaba, y una tarde me encontré a la cuñada de la señora llorando; me dijo: "Se

han llevado a mi hermano y a mi cuñado”. “¿Cuándo?”. “Anoche”. “¿Quiere usted subir?”. No subí. Salí más que deprisa; me lié a dar vueltas por Madrid para no llegar al contacto directo por si alguien estuviese rondando por allí y hubieran dado mis señas físicas; porque mi nombre no lo sabían. Di vueltas y vueltas, cogí el metro, cogí el autobús, llegué al camarada de mi contacto y le dije: “Mira, ha ocurrido esto en la estafeta. A ver si tú te enteras de algo. Mi hermana ha salido para Barcelona, no sé nada de ella y me han dicho que ha habido una redada”. Y me dijo: “Pues ve con precaución”. Quedamos para otro día. Me corté el pelo; yo iba peinada con moño, morena; me hice la permanente, me teñí de rubia, me cambié de vestidos claros, en fin, totalmente transformada... cuando fui otra vez me dijo: “Estate con prevención, porque a tu hermana la han cogido”. Yo pregunté si se sabía cómo había sido, y me dijo: “No sé, pero parece que hay un confidente y ha habido una redada. De momento vamos a cortar, porque por un lado la estafeta y por otro tu hermana. Tienes que tener mucho cuidado”. Y desde entonces corté el contacto con el Partido. Luego me reclamaban por masonería y comunismo; creía que me iban a encerrar y no me encerraron, a partir de entonces quedé totalmente sin contacto, por si pudiera suceder por mí otra caída, y me cambié de casa a Useras. Me vinieron buscando; me dijeron que si no sabía que tenía que decir el cambio de domicilio. “Pues no señor, yo he estado en la cárcel nueve meses y he tenido causa sobreescaída”. “Es extraño”. “¿Dice usted que ha estado en la cárcel?”. “Pues sí señor”. Claro, sabía que no venía por la cosa de la cárcel, sino por la segunda. Y a partir de entonces, cuando menos me lo esperaba, sin saber fecha ni mes, alrededor de un año he tenido a la policía en casa. “¿Sigue usted viviendo en el mismo sitio?”. “Sí”. “¿Sigue trabajando en el mismo sitio?”. Eso hasta hace siete u ocho años, que cancelaron los expedientes de guerra.

Mercedes. Al fin nos llevaron a la cárcel de Les Corts, donde estuvimos casi un año.

Tomasa. ¿Qué impresión tuviste cuando llegaste a la cárcel de Les Corts?

Mercedes. Pues mira, no sé por qué me metieron incomunicada; en cuarentena, en observación. Encontramos a Delí y se dio a conocer; entonces fue cuando me acordé de ella, cuando dijo que había vivido en Madrid y que llevaba no sé cuántos años. Me acordé de las ciento sesenta y cinco de la Juventud que cayeron con ella. Estuvimos también con las mujeres de la vida y nos pegaron —al menos yo me acuerdo perfectamente— la sarna; nos pasaron una pomada de azufre para podernos frotar, que éramos unas sarnosas. Estaba en las duchas una antigua camarada y antigua presa, porque estaba desde el 36, que se llamaba Estrella. En las duchas también estaba Ángela Ramis para las mujeres de la vida, y Estrella para las políticas. A nosotras cuando nos vieron ya no nos pelaron y se preocuparon de que nos ducháramos cada día.

Victoria. Algunos veranos, cuando estoy débil, tengo granos en las manos de la sarna, que ya la llevaba de Jefatura y empeoró en los cuarenta días de observación en la cárcel de Les Corts, entre las *piculinas* y ladronas, que eran las mismas de Jefatura. Tuvimos la suerte de las camaradas que eran responsables de las duchas; a fuerza de hablar con ellas conseguimos que, aunque frías —tú también estabas Tomasa— fueran abiertas, e iban hasta las viejas de Toledo a ducharse, con todas sus enaguas y refajos; nos duchábamos cada día. Ya nos hacía falta, con el sarnazo que cogimos. ¿No te acuerdas tú cuando quemamos la cáscara de naranja, y papeles cuando teníamos ya camas, para que las chinches se fueran?

Mercedes. Un día nos avisaron para nuestro traslado a Madrid para celebrar el juicio; íbamos Raquel, Victoria, íntima mía, y yo; en la estación de Francia se produjo la fuga. Como esta ya te la han relatado no lo vamos a repetir.

Marujita y Tomasa llegaron cuando ya se había fugado Victoria; Tomasa pidió permiso al guardia para darme a mí un termo con café y galletas. Con malos modos le dijo: “Déselos y márchese”. Me lo entregó y la besé al tiempo que le decía: “Se ha fugado Victoria”. Me esposaron con Raquel y las pasamos negras para poder llevar las maletas. Cuando llegamos a Reus, creo que tardamos muchísimo, ya no podíamos más. Vino un guardia y nos cogió la maleta, porque si no no llegamos. Allí no sé los días que estuvimos, dos o tres, no me acuerdo.

La cárcel de Reus era una celda muy destartalada. No se portaron mal con nosotros; a pesar de que se había escapado Victoria no nos trataron mal. El jefe de Servicios nos dijo: “No se preocupen, a esa ya no la cogen. Ya ha pasado la frontera; es catalana y sabe muy bien por dónde anda”. Salimos de Reus y llegamos a Madrid. Nos metieron en observación con las mujeres de la vida y ladronas. Estuvo veinte días, me parece, y a los veinte días me subieron a la tercera galería izquierda. Allí he estado cuatro años.

Victoria. Mercedes, yo quería hacerte una pregunta volviendo otra vez al principio. En los calabozos, cuando nos detuvieron, yo creo que es importante que sepan las generaciones venideras la moral que teníamos a pesar de que era un momento muy duro y teníamos mucho miedo; pero cómo remontábamos. Explica todo, cuando te llamaron la segunda vez.

Mercedes. La segunda vez yo tenía mucho miedo, más que nada porque no sabía si me iban a pegar o qué, o si iba a ser débil. Me daba mucho miedo tener que hablar; estábamos las cinco, juntas, yo me acuerdo que me decía Raquel: “Si no puedes aguantar, pues habla, dilo”. Tú, Victoria, me decías: “Si no puedes aguantar, tú das mis señas”.

Victoria. Sí, es verdad: “Tú da mis señas, di que es una como yo, di el nombre que te parezca pero da mis señas”.

Mercedes. Cuando me subieron no fue para pegarme ni nada de eso, fue para leer la declaración; que no la leí ni la firmé, puse las huellas con el dedo. La moral que nosotros teníamos era muy alta, desde luego, aunque nos pegaron.

Cuando entramos en la cárcel yo decía: “Se va a terminar muy pronto, no os preocupéis porque se está trabajando; ya veréis, en la calle se trabaja mucho”. Pero fueron cayendo cada vez más y más, y se ha atrasado muchísimo, pero al fin llegó. Cuarenta años y hoy estamos aquí las tres. Falta Deli; podríamos estar en otro sitio, porque yo el día que me cogieron, como había visto que caían tantos y que pasaban tantísimas cosas, decía: “Ay, madre mía, que será, qué no será”. Tenía más miedo que vergüenza y solo pensaba que me matarían en una paliza.

Teo. En la Dirección General de Seguridad, la segunda vez que me detuvieron a mí nos obligaron a ducharnos con las piculinas. Había una señora que era estraperlista, y yo me arrimé a ella. Me tocó en un momento que se había metido una piculina, con cada grano que tenía... Con una manta se tenía que secar y con esa manta me tenía que secar yo; y entonces le dije a la señora: “¿Tengo que ducharme por fuerza?”. “Sí, hija; si tienes dinero, ofrécele una propina a la mandanta”. Le dije que si podía no ducharme, que me encontraba indispueta. Me dijo: “Enséñame tu ropa”.

Me miró las axilas y el pelo, para ver si tenía miseria. Le di cinco duros en aquella ocasión, ya era bastante, y me dijo que no me duchara. A mí me daba miedo meterme, yo había visto ese cuerpo con esa marca: si esta mujer está enferma de ese mal y allá voy yo... De esa manera me libré, pero me dio un miedo... Más que en el momento de encerrarme, el de meterme en la ducha detrás de esa muchacha. Esta detención fue en el 49, que no sé ni por qué fue.

Tomasa. ¿Durante los tres años de la cárcel de Ventas estabas organizada políticamente en el Partido?

Mercedes. Sí, llevaba una carta de Les Corts, que se la di a Merche Gómez.

Tomasa. ¿Y enseguida os cogieron como camaradas?

Mercedes. Bueno, tardaron un poco. Aparte de eso yo tenía camaradas, estaba allí Isabel. Me fui a vivir a su comuna, y luego también Carmen Sierra, que me parece que eran las que llevaban la responsabilidad de organizar a las que llegábamos; aparte de esto, pasaban a mi nombre un paquete; era una lata. Tenía que ser con doble fondo; ahí iba *Mundo Obrero*, porque lo recibíamos todas las semanas; se recibía el paquete mío y rápidamente leíamos la prensa y se leía todo.

Tomasa. ¿Esta Isabel que te encuentras en Ventas es con la que trabajabas en Madrid?

Mercedes. Sí, la detuvieron a Isabel López en el paseo de las Delicias, unos papeles que llevaba se los quitó uno de los policías; el tipo, muy confiado, los tenía en la mano. Se tiró como una pantera; además es que es graciosa, porque cuando ella quiere hacer la pantera da un salto increíble, pone así los ojos, es menudita... Le quitó los papeles y se los metió en la boca; unos tíos fuertes, que le metió uno de ellos el dedo en la boca y le mordió; le sacudieron, claro. Pero con el mordisco se los tragó. Bueno, a esta también la torturaron mucho. Cuando la llevaron a Gobernación, ella tenía el nombre supuesto y no decía su nombre, solo sabía decir "no". Unos tíos como castillos, en pie con los tacones, se ponían en los dedos de sus pies. No podía andar cuando llevaron a su madre a la Dirección General de Seguridad, le habían puesto lo que son las partes de los ovarios negras, la presentaron a su madre en el calabozo; según venía ella vio a su madre, pero su madre no la veía todavía, no podía andar y dijo: "Bien, soy Isabel López, dejen ustedes a mi madre"; porque le iban a sacudir, a la madre. La llevaron para que reconociera a su hija. La madre no la reconoció; la pobre no sabía que estaba en Madrid, venía de rubio y ella era morena; además la madre no veía muy bien. Ese día ella creía que le iban a sacudir y ya había medido la distancia que había de la mesa del comisario, o sea, donde a ella la ponían, al balcón; decía que había podido aguantar todos los palos, pero que no sabía si iba a poder aguantar más, porque cómo la habían puesto... Ya te digo, que toda la parte de los ovarios negra, y además las manos las tenía deshechas, estaba como un guiñapo. La madre dijo: "No, esa no es mi hija". "Tengan ustedes en cuenta que mi madre no me ve hace tiempo y no me reconoce". Y por la voz la reconoció: "Sí, sí, es mi hija, es mi Isabel". La mujer no veía bien y no la conocía porque estaba desfigurada por las torturas. Esto fue en el 45.

El que la delató a ella era el que me conocía a mí; tenía una agencia de autocares para ir a los pueblos y trabajaba allí, a mí no me lo presentó Isabel, sino que me dieron la consigna y yo me puse así en contacto con él. Luego él mismo se puso en contacto con Isabel sin saber que yo ya la conocía. Pero a este hombre fue al que

detuvieron primero, él había estado penado a muerte, y fue él quien delató a Isabel; que yo no lo delaté a él, que era al único que conocía: a él y a Isabel. En cambio él con una bofetada que le dieron la delató a ella. Cuando la cogieron hizo que lo soltaran, dijo que no sabía nada en absoluto de lo que ella hacía, que lo había utilizado sin él saberlo.

Me juzgaron a los tres años en Ocaña; llevaba treinta años de petición fiscal; luego firmé ocho años. Cuando me dijo que llevaba treinta años se me cayó el alma a los pies, porque tú verás, yo que esperaba que cuando me juzgaran... saldría en libertad. Yo me hacía una composición de los hechos: me creía, efectivamente lo que yo decía, que había ido a trabajar a Barcelona, porque esa fue mi declaración, y que me había encontrado a un chico en el tren, que me había hecho amigo de él y que me dijo que tenía una amiga en Barcelona, que me presentaría a ella. Esa es la declaración que yo hice; lo que no pensé es que me echarían treinta años; luego firmé ocho y estuve cinco. Después de juzgarnos me llevaron a Segovia. En Segovia estuve de año y medio a dos años.

Tomasa. ¿En Segovia te encontrarse con la huelga de hambre? ¿Tuviste participación?

Mercedes. Sí, claro, como todas las políticas, pero como ya te habrán hablado sobre ello, no vamos a repetirlo; yo salí enferma de las celdas aunque levantamos la huelga a los cuatro días. Estábamos incomunicadas, porque de las celdas no salíamos más que una vez a la semana a lavarnos la ropa; salíamos de cuatro en cuatro, lavábamos la ropa, la tendíamos, y cuando creían que ya estaba seca volvían y nos hacían salir a recogerla. Sin salir de las celdas, incomunicadas totalmente, hasta el 1 de mayo, que cogí una filtración. Tuve que estar en la enfermería; mucho tiempo con cuarenta de fiebre, cuatro días. Cuando salí me fui al médico a que me mirara por rayos X y tenía una cicatriz en el pulmón derecho.

Teo. Cuando levantaron la incomunicación yo mandé medicinas. Les mandaba calcio e hígado. Me dieron unos botecitos de jugos de carnes que les hicieron mucho bien, las amigas de los laboratorios nos daban todas esas cosas. Yo decía: "A meter, que allí se lo reparten". Que te lo diga esta, en todos los paquetes que entré iban medicamentos; llevé dos cajas grandes, eso debió de valer mucho para calcificación durante mucho tiempo.

Tomasa. ¿A pesar de todo eso continuasteis en la clandestinidad con el Partido?

Teo. Sí, continué en la clandestinidad. Vino una amiga mía y me dijo: "Pero piensa que tienes un hijo pequeño". "Precisamente por él tengo que luchar, por ese hijo pequeño, para que cuando sea hombre no le toque lo que a mí, que se encuentre el campo más limpio, más libre". Y me puse a trabajar. Por cierto que no he visto más a ese muchacho. Me acordó que fue Conchi quien me dio la primera cita; ni nos conocíamos ni sabíamos los nombres uno del otro. Nada más me dijo: "Tú vete a la calle Fuencarral, al cine Bilbao". Tenía que llevar una *Codorniz* en la mano. Llegó un muchacho y me dio la consigna. Nos cogimos del brazo y caminamos para delante, y así estuvimos meses. Un día íbamos por la avenida del Generalísimo cuando ve un coche que para; se apeó un amigo, yo me retiré. Se saludaron, porque el amigo creía que estaba en el extranjero o que estaba muerto; y se lo encuentra. Y a partir de entonces se lo tuvieron que llevar fuera, al ser descubierto en Madrid. Muy buen muchacho. Seguí el trabajo con otro que había venido de Francia, y me estuvo

contando todo lo que había comido, hasta ortigas; decía que cuando vino a Madrid y vio los escaparates llenos de tocino... “Me he dado un atracón que yo no sé cómo voy a salir de esta, con lo débil que tengo el estómago”. Me estuvo contando cuanto habían pasado en los campos de concentración nazis; había visto meter a hombres y mujeres en los hornos crematorios y en las cámaras de gas, y cómo hacían jabón con los cuerpos humanos muertos de hambre o fusilados.

Victoria. Hay un monumento a Mauthausen que dice: “A los cuarenta mil españoles muertos en los campos de exterminio”; o sea, que entre los muertos de los campos nazis había españoles de todas las ideologías, y pese a lo que habían sufrido, el que se libró de la muerte siguió luchando, como este y otros camaradas que entraron en España clandestinos para seguir la lucha en nuestro pueblo.

Teo. Cuando estaba mi padre detenido nos dieron un timo. Yo no estaba en casa en ese momento, había salido, y fue una de mis hermanas a buscarme: “Teo, hay un policía en casa”. El hombre había llamado a la puerta y dijo: “Policía”. Mi madre le mandó pasar. Él le preguntó si tenía a su marido preso; mi madre le dijo que sí, pero que ya estaba en plenarios y que iba a salir. Y dice: “Bueno, mire usted, yo sé las condiciones en que se encuentra su marido; es para hacer una solicitud para que salga sin destierro”. Yo llegué con mi hermana. El hombre iba muy bien vestido y era muy correcto, y me dijo que había que rellenar un pliego y poner unas pólizas para solicitar su libertad; yo le dije que ya estaba para salir; él me dijo que era para salir sin destierro. El hombre me embrolló y me pidió para los trámites setenta pesetas. Estábamos sin trabajo y no teníamos ni cinco. Me fui a la casa donde estaba sirviendo mi hermana y le dije a su señora si me hacía el favor de darme ese dinero, y le expliqué lo que ocurría. La señora Ignacia me dijo: “No es por el dinero, Teo; yo te lo voy a dar, pero ten cuidado no sea un timo”. Le dije que era un policía y aún me advirtió: “Bueno, ten cuidado y entérate bien”. Naturalmente fue un timo; como todos éramos familiares de presos en el barrio, y al que no le andaban buscando, pues se llevó unas cuantas pesetas. Yo se las di tan convencida. Otra de más abajo de casa, que a la pobre mujer le sacó trescientas pesetas; su marido estaba incomunicado en Gobernación; ese todavía era más serio. Le dijo: “Vaya usted mañana a las doce del día con la ropa, que su marido sale mañana”. Cuando fue la mujer a las oficinas, estaba el médico de la colonia. “Mire usted, que ha venido un policía y me ha dicho que mañana va a salir mi marido”. El médico le preguntó qué señas tenía ese policía; la mujer le dio exactamente las señas del fulano y el médico le dijo: “Ese hombre no es ningún policía; ha venido a mí a preguntarme cuántos presos había en la colonia para ayudarles, entre ellos al padre de Teo”. Vino el médico a casa y nos preguntó si había venido alguien a socorrernos. Le contesté que no y le conté la historia del policía, y me dijo: “¿Hacia dónde se ha ido?”. “Para el número 6”. Salieron pero ya no le encontraron. Al otro día la pobre mujer se fue con la ropa a Gobernación, y le dijo a un *poli*: “Vengo a traer la ropa porque sale mi marido hoy”. “Su marido no va a salir porque está incomunicado”. “Pues no señor, porque ayer un policía me ha pedido trescientas pesetas y ha hecho un pliego para que salga mi marido; me dijo que viniera hoy a traerle la ropa y a buscarle”. El policía le dijo: “Mire, su marido no va a salir. La repito que está incomunicado y la policía no pide dinero para la libertad; es más, cuando viene la libertad aquí sobran; con ropa o sin ropa salen con lo que tengan puesto”. “Si yo cogiera a ese

pájaro...". "Pues debería usted cogerle". "Además no hagan ustedes caso". "Sí, pero debajo de la solapa llevaba una chapa igual que ustedes". "Pues ni de eso se fíen, pidan siempre la documentación". Sale la mujer a coger el 31 me parece que era, a la Puerta del Sol, cuando vio a ese fulano, y le dice al guardia de la porra: "Haga el favor de coger a ese hombre, cójalo usted que es un estafador, vamos a llevarle ahora mismo a la Dirección, que me ha estafado y le están esperando". Cuando llegó con el guardia y el falso *poli*, el policía de Gobernación le dijo: "¿Dónde cogió usted tan pronto al pájaro señora?". "Ahí mismo estaba, señor Comisario, ¿no quería usted que le trajera el pájaro?, pues ahí está". Y así le cogieron.

Bueno, al cabo del tiempo ya ni me acordaba yo de eso, citaron a mi madre y estaba todavía en el pueblo con mi padre desterrado; y fui yo. Me vi declarando en los Juzgados, y me dijo el señor alférez que el fulanito aquel de los timos era de una familia muy pudiente y una familia bien, pero que era la oveja negra de esa familia y no querían saber nada de él; había dado ya muchos timos, y algunos gordos. El alférez me dijo: "Pues este va a salir de la cárcel cuando el san Juan de mi pueblo baje el dedo; y en mi pueblo no hay san Juan".

Mercedes. Ese alférez debía ser rojillo, y como timó a tantas familias de presos, metió el expediente en el fondo de los archivos. Porque cuántos no han hecho lo mismo y han estado cuatro días en la cárcel; cuántas cosas de esas habrá que no conocemos. A ver si se van arreglando las cosas y llegamos a tener la democracia deseada que tantos sacrificios nos ha costado; y aún hemos de trabajarla para conseguirla, y solo la veremos hecha realidad con la unidad de todos los españoles, con la reconciliación nacional. Espero volver a encontrarnos. Pero también con nuestra hermanita Deli.

La obrera textil

Me llamo Isabel Vicente. Actualmente tengo sesenta y un años. He vivido toda la vida en Barcelona pero soy de Almansa, Albacete. Vine a los tres años con mi familia. Éramos cuatro hermanos, yo la mayor. Mis padres eran trabajadores sencillos. Cuando vinimos aquí pasamos muchas dificultades. A los catorce años entré a trabajar en la fábrica de Salvador Casacuberta, que era una de las principales de Gracia; o sea, la Sedeta.

Llegó el 36; mi primer impulso fue incorporarme de manera activa a los trabajos de la Juventud, e ingresé en las JSU. Después de los tres años de guerra, cuando entraron las tropas franquistas nos fuimos desde Colón hasta la Bonanova a hacer barricadas, y otros hacia San Andrés. En San Andrés estuvimos dos días, en una camioneta que se encontró por allí fuimos recorriendo sitios y pueblos de Cataluña, y conforme las tropas iban entrando, nosotros nos íbamos retirando. Donde más estuvimos fue en Gerona, que hubo un bombardeo terrible.

Pasamos a Francia y nos atendió el Socorro. Nos llevaron a un refugio que era una escuela de veraneo de niños, nos metieron allí y estuvimos regularmente. Solo regular porque tuvimos la desgracia de que todos los prefectos de aquellas localidades eran fascistas.

Allí estuvimos unos tres meses, y como vino el buen tiempo y era una escuela y tenfan que llevar a los niños, nos trasladaron a otra; la primera se llamaba

La Pouligen. Después nos mandaron a otro refugio, que era L'Ermitage. Teníamos peores condiciones, pero cierta libertad, y de allí se evadieron Margarita Ajuara y Lourdes Giménez.

Allí estuvimos un mes, y como parecía que no ofrecía aquello bastante seguridad, nos trasladaron a Noisson le Rivière, que era un verdadero campo; había sido en la guerra del 14 cuartel general de las tropas; luego había sido fábrica de pizarra, aquello estaba hecho ruinas completamente.

Éramos como ciento cincuenta o doscientos, chicos muy jóvenes, chicas y ancianos que no habían podido ir o que no los habían admitido en un campo militar, este era un campo civil. El día que entramos fue un desastre, porque en el sitio donde nos pusieron había caballos y había una suciedad tremenda. Las pocas ventanas que había estaban sin cristales. Tuvimos que ponernos a limpiar. A nosotras nos llevaron a la que había sido capilla. Éramos un grupo de doce de las JSU; nos llamaban *chicas de la capilla*. Allí tuvimos una gran actividad. La juventud teníamos mucho entusiasmo.



Isabel Vicente, con varias compañeras. De algunas recuerdo su nombre: Enriqueta, Susana, Victoria, María.

A pesar de las dificultades nos dábamos cuenta de que teníamos que pasar por aquello y que nosotras éramos las que teníamos que ayudar a mucha gente, que estaban desmoralizados, muy pesimistas en cuanto a volver a España. La vida se hizo bastante dura. Yo me casé en el 38, mi marido estuvo en la escuela de guerra. Yo estaba encinta cuando pasé la frontera y en ese campo fue donde tuve a mi hija Nuri, en muy

malas condiciones, porque la responsable estaba en contra nuestra y nosotros estábamos en contra de ella... Además no me llevaron al hospital, ni tuve una asistencia. Es decir, que yo tuve a mi hija así, a la buena de lo que pudiera suceder. Una mujer gallega, que en su pueblo había atendido a vacas y a cabras, fue la que me atendió. Después de todo tuve suerte; también era joven y todas las cosas de joven se pueden superar mejor.

En aquel campo tuvimos muchas luchas porque querían traernos a España. Nosotras siempre nos opusimos, y hubo dos verdaderas batallas que hasta vinieron los gendarmes en autocares con la intención de llevarnos a la frontera. Nosotras nos pusimos en plan de guerra, y a pesar de que recibimos palos, hicimos huelga de hambre, porque los gendarmes se las traían, pero ninguna de las dos veces pudieron embarcarnos hacia España, y por fin nos dejaron. Al poco de haber pasado esto, mi hija tenía un mes, que en aquel campo ya no podíamos estar, que no reunía condiciones, y que si no queríamos marcharnos a España nos llevarían al campo de concentración de Saint Ciprien. Nos reunimos y dijimos que de acuerdo, que nos llevarsen al campo; nos equiparon, nos dieron unas botas, unos jerseys que habían traído los del pueblo. Nosotras convencidas de que nos llevaban al campo de Saint Ciprien. Recogimos todas las cosas que teníamos y nos metieron en un tren. Estuvimos todo el día y toda una noche y hacia las tres de la madrugada llegamos a una vía muerta, nos hicieron bajar y nos metieron en la sala de consigna de la estación, que era la de Hendaya. Allí ya vimos que no nos llevaban a un campo de concentración, sino que nos llevaban a España; estuvimos toda la madrugada pensando qué haríamos, y el grupo nuestro de las JSU pensamos fugarnos, pero había mucha dificultad, y yo principalmente, con la niña de un mes, no quise arriesgarme. Las demás compañeras dijeron que si no íbamos todas no íbamos ninguna; y nos quedamos. Al otro día, a las seis o las siete de la mañana, vino un batallón de gendarmes para sacarnos de donde estábamos y pasar a España por el puente internacional. Nos resistimos como verdaderas fieras; me acuerdo que a mi hija la llevaba envuelta en una manta... me cogieron entre los gendarmes y empezaron a zarandearme; cuando la niña se puso a llorar, se dieron cuenta que llevaba una criatura, me dejaron. Pero me acuerdo que a Soledad Real le arrancaron una manga del abrigo y a Lola Brugalada también le dieron con el fusil. Fue una verdadera batalla, pero al final no tuvimos más remedio que pasar. Rompimos todos los documentos que pasábamos que podían comprometernos al pasar la frontera, y llorando pasamos el puente internacional; allí nos esperaba la Guardia Civil. No nos trataron ni bien ni mal. Se limitaron a meternos en un garaje. Y al otro día, distribuimos a cada uno al sitio donde teníamos que ir; nos hicieron llenar las fichas a nosotras mismas, cosa que aprovechamos para omitir datos, para cambiarnos de residencia, porque pensamos que si íbamos al lugar de procedencia, con la actuación durante la guerra era más fácil que nos detuvieran, y así lo hicimos. Al otro día nos metieron en unos trenes de carga, vagones de caballos, nos encerraron y nos llevaron a cada uno al sitio donde habíamos dicho que habíamos vivido con una ficha para entregar a la policía.

Yo concretamente fui a Madrid, no quise venir a Barcelona, en casa no estaba ni mi marido ni mi hermano, solo estaban mi hermana y mi madre, con un hermano que tenía catorce años, y pensé que de venir aquí lo primero que harían en el barrio sería detenerme, porque todo el mundo conocía mis actividades. Entonces me fui a

Madrid; me estuve un mes. No pude estar más porque no tenía medios económicos; no podía trabajar porque la niña tenía poco más de un mes, escribí a mi madre que me mandara dinero para el viaje, pasara lo que pasara; y mi madre, con la ayuda de algunos vecinos y amigos, recogió la cantidad para el billete, y me vine a Barcelona. Esto fue a últimos de noviembre. Como no había ninguna denuncia concreta, fui a la fábrica donde había trabajado y no me admitieron. Me dijeron que todos los puestos estaban cubiertos. Entonces me puse a trabajar en casa haciendo pantalones de confección, y así íbamos tirando con muchas dificultades. Porque no teníamos ni cinco. A últimos de diciembre conecté con compañeros que ya estaban organizados, y me incorporé al trabajo clandestino, directamente con el Partido. Estuvimos todo diciembre y enero y a principios de febrero nos detuvieron. Éramos cincuenta y uno. Ese fue el primer grupo organizado que cayó aquí. Había habido otro grupo, que fue el que estaban Gas y Leonor Zalabardo y otros compañeros, pero no llegaron a hacerles juicio. Les pusieron en libertad. El primer grupo que cayó organizado como Partido fuimos juzgados por el Tribunal Especial contra la Masonería y el Comunismo. Había doce mujeres y el resto hombres.

En la comisaría fue algo terrible, allí fue donde mataron al responsable, al que yo conocía por *Julio*, que era Alejandro Martos; le pegaron unas palizas de miedo, le torturaron una cosa bárbara. Aunque sabía que lo iban a hacer, si no lo hubiese vivido no lo hubiese creído; allí subían los compañeros por su propio pie y bajaban arrastrándose. A las mujeres no nos pegaron mucho.

Yo tenía veintidós años, y había cuatro que eran más jóvenes que yo; luego Teresa Hernández, que a esta sí la apalearon de mala manera, y la torturaron y le hicieron de todo, a su hermana Antonia también, pero ya no tanto. Lo que más hacían era cuando preguntaban si conocíamos a fulano y a mengano y les decíamos que no, nos daban puñetazos en el estómago; eso se ve que era la debilidad de aquellos esbirros. A María González también en este plan; grandes palizas no, pero golpes en la cabeza, incluso en la espalda, en el estómago. Lo que sí hacían era insultarte; nos decían lo peor que se le puede decir a una mujer, para ver si reaccionábamos diciéndoles cosas; que alguna sí que sabría algo, pero otras no, pero nos amenazaban con palabras groseras y que nos iban a hacer esto y lo otro, que nos iban a desnudar; pero grandes palizas solamente a Teresa Hernández y a su hermana. La Montoro era una mujer muy calmada y sensata que no se ponía nerviosa y conseguía que no la tocasen, que no la insultaran, porque estaba muy preparada, era intelectual y con su manera de hacer y decir, parece que les paraba los pies.

El compañero Martos, *Julio*, yo creo que enloqueció de las palizas que le pegaron y trató de escapar. Esto lo sabe bien Teresa Hernández, que estaba con él, y le dijeron: “¿Ves? Si tú no hablas te haremos igual”. Con la culata del fusil lo remataron ante la compañera. Entre los detenidos se encontraban Otilio Alba, Pedro Pons, Barbosa, las mujeres María González, Enriqueta Montoro, Carmen Fontanet, Pilar Chauvet y otras varias que ahora no recuerdo, porque eran muy jóvenes y estas salieron sin hacerles juicio.

Pasamos allí doce días. Cuando cerraron el expediente nos trasladaron a la cárcel de mujeres, que estaba en Les Corts. Era un convento de monjas francesas. Cuando quitaron la cárcel de mujeres de la calle Amelia, la trasladaron allí. No había

condiciones como cárcel; era muy grande, había estado muy bien acondicionado, pero entonces estaba muy mal. La impresión que nos causó cuando entramos, que era de noche, debían de ser las doce, fue bastante buena porque tenía una entrada bonita, con jardín, y nos pareció un palacio y que íbamos a estar bien. Nos metieron a las doce en un cuartito como sardinas en lata, pero como estábamos muy cansadas y muy angustiadas, por todo lo que había pasado en Comisaría, aquella noche pudimos dormir un poquito. Al otro día por la mañana, cuando nos dimos cuenta de dónde nos habían metido, fue desesperante; los piojos, las chinches, la suciedad... Era algo que no se puede creer si no se ve. Allí las mujeres quitándose los jerseys, la ropa interior, y matando los piojos; es decir, que allí vinieron de todas las provincias de España. La cárcel de Barcelona se convirtió en una cárcel de paso: las que iban trasladadas a otras prisiones pasaban por allí. Venían por ejemplo expediciones a las dos o las tres de la mañana. La cama era el suelo, tres ladrillitos, teníamos unas peleas tremendas porque si una hacía el petate antes, cogía un poco más de sitio. El caso es que cuando llegaban estas expediciones a las tantas de la madrugada teníamos que levantarnos y hacerles sitio, porque eran mujeres que venían deshechas, que habían pasado por varias prisiones, que llevaban muchos meses de un sitio para otro.

Mujeres muy mayores, que no sabían absolutamente nada, pero que tenían mucha moral, por el solo hecho de haberlas detenido sin hacer nada, solamente por eso, llevaban consigo una rebeldía. Contaban las cosas que habían visto en sus pueblos, como darles aceite de ricino, cortarles el pelo, ponerles un moñete encima de la cabeza con un lazito, pasearlas por el pueblo siendo la mofa de todos... de los falangistas principalmente. Los de izquierdas callaban por miedo. Nos contaban las palizas, los asesinatos, cómo iban a buscar a la gente, cómo se ensañaban con ellos, tanto con hombres como con mujeres, inclusive con criaturas. Los relatos que nos hacían... A pesar de lo que habíamos vivido y de lo que habíamos visto en comisaría y cómo habían dejado a nuestros compañeros, creíamos que no era nada comparado con lo que nos contaban aquellas mujeres que habían visto los horrores, las cosas más tremendas que pueden imaginarse.

Dentro de la cárcel, cuando nosotras llegamos en el 40 solamente fusilaron a dos mujeres; una mujer ya mayor, que era de Vic, la sacaron y luego dijeron que si era por equivocación. Pasaron los años sacaron a otra mujer fascista, era del Socorro Blanco, que durante la guerra, por rencillas con la jefa de su organización, la delató y la fusilaron; se llamaba Tronchoni, era italiana. Cuando entró Franco lo primero que hicieron fue detener a la delatora, se llamaba Elena; la tuvieron dos años con la pena de muerte muy bien atendida y muy considerada por las monjas, en muy buenas condiciones dentro de la prisión, y el día que hacía dos años que habían fusilado a Tronchoni, y que habían inaugurado un monolito en homenaje a ella en los sótanos del palacio de Montjuic, la sacaron aquella noche y la fusilaron en los mismos sótanos de Montjuic. Esto fue en el 41, la única mujer que todas las de mi grupo y yo vimos sacar a fusilar.

De la prisión de hombres nos llegaban cartas cada día y en comunicaciones nos informaban que los sacaban en grupos de diez y doce. Un 18 de julio sacaron a veinte. Nos organizamos; tuvimos bastante suerte, porque en la cárcel de mujeres de Barcelona, tuvimos la ventaja de que no nos sacaban a penales; los familiares, aunque poco, siempre nos ayudaban y la cárcel se nos hacía un poco más llevadera.

Empezamos a organizar un grupo escénico, grupos de deporte, y como éramos muchas teníamos bastantes ascendientes, como Juventud, en cuanto a las otras mujeres; desde luego había mucha CNT, muchas libertarias, y a pesar de que no había unidad política con ellas, cuando había alguna protesta por un rancho o por lo que fuera, estábamos bastante unidas. Nosotras, por estar aquí en Barcelona y tener a los familiares, teníamos una situación privilegiada. ¿No? Allí dentro nos unimos, nos organizamos en grupos; como éramos muchas se formaban entre las que tenían más afinidades y simpatías. Lo que nos traían las familias lo repartíamos en colectividad, a unas les traían un día a otras otro, y aquello lo íbamos repartiendo durante toda la semana. Ayudábamos, aunque poco, porque no teníamos mucho, a las mujeres que venían de expedición, que venían famélicas. Concretamente yo tenía a mi madre sola en la calle con mi hija, que tenía cuando me detuvieron cuatro meses, y ella se quedó con la niña. Quiso traerla a la prisión pero yo le dije cómo estaba la situación y mi madre dijo: “Bueno, sea como sea pasaremos; es decir, que la ayuda que podía traerme era poca, pero con las unas y las otras íbamos juntando los paquetes”.

Al principio no quisimos rancho, primero porque era muy malo y después porque no estábamos acostumbradas a aquellas comidas, que nos ponían los estómagos a reventar; y nos íbamos repartiendo lo poquito que teníamos, pero ya llegó el momento en que tuvimos que comerlo porque no teníamos suficiente con lo que nos traían los familiares. Recuerdo que en el patio nos hacían estar todo el día; por la mañana nos levantaban, hacían el recuento, nos daban un café con leche, que decían ellos, pero aquello era agua sucia, nos hacían limpiar la sala, arreglar los petates y bajar al patio todo el día, y no nos dejaban subir para nada a las habitaciones. Muchas veces incluso nos hacían bajar los paquetes para que no entrásemos a la hora de las comidas, porque no querían a nadie en las habitaciones. Recuerdo que en el patio, que era grande, en un rincón donde estaba precisamente la garita de guardia, que eran soldados, allí estaba toda la basura, hasta que venían a sacarla. Se formaban montones enormes y yo recuerdo mujeres yendo y viniendo a los montones a recoger las pieles de los plántanos, de las naranjas, y las mondas de las patatas. Mujeres que en su mayoría eran campesinas, mujeres que habían vivido en las montañas, pero que en sus casas hacían sus comidas bien arregladas, se veían obligadas a ir a buscar los desperdicios porque se pasaba verdadera hambre. El rancho era muy malo, y además solamente ponían las mondas de las habas, berzas, alguna patata, alguna lenteja y pare usted de contar, te daban un cacito al principio; luego ya había reenganche, aunque pocas veces. Todo esto unido a la poca higiene que había, porque no teníamos ni agua. Para ducharnos teníamos que pedir cola, nos tocaba cada ocho, quince o más días, y cuando estábamos en la ducha con el jabón nos quitaban el agua. Los platos del mediodía sucios se utilizaban a la noche, daban unas horas el agua y como éramos muchas, siempre había a quien no le daba tiempo de fregar el plato, y teníamos que pasarle un trapo o un papel, y a la noche nos servía para el rancho. Había mucha miseria, muy poca higiene, muchas mujeres, y como es lógico había de todo; al principio las prostitutas, las comunes, las *chorizas* y las políticas estábamos revueltas. Luego ya cuando pasó más tiempo y se fue organizando, nos separaron, se veía de todo, allí aprendimos muchas cosas, que ni siquiera teníamos idea de que pudieran hacerse o que pudiera haber personas que las hicieran.

Con todo y con eso hemos de decir que nosotras nos conservamos siempre de la línea del Partido, que estaba organizado pero no recibíamos toda la orientación y todos los materiales que hubieran sido necesarios. Ahora me he dado cuenta a través de ex presos, que los hombres han estado más organizados y que el Partido dedicó más atención a la cárcel de hombres que a la de mujeres.

Los grupos caían bastante a menudo, para desgracia nuestra, y el material nos venía siempre muy atrasado, pero todas las que estábamos dentro de la prisión de mujeres, aquí en Barcelona, llevábamos un trabajo activo. Al principio nosotras —éramos comunistas y peligrosas— no teníamos ningún derecho a nada, no nos pusieron en ningún puesto de responsabilidad y no podíamos tener contacto con la calle, pero como realizábamos un buen trabajo, nosotras nos sabíamos ganar a las mujeres que estaban en paquetes, en oficinas o en puestos de contacto en la calle, y a través de ellas nos entraban materiales y muchas cosas que estaban prohibidas dentro de la prisión. Nos reuníamos en grupos para discutir, y muchas veces, sin darnos cuenta, venían las monjas por detrás y nos los cogían, y a la que consideraban que era más responsable según el criterio de ellas la ponían incomunicada, pero el trabajo nunca se abandonó. A nuestro grupo nos hicieron el consejo de guerra en marzo del 41. A mí me pusieron doce años y un día junto con tres o cuatro, y a las demás veinte y treinta; a seis, penas de muerte, cuatro hombres y dos mujeres. Una de ellas fue Teresa Hernández y la otra María Doménech, y los hombres Otilio Alba, Pedro Pons, Barbosa y Montes. La confirmaron a Otilio y a Tomás. Los ejecutaron en el campo de La Bota el 14 de mayo del mismo año 1941. Estos compañeros eran magníficos. Aquello fue uno de los golpes más fuertes y traumáticos que pasamos en la prisión, porque a pesar de que cuando conmutaron a los otros ya teníamos el convencimiento de que los iban a fusilar a ellos, siempre nos quedaba la esperanza de que no llegase ese momento. Cuando nos lo comunicaron... estuvimos quince días como sonámbulas de pensar que dos compañeros jóvenes, que habían trabajado con toda abnegación, habían caído. Luego como es lógico se superó.

La organización en la prisión continuaba trabajando y la cárcel se fue normalizando porque empezaban a salir las juzgadas de guerra y como faltaba gente a algunas de nosotras, a las que consideraban menos peligrosas, nos daban puestos en paquetería, etcétera, porque aquí en Barcelona no ha habido taller de trabajo como ha habido en Madrid y en otras prisiones; el trabajo que se hacía era a base de tapetes, y eso nos permitía ganar algún dinero y, a veces, incluso ayudar a la familia. Entonces ya empezaron a ponernos en puestos de mandantes en las salas, en paquetes y también en la oficina, y eso nos permitió irnos situando y todo se hacía más fácil. Hubo un cambio de comunidad, porque al principio las que llevaban la administración eran unas monjas, creo que de San Vicente de Paúl, y cuando les quitaron la administración ya no quisieron estar; se marcharon y vino otra comunidad. Las primeras no se metieron mucho con nosotras, ellas eran muy negociantas y más que nada se preocupaban del economato; la monja cogía su furgoneta y se iba por los pueblos a comprar comida, la traía al economato y la cobraban como querían. Cuando ya empezamos a trabajar, que nuestro trabajo nos lo venían a buscar de la calle, esto nos permitía estar algo mejor físicamente, si bien la moral era la misma, siempre la habíamos conservado. El tiempo dentro de la prisión yo puede decir que

transcurrió bien, pero no hemos pasado lo que se ha pasado en otras cárceles de España, donde el régimen ha sido mucho más severo.

En lo que se refiere a la prisión, desde luego, hubo muchos casos de compañeras, unos buenos y otros no tan buenos, pero en general se puede decir que todas las compañeras del Partido y de la Juventud que estuvieron en prisión, a pesar de las cosas particulares que siempre hay, estuvimos muy unidas y el trabajo se realizó bien. El entrar gente nueva en la cárcel no es que nos alegráramos, pero nos daba ánimos, saber por ellas cómo se hacía el trabajo en la calle y que cada vez era mejor en los años cuarenta, cuando la represión era mucho más fuerte. Nos alegrábamos; si nosotros habíamos caído primero y luego habían caído otros grupos, era porque la gente de la calle trabajaba y no estaba al margen de la lucha. Nos ayudaban económicamente muy poco, pero es que no había entonces posibilidades económicas.

Yo concretamente puedo decir que son los años que viví con más libertad de expresión y de discusión, porque durante la guerra era un trabajo más concreto, de ir de un lado a otro, y era legal; sin embargo en la prisión, a pesar de ser un trabajo ilegal, era donde yo me sentí mejor, porque allí hubo tiempo de discutir y de vivir las cosas que pasaban fuera sin estar en los problemas de la familia; esos los pasaba mi madre, que con mi hija tan pequeña tenía que ir a trabajar y hacer todo lo que hizo para ayudarme. Quisiera resaltar a muchas compañeras, pero con el tiempo alguna se olvida. Estaba Pura de la Aldea, que primero estuvo en Madrid y luego la trasladaron aquí, tenía una condena de treinta años, conmutada de pena de muerte, y cuando yo salí todavía se quedó. Estaba de maestra en la escuela y redimía la pena por el trabajo, y desde luego fue una compañera admirable, porque era distinta de nosotras en el aspecto de que ella había sido funcionaria de prisiones en Madrid. Antes de la guerra, siendo funcionaria, se hizo del Partido. Cuando terminó la guerra sus mismas compañeras la delataron, la trasladaron aquí y nos ayudó muchísimo, era una mujer muy preparada, con una comprensión muy grande, muy amable de carácter, ya las dos en libertad perdí el contacto con ella. Por Leo Zalabardo supe que estuvo viviendo con Enriqueta Montoro, pero luego Pura vivía con Mercedes Vecino, que era la que la cuidaba. Fue una compañera que la recordaremos siempre porque en todo momento tuvo una posición muy firme y muy buena hacia nosotras, hacia todas las compañeras de la cárcel. Hace tres años murió.

—Es cierto, Isabel, que Pura perdió el contacto contigo y con otras compañeras, pero no con el Partido; tanto Enriqueta como Pura hicieron una vida muy retraída de cara a los presos y ex presos. Tenían en cuenta su responsabilidad en la clandestinidad. La dirección del Partido en Barcelona se reunía en la casa que compartían Enriqueta y Pura.

De resaltar un trabajo individual no, porque fue todo siempre colectivo; todo el trabajo lo hacíamos todas. Teresa Hernández ha sido una compañera magnífica, pero siempre ha tenido un poco de... cómo lo diría yo... un poco de resentimiento. Porque ella siempre pensó que por ser la mujer de Cortada y después de haber sido una de las primeras mujeres que se incorporaron a la lucha clandestina del Partido, que se la había considerado poco. Dentro de la cárcel tuvimos varias discusiones, y siempre ha tenido la misma idea; allí se portó magníficamente, ¿eh? Dentro de la cárcel no podemos decir que ninguna se portase mal; y luego lo que pasó cuando salió. Teresa

Hernández estuvo dieciocho o diecinueve años y como siempre ha tenido la idea de que había cosas que no estaban muy claras y hasta que no se aclarasen ella no quería incorporarse a ningún trabajo... era aquello de vivir el pasado; desde que salió de la cárcel no volvió a tener contacto con el Partido. Si lo ha tenido ha sido a nivel personal con militantes pero no incorporarse al trabajo; lo intentamos, nunca aceptó, siempre decía que lo que quería era aclarar ciertas cosas, después vería lo que hacía. Esto referente a Teresa Hernández; a pesar de todo era un compañera de mucha seriedad y con un trabajo dentro de la prisión... Era jefa de mandantas y se portaba muy bien con todas las que estaban incomunicadas y con todas las compañeras en general.

Otra que quiero resaltar es María González; era del Partido desde antes de la guerra, su marido había sido de la CNT, un hermano suyo, que también detuvieron y murió en el Palacio de las Misiones, era muy joven, murió de enfermedad, pero se puede decir que lo mataron, algo parecido al hermano de Teresa. De María González quiero resaltar que era una compañera que políticamente estaba muy preparada, mucho más preparada que la mayoría de las que estábamos allí, y tenía una visión muy clara de la situación política de entonces; esto motivó que hubiese unas divergencias en cuanto a la política del Partido en la cárcel, principalmente con las del grupo que se sentían más identificadas con Teresa y no con ella; no obstante, María era una de las compañeras del Partido que teníamos con más capacidad, con una gran visión política. Había cosas que nos decía, cuando teníamos las charlas y las reuniones, que no se veían claras; luego, al pasar el tiempo, veías que aquello era lo que María González nos había dicho, y esto provocaba en algunas compañeras un poco de rencilla. Ella había tenido una vida política muy intensa y estaba muy preparada. Ahora esta compañera ha perdido completamente la memoria y está como una niña; yo la veo a menudo, su marido la atiende. No conoce a nadie. No recuerda. Físicamente está bastante bien, pero de hablar nada. Le preguntas: “¿Sabes quién soy?”. “ Sí claro, *tu ets, tu ets...*”, pero de ahí no sale. Ahora tiene setenta y dos años y ya hace dos que está así, y cada vez va perdiendo más, es una enfermedad de esas que retrocede a la infancia. Ella en Jefatura era la que tenía que curar, y bajaban algunos echando sangre por el ano; en el retrete, con unos trapos que nos daban los mismos guardias y unos algodones, les curaba; y le afectó mucho, porque era tremendo ver a un hombre joven y fuerte de aquella forma, como ella los veía. Esto me parece a mí; ahora, aunque no coordina, quizá en algún momento su subconsciente debe recordar algo que pueda haber contribuido a que llegue al estado en que está, porque aunque tenga setenta y dos años tampoco es una anciana; va perdiendo más y más. Está completamente ausente y es una pena, valía muchísimo.

—¿Y los grupos que entraron después? ¿Has llegado a conocer a alguno de estos procesos?

Pues sí, sí; mira. En el año 41 ó 42, entró el grupo de las de Madrid o sea de *Cionin*, María Salvo, la Brugalada, Soledad Real, Julia Salcedo. Pero este grupo estuvo un mes o dos en Barcelona y luego las trasladaron a Madrid. Fue un grupo que también ha estado un poco dividido por las cosas, que, según dicen, habían pasado en comisaría; nuestro grupo estaba en contacto con ellas.

Entró un grupo que era de Amalia Nieto, y entraron más del Partido; pero

también entraron algunas de la CNT. Lo pasaron muy mal en comisaría, les pegaron, los torturaron. Todas las mujeres que han pasado por Les Corts, pues ha habido de todo, algunas contaban cosas de las comisarías que a nosotras que habíamos estado y vivido todo aquello se nos hacía un poquito raro de creer, porque venían en el plan de contar —principalmente de CNT— y luego a lo mejor sabíamos que había sido al contrario, que era un grupo que se portó mal y delató a mucha gente. En cuanto a los grupos del Partido que entraron, estaba el de Amalia Nieto, que parece que hubo algunas cosas no muy claras, ¿no? En cuanto al comportamiento de ellas en la prisión, fue correcto, sin ser ninguna cosa de otro mundo.

—Isabel, no puedo estar de acuerdo contigo cuando dices: “Nosotras que habíamos estado y vivido todo aquello se nos hacía un poquito raro de creer”. El que tú no cobraras nada más que unos cuantos golpes no quiere decir que puedas juzgar. Creo que Teresa no lo pondrá en duda. Muchas conocemos el sadismo con que operaba la Político-Social en aquellos años. Del comportamiento de cada una, ya es otra cosa, no pondría en duda las delaciones. Era duro pasar por las manos de la policía.

En cuanto a los grupos que entraron en el Partido durante los siete años que yo estuve, fueron cuatro o cinco grupos distintos, unos con más trabajo, otros con menos, pero todos grupos que en la calle habían estado trabajando, y en el mismo 47, cuando yo salí, cayó otro grupo muy importante, el de Flora, Dolores Sanz de Arellano y varias. Esta Dolores te podría dar más datos de estos grupos, porque ella entró en el 47, que fue cuando yo salí.

—¿Y no te acuerdas de las caídas en el 45? De otros grupos del Partido que llevaron a Les Corts.

Hubo dos caídas en unos meses con dirección de Partido y guerrilla; en una de ellas iban Victoria Pujolar, Mercedes Pérez y Raquel Pelayo. Esa Victoria Pujolar se escapó en la estación, y luego estaba esta del grupo, que a su marido le llamaban *el Turco*, Nuri. Esto fue el 43 o el 44; en el 45, cuando yo entré, ya estaba la Nuri. De mi grupo era prácticamente yo sola, porque las otras tres salieron en libertad.

Recuerdo otra que se llamaba María Gonzalo Llofríu. Esta cayó con uno de los grupos que entró en el 44 y salió, creo que no pasó por consejo de guerra. Hay grupos que ahora no recuerdo, muchos en los siete años, por lo menos cuatro o cinco grupos cayeron, entre los que tú ibas; tú, que ibas sola, no se consideraba un grupo.

Bueno, después de salir de la cárcel en el 47 me detuvieron dos veces; una vez por no presentarme. Estaba en libertad vigilada y no me presenté; me detuvieron y estuve un mes. Otra vez me detuvieron por un follón que hubo en la fábrica.

—¿A ti te detuvieron con Gregorio en el 51?

Sí, en el 51 me detuvieron por las huelgas. Nosotras entramos a trabajar a las cinco de la mañana. Dos días antes ya habíamos pasado unas octavillas, que se hacían a máquina.

—¿Pero tú estabas organizada?

No, no, hacíamos un trabajo de sindicatos. Todo el mundo sabía que yo era del Partido, pero este no estaba organizado en la fábrica, entonces se pasaban octavillas, se pasaban escritos, incluso hechos a mano, porque no teníamos posibilidad de hacerlos a ciclostil, y así se iba preparando el ambiente. El día de la huelga entramos como siempre a las cinco de la mañana, que era la primera fábrica de Gracia que empezaba

a trabajar; nos dijimos: “Bueno qué; aquí hay que parar”. Y a las cinco y cuarto estábamos en la calle. Pero todas, ¿eh?, toda la fábrica. La Sedeta había sido siempre la que primero se movilizaba, era una de las más importantes de Gracia, y como éramos las que empezábamos a trabajar antes, éramos las que teníamos más posibilidades de ir por delante. A las cinco y cuarto ya estábamos corriendo todas las fábricas de Gracia; unas entraban a las cinco y media, otras a las seis. No haciéndolas parar, sino que ya no empezaron. Estuvimos todo el día por Barcelona a ver el ambiente que había y haciendo nuestro papel como obreras. Cuando pasó la huelga volvimos a trabajar tranquilamente, porque nadie nos dijo nada. Pero a los cinco días, por la mañana me vinieron a detener. Estuve cincuenta y seis días en comisaría, porque yo entonces tenía contacto con Pedro, el cuñado de Toñi, el marido de su hermana, que está en Madrid, y con Leo Zalabardo. Precisamente el día que me detuvieron, tenía que encontrarme con Pedro en un sitio determinado. Yo fui y no estaba. Era él quien tenía que ponerme en contacto. Por la noche vinieron a detenerme. Me llevaron a la comisaría; fui de las primeras, el primero fue Pedro, que por este me detuvieron a mí, mejor dicho, no me detuvieron por Pedro, me detuvieron por los que estaban en Madrid, por Leo y por Peñarroya, porque el trabajo de aquel grupo fue descubierto en Madrid por pura casualidad. Pero no por nada del Partido, ¿eh?, esto no me lo han aclarado nunca ellos, y eso que he tenido interés en que me lo aclarasen porque por algo caí yo, ¿no?, por algo fue, ¿verdad?, y luego cayeron los otros.

—¿Iba a ser tu primer contacto con Pedro?

No, yo había tenido contacto con él, pero a través de Leo y de Peñarroya, que tenían un kiosco de periódicos; el día que yo tenía que verme con otra persona, me tenía que acompañar Pedro. Yo fui y él no apareció. Me detuvieron. Cuando me llevaron a comisaría ya estaba Pedro y no sé quién más de aquí, de Barcelona. Me vinieron a buscar y me dijeron: “¿Tú eres Juana Isabel Vicente?”. Yo me quedé así, un poco... porque por Juana Isabel Vicente no me conocía más que la policía; todo el mundo me conoce por Isabel. Venían de Madrid, porque habían encontrado una tarjeta que yo había escrito a Leo diciéndole que no había visto al amigo “que me tenía que dar el libro”; fue lo que encontraron, y por esa tarjeta me detuvieron a mí. En comisaría lo primero que me preguntaron era si yo conocía a un tal Pedro y yo dije que no. “¿Tú no conoces a uno que se llama Pedro? ¿Tú no tenías que verte con Pedro, en tal sitio, que tenía que presentarte a otros? No, no digas que no”. Me pegaron un puñetazo en el estómago. “¿Pero tú no le conoces? No me digas que no, no seas embustera, además tu sabrás lo que tienes con ese Pedro, fíjate tu pobre marido”. Y entonces me decían: “Tú tenías que verte en tal sitio tal día, tenías que ir a tal otro...”. Es decir, me dieron pelos y señales de lo que yo tenía que haber hecho por mediación del tal Pedro. Entonces yo pensé: “¿De dónde viene todo esto?”. Porque si yo no he tenido contacto con nadie más, a mí me han detenido por la tarjeta, pero la tarjeta no decía nada. Claro, ellos sacaron la conclusión de que el amigo y el libro eran contraseñas... y cuando detuvieron a Pedro por lo de Madrid fue él el que me lo dijo; no pudo ser nadie más, porque yo con nadie más me había visto. Empezaron a preguntarme y como yo no sabía nada da nada, salvo a Pedro, a Peñarroya y Zalabardo, no conocía

a nadie más de aquel grupo.

—¿Era un grupo organizado en el Partido?

Bueno, no lo sé, pero eran del Partido; es decir, que el contacto que yo tenía era con ellos, y como yo no había hecho nada, y vieron que no podía decirles nada, me tuvieron cincuenta y seis días incomunicada, ¿eh? Los veinte primeros completamente incomunicada en la celda número dos; yo por allí veía pasar a toda la gente. Luego detuvieron a Pagés, a Mistral, a Felisa, cayeron en el grupo del Partido. A Pagés y a Bonet yo los conocí allí, en comisaría, y en los últimos días fue cuando detuvieron a Julio, pero ya cuando habían cogido a muchísima gente. Éramos treinta y dos; nos pusieron a todos los relacionados con los mismos. Este trabajo policial lo llevó un brigada que vino exclusivamente de Madrid y que tuvo en sus manos todo este asunto; recuerdo que les llamaban a las tantas de la mañana. Les pegaban unas palizas de miedo, tremendas. Yo les veía subir por su pie y bajarlos en silla, por los mismos guardias; nada más decían: “Puerta”, y yo allí a mirar. Estuvimos casi tres meses, hasta que tuvieron a toda la gente que les interesó. Entonces nos trasladaron a la prisión. Yo salí por causa sobreesida, y a los demás les pusieron consejo de guerra y salieron con varios años. Estuve seis meses; la cárcel estaba muy distinta que al principio y, bueno, se continuaba trabajando, y la gente que había era gente buena...

Yo tuve más contacto con las que quedaban con mi primer grupo y con Felisa también, que es la compañera de Pagés. Estuvimos incorporadas al trabajo en la prisión. Cuando salí, a los seis meses, volví a la fábrica y me volvieron a admitir con muchas reservas. Hacía la vida normal que se podía hacer entonces, siempre he estado en contacto con gente del Partido, aunque muchas veces, el trabajo que había era algo *desglobado*. Y luego, por dentro de la fábrica, Partido no había; simpatizantes sí, pero dominaba la UGT. Entonces el trabajo como partido se hacía de manera particular, no de una manera organizada.

—Isabel, estaba mal informada de la vida del Partido en Barcelona. Como en toda España, por donde he estado siempre he visto organizado el Partido e incluso con miembros del CC y del CE en la clandestinidad.

En todas las huelgas, en todas las protestas que había en la fábrica, yo siempre estaba metida, y la última vez que me metieron, en el 54, estuvimos haciendo paros intermitentes durante ocho días. Pero como trabajábamos, se paró definitivamente y llamaron a la fuerza pública. Nos dijeron que si no nos incorporábamos al trabajo cerraba la empresa. No se pudo conseguir lo que se quiso. Nos dijeron que no habría represalias, pero a los cinco días me detuvieron. Detuvieron a cinco, a cuatro hombre y a mí. Estuve dos meses como gubernativa. Ellos estuvieron ocho días; eran de la CNT, pero no tenían antecedentes, y yo, como los tenía, estuve dos meses.

Me llevaron a la Modelo: ya no existía Les Corts y la de la Trinidad todavía no estaba en marcha. Habilitaron un pabellón y nos metieron allí a las mujeres. Cuando me bajaron a la sala, todo era comunes, *piculinas* de lo más tirado. Estos tres meses fueron de lo más duro que he pasado. Ni al principio, que se estaba tan mal en la cárcel, que había tanta suciedad y tan poca comida, pasé lo que en estos tres meses en el pabellón de la Modelo.

A los tres meses salí, y en la fábrica me hubieran vuelto a admitir, el encargado era un buen hombre, y me conocía desde los catorce años, pero cualquier follón que había era como si Isabel estuviera en todas partes. Se me hizo muy difícil seguir allí

trabajando; se me vigilaba mucho y la policía empezó a venir por el barrio a informarse de lo que hacía y no hacía.

Dejé la fábrica y me puse a trabajar en casa para un sastrero. Yo tengo una cuñada que es sastrera. Como yo había cosido pantalones de confección, ella me enseñó a trabajar en fino. Luego nos echaron de las casitas en que vivíamos, hicieron esta casa y nos quisieron indemnizar. Nos daban una miseria y preferimos la portería. En esta escalera hay dos militares retirados, y uno de la Brigada Político-Social. Y claro, yo tenía la niña y a mi marido que ganaba lo justito, y pensamos en ese tiempo no hacer nada.

Luego, cuando dejé la portería, en el 65, empecé sin ningún trabajo concreto, pero tuve contactos con Daniel Núñez. Me traía materiales, un trabajo más particular —Daniel Núñez llegaba a los no organizados con los materiales, pero el sí lo estaba, no hacía un trabajo particular— hasta que ya empezamos con Núñez, con el viejo, a cotizar, y ya se organizó lo de ex presos; hace dos años ahora, o sea, en enero del 76, fue cuando nos reunimos y se empezó a organizar. En la gestora estaba Antonia, Miguel y otros varios; Narciso, Cuadrado, Campos; del Partido muchos, y otros que no eran del Partido. Cuando salió en la prensa que se habían reunido me dije que ya era hora de conectar con gente. Empecé a trabajar con ex presos, y todo este tiempo intentando que nos legalizasen, que todavía no se ha conseguido; pero se ha ido haciendo. No obstante hemos ido recopilando muchos datos y recogiendo mucha gente que estaba dispersa.

—Pues tenemos tu ficha hecha. Mira, lo tienes que tener porque los carnés llevan una solapa, donde se ponen las señas, el nombre, los años de cárcel y la prisión donde has estado, y eso es lo que queda en el fichero; el carné es lo que se le da al asociado, y tú estás ahí, por lo tanto alguien tiene tu carné y tienes un número.

¿Y quién ha hecho mi firma sin dar yo los datos?

Esta conversación con Isabel Vicente me ha hecho pensar en mi llegada a la cárcel de mujeres de Les Corts. Yo no soy catalana, pero desde el año 44, en que llegué desterrada, era militante, y sigo siéndolo del PSUC. Un considerable grupo del Partido y guerrillas caímos en las manos de la policía el 4 de abril del 45.

Quiero señalar que mi ingreso a observación, para hacer el período reglamentario de las cárceles, yo solo tenía un nombre en mi memoria: Adelaida Abarca. No voy a repetir lo que ya he dicho en páginas anteriores. Este encuentro, esta ayuda era totalmente personal, aunque era a través del Partido que yo conocía este nombre. Yo al Partido no lo vi para informarse de esos ingresos. En las duchas me encontré que la responsable era Estrella. Ya la conocía de uno de los penales y me ayudó cuanto pudo. También arriba me encontré con las Alicia, madre e hija; había estado con ellas en Ventas.

Pero hay una realidad ya pasada, y no la recuerdo con ánimo de ofender a ninguna camarada. Pero en Les Corts el Partido estaba organizado, y ¡cuánto hubiese agradecido en esos momentos la presencia de mi Partido! Y precisamente lo necesitaba más porque yo no iba con grupo, y, según Isabel, no se consideraba grupo. ¡Qué pena!

En Les Corts conocí a camaradas estupendas, que siempre he recordado con cariño: Teresa, Montoro, Pura, Isabel, María González. Enumerarlas a todas no es

posible; Victoria, Adelaida y Mercedes eran mis hermanas de cárcel y lo siguen siendo.

Victoria Pujolar: Breve historia de una detención interrumpida

¿Que cuento mi detención, mi encarcelamiento y mi fuga? Viejo es todo ello. Tengo una foto, borrosa, del 45, hecha en la cárcel de mujeres de Les Corts, hoy zona residencial de Barcelona; otra del 46, ya en el exilio, en un puente del Sena, en París, entre un grupo de jóvenes de la dirección de la Federación de Juventudes Socialistas Unificadas. Y cito esta última foto, aunque no se ponga en este libro, que ya hay otras, para que dé al lector una idea de mi trayectoria después de este relato que termino en seco expresamente. Tenía entonces 24 años cumplidos en la cárcel.

Mi detención fue la última de una caída importante de las JSU de Cataluña. Habían detenido en Barcelona a un grupo de guerrilleros recién venidos de Francia, todos jóvenes —no todos de las Juventudes y no digamos del Partido— cuyo jefe era Francisco Serrat, *Cisquet*, JSU de veintitrés años que había participado en la resistencia francesa y al lado de Cristino García en la liberación de pueblos y ciudades del sur de Francia. El grupo había conseguido el “milagro” de introducirse con armas y estaban en el delicado momento del contacto con la organización política, para pasar a las guerrillas de ciudad o a la organización civil, cuando se produjo un fallo. Contactaron con alguien que la policía seguía o hubo una delación. El caso es que la Brigada Político-Social los cazó al lado mismo de la casa donde habían dejado las armas. Muy nerviosos los polis —según contaron los guerrilleros— porque no sabían si habían dejado o no las armas; podían haberlo pasado bastante mal. Con los guerrilleros detuvieron a dos muchachas, una que vivía en la casa y otra que acababa de llegar de Madrid, enviada por la organización, con una maleta vacía. Las armas, las metralletas, las vi diez días después en el despacho de Quintela, jefe de la Brigada Político-Social, cuando me introdujeron detenida, y recibí las primeras bofetadas al decir que una propaganda que me encontraron en el bolso y que Quintela leía dificultosamente, porque estaba escrita en catalán, tenía la traducción castellana al dorso. Sin duda encontraron que no estaba bastante asustada.

Se habían tomado medidas de precaución, se habían cambiado inmediatamente los lugares y hora de cita y yo tenía durante aquella semana muchas citas de emergencia. Sin embargo, por el papel que desempeñaba en aquella época una multicopista, por la dificultad de obtenerla, acudí a una cita con el responsable de propaganda. Necesitábamos poner la multicopista en lugar seguro, no perderla. Mi cálculo era que tanto el responsable de propaganda como yo teníamos la costumbre de llegar antes de la hora a las citas. Si no lo habían detenido estaría antes de la hora y nos veríamos. Pasé por el lugar, que era el Tívoli, sin detenerme. Miré el vestíbulo y al ver que no estaba continué la marcha a paso rápido hacia la vía Layetana. Pero al doblar la esquina dos policías de paisano que venían corriendo como locos me alcanzaron. Me agarraron por los brazos, me cogieron el bolso y me hicieron sacar un caramelo que tenía en la boca. No me esposaron durante el corto trayecto que había para llegar a la Jefatura de vía Layetana.

Los policías me contaron luego que fueron a la cita con el responsable de propaganda dentro de un taxi, y les dijo: “Esta es”, cuando casi doblaba la esquina. Sería verdad o mentira... El caso es que, al menos por mi aspecto de muchacha del ensan-

che barcelonés, no cuadraba con la imagen que la policía se hacía de una comunista. De otro modo quizá nunca me hubieran detenido.

Lo que la policía encontró en mi bolso —una octavilla, una carta de la cárcel de hombres de Gerona, donde se encontraba un grupo de las JSU, y otros papeles— estaba destinado al Partido. Porque poco después de la hora de mi detención, a dos pasos de allí tenía cita con Puig Puidemunt, responsable entonces del PSUC y más tarde director de *Treball* y fusilado cuatro años más tarde con Valverde, Ángel Carrero y el JSU Numen Mestre.

No sabían aquellos *sociales*, no sabían Quintela, los hermanos Creix y los demás matones que se encontraban en esos despachos pequeños y lúgubres, que muy cerca de allí se les escapaba un pez gordo de la lucha clandestina.

Aquel era mi secreto y no podían leérmelo en la frente. Lo era también la existencia clandestina, pero en la calle, de los camaradas que conocía de la organización. Los de la dirección de Cataluña, los de la dirección de Barcelona, jóvenes de Igualada y Mataró. El camarada que llamábamos *Lluís, el Maño, el Boxeador*, Isí, que había cumplido largos años de cárcel; Margarita Abril, que había visto en dos citas, y tantos otros, como aquellas tres muchachas, hoy mujeres, que pese a los treinta y dos años transcurridos me han llamado por mi nombre de clandestinidad, Ana, en la reciente fiesta de *Treball*.

Me bajaron al calabozo. Estos eran minúsculos, sucios, sin apenas luz (¡lástima que la población no los ha podido visitar tal como estaban entonces, como en Portugal!). Tras las rejas, caras, siluetas: mezclados políticos y comunes. No daban mantas ni comida. Solo pasaban lo que la familia o amigos te traían, si no estabas incomunicada; si no, un trozo de pan para todo el día. En el primer calabozo que estuve (solo había dos de mujeres entonces) encontré a cuatro jóvenes políticas (todas de mi expediente, pero no conocía a ninguna personalmente), dos estraperlistas casi niñas y una gorda y vieja francesa que había sido denunciada por un realquilado suyo, policía, para quedarse con el piso. Después nos metieron a todas las políticas en el segundo calabozo con las prostitutas.

Cuando yo ingresé ya habían casi terminado los interrogatorios de *nuestra caída*. A la mayoría les habían apaleado. La última había sido Mercedes Pérez, la madrileña. Los puñetazos que le dieron en la cara por mantenerse en su “he venido a Barcelona a buscar trabajo”, le han dejado para toda la vida la cara torcida. En realidad había venido a buscar las armas con su maletín vacío. La angustia de las subidas a los interrogatorios que se seguían, con leves interrupciones, de noche y de día se palpaba casi cuando alguien salía con ruidos de cerrojos de los calabozos y entre dos guardias desaparecía por la escalera.

Los primeros habían sido los guerrilleros. A Cisquet le habían hecho saltar todos los dientes. Cuando le vi, lucía una joven sonrisa totalmente desdentada. A Raquel, la santanderina, de la casa donde encontraron las metralletas, le pegaron varias veces. A las otras dos muchachas de la Juventud casi no las vi porque enseguida las pusieron en libertad provisional.

Cisquet era nuestro vecino de calabozo. Hablábamos algunas palabras al salir o entrar o pegados a las rejas, sin vernos. De esta forma me comunicó que alguien había dicho a la policía —y no eran *sus* muchachos— que él era el jefe, lo que agrababa enormemente su caso. Este alguien pensaba que era Raquel. El día de la verbe-

na de San Juan los guardias de abajo —siempre mucho más humanos que los de arriba— abrieron un rato las rejas de los calabozos y pudimos charlar un poco todos los políticos. Todos eran del Partido o de las JSU, o de la Juventud Combatiente (rama juvenil de la Unión Nacional). Entonces vi por segunda vez —pues ya le había visto en un pasillo hablando con una niña de tirabuzones rubios, pero sin saber quién era— a Monzón, el que fue gobernador comunista de Alicante. No sé en absoluto cómo había ocurrido su detención y si tenía alguna relación con la nuestra. Aunque creo que no, que ya estaba detenido.

Comenzaron mis interrogatorios. El interés de la policía iba centrándose en un punto: el contacto con el Partido. Como no sabían, ni se lo imaginaban, que lo tenía



Victoria Pujolar, en el centro. A su izquierda su compañera de expediente Mercedes Pérez.

yo directamente, pensaron que se trataba del camarada ya citado que llamábamos *Lluís* y cuyo nombre de clandestinidad aparecía en una de las cartas que me encontraron en el bolso. Los policías estaban cada vez más nerviosos e irritados. Un día me llevaron a un cuarto interior casi sin muebles, solo un armario en el fondo, una mesa y unas sillas. Sinistro. De un clavo colgaba una americana con manchas de sangre. Uno de los policías, que se llamaba Calleja y que hacía de “bueno” (“Yo también llevo zapatos rotos, yo te comprendo, tu tienes un ideal pero tus jefes en París llevan una vida de lujo, no vale la pena sacrificarte por ellos, más vale que hables, quieres

un café". "No", etcétera), comenzó el interrogatorio. Después aparecieron un montón de polis capitaneados por los hermanos Crexis. Se pusieron en semicírculo ante mí y se turnaban para darme bofetadas mientras uno de los Creix me bombardeaba con preguntas subiendo el tono de voz y de grosería. Mi coartada era que Lluís no existía, que dábamos este nombre a la dirección, que no conocíamos, y que "viene de Lluís" quería decir "la dirección lo dice", etcétera. Los golpes llovían junto a los gritos ya histéricos de "mentira, Lluís es tu amante, confíésalo" y cosas por el estilo. El Creix sacó del armario una porra rellena de plomo, me inmovilizaron sobre una silla, los riñones bien a la vista, y empezaron los golpes. Pegar y pegar. ¿Cuánto tiempo?

Volví al calabozo —donde las miradas fraternas me esperaban ansiosas— con la espalda negra, atravesada de canales hinchados. Las camaradas hicieron lo que pudieron para atenderme. Sentía una inmensa sed por la temperatura que tenía. Pidieron agua. Un gris, de los de abajo, me trajo una botella llena de agua, lo cual estaba rigurosamente prohibido. No había hablado. ¿Volverían a empezar?

Aquel día, cuando a mí me interrogaban, habían ingresado dos mujeres, una mayor y otra más joven, del Partido Democristiano de Carrasco Formiguera, la Unió Democràtica de Catalunya. Tenían aspecto de pertenecer a la pequeña o mediana burguesía. No les pegaron y salieron muy pronto en libertad provisional. Pero lo que vieron en los calabozos de la vía Layetana les impresionó visiblemente. Estaban llenas de interés y atenciones hacia nosotras, las *comunistas*, tipos de jóvenes que no esperaban encontrarlas, tratadas con un rigor que quizá no sospechaban —cuando París había sido ya liberado—. Ya no me pegaron más. Tuve que sufrir todavía algunos interrogatorios muy desagradables. Finalmente, firmé mi declaración.

Entre tanto había podido entrevistarme unos momentos en un pasillo con la familia con que yo vivía y que me atendió mientras estaba en Jefatura cariñosamente, pese a los malos ratos que les ocasioné y a sus propias dificultades para vivir.

Un día Creix me mandó a buscar y en plan de broma y medio *lígón* —como se dice ahora— quería convencerme de que no era él quien me había pegado. Cuando yo le dije que lo sabía perfectamente se rió con todo cinismo. Dijo que esperaba que no le denunciara cuando las cosas cambiasen, pero visiblemente no tenía ningún miedo de tal posibilidad. Un juego (peligroso) del gato y el ratón (con gato policía).

Un día —o una noche— oí cantar en sordina una canción que no conocía. La canción era una marcha y más tarde supe que era el himno de los guerrilleros españoles. Lo cantaban claro está, el grupo de guerrilleros. Con ellos pude hablar viéndonos las caras, porque pasamos juntos por el departamento de huellas y fotos. Cisquet no estaba.

Quiero hablar un poco más de Cisquet. Tenía mucha personalidad y condiciones para ser dirigente de masas. Había en él algo amistoso y sincero que contagiaba. Y era, cómo no, muy valiente. En los calabozos había esbozado en su mente una hipotética acción guerrillera. Me dijo que, libre y armado, conociendo la posición de los calabozos estaba seguro de tener éxito en una operación de rescate ("Yo os pondría a todos en libertad").

Pasaron diecisiete días (veintisiete para el primer grupo de mi expediente) y nos trasladaron a la cárcel. Respiré. No habían detenido a nadie más. Nos llevaron juntos a todos los políticos, hombres y mujeres, en la misma furgoneta de la policía. Pasamos antes por la Modelo y nos despedimos de los hombres. Monzón al abrazar-

me insistió en la unidad que debíamos mantener. Cuando abracé a Cisquet, se me puso un nudo en la garganta: a él, estaba casi segura de no verle nunca más.

Llegamos a Les Corts, que había visto por fuera y el locutorio, porque había visitado a presas de las JSU. Ahora las puertas, grandes y pesadas puertas, se cerraban tras de mí. Les Corts era un antiguo convento, creo que un convento-reformatorio para muchachas de la vida. No había celdas, sino naves. Un patio, pasillos interminables y escaleras, todo seccionado por las consabidas puertas de rejas con cerrojos. Arriba, en lo alto de los muros exteriores, se veían las garitas de los centinelas. Cuando no podías dormir por la noche oías el grito cansino de “centinela alertaaa, alerta estáaa”.

Ingresamos, pues, las del mismo expediente: Mercedes, Raquel y yo. Primero pasamos la cuarentena en un cuarto de tránsito, durmiendo en un petate infectado de sarna. Sarna que me contagié. Finalmente nos pusimos en el régimen normal y entramos en el recinto de la cárcel. Allí me encontré con la dura realidad, aunque fraternalmente, del mundo carcelario. No era ya lo del 39 y de los primeros años, pero allí vi a mujeres marcadas por aquella época. Y había todavía muchas presas políticas. Estaban mujeres de Cataluña y de toda España (los traslados eran intencionados para privar de ayuda y visitas de los familiares). Había mujeres que cumplían condena por “delitos” (?) de guerra. Recuerdo, por ejemplo, a una cenetista, ya mayor; la habían torturado con corrientes eléctricas en los pechos y los tenía desde entonces en llaga viva, incurables (vi las llagas). Había campesinas por “delitos” inverosímiles, como haber recibido tierras de una reforma agraria hecha desde el Gobierno. Había otras campesinas detenidas más recientemente por ayudar a los guerrilleros. Por ejemplo, yo dormía al lado de una campesina que trabajaba en la huerta de las monjas. Dormíamos en petates en el suelo, y cuando llovía entraba agua por un viejo balcón y se mojaban los petates. Ella tuvo reuma, le hice una friega y al hacerla me impresionó un hueco que tenía en la espalda, que casi cabía mi puño; me contó que había sido la Guardia Civil, que la había detenido con toda su familia por haber ayudado a los guerrilleros y la tuvieron colgada de los brazos y pegándola hasta desgarrarle la carne, dejando después que se le infectaran las heridas.

Otras estaban como políticas, resultado de delaciones o por haber cantado una canción contra Franco. Tal era el caso de dos chiquillas muy jóvenes, una de las cuales ayudaba en la cocina y la otra a la monja sacristana. Cuando las detuvieron debían ser unas niñas.

Había algunas compañeras socialistas, de la CNT, una del POUM que trabajaba en la leña y una republicana que dirigía el coro. Si no recuerdo mal todas estaban presas por “delitos” de guerra. Dentro del grupo comunista (del Partido y de las Juventudes), eran ya más numerosas las detenidas por “delitos” posteriores (*las posteriores*, en el lenguaje de la cárcel). Efectivamente, al lado de las Alicia, madre e hija de Madrid, de las campesinas de Toledo y otras, se encontraban presas como *posteriores* por haber organizado Partido o Juventud, por solidaridad con los presos, Teresa Hernández y su hermana, ambas de una dirección clandestina del PSUC, vilmente torturadas y vejadas en su dignidad de mujeres, muy al comienzo de la posguerra. Estaba la joven Adelaida Abarca, madrileña, del expediente de las menores

detenidas por solidaridad con los presos en el mismo 39, trece de las cuales fueron fusiladas y llamadas por las presas *las Trece Rosas*. Había un grupo numeroso de trabajadoras del textil, creo que detenidas en la misma fábrica, mujeres jóvenes y mayores, acusadas de reorganizar el PSUC, entre las que se encontraba Isabel Vicente de las JSU.

Hallé en enfermería, con la columna vertebral enferma de las palizas de la policía, a Tomasa Cuevas, detenida *posterior* después de haber pasado por media España carcelaria como presa *de guerra*. En el cargo de entrada de comunes cumplía servicio Ángela Ramis, del PSUC, sin juzgar, detenida con un grupo acusado de paso de fronteras y sobre la que pendía la amenaza de traslado a una cárcel de África —donde estaban los de su expediente— y quizá la pena de muerte. Y otras cuyas fisonomías recuerdo aunque sus nombres se me han borrado de la memoria.

—¿Cuál era la vida de la cárcel?

La vida *oficial* se componía de monótonos recuentos mañana y tarde, formación y *Cara al sol* en el patio, las tareas de limpieza y talleres obligadas para las juzgadas, a *destinos*, es decir, cocina, oficinas, etcétera. Las vejaciones. La misa obligada del domingo y eternamente el rancho infecto. (Vi un plante de rancho, en el que participamos, claro, que fue impresionante. ¡Qué miedo pasó la administración!). Además todas las mujeres hacían tapetes para ganarse unas perras, difícil y laborioso encaje con el cual alguien dentro o fuera de la cárcel debió hacer su agosto. Pero lo poco que ganaban lo necesitaban las presas y en el patio y en todos los rincones veías mujeres tejiendo, por todas partes encontrabas una especie de cojines donde se clavaban con alfileres los tapetes para hacerlos secar. Estaban las visitas, las noticias, el ambiente fraternal y de amistad (también las enemistades). Y la vida política, la vida clandestina siempre vigilada por las funcionarias y siempre viva, a pesar del peligro de nuevas condenas.

La llegada nuestra, que llevábamos un poco la moral de la victoria mundial sobre el fascismo, dio más ánimo a todas las actividades. Se reorganizó la dirección de la Juventud. Lefamos y discutíamos los materiales clandestinos que nos traían a nuestro contacto con la organización del exterior y hacíamos lecturas colectivas de la prensa diaria, prohibida en el interior, pero que nos llegaba. Manteníamos una buena vida de organización, pero era flojo —o mejor dicho nulo— lo que con tanto acierto se llevó a cabo en las cárceles de hombres, la formación político-teórica, por carecer de materiales o de guiones y de preparación. Donde las JSU volcaron su esfuerzo —volcamos nuestro esfuerzo— fue en las actividades colectivas que rompían la erosión del encierro.

Aprovechamos lo que la administración permitía, por ejemplo el baloncesto y el teatro —o más que teatro, representaciones religioso-folclóricas (villancicos) y trozos de zarzuelas que las monjas amadrinaban—. En estas actividades y en la confección de los equipos de deporte y trajes para las representaciones, participaba casi toda la reclusión, políticas y comunes. Con todas las políticas organizamos un recital de poesía para celebrar el 7 de noviembre.

Los días que anunciábamos partido de baloncesto, ya antes de la hora se veía a las mujeres sentadas alrededor del campo. Muchas de ellas eran mujeres de pueblo, de esas que no tienen edad y que eran de las más entusiastas. El “teatro” tenía

también mucho éxito. Las canciones, los bailes. Teníamos además una cómica nata, que tenía el talento de meter morcillas en el texto, es decir, trozos inventados con alusiones al rancho y a la vida carcelaria, que nos hacían reír a todas. Era una presa *de guerra*, antigua cenetista, la primera que me habló de Matilde Landa con los ojos llenos de lágrimas, porque había estado con ella en la cárcel de Mallorca.

Por las fiestas de fin de año conseguí permiso para pintar unos decorados para las representaciones. Luego las mujeres me paraban (yo era muy popular por ser capitana de un equipo de baloncesto) para decirme que les había pintado cosas muy bonitas. Es decir, que sabían que era para todas ellas, que comprendían perfectamente el contenido que queríamos dar a todas aquellas actividades.

No me extendiendo en hablar de la organización, de la ayuda concreta en cada lugar donde trabajaban las comunistas, porque otras pueden hacerlo con más detalles. Por ejemplo, en las oficinas, o en los servicios de paquetes, por donde entraban y salían los *papeles* clandestinos en tarteras de doble fondo y por otros ingeniosos medios. La solidaridad era constante y sin ella la cárcel hubiera sido insoportable.

La solidaridad consistía a veces en levantar la moral, en estar al lado de alguien que sufría una pena. A veces la moral pasaba a lo físico y producía enfermedades o una inapetencia total. Este último fue el caso de Ángela. Además de su preocupación por su juicio no aguantaba más la repulsión que le causaba su *trabajo* de limpieza de los *ingresos*. Ya no podía aguantar más tanto piojo, tanta liendre, tanta miseria moral y física en aquel trasfondo de franquismo, entre una pared y una ducha y con las tijeras en la mano para cortar el pelo. Me esforcé para que comiera algo de lo que le traía su madre y lo repartía a otras presas. Me esforcé en convencerle de que en el traslado intentara fugarse (con Tomasa habíamos examinado todas las posibilidades habidas y por haber de fuga) e hicimos un plan: yo tenía posibilidad de falsificar un salvoconducto de fronteras, lo haría y serviría para ella o para mí. Para la que saliera primera a consejo. Fui yo.

Entre tanto nos había llegado una noticia que nos dejó de piedra a pesar de esperarla. Cisquet había pasado en consejo de guerra sumarísimo y había sido condenado a muerte. Redactamos una carta de protesta dirigida a las embajadas occidentales para hacer algo, en donde constara nuestro sentir y nuestra protesta. Todas las presas políticas en la cárcel, sin excepción, la firmaron. Sacamos fuera esta carta y mandamos una copia a Miguel Núñez, responsable del Partido en la cárcel Modelo.

Habíamos pasado casi un año en la cárcel cuando nos notificaron a las dos de mi expediente, Mercedes y Raquel, y a mí, el traslado a Madrid para comparecer en consejo de guerra. El día señalado, a las cinco de la mañana, estábamos preparadas con nuestras cosas y el rancho frío para el viaje, es decir, latas. El día anterior había confiado a Mercedes, de mi entera confianza, la carta de recomendación para la organización de Ventas. Me miró y me dio un abrazo. Había comprendido mis intenciones.

A las cinco de la mañana, pues, despedidas por todas las presas políticas, salimos de Les Corts. A pie y —por la carga— sin esposas, emprendimos el camino de la Modelo, donde la pareja que nos conducía debía recoger un preso común que también trasladaban. Tardaron los trámites. Al salir de la Modelo los guardias, temieron llegar tarde al tren, nos propusieron coger un taxi si nos lo pagábamos. Subimos a un taxi con un guardia, y el otro y el preso se fueron a pie. Al llegar a la estación de

Francia y bajar, Mercedes pagó y se quejó diciendo que le había cobrado mucho. El guardia se acercó para ver qué pasaba. Raquel y yo terminamos de subir las escaleras; se nos juntó Mercedes. Y en aquel momento tomé una decisión. Dejé los paquetes en el suelo y bajé rápidamente por la otra escalera. Conservo dos claros recuerdos, uno de sonido, otro visual. El primero son las voces de Raquel diciendo: "Victoria, ahora no", y de Mercedes diciendo: "Sí, Victoria, sí". El segundo es la visión por el rabillo del ojo derecho del guardia civil subiendo de dos en dos los peldaños de una escalera mientras yo bajaba por la otra.

Me metí por callejones y paré delante de Correos, donde bajé al metro. La taquillera me gritó que había olvidado el cambio y lo recogí, vino el metro y ya me encontré protegida por la multitud que se dirigía como cada día a su trabajo. Salí a una estación del extraradio. Entré a un café y telefoneé a un amigo de años y camarada cuyo teléfono del trabajo conservaba en la memoria. Lo demás fue fácil. Incluso esperando tomé el espléndido sol que hacía en aquella mañana de invierno. Cuando vi al amigo ya había reflexionado que en Barcelona no podía quedarme. Lo antes posible tenía que pasar a Francia. Con esta idea él concertó una cita con la organización y se compró un billete aquella misma tarde para Figueras.

Me vinieron a buscar Isi, de las JSU, y su hermana Marujilla, del Partido, que había estado esperándome de buena mañana con Tomasa en la estación de Francia para despedirnos; al no verme supieron en el acto de mi fuga. Ellas me llevaron en taxi a casa de unas hermanas madrileñas que también habían estado en la cárcel, que me tiñeron el pelo y maquillándome me hicieron cambiar de aspecto.

Con ellas y con mi billete de primera, unas horas después de mi fuga entraba yo en la misma estación de Francia abarrotada de guardias. Yo me iba a Figueras y las madrileñas me despedían. ¿Qué más natural?

Al llegar a la zona de fronteras me pidieron el salvoconducto. Lo enseñé. A la una llegamos a Figueras. Solo conocía Figueras de cuando la retirada en el 39 en pleno bombardeo. Pero encontré la casa de Ángela Ramis, cuyo emplazamiento me había descrito ella hablando en la cárcel. Su misma madre me abrió la puerta, me reconoció (me conocía de haberme visto con su hija en las comunicaciones) y me estiró hacia dentro.

Unos días más tarde, con un guía profesional, un contrabandista, pasé a Francia. Estuvimos dos días y dos noches de camino pasando los Pirineos. Una vez en Toulouse, en casa de mi padres, los periódicos publicaron una noticia: Francesc Serrat había sido ejecutado a garrote vil en el mismo patio de la cárcel. ¡Habían asesinado a Cisquet! Hubo una manifestación ante el consulado organizada por las JSU. Me metí en ella, me preguntaron de dónde era, les contesté que de Barcelona...

Teresa Hernández

Conocí a Roldán yendo de excursión hasta Sant Llorenç de Munt. Después salimos de excursión muchas veces, y al cabo de un año nos prometimos y estuvimos dos años festejando (de novios), porque su madre se puso muy enferma, quedó imposibilitada y estábamos esperando a ver si se curaba. Hasta que el médico nos dijo: "Esta señora no se curará nunca". Y entonces decidimos que, si no teníamos mucha cosa, pues con lo que teníamos. Y nos casamos.

TARJETA P



A M^{de} Carmen Font
15 Rue des Salengues 15

Dirección del remitente
Marina Font
C/ P. de la Catala 316
C/ P. de la Catala
España

Toulouse (H^{de} Paz)

H. N.º

(En este lado se escribe)

cción)

Barcelona 8-2-46

Querida amiga! Espero que conocerás mi situación, como la de los amigos, que quieres, la vida es así y hay que cogerla como viene, sobre todo, amiga, anima a los padres, y dile que estoy bien. Recibí tu carta me alegro que disfrutéis, por aquí, era ya hora, los sacrificios nunca se hacen en vano y algún día salen sus frutos. Darás muchos abrazos a todos mis amigos, y les dirás, que no he cambiado soy el mismo y lo seré mientras viva, mi situación es crítica pero conservo toda la unidad y firmeza que nos caracteriza. Un fuerte abrazo

141414

Tarjeta de Cisquet.

Barcelona, 8-2-46.

¡Querida amiga! Espero que me conocerás mi situación, como la de los amigos, que quieres, la vida es así y hay que cogerla como viene, sobre todo, amiga, anima a los padres, y dile que estoy bien. Recibí tu carta, me alegro que disfrutéis, por aquí, era ya hora, los sacrificios nunca se hacen en vano y algún día salen sus frutos. Darás muchos abrazos a todos mis amigos y les dirás que no he cambiado, soy el mismo y lo seré mientras viva. Mi situación es crítica pero conservo toda la unidad y firmeza que nos caracteriza. Un fuerte abrazo.

Estuvimos con su madre cuidándola porque estaba imposibilitada, y al cabo de dos años tuve a Homero. Íbamos viviendo, trabajando él y trabajando yo. Después vino la República, el niño tenía trece meses, con mucha alegría, pero empezó a ir mal con los sindicatos y con peleas. Al cabo de un tiempo vino la guerra, Vidiella estaba de concejal de justicia y Roldán era su secretario. El día 23 de abril de 1937 una patrulla que llevaba el carné de la FAI, CNT, en Cuatro Caminos, que va hacia Molíns de Rei, le pegaron cinco tiros y le dejaron morir.

Después, cuando acabó la guerra, un grupo de compañeros empezamos a reorganizar el Partido. Había un confidente que venía con nosotros y que todo lo que hablábamos lo llevaba a la policía, y nosotros sin saberlo lo teníamos como compañero. Nos enteramos que era confidente en una reunión que tuvimos el compañero (que mataron en Jefatura), el responsable y yo, nadie más sabía nada; sólo nosotros. Entonces dimos la voz de que no se fiasen de ese hombre, porque había pasado todo eso, y nos detuvieron a mí, a mi hermana, que también trabajaba en el Partido y a mi hermano, a los tres a la vez. Nos llevaron a Jefatura y allí todos los malos tratos que quieras, palizas todas las que quieras, te reanimaban y te volvían a pegar. El responsable estaba con los policías, y pensó: "Como igualmente nos matarán..". Cogió la bomba y la tiró, debió pensar en fugarse y corrió hacia la escalera. Pero la bomba estaba vacía. Todo esto delante mío; le dispararon un tiro en la espalda y cayó al suelo, y otro policía con la culata le pegó en la cabeza hasta que lo mató. Me dijeron: "Si no hablas también morirás".

Me cogieron dos policías, me pusieron una tabla en las manos y otra en los pies, para que no pudiera esquivar los golpes, y una porra subía y otra bajaba hasta que perdí el conocimiento. Me volvieron a reanimar, me dieron una taza de café con coñac y empezaron otra vez, todo para que hablara.

Después me pusieron en un cuarto arriba del todo, en las *golfas* (desván), donde no se oía nada, y si te mataban no lo sentían; estaba muy arriba, con condiciones para no oír. Le tomaron declaración a Montes y el chico no sé si por miedo o nervioso dijo que yo había ido a un lugar. Yo no era, parece que era otra chica; pero nervioso como estaba dijo que era yo, y el policía con la pistola en el pecho me decía que declarara, y la mano en el gatillo. Y yo qué había de decir si de verdad no lo sabía; y aunque lo supiera no lo habría dicho; pero él, que tenía que decirlo. Yo decía: "Montes, reflexión, piensa, yo no he estado ahí para nada, habrá sido otra persona". Y esto con la policía allí delante. "Te has confundido". Y entonces dijo: "Tienes razón, que no eras tú, era..." y dijo un nombre que no recuerdo. El otro quitó la pistola y nos bajaron otra vez abajo, donde nos daban unas palizas de miedo, tanto a las mujeres como a los hombres. Nos pegaban cada paliza que nos dejaban muertos. Fíjate cómo estaría yo que mi hermana no me conoció cuando bajé a los calabozos de abajo, con la cara hinchada y llena de golpes y con morados de sangre cuajada.

—¿Erais muchas mujeres en esa caída?

Pues cinco. Estaban Isabel Vicente, María González, María Doménech, mi hermana y yo.

—¿Llegaste a conocer el nombre de los policías que te torturaron?

No, no, ya procuraban ellos no darlos. Y fíjate cómo me encontraron, que antes de bajar me dejaron ellos mismos en una cama que debía ser de guardia de ellos, porque ni podía andar. Al otro muchacho le mataron a golpes de culata. A mi hermana

la pusieron en una silla de esas que parecían eléctricas, la descalzaron y estuvieron pegándole en la planta de los pies con látigos y porras. Después cogieron a mi hermano, que no tenía culpa de nada. Nosotros estábamos reorganizando el Partido y no había para tratarnos de aquella manera, pero a él menos, porque no era culpable. Pasó que yo tenía una nota, y para salvarme la cogió disimuladamente y fue a tirarla al lavabo. Pero la policía se dio cuenta y fue allí y le cogieron. Mira cómo le llegaron a pegar que murió tuberculoso en la cárcel, porque le reventaron los pulmones. Estaban entonces Quintela y Polo, y todos sus subordinados, de estos si que me acuerdo.

Después me trasladaron a la prisión; fíjate el trato que había recibido, que decíamos: “¡Qué suerte que ya estamos en prisión!”. Las monjas dijeron que no habían oído todavía una expresión como esta y eso que habían pasado más de mil mujeres por allí. Ahora ya no nos podían pegar; en la Jefatura sí, ahora ya no era cosa de ellos.

Ir a la cárcel era como una liberación. Cuando nos trasladaron de la Jefatura a la cárcel iban diciendo unos a otros: somos tontos, si les pegamos cuatro tiros y decimos que querían escapar ya está solucionado; y así todo el trayecto. Yo, francamente, llegó un momento que creía que no llegaría a la cárcel, llevaban las pistolas a punto y con ganas de utilizarlas.

En la cárcel ya estuvimos un poco mejor. Pudimos dormir. Vino el juez militar, y comparado con el trato de la policía... No pegaba, tomaba declaraciones, sin faltar; pero con la cara muy seria. Decían que si había tantas penas de muerte. Habían cuatro penas de muerte, dos mujeres y dos hombres; uno era Pons y el otro se llamaba Ovidi, dos chicos, que uno era el secretario del Socorro Rojo y otro el subsecretario, y yo era la presidenta. Me dijeron que tenía pena de muerte y los otros tres también.

Fuimos tres días al juicio, esposadas, y los que nos llevaban ellos mismos dijeron: “Llevándolas en el coche les podríamos quitar las esposas”, y así lo hicieron. Tuvimos el juicio y allí nos dijeron de todo. A mí me pusieron en el expediente que había requisado, cuando era al revés, que los policías cuando llegaron para hacer el registro a casa se llevaron dos mantas y todos los libros que había comprado Roldán, y no volví a verlo. Se llevaron una radio, una máquina de coser y un traje de hombre que era del Portolés, que lo dejó en casa porque no le cabía en la maleta. Me pusieron la pena de muerte, a otra treinta años, a otra doce y un día y a otra quince años. Y al cabo del tiempo mi madre misma nos comunicó la saca de los hombres. Se lo dijo a mi hermana, porque como yo tenía pena de muerte, decía: “Qué susto no tendrá ahora, a ver cómo se lo dices, porque esta noche se han llevado a aquellos chicos a fusilarlos”.

Me lo dijeron a mí y pensé: “Cualquier día de estos vienen a buscarme”. Y cada vez que llamaban por la noche a las tres o las cuatro de la mañana, cuando había ingresos, lo primero que pensaba era que venían por mí. Había una compañera que era muy buena, Carmen, que subía y me decía: “Teresa, no te preocupes que no te vienen a buscar, son ingresos que han llegado”. Y una vez, al cabo de los días, vino una compañera que estaba también en la oficina y me dijo: “Teresa, no te preocupes, que vienen a hacerte firmar treinta años, que te han quitado la pena de muerte. Baja corriendo antes de que se vuelvan atrás”. Entonces firmé los treinta años y me conmutaron la pena de muerte.

Allí, no veas los cuadros que he visto. Porque venían gentes de muchos pueblos que no sabían nada de nada, solo porque no habían encontrado a su marido o a su hijo, mujeres incluso católicas, que iban cada día a confesar y a comulgar, las llevaban allí y les ponían treinta años. Y a una incluso le pusieron pena de muerte porque había de saber dónde estaban su marido y su hijo, y era verdad que no lo sabía. Era una mujer de setenta años, y le pusieron treinta.

En la cárcel, lo que quieras. Pobre gente, que iba a la basura cogiendo las pieles de naranja y de plátano, lavándolas en una fuente que había y comiéndoselas porque no tenían nada. Porque si tenían algún céntimo que sacaban de hacer algún tapete de ganchillo o media, lo sacaban para sus hijos. Había cada cuadro. Yo a veces era la que me cuidaba de llevar las cartas al correo. Unas que si sus hijos iban pidiendo caridad, otras que si los habían pelado, otras que si los habían puesto en un asilo. Y claro, si luchas por una idea, aunque padezcas te haces cargo y tienes una resistencia. Pero aquellas mujeres que no sabían nada de nada... Tú te imaginas el sufrimiento de aquellas mujeres, sin haber hecho nada, solo habían sido sus maridos o sus hijos.

—¿Cuántas veces os daban rancho al día?

Dos, por la mañana café, si se puede llamar café: malta aguada; después se mejoró el rancho, pero al principio ponían un rancho de arroz y pieles. No habas, las pieles de las habas mezcladas, y viéndose los gusanos que subían por encima. Después ya se mejoró y yo pude entrar en la enfermería; tenía la misma ración de enfermería, porque las mismas hermanas ya lo dijeron: es que esta chica está trabajando mucho y tiene un hijo, y si nosotras le hacemos trabajar no podrá hacer la faena como hacen las otras para sacar dinero para su hijo. Y entonces me pusieron en la enfermería. Daban una ración de pescado o de carne, además del rancho, y había mejorado un poco.

Allí se dormía primero en el suelo, después ya nos pusieron literas. Pero de momento fue en el suelo, que levantaban el colchón y veías agua debajo. Aquello era un convento de monjas francesas. Y cuando las francesas recuperaron el convento a nosotras nos trajeron aquí a la Modelo; y estábamos tres o cuatro. Allí te hacían trabajar, y yo no quería. Y me dijeron: "Haz lo que quieras, pero eres tonta, porque podrías conseguir la provisional. Si no trabajas te enviaremos a un penal. Sí, puedes negarte a trabajar. Y será peor que te niegues porque te llevarán y no podrás ver a tu hijo". Esto es lo que me hizo ver que era verdad. Mi madre ya era mayor y se quedó de golpe sin tres hijos. Quedó sola con Homero y sin dinero ni nada.

—Total, que los presos tenéis que mantener a la familia.

Eso mismo. Porque nosotros, para sacar más, cuando las monjas hacían rondas para ver cómo estaba todo, nos íbamos al lavabo y allí, con mucha peste y con lo mal que se estaba, hacíamos ganchillo mi hermana y yo para sacar dinero para mi madre y para Homero.

—¿Siempre estuviste en la Modelo?

—Sí. Salí de la Modelo y después, como decían que a la que se portase bien la dejarían aquí mismo... Yo no es que tuviera que portarme bien o mal, hacía lo que debía y nada más; y a la hora de la verdad, cuando dije que quería estar con una compañera que tenía en Berga, me contestaron que no, que era demasiado cerca y que tenía que haber no sé cuántos kilómetros lejos de la capital. Allí en Les Corts había mujeres que eran de Toledo, de Ciudad Real. Si tú tienes alguna amistad con ellas, sin duda te contarán el comportamiento que habían tenido en sus pueblos, cómo lo habían pasado.



Teresa y María Hernández, con varias reclusas en la cárcel de Les Corts. Las dos hermanas han sufrido muchos años de condena.

Había dos amigas del mismo pueblo que las tuvieron tres horas con la cabeza abajo, moradas, que ya se ahogaban. Estas tampoco encontraban a sus maridos; es una de las cosas que peor han hecho, porque cuando una persona dice: “Bueno, es por que yo tengo una idea y esta idea la defiendo”; pero unas mujeres que no tenían por qué haberlas llevado allí para nada... Yo no es que diga que esté contenta con lo que me hicieron, porque a última hora no nos encontraron armas ni imprentas, ni nada, porque estábamos en plan de organización. Pero ellos, ya que hicieron esas leyes, por las leyes suyas nos correspondían menos años, porque para lo que hicimos no había para poner pena de muerte ni poner treinta años, porque era en plan de organización.

—Pero reorganizar el Partido entonces era mucho, que además predicaban que el Partido había sido totalmente destrozado y desarticulado. Entonces el reaparecer, para ellos, era muy serio.

A mí me dio lástima el responsable. Cuando lo trajeron, el día antes había venido su señora desde Valladolid. Vino a verle, que tenían dos hijos, y cuando marchó fue cuando le cogieron y aquella misma noche le mataron.

—¿El que mataron en Jefatura?

Sí. Y de mujeres así que vienen de los pueblos a unas les daban aceite de ricino, a otras les cortaban el pelo, a otras las arrastraban, y les pegaban. Y estas dos que te digo, colgadas tres horas; que por cierto una se hizo monja y la otra estuvo no sé

cuántos años allí metida y sin saber dónde estaban sus hijos ni su marido. Claro, porque en la retirada todo el mundo se dispersó, y la mujer no sabían dónde estaban. Y ella sin tener nunca nada que les trajeran. Había mujeres que pasaban hambre. Había muchas mujeres de Ciudad Real, de Los Alcázares. Hubo una semana una expedición que murieron nueve cuando llegaron a Les Corts.

—¿Por las condiciones en que habían entrado?

Las condiciones en que venían: una pulmonía, otra desnutrida... Nueve, vimos cómo morían. Es que el clima era muy distinto, y también la alimentación; y además venían de viajes muy largos.

A las presas políticas nos ponían con las delincuentes comunes y con las prostitutas. después se seleccionó un poco, pero de momento estábamos todas, y gente que no era nada de nada y que las llevaban por denuncias. De inmoralidad allí toda la que quieras. Que la chica que entraba allí joven había de tener fuerza de voluntad para salir entera. Porque había tantas inmoralidades. Y gente no pobre; abogados, había una tal Trepát; había entrado por envenenar a su marido, y en cambio la cuidaban muy bien. Y eso no es político, es un hecho común. Su marido murió envenenado con la paella de arroz que hizo, y a dos chicos amigos de su marido les dijo: “Probad este arroz”. Claro, cuando llevaban el paquete siempre venía de gusto aquello y no el rancho, tan malo; tuvieron suerte porque comieron poco, estuvieron muy enfermos, pero no les pasó nada. Pero el marido murió. Es el que comió más. A aquella la tenían la mar de bien. Una vez le dijimos nosotras a las monjas: “Oiga, hay enfermas aquí que necesitan una bolsa de agua caliente, que se están muriendo de frío, y a esta mujer le dan agua caliente porque tiene frío en las manos. Aquí hay enfermas que lo necesitan más que esa”. Había preferencias.

—Para dormir, ¿os daban sábanas o una manta?

De momento una manta, pero después nos hicimos traer de casa sábanas. Allí sábanas no daban. En la enfermería, sí. Y tenías que levantar el colchón porque donde estábamos había que recoger con una bayeta el agua, y con aquella humedad toda la noche...

—Aquella compañera que había en las duchas, que se llamaba Estrella. ¿Has sabido algo de ella?

No he vuelto a saber nada más. Después ingresó una maestra de Toledo, muy buena. Estuvo allí haciendo de maestra y entonces vieron que tenía éxito porque todas íbamos allí y enseñaba muy bien; entonces la sacaron, dijeron que no podía seguir ahí.

—¿Estabas tú cuando la fuga de Adelaida y Angelita?

Pues estábamos allí, vino la Angelita y nos dijo: “Estad al tanto porque si todo va bien nos largamos”. “¿Quieres decir?”. “Sí”. Entonces fueron y se vistieron como piculinas, de gente de la vida. Angelita y Adelaida se pintarrajearon bien pintadas, y como la otra estaba en el despacho, le puso el sello para el soldado de la puerta como si fuera una piculina que le había llegado la libertad, salieron las dos y les dijo: “Poca cosa haréis hoy porque está lloviendo”. Así nos lo contaron, debió comentarlo el de la guardia después de la fuga.

Y cuando vino el otro recuento: “¿dónde están la Adelaida y la Angelita?”. Y venga a buscar de un lado para otro y nada. Y como la oficiala sabía que eran amigas nuestras, dijo: “Vosotras forzosamente tenéis que saber que estas chicas se iban

a marchar". Y nosotras: "Qué va, nosotras no sabíamos nada. Oiga, si usted quisiera marcharse de la cárcel, ¿lo diría a alguien para que se pudiera saber?". Se quedó así y pensó: "Quizás tienen razón". Pero nosotras con el corazón padeciendo, pensando si las cogerán o no las cogerán. Y estuvimos bastantes días sin saber dónde estaban ni nada de ellas. Después supimos que habían pasado a Francia.

—¿Os estuvieron haciendo recuento durante la noche?

Y durante el recuento no veas. Por todos los rincones, porque aquella cárcel era grandísima, buscando por todas partes. La oficiala decía que nosotras debíamos de saberlo y que lo habíamos de decir. "Pues nosotras no sabemos nada". "Pues tienen ustedes que saberlo". "Pues no lo sabemos". Y si hubiéramos dicho algo nos hubieran cogido a nosotras por encubridoras. Pensamos: "Ya se apañarán".

—¿Y con Pura de la Aldea tuvisteis amistad?

Sí, mucha. ¡Qué mujer! Ella es una mujer... Bueno era, porque ya está muerta; aquella sí que fue una mujer buena, un compañera buena, que se portaba muy bien y que si tenía alguna cosa y podía ayudar a otra la ayudaba; cuando hacían charlas ella hablaba del Partido sabiendo lo que decía. Para mí fue muy buena.

—La organización del Partido, ¿cómo marchaba en Les Corts?

Para mí no muy bien entonces. Malos momentos; nosotras se puede decir que quedamos aisladas, e incluso el Partido, que yo no sé si era el Partido, me dijo que me espabilara como pudiera a ver si podía escapar. Yo no tenía a nadie fuera; porque a la Angelita y la Adelaida las ayudaron: si no hubieran tenido nadie fuera no hubieran podido hacerlo, porque las hubieran cogido en la esquina. O sea que tuvieron ayuda, y a mí me dijeron eso y me dolió mucho; dijeron: "A ver si te espabilas porque han fusilado a los dos y detrás vas tú". Como no podía espabilarme, me dijeron: "Es que de la manera que estamos y en la clandestinidad no podemos decir quién es el Partido". ¿Tú crees que a una persona que tiene pena de muerte, que no tiene a nadie en la calle que le apoye, es manera de decir esto?... Yo creo que aquella vez falló el Partido.

—¿Qué año te dijeron eso?

En el 42, me parece, entre el 41 y 42. Yo ya sé que era muy difícil en aquellos tiempos, pero hubiera sido mejor que no me hubieran dicho nada, porque si yo estoy dentro de la cárcel y no tengo a nadie que me respalde fuera, qué, ¿había de saltar la tapia?

—¿Y quién te dijo esto, el Partido interior de la cárcel o de la calle?

Ahí está el caso, a mí me lo dijeron las camaradas de la cárcel, pero que lo comunicaba el Partido de fuera y dije: "Bueno, pues decídle que venga a verme, que yo hablaré con él y le diré que me dé una guía para hacerlo". Y respondieron que no podía ser porque estaban trabajando en la clandestinidad. Que era un peligro y que ya había muchos dentro. Entonces, ¿qué tuve que hacer yo? Callarme.

—¿Qué año saliste?

El 12 de mayo del 56; estuve cerca de dieciocho años, y nueve meses desterrada. Después salí de aquí y me fui a un pueblo de Ávila de aquellos *carcas*, donde estuve desterrada en Pajarejos.

Decían que todas las que se portasen bien saldrían a casa, que no tendrían necesidad de irse desterradas. Y yo, cuando me dijeron que no podría salir, entonces:

“¿Qué es lo que ustedes dicen?”, y allí me desahugué, pero no veas cómo. Y ella me dijo: “¿Sabe usted que si yo quisiera ahora le sacaban la condicional y no saldría?”. Bueno si ya no me dejan salir... Porque si yo no encuentro un sitio que haya una buena persona que me deje ir a su casa no voy a ir por la calle como los gitanos: tengo que ir a una casa que me quieran en los kilómetros que dicen. Y al cabo de nueve meses hice una instancia diciendo que me encontraba enferma y me la aceptaron, y vine aquí otra vez, a Barcelona, que estaba mi nuera para tener mi nieta mayor. Y yo diciendo si pudiera ir para verla nacer al menos... me iba presentando cada mes hasta que me dijeron que ya estaba lista, que ya había cumplido.

—Por aquella época las que salieron de tu expediente podían haber ido a verte.

Sí, a visitarme, es lo que yo dije. Comprendo que la vida era difícil y había bastante para aguantar, porque todas, la que más y la que menos, tenían hijos o marido o la madre o no podían trabajar; no sé cómo decir, si yo no pedía nada, porque si yo hubiera dicho que me traigan algo habría sido como tocar campanas. Yo no quería nada, pero un poco más de afecto... Yo creo que no habría podido estar sin ir a verlas. Y después quedé yo sola, lo que estoy es dolida de esto, de que habrían podido ir a verme. Y había muchas que podían ir.

—En los años 40 era más difícil.

Entonces no, porque tomaban nota. Pero después sí que podían hacerlo porque ya no las podían coger por lo mismo. Diciendo que eran prima, pariente, cuñada, lo que sea, hubieran podido entrar con mi hijo, hermana o cuñado.

—Pero incluso sin decir nada yo, cuando salí, sabían que tenía amistad con Adelaida y que no tenía más visita que la de los hermanos Montoya. Yo le dije a la monja y a la oficiala de la cárcel que si me permitían ver a Adelaida, puesto que era de fuera y tenía pocas visitas; yo acababa de salir y me dejaron ir a verla; era el año 46.

—Pues igual que hiciste tú habrían podido hacer otras. Yo estoy dolida pero nunca he pedido nada a nadie. Y no porque en mi casa sobrara, porque mi madre quedó con tres hijos en la prisión y un nieto, y sin cuartos, tenía que ir con setenta años a hacer faenas todavía.

—¿Antonia también estuvo el mismo tiempo que tú?

No, a ella le salieron doce años y estuvo nueve, por eso continuó viniendo con mi hijo y mi cuñado; que mi cuñado siempre fue a verme y no faltó nunca.

—¿Tu hermano qué tiempo estuvo?

Mi hermano murió en la prisión. Bueno, lo mataron, porque le pusieron que tenía un pulmón malo y al llegar a la prisión le querían poner dos inyecciones. Lo más natural es que a una persona que viene de un largo viaje, cansado y enfermo del pecho, lo menos que pueden hacer es poner una inyección; y le pusieron dos a la vez y a la mañana siguiente murió. Él estaba aquí en Barcelona, y le llevaron a Cuéllar al Sanatorio Penitenciario Antituberculoso. Y allí se puede decir que lo mataron. El practicante ya lo sabía, porque por poco que hayan estudiado Medicina, ya sabes que dos inyecciones no se le pueden poner a una persona porque le ahogan. Pensaron: “Uno menos”. Un chico que era muy bueno.

—¿Qué años tenía?

Veinte, ahora tu imagínate a mi madre. Pobre mujer lo que tuvo que sufrir. Si yo no sé cómo decirte, de estar dolida no lo estoy, porque cuando empezamos a organizar el Partido ya sabía a lo que iba. Pero hay ciertas cosas que no estoy de acuerdo.

—Después de salir de la cárcel. ¿Tuviste continuidad con el Partido?

Francamente no, yo no perdí la moral en la cárcel, pero no porque te la diera el Partido o las compañeras, porque si van a verte y te explican algo, tienes moral políticamente. Pero allí sola y tener que luchar cuando hay cosas tan denigrantes, y que no haya nadie, se dice muy rápido. Pero claro, hay que tener en cuenta que, total, era una militante sin importancia y no valía la pena.

—Todos los militantes tienen su importancia, sin los militantes el Partido no sería nada. ¿Qué harían los dirigentes si no tuvieran militantes en la base?

Por eso yo pensaba: “Si no hice mucho, hice algo; mi grano de arena lo puse, más grande o más pequeño. Otros hicieron más, pero a mí no me dieron para hacer más”. Y cuando salí, moral y físicamente la salud no me acompañaba; no estaba en condiciones, y por otra parte mi hijo, que se había criado sin su madre y me lo encontraba casado, había sufrido mucho, no me encontraba con ningún derecho a volver a darle dolores de cabeza.

—Yo lo que desearía es que no tuvieras la opinión de que la dirección del Partido tiene alguna culpa de esto, porque tú has trabajado en la clandestinidad y sabes cómo es el trabajo; o sea, el que lleva la responsabilidad no había de venir, pero el militante que está fuera, que está en la calle, y puede justificar que ha estado contigo, o hacerse pasar por un familiar que no tenga ninguna responsabilidad, siempre hay casos, porque hace vida de sociedad por fuera; y una vez por el periódico, otra porque veía a un compañero, siempre pueden venir a darte moral, a informarte, pero bueno, ya todo pasó.

Amparo Arranz Castillo

Amparo. No estuvimos juntas en Les Corts, es de un expediente del que quería que no faltase el testimonio de una mujer. De esa caída que tan fatales consecuencias tuvo, el piquete de ejecución nos arrebató a cuatro hombres de un gran valor humano y revolucionario: el 17 de febrero del 49 fueron fusilados.

Al comportamiento de estos hombres ante la policía, donde les torturaron salvajemente, debemos el no haber sido detenidos mi compañero y yo. Me siento tan identificada con estos hechos que no podía faltar el testimonio de una mujer que representara ese expediente. Gracias, Amparo.

Del informe del juez instructor

En los folios 46, 145, 146, 147, 339 y 1489, existen datos e informes de los que se desprende que ocupaba dentro del Partido el cargo de estafeta de propaganda del Comité del Tercer Sector. En su domicilio, al recibir la propaganda, la arreglaba en paquetes pequeños que luego distribuía a las estafetas o direcciones que ya le habían dado. Mantenía contacto con Carlos Sánchez Ventura y Eulalia Martínez Salat.

En su declaración ante el juez manifiesta que esos trabajos los realiza con gran entusiasmo por ser ideas completamente contrarias al régimen actual. Sabiendo, con ello, la responsabilidad que contraía. En los folios 34 al 53 de la pieza separada del informe, existe documentación que le fue incautada por la policía.

Folio 46. Detenida por ser acusada por Carlos Sancho y Eulalia Martínez por ser su domicilio una estafeta; en su domicilio le fue ocupada propaganda de periódicos y manifiesto del PSUC; actúa en el Partido con gran fanatismo.

Declara que en el bar de los Almacenes el Sepu conoció a un individuo llamado Ramón con el que entabló relaciones de tipo político, que supo luego que Ramón militaba en el PSUC; que algún tiempo después la invitó a colaborar en los trabajos clandestinos del mismo accediendo la declarante, encomendándole Ramón la misión de cotizar sellos, no pudiendo continuar haciéndolo por ser incompatible con su trabajo; que Ramón le presentó otro sujeto llamado Salvador para que utilizara su domicilio como estafeta y recibiendo un voluminoso paquete de propaganda.

Folio 145. Declaración se afirma y ratifica en lo anterior; que conoce la responsabilidad en que incurrió y lo hizo a ciencia cierta, que solo conoce a los individuos que ha citado ignorando sus verdaderos nombres, que la propaganda que se le encontró era la de *Treball* y algún ejemplar de *República Española*, pero que no actuaba en este periódico, que la declarante no ha intervenido en atentados terroristas o bandidaje y que su actuación fue intervenir en la propaganda por antipatía al régimen actual.

Folio 146. Acordando procesamiento.

Folio 147. Ratificándose folio 145.

Folio 339. Sin antecedente penales.

Folio 1489. Certificación director Cárcel Mujeres conforme la encarcelada ha ingresado en la enfermería de la prisión afecta de una hemiparesia derecha con participación del nervio hipogloso mayor del mismo lado.

Tratamiento intensivo sulfamídico. Posteriormente penicilina cediendo infección otítica; pero no recuperada del hipogloso y cervical.

El testimonio de Amparo

En mi familia no hemos militado en ningún partido; siempre hemos luchado. Mis padres empezaron, seguimos los hijos. Tengo a mi hermano, que ha muerto ahora en el exilio, que estaba condecorado por la resistencia francesa, sin pertenecer a ningún sitio, solo luchando por la libertad, y así hemos sido los demás. Cuando entraron los franquistas, en mi casa vinieron a buscar a mi hermano; se llevaron a mis padres y a mí. Yo ya era casada, vivía aparte de ellos, pero fui a verlos, a hacerles un poco de compañía, y nos detuvieron a los tres. Estuvimos escribiendo cartas a este, al otro y al de más allá, que mis padres no habían hecho absolutamente nada, estaban en su casa, eran porteros y nada más. Bueno, total que nos dejaron en libertad a mi madre y a mí a los ocho días. Mi padre estuvo algo más.

Entraron, y el día 27 nosotros estábamos en la Cruz Roja, que es donde nos llevaban detenidos, sin saber por qué. Vinieron y preguntaron: “¿Dónde está tu hermano?”. “Mi hermano hace pocos días que atravesó la frontera”. Bueno, como no lo encontraron a él nos llevaron a nosotros. A mi madre le robaron todo, le saquearon la casa de arriba a abajo. La pobre quedó sin piso, sin nada. Se tuvo que venir conmigo hasta que logramos que sus mismos patronos se ocuparan de buscarle portería en otro sitio y volvieron a reintegrarse al trabajo.

Del Partido Comunista me hicieron ellos, o sea, la policía, ¿no lo entiendes? Te tengo que decir la verdad. Yo trabajaba, claro que hacía algo; una amistad me dijo: “¿Por qué no hacemos algo?”. “Pues sí, pero ¿qué puedo hacer yo?”. “Pues mira, vende esos diarios, vende estos cupones de ayuda”. Bueno, pues sí, lo intenté. Entonces hacía un trabajo de agente comercial, vendía máquinas de escribir, y objetos de escritorio; tenía unas oficinas con clientes bastante conocidos, y así recaudaba

algunos fondicos, ¿eh?, eso es lo único que hice. Del Partido Comunista no había sido nunca; pero consta en el atestado. A mí me llevaron a Jefatura y me dijeron que pertenecía al Partido; y digo: “Yo no lo sabía, pero si ustedes insisten en eso, lo seré”. Precisamente por eso recibí algo: palos, quiero decir, porque no les dije que era comunista; y les decía la verdad. No lo era. Y lo mal que les sentó te lo prueba el hecho de que me puse enferma en prisión de resultas de un golpe. Como pegarme no es que me pegaran mucho, la verdad; es aquello... quizá les contesté de malas maneras y por eso me pegaron; pero el golpe fue un poco malo porque no me pasó nada de momento, pero al cabo de... Verás, nos detuvieron en abril, y en junio empezó a dolerme este oído, tremendos dolores, el oído izquierdo; total que cogí una infección hemiparesia, que me paralizó medio lado.



Amparo Arranz Castillo, con varias de sus compañeras en la cárcel de Les Corts de Barcelona en 1947.

—¿Te dieron el golpe en la cabeza?

Sí, la señal todavía está y el resultado también. El director de la cárcel y el médico, que era el doctor Del Valle, entonces era el médico de la cárcel, ya está muerto, pidieron permiso a Capitanía General para que me sacaran al hospital; lo denegó. Fíjate, qué malo el capitán general, y eso que iba pedido por el médico y el director de la prisión.

El doctor Del Valle se portó bastante bien. Hizo lo que pudo pero allí no podía hacer más, porque en prisión no había aparatos. Había un botiquín y nada más. A mí me hizo un tratamiento a base de penicilina, que le costó Dios y ayuda entonces a mi familia, porque iba muy escasa y cara, y me puso cantidad, ¿eh?, me hizo un tratamiento enorme. Sí, mejore un poco, pero la agilidad en la pierna aún...

Al salir de la prisión, después de tres años, fui de hospital en hospital. Todos decían lo mismo: “Pero, Señor. Esto es una secuela ya mal tratada”; poca ayuda me podían dar. Mira, mi pena ha sido tener que vivir con esa lesión.

En el folio 1489 lo certifica el director de la cárcel de mujeres. Ya ves, con una condena de tres años, pidiendo me sacaran al hospital, y no se me concedió. Es muy posible que si entonces hubiera ingresado en el Hospital Clínico mi tragedia hubiera sido mucho menor; porque para encontrar trabajo cuando salí... Pues ya no pude, tú dirás.

—¿Cómo fue la detención tuya con los muchachos? ¿Cómo te unieron a ese expediente?

Ah, ¿esto?, ¿cómo fue? Si yo no conocía a nadie.

—¿No conocías a nadie?

Yo no conocía a nadie. Sí, alguna reunión se había hecho en casa.

—¿Se habían hecho reuniones en tu casa?

Sí, pero no chicas, ¿eh?, hombres; pero yo no estaba. Les daba la llave y lo habitual, yo fuera. No llegué a conocer a ninguno. Solamente sabía que iban. Porque mira, es lo que decimos, quieras que no, si lo sabes, en un momento dado no sabes qué vas a decir; y a mí me llevaron a declarar dos veces. La primera vez me hubiera dejado matar, la segunda ya no. ¿Cómo puede ser? Pues sí, puede ser: detuvieron a mi marido también. No sabía absolutamente nada, ¿eh? Yo pensé: “Lo van a destrozar”, porque al que más cascan es al que menos dice. Y él no sabía nada, aunque lo quisiera decir... Tampoco yo quería conocer a ninguno, para responder en un momento dado, es verdad. ¿Estás conmigo no? El ser humano no puede saber hasta dónde pueden llegar sus fuerzas. Yo digo: el primer día me hubieran destrozado y posiblemente no hubiera dicho nada; la segunda vez no lo sé, puede que sí, pero no te lo puedo asegurar, porque estaba pensando más en mi marido que en la responsabilidad que pudiera tener todo aquello.

Pero detenerme fue a raíz de Eulalia Martínez. Yo era buzón, estafeta; esta chica, Eulalia Martínez, lo traía a casa, fue la que dio la dirección y la hubiera dado quien sea, esto es igual. Sacudieron mucho. Ella traía los paquetitos a casa, también se lo hicieron decir.

—¿Fue la primera vez que te detuvieron?

Fue la primera, sí, a raíz de ella caímos Flora, Lolita, y yo y otra chica; pero esta pobre, si ya se le veía, escucha, no se ni cómo la pobre podía trabajar.

Los ocho primeros días estuvimos en la comisaría de la Diagonal con Flora, Lolita Arellano y dos más que vivían en Gracia; estas salieron pronto, incluso porque intercedí yo, porque cuando fui a la prisión al juez militar para la última declaración, le dije: “Mire usted, yo no tengo ni aún hoy, ¿eh?, que disculparme y decir que yo no he hecho nada”; lo que yo hice fue sabiendo verdaderamente que iba contra el régimen; incluso dije que sí, que lo había hecho, y sabiendo lo que decía y que no tenía ningún motivo para esconderme de ello. Ahora, aquí hay algunas familias que, la verdad, fue más bien por casualidad que por otra cosa. Una madre y una hija. Ellas no sabían si lo que dejaban era propaganda o qué era, nosotros les dijimos que lo irían a recoger y lo guardaban. Las cogieron por eso nada más, estuvieron en la cárcel tres

meses; a los tres meses las pusieron en libertad; hombre, claro, no tenían nada la pobre gente”.

—¿Y a este que se comunicaba contigo, no le detuvieron?

No, le avisé enseguida y se largaron.

—¿No te acuerdas de su nombre o de su nombre de guerra?

Se llamaba Ramón, no creo que fuera nombre de guerra, creo que era su nombre verdadero. Afortunadamente no los detuvieron. El otro era un tal Salvador, un chico formidable, que precisamente tenía el ciclostil y había ido a mi casa; pero eso para no unirlo todo lo hacían los porteros, subían al terrado a tirar con el ciclostil los ejemplares.

—¿En alguna habitación que había en el terrado?

Sí, una habitación en el terrado; pobre muchacho, con él tuve unos apuros... No le detuvieron; entraron en casa, claro, un paquete encontraron a pesar de que él me avisó, ¿eh?, este Salvador vino a casa a avisarme, pero era un día de fiesta y no estábamos, habíamos ido con mis padres y cuando regresamos la portera me dijo que había venido; precisamente en un saco debajo de la cocina tenía yo ejemplares de *Treball*, tenía ejemplares de *República* y propaganda, pero en un saco como si fuera carbón, no lo tocaron, no lo vieron; y unos paquetitos bien hechos que yo tenía que repartir. Yo repartía ocho o nueve paquetes pero afortunadamente los borré del pensamiento y no pasó nada.

Los paquetes algunos los cogieron, los que tenía más próximos; otros estaban en el saco, yo me las arreglaba para llevar un día unos y otro día otros; eran sitios un poquito aislados... Pero afortunadamente se pudieron salvar.

—Después de reunirse en tu casa, tú ya no venderías cupones.

Pues sí, seguí vendiendo. Además me dijeron: “¿No sabes de otro domicilio?”. Digo: “¡Ay!, estáis buenos, en busca de domicilios, no todo el mundo se presta”. Entonces les llevé a casa de mis padres; en la portería tenían unos sótanos y dentro en una habitación también se reunían. Es que yo no sé cómo no les llevaron detrás de mí, no sé por qué.

—¿Estuviste muchos días en Jefatura?

En Jefatura estuve doce días; antes de llamarme a declarar, ocho días, sin saber lo que dirían o lo que no dirían. Y sin llamarme para nada.

—¿En la Jefatura de vía Layetana?

Eso es muy malo, ¿eh?, eso es malísimo.

—Además veías bajar a los hombres. ¿no?

Tu dirás, las condiciones en que los bajaban... Porque les pegaban mucho, mucho. Mercedes Clota, esta pobre, pues también bajó bastante aturdida, torturada.

—¿Os tenían a todas las mujeres juntas en el mismo calabozo?

No, no, estábamos separadas; estábamos en el calabozo con la desgracia de la vida, esas pobres gentes en realidad más buenas ellas que muchos de los que andan por ahí; eso sí que se puede decir; algunas, vaya.

—Esto de ir con los bastones, ¿fue a consecuencia de algún golpe o es que tenías mal antes de detenerte?

Fue consecuencia del golpe, después de la infección que cogí: se me quedó la parte izquierda paralizada.

—¿Te quedó cicatriz en la cabeza?

No, pero me quedó interno, porque mira, ¿ves?, si tocas aquí —tiene un bulto como una nuez—; esto se ve que de momento quedó dormido, un hematoma o algo así, no me dolía, pero al cabo de poco tiempo empezó a dolerme el oído, y mira, a raíz de eso, que no puedo mover este lado.

—¿Cómo te lo hicieron?

Pues no lo sé porque no lo vi, porque estaba sentada haciendo la declaración, con la porra debió ser, aunque no lo vi.

—Ahora, el golpe sí lo notaste.

Claro que lo noté, pero quién lo hizo no lo sé. Y luego cómo pegaron; Lolita no se podía sentar, o sea para dormir tenía que ponerse boca abajo, no podía de otra manera. Eso, volverlo a vivir sería tremendo; precisamente es lo que queremos, dar a comprender a los hombres y mujeres de hoy, que nosotros lo hemos tenido que pasar y no queremos que se vuelva a repetir; explicar a la gente, que se entere, porque no está enterada, de hasta dónde ha llegado el sacrificio para poder llegar a donde hemos llegado. Eso sí, no con ánimo de represalias ni de venganza, no... Mira tengo una amiga que es contraria a nuestras ideas y me dice: “Y tú, ¿no odias a nadie?”. “No, no odio a nadie”; yo estoy de acuerdo incluso con la detención, si estamos en un gobierno represivo y hacemos algo, pues claro, a ver, si hacemos algo nos vienen a detener, esto es lógico; pero el mal trato y esa falta de caridad humana.. Vamos, yo no quisiera; además, si mis compañeros fueran así, no quiero ser del Partido. A mí un policía me llegó a decir: “Eso que hacemos contigo lo harás tú con nosotros si te dejamos”. Y yo les contesté: “Lo que es por mi parte no recibiría nadie ni un golpe, porque miraría de convencerle”. Pero de esta manera es al revés, ¿es verdad o no?

Nos hicieron el juicio; bueno, si aquello era juicio, porque yo no había visto nunca al abogado; ni le pude decir que yo no era del Partido Comunista, porque no le había visto nunca. Una vez supe que tenía un abogado, porque mi marido se ocupó de buscarlo, le escribí una carta y todavía lo tengo que ver, o sea que si aquello fue un juicio... Nadie se pudo defender.

El juicio transcurrió en una hora, ni más ni menos. Cinco penas de muerte pidieron, después quedaron cuatro, pero pedían cinco. Es que ni a los penados a muerte les dejaron hacerse una defensa; uno pidió la palabra para hablar y no le dejaron, pero dijo: “Es que yo considero que la pena es un poco fuerte para no dejarme defender”.

—¿No te acuerdas quién fue?

No, no me acuerdo, no te lo puedo decir, porque daba la casualidad de que yo no conocía a ninguno de los que detuvieron, ni a las chicas tampoco; mi trabajo era completamente aislado.

—Aquel grupo parece que no pero hizo un poco retroceder el temor en la gente, porque dieron muchos palos y fusilamientos, pero se vio que no estaban solos, estaba detrás de ellos el Partido y gentes que no eran del Partido, simpatizantes. La caída de estos muchachos y el fusilamiento en el año 49 fue algo horrible para nosotros. Perdimos a cuatro hombres de un gran valor político y humano, pero la lucha continuó. Recuerdo que estaba en Reus, trabajando con el Partido y las guerrillas. El día que los fusilaron, para mí fue... Pues, no sé. Me habían quitado algo de mí misma. Sí, fue algo terrible.

Me gusta que hagas esto, se necesita que se sepa lo que se ha pasado. Fíjate cuántos habrá sufrido Eulalia; era una chica enferma. Cuando se le declaró el cáncer pasó

un calvario enorme. En la prisión nos juntamos todas, porque todas caímos detrás de esa compañera. Tuvo algunos problemas, al principio, pero después todas la hemos tratado bien. Me molesta recordarlo, porque, no sé, te digo la verdad, las injusticias que veías... Había que hacer algo, ¿no?, es lo que me duele, pienso que tantísima gente que viviría ahora y no sé, ¿por qué se permitieron esos cuarenta años? Bueno, había una represión muy dura y no todo el mundo estaba dispuesto a entregarse. No hemos sido toda España los que luchamos frente a un enemigo, éramos un puñado y teníamos, posiblemente, en algunas ocasiones, diez policías por cada uno.

Mi marido todavía conserva ese terror... Sí, está asustado todavía. Es que este cambio no se lo cree. Es una enfermedad de represión, de persecución. Me detuvieron a mí, a los dos o tres días a él, y cómo le afectó... Tiene una psicosis dentro de sí que no se le va.

—Esto ha pasado en mucha gente; ya no solo por temor por su persona, sino por la familia, por temor de dejar a sus hijos nuevamente solos, por temor a pasar por la policía; si una vez ha sido fuerte, después de la represión y las torturas, no serlo la segunda vez... y, antes de traicionar a sus propios compañeros, ha preferido no seguir luchando. No a todo el mundo se le puede pedir que haga lo mismo para derrocar al franquismo que teníamos, con una represión tan brutal. Ahora bien, el haber conseguido estar hoy en la situación que tenemos no se lo debemos a ellos, ni mucho menos, se debe, precisamente a los que hemos luchado, a que hemos seguido luchando; pese a todo, pocos o muchos hemos seguido adelante.

Sí, tienes razón, el ser humano no sabe hasta dónde puede llegar, ni en el momento psíquico que le cogen. Todas mis simpatías se han inclinado al Partido; mi hermano igual, él ha luchado siempre. Estuvo por aquí cuando las guerrillas, hubo alguna cosa que quizás no le gustó, y dijo: “No, ya no sigo”; pero siempre ha estado luchando, ha muerto en Francia el día primero de enero de este año.

Mira, tengo esta foto en la cárcel, estas dos son madre e hija, las detuvieron sin haber hecho nada, solo por no encontrar al hijo; no sabían nada absolutamente de lo que había pasado, ¿eh?, o sea que las dos pasaron allí la broma de doce años por no coger al hijo. Ellas no sabían dónde estaba, eran vascas, religiosas, ¿me entiendes?

—¿Eran vascas?

Sí, y están aquí en Barcelona. Claro, habría que recoger muchos testimonios... Mira, una que te podría dar más detalles sería Antonia Martínez, que estaba en la portería, a esta le fusilaron al marido, ella está ahora con la hija, se casó en prisión; o sea, eran compañeros y se casaron en la cárcel, antes de matarlo, antes de fusilarle. Esta muchacha tiene mucha vivencia porque estaba en portería y se presta a recordar muchas cosas más.

La enfermedad que he tenido me ha borrado muchas cosas; con decirte que ahora miro esta foto, que fue después de un festival... Fíjate, si precisamente esta fiesta se puede decir que la organicé yo con la Marfa Doménech y... no me acuerdo de quiénes son algunas; esta sí, esta otra también.

Mi marido era de la UGT cuando vino del servicio militar, al intentar ingresar en la casa le pusieron pegas. Total, que estuvo tres años trabajando en lo que pudo, pero justo para malvivir; trabajos de bajo peón, y a los tres años, por suerte, el apoderado de la casa le volvió a admitir. Pero quiero decir que ya entonces sufrió las consecuencias de ser un hombre íntegro; era un hombre de izquierda. Pero al detenerme a

mí, ya siempre vivió asustado el pobre, y después cuando salí todo le parece que me va a complicar, entiéndeme; si él mismo lo dice: "Amparo, no. No podría resistir que te volvieran a coger". Ha sufrido mucho, enormemente, como creo que sufrieron todas las familias. Les decía: "Estoy bien", no se lo creían. A mí la policía sin quererlo me afilió al Partido Comunista... Se ve que removieron otra vez los expedientes, en el año 58. Un día recibo una nota en casa, de la Jefatura de Policía, que me presentara en la Brigada Político-Social; mi marido nervioso. "¿Pues qué pasara? ¿Que te has enredado otra vez?". "Que no te preocupes, que no hay nada". Fui allí y me hicieron firmar de nuevo que pertenecía al Partido Comunista, yo les dije: "Pero si yo no estoy en el Partido Comunista, yo no lo he sido jamás. Son ustedes los que me hacen ser comunista". Bueno, firmé; si ellos lo querían así... Hicieron esto, supongo que llamarían a todos los que habíamos cumplido condena. Yo ya estaba en libertad, iba todavía con dos bastones. He sufrido mucho, pero no más que la madre de Antonio y Teresa: se le murió un hijo en la cárcel, de las palizas, porque le lesionaron los pulmones; y ella la pobre atendiendo como podía a los tres; mejor dicho a lo cuatro; porque tenía a Homero, el hijo de Teresa, y esta con pena de muerte; al marido se lo habían matado. Y cuánto no habrá sufrido esta mujer. Las dos hermanas estuvieron muchos años y hoy Teresa vive con su hijo, y cuánto habrá sufrido también ese niño, sin padre, la madre en la cárcel; en fin que ese niño, hoy un hombre con hijos, pienso que le debe pasar como a mi marido, miedo a que volvamos a caer, y es de lo más normal, no hay por qué censurarlos, porque yo sé qué es un buen hijo, como yo tengo un buen marido.

Hoy cobro pensión de invalidez precisamente por esta razón, porque trabajo no lo podría hacer, cobro cuatro mil pesetas, para pagar el alquiler; bueno, ahora creo que a los 65 años cobraré también la vejez, porque me he afiliado a autónomos, pago hace muchos años. Ni siquiera me han tenido en cuenta que antes había trabajado para otras empresas; lo que pasa es que esas empresas han plegado, y aun teniendo certificado conforme he trabajado en esas empresas, como no existen no lo han reconocido, quizá porque no han encontrado la cotización en el seguro. A ver si ahora se arreglan algo los chanchullos que han hecho esa gente, y que poco a poco saquemos la democracia adelante.

EPÍLOGO

Josep Bonifaci Boni escribe este epílogo:

La lectura del libro de la camarada Tomasa Cuevas ha secuestrado mi atención y ha acentuado mi interés desde el principio hasta el fin.

Esta lectura coincidía en el tiempo con la conmemoración de los grupos nazistas del noventa aniversario del nacimiento de Hitler. Han pegado carteles en la efigie del monstruo, se han rezado misas por su alma; esvásticas, camisetas pardas, brazaletes con la cruz gamada se exhiben y asesinan. Sí, en la misma semana, jóvenes recién salidos de la niñez, con la cruz gamada al brazo, mataron de dos cuchilladas a una joven comunista en Madrid.

El interés por lo que iba leyendo se acumulaba en mí e iba formando una canteira del más lacerante dolor, de vidas truncadas, de familias destrozadas, de torturas por decenas y centenas de miles; sufrimientos, roturas físicas y morales irreparables que constituyen la esencia del libro.

La reiteración de la escena de condenados a muerte que cada mañana al apuntar el día esperaban con angustia mortal que su nombre se pronunciase para la inmediata ejecución es difícil de imaginar en su tremenda inhumanidad.

Yo he visitado Mauthausen y otros campos nazis y quizás, si los hitlerianos auténticos tenían la técnica del crimen más diversificada y más industrializada en cuanto a intensidad de la tortura biológica, física, química y psíquica, lo que en nuestro país acaeció no fue sino un reflejo de la misma trágica realidad.

Este libro de la camarada Tomasa nace en un cerebro y un corazón dotados biológicamente del amor a la vida y al hombre; amor activo al servicio del cual dedicó y dedica con entrega total una gran parte de su vida; capta, contempla, analiza y conoce la vida político-social y a sus protagonistas.

Por ser así, por poner su vida al servicio del pueblo, cayó y sufrió en su carne la violencia de la dictadura y aprendió a luchar, a resistir, a mantener en algo su dignidad. Procura siempre contactar con los desmoralizados, los desesperados; siembra esperanzas fundadas en principios políticos y sociales, en una profunda humanidad, y levanta los espíritus de los que ya no ven en su vida otra salida que la muerte.

Se han publicado otros libros de víctimas del terror franquista, condenados a muerte, indultados, que volvieron a la vida después de muchos años de cárcel y que han publicado su biografía junto con la de las cárceles que conocieron. Tomasa, al entrar en la cárcel, se orienta enseguida a la realidad que la rodea. Contacta con las que sobresalen como más rebeldes, serenas y luchadoras.

Allí en las cárceles cosecha, quizás sin proponérselo, el material fundamental de su libro. Pasan los años y en su cerebro cristaliza la oportunidad de reunir las opiniones de las presas. Reunir lo que sabían las que serían las *coautoras* del libro, compaginarlo y publicarlo tal como ellas lo contaron sin quitar ni añadir nada, lo que da al libro una fuerza y credibilidad insuperables.

Tomasa Cuevas sentía que esta era la forma más natural de hacer del libro un testimonio serio, indiscutible y de gran eficacia para recuperar parte de la memoria colectiva para informar a los que no saben o para recordar a los que han olvidado.

Así, a las postrimerías de la década de los setenta del siglo XX, con el magnetofón al hombro, emprendió la ruta prefijada para encontrar a las compañeras de infortunio, recordar lo que cada una vio y sufrió en aquellos años terribles para nuestro pueblo.

Las acusaciones testimoniales recogidas tienen tanto más valor cuando son dictadas por las víctimas años después de que los hechos narrados sucedieran. Han esperado a que se apagase el fuego del odio, a que se enfriase el rescoldo para eliminar la pasión de lo dicho y dar al libro la máxima objetividad... buscando solamente que nunca más pueda repetirse.

Por todo lo expuesto no dudo en considerar el libro de mi camarada y amiga Tomasa como una indiscutible aportación a un futuro más humano y fraterno, como una advertencia y enseñanza para las nuevas generaciones.

Yo estimo que la ruta para recuperar la historia auténtica que ha ensamblado la camarada Tomasa debe ser continuada por ella, que tiene aún cosas que decir, y por otras personas. Hay que cerrar el paso a los que de nuevo exaltan el terror como el arma más eficaz para mantener "el orden" y "la paz".

Antes de terminar quiero redondear la biografía de la autora del libro, cosa que ella ha olvidado, con una nueva faceta de su actividad político-social en otras latitudes. Con la camarada Tomasa nos conocimos en Praga y en París, donde ambos estábamos, más o menos, al servicio de una gran parte de los exiliados republicanos españoles. Centros donde el PCE y el PSUC tenían bases coordinadoras de la lucha posible contra el régimen franquista, para encontrar cobijo a camaradas recién llegados, dispensario para consultas ambulatorias y camas en los Hospitales para los que no tenían seguros sociales ni dinero para pagar los servicios, buscar trabajo para quienes por la edad no encontraban quien los empleara. Para hallar, para encontrar, buscando insistentemente, solución a muchos de estos problemas, tan humanamente indispensable, Tomasa era la insustituible, la incansable, la mejor dotada. Para controlar las entradas y salidas en las estafetas que tenía el Partido para la ligazón con los centros de otros departamentos de Francia, de otros lugares y, en particular, los correos con España. También era la camarada Tomasa la que estaba siempre dispuesta a solucionar imprevistos, a sustituir a un camarada enfermo en el cumplimiento de su tarea.

Por ello, porque conocía a la camarada Tomasa, cuando me dieron a leer mecanografiado este libro, antes de abrirlo tenía la convicción de que sería una cosa muy interesante, muy responsable y muy necesaria.

Mi más sincera felicitación, camarada Tomasa, y hasta la próxima.

MUJERES DE LA RESISTENCIA

LIBRO TERCERO

Se lo dedico a Pedro Valverde, Numen Mestres, Ángel Carrero y Puig Pidemunt, fusilados el 17 de febrero de 1949.

A todos los hombres y mujeres que han dado sus vidas en la lucha por la paz, la libertad y la democracia en nuestra España.

PRÓLOGO

Este es el tercer libro de la por ahora trilogía *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*, de Tomasa Cuevas, quien tiene tanto material reunido, tantas entrevistas hechas a mujeres que pasaron por las cárceles franquistas en los tiempos en que pasar por ellas significaba la tortura y la muerte, tanto testimonio de mujeres que lo dieron todo por su partido, que podría llenar varios volúmenes más. Seguramente no lo hará y es probable que con este cierre el ciclo de tan estremecedora experiencia. Y no lo hará porque no solamente le ha costado y cuesta esfuerzo intelectual y físico reunir estos testimonios, grabarlos, ponerlos en solfa literaria —todo ello comporta un extenuador trabajo—, sino porque además, publicar tales desgarradoras verdades exige un dinero que ni Tomasa Cuevas ni sus amigos tienen. Tomasa Cuevas no es una profesional de la pluma, no es una literata cuyo nombre se disputan los editores, por más que sus trabajos literarios, en este caso de tres volúmenes, tengan una carga emocional que suple con creces el puro valor retórico y estético, y el no serlo entorpece el factor publicista. Lo paradójico es que hoy hay mucha gente que publica sin tener nada que decir, que sus escritos contienen mucho menos brío, ternura, denuncia y emoción, como sucede con las memorias de los folclóricos, los recuerdos de ciertos militares, los rollos patateros de muchos políticos, las confesiones de las zorras de la *jet society*, y un largo etcétera, quienes encuentran editores para tanta vacuidad que les pagan suculentos royalties. No hace mucho, el editor de un superdotado premio literario, le ha ofrecido un puñado de pesetas —millones— al golpista Tejero por sus memorias. Nosotros le sugeriríamos que hiciera lo mismo con Tomasa Cuevas. Pero, ojo, Tomasa Cuevas es una comunista y esto es un hándicap en nuestras sociedades, sociedades democráticas, claro, pero, ojo otra vez, capitalistas. Y sin embargo se tendría que hacer un esfuerzo colectivo para conseguir que Tomasa Cuevas pudiera seguir ofreciendo estos gritos de la tortura en las carnes femeninas, porque ser mujer ha sido otro hándicap, tanto o más rechazante que el de comunista, aunque la mayoría de estas mujeres también tuvieran este último, así que...

Hasta ahora eran solo los hombres los que habían luchado contra el franquismo, los que habían sufrido, los que habían padecido persecución, cárcel y martirio por la causa democrática. Al menos así constaba en los anales de la memoria colectiva, incluso en la de los partidos a las que estas mujeres pertenecían. Sí. O no. La pregunta surge de inmediato. ¿Qué había hecho la mujer mientras el hombre fue sometido a persecución y malos tratos durante el oficio de tinieblas que ceremonió Franco? ¿Llevar únicamente su paquete de ropa y comida al preso? Tomasa Cuevas vierte en sus tres libros raudales de testimonio, unos testimonios lacerantes, expositores de las carnes abiertas y apaleadas de tanta mujer antifranquista que pasó por el tubo de la más horrible y cruel represión, mujeres estilo madre de Gorki, mujeres como las madres coraje de Brecht, como la *mamma* Magnani romana, mientras que todo lo tenían y todo lo perdieron, incluso, muchas, la vida, que todo se lo jugaron por la justicia y la libertad.

No son estos libros, y entre ellos este que me honro en prologar, libros del rencor y la venganza, no, antes al contrario, son libros de la reconciliación. Pero, al mismo tiempo, son libros de la memoria olvidada, de una memoria colectiva que ha veraneado durante demasiado tiempo. No se puede echar en saco roto tanto sufrimiento; tanto sufrimiento y tanta esperanza como suponía este sufrir no puede desaparecer definitivamente, sin más ni más, por el escotillón negro de la historia que no existe porque no se escribe. La epopeya de estas mujeres rebasa el marco de los partidos y de las ideas por las que sufrieron hambre y persecución de justicia, perteneciendo por derecho y méritos propios a las bienaventuranzas de la ilusión que nunca tiene que morir, la causa democrática, el auténtico socialismo, la justicia, la igualdad y la libertad. Muchas de estas mujeres que tienen que haber pensado forzosamente en que cuanto de malo pasaron en aquel entonces no ha servido para nada o para bien poca cosa y en cuyos pechos habrá hecho mella la desilusión y el desencanto, se sentirán confortadas por los libros de Tomasa Cuevas que las coloca en el pedestal histórico que se merecen y les corresponde.

Gracias, Tomasa, y un abrazo.

Francisco CANDEL

Barcelona, 12 de marzo de 1986

INTRODUCCIÓN

Como ya digo en el segundo tomo de *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas* al recoger unos cuantos testimonios de mis compañeras, entre las miles con las que he convivido de una manera u otra en las cárceles franquistas surgieron otros muchos que no conocía. Pero que eran compañeras que habían sufrido la represión, pasando por las comisarías y cárceles. Sus testimonios son de un gran valor, y de un interés histórico. Por razones que ya explico en los libros primero y segundo, estos no han visto la luz, pero me propuse a mí misma que no quedarían olvidados en una carpeta. Me ha costado muchas rabietas con los editores, mucho tiempo perdido, y por qué no decirlo, también pesetitas, pero todo lo doy por bien empleado, porque ello me permite darlos a conocer.

Algunas de estas compañeras ya fueron encarceladas en los primeros días del final de la guerra civil, otras de una forma u otra participaron en las guerrillas de Andalucía, Cuenca, Levante y Aragón. Algunas son reincidentes, al participar en la lucha clandestina, contra la dictadura franquista.

He leído algún libro sobre guerrillas, que muy poco resalta el trabajo de la mujer, ni como guerrillera ni como ayuda a guerrillas.

El libro de José Gros *Abriendo camino* dice: "Por la noche llegamos al campamento; a la mañana siguiente nos pudimos ver las caras. Entre los guerrilleros había dos chicas, Sole y Dolores. Me dijeron que había otras dos". No dice más de estas muchachas, que habían hecho la ayuda a guerrillas ellas y sus familias y se vieron obligadas a echarse al monte, pero ellas mismas nos relatarán sus vidas como ayuda a guerrillas, como guerrilleras, y como ex presas políticas.

Capítulo 1

LAS GUERRILLERAS

Esperanza Martínez

Me llamo Esperanza Martínez. Empezaré por decirte que conocí a los Montero. Esta familia se componía del padre, la madre, dos hijas y dos hijos; al padre y al hermano mayor los metieron en la cárcel; al salir en libertad se vinieron a vivir a un pueblo llamado Morta.

Al padre, que era guardia forestal, lo habían sustituido. Habían vivido bien, pero al no tener trabajo estaban en la miseria. Mi padre, Nicolás Martínez, en el verano necesitaba gente para la siega, éramos campesinos. Le hablaron de esta familia, que tenían un chico joven y sabía segar. Y trajo a este muchacho; se llamaba Casimiro. Mientras estuvo en mi casa, mi padre le tomaba el pelo y el decía: “Tu de qué eres, ¿de derechas o de izquierdas?”. Él se veía un poco apurado; debía de pensar: “¿Cómo le digo yo a este hombre que soy de izquierdas? Porque mira que si él es de derechas... Sea lo que sea, yo diré que soy de izquierdas, y que él se manifieste”. Y así empezó nuestra gran amistad. Él se lo contaba a sus padres y su familia nos cogió un gran afecto; no tenían donde caerse muertos. Mi padre, al conocer que eran represaliados, los ayudaba en todo lo que podía, porque pensaba como ellos, teníamos tierras que eran arrendadas, pero podíamos disponer de ellas, les dimos un trozo para sembrar patatas, judías, garbanzos, de todo lo que necesitaban, y a partir de entonces empezaron a vivir un poco, que ya estaban los pobrecitos hasta las narices de pasar hambre. Esta gente nos cogió un cariño tremendo, para nosotros no era ningún sacrificio, al tener tierras es solo cuestión de sembrarlas, y eso es lo que hacían ellos, para el invierno cogieron patatas y alguna otra cosa, esta familia agradecida no comprendía cómo mi padre nada más pensaba en ayudarles.

Trabajando en lo que podían, y ganando una perra, iban saliendo adelante. Pero el mozo, el hijo mayor, era una persona inquieta y trabajaba en la clandestinidad; esto fue lo que le hizo tomar contacto con las guerrillas, y llegó un momento en que tuvo que marcharse al monte antes de que lo cogieran. A través suyo nos pusimos en contacto con los guerrilleros; mi padre era viudo con cinco hijas, Pruden, Esperanza, Amada, María y Angelita, mi madre murió cuando éramos todas muy pequeñas. Mi padre estaba en contra de que nos metiéramos en nada; este mozo hermano de Reme, desapareció y vino una noche con los pies muy hinchados a casa, a ver si mi padre lo podía guardar en el pajar o donde fuera, porque no podía andar; por eso tuvo que bajar de las guerrillas.

Mi padre dijo: “Sí, lo que haga falta. Métete, en el pajar pon atención, no quiero que las chicas se enteren y se vayan de la lengua; ellas no saben hasta qué punto han de ser responsables”. Éramos jovencitas entonces. Pasó el tiempo y mi padre seguía suministrándole cosas a escondidas nuestras; había veces, ya sabes que en los pueblos se cocía el pan para ocho días, y... nos sorprendía a mi hermana y a mí que se acabara con tanta rapidez; o bien se compraban latas de escabeche o de otras conservas en



Esperanza Martínez, en la cárcel de Alcalá con uno de sus sobrinos el día de la Merced. En ella se ve la exposición de las primorosas labores que se hacían en la cárcel, que servían para comprar lo más necesario en el economato e incluso a algunas para ayudar a sus familias en la calle, tan necesitadas como el preso mismo.

aceite, porque al vivir en una aldea no tienes mercado cada día, y tenías que proveerte de otros sitios; y yo veía que las cosas desaparecían; hacíamos matanza y los chorizos, las morcillas y el jamón nos desaparecían y le decíamos: “Pero, padre, ¿cómo se come todo tan rápidamente?”. Y no contestaba. Estaba en contacto con los guerrilleros a través del hermano de Reme y les daba comida y lo que necesitaban.

Una noche mi hermana había festejado con su novio en la ventana y vio a unos cuantos hombres con metralleta, y pensó: “Vienen por mi padre”. El cacique del pueblo siempre tomaba represalias contra nosotros, por ser de izquierdas. Después que acabó la guerra se pusieron muy farrucos y siempre nos miraban mal y estaban en contra de nosotros en la aldea. El novio de mi hermana al marcharse se los encontró en la esquina; no sabían si era de unos o de otros. Entonces mi hermana me llama y me dice: “Mira lo que hay”. Yo me pegué un susto y pensé como ella: a por mi padre. Habían llamado por la ventana del cuarto de él, que daba a la calle, y habían dado la consigna; entraron por el corral y se abrazaron; se nos ensanchó el corazón porque vimos que eran de los nuestros, no sabíamos si salir corriendo a abrazarlos, pero hicimos ver que no nos enteramos. Mi padre no nos decía nada, todo a escondidas; mi hermana, como estaba mosca, una de las veces se fue al pajar y se encontró al hermano de Reme y a otros camaradas que iban con él. “Por favor, Pruden, no nos descubras”. “¿Cómo voy a descubrirlos?, ni hablar, ¿qué necesitáis?” El hermano de Reme le dijo: “Nada, que no digas que nos has visto”. Y le dijo a mi padre que mi hermana los había descubierto y mi padre dijo: “No, hay más remedio que decirselo, hablaré con ella, os ayudará, y me ayudará también a mí”. Pero las cosas iban cada vez más lejos. Pese a que mi hermana les descubrió y las dos comentábamos que algo anormal había en casa, porque desaparecían los víveres, ella no me dijo nada y trabajó con mi padre. Yo les descubrí y no dije nada; estuvimos en casa un tiempo que todos hacíamos y sabíamos y todos callábamos. Al final se descubrió la complicidad y todos éramos uno.

Mi hermana se casó y se fue a vivir con su suegra; mis hermanas que eran pequeñas se les advirtió, no decían nada. A partir de entonces empecé a trabajar con Reme, porque a través de su hermano, que estaba en la guerrilla del llano, nos daban citas para decirnos lo que teníamos que hacer, que comprar; necesitaban comida, ropa, tabaco, nos hacían una lista larga de un montón de cosas que ellos no podían comprar. Yo salía de mi casa, me pasaba por el pueblo de Reme y las dos nos íbamos a Cuenca a comprar y traíamos la burra cargada de cosas para los guerrilleros, y por la noche se las llevaba. Muchas veces nos encontrábamos con la Guardia Civil cuando llevábamos el suministro, disimulábamos y hacíamos tonterías para que no se dieran cuenta de lo que llevábamos; con nuestra juventud todo lo superábamos, el monte y el llano. Eramos una familia unida y nos queríamos mucho.

Así estuvimos bastante tiempo, suministrándoles lo que necesitaban, y en casa se quedaban cuando era necesario. Yo tenía mucha ilusión por hacer este trabajo, y como sabía que los guerrilleros eran soldados republicanos, gente que se tiraba al monte por no ir a la cárcel, pues lo hacía con toda la responsabilidad.

Yo todavía no tenía ideología política, solo sabía que el cacique del pueblo era el alcalde, lo era todo, desde que entraron los franquistas tomaba muchas represalias contra mi padre, por ser de izquierdas le miraban mal, le querían doblegar, le querían

obligar a ir a misa; él cogía los mulos y se marchaba al quinto pino a labrar. Porque mi padre no era creyente, pero a nosotras no nos dijo nunca si vais o no vais a misa o a los ejercicios de la iglesia. Yo sólo de ver que mi padre era bueno y que sólo por ser de izquierdas nos hacían la vida imposible, decía: “¿Por qué se meten con mi padre, siendo una persona tan buena?”. Pensaba que los guerrilleros eran personas de izquierdas y solo por hecho de pensar así me eran simpáticos.

Se hablaba de que los guerrilleros habían cogido a la hija del alcalde de no sé qué sitio para pedir rescate. Llegó el día de mi cumpleaños y me dedicaron unas poesías; yo me sentía muy halagada, y más dichosa que nadie en el mundo. En un asalto, la Guardia Civil cogió las banderas que habíamos hecho nosotras. No decían el sitio ni nombres. Aunque la Guardia Civil no tenía datos concretos, empezó a sospechar de las casas de izquierdas más conocidas, veíamos mucha vigilancia en mi casa y en la casa de Reme. Por la noche tocaban a nuestras ventanas, pero nosotros teníamos una contraseña para los guerrilleros: si la daban, abríamos; pues hasta la Guardia Civil picaba en las ventanas a ver si abríamos pensando que eran los guerrilleros. Pero como no daban la consigna no abríamos. Yo no sé si fue un error o un acierto, le dije a mi padre: “Mire, me parece que ya estamos descubiertos, la Guardia Civil vestía de mendigos y pedía limosna a ver qué tal respondíamos y diciéndonos cosas raras, me parece que tendremos que hacer algo porque un día vamos a caer, padre”. Teníamos un perro que era un policía tremendo, no ladró nunca a los guerrilleros, pero en cuanto olía a la Guardia Civil nos ponía en guardia. Nos asomábamos a la ventana, y podíamos ver la vigilancia. Yo dije: “Me voy al monte; si quiere se viene conmigo, y si no, se queda con mis hermanas aquí, pero yo antes de que me cojan me voy”. Mi padre dijo: “Pues vámonos todos, porque yo tampoco me quiero dejar coger. Si me han de pegar un tiro, para que me lo peguen aquí, que sea en el monte, al menos que me pueda defender”.

Habían detenido a unos camaradas de un pueblo cerca que se llama Fuentes y los habían torturado bastante y se dijo que habían dado nombres de tal y tal. También cogimos temor a que pudieran declarar el punto de apoyo nuestro. Entonces estaba implicado mi cuñado... tengo una hermana viuda, que también lo mataron en la guerrilla, ya nos pusimos de acuerdo. Mi hermana y su marido habían ayudado a las guerrillas. Como ves la familia entera, pero cada uno por su cuenta, hacía lo que podía. Ella vivía en otro sitio. Mi cuñado al saber que habían detenido a los del pueblo vecino, y que corría el riesgo de que lo detuvieran, también quedó de acuerdo con nosotros; marchamos al monte todos, la misma noche: Reme, su padre, mi padre, mis dos hermanas, mi cuñado y yo, todos de golpe a una hora determinada a donde los guerrilleros nos habían dicho. El día anterior habían enterrado a la madre de Reme, afortunadamente: la pobre estaba paralítica y sufría horrores, tenían que hacerle todo, incluso darle de comer. Nos marchamos al monte y estuvimos en la guerrilla. Para nosotros era lo más grande del mundo, estar entre camaradas, estábamos a nuestras anchas; mi padre había oído atrocidades que hacían con los jóvenes y pensaba lo que podían hacer con sus hijas si nos cogía la policía; que podían violarnos, que podían hacer un montón de barbaridades con nosotras, y que si nos mataban en el monte moríamos en defensa propia, y no allí como unos inútiles en casa, esperando que llegasen. En el monte hacíamos una vida de mucha camaradería y además con muchas

ganas de conocer política; yo solo sabía dos cosas: las izquierdas y las derechas, y no entendía nada más. Me hablaban de la Unión Soviética, de los países socialistas, y en realidad yo lo escuchaba con mucho cariño, porque tenía muchas ganas de aprender, pero aquello me sonaba a sueco, porque no entendía nada; nos explicaban el programa del Partido, pero en las primeras clases los camaradas vieron que nunca nos habían hablado de esto. Y entonces pensaron que lo que teníamos que hacer era aprender a leer y a escribir —éramos semianalfabetos—, a tener más conocimientos culturales, a acostumbrarnos a discutir políticamente. Si entonces no sabíamos, ya sabríamos en lo sucesivo; así que nos ayudaban muchísimo cuando nadie se había preocupado de nosotros, esto nos parecía extraordinario. Nos enseñaron cómo se hacía un guión para una discusión política; porque se hacían reuniones y de momento no hacíamos más que escuchar, no sabíamos intervenir. Había cosas que las comprendíamos, pero no sabíamos expresarlas. Yo era incapaz de decir una palabra, pero nos acostumbramos a discutir ciertas cosas que para nosotras eran nuevas.

Y así empezamos a asistir a las primeras reuniones. Al principio no interveníamos; luego ya empezamos a soltarnos. Y al cabo de un tiempo nos familiarizamos con la política de Partido y con las guerrillas. La vida en el monte era muy difícil, con nieve, con lluvia, con un montón de problemas y escondiéndonos para que no nos viera la Guardia Civil. Una de las etapas que estuvimos en guerrillas, que fue lo más difícil que pasamos, no sé si estuvimos cuatro o cinco días sin nada de comida. Había nevado y no podíamos salir a los puestos de apoyo a suministrarlos. Lo único que hicimos aquellos días, como no podíamos comer, era coger un libro y leer. Hacíamos tomillo, que era muy bueno, pero no teníamos azúcar y llevábamos un tubo de pasta Profidén, recuerdo que para endulzarlo... una de las cosas que se nos ocurrió fue echarle el Profidén; era la única forma de podérselo tomar. No teníamos nada pero había armonía. Reme habla del asalto al campamento; fue casual, estábamos en Siete Aguas, al lado de Requena. Se había hecho para ir a buscar agua por las noches un sendero que se notaba, y la Guardia Civil de recorrido lo cogió sin pensar en lo que se iba a encontrar. Cuando nos dimos cuenta ya estaban encima nuestro. Allí, pues el que más pudo... se disparó mucho pero salían guardias civiles por todas partes. Nosotros solo tuvimos tres heridos pero de ellos hubo un sargento, un cabo y un raso muertos, que nos los quisieron cargar en las costillas cuando nos juzgaron. Escapamos, la destreza de los camaradas era más grande que la de la Guardia Civil; ellos eran más numerosos pero los nuestros tenían más práctica en escurrirles; me acuerdo que pasamos mucho calor, el día siguiente del asalto que estaba hirviendo de guardias civiles. En una explanada llena de romeros no muy altos estuvimos tumbados todo el día sin comer, y sin beber, aguantando, esperando que llegara la noche para marcharnos a otro sitio; y así fuimos escurriendo el bulto de la Guardia Civil.

Reme salió a la ciudad, pero mis hermanas y yo nos quedamos en el monte y estuvimos casi dos años en la guerrilla, porque faltaban puntos de apoyo y condiciones para las cuatro que estábamos con ellos. Después volvió Reme cuando se vio descubierta en el pueblo que estaba, y se la reintegró. A mis hermanas las mandaron a la ciudad y a Reme y a mí nos prepararon para pasar a Francia. Teníamos varios sectores; nosotros estábamos en el quinto, como los padres eran mayores se acordó, mientras se les encontrase un sitio seguro en la ciudad, mandarlos a otro sector. Al

séptimo, que era más tranquilo. No iban juntos los dos. A mi padre lo mandaron con un camarada, si se le puede llamar así, porque se portó muy mal; le advirtieron: “No toquéis ese punto de apoyo, no toquéis por aquí, no toquéis por allá”. Él fue el responsable de la muerte del hermano pequeño de Reme, que también le dijeron lo mismo, hizo lo que quiso. Encontraron a un pastor que se chivó a la Guardia Civil, que los mató a los dos, a mi padre y a él; a mi padre no lo acabaron de matar, quedó vivo con la pistola en la mano, pero no podía disparar. Ya estaba medio muerto. Como no se podía él mismo matar, cuando un guardia civil fue a recogerlo, mi padre lo enganchó por la pierna y le dio un mordisco; la reacción del Guardia Civil fue dispararle. Se ve que el pobre mío pensó que era la única forma de que lo remataran. Así nos lo notificaron a nosotras. Mi cuñado también estaba en plena actividad en las guerrillas. Un día de estas emboscadas, por chivatazos de pastores a la guardia civil, mataron a mi cuñado y al padre de Reme; esto al final de la guerrilla, que ya se estaba disolviendo; iba a arreglar los papeles para salir a Francia, y en estos preparativos tuvieron un asalto al campamento, tuvieron que cruzar el río para salvarse; como no sabían nadar se ahogaron. Así que cuando emergieron y los encontraron muertos no los reconocía ni la familia.

Los camaradas no sabían cómo decírmolo y qué reacción íbamos a tener mis hermanas y yo a la muerte de nuestro padre. Se alegraron mucho al ver nuestra respuesta, porque fue coger mucha más fuerza, mucho más coraje, para luchar contra el fascismo, que era el culpable de las muertes que ocurrían en nuestro campo.

Y así fue pasando el tiempo. Luego la consigna era ir retirando la guerrilla; no se disolvieron totalmente, porque quedaron las guerrillas de paso de fronteras y algunos nos encaminaron para Francia. A mis hermanas las mandaron a un pueblo determinado, todo muy clandestino, no se daba a conocer nada; se nos avisó y preparó por separado.

Reme y yo íbamos a Francia. Para salir del monte fuimos por distinto sitio, yo por un lado y ella por otro, con distintos camaradas. Yo iba con un camarada que se llama Teo a un pueblo de Valencia, que no supe ni cómo se llamaba; luego me enteré en la cárcel que era Cofrantes. Y de allí cogimos un coche para Valencia. Íbamos por separado. De Valencia a Barcelona, allí no me acuerdo dónde nos unieron a Reme. De allí a pie fuimos a un punto determinado del monte, otros camaradas nos esperaban para hacer el paso de frontera. Se nos hizo muy pesado. Cuando llegamos a Francia estuvimos en una casa un par de días. Y desde allí nos llevaron a Perpiñán, y de Perpiñán a París. Nos metieron en casas distintas hasta que nos llevaron a un sitio fijo. Es donde nos dijeron que si queríamos trabajar para el Partido de enlace entre Francia y España. Nosotras contentísimas de colaborar y la satisfacción por la confianza que depositaban en nosotras... En la guerrilla era vegetar y resguardarse para sobrevivir, la vida en el monte era así en los dos últimos años; nos dieron unos cursillos de historia, nuestra cultura era muy escasa; lo que nos habían enseñado los camaradas, y luego en Francia; fuimos superándonos, que falta nos hacía. Apenas sabíamos leer y escribir.

Yo salí antes que Reme; hice un viaje a Pamplona con unos camaradas que dejé allí, con la consigna, y recogí a otros. Hicimos el trayecto que normalmente se tiene que hacer. Estuvimos lo menos posible en la ciudad, y por la noche salimos a pasar

la frontera andando hasta San Juan de Luz y de allí a Francia; el viaje lo hice feliz y sin ningún tropiezo, y cuando llegué a Francia vino el Partido a decirme que aunque no me tocaba salir para España, puesto que acababa de llegar de uno de los viajes y debía descansar, resulta que corría peligro Reme. Los gendarmes habían detenido a alguien en la frontera, o por lo menos había un choque entre ellos y los gendarmes. Para mí era un honor, el Partido tenía confianza en mí. En una noche preparamos los detalles del viaje, de sitios, de nombres para la vuelta y otras cosas que tenían que hacer. Y a la mañana siguiente emprendí el camino; por cierto, que me llevó a la estación Julián Grimau a despedirme y me dijo que vería un camarada en Burdeos bajo consigna, el camarada que tenía que ayudarme a pasar la frontera; y una dirección también de Burdeos por si faltaba a la cita poder respaldarme. Era una estafeta, pero encontré al camarada y no la utilicé. Mi primera desconfianza en el hombre que me habían presentado era que al llegar a San Juan de Luz quería la dirección que el Partido me había dado de Burdeos. Empecé a desconfiar de él y pensé que no era correcto, yo había aprendido en el Partido a no interesarte por lo que no te importa; me chocó mucho y le dije que no le interesaba aquella dirección... Pero al final se la di, hice mal. Emprendimos la marcha y pasamos en San Juan de Luz parte de la noche, a las doce emprendimos camino para España. No recuerdo si tardamos dos o tres días.

En los sitios en que descansamos tuvo un trato correcto conmigo. Lo único, y me acuerdo que me chocó mucho, por ejemplo, él quería que yo cargase con más peso, cosa que en los camaradas yo no había visto; y esto incrementaba mucho más mis dudas sobre él, porque incluso cuando cruzamos una acequia o un río, yo tenía la costumbre de ver en los camaradas esa ayuda, esa colaboración, ese apoyo. En plena clandestinidad, cuando yo sé que en las guerrillas los sitios de paso en que había luz o había gente se esquivaban siempre, me acuerdo que este hombre me llevó por un sitio muy peligroso. Llegué a la conclusión de que cuando volviera lo explicaría todo; me hizo pasar por una Central Eléctrica, por la misma puerta, cosa que en la guerrilla estaba prohibido, y más al paso de la frontera; era un riesgo que corríamos y me parecía muy mal. Había muchas masías, que unas están por aquí y otras por allá, y los perros se desgarraban ladrando. Es más, cuando pasaba cerca nos arribábamos a las puertas. A mí todo esto me parecía muy raro. Llegamos a Rentería, uno de los primeros sitios por donde pasábamos. Nos tomamos un café con leche para desayunar. Por cierto, que dijo que lo había pagado él y que se lo debía yo. Pues me parece muy bien si te lo debo, te lo pagaré. A mí no me sabía mal, pues al Partido hay que darles cuentas. Pero lo que me sorprendió es cuando me dio la documentación al llegar a tierra española, que es cuando te tienes que vestir con ropa de ciudad, no de montaña. Cuando deshizo la maleta que traíamos, donde estaba la documentación y donde estaba el dinero, lo sacó y me lo entregó. Pero cuando vio que llevaba menos dinero que yo, no le agradó que me dieran más que a él; yo le dije que era igual, que el dinero que me sobraba era del Partido y volvió a pedirme lo del desayuno, porque lo había pagado él. Todas aquellas cosas las iba rumiando. Dimos una vuelta para hacer tiempo para la hora del tren, y luego nos dirigimos a la estación para sacar los billetes. Él fue quien los sacó, para Salamanca, que era donde teníamos que ir. Todo su interés se centraba en saber el punto exacto donde teníamos que ir a Salamanca,

dónde era la cita, a qué gente teníamos que recoger. Yo siempre le decía que no se preocupara, que ya se lo diría cuando estuviéramos más cerca, que al fin y al cabo no habíamos llegado aún. Bastó que tuviera ese interés en saberlo para que yo desconfiara más; por cierto, vi cuando sacó los billetes que estuvo mucho tiempo hablando con el de la taquilla.

Yo estaba mosca todo el rato. Me hubiese vuelto si hubiera podido, incluso cuando cruzamos el Bidasoa con una barca. Voy a contarlo tal como pasó. Tanta sospecha tenía yo con ese tipo que incluso cuando él con la barca de goma cruzó el Bidasoa con el macuto y demás, yo me quedé con la metralleta al otro lado para pasar en otro viaje. Cuando le vi volver a por mí tuve la tentación de liquidarlo. ¿Pero con qué cara me presentaba yo al Partido y les decía que había matado a un camarada por sospechas personales mías? Entonces pensé que mi obligación era seguir la ruta, pues de lo que se trataba era de salvar la vida de unos camaradas que se encontraban en peligro.

Yo estaba cargada de argumentos que explicaría al Partido, de cosas que no me habían gustado de ese hombre. Subimos al tren, me da los billetes; no me acuerdo si hicimos reparto del dinero para pagar, supongo que sí, pero sé que yo llevaba una cantidad de dinero y que él sabía cuál era esa cantidad. Subió al tren en un vagón y yo en otro, tal como el Partido me había recomendado, puesto que a este hombre lo conocía mucho la policía y corría el riesgo de ser retenido. Así que lo hicimos de esa forma.

Cuando llevábamos ya un trayecto recorrido, oí hablar muy fuerte en el vagón inmediato, donde iba él; al rato vino la policía hacia mí sin detenerse en nadie y me pidió la documentación y me dijo que quedaba detenida en tanto no se aclarasen algunas cosas que se tenían que aclarar. Les dije: "Bien"; el dinero que llevaba me lo cogieron, salvo mil pesetas que llevaba en el monedero; y al ver que no se daban cuenta las metí entre el asiento del tren; algún viajero las podía coger y aprovechar, que siempre era mejor a que se las quedara la policía; yo ya sabía que no me las iban a devolver.

Nos llevaron, me parece, a Miranda de Ebro. Nos hicieron un atestado y volvimos a subir al tren para Burgos; una vez en Burgos, nos pidieron una serie de datos, filiación, etcétera, de lo cual me limité a decir mi nombre y mi oficio con arreglo a mi documentación. Al mediodía nos preguntaron si queríamos comer algo; como yo no tenía ni pizca de gana, les dije que si me podían traer una naranja, que tenía mucha sed; y me sorprendió mucho cuando oí que el compañero estaba pidiendo un succulento banquete; y me quedé más sorprendida de lo que ya estaba; supongo que se lo traerían y se pondría las botas.

Empezaron a investigar de dónde veníamos y qué misión traíamos y de qué Partido era yo; a tal pregunta les contesté que no era de ningún Partido, que yo no entendía de fútbol, lo cual les puso muy furiosos. Por esto me cayeron muchas tortas.

Me dejaron y volvieron a sacarme; me sacaban a intervalos de dos horas, y me pegaban. Yo me mantuve con el nombre de Consuelo Pallarés Olivares y di el sitio donde trabajaba, que era un taller de modistas de una dirección determinada, que era la que ponía en la documentación. Llamó allí la policía y querían que yo cogiera el teléfono y hablara con la modista. Yo me negué, y les dije que no tenía por qué decirle nada a aquella señora y me mantuve en eso. Luego, cuando pasaron dos días, me llevaron a la Provincial, a una brigada de mujeres, porque estaba en una cárcel de

hombres. Al llegar viene un funcionario exigiendo las mil pesetas que me faltaban, lo cual quiere decir que mi acompañante estaba en el complot todo el trayecto. Una de las veces que nos sacaron de la cárcel a comisaría, él mismo me propuso fugarnos. Yo le dije que él hiciera lo que quisiera, pero que yo no tenía por qué fugarme con él, y que ya se vería dónde desembocaba la situación. Una de las veces que me sacaron a la comisaría me enteré de que habían detenido a Reme y a otros camaradas que venían con ella; yo iba a entrevistarme con ellos y no me dio tiempo, por lo cual no sé por qué medio ni de qué forma les pudieron detener y aún ahora tampoco se ha sabido. Yo pienso que ese hombre dio algún dato o alguna cosa porque el nombre que llevaba supuesto yo lo mantenía y dije que iba a Salamanca, pero no al sitio determinado donde tenía que ir. A él le pegaban porque decía que era yo quien lo sabía y a mí me pegaban porque yo no sabía nada. En eso me mantuve y por eso me dieron muchas hostias.

Me volvieron a llevar a la comisaría. La policía me había pegado tanto, estaban furiosos conmigo porque no les decía por qué iba a Salamanca ni lo que ellos pretendían que dijera. Me pegaron de tal forma en el cuerpo y en la cabeza que se me puso hinchadísima; y al llevarme de nuevo a la prisión, los presos se pusieron feroces contra la policía, porque decían que no había derecho a que se tratase así a las personas; qué bestias habían sido los que me pusieron de aquella forma; por el solo hecho de que una mujer fuera indocumentada o como fuera, no había derecho a pegar. Así, protestaron de una manera tajante, incluso una funcionaria se puso de mi parte y dijo que no había derecho a ponerme de esa manera. En uno de los viajes a comisaría había un par de señores que habían ido a ver si me reconocían; preguntaban mucho por una tal Peque, por la Peque.

Me dieron unas cuantas vueltas, me miraron de arriba abajo, me hicieron dar unos pasos de aquí otros pasos por allá y dijeron: "No, esta no es la Peque, se la pueden llevar". Esa tal *Peque* era Tomasa Cuevas, que había estado en la calidad de detenida en el hospital de Pedrosa (Santander); muchos amigos y camaradas la llaman *Peque*. Se había escapado después de dos años de cama y la andaban buscando. De esto me enteré muchos años después; se me llevaron definitivamente al no ser la que ellos buscaban; a continuación, al llevarme a la cárcel Provincial y pasar allí no recuerdo cuánto tiempo, vino la Político-Social de Madrid, el Carlitos; no sé dónde está pero para mí más vale que haya desaparecido de la faz de la tierra, porque era un bestia, un monstruo. Vino en compañía de unos cuantos más; nos metieron en un furgón a Reme y a mí y a los camaradas, todos esposados a punta de metrallera dispuestos a cargársenos a todos por cualquier movimiento. Así hasta la Dirección General de Seguridad de Madrid. Nos metieron en los históricos calabozos de Gobernación, que si sus paredes pudieran, hablarían de las monstruosidades que han visto, los hombres y las mujeres a los que han destrozado las torturas e incluso muerto en ellas.

Las celdas eran muy oscuras en contraste con el lugar a que nos llevaron a declarar; había luces brillantes, como dice Reme, a toda potencia para ver si te deslumbraban; te ponían en el centro de un corro y jugaban al tieso contigo y te daban toda la leña que podían. A las siete de la mañana me llenaron toda la boca de trapos, unos trapos sucios, la boca toda apretada para que no pudiera gritar, porque se suponía que

lo que me esperaba iba a ser gordo. Entonces me dijeron que me tumbara en el suelo. Yo me negaba a tumbarme y entonces me tumbaron ellos a tortazos. Me pusieron boca abajo después de haberme tapado yo, me levantaron las faldas y me quitaron las bragas. Con una verga de esas de goma, y uno a cada lado me cantaban lo de "María Cristina me quiere gobernar y yo le sigo la corriente...". Y uno me daba y otro me daba, y cuando veían que los latigazos ya no me dolían pues ya lo tenía adormecido, me dejaban descansar, y cuando me había enfriado volvían siempre a las mismas, pero siempre de la misma manera. Que me echara al suelo, que me desnudara. Yo me negaba a todo y entonces ellos a puñetazo limpio te daban por un lado y por otro y te dejaban ahí en medio tumbada.

Además, las cosas que dice Reme de los palillos de las uñas, de la sal que ponían en una tabla y hacían que te arrodillaras encima y te tenían horas y horas a ver si decías algo.

Entonces yo había negado mi verdadero nombre y me decían: "Reme dice que tú te llamas Esperanza Martínez y además aquí tenemos las cartas que tú escribiste a tal sitio, datos de la guerrilla que hemos cogido". Y era verdad, pero yo decía: "Soy Consuelo Pallarés Olivares, no soy Esperanza Martínez". "No es cierto", y me llevé muchas hostias por negar mi nombre, que al final me las podía haber ahorrado todas, porque acabé diciendo que sí que era Esperanza Martínez; además tenían montones de datos y fotografías. Total, no me acuerdo del tiempo que estuvimos recibiendo leña; una de las veces, uno de los policías, que hacía de bueno, me sacó por un pasillo y después de atravesar un portalón muy grande, pasamos por un túnel redondo y me sentó en un banco de piedra que había; y haciéndose el bueno me dijo que no fuera tonta, que dijera todo lo que sabía, que ellos me darían una documentación y me pasarían a Portugal, que a mí no me pasaría nada. Yo le dije que no tenía nada que decir, que hablara con el que llevaba la misión. "Es el Largo", me dijo (*el Largo* era Eduardo Pelayo Blanco, así le llamaban y se llamaba el compañero con el que hice el viaje). Le contesté que no podía acusar a ese hombre de nada, aunque yo pudiera sospechar de él no facilitaría ningún dato a la policía. Lo que yo decía es que no sabía si él llevaba una misión; fuera el uno o el otro, si descubría no sé qué punto de apoyo en Francia que yo conocía, ellos pagarían los gastos del viaje, luego me darían una documentación y me pasarían a Portugal y estaría a salvo, incluso tenía que decirles más cosas.

Ahora no recuerdo. Yo les decía: "No tengo nada que decir". Que era Esperanza Martínez y que ellos sabrían por qué me habían cogido y se acabó".

No se acabó ahí; cuando supieron quiénes éramos y no sabían la misión que traíamos, porque no dijimos nada, vinieron otros policías de Valencia y nos trasladaron porque la causa pertenecía a Valencia. Total, que estuvimos todo el mes de comisaría en comisaría y en Valencia me encontré con que habían detenido a mi hermana Amada, que estuvo también en las guerrillas. La habían detenido muy pocos días después de llegar al pueblo que estaba destinada. La Guardia Civil le había dado la libertad provisional con el fin de ver si nos acercábamos por allí, para cogernos. Al no ser así, cuando nos detuvieron a nosotros le detuvieron a ella y la llevaron a la cárcel, porque el problema era coger al grupo y ya nos habían cogido.

Una de las mujeres que nos hacía la vida imposible en Valencia era la esposa del administrador, la señora Purificación. En Valencia al llegar a la prisión fueron días

muy malos porque entre otras cosas nos atormentaba diciéndonos que nos iban a fusilar; de tal manera que nos lo creíamos, que estábamos seguras que lo harían; nos habían dicho que éramos víboras, que éramos personas a las que habían metido mucho veneno en el corazón, que no teníamos entrañas, que nos las habían quitado esos bandidos; les decíamos que aquellos hombres eran las personas más honestas del mundo, que eso lo podíamos asegurar y quedó bastante claro, y bastante rabia les daba; nos pegaban porque los defendíamos. Un día nos avisan que a las diez de la noche, que estuviéramos preparadas porque iban a recogerlos. Entonces, como ya teníamos antecedentes de que a esas horas era cuando sacaban a fusilar a la gente y tanto nos lo había metido en la cabeza Broco, que era juez de Valencia, ya nos habíamos hecho a la idea de lo que teníamos de decir y hacer. Nos sentamos en el petate y nos propusimos hacer un pequeño discurso para cuando nos llevaran al paredón y gritar por el Partido y por el comunismo. Todas esas cosas que se piensan en esos momentos; nos podrían matar pero no podrían parar la lucha ni el triunfo de la revolución y del comunismo en el mundo entero. A pesar de ello teníamos un hambre que no la podíamos aguantar.

Había una hermana de Reme, vivía en Valencia y nos pasaba paquetes, y entonces dijimos: “Nos lo vamos a comer todo, porque si nos matan se van a quedar aquí, y antes de que se lo coman ellos nos lo comemos nosotras; por lo menos que no se aprovechen”.

Total que esperamos hasta las dos. Estábamos tan decididas que si nos hubiesen fusilado hubiéramos estado tan tranquilas. Nos llevaron al cuartel de la Guardia Civil de Arrancapinos para cerrar la causa y firmar el proceso; cuando nos sacaron iba el juez con nosotras y dijo: “¿Ya sabéis adónde vamos, verdad?”. Y dijimos que ya lo sabíamos, que iban a fusilarnos. Se echó a reír y nos dijo: “No, vamos a Arrancapinos, que es el cuartel de la Guardia Civil”. Por cierto que allí fue donde nos encontramos al Manco de la Pesquera, un guerrillero muy nombrado por cierto, pero que se portó muy mal y tuvo un final muy malo. Iba herido en una pierna, del asalto en que murió el padre de Reme. Lo llevaron al hospital y lo metieron al mismo furgón que nosotros. Se quedó mirándonos y dijo: “Nos conocemos”. Nosotras nos callamos, no contestamos, cuando le bajaron a él para dejarle en el hospital a mí me impresionó mucho. Porque yo odiaba tanto a la Guardia Civil que me daba rabia que me tocaran los que nos llevaban de un sitio a otro; pues me dio mucho asco que el Manco de la Pesquera se abrazase a los guardias civiles para bajar; así fue a darme la mano un guardia civil y le dije que podía bajar sola, no me daba la gana que me tocase ningún guardia civil. Total que no nos mataron; nos llevaron a la cárcel después de firmar el proceso.

Siempre había enfrentamientos con los funcionarios y con los directores, toda una serie de problemas que teníamos desde que llegamos a la cárcel. Uno de los problemas más grandes era la misa obligatoria, que no nos santiguábamos, que no rezábamos, que no hacíamos una serie de ejercicios, arrodillarse, levantarse y sentarse, que ellos nos tenían que obligar a hacer, y con esto nos hacían la vida imposible.

Nos detuvieron en el 52 y en el 54 me notificaron el traslado a Madrid. Cuando salí de expedición el funcionario me preguntó cuántos años tenía y se lo dije. Se puso

muy enfadado diciendo que a qué fin tenía que engañarlo, y le dije que mirara el expediente. Yo parecía mucho más joven de lo que era. Salí de ahí para Madrid.

Lo del traslado me sorprendió mucho. Pensé en más detenciones y habría hablado alguna persona que me conociera. Ese traslado a Madrid no sabía a qué se debía. Una de las cosas que me impresionó mucho al llegar a la cárcel era encontrarme con una reclusión que yo no esperaba. En los sótanos de período de observación me sorprendió ver gente de todas clases; mujeres de la vida, mujeres por robar, mujeres por matar. No me había imaginado cuando me cogió la policía que iba a ser tan cruel. Los camaradas nos habían dicho lo que podían hacerte y proponerte y un montón de cosas más, torturarte, humillarte, pero no me había imaginado que los policías fueran tan crueles, tan criminales como en la práctica lo son. Porque no tienen entrañas, son gente a las que ni siquiera se les puede llamar personas. Están muy lejos, los que no han pasado por ello, de imaginar lo que son capaces de hacer.

En Ventas estuve un año y, dentro de lo que cabe, lo pasé bastante bien. Conocí a compañeras en la segunda galería, que era toda de políticas, muy distinto al sótano de observación; las comunes tenían galería aparte; nosotras hacíamos una vida familiar y muy buena, eso me agradó mucho a pesar de separarme de Reme y de mi hermana. Durante ese año me puse a trabajar en los talleres de Ventas hasta que vino el juez de Madrid, que era el coronel Eymar, y me trasladaron a Burgos, donde me hicieron dos consejos de guerra, uno por ayuda a las guerrillas y paso de frontera, y otro por actividades comunistas en Valencia. Por la misma detención me hicieron dos expedientes. De Madrid a Burgos el traslado fue muy desagradable. Me tuve que enfrentar a los guardias civiles. Yo iba sola como política, pero conmigo iban quince o veinte mujeres de la vida, *piculinas*, como las llamábamos; estas mujeres empezaron a sentarse en las piernas de los guardias civiles (iba también algún preso político), y los guardias civiles se lo consentían y se lo pasaban en grande. Además a mí me tomaban por una igual. Les planté cara y le dije que tuvieran más vergüenza: "Ustedes llevan mi expediente y saben que soy política, déjenme en paz, ustedes no tendrían que consentir que la expedición sea un escándalo", que se lo diría al cabo que iba de conducción..., les llamé la atención con mucho apuro, pero es que iban las *piculinas* en un plan... Me cambiaron de vagón, me pusieron con los presos políticos, a los que dije los motivos de trasladarme con ellos. Ellos me dijeron que había hecho muy bien y que era estupendo, que lo primero que se tenía que hacer era denunciar a los guardias civiles por aquello, que era una vergüenza.

Llegamos a Burgos y estuve en la misma brigada donde me llamó Consuelo Pallarés Olivares y luego ya Esperanza Martínez García. Le pedí a la funcionaria las tijeras que me quitó cuando estuve la primera vez, pues era la misma, pero me dijo que no se habían quedado con ellas. Yo le dije: "Sí, sí, me las quitó usted". Me lo negó y me dijo que no se acordaba y no me las devolvió; ya lo suponía pero quise recordárselo. Allí estuve un año y luego nos hicieron consejo de guerra. Vi a Eduardo Pelayo Blanco, que iba en la misma conducción que yo, cuando nos llevaron a la Provincial. A mí me llevaron al pabellón de arriba y estuvimos hasta que se celebró el consejo de guerra; fui otro garbanzo negro; entre las comunes era yo la única política, y como no era creyente empecé a chocar, al principio con las funcionarias, las presas me respetaban y además yo les explicaba los motivos por los que estaba con

nombre supuesto y negando todo, pero ahora sí que les dije algunas de las cosas por las que estaba allí. Había una presa de mi primera estancia, una tal Antonia Calleja, que me recordó. Me apreciaban bastante y también las funcionarias al ver mi actitud y comportamiento me respetaban. Al llegar Semana Santa venían un cura a dar charlas para preparar las comuniones y me obligaba a asistir. Pregunté si podían obligarme y me dijeron que sí, que escuchara o hiciese lo que quisiera, pero que tenía que ir. Algunas mujeres eran de comunión diaria y no sé si a través de estas o de las funcionarias, supo el cura que no era creyente y aprovechaba para decir que había personas víboras, sin entrañas, que querían pervertir a los demás. En este sentido el cura se desahogaba poniéndome indirectamente de vuelta y media; y a mí me ponía de mal humor. Llegó el momento de la comunión el Domingo de Pascua, y ahí fue donde vi al compañero que me pasó la frontera; tomaba la comunión, y me dije, un comunista que toma la comunión...; bueno otra cosa que seguí teniendo en contra. Porque hoy tenemos católicos en nuestro Partido que están convencidos del paso al Socialismo y son tan buenos comunistas como buenos católicos, y yo les respeto, pero entonces no pensábamos que pudiera ocurrir dentro de nuestro Partido. Los comunistas en las cárceles hemos sufrido castigos por defender nuestros principios. La misa era obligatoria en el régimen penitenciario; la comunión, no.

Nos juzgaron y seguí con las sorpresas. Nos nombraron el abogado de turno y él tenía uno particular de pago, no recuerdo si militar o civil. Se ofreció a que me defendiera su abogado, pero yo le dije que no, que me conformaba con el de turno, puesto que yo no tenía para pagar.

Me dieron una lista de abogados y lo escogí al azar, porque todos me sonaban igual. En el juicio, como su abogado lo defendió muy bien, él quedaba libre. Pero allí en el juicio me enteré por sus declaraciones desde cuándo pertenecía al Partido, su dedicación a pasar la frontera a comunistas, y para comprobarlo les había llevado donde habíamos escondido el macuto, la metralleta, la ropa de campaña y la documentación que estaba allí.

A mí me pidieron diez años y a él creo que igual, pero nos dieron a firmar a mí seis años y a él menos, con algún indulto que habían dado y el tiempo que llevábamos salía en libertad. Pero el director, que debía ser un cabrón como una casa, lo elevó por su cuenta al Supremo y a él le vino una condena de no sé cuántos años, y quedó en la cárcel; a mí ni diez ni seis, los multiplicaron, veintiséis años, cuatro meses y un día, pero no me lo notificaron.

Después de juzgada en Burgos, pido el traslado a Valencia para unirme con Reme y mi hermana Amada. A los cuatro años nos juzgaron y me caen otros veinte años. ¿Cómo pudieron hacerme dos juicios? No lo sé todavía, pero yo pensé que como era yo la que llevaba la misión, aunque nunca lo declaré, del grupo que tenía que recoger en Salamanca, al detenerles me procesan con ellos; y como me detienen con el guía que me pasa la frontera, en la jurisdicción de Burgos nos juzgan a los dos; pero ¿por qué sabían que yo había pasado la frontera? Me detuvieron en España, mi documentación era española y de mi boca no salió nada de fronteras, y en este juicio me cargan veintiséis años con el agravante que cuando lo elevaron al Supremo yo había firmado seis años. Al juzgarme en Valencia y caerme los veinte años yo me pongo a redimir por la más gorda, y cuando ya estoy redimiendo por la de veinte me notifican la condena por el juicio de Burgos con veintiséis más los piquitos por

documentación falsa y paso de fronteras; veintisiete y pico, o sea, que entre las dos, más de cuarenta y siete años. Mi hermana y Reme que también tenían condena de veinte años; con la reducción y los indultos estuvieron ocho años. Yo también cumplía con la mía, pero me tenía que quedar a cumplir la otra sin redimir; porque no se puede redimir por dos condenas; así que estoy cuatro años más. Después salió la disposición de poder redimir por dos condenas y me acojo a esos beneficios. En el 67, cuando salí en libertad, había estado quince años y salí con la condicional.

La convivencia en la cárcel no fue todo lo que una quisiera; muchos años de cárcel, grupos distintos, mucho sectarismo; pero como malas no éramos ninguna, la vida se desarrollaba en comunidad, unas discutiendo por no estar de acuerdo con la política del momento, otras defendiéndola, pero unidas siempre frente al enemigo; puedo decir que nunca perdí la moral. Cuando me llamó la directora para firmar la condena de los veintisiete años me dijo: “¿Ha visto?, veintisiete años más que le han venido”; y le dije: “Me es igual, como si vienen cuarenta, no los voy a cumplir”. Y se puso como una fiera: “¿Por qué no los vas a cumplir? ¿Qué se han creído ustedes, siempre están tirando indirectas?”. “Indirectas no, ¿por qué no puede haber una amnistía?”. “No sueñen tanto”; ella no sé si estaría convencida de que los tenía que cumplir, pero yo estaba segura de que no. La comida cuando a mí me detuvieron era mala, pero decían que había mejorado, que ya no era la de los años 40 y 50; y en los últimos años, se puede decir al comienzo ya de los 60, recibimos solidaridad y trabajamos; hacíamos labores y también era una ayuda, pero hambre hemos pasado; y mucho asco para comer el rancho que te daban; te mezclaban todo, judías, patatas, y si le ponían un cacho de carne, estaba en malas condiciones. Cuando te daban el cazo salía una espuma tan asquerosa que tenías que tener hambre y fuerza de voluntad para comértelo. Cuántas veces si te tocaban unas patatas las sacábamos, las lavábamos, las hacíamos a rajitas y éramos felices. Ni en la cocina pagando te hacían una tortillica; era un manjar para las que no teníamos apenas paquete cuando la familia nos traía algo, muy poco, porque ellos tampoco tenían gran cosa y tenían que hacer un esfuerzo. Esto no pasaba en toda la población reclusa; había quien tenía comida casi a diario, y no cogían el rancho. Supongo que les sentaba bien porque se lo comían, pero a mí me hacía daño porque estaba acostumbrada a repartir lo que teníamos; lo había aprendido de mi padre y lo había vivido en las guerrillas, a repartir con camaradería todo, con esa comprensión, con ese cariño; y eso me hizo sufrir, aparte de que si hay una enferma eso hay que respetarlo y hay que cuidarla.

La etapa que yo recuerdo con más cariño fue cuando ingresó Margarita Sánchez, a quien yo considero de las mejores camaradas, aunque a nivel personal era un poco rara de convivencia; pero yo la he querido mucho, porque era una camarada muy sana, buena y honrada; fue la que propuso las comunas. Ya habían salido muchas compañeras, no éramos muchas, pero también había rachas; unas veces éramos más y otras menos. Lo que se ganaba iba a las comunas, los giros que se recibían también. Los paquetes se repartían y la que tenía mucho como la que tenía poco, todas participábamos por igual.

A mí me pareció que aquello era lo mejor de todos los años de cárcel; y aunque hubiéramos tenido paquetes aquella convivencia era una maravilla, y aunque hubiera algún error político y personal era igual, en familia siempre hay algo, y nosotras éramos una familia.

Empezaron a salir las camaradas y llegó un momento en que me quedé yo sola. Hubo un año que estuvimos dos solas, yo y una chica anarquista que se portaba muy bien, muy maja; estaba en la comuna con nosotras, se llamaba Paquita Román. Pasamos una Navidad las dos solas, pero la pasamos muy animadas. Al año siguiente la pasé yo solita. Las otras presas comunes, la que quiso se fue a ver la televisión (porque a última hora ya teníamos televisión), yo me quedé en mi celdica y me puse a leer un libro. Esto era a final de año, y como en estas fechas la costumbre que teníamos en la comunidad de presas políticas era de brindar por el año nuevo, pues ese año aunque estaba sola, no podía ser de otra manera; no podía dejar de pasar por alto el brindis por estar sola, no tenía que acobardarme, al contrario. Entonces me metí en la cama esperando que llegaran las doce de la noche, y como no tenía ni champán ni tampoco vino, porque no estaba permitido, cogí un vaso de cerveza, y a las doce lo levanté brindando por la felicidad al comenzar el año nuevo, por la libertad, por la que tanto habíamos luchado. En aquellos momentos no pensaba en que estaba sola, ni mucho menos, porque al levantar mi mano con el vaso, pensaba que estaban levantando también su copa miles y millones de personas brindando con los mismos deseos y por las mismas cosas por las que yo había luchado y por las que tantas personas luchan en el mundo. Después de haber hecho este brindis me quedé muy confortada, muy feliz y con un sueño extraordinario.

Continué esperando mi libertad, por cierto muy deseada; cuando estaba el ministro de Justicia José María de Oriol y Urquijo, se creó la norma de no dar libertad provisional a los presos políticos y entre ellos me encontraba yo. Me denegaron muchas veces la libertad provisional y así me la fueron retrasando seis meses; o sea, que podía haber estado en la calle con libertad provisional durante esos meses y me los tuve que pasar en la cárcel hasta que me pasaron por el dichoso Consejo de Ministros a través de unos trámites que hizo el director general de Prisiones, me parece que era Pajares; este compraba el periódico en un kiosco que tenía la hermana de Mercedes Gómez y le habló de mí; a través de esta gestión pasé al Consejo de Ministros y el 25 de febrero de 1967 salí a la calle. En la cárcel estaba muy al día, al corriente de todo. Sin embargo no era igual en la vida real, porque me encontraba flotando y muy insegura en todos los aspectos de la vida, y así estuve unos tres años con esta inseguridad de no saber un montón de cosas, como el cruce de un semáforo, barrios que no conoces, el ir a comprar a un establecimiento, no sabía cómo hacerlo, no conocías la moneda.

Esos quince años de no vivir la vida pesan. Los quince años que he estado en la cárcel me han servido para dar razón a la lucha que emprendí. Y al salir a la calle estaba con el mismo optimismo, con la misma gana de lucha, con los mismos deseos de libertad de los pueblos de España.

Me fui a Manresa, a casa de una hermana, la viuda del cuñado que mataron en las guerrillas, y allí estuve dos años. Después me puse en relaciones con el marido que hoy tengo; quisimos casarnos rápidamente y arreglamos los papeles, porque era una de las primeras bodas que se hacían por lo civil, que entonces ya se permitía; y tardó más tiempo porque las autoridades eclesiásticas todavía se negaban al matrimonio civil; pero como ya era una cosa legal, hicimos todo lo posible en aquellos momentos. Manolo, que es mi marido, estaba en libertad provisional y empezamos a hacer

los trámites para la boda, y en espera de ello le quitaron la libertad provisional, lo metieron en la cárcel y tuvo que cumplir. Yo mientras seguí los trámites; me arreglaron los papeles y una vez que estuvieron ultimados trasladé la libertad condicional de Manresa, y me vine a Zaragoza, que es donde vivo. Aquí acabé la condicional, y como el juez fijó la boda, me casé en la cárcel, yo fuera y él dentro; cumplió esa condena. Pero no se quedó así, sino que al salir, yo me quedé en estado y a los siete meses de gestación lo volvieron a meter otra vez y di a luz estando él en la cárcel. Al niño lo conoció también estando en la cárcel y cuando mi marido salió el niño tenía casi tres años, ya estaba casi criado.

Esa es mi vida a grandes rasgos de un montón de años. Después de haber salido mi marido de la cárcel por motivos políticos ha tenido muchos problemas de trabajo, como los tienen todas las personas que han estado detenidas, porque el régimen ha impedido que se coloquen. Por haber estado en la cárcel se lo impedían, daban aviso a las empresas para que no lo cogieran, hubo muchos problemas al principio y pasamos épocas bastante regulares, pero hoy seguimos aún en la brecha, él más que yo. Porque todavía no ha desaparecido la discriminación en las filas de nuestro Partido, que existe en relación a la mujer, porque a pesar de todo si la mujer tiene una reunión de Partido y el marido tiene otra, siempre la más importante es la del marido; y si hay un hijo por medio, es la madre quien lo tiene que cuidar. En el Partido existen estos problemas, tan injustos; yo hago un llamamiento a los camaradas para que lo tomen en consideración y que se tenga en cuenta a las mujeres que puedan colaborar en el Partido cuando no lo puedan hacer por el impedimento de tener un hijo o porque se lo impide su propio marido, pues cualquier reunión suya es más importante que la de la mujer.

Cuando muchas veces en el Partido se nos dice que la mujer no toma responsabilidades más altas porque está menos preparada que el hombre, yo preguntaría por qué tiene menos preparación y cómo se preocupan los camaradas de formar a estas mujeres, a sus mismas mujeres, a las que tienen delante, ya sin pensar en las de la acera de enfrente; yo pienso que si cada camarada se preocupa de hablar políticamente con su compañera, de comentar, de estudiar los problemas, y si está menos preparada con mayor motivo, porque tiene ganas de luchar. Yo en este sentido esperaba mucha ayuda de mi marido y no la he recibido, o sea, que para mí en cierto sentido, y se lo he dicho a él, es un desencanto o un desengaño, porque yo esperaba que parte de la ayuda que recibiría del Partido para formarme vendría de él, porque todas las cosas que tienes oscuras o que no entiendes bien o que las entiendes de otra manera, él debería preocuparse un poco en aclarármelo, como es su obligación; incluso ayudarme en la casa, y en el fondo me ayuda bastante, la mayor parte siempre la lleva la mujer. Aunque no nos engañemos; Manolo, por ejemplo, ha llevado una vida que le han contemplado mucho, y de golpe y porrazo se plantea el problema del matrimonio, luego el de compartir el trabajo de la casa, es natural que le venga un poco gordo, pero lo ha superado mucho.

Es cierto y lo reconozco, pero la mayor parte la hace la mujer, porque lo estoy viviendo: él viene de las reuniones a lo mejor a las once o a las dos, a la hora que sea; él tiene trabajo de Partido, yo no lo tengo ninguna noche porque tengo que recoger al crío, luego hacer la cena, dársela y acostarlo. Todo esto entre dos se podría

compartir, en relación con el Partido podríamos decir muchas cosas; yo tengo el concepto de que están trabajando mucho por las alturas, por las alturas están trabajando en todo momento, y porque no tienen más tiempo... Y sin embargo a otros niveles no se trabaja; otros no hacen todo lo que podrían hacer. Yo podría hacer más de lo que hago, eso quiere decir que la organización del Partido no funciona como debe; y mientras esto no funcione, mientras haya unos cuantos que lo hagan todo, no haremos nada; es un problema de todos. Si decimos que es un Partido de masas y que se han de discutir todos los problemas, si todo esto la base no lo discute, a las masas no se puede llegar, eso es cierto. Si me he casado con un maño es gracias a la ayuda que de Zaragoza habían hecho las mujeres a la cárcel de Alcalá de Henares; esto fue causa de que cuando salí fui a visitar a estas mujeres y pasé varios días entre varias familias y conocí a Manolo, con el que después me he casado.

Remedios Montero, natural de Morte (Cuenca)

En el año 1949 mi padre y mi hermano salieron de la cárcel; estuvieron cinco años. Mi padre salió malísimo, le habían roto un brazo y una pierna de tanto pegarle. También mi hermano había salido maltrecho de los palos que le habían dado. En mi casa solo quedábamos mi madre, que estaba muy enferma, de los sustos que le habían dado se quedó parálitica, mi padre cojo, mi hermano nada fuerte, y yo era la más pequeña. Mi hermano conectó con las guerrillas y el Partido enseguida. Cuando se sintió vigilado se marchó al monte y rápidamente vinieron los camaradas a ver si

los podíamos ayudar; y como es natural, nos pusimos al servicio de ellos en el momento que nos lo pidieron. Primero fue mi padre; como estaba mal de las piernas no podía mucho y empecé yo, que llevaba todo el peso. Nuestro trabajo consistía en ir a comprar, sacarles al monte la comida, hacerles calcetines y ropa de abrigo. Nos juntábamos un grupo de compañeras y les hacíamos todo lo que necesitaban, por la noche se lo subíamos al monte. Si no había peligro, se acercaban a casa y lo recogían. Si había movimiento lo dejábamos en determinado sitio, un hueco de una piedra o un árbol ya señalado, y entonces salíamos nosotras. Así estuvimos un año más o menos. Al año, me parece que fue en el 50, mataron a mi hermano en el monte, en la provincia de Cuenca, en un servicio que fue a hacer. Les tenían rodeados a él y a otro camarada y los cogieron; bueno, no los cogieron, les dispararon y los mataron allí. Ese fue su final. Yo, como es natural, seguía igualmente ayudándoles. Al lado de nuestro



De izquierda a derecha, Esperanza Martínez, Remedios Montero y Amada Martínez. Con sus sobrinos en día de fiesta, que los dejaban entrar. Las tres fueron ayuda a guerrillas y guerrilleras en el monte.

pueblo había otra familia, la de Esperanza Martínez, que se llamaba su padre Nicolás Martínez; Esperanza Martínez y Amada Martínez. Esperanza se puso de acuerdo conmigo y las dos nos dedicamos a trabajar para ellos incondicionalmente. Hacíamos todo lo que podíamos. Muchas veces incluso cuando veníamos del monte los guardias salían, pero dio la casualidad de que nunca nos registraron. Pasaban de largo, esa es la verdad, pero fíjate tú, con un cuidado que teníamos que tener espantoso, porque nosotros éramos muy señalados. Era un pueblo muy pequeño, se llamaba Morte, en la provincia de Cuenca. Claro, como era un pueblo tan pequeño, la familia que se señalaba un poco, enseguida te fichaban.

Así estuvimos trabajando, pero al final nos descubrieron. Entonces mi padre, como ya sabía lo que era la cárcel el pobre, que si lo cogían otra vez lo iban a matar a palos, lo consultó con los camaradas y estos dijeron: “Bueno, si queréis subir al monte no tenemos inconveniente. Si no os exponéis a que os cojan”. “Ni hablar, que nos cojan”. Y una noche nos fuimos al monte. Nos pusimos de acuerdo con Solás. Bajaron a por nosotros. Nos fuimos mi padre y mi hermano pequeño —los dos murieron en la guerrilla—, que tenía quince años, y yo, los tres. A mi madre la habíamos enterrado; un día antes se había muerto. En el monte nos quedamos con ellos. Estuvimos un año, más o menos; están otras dos camaradas que también se habían unido al monte con el padre, porque nos descubrieron a todos al mismo tiempo. Nosotras subíamos con esa ilusión, éramos crías, porque teníamos dieciocho o veinte años; claro, te puedes imaginar la alegría que era estar junto a los camaradas, la lucha, estudiar, aprender. Esto fue nuestro trabajo allí, más que nada capacitarnos, porque no sabíamos siquiera leer ni escribir, y allí aprendimos. Lo poco que sabemos lo aprendimos en el monte, leer, escribir, cuentas. Políticamente también se encargaban de ayudarnos un poco y de instruirnos. Por otra parte, cuando había que salir de marcha les ayudábamos, también salíamos nosotras. Cogíamos los macutos como ellos. Llevábamos una pistola, porque no se podía ir sin nada. Y así estuvimos... Yo estuve durante un año allí, luego ya salí del monte.

—¿En el monte hacías alguna operación de cara a la ciudad?

Nosotros no, porque los camaradas entonces tenían la orden de no ir a las ciudades. Cuando nosotros nos incorporamos, lo único que hacíamos era sostenernos porque ya estaba en el plan del Partido la retirada de los guerrilleros, y claro, en esa época ya no se podía hacer ninguna acción, sino simplemente sostenerte, ayudar políticamente y algunos puntos de apoyo; no muchos, porque había pocos, la situación estaba muy mala. Se trataba simplemente, de ir disolviendo la guerrilla, las operaciones ya no se hacían.

Estuve allí un año y a finales del 51 a mí me sacaron del monte y me llevaron a un pueblo que se llamaba Villalonga. En el monte había un camarada que tenía su familia allí; entonces me mandó como que yo era su novia, para que los padres no se asustaran. Porque los padres no sabían nada de nada. Entonces yo me hice pasar por su novia, que él estaba en Francia y que yo iba a pasar unos meses hasta que él me reclamara para casarnos. Pero yo iba allí con la ilusión de quedarme y organizar lo que pudiera. Así lo hice: llegué y los hermanos, eran dos hermanos, uno casado y otro soltero —el padre era viejecito—, tenían un pánico que para qué; pero a medida que me fueron conociendo el cariño que me cogieron era más que el pánico, y allí estuve

muy bien. En ese tiempo conseguí organizar algunas cosas; no muchas, pero conseguí organizar una o dos células del Partido y hacer alguna cosa. Incluso cotizaron. Yo recogía la propaganda que traían de cerca de Valencia. Mandaba a uno, la recogía y la llevaban allí, y luego la repartían. Eso fue lo que hice en el poco tiempo, que no llegó al año.

—¿No había antes organización?

No, lo poco que había empecé a hacerlo yo, pero después me descubrieron. Porque allí había un guardia civil que era del pueblo de donde yo me hacía pasar y de donde yo llevaba la documentación; según mi documentación yo era natural de Elda; en el cuartel de la Guardia Civil había un guardia que era de allí. En cuanto se enteró quiso ir a verme y quedé descubierta. Antes de que me cogieran, me volví otra vez al monte. Por los puntos de apoyo que tenía, salí. Estuve un día escondida en una lira y después me volví a Guñol, y allí me vinieron a recoger otra vez los camaradas del monte. Estuve dos días escondida en una casa; luego me escondieron en un pajar, estuve otra noche. Por cierto que me dieron una pistolita así, chiquitina, yo me refa, parecía que fuera un juguete, pero bueno, me hacía compañía. Al día siguiente vinieron los camaradas y me marché con ellos hacia el monte y allí estuve otra vez cerca de cinco o seis meses. Tuvimos un asalto muy fuerte cerca de Requena con unos guardias.

En el 52, en septiembre u octubre, nos sacaron del monte a Esperanza y a mí y nos mandaron a Francia. Pasamos la frontera con unos camaradas que nos acompañaban. Era la idea, ya te digo, de sacar a toda la gente del monte. Estuvimos en Francia tres o cuatro meses hasta que nos repusimos un poco y después nos mandaban a España, a la ciudad, para hacer de enlace entre el monte y la ciudad, para llevarnos camaradas y para los trabajos que el Partido necesitaba. Un día el Partido me dijo que necesitaban un servicio, de gente que fuera de confianza: "Si tú no te encuentras con fuerzas... Pero nos harías un gran favor". Ya comprenderás que para mí el Partido era todo lo que tenía; si me decía "ve por ahí", pues iba. Rápidamente, me arreglaron las cosas y me vine con otros cuatro o cinco camaradas. Salimos y cruzamos los Pirineos andando; eso de cruzar los Pirineos era todo una odisea, porque todo son cuestras y montes, además lloviendo. Teníamos que andar de noche. De día teníamos que estar escondidos. Bueno, pasar los Pirineos nadie sabe lo que es, lo que significaba para hombres y mujeres en las condiciones nuestras. Había veces que te metías de barro hasta la tripa, apoyándote en una garrota, cogiéndote de las matas... Porque eran cuestras pendientes. De día te escondías entre los matorrales, te arropabas con las mantas y te quedabas un poquito dormida. Así tardamos ocho o diez días hasta que llegamos a la frontera. Al llegar yo ya estaba tranquila. Los camaradas se quedaron en un sitio determinado en el monte; y yo tenía que pasar al pueblo.

Tenía que ir a Salamanca a recoger a tres camaradas que había en el monte y pasarles a Francia. Tenía una cita con ellos frente a un bar y allí, con la consigna que llevaba, los recogería y pasarían la frontera. Con los camaradas de paso, había quedado en que lo más que podía tardar era hasta cierto día; si el día ese yo no iba, ellos esperaban dos más. Si a los dos días no iba, ellos darían una vuelta por si me había despistado; pero si veían que no iba se retirarían, porque había pasado algo, como es natural, para que no les cogiesen. Pasó un día, pasaron dos y yo no iba. Yo llegué a

Salamanca y recogí a los camaradas que tenían que venir conmigo; quedamos de acuerdo. Todo iba muy bien, y en el momento de embarcar, cuando íbamos a salir, alguien se había chivado que íbamos a pasar por allí. Dio parte a la policía y tenían toda la estación cercada, con Guardia Civil, policía, ametralladoras, como si se tratase de un ejército, y nos detuvieron en el tren a los tres camaradas y a mí. Así fue mi detención. Nos llevaron a Burgos.

Nos llevaron a la comisaría. Continué diciendo que era de Falange, llevaba mi carné, todo normal, y yo iba de viaje. Ellos sabían que esto no era verdad, pero yo quería ganar tiempo; me pegaban pero no mucho, alguna que otra bofetada. Yo me mantenía diciendo que me llamaba María Cascabelena, que era lo de mi documentación. Yo no sabía que estaba detenida también Esperanza, que era la que me conocía, con el que pensamos que nos había entregado. Esperanza se mantenía sin hablar y manteniendo su falsa identidad para que nosotras ganáramos tiempo, y yo no decía quién era porque sabía que me iban a descubrir; lo que quería era que pasara el tiempo para que los otros camaradas se marcharan y no les pudieran coger. Aguanté sin decir nada, pero mi sorpresa fue que, como yo estaba reclamada en todos los cuarteles de la Guardia Civil, la segunda noche de estar en Burgos, apareció un policía en la celda y me llamó *Remedios Montero*. Yo no contesté porque, claro, no podía contestar con ese nombre. Me sacó a golpes y patadas en medio de la galería y me dijo: “¿Conoce usted a esta?”. Me enseñó mi fotografía. “Esa soy yo”. “Y usted me dice que se llama fulana de tal”. “Yo no me llamo Montero, me llamo María Cascabelena”. Entonces empezó a darme puñetazos en el estómago, patadas, me tiró al suelo, empezó a pisotearme. Me dejó sin conocimiento, me cogió de los pies y me arrastró, me pasó a la celda y me dijo: “En Madrid nos lo dirá”. Y así se terminó aquella noche.

Al día siguiente nos trasladaron a Madrid, y allí puedes imaginártelo. Pasar por esas comisarías es como cuando a un animalito lo tiran entre las fieras y va a ver quién lo despedaza antes. Empezaron a pegar y a pegar queriendo sacar quién es este, y este otro, y de dónde vienes; como es natural yo nada contestaba. Me hice la muda y a decir que no sabía nada. Empezaron los palos. Cuatro o cinco allí de pie con vergajos, te enchufan todas las luces a la cara y empiezan, el uno por un lado, el otro por otro, y hasta que te tiran al suelo y te caes redonda que no puedes más. Eso lo aguante porque sabía que al final tendría que decir quién era, pero quería ganar tiempo, para que los pasos de frontera marcharan. Mira, me quitaban las medias del todo, me ponían una tabla pequeñita, ponían arroz y sal gorda, me esposaban las manos atrás y me ponían las rodillas en aquella tabla. Empezaban a pegarme en la cabeza y todo el cuerpo; entonces me caía. Si te caías te la cargabas, porque entonces se ponían a patada limpia todos, y tenía que aguantar todo lo que podía arrodillada en la sal para no caerme, porque si me caía, ya se me echaban todos encima. Era terrible, era una tortura que nadie sabe. Bueno, a mí me estaban torturando así pero es que al lado mío estaba el otro camarada, tabique por medio, que lo estaban torturando a él. Yo oía todo lo que le estaban diciendo y él oía lo que me hacían a mí. Te imaginas el valor que hay que tener; no sólo lo que te hacen a ti, sino lo que estás oyendo que hacen a los otros. Bueno, pues así pasaron un día y otro día. Te sacaban a la mañana, te sacaban al mediodía, te sacaban a la noche. Otra de las cosas más bárbaras que hacían: meter astillas entre las uñas. Yo recuerdo que las uñas de los dedos me cambiaron. Bueno, bofetadas, patadas, te pisoteaban, es algo bárbaro. Luego te insultan, es de lo

más brutal. Así estuve tres días, cuando ya comprendí que había pasado el peligro de los otros por la fecha, ya lo dije; lo sabían, claro.

Esperanza y yo corrimos la misma suerte, y para qué te voy a explicar los traslados si ella te los habrá contado ya. De Madrid nos llevaron a Valencia. Allí estuvimos con la hermana de Esperanza, Amada, que también la detuvieron, estuvimos cuatro años preventivas. A Esperanza la sacaron a juicio a Burgos, con el que pensamos que nos entregó. La condenaron a veintisiete años o algo así, no lo recuerdo, y la trajeron otra vez a Valencia. En esta cárcel el trato era fatal, estábamos entre ladronas y piculinas. Pero estas no eran las peores. Las funcionarias eran odiosas. En una ocasión nos rebelamos porque el rancho nos lo dieron lleno de porquería y las ollas llenas de óxido. Teníamos mucho prestigio entre las comunes y nos seguían siempre.

El día de Reyes nos quisieron dar a besar al Niño Jesús. Ellas sabían que nosotras no éramos creyentes y que íbamos a misa por disciplina; en esos años era misa o castigo. Nos pusimos en fila para besar el piececito al Niño. Las primeras comunes que pasaron le besaron. Llegué yo y me negué. Les dije: "Saben ustedes que voy a hacer una farsa, ¿por qué me obligan?". La funcionaria que estaba a mi lado me dio un golpe en la cabeza y me hizo agachar. Me dio tanta rabia que le mordí, me parece que le rompí el dedo. Esperanza, Amada y las comunes que venían detrás, pasaron de largo sin besarle. La jerarquía presente estaba desconcertada. Me quisieron castigar, pero no lo hicieron porque todas las reclusas estaban a mi favor. Esos cuatro años que tuvimos sin juzgar es posible que fuera lo que nos salvó la vida. Porque las cosas ya iban para mejor a nuestro favor. Aun así nos pusieron condenas altas. Amada y yo estuvimos nueve años, Esperancita creo que dieciséis o diecisiete.

Después de juzgarnos nos llevaron al penal de Alcalá de Henares. Allí encontramos a bastantes camaradas, todas muy buenas. Pero la cárcel a veces hace mella entre lo mejor, y nos encontramos el Partido organizado y otros grupos de camaradas, muy valiosas, también sin organizar, porque estaban en desacuerdo con la política que llevaba la dirección en la cárcel. Estas últimas nos atendieron a nosotras al llegar. Al final se discutió todo esto y conseguimos la unidad de todo el Partido. Cuando fueron saliendo algunas camaradas fui elegida del Comité del Partido con Juana Doña y Mari Blázquez.

Al salir de la cárcel me fui a Valencia con mi familia. Yo me puse a servir, y como tenía contacto con el Partido y toda comunista tiene el deber de realizar un trabajo según su posibilidad, entre la gente que conocía y la que iba conociendo, empecé a recaudar dinero para ayudar a presos y lo mandaba a Burgos. Así estuve hasta que oficialmente dejé de presentarme y marché a Francia, a Toulouse. Allí vino a verme Teo, que ya me conocía de las guerrillas, el que me mandó del monte a casa de sus padres haciéndome pasar por su novia. Estuve militando con los camaradas de Toulouse unos cinco o seis meses y después pasé a Praga, donde me casé. Sigo militando en el Partido y seguiré siendo comunista y militante mientras viva. Hoy llevo en mi cartera el carné de mi Partido. Al recibirlo he sentido una emoción tan grande que he llorado.

Amada Martínez

En realidad mi padre ayudaba a los guerrilleros. Nadie de mi casa sabíamos nada, ninguna de las cinco, pero mi hermana la mayor un día los descubrió en el pajar, en

la cámara. Era Pruden, que ya ha muerto; entonces mi hermana les ayudaba igual que mi padre, y nosotras no sabíamos nada. Pero mira, yo estaba en Las Zomas, un pueblecito que había cerquita del mío. Estaba en casa de mi hermana, que había dado a luz y tenía los pechos que se los tenían que curar metiéndole gasa, ¿sabes?, porque se le habían hecho agujeros; yo estaba con ella para lavarle la ropa, para traerle agua, para ayudarle.

—¿Y qué tiempo tenías?

Pues yo tendría unos trece o catorce años. Mi cuñado se iba a trabajar y no quería que yo subiera a la cámara. Pero un día, enseguida que salió mi cuñado, mi hermana estaba en la cama y yo subí corriendo arriba. Entonces los tres camaradas que había allí se levantaron, que estaban acostados, y me dijeron que eran guerrilleros, por lo que luchaban y todas esas cosas, y me gustó aquello, me gustó esa sencillez con la que a mí me lo dijeron. Me fui a por agua y al volver vi brillar algo en el ventanuco de la cámara: eran los prismáticos; ellos vigilaban a la Guardia Civil del pueblo. Estaban allí todos los días y a cada momento, ¿sabes? Cuando llegué a casa subí corriendo a decirles que con lo que miraban brillaba, que tuvieran cuidado. Y al poco tiempo de avisarles pasó la Guardia Civil por allí. Ellos ya muy confiados y muy contentos, me mandaban al pueblo a traerles medicinas, albarcas o alpargatas.

Con todo esto pasó mucho tiempo; yo en casa no decía nada entonces; me iba a coger cardos, me iba a casa de mi hermana a hacerles servicios a los camaradas. Y estando en casa ya muy mal, cuando nos vigilaba la Guardia Civil por lo del asalto al campamento, entonces claro, mi padre no tuvo más remedio que decirnoslo. En casa ya lo sabíamos todas, y mi padre se tuvo que ir a la dehesa, se fue porque la Guardia Civil nos rodeó la aldea; como aquellas tierras eran nuestras pues se iba a trabajar y a esquivar el riesgo, y me decía: "Mira, hija, si hay peligro tú enciendes una tea en el corral y entonces yo sé que a casa no puedo venir". Y fue en esos intermedios que vino la Guardia Civil, estaba yo solita en mi casa, porque mis hermanas se habían ido a regar el huerto, yo ni me sorprendí ni puse cara de susto. Les di las buenas tardes, ellos preguntaron por mi padre. Les dije que mi padre se había ido a comprar una bestia porque se nos había muerto una. Me dijeron que si iba a tardar mucho, y yo les dije: "Pues si la encuentra vendrá enseguida; si no, hasta que no la encuentre no vendrá, porque le hace mucha falta". "Mira, es que nosotros queríamos que nos alquilara la casa del pueblo porque ha venido un guardia civil y resulta que no cabe en el cuartel, y entonces queríamos saber si nos alquilaba la casa". La contestación que yo le di fue: "Pues mira, me parece que no porque nos va a hacer falta a nosotros; de todas maneras ustedes mañana pasen por aquí, que si ha venido le habré dado el recado". Los guardias civiles no aparecieron. Eso quiere decir que iban a ver en qué condiciones me encontraban a mí, si me asustaba o no me asustaba.

En el pueblo de al lado, a Reme y familia también les había rodeado la casa la Guardia Civil, y antes de estos tres tipos, que eran guardias civiles, por supuesto, se metieron corriendo en su casa diciéndole que les refugiara, que se habían escapado de la cárcel, y Reme les dijo que salieran de allí inmediatamente, que iba a dar cuenta a la Guardia Civil; eran guardias civiles, se vieron copados. También iban a ver cómo respondía ella, si pica y les guarda se la carga, pero al decir ella esto, los tíos salieron de allí. Al poco tiempo empezaron a vigilar la casa de Reme y la nuestra, a los tres o cuatro días de dejar de rodear la Guardia Civil las casas fue cuando ya les

pedimos que vinieran a por nosotros, habíamos matado dos cerdos en casa y dejamos la matanza: nos llevamos todo lo que pudimos, pero lo demás se quedó, además dejamos una cosecha recién cogida y otra sembrada. Allí se quedaron los cerdos, las gallinas, las mulas, todo; en la aldea toda la gente nos quería mucho a nosotras y decían: “Las chicas del tío Nicolás, que no salen”; no nos veían por ninguna parte, y todos los días por la mañana, cuando nos levantábamos, lo primero que hacíamos era ir a por agua y barrer la puerta; y claro, como llevaban ya tres o cuatro días que no nos veían, pues se extrañaba la gente.

Entonces fue la Guardia Civil y abrieron la casa, se encontraron con todos los cerdos y toda la casa revuelta, la Guardia Civil, en vez de darle a mi hermana las cosas, se quedaron con toda la matanza y el pan que nos habíamos dejado recién cocido (porque no sé si te acordarás que entonces que se cocía por semanas o por quincenas, y nosotros teníamos una panera muy grande hecha de paja y allí metías el pan y te duraba una semana o diez días), los chorizos, jamones, todo lo que había. Cuando terminaron se fueron a casa de mi hermana, Pruden, la que ha muerto ahora, al no sé cuánto tiempo le dieron las bestias, preguntándole por nosotros. Mi otra hermana pasó mucho porque hacía poco que había dado a luz cuando nos fuimos su marido, mi padre, mis dos hermanas y yo, los cinco, y mi hermana estuvo muy mal; es muy maja; no sabe ni leer ni escribir pero tiene muy buenos sentimientos. La Guardia Civil iba a su casa a hacer registros de vez en cuando y decían: “Dinos dónde está tu marido, porque él tiene que venir a verte”. Y decía: “No señor, si mi marido viniera a verme ustedes lo verían antes que yo, porque para eso están vigilando”. Y efectivamente, iba a ver a mi hermana; ella salía donde le decían que fuera. A mi cuñado lo mataron con otros dos camaradas cuando iban a suministrar; se encontraron a dos pastores, cogieron a uno con ellos y al otro lo dejaron ir al pueblo, pero este dio parte y mataron a los tres por confiados.

A los pocos días de estar muerto mi cuñado, los guardias civiles cogieron a mi hermana y la llevaron a ver si reconocía a su marido y a la hermana de Reme; le hicieron lo mismo; su padre, a los no sé cuántos días, con otros camaradas, y el Manco de la Pesquera, que justamente era el que estaba de responsable en ese campamento, tuvieron un asalto, y dice: “Que se salve el que pueda”, cuando se tenía que hacer frente, porque si ibas a morir, mueres igual. Y el que iba con el padre de Reme dijo que no le abandonaba por nada del mundo; se tiraron al río y como no sabían nadar, murieron ahogados y fueron a parar a la balsa de un molino; estaban negros los pobres. Y a la hermana de Reme, la que estaba en el pueblo, la llevaron a que viera a su padre a ver si lo reconocía.

Otros echaron a correr. Los cogieron como a conejos y murieron todos, no quedó ni uno; el Manco de la Pesquera es el único que quedó, se dejó coger herido. Este tío sabía que podía dar muchas vidas, sabía mucho, conocía mucho. Habló hasta por los codos, cayó de gente... A unos los mataron a palos, otros fueron a las cárceles, por el tío ese. Un tío que tiene una responsabilidad y quiere la lucha, si cae herido se pega un tiro él y no se deja coger vivo.

Por cierto, cuando yo estaba en libertad vigilada, detienen a mi hermana la pequeña, y la tienen en el cuartel de Arrancapinos, pero la dejaron en libertad, cuando yo fui para recoger la ropa que se había dejado, que ella no quería ir más por allí, digo: “Cómo que no, es tuya, yo voy a cogerla”. Vi al Manco de la Pesquera que iba con

dos guardias civiles que le hacían de muleta, él cogido de los cuellos de los guardias y el tío se para en medio del patio y se queda mirándome y le dice la Guardia Civil que por qué me mira, y dice: “Porque nos conocemos”. Fíjate el cabrón, yo tiré para adelante, como despreciándolo, ¿sabes? Esa fue la expresión del tío ese; bueno pues al año fue cuando a mí me detuvieron con Reme y Esperanza; o sea, nos dejaron un tiempo y nos pusimos a servir en Valencia. Cuando a mí me llevan de las guerrillas a la ciudad, resulta que es una señora la que se hace cargo de mí y de equiparme de ropa, de todo, nosotras íbamos de las guerrillas con pantalón. Pasamos a Valencia, y no sé qué pueblos, porque yo no había salido nunca de la aldea, cavando y segando. Esta mujer me llevó a Yecla y para mí fue ella quien me entregó. Ya verás lo que pasó. Yo iba con esta individua y a mí me habían dicho las camaradas al llegar: “Vais a un restaurante a comer, después acompañas a la señora a la estación y vas tú sola a la casa, la contraseña — me dijeron— ya la llevas puesta”, y me dijeron: “El pañuelo lo llevas en la mano y que no se te pierda”, no me habían dicho que esa era la contraseña, porque si yo sé eso, cómo lo voy a llevar en la mano antes de tiempo; la chica vivía al lado de la estación. Yo no conocía al pueblo y pasamos justamente por su casa y estaba barriendo la puerta; que también fue casualidad; la chica me vio la contraseña, que era un pañuelo muy bonito que llevaba en la mano, y se abrazó a mí antes de llegar al restaurante. Total, no me cogieron entonces porque no quisieron, querían coger la casa, debían sospechar que los guerrilleros mantenían contactos a través del novio de la chica de Yecla, y la Guardia Civil quería coger al novio y a los guerrilleros al mismo tiempo. A los quince días me detienen; nosotros nos estábamos arreglando para ir a la verbena. Matilde, así se llama la compañera donde estaba yo, y dos señores de paisano van a la cera y me piden el carné, y pensé: “Ya estoy perdida”. Revolvieron toda la casa de esta chica, cogieron unos libros de las Juventudes Socialistas Unificadas y otros de la Unión Soviética; cogieron varios libros y la chica estaba toda preocupada, y digo: “No te preocupes, que diré que son míos, que me los he encontrado en el tren, y así lo hice”. Me dijeron: “Bueno, ¿y estos libros?” “Pues mire, estos libros, viniendo yo en el tren encontré un paquete que se dejó alguien, yo no sabía lo que era, no los he leído siquiera”. Y los tenía más que leídos.

Matilde se quedó un poco preocupada pensando que yo la iba a delatar; eso yo nunca en la vida, ¿sabes?; mi declaración era que yo ahí estaba trabajando para ganar un jornal. A mí me dieron muchas hostias, me quisieron sacar muchas cosas, que unas las sabía pero otras no. Y otras que ellos las sabían y yo no, es porque esa buena señora las había dicho, me tuvieron quince días dándome leña.

Tenía la cara que si me hubiera visto mi padre no me hubiera reconocido, hinchada como un monstruo. Echaba sangre de las narices como un cochino y decían que tenía que ir a las guerrillas para decirles los campamentos, los nombres y demás, me decían que cómo habíamos estado nosotras en la guerrilla, que eso no era lucha para mujeres, que era de hombres, que por qué no estaba la Pasionaria, que la Pasionaria se esta paseando en buenos coches, y dije, bueno, la Pasionaria estará ocupando su puesto de trabajo donde esté. Me decían: “Pues ahora tú vas a venir con nosotros porque esos tíos os han engañado y nos vas a descubrir los campamentos. ¿Y el campamento de Boniato?...”. Y yo decía: “Pues no, señor, porque si yo he sido engañada por ellos, como ustedes dicen, ahora no quiero ser engañada de segundas

por ustedes”. “Bueno, pues mira, te vamos a colocar en una cafetería y verás qué buen sueldo vas a ganar”. Pero me di cuenta por dónde iban y pensé en la hermana de Reme, Concha y dije: “Mire, yo no tengo necesidad de trabajar en ninguna parte porque tengo aquí a unos primos que el marido gana mucho dinero y no tengo necesidad de trabajar”. Era mentira, pero yo sabía que en Valencia había un bar que ayudaban a la guerrilla y yo qué sé si lo tienen vigilado, y aunque yo no los denunciara, al conocer a una persona, por cualquier gesto, hubieran caído, ¿entiendes?, y coño, que me acompañaron a casa de la hermana de Reme, ya no vivían allí y las vecinas nos dicen las señas de dónde vivían y fuimos. Concha, al verme acompañada, se dio cuenta y dijo: ¡Huy, mi prima!, y me quedé allí; aquello me salvó, y a los quince días de estar en casa de Concha, ya me busqué una casa para servir.

Le dije a la señora en la situación en que estaba y me dijo que no me preocupara, que era igual, que siempre había habido polítics. Pero la señora era una cabrona sin delicadeza, se pensaría que por mi situación la tenía que aguantar sus impertinencias, que fueron muchas en los dos meses que la aguanté. Encontré otra cosa que tampoco oculté mi situación. Al cabo de un tiempo vino la Guardia Civil y me dijo que si quería ver a mis hermanas, que las tenían detenidas. Fui a la comisaría a verlas y, por cierto, en qué condiciones estarían que yo ni las conocí siquiera, tuve una impresión tremenda y también quedé yo detenida, ya me podían hacer expediente con todos los que habían cogido.

La reclusión era de comunes y polítics, las comunes todas eran prostitutas y ladronas, pero eran muy buenas chicas. El cura también se iba a dar la catequesis, y un día se pone a leer un libro y dice: “Una, dos, tres... ¡Usted! A ver”, y le digo: “Pues mire, si quiere que le diga la verdad no he puesto atención porque tengo otros problemas en que pensar”. “Siéntese”. Y luego le preguntan a Reme, y dijo: “Le contesto lo mismo que mi prima”. Y nos llama al despacho y nos dice que habíamos dado mal ejemplo a la reclusión, y entonces Reme, que tenía unos cojones, dice: “Mire, si no quiere que demos mal ejemplo a la reclusión, no nos llame la atención. Y cuando venga usted a predicar una doctrina, aquí, límitese a predicar esa doctrina, pero no a faltar el respeto a nadie”.

—¿Os juzgaron en Valencia?

Sí, nos juzgaron y nos pidieron veinte años y un día, los mismos que firmamos; a nosotras nos pusieron un abogado que era de ellos; claro, porque entonces no teníamos la suerte de ahora, que tenemos nuestros abogados. Nos hicieron el juicio por lo militar. Estuvimos cuatro años preventivas; si nos hacen el juicio enseguida nos fusilan. Nos salvó esos cuatro años, en el juicio el abogado en vez de defenderte te acusaba; ahora, los abogados te defienden de verdad. Cuando cayó mi marido, fíjate, lo defendió María Luisa Suárez, que es extraordinaria; demasiado madraza, sí, porque Cristina defiende mucho con coraje, pero no con esa ternura que pone María Luisa. Después del juicio enseguida pedimos el traslado; aquel director, como veía que éramos tan honradas, trabajadoras y calladas, aunque nos hicieran la vida imposible, quería ponernos a redimir en la prisión de Valencia y dijimos que no; que nosotras queríamos ir al penal. Entonces pedimos el traslado y nos llevaron a Alcalá de Henares; encontramos problemas entre las camaradas que no estaban dentro del Partido, y otras sí... Entonces las camaradas que no estaban dentro del Partido eran

Merche Gómez, Carmen Orozco, Fina Gallego, Alfonsa Sánchez; había más. Esas camaradas fueron las que se preocuparon de nosotras, de pasarnos comida, de hacernos todo lo que fuera; y las camaradas que estaban dentro del Partido no se ocuparon absolutamente de nada, que lo lógico hubiera sido que las camaradas que estaban en el Partido nos hubieran llamado; es decir, que a unas camaradas que procedían de las guerrillas se les contara la situación de la cárcel, que hay unas camaradas fuera y otras que estamos dentro, por lo menos mi opinión es esa, ¿entiendes? De eso no se ocuparon.

Vinieron Juana Doña, Antonia Herrero y otras de la cárcel de Guadalajara, políticas todas; Juana Doña jugó un papel muy importante en todo lo que se hizo, ahora está en la ORT, pero entonces políticamente se portó muy bien: dijo que aquello no podía continuar así, que les estábamos haciendo el juego a las funcionarias y funcionarios de la cárcel, y que teníamos que unirnos todas y estar dentro del Partido, discutir el periódico y tener reuniones. Hizo un trabajo muy bueno y empezamos a reunirnos Manolita del Arco, Maruja Blázquez, Fina Vázquez... las de Barcelona estaban dentro del Partido y decían que sí, que se habían ocupado de nosotras, que Soledad Real había venido a hablarnos del Partido; pero eso no era cosa de una camarada, sino de hacer una reunión con nosotras y plantearnos el problema, suponiendo que esta camarada hubiera venido a hablarnos, que no fue así. Porque Soledad Real venía, y como resultaba que ella pintaba, a mí me hablaba de pintura para que yo saliera a la calle y me ganara la vida pintando, y a mi hermana Esperanza le hablaba de los granos, porque ella también estaba siempre llena de granos, o sea que de lo que menos hablaba era de política y de Partido. Pero como Soledad ya había salido, estas se disculpaban con Soledad Real. Entonces Reme salió al paso y dijo que aquello no era cierto, que las camaradas no se habían ocupado en absoluto de nosotras, que éramos unas chicas de las guerrillas, y con cuatro años de cárcel, al lado de ellas éramos jóvenes, sin experiencias, que por desgracia eran veteranas; aquello quedó atrás después que se discutió.

Entonces ya empezamos a reunirnos periódicamente, a discutir el periódico de la calle, que no lo dejaban entrar, pero había una funcionaria que nos lo pasaba; teníamos reuniones, hacíamos meriendas por las tardes. Ya hubo una armonía muy buena, porque estas que estaban dentro del Partido recibían unos paquetes... De todo, que decía que era de la familia, pero los paquetes de ropa no podían ser de la familia, sino que eran del extranjero, que se los mandaban, y aún dudo mucho de que todos los paquetes de comida que les mandaban fueran de la familia; el resultado es que esas que estaban en el Partido comían a dos carrillos, y nosotras después del rancho nos echábamos aceite en el pan y a comer, mientras ellas estaban comiendo jamón, de todo lo mejorcito. La ropa se la daban incluso a las comunes, y a nosotras nunca nos daban ropa. Nosotras en la cárcel no hemos recibido ni una gorda de nadie. Esto a nosotras no nos desmoralizó nunca, porque hemos tenido una moral de hierro, solo de año en año, cuando podían, mis hermanas me mandaban un paquetito. Después, cuando ya nos unimos todas y empezamos a hacer vida de Partido fue cuando se repartía, pero mientras tanto, no.

En la dirección del Partido, al hacer un solo bloque, estuvo Reme, Merche Gómez, creo que también Mari Blázquez, Juana Doña, que entonces jugó un papel

muy bueno. Que si hay que reconocer lo malo de Juana Doña, también hay que reconocer lo bueno; yo por lo menos tengo esa manera de pensar.

Luego yo salí, y se quedó mi hermana, que a mi hermana le retrasaron la libertad seis meses; entonces encontré a Miguelete, a mi marido, y me casé, y al poco tiempo, que eran los niños pequeños, lo detuvieron a él y estuvo cuatro años detenido; antes estubo once; ahora justamente hace cinco que salió.

—Pero tú, a pesar de que pasaste todo esto en la cárcel y cuando saliste después en libertad, ¿has seguido un trabajo clandestino en el Partido?

Hombre, claro, estubo un tiempo que no tuve contacto con nadie, y era en mi opinión mala organización entre la cárcel y la calle. Después ya sí que estubo trabajando, hemos hecho unas campañas que para qué, Reme se creía que yo había dejado la lucha y que no hacía nada; cuando me vio en el periódico, que las mujeres de los presos nos metimos en la iglesia y todo ese jaleo, me dijo Reme que le había dado tanta alegría ver que seguía... Y yo ya no he dejado de luchar, siempre he estado haciendo algo.

—¿Y no has vuelto a tener otro tropiezo?

Sí, bueno, me detuvieron cuando el juicio de Burgos; estubo veintiocho horas en Gobernación, que nos metimos en una iglesia y vinieron los de Cristo Rey y empezaron a tirar bombas de humo para que saliéramos. Entonces el cura de la parroquia llama a la policía, vino y dijo que desalojáramos la iglesia y dijimos que no dejábamos la iglesia. Era contra las penas de muerte. Éramos quinientas personas y dijimos: “Si nos detienen que nos detengan a todos”, y que no se entregaban los carnés, porque ya empezaban a pedirlos. Y empieza la policía a dar palos a la gente y a meterlas en los *jeeps*, cogen miedo y entregan los carnés.

Entonces Dulcinea entregó la tablilla de la cárcel, Josefina Camacho y yo hicimos lo mismo; como no entregamos el carné, nos llevaron detenidas y nos hicieron la ficha, hasta con fotos. Pero declaración no nos tomaron. A mí solamente me dijeron que si había estado detenida alguna vez, y dije: “Sí señor, hace muchos años y creo que no será la última”. Mi hermana te habrá contado más cosas, ella es muy ordenada y más sensata que yo. Uhhh, ya quisiera yo parecerme a mi hermana en la suela de la zapatilla.

Estando aquí trabajando me dicen: “¿Sabes que aquí hay uno que estubo en la guerrilla de Levante y Aragón?, digo: “Sí”. “Y ¿no te acuerdas de mí?”. “Pues no”. “¿Pero tú te acuerdas de tres hermanas que estaban en las guerrillas?”. “Ah, sí, coño, sí una de ellas soy yo”. Se abrazó con una alegría a mí que para qué, ¿sabes?, qué alegría nos dio.

—Dice Gros que parecías una cabra subiendo por los peñascos de tan pequeña que eras.

Sí, era muy jovencita, y con qué ahínco estudiábamos, y con qué cariño. Nunca les causamos molestias a los camaradas; si había que llevar macuto, pues nos lo hemos cargado como cada camarada, que algunos decían que no llevaríamos peso, que no hiciéramos esto, o aquello, como si al ser mujer no tuviéramos que hacerlo, siempre hemos procurado no ser obstáculo para ellos; porque nos hemos portado yo creo que bien y la verdad, nos han querido mucho; decían: “A las peques que no nos las cojan, ni vivas ni muertas”. Así que esa fue mi vida en los mejores años de mi juventud.

AYUDA A GUERRILLAS

Adelina Delgado Correcher, la Madre

Es natural de Cortés, vive desde hace años en Cofrente, provincia de Valencia.

—Adelina, ¿tú has vivido siempre en el monte?

Sí, desde niña.

—¿Cómo llegaste tú a enlazar con los guerrilleros?

Pues, una tarde, como vivía en el monte, bajaron tres o cuatro, no me acuerdo, e iba el tío José, que hablaba con aquella fuerza. No sé qué habrá sido de José, si vivirá o no; era ya viejo el hombre, y aún es más, vino un hombre del pueblo y le dijimos que eran mercaderes de ganado; y como era un trabajador, un hombre que no se metía en ninguna cosa le dijimos eso y se lo creyó. Claro, al ver que estaban los tres, algo teníamos que decir ya que él no los conocía; se fueron y al rato ya se marchó él para el pueblo. Pero ya te digo, por mercaderes de ganado pasaron los tres; era un

hombre que no era malo, porque si hubiera sido un pinta los hubiera escondido, como pasó con los primeros que vinieron. Me parece que bajó Ángel, uno jovencillo, *Angelillo* le llamaban.

—Y luego, ¿hiciste de enlace constantemente, o era la casa el punto de apoyo?

Sí. Era la casa el punto de apoyo. Claro que sí.

—¿Cuánto tiempo estuviste así?

Pues no me acuerdo, ellos se acordarán más que yo, me parece que fueron lo menos tres años. Creo que sí, no lo sé de cierto.

—¿Tú también les suministrabas comida?



Adelina Delgado, *la Madre*. Al fondo, las montañas donde estaban los guerrilleros y el camino por donde iban a llevarles lo que necesitaban.

Comida y lo que salía. Si había que matarles algún bicho, mi cuñado mismamente se lo mataba, y yo, pues pan y todo lo que necesitaban, ropa y todo. Yo, como no sabía de letras. Venían y me decían: “Esto tiene que traer”, y me lo daban escrito y bien. Y esta de aquí, la mujer de Jaime, esa compraba ropa también; yo también compraba, ¿eh?, pero ella me compraba ropa y yo pues la llevaba.

—O sea, que era otra mujer del pueblo que te ayudaba a ti.

Sí, pero aquella no la declaré yo nunca, nunca, aunque fui a la cárcel y todo.

—¿Cómo se llamaba?

Elpidia.

—Y ¿tú tenías hijos ya entonces?

Hombre, todos. Esta —señala la foto de la que hace poco ha muerto— era pequeña, tendrían unos cuatro años, les decía a los guardias: “Borde, borde”, y los mandaba a la mierda y todo, y “por tú culpa está mi mamá en la cárcel”, y también tenía a la Angelita, la hermana de Esperanza y de Amada, que me la trajeron aquí.

—¿Cuánto tiempo tuviste a Angelita contigo?

Desde que pasó la familia al monte, dos años bien que haría.

—Tu detención, ¿cómo fue?, ¿cómo te detuvieron?

Pues, pasó que la Guardia Civil iba sospechando algo, y me enteré de lo que pasaba con la chica, me dije: “No me escapo de ir a la cárcel”. Los guardias iban mucho por allí, a horas y a deshoras; y es que iban guiando porque alguna persona seguramente delató, ¿sabes?, pero tenían mucha idea los muchachos y mucha precaución; no los pillaron nunca en la casa. Con lo que venía la Guardia Civil, madre mía... Una vez fue uno de los mandones por la tarde y empezó a hacerles preguntas a mi hombre, y a mí también. Cuando se fueron dije: “¡Ay!, qué mal me huele”. “Qué va”, dijo mi hombre. “¿Qué va?”, y él haciendo su faena. Y a los ocho días una mañana se marcha mi hombre para ir a la estafeta. Íbamos a hacer gazpachos y echamos torta; estábamos deshaciendo los gazpachos y se asoman. Por lo menos iban diez o doce, guardias civiles, todos con las capas como aguiluchos. Claro, cercaron la casa y vigilaron dónde entregaba las notas si necesitaban pan, esto o lo otro, lo que fuera, ¿sabes?, y lo vieron y él no vio nada. A mi hombre le metieron una, madre mía, pero no cogieron a nadie más. Nos metieron en una furgoneta de esas cerradas a mi hombre y a mí y se quedaron las criaturas solas.

—¿A Angelita también se la llevaron contigo?

A Angelita se la llevaron antes, porque luego la dejaron libre a ver qué podían coger. Ellos querían saber y nada más. Vino a verme, yo estaba aquí en el pueblo, y eso ya no me gustó nada, porque si a ella la habían detenido no tenía por qué venir a verme a mí. Me dijeron: “La Angelita ha venido”, y efectivamente, la vigilaban, por eso yo me las temía. Pero nos juntamos enseguida allí detenidas.

—¿Vivíais en esta casa entonces, o estabais en el bosque?

Nosotras vivíamos allí, pero esta casa la teníamos aquí para cuando veníamos del monte. Me preguntaron si la habíamos comprado después de lo que estábamos haciendo. Mira, no habíamos comprado nada, que todo era de mucho tiempo, pero bien preguntaban si habíamos comprado algo.

—¿Te llevaron al cuartel de la Guardia Civil?

Me llevaron a Arrancapinos con mi marido. Y allí nos echaron buena *lumbe* (pegaron) y a Jaime le sacaron un libro con fotos que a casi todos conocía; y yo, los que me sacaron, no era ninguno de los que conocía. “Yo no conozco a ninguno de estos”, decía yo. Cogieron a otro que llevaba gafas y lo mataron, pero yo no lo conocía. Es verdad, y no sabía nada de lo que Jaime decía, estaba al lado de mi marido y le oía decir a Jaime: “Este es fulano, ese mengano, ese zutano”; yo estoy con mi quimera de que Jaime...

—¿Y Jaime quién era?

También otro que... un hermano mataron por su culpa, y mira allá está, al ladico de mi casa del monte, lo mataron, mientras estábamos en la cárcel.

—¿Y este reconocía a los compañeros? ¿Delante de la Guardia Civil?

Sí, delante de la Guardia Civil, que yo me decía: “Dios mío, este hombre, no sé a cuántos conoce, y está luchando con ellos...”. Los tenían puestos en las tapas en fila, cambiaban otra fila de fotos y nombres y él los conocía a todos. Dio todos los detalles. Yo no conocía a ninguno de los que conocía él, ni de nombre ni de fotografía.

—¿Te pegaron mucho?

¿Que si me pegaron?, lo que les dio la gana me pegaron, pero yo entonces no tenía miedo: “Pegas, pues pégame”.

—De Arrancapinos, ¿adónde fuiste, a la cárcel?

Sí, desde allí me llevaron. Estuve una noche y al otro día, sobre mediodía, nos llevaron.

—¿Erais muchas políticas en la cárcel de Valencia?

Sí, por lo menos... bueno muchas.

—¿Qué año era?

No me hables de años, sí, el 52. Mismamente la cocinera que había para hacernos de comer, era de por ahí arriba, de la Sierra, de Teruel, no sé si de Camporrobles, donde está el Agachán, que dicen *de Tejada*; Cristina se llamaba la chica, y por lo menos ya llevaba cuatro años allí.

—¿Estuviste mucho tiempo en la cárcel?

Ea, pues estaría no sé si catorce o quince meses.

—¿Te juzgaron?

Sí.

—¿Y qué condena te pusieron?

Pues a mí no me pusieron condena, porque salí y ya no he vuelto. Mi hombre sí que salió y lo volvieron a coger otra vez, seis meses estuvo después. Lo sacaron a él antes que a mí. Me dijo Bronco que mi hombre era mejor, que yo por ser tan mala por eso me tocaba estar más tiempo en la cárcel. O sea que a mí no me pusieron condena porque no tenían pruebas concretas. Claro, me llamaron allí, en una sala muy grande, a declarar, y entraron ellos. Yo qué sé la de tíos que entraron, todos a preguntarme bastante; y ahí tenías que pensar. Y claro, como yo les contesté que no tenía nada que decir, me preguntaron: “Usted, ¿qué desea?”. “Pues pueden ustedes comprenderlo, volver a mi hogar con mis hijos y criarlos”. Así me tuvieron ese tiempo. En la cárcel estuve muy bien. Fregar el piso no me dejaron nunca las compañeras, ni los retretes ni nada. Hambre, mira... Yo, si no era nada más que la cosa de mis hijos... De lo demás estuve encantada de la vida, decía: “Aquí se viene a aprender, es a lo que se viene a la cárcel”, y todas se refán conmigo.

—A Angelita, ¿la has vuelto a ver alguna vez? ¿Ha venido a verte?

No. A la Angelita lo que le pasó es que era demasiado joven y la enredaron. Yo lo comprendo, era muy joven y hay que perdonarla, porque resulta que por salvar a sus hermanas, creyó que diciendo ciertas cosas las iban a sacar; pero no, por ahí era por donde se metía más adentro, y a nosotros nos hundió. Pero hay que comprender

que era muy joven y no lo pensó. Ella solo pensó que, diciendo aquello, a sus hermanas las sacaban, pero no, fue al contrario. Por eso, cuanto menos se hablara de esas cosas, mejor. Si conocías a siete, pues con decir que no conocías a ninguno tenías bastante. Yo dije lo que me pareció, y de ahí no me sacaron, por eso te digo que salí bien, porque las chicas, pobrecillas, mucho les hicieron, pero no hablaron.

—Vosotros, ¿negasteis la participación en las guerrillas?

Yo sí, les dije: “Es muy sencillo, ya ven que no he mentido en nada, pero si van por el mundo y vienen, les vendes algo y sacas algún dinero, pues claro, yo como vivía en el monte no sabía con quién trataba (y bien que lo sabíamos), si sacaba lo que sacaba... por eso mismamente, pero no por otro interés, no, señor”. Y claro, como no sabíamos de letras y en el pueblo nadie sabía nada de lo que hacíamos ni en lo que nos metíamos, pues no nos replicaron, y si nos apretaron fue, ya te digo, porque Angelita se delató a sí misma y a nosotros. Pero era muy joven, no supo ni lo que decía, y nada más. Pero lo mismo que declaré el primer día me mantuve, si tuviera ahora el temple que tenía entonces, y la memoria, pero ahora...

—En la cárcel de Valencia, ¿había otra viejecita también?

Sí, me parece que se llamaba María, tenía una hija. A la hija la dejaron salir enseguida, pero la madre tardó más, murió el marido y tampoco la dejaron salir. Parecía así como muy bonachona, muy buena. Me decía que cuando los chicos estaban dentro echaban basura, por si iba la guardia, para ver las pisadas y no les descubriera. La mujer me lo contaba, se veía muy ignorante, demasiado, ¿sabes? Y le pegaron mucho también, y no lo sé pero parece que dijeron que también pegaron a la hija; ya digo, murió el marido cuando ella estaba en la cárcel y no la dejaron salir, no consintieron.

También estuvo entonces la Matilde, y otra joven morena, la cogieron, creo que tenía un crío y con el crío y todo a la cárcel fue. No me acuerdo su nombre, era jovencica, pero más viva que un rayo. Ay, madre mía que muchacha, esa les engañaba en su cara, porque hay que ver lo bien que se explicaba. Allí en la cárcel estaba con las hermanas, Esperancita, la Amada y la María.

—¿Qué María?

La otra hermana de ellas, y la Angelita. La María y la Angelita me parece que salieron pronto. La Esperancita y la Amada estuvieron muchos años. También había otra María, María Soto. La hermana de esta María Soto salió enseguida, era muy cobarde. Ella era más valiente, era bajica, la otra era más buena moza, pero aquella era cobarde y María bien que sabía explicar las cosas, hay que ver. Salieron primero la hermana y después ella. De más yo no me acuerdo.

Cuando fui a la cárcel me dio una subida de sangre a la vista, que me tenía que coger la señorita y me metían donde ponían la escuela, en un sitio muy oscuro, y allí me estaba todo el día, y la señorita venía a ratos, entraba y salía. La subida que me dio a la vista, oh, aquello era el colmo.

—¿De qué fue? ¿De los palos?

Ea, pues tuvo que ser de eso, del sobresalto y de lo que me zumbaron; al muy poco de entrar me dio. Ya te digo que no veía ni gota, poco a poco se me fue quitando y ya quedé normal. Mira, que si comía poco que se ponía el director a mi lado cuando daban el rancho y me decía: “Oiga, ¿por qué coge tan poca comida?”. “Pues mire usted, porque no puedo comer más, y para tenerla que tirar, mejor que se la den

a otra". "A ver si es que usted no quiere comer. O no está bueno, o tiene usted aprensión". "No, señor", le dije. "Yo no tengo aprensión, a mí me gusta todo, pero para tirar la comida es mejor que se la den a las otras". Había mujeres que pedían dos y tres platos, ¿por qué iba yo a tirarla? Además a mí me mandaban mucha cosa, madre mía. Allí nos juntábamos una cuadrilla de las que estábamos unidas, tanto la Reme como la Esperanza, la Amada, la Maruja y yo, todas siempre juntas, y las otras mujeres igual que estaban de antes, que también eran políticas.

Ya ves cómo éramos nosotras, gente que trabaja, venían a ver qué hacíamos nosotras y se encontraban con que una compañera nos leía un libro mientras las demás hacíamos labores, que estábamos unidas. Pero en el otro patio aquello era un infierno: eran las prostitutas y las ladronas. Al fin salí con mis hijos.

—¿De qué te viene el nombre de *Madre*?

Ea, yo que sé, será por el buen comportamiento que tenía con ellos verían a sus madres.

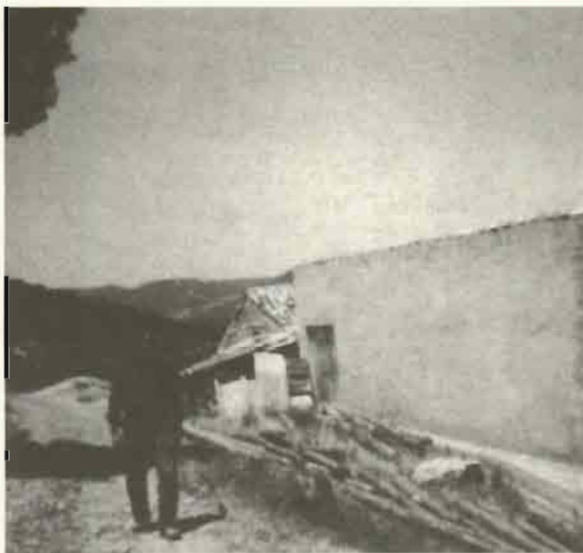
—¿Pasaron muchos por tu casa?

Sí que pasaron, y muchos que pasaron y no los veías. Porque no veíamos a nadie más que al que teníamos que ver. Te van cogiendo cariño por la manera de tratarles, porque también yo me preocupaba por ellos. Al principio tiraban para otra casa, porque mis chicos eran pequeños y de los críos no se fiaban, y siempre iban por allí, pero ya vieron que en la otra casa no les abrían las puertas.

—¿Había otra casa por allí cerca?

Sí, cerquita de la fuente es donde está mi casa. Bueno también había la casa del cura en el Quinde; en total cinco vecinos vivíamos en el monte, pero bastante separados unos de otros. Y ahora no quiere vivir nadie, así que ahora no ves a nadie, los montes pelados. Y a mí, mira, no lo puedo remediar, como toda mi vida me he criado aquí, que desde la edad de cuatro meses me llevaron a los montes, pues me gustan, no lo puedo remediar. Más que el pueblo y las capitales.

—Y después que saliste de la cárcel, ¿las guerrillas dejaron de existir?



El marido de Adelina y la casa donde también bajaban los guerrilleros a suministrarse.

Ah, no, ya no volvieron más, y nosotros estábamos bajo unas normas con la Guardia Civil. Nosotros venga ir al cuartel, madre mía. Cada día a mi hombre le hacían

la vida imposible, hasta después de salir de la cárcel. Mi hombre estaba acobardado, él estaba más cobarde que yo, y le dije al mandón de los civiles: "Pero oiga, ¿es que tenemos que bajar cada día del monte a presentarnos?". Porque a mi hombre, algunos días por la mañana y por la tarde lo hacían ir, y va y dice: "Pues usted ahora todos los días tiene que estar aquí". "Pues, ea, todos los días estaremos en el camino", y ya por eso nos vinimos aquí al pueblo, para presentarnos. Un día tanto se metían con él, que se ponía nervioso, porque el miedo, sabes. Le dije: "Chico, no te apures", hasta ahora has trabajado para tus hijos pues tus hijos que trabajen para ti, tú todos los días siéntate y aquí en el poyo —que había un poyico allí en la puerta— te sientas a tomar el sol y así no tienes que darte la caminata para allá y para acá. Ya se cansarán de una vez, porque creo que vivir en el monte honradamente para criar uno la familia y maltratarte de esa manera y zumbarte... que nos maten de una vez. Entonces dio un puñetazo en la mesa y dijo: "Aquí no habla nadie más que yo". Pero entonces le contesté —que se quedó con la mano en alto—: "Si no hicieran preguntas tan fuertes como hacen y matan a las personas, no saltaríamos así...". Desde entonces de vez en cuando nos presentábamos, pero ya no nos daban tanta lata.

Este tío era el colmo, lo necio y *retahiloso* que era, ya te digo. Y luego al cabo de mucho tiempo venía un hombre aquí, bueno, un señor así como viajante, y yo me comí la partida, digo: "Este tiene que ser espía de la Guardia Civil, o cosa así, porque eso de que venga todos los días...". Venía como viajante, te hacía preguntas y nada, se iba.

—¿Si tuvieras que volver a empezar, qué harías?

Sí, claro que sí, ¿es que por eso se va a poner uno cobarde? Que uno en el mundo es bueno y no malo, así que, volveríamos a ver.

—Ahora estarás contenta, tenemos ya un poco de libertad, y los partidos están legales.

Sí, ya lo creo que sí; yo no entiendo todo eso, ni nada, pero vamos, que sí.

—¿Hay organización del Partido aquí en el pueblo?

Pues, yo no te puedo decir, parece que hay algo, ¿sabes? Porque, mujer, después de la desgracia que he tenido, hace unos meses perdí a una hija de veintiséis años, no salgo de casa. Nada más que para comprar, pero me voy dando una idea por las palabras que se oyen, me parece que sí, que hay algo y que la gente se va animando; veremos a ver, que no hay que desconfiar nunca. Hay que luchar eso mismamente. A ver si uno es bueno. Nosotras ya a descansar, y los jóvenes que sigan luchando. Sí, ¿pero sabes en lo que veo más? En los jovencicos, en estos que tienen quince o dieciséis años, ahí veo yo un poco que, si los dejaran, esos creo que sacarían bocado, ¿eh? Eso sin entender nada, pero me lo parece a mí, no lo sé. A los jovencicos les tienen muchas manías. Cuando nos detuvieron cogieron a un crío, decían que era novio de Angelita; tuvo que ser, digo yo, no lo sé porque eran dos críos. Más valía que lo hubieran metido en un colegio de menores y no que le dieran las palizas que le dieron que los labios y todo le estropearon y estuvo mucho tiempo malo; y a mí no me lo quisieron decir, pero luego a mi chica se le escapó en la cárcel; dijo: "Mamá, le han pegado a Vicentín, al *Chache*. Y entonces pregunté y me lo dijeron; les dije: "No me lo ocultéis", "Ha estado muy malo —me dijeron— muy malo, tuvieron que llamar al médico y curarle de la paliza que le dieron. Eso sin deberle de pegar porque

no tenía el tiempo, ni la edad, ni ninguna cosa; bien que lo hubieran metido en un colegio de menores. No digo nada porque podrán hacer lo que les dé la gana, porque como tenían la sartén por el mango la podían mover cuando quisieran. Mira cómo ahora no se meten aunque les digas: “Qué hijo de puta eres”. Tenía catorce añicos, por ahí, por ahí, porque aún iba con el *ganao* y todo, conque ya te digo, esa edad tenía.

—¿Tú qué edad tienes ahora?

Yo tengo setenta y dos, los habré hecho el 19 de enero, conque mira.

—¿Y has estado siempre viviendo aquí? ¿Eres de este pueblo tú?

Yo he nacido en Cortés, en un pueblo que hay aquí cerca; a la edad de cuatro meses me bajaron al *Ral*, que le dicen, y hemos estado de renteros en esos *rales*, y eso pertenece a Cortés; me casé en Cortés, tengo tres bautizados allí, y los otros aquí, que he tenido ocho de familia, y me viven cuatro, que la mayor se murió a los dieciocho años. A los once meses se me murió otra niña de siete años, y otra ha muerto ahora a los veintiséis. Justo, a los veintiséis años de morir la otra, ha muerto esta, que tenía cuatro meses cuando la otra murió. No te creas que no he llevado buen palo. Tenía unos hijos bien adiestrados. Mira, ya nos habían detenido a nosotros y vino un guerrillero a la casa del monte, se dio cuenta de que estaban los civiles y se quedó en el campo. Iban como aquel que va limpiando siembra, y la Guardia Civil viéndolo entró y le dijo al muchacho, a mi chico: “¿Quién es aquél?”. Y él contestó: “Pues el amo de la siembra”; y era el que hacía de enlace, que se coló allí sin saber que estaba la Guardia Civil y nosotros en la cárcel; no lo sabía el pobre, pero no le pasó nada porque mi gente le sacó del apuro. Mis cuñados, que estaban con los chiquillos le mataron un cabrito y le dieron lo que pudieron para que se marchara con alimentos.

Bueno, se podrían contar muchas cosas, pero han pasado tantos años que unos han olvidado y otros han hecho para olvidar, pero me gusta que la juventud de hoy lo sepa y que luchen de otra manera para que no vuelva a pasar eso.

Josefa Beneito López, de Alberique, la Abanderada

Me detuvieron en el año 39, el día 22 de abril, en Alberique, por ir a manifestaciones, por llevar la bandera y porque me casé por lo civil. Nos casamos ese día cuatro parejas; ellas eran las cuatro del Partido, ellos no lo sé. Yo era entonces simpatizante del Partido; como era aún tan joven no sabía exactamente lo que era. Fue una boda muy sonada porque al salir del Juzgado habían hecho un arco con las banderas y nos hicieron pasar por ellas, y se celebró en la casa del Partido. Esta fue la causa de mi detención y allí estuvimos cinco o seis meses. Me juzgaron y me pusieron pena de muerte. Luego me quitaron la pena de muerte y me llevaron a Valencia en revisión de expediente; me dejaron doce años y un día. Estuve cuatro años y medio. Estábamos muy mal; pasaban las ratas por encima de nosotras, comíamos las habas llenas de gusanos y nos daban muy mal trato. Luego en el año 43, cuando dieron el indulto de los doce años y un día, salí en libertad.

Estuve sirviendo para ayudar a mis padres y a mi hijo. Mi marido después de escaparse de Mérida de la plaza de toros, que los iban a matar, se escapó del campo de concentración de Badajoz y estuvo escondido. Cuando salí de la cárcel lo vi y

quería que se viniera a Yecla, que lo emplearía el tío Camarasa a trabajar. Su madre me decía que yo no lo quería, que no comprendía que si salía lo matarían, en el pueblo había un señorito que decía que si lo veía lo mataba, porque era del Partido Comunista y porque se había ido al frente voluntario. No podía nadie pensar que estaba en su casa; estuvo escondido tres años sin salir... Yo quería sacarle de aquel encierro, que se viniera a Yecla; y lo que dicen, ojos que no ven, corazón que no llora. A él no le ven en el pueblo, y a lo mejor no le pasa nada, y aún está vivo. Pero su madre no quiso que saliera y murió allí. Mandé venir un médico porque yo vi que estaba muy mal: don Tomás, ayudante del Peset, un famoso médico de Valencia que fusilaron y al ayudante lo metieron en la cárcel y estuvo siete años, al salir en liber-



Josefa Beneito, en el taller de confección donde las explotaban y ellas se dejaban explotar porque era el único medio de reducir la pena por el trabajo. En el libro segundo hay testimonios que hablan sobre los talleres en la cárcel.

tad lo mandaron a Alberique desterrado y acababa de llegar al pueblo. Yo fui y hablé con él, y le dije: "Mi marido está en esta situación mucho tiempo y está muy mal; yo quisiera que usted fuera a visitarle". Le visitó y dijo que no había nada que hacer, que la tuberculosis estaba muy avanzada. Desde Yecla iba a verlo. Me parecía mentira que hubiera enfermado así. Pero claro, el campo de concentración, mal alimentado y el estar tanto tiempo sin darle el sol, acabó con él. Murió en el año 46.

Luego, me volví a casar, con Santiago, y fui a vivir al campo con mi marido, y allí empezamos a ayudar a las guerrillas. Me volvieron a detener el 29 de abril del

año 50, en una emboscada de guardias civiles que nos sitiaron la casa. Aquel día tenían que venir tres guerrilleros a casa, pero solo vinieron dos, Moreno *el Jalisco* y el Chaval, iban los dos. Ellos venían a suministrarse y mi marido tenía que ir en busca de los encargos que le habían hecho a Valencia. Estaban dentro de casa, en la habitación escondidos. Vino la noche, a mi marido se le hizo tarde y no pudo volver a casa. Se quedó con el hermano del Jalisco a dormir en el bar que tenía su madre en la calle de la Corona; mi suegra vivía con nosotros y otro hijo más pequeño. El chiquillo, dice: “Yo me voy al pueblo”. Su madre le dijo: “Ven esta noche” (fue ella la que dio el chivatazo y el chiquillo, que tenía diecisiete años). Desde la puerta le repitió: “Que vengas esta noche”, pero con el dedo le hacía una señal para que no viniera, señal que vi, y comprendí después al no venir; yo cogí la llave y la puse en la ventana por si venía el chiquillo. Después nos acostamos todos. Estaban Moreno y el Chaval acostados en una cama, mi suegra en otra, mi madre y mi hijo, el que tenía de mi primer marido, en otra cama y yo en un colchón a los pies de la cama de mi madre, en el suelo con mi niña pequeña. Empezaron a ladrar los perros desde la una de la madrugada y mi madre me decía: “Josefa, ¿oyes los perros?”, y yo le dije: “Sí, ¿por qué?”. “Ay, estoy desazonada”. Mi madre lo presentía. Y dije: “Pues duerme tranquila, que no pasa nada”. Los dos muchachos durmiendo. Allá a las seis, en vista de que no nos levantábamos, tocaron a la puerta; y me puse una bata que tenía a los pies de la cama y fui a abrir, pero entonces me acordé de que tenía la llave en la ventana y, al ir a cogerla, vi por debajo de los naranjos gorritos de la Guardia Civil; había ciento ochenta guardias civiles.

Entonces yo cogí la llave, fui a los chicos y dije: “Estamos rodeados de guardias civiles”. “Pues espérate y no abras hasta que no te lo digamos”. Yo le puse la camisa a uno y un saco de propaganda al otro, ayudándoles, mientras se abrochaban el correaje y cogían las metralletas que llevaban. Uno se fue en camiseta de sport; entonces me dijeron: “Abre la puerta”, y se pusieron cada uno en la puerta de una habitación, y entonces abrí la puerta. Lo que me preguntaron fue: “¿Aquí no hay maquis?”. Digo: “Aquí no señor, ninguno”. “¿Quiénes son ustedes?”. “Mi suegra, mi madre, mi hijo, una nena que tengo de meses y yo”. “Pues vamos a ver, vamos a ver”. Yo cogí, subí el escalón y me metí debajo del colchón con mi hijica y empezó todo; salieron de allí el uno tirando bombas y el otro tirando tiros. Las balas silbaban por la habitación, todo el techo acribillado de balas; el tiroteo no cesaba. Se pensaban que había allí un regimiento de guerrilleros. Yo, salí del colchón, lié a mi chavala en una toquilla y me dije: “Muerta por muerta yo salgo; si me puedo salvar me salvo, y si no, mala suerte”. Cuando salí había tres muertos; el comandante Valerilla, o algo así se llamaba, el teniente Callejas y otro que se lo llevaron para Alcira, pero que antes de llegar murió. Enseguida me cogieron, me pusieron debajo de la higuera y me preguntaron: “¿Quién hay ahí dentro?”. “Mi madre, mi suegra y un chiquillo que tengo de doce años”. “Pues dígales que salgan”; entonces yo llamé y salieron mi madre y mi hijo, que no les pegaron a ninguno de los dos. La última que salió, poniéndose la bata, fue mi suegra, y la recibieron a bofetadas, diciendo que ella había sido la criminal que había dado parte de lo que había, que el que más o el que menos estaba muy tranquilo en su casa —eso la Guardia Civil— y se hubieran ahorrado el que hubieran muerto tres personas; y las que quedaban por morir. Mi hijo, al pobrecito, lo dejaron en medio de la calle en camiseta de sport y entonces les dije yo: “Por favor,

entren en la casa y denle algo de ropa a mi hijo”, y sacaron la camisa del Chaval y se la pusieron; ya verás cómo le estaba, se la doblaron por todos los sitios. El Chaval era un tío muy grandón.

Me llevaron al cuartel de la Guardia Civil y allí, metida en una cuadra, me maltrataron, me dijeron todas las perrerías que les dio la gana, que si era querida de ellos, que si le estaba poniendo los cuernos a mi marido, que si... En fin, para qué contar más.

A mí me pegaron mucho, por eso tengo resentido el hueso de la *cucusilla* del culo, donde me paró el vergajo, y la espalda. Me sacudieron de lo lindo y después me llevaron a Valencia.

—¿Y a tu marido cómo lo cogieron estando en Valencia?

Había cogido el tren, el *chicharro*, que llamamos, antes de llegar a la casa oyó el tiroteo. Entre los trigales tiró la máquina de escribir y algunas cosas que llevaba para los muchachos, y entonces se fue a casa de una amiga, de una paisana. Aquella fue y lo entregó al cuartel de la Guardia Civil; ese día venían dos de Yecla, pero al oír el tiroteo se volvieron atrás. A mi marido lo detuvieron. Le pegaron mucho, lo maltrataron hasta reventarle los pulmones y un día le llevaron a donde vivíamos y le dijeron que bajara del camión y que fuera hacia la casa, que pensaban que allí había un polvorín de armamento, y le dieron la ley de fugas, dispararon por la espalda y lo mataron. A los veintitrés meses de estar casada con él; lo mataron a palo limpio, cuando fue allí a casa ya él pensaría: “Muerto por muerto, que me maten y ya está”. Hemos ido a buscarlo a Alberique y no lo hemos encontrado por ningún sitio, no sabemos dónde lo llevaron, yo digo si estará enterrado entre los naranjos. Mi hija cuando se casó fue a llevar el ramo al cementerio civil y dijeron que de ese año no rezaba el nombre de él, que fue el día 3 de mayo de 1950.

—Cuando la Guardia Civil estuvo en tu casa, que hubo la batida entre los guerrilleros y la Guardia Civil, ¿cayó algún guerrillero muerto?

No, ninguno, sólo los guardias.

Heridos sí, que dijeron que había rastro de sangre.

—¿Detuvieron a tu madre también contigo?

Sí, detuvieron a todos. A mi hijo lo dejaron en la calle porque era pequeñico y hasta que no pasaron dos meses no supe nada de él.

—¿Lo recogió alguien del pueblo?

Sí. Primero me lo recogió un amigo de mi marido y luego, cuando salió mi suegra, se enteró que estaba allí, fue a por él y se lo llevó a casa. Y a los tres meses o así fue mi tía Carmen y entonces el chiquillo empezó a llorar y ella le dijo: “¿Te quieres venir conmigo?”. “Sí”, y se lo llevó a Yecla.

En la cárcel de Valencia había bastantes políticas, la Carmen Orozco, Irene Conesa, Carmen Izquierdo... no recuerdo más, han pasado muchos años. Ah, sí, una pobre mujer que la amenazaban con que al otro día la iban a matar; a esta mujer le habían matado a su marido, a sus hermanos, y no sé si a un hijo. En el juicio le habían dicho que habían matado a sus familiares. Cuando entró en la cárcel, subió las escaleras y ni siquiera entró en la celda ni nada. Se tiró por la barandilla y como el suelo era de baldosinas de la calle, dicen que cayó de cabeza y los sesos se estamparon en el suelo. Si no recuerdo mal, esa muchacha me parece que se llamaba Angelita.

—¿Pero era una presa política?

Sí, sí. Era de las guerrillas. Yo estaba allí cuando se tiró y decían que la libertad la tenía en el despacho, pero salió muerta. Estaba como directora Natividad Brunete y su hermana Teresa de funcionaria. Entre las dos le hacían la vida imposible y sufrí mucho con ellas; eran malas, gozaban haciendo mal.

A mí los civiles me hacían sufrir tocándome el punto flojo: “Y ¿qué vas a hacer con tu hija, porque te vamos a matar?”. “¿Que qué voy a hacer con mi hija?, pues que muere conmigo”; y aún se reía la Guardia Civil. “¿Y cómo lo vas a consentir?”, me decían. Yo no hubiera consentido que mi hija hubiera muerto, pero es que había un guardia civil que se la quería llevar a su casa, no sé si es que no tenía hijos. Estábamos sin comunicar. ¿A quién llamaba para que viniera a por mi chiquilla? Pues yo decía que moría con mi hija; me trataron de todo lo peor, de todo lo que les dio la gana, de puta, de sinvergüenza, que si era la querida de los guerrilleros, que si... Madre mía, ya te digo; yo creo que si lo tuviera que pasar ahora otra vez, bueno, a lo mejor lo pasaba.

Me hicieron el consejo de guerra. Mi madre y mi suegra fueron de testigos. Mi prima me defendía declarando a mi favor, mi suegra me acusaba, decía que yo era mala, que estaba con los guerrilleros y que les compraba lo que necesitaban. Cuando volví del juicio, de toda la prisión empezaron a salir las compañeras a preguntarme qué llevaba. Les dije: “La corbata, la pena de muerte. Y dije yo: “Si muero moriré por el Partido Comunista, ahora y siempre, poco entiendo, pero estoy dispuesta a morir por él, y si me matan, me matan con mi hija, no se la doy a ningún guardia civil, si no viene la familia a llevársela”. Así está la criatura, sabes, con todo lo que ha mamado y todas las cosas que ha pasado, así está ella. La tengo muy enferma. Yo no le digo nada, pero las cosas salen tarde o temprano. La pena de muerte la tuve veintiún días; me conmutaron y a los dos meses me mandaron a Málaga con mi hija.

—¿Qué tiempo tenía tu niña?

Un año. En la cárcel de Málaga había mucha gente, mucha miseria, muy mala comida y si ganábamos en lavar ropa y hacer pañitos, comíamos, y si no, estábamos muertas de hambre.

—¿Lavar la ropa, para quién? ¿Para las compañeras?

Sí, porque algunas estaban enfermas, otras tenían sabañones en las manos y a mí me daban pena y les lavaba la ropa y me daban algo, me daban lo que querían.

De Málaga fui a Segovia, era el año 56, encontré muy buenas compañeras. Manolita de Arco, que tenía muchos sabañones y me daba pena, la Pepi, la Mari Salvo, Soledad Real, que siempre estaba muy delicada. Y yo me dediqué a lavarles la ropa a ellas y cuando les parecía, pues me daban dinero, cuando no les parecía pues... Pero siempre tenía mucha ayuda de ellas, sabes. Yo no lo hacía por interés ninguno, sino para ayudarlas, porque yo estaba fuerte y ellas no, que llevaban muchos más años que yo en la cárcel. Manolita de Arco tiene mala circulación de sangre, está siempre amoratada. Además, cuando salieron de la incomunicación de la huelga que tuvieron en Segovia, todas estaban muy mal; a mí me daba apuro. Un día les lavaba a unas y otro día a otras. Después fui a los talleres.

Cuando quitaron Segovia nos llevaron a Alcalá de Henares. Al principio nos daban buena comida, pero después ya se fue empeorando. Ingresamos en los talleres;

yo fui a hacer ropica para intendencia. Estábamos organizadas políticamente, por grupos, y de cuando en cuando, dábamos algunos cursillos. La dirección del Partido estuvo siempre más o menos de acuerdo políticamente. En Alcalá de Henares, había dos tendencias; yo me tiré a la principal, o sea, a la que más me gustó. Entonces estaba separada la Merche Gómez y había unas cuantas que estaban separadas; la una quería ser más que la otra y la otra no quería ser menos. Y luego, cuando salió un grupico de ellas, ya nos organizamos y estuvimos todas unidas. Hacíamos reuniones y allí cada una exponía lo que sabía.

Se organizaron cuando llegó Margarita Sánchez; llegó a suceder que mandaban para el Partido y se lo chupaban solo unas y las demás no veían nada. Y cuando ya fue saliendo aquel grupico, a las que nos quedamos nos empezó a llegar ayuda que no sabíamos de dónde. Venían paquetes a manta, lo mismo ropa que dinero, de todo.

Yo tuve que entrar a los talleres; primero porque se redimía y luego porque se ganaba algo. Ahora, nosotras teníamos una tasa; si teníamos que hacer cinco piezas, es un ejemplo, y te daba lugar a hacerlos, nos reuníamos todas y decíamos: de tres no pasamos; y hacíamos tres. Yo gracias a eso he podido salir en el año 64; porque he redimido. También me quitaron dos años por ir al colegio, más luego, cuando vino el indulto de los veinticinco años de "paz". Salí en libertad. Tenía que haber salido en el momento en que dieron el indulto, pero como estaba trabajando y dando producción, me escondieron el expediente y salí en octubre. Tuve que escribir a Valencia diciendo que mi expediente no salía por ningún sitio y que no llegaba la liquidación de condena, y todo era hacer solicitudes. "¿Cómo es que no viene mi liquidación de condena si ya he cumplido?"; vinieron dos señores del juzgado de Valencia y le dijeron al secretario de la oficina que hiciera el favor de sacar mi expediente. Vieron que estaba limpio, no tenía sanciones, y dijeron que por qué estaba allí retenida. "Pues no sé por qué". Y el tío casi me pega porque yo dije: "Yo no sé nada de mi libertad". "Pues su liquidación hace tiempo que vino". "Pues no me lo han notificado para nada", y entonces a los dos o tres días salí en libertad.

Yo, si me muero, que me lfen en una bandera del Partido Comunista y que me tiren a la fosa, pero yo no dejaré jamás en la vida de ser lo que soy. Me puedo expresar mejor o peor, pero a mí la idea nadie me la quita. No me la han quitado en la cárcel, menos me la quitan aquí. Un camarada me llamó diciendo que sí había vuelto la chaqueta, porque no iba al local del Partido; yo la chaqueta no la vuelvo. Al contrario, cada día estoy más fuerte y más contenta, y no voy por allí porque me emociono mucho, y no estoy para esos trotes; por eso no voy. Me quieren hacer un homenaje y yo digo que el mejor homenaje son los trabajos que se realizaban cuando exponíamos el pellejo.

Matilde Rovira, de Yecla (Murcia), la Novia

Yo tenía una tienda de ultramarinos donde la Guardia Civil iba a comprar todos los meses, y unos me pagaban y otros no me pagaban; todavía me deben dinero. Fructuoso era mi novio y tenía contacto con los guerrilleros; había en el monte una chica y cuando se pusieron las cosas tan mal decidieron bajar a la población, como a mí me hacía falta una chica para servir, cuando él me puso al corriente de lo que pasaba y me dijo lo que nos pasaría si nos cogía la Guardia Civil, que nos exponíamos a

que nos metieran a la cárcel y a otras cosas peores, yo le dije que sí que la bajara. Ellos se pusieron en contacto con las guerrillas y se llevaron un pañuelo mío para la contraseña, para que cuando viniera al pueblo yo la pudiera conocer. No sé si ella se ha equivocado, porque dice que era un vestido; pero no, era un pañuelo. Y dio la casualidad de que la chica tenía que comer ese día en un hotel antes de verme a mí para deshacerse de la mujer aquella, no sé si era camarada por lo que pasó con aquella mujer, y dio la casualidad de que yo estaba en la puerta de la tienda, que estaba muy cerca de la estación, cuando ella pasó. La muchacha llevaba el pañuelo en la mano, y yo al verla dije: “Oh, pues esta es”, y me acerqué a ella y le dije: “¿Tú eres Maruja?” (María). Me dijo que sí, entraron en casa —la señora llevaba un bebé—, desayunaron y se hizo la hora del tren; a medio día ella emprendió la marcha y Maruja se quedó en casa. Aquella noche vino Fructuoso, se la presenté y estuvimos hablando, y a partir de ese momento hicimos la vida normal. Entraban los civiles a comprar: “Huy, esta chica...”, lo que pasa, el cotilleo; al ver a una persona extraña en la casa les tenía que dar explicaciones; les dije que era una prima mía que había venido a estar conmigo. Pero un día estábamos en la cocina un poco oscuras y entró un guardia civil que tenía una querida que vivía en la casa; como él entraba todos los días por la tienda, se ve que le dijeron: “Pues tú, como entras allí, no van a sospechar de ti para nada, vas, haz amistad con ella y pregúntale y háblale a ver lo que le puedes sonsacar”. Estábamos en la cocina cuando entró y se agachó para mirarla —esta Maruja tiene una cicatriz en la cara—; empezó a preguntarle cómo es que había venido al pueblo, de dónde venía, y venga a preguntar; en aquel momento no sospechamos, pero a mí me extrañó aquello. “El tonto este, tantas preguntas y tantas cosas, ¿qué querrá decir?”. Va otro día y lo mismo, venga a preguntar.

Yo tenía mucha amistad con algunos guardias civiles, y entró otro, un tal Manolo, con el que yo tenía mucha amistad, y también empezó a hablarle, a preguntarle y a decirle cosas; y ella no sospechó ni yo tampoco. Pero a los pocos días, el 25 de junio vinieron dos policías de Valencia; entraron en casa e hicieron el destrozo de María Santísima; levantaron colchones... bueno, lo levantaron todo y se llevaron a la chica; a nosotros no nos dijeron nada de las guerrillas, sino que había robado. Unos libros que tenía la chica también se los llevaron. Como nosotros cogimos un poco de miedo porque sabíamos lo que nos esperaba, a los pocos días se fueron un tal José Navarro, de aquí, de Yecla, y Fructuoso Soriano, también de Yecla, que era mi novio entonces; a mí también me sacaron, no del pueblo, sino que me llevaron a casa de unos camaradas. Ellos se fueron al monte, y cuando se iban a mí me dijeron que esperara a ver lo que pasaba con unas cosas y con otras. Esperé, iba pasando el tiempo, me llevaron de esa casa a otra, que por cierto resultó ser de una amiga mía; dio esa casualidad, y allí estuve de julio hasta septiembre, que salí del pueblo. Estuve en Yecla en el camino real, con esta amiga mía, Rosa, y Concha, la pescatera; para que lo sepa toda la gente que decía que me había ido con mi novio, que cuando volví traía la nena de una prima mía y también dijeron que había parido en el monte; y no era cierto.

Me sacaron a las doce de la noche y me llevaron al pueblo de Fuenteálamo, me dejó el que me llevaba en una casa de campo, que fue donde me encontré con Navarro, otro camarada de las guerrillas, y mi novio. Tuve una gran alegría porque estaba ya varios meses sin verlo, y aunque la gente aquí se pensaba que me había ido

con ellos, hasta ese momento no nos encontramos; un camarada, también de aquí, que ahora está en Elda de tapicero, Pedro Lorenzo, fue el que me llevó al pueblo a encontrarme con ellos, y desde allí hasta Madrid. Llegamos a Madrid a las doce de la noche y la camarada que nos tenía que recibir no estaba, se había cambiado de casa y no sé qué rollo pasó, que nos encontramos sin saber adónde ir porque yo no llevaba documentación y el muchacho se exponía mucho. El que entonces era mi novio tenía allí una hermana y un tío; el cuñado era muy buena persona, pero muy diferente a la manera de pensar de nosotros; de todas formas decidimos ir. “Vamos a casa de tu tío, esta noche la pasas allí y después ya veremos lo que hacemos”. Fuimos allí y en cuanto nos vieron se les cayeron los cuadros. “Pero, madre mía. Unos comunistas aquí a los que van persiguiendo; aquí nos llevan a todos a la cárcel”. Aquella noche la pasamos allí y al otro día ya me dejaron la casa de otra camarada que se llama Margarita; allí estuve desde septiembre; pasé las Navidades, que las pasé muy mal porque... estaba sola y... muchas cosas que no se pueden decir. Entonces dije que yo no podía estar más así y ella me decía que sí, por qué no tenía que estar; pero yo le dije que no. Comiendo del dinero que me mandaban y haciendo gasto pudiendo yo trabajar... Le dije a mi cuñada que me buscara una casa para servir y me la buscó; yo no estaba acostumbrada a eso, era mucha carga. Entré de cocinera y estaban muy a gusto conmigo, pero al cabo de unos meses de estar sirviendo les dije que me iba y mira si estaban a gusto conmigo que cuando les dije que yo no estaba acostumbrada a servir y que me quería poner a coser en una casa me dijeron que no, que yo no salía de su casa y que si quería coser que me quedara allí, y me quedé.

Hasta que un día un camarada, Pedro *el Pinocho*, vino a decirme: “Matilde, Fructuoso y Navarro han caído”. Y yo dije: “Mira; yo aquí no hago nada y me voy a mi pueblo”. Y me dijo: “Haz lo que quieras”. Primero fui a Elda, donde tengo familia, para no venir tan de sopetón aquí, y en Elda mi prima me dijo: “Bueno, pues mañana nos vamos para el pueblo”. Llegamos a Yecla y como no me esperaban, madre mía, la que se armó. En cuanto llegué mi padre, el pobrecico, dice: “Qué vamos a hacer, mañana iremos al cuartel de la Guardia Civil”. Y al día siguiente fue y dice: “Mi sargento, mi hija está en casa, puede usted hacer lo que quiera con ella”. Le contestó: “Pues dígame usted a su hija que a tal hora la esperamos en la puerta de la cárcel”. Y nada, a las diez y media o las once me despedí de mis padres y de mi familia y me fui a la cárcel, donde me estaban esperando un teniente de la Guardia Civil y otro guardia. El teniente se portó muy bien conmigo, no sé por qué sería, porque ellos me debían muchos favores... o por lo que fuera; me dijeron que declarara por mi bien, que a mi novio no le hiciera caso porque se había ido con otra mujer, yo le dije: “Ay, qué sinvergüenza, después de hacer lo que yo he hecho por él se ha ido con otra mujer”, y dice: “Pues sí, así que usted no tenga consideración con él”. Que dónde había estado; le dije que había estado en Barcelona sirviendo, “me he estado ganando la vida”. “Pero usted diga dónde ha estado”. Pues no, porque yo ni me acuerdo ni nada; después fue con otro guardia civil que no me conocía y se ve que para impresionar me dijo: “Tú tienes que decir la verdad porque si no te vamos a poner los grilletos y te vamos a colgar en esa estaca y vas a estar colgada ahí hasta que declares”; y yo le dije que todo lo que tenía que declarar ya lo había declarado, que yo había perdido el contacto con mi novio desde la hora en que se fueron de aquí y que no sabía nada, pero él, por fuerza quería sacarme. En todo esto yo creo que

influyó que cuando tenía la tienda ellos fueron a comprar, y ya digo, algunos todavía me deben bastante dinero; en aquellos tiempos mil pesetas eran bastantes, y me deben algunos mil y pico de pesetas, que no lo olvido. Y ellos, cuando se hacía el estraperlo, quitaban cosas a un pobre que venía de Caudete y de Valencia con la bicicleta.

Salían por lo alto de Caudete; iban los pobres con las bicicletas cargados con aceite, llegaba la Guardia Civil y se lo quitaba. Que por cierto un día un guardia civil le pegó un tiro a uno por la espalda y lo dejó muerto con la bicicleta y con el pellejico de aceite; y ese aceite se lo llevaban al cuartel de la Guardia Civil y después se lo repartían entre ellos y cogían y me lo llevaban a mí para pagarme las trampas que me debían. Yo creo que no me hicieron nada por miedo a que yo dijera todo aquello que sabía y mucho más, pero mucho más. Por ejemplo, les quitaban la harina, o trigo, o cebada y me llevaban estas cosas a mí. Y todas esas cosas, a mi parecer, creo que me salvaron de algo. Pegarme, sí digo que me pegaron y me maltrataron; ahora, al que más odio le tengo aquí, no sé si habrá muerto, es al carcelero, que me metió en una nave muy grande que estaba llena de virutas, porque allí sus hijos tenían palomas; y le tengo odio porque tenían allí un bacín donde hacían todas las necesidades, y no sé el tiempo que tendría aquello allí metido, y me hizo que lo sacara. Yo me negué, dije que no quería sacarlo, y el tío por fuerza me hizo sacarlo. Diego se llamaba el carcelero que estaba entonces; no sé si se ha muerto. Desde luego, si se ha muerto lo perdono, pero no lo perdonaré mientras viva por lo que hizo hacer aquel señor...

Estuve allí uno días y el teniente se portó muy bien conmigo. Tenía que pasar en Valencia por comisaría, antes de entrar en la cárcel; pues fueron ellos primero a Valencia y se trajeron los ingresos para que fuera ya directamente a la cárcel, ellos sabían cómo sacudían en comisaría, y lo evitaron. En el tren me llevaba un guardia civil al que conocía mucho y otro con el que no tenía tanta amistad. No sé lo que me pasó, seguramente me dio un poquitín de angustia o no sé, que me mira y me dice: "Matilde, ¿qué te pasa?". "No sé, parece que me ha dado angustia". "Es que se te ha puesto la cara muy blanca", y cogieron y se pensaron que yo había visto algo o alguien en el tren o en el vagón; se levantaron y uno se puso en una puerta del vagón y el otro en la otra puerta. Sospecharon, yo qué sé, pensarían: "A ver si ahora vienen aquí a por esta y se arma la de Dios cuando llegamos". Mientras estuve en la puerta estaba la Guardia Civil, que entonces hacían servicio, y me vieron un poco así... Yo iba un poco flamenca y me tomaron por otra cosa, salta uno y dice: "¿Qué se habrá tragado la gata esta para venir aquí a la cárcel?"; digo: "Pues mire usted; aún no lo sé, cuando devuelva ya se lo diré si es que está usted todavía en la puerta". Cuando pasé a la cárcel entré al despacho del director y me tomaron ficha. A los dos días de estar en la cárcel fue el juez a tomarme declaración y el tío decía una cosa y yo le decía que no, y el tío que sí, y ya al final le digo: "Bueno, ¿usted está poniendo ahí lo que yo estoy negando?". "Yo estoy escribiendo lo que yo opino que usted ha hecho; ahora, si usted dice que no, después ya veremos quién tiene razón". Cuando se fueron y me metieron dentro; yo más *escuajá*, no sé, en mi vida me había visto así. Yo salía de mi casa nada más que con mi madre y mi padre, y la noche que me encerraron allí yo lloré más que... Lo que yo lloré aquella noche. Entro y me veo a las compañeras, más no, y resulta que me tomaron por espía; ¡ay, lo que me faltaba!

Señor, en vez de tener amigas todas me daban de lado. Las mismas hermanas Maruja, Reme, Esperanza, María Soto, Cristina, todas las de Castellón, creían que me habían metido allí como espía para sonsacarlas y luego decirlo; la amargura era grande. A los pocos días de estar yo allí Maruja ya dijo quién era yo y cogieron confianza conmigo y nos hicimos amigas.

—A ti, ¿cuándo te detuvieron?

A mí me detuvieron en mayo del 52; me metieron en la cárcel y estuve seis meses menos algunos días; me sacaron en libertad provisional y en el 55 ya nos juzgaron a todos. A Fructuoso, a Navarro y a mí. Nos llevaron al Juzgado, que aquello imponía mucho, el ver tantos militares con los sables y todo, y me preguntaron por qué había estado en la cárcel; yo les dije que porque había tenido una chica en mi casa sirviendo, y entonces me preguntaron si salía con ella y yo le dije que sí, que si era algún delito salir con una chica de servicio de paseo. Yo creía que no, porque era un ser humano como nosotros; que si ellos los tenían como a un perro, eso no era justo. Entonces ya no me tomaron ninguna otra declaración ni me dijeron nada; me salió un año y con esto del indulto salí en libertad total. Ahora, a ellos, a Fructuoso y a Navarro, creo que les echaron pena de muerte; firmaron veinte años. Total que yo salí pero ellos estuvieron siete años en la cárcel y salieron.

—Quería preguntarte de la cárcel; en la cárcel de Valencia, ¿cómo lo pasabais? ¿Qué trato os daban?

Pues unas comidas malísimas; nos daban una cosa que decían que era café por las mañanas, pero era agua sucia, creo. Lo hacían las comunes, pero después metieron a las políticas, a una que se llamaba María, que era de Teruel, a otra que se llamaba Cristina, que era también de Teruel, y también nosotras nos encargamos de limpiar las lentejas, los garbanzos y las habichuelas para que dieran una comida un poquitín decente. Dormíamos en el suelo con unas colchonetas de esparto. No nos daban sábanas, solamente una manta de esas de los militares, negras y feas. Cuando la familia nos mandó sábanas dormíamos un poquito más decente. El patio de las políticas estaba algo más limpio porque lo aseábamos nosotras, nos preocupábamos de limpiarlo; pero en el patio de las comunes no había quien entrara de suciedad y hasta de miseria y de todo.

—Estas dos chicas que dices de Teruel, ¿eran políticas?

Sí, eran políticas, una chica de unos veinte años. Les quemaron toda la casa porque cobijaban a los guerrilleros y les suministraban comida; y en cuanto se enteraron, les llegaron hasta a quemar las casas. Mira, estábamos María Soto y su hermana; Cristina y María, que eran de Teruel; la madre de una camarada, que tendría ochenta años, que no respetaron la edad para pegarle; otra señora mayor, que no recuerdo su nombre; Carmen Izquierdo; Angelita, que era de Campillo; la señora María y su hija, que te he nombrado ahora; todas con más o menos actividades estábamos por guerrilleras, y una señora que le decían *la Madre*, de Cofrantes; Reme, Esperanza y Amada, estas tres eran las que estuvieron en el monte como un guerrillero más. Yo no sé si hubiera servido, pero ellas demostraron ser valientes. A la Madre la detuvieron porque también apoyaba a las guerrillas; había una hermana de Esperanza y Amada que yo creo que no tendría más de quince años la chavala, se llamaba Angelita. A esta, como era tan cría, la bajaron del monte (porque toda la familia se marchó a las guerrillas) y la llevaron a un punto de apoyo.

—¿También detuvieron a la pequeña?

Claro, la detuvieron con la Madre, y a las dos juntas las llevaron allí. La Madre se llamaba Adelina, una señora muy buena; para mí fue como una madre en la cárcel, para todas, una persona buenísima; todas le decíamos *Madre* y yo creo que también los guerrilleros la conocían por *la Madre*, cuando la detuvieron le dieron una paliza allí mismo, en el campo, bastante grande, porque llegó con un brazo fracturado y una costilla rota y llevaba bastantes golpes de lo que le dieron.

—¿Después de salir, seguiste alguna actividad?

Pues, seguí la actividad de estar en contacto con la cárcel de Valencia, con mi novio. Vendí casi toda la ropa que tenía para casarnos por llevarle comida, que fueron unos años que aun los mismos compañeros donde sabían que había peligro no se arribaban por miedo a caer; vendí la máquina de coser que tenía, para que a él no le faltara; me puse a servir en Valencia por estar más cerca de ellos y poder llevarles aunque fuera lo poco que entonces se podía. Las dos novias, la de Navarro y yo, desde luego pasamos bastante aguantando a la gente *señorita*. Ahora, menos mal que esto se va modernizando un poquitín, porque yo no los tragaba. Y gracias a que entonces di con una señorita... Te lo voy a contar porque esto es un poco gracioso. Di con una señorita muy mala, muy mala; era joven, pero era una de estas que se cree que la gente humilde no tiene derecho a nada. Yo era un poquitín más *repelosa* en esto de aguantar que Fina, la novia de Navarro. A ella la llamaban para alguna cosa: “¡Fina!”, y enseguida ella: “Señorita”; y yo eso no lo tragaba. Ella tenía unas maneras que yo no tenía; y por las noches, cuando se iban a acostar los señoritos, tenía que encontrarse la cama destapada a punto para meterse y yo no lo hacía; y un día, fue casualidad que el lunes lavábamos y hacíamos la colada a mano, y ropa de muchos niños, y me llama la señorita y me dice: “Matilde”, ya se iban a acostar, “¿haría el favor de destaparme la cama?”. Y le digo: “Señorita, yo estoy más cansada que el señorito, y si usted cree que yo tengo obligación de hacer lo que usted me pide, mañana mismo me voy de esta casa; y eso no lo hago aunque esté aquí veinte años o los que esté; así que usted verá. Mañana me da usted el sueldo que me pertenece del mes y me voy a mi casa”. “Ay, no se ponga usted así por una cosa que es una obligación y que la tiene que hacer”. “Prepárame la cuenta que esta noche si se pone usted así me voy”. “No sé por qué se pone así, es una cosa que no cuesta nada”. “Es una cosa que no cuesta, pero yo eso mientras esté en esta casa no lo hago, ni en esta ni en otra”. Por eso lo digo, porque de esos detalles hemos pasado que desde luego no hay cintas para grabar esas cosas.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la cárcel tu novio, y tú esperándole?

Pues, le estuve esperando siete años, y un año que estuvieron en el monte.

—¿Te daban comunicación con el novio en la cárcel?

Bueno, yo es que resulta que me hice con el pase; entonces no había carné de identidad, había unas hojitas blancas que era con lo que cogíamos el racionamiento, cuando daban el azúcar y cuando no lo daban, y con mi cuñada, como teníamos la misma edad, me lo dio y yo pasaba a ver a mi novio en nombre de mi cuñada, como si hubiese sido su hermana; de novia no me hubieran dejado pasar. Así hasta que salió; por todas estas cosas de cárcel, a los quince años de ser novios nos casamos, y como aquí en el pueblo nos hacían un poco la vida imposible, nos fuimos a Alicante, y a los quince o veinte días de estar en Alicante lo detienen a él. Me quedé con una

na de dos años y otra de cuatro, y entonces lo trajeron aquí a Murcia; y yo, para donde iba él, iba con las dos chiquitas. Después se lo llevaron a Carabanchel y allí estuvo dos años, y después salió. En esos dos años pasaron muchas cosas en Carabanchel, hicieron una huelga de hambre en unas Navidades. Cantaron *La Internacional* aquella noche y al otro día, cuando fuimos a llevarles la comida, no les dieron nada y no nos dejaron comunicar con ellos; yo estaba en la puerta de la cárcel —tú fíjate— en unas Navidades, con los chiquillos, que los íbamos a entrar para que viesan a sus padres, y no los dejaron entrar, y empezamos a insistir: este día en Alemania levantan todas las prohibiciones para que los familiares se abracen, y aquí que estamos en España que no dejan entrar a los chiquillos pequeños a ver a sus padres, que tan solamente nos separan unas rejas. Fíjate si nos pusimos a mal que hasta los policías recorrieron los cerrojos para disparar; no sé si sería para tirar al aire y asustarnos para que nos fuéramos de allí de la puerta; dijimos que dispararan y que hicieran lo que quisieran, que nosotros no nos íbamos de allí. Al final conseguimos que entraran los chiquillos. Creo que estuvieron una hora con los padres y enseguida los sacaron. A consecuencia de aquello estuvieron mucho tiempo con la huelga de hambre, hasta incluso un chico murió a consecuencia de la huelga, del tiempo que estuvo sin comer. Y a consecuencia de todo esto, que fue bastante feo, separaron a todos los políticos. A los de Murcia, los traían a Murcia, a los de Alicante a Alicante; nada, que dejaron a todos los políticos a cada uno en su tierra.

Se me ha olvidado también decir que en Valencia, cuando dejé a la señora esa porque ya estaba hasta las narices y me iba a venir, me buscaron unas paisanas de aquí una casa que dijeron que era de confianza, y aunque entonces no se podía decir que eran del Partido, pues sí, cuando entré ya me lo dijo. Visitación se llamaba la camarada esta, que son de Teruel. Allí tenían bar, que le decían el Bar Monteolivete, y me ayudaban un poco cuando le tenía que llevar la comida a Fructuoso; me echaban alguna cosa en el capazo. Fue casualidad que una de las veces que fui con Fructuoso a Comisiones Obreras, me dije: “Voy a visitarlas”, y las visité; se llevaron una gran alegría y resulta que ellas estaban también dentro del Partido. Pertenecen a la agrupación de Monteolivete.

Pero fíjate qué dura sería la represión que no me llegó a decir que estaban trabajando en la agrupación; nos teníamos confianza mutua, pero de actividades ni hablar. Ella sabía que iba a la cárcel a ver a mi novio. Me ayudaba a hacer el paquete, pero no sabía que hacía lo que los presos me mandaban, y yo no sabía que ella estaba organizada en el Partido.

En mi opinión creo que es así como se debe trabajar; porque las confianzas en la organización han traído muchos disgustos. Me parece a mí.

María Soto, la de entre Valencia y Aragón

Me llamo María Soto Sanchiz, soy de Villalonga y tengo sesenta y un años. Cuando terminó la guerra en mi casa quedamos una hermana con dos niños y el marido en la cárcel; otra hermana joven, de veinte años, la que había dejado tres niños pequeños, en un campo de concentración. Solo yo quedaba libre y me puse a servir en Gandía, concretamente enfrente de las Escuelas Pías, que servían entonces de cárcel, estaban abarrotadas de hombres y de mujeres. Allí estuvo mi hermana

catorce meses. Estaba en contacto no con ella sino con otros presos, puesto que allí había camaradas muy buenos a los que había que ayudar un poco. Yo poco podía hacer, puesto que toda mi familia estaba pasando muchísima hambre, y ello vendiendo lo poco que teníamos por la casa, podíamos arreglar algunos paquetes para la cárcel. Iba de cárcel en cárcel ayudando a mi hermana y a mi cuñado; no a mi hermano, porque estaba en el norte y no podía llegar hasta él. Así pasé ese tiempo, viendo salir hombres torturados de las Escuelas Pías de Gandía. Desde la misma ventana de la habitación donde yo dormía, porque estaba enfrente mismo, vi como caía a balazos Azcón, el marido de Ángeles Malonda, farmacéutico de Gandía. Motivo, no dieron otro más que se había acercado a la ventana y le había disparado un centinela. Cosa que no era cierta, porque este camarada estaba en la enfermería, donde estaba prohibido disparar. Se había acercado a la luz para mirar el termómetro que le había quitado a otro preso. Al igual que este presencié tres asesinatos más; uno era de mi pueblo, de veintidós años; allí dentro de las Escuelas Pías sin más ni menos que pegarles un tiro el centinela. Desde luego pagados por alguien. Les vi salir de la cárcel medio locos a algunos de ellos.

Cuando se iba a llevar comida, no faltaba nunca cerca de la cárcel una madre, una esposa que se quedaba con la comida en la mano, mientras desde dentro les decían: “Márchese, que ya no necesita nada”. El peor caso que vi una vez fue el de una niña de dieciséis años que tenía a sus padres allí. Cuando la niña se acercó para entregar el cubo donde había puesto la comida para sus padres, le dijeron que se fuera a su casa, que sus padres no necesitaban nada. La criatura salió loca de allí; se tiraba por las paredes. Tuvimos que sujetarla entre unos cuantos para que no se matara a golpes, porque no podíamos con ella. Al fin la acompañamos a su casa. Naturalmente a sus padres los habían fusilado.

Una vez vi cómo salía un camión de presos, muchos conocidos míos, por ser clientes del bar donde yo trabajaba. Me llamaron por mi nombre y como pude les pregunté si iban de traslado; me contestaron que al cementerio, y arrancó el camión. Yo no podía creer que a las diez de la mañana sacaran hombres a matar, creían que iban de traslado, pero no fue así. A la media hora tuve que ir a avisar a las familias para que fueran con las cajas, ya estaban muertos. Uno de ellos era don Joaquín Meno, que trabajaba en el Instituto Nacional de Previsión; otro, don José Mira, notario; el señor Ferragut, fabricante de muebles; Marcelo Rincón, hijo de un notario. Estos eran los que yo conocía. Le dije al dueño del bar, que era anarquista: “En este momento, señor Juan, van a matar a esos señores que van en el camión”. Me respondió que estaba loca, que no podía ser, que no había causa alguna para asesinar a esos señores y menos a las diez de la mañana, en pleno día, y sin embargo tuvimos que ser él y yo quienes avisáramos a los familiares para que acudieran al cementerio de Gandía.

Después trasladaron a mi hermana al convento de Santa Clara, aquí en Valencia, y a mi cuñado a la cárcel Modelo. Tuve que hacer muchos viajes, y también a San Miguel de los Reyes, donde se hallaba internado un camarada muy bueno, llamado Antonio Gil, de aquí de Valencia. También a él le tenía que ayudar un poco, porque su familia lo tenía completamente abandonado. Pasaron veinticinco meses. Mi cuñado, mi hermano y mi hermana regresaron a casa. Después me casé. Tenía un hermano

de mi marido en las guerrillas, conocido por *Teo*. Una vez mandó a una persona a casa a pedir ayuda para las guerrillas, por si queríamos hacer algo por la causa, por la liberación de Valencia y de España. Aunque el resto de la familia no comprendía mucho esto yo sí que lo comprendí. Aunque sin carné del Partido o con él, cuando los camaradas nos pedían algo nunca dijimos que no. Entonces recibí en mi casa a Remedios Montero, que había estado en el monte. A casa vino en el 50 y salió un año después, por el motivo de que se encontraba en el pueblo un guardia civil de Elda, de donde decía ella que era y de donde tenía la documentación. Pero como eso no era cierto, tuvo miedo y marchó de casa. Desde allí la acompañé hasta la mitad del camino de Gandía, donde salieron dos camaradas más para llevarla a El Grao de Gandía. Allí estuvo dos o tres días. Uno de ellos era el camarada Vicente Pellicer, de Villalonga pero residente en El Grao. Estos le ayudaron para que pudiera tener contacto con sus compañeros y se marchara. En el tiempo que estubo Reme en Villalonga, intentó organizar el Partido y en parte lo logró. Me pidió que le presentara compañeros buenos. La primera a la que le presenté fue a Rosa Estruch y por mediación de ella conoció a Andrés Tarazona, Vicente Pellicer, Sebastián San Pablo y algunos más. Estos estaban dispuestos a ayudarle; entonces vino el contacto entre el monte y Villalonga. Como es natural, la persona que más le podía ayudar era yo, e hice unos viajes a Valencia, donde me entrevisté con unos camaradas de los que no sé el nombre; todos sabemos lo que pasa en estos casos. Nos entrevistábamos casi siempre en la plaza del Caudillo. Intercambiábamos correspondencia. Ese era el contacto que tenía Remedios Montero con las guerrillas de Levante y Aragón. Esta fue la causa de que me detuvieran y me pusieran el nombre de *la de entre Valencia y Aragón*.

Después, en el 52, hacía ya un año que Reme había salido de mi casa y no sabía nada; quise saber de ella y vine a Valencia, a casa de su hermana, a informarme de cómo estaba y si tenía noticias. Su hermana me recibió y me abrazó llorando. Reme, Esperanza, Amada y Angelita, las tres hermanas, primas de Reme, estaban detenidas. Reme y Esperanza llevaban ya veinte días entre Arrancapinos y la cárcel. Según me habían dicho habían sufrido mucho. Yo llevaba también algunas cartas para la hermana y correspondencia para los camaradas; entonces me vine al pueblo ya preparada. De antemano sabía que Reme estaba detenida. Rompí todo lo que llevaba encima y al llegar a Gandía me dieron la noticia de que en mi casa estaban ya todos detenidos. Mi marido, el hermano de mi marido, mi hermana y el marido de mi hermana. Cuando llegué al pueblo, el comandante del puesto, cabo de la Guardia Civil, estaba en el coche esperándome. Me llevaron directamente al cuartel y allí estaban todos; también estaban Sebastián San Pablo, Vicente Pellicer y Andrés Tarazona; de allí nos condujeron a Valencia a mi hermana, a María San Pablo, hermana de Sebastián, que lo había tenido en su casa dos noches, y a mí.

Nos metieron en el cuartel de Arrancapinos. Allí estuvimos tres días y tres noches, era en abril. La celda tenía todo el suelo lleno de agua. No nos dieron ni una manta ni una silla. Teníamos que mantenernos de pie o echarnos y mojarnos. En esas condiciones y con muchas declaraciones. Al tercer día me llevaron a diligencias para aporrear me hasta que les dijera dónde estaba mi cuñado. No podía decirlo porque no lo sabía, pero si lo hubiera sabido seguro que tampoco lo hubiese dicho. Por lo menos esa era mi intención. Me tuvieron ocho horas haciendo preguntas, pero no llegaron a

pegarme, creo que lo debo a que habían pedido declaración en esos momentos a Remedios Montero y ella había declarado que yo no sabía nada y que no podía decir dónde estaba mi cuñado. Me dejaron en medio del patio y allí unos guardias civiles a unos metros de distancia de mí sacaron sus pistolas y empezaron a disparar. Creían que iban a asustarme, pero en esos momentos lo único que podía asustarme era caer en manos de ellos por el suplicio, pero no por la muerte, porque ya me había hecho el ánimo de todo. Pero mi hermana, que había quedado en la celda y habían pasado ocho horas, oyó los disparos. Ella sí que sufrió, pobrecita. Después de esto se presentó un guardia, el comandante de información, para hacerles preguntas. Mi hermana empezó a llorar y a preguntarle por mí. Este señor le dijo estas palabras: “¿Aún pregunta usted por su hermana?, las voy a colgar vivas”. La pobre pensó que yo ya estaba colgada. Cuando me llevaron otra vez al calabozo mi hermana se me echó al cuello. Nunca he visto una pena mayor que la que se reflejaba en ella, creía que me habían matado.

El día 1 de mayo ingresamos en la Cárcel Provincial de Mujeres. Allí estuvimos un mes incomunicadas. Por mediación de una camarada que estaba en destinos y se acercaba de vez en cuando a la mirilla supimos que había dos chicas más a las que sacaban por las noches. Después supe que eran Esperanza y Reme; las llevaban a declarar a ver si les podían sacar algo. Pasaron algunos días y ya no volvieron a la cárcel. Nos enteramos que estaban en Valencia en libertad, por una nota que mandaron a escondidas, cuando estábamos todos en el patio de la cárcel. Allí encontré a Adelina Delgado, de Cofrantes, llamada *la Madre*; una mujer excelente, buena y valiente; también tenía a su marido en la Modelo. Allí pasamos juntas los seis meses que estuvimos; mi hermana, mi marido, mi cuñado y los demás solo estuvieron cincuenta días. Encartados quedamos Rosa Estruch, Andrés Tarazona y yo. Andrés Tarazona salió a los tres meses; a mí me sacaron en libertad provisional a los seis. Después vino el juicio. De esto guardo un buen recuerdo, el pueblo se portó muy bien conmigo. Hubo muchos avales y la petición del fiscal solo fue de tres meses; los había cumplido, estuve seis. Nada más puedo decir de mi actuación en las guerrillas. Rosa Estruch fue más que nada el brazo derecho de Remedios Montero.

Fue la que le ayudó a reorganizar. Era también entonces la que llamaba a los camaradas, les hablaba y les convencía, y en su habitación, allí en su cama, paralítica completamente, hacía una labor formidable. Fue una mujer que a sus veintidós años fue alcaldesa de Villalonga. Era querida por todos. No solamente por sus compañeros, los que pensábamos como ella, sino por el resto del pueblo; todo el mundo la quería, era muy justa, aún con sus adversarios. Uno de tantos casos fue el de un cura, hijo del pueblo, que se encontraba escondido en su casa. El único delito que cometió esta formidable mujer fue presentar a los desertores, a los que llamábamos entonces emboscados. Sí, los perseguía para entregarlos, como es natural. Pues bien, buscando a los *emboscados* encontró un cura escondido por miedo de salir a la calle. Estaba asustado y ella le dijo: “¿Qué hace usted aquí? Salga a tomar el sol y viva tranquilo, no le va a pasar nada”. Ese hombre nunca le ha dado las gracias lo bastante a Rosa Estruch. Un caso también célebre fue el de otro cura. Por la época en que Rosa estaba en su casa paralítica, las mujeres católicas del pueblo se empeñaron en llevarle un cura para que le convenciera de salvar su alma. Había entonces en su pueblo unos curas que venían a hacer ejercicios espirituales y a convencer a los impedidos

de que tenían que hacerlos en su casa; fueron hasta casa de Rosa como en una manifestación. Muchas mujeres de Acción Católica acompañaban al cura, llamado padre Salvador, un hombre muy campechano. Preguntaron si podía pasar y ella dijo que sí. Este señor iba convencido de que la iba a conquistar y que iba a confesar y comulgar. Ella le invitó a que se sentara y le dijo estas palabras: “Como amigo puede usted sentarse y podemos conversar; por lo demás pierde usted el tiempo. Yo respeto su manera de pensar y la religión, pero no la siento. No podrá convertirme porque no creo en eso”. El cura se sentó y ella le contó a grandes rasgos toda la odisea de la guerra hasta aquellas fechas. Cuando el cura salió de allí, dijo a los demás que estaban en la calle: “Dejadla tranquila, que si hay un cielo se lo está ganando bien”.

En la cárcel conocí a Carmen Izquierdo; tenía a su marido en el Penal de Burgos condenado a treinta años; a Adelina Delgado, de la que ya he hablado; a Dolores Climent, de Játiva; a Matilde Rovira, de Yecla; a Cristina Gómez, de Albacete; a María García, de Castellón, y a su hija de diecisiete años; a Petra Agudo y a Teresa Villanueva, que tenían a sus maridos también en la Modelo; estas no sé de dónde eran.

En los últimos días de estar yo en la cárcel, ingresaron dos señoras muy mayores. La mayor, de setenta y cinco años, había ayudado también a los guerrilleros y por ello fue maltratada, a pesar de su edad; estuvo poco tiempo en la cárcel. Salimos juntas. Nos dieron la libertad condicional a ella, a Matilde Rovira y a mí. No sé qué habrá sido de ella. A los cinco meses de estar yo en la cárcel ingresaron de nuevo a Remedios, Esperanza y Amada. Me llevé una gran sorpresa, puesto que a mí me habían dicho que ya estaban en libertad y que habían delatado a muchos camaradas, lo cual no era cierto. Para mí, si Remedios tuvo que dar algún traspies, no lo sé; lo único que sé es que fue maravillosa y lo sigue siendo. Allí las dejé a todas. Luego fueron trasladadas y juzgadas creo que en Madrid. Hablando de Esperanza, el poco tiempo que estuve en la cárcel con ella me pareció una persona maravillosa; nos daba clases a las analfabetas. Siempre estaba dispuesta a ayudar a quien fuera. Hablaba siempre con cariño y con una voz que conquistaba al primero que se le ponía delante. Yo la recuerdo con mucho cariño. No he vuelto a verla, pero pienso que algún día podré encontrarme con ella. Esto, Tomasa, es un pequeño relato de lo mucho que hemos pasado en el franquismo.

Rosa Estruch

Mis amigos y camaradas Marcela y Ramírez, al saber mi propósito de dar a conocer algunos testimonios, entre miles de mujeres que habían pasado por las comisarías y cárceles franquistas, me llamaron para que recogiera el de una compañera, Rosa Estruch. Según ellos era de mucho interés y su vida se iba apagando poco a poco.

Yo tenía previsto ir a Valencia a recoger el de Mari Carmen Cuesta, del grupo de menores, su testimonio está entre otros en el libro primero. También el de Paz Azati, que está en el segundo.

Pero no fueron ellas solas, sino también otras mujeres que yo conocía y estaban dispuestas a dar su testimonio.



Rosa Estruch, cuando aún se sostenía en pie, con ayuda de su familia, amigos y muletas. Cuando yo la conocí ya estaba postrada en la cama y era la mínima expresión.

Con mi amiga y camarada Joaquina, fui a ver a Rosa Estruch; ya no podía hablar, su mirada inteligente me saludó, me habían dado una foto de ella cuando aún no se había postrado en la cama, en ella se ve una mujer fuerte y era la mínima expresión. No puedo pasar por alto el comportamiento de mis amigas y camaradas: no la dejaron sola, se turnaban noche y día, según las obligaciones de cada una, para atender y acompañar a Rosa, era maravilloso y humano lo que hicieron estas mujeres hasta el día en que murió. María Soto me dio la foto de Rosa y me habló de ella con cariño diciéndome que Adelita del Campo le había hecho una entrevista que publicó en una revista del Partido Comunista del País Valencià. Yo he querido que en este tercer libro se publicara junto a sus compañeras; he pedido permiso a mi amiga y camarada Adelita, que muy gustosa me lo ha dado, y es publicada tal como ella la publicó en su día en la revista el 14 de febrero de 1978.

*Vidas rotas, por Adelita del Campo**

En el Sanatorio Marítimo de la Malvarrosa, de Valencia, una mujer, Rosita Estruch Espinós, se encuentra, desde hace veintidós años, inmóvil en una cama.

* Publicado en *Cal Dir, Setmanari del PCPV*.

Sus miembros superiores e inferiores están completamente atrofiados. Los dedos de las manos, retorcidos, anudados entre sí, inservibles para el tacto. La columna vertebral no la sostiene, ¡ni siquiera puede incorporarse! Los ojos, ahora atacados de cataratas, son inoperables a causa de su estado general. Pero Rosita sonríe siempre, con una sonrisa suave, acogedora. Ya no puede ver la televisión que tienen instalada en la sala, pero la oye, como oye el transistor con las escuchas metidas en los oídos. Me dice que así ha estado años, escuchando mi voz desde Radio París. Está muy contenta y algo emocionada de saberme a su lado, con su mano entre las mías.

Aún a trueque de fatigarla un poco, así se lo digo, le pido que me cuente algo de su odisea.

—Rosita, me han dicho que fuiste alcaldesa de tu pueblo.

—Sí, meses antes de terminar la guerra me nombraron alcaldesa de mi pueblo, Villalonga. El sindicato, UGT, me había designado como concejal y al llamar a filas al último reemplazo, le tocó marcharse al frente al alcalde. Entonces, los demás concejales, a pesar de mi juventud, tenía veintidós años, me nombraron para desempeñar el cargo.

Así, cuando terminada la guerra, las tropas franquistas ocuparon Valencia y Rosita, que se encontraba allí, fue detenida y conducida a la comisaría de la calle Sorní. El interrogatorio fue corto, pero la dejó marcada para toda la vida.

Sigue contando que de allí la trasladaron, seguramente, pues no había recobrado el conocimiento en los calabozos de los tribunales. Volvió en sí entre una multitud de detenidos, hombres y mujeres, todos juntos, en unas condiciones de falta de higiene deplorables, entre otras deficiencias. Una sola tina en un rincón, a la vista de todos, para sus necesidades.

De allí la trasladaron a la cárcel provincial, donde ante su estado de salud pasó a la enfermería. A causa del golpe recibido en la rodilla al caer al suelo en el interrogatorio, le quedó un dolor continuo, lancinante. Al poco tiempo, otro traslado, al convento de Santa Clara, habilitado en la cárcel de mujeres. Allí, igualmente, en la enfermería. Le empezaron un tratamiento a base de inyecciones, pero le producían una reacción tremenda, unos dolores fortísimos, a pesar de que le aseguraban que eran precisamente para calmar el dolor.

Finalmente la llevaron al hospital. El tratamiento fue el mismo; inyecciones, pero muy parecidas a las que le ponían en Santa Clara.

—Era tan visible mi sufrimiento que uno de los guardias que me habían puesto de vigilancia (tenía una pareja diariamente) dijo: “Si le vuelven a poner a esta chica otra inyección de este frasco, lo tiro por la ventana”. Una de las detenidas se decidió a alertar al médico. Vino, cogió el frasco, se extrañó que me hiciera tal reacción puesto que era el mismo medicamento con el que trataban casos similares, en otras salas. Se lo llevó y cesaron de pincharme.

—¿Tienes la impresión de que aquel medicamento era sospechoso?

—Sí, porque en los frascos de los demás enfermos solo escribían su nombre y en el mío se veía claramente subrayado “presa”. Además, mucho más tarde, cuando volví de nuevo a la Cárcel Provincial, los médicos diagnosticaron una poliartritis generalizada. Pero otro médico que me vio señaló que mi estado era debido a “malos tratos” y al tratamiento inicial. Siempre he tenido la convicción de que el medicamento fue manipulado, alterado, ¿por quién?... ¡habían tantas maneras de suprimir rojos!

Permaneció mucho tiempo en el hospital, pero en los sótanos, habilitados en calabozos. Sin más asistencia que la que le prestan las demás compañeras. Todas ellas muchachas jóvenes que las dificultades del momento, los trastornos de las familias, habían empujado hacia la prostitución.

—Eran chicas con un corazón de oro. Todas se ocupaban de mí. Yo ya no podía valerme. Ellas me lavaban, me peinaban, me ayudaban a comer, a todo en fin. Se declaró un caso de varicela y otro de viruela y a pesar de que el médico ordenó que separasen a las enfermas, no se hizo nada. También nos avivamos de chinches.

Del hospital la volvieron a la cárcel provincial.

—Allí respiré —dice— porque era como si volviese a casa. Encontré de nuevo a todas las compañeras, presas políticas como yo. Allí de nuevo a la enfermería, donde me pusieron un poco de calcio, pero ¡como si nada!

Por fin a los tres años salió en libertad. Regresó a su pueblo, a su casa. Seguía sin poder valerse, siempre en la cama.

En 1952 vinieron a detenerla, junto a unos cuantos compañeros del pueblo. Les acusaban de querer reorganizar el Partido Comunista. Era cierto. A Rosita no se la llevaron porque era intrasladable, dado su estado.

Así permaneció hasta el año 55. Su familia la trajo a este Sanatorio de la Malvarrosa por ver si mejoraba algo.

Al año siguiente, en el 56, se presentaron varios militares, con máquina de escribir. Venían a tomarle declaración. Se le acusaba de haber estado en Utiel con los maquis. Rosita se echó a reír, “si la cosa no fuese tan seria, es para morir de risa. ¿No ven ustedes cómo me encuentro?”. Se quedaron un poco perplejos. Preguntaron si estaba de aquella manera desde que salió de la cárcel. “No señores. Yo entré en la cárcel por mi propio pie y salí así”. Insistieron en la pregunta y ella repitió la respuesta, “estoy así desde la cárcel”.

Se marcharon sin insistir más, pero al poco tiempo empezó a recibir citaciones para comparecer ante el tribunal. Contestaba explicando la imposibilidad en que se encontraba para moverse. Por fin le instaron a comparecer, de lo contrario se presentarían en el sanatorio a celebrar el juicio. Rosita optó por presentarse. La madre superiora y otra monja más anciana, se prestaron a acompañarla.

Al subirla a la audiencia, las monjas iban al lado de la camilla y la más anciana dijo: “Ay, Rosita, ¿qué te van a hacer esos hombres malos?”.

Se celebró el juicio. Se le acusaba de asociación ilícita y de celebrar reuniones clandestinas. No negaron nada. Les impusieron penas mínimas. La más elevada, a Rosita; cinco meses de cárcel. La volvieron al sanatorio.

—Desde entonces, ¿ya no te molestaron más?

—Bueno, algunas veces subía un guardia civil, miraba hacia donde yo estaba, pero no se acercaba. El último que subió vino directamente a mi cama. Me preguntó mi nombre y me dijo que era el encargado de vigilarme y... No sabía cómo seguir, casi me presentaba excusas.

Tiempo más tarde se presentó un señor, acompañado por el médico. “Aquí tiene usted a Rosita Estruch Espinós”, dijo presentándola. El señor declinó su identidad, y el motivo de su visita. Era el médico forense, encargado de venir a verla, pues querían llevarla a la cárcel a cumplir la condena que quedaba pendiente. “Bueno, dijo Rosita, pues si me quiere llevar, aquí estoy...”. “Dime, muchacha, ¿cuánto tiempo

llevas aquí?”. “Siete años”. El hombre se quedó pasmado. “¡Siete años! ¡Y todavía quieren meterte en la cárcel! ¡Pobre hija, ya tienes bastante! No te preocupes que ya no te molestarán más”.

Y así fue. Nunca más la molestaron.

—Rosita, ¿tus antecedentes políticos?

—Ninguno.

Hija de familia humilde. Su padre trabajador del campo, emigraron a Argentina, donde nació Rosita. Breve regreso a España. Miseria de nuevo. Emigraron a Francia, en donde permanecen hasta 1936. Vuelven a España. Rosita tiene diecisiete años. En pleno período electoral de febrero. En Valencia vive la fiebre política y el triunfo del Frente Popular. Regresan a su pueblo, donde, dice, casi todos eran de izquierdas.

—¿Habían otros partidos políticos?

—Sí, la mayoría socialistas. Pocos cenetistas.

—¿Por qué te afiliaste al Partido Comunista?

—Pues muy sencillo. Yo fui al Partido Comunista porque coincidía en todo con mi modo de pensar, de sentir y de ver las cosas. Lo mismo que me pasa ahora cuando oigo hablar a Santiago Carrillo, a Simón Sánchez Montero, a Camacho. Dicen las cosas exactamente como yo las pienso. Mi sentir lo veo reflejado en sus palabras. Es... no sabré explicarte... Es algo innato en nosotros, pero que debido a las circunstancias no se había revelado y un buen día despiertas y te dices: “Pero, bueno, ¿cómo he estado yo perdiendo el tiempo, habiendo tanto que hacer?”

—*Tú has hecho mucho, Rosita. Me han dicho que los camaradas te propusieron sacarte y llevarte algún país del Este, a Checoslovaquia o a Rumania, donde tal vez te hubiesen curado.*

—Bueno, sí. Pero yo consideraba esta curación muy poco probable y para qué iba a ocasionar tantos trastornos y tantos gastos, cuando tanto dinero se necesitaba para mantener la lucha. Además, pensaba que todas estas compañeras, que venían a verme, no lo hacían solamente por mí, sino porque el solo hecho de venir era ya una tarea para el Partido.

—*Creo que tienes una pensión.*

—Sí, de mil quinientas pesetas. Ahora se me antoja un capital, porque antes solo tenía trescientas. ¡Si no hubiese sido por todos los amigos, por todos los camaradas!...

—*Una última pregunta: ¿Qué efecto te produjo el nombramiento de alcalde de tu pueblo? ¿Lo recuerdas?*

—No me olvidaré nunca del miedo que me dio al principio. Temía no estar a la altura. Pero me rodeaba gente tan buena, todos los compañeros eran excelentes. Tenían confianza en mí y yo en ellos. Además, socialistas y comunistas estábamos muy unidos y te diré más: en los últimos días llegamos a firmar un pacto de unificación socialistas y comunistas.

—*Un ejemplo que debiéramos seguir en nuestros días, ¿no crees? Gracias, Rosita.*

Rosita Estruch Espinós tiene el carné número 1 del Partit Comunista del País Valencià.

Me despido de esta mujer ejemplar. La dejo en su cama de dolor, pensando que mientras haya militantes con tan arraigados conceptos políticos, con tan altos valores humanos, con su fe y tesón, ¡habrá partido!

Manuela Moreno, La Roja de Maella

Me llamo Manuela Moreno, soy natural de Maella, provincia de Zaragoza. Me detuvieron en el 38, estaba casada, tenía tres niños y uno se me murió. Me tuvieron ocho días en la cárcel del pueblo, que era una pocilga de cerdos. Como una tontorróna me dio por no comer, y allí sin manta ni colchón, porque no me habían dejado traer nada, me desmayé. Fue porque me asustaron los de la Falange. Vino el médico, que era un fascista, y me mandó un medicamento. Y que me soltaran ya, en mi casa comí cosas calientes, me rehice y me negué a tomar el medicamento. No tenía ninguna confianza en aquel hombre, le tenía miedo. Me dijeron mi marido y mis hermanas: "Tómate la cucharada", y yo les dije: "No, si ya no tengo nada, echadla en el suelo si queréis". La echaron en el suelo y se bufaron las baldosas. Al otro día vino el médico a verme a las nueve de la mañana; yo estaba en la cama, pero bien. "¿Se ha tomado el medicamento?". Yo contesté que sí. "Es mentira; venga, a la cárcel". Estaba bien claro que quería que reventase. Me tuvieron en la cárcel de Caspe hasta que me juzgaron porque era de izquierdas, había votado a la República y era de la UGT. Eso para los franquistas era ser propagandista, me pusieron veinte años. El denunciante fue el mismo médico que me dio el medicamento; como no me envenenó, entonces me denunció. A los diecinueve o veinte días firmé mi condena, que fue de ocho años, y me llevaron a Zaragoza, a la cárcel de Predicadores. Íbamos de todos los pueblos. Estuve tres años en Zaragoza, el recibimiento que me hicieron los funcionarios fue decirme: "Mira, ya vienen los pendones de la República, la escoria de España, las putas de Negrín", todo lo que les dio la gana. Ese fue el recibimiento. Allí las pasamos putas. En la cárcel de Zaragoza se pasó muy mal. En la de Torrero había cuarenta y cinco niños, los pobrecitos con un hambre y una miseria como nadie puede imaginarse. Nos daban una bañera de agua por semana. De esa agua teníamos que beber, lavarnos, lavar a los niños, lavar la ropa, etcétera. Fijaos cómo estaríamos de curiosas y el olor que echábamos, pues el agua de la bañera tenía que servir para cuarenta y cinco madres con sus cuarenta y cinco hijos y para otras personas, unas setenta o más que estábamos con ellos.

Allí en Torrero estuvimos creo que fue diez meses sin darnos el sol ni el aire, completamente encerradas. Aquello parecía una mazmorra de la Inquisición. En el mes de abril, con un sol que nos cegaba, después de tanta oscuridad, nos llevaron a la cárcel de Predicadores y nos metieron en el patio, un patio muy grande, pero que hacía una hondonada que el sol te quemaba; en seis o siete días a los chicos les dio una bronconeumonía. Empezaron a morir y quedaron tres, una que se llamaba Pili, que está en Fabara, otra que la llamábamos *la Gatito* y un niño que se llamaba Antoñito. Cuarenta y dos niños se murieron en una semana. Los alimentos de los niños eran muy escasos y a las madres nada. El médico que iba a ver a los niños bajaba con las polainas llenas de sangre para hacernos sufrir, esa sangre era de nuestros compañeros que sacaban a fusilar y él les daba el tiro de gracia. Se llamaba don Carlo, no sé si aún vive o ha muerto. En la cárcel de Torrero había muchos hombres, la cárcel era mixta y siempre procurábamos saber algo de los paisanos del pueblo, que había muchos. Entre ellos yo tenía un cuñado que se llamaba Procopio Celma y estaba penado a muerte. Yo le decía: "No te preocupes, que no pasará nada". Yo no pensaba nunca que lo matarían, pero nos engañaron. Decían que a los que no se

habían manchado las manos de sangre no les pasaría nada, pero a él, que era una buena persona, que no había hecho nada a nadie, lo mataron. Yo me enteré porque ese día no supe nada de él; los de mi pueblo y los de los pueblos de alrededor me dijeron: “Pregunta por él a los guardias”. Les pregunté y me pidieron el nombre porque había muchos que preguntaban y por la tarde me dirían algo. Lo que me dijeron es que ya lo habían fusilado.

Todos los días había saca y a todos los mayores nos tocaba algo: el marido, el hermano, el hijo, parientes de más cerca o de más lejos; allí todo era sufrimiento, angustia, hambre, miseria. Eso fue toda la guerra. Tanto si hacía frío como calor, nos sacaban del petate, que estábamos todas amontonadas en una sala, y nos sacaban al patio. El día de San Roque, me acordaré toda la vida, hubo una tormenta y cayó mucha piedra. Solo se salvó de la tormenta una que la estaban juzgando y que era prima hermana mía, María Comas Moreno. Las demás todas la pasamos allí. A mí, como era joven y estaba entonces bien, querían siempre que me pusiera a comer delante de las ventanas para que vieran los jueces que estábamos fuertes y guapas. Y yo, pues a comer con las de mi pueblo, Fabara, Caspe y Maella. Pasé al lado de una funcionaria que la llamábamos *la Veneno* con el plato en la mano, pues no me di cuenta de que estaba. Porque entre mil mujeres como sardinas en lata no sabías con quién te encontrabas. Fui al sitio que teníamos destinado, y me dijo: “¿Adónde va usted?”. “Pues a comer”. Me cascó dos bofetadas que se me cayeron el plato y la cuchara al suelo. Todas las compañeras temblaban porque yo levanté la mano; pero quién la deja caer, con la pistola y el correa que llevaba aquella tía. Siempre decía que ella con un pistolazo pagaba.

Café enferma con el petate en el pasillo, y con cuarenta de fiebre me trasladaron a Barbastro, al convento de las Claras. Allí nos hacían cantar tres veces el *Cara al sol*. Con el hambre que pasábamos el brazo no lo podíamos tener derecho, teníamos que apoyarlo en el otro. Y de allí a la cárcel de Barbastro: por la mañana, al mediodía, por la tarde y por la noche otra vez a cantar. Allí no había otro Dios que el patio. No se veía en el rancho ni una gota de grasa, aquella comida no se la daban ni a los perros.

Un día vinieron unos albañiles de Capuchinos a hacer un remiendo a la casa; yo estaba en la galería número dos, los chicos picaron la pared y dieron tiempo a que se hiciera la una para marchar y que viéramos las chicas lo que allí se encerraba; y allí había una cosa como un ataúd abierto por toda la pared con una mujer u hombre; no sabemos lo que era, porque no pudimos ver más que los huesos atados a la cintura, pero a los pies había como una calaverita y unos deditos, unas manitas de un niño recién nacido. No te digo nada lo que pasamos de miedo, porque pensamos que estaban todas las paredes llenas de cadáveres.

Los médicos y la enfermera venían todos los días, pero para saludarnos, a la que se quedaba en el petate, una patada. “Qué le pasa a usted”. “Que me encuentro mal”. “Usted arriba y al patio”. Eso es lo que nos decían. Con esos me pasé tres años. Cuando dieron el decreto de que salieran las de doce años, me tocó a mí. Salí por suerte o por desgracia, con los papeles de destierro. Pero conocía a una señora en Zaragoza que cuando se enteró fue a buscarme la libertad. Y por no llevar todos los papeles, o sea, los tres avales, porque llevaba el de Falange y el del Ayuntamiento y faltaba el de la Guardia Civil, me pedían destierro. Pero salí sin los tres que necesitaba, el día 13 de mayo del 41.



Manuela Moreno, en Alcalá de Henares, junto a un grupo de compañeras que como ella han pasado lo mejor de su vida en las cárceles. Fue detenida en la guerra y en la posguerra por ayuda a guerrillas.

En casa me encontré con la pérdida de uno de mis hijos y a mi marido trabajando mucho. Pero era tan buena persona que nunca me reprochó nada. Tuvimos otro hijo, mi Joselito —que era muy pequeño cuando me detuvieron la segunda vez—. El día 2 de septiembre me llegó el destierro para Barcelona. En Barcelona no conocía a nadie; tenía una prima que estaba casada con un cabo de la Guardia Civil, y me dijo: “Mira, chica, si tú te sabes ganar a la Falange y al Ayuntamiento, yo miraré para que no te destierre la Guardia Civil”. Fui a casa del alcalde, que era un amigo —yo había trabajado muchos años empaquetando higos y pelando almendras en su casa— y me parecía que les tenía franqueza; pero dijo: “Chicos, aquí viene Manuela”. “Pues vengo a esto, que me desterráis”. “No, te destierras tú”. “Mira, me desterráis vosotros; una mujer casada, con dos hijos, con mi casa montada, ¿queréis que me destierre yo? ¿en qué cabeza cabe? Solo os digo una cosa: vosotros me lleváis a un sitio en que no conozco a nadie; puedo encontrar una

puerta abierta o puedo no encontrarla. Solo queréis para mí una cosa: o que me eche al tren o que me ponga de puta”. Y me dijeron: “Calla Manuela, no marcharás”. Luego fui a ver el informe de la Guardia Civil; tenía que ver al cabo y me dijo: “Todos me han respondido de la misma manera”. “¿Qué te han dicho?”. “Que tienes las venas muy gordas”. “¿Y qué quiere decir eso?”. “Que eres muy roja”. “Y ¿qué voy a hacer yo?”. El que no quiera ser rojo que se reviente las venas y se saque la sangre. “Es lo que me han dicho ellos; con lo roja que tu eres, te hacen sacar piedras del río y las sacas a gusto; nosotros te damos a contar billetes y no quieres”.

Al final me dejaron en el pueblo y no estuve en balde. Las guerrillas ya estaban formadas en Aragón y empecé a trabajar con ellas como enlace. Mi casa acabó siendo punto de apoyo de las guerrillas. Venían a descansar y a buscar las cosas que necesitaban. Y lo curioso de mi casa es que, como tenía que ayudar a mi marido económicamente, habían venido guardias civiles que estaban se servicio en el pueblo a mi casa para que les hiciera la comida y les lavara la ropa. Yo lo acepté diciendo que era roja, que había estado tres años en la cárcel; que si ellos lo aceptaban yo les haría la comida y les lavaría la ropa porque no tenía una perra. Lo aceptaron y yo muy contenta, porque si los guardias civiles estaban en mi casa nadie iba a sospechar que los guerrilleros también los tenía. En no pocas ocasiones los guerrilleros estaban en el piso de arriba y los guardias civiles en el piso de abajo comiendo. En muchas ocasiones he podido advertir a los guerrilleros por dónde iba a dar las batidas la Guardia Civil. Ya no estaba yo sola liada con la lucha de los guerrilleros sino que mi marido

también lo estaba. Nos daban propaganda para echar por la calle y nosotros lo hacíamos. Nadie podía sospechar que con la Guardia Civil en casa podríamos ser nosotros. Incluso el 14 de abril de 1947 pusimos la bandera republicana en el viejo castillo del pueblo.

El día uno de julio del año 48, hubo detenciones, y pude escaparme a Barcelona y al día siguiente teníamos salida para pasar a Francia. Cuando veníamos de entrevistarnos con el compañero que nos iba a hacer pasar, nos cogieron delante de la casa en que estábamos parados. Me llevaron de Barcelona a Maella. Me torturaron mucho; cada diez minutos me subían a pegar, me bajaban a descansar y después para arriba otra vez. Me preguntaron qué cosas había hecho y yo decía que no, que no había hecho nada. Me pusieron pena de muerte y me conmutaron a treinta años. A los ocho días me llevaron a Madrid. De Madrid a Segovia y de allí otra vez a Madrid, a los talleres de manipulado. Allí trabajé y caí enferma. La señorita que estaba en manipulados decía que lo que tenía era vaguería; yo no he sido nunca vaga, siempre he trabajado, soy una mujer del campo, soy campesina. Y como no me hacían caso y yo cada vez estaba peor sufría lo que nadie sabe. Al fin me vio el médico y estuve cinco años en el Hospital Penitenciario sin asistencia, porque decían que yo aún tenía reservas, hasta que vieron que en la cara tenía los ojos que parecía faros de coches. Estuve un año paralítica. Me operaron de tiroides y estuve entre la vida y la muerte. Mucho tengo que agradecer a doña Manolita Ribagorda, funcionaria de prisiones que me ayudó mucho y además pidió a una amiga suya que me atendiera. Ellas me llevaban la comida que yo podía comer y que no me daban en la cárcel. Mucho cariño recibí de la señora Carmen, que es la madre de Miguel Núñez. Ella me hacía la comida y doña Manolita me la llevaba. Y aún me daban otra alegría más en la fiesta de la Merced. Carmen me llevaba a su nieta Estrellita y pasaba el día conmigo en la prisión.

Eso era para mí una ilusión. Me dieron el alta en el Hospital Penitenciario y me llevaron a Ventas, a la cárcel. Pero aún estuve dos años más en la enfermería. Me pusieron para que me cuidara a Gollita Pérez, porque yo no podía ni levantarme ni comer yo sola, los alimentos me los tenían que dar. Cuando me puse bien me trasladaron a Alcalá de Henares. Allí me encontré con compañeras y funcionarias que me habían visto en Segovia y no me conocían, porque mi cara quedó desfigurada con la operación de tiroides. La cara que tengo ahora no es la misma que tenía. Me pusieron a trabajar en el ropero para que redimiera. Allí las pasé de a kilo. Algunas compañeras pensaban que yo estaba más con las monjas que con las compañeras, y yo a las monjas las engañaba cuando podía, porque a la que le hacía falta una sábana le daba dos, siempre mirando a quién se la daba, porque tampoco faltaban chivatas. Pero sufrí mucho allí, porque había que tener más cuidado cuando hacían el recuento to las monjas para que no echaran en falta lo que yo robaba.

De Alcalá de Henares salí en libertad en el año 62 y cuando llegué a casa me encontré con que mis hijos no me querían porque no me conocían y a mi marido inválido de un ataque de embolia que había tenido. Solo en el pequeño —que había sido el que más me había ido a ver a la cárcel, en las fiestas, que los dejaban entrar— encontré un poco de cariño. Al ser pequeño fue con el que más me compenetré, hasta el punto de que hoy vivimos en la misma casa con él, su mujer, y mi nieto. Pero como madre no dejo de sufrir, porque aún tengo a un hijo que no me quiere solo por eso. Todo lo que he hecho ha sido por ellos y para ellos, y ahora no sé lo que me pasa.

pero estoy como loca de alegría al ver que cuando se ha muerto ese tío asesino todo está cambiando. Lo he visto y lo estoy disfrutando, que mi pobre marido ya no lo ve porque se ha muerto.

Carmen Casas, la Enfermera de Aragón

Conocí a Carmen Casas en Tarragona a principio de los 60, era una época en que las dos estábamos legales. Legal era el trabajo de ayudar a los presos, el trabajo político ya era otra cosa.

El primero fue el que me llevó a Tarragona, varios presos políticos que habían salido de Burgos y no podían, por que no les dejaban residir en Barcelona se quedaban en el lugar más próximo a ella. Carmen fue uno de los principales puntos de apoyo para estos amigos. Ella en Aragón alternó su trabajo político con la guerrilla junto a magníficas compañeras que ella en su testimonio nos da a conocer.

Gracias, Carmen.

Me llamo Carmen Casas Godesar y soy de origen aragonés, de Huesca. Me trasladé a Cataluña en el año 34. Mi padre era maestro y no había tenido vida política antes de la guerra.

Mi vida política empezó militando en el sindicato de la CNT en profesiones liberales, como estudiante. Después en el instituto de Lérida me puse en contacto con otros amigos que eran de la Federación de Estudiantes, pertenecientes a las Juventudes Socialistas Unificadas, y como estudiante no tuve mucha actividad durante la guerra. Me pasé a las Juventudes Socialistas Unificadas. Mi vida más bien empezó cuando pasé la frontera en el año 39, al ponerse mi padre en contacto con el Partido en Francia; él también era militante. Entonces también yo fui incorporada a la vida del Partido.

A partir del año 40 fui de nuevo incorporada a la Juventud y estuve trabajando en varios departamentos de Francia como responsable. Teníamos contacto, cuando se inició la guerra en Francia, con la guerrilla de la resistencia francesa; concretamente en nuestra zona los contactos eran con el grupo de Cristino García. Después en julio de 44, el Partido me envió con otra delegación a trabajar a España; con tal mala suerte que nada más cruzar la frontera fuimos detenidos. Estuve dos meses en la cárcel de Gerona, al ponerme en libertad fui a Zaragoza.

Allí pude localizar a Leandro. Le habían detenido en febrero y estaba en la cárcel de Torrero. Tomé contacto con los camaradas del Partido de Zaragoza; este había quedado deshecho después de varias caídas sucesivas. Pasé de nuevo a trabajar en el Partido. Empezamos su reorganización con un grupo de camaradas que quedaban. Formaban parte en la dirección. Se reorganizó en Aragón, en Navarra y La Rioja y yo tenía la responsabilidad de prensa y propaganda; se trabajó bastante bien. Tuvimos también contacto con la guerrilla. Yo había conocido a Leandro porque él era responsable del Partido en la misma zona en que yo trabajaba de responsable en Juventudes en Francia. El Partido le había mandado a España un año antes y después me vine yo. No sabía dónde estaba él cuando me vine a España. Por razones de clandestinidad, tras salir de la cárcel de Gerona, tuve que refugiarme en casa de la familia Samaniego en Huesca; después me trasladé a Zaragoza porque era más factible

para mí contactar con el Partido. Al mismo tiempo estaba más cerca de Leandro y por estas razones me quedé en Zaragoza.

Trabajamos e impulsamos el trabajo del Partido en Aragón. Se consiguió algo magnífico para aquella época: que en Zaragoza funcionase una auténtica Junta de Unión Nacional, que englobaba a gentes de todos los sectores. Porque en aquella época la política del Partido era la política de unión nacional. Funcionó en Zaragoza a nivel regional de Aragón, Navarra y La Rioja en el año 44.

En el mes de junio del 45 trasladaron a Leandro a la cárcel de Tarragona. Hacía pocos días que había salido el juicio de él y le habían condenado a muerte. Yo seguía incorporada en la clandestinidad en Aragón. Y en julio del 45 tuve que viajar a Madrid. A mi vuelta me encontré con que habían detenido a un amigo de guerrillas que se había incorporado a nuestro trabajo, y este, de una debilidad enorme, puso al Partido en manos de la policía. Cayeron doscientas cuarenta y nueve camaradas. Yo pude salvarme por chiripa. Desde Madrid me había ido a Logroño a recoger un material que teníamos en prensa y llegaba a Zaragoza cargada como una burra. No me cogieron por verdadero milagro. Conmigo se portó muy bien una familia con la que después hemos tenido muy buena relación. Alejandra, una mujer magnífica. Ella y sus hermanas me permitieron salir de Zaragoza y llegar a Tarragona y ponerme en contacto con Leandro en la cárcel. Estando comunicando nos avisó un preso de los que hacían el servicio de paquetes en la prisión: "Avisan que hay policía a la salida de la cárcel". No sé cómo pude salir, fue cosa de suerte, de serenidad. Me metí en medio de la fila de los que salíamos de la comunicación y me pude largar a Tarragona. Pasé a Madrid. Yo sabía que había orden de detención contra mí, porque había caído toda la dirección del Partido, no solamente de Zaragoza, sino en Navarra, en La Rioja, en Teruel, en Huesca. Y claro, mi nombre lo buscaban, me había comunicado la hermana de un camarada que había caído, que saliese rápidamente. Me fui.

En Madrid me encontré con los camaradas, que informé de todo y seguí trabajando. La víspera del mismo día que tenía que salir a hacerme cargo de la dirección del Partido en Alicante, me detienen en el metro para pedirme la documentación —yo la llevaba falsa—, se la entrego, la mira y me la devuelve. Pero el policía me conoció de Zaragoza, me cogió del brazo y me dijo: "Venga, tú vienes conmigo a la Dirección General de Seguridad. Porque tú eres Carmen Casas". Pasé a la Dirección General de Seguridad. Allí estuve tres días. Mi paso por la Dirección General de Seguridad fue una experiencia. Hay que pasar por allí para darse cuenta de lo que eran las torturas. Cómo oías gritar de las celdas contiguas a la tuya, el continuo cerrojazo, entrar y salir, los tratos despóticos, los malos modos que utilizaban. A mí se sacaron a declarar y me mantuve en que no llevaba documentación falsa. Tuve la suerte de que no me habían registrado a la entrada. Me comí la documentación, cuando me registraron no me la pudieron encontrar encima. Al mantener mi negativa de que no llevaba ninguna documentación falsa, como el policía había dicho quién era y era cierto, no insistieron y me pasaron a Zaragoza.

En Zaragoza estuve diez días en la comisaría, me negué a declarar, me mantuve con la boca cerrada. Presentaron pruebas contra mí de los amigos que habían declarado, que efectivamente era yo; y ellos me conocían por el nombre de *Elisa*. Yo negaba tal cosa, pero había una serie de pruebas que me delataban. Sin embargo, me mantuve

en mis trece, que yo no era Elisa, que era Carmen Casas; al fin me pusieron delante de una fotografía en la que por detrás habían firmado todos mis amigos, que me reconocían como Elisa. Me declaraban responsable de todos los contactos, los de prensa —el ciclostil— que teníamos en Logroño; estos amigos declaraban que efectivamente era yo la encargada de llevar todo el material y recogerlo después de hecho; los amigos de Pamplona, salvo dos o tres, declaraban que los contactos del Partido los habían tenido conmigo; también el que nos había entregado, un tal Morcillo Jarabo, que estaba en la Dirección... Este amigo declaró que habíamos mantenido contactos.

Él procedía de la guerrilla; se le encontró en Zaragoza buscando contacto y cobijo; el camarada que estaba trabajando conmigo, que le conocía, le incorporó con nosotros. En sus declaraciones a la policía declaró que la que mantenía los contactos con la guerrilla era yo, que sacaba documentaciones de la Diputación de Zaragoza para dárselas a la guerrilla, que la madre de Alfonso Escanero se cuidaba a comprar ropa; la preparaba, nos la daba a nosotros para pasarla a los guerrilleros, que Alfonso y yo éramos los que nos encargábamos de pasar las armas clandestinamente a Zaragoza. Todo esto salió en el juicio, de aquí que Sole Barberá me llamara *Guerrillera*. Claro, todo esto pensaba sobre mí. Hubo algún militante que, por las muchas palizas que había recibido en comisaría, había declarado que los contactos los hacía conmigo.

De guerrilleros no detuvieron a ninguno, los únicos que hubiéramos podido facilitarlos éramos Alfonso Escanero y yo. Él no dijo nada y yo me mantuve en un mutismo total, cuando bajaron a careo a los hombres de Torrero; como ellos vieron mi posición de negar, tuvieron que rectificar todas sus declaraciones; si no hubieran rectificado las declaraciones allí la que se hubiera armado hubiera sido grande.

Pasé nueve noches en comisaría, te metían la pistola en la cabeza con amenazas. Me arrinconaron contra la pared y me metieron una paliza; la columna vertebral la llevo deformada de los golpes que me dieron. Tenía el agravante de que habían detenido a Leandro en Zaragoza y le acusaban de que había sido enviado desde Moscú; y detienen a la mujer de Leandro, entre unas y otras mi situación se agravaba.

Había que mantenerse fuerte, pero fue a base de tener que aguantar. La familia con quienes yo había vivido: doce días tuvieron a la policía noche y día en su casa. Aquella familia, que había destruido un saco entero de material, me guardaron maravillosamente las espaldas. Dio la casualidad de que en la misma casa había sido detenido también Leandro; ninguno de los dos, ni el marido ni la mujer, un matrimonio magnífico, abrieron la boca. Dijeron que eran por completo ignorantes de lo que éramos. Que yo había ido pidiendo habitación a su casa y que me habían admitido como una realquilada, pero que no sabían nada. En fin, encontré protección por parte de ellos. Habían transcurrido dos meses desde las detenciones de Zaragoza, hasta que me detuvieron a mí en Madrid, en dos meses en jaque con fotografías repartidas a las comisarías de España, con orden de detención y captura. El policía que me detuvo consiguió un ascenso porque me detuvo estando de permiso en Madrid. Me conocía porque yo había estado de cajera en el café Ambos Mundos de Zaragoza; los polis me conocían de vista y sospechó que Carmen era comunista. Uno de ellos jugaba algo a que era mentira; cuando se encontró conmigo en Zaragoza me dijo: “Tienes más cara que un vagón de perras. Nunca hubiera creído que fueras capaz de llevar a cabo un trabajo como el que estabas llevando”.

Pasé a la cárcel. Estuve un mes y medio incomunicada. Me procesaron por el artículo 237-238, que equivalía a treinta años o pena de muerte por el Tribunal Militar. Organización del Partido y contacto con guerrillas. A esto se unía la detención de un camarada de Francia, le habían cogido una maleta con material; traía también un informe en el que comunicaban que me habían mandado a trabajar a España, de mi trabajo en la Juventud y en la resistencia en Francia. No he podido explicarme cómo en años de dura represión el Partido mandó un informe de una camarada.

Pero fíjate a la incomunicación a que me vi sometida en la cárcel de Zaragoza que me negaron la mísera tarjeta que me correspondía escribir o recibir de Leandro; existía una orden según la cual los matrimonios que estaban detenidos podían comunicarse a través de la dirección. No tuve nunca en el año y medio la oportunidad de tener correspondencia, ni mediante dirección a dirección dándome noticias de Leandro, que estaba condenado a pena de muerte en la cárcel de Tarragona, y yo en Zaragoza, en Predicadores; pues la dirección de Zaragoza se negó a entregarme una noticia que fuera de mi marido, o sea, que directamente de él no pude saber absolutamente nada. La cárcel de Tarragona nos comunicaba, pero la de Zaragoza no me las dio nunca.

Cuando llegó el momento de mi salida de la cárcel, el juez pudo conseguir sacar a los de mi mismo sumario. Salieron en libertad para vísperas de Navidad. La retención mía se prolongó cinco días más, y me dieron libertad no durante el día, sino a las diez de la noche. La verdad, a las diez de la noche imponía un poco cruzar el portalón de Predicadores, el miedo que había era que podían aplicar la ley de fugas, porque un par de meses antes, había habido un hecho muy lamentable. Una mujer de Zaragoza que habían detenido acusada de tener contacto con guerrilleros, de la parte de Teruel, fue ingresada a las siete de la tarde, y al día siguiente a las ocho de la mañana la encontraron muerta, degollada dentro de la celda.

En aquellas condiciones me daba un tanto reparo, no sabía si salir o esperar al día siguiente; pero si me quedaba me mandaban a una celda especial, ¿y qué me podía pasar aquella noche en la celda especial? Pues no lo sabía. Pero al fin salí... pasé un rato amargo.

Al salir de la cárcel, la primera cosa que hice fue ir a ver a Leandro; llevaba tanto tiempo sin tener noticias suyas que tenía hasta miedo de ir a Tarragona, le habían dejado con pena de muerte, ¿le encontraría? Fue suerte, tuve la alegría de verle. De Tarragona salí para Madrid.

Volví a trabajar nuevamente, ya que enseguida me puse en contacto con el Partido. Al cabo de un año en Madrid, salía otra vez por pies, porque me buscaba la policía de Zaragoza. El cuerpo especial de la contraguerrilla me buscaba para trasladarme a Valencia. Sabían que los camaradas de Zaragoza que habían salido de la cárcel, entre ellos los hermanos Escanero, estaban en la guerrilla y tenían contactos en Valencia, pensando que yo pudiera hacerles un servicio. Ya sabes como te hacían servir de gancho. Me mantuve en Madrid tanto tiempo como pude. Llegó un momento en que los camaradas decidieron que marchara, porque resultaba peligrosa para el trabajo y que un día pudiese ser detenida de nuevo. Entonces pasé a Tarragona; esto ya era el año 48. Busqué contacto con los camaradas del Partido pero al estar legal en ese período me tenía que presentar al juez cada quince días. Estaba muy localizada

por la policía: cuando no los tenía de vigilancia en la puerta de la cárcel, estaban vigilando mi casa; me tenían localizada en el trabajo, los llevaba continuamente detrás. Entonces los amigos decidieron que por una temporada me mantuviera al margen de actividades políticas, por el peligro que yo representaba para el trabajo del Partido, y por mí misma.

Mi trabajo fue entonces de solidaridad y ayuda a la cárcel. Aparte de que me mantenía en contacto con los amigos, para tener una información política. También fueron duros aquellos años, Leandro estuvo cuatro años con la pena de muerte. Me encontraba sola, había perdido completamente la salud. A la salida de la cárcel, cuando llegué a Madrid, tuve la desgracia de coger un tifus y estuve mucho tiempo en cama; llegué muy delicada, me encontraba con pocas fuerzas y estaba completamente agotada. Pasé en aquella época una serie de intervenciones quirúrgicas, que me dejaron físicamente decaída. Sin ayuda ni para mí ni para Leandro, no teníamos más apoyo que el que mutuamente podíamos prestarnos. Él desde dentro poco podía prestar; al contrario él lo necesitaba todo. La angustia de pensar que en cualquier momento podían ejecutarlo...

Esto hizo que pasase unos años verdaderamente angustiosos. Cuando le conmutaron la pena de muerte, fue mi mayor tranquilidad. En el año 54, con su salida, de nuevo volvimos a la vida del Partido, como éramos lo dos bastantes conocidos, los camaradas decidieron que en vez de incorporarnos los dos, que estuviera uno solo, y en aquel momento era preferible que lo estuviera Leandro. Había nacido la niña y yo todavía pendiente de juicio. Consideraron conveniente que pasase Leandro a la vida activa y yo me quedé con la misión de mujer postergada. Prestando un apoyo, una ayuda, toda la colaboración posible, pero sin poder llevar a cabo una militancia. En aquellos años, donde había comunistas había organización, pero no siempre con la dirección del Partido, por causa de la clandestinidad.

En el año 60 —recién nacida Rosa Nieves— tenía la niña tres meses, se dictó orden de detención contra mí, porque habían vuelto a mover el sumario. Era por Navidad; había que depositar una fianza de diez mil pesetas y no había un clavo en casa. Se salvó aquel bache y nació el niño, y teniendo cinco meses se vio el juicio mío en Zaragoza. Me condenaron a ocho años de cárcel. Primero me pidieron dieciocho meses, y de dieciocho meses pasó a la condena de ocho años. La verdad que lo esperaba, incluso más, por la gravedad de las declaraciones. Claro, la situación había variado; desde el año 45 hasta el 60 había corrido mucha agua y la situación política del país variaba también, el enfoque de los juicios. A todos los del expediente les pidieron seis años, a Alfonso Escanero y a mí nos condenaron a ocho. Tuvimos la suerte de cogernos a una serie de indultos de los que habían dado a lo largo de aquellos años, y con el año y medio de cárcel que yo había cumplido, pude salir en libertad.

Ya estaba de nuevo incorporada al trabajo del Partido. Trabajamos poniendo en marcha todo lo que quedaba en Tarragona y la Provincia.

En la caída nuestra de Zaragoza éramos cuatro mujeres. Una chica de Logroño, comadróna, que le habían fusilado al padre; Eladia Martín era muy maja, y dos mujeres que vale la pena resaltarlas. Isabel Bailó, la madre de Alfonso Escanero, una mujer que había luchado durante toda la guerra en defensa de los familiares y amigos perseguidos, por militar en la UGT y en el partido socialista, y después por los hijos, Alfonso y Félix, comunistas. Esta mujer sufrió muchísimo en comisaría;

cuando la detención de Alfonso fue torturada y la obligaron a presenciar las torturas que le hicieron a su hijo; le sacaron la camisa hecha jirones con trozos de carne, porque le apalearon bestialmente. Sobre todo a Alfonso; Félix era un militante muy majo. Alfonso como militante del Partido y responsable ya había estado anteriormente detenido. Se ensañaron bestialmente con él. Después, mientras el hijo estuvo en la cárcel, fue una mujer solidaria cien por cien; volvió a tomar contacto con el Partido y puso en contacto a los camaradas de la calle con los de la cárcel. Fue detenida por segunda vez estando su hijo en la cárcel. Pasó varios días en comisaría y de nuevo fue torturada. Y esta mujer aguantó. Cuando salimos, Alfonso tuvo que incorporarse a la guerrilla huyendo de Zaragoza, ella se vio perseguida hasta que se refugió en casa de una de las hijas. Murió con la ilusión de volver a ver a su hijo, que desapareció en la guerrilla en la provincia de Teruel.

Hubo otra mujer magnífica, María Alcoy. Estuvo en la cárcel y también presenció la tortura del hijo. A consecuencia de las palizas que le dieron le provocaron un neumotórax y le motivó la muerte al muchacho; porque cuando estaba convaleciente, que le estaban aplicando un tratamiento, lo detuvieron nuevamente y lo acabaron de deshacer. En casa de la señora María Alcoy teníamos todo el aparato de propaganda. Fue una mujer que de su boca no salió nunca una palabra, una queja. Se comportaron, tanto Isabel como ella, como dos mujeres maravillosas. Dos viejas mujeres que querían al Partido entrañablemente y que dieron a la lucha por la libertad lo mejor que tenían, sus hijos. Estas mujeres son merecedoras de que sus nombres sean conocidos en páginas para la historia, mujeres que lucharon por la libertad y la democracia de nuestra España.

Muchos hemos sufrido pero hemos visto a nuestro Partido legal; y no nos lo ha regalado nadie, lo hemos conseguido con nuestras luchas. A mí me queda esa satisfacción, y además la de que mis hijos, los dos, también sean comunistas.

Capítulo 3

DOS VIEJAS LUCHADORAS

Angelita Santamaría y Carmen Díaz son dos mujeres con una vida revolucionaria muy larga, las dos militantes del Partido Comunista, desde el principio de los años 30.

Participan en los azarosos años de la República, en la guerra luchan por ella, con ardor, con coraje, como todos los españoles que deseábamos ganarla, con el triunfo de la República, pero la perdimos y perdimos nuestra libertad y hasta nuestras propias señas de identidad. Carmen y Angelina han seguido luchando en la clandestinidad, han sido detenidas, torturadas y encarceladas varias veces.

Carmen sigue en Hospitalet, siempre en primera fila, en el trabajo del Partido, las mujeres; por una verdadera Democracia, por la PAZ. No ha tenido la misma suerte nuestra querida Angelina: hace tres años, en la localidad de Tarrasa, caminando por la acera un coche, que al parecer perdió la dirección, la aplastó contra la pared. Yo estaba fuera; me enteré al llegar a Barcelona, y me vino a la memoria lo que ella hablando conmigo me dijo un día —mi madre me decía: “Hija mía, morirás con los zapatos puestos”, pero al fin ya ha muerto el dictador y yo vivo—, pero la pobre no había pensado nunca cómo iba a ser su muerte.

Te recordaremos siempre, querida Angelina.

Ángela Santamaría

Militante de las Juventudes Comunistas en el año 33. Mi ingreso en la Juventud se debió al conocimiento que tuve de Dolores Ibárruri, de Vicente Uribe, de Leandro Carro y de camaradas que entonces figuraban en la dirección del Partido Comunista Vasco. Este conocimiento tan estrecho que tuve con ellos fue por mi tía, que estaba al frente de la causa del Partido, como conserje, y yo la iba a ayudar a coser; porque tuvo varios hijos y económicamente lo necesitaban. Yo veía que aquellos hombres necesitaban que se les ayudase; mi tío, que murió en el frente de Bilbao, en los primeros momentos ayudaba a mi tía para que no pasara tantas horas cosiendo a máquina; a mí me permitía estar en reuniones y asambleas que celebraban los obreros, en las luchas que en aquellos momentos se sostenían en Euskadi fui conociendo, a través de estos hombres y mujeres, lo que era ser comunista, defender la clase obrera. Esto me hizo tener no solamente simpatía por esas ideas, sino que era necesario militar, hacer algo. Hice amistad con Teresa, novia de Vicente Uribe; conocí al que luego fue mi compañero durante siete años, Sebastián Zapiráin, y finalmente decidí ser una joven comunista más. Los camaradas consideraban que mi trabajo era eficaz.

Celebramos en Madrid el Congreso de las Juventudes Comunistas, en el año 33, que no lo pudimos terminar, porque era una legalidad muy escamosa, la policía al siguiente día de estar celebrándose nos lo prohibió. Tuvimos que terminarlo en la Casa de Campo. Entonces era delegado, representando al Comité Central, el camarada Vicente Díaz. En esa dirección del Comité Central quedé incluida, así como la

camarada Lina Odena, de la cual hablaré, y la camarada Josefina Díaz, *Pilar de Aragón*, locutora muchos años de Radio España Independiente.

Nuestro interés en estos años de lucha era la unidad con las Juventudes Socialistas. Se iniciaron las conversaciones con el secretario de las Juventudes Socialistas, Santiago Carrillo, con Laín, con el camarada, hoy director de *Mundo Obrero*, Federico Melchor; estas conversaciones se prolongaron durante mucho tiempo, pero fueron fructuosas. Unos meses antes de la guerra, nace la Unión de las Juventudes Socialistas Unificadas de España.

Las JSU, como el resto de los jóvenes españoles, supieron con honor dejar bien alta la bandera de la Juventud. Cuando empezó la guerra los camaradas del Ejecutivo consideraron que tenían que estar a la cabeza de diversos batallones de la Juventud que estaba en el frente. Entonces las muchachas cumplieron con la misión de ocupar el puesto de ellos en la Ejecutiva; y a mí me correspondió trabajar con Medrano y con Pedro Laín, en la secretaría de organización.

De Lina Odena siempre guardó la imagen de una excelente camarada, una gran amiga, una joven con un gran cariño a la causa, no la podré olvidar; esto mismo lo dice su propia muerte.

A esta camarada la conocí en Madrid, cuando nos quedamos en la dirección de las JSU; convivimos juntas algunos meses en la misma pensión y esto nos sirvió no solamente para que yo la considerara como joven comunista y dirigente catalana, sino también como persona, como ser humano, como mujer. Y precisamente este sentimiento y ese recuerdo tan profundo que guardo de ella se debe a esto. Y me duele mucho y quiero hacerlo constar que hoy en Cataluña, donde tantas mujeres destacan, se silencie la figura de esta vieja luchadora; porque ser comunista en los momentos en que ella lo fue no era ninguna perogrullada. Sí había que tener una presencia de ánimo, que no todo el mundo era capaz de tener. Y yo espero, y lo deseo, que de esta camarada podamos decir que es historia pero no leyenda, ocupe el lugar que le corresponda; porque tiene derecho a ello, y sean los camaradas catalanes los que coloquen a Lina Odena entre los que dieron la vida por la libertad y no siga silenciada.

Lina Odena era todo entusiasmo, tenacidad, viveza; y qué cariño tenía a su país, cómo recordaba a su Cataluña. Me acuerdo que muchas veces cuando estábamos cansadas y hambrientas, cantaba en catalán. Yo no podía cantar en vasco porque no sabía; tenía una voz muy dulce, y además cantaba bastante bien. Me explicaba en castellano lo que quería decir, y me hablaba de Cataluña, con una ternura que nunca podré olvidar. Yo era incapaz de hablar así de Euskadi. Porque yo nací allí pero de vasca tenía muy poco; la envidiaba; yo me decía: "¿Por qué no seré como ella?". ¿Por qué yo no habré asimilado el país donde he nacido?; amaba también Euskadi por su proletariado, por sus luchas, porque me había hecho allí comunista, pero lo que mis padres me habían explicado de los fundadores de los partidos revolucionarios, por tantas cosas que me explicaba Dolores de mi madre, en las luchas de los mineros, de los obreros de la zona fabril. Pero yo Euskadi no lo sentía como ella su Cataluña.

Si he de seguir hablando de mi vida, voy a dar un salto, porque la guerra fue larga y mi trabajo más o menos responsable muy variado y habría muchas cuartillas que escribir, así que nos vamos al final de la guerra.

En el momento en que apareció la Junta, cuando las cosas se pusieron mal, Dolores personalmente me pidió que me quedase en Madrid; yo me quedé con la camarada Encarnación Fullola, que era la que representaba a las mujeres antifascistas en nombre del Partido, y la misión que debía hacer no la pude llevar a cabo, porque el día 6 de marzo a las nueve de la mañana me detuvo la Junta. Nos detuvieron por lo menos a dos mil. Mujeres de todos los matices, pero un ochenta por ciento de influencia comunista, puesto que estas detenciones se habían efectuado cuando las mujeres, las hermanas, las madres de camaradas o simpatizantes del Partido, al enterarse del decreto que había hecho Casado de que los comunistas no queríamos un gobierno provisional, estas mujeres habían acudido a los locales de Partido a saber lo que pasaba; fueron así detenidas, y metidas en los coches de los guardias de asalto. Nos llevaron a Atocha; era un colegio de Salesianos que había como una rotonda cuadrada con barandilla. En la parte de abajo estábamos las mujeres, en el patio y en el piso superior estaban los oficiales militares de nuestro ejército detenidos. Allí nos tuvieron creo que cuatro días sin darnos casi de comer, estaba al frente de esa prisión provisional un camarada socialista; por lo menos se hacía llamar así. Nombraron una delegación para que subiera a protestar. Había dos mujeres encintas, pasamos una sed terrible y lo único que hizo fue decirnos que no intentáramos hacer ninguna tontería porque... y nos señaló arriba, donde tenían emplazadas las ametralladoras.

Posteriormente nos llevaron a la cárcel de Ventas y allí nos encontramos con un montón de jóvenes de la Unión de Muchachas, nos tuvieron hasta el 26 de marzo. Entre las detenidas había una muchacha, Mari Luz Rodríguez, era la secretaria de Sócrates Gómez, que la hizo detener, pertenecía a las JSU. El día 26 nos dice: "Ha venido Sócrates Gómez y quiere ver a algún responsable del Partido, porque dice que va a salir un decreto para la disolución del cuerpo de carabineros". Este cuerpo era el que cubría el sector de Rosales, la parte por donde más fácilmente podrían entrar los fascistas y por donde hicieron su paseo militar, él ya comprende que es una entrega a Franco. Entonces vino, nos vio y nosotras le dijimos la falta de confianza que sentíamos hacia él para ponerlo en contacto con lo que quedaba del Partido en la calle, las mujeres que hablamos con él le dijimos que sabíamos que nos iba a entregar a Franco y le exigimos nos pusiera en libertad, que eso era un crimen que estaba cometiendo; él nos prometió que sí, que lo podía hacer. Y en realidad fue así.

Llegaron las listas, y de tantas mujeres que había allí, algunas salieron, entre ellas salí yo. Mi tragedia personal fue que salí muy tarde; pero hay tantas tragedias... porque según me enteré posteriormente, a la camarada Aurora Arnáiz le comunicaron que a mi me habían fusilado en Madrid, y lo comunicó al Partido, esto trajo como consecuencia que mi compañero Sebastián Zapiráin, se casó luego supo por una tía mía que no me habían matado, sino que me habían vuelto a detener y estaba en la cárcel de Valencia.

En unión de otras camaradas, como pudimos, a pie, en coche, pasando mil calamidades, llegamos a Valencia, donde se encontraban mis padres, que no habían querido salir por el rumor de que nos habían fusilado a mi hermana y a mí, que también la detuvo la Junta.

Y no salieron porque a mi hermano ya le habían matado en el frente de Bilbao y luego a nosotras dos; ya les daba igual que los matasen o no. Su moral decayó

mucho, eran ya personas mayores; yo no andaba por la calle, aunque en Valencia no era conocida, pero como medida de seguridad porque había fascistas por todas partes buscando gente y reconociéndola, y además tenía un sitio donde dormir, comer y ganar un poco de dinero para ayudar a mis padres, que estaban escondidos en una casa. Y cosas que pasan en la vida, pasando por esta calle al ir a visitar a mis padres en la hora libre de mi trabajo vi a Anita Marín, una camarada excelente; su padre tenía una tienda de marroquinería donde estaba refugiada Uribe, hermana de Vicente Uribe, junto con otras mujeres republicanas y bastantes deshonestas, que salieron con ella del campo de Alicante; esta camarada cuando llegó a Valencia tenía la misión de ponerse en contacto con el Partido que estaba en el campo de concentración. Yo no la había visto, pero ella me llamó y establecí el contacto, a través de ella, con la Juventud de Valencia, allí me dieron la misión de reorganizarla, cosa que empezamos a hacer hasta que saliéramos de allí; teníamos la orden de salir a Bilbao a un punto determinado y allí embarcar. Esto no lo pudimos hacer, porque la camarada Uribe cayó. Ella no me entregó, sino que fueron los dos elementos indeseables que paseando un día con ella me vieron limpiando los cristales en la casa donde había estado de criada, que era en la plaza del Caudillo, y estos me denunciaron.

La policía se presentó y aunque yo trabajaba allí el hijo de los dueños, que era un fascista recalcitrante, pudo hacerse con la dirección de la casa donde vivía con mis padres, y nos detuvieron a los tres. La detención se efectuó porque para marcharnos necesitábamos lógicamente dinero y Crescencia se había ido desprendiendo de todas las cosas que tenían un poco de valor, ropa y otras cosas; y lo último que guardaba era un relojito de oro que su hermano Vicente le había traído de Suiza. No era nada del otro mundo, pero los fascistas dijeron que era un reloj de brillantes, casi como para pensar que Uribe se había dedicado a desvalijar joyerías. Y también tenía una sortija de Carmen Díaz, excelente camarada y de la que no he sabido más, que era del Comité Provincial de Murcia, muy destacada en Cartagena; a su compañero le habían matado, y si a ella la identificaban seguro que seguiría el mismo camino. Basándose en que mi padre era joyero y conocía a un señor que en el año 21 le montó una fábrica, como cosa personal fue a ofrecerle estas cosas. Él ya sabía que era un republicano y que todos los republicanos y antifascistas teníamos una situación muy difícil, y le pagaron su valor; y ese fue el motivo de arresto de mi padre, lo acusaron que se dedicaba a vender las joyas de los fugitivos rojos. En los primeros momentos, no sé si debido a que yo había estado sirviendo con aquella gente... cuando fue la policía y dijo que yo era una comunista peligrosa, el hijo era un fascistón, pero la madre no era mala persona, no podía creerlo. Como tenían el criterio de que los comunistas éramos tan terribles, a la pobre mujer le parecía imposible que yo lo fuera y así lo manifestaba.

El caso es que en los primeros momentos no me hicieron nada, pero posteriormente, cuando me dijeron de quién era la sortija, a lo que contesté: "Pues de Crescencia" (como ya Crescencia había caído no íbamos a hacer que cayera otro camarada más), a esta camarada la habían deshecho física y moralmente, y yo comprendo bien y por experiencia propia que la resistencia humana tiene un límite y que esta camarada, aunque muy buena, tenía mucho entusiasmo y poca formación política; se puede decir que su responsabilidad era mínima; además ella no habló respecto

a mí, no me denunció; la pasaron delante de mí y le dijeron: "Oye, tu dices que la sortija te la dio Uribe", y yo delante de ella dije: "Pues claro, me la diste tú, Crescencia"; la pobre se puso no sé si blanca o qué, porque tenía la cara tan negra de los golpes y tan desfigurada, el pelo cortado, los ojos hinchados, la boca torcida... En fin, qué puedo decir, ni siquiera sé si se emocionó, lo que sí sé es que me miró con unos ojos de angustia muy grande. Al rato entró el policía y como contestación me pegó una hostia, de esas fenomenales en el oído derecho, estoy medio sorda por eso. Y entonces fue cuando comenzó todo el proceso de las corrientes y todas las torturas que vosotros sabéis a que han sometido a tantos antifascistas españoles.

—¿Te pusieron corrientes?

Sí, en las manos, en los pechos, en los muslos; y junto a mí recuerdo que había un hombre muy grande, descargador del muelle, era de la CNT, que le arrancaron los pantalones y le pusieron corrientes en los testículos; por cierto, cuando salimos los dos por un pequeño patio, había unas celdas pequeñitas, yo no lo pude ver, pero nos dijeron que el sitio donde nos habían llevado era el antiguo Gobierno Civil y que estábamos en los subterráneos, donde tenían las oficinas habilitadas, y tenían un sistema de aireación que cuando se ponía en marcha te dejaba sordo. Y lo que hacían ellos cuando nos torturaban era ponerlo en marcha para que no se nos oyera gritar, porque estaba justo debajo del patio donde teníamos las celdas, que eran muy pequeñitas, y donde metían a los presos más peligrosos, según ellos. El resto del patio estaba lleno de cientos de personas, unos encima de otros, que sin saber por qué los habían detenido y no querían que se enteraran de lo que hacían allí.

—¿En los oídos también te pusieron corrientes?

No, en los oídos no; en el pecho, o en las manos, que me las quemaron todas, porque lo hacían de una manera un tanto "rústica"; era una especie de sillón donde te ataban y pelaban los cables de la luz, te los ponían alrededor de los pezones, o en los dedos; en los dedos me los pusieron tanto tiempo que me quemaron la carne y me hicieron unas heridas terribles, todavía conservo las huellas, mira. En fin, subimos con ese hombre, que era un gigante, y la última vez que le vi era una lacra humana, parecía un viejo de ochenta años; por cierto, que luego ya en la cárcel, a través de una camarada anarquista con la que mantuvimos una buena relación, hicimos muy buen trabajo en el interior de la cárcel con los socialistas, a pesar de lo de la Junta; había algunas que no estaban de acuerdo y otras sí, y nosotras, con la autoridad que teníamos precisamente por haber sido detenidas por la Junta, hablábamos de la unidad, les exponíamos cómo nos habían torturado a unos y a otros, y cómo dejaron a ese compañero anarquista.

El pobre salió a juicio y juzgaron con él, también de la CNT, a Anita Aragón. Cuando llegó del juicio vino a verme y me dijo: "Angelita, tengo una nota para ti de un compañero que ha ido a juicio y que lo han condenado a muerte; me ha dicho que no olvida cuando intentaste que no se matase en el váter del patio". Y fue así cuando nos pusieron las corrientes. Yo ya las había sufrido varias veces y él era la primera vez; yo sabía que te desmayabas, pero que cuando te echaban por encima agua, te espabilabas. Cuando me sacaba el guardia, el gris, como yo sabía que mi padre me miraba con angustia a través del portillo que tenía el calabozo, procuraba mantenerme hasta llegar a mi celda, para que no sufriera viendo todo lo que me habían hecho.

Mi padre estaba entonces con un muchacho que por cierto en una reunión de ex presos lo he visto ahora, Alberto Estévez. Ahora es abogado en Valencia, entonces era un joven comunista. En el patio había una fuente y allí era donde yo me seguía mojando y bebiendo un poco cuando podía, a veces ayudada por el guardia; porque había de todo, también los había un poco humanos; hasta que entraba en la celda y allí a veces me desmayaba y a veces no; entonces yo vi un gesto extraño en este hombre de la CNT, cuando entró al retrete sosteniéndose el pantalón que le habían roto, vi que le dieron un termo y me di cuenta de que se oía a cosa rota; y vi que sacaba el cristal del interior para matarse. Como la puerta estaba abierta le dije que no hiciera aquello. No se si hice bien o mal, es probable que lo mejor que podía haber hecho era terminar ya con su vida, porque le hicieron sufrir unas torturas terribles, lo vi como una piltrafa humana. Cuando Anita me dijo lo de este compañero, me dolió, mucho, era un antifascista que merecía vivir, como tantos otros, y no fue así, lo fusilaron. Ella continuaba allí cuando yo ingresé la segunda vez en el 47. Sigo manteniendo amistad con ella, se encuentra en Toulouse con otra camarada que conocí en mi segunda caída, otra chica también formidable, Pepita Doménech.

En esta caída del 39 en Valencia, como en toda España, había tantos detenidos que a veces jugaba la suerte. O se despistaban y salías, o te mataban, yo jugué con lo primero y no estuve más que unos meses. Pero puedo dar testimonio de que los que nos torturaron en Valencia en el 39 fueron alemanes, puesto que era un alemán con uniforme el que a través de un tal Carlitos, que nos interrogaba, nos ponía las corrientes y luego se lo traducía al alemán. Y estaba entre ellos la famosa Tasa, que los catalanes creo que conocen bien, que figuró en la Comisión Político Militar. Se pasó a los fascistas, era la amiga personal del famoso Conesa —que tantos méritos ha hecho como policia de Franco y aún continua en la DGS—, y con ella una tal Tina, que era de Valencia.

Tuve suerte y estuve poco tiempo. Coincidió que se dieron cuenta de que las acusaciones contra mi padre, como eran de tipo profesional, eran una metedura de pata; porque este joyero, Carbonell, que era un hombre importante, dio las referencias de mi padre como de hombre republicano y laico, pero honesto; y de comunista, cero, incluso cuando le arrestaron mi padre le estaba haciendo unos modelos en platino de una sortija, unos pendientes y un brazaletes, que se llevó la policía el platino y mi padre en la comisaría dijo de quién era; se armaron tal cacao que creían que habíamos vivido siempre en Valencia, y les desorientó mucho sobre quiénes éramos, y dimos con un juez también un tanto chusco, que tenía un hijo comunista; como yo decía que le había dado aquello a mi padre y que yo lo había metido en el ajo, aprovechando su profesión, pues este pobre hombre que se llamaba Vázquez —era un militar muy católico, de fascista no tenía nada, un poco bruto sí—, se identificaba con mi padre y decía: “Ay, si yo también tengo muchos disgustos, porque fijese, tengo un hijo que es comunista y anda por esos mundos; y a mí en el cuerpo casi ni me quieren y me utilizan como jurista nada más, le comprendo perfectamente a usted por lo que le ha hecho su hija”. Y a mí cuando bajaba me ponía verde, se figuraba que yo era su hijo y me decía una cantidad de cosas terribles, y yo las admitía, claro: “Sí, sí usted tiene razón, he sido yo quien a metido a mi padre en este ajo, pero qué

quiere usted". Yo trataba de salvarle. Esto dio lugar a que le pusieran en libertad provisional, y unos meses después me pusieron a mí.

Nos iban a juzgar y a mí me pedían veinte años y un día, y también estaba este camarada Estévez; él decía que no me presentase porque veinte años no me iba a tirar en la cárcel. Entonces tomamos contacto con Quiñones y yo no quise marchar a Madrid como ellos se habían propuesto, porque consideraban que era allí donde se podía hacer un trabajo más de dirección; y no era el punto donde debía ir, porque me exponía a caer y que cayera conmigo lo que en esos momentos estuviéramos haciendo. Por cierto, que un día antes encontré en Valencia a Sendín, y a él sí le convenció Quiñones de que se tenía que marchar con el resto de los que componíamos entonces la dirección del Partido a Madrid; yo mantuve con él aparte una conversación y le dije que no estaba de acuerdo, que se diese cuenta de a lo que se exponía; dijo: "No, si me voy a quitar las gafas y me voy a teñir el pelo —era muy corto de vista— y me voy a desfigurar". Pero este camarada tenía unos andares muy especiales, se movía un poquito hacia un lado; en guerra era el que se encargaba en la Juventud de la propaganda y de la edición de *Juventud Roja*; pues siempre que nos veíamos en algún sitio, yo le conocía a distancia por su manera de andar; lo mismo que yo le conocía, la policía lo podía identificar; no solo por lo físico sino por sus ademanes. En fin, no le convencí, marchó a Madrid, no se cómo se produjo la caída, pero el problema es que cayeron, y a mí me vinieron a buscar a Valencia porque por lo visto en una lista... No sé bien cómo fue esto y por lo tanto no quiero hablar, yo solo hablo de las cosas que conozco, las que no tengo un conocimiento exacto prefiero no hablar; el caso es que me buscaba la policía; cayó todo lo que había organizado, en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Galicia, un montón de sitios donde se había conseguido organizar el Partido; me buscaban con el nombre de *Eva*, pero cuando vine a Barcelona, tenía el nombre de *Anita*. El problema era que por este motivo detuvieron a mi padre en Valencia, yo durante este tiempo no tuve correspondencia de ellos, que sabían de mí a través de un camarada que era representante, sobrino de doña Angelita Sampere, una excelente camarada nuestra, maestra de Valencia, que se encargaba de transmitirles noticias mías. Y le detuvieron, como la policía llevaba bastante tiempo controlando su correspondencia, vieron que lo que mi padre decía en cartas familiares era lo que nosotros ya habíamos quedado de acuerdo, que no quería saber nada de mí; lo tuvieron ocho días y lo pusieron en libertad. Junto con él detuvieron a otra chica de Valencia que se llamaba Conchita, Eva de apellido; la muchacha no había hecho nada y cuando se dieron cuenta de que no era yo, la pusieron en libertad.

Aquí en Barcelona cayeron unos excelentes camaradas, entre ellos uno que vino de guerrillas, desde Francia, y pudo llegar a Cataluña, y fue el que organizó lo que quedó de los camaradas que cayeron en Barcelona. Se le conocía con su nombre de guerra, *Antonio*; él, algún otro camarada y yo misma, al enterarnos de las detenciones de Madrid, cada uno nos marchamos por un lado, pero Antonio había bajado a Barcelona a resolver un problema, se confió y el muchacho se quedó por la noche en una casa de apoyo, con tal mala suerte que se presentó la policía. Así es como cayó Antonio. Posteriormente a esto yo ya me quedé en Barcelona, aunque sin contacto.

Este camarada Antonio me mandó recado desde la cárcel, me decía: "Márchate de Barcelona; tienen bastante interés en detenerte". En fin, me teñí el pelo, me cambié

físicamente y consideré que podía seguir aquí; al poco tiempo vuelvo a establecer contacto a través de Peñarroya, nos conocíamos de Madrid de las JSU, me propuso trabajar con él, aprovechando lo que había quedado en pie. Yo tenía un criterio distinto a él, de acuerdo con el que tenían los tres camaradas detenidos; que no sabíamos por dónde venía la caída, si se efectuaba por el contacto de Francia o por la caída de Quiñones en Madrid, y que la medida primordial era deshacer todo lo que teníamos y empezar de nuevo, si teníamos suerte de que no pasara nada y podíamos seguir. Mantuve ese principio, que a Peñarroya le supo muy mal y no volvió a verme.

No volví a tener contacto con el Partido hasta el año 45, con Miguel Núñez, entonces solo sabía su nombre de guerra, el trabajo que se me daba era con los guerrilleros que se desplazaban desde Francia. Nos encargó la misión de preparar el aparato de información; no lo pudimos hacer porque al poco tiempo se produjo la caída; la suerte de no caer se debe a que yo tenía una hija de pocos meses y periódicamente la llevaba al médico para que la visitara, y coincidió que ese día había ido a llevarla cuando la policía se presentó. Se llevaron a una muchacha que vivía conmigo, no tenía donde vivir y estaba en casa hasta que encontrara trabajo; como la chica no sabía nada de nada, cuando se convencieron la pusieron en libertad. Yo me trasladé a Valencia y como no tenía donde ir, me fui a la misma casa que habían vivido mis padres, que se habían ido a San Sebastián; allí los camaradas me buscaron trabajo, fui con mi pequeña, que tenía catorce meses, y consideré que era conveniente vivir allí, a pesar de lo expuesto que era. Al mes contactó el Partido conmigo y nos volvimos a poner a trabajar; por espacio de equis tiempo estuve en el Comité Provincial de Valencia y dentro de lo que cabe hicimos un buen trabajo; empezamos a organizar el Partido en la Papelera de la Malvarrosa, en los Astilleros de El Grao. Recuperamos a los camaradas que habían salido y que habían tenido pena de muerte en Valencia y algún otro camarada. A Valencia, puesto que aquello se iba ampliando, vinieron unos camaradas que habían compuesto la delegación del Comité Central en Madrid para hacer de Valencia, en vez del Comité Provincial, un Comité Regional; tenía mucha importancia porque era donde continuaba el movimiento guerrillero de Levante y Aragón de la ciudad y del campo. El problema es que hubo otra caída; estos tres camaradas: Borrás, que era el secretario político del Comité Regional, otro camarada más, que era el responsable de las guerrillas del monte, y otro que era responsable del monte y de la ciudad, cayeron y fueron ejecutados; nosotros nos salvamos de esta caída.

Entonces se reorganiza de nuevo el Comité y a mí me nombran con Adolfo Prieto, *el Ciego*, en la secretaría de agitación y propaganda; como teníamos necesidad de montar la multicopista y todo lo del aparato de reproducción dije al Partido que dispusieran de mi casa, pero que supieran que en el 39, cuando había caído, mi padre al salir en libertad había vivido allí; cuando la caída de Quiñones me habían venido a buscar allí. Como se había puesto pena de muerte a estos camaradas y urgía hacer una campaña de esclarecimiento porque los presentaban como unos agitadores, terroristas, los camaradas consideraron que había que correr algún riesgo. No había otro lugar porque era muy difícil encontrarlo; hay muchos compañeros que no lo comprenden, pero es así: para guardar papeles o para estar una hora, sí que lo encontraban; pero un aparato de propaganda multicopista, material de reproducción, la

máquina de escribir, era muy difícil; porque cuando había que deshacerse de eso era muy problemático. A pesar de todas las dificultades y riesgos se consideró que era necesario y se instaló el aparato de propaganda en mi casa. Yo en casa hacía gabardinas, soy sastrá, y eso me permitía económicamente sacar adelante a mi hija y ayudar a mi hermana, también podía trabajar a unas horas determinadas; en un taller no hubiera podido.

Al camarada que teníamos de responsable político no le conocí, era una medida de seguridad; yo nunca quise saber más de lo que me correspondía porque, por desgracia, sabía lo que costaba callar; ni quería conocer a la gente por su verdadero nombre; eso para mí era una garantía de que si me volvía a pasar algo, aunque quisiera no podía hablar; porque en realidad, tengo que decirlo, estaba bastante cansada y empezaba a tener un poco de miedo, de mí misma, ya no me encontraba segura. Bien, este camarada que tenía la responsabilidad máxima del Partido fue necesario que se informase de dónde se encontraba el aparato de propaganda. Y fue él quien indicó el lugar a la policía. Con el fichero en la mano no les fue difícil encontrar mi casa. Se presentaron como fieras, golpeando la puerta de casa a las dos de la mañana, despertaron a la chiquilla con el susto padre. Por el registro yo vi que venían buscando la máquina. Yo había quedado con los camaradas en que si pasaba algo yo diría que la máquina la guardaban en mi casa pero nada más. A pesar de que algunas veces terminábamos muy tarde y además de coser a máquina a pedal que me cansaba mucho, siempre tenía la precaución de limpiar la máquina de tinta y de meterla debajo de unos montones de retales que luego vendía; la policía subió al camarote y empezó a buscar y no encontraban nada, los trapos los había levantado y estaban huecos, al fondo estaba la máquina, ya se marchaban y uno dio una patada en el montón aquel justo en el momento que se iban, y encontraron la máquina, los papeles y todo. El camarada Adolfo Prieto era el que se encargaba de la propaganda; por cierto, me causó una gran emoción cuando fui a tomar contacto con él ver que era un ciego que vendía iguales en una esquina de una calle de Valencia; este camarada, cuya mujer también había caído, y su hijita de unos meses, cuando me vio en el calabozo me dijo que él no había denunciado; yo, francamente, dije que aunque lo hubiera hecho lo comprendía porque me disgustaba enormemente que el Partido utilizara a aquel hombre con ese defecto físico. Cuando nos empezaron a pegar yo ví al pobre cómo le pegaban y no sabía de dónde venían los golpes; a la policía le dije que por qué lo torturaban así y me pusieron verde, de puta para arriba. El caso es que cayó todo el aparato; me llevan a la cárcel, era el año 47 y encuentro todavía a un montón de mujeres del 39, entre ellas a Uribe, que no la habían trasladado al penal porque estaba de directora una tal Brumete, un verdadero verdugo; nos hacía llevar un uniforme como en el penal, un régimen severísimo; allí se encontraba la anarquista que conocí en el 39, Anita Aragón; a Uribe no la permitían redimir. Conocí a una excelente chica, hija de un camarada médico, Amparito Reyes.

De condena me pusieron doce años y un día, pero tuve una suerte loca, porque sacaron mi expediente y tenía veinte años y un día de la otra pena en rebeldía. Fui a juicio y las penas fueron menos graves de lo que esperaba. Vine con seis años y un día; pude redimir y a los tres años salí de la cárcel. Salí muy mal, durante el tiempo que estuve en el 47 detenida me lesionaron un pulmón; me pusieron las esposas por

la espalda y me las sacaron por la cabeza, no sé cómo fue pero me hicieron un daño terrible; luego me pegaron bastante. Tenía la salud muy deteriorada, al extremo de que no fue con veneno con lo que quise matarme, como alguna compañera ha dicho, pero si me vuelven a sacar otra vez a interrogar me hubiese tirado por la ventana, porque ya no podía resistir más.

Salí y no podía seguir en Valencia, porque al salir en condicional tenía que fijar residencia; fui a Bilbao, donde tenía a mi familia. Llegué donde había salido en el año 33, y allí era todo muy difícil; los pocos camaradas que aún quedaban con vida, cuando sabían que estabas allí venían a verte y seguían trabajando. Y los camaradas de la dirección del Partido dijeron que por mi estado físico no podía arriesgarme... Además yo no tenía donde vivir, no quería estar con mis padres para no volver a comprometerlos y con la chiquilla tenía problemas porque no quería dejar a mi hija; era lo único que tenía cerca de mí y no la quería perder; casi no me conocía cuando salí, porque cuando entré en la cárcel tenía tres añitos y cuando salí seis, y vivía con mis padres en Bilbao. Yo quería llevármela y reponerme en Francia, donde los camaradas iban a mandarme, y volver otra vez al interior, a Andalucía, que era donde podía ir porque no había estado nunca. El paso era muy difícil por ir con mi hija, hasta que lo conseguí; pasé en una barca con mi cuñada que había estado cinco años de la caída de Quiñones. Pasó conmigo la frontera y nos fuimos a París. Con tan mala suerte que cuando nosotras llegamos ya habían declarado a nuestro partido ilegal; es decir, los camaradas que habían podido escapar, como a Carro le habían autorizado ir a Alemania por la mujer, que estaba enferma, a otros los habían deportado a Argelia, a Alcantal, a Córcega. Y la camarada que me recogió me indicó que hiciera un informe: ahí empezaron nuestros sinsabores; camaradas que no supieron aplicar las consignas que se les habían dado de una manera humana y justa y nos midieron a todos por el mismo rasero. Porque yo comprendo bien que esta medida se hubiese aplicado a los camaradas que habían estado en el interior sin saber nada de ellos; nosotros los que habíamos pasado todo esto en el interior, por las caídas que habíamos tenido, comprendíamos mejor que nadie que estas medidas eran justas, porque era una de las maneras de proteger a los camaradas que trabajaban clandestinamente. Pero yo consideraba que no era humano que se aplicase a camaradas como, por ejemplo... el mío; hacía cuatro meses que habíamos salido de la cárcel; debido a nuestro comportamiento, la policía nos comunicó cómo el Partido nos había felicitado por REI... Cuando llego a Francia, en las condiciones en que llego... Me recibieron de esta manera tan injusta. El caso es que hice tres informes y ya no hice más. Y no quiero hablar de todo lo que en este aspecto he pasado en Francia; únicamente quiero decir que por la política tan injusta, llegan momentos en que aunque doliéndole a uno mucho, hay que decir que el Partido a mí moralmente me deshizo más que me había deshecho Franco. Pero seguí siendo la misma; por eso no quiero que vuelva a suceder, porque hay que ser comunista, pero no hay que olvidar que hay que ser también humano. Guardando toda la disciplina, todas las medidas de seguridad, también se puede tener sensibilidad. Esto es lo que yo le reproché a cierto camarada. Llegaba a París enferma, con una niña de seis años, sin dinero y sin tener quien me ayudara...

En un festival tuve una gran emoción cuando vi nuestra bandera, la bandera republicana, y tantos camaradas, tantos antifascistas; este camarada, cuando me vio y abrazó, me dijo textualmente: "Ay, Angelita, con un historial como el tuyo, ¿por qué

te has venido aquí? Todo lo has echado por tierra”. Mi contestación fue decirle: “Tú sabes, camarada, que no eres el más indicado para hablarme así, tú me conoces desde hace muchísimos años, desde que yo era joven comunista, vine a Madrid, y sabes cómo ha sido mi vida”. Era muy amigo del que fue mi compañero. “Sabes todo lo que moral y físicamente he pasado. Porque a mí el hecho de que se casara el que fue mi compañero me causó moralmente un mal terrible”. A este camarada le dije simplemente: “Las máquinas se deshacen cuando se usan; ¿cómo quieres que a los seres humanos no nos ocurra también? Yo vengo aquí —le dije recobrando el coraje— para que a mi hija la mandéis algún sitio y yo pueda volver otra vez a España; pero cuando esté segura de mí misma, cuando vea que físicamente pueda aguantar”. Lo que yo no he querido nunca es tener la conciencia de decir que por mi causa...

Sabía que no hubiera podido sobrevivir, y creedme que es eso lo que le hace a uno tener fortaleza; porque cuando te encuentras en esos momentos tan difíciles, cuando ves que el mundo se cierra sobre ti porque ves que físicamente no tienes ya resistencia humana y ves que estás al límite de lo máximo... Cuando uno piensa con el sentido que se tiene de la vida, porque ama uno la vida, cuando tu propio instinto de conservación te falla y no piensas más que en la muerte como una liberación, cuando se llega a ese extremo, es como una locura. Y siempre piensas: “Voy a resistir, no voy a decir esto, ni esto, porque si lo digo van a caer los camaradas; ¿qué les va a pasar? ¿Y yo voy a poder sobrevivir, pensando que lo que les ocurra es por mí? Esto no lo puedo hacer”. Hay momentos en que piensas así, en la soledad del calabozo, deshecha físicamente, y hasta eso te vale.

La cartagenera: Carmen Díaz Fernández

En el año 31, las inquietudes de mi hermano le llevaron a preocuparse de los problemas sociales del país, de los parados, del hambre, de los sueldos bajos, de las injusticias. Esto le llevó a las luchas revolucionarias.

Yo ingresé en el Partido y en la Juventud al mismo tiempo. El Partido era partidario de que trabajase en la Juventud. Entre el 33 y el 34 hubo grandes luchas con la República; había un proceso que no era revolucionario ni de participación de todas las fuerzas del país, en cierto modo estrecho. Mi hermano estaba siempre parado, no le querían dar trabajo en sitio alguno.

Participamos en la huelga del año 34. A mi hermano lo metieron en la cárcel y nosotros seguimos trabajando con la gente que quedaba del Partido; siempre teniendo precauciones; venía la policía a las tres o cuatro de la mañana y te registraban la casa. Teníamos una multicopista escondida en la chimenea y una noche la buscaron por todas partes y no la encontraron, y decían: “No puede ser, tiene que estar, porque la propaganda ha salido de aquí”. No se les ocurrió mirar donde la teníamos.

Vino el levantamiento fascista y tuvimos que trabajar para la guerra. Se constituyeron las milicias. Las mujeres empezamos a organizar los talleres para hacer equipos de ropa para los hombres que iban al frente; muchos se fueron al campo de aviación, que se tomó con palos, con picos y con lo que se presentó.

El movimiento fascista se hizo abortar en esa zona. En la guerra las mujeres del Partido trabajábamos en la tierra de una manera fantástica. La mujer se incorporó incluso a la carga y descarga de los barcos de carbón, que en esa época normal los

hombres descargaban en cinco días; pues allí se descargaban en tres; las mujeres, que él único trabajo que hacían era servir, se incorporaron a las fábricas. Yo estuve una temporada trabajando en la fábrica de armamento con una hermana mía y tuvimos suerte incluso de ser felicitadas por el Ministerio Nacional de Defensa, pues éramos obreras, que la máquina no paraba de dar rendimiento; aquellas máquinas eran de cartucherías y cuando una máquina se estropea tiene que estar una hora parada; las nuestras no lo estuvieron nunca, yo llegué hasta hacer dos turnos seguidos hasta que el Partido dijo: “No, tú tienes que salir a la calle, no puedes estar aquí, haces más falta en otros trabajos”.

En una conferencia se nombró un nuevo Comité Provincial, y entonces fui nombrada para el Comité; yo trabajaba en el Partido y con las mujeres. Entonces emprendimos una campaña tremenda para fortalecer a las mujeres antifascistas, y a través de nuestro trabajo tomamos conciencia.

Me acuerdo que pasó por allí Lina Odena, yo la recuerdo con gran cariño. Al marcharse para Granada yo me quería ir con ella, y dijo que no, que yo no me podía ir al frente, que me quedara allí, que había mucho trabajo. Se marchó a Granada y ya no volvió, cayó en aquel enfrentamiento que tuvo con fuerzas de la retaguardia fascista. Lina Odena era una chavala muy impetuosa y muy enérgica, ella no encontraba dificultad en ningún sitio nunca; ya la admiraba antes de conocerla personalmente por conocer su participación en las luchas del metro en Barcelona.

Terminó la guerra y nos fuimos a Alicante. Mi compañero era el secretario general del Partido Comunista de Cartagena, pero había tal confusión que no fuimos juntos. Él era un hombre honrado y cuando llegó a Alicante, como no estaba el resto de la dirección del Partido, no quiso irse. Era el último barco que salía de Alicante. Él tenía diez plazas que había conseguido para los dirigentes del Partido de Murcia, pero resulta que al no estar todos él dijo que no se iba, que lo que fuera de los otros sería de él. Nosotros llegamos a Alicante y ya no salimos; donde fuimos fue al campo de concentración y te contaré una satisfacción que tuve. A mí me dio angustia y tenía que devolver, pero como estábamos tan apiñados, me aguantaba lo que podía para no echarlo encima de una compañera. Me llevaban dos mujeres, teníamos que hacer sitio al pie para no pisar la masa humana. El tío que nos guardaba veía que iba a devolver, me empujó con la metralleta y me dice que dónde voy, yo con la mala leche que iba le tiré todo por los pantalones, repetía una y otra vez: “¿Ha visto usted lo que ha hecho?”. Se puso como un basilisco, le digo: “Pues mire, lo siento”. “Más lo siento yo, que mire cómo me ha puesto”. “Y yo que estoy que no me puede tener en pie”. Total, que gritando se quedó todo. Es raro que no me pegara un tiro, porque te lo pegaban por menos de un cuarto. Salí del campo y las dificultades. Iba sin documentación —como todo el mundo—. Un tío de mi compañero vivía en Alicante; fui a su casa y estuve unos días. A los compañeros los habían llevado a la plaza de toros, donde estaba también el mío; antes de salir del puerto, me habían dicho los camaradas: “Como a las mujeres os llevan por un lado y a los hombres por otro, tomad ese dinero, y si vale al menos tenéis para defenderos”. Y tuve la gran suerte de que el dinero que a mí me dieron me valió y además lo pude cambiar por mediación del tío de mi compañero. Después a él se lo llevaron al pueblo, yo sabía que lo liquidaban. Se me acabó el dinero llevándoles comida a los presos, mientras tuve no les faltó. Al

lado del tío de mi compañero vivía un fascista y había estado en la cárcel, se ve que me vigilaba sin saber quién era yo, pero llevaba ayuda a los presos. Se ve que me había seguido alguna vez hasta la plaza de toros. Pese a las precauciones que yo tomaba, porque ya sabía lo que era ese tío, me denunció. Pero no me detenían, querían saber si hacía algo más, y por eso cuando trataba de salir a algún sitio era un problema; se te presentaban cuatro o cinco soldados diciéndote. “¿Pasionaria, qué llevas ahí?”. Te registraban; las pasé moradas.

Decidí marcharme a Sevilla. El tren iba lleno de soldados y se metían conmigo de una manera asquerosa. Cuando llegué a Alcázar de San Juan, llamé al sargento y le dije: “Mire usted, si tiene algo contra mí, me detiene, porque yo no aguanto más que sus soldados se vayan metiendo conmigo, que si hoy la hija de la Pasionaria, que si tal, que si cual. Ustedes no me pueden acusar de nada y por lo tanto me dejan en paz”. “Señorita, no la molestarán más, siga su camino”. Pero yo veía que iban detrás de mí. Entonces pensé no ir a casa de mis tíos a Sevilla: “Voy a hablar con el gobernador de mi tierra. Si hay algo contra mí que me detengan”. Saqué billete para Murcia. Al salir de Alcázar de San Juan ya me pusieron dos guardias civiles en el tren. Tenía la impresión de ir detenida. Cuando llego a Murcia salgo de la estación y veo a la Guardia Civil que hablaba con un piquete de falangistas que se hacen cargo de mí sin detenerme. Yo, que he tenido mucha audacia para salir de las miles situaciones, me dije: “Me voy al gobernador civil”. Se ve que los tíos cuando me vieron entrar, que fueron hasta la puerta conmigo, se marcharon. Esto me salvó. Un guardia me dijo: “¿Qué busca usted?”. “Venía a preguntarle a qué hora hacen ustedes los salvoconductos”, “Por la mañana a las nueve”. “Muchas gracias”. Salgo, me asomo a la puerta y los tíos se habían ido. Me fui a buscar a un camarada a un pueblecito que hay al lado de Murcia. Allí me buscaban. Me fui a Valencia a casa de Juan José Pérez, un compañero nuestro (con el cual años después en Barcelona, en la barriada de Horta, viví realquilada con él y su compañera); cayó también en Valencia. Lo detuvieron a consecuencia de la caída de Uribe. Nos alegramos mucho de vernos y me dijo: “Te voy a mandar a casa de un sobrino mío, yo les diré que te tengan allí hasta que puedas encontrar trabajo”. Él tenía contacto con Uribe, y yo quedo también relacionada con el Partido y me puso en contacto con otra gente, aquella época era muy seria y no conocía el uno lo que hacía el otro. Cayó la Uribe y cayó él. Entonces yo salté a casa de los sobrinos. Me fui al estudio que tenía un camarada estudiante y allí fue donde me detuvieron.

Quiero hacer constar que teníamos un camarada que era muy bueno; en Valencia le pasó un caso muy chocante, porque el tío era muy audaz. A este compañero lo detienen, le estaban dando unas palizas tremendas. Y un día dice a la policía: “Bueno, dadme una máquina y yo escribiré todo lo que sé, porque ya no puedo aguantar más”. Como sabían que era un responsable, le meten en un despacho y lo encierran con llave y se van. Viene la otra brigada de Madrid a complicar la caída de Valencia con la de Madrid. La policía abre la puerta y lo ven escribiendo dentro. Le dicen: “¿Tú qué haces aquí?”. “¿Qué hago? Los gilipollas estos, que me encerraron aquí”, como el caso es que el tío coge su máquina de escribir y sale escaleras abajo. Llega a la puerta: “¿Usted dónde va?”. “Pues no ve que voy de servicio, no me ve con la máquina, hay que tener vista”. El tío sale y se escapa. Fue maravilloso. Este

camarada se llamaba Buitrago; tuvo una audacia enorme, porque él decía que no podía aguantar más palos. Yo le recogí cuando le tuvieron que sacar de la casa que detuvieron a Uribe, me acuerdo que íbamos por el puente de Aragón y dice: "Miedo ya llevo bastante". Lo llevé al estudio aquella noche, pero al día siguiente fui a hablar con el camarada estudiante y le dije: "Tú, a este hombre hay que sacarlo de aquí, pero rápido, porque vamos a caer todos". Al día siguiente fueron a por mí. Ya habíamos sacado a Buitrago, este camarada pasó a Francia. Hacía la resistencia en la segunda guerra mundial y fue muerto a tiros en la plaza de la Concordia en París por los alemanes.

Nos martirizaron todo lo que pudieron. Había un militar que era jefe del Ejército; oía que nos estaban torturando, funcionaban unos motores que nos figurábamos eran para amortiguar los quejidos de los torturados; este hombre estaba muy preocupado. Un día me oyó llamar para ir al váter y él llamó también, que quería salir al lavabo; sabía que yo estaba en aquella celda y en la otra de al lado Evangelina, pues el hombre salió y nos encontramos con nuestros correspondientes guardías. El hombre me pregunta: "¿Qué pasa?". "Que nos martirizan pero se aguanta". Yo para darle ánimo. Todavía no le había tocado a él, a los dos días le sacaron y lo tuvieron que traer entre cuatro hombres. ¿Qué harían con él? Yo vi por la mirilla meterlo en la celda por los cuatro policías. Aquello era horroroso. Cuando te llevaban a diligencias te decían: "No cojas nada, si donde vas a ir no lo necesitas". Lo que queríamos era que terminaran con nosotras porque pensábamos: "Bueno, que nos maten ya". A aquel hombre ya no le vi más. Un día, cuando ya iba estando un poco mejor, lo llamé, se le notaba al pobre que estaba destrozado, y los guardías entraban dentro; se ve que estaría tirado en la celda, porque allí no había ni colchón. Llamé al guardia, a ver si me decía algo de él, pero no lo logré. A los dos o tres días lo subieron al quinto piso y lo dejaron caer. A aquel hombre lo mataron así.

A mí sólo me pusieron las corrientes en las muñecas. Nos pegaron lo que quisieron, teníamos los muslos y los brazos todos morados; las corrientes ya eran el refinamiento de las torturas. A Evangelina ya se las habían aplicado; esta compañera era la mujer de Sebastián Zapiráin, no sé si tú lo conoces. Luego nos las aplicaban a las dos al mismo tiempo. A las tres o cuatro veces que nos habían bajado a pegarnos, nos dice un día un policía: "No os queremos pegar, pero como sois tan duros de pelar que no queréis hablar, yo os voy a hacer una proposición por vuestro bien, y es que os hagáis confidentes nuestras". Yo haciéndome la tonta para ver por dónde salía digo: "Bueno, ¿y eso de confidente qué es?". "Nosotros os llevamos a un hotel, os compramos ropa, estáis bien arregladas y vais a la calle, veis a vuestros camaradas y les proponéis reorganizar el Partido. Cuando tengáis veinte o treinta, vosotras trabajando con ellos, nos lo decís, hacemos la redada y vosotras seguís en la calle. A lo mejor también os detengo para cubrir las apariencias, y después os soltamos". Yo lo estaba oyendo y me miraba Evangelina, y me veía la cara que yo tenía puesta y yo la cara que tenía ella; Evangelina muy seria, yo me sonreí, y dice un tal Moya que era muy degenerado (a Angelina Santamaría le rompió el vestido y tenía los pechos al aire, el so cerdo se masturbaba): "¿De qué te ríes?". "Me río porque primero nos tratan ustedes a palos, nos trituran haciéndonos torturas y aplicándonos corrientes y después nos prometen ustedes mejor vida". "¿Quién se ha creído que somos?". Y contestó:

“Ah, pues si no queréis aceptar te espera la cárcel o la prostitución”. “Eso ya lo sabíamos, que con ustedes no nos espera más que la cárcel, y lo de la prostitución está por ver”. “Cínica, más que cínica”. Empezaron a insultarme. Aquel día nos pegaron y nos subieron y fue el último día. Las corrientes nos las aplicaron la brigada de Madrid, porque la de Valencia se negó.

Luego nos llevaron a la cárcel y nos separaron, a Evangelina a la Provincial y yo pasé a Santa Clara, estuve dos años y medio. Evangelina salió antes. Yo estaba enferma del pecho. Un día va un médico forense de la Provincial y me dice que hay que echarme a la calle, que estaba muy grave. Allí había mujeres enfermas del pecho, peor que yo, pobretas. Llamó a un policía de prisiones, que era una monja, y le dijo que subiera con la máquina de escribir y un folio, le preguntó por qué, y le contestó que esta mujer está muy grave y hay que echarla a la calle; y yo cuando me lo dijo pensé: “Pues yo no me veo tan grave, ¿qué será?”. No me lo han podido explicar nunca, porque francamente para mí no ha estado claro. Salí en libertad provisional. Yo pensé si lo haría la propia policía para saber si les facilitaba otra caída. Me presenté al juez, pero era el secretario, al verme dice: “¿Usted es la enferma?”. “Sí señor”. “Pues no la veo tan mal”. “Bueno, eso lo dice usted, pero desgraciadamente lo estoy”. Porque había que seguir la gravedad, yo no comprendía esa libertad y no quería meter la pata. “Pues que no la vea el juez”. Evangelina Santamaría, que hacía tiempo que estaba en Barcelona, en esos días había llegado a Valencia, coincidiendo con mi salida; aquel día iba conmigo y le dijo: “Mire, le voy a decir algo que ella no se ha atrevido a decirle, pero yo se lo voy a decir a usted, por si lo ignora. Esta muchacha era muy joven, tenía veintidós años, le han hecho esto y esto en la comisaría”. Yo le dije: “Perdón, he de aclarar que lo mismo han hecho con ella”. “¿Usted lo jura ante este crucifijo?”. Le contesté: “Yo no tengo que jurar ante nada porque lo que le estoy diciendo es la verdad, lo que usted puede hacer es telefonar a la Brigada Político-Social de Valencia y hacerles preguntas, que no creo que nieguen que torturan a la gente en las comisarías”. Y entonces el hombre me contestó: “Pues le aconsejo que mientras el juez esté aquí no se presente, porque si él la ve la mete otra vez en la cárcel, aquí hemos recibido una nota del médico forense en la que dice que usted está tan grave que hay que darle la libertad”, y ponía un párrafo final diciendo “para que termine su vida en la calle”.

Yo me decía: “Pues sí que estoy mal”. Entonces me fui y ya no me presenté más. Se celebró el consejo de guerra y me declararon en rebeldía. Verdaderamente estaba enferma, pero no estaba como para no emprender de nuevo la lucha clandestina. En Valencia la Falange del barrio constantemente me vigilaban. La madre de mi compañero, que había venido a Valencia a verme, me explicó que a mi compañero le juzgaban y pedían pena de muerte; que ella había hecho lo posible por encontrar firmas para que lo avalaran, porque tenía muy buena reputación en el pueblo, pero tenía muy pocas esperanzas, aunque había hecho lo imposible. Parecía como si la pobre viniera pidiendo ayuda, yo le expliqué mi situación y lo poco que podía hacer en favor de mi compañero. Primero, que cualquier gestión hecha por mí no la tomarían en cuenta, por no reconocermelo como su esposa, al no estar casados por la Iglesia. Segundo, no caería solo, sino los dos, porque hasta el momento no me habían detenido por actividades en mi tierra, e iba trampeando como podía la situación. Salí a la calle con

ella, y comprobó que venía la policía detrás de mí y elementos de la Falange, que dondequiera que nos paráramos se paraban ellos. Le dije: "Pienso marcharme porque no solo me vigilan sino que me van a detener enseguida otra vez". Ella se prestó a ayudarme, con su ayuda y la de otra compañera desaparecí de Valencia y me marché a Sevilla. Allí, como en la guerra conocimos a mucha gente, me encontré precisamente con un camarada que había ido conmigo a la Unión Soviética; era comisario del XV Cuerpo del Ejército, yo estaba sirviendo y un día al ir a comprar me encuentro con él. Cuando me vio no veas nuestra alegría. Él estaba trabajando ya, así encontré el Partido. En la casa donde servía eran republicanos, les tenía confianza pero tenía mucho cuidado con lo que hablaba. Ellos no se daban tampoco a conocer. Antes de la guerra, en Cartagena, con las primeras personas que estuve sirviendo eran también republicanos. El yerno era técnico de artillería; muy bueno, el mejor técnico que había en mi tierra. Cuando el levantamiento fascista, el partido estaba preocupado porque se esperaba un desembarco en Cartagena, combinado con el levantamiento militar, para no dejar que Galán se hiciera cargo de aquella base, y aquella noche se levantaron los fascistas. Detuvieron a Galán cuando se iba a hacer cargo de la Capitanía General. El movimiento fascista abortó y el Partido se movilizó rápidamente.

Este capitán de artillería dominaba todas las posiciones de puertos fuertes de Cartagena. Aquella noche fuimos el camarada Checa del Comité Central y yo a hablar con él; porque me conocía a mí, y para ellos era una garantía. La ayuda de este hombre hizo que no se apoderaran de Cartagena; los barcos que iban a hacerse cargo de la base los bombardearon en el mar. He vuelto atrás, porque creo muy importante decir que la conducta de los comunistas en toda esta familia en relación con él fue tan notable que ingresaron todos en el Partido.

Esta familia donde estaba sirviendo en Sevilla eran muy buenas personas, pero no se destacaban; yo tampoco lo hacía, me vieron salir los domingos con distintos camaradas, llegaron a preguntarme qué pasaba, que siempre me veían con un hombre distinto. Y yo les dije: "Pues mire, son conocidos, familiares de vecinas de donde yo he vivido y salgo con ellos. Son muy buenas personas". Hubo una caída y entre ellos cayó una compañera que fue débil y dijo que yo estaba sirviendo en tal sitio. En un principio, cuando llamó la policía y preguntó por mí, ellos negaron, pero ignoraban que la policía es violenta y que iban a insistir. Yo me fui a la calle aquella noche a buscar apoyo, no encontré donde ir y volví a la casa y aquella noche me cogieron. El miedo le hizo a todo el mundo cerrar las puertas. Fue una caída de quince personas. Al volver a la casa, me dije: "¿Vendrán o no vendrán?". Pero sabía cómo era de flojilla la camarada y las hostias que le dieron: hablaría, y así fue. La segunda vez que fue la policía, los señores se negaron a abrir la puerta. Por orden policial obligaron, les dijeron que estaba arriba y me llevaron a la comisaría. Esta detención fue entre el 44 y el 45.

Cuando íbamos por la escalera le dice el policía: "Y otra vez tengan más cuidado de quién meten en su casa, lo mismo puede ser una persona buena que una maleante". Y digo: "Alto, eh, de maleante nada. Sepan ustedes que me detienen por política, pero no por otra cosa, eh, que conste". La hija mayor cuando vio mi serenidad les dijo: "Miren, una mujer de su comportamiento no hemos tenido nunca". Se

portaron muy bien conmigo, me llevaron comida a la cárcel, y si no lo hicieron regularmente fue porque tenía que ir alguien a buscar el paquete, y yo no tenía cara para mandar a nadie. Por dos o tres veces fue la mujer de este compañero, que era comisario, que yo la mandé. Porque ellos decían que les mandara decir cómo estaba mi situación, por si podían hacer algo.

La policía de Sevilla primero me pegaron, segundo me narcotizaron para subirme atontolinada a declarar. El día anterior me habían dado un plato de comida, no comía nada, se me quitaban las ganas de comer en comisaría, pero aquel día digo: “Tengo que comer algo porque no quiero morir. Si me matan es una cosa, pero morir me es otra”. Comí un poco de comida de aquella, noté en mi cabeza algo raro y a las dos de la mañana vienen por mí. Querían que yo subiera atontada, que no supiera lo que decía, me sentía rara pero me daba cuenta de todo y pensé: “Estos tíos me han dado algo en la comida”. Me preguntaban, pero yo no abría la boca y solamente hablé una vez para decir: “Yo no sé lo que me habrán dado ustedes, no sé lo que tengo”. Mi cabeza no la tenía bien. Los tíos me pegaron cuando vieron que no respondía, se hartaron de darme hostias, de insultarme y de hacer todo lo que quisieron, me mandaron al calabozo. No había ni mantas y chorreaba el agua por los cuatro costados. Un chaval, que lo habían traído de Madrid, cuando entró en aquellos calabozos dijo: “¿Aquí hay una muchacha que se llama Carmen?”. Y yo, como estaba que no me fiaba, pues callada.

A él le preguntaban por mí. A mí me preguntaron también: “¿Tú conoces a fulano? ¿Lo conoces de Madrid?”. “Yo en Madrid no he estado nunca”. A ese chaval le habían detenido en Madrid, le habían aplicado las corrientes, pero no le sacaron nada. Como era de Sevilla le hicieron el traslado, pensando que podría ser algún enlace y lo relacionaron con nosotros; no le conocíamos. El día siguiente me traen el rancho. “Hoy no quiero comer”, le digo al guardia. “¿Y eso?”. “Porque no quiero”. “Pues esta comida se la tiene que comer”. “¿Sí?”, y hago así, pataplán con el pie, y salió al pasillo plato y comida. “Esto le costará a usted caro”. “Todo lo que usted quiera, más caro que me está costando no me puede costar”.

Había allí unos hermanos que les decíamos *los Tres Mosqueteros*, tenían dinero. No me conocían para nada pero me mandaban café con leche, gracias a eso resistí y así estuve un mes, aquella noche me suben. Como no me comí el rancho iba con la cabeza fresca. “¿Qué pasa?, esta noche hablarás, ¿no?”. “¿Qué hablaré? No sé de qué debo hablar. Yo no sé nada”. “Pues la otra dice que tú has hecho esto y...”. “Traígamela usted, a ver si es capaz de decir que me conoce”. Y no la trajeron. “Pues fulano —el que era comisario— ha dicho que tú eras del Comité Regional”. “Pues si les ha dicho eso les ha mentido, tráiganmelo aquí o llévenme allí”. Porque ellos estaban en otra comisaría, en la Central. En la que estaba yo éramos muy pocos. Al fin me dejaron, sin poder confirmar nada. Cuando subí a firmar, se asustaron porque yo iba que era un cadáver, en los puros huesos. Me alimentaba del café con leche que me mandaban aquellos pobres. Yo les oía que decían: “Oiga tráigale un café con leche a esta chavala”, y lo traían y eso me fue manteniendo. Cuando me vi en un cristal yo misma me asusté. Los policías me dicen: “Muchacha, ¿por qué no nos han dicho que estabas enferma?”. “No vengan haciéndose los buenos ahora, que les he mandado a ustedes tres recados”. Y era verdad. “Ni se coloquen en plan humanitario,

ustedes sabían como estaba, ahora ya es tarde". Ellos mismos me hicieron un volante para que ingresara en enfermería, cuando llegara a la cárcel, imagínate cómo iba.

Me llevaron a la Central, allí me encontré con gente nuestra. "Pero ¿qué te pasa?", todos se asustaron de verme, porque iba hecha un cadáver. Ingresé en la enfermería y allí estuve otros dos años y medio. En total las dos veces que he estado en la cárcel han sido cinco años. Luego me juzgaron, pero no había cargos contra mí. Tuvimos un juez que era bastante buena persona, el coronel Ollero se llamaba.

Me puse enferma de la garganta y me llevaron al hospital de Sevilla; en la sala del hospital que me pusieron había una tuberculosa, estaba muriéndose con vómitos. Yo me decía: "Aquí enfermaré de tuberculosis, porque con lo endeble que estoy". En Sevilla los camaradas del Partido se portaron muy bien con las mujeres y con los presos en general. Lo hacían conmigo y con todas tuvimos mucha solidaridad.

Una Navidad invitamos a todas las mujeres de la cárcel, ya que nos llevaron mucha comida. Hasta el director me llamó a mí y me dijo que por qué recibía tantos paquetes a mi nombre; yo le dije: "Porque tengo muchas amistades en la calle, ¿no me pueden mandar comida?". No me pasó nada. Aunque en aquella época estas cosas estaban consideradas como Socorro Rojo y te sacaban a la comisaría para hacer declaraciones sobre la ayuda cuando les diera la gana a ellos. Te voy a decir lo que ocurrió en la cárcel, que es muy significativo. Las camaradas, toda la reclusión se portó muy bien. Iban los catequistas a darnos charlas y en aquellos días nos habían fusilado a una chavala que no había hecho nada, pobreta, su marido estaba en la guerrilla. Por medio de un enlace le habían dado una cita, para que se viera con él, con la mala suerte de que los descubren. A ella la detuvieron, a él lo matan, esta chavala era muy buena. Por ser la mujer de un guerrillero, fue a consejo de guerra. Ni se enteró que le habían pedido pena de muerte. Cuando vino dijo: "Traigo treinta años". Un día la meten en capilla y la sacan a fusilar. Se portó muy valiente, estuvo gritando: "Asesinos, canallas...". Al final se la llevaron.

Fue un fusilamiento que no se esperaba, estuvimos toda la noche oyéndola y teníamos un estado de nervios tremendo. Al día siguiente vinieron los catequistas, una era marquesa, la mujer de un fiscal militar. Aquella señora empezó a decir que la justicia de Dios había que llevarla a cabo y que cuando se mataba a una persona, era porque Dios lo había predestinado; que si habían matado a aquella muchacha por algo sería. Yo me desbravé y puse de vuelta y media a la justicia y al franquismo y a todo. Me dijo delante de todas que daría parte a la dirección, así lo hizo. Al rato se presentó el director. La monja sabía que había sido yo, pero no se chivó porque sabía quienes éramos cada una. Entró el director y nos formó a todas. Yo, que me lo esperaba, me peiné de otra manera, me pinté los labios, ojos, la cara y me puse en primera fila. Las compañeras me decían: "No te pongas ahí, te conocerán". "Donde no me van a buscar será en la primera fila". Y efectivamente, la tía me buscaba detrás, yo no me pintaba nunca; una prostituta parecía; me veía y no me conocía. Les dije a las del grupo. "Cuidado con que se raje una, ¿eh? Yo trataré de esquivarme pero si hay una que se chiva se acordará de mí". Había prostitutas comunes, no dijo nadie ni mu. Solo de la rabia que tenía, si da conmigo, aquella tía me mete en la celda de castigo por bastante tiempo. Se fue porque no me encontró, el director dijo a la superiora: "Si usted la encuentra me llama enseguida". Me llama la superiora y me dice: "Mire, Carmen, no tengo que buscarla, yo sé quien ha sido, y si el director lo averigua hoy, yo hubiera

sentido mucho que se metieran con usted. Porque yo también soy de las que cree que las catequistas no deben venir aquí”. “Mire, ya que usted me habla con franqueza, lo haré yo también. Es duro que después de matarnos a una compañera, sin motivo alguno, por el hecho de saber que es la mujer de un guerrillero, que vengan estas señoras en nombre de Dios a decirnos que se ha hecho justicia. Usted comprenderá que no nos podemos callar”. “Bueno, yo le aconsejo sobre todo que tenga cuidado. Vamos a tratar que no vengan, porque a nosotras no nos gusta que metan las narices aquí”. No tuvo más consecuencias, la superiora no nos tenía simpatía a las comunistas, pero decía que éramos las que mejor nos comportábamos.

Estando en el hospital llamé al juez y le dije que me quería ir a la cárcel otra vez, porque allí me iba a poner más enferma de lo que ya estaba, y que prefería estar en la cárcel. El juez se portó muy bien, fue él en persona y me dijo que era muy raro que estando en el hospital me quisiera ir a la cárcel. “Pues sí señor, me quiero ir y le agradeceré que me trasladen enseguida, porque pase y verá esto, una se muere un día, otra el siguiente, de vómitos y sangre. Me han metido en un foco de tuberculosis y yo no quiero estar aquí”.

Me llevaron a la cárcel. Se celebró el juicio y por falta de pruebas no me condenaron. Tuve la suerte de que la policía estuviera despistada, teniendo ficha de mi detención en Valencia, aunque al detenerme en Sevilla dije que era de Murcia, fue raro que no saliera. El juez, coronel Olleros, se portó muy bien con nuestro expediente. La pena de muerte estaba a la orden del día en aquella época, y las condenas mayores que pusieron fueron de doce años, yo tuve la suerte de que ninguno habló de mí; y les dije: “Que yo iba a la embajada inglesa a recoger los partes de guerra que ustedes no publicaban en la prensa. No habernos dejado entrar en la embajada”. Mis cargos eran esos, pero no eran cargos para condenarme. Al juez el expediente nuestro le costó el cargo, porque cuando lo investigaron y vieron las acusaciones que se nos hacían, mayormente a los otros compañeros del Comité Regional, resulta que no estaban de acuerdo; lo destituyeron y pusieron otro, fue el que me comunicó la libertad, y me dijo: “Si yo hubiera llevado su expediente, usted, Carmen, no sale a la calle”. Pero lo dijo con una mala leche el tío... Yo digo: “Mire, salgo a la calle porque no tienen pruebas”. Cuando yo hablé del chico que estaba conmigo relacionado, dije que lo único que me interesaba de aquel chaval es que me gustaba; él dijo lo mismo de mí, que conmigo no había tenido más que una amistad personal, que yo le gustaba. Entonces Olleros me dijo: “Anda, Carmen, así que Agudo te gustaba a ti y tú le gustabas a Agudo”. “Pues sí, ¿por qué lo voy a negar?”. Francisco Agudo se llamaba.

Salí en libertad y otra vez a luchar con otros camaradas del Partido, empezamos a reorganizarlo. A mi compañero Matías Martínez Palau le fusilaron en Yecla, había sido secretario general del Comité Provincial. En Sevilla, después de salir de la cárcel, conocí a un camarada que era muy buena persona y me uní a él. Seguimos, por no variar, luchando. Primero estuve en Córdoba, luego fui a Málaga y después a Granada y Sevilla. El Partido me planteó la necesidad de conectar con los guerrilleros. Como el compañero al que me había unido era de un pueblo de montaña, zona de la guerrilla, los camaradas me dijeron que me fuera allí, y que no volviera hasta que no diera con los guerrilleros. En el pueblo me hice pasar por una sobrina de mi suegro; me encontraba mal y había ido a reponerme. Por la noche me iba al monte

con los camaradas del Partido a buscar a la guerrilla. En este tiempo hubo un trabajo intenso en Granada y Málaga. En Granada cayeron camaradas, que habían venido del exterior, que mandó el Comité Central. Entre ellos cayó Ricardo Beneito, era un camarada muy bueno. Trabajó en Partido y guerrilla; cayeron seis o siete camaradas. Yo de quien más me acuerdo es del nombre de Beneito, porque era el más nombrado. Y tuvo suerte cuando lo juzgaron, a todos les pusieron pena de muerte, menos a él, porque no lo relacionaron con la guerrilla. Estuvo cumpliendo condena en el penal de Dueso y, por la debilidad de un detenido, Beneito fue juzgado de nuevo, condenado a muerte y fusilado.

Después de esta caída el Partido quedó muy desarticulado; había que mandar gente, para seguir realizando el trabajo. Yo fui con un camarada de Granada; me mandaron a la dirección de una vieja camarada del Partido, donde fue mi primer contacto. De allí fui a unos pueblos de montaña a conectar con los guerrilleros. Una noche que íbamos por el monte, estaban en una posición, descansando, el camarada que iba conmigo y yo. Los guerrilleros nos estaban esperando un poco más arriba, eran treinta. La Guardia Civil pasó por allí, muy cerca de nosotros, las piernas me temblaban. Yo le decía: "Vamos". Él me hizo señas de no hacer ruido. Gracias a que no oyeron nada, porque el más mínimo movimiento, caemos los dos. Cuando ya había pasado un rato, continuamos y un poquitín más arriba les encontramos; como había árboles y matorrales, se escondieron y los civiles pasaron de largo. En fin, las guerrillas en Granada fueron complicadas, porque allí hubo gente que se fue de los pueblos porque eran estafetas o puntos de apoyo y se veían acorralados por la Guardia Civil: la única solución era el monte. Pero eran gentes sencillas, sin ninguna preparación política, que a los guerrilleros les creaban problemas además de tener que buscar de nuevo puntos de apoyo. El franquismo estaba muy interesado en exterminar la guerrilla. Llegó a llevar al Ejército, la Guardia Civil, regulares. Había una posición que era donde estaba el Estado Mayor de la guerrilla; le llamaban *el cerro del Lucero*. Lo cercaron y no había manera de salir. Los camaradas tuvieron que descolgarse con cuerdas y se salvaron algunos, pero otros cayeron. Fue una catástrofe aquello. Algunos plantearon la necesidad de disolver la guerrilla porque estaban desesperados. La gente se les ponía enferma, no había médicos, cada vez la situación era más difícil. La última vez que estuve en Granada hubo una caída. El compañero que me subía al monte cuando el Partido me mandaba era el que suministraba comida, mataba cerdos, animales... Le detuvieron a él y a la mujer; yo no me había enterado. Me tenía que ver con él en la capital. Fui a la cita; era muy formal, muy puntual. Cuando vi que no estaba pensé: "Mal asunto, no me gusta nada". Pero al pueblo no me atrevía a ir: si no estaba en la cita, es que algo pasaba. Lo que hice fue mandar una nota a la cárcel y preguntar si sabían algo de este compañero. Me escribieron diciendo que no fuera a su casa, que estaban detenidos, a la mujer le dieron unas palizas horribles, pobreta, del cuartel de las Palmas de Granada se la llevaron al hospital, y a él igual. Ellos tenían vacas, criaban animales, cerdos y vivían de eso. Ese tipo de trabajo les permitía ayudar a los guerrilleros, eran camaradas muy buenos.

Me mandan recado, los camaradas de la cárcel, diciendo que vaya a hablar con ellos. Yo me negué, porque veía que ir a la cárcel en esas condiciones, que eran tres camaradas muy conocidos y la policía estaba al acecho de quién iba a verles, era un

riesgo. Lo mandé decir, pero insistieron en que tenía que ir. Fui con una compañera que me dijo: "Yo voy antes, a ver qué hay por allí". Y me dijo que estaba la Político-Social. No me gustó nada. No sé por qué insistieron que tenía que venir. Pido la comunicación y me preguntan: "¿Qué le toca a usted familiarmente?". Eran tres camaradas que habían dado sus nombres a *Mundo Obrero*, la policía al que comunicaba con ellos le seguían. "Soy su hermana, he venido del norte para verlo". Pero no me pidieron documentación, yo me decía: "¿Y si me la piden?", que me la he dejado en casa. No me hubieran dado la comunicación, pero la respuesta no podía ser otra. Cuando entré le digo: "Está la Brigada Político-Social en la puerta". "Cómo, compañera, ¿y qué va a pasar?". "Ya os mandaré decir, amigos". "Pues vete". "Lo ves muy sencillo, veré si me sirve de algo la astucia y si no, pues que he caído pero que conste que sois los responsables vosotros". Ya no pudimos hablar de nada; una comunicación normal, los padres están bien, tú cuídate, que pitos, que flautas. Teníamos la policía detrás de mí, yo digo en voz alta: "Voy a pedir una comunicación especial para mañana". Yo pensé: "Si consigo hacerles creer que voy a venir mañana, ya no me cogen". Salgo y con toda mi cara dura, pedí ver al director y le digo: "Le voy a pedir un favor, he venido del norte a ver a mi hermano y la comunicación es muy corta. Mañana me quiero ir y si fuera usted tan amable, que me diera una comunicación especial, se lo agradecería mucho". "Ah, sí, no faltaba más, venga usted mañana". Cuando salí le dije: "Le quedo muy agradecida", y le di la mano. "Hasta mañana, no vendré tarde, a ver si me la puede dar larguita". Salgo fuera y la otra me estaba esperando, con disimulo le digo: "No te acerques", y me fui sola. Por la noche ya tenía un recado para decirme que no fuera, no sé cómo se las ingeniarían, no eran otras mis intenciones, y así me salió la mar de bien. Los tíos al día siguiente seguro que estarían allí para detenerme. Me salvé también de esta, yo decía: "Si caigo en el cuartel de Las Palmas con lo frágil que estoy, me liquidan en dos porrazos". Me comuniqué con los camaradas por otros medios. Pero me buscaban.

Tuve que salir de allí y me vine a Cataluña; no conté ni con mi compañero ni con nadie, rompí con todo el mundo. Vine a casa de una conocida que había estado conmigo en la cárcel de Valencia. Ellos no tenían ninguna actividad en la clandestinidad, pero él había sido dirigente sindical y, en fin, le quedaba un poco de comunista y un mucho de miedo, era representante de lavadoras; se ganaba la vida. Me aceptaron a medias y me puse a servir, cuando me veía sin hogar, enseguida buscaba casa para servir. Vine a finales del año 49. Intenté buscar el Partido a través de ese compañero en cuya casa estuve, pero me decía que él no conocía a nadie. Una día me encontré a un paisano mío, había sido enlace en la guerrilla. Nos dio una alegría enorme y a través de este compañero conocí a otras personas. Después vi a otro compañero de Sevilla, que también había venido huyendo; con ellos encontré el Partido. Mi compañero, por la misma causa, se vino a Barcelona; y un día me lo encontré en la calle Marqués del Duero. Nos quedamos los dos de piedra. Los dos ignorábamos nuestros respectivos paraderos. Me encontré a mi compañero después de la huelga de abril. Él estaba aquí desde primeros del 51, trabajando en una cantera, ganando una miseria. Con nuestra miseria volvimos a estar juntos.

Empezamos a trabajar los dos; encontramos una barraca en Montjuic. Estuvimos viviendo una temporada y después nos fuimos a vivir a la casa de unas mujeres poco

recomendables. Nos tenían una habitación alquilada. Luego, con unos buenos compañeros, nos fuimos a su casa. Estuvimos una temporada mientras nos hacían en Horta una barraca para vivir; él se colocó a trabajar la paleta. En el 54 se inició la huelga, que no se consiguió nada. Pero la construcción paró en algunos sitios y como él era del ramo, lo cogieron en una obra, diciendo a la gente que tenían que parar. Lo detuvieron y gracias a su jefe fue a la comisaría y dijo que respondía de él y de otro compañero que trabajaban juntos, le dieron unas cuantas hostias, pero no pasó nada, lo echaron a la calle. Dijo que él no sabía nada y se hizo el tonto; decía la policía: "Pero usted, con esa cara de idiota que tiene, ¿cómo llamaba a la huelga?". El caso es que los echaron a los dos, pero quedaron fichados, en el 56 hubo otro intento de huelga del ramo de la construcción, como estaban fichados fueron a detener al otro, no estaba en su casa. La policía le esperaba y el niño pequeño, que era muy listo, le dice a su madre: "Mamá, dame dinero que voy a por leche". Se va a la parada del autobús y espera al padre, cuando lo vio le dice: "Papá, la policía está en casa esperándote". Y él desde el autobús se va a mi casa y dice: "Larguémonos de aquí, la policía está en casa". Nos fuimos los tres. Me encontré en la calle sin casa, sin nada, con la niña en los brazos. Luego nos fuimos a Sabadell, cayó enfermo con cáncer y en año y medio se fue. Entonces me vine otra vez a Barcelona. En Horta he vivido con unos compañeros de mi expediente de Valencia, nos defendíamos trabajando mi hija y yo; un día me la cogen repartiendo propaganda del Partido en la calle. Vienen a avisarme. Yo tenía un puñado de propaganda, lo quité todo, me llama mi hija por teléfono: "Mamá, estoy en la comisaría, tráeme la documentación". Y yo digo: "Ya está, otra vez que empieza". A mi hija yo la tuve en Barcelona, cuando nos volvimos a encontrar mi compañero y yo; me operaron del vientre, tenía un tumor muy gordo. Me operó el doctor Rosales, recomendada por el doctor Franquesa, y después de la operación me dijo: "Ahora podrá tener hijos". Pero durante dos años no tuve nada. Me operé en el Sagrado Corazón de Jesús; el doctor Rosales era un buen operador y en el 55 tuve a mi hija. Ahora va a cumplir veintidós años en abril.

Mi nena, ya sabiendo muchas cosas, empieza a trabajar en la clandestinidad, se ha criado a mi lado, y conmigo solo podía ver al Partido y buenos consejos. Ese fue el legado que le dejó su padre. Tengo una carta de él, escrita antes de morir, en la que me dice que su deseo es que la eduque en el espíritu del amor a la humanidad, como él. Él se marchó con la preocupación de su educación... Estaría orgulloso de ver que sigue nuestro camino.

Cuando detuvieron a mi nena, yo fui a comisaría a llevarle la documentación. Entonces la policía empezó que las amistades que tenía mi hija no eran buenas. Yo dije: "Oiga, señor, no tiene malas compañías mi hija, no es choriza, ni drogadicta, ni es nada que yo le pueda reprochar. Estoy orgullosa de tener una hija como la que tengo". El tío me dijo: "Señora, no se ponga así". "Yo le traigo la documentación". Me pidió también la mía. Le dije que me la había dejado olvidada en casa, que me había atabalado un poco, tenía la documentación muy vieja y no quería presentarla.

Al salir con mi hija me dijeron: "Usted promete que mañana a las nueve de la mañana irá a llevarla a vía Layetana". "Sí señor, pues no faltaba más, ¿por qué no iba a llevarla a vía Layetana?". "Usted dónde trabaja, ¿de qué vive?". "Yo vivo de mi trabajo, puede usted informarse, hace nueve años que estoy en la casa". A la mañana

siguiente fui a la casa donde trabajaba, estaba de dependienta en una pollería, y les dije: “Me tengo que marchar porque si no van a detener a mi hija y a mí”. Ellos ya me conocían, les había demostrado quién era. Se quedaron sin nadie en la parada, y eso para ellos era muy gordo. “Y si vienen, ¿qué?”. “Usted dice que no he venido a trabajar y que no sabe nada de mí”. Me fui a casa de unos jóvenes nuestros y se asustaron, se creían que venía con la policía, sabían que habían detenido a la nena. Primero nos cercioramos de que no íbamos vigilados, y aquella noche la pasamos allí. Al día siguiente llamé a mi cuñada: “Me pasa esto, me tengo que ir con vosotros, he tenido que dejarlo todo”. Dejé otra vez la casa de Horta, cogí un poco de ropa, para no encontrarnos sin nada, y me vine a Hospitalet a casa de mi familia. Después he seguido trabajando y luchando en el barrio. Me fui a la asociación de vecinos, me encontré a los camaradas del Partido y empezamos a organizar a las mujeres, y aquí llevo cinco años trabajando con ellos. Encontré a Dolores Calvet, a Juana y a otras, organizamos La Florida. Después fuimos a organizar Collblanc. Luego vino Mercedes. Las camaradas del Partido se reían cuando yo les hablaba del trabajo de las mujeres: “Vosotras reiros, pero habéis dado con una piedra dura, ¿eh?”. Y no es que hayamos hecho grandes cosas, pero podemos decir que en Hospitalet hay mujeres en el Partido, hay mujeres en las agrupaciones, en las vocalías y que en este frente vamos a seguir luchando para hacer un movimiento de mujeres que valga la pena.

Quiero hacer una observación: yo, desde luego, no le reprocho nada al Partido, si me ha educado o no políticamente, en mi fe, en mi cariño y firmeza con relación al Partido. Yo he tenido la ventaja, lo puedo decir, que siempre me ha gustado leer, y no me ha caído un periódico en las manos que no haya leído, un *Mundo Obrero* o documentos... He tenido la suerte de que la mayoría del tiempo he estado en la calle, casi siempre relacionada con el Partido; no me han faltado sus documentos. Siempre tenía material en la mano. Yo he leído todo lo que estaba relacionado con la política de Unión Nacional, de Reconciliación Nacional, por la libertad de nuestro pueblo.

Esa ha sido mi vida; sigo y seguiré luchando mientras viva.

Capítulo 4

LA CIEGA “SIN ALAS” PERO CON MUCHO VALOR

Encarna es una mujer impresionante, de un coraje increíble; ella dice que salió sin alas, pero yo digo que no salió sin valor para seguir luchando, la he visto varias veces acompañada de su hija en actos públicos que fueran de interés.

En mi opinión es el alma de la familia, la quieren y respetan, tanto los pequeños como los mayores, es querida y respetada por camaradas y amigos. Es esa mujer que invita a seguir hacia adelante, en la lucha por la democracia, el socialismo y la paz, solo con hablar con ella dos palabras. Porque ella lleva muy dentro esas luchas, por lo que dio parte de su vida y algo esencial: sus ojos. Gracias, Encarna, por darme tu rico testimonio, que será uno más para la historia de nuestra España.

El interés principal es dar a conocer la vida que hemos pasado en las cárceles del franquismo, no por hechos de guerra, del 36 al 39, sino después. De mi vida como militante del Partido Comunista, solo voy a reflejarlo ligeramente porque quiero extenderme en la vida de mujer en la cárcel. Ingresé en el Partido en el año 31, en mayo. Mi primera misión fue incorporar a la mujer en los sindicatos, como obreras, trabajadoras del campo y de la costura. En un pueblo de la provincia de Córdoba, La Rambla, donde hice mis primeros trabajos, fueron durillos.

Conseguí que la mujer perdiera el miedo que en aquella época se tenía, reparo a discutir con los hombres en reuniones y asambleas. Las mujeres fueron entrando en el sindicato Germinal.

—He preguntado a Encarna qué sindical era esa. Me ha dicho, y otro paisano me lo confirma, que era UGT. No saben ninguno de los dos por qué la llamaban *Germinal*, que era el nombre de un sindicalista de la CNT.

Existía un sindicato obrero de trabajadores del campo, era el único que existía en aquel pueblo en el año 34, y era llamado *Germinal*. Nos trasladamos a Córdoba tras sufrir represalias por nuestro trabajo en el pueblo, ya que mi compañero era del Partido Comunista, y él fue el que me llevó al mismo. Formaba parte de los primeros fundadores del Partido en este pueblo, y yo fui la primera mujer que entró en él. Marchamos a Córdoba. Allí también realicé mis trabajos, en el Comité Provincial, en la ayuda de secretaría de masas, en el trabajo femenino, Socorro Internacional. En todos los movimientos de mujeres y sindicatos. Así fui un poco popular porque tuve atracción para las mujeres. Era un poco decidida para hablar, y como en aquellos tiempos ninguna mujer era capaz, a mí me consideraron algo más fuerte. Yo decía sin reparo lo que sentía. Empezó la guerra. Eso tiene muchos pormenores, pero lo dejamos atrás.

Pude huir milagrosamente del infierno fascista de Córdoba, de una persecución, como se persigue a un malhechor. En ella perdí a dos hermanos. Buscándome a mí los cogieron a ellos, el más pequeño fue fusilado y quedó con vida, el piquete de ejecución no le alcanzó, pero el tiro de gracia que le dieron trastornó su cabeza. Escapó



Encarna Juárez, al salir de la cárcel sin recursos y ciega, se ganó la vida vendiendo los *iguales*, como se llamaban por entonces; hiciera frío o calor tenía que salir a la calle, pero Encarna supo enfrentarse a la vida sin ver.

del cementerio y murió en el año 51 o el 52 en un hospital de incurables de Córdoba, penando mucho. Mi familia ha sido muy represaliada, pero yo en ningún momento perdí el ánimo de seguir luchando. El 18 mataron a mi segundo hermano y después, el 20 ó 25 de agosto, salí campo a través como pude con mi hija de nueve años, que me jugué la vida para poderla sacar y no dejarla en aquel infierno.

Tuve que atravesar Córdoba disfrazada, valerme de mil mañas para que no me reconocieran hasta llegar donde estaba mi hija. Me la llevé por la parte de Córdoba a Espejo, con una sed y calor que ya puede suponerse, encontrándonos guardias por todos los sitios. Cuando yo pensé que habíamos salido del peligro, al llegar a una finca, que me habían dado las señas, era propiedad de don Antonio Jaén Morente, de Córdoba, diputado de los radicales socialistas, me cogen por espía. Yo iba allí recomendada por un amigo, el encargado de aquella finca. Y me dieron una nota para él. Pero de noche paraban mujeres que se presentaban como huidas, y se había dado casos de que eran espías de la Falange. Porque allí los frentes no eran trincheras, sino que las fincas estaban en poder de unos y de otros.

A nosotros nos habían dicho que Espejo estaba por los fascistas, y yo quería salir para Castro. Buscaba una senda que no se me olvidará nunca, El Caso. Y en Santa Crucita, en ese término estaba la finca, había un comité compuesto por todos los partidos. Pero yo todo eso lo ignoraba. Cuando llegué llevaba las mismas trazas que una tía que hacía unos días había entregado la posición de los milicianos a una de los falangistas; hubo tiroteo y murieron unos cuantos. Yo noté que al preguntar por el encargado empezó el recelo. Yo esperaba encontrar milicias nuestras, pero los hombre vestían toda clase de ropas, desde monos, trajes de pana y de vestir... Me hice un lío. No sabía si estaba con falangistas o con gente nuestra. A mi hija le dieron un saco para que se sentara, pero a mí no me dieron nada. Llevábamos las zapatillas rotas... En fin, de una manera... Me hicieron preguntas y preguntas, yo siempre me sostuve en lo mismo; que iba a Castro, que estaba allí mi compañero y que me iba a reunir con él porque estábamos asustadas por los bombardeos en Córdoba, el pánico me iba entrando. Llegó un hombre y lo conocí, era un paisano de La Rambla que después cayó bajo el pelotón de ejecución. Miguel Carbonero. Me reconoció a pesar de que yo estaba disfrazada, se abrazó a mí, se quedaron extrañados y les dijo: "Esta es una mujer revolucionaria; es la Pasionaria de Córdoba". Aquello me salvo de que me hubieran linchado aquella noche.

Entonces mandaron recado a Santa Crucita y bajaron los del comité. Allí me estuvieron preguntando cosas de Córdoba, en el comité estaba un primo hermano mío, el presidente del Partido del pueblo. Aquello se tuvo que disolver y me fui a Espejo con mi hija. Fue cuando me encontré con la sorpresa de que mi hermano, el que creía fusilado, se encontraba en zona republicana: venía fotografiado con la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo; había sido recuperado. Estuvo en Espejo algún tiempo hasta que se perdió. En un cuartel con otras compañeras del pueblo que habían huido, se formaron unos batallones de milicias y las mujeres ayudamos. Pero antes de que se perdiera ya había venido por mí de Villa del Río el comité del Socorro Rojo; como yo había trabajado con ellos y con Leonor Estévez, que era la responsable en Córdoba, con el compañero Ramón Guerreiro, que era muy conocido, un hombre que ha luchado mucho en las guerrillas, estos responsables del Socorro Rojo

supieron dónde estaba y fueron a buscarme para trabajar con ellos y con Benito Brava, que era el responsable del Comité Nacional. Yo tenía que ir a Villanueva de Córdoba, donde estaba el Comité Provincial. Pensaron que era mejor que me quedara en Villa del Río para llevar el Socorro Rojo. Teníamos que atender frentes, que en eso tampoco voy a entrar en detalles; cada una ha trabajado en las cosas que eran capaces. Así fuimos luchando hasta mayo, que se perdió, Villa del Río, fui a Andújar; y también trabajando en el Socorro Rojo y el Partido desde mayo del 37, en el que el Partido me llevó al Comité Provincial. Allí trabajé en la secretaría de masas, para llevar el movimiento sindical de mujeres, en el plano provincial. Al decir esto no quiero ponerme ningunos moños; había muchas necesidades de gente... La que era un poco más decidida para hablar, para trabajar o para sacrificarse había que cogerla. Y así me cogieron a mí. Porque yo lo que he aprendido ha sido luchando. No he estado en ninguna escuela, me ha enseñado el trabajo, que ha sido mi mejor libro y mi mejor escuela.

Cuando la terminación de la guerra, por la Junta de Casado, nosotros habíamos ido a Madrid con Cristóbal Valenzuela, secretario general del Comité Provincial —hoy del Provincial de Jaén—, a una reunión que él tenía que asistir con el Frente Popular. Porque se trataba ya de la Junta, pactar con Franco. Reunión que yo aproveché para hacer otros trabajos. Y cuando llegamos, que esto fue el día 4, a la noche siguiente se dio la noticia de la entrega por la Junta de Defensa que encabezaba Casado. Entonces empezó la persecución por los socialistas, a pesar de que el Partido Comunista se presentó en el Gobierno Civil, a pesar de que se le dieron garantías si no había oposición. Pero ya iban deteniendo a mandos no conformes con la Junta. Nosotros seguimos resistiendo hasta el último día. A mí me tocó con otras compañeras, que una ha muerto y las otras viven aún, entregar el Comité Provincial. Pudiéramos decir que lo tomaron ellos militarmente. En aquel momento no me detuvieron. Ya habían detenido a mi compañera, que vivía conmigo, Fabiola Cortejo Saín, que es zaragozana, y que vivía en Jaén hacía tiempo: era secretaria femenina. Esta había sido detenida el día 5 de marzo por la mañana, cuando fue a incorporarse a su trabajo. Con ella fue detenida Felisita Medrano y poco después Dolores García Negrete. De esta hablaré un poco al destacar a las mujeres.

Se me había dado la consigna de ir a un caserío, que estaba un poco retirado de Jaén, con el fin de ponerme en contacto con otros compañeros del Comité Provincial y tomar una determinación de cómo se iba a seguir el trabajo clandestino y evitar caer en las manos de la Junta. A mi hermano supe que por la mañana lo detuvieron. Hicimos guardia Miguel Caballero Vaca, que está en Valencia, y yo, toda la noche en el Gobierno Civil, pero no nos detuvieron. A él le dio tiempo de huir y a mí me detuvieron por la mala sombra de que en la casa donde me quedé aquella noche fueron a por el marido. La policía que fue no me conoció, pero al pedir la documentación, como estaba en el Frente Popular por el Partido Comunista como auxiliar, aquello fue suficiente para llevarme detenida el día 7; fui de las últimas que entraron del Comité Provincial, de las doce mujeres. Algunas subieron del pueblo, como Luisa Espinosa, creo que vive en Madrid, que vino de Mancha Real.

Fuimos detenidas antes de terminar la guerra y aún estaban en la cárcel siete u ocho fascistas, y luego presas comunes por estraperlo o por infanticidio. Dos o tres

anarquistas que estaban por estraperlo... Pero al entrar nosotras, las fascistas tenían los puestos en sus manos. Tenían las comunicaciones y la celadora estaba al lado de ellas. Y a nosotras los compañeros funcionarios de aquella época, que eran todavía los que formaban la Junta de Paz, trataron de ponernos aparte.

El salón donde nos encerraron era grande, largo y estaba dividido en dos por una verja de hierro, solo que en vez de estar de frente volcaba hacia un lado, que eso nos salvó la vida, por eso lo describo. Le llamaban *los leones*, porque allí metían a todas las presas comunes para que las señoras que habían sido cogidas en reuniones clandestinas de conspiración en zona republicana —que las defendía siempre el abogado Alejandro Périch, presidente del Partido Socialista, y la condena más alta que había era de doce años— tuvieran celdas a su comodidad y aquel salón para pasearse. Las presas comunes salían cuando ellas querían. Pero tuvieron que desocuparlo para meternos a nosotras; y trataron de hacer lo mismo de entrar y encerrarnos. Nosotras nos impusimos con la celadora y con los jefes, y armamos tal escándalo que nos tuvieron que dejar la puerta abierta. Ellas se acobardaron, aunque el número, uniéndose a las comunes, era mayor que el nuestro. Pero sabían que éramos mujeres capaces de llegar a lo que fuera. La comida la entran los presos políticos que había hasta el día 28, en que entraron ya las tropas franquistas. Vivimos un período de humillación tan grande como la que pasamos después, porque si no fue en cuanto a palos, si lo fue por ser detenidas por compañeros de lucha en las mismas filas republicanas en defensa de la libertad.

Teníamos controladas las comunicaciones por los fascistas, un jefe por fuera y otro por dentro, más un oficial de prisiones. Había una presa anarquista que la habían metido con quince días de multa por estraperlo; había cumplido y no la echaban a la calle, llevaba mes y medio. Nosotras escribimos a Carlos Simermal, célebre por la brigada que llevaba su nombre, dirigente del Frente Popular, explicándole el caso de esta compañera; vino a vernos y le dieron comunicación por la reja de abogados, y tuvo que estar presente el jefe de servicio, siendo como era ya miembro de la Junta de Casado. La entrevista fue bastante dolorosa. Él iba blanco como la pared y nosotras aprovechamos para desahogar nuestra ira, echarles en la cara lo que hacían y lo que iba a pasar; lo que habían hecho con la entrega de España; las razones que ellos nos exponían nosotras nos las podíamos comprender. Se fue y a los tres días,— el marido de una compañera nuestra, María Dolores Etelvina —esta había bajado del Comité Provincial de Santander al Comité Provincial de Jaén cuando la evacuación del norte, igual que Lucía Ortiz, que estaba en Granada—, el marido de esta compañera, que era profesor, no era conocido en Jaén. Su compañera sí, porque pertenecía a Mujeres Antifascistas y tenía un cargo responsable; a ella le detuvieron pero a él no, le dieron visita con su compañera con el encargo de decirnos que hiciéramos una lista con las responsabilidades políticas que teníamos, y si había alguna que hubiera participado en actos de sangre, que lo pusiéramos. Que tenían el propósito de darnos pasaporte y la libertad, y saldríamos para Inglaterra, que había unos barcos preparados para sacar a responsables del Partido. Nosotras, ya por las prisas, por lo contentas que estaban las fascistas, por los cantos... Teníamos una lucha por los dos bandos, ellas rezaban en alto; nosotras cantábamos *La Internacional*; nos mandaban callar y no callábamos. Si iba el jefe de Prisiones, que era todavía de los amigos que nos habían

detenido, le decíamos de todo, *La Internacional* se cantaba con fuerza. Cuando Etelvina entró con el recado que traía su marido tenía la cara desencajada, y me dijo: “Encarna, está todo perdido. La Junta Fascista Local se ha hecho cargo de la situación y la Junta de Defensa ha entregado el poder. Se nos dan tres días de facilidades, —esto era el 25—, si damos esta lista para ponernos en libertad y salir para el extranjero...”.

Dolores Etelvina vive en Santander, pero no tenemos contacto con ella, pero como vivía en aquella época tiene que constar como testimonio. Con un poco de suerte puede llegar el libro a sus manos.

Nosotras de mutuo acuerdo no dimos ninguna lista, porque esa gente que ha entrado quizás nos conozca físicamente a ti, a mí y a otras, porque habíamos hablado en público. Pero había otras, como esta Luisita Espinosa, como otras jovencitas que habían entrado, que las metieron los socialistas, porque estaban trabajando en la librería del Partido, etcétera. Entre ellas, si no recuerdo mal, estaba una hermana de Ignacio Gallego. A estas les fueron poniendo en libertad, menos a Carmencita Rodríguez, que era trabajadora de imprenta y la condenaron a seis años.

Así estuvimos hasta el día 28. Nosotras le contestamos cuando vino el marido de Etelvina que no dábamos ninguna lista; que lo que fuera de los compañeros que habían detenido sería de nosotras. Que la responsabilidad era de ellos, que nos entregaban encerradas, en vez de ponernos en la calle, como había hecho Cazorra en la provincia; allí estaba mi compañero. Puso en libertad a los presos y cada uno tiró por donde pudo; y así alguno se salvó; pero él abrió la puerta. En Andújar y Linares nos dejaron en la cárcel.

Así llegó el día 28 al mediodía. Aquel día no entró la prensa, el periódico socialista que nos entraban. Los fascistas demostraban su alegría. Esta Fabiola era muy decidida, era más joven que yo. Iba descalza a escuchar y vio por la mirilla cómo cosían la insignia de la Falange.

El día 28 el alboroto era grande en la cárcel, las comunes se unieron a ellas pero no se metían con nosotras, entraron los presos con ellas en el patio, hablaban, cuchicheaban. La celadora no pintaba nada. Nosotras sabíamos que estaba todo perdido. Serían las ocho o las nueve, volvieron con el rancho de la noche y ya no lo cogimos. Procuramos meternos en el león, donde había una ventana y una cama. Si te ponías a ese lado, ellos podían tirar o no tirar, pero tenían que entrar dentro. Y nosotras dijimos; aquí nos matan, pero si podemos nos cargamos alguno. Abren las puertas y entran los presos que había en la cárcel con uniforme falangista, que les temblaban los fusiles en el hombro, gritando “mueran los comunistas, mueran las damas de Negrín”, nosotras nos agrupamos todas en el rincón de los leones, con las comunes que ya estaban con nosotras. No pusimos todas abiertas, mitad para un lado mitad para otro, dispuestas a defendernos, no sé qué vieron o qué pensaron, que ni hombres ni mujeres entraron. Nosotras, quietas todas. Entre aquel griterío infernal, que no se puede describir, entró un comandante. Oímos su voz fuerte, que dijo: “Alto, no quiero más voces. No quiero más muertes. Sólo quiero vivas, viva España y nada más. Lo primero que hemos hecho es venir a ponerlos en libertad. El pueblo no sabe todavía que el mando está en nuestro poder y es peligroso que salga dando gritos, que pueden repercutir de momento en contra nuestra”. Esto salvó que fuéramos linchadas, porque las mujeres aquellas hicieron una *encogida* de maldiciones, y los *mueran*

ya los hacían más bajito. Nosotras nos recuperamos, pero la que no tenía enganchada un pata de la cama tenía otra cosa. Si entran a nosotras nos hubieran matado pero alguna hubiera quedado con un golpe en la cabeza. Se marchaban y dice uno de los sargentuchos, que no valía nada, a otro que iba de paisano: “¿Y con estas qué hacemos?”. “Estas, no sale ninguna. Ya les daremos buen sitio para que no pasen frío”. Se fueron y cerraron. Los presos políticos nuestros en su departamento y nosotras en el nuestro. ¿Y qué podíamos hacer? Nada. Enfrentarse con la situación. Y yo digo: “Bueno, mirad, lo que nos va a pasar ya lo sabemos. Nos van a matar, lo han dicho ahora mismo”.

No sé si es algo que tú hayas pasado; es algo que te es indiferente. El terror se convierte... yo no me lo puedo explicar, en indiferencia porque yo no sentía miedo alguno, mi hija la había dejado asegurada para que se hicieran cargo de ella, no sentía más que una rabia sorda, una impotencia tan grande, unas ganas de meterle mano a alguien. Yo, que no soy muy valiente, me sentía capaz de hacer algo. Pero veía que las otras no se encontraban en la misma situación que yo. Estaba Carmencita Rodríguez, que está en Madrid; su hermana, con veinte años, ella con veintitrés; muchachas jóvenes. Y esta María, que creo era la hermana de Gallego, tan jovencita... Cuando las miraba me daban un poco de pena... Yo ya había vivido algo. Vi en Córdoba, el 18 de agosto, lo que habían hecho con mujeres y muchas chavalas, el horror más grande, la violación de aquellas muchachas. Aquellas jóvenes, el dolor que a mí me daban. Pero las animaba. “Vosotras, apuro ninguno. Os echarán a la calle, ¿no veis que sois jóvenes? A quien nos van a colgar es a nosotras, que somos más viejas”.

Aquella noche con doña Lola García Negrete hubo abucheo y de todo; nosotras la teníamos arreculada detrás, querían entrar a matarla, pero no entraron. Como llegó el comandante las cosas cambiaron. Pasó aquella noche y nosotras pensamos: “Si vienen a por nosotras que nos vean bien arregladas”. Nos lavamos y nos arreglamos. No nos acostamos en toda la noche. Hicimos un corro y nos sentamos en las mantas. Como hacía mucho frío, encima del abrigo teníamos mantas. A partir del 28, las compañeras que habían quedado en la calle por la cárcel no se asomaban porque las detenían. Y si las llevaban al Gobierno Civil, que allí pegaron; eso era la “Juntita”. A nosotras, las comunistas que detuvieron sin haber terminado la guerra, no pasamos por Gobernación y nos libramos de los palos, aunque los sustos fueron grandes. Luego ya entraron los fascistas. Las que detenían pasaban a los calabozos de Gobernación, y estas ya entraban torturadas.

Pero el día 27, me parece que fue, a través de las familias nos mandaban comida, me parece que lo estoy viendo, una olla de porcelana, llena de tajadas de chorizo y tocino frito y un pan de aquel grande. Teníamos con nosotras —que aún vive— a Luisa Espinosa, una andaluza muy graciosa, muy comilona y muy gruesa. La pobre tenía úlcera en el estómago y decía: “Ay, Encarna, qué dolor de nuestro chorizo. Si tienes hambre, a comérnoslo, porque cuando nos lleven, ya nos lo llevaremos en la barriga”. Muy graciosas palabras textuales: “¿Quieres que nos comamos el chorizo, Encarna?”. “Si tenéis gana...”. “Yo sí que tengo, me cago en tal, si nos van a matar”. Aparte de doña Lola, yo era de las mayores. Tenía treinta y nueve años justos.

Doña Lola era más mayor; las demás eran más jóvenes. Entonces fue a por la olla y nos comimos el tocino y el chorizo, pero luego no vinieron a llevarnos a ningún

sitio. Llegó el día 29 y no venía nadie a traer algo, para qué nos comeríamos todo el chorizo. A las dos o las tres de la tarde abren; esto es que nos van a traer algo para comer o que nos van a sacar. Nosotras habíamos limpiado aquello, que lo dejaron muy puerco, y nos habíamos vuelto a poner otra vez nuestros trajecitos.

No queríamos que entraran aquellos cabrones, los fascistas, y nos vieran lloriqueando, encogidas. No, nada de eso. Si de todas las maneras nos iban a matar. Así que estábamos bien arregladitas. Se metió un pilón de señoritingas falangistas con una gorra colorada metida en la hombrera de la blusa azul y alguno de chulos que nos conocían. Fabiola, la enfermera, era muy conocida; también lo éramos nosotras, pero del paso de la guerra nada más. Empezaron con doña Lola... Nosotras la acorralábamos siempre. Si tenían que arañarle a ella, nos tenían que arañar a nosotras, nunca la dejábamos sola. Le dijeron perrerías, pero ella les contestaba bien. Algunas eran hasta parientas. Uno intenta hasta llegar a pegarle. Le quisieron obligar a hacer un saludo fascista. No levantó el brazo. Dijo: "Me lo cortaré antes de levantarlo, porque yo aquí jamás les he molestado o les hice cerrar el puño, porque no eran comunistas. Porque el que levantaba el puño sin ser comunista considero que es un agravio a ese Partido. Y si tú me haces levantar la mano, es una ofensa para lo que tú representas". La dejaron por imposible. Y a Fabiola le salió uno muy chulo que la conocía, y le dijo: "Oye, tú, Fabiola, arriba España, viva Franco, levanta esa mano". La enfermera contestó: "Oye, que yo no te he dicho nunca a ti que levantes el puño, y te digo como decía Lola: antes me decías 'salud, Fabiola'; y ahora me dices 'arriba Franco'. Eso lo hacen los vividores como tú". Se puso como una amapola colorada. Y nadie levantó el brazo.

Doña Lola dijo que las consideraba como mujeres cultas, de carrera, que sabían que a una prisionera de guerra no se le podía obligar a aquellas cosas. Ya ves, no respetaban a nadie. Pero no nos obligaron. Se fueron y así pasó el día 29. Menos mal que a la noche nos trajeron unas pocas lentejas y por fin comimos. El día 30, cuando eran las seis o siete de la tarde, entró el oficial de prisiones, el único que quedaba de los que había antes de la Junta de Casado. Este hombre no sé a qué partido pertenecía; es posible que siempre fuera funcionario de prisiones. Pero se portó con nosotras correctamente. Luego desapareció sin que se supiera dónde fue.

Nos compró sellos para poder escribir a la familia, nos ayudó mucho. Este hombre cuando entró nos dijo: "Preparadas, que vais a la calle". Nosotras pensamos: "Ya está, el paseo". Nos preparamos todas, pero él notó en la cara esa expresión de estreñecimiento y dijo: "No asustaros, que si yo supiera que os sacaban para daros el paseo os lo decía". Le dijimos que no teníamos miedo, que estábamos preparadas. Entonces formamos de dos en dos y fuimos custodiadas; en cada lado llevábamos un falangista, otro delante y detrás otros. Nos pasearon por todo el centro de Jaén, abucheadas por los chiquillos. Y todas las gentes que se asomaban por las esquinas gritaban: "¡Mueran las damas de Negrín! ¡Mueran los comunistas!". Así fuimos al Hospital Provincial para fregar los suelos, porque aquella noche tomaba posesión el nuevo director del hospital; este hombre en los años de República fue sustituido de ese mismo hospital por el marido de doña Lola. Ellos gozaban de ver a esta mujer que fregaba los suelos. Tuvo una entereza fantástica; dijeron: "Repartíos de dos en dos para fregar las salas". La mayoría eran soldados prisioneros que estaban heridos,

a pesar de que era el hospital civil. Se dirigieron a doña Lola: “¿A ver, quién va con esta?”, le decían cosas que no se pueden repetir. Entonces nos brindamos todas; como yo era la mayor, dije: “Yo voy con ella”. Y nos tocó una sala que todos eran soldados. Y yo le dije: “Tome usted este trapo y limpie el polvo de las mesitas y las barras de las camas; pero el suelo usted no se hincará de rodillas, yo fregaré”. Mientras, nos hacía guardia un falangista. A mí me tocó una que llevaba un fusil y le temblaban las piernas; como el suelo estaba sucio cada vez que daba un trapajazo iba a vaciar el cubo. Y me dice: “Oye, tú, tantos viajes...”. “Vais a recibir al director y el suelo está muy sucio, necesita mucha agua; cómo se conoce que tú no sabes limpiar”. Y la hacía ir y venir. Pensaba: “Yo me cansaré, pero tú vas a reventar con el peso del fusil”. Y todo acompañado de piropos, de *mueran* y vivas. De pronto se hizo un silencio y empezaron los vivas al director que tomaba posesión de su cargo. Empezó a revisar las salas. Aquella tipa me dijo: “Deja el cubo, que ya está aquí el director”. Y yo me puse el cubo en una mano y el trapo en otra, así que no podía saludar. Doña Lola se quedó al lado de una mesita de noche con su trapo en una mano y la otra apoyada en la mesa. Le dijeron: “Oye se levanta la mano”, y contestó: “Yo no levanto la mano, soy una prisionera”. A mí me lo dijeron. Yo tenía el trapo y el cubo, no podía levantarla, pero no se metieron conmigo. Se metieron con ella, que es a la que querían humillar.

Y no la humillaron más porque en ese momento el director entró, con una gabardina clara, alto, y mandó silencio. Pasó por delante de la cama de todos los enfermos y cuando llegó a la altura que estaba doña Lola le hizo una inclinación de cabeza y siguió adelante y se acabaron los abucheos. No nos volvieron a molestar. Para regresar nos subieron a un camión y otra vez a la cárcel. Pero no fue así, pasamos un mal trago. Nos llevaron hasta la salida del campo. La prisión estaba a las afueras y en vez de echar por la carretera recta cruzando la ciudad, nos llevaron por un atajo que corta el camino, se baja una pendiente y salía a la carretera; y a dos pasos estaba la puerta de la prisión. Cuando íbamos a hacer esta bajada nos pararon. Llevábamos una falangista para cada una, otras delante y otras por detrás; al decir “paren” todas nos hicimos un bloque, y ellas con los fusiles empezaron a manejar los cerrojos: “Aquí se van a acabar los comunistas”. Pero no hubo ni un grito, ni en las jóvenes. Lo digo para la admiración de las juventudes de ahora. Aquellas muchachas de diecisiete años, veinte y veintidós, nos dieron a nosotras firmeza. Ni hacer un gesto de miedo... Que no lo hiciéramos las mayores es normal, ya estábamos baqueteadas en la lucha hacía muchos años. Era medianoche, tanta palabrota, tan oscuro... El ruido de los cerrojos. Detrás venía un grupo grande y uno que decían que era jefe de Falange. Traía gabardina clara, que es lo único que me acuerdo. “Alto”, gritó. Dejaron los fusiles sobre la tierra y subieron dos o tres de los que habían dado el alto y empezaron a discutir, pero yo oí decir: “No estamos en el 18 de julio ni somos comunistas. Si tienen que ir al tribunal irán”.

Entonces supimos que trataban de matarnos. Nos bajaron del camión, nos formaron y esta vez sí fuimos a la cárcel. Explico esto con detalle porque nos vimos entre los fusiles. La intención era matarnos. Lo confirmaron luego las comunicaciones; la Falange dicen que babeaba porque le habían impedido tomarse la revancha. Por aquel que no supimos quién era nos salvó. Nuestras compañeras estaban inquietas de

que no volvíamos, que pasaban de las doce, y volvimos a las dos. Y aquel funcionario del que ya he hablado no hacía más que confirmar que estábamos en el hospital. En cuanto llegamos dijo: "Voy a comunicar a vuestras compañeras que ya habéis llegado". Aquel hombre era más bueno. ¿Qué le pasaría?

Y así pasó el 30 de abril de 1939. Después ya empiezan las penalidades y el 31 y el 1 la cárcel empezó a abarrotarse de gente. Mujeres, que es lo que yo puedo referir, porque los hombres pasaban a otros departamentos.

¡Cómo venían de las comisarías! Eso no es para definirlo. Eso es para verlo cómo llegaban aquellos cuerpos, era horroroso. También llegaban algunas con mejor trato, las menos. Las mujeres en peores condiciones empezaron a subir de los pueblos pequeños. Venían de aquellas comisarías de Falange y de los cuartelillos de la Guardia Civil medio desnudas, toda la ropa hecha girones, los cuerpos amoratados, algunas con niños chiquitos. Aquello era un cuadro de dolor, cómo llegaron de Andújar. De Villanueva de la Reina llegó una mujer para dar a luz; la Fabiola Cortés y yo hicimos de parteras. No tenían ni miramiento de cómo estaba. Aquella mujer traía el cuerpo negro, a su marido ya lo tenían preso. Eso era día y noche.

El mismo día 31 de abril ya empezaron las sacas. Festejaron la primera saca con dos camiones de hombres. Mujeres no sacaron. Cuando iban a fusilar, el compañero que entraba el rancho decía: "Tened cuidado con la fulana, que esta noche le sacan al marido, o el hijo, o el hermano, que no se acerque por el locutorio". Porque la separación que teníamos era anchura regular para comunicar. Era un salón grande donde se ponía el público y nosotros al otro lado. Y se oía hablar; no a los presos, se oía los que venían con ellos, los guardias, los falangistas. Entonces procurábamos que las que tenían familia condenada a muerte, en cuanto había una miaja de luz, no estuvieran por allí. Yo les decía: "Te aseguro que si oigo el nombre de tu marido, te lo digo. Pero te lo digo después, antes no". "Yo le prometo que no he de llorar". Y lo conseguimos, lloraba calladito y no daba gritos para que no se alegraran; y nos mataron a Cristóbal Valenzuela, nuestro secretario general, que era muy querido por todos. Sabíamos que iban a venir a chulearse como lo hicieron cuando el camarada José Aroca, para darnos la noticia; ya la sabíamos, por desgracia. Nosotras dijimos: "Eso lo esperábamos, porque en manos de verdugos, como estamos, sólo podemos esperar la muerte". Cuando vinieron para Cristóbal tuvimos las mismas contestaciones. Nosotras les dijimos: "Al hombre se le mata, pero el pensamiento no hay quien lo mate". Esa eran las contestaciones que dábamos. Y no veían aquellas compañeras echar ni una lágrima, que a algunas les mataron hasta dos al mismo tiempo, marido y hermano. Ellas mantenían su entereza cuando llegaban a entregarles la ropa, aunque después se hicieran polvo llorando. Pero delante de ellos no. Ha sido un gran ejemplo en las cárceles franquistas, lo valientes que fueron las mujeres prisioneras de guerra.

Los consejos empezaron a funcionar rápidamente, pero antes ya habían fusilado a muchos sin consejos de guerra. Hasta que nos trasladaron a Santa Clara en noviembre del mismo año, fue horroroso en Jaén, porque eran las sacas diarias como en todas las cárceles de España. Pero hay que destacar que la entereza de las mujeres fue enorme. Las veteranas procurábamos ayudar en todo lo posible, muchas no tenían idea de lo que les esperaba. No teníamos celadora y nos daba libertad de poder hacer

este trabajo entre las mujeres, nuestro interés era formarles, porque no entendían nada. Que no lloraran ni suplicaran, no se librarían de los malos ratos ni los fusilamientos y daban lugar a que ellos la gozaran. Así íbamos formando un bloque unido. De vez en cuando entraban unos falangistas con los vergajos dando órdenes, con el sistema de dar vergajazos en la pared y en el cuerpo que pillaban.

Fabiola era una mujer muy energética, como buena aragonesa, su profesión al ser enfermera le daba autoridad, para pedir y mantener en lo posible la higiene personal, ayudábamos a que se lavaran la ropa, les dábamos lo que teníamos nosotras para cubrir sus cuerpos, ayudar a los niños era muy necesario. Esas mujeres encontraron en nosotras unas compañeras, éramos su amparo. Nosotras nos sacrificábamos al máximo, quedarnos nosotras sin ropa, que nos habían podido traer alguna durante el período en que habíamos estado presas por la Junta de Casado. Todo lo poníamos al servicio de las que venían de los pueblos. Cuando entraban a repartir el rancho, no entraban los presos solos, les acompañaban dos falangistas, para que no hubiera con las mujeres ningún contacto; el preso iba sirviendo los cazos de comida. Pero nosotras burlábamos la vigilancia, uno de los que daban la comida era Manuel Braña, marido de Isabel Moreno, madrileña. La mujer, con la excusa de dejar pasar a una madre con el niño o un anciana, se situaba junto al marido, le daba las noticias más importantes, por eso sabíamos cómo trataban a los compañeros. Aquello era horroroso. Nosotras ya sabíamos que cuando encendían el foco había saca.

Fue tal la cantidad de mujeres que trajeron de los pueblos que las habían tenido en los cuartelillos en condiciones pésimas, de hambre, de miseria, que se declaró una epidemia de sarna. No había nada más que una pila grande, y mujeres de sesenta y setenta años para meterlas en el agua fría y bañarlas, nos teníamos que imponer. En las prisiones se les creaba un problema, permitieron a Fabiola, que se había ofrecido como enfermera, hacer las curas de la sarna. Entonces estaba con Etelvina, que era puericultora. Y con toda la abnegación nuestra ellos vieron el cielo abierto. Nos dio facilidades para que estas compañeras pudieran salir a la puerta y pedir lo más necesario. Nos dieron pomada y trapos, respondieron en la calle. Y eso dio lugar a tener contactos, ya empezaron a salir notas diciendo las condiciones en que estábamos. Pero la epidemia seguía. Había que imponerse a las madres para que dejaran que a los niños los laváramos, porque estaban desolladitos los angelitos. Luego les poníamos una pomada blanca y a ellas con azufre y aceite y una pomada que hacíamos al estilo campesino. Y así íbamos curando la sarna.

Conocimos, en el espacio de tres meses, tres directores; no sabíamos qué pasaba; un director duraba un mes, querían imponer que la Falange no entrara en la cárcel, pero arrollaban todo. El capellán era de Jaén. Tenía un hermano comunista preso. Era muy malo, le jugaron luego una mala pasada pero se la merecía. El tío, como cura, nos imponía su religión. Quería que en el mes de mayo cantáramos el mes de María. Rezar el rosario, rezaba la que quería. Pero él lo imponía. Y a esa hora es cuando a la Falange le daba por ir a chulearse con los presos y las presas.

Ni respetaban la religión, ni al cura, ni a las pocas viejas que se las llevaba a su lado, que le ayudaban, no respetaban nada. A la que se ponía por delante llevaba los vergajazos. Las demás, a rabiar, con los brazos cruzados.

Luego, la costumbre: fulana de tal al juzgado. Allí venían los denunciados del pueblo. Entraban como un Cristo, en la misma puerta de la cárcel eran apaleados. Con los hombres y las mujeres eran salvajes, la mujer fue rehaciéndose y supieron hacer frente a aquella situación de hambre, de epidemia, sin someterse. Yo lo dije y lo diré siempre; si pudiera escribirlo, lo escribiría con letras de oro: el valor de aquellas mujeres que mataban a sus maridos, a los padres... Allí estuvo la mujer del alcalde de Torre Don Jimeno. Este hombre era dirigente socialista y murió atado a las rejas de su casa. La suegra y la mujer tenían pena de muerte las dos; ella tenía un niño de pecho. Fue indultada. Pero una noche se llevaron a la madre, nos enteramos y preparamos a la hija, de ello se encargó Fabiola.

A los niños los poníamos en los mejores sitios. Los patios estaban llenos. Si llovía se mojaban. Los niños los entrábamos adentro, pero los que se quedaban en el patio estaban chorreando. En esta aparatosa situación estábamos. En mayo o junio, tuvo la de Villanueva de la Reina el niño. Lo que no me puedo acordar es del nombre de ella. El marido era concejal del Ayuntamiento. Estaba condenado a muerte, tenía dos niños y el que estaba esperando. Empezaron a ir señoritas de la catequesis. Nosotras decíamos que en vez de ir a salvar almas, que trajesen ropas y medicinas, que éramos seres humanos. Empezaron a llevarnos algo y pedimos ropa para aquella mujer que estaba para dar a luz; de los visos nuestros, hicimos alguna ropita para lo que viniera. Solo había una cama, que dejaron en una celda, y allí dio a luz, la asistimos como Dios nos dio a entender. Tuvo un niño hermosísimo. No le dieron fiebres ni tuvo hemorragia. Tuvimos suerte.

A pesar de que era un canalla, el director, Batista de apellido, que fue el último que conocimos, era amante de los niños. Le cogimos ese flaco, y por él entraron más pomadas, medicamentos y algunas cosas, se interesaba por los nenes. Cuando vio al niño tan hermoso mandó por polvos de talco. Mandó algunas sábanas de la enfermería.

En fin, al poco tiempo le levantaron a su marido la pena de muerte. Hubo quien dijo en la calle que por el caso del nene. Y salió ella; ya tenía el niño dos o tres mesecitos. Nosotros queríamos que le hubieran puesto Bienvenido, porque vino muy bien, pero no quisieron. Pobrecito, se fue muy hermoso.

Luego nos entraron otro cuadro... Una muchacha de Andújar; quisiera recordar el nombre. Era anarquista, pero es que mi memoria no da ya para tanto. Tengo ya muchos años. Y cómo la pondrían en la comisaría los días que la tuvieron. La pobre no pudo hablar. Cómo la trajeron, la tuvieron que entrar en una manta varios hombres. No sabíamos si tenía ojos, ni si era persona. Era un bulto enormemente inflamado, cubierto de cardenales y de desollones. Aquello era horripilante. Había ido al Gobierno Civil a ponerse bajo la protección del gobernador y él la entregó a la Falange; como eran los mismos... Se le acusaba de que había dado el tiro de gracia a una señora marquesa, un título de Andújar que más tarde, pasado el tiempo, nos enteramos que había estado en Madrid y se presentó viva y coleando. Tardó más de dos meses para que la inflamación fuese desapareciendo a fuerza de fomentos de agua. Era una mujer guapetona, ojos grandes. Entraron médicos presos, socialistas. Se portó muy bien con todas un médico que le condenaron a doce años. Me acuerdo mucho de él. La condenaron a muerte y más tarde la indultaron. Por descubrir que su víctima vivía. Esta no sé si fue a Durango o Amorebieta. Pero no me acuerdo del nombre, era alta, muy gitana. Así llegaban las mujeres, yo no he pasado por el tubo

de la risa, ni he pasado por las corrientes eléctricas. Que pasaron otras compañeras que entraron después, unas porque las vimos nosotras, que su aspecto era horrible, y otras que cuando venían te lo contaban y traían todavía las señales, no pasamos las primeras diez o doce mujeres detenidas por esas torturas. Quizás se lo debemos a los socialistas, porque nos metieron antes de terminar la guerra directamente a la cárcel y es posible que esté viva porque al detenerme di la dirección de Jaén y dio muy buen resultado.

Yo soy natural de Montilla, Córdoba, pero he vivido desde los cuatro o cinco años en La Rambla, con mi abuelo y luego con mis padres. Más tarde se fueron a unas tierrecillas que tenía mi abuelo y me da alegría decir que soy de Las Ramblas; como pude acreditar que soy de Montilla, residente en Jaén, porque alquilé un piso de Hacienda de los que tenían incautados, para Fabiola Cortés y para mí, con contrato de arrendamiento, que lo pagamos nosotras, la cartilla local como vecinas de Jaén, no como refugiadas. Entonces esto me valió y me dije: “Atrás todo el historial de Córdoba”. Tuve suerte de ser sola de este pueblo y que las que venían conmigo eran más de Jaén que de Córdoba, y nadie me descubrió. Así fue mi primer consejo de guerra, en el expediente yo consto natural de Montilla.

Pero antes del consejo de guerra salió una contradicción: se me acusaba que había abandonado la zona fascista para ponerme al servicio de la República. No podía estar para el asalto al convento de los frailes dominicos. Si yo había huido de Córdoba en julio, o sea, cuando el levantamiento, para ponerme a disposición de la República, no podía haber estado para el asalto de julio en Jaén. ¿Verdad que no? Le dije al juez: “Yo no puedo estar en todos los sitios a la vez. O una cosa es verdad o la otra no lo es. Yo no he estado en el asalto al convento, porque en esa fecha no estaba en Jaén, estaba en Castro del Río, donde trabajábamos mi marido y yo de caseros. Y nos vinimos a vivir a Jaén en mayo del 37, pues no puedo haber estado en el asalto al convento”. Y ¡ajo!, que con esa denuncia ibas al paredón, eso me lo colgó a mí alguien que tuvo mala espina. Salvé aquella situación y no hicieron más averiguaciones.

Para ellos mi marido estaba desaparecido, que yo así lo dije. Era carabinero. ¿Para qué tenía que mezclarlo? Así me salvé de mis actividades en Córdoba y La Rambla... (Aunque luego en los informes posteriores ha salido, pero ya ha pasado lo de la guerra, a mí eso ya no me preocupaba). En mi declaración no negué lo que era. “¿Pertenece a algún partido? ¿Desde cuándo?”. “Desde el año 37, porque fue el Partido que me proporcionó trabajo, que es lo que yo necesitaba. Como obrera he estado trabajando, pagaban bien, era el Partido que mejor posibilidad tenía de dar trabajo, pues a ese me apunté”.

Luego, como miembro del Comité Provincial, me salvó que no entendieran qué era secretaria de masas; entonces cuando me acusaron de eso, les dije que mi oficio, como profesora de Corte y Confección, es dirigir los talleres, y claro, todo lo que es trabajo femenino de masas; es posible que con relación a mi trabajo mi cargo se llamara así. Tuve suerte, porque me evitó el proceso de Córdoba y de La Rambla, los informes eran bastante malos por mi actividad desde el año 31 hasta el 36 que huí, eso me hubiera perjudicado mucho. Me pidieron treinta años. Nadie lo pensaba; todos, y yo misma, esperaban la pena de muerte. A mí me valió el no vivir en Jaén como refugiada. Lo mismo le pasó a Fabiola. Pero nos queda otro episodio. Llegó el

director general de Prisiones; el que ha estado en la cárcel se acordará de aquel célebre director Máximo Cuervo, porque pasará a la historia "por su bondad y humanidad". Vino a visitarnos. Llegó uno de los jefes y dijo Fabiola: "Pónganse un poco decentes, que ha venido el director general don Máximo Cuervo Rodrigales (general y director general Máximo Cuervo, mandó poner en las cárceles: "En nuestros organismos penitenciarios debe presidir: la seriedad de un Banco, la disciplina de un cuartel y la caridad de un convento") y va a visitar al departamento de mujeres; le esperamos con las caras lavadas, pero los pingajos colgando, y si no que den ropa. Pero nosotras limpias y peinadas, llegaron y formaron una fila, otra fila. Entró por una puertecilla muy estrecha, me parece que estoy viendo al tío. "¿Dónde están las damas estropajosas? ¿Dónde están esas mujeres asquerosas?". El tío nos hartó de insultos. Dijo que cantáramos la salve. Las pobrecillas que estaban delante tuvieron que cantar: "Canten todas", y a vergajazo limpio, qué íbamos a ganar con cantar, si nos iban a pegar igual. Con las poquitas de delante se tuvo que apañar el tío o tenía que hacer allí una salsa. No tenían miedo esas mujeres; aguantaban los palos, y ese es su valor, se peleaban por un pedazo de jabón, pero a la hora de enfrentarse con el enemigo, todas unidas y con dignidad.

Hicieron un traslado el mismo día de los Santos. Por la noche nos hicieron recoger los petates. Me cago en la mar, mujeres con niños, ayudándolas a hacer sus paquetes y a llevarlas al camión. Las tres penadas a muerte que había, las comunistas, y detenidas por la Junta el 5 y 6 de marzo como peligrosas, en un camión especial. Nos trasladaron a Santa Clara, cárcel mixta, hombres y mujeres, porque les corría mucha prisa. El director general (Máximo Cuervo) al ver aquella masa de gente dio la orden de que descongestionaran aquello. Nos llevaron a un convento habilitado para cárcel, regido por monjas. Nos metieron en dos departamentos, uno muy largo con una sola ventana, una parte quedaba a oscuras porque no llegaba bien la claridad, otra parte era buhardilla, o sea, muy alto por un lado y muy bajo por el otro y con un solo váter, con dos lavabos. No podíamos salir al patio. Había otro departamento más chico. Allí, por orden expresa del director metieron a las peligrosas; a las que nos conocían por los cargos de dirección nos dieron el nombre del departamento de *las leonas*. Habían estado haciendo obras y no habían limpiado nada. Habíamos llegado de noche y no había luz. Allí mujeres con niños chiquitos, a oscuras, sin agua. Todo lo que queríamos era acoplarnos; buscabas un sitio para cobijarte. Cuando amaneció y entraba luz, compañera, aquello era un cuadro, todas parecíamos boquerones embadurnadas en yeso. Tuvimos que limpiar todo aquello para poder habitarlo.

Abrieron por la mañana y entraron una cuadrilla de falangistas, con el "café", el agua que nos daban, en unas calderas grandes. Cuando vieron aquello se quedaron parados. Nos dieron nuestra ración, que la mayoría lo dejamos enfriar y nos sirvió para lavar a los niños. Les dijimos todo lo que nos vino a la boca, que nos dieran agua, que éramos seres humanos, que si nos tenían que matar que nos mataran pero que no condenaran a aquellos niños que no tenían culpa de nada. Les dijeron a las monjas que abrieran las puertas de abajo, y contestaron que sólo las abrían si tenían una guardia con ellas, protegidas por la orden que habían dado. La puerta la

echamos abajo. Entró un sargento de la prisión y a vergajazos con la que pillaba cerca; dábamos la huida, pero siempre pillaba a alguna. Volvían a cerrar.

El día no sé cómo lo pudimos pasar, porque el café-agua se acabó y la sed abrazaba, y eso que era noviembre. Pero la sed es mala. El váter hasta lo alto y sin agua para echar. Los gritos denunciando cómo estábamos salían por las ventanas y tuvieron que acudir, porque aquello daba a la calle. "Aquí nos tienen de esta manera", se gritaba. Vinieron y pegaron de palos; pegaron, pero entraron y obligaron a las monjas a abrir. Entonces tuvimos que limpiar todo el día por turnos para no coger una infección, limpiar aquellos váteres, solo había dos, con tantísima mujer, que teníamos unas ochocientas, novecientas mujeres, que había de muchos pueblos, que iban bajando continuamente; las cogían, las tenían siete u ocho días, las hinchaban a palos y las bajaban allí. La epidemia seguía su curso. De lo único que descansamos en Santa Clara es que no veíamos de cerca las sacas, porque los que tenían que matar se los llevaban a la cárcel provincial de Cádiz y de allí los llevaban a la ejecución. Venían de los pueblos y las juzgaban con pena de muerte, por ser secretarías de organizaciones femeninas. Fabiola era del Comité Provincial. Salía mucho en el periódico *Frente Sur*, que teníamos nosotras, iba mucho su foto haciendo campaña para la mujer. Sale a juicio. Pensamos que vendría con pena de muerte, y vino con doce años.

Felisita Medrano García, burgalesa, su marido era inspector de primera enseñanza y también lo condenaron a muerte. A los pocos días sale ella a juicio. Era la secretaria general de Mujeres Antifascistas, junto con Dolores Etlévina y otras compañeras socialistas. No sé por qué pensamos que traería doce años como Fabiola. Felisita vino con pena de muerte. Cuando vino nos dice: "He traído pena de muerte, pero como tantas personas vienen como yo, eso no tiene importancia". Esa compañera fue muy valiente. Fue indultada por suerte. En el consejo fue confirmada la pena, pero el tiempo que estuvo condenada a muerte, si estuvo inquieta o nerviosa, no lo demostró. El capellán sabía que la condena había pasado a Madrid; y las que iban allá, era una suerte si se salvaban. Y tuvo la dureza de decírselo, con la excusa de que estuviera preparada; era comunista. (Era, porque ha muerto). Felisita tuvo un cáncer que le arrebató la vida. Era una muchacha morenita, unos treinta y tantos años y muy buena. La mujer penada, en general, no dormía pensando que en cualquier momento podían llevársela como se llevaron a otras compañeras, a todas las agasajamos lo que pudimos, todo lo que teníamos era para las penadas.

Doña Lola seguía con la pena de muerte y con la esperanza del indulto. Pero a doña Lola no hubo posibilidades de salvarla. Se movió muchísimo la gente, pero tenía enemigos en el poder. La mataron la madrugada del primero de mayo de 1940 con el alcalde de Jaén, que era socialista, Carlos Espirabán, me parece que se llamaba. Ella no pertenecía al Partido pero se sentía comunista y lo manifestó poniendo su casa y su persona a nuestra disposición, siendo una familia en buena posición. El marido, republicano, médico cirujano. Tenía seis hijos, los tres primeros médicos. Se apellidaban Costillo, eran Manuel, Federico y Carlos, de este último ella hablaba mucho, estaba en el extranjero. Los dos primeros en la cárcel con pena de muerte, uno de ellos era cirujano, en alguna ocasión le sacaron al hospital para que operara, ellos fueron conmutados. Los otros tres, un chico y dos chicas, eran más jóvenes, entre los doce y los dieciséis años, que no los querían ni familiares ni nadie por

miedo. Una criada que tuvieron de toda la vida fue la única que les recogió. Mira hasta dónde llegaba la venganza fascista.

Con ella hicieron canalladas. Al ser de clase elevada, que estuviera con el pueblo se lo perdonaron. Estuvo encerrada en celda mucho tiempo, pero nosotras bur-lábamos la vigilancia para atenderla. Era católica, políticamente decía que no era nada, pero tuvo una entereza que dio ejemplo en todo el tiempo de condenada a muerte. Llegaban aquellas señoras catequistas y se debatía con ellas, con las armas que tienen las que profesan una misma religión. Y dos o tres veces la metieron en celdas por causa de aquellas señoritas. Llegó su día fatal. Ella no podía estar con nosotras, pero la estuvimos viendo hasta que se la llevaron. Ella no nos veía. Salía hundida, con la cabeza agachada, pero con el paso firme. Luego las monjas y uno de los funcionarios, que era falangista, que no era muy malo, nos dijeron que había sido muy valiente, que como católica recibió los auxilios espirituales. Hubo muchos comentarios; dicen que no llegaron a fusilarla puesta en el paredón, que el que mandaba un piquete le daba lástima e iba emocionado por llevar una mujer y cuando se puso de espaldas para bajar del camión, le dio un tiro en la nuca. Pero eso nosotras no lo pudimos confirmar. Estábamos vigiladas por monjas. La superiora era más mala que un rayo. Nos vigilaban las comunicaciones, pero nosotras las solíamos burlar.

En Santa Clara no veíamos las sacas, pero cuando nos llevaron las compañeras, pasábamos ratos amargos, horrosos. Alguna mujer se resistía a morir, cuando abrían la puerta a las diez de la noche, se agarraba a la que podía y no quería salir, había que forcejear con ella, eso era un trago grande. No olvidaré jamás lo que yo pasé con una compañera de un pueblecito, creo que era de Dos Torres, no estoy segura; era una mujer de cincuenta y tantos años, fuerte, cuando se la llevaba la funcionaria y ella se agarró a las compañeras: "Que no se me lleven", decía, a mí me rompió la ropa, lo que yo sufrí... se la llevaban, y ¿qué hacías?, no podías irte con ella. "Ay, que no me lleven, madre Encarna", porque así me llamaban Isabelita, Llopí y Carmencita, que eran jovencitas y por la edad podía ser su madre... Todas ya me llamaban ese nombre tan hermoso. "Ay, madre Encarna, que ya me llevan". Y yo abrazándola, pero impotente. Luego hubo otro caso doloroso de Úbeda, de una madre y una hija: a la hija le conmutaron la pena de muerte, diecisiete años tenía. Pero por la tarde Manuel Braña nos mandó decir que a la madre de Rosita la sacaban esa noche. ¡Qué espectáculo!, nosotras la llamamos y nos la llevamos a un botiquín en el que estaba Fabiola, que estaba en los sótanos, donde no se oía cuando se abría la puerta principal del departamento; pero sí ella lo oía sabía que iban a por alguien. Entonces allí estuvo dándole tertulia Fabiola. No sintió ella la saca. La madre tuvo una entereza... Salió despacito. Estaban durmiendo al lado más penadas, como no había sitio las tenían las primeras al lado de la puerta; hasta que les llegaba el indulto y se mezclaban con el resto de la reclusión. Esta mujer salió que no se sintió nada. Fue valiente para que sus compañeras no la oyeran y para que su hija no sufriera.

Y otra madre, la del alcalde Gimera, que también eran madre e hija, a la madre la fusilaron, y no pudieron apartarla porque no teníamos sitio. Se llevaron a la madre cuatro fariseos; una mujer con setenta y tantos años... A la hija le traen el indulto por el niño que estaba criando. Aquello era un cuadro de dolor. Pero allí se hizo un

silencio... No lloró nadie más que ella, y la madre dijo: "No llores, tú sabías que una u otra iba a morir; mejor que sea yo, tú cría a este hijo y a los que tienes en la calle". Allí pasamos mil calamidades. Nos trajeron una celadora de Sevilla, que nos las tuvimos que ver con ella.

En el fondo no era mala, pero era una mujer que la traían de una cárcel que era de delitos comunes y estaba acostumbrada a coger una tableta pegando tabletazos. Hasta que pudimos apaciguarla y hacerle comprender que éramos presas políticas. Cuando subía un oficial le planteábamos la cuestión, y le decían que si hacíamos algo nos llevarían al sótano de castigo, pero que pegar no. Luego resultó ser buena. Cada vez que sacaba a una mujer le costaba estar mala dos o tres días. Era una mujer burra que estaba acostumbrada a tratar con piculinas, las ladronas y toda esa jerga.

A las monjas primeras que tuvimos se las llevaron y quedaron unas muy jóvenes. Nos entendíamos bien con ellas, nos traían todo lo que podían para los niños, que es lo que necesitábamos nosotras, cosas del botiquín. Y por fin pudimos combatir aquella sarna en aquel dichoso verano del 40, que aún la teníamos encima. A mí me juzgaron el 21 de junio y me pidieron treinta años; firmé veinte en noviembre, y nos sacaron para el penal de Surrarán. La expedición fue como todas, que solo lo saben las que lo pasan. Salimos una lista bastante grande de Jaén, de todas que ya teníamos confirmadas las penas con treinta años, veinte e indultadas. Cuando nos trasladaron a ese penal quedaban todavía siete u ocho mujeres penadas a muerte. Nosotras fuimos veintitantas mujeres de Jaén. Nos llevaron a Linares, estuvimos allí arrojadas en una pocilga lo menos quince o veinte días, hasta que vino otro traslado y nos llevó a Alcázar de San Juan. Allí el cuadro era horroroso; un caserón grandísimo que habían habilitado. Había una cantidad de chavalas de dieciocho a veinte años penadas a muerte.

Allí estuvimos tres meses, con la suerte de que no sacaran a ninguna, pero era la flor y nata del pueblo, de las Juventudes Socialistas Unificadas; guapísimas. Yo me acordaba de las Trece Rosas de Madrid. No sé si se salvarían aquellas chiquillas. Allí tuvimos que dormir en unos camaranchones que no podías estar más que sentada, no te podías poner en pie. Hambre, mucha. Una cosa solo tuvo Alcázar de San Juan que nos salvaba; que la puerta principal era una reja grande y daba de frente al patio donde nosotras salíamos y entrábamos, y aunque teníamos la guardia en la puerta, los que pasaban por la calle los veíamos, les permitían que llegaran a la puerta vendedoras de sardinas, fruta o algo. Había que eran favoritas de la directora o director, no me acuerdo, a estas les abrían la puerta, con guardias desde luego. Ponían los canastos y desde el patio comprabas sardinas si tenías dinero, y las que eran del pueblo les subían comida. Pero se veían unos cuadros... Había una muchacha que la tenían que llevar con las piernas encogidas, de las palizas que le habían dado abusando de ella en la comisaría. Estaba de los riñones y de toda la parte de los ovarios y la matriz destrozada, para bajarla al váter, y los domingos a misa, la tenían que llevar entre dos compañeras, casos horrorosos que no se pueden describir.

Pues así dando tumbos llegamos a Madrid. Nos llevaron a Claudio Coello. Nos metieron en las escaleras. No había sitio donde estar. Estaba abarrotado de mujeres de Madrid, de expediciones como nosotras que venían de paso. De allí, al no haber sitio, nos llevaron a Ventas, que también estaba abarrotado; allí conocí a Matilde Landa, me la presentaron porque era de Jaén, y enseguida se supo que había llegado una expedición con camaradas de Jaén.

En Ventas estuvimos poco, enseguida vino el traslado para Saturrarán, ya ves, el clima era fatal para nosotras. Desde Andalucía fuimos en trenes correo; las que no estaban junto a la ventanilla, la guardia, con todo lo mala que era, nos dejaba acercarnos. Estaban echadas las persianas pero se veía a la gente, iban muchachas jóvenes, que les dejaban que se asomaran, pero a partir de Madrid ya fuimos en mercancías, vagones que van los animales, en algunos había hasta porquería. La guardia no quería meterse en los vagones. En uno de los que nos transportaron, que yo no me acuerdo ya en qué estación era, bajamos a tomar café; no es que bajáramos sino que dijeron que dos compañeras bajasen a la cantina y suban algo para estos niños. Se lo pedimos nosotros a los guardias, cuando abrieron. En estas paradas tenías que bajar a hacer tus necesidades delante de ellos; como éramos muchas para un váter. Las más mayores con los guardias, en grupo de cuatro o cinco a hacer de vientre, en las vías muertas, donde podían. Las más jóvenes al váter.

Algunos guardias no dejaban cerrar la puerta, les decía el tío: “Yo no veo nada. Lo que no quiero es que aquí se haga una fuga”. Se creía que nos íbamos a ir por el agujero del váter. La guardia en el norte eran un poco mejor. En Vitoria un sargento nos dijo: “Dos mujeres que bajen conmigo, y que traigan cacharros para coger café”; bajamos Fabiola y yo, y unas cacerolas grandes que traíamos nosotras y las que nos dieron las mujeres de la capital. Nos llevaron cosas: cacerolas, platos y un poquito de ropa. Nos permitieron, hasta que arrancó el tren, dos o tres viajes. Y tomamos café caliente. Se metió una pareja de guardias con nosotras, nos dieron otro vagón más limpio y una lamparita. A media noche la lamparita se apagaba y los tíos no sé si es que tenían miedo, se cagaban en la madre que parió al sargento, al teniente, pensarían: “Aquí hay veinte mujeres, se lían con nosotros, que somos dos, y a oscuras nos pelan”. Cuando llegamos a otra estación, bajaron; lo comentarían y trajeron dos faroles. Así llegamos a ese pueblecito donde empieza el tren eléctrico, Zumárraga, tren que llamaban *tranvía*, hasta Saturrarán. Pasamos por unos pueblos muy bonitos, con mucho verde, pero llovía como no puedes hacerte una idea. Así llegamos a Saturrarán, y para alivio de nuestras penas nos tocó una monja para recibirnos que era la Carlota. Decía que nosotras habíamos roto la Virgen de la Cabeza. A las de Jaén no las podía ver.

Y nos toca de guardia aquella noche. Nos metieron en un salón empapaditas de agua, porque nos bajamos del tren y tuvimos que ir andando; el penal está retirado del pueblo, hay un autobús y tuvimos que ir andando hasta la parada, en él fuimos hasta la entrada, pero aquello era grandísimo, parece una isla. Estuvimos una hora formadas, pasando lista y recuento, hasta que acabó la Guardia Civil con todos los trámites. Estuvimos en el patio firmes, aguantando el agua, estábamos chorreando. Nos quitamos el abrigo y tapamos a los niños. Se fueron los guardias y nos metieron como en un sótano, no nos permitieron ni siquiera desliar los petates. Tuvimos que estar toda la noche con las ropas mojadas, con un clima tan distinto al nuestro. Al otro día por la mañana nos llevaron al departamento de desinfección. Aquello es lo más bonito que había visto; como sitio, como penal no. Unos departamentos grandes, con unos buenos ventanales.

Nos fueron acoplando según cogíamos, pero la ropa chorreando. Se secó en nuestro cuerpo a fuerza de estar todo el día pegadas a la ventana. A los niños se los

llevaron a otro sitio. Las monjas les dieron ropa para que se cambiaran. En ese período de observación estuvimos veintiún días y luego ya nos repartieron en los departamentos. A mí me tocó el seis, que es donde conocí a esta Agripina Moreno, a Irene y a su hermana Maruja, que son madrileñas. Conocía a Teresa Alonso, Angelines Vázquez... Muchas habían venido directamente de Madrid; otras de donde quedó para siempre Matilde Landa, de Palma de Mallorca. Vinieron de Durango y de Amorebieta y de otros penales.

La vida de Saturrarán al principio fue terrible, porque hizo estragos la tuberculosis en las muchachas jóvenes y no te ingresaban en la enfermería hasta que ya los vómitos se sucedían uno tras otro. Dos chicas jóvenes que llevábamos, una de veinte años y otra de veintidós, las dos están enterradas en Saturrarán. A una de ellas, Eusebia, que es la que estaba más cerca de nosotras, en el mismo pabellón la estuvimos asistiendo hasta lo último; yo pude escaparme a verla hasta la enfermería exponiéndome a ir al sótano de castigo, donde ya había estado una vez siete días; estaba debajo del río, y habían puesto la enfermería detrás del acantilado; para la tuberculosis al lado de donde estaba entrando agua. En los sótanos de castigo había una celda de primer grado, de segundo grado corriente y luego otra que el río pasaba casi a ras de la ventana, cuando tenía subida te entraba el agua. Claro, siete días allí y salías con pulmonía.

Eso fue un desfiladero sobre todo para las muchachas jóvenes; y luego la disentería, la epidemia de diarreas. Se morían los niños una cosa exagerada. Alguien que salió en libertad lo denunció y hubo unas inspección; salió la superiora, el director y trajeron monjas nuevas y directora nueva. Aquello cambió un poco. Contaban las vascas y las asturianas que las monjas eran más malas que cañones. No entraba ningún oficial de prisiones, nada más entraban monjas. Cada pabellón cuatro monjas; dos permanentes, dos que se turnaban. El seis tenía tres departamentos, no podías pasar al departamento de al lado sin permiso. Te quedabas sin correspondencia. Llegaban en el correo y decían: "Fulana de tal". "Servidora". "Usted tiene carta pero está castigada". Te rompían la carta por cualquier cosa. Era un terror que, si no hubiera sido por la entereza que las mujeres tenían, de allí muchas salen locas. Cuando vinieron estas monjas, el correo era diario. Ahora, te castigaban con la correspondencia lo mismo, pero en vez de romperla te la daban cuando te levantaban el arresto. Aunque la carta tuviera un año. Las comidas eran malísimas. El frío horroroso. No había camas, el suelo era de madera. La mayoría no tenían ropas. Yo, porque una compañera me dio un colchoncillo. Muchas compañeras tenían las mantas en el suelo. Las ventanas de la prisión estaban todas cerradas, porque por las ventanas entraba la brisa del mar. Tenías que ponerte un trapo en la cabeza, porque si no salías chorreando.

Te daban, un día, dos horas para lavar la ropa al día. Hoy y siguiente tenías que enjuagarla, secarla, la tendías y en dos horas no se te secaba. ¿Sabes qué hacíamos? ponerlas en el suelo, poner las mantas encima o el colchoncillo, las que lo tenían, y acostarse encima. Así se secaba la ropa, todas las semanas. Así te explicas que tantas mujeres hayan salido con cáncer, tuberculosis, llenas de reuma.

A nosotras ni el hambre ni la miseria nos humilló. Dimos grandes muestras de valor y entereza. Las patatas crudas me las he comido, cuando nos tocaba la limpieza.

Cuando podías coger una patata, un cachillo me lo comía echándole valor. Y una compañera de Dos Torres, Jaén, que tuvo dos penas de muerte, y de las dos se salvó, Dolores Giménez Morales, esa cuando le tocaba la limpieza se traía entre las bragas liada en un trapo una zanahoria para que yo me la comiera, y me decía: "Que tú eres las que te mueres de hambre y no eres capaz de nada". Yo no tenía valor ni para comer aquello crudo. No podía aunque me muriera de hambre. Con fiebre tenías que ir al comedor si no tenías permiso del médico para quedarte en el petate. Yo no he visto unas monjas más duras y con tal mal corazón. Cuando hacía tanto frío nos ponían a portear cubos de grava de la playa, en fila de dos en dos. Mujeres con setenta años, que no podían con los cubos. Como no conocían los himnos revolucionarios, cantábamos el himno soviético *Para vosotros el porvenir*, y otras canciones que se tragaban cada día, nos machacaban cogiendo grava. Nos decían que si no hacíamos ejercicio nos moriríamos de frío. Te daban una taza caliente por la mañana, de agua, que decían que era café, y al mediodía te bajaban con todos aquellos fríos, de dos en dos al patio. Si se caía una mujer en la fila, entre dos la llevaban y se tenía que quedar con todas, mañana y tarde. Se pedía una escuela y no la conseguimos. ¿Qué se podía hacer? Hicimos coros de canto, hacíamos trabajos para la calle, porque el pueblo vasco era muy solidario. De una casa me mandaban todas las semanas dos cestas de comida, muy buenas personas, nosotras teníamos comunas en los departamentos. Teníamos grupos de trabajo y todo se repartía entre aquellas que no tenían nada y para los niños, ayudábamos a las madres en lo que podíamos. Pobres angelitos. Murieron muchos niños.

Hubo también sus alegrías, que te demuestran la entereza, porque teníamos un grupo artístico. Había unas artistas, Ginés Montoya, era catalana, y otra bailarina, que en Nochebuena o el día de la Merced se disfrazaban e iban a los pabellones (en esas fiestas los teníamos abiertos) bailando y cantando y haciendo bailar. Las asturianas con sus jotas, y de todas las regiones, porque había mucha gente joven, eso lo sabes tú tanto como yo. Una juventud que te daba pena. Lo mismo que tenían valor para cantar y bailar lo tenían para resistir castigos, para no humillarse y para contes- tarles cuando llegaba la hora, sin miedo para ir a las celdas. Las he visto muy valientes. Yo no soy valiente, pero he sido una más aguantando, y no me tiré al suelo por coger una naranja. Llegaban las muy *crudas*, por no decir otra palabra, se les picaban las naranjas y llegaban al pabellón, que era un *salón* largo, y tiraban las naranjas, las mujeres muertas de hambre por cogerlas se pegaban. Yo, jamás, esa acción me tiraba atrás. A mí nadie me podía mandar nada. Lo que recibía de los vascos era colectivo.

Pero mi caso era el de miles, así pasé hasta agosto del 43, que salí en libertad, pero a los tres años volví a caer. Cuando salí yo consulté a mi compañero si sería conveniente irme allí, porque de Jaén a Córdoba había los kilómetros reglamentarios que me pone el destierro y me tiraba la tierra. Y yo decía: "Si hay que seguir trabajando, a Jaén no puedo ir, que es dónde yo podía aportar a mi gente mi granito de arena en la clandestinidad". Me fui al pueblo donde estaba mi hija. Como no tenía casa, me fui con mi suegra con la intención de estabilizar un poco mi situación y marcharme a Córdoba a servir y a seguir con el Partido. Mi compañero ya había estado mucho tiempo desterrado y ya estaba en el pueblo; me aconsejaban que me quedara allí.

Empezamos a trabajar enseguida. Tres años más tarde fue la última caída, de la que he quedado ciega. Caí en el 46. Entonces sí que probé bien lo que eran las comisarías viendo a los hombres y padeciéndolo yo, y comprobé la entereza y valor que tienen personas y hasta dónde se llega. Yo valiente no he sido nunca, pero cobarde tampoco. Cuando he tenido una situación difícil la he afrontado siempre. En el 46 llevé muy malos tratos psicológicos y de golpes, y no me pegaron más porque uno de los palos que me dieron estaba con la menstruación, y tuve una hemorragia. Al caer la sangre al suelo, el director que era un cochino me dijo: “Si estás mala del estómago, ¿por qué no avisas?”. “¿Pero es que ustedes respetan a alguien?”. Y cuando me dijo que si yo quería salvar a mi marido (que estaba ya con otitis), me asusté, yo cargué con la responsabilidad, le salvé a él de todo. Le dije que mi marido no sabía si yo me reunía con alguien fuera o en mi casa, porque lo hacía todo a espaldas de él, porque está enfermo. Lo pude justificar con el médico, el tío me dijo: “Entonces, si en vez de irte a una reunión te hubieras ido a una casa de putas...”. “Usted está aquí sentado ahora, y no sabe lo que está haciendo su mujer”. Palabras que me valieron un porretazo, con aquellas porras gordas que tienen. Entonces caí al suelo y perdí el conocimiento.

Ahora lo voy a decir por primera vez, no quiero que sirva como valentía, pero tampoco como cobardía: hay un testigo que sabe por qué ocurrió; este es Miguel, el marido de mi hija. Antonio Pino, alias *el Cuqui*, había tenido contactos conmigo y teníamos el proyecto de hacer un comité unido con su pueblo y el nuestro, con la intención de crear una comarcal, porque hay muchos pueblecitos alrededor. Contaban con Miguel y con otros camaradas. Él me había informado que se estaba reconstruyendo nuevamente el Comité de Córdoba. Hay una caída y este muchacho huye. Estuvo escondido el tiempo que pudo. Pillaron a algunos, pero a él no lo cogieron. Volví a tener contacto con él, después de algún tiempo. Miguel, mi yerno, sabía dónde estaba. Yo no, pero de lo que a mí me había informado no lo sabía nadie más que mi compañero. Los proyectos que había solo los sabíamos los tres, él arrastraba un montón de gente detrás. De golpe me preguntaron por este tipo —y le digo *tipo* porque se lo ha merecido después; pero yo no lo hice por él; lo que contaba era el Partido—. Me quieren sacar dónde está Cuqui; como ya se puede decir, estaba en casa de Miguel. Pero allí hubo toda clase de amenazas, hasta iban a traer a mi hija. Y le dije: “Puede usted traerla, me maltratará delante de ella para que sufra o a ella la maltratarán para que hable. No puede hablar porque ustedes saben que mi hija no está conmigo, está con sus tíos y que en mi casa no duerme nadie más que yo, así que ella no puede decir nada; y de ese hombre no sé nada”. Me dice el otro chulo: “Vamos ahora mismo por ella”. “Vayan ustedes, solamente conseguirán una cosa: que mi hija me ha tratado siempre de loca (mentira, pero había que echarle un capote), porque dice que yo estas cosas me las busco en vez de estar como las demás mujeres en casa y no meterme en jaleos. Cuando usted la traiga y presencie que me maltrata delante de ella, porque no sé quién es el Cuqui, y oigo por primera vez ese nombre, verá que su madre no está loca; que lucha para que tengamos una vida mejor aunque no lo consiga, y eso de que estoy loca lo olvidará cuando vea este trato, lo que dicen los franquistas de las checas rusas se quedarán ustedes en calzoncillos blancos”. Pero en ese momento como ahora mismo, que me pongo nerviosa; saqué fuerzas y energía

suficiente; eso evitó que fueran por mi hija. Tan ajena que estaba de lo que estaba sucediendo. Tenía que pasar la vergüenza de tenerme que lavar en un retrete con un cubo de agua, con el guardia mirándome de cara y yo de espaldas a él. Pero justo detrás de mí.

A quien le dieron bien de palos fue a Miguel, para que dijera dónde estaba el Cuquí. Lo machacaron, pero no habló, y lo tenía en casa de su madre. Pero yo todo lo que pensaba es lo que había detrás de aquel hombre si lo cogen, porque él ya me había informado de lo que se había preparado. Recibí muchos palos, no sé que me ocurrió; no te lo puedo decir, solo sé que cuando me encerraron en la celda y me dijeron: "Dentro de una hora vas a venir con nosotros donde está, porque ya lo sabemos". A mí se me juntó el cielo y la tierra. Yo, ya después de lo que había recibido, no sabía si sería capaz de aguantar más. No pensé ni en cobardía ni en valor; yo pensé en romper las gafas y me corté el cuello. Ahora eso puedes ponerlo; que lo analicen como quieran. Nunca se lo he dicho a nadie. Lo saben mis hijos, porque me he visto tan mal... Lo he dicho por si algún día se dice que se dio un corte. Nosotros caíamos por un confidente; uno tras otro. Bueno, pues mira, antes de delatar, yo me mato. No podía ni debía traicionar a los míos, que tantas veces habían confiado en mí. No me arrepiento y menos tendría que arrepentirme si él hubiera seguido siendo una gran persona, lo digo para que se entere, que el corte me lo hice por él, no como persona, sino como Partido y por lo que sabía.

Me había informado; esto tenemos hecho en Córdoba y aquí estamos fulano y fulano, etcétera. Pues si a este lo cogen y canta, y si soy yo la que fallo, eso me llevó a atentar contra mi vida. Mientras a mí me estaba pasando eso, los hombres arriba, como si vieran lo que estaba ocurriendo, se liaron a golpes con los policías; Miguel, mi yerno, tenía las esposas; le dio con ellas en la cabeza al jefe superior de la policía, un tal Peñita, que le tuvieron que dar siete puntos. A mí me llevaron al hospital del pueblo, dicen que me dieron los santos óleos y me pusieron sangre, yo no me enteré de nada. A los seis o siete días me trasladaron al Hospital Civil de Córdoba con un guardia a los pies de la cama y dos en la puerta hasta que me levantaron la cura de la herida, me llevaron a la cárcel y estuve dos meses incomunicada. Ya no me preguntaron más por el Cuquí. No sé lo que pasó, aquello quedó muerto. Estuve en una celda con la ventana cerrada. Me dieron el nombre de *Abuela*, en el 46, 47, 48, que estuve en Córdoba, las presas políticas que había cuando yo entré eran Berneto, María Copa Arévalo y un grupo de chicas auxiliares de las guerrillas de los pueblos; todas formamos una comuna. María, que estaba también por auxilios de guerrillas, que tenía unos cuarenta y cinco años, le decían *Madre*, y a mí *Abuela*. María se fue pronto, pero yo me quedé con el nombre de *Abuela del Rancho Grande* en toda la prisión. Hasta el director, cuando tenía que llamarme decía: "Que llamen a la Abuela del Rancho Grande".

La sobrina de Ignacio Pozuelo fue destrozada. Las chicas de guerrillas venían peladas, hechas polvo; nosotras las auxiliábamos. Fueron dos hermanas que hasta llevaban sus partes peladas por la Guardia Civil. Perrerías han hecho a algunas, decían que la mujer de ayuda a las guerrillas no era presa política; y yo decía: "Oye, las de la sierra son políticas y muy valientes, porque han hecho cosas que nosotras no hemos hecho". El trabajo de las que vivían en el monte: cobijaban en sus casitas a los guerrilleros, por eso caían.

A Isabel Melero Izquierdo la detuvieron en Córdoba con el Partido; trabajaba de auxilio a las guerrillas, pero ella no iba al monte, era del llano. Físicamente sufrí en la segunda detención; los dolores, cuando te calientan tanto, ya no sientes. Yo les llamaba asesinos, hijos de puta. Eso no lo niego, los disparates que se me ocurrieron decirles; al insultarles se ponían nerviosos y me pegaban más; pero a mí no me sacaron nada.

En la cárcel he estado trece años entre las dos veces; cuando caí la segunda vez tuvimos suerte en el sentido de que las condenas fueron altas, pero el juez de la Capitanía General de Andalucía, don Fructuoso Delgado, que es lo mismo que el coronel Eymar en Madrid, comunista que caía bajo ese tipo lo pagaba; cuando caímos en el pueblo me habían echado responsabilidades que yo no tenía ni idea. El juez me dijo a mí: "Como hombre la admiro. Pero usted ha sido tonta, porque a ellos nos los ha descubierto, y a usted se le va a caer el pelo, porque tengo que condenarla por lo que ha declarado". Pero lo hice yo a conciencia; si los otros no han aparecido, mejor, menos se complicarían las cosas. Me pidieron treinta años, pero firmé ocho, porque nos cambiaron los jueces; cambió todo de la noche a la mañana. Tenemos siete u ocho números de procesos ligados de las guerrillas, y Partido no es que estuviéramos nosotros en todos, sino que englobaban a todos en uno, de Comunismo o Masonería. Me tiré nueve años, podía haber estado seis, pero me quitaron el beneficio de la pena anterior, por eso me he pasado nueve años; al beneficiarme del indulto salí con destierro. Después los he tenido que cumplir presentándome cada quince días.

Cuando nos juzgaron nos tuvieron bastante tiempo en Córdoba, hasta el año 49, por la destitución del tribunal que nos juzgó para firmar las condenas. Eso valió mucho porque había tres penas de muerte de la gente de la sierra, Blas Otero, no se me olvidará, era jefe de guerrillas; había mucha gente auxiliadora de guerrillas y nosotros éramos entonces organización del llano, pero estábamos también ligados a la parte del pueblo que tiraba a la sierra. En fin, era todo en conjunto. Cuando firmamos la condena, nos iban a trasladar a Segovia. A mí no me correspondía, llevaban a las que tenían de quince años para arriba, las de ocho años para abajo iban al penal. Me tocaba ir a Málaga pero me incluyeron con las de Segovia como castigo: me había negado a bordar unas cortinas al director. Por otro lado una visita de catequistas nos daban escapularios. Yo se los devolví delante del director. Dije que yo no era creyente, que le agradecía la atención; muy correcta pero se lo dije. También estaba Antoñita Guerrero, que hizo lo mismo, y otras compañeras que no eran del Partido pero que estaban con nosotras. No permitieron que les echaran el escapulario encima; todas lo habían hecho, pero me castigaban a mí. No fui a Segovia, cambió de parecer y me llevó a Málaga.

En el año 50 me dio una crisis de hígado, me dieron unas fiebres altísimas. Fue el primer ataque que tuve. Con nada de lo que me daban me calmaban los dolores. Y luego a últimos del 53 me repitió, complicado con infección al vientre; las fiebres no se cortaban. Si no te daban lo necesario, qué caramba. Entonces las compañeras de fuera me empezaron a mandar estreptomycinina, que entonces estaba carísima. No era medicamento de pobres. Me ponían un bote en tres o cuatro veces. Había una enfermera, que era más mala que un cañón; no sé por qué le dio por ser buena conmigo;

era la novia del médico, que era hijo del director; también lo enchufó allí, este muchacho había terminado la carrera y el tío no tuvo dónde ponerle; como era el director, a su hijito le dio el cargo de la prisión para que allí practicara. Se ensañó con mis fiebres. Todo lo que quería era buscar el origen; no por mí, sino para experimento suyo. Estuve mucho tiempo a base de suero; las fiebres seguían, tenía treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta. Mi corazón estaba que no aguantaba más, en Nochebuena suspendieron la fiesta las compañeras en la enfermería, porque me estaba muriendo. También me mandaron un medicamento que en aquellos tiempos era bastante caro, no me acuerdo del nombre; era tan fuerte que la segunda toma me dio un colapso, dijo el médico que había de repetir, que estaba entre la vida y la muerte. La fiebre seguía, tenía fuertes dolores de cabeza, mira, se me ponían los ojos como dos bolas; claro, me abandonaron; si me sacan a un hospital en esos momentos tengo cura. Pero el médico, morfina y venga paños de agua caliente. Vinieron a verme mis compañeras, María Blázquez dio mi nombre al patronato y escribí a mis hijos para que se movieran. Entonces me sacaron a un médico oculista que tiene mucha fama en Málaga. El hombre me dice: “Vuelva la semana que viene”. Y esa semana me tiene en lista para el traslado, no por enferma. ¡Pobre María Blázquez!, se despidió de mí llorando porque veía cómo estaba; ya había pasado lo más grave, pero ya estaba ciega.

Ella es la que me llevaba la comida y me arreglaba. Me llevaron entre presas comunes en una expedición con treinta y nueve de fiebre. Con decirte que el jefe de servicio de los guardias no quería hacerse cargo de mí. Se apañó el tío para que me metieran en aquella expedición, si tenían que quitar aquella cárcel, podían haberme pasado con las ancianas sexagenarias que pasaron a la cárcel Provincial y no sacarme en aquellas condiciones: estuvimos en Linares, en Alcázar, por todas partes sin poder tomar más que Ceregumil y manzanilla. Así llegué a Ventas que era un cadáver. Y no me llevan a enfermería sino al sótano de observación. Y gracias a Angelines, *Nines*, que estaba en el economato y alguien había avisado que me llevaban en esas condiciones, cuando llegué allí estaban Gregoria Pérez y Julieta Martín, que han muerto, de Valencia; y Carmen de Jesús, gallega; todas estas sabían cómo iba, y en cuanto llegó la expedición, presionados por todas las compañeras que estaban casi todas en cargos, me sacaron del sótano. El médico me mandó a la enfermería, dijo que lo mío era largo, que lo de la vista no se trataba de un colirio, que se trataba de algo serio, me visitó el doctor Arjona, director del Oftálmico, que no me hizo nada. Cuando salí en noviembre del 54, fui a ver un oculista de Madrid, era militar, con una recomendación de una señora que había en Ventas, que estaba por aborto, que era cuñada de él y otros médicos, el doctor Catalina, socialista que hacía poco que tenía en consultorio. A mí me han visto los mejores médicos; todos me decían que si hubiera sido antes sí. El tío cabrón del médico de la cárcel debió mirar mi expediente y me tuvo desde mayo del 54 que yo había ido hasta noviembre, mira los meses que perdí de curas más el retraso que llevaba en Málaga. Porque perder la vista la perdí con los dolores de cabeza a primeros del 54, con las fiebres altas me dejaron a conciencia; el capellán me dijo: “Te han cortado las alas, Abuela”. Yo le contesté: “No me han cortado el espíritu, y aunque sea con la lengua, tengo que seguir maldiciéndoles”. “Ya las pagará usted bien, como Pedro Botero, ya las pagará bien”, y contesté: “Allí danzaremos los dos, porque en el infierno hay más sotanas y capiruchas

que comunistas”. Se reían pero ellos lo tragaban, no consiguieron dominarme. No iba ni a verme. A veces me decía que por encima de todo yo tenía que salvar mi alma, y que él rezaba por mí. Yo le decía: “Qué pena si lo consigue usted, no nos veremos con Pedro Botero”. Otras funcionarias que había y que decían que me querían mucho: “De rodillas se lo pido, salve su alma”. “Es lo único que no me duele nunca, yo se lo agradezco a ustedes, recen por mí, pero como yo no tengo ningún pecado, por eso no confieso, ni rezo”.

—¿Y saliste con el mismo espíritu?

Sí, pero no salí con las alas.

Capítulo 5

LAS DE MADRID

¿Cómo daros las gracias por vuestra aportación, al darme con tanto cariño vuestro testimonio? Vosotras que tanto interés teníais en daros a conocer, al paso de los años, habéis pensado qué habrá hecho Tomasa con vuestros testimonios.

Me costó mucho elaborarlos, no soy persona de pluma en mano, pero lo más costoso es introducirse en las editoriales, pero como dice Teresa Pàmies, soy cabezota y solo con tesón, con rabietas y poniendo todo el interés que vosotras os merecéis, hoy os puedo ofrecer este libro que tanto trabajo me ha costado, para que seáis, seamos testigos de la historia, en las luchas por la democracia en nuestra España.

Recibid mi más sincero abrazo.

Estos testimonios son recogidos entre los años 1977 y 1978 en Madrid.

La herencia de Margarita Sánchez (relatos póstumos recogidos por su hermano, Tranquilino Sánchez, y Narciso González Rafael)

Hija de un barbero de familia numerosa —éramos siete hermanos que hemos pasado hambre desde que hemos nacido—, mi hermana Margarita, por ser la mayor, siempre fue la que llevó las tareas de la casa, y para los pequeños prácticamente era nuestra madre. De mi padre ya conoció Margarita a Carlos Marx, Engels y Lenin, y canciones revolucionarias. Muy crío comencé a conocer a Santiago Carrillo, Federico Melchor, Fernando Claudín, Dolores, Ignacio Gallego y a Cable, que era muy alto, muy bueno y muy leal; era de la directiva de la Juventud con mi hermana, pero yo creo que Margarita hacía más trabajo del Partido que de la Juventud. Cable desapareció en la guerra; decían que había muerto, lo mataron o desapareció, pero no se ha sabido nunca cómo fue. Yo recuerdo que mi hermana estaba en todas las campañas del trabajo de la Juventud del Partido; la propaganda de UPH, de los lazos de la República... Se pasaba las noches poniendo los alfileritos en los lazos, para después en la calle poner a la gente y sacar algún dinero para ayuda. Mi casa era el centro de propaganda. Lo mismo se hacía el periódico de la Juventud que materiales del Partido con una máquina de aquellas multicopistas que iban a manivela. Desde que he nacido no he visto otra cosa en mi casa; y Margarita desde niña se había entregado al trabajo con cariño y honestidad hacia el Partido; no porque sea mi hermana hablo así de ella. Chicho conoce mucho más de su vida política de aquellos tiempos. Yo recordaré siempre a mi hermana en las luchas de la clandestinidad contra el régimen franquista.

En el año 43 mi casa fue de nuevo la casa de confianza, y de nuevo la multicopista de manivela. Recuerdo una de las facetas que ella tenía. Nos estábamos muriendo de hambre; cogió el dinero que teníamos en casa y se compró un traje de chaqueta. Mi padre decía: “¿Pero cómo es posible que te vayas a comprar un traje de chaqueta

con el hambre que estamos pasando?”. Costaba setecientas pesetas, y entonces era un dineral. Eso era necesario para pasar desapercibido, ir arregladita. La lucha que ella tenía que llevar con mi padre en la casa era un sacrificio, con esa abnegación en el trabajo, en el Partido; es así como se tenía que trabajar. Cuando terminó la guerra, Margarita es detenida por la Junta de Casado en Ciudad Real; esta detención le sirve para salvarle la vida, porque allí no la conocen y la dejan en libertad, que si la cogen en Madrid hubiera sido fusilada como otros muchos; así fue como se salvó Margarita. En el año 45, junto a ella, yo también entro a formar parte de ese frente de lucha y comencé a repartir la prensa, ella me indicaba cómo lo tenía que hacer, dejándola en los asientos del metro, en los buzones, en los cines. Me pusieron en contacto con Gervasio, me encontré con él en la calle Sagasta, para lanzar la propaganda con distintos métodos. Todas estas cosas eran obran de Margarita y de camaradas tan adnegados como ella en los momentos difíciles de la clandestinidad. Recuerdo que se habían perdido los contactos con la caída de Satué. Por entonces se comentaba que Conesa se había filtrado en el Partido y había hecho una redada.

Cuando estubo detenida, siguió siendo el alma de la casa. Pasó por las cárceles de Cataluña, Málaga, Alcalá de Henares, Ventas. Haciendo tapetitos, centros de mesa, nos mandaba todos los meses cincuenta pesetas desde la cárcel. Las esperábamos como agua de mayo; cuántos meses pagábamos la casa y algunas cosillas más con el dinero que nos mandaban de la cárcel, así era Margarita; cuánta hambre no pasaría ella; pero su preocupación éramos nosotros. Tanto en lo humano como en lo político, ha sido un ejemplo de la mujer luchadora.

Cuando volví de Francia, el año 61, yo sabía que tarde o temprano me iban a detener y fui a verla a Alcalá Henares le pregunté: “¡Bueno, Margarita, si me detienen explícame cómo es Gobernación!”. Entonces ella me explicó lo del espejo: “¡Tú verás un espejo; tú no ves nada, pero a ti si te ven!”. Tus compañeros esperan tu comportamiento y las declaraciones que te dirán que han hecho otros camaradas son falsas, no hagas caso; tú niégate. Ellos tienen trucos de esos. También te torturarán pero aguanta, no te dobles”. Me lo explicó de tal forma que cuando por primera vez me tocó ir a Gobernación ya me pareció que conocía aquello y pensé: “¡Qué bien me ha explicado Margarita esto!”. Y, efectivamente, cuando la policía de la Político-Social decía: “Con este pasará como con Margarita”, yo me ponía así de ancho. Ella me había dado todas sus experiencias. Creo que no se les ha dado todo el valor que se merecen a las mujeres como Margarita; han luchado en la clandestinidad en condiciones tan difíciles, de tanto riesgo, en que tantos camaradas hoy ignorados han hecho grande a nuestro Partido. Yo creo que el mérito hoy de Santiago Carrillo se debe a tantos y tantos camaradas, unos fusilados, otros muertos, otros que están en el anonimato, que han luchado no por un puesto en la dirección del Partido sino que han dado toda su vida, su saber, su ideal, como comunistas.

A mí, Margarita me ha servido para incorporarme a la lucha, para confiar en la clase obrera, para ser un buen militante del Partido. Es una de las cosas que me permitía aguantar los riesgos de nuestra lucha, confiar en el futuro, y eso es lo que a mí me ofrece una continuación; esto es lo que aprendí de una luchadora que lo fue toda su vida. Cuando Margarita estaba muriendo, quería que llevara una satisfacción, me



Margarita Sánchez, una gran compañera, toda su vida la pasó luchando en las JSU y en el Partido; murió sin poder ver nuestra pequeña democracia. Junto a ella, Mari Vázquez, Anita Martínez; sentadas, Josefa Beneito y una chavalita cuyo nombre no conocí.

acerqué a su oído y le dije: “Margarita, esto se acaba, Franco no tiene salvación”. Pero en un momento que se estaba muriendo, el cáncer le estaba devorando, dijo: “Esto no puede ser, tenemos que reunirnos”. Hasta el último momento conservó su pleno conocimiento, y todos sus razonamientos eran políticos. Yo estoy seguro de que ella sabía que se moría y razonaba así para darnos confianza a nosotros y no hacernos sufrir.

En recuerdo a la memoria de la camarada Margarita Sánchez

En el año 1934 acababa de salir del servicio militar; yo era mayor que ella, lo que me hace suponer que en aquella época Margarita podía tener unos diecisiete años. Perteneía a una familia numerosa cuyos padres eran pobrísimos, pasaban verdaderas calamidades en su casa. Tenía varios hermanos, varios de ellos pequeños. Otros ya ganaban algo, pero de todas formas aquella casa era una casa donde se pasaba hambre. Margarita, desde que la conocí, comprendí que era una mujer entregada totalmente a la vida revolucionaria, así como otros de sus hermanos, dos de los cuales murieron en la guerra. Esta camarada desde el primer momento destacaba por su sensibilidad, por su entrega, por su sacrificio; era una camarada que infundía ánimos en cualquier momento, veía salidas a las situaciones cuando otros no las veían. Una confianza absoluta en el triunfo de la clase obrera. No había obstáculos que no fuese capaz de salvar, era una camarada que se distinguía por su actividad en los mítines relámpago, en aquella época, que jugaron un papel importantísimo. Margarita militaba en aquel entonces, si no recuerdo mal, en la célula 21, célebre en la Juventud, que se destacó del sector. Este, por su gran actividad, yo como joven también, aunque militaba en el Partido, iba a algunas de las actividades de esta célula, sobre todo en el reparto de la propaganda y en los mítines relámpago, y en las pintadas que se hacían en las paredes, que tenían un carácter pudiéramos decir *divertido*, porque mientras un grupo se dedicaba a pintar con una brocha y un bote, otro grupo de jóvenes tocaban las bandurrias y las guitarras y otros cantaban para despistar nuestra actividad. Esa rondalla iba por las calles; por la noche se paraba en las esquinas a tocar, y la gente se divertía, mientras el grupo de camaradas dedicados a la pintura hacían su labor. La célula 21 destacó mucho en la Juventud, porque si la memoria no me falla, creo que justamente con la célula 21 y los grupos socialistas del sector este formaron lo que iba a ser el *radio uno* de las Juventudes Socialistas Unificadas. Es decir, que el sector este, y precisamente tomando como base la célula 21, en el que militaban Margarita y su hermana Maruja Sánchez, fueron los que inicialmente realizaron el camino de la unificación de la Juventud comunista y socialista.

La camarada Margarita en la guerra —pero de esto no puedo dar una idea real, porque yo no estaba en la Juventud—, formaba parte de la Ejecutiva de las JSU, creo que era así. No obstante, hay algunos camaradas, como por ejemplo Melquer, que saben mucho más que yo de esta parte de la actividad de Margarita, y posiblemente hasta su propia vida, podrían dar algunos elementos importantes sobre lo que significó Margarita, pese a estar en el seno de la Juventud, ella se inclinaba mucho hacia el trabajo del Partido; no obstante estaba entusiasmada con la Juventud, y lo estuvo siempre y sobre todo en guerra. También entonces tuve ocasión de estar con ella unos días. Fue a visitar la unidad de reserva del frente de Guadarrama, donde yo estaba

destinado. Estuvimos haciendo varios actos de este tipo. Ella ponía tal énfasis en sus palabras que realmente levantaba la moral de la gente de aquellos pueblos donde iba, que no veía claro el desarrollo de la guerra. Margarita era capaz de levantar el ánimo de estos hombres. De aquellos actos la gente salía verdaderamente fortalecida. Margarita, en el curso de la guerra y posguerra ha dado la talla de ese militante de Partido que es incapaz de doblegarse a no importa qué situación por muy difícil que sea. Margarita ha pasado pruebas muy duras, se ha tenido que enfrentar varias veces con el aparato policíaco, con esa histórica y horrible Brigada Político-Social, estos policías han tenido mucho interés en doblegar el ánimo de Margarita, como han tenido mucho interés en doblegar el espíritu combativo y la moral de los hombres y mujeres que hemos pasado por sus manos.

En la Dirección General de Seguridad, el objetivo de la Brigada Político-Social era convertir en trapos, en muñecos, romper el espíritu de aquellas personas detenidas por ellos para poder deshacerlos moralmente. Quizás no hay que negarlo; en algún caso, lo han conseguido, pero la inmensa mayoría de los militantes del Partido se han enfrentado con valor a estas situaciones difíciles. No era como en los últimos años, que se estaba setenta y dos horas; era más fácil para cualquier espíritu soportarlo por muy débil que fuese. En las épocas en que era detenida Margarita, en los años célebres del terror, cuando la Dirección General de Seguridad se abría para los detenidos y no había jurídicamente nada para limitar el tiempo que se podía estar. Ha habido personas que han estado entre un mes y cinco meses, un verdadero calvario, un verdadero sacrificio. Margarita ha pasado por esas pruebas, ha pasado por la prueba incluso de ver cómo a su marido, Gervasio Puertas, le torturaban delante de ella. Y él ver cómo torturaban a ella, para doblegar a los dos. Ambos fueron capaces de soportar esa prueba. Margarita ha soportado esas pruebas como soportaba otras muchas, ha soportado situaciones muy difíciles, ha trabajado incansablemente con esa moral que a ella le caracterizaba. Camaradas como Margarita podemos decir que jalonan la vida del Partido.

Quizás... no, sin quizás, seguro, no se ha hecho todavía la historia verdadera de este proceso de cuarenta años de sacrificios, luchas de entrega, en las cuales el Partido ha estado sometido. No es sacar a recordar un pasado viejo, no estamos ni mucho menos en contra de que se limen todas las asperezas, todos los obstáculos que encaminados a la reconciliación nacional de todos los españoles; no tenemos ningún espíritu de venganza, no queremos nada personal; no queremos más que el bien de nuestro país, queremos la paz y la concordia de todos los españoles, y lo queremos entrañablemente, porque no queremos que nadie sufra lo que nosotros hemos sufrido. La camarada Margarita así lo pensaba; este era el sentir de otros camaradas que han caído en la lucha, su testimonio es la herencia que los que vivimos aún hemos recogido de ellos. Miles de hombres y de mujeres que han dejado su vida en el camino revolucionario por la conquista de la paz, la libertad y el socialismo en nuestro país. Y Margarita hoy estaría de acuerdo con muchos camaradas, que pensamos es conveniente recordar todo este proceso; conviene no para levantar el espíritu vengativo, para reavivar rencores o espíritus de venganza; no, es necesario recordar esos cuarenta años porque hay que hacer la verdadera historia de lo que fue ese proceso; hay que sacar las lecciones que nos da el pasado en sus errores, sus lados positivos y

negativos, eso es cierto, y hay que recordarlo, porque a veces no se comprende bien el Partido que tenemos hoy.

Su base está precisamente en esos camaradas, hombres y mujeres que han sido capaces de sacrificar su vida para mantener el prestigio del Partido, para dirigir a la clase obrera en sus luchas en momentos muy difíciles. Estos camaradas no están con nosotros hoy; su recuerdo sí lo está; su espíritu sí lo está. Su moral debe ser una lección permanente para todos. La herencia de Margarita Sánchez es esta. Hay testimonios en las luchas de las mujeres en las cárceles donde la camarada Margarita participó; hay testimonios de las luchas en la calle, en las fábricas, con las enormes dificultades que Margarita ha tenido que vivir. El Partido que hoy tenemos no podrán olvidar nunca que lo que hoy se debe fundamentalmente a la trayectoria revolucionaria que ha mantenido en las circunstancias más difíciles. Y hay que mantenerlo con personas como Margarita y miles de camaradas Margarita Sánchez. No se puede particularizar en nadie ese sacrificio, porque se debe a todos los que han participado en el proceso histórico del Partido que cumple con los compromisos del pueblo, que es capaz de conquistar la voluntad popular y la confianza de la clase obrera. Porque siempre han estado personas como Margarita Sánchez al frente del Partido en las circunstancias más difíciles. Yo pienso que hay que rendir un homenaje a todas esas camaradas, destacar su vida, destacar su nombre para que sirva de lección. Se necesita continuar esa vida de sacrificio, esa vida de entrega, donde todo se hace por el Partido y nada se espera, sino el triunfo de nuestras ideas.

Puede haber muchos camaradas que crean que el Partido de hoy es el Partido de él; es una insensatez política. Al Partido se viene a darlo todo, a servirle, y se puede servir lo mismo en la dirección, en la base, en cualquier sitio. En el Partido Comunista cada uno de sus militantes debe ser sencillo, como lo era Margarita Sánchez, que esté a gusto en cualquier trabajo que se le encomiende. En definitiva, no se debe consentir que en nuestro Partido puedan haber apetencias personales. La apetencia personal lleva a la descomposición del Partido, y por lo tanto la vigilancia la debemos ejercer todos. Esa es la herencia de tantos y tantos como han caído en este proceso histórico, de estos cuarenta años, herencia que nosotros tenemos que respetar. Los hombres y mujeres que han caído en la lucha revolucionaria lo dieron todo, y los camaradas que hoy estamos en las filas del Partido debemos darlo todo y debemos esperar como recompensa única haber servido leal y honestamente al Partido; sin más apetencias que servirle en bien del pueblo, en bien de la clase obrera, por el triunfo del socialismo. Así han sido nuestras mujeres, han luchado a la sombra de la clandestinidad, sin otro precio que servir a nuestro pueblo.

Esta es la herencia de Margarita Sánchez.

Cloti Alonso

Inmediatamente después de terminada la guerra, que acabó el 28 de marzo, aquí en Madrid, el 10 de mayo, a las diez de la noche, fui detenida en mi domicilio, donde tuve que dejar a mi madre completamente sola, enferma, y el único hermano que tenía se fue voluntario a combatir y cayó con 27 años en el frente de la batalla del Ebro. A mi madre se le planteaba un futuro muy oscuro, porque no tenía a nadie más que a mí y me alejaba de ella.

Me llevaron a una comisaría que estaba situada en la calle de Cartagena. Allí, en una habitación pequeña, pasé la noche en unión de otras cinco o seis mujeres, y al día siguiente me llevaron a declarar y me incomunicaron en una cueva, porque aquello había sido un pequeño chalé, la escalera estaba rota y para bajar había una escalera de mano; allí permanecí todo el día y casi toda la noche. La única compañía que tenía en aquel solitario y oscuro lugar eran ratas como gatos de grandes y que a mí me aterrorizaban.

A las doce de la noche vino un guardia a sacarme para declarar, sin permiso del cabo de guardia que estaba en aquel local, el cual bajó después a decir que quién me había sacado de allí, y yo le dije: "Ha sido Bautista". Bautista fue un guardia de asalto que fue fiel a la política de la dictadura de Franco y nos hizo sufrir mucho a todas las personas que pasamos por aquella comisaría. Vivía en la calle de Zabaleta, no recuerdo el número, pero tenemos un nefasto recuerdo de él todas las que pasamos por allí.

Entonces, el cabo de guardia, bajo su responsabilidad, me llevó a una habitación donde las ventanas estaban clavadas, y me dijo estas palabras: "No intentes arrojar-te fuera, porque no te podrías escapar y podrías fracturarte una pierna". Yo le dije: "No voy a escaparme. Y estoy plenamente convencida de que estoy aquí, pero no debo estar, puesto que la política que vienen diciendo es que no serán detenidos o procesados nada más que todos aquellos que se hayan manchado las manos de sangre". Yo las tenía tan limpias como tenía mi conciencia, como tenía mis sentimientos. Como los he tenido después y los tengo hoy. Yo no había cometido ningún asesinato. Si un crimen es defender un régimen legalmente constituido, de acuerdo, eso había sido lo que había cometido yo.

Desde allí, a los quince días, en unión de mis compañeras, me pasaron a la Dirección General de Seguridad, que estaba en la calle de Serrano. Allí permanecimos cuarenta y ocho horas, apiñadas; no nos podíamos casi mover, y conocí muchas compañeras más a las que esperaba el mismo cautiverio que a mí.

Desde allí pasamos a la Prisión Central de Mujeres de Ventas. Entre las muchas compañeras que se conocieron en los primeros tiempos de la cárcel al acabar la guerra, yo tuve ocasión de conocer a Angelines Vázquez, a Maruja Valdeolivas, a Matilde Landa, a Teresa Sánchez, que todas estas fueron penadas a muerte, y a otras compañeras más.

Ya conoces la oficina que logró montar Matilde Landa en Ventas en defensa de las penadas. Inmediatamente se volcaron compañeras muy valiosas para prestar su ayuda; entre ellas se destacó por su trabajo nuestra querida Nines, como nosotras llamábamos a Angelines Vázquez; gracias al trabajo que ellas realizaban y al empeño que ponían, cuántas vidas rescataron, cuántas mujeres se libraron del paredón, y cuántas, si viven hoy, tendrá que agradecer sus vidas a estas compañeras que de verdad ponían un entusiasmo loco por arrancarlas del piquete de ejecución. A la galería de penadas, bajábamos todas las noches a despedirlas sin saber si las íbamos a ver al día siguiente.

Durante el período de mi estancia en Ventas puedo decir que en los primeros momentos nos hemos llegado a juntar ahí, en una prisión que era capaz para quinientas plazas, siete mil mujeres; y según me dijeron después, hasta trece o catorce mil. Los pasillos, los descansillos de las escaleras, los váteres inclusive eran nuestros

dormitorios. He de decirte que por la noche, la mayoría de las noches, nos las pasábamos con un bote a la cabecera, lleno de agua, quitando los insectos que por allí había, chinches, cucarachas, ratas, viviendo en una forma infrahumana, cómo es posible que se viva así en un país que se tacha de católico y cristiano.

Allí permanecí, viendo cómo iban sacando a consejo a todas las compañeras. Cuando volvían con la pena de muerte decían: “¿Qué traes? ¿La Pepa?”. Hasta el punto que se sacó una copla a la famosa Pepa, que se titulaba *Es la Pepa una gachí*. Pero cuando vimos que la Pepa era la guadaña, era muerte, era el asesinato de millares y millares de hombres y mujeres que todas las mañanas partían después de recogerlos los camiones; que nos despedíamos de ellas para no volverlas a ver más, entonces ya empezamos a pensar que la cárcel era más dura de lo que nosotros podíamos concebir.

De todas maneras, la moral nos acompañó en todo momento. Hubo muchas infecciones. Hubo una fecha, no la recuerdo bien, del mismo año 39, en que nos quisieron aplicar la ley de fugas y dejaron las puertas abiertas durante toda la noche incitándonos a salir de la prisión. Tuvimos que sostener una lucha fratricida con las que hacían los petates para podernos marchar, porque sabíamos que en la puerta nos esperaban las metralletas. Conseguimos reducir las y así estuvimos pasando por muchas calamidades; el rancho no se podía comer. Nos daban cada veinticuatro horas, cuando nos tocaba, que a lo mejor nos tocaba un plato de lentejas quemadas a las cuatro de la mañana y había que levantarse a comerlas, porque si no nos sancionaban, y la sanción era quitarnos la visita de nuestros familiares. Después, cuando íbamos a comunicar, teníamos una sala, que hasta ahí llega la moral y la simpatía de las presas madrileñas, y a aquella sala nosotras mismas le pusimos el nombre de *simpática conejera*. Allí esperábamos el momento de nuestra visita y había incluso equivocaciones. Allí nos juntábamos dos que nos llamábamos y nos apellidábamos igual, y más de una vez aquella pobre mujer se quedó sin la visita porque se habían equivocado y me habían pasado a mí, o viceversa, cuando la que habían nombrado era mi madre, y entonces perdíamos visita. Esa era la organización que había allí.

Después se montó una escuela que estaba dirigida por presas; se organizó también un coro de cantos regionales, en donde una profesora que se llamaba doña Justa nos enseñaba canciones, y cuando había alguna canción que no nos gustaba, le decía: “¡Ay, doña Justa, no nos cante usted eso, que no nos gusta!”.

A Matilde Landa, que había sido miembro del Comité Central del Partido Comunista, yo la recuerdo como una de las mujeres más abnegadas, más sacrificadas, con un cariño que hablaba a todas las reclusas, a todas las compañeras, y siempre se la encontraba dispuesta a tender una mano en aquello que hiciera falta; concretamente, yo quiero resaltar aquí una cosa de Matilde Landa, personalmente conmigo el primer año de estar en la prisión de Ventas. La primera Nochebuena, el año 39, nos dijeron a unas cuantas: “Si queréis salir a la puerta a recoger paquetes, apuntaos, porque tenéis la posibilidad de abrazar a vuestros familiares”. Yo no estaba muy segura de si podría ir mi madre a llevar un paquete en aquellos días porque se quedó sin medio de vida, sin ninguna fuente de ingresos, puesto que la única que podía ganar era yo, y entonces con esa ilusión salí a ver si recogiendo paquetes podía abrazar a mi madre; no fue así, sin embargo, lo que cogí fue una conjuntivitis por un cambio de corrientes de aire en los ojos que llegué a quedarme durante quince o veinte

días totalmente ciega. Entonces Matilde Landa era la mujer que constantemente y a diario pidió a su hermana Aída, que tenía dos hijos, que nos los metía de pequeños en la prisión —hoy uno es mecánico dentista y el otro es doctor—, y esta compañera, gracias a ella, gracias al tesón que puso, gracias a la ayuda que me prestó también Teresa Marrón, que era enfermera y trabajaba con un entusiasmo loco por atender a todas las reclusas, yo recuperé la vista. En septiembre del 40, que me sacaron de expedición para Saturrarán el mismo día que cumplía los años mi madre, todavía llevaba los ojos como si fueran dos ojales, sin poder terminar de abrirlos.

La prisión de Saturrarán, aquello fue ya el colmo de una prisión dura... No sé cómo explicarme, de una disciplina que no era disciplina, que era terror. Había que cuadrarse cuando venía la madre superiora, que representaba al “Señor”. Eran de la orden mercedaria. Había que levantar la mano diciendo “arriba España”; si no, te castigaban.

Por las mañanas nos sacaban en fila —todo esto era en invierno— de dos en dos, con un cubo en la mano, cogida cada una de un extremo del cubo, y andando una distancia bastante considerable hasta la playa, con niebla, viento o como fuera; teníamos que volver formadas con los cubos llenos de *fruto*, que eran piedras pequeñas que había que coger entre la arena para adornar el patio de las monjas para que estuviera bien cuidado y bonito, mientras nosotras nos moríamos de frío y hambre.

Allí he visto yo compañeras que solamente por el hecho de rayar con un alfiler encima de la mesa del comedor, las habían metido en la *prisión celular*. Así llamábamos a unos sótanos que daban al río, en donde entraba el agua en cuanto crecía, y de allí salían a ingresar en química que estaba entablada con el mar, donde les azotaban las aguas de continuo para que acabaran antes con ellas; habían muerto mujeres y niños en grandes cantidades; había una caja de madera donde se metían los restos de las personas que se morían y la depositaban en una carreta con dos vacas para llevarla al cementerio, con la única compañía de un sacerdote que estaba allí y el capellán, don José María Llepas, al que hay que considerar una gran persona, porque se comportó con nosotras muy bien, y gracias a él en muchos momentos la prisión fue menos dura. Este sacerdote ha sido siempre menospreciado, ocupando puestos de inferioridad precisamente por el cariño que él demostraba hacia el ser humano.

Este señor se dedicó a ir por los pueblos del contorno y pedía ayuda para las presas de Saturrarán y para los niños; así empezaron a aparecer familias con cestas de comida, familias que eran nuestra salvación a la salida, yo misma, que salí desterrada, si no hubiera sido por una de estas familias no sé dónde hubiera ido, pues se hicieron cargo de mí, hasta que me pudieron levantar el destierro y regresé a Madrid. Esta familia me trató como una más de la casa, y eso tiene un valor inmenso.

En las Vascongadas, como en todas partes, ha habido personas que han ayudado mucho a los presos y sobre todo a las mujeres y a los niños. En Saturrarán, los niños se nos morían de hambre, y el pequeño chusco que nos daban se lo vendíamos a las presas comunes, mujeres sin escrúpulos porque la sociedad no les había enseñado a ser útiles en la vida, y con aquello les comprábamos galletas o chocolate para poder hacer frente al hambre que pasaban los pobres.

Posteriormente, llegó una noticia de que había llegado un expediente de Ventas con cien mujeres conmutadas de pena de muerte. Nuestra alegría fue inmensa aunque

no las podíamos ver, no podíamos ir de un pabellón a otro; nos sacaban al patio en horas totalmente distintas; nos llegó la noticia de que entre ellas estaba Teresa Sánchez; nos habían dicho que la había fusilado. Llegó Angelines Vázquez, nuestra *Nines*, que había estado penada, y empezó también su tarea de abnegación y sacrificio; se metió en la oficina de la prisión, que realmente la desenvolvían las presas, menos la dirección; era doña Carmen Garrichena, no sé si el apellido lo digo bien, la directora, una vasca que por cierto empinaba mucho el codo, pero que viendo que se desenvolvía el trabajo de la oficina en manos de esas reclusas pues ella se confiaba. Empezaron a salir los decretos, acogiéndose a ellos según las condenas, la mía era de veinte años, las propuestas para las libertades, que tenían que ser formuladas por la directora del establecimiento juntamente con un telegrama de informe de la residencia donde hubiese vivido la procesada. Y sin este requisito no se podía elevar la propuesta de libertad, pero se daba el caso de que en aquella época, la mayor parte de los telegramas que llegaban de todos los puntos de España eran para que quedasen denegadas las propuestas de libertad; entonces, cuando los telegramas tenían que llegar a manos de la directora ya habían pasado por las manos de todas las compañeras que estaban en la oficina, no se consideraba oportuno que la directora los viera y los destruyera. Al transcurrir los tres meses, si los informes no llegaban, la Junta de Régimen de la prisión tenía obligación de proponer la libertad de la reclusa. Esta táctica dio un buen resultado, pero con un inconveniente, que no podían ir a sus lugares de origen. Pero las mujeres recobraban su libertad.

Yo puedo decir que fui una de las que cumplió cinco años de prisión, nada más, gracias a la preocupación de esta compañera Angelines, que estudiando el decreto una mañana, me dijo: "Mira, yo he visto que en el decreto hay un apartado que dice que aquellos casos de treinta años que se consideren especiales serán propuestas sus libertades antes de los de veinte, sin informe si fuese preciso. Es tu caso. Tu madre se ha quedado inválida y no tiene quien la mantenga porque no tiene más hija que tú; estás dentro de ese caso especial, vamos a hablar con la directora". Efectivamente, fuimos. Al principio la vi con un poco de temor. No me quería proponer, pero me propuso y salí. Mi libertad se la tenía que agradecer a la gran preocupación que puso Angelines Vázquez. Después fue trasladada a Ventas; habrá otros testimonios de compañeras que dirán cuál fue su comportamiento en la prisión de mujeres. En Saturrarán, esta compañera tuvo también la mala suerte de que, un día, como nos sacaban a la playa, se echó al agua a bañarse; entonces como no dejaban ponerse traje de baño, las monjas obligaban a la que se quería bañar que lo hiciera con camión; se les enredaba en las piernitas, se quedaban atadas y había una corriente de agua en un sitio que le llamábamos *el pico* porque tenía la roca la forma de un pico, y había un remolino, allí todo lo arrastraba y vimos cómo se la llevaba el remolino; se tiró intentado salvarla otra compañera de Madrid, una chica muy buena que era de las Juventudes Socialistas Unificadas, y se llamaba Consuelo Apabalaza Ramos. Esta chica corrió la misma suerte, y veíamos que las perdíamos; allí estábamos todas completamente descompuestas en la playa, y ya una tercera, Pilar de la Torre, una camarada del Partido Socialista, que siempre llevaba gafas porque veía muy mal, con un traje de chaqueta que llevaba muy justo y las gafas puestas, se tiró al agua y las salvó; cuando las sacaron, Angelines Vázquez tenía ya síntomas de asfixia y, para hacerle

expulsar el agua que le había entrado, se le incaban las rodillas en el estómago y echaba el agua como un caño; pensamos, después de aquello, cuando ella enfermó del pulmón, que probablemente sería de los achuchones. En Madrid, algunas veces más llegué a verla después de estar en libertad. Hacía mucho tiempo que no sabía de ella, y me enteré que había vuelto a enfermar, que tenía muy poca salud, hasta que hace dos días que nos hemos enterado que ha desaparecido ya del mundo de los vivos.

Saturrarán ha sido muy dura. Precisamente el año pasado lo he visitado con mi esposo y con la familia que a mí me recogieron, y allí han hecho ahora una playa pública, con una gran pancarta que dice: "Visite las playas de Saturrarán", y tiene el letrero arriba de haber sido seminario, y a una señora que estaba allí hablando de aquella hermosa playa, le dije: "Nunca sabrá usted los sufrimientos y vidas humanas que ha costado esta playa, la historia dirá lo que fue Saturrarán; esto que ven ustedes como un seminario ha sido una prisión habilitada para mujeres, las presas políticas que ha habido en España durante el período de la Dictadura de Franco, y ahí, en esta prisión, hemos tenido que despedir a muchas para siempre, y de ahí hemos salido muchas sin rumbo, sin saber qué iba a ser de nosotras". A Saturrarán me llegó la noticia de que mi madre sola, sin mi ayuda, pasaba mucha hambre, fue a que le dieran de comer unos familiares, era el mes de agosto de 1941, fue atropellada por un taxi, que le seccionó de raíz la pierna derecha; eso fue lo que yo me encontré al llegar a casa: mi madre inválida, muerta de hambre, sin medios para subsistir con la ayuda que le prestaban las vecinas. Yo empecé a trabajar y también acudí como era mi obligación a ayudar a los presos políticos y empecé a relacionarme con el que hoy es mi esposo, Narciso González Rafael, un hombre que ha entregado toda su vida a la lucha, toda su vida por el Partido, y un hombre que ha pasado veinte años de prisión en la cárcel de Burgos. A esa prisión, durante dieciocho años, después de salir de la cárcel, yo iba cada día que tenía libre, para atenderle, para ayudar a todos los amigos y decirles: "Aquí estamos nosotras, las mujeres, vuestras mujeres, las que siguen luchando y las que estarán a vuestro lado hasta que os arranquen de estas rejas".

Yo, como otras tantas, cumplí con mi deber; fui a esperarle a la puerta del penal de Burgos a su salida el 20 de febrero de 1964. Quiero señalar que el día 19 cumplía yo los años y le pidió al director que a las doce de la noche, que ya era el 20, le pusieran en libertad para poder reunirse conmigo para felicitarme en mi día, que le dejasen salir antes, y se lo negaron, y esa es la vida que hemos llevado hasta la fecha.

Además de haber pasado calamidades, ver a mi madre sufrir durante cuatro meses y medio de quemaduras de tercer grado y verla morir. Tanto mi marido como yo hemos pasado enfermedades, algunas de gravedad. Hemos sufrido detenciones y vejaciones por la Policía Político-Social, pero nuestra moral no ha decaído ni en los peores momentos de nuestras vidas.

Narciso hoy es un hombre entregado hasta que se muera, igual que todos los demás. Hace todo lo que puede por restablecer la democracia de verdad para todos los españoles, donde no hay vencedores ni vencidos, donde no haya más que una palabra: *democracia*, y España, y esto todo lo que tengo que decir. Yo seguiré al pie del cañón, como suele decirse, hasta mis últimos días. Es mi deber seguir siendo comunista, me siento orgullosa de militar en este Partido y si no hubiera sido por eso,

si no hubiera sido por la moral y los ánimos que los camaradas del Partido me han dado en todos estos largos años de sufrimiento, yo os digo sinceramente que hubiera sido imposible sobrevivir a tanto martirio y a tanta angustia; mi deseo es que nadie lo tenga que pasar.

Cecilia Cerdeño

Me detuvieron el 29 de marzo; ingresé inmediatamente en la cárcel de Ventas, y de allí me sacaron a las ocho de la noche para meterme en una camioneta furgón que iba a recoger al alcázar de Toledo. Por cierto, que me llevé a mi hija conmigo. Como la niña no podía comprender lo que pasaba, yo le decía que íbamos al pueblo. Y me llevaron a Toledo. Allí los de la furgoneta no quisieron ir a Mora de Toledo; fuimos con los falangistas, porque la orden era de detención. Llegamos a Mora de Toledo ya muy tarde. Mi niña quería hacer pipí y yo quitándole las bragas allí de mala manera para no pedir permiso. Me estaba esperando la jefa de Falange y toda su gente; bueno, como si fueran a recoger yo que sé a quién; total que me dice: "Hombre, menos mal que ya la tenemos aquí a la Cerdeño". Me dieron dos bofetadas o tres bien dadas; mi niña se asustó, tenía dos añitos. Y yo les dije inmediatamente: "Si me vais a bajar a los calabozos, mi hija no baja". Estaban detenidos todos los responsables de allí y todos los de Mora de Toledo, fijate, con todos los que había cogido. Yo no quería que mi niña viera todos esos espectáculos, y les dije: "Yo entrego mi hija a mi suegra, pero no me bajo a los calabozos con ella. Allí estaban como en una orgía, como si hubieran cogido yo que sé a quién.

—¿Es que tú eres de Mora de Toledo?

Yo pasé toda la guerra en Mora de Toledo. Mi marido, Eduardo Sánchez Biedma, era de allí, y estuvimos viviendo en el pueblo. A la niña me la recogió mi suegra y estuvimos en los calabozos todo el tiempo que quisieron; luego nos llevaron a juzgar a Toledo, en la cárcel de Gilitos, en la provincial. Me condenaron a treinta años. En dos habitaciones que hacían unos tres metros por dos estábamos metidas sesenta mujeres con los patates, con una comida malísima. Estaban las hermanas de Trinidad García Vidales y muchas campesinas. Muchas estaban sin juzgar. Había una, Manuela Aguilar, que tenía dieciséis años, era de Orgaz (Toledo), y la habían cogido por su hermano; ella había sido siempre muy rebelde, pero nunca se había metido en nada. Solo que a los fascistas no los podía ver. Como decía ella: "Yo durante la guerra es que no les he podido ver". Eso de que bombardearan la ponía rabiosa, pero no sabía de política ni nada.

Era muy rebelde, ya ves qué delito, y estaba allí con nosotras. Cuando nos juzgaron nos llevaron a Ocaña; a ella también le echaron treinta años; pobrecilla, era una criatura. En Ocaña había una situación malísima. Estábamos en el patio de los condenados a muerte, pero arriba, en un departamento que había en muy malas condiciones; había un celular y salas. A las que pensaban que nos habían juzgado y tenían treinta años todavía sin notificar, o sea sin confirmar la sentencia, nos llevaban a celdas, y algunas veces estábamos siete u ocho en una celdita pequeña. Teníamos un cantar que me lo sé bastante bien:

Y de donde, amigo, vengo
una casita que tengo
allá abajo en el penal.
Una celdita chiquita
que tiene media rejita,
que no penetra ni el sol.
En un ángulo de un lado,
un servicio necesario
que parece un butacón.
Con lo que hay junto a la puerta,
cual si fuera una despensa,
los botijos de beber
y todos los cachivaches,
las maletas y los trajes
colgados en la pared.
Los petates los doblamos,
nos sentamos de mañana...
y luego al anochecer,
sin otra luz que una vela,
extendemos la *catrela*
y a dormir si puede ser.

Llegamos a Ocaña con unas comidas... Me acuerdo que había familiares que llevaban cosas crudas, claro, campesinos; llevaban patatas y de todo, y yo me comía las cáscaras, porque como no teníamos... Las limpiábamos y nos las comíamos; pero no yo sola sino muchas. En ese departamento de mujeres había un sala donde estaban cuarenta madres con cuarenta niños... Con un retrete pequeño en muy malas condiciones.

No había nada para lavar, las madres tenían que lavar la ropa de los niños en un orinal o una palangana. No siempre podíamos bajar al patio, nada más que una hora al día, había veces que no nos la daban porque habían llegado ingresos de condenados a muerte que venían de otras prisiones y los ejecutaban en Toledo. Las madres se ponían la ropita a la cintura cogida con alfileres, y cuando íbamos al patio iban aireando la ropa para que se fuera secando; también la repartían entre las compañeras para que las ayudáramos. “Que no tengo pañal para el niño”, pues a secarlo, e incluso nos lo metíamos en el pecho, así secábamos la ropa.

Esos niños no tenían mucha ración, pero les daban algo de comida de enfermería. Estaba allí como director general Amancio Tomé, y el médico oficial que teníamos en Ocaña era su hijo, que lo habían suspendido muchas veces porque no valía para médico, pero en fin, allí el padre como fuera hizo que le dieran el título e ingresó en prisión.

Se hizo responsable de los niños y tenía la obligación de ir todos los días a ver cómo estaban; pero iba cuando le parecía bien, dos veces a la semana o una, y “¿qué tal los niños?”. Como era un tío demagogo: “Ay, cómo están todos mis niños”. Había una niña que se llamaba Hortensia que se las sabía todas; tenía cuatro añitos pero

decía: “Sí, sí mucho decir que nos quieres y resulta que no nos dan la comida de enfermería”. “¿Cómo que no os la dan?”. “Pues os tienen que dar un filete”. “Pues a nosotros no nos dan filete”. Los otros se animaban y todos decían: “Es verdad, no nos dan filete”. Él no quería hablar con las madres, tenía que hablar solamente con los niños; porque decía que las madres chillaban mucho, que lo atolondraban, y decían las madres: “Es que no tenemos posibilidades de que nuestras familias nos traigan nada y estos niños se están muriendo aquí de necesidad y de anemia”. Pues así estubo durante dos o tres años la situación en Ocaña. A mí me llevaron en el 40 y estuve hasta el 43 en esas condiciones, malísimas. Cuando lavábamos la ropa la teníamos que tender en las paredes porque no había otra manera; y dejarla que chorreara, y te caía el agua encima del petate. Por mucho que la exprimieras, pues fíjate tú; y si querías tener un toalla en condiciones, que estuviera limpia, tenías que lavarla, ¿no? Y no teníamos lavadero ni nada.

Avisaron de que venía la jerarquía de Toledo para hacer una visita y todos teníamos que formar en el patio menos los condenados a muerte, a los que veían por las celdas. Entonces dijo un funcionario: “Los niños que también bajen, con sus madres”. A los niños les habíamos comentado muchas veces por qué estaban en la cárcel, por la mamá, y “ya veréis cuando esto cambie, que venga una democracia, ya veréis como los niños vais a tener colegios y muchas cosas de comer”. “Ay, qué bien”, decían los niños. Tenían cuatro o cinco añitos el que más; los había más pequeños todavía. Los jerarcas eran el jefe de Falange, el obispo, bueno, todos los de Toledo, y a formar todas. Formaron las madres con los niños, delante, y entonces un funcionario dice al jefe de Falange y al obispo: “Ya verán ustedes qué niños tenemos más graciosos: ahora cantarán el *Cara al sol*”. Y les dijo a los niños: “A ver, a ver esos niños, que canten a estos señores”. Y los niños se asustaron de tal manera que uno de ellos alzó el puño y todos alzaron el puño en vez de estirar la mano, que era lo que obligaban a hacer cada día. Bueno, el tío... “Esto es un bochorno”. Y el obispo y el jefe de Falange y todos. Estaba Juan Bautista de director de la prisión, y dijo: “Inmediatamente que les corten el pelo, a las madres sobre todo; porque son las que tienen la culpa de que los niños hayan alzado el puño. Y ya veremos si no se lo cortamos a todas las demás. Éramos quinientas y pico de mujeres. Inmediatamente mandó una brigada de peluqueros y a todas las madres les cortaron el pelo; se lo afeitaron sencillamente. Los niños llorando: “Por mi culpa te cortan el pelo, por mi culpa”. Algunas madres reaccionaban bien, otras no, y decían. “Tú no tenías por qué haber hecho eso”; ya sabes las reacciones de algunas. Otras no, otras decían: “Efectivamente no tienes tú la culpa, hijo mío. La culpa la tiene el fascismo, que por eso estamos aquí metidas”. Así pasé yo la época de Ocaña.

Salí de allí en el 43, en noviembre. Me marché a Consuegra, que estaba allí mi niña con mis suegros, y me llamó mi marido; me mandó recado por un camarada que se venía a España, y que si yo quería colaborar. Yo ya había estado colaborando en Consuegra, y dije: “Para lo que haga falta estoy a vuestra disposición”. En el 46 caímos. Estuvimos en la Dirección General de Seguridad los dos, pasando lo nuestro. Fue la caída de Zorua. En octubre del 46 caímos todos. Yo fui de las últimas que cayeron, el día 31; a mi marido ya le habían torturado y había muerto ya.

—De tu marido se dijo que lo sacaron a hacer una diligencia y se había tirado al metro.

No, no, de eso nada. Esa versión no es cierta, a mi marido lo mataron a palos en Gobernación; lo que pasa es que dijeron que se había tirado al metro. A Eduardo le pegaron mucho, le pegó Conesa tanto que se quedó con él, porque tuvo una hemoptisis en la Dirección General y de eso murió. Hay otra versión, lo que ellos dijeron. Cuando me llevaron a mí a Ventas fueron del Juzgado número 8 para que yo reconociera el cadáver, que estaba en el Juzgado. Me dijeron: “¿Este es tu marido?”. “Pues, sí, efectivamente, no puedo negar que es mi marido”. “Bueno, mira, te vamos a dar la cartera y toda la documentación de él, el anillo y todo, porque se ha suicidado”. “A mi marido lo han matado vilmente a palos en Gobernación”. “Pero, cómo que...”. Estábamos en un locutorio de jueces y claro, no me podían tocar porque estaba la reja; si estoy fuera me pega. “Pues, aunque ustedes digan lo que quieran, a mi marido lo han matado en Gobernación”, y así quedó. Yo estaba todavía incomunicada en la cárcel de Ventas. Allí estuvimos hasta diciembre, que nos juzgaron en Ocaña. Efectivamente era una versión falsa que había dado la policía y el Juzgado número 8, la prueba está que al salir en libertad quise averiguar y me dijeron los del metro que en esta fecha no había pasado nada, y en el depósito judicial al que fui también estuvieron mirando en el libro de registros, y allí no encontraron en absoluto el nombre de mi marido para nada como suicidio en el metro, estaba bien claro, porque dio la casualidad de que en aquellos días a Eduardo lo llevaron a una parte que llamaban *la Siberia*, en la Dirección General; allí había un departamento de piculinas, de mujeres de la vida. Estas mujeres las obligaban a fregar, a limpiar y a barrer los departamentos celulares. Llamaron a una de estas piculinas para que limpiara, porque estaba todo lleno de sangre de la hemoptisis que había tenido Eduardo, y estuvieron limpiándolo con un cubo de agua. Esa mujer en Ventas se me presentó y me dijo: “Ya tenía yo ganas de verla a usted, porque me dijo su esposo: ‘Si llegas a ir a Ventas, tienes que verte con una que se llama Ceci, que es rubita, y le dices cómo me has visto y que su marido la quiere mucho y que no la ha olvidado jamás, que va a morir y que siempre la he tenido presente’”.

Después nos juzgaron en diciembre con Zoroa y Lucas Núñez. Estos dos compañeros fueron penados a muerte y fusilados. A mí me echaron treinta años, durante el juicio Zoroa dijo: “¿Dónde está Eduardo Sánchez Biedma, que no está aquí presente?”. Yo contesté al tribunal del consejo de guerra: “Porque lo mataron en Gobernación a palos”. Teodoro Carrascal dijo: “Efectivamente, así es”. Y la Guardia Civil: “Usted, cálese”. “No, ¿cómo me voy a callar? era un compañero con el que he estado detenido; estábamos en la Dirección General y de la noche a la mañana no aparece más”.

Estuvimos en Ocaña y de allí otra vez a Ventas; y cuando nos confirmaron la sentencia, pasamos a Segovia. Yo no puedo decirte de mí, porque a mí me gusta más hablar en general de todo. Cómo vivíamos, en qué condiciones estábamos en Segovia en tres salas; con unas condiciones malísimas, porque los petates no nos cabían bien; teníamos solamente cuarenta centímetros de anchura; y claro, por mucho que querías meter el petate no podías, y tenías que estar con una lucha incansable. Éramos más de setenta mujeres en mi sala, insuficiente para colocar los petates. Nos daban unas comidas malísimas; en Segovia... fuimos al director para proponerle que nos pusiera cocina colectiva para poder comer alguna cosa caliente, más casera, mejor hecha,

unas patatitas que nos mandaran o algo así; bueno, nos lo teníamos que pagar todo nosotras; el carbón, la leña. En Segovia hacía un frío tremendo y teníamos unas cantimploras de esas de soldado para tener un poquito de agua caliente cuando nos acostásemos, porque si no, no podíamos dormir del frío que pasábamos. Había veces que nos teníamos que acostar tres o cuatro juntas con las mantas de todas, porque si no, no reaccionábamos al frío que teníamos. Por llenar las cantimploras de agua pagábamos cincuenta céntimos; y además no nos la llenaban, y si no estaban llenas no tenían calor; teníamos la lucha de que nos la llenaran por lo menos para dormir, y como eso todas las cosas.

Aquello estaba controlado por una funcionaria que no tenía escrúpulos de ninguna clase. Si bajábamos ya las patatas preparadas, o habíamos comprado un chicharro para llevarlo al horno, pues nos quitaba la mitad; no nos daba ni siquiera la comida, y eso que era nuestra. Daban un rancho malísimo; por la mañana te daban un café de recuelo, que eso no era ni café ni nada. Estuvimos luchando todo el tiempo. Yo he estado allí diez años, y como yo, muchísimas compañeras. En cuanto decías algunas cosa, enseguida ibas a la celda de castigo. Un día recibí carta de mi hija, y para mí estas cartas eran como un tesoro. Me decía mi suegro que había leído en la prensa que estábamos estupendamente porque nos habían puesto calefacción, je. Me indigné tanto que le escribí a vuelta de correo, pidiéndole permiso a la funcionaria, y le decía: “¿Cómo es eso que has leído tú en la prensa? Aquí no la podemos leer porque no la autorizan, pero eso es mentira; aquí de calefacción, nada. Aquí lo único que tenemos es calor humano que nos damos las unas a las otras, calor animal y humano es lo que nos damos”. Esta carta no salió; me llamó el capellán; era más falangista que otra cosa, y me dice: “Vamos a ver, Cecilia, ¿has visto lo que has dicho de tus compañeras?”. “¿Qué he dicho yo de mis compañeras?”. “Sí, eso del calor humano, calor animal”. “Animales racionales, ¿no? ¿Es que usted no ha leído la carta de mi suegro? Decía que la prensa ha dicho que teníamos calefacción central. Usted sabe que no es verdad eso, ¿a que no es verdad? Pues yo me he indignado, porque usted ya sabe bien el frío que pasamos, que hay veces que estamos a catorce bajo cero”, con unos carámbanos que caían así. “¿Cómo es posible que digan que tenemos calefacción! Además hace tres o cuatro días que he mandado esa carta y todavía está aquí”. “Es que no podemos comprender tanto como quieres a tus compañeras y resulta que las llamas así”. “Sí que las quiero, muchísimo, no sabe usted bien lo que las quiero a todas. Nosotras sentimos un respeto mutuo, y si digo calor animal o calor humano, no es para insultarlas, si no fuera porque nos ayudamos mutuamente como podemos, no soportaríamos el frío, pero usted es más malicioso que nosotras y ha ido más lejos, usted sí que nos insulta. Y si la prensa ha dicho eso, es mentira y yo lo tenía que desmentir para que en mi casa lo sepan. No sé expresarme de otra manera”. Como esto han ocurrido cincuenta mil cosas, injusticias de todo tipo. Pero no nos han roto la moral y hemos luchado por nuestros derechos dentro y fuera de la cárcel, y seguiremos luchando.

Carmen Chicharro Asenjo

Empleada en la Compañía Metropolitana de Madrid. Entré a trabajar en dicha compañía en 1933. Mi lucha en el metro creo que fue eficaz, ya tomé contacto con

los compañeros. Desde el año 31 había una célula del Partido Comunista, con los camaradas Esteban Díaz, Eufrasio Díaz, Julia Valverde, Molinero... Yo fui una militante más en el año 33; entré al Partido en años muy difíciles; nosotros veníamos de una familia comunista, un tío nuestro fue uno de los fundadores del Partido, Emeterio Chicharro Vega... He estado detenida varias veces en el año 34; en octubre ingresé en la cárcel como revolucionaria; en octubre paramos el metro. Todos los trabajadores hicimos huelga en solidaridad con los compañeros asturianos, se cerró el metro pero hubo esquirolas y represalias. A mí me detuvieron con Esteban Díaz y todo el Consejo Obrero, a todos los compañeros más destacados, y despidieron a muchísima gente. En la cárcel entraron todo el Consejo Obrero, que estaba compuesto por la mayoría de compañeras que no eran del Partido; detuvieron a Carmen Meana, a Julia Valverde y a muchas compañeras. Al salir yo a los tres meses en libertad, el resto de las compañeras siguieron en la cárcel, me hicieron juicio y fue Victoria Kent la que me defendió; automáticamente quedé despedida del metro de Madrid, y otras más, quedaron en la calle. Mi hermana Aurora estaba con otra amiga, Dominga, en el Sindicato de la Aguja; y a mi hermana Mercedes le hicieron depuración, pero siguió trabajando en el metro. Yo seguí el trabajo en el Partido, en la ilegalidad.

Voy a hablar un poco de mi trabajo dentro de la compañía del metro, porque es donde tuve mi actividad de Partido. En la clandestinidad tirábamos un periódico que se llamaba *El Globo Rojo* y el camarada Zarzalejo venía a casa a traernos el material, porque se daba la circunstancia de que mi padre era capitán de la Guardia Civil, y ponía el tricornio y la capa en el recibidor, venía la policía y veía aquello y se iban, no entraban a registrar, y mi casa estaba llena de propaganda; continuamos en la lucha hasta que se fueron preparando las elecciones del 36. Fueron saliendo de la cárcel todas las compañeras, Carmen Meana, Julia Valverde. Pero los hombres no; nosotros íbamos a la cárcel Modelo a llevarles comida. Hicimos una recolecta para llevarles el sueldo a los compañeros, y en el metro se recaudaba también clandestinamente dinero para las familias que tenían a los maridos despedidos. Empezamos a preparar las elecciones. Nosotros pertenecíamos al Sindicato Nacional Ferroviario y estábamos en contacto con los ferroviarios del norte, con Domingo Girón, Arturo Giménez, Lucio Santiago, José Gómez, Antón... Nos reuníamos en la calle de Mendizábal; allí teníamos un local los ferroviarios, para ir preparando las elecciones que se acercaban. Vendiendo *Mundo Obrero*, que se redactaba y se vendía clandestinamente. Mi padre estaba en el pueblo de Fuencarral pero venía a Madrid todos los fines de semana, entonces mi hermana Aurora, mi tío Emeterio, y mis primos hacíamos fiesta; nos íbamos a la Casa de Campo a merendar y allí nos reuníamos; hacíamos bailes.

Ganamos las elecciones y después de mucho estira y encoge conseguimos la amnistía para los presos políticos y nuestras compañeras de la cárcel, nosotros estábamos despedidos, sin contar con nadie cada uno ocupó su trabajo; y sin más consecuencias, porque nadie nos pidió explicaciones.

El primero de mayo de 1936 fue una gran fiesta, después del triunfo de las elecciones. Por primera vez la clase obrera celebró la fiesta del trabajo, sin ponerle impedimentos gubernamentales. La Casa de Campo fue testigo de la alegría del pueblo. De regreso los jóvenes cantando todos y en manifestación, se metieron los falangistas



Carmen Chicharro, conocida como gran activista en el metro de Madrid al igual que su hermana Mercedes, Julia Valverde y Esteban Díaz, ya muertos estos dos últimos sin ver el final del franquismo.

de José Antonio y mataron a Juana Rico. El entierro fue una gran manifestación; aquella muerte tan odiosa dio lugar a estrechar más nuestra unidad de las fuerzas de izquierda. Se hicieron elecciones, se eligió a las compañeras delegadas y se formó el Consejo Obrero.

Estaban en él Mercedes Huelmo, mi hermana Mercedes, Julia Valverde. Entre socialistas y comunistas estaba formado. El Partido siempre decía que se estaba fraguando algo, que tuviéramos cuidado, que el enemigo estaba ahí, que no se había ido y que había que estar más vigilante que nunca. En un mitin, el Partido hizo saber a los españoles la situación real de España y que no nos durmiéramos en los laureles. En verano nos sentábamos en un velador, en la plaza de España, de vigilancia todos los ferroviarios; un día llegó Pepe Díaz y nos dijo: "Alerta, que se está preparando un levantamiento militar. No se sabe dónde". A los pocos días mataron al teniente Castillo y unos días después mataron a Calvo Sotelo, y ahí ya vino todo.

Vino la guerra y estábamos preparados moralmente, pero sin armas, a pesar de eso el pueblo se defendió... En el metro se formaron las milicias y nos presentamos las mujeres, por lo menos dieciocho nos fuimos voluntarias a las milicias ferroviarias. Tenían el cuartel en General Mola hoy (antes era Príncipe de Vergara), en un colegio. Allí aprendimos el manejo de las armas y hacer cursos de enfermeras... Hicimos de todo en seis meses que tuvimos de aprendizaje. Cuando el acoso a Madrid ya sabíamos manejar las armas, y preparadas como un militar más. Después del asedio a Madrid, se va formando el Ejército, las milicias iban desapareciendo, forman parte del Ejército los ferroviarios, con los trenes blindados al cerro de la Plata y a la estación del Norte. Nosotros a los seis meses del aprendizaje, nos vamos a trabajar al metro. Nos pasaba lo siguiente; por ejemplo, un UHP que entraba y no quería pagar; uno que venía del frente, otro de la policía, y tampoco. Nosotras vivíamos del metro, y si no ganábamos no comíamos. En el Consejo se formó un comité de UGT y CNT para controlar. Teníamos guerra pero además teníamos otra interior que era con los desaprensivos y la quinta columna. Salíó un aviso de que todo el mundo tenía que pagar, ni soldados ni nada, porque nosotros teníamos que comer, éramos trabajadores como los que estaban en las fábricas, como los del campo. La comisión del Consejo Obrero pidieron los libros de contabilidad y vieron que la compañía debía al Banco de Vizcaya diez millones de pesetas —en aquellos años—, y nosotros decíamos: "Si no paga la gente, este mes no cobramos". Así que otra lucha; todo el mundo a pagar. "A ver, tu billete". "No llevo billete, soy de tal". "Aquí paga hasta Miaja, porque esto es nuestro y tenemos que defenderlo nosotros; ya no es de la empresa, es de los obreros, conque venga, a pagar". Pero tuvimos una lucha de tres meses para hacer ver al pueblo que no era de la empresa, sino de los trabajadores, que así era efectivamente.

Las necesidades de la guerra requerían muchos hombres y se fueron muchos empleados del metro; entonces las mujeres tenían que ocupar los puestos de los hombres; antes de irse al frente los compañeros, las mujeres tuvimos que perfeccionarnos en jefe de tren, en soldadoras, en conductores, irnos a los talleres de carpintería. También formábamos un taller de costura, donde se confeccionaba ropa para llevarla al frente. Se hacían dos turnos, desde las seis de la mañana a las dos de la tarde y de las dos a las diez de la noche, a las diez se cerraba; las compañeras que

trabajábamos por las tardes, íbamos por la mañana al taller de coser; y las de la mañana iban por la tarde a los talleres. Todos los puestos de responsabilidad que dejaron los hombres lo ocupamos las mujeres. También se hizo una guardería y se la llevaron a Valencia; las madres se fueron con los hijos y a esas madres había que darles el sueldo, fíjate si hemos luchado nosotros. Salió el metro adelante, y cuando terminó la guerra se había pagado la deuda, nos habíamos subido el sueldo a cinco duros —en aquellos tiempos cinco duros diarios...— y habíamos dejado otros diez millones de ganancias. Eso, los trabajadores del metro, la única empresa que dio ejemplo durante la guerra; con reuniones van y reuniones vienen, los servicios controlados por los propios trabajadores... Se aprovechó la chatarra, vagones que no se usaban, etcétera. Como no se podían reparar ni montar nuevos, porque la fábrica estaba en Zaragoza, zona franquista, teníamos que aprovechar todo, y forjar trenes y vagones. Las mujeres supieron estar a la altura de los hombres. Dentro del metro pusieron unos talleres de guerra, en la estación de Lista y Diego de León, que estaban cerradas, y allí se fabricaban armamentos de guerra. Un buen día un cabrón del metro, un fascista, los voló. No hubo muertos y gracias que la explosión salió a la calle, que si sigue en los túneles del metro, todo el personal muere, mil y pico de empleados.

Termina la guerra y se hace cargo del metro la Falange; uno de los componentes que ha muerto ya, era de la Falange, fue a buscar a Esteban Díaz, que estaba detenido, había tenido un cargo muy importante en el metro, y le iban a fusilar en El Escorial, le salvó la vida su política recta de un gran comunista que supo respetar en momentos difíciles las vidas de ingenieros y técnicos, a eso se debe que viva. Ya terminada la guerra, automáticamente se hace dueño del metro en el quinto regimiento de ferrocarriles y aparecen coroneles, tenientes y te militarizaban. Con la Junta de Casado, los propios compañeros socialistas te denunciaban y a la cárcel, allí estábamos los fascistas y los comunistas, ellos cantando a su Falange y nosotros cantando *La Internacional*. Mi hermana y yo estábamos en San Antón. Termina la guerra y nos echan a todos al mismo tiempo a la calle. A mi padre lo detuvo la policía, que si lo detienen los de Falange lo matan, y precisamente lo llevan a la misma celda donde estábamos nosotras, en San Antón. Vivíamos evacuadas en la calle del Conde Aranda número 1, en casa de un médico; nosotras todo muy respetadito, todo muy limpio, porque tenemos que demostrar lo que somos; estuvimos quemando cantidad de materiales, el humo que llegó a echar la chimenea. Entonces vino el dueño y nos dijo que nos teníamos que ir. Dijo: “Me gustan ustedes porque está todo ordenado, todo limpio”. “Somos personas, queremos vivir como ustedes”. Nos fuimos a un hotel que tenían mis tíos, una hermana de mi padre que era nuera de Virginia González, en la colonia socialista de Cuatro Caminos, en la calle de San Raimundo, muy castigada por los obuses. Nos metimos allí, mi madre, mi tío Emeterio, mi hermana Mercedes y yo; mi hermana Mercedes estaba en estado, tenía cuatro hermanas más pequeñas, que tres se unieron a nosotros, mi hermana Aurora estaba en Galicia, donde la cogió el movimiento.

Yo seguí trabajando en el metro, mi hermana Mercedes no se presentó; los tenientes y coroneles nos hicieron cantar el *Cara al sol*, y toda esa retahíla, estábamos militarizadas. En el paseo de la ciudad de Barcelona, donde están todos los ferrocarriles, hay unas oficinas muy grandes, allí pusieron un tribunal, donde había que hacer una

declaración jurada con una pregunta: “¿Conoce usted a alguna persona destacada de izquierdas?”. Yo hice la declaración jurada: dije que no conocía a nadie, había algunos que pensaban que echando la culpa a otros se salvaban ellos; pero qué incautos, qué poco conocían al fascismo; en la declaración jurada algunos pusieron que en el Consejo Obrero estaban fulano, y mengana. Seguí trabajando pero me espiaba le policía, y yo me decía: “Tú me vas a espiar a mí pero se vas a ver negro; me cográs pero te va a costar tu trabajo”. Salíamos a las diez y media, iba a Cuatro Caminos, pero una noche bajaba en Estrecho, otra en Tetuán; es decir que los despistaba, y le dije a mi hermana: “Mira, Mercedes, ahora todavía no saben dónde vivimos; pero papá está en la cárcel y verás cómo van a preguntarle dónde estamos”, y estaban mi tío Emeterio y mi hermana allí escondidos y decíamos: “¿Qué hacemos?”. “Yo, mientras no me descubran, el sueldo está seguro”, porque hacía falta para mantener a mi padre y hermanos; con treinta duros, ya me dirás. “Mientras no me hagan nada, yo sigo trabajando”. “Ay, Carmen, que te va a pasar algo”, decía mi hermana. “Qué me va a pasar; y si me pasa ya veremos”. Estaban despidiendo por lista y a mí me tocó la lista del 4 de junio del 39. Le dije a mi madre: “Hoy es el último día que trabajo en el metro, mamá, irán a la cárcel a preguntar a papá dónde estamos Mercedes y yo”. Me dijeron: “Carmen Chicharro, que se presente en Ventas”. “¿Para qué, para dejar esto?” —era el carné—; y me dice el jefe: “Tienes que ir a Ventas para dejarlo”. “Pues toma, que yo a Ventas delante de los tenientes no voy”. Y no me presenté a los tenientes ni coroneles; me fui a casa y dije: “Ya estoy despedida, mamá, ahora es cuando hay que tener más vigilancia, porque están procurando saber dónde estamos, si salgo o si entro, con quién voy y con quién no voy; así que quieta aquí”. Mi madre se iba a Porlier de mañana a ver a mi padre y llevar el paquete; pasaba un día y otro. El día 1 de julio me despidieron y el día 13 de julio la policía en casa; la policía eran dos compañeros del metro; mi hermana Mercedes se escondió detrás de la puerta y su marido, que ya estaba también con nosotros, estaba en el patio, y dije: “¿Desde cuándo sois policías vosotros?”. “Date prisa, nena, y vente”. “¿Dónde está tu hermana?”. “Pero si mi hermana está en Francia desde que se marchó mi hermano; ahí va a estar para que la cogierais vosotros. Mi hermana se dio el bote el día 15 de marzo”. “Venga, menos charlar”; y yo pensé: “Tienes razón; cuanto más pronto me vaya, más pronto se irá mi hermana de la casa”; así que me puse una bata y nos fuimos. Cuando vino mi madre de la cárcel se enteró que me habían llevado, y mi madre le dijo a mi hermana Mercedes: “Vete a La Coruña a Casa de Aurora, con tu marido y el tío Emeterio”, y se fueron por la noche. Había estado Fernando Claudín en esa casa, por la mañana, con mi tío; se veían todos los días en la Dehesa de la Villa; a nosotros en el barrio no nos conocía nadie.

Cuando me detuvieron me llevaron a la Falange del metro, en la calle de la bola, una que está detrás de la calle Valverde; ahí estaban detenidos Molinero, Esteban Díaz, Eufasio Díaz, Zarzalejo, todos los del metro, y me dicen los falangistas: “Anda que buena te ha puesto Esteban Díaz, ¿eh?; ha dicho que has hecho esto y lo otro”, y yo callada. “Ya hemos cogido a tu hermana, ¿eh?”. “Y a tu cuñado Lucio también; los hemos cogido en la frontera”. “Tú no dices nada”. Yo, con el carné del Partido en el pecho, pero callada. “Bueno, como no hay nada contra ti te vamos a dejar en libertad”. Yo pensaba: “Para espiarme, para saber dónde voy”. Me dejan en libertad a los

ocho días y me voy a mi casa. Allí cada día a ver qué hago, yo hacía mi vida normal, como no veían nada, ni a mi hermana ni a nadie, me detienen y me llevan a la dirección del metro, donde están los coroneles, y uno me dice: “Bueno, como no quieres decir nada te vamos a ingresar en la cárcel”. “Pues estoy deseándolo, eso es lo mejor que me pueden hacer, llevarme a la cárcel”. “Pero es que antes tienes que pasar por otro sitio, guapa”.

A la Dirección General de Seguridad, a los sótanos aquellos, donde estaban las cuadras; allí me llevaron y estuve un mes, y en ese mes lo que se vio fue horrible; cómo bajaban los hombres... Te ibas a acercar a limpiarlos, a auxiliarlos, y te pegaban a ti. Vi estrellar un niño de tres meses contra la pared, porque la madre no quería decir dónde estaba su marido. A mí no me pegaron, no, yo creo que los jefes del metro habían dado órdenes de que no nos tocaran. Me llevaron a Ventas. Entré al poco tiempo del fusilamiento de las menores, y cuando entré dije: “Si hay sitio en el sótano tercero izquierda, llévenme allí”. “¿Cómo sabe usted eso?”. “Porque ya he estado en octubre y quiero volver a estar allí”. Efectivamente me llevaron allí; había muchas compañeras del metro también detenidas; me acuerdo de que la primera vez que estuve, en octubre, estaba la madre de Hildegard, aquella que mató a su hija.

Estuve un mes sin que me tomaran declaración de veinticinco denuncias que tenían de compañeras de metro; decían que las había coaccionado yo para coger el carné del Partido Comunista, que había estado en las milicias ferroviarias, que había desfilado por las calles de Madrid, que salí en el periódico *La Hora* y en *Estamos*, que había estado en el frente, que me había puesto mono y pistola, todo lo que querían. Había estado desfilando, claro; al frente solo fui de visita, a llevarles ropa y tabaco; estuve en la Moncloa, en los trenes blindados también, pero de visita. Estuvimos también en Sigüenza a llevar ropa a los soldados, que estaban llenos de piojos, para eso pusimos el taller. Todo eso lo sabían ellos porque estaban con nosotros. El día 20 de noviembre del 39, consejo de guerra. Fui con cuatro periodistas, tres ferroviarios y —no recuerdo si se llamaba Catalina Mayoral— una comadrona. Detrás nuestro estaba toda la jefatura del metro, segunda sala, quinto consejo, expediente número 42 042; con petición de pena de muerte, pero salí condenada a treinta años; al mes, firmé doce años y un día.

Me mandaron a Zaragoza. Me acuerdo que nos sacaron de la cárcel de Ventas a la estación de Atocha, y nos pasaban listas: “Carmen Chicharro”; “Servidora”, y dicen: “Esta es la hija del capitán Chicharro, que está preso en Porlier”. Formaron el mercancías y salimos de Madrid, el viaje se nos hizo larguísimo. Te echaban en vía muerta, pasaba el exprés y tú seguías en la vía muerta, sin comer y sin nada, sacábamos la cabeza por los ventanucos de los vagones e animales y gritábamos: “Queremos cagar”, y ni caso. Llegamos a la una y media o a las dos de la mañana del quinto día, cantando *La Internacional*, que despertábamos por donde pasamos al pueblo de Zaragoza. Llegamos a la cárcel y el director nos quería formar expediente y nos querían fusilar, el edificio era un antiguo convento habilitado para cárcel, pero las viejas aragonesas nos explicaban que aquel convento, llamado de Predicadores, ya había sido cárcel en tiempos de la Inquisición, y no lo pusimos en duda cuando vimos las celdas. Estuve incomunicada tres meses en la celda.

Luego me llevaron a Amorebieta; quién daría la orden de esa expedición, que llegamos y no había sitio; nos llevaron a Durango y allí estuvimos veinticuatro horas, no había sitio tampoco y otra vez a Zaragoza. Allí estuve hasta que me dieron la libertad vigilada. En Zaragoza tenía yo un pariente, que estaba en los juzgados, que iba a comunicarme conmigo, yo no sabía que tenía ese pariente allí, mi madre le escribió desde Madrid y se presentó a verme, y dijo: “Voy a ver si por el teniente general de la Audiencia de Zaragoza te pueden dar la libertad y te quedas en Zaragoza, sin ir a Madrid”. Pero se conoce que no se lo concedieron y mi madre en Madrid volvió a buscar a un teniente coronel de la Guardia Civil, que fue amigo de ella desde la niñez, y habló con él; este señor por lo visto me arregló la libertad vigilada y salí en el año 42, presentándome en Madrid al cuartel de la Guardia Civil del primer tercio, donde ahora están los Nuevos Ministerios; allí me tenía que presentar todos los días. Como tenía mi hermana en Galicia, le dije un día al teniente: “¿Yo no podría ir desterrada?”. Y dice: “Pero si te estamos preparando el destierro”. “¿Dónde quieres ir?”. “Yo, a Galicia”. “Pues va usted a Galicia”. Y así fue como me uní a mis hermanas, Mercedes había dado a luz y se le había muerto el niño; estaban también mis tíos.

Y ahora viene lo de la revista *Interviú*; te lo voy a decir y... Qué pena que no estén mis hermanos de Francia, porque te darían más detalles. Vivíamos en la calle de la amargura; mi otra hermana que ahora está en Francia, Aurora, también se puso de doncella en casa de una marquesa; mi hermana Gloria estaba de niñera, y yo, sirviendo. Teníamos una organización muy maja; había un tal Alberto que está ahora en Venezuela, se hizo abogado en Burgos, era de nuestro expediente; Marino Granda, asturiano, un chico muy maja; Paco Comín, el que vendía libros. Teníamos una organización estupenda. Mi cuñado Vicente también estaba pero no nos conocíamos entre nosotros; yo no conocía a ninguno hasta que pasó lo que pasó. Aunque estábamos sirviendo, todos los ratos libres nos íbamos a casa de mi hermana y allí nos reuníamos todos los que entre nosotros nos podíamos conocer. Llega el Generalísimo con toda su escolta y hacen una gran redada; Lina, Rosa y Angelines, tres confidentes de la policía, lo que hicieron fue monstruoso. Aurora y mi cuñado Vicente se fueron; mi hermana Mercedes se dio el bote. Mi hermana Gloria ya se había ido a Zamora de niñera; la otra se había venido a Madrid, pero a mí me cogieron. Mercedes se encontró con Aurora en Lugo; mi hermana Aurora y mi cuñado Vicente, de casa en casa con nombres supuestos. Mi hermana Mercedes, guardando cerdos en la Sierra de Lugo; nos cogieron a mí, a mi tío Hilario, a mi tío Emeterio y a mi tío Vicente. A mi tío Emeterio le metieron una que le dejaron... Murió agarrado a la puerta del retrete, así, como un monstruo murió; y toda persona que reclamaba el cadáver quedaba automáticamente detenida, en los calabozos de la policía. Murió en el Palacio de Justicia. Detuvieron a José, que ese saltó por la ventana del Juzgado, se fugó y hasta la fecha. Y a mí me cogió una mujer, parece que la estoy viendo, que me registró, era alemana la que actuaba entonces, la policía estaba a su merced, todo lo que aprendió la policía española fue de la Gestapo, porque aquí pusieron escuelas de estudios para los interrogatorios. Y allí estaba la matrona esa, que era una mujer muy alta y muy fuerte.

Me bajaron a los sótanos y sacaron de los cajones de la mesa del despacho unos látigos, y haciendo “caricias” con el látigo me pusieron en cueros; me dieron en este

riñón, que lo tengo hecho polvo, y luego, como empecé a chillar, me pusieron una mordaza; la mujer esa alemana me cogió por los brazos y me sujetó, y los otros me cogieron las piernas y me las pusieron así, como un tocólogo en un reconocimiento. La alemana me ató los brazos y las piernas y se marchó; entonces uno se quitaba, otro se ponía, así hasta que me dejaron sin conocimiento, no sé el tiempo que estuve allí, por lo menos me tuvieron allí tres o cuatro días. Yo no podía andar cuando me llevaban al Palacio de Justicia; me vieron los camaradas y mi tío y se quedaron asustados; iba como un monstruo y ellos estaban destrozados; aquello fue de espanto. Y vino un guardia de la Policía Armada: "Pues sí, te han puesto buena, ¿no? Si vosotras las rojas sois unas putas, si a ti esto no te habrá hecho mella ni nada". Y estaba completamente... deshecha.

Me llevaron a la cárcel; estuve gubernativamente a disposición de la Dirección General de Seguridad; hasta que no dieran fin a la redada buscando a mis hermanos y a los otros. Y como no los encontraban me pasé cinco o seis meses metida en la cárcel. Luego vino la orden de Madrid de ponerme en libertad vigilada; me tenía que presentar a Falange y a la Guardia Civil y me tenía que poner a trabajar para subsistir. Allí la gente que se dedica al pescado es una gente muy buena... Me puse a vender pescado si quería ganarme la vida, como no podía salir de allí... Desde el año 44, estuve trabajando con la gente del mar. Íbamos en los barcos que se acercaban a la costa hacia Fons, hacia Santa Eugenia de Riveiro, a Puentequeume, al Ferrol, a limpiar pescado y a venderlo. Así estuve hasta el año 47, presentándome a la Guardia Civil. Me hago con una documentación falsa, un poco de dinero, cojo el exprés y me vengo a Madrid. Me dieron una cartilla de racionamiento a nombre de Rosa García y con este nombre he estado durante muchos años. Cuando llegué a Madrid me vi con mi prima y le dije que quería entrar a servir; me coloqué en casa de un cura, él estaba contento conmigo, yo muy educadita, muy de mi casa.

Tenían tres hijos en la ciudad universitaria; eran de Murcia, le llamaban tío, pero eran hijos de él; él era teniente coronel castrense, fíjate, había estado peleando en los frentes de Ávila; el tío tenía una bala en el estómago y estaba hecho cisco, estaba muy mal; y yo me dije: "Esta sí que va a ser ahora mi guarida"; así que yo le cuidaba y le decía: "Usted no se moleste, usted en la cama", y le cuidaba bien, fíjate si soy gilipollas, ¿eh? El dinero, cuarenta y cinco mil pesetas, en los cajones de la cómoda; mira qué tonta fui, ¿eh?, pasando mi madre hambre y viendo el dinero ahí...

Bueno, me encontré con una compañera de la cárcel en la cola del pescado y me preguntó: "¿Dónde vas?". "Pues estoy sirviendo". "¿Dónde?". "Por aquí". "Ah, pues yo también estoy sirviendo". Ya no me fiaba de nadie. "Bueno, pues ya nos veremos". Pero yo solo me preocupaba si me vigilaba la policía porque como me vine por mi cuenta y riesgo. Yo no había firmado libertad ni nada. El cura que se pone muy grave; "Ay, madre, este la diña", y el cura que se muere. Llamo a la portera y le digo que se ha muerto este hombre". "Sí, sí, es que estaba muy malo". "Pues vamos a lavarle"; lo lavamos bien, le pusimos la sotana nueva y la portera avisó a los "sobrinos"; a los tres minutos estaba aquello de curas, de coroneles, de generales... "Hostia, si este hombre ha tenido que ser una personalidad con Franco"; se presentaron los que decían que eran los sobrinos y lo enterraron. Los "sobrinos" decían: "Rosa, ¿se va usted a ir?". "Sí, me voy". "No se vaya, Rosa". ("Madre, qué hago yo aquí, me tengo que dar el bote"). "Bueno, cuando les deje la casa limpia me voy".

“Tiene que ir a misa los domingos”. “Sí, voy a misa de siete”; me iba a dar una vuelta por ahí, yo qué coño iba a ir a misa. Pensé: “Yo aquí no estoy más”, me daban trece duros y me estaban matando de hambre, y me fui a buscar otra casa.

La encontré en la calle de Alberto Aguilera, 55, él había estado preso en la cárcel de Polier; la mujer se había casado con él pues porque era guapete; ella era una condesa arruinada, y me puse a servir con ellos. Allí se podía hablar algo, porque como él había estado preso... pero con mucho cuidado porque tenían huéspedes; uno era capitán de la aviación y el otro se llamaba Fraga, al poco tiempo me enteré que era un sobrino de Fraga, y cualquiera decía nada; y venga a limpiar y limpiar, y yo sin ver a mis padres, llevaba siete u ocho años. A mi padre lo llevaron a Pastrana preso, y ni corta ni perezosa hago mi maleta, pido la cuenta y me presento en Pastrana.

A todo esto mi hermana Mercedes se había venido de Lugo con un nombre supuesto y se fue a Guadalajara a servir en casa de un maestro de obras; este hombre se llamaba Felipe Sánchez y era de izquierdas cien por cien, allí estuvo mi hermana sirviendo durante catorce años, y ella iba a Pastrana a verles. Llegué a Pastrana con el ansia de ver a mis padres después de tantos años; mi padre estaba hecho un esqueleto. Era un hombre que medía dos metros y pesaba cien kilos. Cuando lo enterramos pesaba treinta y cinco kilos; murió en la cárcel; de Porlier no quería ni hablar porque debió ser algo espantoso... Lo que vería mi padre allí... algo horrible, le tuvieron que pegar mucho, mucho...

Al morir mi padre, vinimos con mi madre a Madrid. Cogimos una portería en la calle de la Huerta, 55, y nos enteramos de que había salido una disposición que todas las personas detenidas de la compañía del metro podíamos echar la solicitud de reingreso. Mi madre fue personalmente a enterarse a la compañía, y, efectivamente era verdad. Entonces pidió solicitudes y una se la mandó a mi hermana Mercedes a Guadalajara; la rellenó y la volvió a mandar a Madrid; yo, como estaba sirviendo en Madrid, la rellené y fue mi madre personalmente a entregarla al metro. Eso fue en el 1950.

Carmen sigue relatando su vida, luchando en la clandestinidad, siempre con nombres falsos y trabajando donde puede y como puede para subsistir. En uno de sus cambios se marchó a Játiva con su hermana Aurora y el marido de esta, también clandestinos, de donde también tienen que salir por pies. Vuelve a Madrid otra vez a servir.

Mi hermana entró en el metro en el 55, como si fuera nueva, sin derecho alguno; entró de revisora y la vigilaban para ver si hablaba con alguien, por si hacía propaganda; le ponían zancadillas y la castigaban para provocarla a ver cómo reaccionaba y ella nada; era muy templada, las cosas las reflexionaba bien. Ella ya era un sustento, porque mi madre con lo que le daba la portería y con la pensión de mi padre no tenía para nada; cuando murió mi padre la pusieron como viuda simbólica y le daban siete pesetas, y con lo que iba ganando yo sirviendo, nos recuperábamos. Al fin la llaman para ocupar su puesto de trabajo en el metro.

Carmen es una luchadora incansable y aunque su hermana Mercedes le dice: “Mira, Carmen, tú no hables ni hagas propaganda”, ella le responde: “Hombre

claro, nos vamos a quedar con las manos caídas. Tenemos que encontrar el Partido”, y lo consiguió, el primer contacto es con Cristino Cea, y en el metro con Fernando Clavo, Felipe Aroina Gandía y otros. Su madre, que debía tener un temple admirable, pone la portería de la calle de la Huerta, 55, la inmunda portería, como dice Carmen, a disposición del Partido, y sigue en la lucha clandestina alternando Partido y Comisiones Obreras, fomentadas en el 59. Las luchas en el metro son fuertes, hay detenciones, juicios, que ganan defendidos por Cristina Almeida y Carmina.

Este piso lo compramos mi hermana y yo, ella murió en el año 70, con unos ahorrillos que teníamos, y lo pusimos a disposición de los chicos del metro. Un día me dijo Felipe: “Carmen, ¿no te importa que vengamos?”; y también Victoriano Herrero, y les dije: “Anda tomad las llaves de mi casa. Mientras yo esté trabajando vosotros haced lo que queráis”. Y han estado aquí pues todos; el Comité Ejecutivo, el Comité Central... todos. Hasta la legalidad, ha sido tanto de ellos como mío.

Hubo una manifestación grandísima en Madrid, que la prohibieron pero se hizo, y en el Palace estaban Paquita Saucillo, Tamames y muchos de la coordinadora de las fuerzas políticas... Allí se vio cómo la mujer jugó un papel primordial en esa manifestación, porque se veía una cantidad de mujeres, algo enorme; si queríamos subsistir y llegar a una paz tenía que ser con todas las fuerzas democráticas de oposición, pero sin traumas ni recuerdos del pasado, ni de la guerra; borrar eso y hacer como si no hubiera existido, aunque no se puede olvidar. Pero si queríamos obtener la reconciliación que el Partido Comunista desde el año 56 venía proponiendo y trabajando, tenía que ser así; y hoy gracias a esto estamos en una legalidad, gracias a la convivencia nacional. Hoy los comunistas tenemos un papel predominante, quizás seamos el partido de masas con más responsabilidad y con una mayor moral que ningún otro partido, esa es la realidad, ¿eh?; porque es una cosa que la estamos viviendo, y la política de nuestro Partido hoy es esta, y es la que yo veo que es clara: una política de reconciliación y democracia que hay que consolidar con unos cimientos fuertes; por eso nuestro Partido lucha. La vida que queremos es de trabajo con un salario decente, que podamos vivir, y queremos una paz tranquila, hay que seguir luchando. al Partido y su política los tienen que defender los militantes comunistas; yo ya estoy jubilada, pero ¡ojo!, del trabajo del metro, como militante comunista, no. A mí, jubilación, me ha quedado del metro cinco mil pesetas, y la caja de transportes me da nueve mil pesetas, eso es lo que me ha quedado a mí con más de cuarenta años de servicios, catorce mil pesetas.

El informe que te doy quiero que me lo saques tal y como es, si me he prestado a ello y muy gustosa es porque sé que tú no vas hacer como la revista *Interviú* (que muchas cosas son verdad pero otras no); a ese señor —se refiere a Eliseo Bayo—, que no lo conozco ni sé quién es, no he tenido el gusto de saludarle en mi vida, le hubiera dicho personalmente muchas cosas; le diría algo muy gordo pero no quiero ponerme a la altura que se ha puesto dicho señor para publicar una cosa sin autorización mía; porque yo no le he autorizado a que publique dicho informe, que no era para él ni para la revista; era para una cosa de mayor envergadura. Me dijeron, cuando me pidieron el testimonio, que era para un libro sobre la resistencia en España durante la Dictadura fascista; pero está bien claro que me engañaron; porque cuál ha

sido mi sorpresa al leerlo en una revista. Y además no estaba ni medio bien hecho, porque vaya un dibujo de las menores. Ni un parecido a las chicas; cuando las iban a fusilar no iban así vestidas; iban guapísimas, no andrajosas. ¿Cómo es posible que haya hecho ese dibujo? Lo han manipulado a su gusto, en el dibujo las han metido en una parte de mi vida, que yo no las he mezclado nada conmigo; lo que sé de ellas es por las compañeras, yo ingresé en Ventas después de fusiladas y solo se hablaba con orgullo de lo valientes que fueron y de lo arregladitas que iban. Esto está muy mal. A mí ese artículo me ha supuesto un disgusto grandísimo; me cogió de sorpresa que saliera, porque eso tenía que ser una cosa sagrada, una cosa que no se debía haber publicado nunca, ni en esa ni en ninguna revista sin autorización mía. Debí denunciarle, ¿por qué no lo hice?, porque había por medio una compañera, que yo estimaba mucho, Juana Doña. Espero, Tomasita, que todo te salga bien, que los jóvenes conozcan lo que hemos pasado y que se haga lo posible para que no vuelva a pasar, quizás algunos dicen que exageramos pero nosotras podemos asegurar que no mentimos.

Lucía Cánovas

Me llamo Lucía Cánovas, fui detenida en Barcelona, hoy residente en Madrid.

En la guerra hice oposiciones para aviación. Ingresé en el Ministerio del Aire y en el 36, en Valencia, ingresé en el Partido.

Estuve trabajando durante toda la guerra y aportaba mi colaboración con el Partido de la Unión de Mujeres Antifascistas y cuando la cosa se puso muy mal, pasamos a Barcelona, donde también seguí trabajando, hasta los últimos momentos, que nos llevaron de nuevo trasladados.

Llegamos a un pueblecito donde nos instalamos de nuevo. De allí pasamos a Port Bou. Allí, con otros camaradas y compañeros de aviación, nos negamos a pasar la frontera. No queríamos dejar España. Todos estábamos desperdigados en mi familia. Por fin conseguí reunirme con mi hermana Juanita, y nos fuimos a la frontera.

Nos llamaron de aviación y nos dijeron que nosotras teníamos que pasar a Francia, que allí no nos podíamos quedar. Efectivamente pasamos, nos metieron en un tren y nos llevaron al campo de Verdún. Fue desolador, porque aquello era para los caballos que tenían en la guerra del 14. El célebre campo de Verdún. Estuvimos sin saber de nuestras hermanas mucho tiempo. Por mediación de un camarada supimos de otra de mis hermanas y de mi sobrina, que era pequeña. Al fin estábamos juntas mi hermana Juanita, enferma del corazón, mi hermana Tere, la niña y yo. Mi hermana Tere consiguió trabajo y nos reclamó. Conseguimos salir de aquel campo.

En este pueblo conseguimos organizar el Partido y trabajamos hasta que estalló la segunda guerra mundial. No queríamos quedarnos con los alemanes pero no había otra alternativa. Así que seguimos trabajando y nos incorporamos también a la clandestinidad, empecé en la resistencia. Tomé contacto con los franceses, y tenía el contacto de los españoles de las JSU.

Otro camarada, que ya murió, y yo, trabajamos en el local del Sindicato de los franceses, por la noche en la máquina como locos para hacer toda la propaganda nuestra. Se habló de que teníamos que pasar para España. Yo sentí un entusiasmo... por volver, ya me había casado y nos fuimos mi hijo, mi marido y yo, con otros cama-

radas y los que nos pasaban la frontera. Ah, todo esto sin papeles. Con la situación que había entonces, llegamos a Toulouse por la noche y buscamos a ciegas habitación; nos metimos en una casa de prostitución y por la mañana el dueño, era español, nos dijo: "Váyanse de aquí, porque no es sitio para ustedes". Nos fuimos, nos pasaron la frontera andando.

Además del niño y mi marido había otra chica con una niña de cinco años y otra camarada que pasaba con un niño de pecho que tenía tos ferina. Dejamos todo lo que llevábamos. Como no teníamos dinero, dimos el reloj, para que nos dieran dinero español, y no nos dieron ni gorda. Fuimos andando durante dos noches; pasamos miedo, pues oímos cantar a los alemanes... y el niño tosía, o sea, que no íbamos seguros.

Nos dejaron en España; caminamos un poco, nos sentamos y empezamos a decir: "Bueno, ¿qué hacemos?". Una de ellas dijo: "Hay que bajar al pueblo a telefonar a mi hermano"; tenía un compañero cien pesetas y con ese dinero Lolita, otra compañera y yo bajamos. Fuimos a telefonar y cuando volvimos nos dio el alto la Guardia Civil. Francamente el pánico era cerval. Nos pusieron el cañón en la espalda. "Bueno vosotras venís por aquí y si hay alguna emboscada de guerrilleros, las primeras caeréis vosotras". Estábamos tan nerviosas que ni encontramos a los nuestros. Mi hijo era pequeñín, tenía solo dieciséis meses. "¿Dónde estará esta gente?". "¿Dónde se habrán metido?". Por fin dimos con ellos. Estaban afeitándose tranquilos. Nos cogió la Guardia Civil y nos llevó al cuartel; no se portaron mal. Nos llevaron a la cárcel; luego estuvimos también en el castillo de Figueras. El hermano de esta compañera nos sacó enseguida. Entonces en Figueras nos soltaron, pero no a mi marido. Yo fui a Barcelona a casa de una amiga, y con esta me marché a Murcia.

A mi marido le llevaron por todas las cárceles de España; no sabíamos nada de él, hasta que pudimos localizarle... Nos dijeron que estaba en Cartagena, cuando íbamos a averiguar si era cierto, nos lo encontramos en un tren, que le llevaba la Guardia Civil. Pudimos hablar con él. En Cartagena no sabíamos si tendrían problemas porque en el barco suyo habían matado a dos; y otro compañero decía: "No sabemos si alguien habría dicho que has sido tú, al saber que no estabas en España". Pero no, tuve suerte y estuvo tres meses en la cárcel; luego nos fuimos al pueblo.

Ese período, para mí, ha sido el más duro; no solamente por haber vivido en el pueblo sino porque allí no había ambiente de ninguna clase, ¿comprendes?, en el pueblo sabían que no éramos del régimen y mi marido se tuvo que marchar de allí, porque le hacían la vida imposible; se fue a las canteras de Esplugas de Francolí, en Barcelona, yo con el niño me fui a Barcelona con unas amigas; pasé las mil y una hasta que encontré a estos amigos que habían pasado conmigo la frontera. Tenían muy buena situación, con la ayuda de ellos y de otros conocidos conseguimos quedarnos en Barcelona. No tenía contacto alguno con el Partido, hasta que mi marido, en el trabajo, conoció a Atilano García y entró en el engranaje de la clandestinidad; yo hacía lo que podía, pero poca cosa. El Partido vio nuestra disposición para la ayuda que nos pidió, que fuéramos punto de apoyo, y nos trajeron a Miguel Núñez y estuvo en casa, ya no podíamos hacer absolutamente nada, pues era un dirigente del Partido. Al ver las posibilidades que había en mi casa de poder trabajar y de poder estar seguro, se quedó con nosotros y estuvo hasta que se marchó para operarse. Al

marchar él me puso en contacto con Fábregas para que sirviera de enlace con él. Había hecho un trabajo relativamente corto, de quince días de enlace; fuimos a una cita y Fábregas no se presentó, hice alguna gestión y supe que estaba detenido y que habían cogido a un camarada del trabajo de mi marido. Por Fábregas nos cogieron a mi marido y a mí. Él tenía escrito (una imprudencia, pero fue así), mi nombre en su cuaderno; y dio la dirección, no sé cómo sabían que Núñez había estado en casa. Y ya con eso era suficiente para detenernos y ver qué nos podían sacar. Nos tuvieron en la comisaría por espacio de dieciocho días. A mí, los palos no fueron muy fuertes, la verdad, unos guantazos no significan nada; era moralmente como me hacían más daño, ver a mi marido que no estaba bien, yo notaba que estaba flaqueando, ver que otra camarada se cortó las venas, Marujita Montoya, una camarada majísima, teníamos contacto con ella. No declaró, ni yo tampoco, no sabíamos nada. Otro, Queller, también se quiso colgar allí. En fin, fue una experiencia dura. Y luego el día que habíamos salido del interrogatorio, al cabo de dieciocho días, cuando ya nos pasaron con las *piculinas*, que decíamos, mi marido se intentó matar; yo vi cómo lo sacaron. Para mí que le habían dado corrientes. No lo puedo asegurar, porque eso no se lo he podido sacar nunca; o sea que este tema no lo he tocado. Ahora está bien, yo creía que hablaría de su estado físico y moral, pero no dijo nada.

Cuando vi cómo estaba, me puse como una fiera. Los guardias —había unos guardias muy comprensivos abajo—, bastante majos, me sacaron dos veces para que lo viera porque no estaba bien. Nada más abrir la puerta y llamar a uno ya se nos ponían los pelos de punta, porque sabíamos lo que era subir arriba; aparte de lo que puedan ser las palizas en el momento que las sufres, yo creo que no es tanto cuando estás pensando en lo que están haciendo a otro. No me han pegado, pero yo creo que si me hubieran pegado mucho, mi reacción, no lo sé, no te puedo decir, hubiera sido encerrarme en mí misma y la misma indignación me hubiera dado fuerzas para aguantar. Pero estar al lado y ver cómo subían a un camarada y no saber qué le estaban haciendo, y esperar que te llamen a tí... Eran unos momentos verdaderamente de tensión horrible.

Cuando les veías bajar y a lo mejor no podían ni andar. Dieciocho días metida allí abajo sin saber nada de mis hijos. La familia intentó llevar comida para nosotros, pero no les dejaban pasar nada, no teníamos mantas, ni comida; a todos les llevaban cosas sus familias, y a Lucas y a mí, nada. Cuando subí a la cárcel, el juez militar me dijo: “Señora, ¿qué tiene usted que decir?”. “Yo no tengo nada que declarar”. “Pero ¿a usted le han pegado?”. “Usted sabe perfectamente que a mí no me han pegado, pero me han hecho mucho más daño que si me hubieran matado, porque ahora mismo no sé ni dónde está mi marido”. Y era verdad; sí estaba en el hospital... dónde estaba; me dijo: “No se ponga nerviosa”. No me hizo ningún interrogatorio, ya en la cárcel, aunque estaba incomunicada, estos amigos consiguieron meter cosas; me pasaron de todo y me dijeron: “No te preocupes por los niños, que están con nosotros y están bien”. Entonces respiré, pero después de veinte días con esa tensión, sin saber nada, la policía me había dicho que se los llevaban al Tribunal Tutelar de Menores; es lo único que me dijeron de mis hijos; ellos jugaban con esto para doblegarte, cosa que no consiguieron.

En la cárcel casi sentías como una liberación. Cuando salías de Jefatura te daba

la sensación como si te liberasen, como si salieses en libertad. Estábamos incomunicadas los veinte días de observación de la cárcel pero a pesar de esto había compañerismo y nos ayudaban. Había mujeres como Pura de la Aldea, que era formidable; una camarada que llevaba muchos años en la cárcel y nos ayudó muchísimo. Había sido funcionaria de Prisiones, dio la coincidencia que la directora de la cárcel era de su promoción y le decía: “¡Cómo te ves Pura! ¡Cómo te ves Pura!” Y ella contestaba: “¡Me veo muy orgullosa de estar aquí y estamos todas muy unidas”. Estaban también las del célebre Sabaté, las anarquistas; estaban en otro bando pero conseguimos... no vamos a decir que estuviéramos de acuerdo, cierta comprensión en el trabajo. Hacíamos cosas majísimas; Pura nos hacía pasear, decía que había que andar, nos hacía dar unas vueltecitas por el patio. Decía: “Las piedras son muy malas para la matriz y ovarios; si os sentáis en el suelo, haceos unos cojines con algo que saquéis de las colchonetas”. Nos los hicimos y salíamos todas con nuestro cojín. Nos llamó la directora: “¿De dónde han sacado ustedes esto?”. Pues nos hicieron un follón terrible porque habíamos hecho cojines con las colchonetas para estar sentadas y no estar en el frío de las piedras.

Siempre con la ilusión de salir con mis hijos. Estuve dos meses; me dieron la libertad por la situación de mi marido. El juez me dijo: “¡Usted señora, saldrá enseguida!”. A mi marido le llevaron a la cárcel y pude verle un momento, pero al otro día me dijeron que se había muerto; era falso, otro porrazo en la cabeza que se había dado. Para mí fue aquello muy duro. Estaba fatal, no me conocía casi cuando lo sacaron. Y es que le tenían en la cárcel atado de pies y manos todo el tiempo, por miedo a que se matara. O sea, por la seguridad del director. Al salir en libertad con una amiga que me acompañó fuimos a ver al cardenal, fui a denunciar el hecho, a decir lo que me había pasado y cómo tenían a mi marido. Me recibió... Le pedí, por favor, si podía hacer algo para que mi marido saliera en libertad para curarlo. “Ustedes son comunistas”, nos dijo. “¿Es que eso cuenta?”. “No señora, no faltaría más, haremos lo que podamos, hable usted con mi secretario”. El secretario era un cura majísimo y como yo estaba excitada y desesperada... Sí, estaba con mis hijos, pero de mi marido no sabía cómo estaba, cómo lo tenían. Yo le dije sencillamente que si tenía un gran delito —que no lo tenía, pero suponiendo que le hubieran encontrado algún delito—, que le sacaran y curaran y que luego le juzgaran, pero que por lo menos no le tuvieran en esas condiciones que le tenían en la cárcel; pero todo esto a gritos, había una cantidad de gente de miedo, pero yo no veía la gente. Mi situación no me dejaba ver lo de los demás. Y el otro: “No se preocupe señora, que nosotros haremos lo que sea”.

Efectivamente a los tres meses y medio el capitán general firmó la libertad provisional de mi marido. Pero lo ingresaron en el psiquiátrico. Yo fui al trabajo y me dijeron que con comunistas no hacían nada; le dejaron sin trabajo y sin seguro, sin nada absolutamente. Entonces fui otra vez al obispado; porque necesitábamos medicinas. Por mediación de unos amigos el médico curaba gratis. Este médico, que era una persona muy maja, se llamaba Cid, me dijo: “Llévatelo para casa —estaba en el psiquiátrico— porque será la única forma de que pueda reaccionar, pero claro la responsabilidad será tuya y mía, si hace algo... tú verás. O sea que no le puedes dejar ni de noche ni de día”. Me lo llevé a casa. Se pasaba las noches sin dormir, sentado. En

fin, los niños asustados, una situación terrible hasta que llegó el momento en que se puso de una manera tal que tuve que llamar y tuvieron que llevárselo. Y el día que se lo llevaron yo te aseguro que si lo veo salir en una caja no me da tanta impresión.

Yo trabajaba en casa cosiendo de noche y de día para poder salir adelante. Las medicinas, por mediación de este cura, en Cáritas me las daban. En la farmacia se portaron muy bien. Nada más llevar la receta me daban la medicina y cuando venía de Cáritas con los medicamentos me atendían; siempre he encontrado gente maja, que me ha ayudado en los momentos más difíciles, y eso es una satisfacción terrible para la persona que lucha, ver que a tu lado siempre tienes a alguien. La carnicera, por ejemplo. Yo nunca tuve amistad con ella; fue a comprar una amiga mía y ella se había enterado de que estaba en la cárcel, le dijo: “Señora, mándele esto a su amiga”. Y le dio carne para mí. Estos detalles son maravillosos, luego cuando yo iba, la mujer no sabía qué hacer, pero cuando estábamos solas. Era una situación en que no se podía declarar quién era y menos en un comercio. Pero deseando ayudar.

Mi marido salió del frenopático y empezó a trabajar, pero siempre con esa manía persecutoria que le hacía estar en tensión. Fui a ver al capitán general y le dije: “Mire, yo tengo este problema; tengo que marcharme de aquí porque mi marido va a volver a trastornarse otra vez”. Y entonces me mandó a uno que creo que era carabinero. Fui a él y nos hizo los pasaportes. Yo, como estaba en aquella situación tan terrible, ni comía ni vivía, porque, madre mía, lo que tuve que trabajar entonces.

Sí, estos amigos me ayudaban, pero hay que tener un límite. Yo considero que me ayuden, muy bien, pero intento salir adelante; no es por orgullo, es porque creo que no debo aprovecharme de la sensibilidad de los demás y porque tengo el deber de solucionar me yo mi vida. Trabajaba como una negra. Ellos me han ayudado muchísimo, pero yo agotaba todas mis fuerzas. El hombre aquel nos hizo el pasaporte y conseguí sacar a mi marido. A mi hijo le invitaron al Festival de la Juventud en Austria y salió por cuenta de la organización, y ya se quedó en Francia. Yo volví otra vez a España para ver de solucionar algunas cosas y cuando pude me marché.

Económicamente estaba a cero. Lo primero que hice fue irme a vendimiar con mi hijo. Que por cierto vendimí con una ciática que no he vuelto a probar las uvas, las pasé canutas. Mi marido estaba en París, se había marchado con unos tíos. Empezó ganando un franco sesenta y cuando yo llegué estaba trabajando, poniendo vigas a un edificio de doce pisos. Sabiendo cómo estaba yo no vivía. Estuvimos allí cuatro o cinco meses hasta que por fin mi hermana, que estaba en Lyon, consiguió encontrarnos una portería y allí nos fuimos. Empezó a trabajar en la construcción, pero en trabajos que no eran de peligro. En Lyon empezamos a trabajar en el Partido y con la organización de mujeres.

Hemos luchado toda una vida. Si te hubieras dedicado a ti misma, hubieras tenido otra situación, hoy has llegado sin nada, pero has vivido intensamente. Has tenido momentos difíciles, pero hemos tenido muchos momentos de satisfacción, hoy también la tenemos porque vemos dónde hemos llegado. Esta nueva situación ha hecho que sintamos la alegría de volver a ver a camaradas muy queridos.

Hace muy poco hablamos con Núñez del tiempo que estuvo en casa; se llevó el cariño de todos. Mi hija era el punto flaco de él. Este camarada, que no sabía nada de su hija, cuando veía a la mía decía: “Mi Estrella tiene la misma edad que Mari”.

Mi Mari tiene pasión por él. Me acuerdo que ahora, cuando llamó la primera vez, le decía a Núñez: “Yo como cebolla”. Cuando era pequeñita, a Mari no le gustaba y Núñez le decía: “Se debe comer de todo, la cebolla no es mala”. Tiene treinta años pero se acuerda del cariño que él sentía por ella; porque veía en mi hija a la suya, que no la podía tener con él.

Este camarada, que ha sacrificado todo, hoy se siente feliz, así nos lo decía: “Tengo tres nietos, hijos de mi Estrella”. Nuestra Silvia ya era mayor que Mari, cuando yo la conocí, pero al fin hoy nos hemos encontrado. Te recordamos, Núñez, como siempre, como en aquellos años, y esperamos que sigas adelante ante todas las dificultades, que lleguemos donde tengamos que llegar. En 1977 hace tres años que ha muerto.

Julia de la Torre

El día 30 de marzo del 36, yo venía de llevarle comida a mi marido, que ya estaba detenido. Lo detuvieron con la Junta de Casado en Madrid; me detuvieron dos chicos, que el mayor tendría diecisiete años, y me dijo que dónde estaba mi marido. Yo, pensando que él se iba a fugar, aunque estaba detenido, no le dije dónde estaba. “No lo sé, no lo sé”. Me miraron la bolsa; llevaba los cacharros de haber llevado la comida, me preguntaron de dónde venía. Les dije que de llevarles un poco de comida a las niñas de una prima mía que vivía cerca; me dijeron: “Bueno, pues véngase con nosotros”. Me llevaron dándome empujones por la calle de Gutenberg abajo hasta llegar al metro; al llegar allí, uno me dio un empujón. Yo le dije: “Oye, majo, tú puedes ser mi hijo. Yo creo que no me debes tratar así, dándome empujones, no está de más el respeto a los mayores, y si tengo que dar explicaciones las daré pero con educación”. Me llevaron entonces a la costanilla de los Ángeles y allí había un señor que dijo que me podía quedar, y les dijo a los muchachos: “Subid arriba, a ver si hay sitio, porque aquí abajo no tengo”. A mí me había *cucado* (guiñado) un ojo; subieron y mientras tanto me preguntó por mi marido: “¿Y Manjón dónde está?”. “Manjón está detenido”. “Pues voy a ver si no te quedas aquí, porque esta noche te matarían”. Bajaron los otros y dijeron que no había sitio y él contestó: “Pues yo tampoco tengo abajo”. Me llevaron a Montalbán andando, y una vez allí me dieron quince palizas, me abrieron la cabeza y en la última estaban Serrano Batanero y don Luis Zubillaga, entre muchos que había allí detenidos, porque arriba había hombres y abajo mujeres. Entonces Serrano Batanero le dijo al que mandaba que me pegaran: “Oiga, ¿por casualidad es usted inclusero?”. “¿Y eso por qué lo dice usted?”. “Porque si usted tuviera madre o esposa, no trataría así a esta mujer”. “Es que esta es una roja y no quiere decir dónde está su marido, ni quiénes son los amigos de su marido”. Yo le dije: “No le puedo decir nada, porque no sé dónde está mi marido, ni quiénes son sus amigos”. Estos señores pudieron subir a verme con el permiso del comisario, yo estaba liada en una manta, desnuda, como mi madre me parió, porque como me había hecho pis y me había ensuciado, la ropa me la habían quitado las chicas que había allí, porque estaba sin conocimiento, y en la pila me la estuvieron lavando. Uno de ellos, Zubillaga, me dio una tarjeta y me dijo: “No la pierdas. Salaremos, es la dirección de mi casa”. Yo con los nervios cerré el puño y guardé la tarjeta, estuve dos o tres días sin abrir la mano. Pero no sabía por qué no la abría, hasta que ya con mucho

trabajo abrí los dedos, y me encontré con la tarjeta, reconocí los nombres de don Luis Zubillaga y Serrano Batanero. Ellos consiguieron que me sacaran de Montalbán.

A Serrano Batanero lo mataron y don Luis Zubillaga ha salido al cabo de muchos años, pero yo llamé una vez a su casa y hacía poco que había salido; ya se ha muerto, salió muy enfermo.

Envuelta en una manta me metieron en el camión y a las doce de la noche estaba en la oficina de la cárcel de Ventas. Me metieron en el sótano y luego, a los tres o cuatro días, me subieron a las celdas. Estuve en la misma celda de la mujer y la suegra del teniente Castillo (que lo asesinaron en julio del 36), entre otras, porque en cada celda éramos siete. Luego me estuvieron llevando tres meses a fregar palacios y ministerios, a ciento diez mujeres. Nos llevaban en camiones, vigiladas por los falangistas y los requetés; después, uno de esos días, al salir, fue cuando me enteré que habían fusilado a mi marido, estaban mis hijos en la puerta de la cárcel. Los cuatro vestidos de color para que yo no me enterara. Cuando nos faltaba uno o dos días para terminar la limpieza, una presa me lo comunicó. Aquel día cuando salí me enredé a llorar al ver a mis hijos, le dije a la señorita que no podía ir a limpiar y me dijo: "Va, al volver le dejo que bese a sus hijos". Y efectivamente, me dejaron besar a mis hijos un momento, delante de la señora; se habían puesto su ropita negra.

Después, el 30 de marzo, justo el día que hacía un año que me habían detenido, me juzgaron. Me echaron pena de muerte, y estuve cuatro meses penada, en julio me llamaron a la oficina para que firmara treinta años y un día. A los pocos días me sacaron para Durango y estuve allí hasta que me trasladaron a Ondarreta. Allí estuve en muy malas condiciones porque las cucarachas nos comían y no nos daban casi de comer. Yo no podía pedir nada a mis hijos, porque tenía a mi Rosita con diecisiete años, y no le podía pedir nada, para que no se entregara a un hombre con tal de traerme comida, y entonces pasaba mucha hambre. A mi hija la pequeña, la que tengo en América, la recogieron y la llevaron a un colegio de monjas. Yo hablé con la madre superiora y ella la reclamó para que viniese a una congregación que había en Sestao, al lado de la cárcel, para poder verla. Pero no la vi nada más que dos veces porque vino la orden de que las penadas de treinta años y un día iban a penales, y me llevaron a Saturrarán, y ya no pude ver más a mi hija. La gente de Saturrarán, los pescadores, cuando entraban mucha anchoa daban para la cárcel. Pero las pendonas de las monjas cogían y las vendían o las tiraban y consentían que se perdieran antes de darlas a las presas. Pero a veces han razonado, porque la directora de prisiones... Solo he visto una persona razonable, por lo menos por lo que yo sé, doña Cecilia se llamaba. Toda la familia habían sido funcionarias de prisiones. Una vez protestamos las políticas porque nos tenían con las prostitutas y las comunes, decíamos por qué tenemos que estar mezcladas con esa gente, y convivir constantemente con ellas. Porque claro, había de todo. Y ella lo aprobó, dijo: "Por qué no se les separa", que al fin y al cabo, estábamos por política. Que había sido una guerra y en todas las guerras hay vencedores y vencidos, ellos han sido los vencedores y nosotros los vencidos. "No sabemos quién tiene razón; por lo pronto ellos son los que pierden; pero hay que diferenciar entre unos y otros y las causas de por qué están en la cárcel".

Para que veas que entre ellos también había quien comprendía a las presas. Había una que se llamaba María, que decían que era tonta. Aquella mujer estaba arrastran-

do un hambre fenomenal y un día se descuidan las monjas y dejan leche, la que llevaban para ellas, junto a la puerta; y la otra que ve la cacerola aquella tan grande con leche, se pone de rodillas, se agarra a las asas de la cacerola, mete el morro y venga a beber leche. La monja pegándole detrás que no había forma. La quitaron de allí cuando no podía más. Le dijeron: “Pero María, ¿qué ha hecho usted?”. “Qué coño, ¿qué he hecho?, tenía hambre, esto para ustedes y aquí muriéndonos de hambre”. Nos mandaban pelar patatas, y como teníamos hambre, en cuanto las monjas se descuidaban te comías las patatas crudas, pues nos castigaban, a mí una vez me castigaron, oí mi nombre, Julia de la Torre: “Castigada sin comer pan, dos días, por comer patata cruda”. Yo tenía tanta hambre... tenía la boca llena de patatas y decía: “Yo no estoy comiendo patata”. No me escapé sin castigo. Había una monja, una tal sor Ángeles, que se metía mucho conmigo. Era muy provocadora, creo que antes de ser monja fue prostituta. Aquella hacía la vida imposible, nos provocaba. Fíjate si ella sabía que provocaba a las presas, que cuando la cárcel de Saturrarán la cerraron, me trasladaron a Amorebieta, me dijo: “Cuando salga en libertad y me encuentre usted en Madrid, ya me saludará”. Le contesté: “Pídale usted a Dios, a ese que tanto implora, que me la encuentre...”.

Bueno, sigamos con Saturrarán, vino más tiempo de hambre, porque nos llevaban a la playa y cuando volvíamos no podíamos hacer la cama, porque estábamos muertecitas de hambre, desmayadas. Lo que nos daban no era suficiente. Los marineros de Ondárroa también daban pescado para la cárcel, pero las monjas lo vendían. Las que tenían dinero lo compraban en el economato, pero la mayoría no teníamos dinero. Nos llevaban al arroyo que iba al mar a arreglar los boquerones. Las sardinas o el pescado, pero no nos dejaban comer más que las tripas o las cabezas. Por mediación de una de las chicas que estaban pasando una temporada con unos señores de Ondárroa y que tenía amistad con una compañera mía, le llevaban un poco de comida, le mandaban encargos para hacer. Yo me encargaba de hacerlos, llevaban jerseys, calcetines, bordar paños, todo lo que podía; porque la otra, pobre, no sabía, y lo que nos llevaban era una miaja de ayuda para el rancho, lo repartíamos. Después la amiga de mi compañera se marchó pero pidió a aquella señora, que siguiera ayudándonos, lo que pudiera y que nos mandara labores. Pero claro, mandaban comida para una. Sacaron una muñeca muy bonita, una valenciana, y a ella le gustó mucho para su niña y entonces le dijo: “María, que le tengo que comprar para que haga una muñeca a mi niña”. que era para la compañera que le mandaban las labores, pero como la hacía yo era para las dos. Y entonces le dijo: “Mire, Águeda, yo no sé hacer nada porque la labor de calcetines y jerseys y lo que saco todo lo hace una compañera que han fusilado a su marido, y que tiene cuatro hijos abandonados en Madrid y no tiene quien le mande nada”. “¿Y por qué no me lo ha dicho antes? Podíamos haber mandado comida”. La pobre no podía más que mandar un cacho de pan y unos boquerones cocidos, con unos ajitos y una gotinina de aceite, poco, porque los hijos eran marineros, pero aquello nos sabía a gloria.

Y entonces fue cuando ya me dijeron que saliera a conocer a esa familia y por mediación de esa señora vinieron mis hijos. Fue cuando recibí la carta de una amiga mía que había ido a verlos y me decía que mi Rosi estaba en cama con los pies reventados de estar en un tejat, que no me escribían porque no tenían dinero para sellos. Y claro, yo estaba llorando amargamente, cuando esta Mari me avisó que fuese a comu-

nicar, que esa familia quería ayudarme a mí, pero que querían conocerme. Yo no quería salir, pero allí entre todas las compañeras me vistieron; la una me daba un jersey, la otra una falda, y por fin salí, pero no pude hablar de pena que tenía y la otra compañera me dijo: “Es que ha tenido una carta con malas noticias de sus hijos, que estaban los cuatro solos y la pobre está tan angustiada que no puede hablar”. Y entonces dijo: “Pues si se quieren venir aquí en la cesta de la comida va el remite de mi casa; que se lo mande a sus hijos y que digan el día que vienen para esperarlos”. Efectivamente, les escribí y ellos vendieron las papeletas de empeño y la lana del colchón de mi cama, que era lo único que les quedaba, para sacar el billete y poder ir hasta allí. Y con la dirección esa fueron mis hijos a casa de esa señora; a mi Rosi la colocaron a servir en casa de unos señores de Motrico y a mi hijo en un caserío. Por la comida solamente, tenían que sacar los nabos para las vacas, limpiar las vacas y las cuadras, hacer todos los recados, pero por lo menos comía y vestía, pues lo que podían le daban. A mí me llevaban los jueves una botella de litro y medio de leche y unas sopas de pan con huevo, pero como en las salas siempre había gente enferma pues la leche era para las compañeras que no se encontraban bien. Yo me comía las sopas y la leche se la repartían. Después por mediación de Concha Santiago saqué a mi Tina (vive ahora en San Sebastián) de un colegio de monjas donde la metieron para que no estuviesen los chicos abandonados. Y por mediación de esta amiga la sacó y la mandó cerca de mí. Estuvo dos días en el caserío con su hermano, y por medio de los del caserío se colocó en Ondárroa en casa de unos señores, que una hermana tenía una casa de comidas y la pobre mujer la comida que les quedaba era de un día para otro, se la daba a mi hija y me la llevaban. Unas veces me la podía comer y otras con el calor se fermentaba y había que tirarla, pero bastante hacía con mandármela. Después de esto se deshizo Saturrarán, y me mandaron a Amorebieta. Allí estuve hasta que me vino la libertad. Allí trabajé en el taller para ganar dinero para sacar a la pequeña mía que estaba en el colegio y había que mandarle ropa.

Salí de la cárcel y a los ocho días no tenía para comer y mis hijos no me podían dar los pobres porque estaban sirviendo. Entonces me puse a servir en casa de unos señores, pero caí enferma. Me llevó la señora al médico de pago, pero como yo no sabía quién era el médico, pues no le dije la verdad de dónde había estado y ella se lo dijo: “Es que esta pobre mujer, ha estado siete años y medio en la cárcel y le han pegado mucho, tuvo dos costillas rotas y mal soldadas, y ahora al ponerse a trabajar, no se encuentra bien; la traigo a ver si usted le mando algo, porque es muy buena y cumple con sus obligaciones, yo la tengo en casa”. Y le contestó: “Lo primero y lo principal, que descanse un mes al aire libre”. Yo le dije: “Eso no lo puedo hacer, porque no tengo donde estar”. “Pues le es muy necesario descansar, ponerse estas inyecciones que le voy a regalar y tomar el aire libre”. Cuando volvíamos del médico, vi a mi niño trabajando con los presos, que los sacaban a trabajar, al verme pidió al encargado para ir a hablar conmigo, y entonces le dijo la señora, que se llamaba Reyes: “Vengo con tu madre del médico y le ha dicho que tiene que estar al aire libre y de reposo un mes, porque está deshecha, está destrozada”. Y yo le dije: “Pero ¿dónde voy a ir hijo mío, si no tengo dónde?”. Me respondió: “Mañana mismo nos vamos al caserío donde yo he estado”. Yo le contesté que no me parecía bien meterme en una casa que no conocía. “Me parece mejor que tú vayas a hablar con esos

señores, les explicas lo que me pasa y si ellos quieren... tú les dices que yo sé coser, estoy útil pero que necesito aire y alimento". Y en cuanto fue mi hijo le dijeron que sí; es un caserío, entre Ondárroa y Motrico, volvió mi hijo y dijo: "Mamá, me han dicho que vayas". Al otro día me llevó y allí estuve un mes cosiendo arreglando sábanas y ropa. Eran muy agradecidos, me trataban muy bien, todo se les hacía poco; tenían vacas y me daban toda la leche que quería, la comida, todo lo que tenían. Se portaron muy bien y cuando regresé ya mi pequeña había salido de servir y había hablado en el taller que ella trabajaba para colocarme y hacía diez horas diarias en la empresa SUAC, en un taller de hacer bielas y piezas de bicicletas. Pero cuando me puse a trabajar caí enferma otra vez y mi hija me dijo: "Mamá, te vas a venir al taller mío de Orbea, que voy yo a hablar con el dueño y ahí si es menester te quedas con el puesto que yo tengo, que es montaje y es menos trabajo que la máquina. Y allí estuve hasta que pude ir a Madrid; yo no tenía donde vivir, en mi casa se había metido gente, no me pagaban, no podía echarlos, me tuve que colocar de cocinera y fui a parar a casa de un policía y allí estaba hasta que el ama se dio cuenta que yo llamaba al procurador a ver cómo iban las cosas del juicio para recuperar mi casa. El ama se lo dijo a la señora, que es la hija del general Aguilera, y me puso a bajar de un burro, porque me registró la maleta y se encontró con la defunción de mi marido, que lo habían fusilado. Se puso conmigo como una fiera, me tuve que ir. Y luego ya pues he estado asistiendo donde he podido trabajar. Después he pasado muchas fatigas.

Y aquí estoy luchando con setenta y cinco años. Y después de haberme fusilado al marido no tengo derecho de viuda. Lo he mirado porque yo he escrito a Carrillo y me ha contestado que lo quieren llevar a las Cortes, y aquí estoy esperando, que aunque quiera no puedo trabajar, pero qué voy a hacer, a ver si sale otra orden y me dan algo.

Te voy a pedir que veas a una compañera, María Juana Román, que fue alcaldesa de un pueblo de Jaén. Es una gran mujer, estuvo penada a muerte. Te doy el teléfono; la dirección no la sé. Debe ser muy cerca de Barcelona. Le das un abrazo si la ves. Ella es más vieja que yo, pero hemos llegado a ver el final del dictador.

Josefa Pérez Medel

Me llaman *Pepita* en todos los sitios, soy de Madrid. Me detuvieron en el año 41 con mi hermano, varios chicos y tres mujeres. Después de pegarles a los chicos y a mi hermano, que los maltrataron bastante, les pusieron las corrientes y yo los veía bajar y subir. Nos trasladaron a la cárcel de Ventas, donde estuve hasta el año 43, en que nos sacaron de tres en tres a los penales. Veinticuatro salimos repartidas por España. A mí me llevaron a Saturrarán, y al llegar allí, aquello era una pena porque había un hambre terrible. Morían las chicas a montones, chicas jóvenes. Nos encontramos con Cloti, Angelines, que ha muerto ahora, e Isabel. Era un penal en el que se pasaba mucha hambre. Pasaba un río, y el mar lo teníamos en el mismo Saturrarán. Luego se deshizo el penal y a mí me mandaron a Madrid y de allí salí en el año 46. El año 47 me volvieron a detener con Luisina Díaz, que ha muerto de un cáncer. Era una chica que había estado en Palma de Mallorca también varios años.

—¿Por qué os detuvieron? ¿Hacíais trabajos clandestinos?

Sí, claro. La detención del año 47 fue con tres mujeres y cinco hombres. Había detenido a Manolo, Santiago, Santiago Ríos, Mesa y Ventanilla. También en la

misma caída pero por la parte de guerrilleros estaba Julio Navas, que lo mataron a garrote vil.

A nosotras, que éramos tres mujeres, Julia Martín, que era de Valencia y Luisa Díez Ordóñez, que vivía en Madrid —las dos han muerto de cáncer hace unos años—, a las tres nos juzgaron en Ocaña. No recuerdo el día fijo que fue, no he sacado el testimonio, pero fue el año 48 y era a primeros de mayo, porque me acuerdo que los guardias civiles que nos llevaban que no se portaron mal. Nos pusieron en la general, una comisaría que había allí, en el pueblo, y estábamos tomando el sol y nos tiraron un pedrusco que por poco me abren la cabeza. Es que Ocaña hay que verlo. Y estuvo el capitán de Madrid, que es el que llevaba eso, con el coronel Eymar —lo llevaban los dos—. Nos estuvieron haciendo preguntas, ellos nos querían asustar. Y



La primera de la izquierda, Pepita Medel, junto a sus compañeras. Todas ellas han pasado lo mejor de su juventud en la cárcel, pero nunca les faltó la moral.

nosotras, después de todo lo que habíamos pasado, no nos hacía mella, porque las tres mujeres éramos reincidentes, ellas dos de guerra y yo de posguerra.

—¿Os pegaron mucho?

Pues no, esa era la época en que había venido la Perona y estaban un poco suaves; a mí me sacaron dos veces a la calle y decían siempre que me iban a dar un moquete, alguna torta ya me gané. Malos tratos de vejaciones y de palabras sí, porque se creían que yo conocía, y no era cierto, a la camarada que había venido de

Valencia. A mí se me ocurrió decir que una tal Elvira me había dado los papeles, y el nombre supuesto de ella era el de *Elvira*, y claro, siempre nos careaban, pero no nos conocíamos. Y entonces, pensando que ella me había dado algo, cuando ya nos llevaron a la cárcel me hicieron un tacto rectal en Gobernación, cuando salimos.

—El tacto rectal. ¿te lo hizo un hombre o una mujer?

Una matrona, porque claro, yo protesté todo lo que pude, que eso era un atropello y tal y cual. Después de cincuenta mil vejaciones se empeñaron y me lo hicieron.

En Gobernación estuvimos casi un mes, y luego ya salimos para Ocaña. Nos juzgaron y a mí me mandaron a Segovia. Luis había ido al psiquiátrico, que estaba en Quiñones, y yo todo el tiempo he estado en Segovia.

El año 50, como escaseaba mucho el agua, me caí con dos cubos por la escalera. De resultado de esto tuve un quiste gigante. Pero, claro, como no me hacían caso, el médico era bastante inconsciente y me mandaba a Madrid. Allí decían que no me veían nada. Se creían que me venía a enchufar y en todos esos viajes, cada vez tenía que ir y venir con los guardias y todo el trajín, cada vez estaba peor. Don Simeón, que era el médico de aquí, decía que no tenía nada, que yo me venía a enchufar. Y fíjate tú, yo allí no quería estar ni a la de tres.

—¿Era de Yeserías?

No, Ventas. Habían hecho un hospital penitenciario para mujeres. Fue en el año 53 cuando me dejaron ingresada, desde el año 50 que llevaba el golpe, después de morir mi madre —también estaba enferma, murió de cáncer—. Tan cerquita como estaba yo de Madrid, a dos horas, y no me dejaron verla. Me operaron y quedé bastante bien, y eso que era un quiste gigante ya de tiempo, pero me ha quedado una mala circulación de piernas que estoy fastidiada. Me sacaron doce litros de agua con aspirador. Me operaron dos médicos, el de ginecología y don Modesto. En la operación dejaron entrar a mis hermanas porque estaba muy grave... Pero a mis hermanos no los dejaron entrar a ninguno de los dos. En Segovia estuve sufriendo cincuenta mil cosas; durmiendo en el suelo, porque como había sido la huelga de hambre en Segovia, todavía dormíamos en el suelo hasta que nos dieron los petates; después pusieron camas, pero después de muchos años de dormir en el suelo. Con lo frío que era Segovia... Y duchándonos con agua fría, que parecían alfileres, pero a ver cómo te ibas a lavar, si no... Era imposible, llegó un día que dijeron que se deshacía Segovia y que nos llevaban a Alcalá, allí había talleres y me puse a trabajar.

En Alcalá, cuando fuimos, dio la casualidad de que el administrador que había en el hospital de Ventas, don Simeón, para la comida era un rácano, nos tenía a raya. Nos pusieron entre las comunes, donde efectivamente quería él. A mí me mandó una amiga mía un libro, *El romancero gitano*, de García Lorca, y entre el cura y él me quitaron hojas del libro sin consultar conmigo. Me quitaron "La casada infiel". Yo les dije que quién les había dado permiso para quitarme hojas, que yo ya lo hubiese sacado para la familia si no querían que lo leyese, si para ellos era tan malo. Pero como hacían lo que querían, o lo soportabas o te castigaban por cualquier cosa.

En la administración de la comida no duró mucho, se marchó enseguida, porque con las monjas discutía. No mejoró por eso; si ellos tiraban por un lado las monjas tiraban por otro. En los talleres yo he estado hasta que salí. Algún castigo que otro he sufrido por no conformarme con algunas cosas que hacían; yo protestaba siempre y

me castigaban en celda, así que luego salí con los achaques, claro, que se tienen después de una operación tan grande. Todo lo que hemos pasado las mujeres en general... Hemos luchado mucho. Las cárceles, todas estaban llenas de mujeres. Hemos tenido que trabajar para ganar algo y sobrealimentarnos para redimir porque veíamos que no sabía nadie si no se redimía alguna cosa. En Alcalá en general la gente ha sufrido muchísimo, muchísimo, porque a lo primero la vida era toda en el patio, y también se pasaba bastante frío. Todo lo teníamos que pagar. Si te ponías una bolsa caliente en invierno; y con la cocina igual, todo a fuerza de pagar. Sin embargo, nos pagaban muy poco por cada traje que hacíamos o cortábamos.

En general en esa época, digan lo que digan, las comunes se portaron muy mal con nosotras. La mayoría hacían de chivatas. Había quien no tenía esa intención, porque alguna gente, cuando vieron que nosotras no comulgábamos, pues nos siguieron en muchas cosas. Pero había muchas que no hacían más que chivarse de lo que no debían. Yo no estoy de acuerdo con algunas cosas de ahora, por ejemplo la COPEL, libertad para todos los comunes, ¡qué disparate! Yo estoy de acuerdo en que la sociedad en que hemos vivido y vivimos ha hecho la delincuencia juvenil y, sobre todo, que hay que hacer otras formas de reeducación y no una cárcel de maltratados; que el sistema penitenciario obligatorio, mejorarlo mucho. También hay que revisar expedientes.

En total estuve dieciocho años. Se me ha pasado toda la juventud sin poder disfrutar de nada y notificándome la muerte de todos mis seres queridos allí dentro... Muchas veces las mujeres, claro, la generación de ahora no se da cuenta. Porque piensan que eso ha pasado ya y que no lo debemos nombrar, porque si no, vamos a estar siempre con que hemos estado en la cárcel y todas esas cosas. Pero efectivamente, si los demás no hubiésemos hecho algo por la lucha... porque a lo primero en todas las manifestaciones y en todas las huelgas que había en los primeros años, nos veíamos siempre los mismos al darnos la vuelta. Ahora, claro, se ha incorporado mucha juventud, pero en aquellos años era muy distinto y muy difícil. Luchabas por reivindicar algunas de las cosas que queríamos; los sueldos, la libertad de los presos políticos, y eso, pues claro, siempre había palos en todos los sitios y te tenías que exponer. Así que luego, cuando salí de Alcalá, he hecho mi vida. He empezado a trabajar, tenía que comer. Me fui a vivir con la hermana donde vivíamos nosotros, y era muy difícil colocarse entonces. Claro, salí con libertad vigilada hasta que en el año 63 con Pablo VI, se dio el indulto para las reincidentes. Y entonces quedé ya sin tenerme que presentar, pero cuando estaba sujeta a las presentaciones tampoco me podía colocar en muchos sitios y me tuve que poner a coser en casa como pude yo sola. Porque mis hermanos no me iban a mantener, yo ya era mayor y quería tener una vida independiente sin que ellos tuvieran que estar pendientes de mí. Ya antes lo habían estado todo el tiempo que estuve encerrada, que dieciocho años son muchos años. Si sales muy mayor ya es muy difícil la vida, sin estar acostumbrada a muchas cosas. De la cárcel te han quedado secuelas de todo tipo; de las enfermedades que has pasado, que has dormido con frío en el suelo, y las penas que se ven, y la comida... y gracias a ellos, que me llevaban paquete, que además todo costaba mucho.

Y por último quiero decir que estoy contenta de que se haga algo de las mujeres, pues nos tenían un poco olvidadas y la lucha es tanto de hombres como de mujeres, y tenemos la prueba de las caídas. No había detención en la que no hubiese mujeres. Y en

mi opinión, sin la colaboración de las mujeres en la lucha, los hombres no hubiesen podido hacer muchas cosas. En cambio cuando ha salido algún libro, las mujeres no aparecemos para nada, y hemos sufrido tanto las mujeres como los hombres la represión en comisaría, en las cárceles o en la calle. Las mujeres, que parece que no han luchado, que no han sufrido una represión y que sus maridos no han cejado en la lucha en cuarenta años, han sido mujeres que han aportado su trabajo, han sabido comprender a su compañero, también han pasado privaciones y sufrido y hay que saberlo valorar. Y hoy, legales, como en la clandestinidad, tenemos que seguir juntas luchando, porque aún no ha terminado; aún tenemos que ganar la democracia para nuestro pueblo.

Ana Martínez Elcoro-Arestizábal, de Las Arenas, Guecho (Vizcaya)

Nací el 6 de agosto de 1913. Pertenezco a una familia obrera y desde muy niña conocí en mi casa la lucha de los trabajadores. La guerra nos llevó primero, y por poco tiempo, a Santander, y de allí a Cataluña. En Torrelló se me encomendó dar clases a los niños evacuados del norte, y después a los que iban llegando de Málaga. Procuré hacerlo con toda responsabilidad y enseñé a aquellos niños lo que correspondía a su edad. Trasladados a Vic por el trabajo de mi padre en Subsecretaría de Armamento, trabajé en una fábrica de guerra, en la oficina, hasta la evacuación de Francia.

En Francia, campos de concentración, refugio, donde también me encargué de la escuela de los niños; y después en Toulouse, fue donde vivíamos la etapa de la segunda guerra mundial. Mi casa de Toulouse fue un punto de apoyo del Partido y de Unión Nacional. En la resistencia, y aún sin pertenecer el Partido, colaboré con las camaradas; aunque en pequeño grado. Fue tomada mi casa por la policía días antes de la liberación de Toulouse y detenidos mi hermano y otros camaradas.

Terminada la segunda guerra mundial, se me dijo de pedir el ingreso en el Partido. Tenía yo una idea tan elevada de lo que aquel paso suponía que no me había considerado lo suficiente capaz para pedirlo por mí misma. Fue el camarada *Torres* (Sánchez Biedma) quien me lo planteó.

Empezó para mí una nueva vida plena de actividad que compartía con mi trabajo particular para ayudar al sostenimiento de mi casa. Comencé a trabajar en la organización de mujeres, que se empezaba a organizar, y al muy poco tiempo se planteó, y lo acepté, trabajar exclusivamente en el Partido. Un breve tiempo con la camarada Dolores y después el traslado a París para trabajar en la organización de mujeres hasta venir a España en el año 1959, el 22 de diciembre.

En Madrid, después de unos meses, el camarada Julián Grimau, a quien veíamos de vez en cuando, me dio una cita para ver a la camarada Margarita Sánchez a fin de empezar a participar en el trabajo de las mujeres. A esta camarada la había conocido yo en París, donde la vi dos veces. Me presentó dos camaradas más de las que nunca supe su nombre ni dónde vivían, y después de vernos dos o tres veces y planear algún trabajo, fui a una cita y me dijeron de cortar esos contactos. No volví a ver tampoco al camarada Julián.

Nos traía a casa *Mundo Obrero* el camarada Melitón, que lo conocíamos de Francia. Traía varios ejemplares para compañeros de trabajo de Ángel. Repartía tam-

bién a otros amigos de la construcción. A casa de uno de estos amigos, de Manolo, es donde me escribía Antonia del Monte desde Francia, y me mandaba propaganda de Mujeres. Habían detenido a Melitón, y como solía frecuentar bastante nuestra casa, tomamos las precauciones más importantes: hicimos desaparecer todas las direcciones y nombres que teníamos y que podían crear problemas si pasaba algo. Poco tiempo después viene uno de los amigos a los que Ángel entregaba *Mundo Obrero*, para decirnos que habían detenido a Manolo. Nos dijo que tuviésemos cuidado; lo habían detenido hacía dos días.

Como anécdota y explicación de los métodos empleados por la policía, y que luego nos dimos cuenta, habían venido a casa fingiéndose empleados de la Telefónica tres hombres acompañados del portero. Estaba yo sola en casa y me pidieron si podrían ver por la terraza de una de las habitaciones cómo estaba la instalación de los hilos del teléfono. Posiblemente se les habría dado alguna orientación sobre nuestra casa y quisieron comprobarlo. Tres años después, al salir yo de la cárcel, el portero me dijo que eran policías, pero que él tuvo miedo de decirlo porque le habían amenazado.

Aquella misma madrugada del 21 de octubre de 1961, a las dos, la policía, después de un minucioso registro, en el que no encontraron nada, y quiero que esto quede bien claro, absolutamente nada, se llevaron a Ángel. Me dijeron que volvería pronto. Recogí todo lo que habían dejado revuelto y a las siete de la madrugada me marché a casa de la familia de Ángel. Recuerdo que, al salir de casa, la mujer del portero estaba limpiando el portal y me miró, un tanto asustada.

Aquella mañana escribí una nota a Bilbao a casa de mi hermano para decir lo qué pasaba y fui a la fábrica donde trabajaba Ángel para comunicarlo también, pues yo sabía que a algunos de los obreros les llevaba *Mundo Obrero*. Pensamos que al día siguiente, si Ángel no volvía a casa, iría su hermana a Gobernación para informarse. Quiero decir que en aquel momento yo no tenía a quien ver ni en quien apoyarme.

El 22 de octubre del 61 (también a los dos de la madrugada), vino la policía a detenerme llevándose también al marido de la hermana de Ángel, al que pusieron en libertad a los dos días. Al llegar a casa habíamos dado como residencia nuestra la casa de la familia de Ángel, y al no encontrarnos en mi casa, se dirigieron allí. Al entrar en Gobernación me llevaron a una celda cerca de donde hacen las fichas de entrada y salida. Al rato me subieron al piso de arriba y me llevaron a uno de los compartimentos, donde detrás de la mesa estaba sentado un hombre, quien de golpe me preguntó: “¿Sabe delante de quién está?”. Al contestarle que no, me dijo: “Soy el jefe de lo Político-Social”. Era Arias Navarro.

Le pregunté por mi marido y me contestó textualmente: “De la primera hostia que le he dado le he tirado al suelo”. “Porque no ha podido defenderse”, le contesté. Empezó a interrogarme sobre por qué había venido a España y le dije porque siempre había sido este nuestro deseo. Insistió mucho sobre ello, y recibió siempre la misma respuesta, me preguntó si conocía a José Ruiz. Le dije que no, y la verdad es, y quiero remarcarlo, aquel nombre no me decía nada. Entonces me dijo: “Venga usted y me va a decir si de verdad no le conoce”. Me llevó a una habitación inmediata y allí estaba sentado, tomándole declaración, Pepe Galarreta. Nos miramos los dos (sí vive puede atestiguarlo) sin decirnos nada. A Galarreta le habían detenido en la mañana del sábado; y a mí en la del domingo.

En relación con Galarreta yo siempre mantuve que nos conocíamos por haber

vivido un tiempo en el mismo hotel de París y que por ello continuaba una amistad entre nosotros.

Volví a llevarme a su despacho Arias Navarro y entonces empezó una serie de descargas sobre mi actividad en Francia, en el trabajo de las mujeres, con bastantes precisiones por cierto.

Me volvieron a bajar a la celda y al poco tiempo entraba una camarada que se llamaba o se llama Anita, que vivía en Canillas, que yo había conocido al venir a España y había tenido con ella correspondencia desde Francia. Les habían detenido a ella y a su marido. La tuvieron unas horas conmigo y la pusieron en libertad. En el rato que estuvimos juntas me dijo que días antes había visto a la de la panadería. Me di cuenta de que era Margarita, pero por mi parte no hice ninguna mención sobre si la conocía o no.

Después saqué la conclusión, aunque mi cuñado en una ocasión me contestó con evasivas, que cuando le pegaron, habló de esta mujer; aunque nunca había intervenido en nada, en una ocasión desde Francia, le encargué fuera a ver a esta mujer para llevarle dinero como ayuda. Porque me dijo ella que primero fueron a buscarles a la casa donde vivían antes, que es donde en aquella ocasión había ido mi cuñado.

Me tuvieron en aquella ocasión un día más, creo, subiéndome arriba repetidas veces, sobre todo durante toda la noche y la madrugada. La insistencia del interrogatorio era qué contactos había tenido yo en España y a qué había venido; y soy sincera al decir que seguía manteniéndome en que no los había tenido. Estos interrogatorios eran hechos por un grupo de policías y por el propio Arias Navarro.

Ya pasaba una segunda noche, me trasladaron a una celda muy pequeña con el consabido poyete de piedra. Recuerdo que tenía mucho frío y pedí que si me podían dar una manta, que naturalmente me la negaron. Pedí también que me dejaran ir a asearme y no me dejaron. En los diez días que estuve allí una sola vez me dejaron lavarme un poco la cara, y recuerdo que la empleada que estaba allí me cobró cinco pesetas por dejarme una especie de toalla para secarme. Siempre que iba al servicio me acompañaba aquella mujer. Una de las veces que íbamos me crucé, sin hablarnos con la mujer de Galarreta.

Vi a Ángel un momento y nos repartimos el poco dinero que teníamos. Me sacaron de la celda para interrogatorios y me encontré con la sorpresa de ver a mi hermano, que lo traían detenido de Bilbao. Me fui hacia él y nos abrazamos. Nos separaron rápidamente.

A medida que iban sucediéndose en los interrogatorios, recuerdo a uno de ellos alto, delgado, con muchos granos en la cara, que me retorció las muñecas y que una de las veces, poniendo una pistola encima de la mesa, dijo: "A ésta la primera hostia se la daré yo". No me pegaron, pero sí me retorcían las muñecas, haciéndome muchísimo daño y en repetidas ocasiones me pusieron los focos de luz en los ojos, que aparte de quemártelos, me ponían en un estado de nervios tremendo.

Una madrugada me enseñaron una foto tipo carné de Julián Grimau diciéndome que si le conocía. Dije que no, me enseñaron un sobre de Antonia del Monte dirigido a la casa de Manolo; me dijeron: "Esta foto es de Julián, que está detenido, y aquí —señalándome el sobre— se hablaba de él y de ti".

Legué a creer de verdad que estaba detenido y así lo expliqué a las camaradas de

Ventas. Oí muchos gritos y me decían: "Escucha". Fue un rato horrible el que pasé. Aquellos gritos y quejas eran de Ángel, me llevaron por un pasillo donde, intencionalmente, había una habitación con la puerta abierta donde estaban golpeando a Ángel tremendamente. Pero la verdad es que yo seguí pensando que Julián estaba detenido.

Se centraron los interrogatorios en con quién me había puesto en contacto Julián. Pienso que fue hacia el sexto día cuando dije que con una mujer que yo había conocido en Francia en la fiesta de *L'Humanité*, pero que no sabía ni su nombre ni apellido, ni tampoco dónde vivía y que esta mujer solamente me había presentado a dos amigas suyas de las que tampoco conocía nombres ni direcciones. Reconozco que di algún detalle de cómo iba vestida Margarita, pero yo nunca di su nombre ni dirección.

El 2 de noviembre, después de hacerme las fotos para las fichas, me trasladaron a la cárcel de Ventas. Al firmar la salida, mi vista recorrió las anteriores firmas y así pude ver que Ángel había salido también de aquellos calabozos. Terminaba una etapa, la más dura yo creo, en la que ha podido haber debilidades humanas y también inexperiencias pero no traiciones. Una etapa que hubiera deseado mucho tener la oportunidad de explicarla a alguien a quien podía corresponder escucharla. Nunca se me ha dado esa oportunidad, pero por lo visto se ha podido juzgarme, por algunos comentarios y reacciones llegados a mí, sin escucharme.

Al llegar a Ventas este atardecer del 2 de noviembre me subieron a unas celdas que las utilizaban como de castigo. Hacía mucho frío y yo estaba francamente mal. Era una especie de pasillo cerrado con unas fuertes rejas de hierro. Mediría unos ocho metros de largo por menos de dos de ancho; en él tres puertas que correspondían a tres pequeñas celdas. En ellas había una pequeña cama y el servicio dentro de la propia celda.

Había allí dos muchachas jóvenes; estaban castigadas, luego supe el motivo. La funcionaria que me llevaba les dijo: "Es una presa política". No sé en qué estado me verían, que una de ellas le dijo a la funcionaria: "Yo le dejo esta celda que está más caliente porque pasa por ella la chimenea del economato y yo me voy a la otra". No quería yo aceptarlo, pero tanto insistió que lo acepté, y ¡cuánto agradecí el primer gesto humano después de tantos días de angustia! No sé cómo se arreglaría pero enseguida consiguió lo que más necesitaba, un cubo y una toalla para secarme.

Recuerdo que nos trajeron el rancho de la cena, que no lo probé. Así pasó la primera noche en Ventas; y sin dejarme salir de la celda, ni siquiera a aquel pequeño pasillo que estaba también cerrado, pasé dos días, al tercero me dejaron salir al pasillo, en el que había un pequeño ventanuco y en donde de vez en cuando aparecía algún pajarillo que parecía querer volverte a la vida.

Me trataban aquellas chicas con un gran respeto. Me dijeron que había otras presas políticas y que las podía ver en la misa del domingo, pero la verdad es que en el tiempo que estuve en celda (hubo dos domingos) no me permitieron ir a misa. Consintieron que mi familia llevara algo de ropa y comida, aunque no nos dejaron comunicar. La comida la compartía con aquellas muchachas que no recibían nada de nadie. Ni un gesto de solidaridad recibí en aquellos momentos difíciles por parte de las camaradas. Sí, de una común que trabajaba en el economato y que sin conocerme me hizo pasar un día un poco de café con leche.

Fueron unos días muy duros, pues en cuanto nos encerraban en las celdas y ya no

me veían, perdían aquellas chicas todo sentido de respeto. Y entre ellas, de una celda a otra, sostenían unas conversaciones que en mi vida hubiera pensado escuchar. Conocí por primera vez ese pequeño mundo de aberraciones, que luego fui conociendo más. Eran dos muchachas invertidas castigadas por ello, y... ¡qué remedios a los males! Les ponían juntas a las dos, aisladas del resto de la reclusión, para mejor prodigarse en sus inmoralidades.

Era una vejación tener que escuchar aquellas guarrerías, tener que aguantar aquellos escritos en las paredes donde se veía una obligada a pasar el día y la noche; y ya un día decidí plantearlo a la funcionaria que hacía aquel servicio. Fue siempre una buena mujer para las presas políticas. Luego supe que a un hermano le habían fusilado los franquistas en Zaragoza.

Le dije que yo estaba allí justa o injustamente por motivos políticos, pero que no me podían obligar a soportar aquel ambiente. Me dijo que pidiese una cita con el cura de la cárcel para hablar con él y le contesté que no, que a quien quería ver era al director. Posiblemente habló con él, porque aquel mismo día le autorizaron para que me sacara un rato a la terraza y allí me tuvo conversando amablemente una media hora. Desde allí, casi se veía mi casa en la ampliación del barrio de la Concepción. ¡Qué cerca y qué lejos!

Me dijo que pronto me sacarían de allí, pero que antes tenía que venir el general Eymar. A los pocos días vino con un secretario para reafirmar las declaraciones y al día siguiente me sacaron de la celda a la galería donde había muchas presas. Vi enseñada a Margarita y sin vacilar me dirigí a ella. Prácticamente me rechazó la palabra y al momento percibí en qué situación me encontraba. A los dos días nos trasladaron a las dos a otra galería, en la que ya estaban las otras tres presas políticas. Antonia (una camarada catalana, que no puedo recordar su apellido y que conocí en Francia, aunque ni una ni otra hicimos mención de ello), otra joven, no recuerdo su nombre, que salió al poco tiempo, y Adela, una camarada de Madrid del expediente de Melitón, que, sobresaída su causa, salió en libertad.

Estando completamente aislada de estas camaradas, me pidieron tener una conversación, que la tuvimos, en realidad fue todo lo que anteriormente planteo. Es natural que iban predisuestas e influenciadas, pero también tengo que decir que reaccionaron objetivamente. Si vive alguna de ellas puede atestiguarlo. Aunque aparentemente manteníamos unas relaciones normales, existían problemas en cuanto a posiciones, porque en bastantes ocasiones vi discutir violentamente a Margarita y Antonia. Así, en este ambiente, en un conjunto de reclusión especial por ser de paso, con una falta de saneamiento, llegué al fin nuestro juicio, en el que se me condenó a doce años de prisión. El juicio por lo militar se caracterizó, como todos los de aquella época, sin ningún medio de defensa. Creo que tanto Margarita como yo volvimos a Ventas muy serenas.

No llegué nunca a comprender en Ventas por qué Antonia y la otra joven participaban voluntariamente en el coro de la iglesia. Tuve siempre la impresión de que Antonia trataba siempre de conservar una total independencia de todas nosotras pensando que así su paso por la cárcel podía ser más llevadero. Trabajó en el economato y consiguió quedarse en Ventas toda su condena. Tanto Margarita como yo, cuando recibíamos alguna ayuda la distribuíamos entre todas las camaradas. No lo hacía

así Antonia, que se lo quedaba para ella. Nunca lo consideré justo, de lo que debe ser la colectividad, y sobre todo en aquellas circunstancias de cárcel, ha debido ser fundamental para la mejor convivencia y comprensión. Además, el contenido y espíritu de solidaridad desde la calle siempre ha tenido un carácter colectivo, y no para una persona; pero otra cosa, en algunos casos ha sido la realidad.

Recuerdo aquí un caso de que estando en París tuve ocasión de estar hablando con Amalia, Tomasa Cuevas y Florinda, y al decirle a Amalia: “Es a la familia de esta camarada a quien mandábamos la ayuda para todas vosotras en los años 40 a la cárcel de Ventas”, me contestó Amalia delante de ella: “Pues era su rancho lo que nos daba”. Problemas así quitaban importancia a lo que suponía esa solidaridad desde fuera y creaba problemas entre las reclusas.

Llegó nuestro traslado a Alcalá de Henares un domingo por la mañana. Allí estaban Mari Blázquez, Esperanza Martínez, Josefa Beneito y otras. Nos trasladaron a celdas para pasar el período de ingreso. Nos pusieron seguidas una junto a la otra y así, con golpes en las paredes, nos llamábamos de vez en cuando; en la hora del correo, empezamos a recibir cartas de Ángel y Gervasio, que estaban ya en Burgos.

El día de nuestra llegada, Esperanza, *Espe* la llamábamos, consiguió llegar hasta las puertas de nuestras celdas y muy humanamente me hizo sentir la presencia del Partido. Fue todo completamente diferente a lo que había sido mi ingreso en Ventas. Había ya un cambio muy importante para mí. Me trajo *Espe* la biografía de Lincoln y algunas otras cosas que leer. Recibí la primera carta de Ángel y pude contestarle; empecé también a recibir noticias de mi padre desde Francia, y de mi familia de Bilbao. He olvidado decir que a Ventas vino mi hermano a verme. Me comunicó que Julián no había sido detenido; se me quitó un peso enorme de encima.

Pasamos Margarita y yo quince días de un trabajo muy duro. Veíamos sufrir a las camaradas que no podían ayudarnos, pues la verdad es que nos tocó desde barrer todo el patio, pasando por vaciar un pozo negro estancado, hasta descargar troncos de árbol de un camión y llevarlos a un depósito. Yo muchas veces me pregunté de dónde sacaríamos fuerzas, pues la verdad es que tanto una como otra no estábamos muy sobradas de ellas. Recuerdo que se me infectó un dedo de la mano y tuvieron que sajármelo, pero seguí haciendo ese trabajo.

Pasamos nuestro período de ingreso y pudimos abrazarnos con nuestras camaradas. Yo no las conocía. Margarita por lo menos conocía a María Blázquez. Siempre tuve la impresión de que me recibieron en el grupo con reserva. Nunca se planteó allí, como en Ventas, explicar el proceso de nuestra detención. En Alcalá creo que hubiera sido más objetivo.

Desde el primer momento planteó Margarita el crear el colectivo, cosa en la que yo estaba completamente de acuerdo; en primer lugar era justo y también, por mi parte, porque pensé que iba a estar en condiciones de poder aportar algo. Soy sincera al decir que, en mi situación, posiblemente si no hubiese sido así no lo hubiera planteado.

Hubo sus reservas de principio. Se veía, aunque a mí nada me dijeron, que había habido o había problemas entre las camaradas, pero se aceptó y así empezamos a funcionar en colectivo. Todo lo que ganábamos lo repartíamos a partes iguales; todo lo que recibíamos era para todas; cada mes una de nosotras hacía, como decíamos, de

madre, y le tocaba administrar, organizar las comidas, etcétera. En ese aspecto pienso que se dio un paso importante.

Convivía mucho con nosotras una común, Asunción. Nunca quise saber por qué estaba, pero la verdad es que era una chica muy seria, muy reservada, que nos apoyaba y defendía como política en todo. Teníamos que haber hecho con ella un trabajo más político; no lo hacíamos ni entre nosotras mismas. No sé qué habrá sido de ella y lo siento, pues hubiera sido una mujer del Partido; igual lo es, ¡ojalá!

Nos incorporaron a los talleres, lo que nos permitía redimir y al mismo tiempo unos ingresos económicos (aunque estábamos superexplotadas) para poder pasarlo mejor. Yo pasé al taller de bordados y al lado de Mari Blázquez empecé ya a hacer una vida normal para el tiempo que tuviese que permanecer allí. Mari era una camarada muy inteligente, muy entregada al Partido. Había sufrido muchísimo en su vida. He pensado que eso le hacía ser un poco intransigente. A veces le veía discutir con Margarita; me era muy violento preguntar qué es lo que pasaba porque no se me daba confianza para ello.

Llegaron después Antonia Herrero, María Francisca Dapena, Jacinta Gil, María Carmen Sánchez y Paquita Román, esta última no era del Partido, pero sí una excelente compañera que compartía muy bien nuestra colectividad. En realidad y ante toda la población reclusa, funcionarios y monjas (que de todo había) formábamos un grupo político unido, que se nos respetaba.

Entre nosotras había divergencias en cuanto a apreciaciones sobre la población reclusa, María Francisca justificaba casi como un hecho normal y defendía a ultranza las inmoralidades de algunas de las presas comunes; nosotras las comprendíamos como producto de una sociedad, pero no podíamos justificar el que nos viésemos obligadas a convivir tan mezcladas con ellas. Nunca ha faltado a esa población reclusa nuestra apoyo y ayuda; pero siempre manteniendo esa distancia que se imponía. Por eso precisamente pienso que se nos respetaba.

Acabo de leer el libro escrito por María Francisca y publicado recientemente *Señor juez, soy presa de Franco*. Y en él se vierten contra las presas comunistas en aquel tiempo en Alcalá una serie de conceptos que son totalmente falsos sobre nuestra actitud política y humana. Me gustaría contestar a ellos, pero lo quiero hacer de acuerdo sobre todo con Espe y las demás camaradas que quedamos de aquel grupo.

Me indigna de verdad cuando, entre otras cosas, habla de ostentaciones festejando como lo hacíamos en todos los cumpleaños, un cumpleaños de Espe. ¡Cuántos sacrificios en las visitas de su hermana Amada desde el Pozo del tío Raimundo, donde vivían, para llevarnos aquellas comidas preparadas con tanto esmero, pero tan sencillas! Aquel cumpleaños sin duda alguna sería así. No recuerda sin embargo María Francisca un cumpleaños de ella, que lo celebramos después que hubiesen comido las demás presas porque nos daba vergüenza hacerlo delante de ellas: bacalao al pilpil, que con sus privilegios le consintieron hacerlo a ella en la cocina, y el cordero asado que mandó nos lo sirvieran de un restaurante de Alcalá.

Gracias, Amada, por tus sencillas comiditas que Espe nos ofrecía con su sencillez y la simpatía que siempre emanaba de ella. Recuerdo a Espe, como a todas las compañeras de entonces, con gran cariño. A Espe nunca la vi inactiva; a cada momento del día tenía algo que hacer. Era su característica, Josefa Beneito, Bene, como

familiarmente la llamábamos, auténtica mujer del pueblo, noble y honrada, ¡cuántos sufrimientos en su vida! Mari Carmen, con enormes ilusiones y ganas de vivir, como correspondía a su edad. Recuerdo las veces que me paseaba con ella por el patio, hablándole de su padre. A Margarita también la recuerdo, y con sincero cariño. Con todas conservo una gran amistad, qué pena que Margarita, tan cerca de la legalidad, no haya podido verla, ¡tanto que luchó en el Partido por la libertad!

Por mi parte en todo momento procuré tener una actitud correcta en mi vida y en el trato con las camaradas. Tengo que decir que ha habido hechos en los que me sentí un tanto relegada, pero siempre por encima de todo la visión que tenían que tener del Partido a través de nosotras la población reclusa, la dirección y los funcionarios. Sabía que a veces se discutían cuestiones del Partido en las que no participaba porque nada se me decía.

Hubo un hecho que hizo en mí tomar una actitud que no sé si sería positiva, por amor propio, y la dignidad, que es necesaria en un militante, me llevó a ello. Con motivo de alguna fiesta las camaradas de Madrid mandaron quinientas pesetas para cada presa política, menos a mí. También a Paquita Román, que no era del Partido, pero en mi opinión era justo que se lo mandaran. Me negué rotundamente a aceptar lo que me querían dar cada una de ellas para que participase de aquella ayuda. Si había habido aquella discriminación desde fuera es que no contaban conmigo por alguna razón.

Aquel mismo día vinieron a verme unos amigos; dejaron dos mil pesetas para mandar a Burgos a Ángel y mil para mí, que las repartí equitativamente entre todas las compañeras. Unos días más tarde me enviaron sin saber quién quinientas pesetas como queriendo enmendar lo hecho anteriormente, pero las repartí entre todas. Se dio el caso de que todas las camaradas recibieron la visita de abogados para ver la aplicación de algún indulto, excluyéndome a mí también de ello. Y seguiría enumerando cuestiones de esta índole.

Nunca oculté nada a las camaradas. Un amigo de mi familia, monárquico, me visitó con buena voluntad de querer ayudarme, solicitó al entonces ministro de Justicia, Iturmendi, de quien era amigo, indulto particular para mí. Recogió por Las Arenas, de donde soy yo, muchas firmas, de gente de las más diversas opiniones y condiciones sociales. No consiguió nada pero lo consideré como un hecho positivo. No estuve segura si lo comprendieron así las camaradas. Este amigo, en cartas que me escribía, discretamente insinuaba que por mi parte tenía que hacer algo para conseguirlo; le escribí una carta, que le di a leer a Mari Blázquez y le pareció muy bien, agradeciéndole su empeño en hacer algo por mí, pero planteándole muy seriamente que no esperase nada de mí, la más pequeña concesión. Esa carta pasó por la censura, la recibí; cuando salí de la cárcel me lo dijo.

Llegó mi libertad. Iba a empezar para mí una etapa más dura. Voy a Burgos a ver a Ángel antes de trasladarme a Bilbao, donde iba a pasar una temporada hasta la salida de Ángel. Pude saludar allí, entre rejas, a camaradas muy queridos. En una de las primeras entrevistas que tuve con Ángel, me dijo de parte de Miguel Núñez, pero planteándomelo de una forma correcta, que me privase de ir a casas que en Burgos visitaban las camaradas, mujeres o familiares de los presos. Aunque eso siempre lo hubiera tenido en cuenta y además mi carácter no es de los que se permite confianzas

que no se me den. Este planteamiento me puso en guardia y, sinceramente lo digo, me dolió bastante.

Enseguida percibí frialdad y en algún caso menosprecio en la puerta de la cárcel de Burgos por parte de algunas de las mujeres, y sobre todo por parte de Luisa, la mujer de Ormazábal; se comportó como que no me conocía, y nos conocemos bastante.

Recuerdo un día de esos infernales de Burgos de lluvia y viento, en el camino de la cárcel al lugar que tomaba el autocar para ir al centro de Burgos. Iba yo sola por aquel camino cuando a bastante velocidad pasó rozándome y llenándome de barro un coche que naturalmente no paró. Era Luisa, me dio una impresión tan mezquina, tan impolítica, que no sabía si reír o llorar.

Guardo sin embargo un recuerdo de lo más grato de la camarada Antonia, la mujer del camarada Julián Vázquez *el Sastrón*, de Madrid. En todas las ocasiones que hemos coincidido en Burgos, ha sido para mí una auténtica camarada y amiga. Se lo he agradecido siempre. Son situaciones muy serias en la vida de uno. También Amalia, con quien me encontré en dos ocasiones, tuvo una actitud de lo más correcta conmigo.

Sale Ángel de la cárcel, nos instalamos en Madrid y nos encontramos no aislados, porque procuramos no aislarnos, pero sí fuera de la vida del Partido. Siempre recordaré en Villaverde, donde vivíamos, a los camaradas Cristina y Mari, Manolo e Inés, los hermanos Maroto. Su presencia en nuestra casa la considerábamos como la presencia del Partido; con ellos hablábamos y discutíamos de política. Nos ayudaron mucho con su proceder en aquellos difíciles momentos.

Ángel es reincorporado al Partido y a mí nadie me dice nada. Empiezan a llegar a mí rumores sobre lo que se ha dicho de mí; cada cual decía una cosa y a su manera. Veo un vacío tan grande que me lleva hasta a dejar de ir al club Amigos de la Unesco.

Viene a vernos María Francisca con una camarada (dice) de Barcelona. Tiene una actitud opuesta a la política del Partido. Ataca a Santiago y otros camaradas de la dirección, en defensa de Eduardo García. ¿Venía María Francisca en plan de provocarme? No lo sé, pero sí que le pusimos en la calle y que nunca más nos hemos visto ni escrito. Últimamente he sabido que se argumentaba en las críticas a mí el que trabajaba para la "alta sociedad" de Alcalá, cosiéndoles ropas interiores y bordando. Esto es francamente ridículo y es desconocer en absoluto lo que era la vida de las cárceles.

Si queríamos redimir teníamos que trabajar donde se nos destinase según lo que sabías. Yo sabía ese trabajo y con él redimía y procuraba unos ingresos que nos venían muy bien para ir viviendo en la cárcel, como las demás camaradas hacían. Nunca se me hubiera ocurrido censurar a las demás camaradas porque cosían ropa para el Ejército franquista en los talleres. Lo hacían porque tenían que acogerse a lo que había, como hacía yo.

Nunca he ocultado a las camaradas que a dos de las funcionarias he cortado a una un vestido y a otra un camisón. Lo hacía además delante de ellas y pienso que son cosas tan mezquinas para tenerlas en cuenta al juzgar a una persona que no vale la pena insistir en ello. Yo he visto a las camaradas enseñar a hacer alguna labor de punto a estas mismas funcionarias y me ha parecido normal.

Lo digo sinceramente. Todas estas cosas y todo lo mucho que he sufrido nunca me han llevado a hacer dejación de lo que con más o menos defectos considero que soy. En todo momento he procurado seguir la política del Partido, y he continuado la ayuda económicamente. He participado en manifestaciones en la ilegalidad. He procurado siempre partir en todo aquello que tenía posibilidad.

Al trasladarnos a vivir a Leganés, ya Ángel incorporado al trabajo del Partido, vino a verme un camarada con responsabilidad en aquella zona y actualmente responsable político de la organización del Partido en Leganés, el camarada José Jiménez, para plantearme la incorporación al Partido.

Era la mayor alegría que se me podía dar, pero planteé a este camarada, antes de incorporarme, que había una situación anormal conmigo y no quería que hubiese ningún malentendido. Me dijo que esas cuestiones estaban ya resueltas y que podía incorporarme. De todas formas, ante mi insistencia me dijo que plantearía hablase con algún camarada, pero que tuviese en cuenta que estaban muy ocupados.

Y así empezó una nueva vida para mí. Estábamos en la ilegalidad y se me nombró responsable de finanzas de la organización de Leganés. Un trabajo activo en un momento muy importante de la vida política me colocaba en situación de poder demostrar si efectivamente era sincera mi entrega de nuevo a la vida del Partido.

La huelga ilegal de febrero, las campañas pro amnistía, la venta ilegal de *Mundo Obrero*, el trabajo del desarrollo del Partido en Leganés, la acción política por su legalización, la movilización por la libertad del camarada Santiago, etcétera, marcaron mi participación en Leganés, en esa etapa de actividad semiclandestina hasta llegar a la legalización del Partido.

He sido reelegida tres veces como miembro del Comité Local y ratificada en la Secretaría de Finanzas como responsable. Procuero aportar tanto como puedo, todo lo que he tenido posibilidad de aprender en los años de militancia activa en el Partido. Pienso que he aprendido también en esta etapa, en el contacto tan directo con la base. Me ha ayudado enormemente a superar complejos y un estado de ánimo de sentirme tremendamente relegada.

Aún no he tenido posibilidad, hasta hoy que se me ha pedido para Amalia que lo haga para la edición de un libro, de plantear estas cosas ante el Partido. Es la primera vez que lo hago, y es como un resumen de todo lo pasado y por nada del mundo lo deseo para ningún camarada. Son experiencias muy serias en las que en más de una ocasión una se ha planteado si valía la pena vivir; son hechos que han podido llevar a perderse a militantes que aun con debilidades humanas no habían dejado de ser honrados y fieles al Partido.

Estudio en la actualidad, como todo el Partido, el proyecto de los nuevos estatutos y estoy segura de que su aprobación van a ayudar mucho a poner las cosas en su justo lugar.

Josefina Reinosá

Estuve detenida en Ventas. Muy poco tiempo, como ves, pero una de las experiencias más penosas y que más huella han dejado en mí fue el fusilamiento de las trece muchachas que formaban parte de un expediente de sesenta y cinco. Por supuesto los mataron a todos. Habíamos preparado farolillos de papel y una serie de cosas

cuando salieron al juicio, porque abrigábamos la esperanza de que al ser menores no vinieran con pena de muerte; pero no fue así, sino que vinieron todas con pena de muerte. Excuso decir que quitamos los farolillos, y aquello en vez de una fiesta como podía haber sido, fue una jornada triste y terrible. Recuerdo que estuvimos haciendo instancias toda la noche para solicitar indultos, para solicitar el perdón, por lo menos aplazamientos para dar tiempo a una revisión, cualquier cosa... No sirvió de nada y a las treinta y seis horas escasas las sacaron y las mataron a todas. Como estábamos en la prisión de Ventas, por supuesto no dormimos. Tuvimos ocasión de oír las descargas con las que mataban; fue realmente impresionante. Una de las cosas que me impresionó también mucho es que oí comentar —no es oficial, por supuesto, porque es solo un comentario que oí— que una de las prerrogativas de los directores de las prisiones es retener a los detenidos, con mayor motivo cuando hay varios menores de edad, de edad penal, se entiende, retenerlos setenta y dos horas para dar un margen de tiempo mayor por si llega el indulto o cualquier contingencia que pudiera atenuar e incluso liberar de esta terrible sentencia como es la pena de muerte, que es algo tan definitivo y tan espantoso... Pero en fin, no fue así. A las treinta y seis horas fueron a buscarlas los piquetes de ejecución. Consistió la salida y mataron a las trece chicas, más los otros hasta sesenta y cinco que formaban parte del expediente. Fue realmente terrible.

Nosotros vivíamos en la calle de Canillas, 16. Era un chalé de una gente muy gerifalte, que estaba amueblado, nosotros cogimos todos los muebles y los metimos en una habitación, porque lo que no era nuestro no queríamos usarlo. Utilizamos el resto de la casa con otras personas. Compartíamos el chalé varios inquilinos. Nos juntamos en la cocina porque era un chalé de esos gigantescos, de gente de mucho dinero; allí nos juntábamos a comer, aunque cada uno se hacía su comida. Entonces mi padre, cuando se terminó la guerra, cerró y nos fuimos con derecho a cocina a dos habitaciones en Lago Costal.

Un día recuerdo que teníamos judías blancas y lenguado para comer; no nos dieron tiempo a comerlo. Fueron a buscarnos y nos detuvieron. Entonces yo no sabía por qué iba aquello. A mi padre porque había estado en el tren blindado con Mangada y el general Miaja, y a mi madre había sido enfermera en el frente Peguerinos y toda esa parte. Yo había destruido todo lo que tenía de la Juventud, pero algo quedó en el desván y había mi nombre, yo era delegada nacional de la Unión de Muchachas, que era la parte juvenil de las Juventudes Socialistas Unificadas. Pues creí que de verdad lo había roto todo; cuando me llevaron allí, a la comisaría, en el barrio de Salamanca, recuerdo que por sistema lo negaba todo. Yo nada de nada, no era nada, no sabía nada... y me sacan un papel que se me había quedado impensadamente. Así que me detuvieron con una causa justificada, según ellos. Estuvimos unos ocho días en la comisaría y después nos llevaron a Ventas.

—¿Saliste en libertad sin juzgar?

Sí, a los catorce meses me pusieron en libertad por sobreesimiento de causa, por esas libertades que te daban condicionales. Estuve durante varios años presentándome todos los meses a que me sellaran el expediente; ahí estuve hasta que me cansé y fui a ver al presidente de la Audiencia, que se indignó. Era una bellísima persona y me dijo: "Si es usted la que tendría que demandarlos a ellos; usted no tenía edad

penal ni tenía motivo. La prueba es que la han sobreseído. Usted tenía derecho a pedir daños y perjuicios por el trastorno que le ocasionaron, interrumpieron sus estudios...". A quién se le ocurría entonces enfrentarse con toda esa gente... De ninguna manera.

—¿Tenías quince años?

Quince años cuando me detuvieron, dieciséis cuando salí.

La comadrona

El 14 de abril por la mañana, falangistas con escopeta al hombro, se llevaron a mi abuela, de ochenta y siete años, y a mi madre. Mi abuela no pertenecía a nada, pero con ideas socialistas prevenidas de Torres Fraguas, este hombre tiene su historia. Era de Cogolludo (Guadalajara).

En agosto del 36, pasamos a las Salesas, donde estuvimos veinticuatro horas y fuimos a la cárcel de Ventas, en camiones de detenciones masivas. En la cárcel entramos en la galería tercera izquierda, nos ponían por donde podían, todo estaba ocupado, escaleras, pasillos... Ventas era como una masa de humanos. Al ser comadrona, trabajaba en la enfermería; como es lógico parían y abortaban mujeres, los niños eran una gran cantidad, porque al tener al padre preso y detener a la madre los traían con ellas. Entre sarampión, tos ferina, viruela, tifus, los niños empezaron a morir y Carmen Castro, ante el hacinamiento de tantísimas mujeres, pidió que se abriera un sitio, para llevar a las madres con los niños. Y este fue el Instituto Escuela de Madrid, en el alto del hipódromo, que estaba vacío. Fueron a parar allí parte de las mujeres que tenían niños, ocho o nueve enfermeras, entre ellas yo, mi madre y mi abuela. Había una funcionaria antigua, que era Elisa Parejo, muy buena persona, imparcial completamente, y otra que no recuerdo el nombre. Cada una de estas tenía una ayudante, que eran unas chicas que habían entrado en Prisiones por méritos de derechas, que no servían para nada. Nos traían la comida de Ventas, y salíamos tres o cuatro a coger las calderas a la calle Joaquín Costa. Los niños que hubo durante mi estancia allí murieron casi todos. Hubo un día de últimos de julio, primeros de agosto, que había cinco cadáveres de niños, pero la funcionaria no venía, porque había mucho trabajo en la cárcel; lo dejaban para lo último. Cuando vinieron para llevárselos, uno de los niños tenía gusanos en la cuenca de los ojos, que se movían. La madre en su desesperación quería verle, yo me negué a ello, quería que recordara a su hijo como en el momento en que murió en sus brazos; no le podía decir las causas del porqué, me era doloroso. Se tiró a pegarnos, pero no le dejamos que lo viera, no recuerdo el nombre de la madre, porque es imposible acordarse de todo. Una noche no teníamos guardia por fuera, nadie intentó salir, las madres tenían a sus hijos y cómo se iban a escapar. Además no pensábamos en escaparnos en aquel momento, la ley de fugas estaba a la orden del día.

Había dos penadas a muerte. Una era de la Tabacalera, una cigarrera muy clásica de Madrid, que su nena se había muerto. Una noche vinieron unos falangistas con un camión, porque dijeron que allí había cinco penadas a muerte y que se las tenían que llevar. Aquella funcionaria, que era Elisa Parejo, no se vio con bastante fuerza, ante ello su ayudante, que era una chica joven, nos llamó a todas las enfermeras que llevábamos bata blanca. Ellos creyeron que todas éramos funcionarias. No dejamos que

se las llevarán. Al día siguiente a todas las penadas a muerte se las llevaron a Ventas; allí sin control podían sacarlas, era un peligro y sus hijos ya se habían muerto. Pidieron una guardia y nos trajeron moros, nos quisieron entrar por las ventanas. Imagínate ellos, que se vieron las ventanas abiertas, y todas mujeres, chicas jóvenes y muy guapas. Eso fue otro lío gordísimo, las ventanas eran grandes y bajas. La funcionaria pidió al director que fuera, para ver en las condiciones en que estábamos.

En Ventas se habló de que la primera mujer que mataron fue a garrote vil, en la cárcel. Uno de los funcionarios al verme de blanco creyó que era funcionaria; dice: "Ay, yo me acuerdo de usted, de la noche de la muerte de... se llamaba... ya te diré el nombre, sí. María Panticosa". La acusaban de haber cortado las orejas al alcalde del pueblo, después de muerto, eso decían, yo no recuerdo haber estado aquella noche que mencionó el funcionario.

Al hipódromo venía a pasar visita, como médico, la viuda de Ruiz de Alda; se portaba bien con los niños, les recetaba de todo lo que les hacía falta, a diario venía allí. Ella nunca mencionó que habían matado a su marido. De él estaba medio separada, porque era un borracho y un... Pero ella, aunque falangista, se portó bien con los niños.

Nos juzgaron el 12 de julio, nos pusieron treinta años a cada una, a mi madre, a mi abuela y a mí. Mi abuela se llamaba Trinidad Mora y mi madre Petra Prieto, con eso todo el mundo sabe quién soy.

No sé cuándo quitaron el hipódromo, supongo que no quedaron niños y se las llevaron a Ventas otra vez. Porque a nosotras nos sacaron en expedición, no recuerdo si a últimos de agosto o primeros de septiembre. Abrimos la prisión de Amorebieta con ciento veinte madrileñas que llegamos entre la Guardia Civil. Mi peor impresión fue ver a mi abuela entre dos civiles con mosquetón. Yo eso no lo perdono por nada del mundo, con ochenta y siete años. Llegamos allí y las monjas se creían que los comunistas teníamos rabo y cuernos. Nos subieron a una nave del segundo piso, empujándonos. Nos dejaron encerradas y no nos abrieron hasta el día siguiente. Aquellas naves se fueron llenando. Las siguientes fue una expedición de asturianas, que venían castigadas de la prisión de Oviedo. Detrás de aquello vinieron doscientas malagueñas, que más de dos terceras partes eran mujeres de más de sesenta años. Después vinieron once de Ciudad Real; venía la mujer del gobernador, a él lo habían fusilado. Detrás de aquella vino una expedición de Madrid, nuevamente, y luego se fue llenando toda la nave de arriba. No me acuerdo en qué fecha estaba tan llena la prisión de Amorebieta que vino una expedición de andaluzas que las dejaron en una nave de abajo, de la que salimos nosotras para que estuvieran ellas, y que las llevaron a otra cárcel sin verlas, donde venía la primera mujer de Dorado. Este se había casado en Madrid, creyéndola muerta; se lo habían asegurado, él estaba preso en Burgos. También llegó en otra expedición una mujer que estaba embarazada; en el momento de dar a luz era de noche y no nos abrían las puertas, la atendí en el suelo, cuando subieron las monjas me dijeron que yo estaba excomulgada, por haber asistido a un parto.

De Amorebieta salimos en libertad, a pesar de esas tremendas condenas de treinta años, mi madre y mi abuela no tenían ninguna acusación concreta en aquel maremágnum de cosas. Resulta que nos dieron la libertad, por revisión de causa, porque la acusación que yo tenía era de vecinos y yo en la barriada no había hecho nada. Me había movido en mi trabajo, y cuando fueron a por mí, al no encontrarme, pensaron

que me había exiliado, no me fui porque mi abuela no se quiso ir al pueblo y las detuvieron conmigo.

Salimos desterradas, en Madrid conseguí que mi abuela se quedara con nosotras, porque dónde iba a ir con ochenta y nueve años. A mi madre le conseguí que se fuera a Murcia, para luego traérmela yo a Alicante, que no llegué a llevármela, porque me detuvieron. En febrero del 42, me volvieron a detener porque el señor Estella, ya muerto, como yo había sido del Comité de la Facultad en San Carlos, iba detrás de mí para juzgarnos. Cuando me detuvieron en Alicante, detuvieron también a Carmen Caamaño, creo que su detención venía ya de una caída en Madrid. Junto con ella detuvieron a un buen grupo de alicantinos y alicantinas que no me acuerdo de los nombres. Carmen luego estuvo en Ventas. Me juzgaron junto con el Comité de la Facultad de Medicina de Madrid; en el juicio dije una cosa que había dicho el doctor Olivares, ya muerto. Al comenzar la guerra seguían en la Facultad operando como cirujanos, él y el doctor Cardenal. Pero fueron destituidos y figuraban como tales, en el Boletín Oficial del Estado. Una delegación fuimos a ver al ministro, que ahora no me acuerdo cómo se llama; sí, Varnes, a decirle que cómo era posible que les destituyeran, que los cirujanos no se hacían como carpinteros, y nos estaban prestando un gran servicio, porque trabajaban como locos. Después tuvimos que hablar con ellos para que se quedaran, que nosotros respondíamos. Que comprendieran que humanamente aquello no se podía dejar. Eran unos hombres mayores y trabajaban las veinticuatro horas al día. El doctor Olivares dijo: “¿Por qué me sustituyen si no soy político?”, le dijimos que porque había firmado el manifiesto de Calvo Sotelo, y dijo unas palabras que no las olvidaré nunca. En este juicio, cuando me preguntaron, les dije que a los dos había destituido el Ministerio de Instrucción Pública y que el doctor Olivares había dicho: “Las derechas españolas están divididas en dos mitades, mitad cabrones y mitad cobardes, y entre estos estoy yo”. Claro, me cortaron y no me dejaron decir más. Me condenaron y pasé a Ventas, trabajé como comadrona, teníamos una sala de partos con una mesa, la que me ayudaba era otra reclusa que no era profesional, era muy buena con las mujeres y los niños, Catalina Mayoral se llamaba, trabajó con nosotros como matrona, era comunista, no sé si vive porque la he perdido de vista. Con nosotras trabajaba una que se llamaba Eloy, que era valenciana.

No estuve mucho tiempo en Ventas. Me llevaron a la otra maternal que hizo la Topete, que era cuando estaba Petra Cuevas y Carmen Peinado o Balbina Torres, ya que aún no la habían identificado. Yo asistí al parto de las dos. Pero de estas tendrás muchas cosas. Esta nueva maternal era una torre o chalé de San Isidro, iban nueve embarazadas conmigo. La Topete, como hija de general, era muy recta, muy militar, y cuando llegamos dice: “¿Qué es esto?”. Yo, como soy así, le dije: “La hermandad del bombo”, me dijo: “Bueno, aquí de bromas nada”. Le dije: “Pues ya lo ve usted, nueve embarazadas”. Allí dieron a luz, yo las asistí. Eran escasas las posibilidades que teníamos para los partos sanitariamente. En un parto normal salíamos airozas, cuando se diagnosticaba un parto que no iba a ser normal, salían fuera, como por ejemplo Purificación Jiménez, que le hicieron una cesárea y que su hija se llama Milagros, porque nació de milagro, y la llamamos *Mili*. Vive y está casada. De nuevo salgo de Madrid para Amorebieta pasando por la cárcel de Valladolid, subimos una cuerda de presos a las tres de la mañana y con nieve. Era la única mujer. Llevamos a

un hombre que le faltaba una pierna, íbamos esposados y este pobre hombre llevaba su petate a cuestas. Pasé la Nochebuena en Valladolid. Solamente vi a la que hacía de mandanta, tampoco me pusieron con todas. Al día siguiente salía para Burgos. Había dieciocho mujeres penadas a muerte de Lucena, de Córdoba, que las habían traído porque el juez sabía que estaban conmutadas, pero a ellas no se lo habían comunicado. Los caciques del pueblo las querían matar, alguien consiguió sacarlas de allí y no habían firmado la conmutación. Había una letrina de aquellas antiguas, que se depositaba en la caja y que no había agua para tirar la caca y los orines, y había una funcionaria justo para dar el rancho y el correo que ella quería dar. Bajamos al patio cuando cerraban a los hombres y ni los veíamos ni nos veían, porque los muros de Burgos son muy altos. Hacía un frío espantoso. Me sacaron de allí y pasé a Orúe, allí me encontré con las que habían trasladado de Amorebieta y de nuevo volví a pasar a Amorebieta. Estaba Lola Freisa y la hija de aquel abogado que fusilaron, Serrano Batanero. Lola era compañera de Pura de la Aldea, que ha muerto aquí en Barcelona, de Matilde, la que fusilaron, las Vernedo eran las funcionarias de prisiones que habían detenido; había más pero no me acuerdo de los nombres.

En Amorebieta estábamos los días del huracán de Santander, con consecuencias también en nuestro penal, no sé si te acordarás que en la nave grande, que hacía una U en el centro del edificio, por la parte de afuera tenían un santo de piedra, de tamaño natural; el huracán lo tiró, pero cayó por la parte de dentro. En la sala había tantas mujeres que no se podía poner el pie en el suelo sin pisar a alguien; momentos antes las mujeres se apartaron de las ventanas, por miedo a que las arrancara el viento, y en ese momento cayó el santo; no hubo ninguna desgracia por suerte.

Por segunda vez salgo en libertad de Amorebieta y no quedo inactiva. En las Navidades del año 46 me volvieron a detener. A mi salida mi preocupación es el trabajo. A través de un amigo médico me entero que el doctor don José Antonio Sánchez Martínez, que también había sido del Comité de la Facultad de San Carlos de Madrid, está trabajando en una clínica en Baena, Córdoba, y necesitaba una enfermera, allí me fui con él y conmigo llevé a mi madre, a mi abuela y a mi tía. Este hombre no tenía opción ni para hacer oposiciones ni para hacer nada, siendo que era ayudante del doctor Cardenal y que había sacado en la tesis doctoral premio especial y cátedra; al verse allí encerrado en un pueblo, sin ninguna perspectiva, estaba anulado, sigue trabajando allí como cirujano del pueblo, ya está muy mayor, muy destrozado. Valía mucho, es una verdadera pena. Estuve con él tres años, allí cogí una anemia perniciosa de trabajar con rayos X, a causa de esto me fui a trabajar como comadrona a Caudete de Jaén y allí ligué con los guerrilleros, caí con la guerrilla de Cencerro, apodo por el que conocían a este hombre en los contornos. En el pueblo había una casa donde traían los enfermos, a los que estaban heridos; puse inyecciones, curé, traté y aquellas Navidades, que no me acuerdo de qué año eran, yo oía la radio, ellos no tenían ni un mal aparato que les informara. Y sabía que las guerrillas se iban disolviendo y les aconsejaba que debían difundir porque la vida de ellos era tan dura, de frío y hambre, muchas necesidades. "Os debíais ir al extranjero o donde no os conozcan y vivir vuestra vida, porque ahora en la guerrilla no se hace nada".

En Navidades, en aquel pueblo, había costumbre de salir de maitines (que es la misa del gallo castellano), resulta que a los maitines yo fui por unas chicas modistas

que una de ellas tenía el marido preso en Madrid y lo visitaba mi tía. Había un guardia civil que no tenía ni idea de quién era yo y andaba detrás de mí. Yo me horrorizaba. Después de los maitines era costumbre el que los chicos fueran a rondar a las chicas. Mi abuela, con noventa y cuatro años, la tenía allí conmigo y les dije que quería que la rondaran. Que le iba hacer mucha ilusión. Había uno de los chicos que habían operado del corazón, en la clínica que yo trabajaba; estaba abierto por detrás, cuando le curaba se veía latir el corazón, entonces cantaba aquello de “Y alumbrá con tu luz mi corazón...”, y cuando le hacía la cura se lo cantaba y me decía: “Me las tienes que pagar”. Un día me vio en la calle cuando venía del trabajo, llevaba el trombón, lo sacó y se fue corriendo por todo el pueblo tocando “Y alumbrá con tu luz mi corazón...”, fue a través de este que rondaran a la abuela. En aquella misa del gallo, vi en la iglesia que había guerrilleros subidos en el coro. Nadie los conocía, pero después de la misa bebieron un poco, empezaron a bailar sevillanas y al levantar los brazos... se les vieron las bombas de bote en el cinto. La Guardia Civil empezó a buscarlos, encontró alguno y de ahí vino toda la caída. A todos quizás no los cogieron, no lo sé, vinieron a por mí, a través de la casa donde había ido a curarles e informarles de la situación de la segunda guerra mundial; cuando me llevaba la Guardia Civil, me vio una mujer que fue a su casa diciendo a su marido: “Vístete de limpio que ya han detenido a Trini”. Y cuando fui a declarar, de los sesenta que estábamos, guerrillero no era ninguno... ¿Los habían matado?...

Eran gente de las casas donde habían estado, donde les lavaron la ropa, les atendían, pero la gente, en su mayoría, no sabían leer ni escribir. El que me tomaba la declaración era un guardia civil. Los papeles del atestado de preguntas estaban frente a mí. Yo vi lo que me iban a preguntar, porque levantaba la vista, la bajaba, y me enteré más o menos por dónde iba el interrogatorio. Me dijeron que si me habían obligado a ir a curar a los guerrilleros. Les contesté, primero, que no sabía quién era; segundo, que me habían avisado para poner una inyección, fui a una casa y me presentaron al herido, soy enfermera y no me negué a curarlo, no pregunté ni quién era ni por qué estaba herido. Esta era mi relación con ellos. ¿Lo creyeron? No lo sé, pero me mantuve en esa declaración. Me juzgaron en Jaén el 22 de julio del 47. Yo tenía anemia perniciosa, al no comer no me podía levantar del suelo, me pasan a la enfermería y estaba una tal Dolores, que no me acuerdo cómo se apellida, en su casa había estado Cencerro, y esta me atendió bien, yo estaba en la cama. Entonces estaba en la prisión María Gallego, no sé si sería hermana de Ignacio Gallego, vomitaba sangre a todo vomitar, no sé si ha muerto. Yo pensaba que era del pulmón, yo con la anemia que tenía procuraba estar lo más lejos posible para evitar el bacilo mortal, en el estado que yo estaba. A través de las hermanas Vernedo, me trasladaron en ambulancia a Madrid, porque allí no me podían tratar. Ellas influenciaron en Prisiones, que conocían mucha gente, que por cierto, el funcionario que me llevaba en la ambulancia era el que había sido director de la maternal del hipódromo y me dijo: “Pero Trini, ¿qué le ha pasado?”. En Ventas me hicieron transfusiones, el médico que venía yo lo conocía. De la Loma. Ahí cumplí condena y salí en libertad condicional, me ayudó mucho un cura que estaba en Ventas, era Joaquín González, el cual estaba propuesto para obispo, colgó los manteos y se casó con una reclusa, que es Mercedes Vega, ¿no sabías esto? Pues ahora han venido de México, jubilados, han sido profesores de la

Universidad, al salir fui a parar a casa de Mercedes porque yo ya no tenía a nadie ni nada. Cuando murió mi abuela, mi madre y mi tía se fueron a Madrid y en cinco meses se murieron las dos. Todo el mundo creyó que me quedaba paralítica en una silla y el padre de Mercedes Vega dijo: “Una hija más”. Me fui poniendo mejor y, mira, voy pues... luchando como todos.

Una enfermera que fue María Lacrampe

María Lacrampe, no te conozco, tu testimonio ha llegado a mí y me han emocionado tus pequeños relatos de la cárcel de Ávila, donde encontraste mujeres que llevaban cuatro y cinco años en la cárcel; motivos..., ni ellas mismas lo sabían.

Es emocionante cómo describes esa noche de Navidad. Yo rogaría al lector de este libro que relea este párrafo y vea en él a esas mujeres castellanas, como dice María, “transformarse en seres primitivos que bailan y bailan sin descanso con los rostros trágicos y serios, como cumpliendo un rito”. Algunas, encerradas desde el comienzo de la guerra civil.

Gracias, María, por la aportación que has hecho con tu testimonio.

Me resulta difícil recordar con detalles aquellos años vividos en una prisión. Tal vez porque me habría sido difícil vivir con la carga abrumadora de tantos trágicos momentos y como con un mecanismo de defensa trataba de no pensar sobre lo que estaba viviendo: “No pienses, no pienses”, me repetía. El problema no era el propio dolor; era el de mi madre abandonada fuera, y el de tantas y tantas compañeras que convivían conmigo, tenían los maridos, los hijos, hermanos, padres con la pena de muerte, matando a muchos, y con la pena de muerte ellas mismas. ¡Aquellas descargas cada madrugada de los que mataban en el cementerio, tan claramente oídas desde la prisión de Ventas, que íbamos contando los tiros de gracia para saber cuántos caían en Madrid aquel día...! Y el dolor de tantas madres con hijos abandonados en la calle o teniéndolos en la prisión, en tan malas condiciones. (Hasta los tres o cuatro años les autorizaban a estar con sus madres). Y así parece como si me hubiesen pasado una esponja por mis recuerdos.

Ingresé en la prisión de Ventas en el mes de junio de 1939; poco antes había llegado a Madrid desde el puerto de Alicante, donde también se habían desarrollado escenas de verdadero horror. Después de pasar con mi hermana por una checa que había en la calle de Almagro, ingresamos —yo incomunicada durante un mes, aislada en una celda de la prisión—. Era ya socialista, lo que no había negado en ningún momento, y me faltaban pocos meses para cumplir veintinueve años.

De cómo se vivió en la prisión de Ventas se ha dicho ya mucho y yo voy a decir algo de la vida en el penal de Ávila, al que me trasladaron, una vez juzgada con una condena de veinte años, en el invierno de 1941. En la misma expedición trasladaban a varias compañeras. Llegamos a Ávila una noche helada, cargadas todas con nuestro pobre ajuar. Transportábamos nuestro colchón o colchoneta, según lo que nuestros familiares nos habían podido mandar al entrar en la prisión de Ventas. El penal estaba y está muy lejos de la estación y el peso nos resultaba abrumador; recorrimos aquel trayecto en no sé qué tiempo, ayudándonos como podíamos, las unas a las otras, formando un pelotón que conducía la Guardia Civil. Como a esas horas de

la madrugada no había nadie por las calles, no fuimos espectáculos como sucedió con otras expediciones trasladadas en otras ciudades durante el día. No nos llevaban esposadas. Aquellos guardias nos trataban con total indiferencia, cumpliendo su misión y recordábamos el poema de Lorca: "Ay, ciudad de los gitanos, quien te vio no te recuerda. Los caballos negros son, las herraduras son negras. Tienen, por eso no lloran, de plomo las calaveras". Al final, el penal oscuro, helado, inhóspito. No recuerdo si pudimos aquella noche descansar algo, echadas en nuestros colchones, o si nos llegó la luz del día organizando nuestro nuevo *sitio*; el espacio justo que ocupaba nuestro colchón, que había que extender por la noche, pegados unos a otros, y tenía dos naves, una mayor que la otra; en la más pequeña los domingos y días de fiesta formaban una especie de altar para decir misa, estas naves formaban un ángulo y en este ángulo un retrete; para ventilación de todo, una galería que daba a un patio interior. En la misma planta una enfermería con seis camas y dos ventanas que daban al exterior. Desde allí se veía llegar en la primavera las cigüeñas, que volvían a marchar al iniciar el frío, y el claro cielo de Ávila. Teníamos también un sótano donde pasábamos el día, con unos bancos y unas sillitas que habíamos comprado las que pudimos hacerlo. En el sótano, en un extremo, estaba la cocina; cocina y sótano no tenían más ventilación que la puerta que daba a un patio, cercado por grandes muros, pero desde el que se veía también, como desde las ventanas de la enfermería, el cielo. Este patio tenía un árbol. En el invierno teníamos que optar entre helarnos con aquella puerta abierta, o asfixiarse con el humo de la cocina; alternábamos una cosa y otra. Durante el buen tiempo nos estaba permitido salir a aquel patio.

El régimen penitenciario no era duro; ese penal no fue como Saturrarán, Amorebieta y otros, verdaderos centros de torturas, ya que a las malas condiciones de habitabilidad que pudiesen tener, se añadía el ensañamiento inhumano de los que lo regían, lo que dio lugar a que tantas chicas muriesen o enfermasen para toda su vida.

Al llegar a Ávila nos encontramos con chicas y mujeres encarceladas desde hacía años. Mujeres sin opinión política, sabiendo solamente que estaban al lado de la República, que en el poco tiempo que había durado les había dejado ver que en sus pobres pueblos castellanos podía ser la vida menos dura. Casi todas ellas, encarceladas desde el año 1936, según habían ido avanzando los fascistas por sus pueblos, tenían denuncias absurdas. Recuerdo la de María Rodríguez, de El Arenal, pueblito al lado de Arenas de San Pedro. Habían matado a su padre y hermano, trabajadores del campo, y le habían detenido a ella a los dieciocho años, por la denuncia que le hizo la maestra de Ramacastaña (pueblo cercano al suyo). Según la maestra, María se había puesto las vestiduras de la Virgen y bailado con ellas. La Virgen (la he visto después) es una pequeña talla de poco más de un metro; pero a pesar de la imposibilidad de la denuncia, María fue condenada a muerte, conmutada unos meses después, y se pasó ocho años en la cárcel.

Estaba *la Tía Coja*; creo que nadie supimos nunca su nombre; era una quincalleira que iba de pueblo en pueblo vendiendo su pobre mercancía; quién sabe qué denuncia absurda le llevó a la cárcel, también hacía años que estaba en el penal cuando llegamos y se había ido volviendo loca, como una locura mansa; era suave, nos quería y cantaba mucho, tanto de día como de noche. La teníamos en la enfermería. Luché

mucho para que no se la llevasen al manicomio (en Ávila, como en todas las cárceles por donde pasé, ejercí mi profesión de enfermera). Pero un día se la llevaron. Nos entristeció mucho a todas, pues todas la queríamos y cuidábamos. A mí me dejó un gran vacío y durante mucho tiempo la eché mucho de menos.

Y poco a poco, escribiendo esto, parece como si una película desagarrada se hubiese puesto a rodar y fuesen surgiendo unos recuerdos, jirones de recuerdos destrozados por el olvido. Vuelven los días helados de aquellos inviernos: aquellos días grises, en los que nevaba sin parar, en los que transcurría, sin contacto ninguno con el mundo, la vida de unas cuantas chicas. Los días vacíos en los que sin embargo encontrábamos algo que hacer para que no se nos hiciesen insoportables. Recuerdo los tremendos sabañones que le salían a Teresita en manos y pies, obligándole a pedir permiso para quedarse unos o dos días en cama, guardando así un poco de calor que pudiese aliviárselo. La tarea cada noche al acostarnos, despiojarnos, lo que siempre daba lugar a alguna broma y a risas. La angustiada promiscuidad, que no permitía la más mínima posibilidad de un poco de vida propia. La pesadilla de la luz eléctrica, encendida, como en todas las prisiones y en la Dirección General de Seguridad, durante toda la noche. Aquel tenerse que lavar cada mañana con agua helada en el helado sótano, cada una en el recipiente que tuviese. Hubo un invierno en el que se helaron todas las cañerías y durante muchos días, y para conseguir algo de agua había que recurrir a la cisterna del váter, el único sitio donde no se había helado, para poder beber y poder guisar. El dolor tremendo de ver llegar a nuestras madres, ateridas de frío en los angustiosos viajes de aquellos tiempos de Madrid a Ávila, para volver de Ávila a Madrid, para vernos un rato, bajo la vigilancia de doña Matilde y separadas por dos compuertas de madera. Sin embargo, la comunicación era más larga que las de Madrid y sin aquellas rejas que casi nos impedían vernos, sin vigilantes que se pasearan entre una y otra continuamente, y sin necesidad de aquellas voces y gritos que nos impedían oír lo que nos decían, y sin que nuestros familiares se enterasen de lo que nosotras queríamos decirles. Además en Ávila nos permitían casi siempre acercarnos un momento a nuestras madres y darles un beso.

Y recuerdo a Nati, que estaba en el penal. Era una sencilla criatura de dieciocho años de El Puente del Arzobispo. No sabía nada de política, no había militado en nada; se dedicaba a ayudar en su casa, bordando primorosamente labores lagarteranas. Un día la metieron en la cárcel y deshicieron la familia; cada uno detenido por un lado; ella fue a parar a Ávila; allí nos la encontramos cuando llegó nuestra expedición y allí la dejé cuando me trasladaron a Alcalá de Henares, otra madrugada, ya sola, conducida por la Guardia Civil.

Y así otras mujeres, aceptando todas con serenidad aquel encierro efectuado por unos fascistas, sin saber qué era el fascio, con toda su esperanza y su fe puestas en la República, sin saber otra cosa de la República más que que había que luchar por conseguirla.

¿Nuestra vida allí? La mayoría, casi diría todas, éramos jóvenes y llevábamos nuestra condena sin desfallecimiento; la solidaridad entre nosotras era completa; estábamos seguras que saldríamos pronto, lo más tarde cuando terminase la guerra mundial. Pasé dos Nochebuenas en ese penal y todavía las tengo grabadas, como algo que no podrá borrarse. Recuerdo mientras cenábamos aquellos rostros amargados y

contraídos, con lágrimas que se cuajaban en los ojos porque nuestra dignidad no permitía que corriesen ante funcionarios, monjas, damas de acción católica. Todas estábamos silenciosas, reprimidas, el alma llena de recuerdos en el sótano helado, lleno de humo. De repente, esto es lo que más impresión me causó, no sé de qué garganta brota una jota castellana y enseguida se improvisa una música con instrumentos rudimentarios, cucharas golpeando los platos de metal donde comíamos, o con golpes en los bancos de madera. El dun-dun sonaba, y esos ecos llevados como por unas cadenas invisibles que las unían a nuestros antepasados y las hacían vibrar a pesar de todo, vi a esas mujeres, como en una alucinación, lanzarse al baile, transformándose en seres primitivos que bailan y bailan sin descanso, con los rostros trágicos y serios, como cumpliendo un rito.

Solo dos personas no oímos el dun-dun aquella noche; no podíamos oírlo, porque con nuestra sensibilidad en carne viva pensábamos en tantas cárceles, en tantas mujeres y hombres encerrados esperando ser fusilados, en tantos familiares abandonados en la calle, en todo el dolor de nuestra España mártir.

Capítulo 6

LAS BURGALINAS

Carmen y Rosaura: he tenido la satisfacción de conoceros de charlas con vosotras a través de Eliseo y Manolo, les conocí siendo chavalines, su madre, Victoria, lavaba la ropa a mi compañero, Miguel Núñez, preso político en el penal de Burgos. Estos niños nos dieron el título de tíos, han pasado los años, y se han aumentado los sobrinos con sus mujeres e hijos.

Yo estaba recogiendo testimonios de ex presas políticas de las cárceles de Franco. Mujeres que serían la voz de miles, mujeres para que pasen a la historia de nuestra España.

Vosotras para mí, sin conoceros, tenéis el interés de ser de Burgos, la capital del Gobierno franquista. Al terminar la guerra el franquismo asestó un golpe brutal de fusilamientos, torturas, exilio, etcétera, por los desmanes cometidos durante la guerra en la zona republicana.

Burgos fue ocupada por ellos desde el primer día de la sublevación, ¿qué desmanes habíais cometido vosotras?, pertenecer a un sindicato, ser de izquierdas, el franquismo tiene su nombre propio: fascismo.

Gracias por vuestra colaboración. Muchas gracias.

Carmen Pérez

Nos fueron a detener el día 5 del mes de agosto de 1936 a media noche. Nosotras estábamos preparadas; si quieres te lo explico. Mi hermana dijo: "A nosotros nos vienen a buscar un día u otro". Y dice mi hermano: "Carmen, me parece que yo puedo huir". Mi hermano quería pasarse por no sé qué puerta; él y yo éramos los más conocidos. Cuando no detenían al que iban a buscar detenían a los familiares, y dije yo: "Ramón, no debemos marcharnos ninguno de los dos porque el resto de la familia va a pagar por nosotros y la madre va a tener la casa destrozada; nosotros somos los que nos hemos enfrentado en la lucha y tenemos que tener un poco más de carácter (porque nosotros éramos una familia muy unida, habíamos tenido unos principios muy buenos). ¿Sabes qué vamos a hacer?, no salíamos a la calle y ya habían venido a ver si yo estaba, pero mis hermanas y la madre decían que estaba buscando trabajo, pues aquí nos vamos a estar quietos". Entonces acordamos: "El día que vengan a por nosotros, como luego van a destrozarnos la casa —porque de esa forma se veían ya las cosas—, ¿nos entregamos?". "No nos entregamos; vamos a parapetar". Pusimos colchones. Mi hermano entonces tenía un arma; como ya sabes, había más facilidades, teníamos fusiles. "Nosotros aquí nos hacemos fuertes, que nos maten a la madre y a todos juntos; de ellos, cuando entren, caerá alguno".

Son estos días en que ha caído uno, ha caído otro. Mataban y hacían muchas perrerías; pero desde el 18 hasta el 5, cuando ya nos iban a detener, había mucha confusión. Por un lado detenían y mataban y por otro corrían rumores de que los nuestros avanzaban hacia Burgos; o sea, que a nosotros nos decían: "Hay que hacerse

fuertes”, pero no llegaban, y ya dijimos: “Bueno, a entregarnos”. El caso es que esperábamos que de un día a otro vinieran a por nosotros, porque iban deteniendo por un sitio y por otro. Además había otro señor, que ya ha muerto, que venía y nos contaba atrocidades: “En la estación ha pasado esto; ya ves, a aquella familia la han dejado destrozada”, gente que no había hecho nada: eran de CNT-UGT y habían luchado por sus reivindicaciones. Mi hermano dio dinero a este hombre para que recogiera a los niños de una familia, porque habían dejado solas a las criaturas al otro lado de la estación; y los padres fusilados. Miles de cosas de estas para contar y no acabar.

Un día le dijieron a mi hermano: “Van deteniendo por tu barrio, ya han estado por los de Pacomio; han venido unos y han dicho: ‘Vamos, quedas detenido, venimos a llevarte’, y él ha dicho: ‘¡Padre —que nos lo tomamos como una anécdota—, que me llevan’, y dijo el padre: ‘Hijo mío, vete’”. Y por la noche, a las doce, vienen a por nosotros, no se me olvidará. Nada más llamar, todos preparados, mi hermana abrió la puerta: “Fulano de tal y Carmen Pérez”. Yo, como estaba detrás de la puerta, salí, y con el vestido al revés: también salió toda la familia, detrás nuestro; entraron a por nosotros unos militares, uno que era jefe de Falange fue el que entró primero, dos números de la Guardia Civil y el teniente. Ese teniente de la Guardia Civil era de una familia que todos eran militares o guardias civiles y se había criado con mi madre; o sea, que eran íntimos, como hermanos. Y digo yo: “Voy a buscar las zapatillas”, y dijo este: “Ah, no, tú ponte zapatos”; yo nunca había ido con zapatillas, pero como creíamos que nos iban a matar... Y es cuando dijo: “Coge un peine, una toalla —a mi madre— y prepárale cosas, que van a la cárcel”; entonces bajé y había un piquete de militares, el número no lo sé; pero había tantos que parecía que iban a detener a un regimiento; nos metieron en el coche con el teniente de la Guardia Civil y dos números y nos detuvieron a mi hermano y a mí... Mira, aquello daba asco, terror, miedo. Yo entonces tenía mucha rebeldía, y entre la Guardia Civil y los militares íbamos todos prensaditos; llegamos al cuartelillo, nos pasaron por Gobierno Civil, y a mi hermano no sé, pero a mí no me dejaban decir nada. En el cuartelillo nos tropezamos con la madre de Elena Ramírez, que llamaban *el Zapaterín* a su marido, que es el que habla en el libro *Doy fe*; y también estaba Maese Calvo, que era artista; también el maestro, Plácido, creo que se llamaba. Allí estuvimos, paseando con la mujer del Zapaterín por el patio los cuatro toda la noche, hasta que amaneció. Nos llevaron a la prisión. A mi hermano le llevaron al penal y a mí, con Elena, me dejaron en la cárcel de Santa Águeda, que ya ha desaparecido, porque al penal no llevaban a las mujeres. Al llegar allí tuvimos un recibimiento de todas... no me gustaría decirlo, pero la verdad es esa. Llegamos a la prisión y lo primero que me dicen todas a coro: “Carmen, ya es hora, hija, de que vinieras”, y dice la celadora: “Ah, pero ¿es usted la que faltaba?”. Aquella señora me cacheó bien y no me extrañó, de la forma que estaban allí... Había una muchacha con la que antes del levantamiento habíamos estado en el Gobierno Civil para algún trabajo, habíamos hecho algunas cosas juntas; esta chica me dijo que quería hablar conmigo pero allí no, había tanta gente que estábamos amontonadas; el único sitio libre para hablar era el váter y me dijo: “No me reconozcas para nada, me parece que voy a salir, no te acerques, para no complicar las cosas”. Y no hablamos más. Esa chica salió y yo allí me quedé. En la cárcel hemos pasado de todo, más malo que bueno, había una encargada para comunicar

que estaba con la celadora, *Carcelerota* le decía yo, que eran malas las dos. Estaba también allí la Natalia Quevedo, que era la mujer del alcalde de Miranda. De Miranda llegaron las mujeres golpeadísimas; llegó una con una niña, ella golpeada, pero incluso la niña llevaba un brazo partido por aquí —señala el codo—; la otra tenía los pelos de sus partes arrancados a tirones; todas venían golpeadas, y una que se llama Avelina llegó también muy golpeada; ésta tuvo un aborto: a pesar de estar encinta no la habían respetado. A Iluminada, una prima de ella, daba pena verla. En Miranda contaban que cuando les habían detenido, las golpearon y las maltrataron, y las llevaron los de Falange a meterlas entre las patas de los caballos, y dicen que los caballos retiraban las patas; ellas decían: “¡Qué cosas! Nosotras creíamos que nos pisotearían, para eso nos metieron allí tiradas”; pero dicen que los caballos retiraban las patas y no pisaron a ninguna. Me acuerdo también de Esperanza Faerna.

Una vez abrieron la prisión a media noche, se ve que para ver si salíamos y aplicar la ley de fugas; claro, nadie salió. Cada día nos amenazaban con sacarnos a dar *el paseo*. Luisa, que era de Miranda y era una mujer bastante ignorante, pero muy rebelde, y Sebastiana, que ya conocía más la cosa de prisiones y había estado mucho en la lucha, también estaban allí. En la prisión había unas verjas que se usaban para tender ropa, y nada más entrar, una de estas las vio y dijo: “Huy, esconded las verjas entre los petates que nos van a venir muy bien”. Esto fue antes de entrar yo; y entonces las escondieron. Decían: “El día que a media noche vengan a sacarnos a nosotras, cuando abran la puerta...”; estaban siempre preparadas. Todas estábamos vestidas, y a las que no hablábamos, porque yo había sido rebelde pero para la acción se ve que no tenía temperamento, nos pusieron detrás, a unas cuantas y esa Natalia; y todas con las verjas en la mano dijeron: “Aquí abrimos la cabeza al primero que asome, y otras que prendan fuego a los petates y se arma un zafarrancho, que caiga quien caiga, a nosotras no nos pisotean”. Eso se tenía preparado, pero no pasó nada. Vinieron una noche y, como siempre, no dormíamos; no podíamos dormir. Cuando sacaban a los hombres les oíamos cantar y las celdas se quedaban vacías completamente; pero en cuanto a mujeres no sabíamos su entereza, pues nunca habían sacado a ninguna; a todo eso aquella noche llaman a Pilar —no recuerdo el apellido— y a Esperanza Faerna. Pilar era maestra en Valladolid, aquello fue un cuadro horroroso, como histéricas; a Esperanza Faerna le dio un ataque de risa; no era de Burgos pero trabajaba aquí. El caso es que se tenía que preparar en ese estado de nervios y después del tremendo susto que nos dieron no las fusilaron; suben a la celadora y le dicen: “Doña Carmen —así se llamaba la celadora—, que no se preparen”.

Al parecer traían los nombres confundidos; pues así todas las noches sin dormir, sin descansar. A la mañana siguiente subió la dirección y dijo que podíamos escribir todas a nuestras familias, que no volvería a ocurrir un hecho como el que acació la noche anterior en la cárcel. Eso lo dijo la dirección. Yo tenía un carácter muy especial; todas escribieron una carta y yo no; dije que para qué iba a escribir a mi familia si ya me había despedido de ellos, y que tenían un recuerdo muy agradable. Todas pasaron escribiendo cartas toda la noche, despidiéndose. Recuerdo que esta misma Sebastiana escribía una carta a su defensor; decía que el hombre era buena persona y le pedía que si la podía salvar que la salvase. Las otras se despedían de sus familiares, pero todas las cartas que escribieron se las devolvieron, que por eso se supo

que yo era la única que no había escrito. Me dijeron: "Pero bueno, y tú, ¿no has escrito?". "Pero hija, si yo ya me había despedido de mi familia, ¿por qué les voy a dar otro mal rato?". ¡Ah!, la Donata Marrón; también venían a por ella, era prima del director que ahora teníamos, pero aquel señor no se ocupaba de ella; la llamaban *la República*; ves, ahora, me he acordado de que eran tres las que sacaban aquella noche. De la Esperanza Faerna me acuerdo mucho porque tuvo aquel ataque de risa, no lo olvidaré nunca.

Yo no recuerdo que me pasara nada; yo estaría como siempre. Yo he salido callada. Si a mí no me pisan los callos, yo estaba tranquila. Ahora estoy destrozada, pero entonces: "A mí no me pises, ¿eh?". Ah, tengo que decirte otro hecho; estábamos viviendo en una sala que las ventanas tenían celosías; y estaban todas cerradas y éramos cien mujeres; no nos daban agua hasta la una de la mañana, allí nos ahogábamos. Dijeron que había que hacer algo, y la Peralta, y otras que también eran maestras, dicen: "Aquí hay que pedir que abran". Y digo yo: "Pero, por Dios, ¿habrá cosa más absurda que ir a pedir algo a unos asesinos?". Recuerdo muy que fue la Peralta la que me dijo: "Lo que yo digo que tenemos que hacer no es pedir perdón; es que no tienen derecho a tenernos así; tenemos que dejar los petates sin recoger en el centro de la sala y cuando entre la celadora les diremos que los recogeremos cuando nos abran las ventanas y nos den agua". "Yo creo que eso es rebajarse al enemigo, pero si lo hacéis todas también lo haré yo. Pero os voy a decir una cosa, que antes de que doña Carmen diga que recojáis estos petates, ya los habréis recogido; a ver si podéis hacer las cosas con dignidad". Pues el caso es que no hace más que abrir la celadora y dice: "Pero ¿qué pasa aquí?, ¿qué es esto? Hagan ustedes el favor de recoger esos petates". Mira, todavía no lo acababa de decir y ya estaban todos los petates en su sitio. Es que es una vida tan larga y hemos pasado tanto... A las mujeres después nos seleccionaron; las viejas en una brigada, las menores en otra y las de mediana edad en otra. Había una, la Ramona, de mandanta; a la celadora la engañaba; les tiraba cartas a los soldados. Desde luego había ignorancia, no eran mujeres políticas, eran mujeres que venían por lo que habían hecho su marido o sus hijos. Una mujer que tenía a su marido en capilla; me es desagradable decirlo, pero verdaderamente se ha de decir la verdad; yo no quiero hacer de menos a esas mujeres, ¿eh?, es la sociedad la que nos ha puesto de esta forma. Yo, por mi manera de ser, no lo encontraba bien; y a lo mejor pues tampoco tengo razón, y soy yo la equivocada, pero una mujer que tiene su marido en capilla... Decían que escribía a un soldado y que las cartas eran de amor; otras decían que las echaba para su marido, pero el caso es que los comentarios no eran buenos. Me llama la celadora y me pone de encargada; yo dije que no quería ser encargada de brigada; las chicas diciendo que lo fuera, y la celadora me dice: "Si usted no quiere ser encargada no le permito ver a nadie de su familia, así que usted verá lo que hace". "Pues mire, yo no lo quiero ser; usted me hace encargada y yo lo hago por disciplina, pero lo hago a la fuerza".

Muy bien, era encargada, pero yo fregaba y lo hacía todo igual que ellas. Les dije a las reclusas: "Haréis las listas vosotras y yo nombraré, pero fregaré como todas". "Lo haremos como nos dé la gana". Pero al otro día la celadora me vio agarrar el cubo: "Usted, Carmen, no tiene que fregar". Tuve que someterme a lo que se dice ser una encargada; ahora, que yo a nadie castigué, eso lo puedo decir bien alto. A la

policía, cuando me preguntaban lo que les decía era :“Ya lo saben, pertenezco al sindicato de la CNT”. Yo siempre he defendido mis derechos, además una ley nos lo autorizaba. ¿Qué crímenes hemos cometido aquí? Yo salí una vez al balcón del Gobierno, pero ellos fueron los que mataron; se pedía la libertad de los presos y, entre los vivos, sacaron tres cadáveres, a palos los habían matado. Sí, los habían maltratado, en vez de entregar a las personas vivas salían cadáveres; esto fue en el 34.

¿A mí quiénes me llevaban? Las socialistas; íbamos de todas las tendencias, fue un grupo a mi casa y me dijeron: “Carmen, vamos a ir porque no podemos quedarnos pasivas”, y fuimos al entierro. Entonces las organizaciones (eso todavía era antes del Movimiento) dijeron de ir todas; llegamos a verlos; me acuerdo porque yo era muy impresionable y no podía ver los cadáveres, pero los vi; y veo todavía a los tres que había allí, ¿eh?, altos, fuertes, más guapo que era uno... los envolvieron con las banderas y por el Gobierno y por todo Burgos les llevaron al cementerio. Después de enterrarlos dijeron: “Aquí no se disuelve la manifestación, se va al Gobierno”, y fuimos; al llegar había una multitud, alguien decía que bajásemos al penal. Yo dije que no, que nos iban a hacer lo propio que a esos pobres. Fíjate, íbamos tres y yo era la primera vez en mi vida... porque yo estaba en la organización sindical, pero no en ningún partido político. Llegamos allí y dicen: “Vamos a hablar”. “¿Quién va a hablar?”. “Pues nosotras”. Una que decía que iba a hablar ella entró en la Audiencia Pública, que en nuestra vida nos habíamos visto en eso, y en la puerta se puso a llorar y se retiró. Yo tenía mucho amor propio, porque eso es hacer el ridículo, avancé con la otra, la Consuelo, que pasó conmigo, pero una vez con el gobernador allí pensé: “¿Qué digo yo?”. Nos dice el gobernador: “¿Qué desean?”. “En nombre del pueblo venimos porque no queremos más cadáveres”. No se me olvidarán estas frases, me acuerdo todavía de aquello; dije: “Que no queremos cadáveres, queremos vivos a los presos”. Y en el momento en que decía yo estas frases los chicos que ya habían subido —yo les llamo *los chicos*, eran de las otras organizaciones— empezaron a hablar ellos; pedían libertad para los presos, que no les permitíamos nuevos asesinatos. Y entonces desde la calle pidieron que se hablara al pueblo. Salió el gobernador y dijo que ya se habían hecho las denuncias, que bajaría al penal y haría gestiones para ver cómo había ocurrido. Y gritó el pueblo que lo que querían era que hablara alguno de las delegaciones, que teníamos que hablar las mujeres. Yo ya había bajado y les dije: “A disolverse, que ya se va a hacer justicia, que ya está la denuncia hecha”; yo que sé lo que dije; pero ellos decían que no, que tenía que hablar desde el balcón, con el gobernador. Yo... no me había visto en mi vida en el balcón de un sitio así, y empezaron a decir: “Que hable la chica, que hable”; no se me olvidará, se me acercó mi hermano y me dijo: “Oye, no te metas en donde no te llaman, Carmen”; pero yo le contesté: “¿A ti qué te importa?”. “Serenidad, ¿eh?, que están aquí los falangistas; estás rodeada, tú tranquilidad”. Y muy serena yo dije que en nombre del pueblo, si nos daban la libertad de los presos nos disolveríamos, y si no declararíamos una huelga general. Tú dime a mí, pero bueno, ¿qué iban a hacer? Entonces me rodearon los comunistas, no se me olvida tampoco, los comunistas, que yo les llamaba *los ministros sin cartera*, y me dijeron: “Tú, ¿en nombre de qué organización has hablado?”. “Pues, hijo, en nombre mío, porque si el pueblo responde de cara a una huelga general, vamos a por las prisiones; en mi nombre porque yo todavía no sé dónde me he metido”. ¿A él qué le importaba? Es el pueblo quien ha de responder

con una huelga general por los crímenes. Fui al Ateneo, donde nos podíamos reunir, porque la Casa del Pueblo estaba clausurada. Esto sería en el 34, que ya estaba proclamada la República; fue con motivo de lo de Asturias. Pedíamos libertad para los presos políticos. Había mucha ignorancia y mucha rebeldía. Ahora, con cuarenta años, es igual, porque llevamos cuarenta años sometidos pero no queremos venganza, hay que mirar de analizar las cosas y ver qué se debe hacer y qué le conviene a la humanidad; y si no, no quiero nada con nadie. Todo lo que se habla en los mítines lo sé; por la televisión, la radio y lo he leído en los periódicos; ahora voy a ver cómo obran unos y otros. Yo todavía pertenezco a la CNT, aunque ya no voy a mi organización. Respeto a todos, lo mismo a unos que a otros.

Estando en la cárcel me habla una comunista de organizarnos y yo digo que es un disparate estando allí, y me dicen: “No te preocupa —esta era la Casillas, una comunista— si a ti no te quita nadie unos añitos de cárcel, aunque te hagas aquí la hipócrita”. “Pues a mí no me da la gana de hablar con ninguna de vosotras, ni quiero hacer nada, ¿qué pasa?”. “Pues que estarás como las demás, en la cárcel”. Eso me lo dijo a mí en el patio.

De las de Miranda, las chicas, no sé que ha sido. La Luisa salió y vino por casa y ya no hemos sabido más; la del alcalde estuvo mucho tiempo en la cárcel; cuando terminó la guerra la sacaron a penales; creo que salió y se marchó para Francia. Ha muerto allí. La Carmen se hizo monja, vino una vez a mi casa a saludarme. Cuando las dejaban en libertad a las de Miranda se dijo que algunas desaparecieron. No, a todas aquellas las mataron. De las que dieron libertad, por lo visto no llegó ninguna a casa.

Y parece, según decían, que no constaban como sacadas a fusilar de la cárcel; pero claro, a estas las sacaron y se las cargaron. Y antes de entrar a la cárcel también; algunas no han llegado, como les pasó a las de Quintanilla de Escalada. Unas chicas que venían con ellas preguntaban: “¿Y dónde está fulana, y dónde está mengana?”. Esas no llegaron, eran las del grupo de Rosaura, que les aplicaron la ley de fugas; porque de la cárcel nuestra no sacaron a ninguna. Malos tratos, relativamente. Teníamos un director que nos habló; nos dijo que venía de la zona roja y que a él le habían respetado y que con nosotras tenía la misma obligación. Cuando bombardearon nos decía: “Nada de cerrar las puertas como hace la celadora”. “Yo estoy aquí, y lo que sea de ustedes será de mi responsabilidad”.

Hablaba antes de unas viejecitas muy mayores. Eran de los pueblos, aquellas mujeres mayores. Estaban en la brigada donde metían a todas las ancianas, pero de esas no recuerdo los nombres, porque nunca estuve con ellas. A casi todas las que cogían de aquí les pasaba como a las de los pueblos, era que no habían detenido a los padres, a los maridos o a los hijos, es que yo no puedo tener idea de nada, porque nunca estuve con ellas y por eso solo sé que era una brigada en que estaban las viejas; y en otra tenían a Justina Carril, la mujer de uno de Aduanas, de esa tengo hasta la foto, y esta venía en el barco que tiraron, que salía de Francia a zona roja. Decían que salieron ya vendidos de Francia, porque nada más salir les empezaron a tirotear; allí cogieron a varias y a una catalana que era muy nombrada. La trajeron con el ama y los niños a la cárcel presa. La Justina Carril venía con aquellas catalanas, y las trajeron dando rodeos por no sé cuántos sitios. Al ama con los niños los pusieron en

libertad el mismo día que entraron aquí y estuvieron en casa de Lavina y Aurora. Pero ellas estuvieron hasta que fusilaron al marido de la catalana, que le habían detenido junto con Justina Carril. La mujer siguió al marido y fueron detenidos todos. Al marido le juzgaron, le pusieron pena de muerte y lo mataron aquí. Era un catalán de mucha envergadura en la Generalidad, no recuerdo el nombre. Sí, era Carrasco i Formiguera. Se decía que era separatista. Ellas salieron, las canjearon por las del general Pinto, que tenía la familia en zona roja; y lo primero que hicieron fue visitarnos. Al entrar a la prisión dijo esta del general Pinto: "Hombre, ¿estás aquí, Sebastiana?". "Sí". "Está toda Cataluña tomada por la FAI, dominada, y me han matado a mi marido". "Pues qué querías que hicieran, ya sabes que era un traidor"; estas mismas frases le dijo. O sea, que a la Pinto que visitaba la prisión le habían fusilado al marido en Cataluña; vamos, eso lo contaron allí, que yo estaba en otra brigada; pero el caso es efectivo. Y dijo: "Bueno, ¿y qué necesitas?, si quieres te sacamos bajo fianza nosotras". "Yo no necesito nada para mí, necesitamos —esto era cuando teníamos las celosías cerradas— agua, y no tenemos ni esto ni esto". Trajeron mantas y abrieron las celosías; y eso fue por las del general Pinto. No sé si eran la mujer y una hija o hijas a las que habían canjeado por estas otras; lo que tiene es que a estas las trajeron en bandeja de plata, pero las otras, hasta llegar a Cataluña creo que lo pasaron mal, que pasaron las de Caín.

A Josefina Avín no sé por qué la traerían, quizá por contraespionaje. A esta la trajeron dos veces, y una vez vino de falangista; esta se iba de juerga a los frentes con los oficiales del Ejército de Franco. Y no sé por lo que sería, pero al otro día los rojos bombardeaban aquella zona. Así como a la Zabalériz, que aquella era requeté. También estuvo la Garrastazo, ahora me acuerdo de aquella, esta era de Guernica. Tenía buenos abogados, la trajeron porque pasaba militares de la República a Francia. Iba vendiendo cacharros y así pasaban la frontera, y por eso la trajeron.

Otro día nos mandaron a confesar; vamos, nos obligaron, dijeron que teníamos que confesar por las buenas o por las malas. Si no confesábamos por las buenas íbamos a ir por las malas. Habían cambiado de capellán, que antes venía un jesuita; y ese año solo tenían un capellán, Barriocanal, y con nosotras en la misa no se metía para nada, ni nos faltó para nada. Acordamos en una reunión: "Antes de que vengan a insistir vamos a ir a confesar todas y vamos a comulgar este año todas", entonces viene la celadora y dice: "Carmen, ¿cuántas hay para confesar?". "Todas, doña Carmen". "Pero ¿qué hay?". "Nada, que como ha venido un capellán que nos ha respetado y no se ha metido con nosotras, pues vamos a hacer lo mismo"; porque otras veces no se había ido a confesar.

Las condiciones de la cárcel de Burgos eran muy malas. Allí nos ahogábamos; entre tantas mujeres, malos olores, se hacía insoportable. Al patio salían los hombres y entrábamos las mujeres; los chicos dejaban por allí papeles escondidos y resulta que a mí la celadora me decía: "Carmen, usted tiene que registrar el patio"; pero como yo he sido siempre así y la celadora tampoco ha sido mala conmigo, yo me quedaba en el patio y era la otra quien tenía que registrar. Esas notas servían para que las familias se comunicaran, porque había mujeres que tenían a sus hombres presos; y los dejaban en el patio. "¿Han dejado algo los hombres?". Y yo me quedaba arriba para que lo revisara la otra; no me obligaba, tampoco fue mala conmigo; no sé si era

porque la dirección sabía que siempre hacía lo que me decía, el caso es que la otra lo revisaba y yo no. Y ese día me viene esta, que era una chica que estaba por infanticidio, con unos papeles que cogió; sube a la brigada y me dice: "Mira lo que he cogido". "Ay, esto no, estos a nosotras no nos engañan, estos lo que quieren es cogernos", plim, plam, se los cogí los rompí y los eché al váter. "Y esto no se te ocurra decirlo a nadie, porque lo que quieren es enredarnos, que los han dejado allí para pillarnos a nosotras dos", y la otra ya no pudo decirle nada a doña Carmen. Hasta por las tuberías de los váteres se comunicaban.

Josefina Avín hablaba con todos los que la llamaban; esa era muy política y se traía sus cosas. Fíjate, Miniña pasaba notas a los chicos que no podían escribir a los familiares porque estaban incomunicados; como subía todas las jarras los pasaba de un lado a otro. Yo siempre estaba con doña Carmen, la celadora, y la Tina era la que recogía el rancho y lo repartía; y yo, venga hablar con doña Carmen. Le cosía la ropa, le tenía que arreglar las uñas, y Miniña, jo, otra vez; le daban sus cosas y ella las metía en las jarras vacías y las subía; todo era para las familias. Y un día va una de ellas y le dice a doña Carmen que sacan papeles, y los sube Miniña: "Tanto que nos tenía a nosotras por serias y sensatas y es Tina la que sube las notas". Pero también salimos bien de esa. La llamábamos *Miniña*, pero se llamaba Valentina, ahora está en Madrid.

—A ti, ¿te juzgaron?

No, a mí no. He estado tres años y algo sin juzgar. Ah, bueno, es que yo no me expliqué nunca mi detención. Don David era oficial de prisiones. Doña Carmen y él estaban diciendo no sé qué de la guerra y yo salgo porque tenía que leer el parte. No me podía negar como reclusa; en eso la celadora y él empezaron a hablar de los rojos y de los crímenes que estaban cometiendo, yo lo oigo y al meterme en la brigada di un portazo tan grande con aquellos cerrojazos que tienen esas prisiones, que resonó... y pensé: "No sé qué va a ser de mí". Pero no me hicieron nada. Como di ese cerrojazo, al otro día don David subió y dijo: "Usted, Carmen, tiene un carácter...". Entonces me explicó que yo no estaba juzgada por estar bajo el fuero militar, y por eso los falangistas tampoco me podían sacar; eso me dijo don David. No sé lo que sería eso del fuero militar, y por qué no me podrían sacar. Mis hermanas dicen que la misma noche que nos detuvieron fue un piquete de falangistas a casa y nada más saber que se nos habían llevado los del piquete militar se marcharon. Aquel día también fueron un guardia civil y un falangista y registraron todo.

Las de Miranda y otras que habían venido de otras zonas, venían muchas las pobres deshechas, porque evacuaban de sus pueblos y pasaban a Francia. Allí les hacían la extradición y habían pasado bastantes calamidades. Y además los bombardeos. Al bombardear tenían tanto miedo que se escondían debajo de los petates; una vez hubo un bombardeo y ellas estaban todas horrorizadas. Nosotras, no, tan tranquilas. Yo decía: "Cae por mi casa", y otra decía: "¡San Julián!". Nosotras escuchando. Entonces abrió la puerta la celadora, entró el director y dijo: "No tengan miedo, cálmense, que no pasa nada. Están bombardeando y si pasa algo lo que sea de ustedes será de mí"; fue cuando nos dijo lo de la zona roja.

Ah, otra cosa. Venían las catequistas a visitarnos, y entre ellas una tal doña Valentina. Esta señora tenía un hermano preso; ella se solidarizó con los presos y venía a vernos y a misa a la cárcel; el hermano había sido comisario de policía en

Madrid o en Barcelona, no lo recuerdo. El caso es que pensaría: “También tengo un hermano detenido y haré lo que pueda por las reclusas”. Su hermano, cuando estalló la guerra, a dos familias perseguidas las pasó a zona franquista y esta señora creyó que iban a hacer algo por él. Pero un día doña Valentina en el momento de comulgar se levantó, no comulgó y se marchó. Y era que aquel mismo día habrían fusilado a su hermano; ella pensó que iban a hacer algo aquellas familias pero se lo fusilaron. Te enterabas por los chicos de todas esas cosas. Ah, una vez vino la Cruz Roja; vinieron a vernos porque habrían bombardeado, fue cuando dejaron de bajar al penal los falangistas porque también hicieron su inspección en este sentido, se sabía que esos niños también iban al penal. Sacaban a los hombres sin juzgar y los fusilaban. Después, para entrar al penal —eso nos lo decían los que juzgaban— tenían que decir la consigna, si no no pasaban; la Guardia Civil tenía orden de disparar la última vez que entraron. Aquel día sacaron a mi hermano por el motivo que voy a explicar. Me lo ha dicho uno de los que estaban allí. El día que entraron a hacer la redada fueron unos diciendo que eran policías y que iban a hacer unos expedientes a todos los que había de Burgos, entre ellos a mi hermano y a otro, y aquella noche lo sacaron. Al otro día, la Dirección de Prisiones, los militares o los que fueran no dejaron acercarse allí a ningún autobús, y el autobús que salía era para juzgarlos; ya tenía órdenes concretas para entrar allí. Para darles el paseo solo a los que juzgaban. Dieron la orden rigurosa de la Dirección General, aquel día se recibieron muchas notas. Menudas cartas escribieron los de Miranda; al marido de aquella señora que era de Correos... Este señor sí que fue una bellísima persona. Le quitaron todos los hijos, pero ella dijo que no la verían llorar; y me dijo: “Carmen, juré una vez que mis enemigos no me verían llorar”. Le fusilaron también al marido, con todos los de Miranda; dejó una carta escrita, una maravilla.

El hijo de la celadora, doña Carmen, estaba en Prisiones en Valdenoceda y sacaba a los hombres y se los cargaba de dos maneras. Se descubrió que sacaba a los hombres para abusar de ellos, luego los mandaba matar. Y una noche entre todos lo cogieron y cuando aún no estaba vestido lo hicieron tumbarse a tierra, lo denunciaron y lo destituyeron. Todo eso lo contaban en la prisión, que lo destituyeron sí es verdad. Y ella no fue mala, ya ves, con nosotras no se portó mal. Estuve más de tres años y sin juicio salí en libertad.

—¿Cuántas mujeres más o menos había en la cárcel cuando estuvisteis esos tres años de guerra?

Ha habido muchas; salían en libertad o de traslado, éramos cientos y cientos. Yo tenía gran cantidad de papeles con los nombres, porque hacíamos las listas para la brigada, pero me lo quitaron todo. Yo siempre estuve en *Redención* suscrita, y ciertos artículos y cosas de esas las tenía yo en mi caja; pero se conoce que mientras bajaba al patio no sé quién se lo llevaría, porque ahí la celadora no entraba.

Otra cosa que voy a contarte también. A las Tiopista, que eran madre e hija, las cogieron cuando se iban a escapar con otras y se iban a pasar a zona roja; empezó a llover y era de noche; pasaban por los montes y, cuando estaban a muy poca distancia, el hijo de ella pudo pasar a la otra zona y ellas no pudieron; tenían las piernas tan empapadas de agua que no les respondían, y por ese poco las cogieron. Las cogió un piquete de Falange, iban a fusilarlas allí, pero el jefe dijo: “Estas señoras me valen a

mí unos galones, así que no se las fusila; a estas las tengo yo que entregar". Les dio su capote, les dio comida. Cuando llegaron al pueblo aquel a todos los asesinaban y apedreaban; pero como a estas las guardaba un jefe, no les pasó nada. Si no, las hubieran apedreado. Pero en la vida dicen que se sabe todo. Un día llegan a la prisión otras dos, o tres, y nada más verlas entrar se dan cuenta de quiénes eran, y dicen: "Ah, estas son de aquel pueblo —porque había otras además de la madre y la hija—, estas son las que nos apedreaban". Estaba esa Josefina Avín, que dijo: "Bueno, vosotras quietecitas, yo voy a verlas". Se acercó y les sacó de qué pueblo eran, por qué venían. Les dijo: "Porque yo soy falangista", que no era verdad, ya te he dicho por lo que estaba. Dijeron: "Pues nosotras somos de tal pueblo"; habían robado las cosas de un militar. Y a estas se conoce que las detuvieron porque las encontraron en sus casas algo que se llevarían. Servían para todo, para apedrear a las rojas y robar a los suyos. Dijo Josefina Avín: "Nada, a estas les hacemos la vida imposible". Les decía: "Ustedes, cuidado con estas rojas porque son malísimas, ¿eh? Creo que avanzan por tal sitio y ese día las descuartizan, ¿eh?". Eso lo hacía para martirizarlas por lo que habían hecho.

La Tiopista estuvo en Saturrarán de encargada, la hija se llamaba igual. A esta le fusilaron el marido, que era capador de cerdos, y ella decía que tenía una amistad, fue a pedir clemencia para su marido y aquella misma noche se lo fusilaron. Estando en la cárcel le comunican que ha habido un combate en el frente y el hijo, que había podido escapar, lo habían cogido y lo tenían también en la cárcel de Burgos. Estas eran de Oña; a todas ellas las llevaron a Saturrarán. Sacaron a la Mari Lavín y a otra chica, a Victoria Revilla; a esta su marido se le había pasado a Francia, pero ella no pudo. Se vino aquí y la detuvieron, estaba con nosotras. Esta Victoria Revilla tiene que salir en otros testimonios; cogieron a su marido en Lerman, cuando el Movimiento, pero resulta que, como en todos los sitios hay amistades de una parte y de la otra, pudo pasar con su marido a Francia. Ella decía que no podía vivir aquella vida; como no sabía hablar francés y tenía un temperamento nervioso se vino a Burgos, y aquí la detuvieron y la trajeron con nosotras. Esta y Lavina, una vez que dijeron que iban a hacer canjes, fueron las primeras en salir; dijeron que nos arregláramos, que iban a canjear por otros. Las llevaron al paredón. Recuerdo que decía la Mari Lavín, que era una chica más bien fuerte: "No me resigno a morir". Y decía Victoria: "¿Y qué vamos a hacer?". "Que yo no me resigno a morir"; pero vamos, sólo les hicieron un fusilamiento simulado, un simulacro, y luego las volvieron otra vez a Burgos.

Después, creo que a finales del 41, ya estábamos en libertad; nos detuvieron a Tina y a mí, socialistas, comunistas, de todas las tendencias, y de la CNT. Dicen que por ayuda a los presos. A los hombres los maltrataron mucho. Vinieron policías de fuera y a mí me dijeron cuando llegué: "En dos minutos está", pero me tuvieron incomunicada. Nos llevaron a comisaría y a la prisión. Nos daban ya la libertad, pero no sé qué pasó, que habían cogido unos maquis por Santander; fue cuando nos procesaron. El juez nuestro era muy buena persona; fíjate, dijo que los presos irían todos a casa libres. Nosotras estábamos en libertad provisional las tres mujeres; y otros también. Me avisaron para el juicio.

Yo tenía un poco de coquetería, un poco de personalidad; porque hoy vivimos la vida más humana, pero entonces nos tenían por unos depravados a los que éramos de

izquierdas. Entonces dije: “Tenemos que ir bien vestidas, bien arregladas las tres”. Como éramos tres mujeres... “Vamos en taxi”. Al llegar allí estaba uno en la puerta; como nos conocía de Burgos, me dice el sargento: “No corras, no, que no ha empezado todavía”. “¿Cómo va a empezar si no estoy yo?”.

Y a los que venían del penal, el juez les dejó allí libres con las familias y todo; gracias a él. Y en vez de sentarnos en el banquillo, estuvimos en una sala. “Yo no me he sentado en el banquillo, me senté en una butaca”, decíamos en chungu; y hasta que estuvo todo formado, el jurado y el público, no entramos nosotras. Claro, juzgaban distinto; los de la CNT, los socialistas y los tal. Nos defendieron dos abogados civiles, Alfaro y Calleja, creo que se llamaban, pero no estoy muy segura. Los demás, todos militares. A mí me dijo el juez este: “Diga a su cuñado que pida a fulano de tal que la defienda”. Solo había para defender los dos civiles y todo lo demás militares. A los que tenían más culpa los defendieron los militares, que fueron los que no salieron bien, y quedaron bastantes detenidos. El juicio empezó a celebrarse por la mañana a las diez. Cuando se paró a mediodía el pueblo de Burgos estaba en la calle. ¡Qué cosas! Con la persecución que había, y al salir de los trabajos todos acudieron, porque estábamos en caballería y nos juzgaron a tres mujeres, a la Tina, a una socialista y a mí. Y luego por la tarde al volver lo suspendieron porque... Ah, sí, Burgos se desplomó, todos los obreros, y se conoce que en vista del éxito se terminó el juicio rápido. Oye, es un detalle muy bueno, en un pueblo como Burgos... bueno por falta de pruebas salimos libres las que ya habíamos estado en libertad provisional y después, ya ves, espera años y años. Y ahora a ver en qué queda esto.

Rosaura Santamaría Viciano, de Quintanilla de Escalada (Burgos)

Yo vivía en Madrid, pero se puso malo uno de mis hijos y ya se me habían muerto tres; el médico me dijo: “Sáquelo de Madrid unos meses y este niño se le cura”. Mi marido me dijo: “Vete a casa de tu madre, al pueblo”; esto ya era poco antes de la sublevación. Me vine al pueblo y al día siguiente volaron el puente; el frente allí estuvo bastante tiempo.

Nos detuvieron cuando fui a La Venta de Organejo, porque escribió una carta mi marido, que estaba allí, en el frente de Santander; ya por el valle de Polientes él tenía noticias más por las personas que había allí del pueblo.

De La Venta de Organejo; mi marido envió una carta y yo iba a verle con el niño. Mi madre me había aparejado el burro y dice: “Mira, después pones el burro mirando al pueblo y lo dejas, que vendrá a casa solo”; el burro era para llevar al niño, que tenía trece meses. Me detuvieron por donde el Bierzo, los falangistas, el Toribio Gómez de Diego, ese fue el que se quiso casar conmigo, y como yo no me casé con él, después se vengó. Y no me acuerdo ni qué día fue ni nada. ¿Quién se acuerda después de cuarenta años? Tres falangistas, que si me tengo que volver, que si no me vuelvo, y yo llorando: “Tenemos orden de volverte viva o muerta, así que bájate del burro y vamos; o bueno, sigue en el burro”. Pero ni burro ni puñetas, andando con el niño en brazos bajé hasta el pueblo y salí en libertad bajo fianza de quinientas pesetas —en aquellos tiempos—. A mi marido también le detuvieron antes de llegar a vernos pero él duró poco. Los agentes de la Mora lo tuvieron unos días detenido. Lo fusilaron, lo metieron en tierra de patatas, lo enterraron allí con la cabeza abajo y los

pies arriba, porque todos los que lo vieron me lo han dicho, diciéndole: "Toma rojazo, ahora come patatas ahí". Yo nunca he sabido dónde está. Un año, mis hijos, los que viven en Francia, me llevaron, pero los señores mayores del pueblo dijeron: "Está muy lejos, nosotros sabemos dónde y todo lo que pasó, pero está muy lejos y no podemos ir —porque estaban trillando y era muy tarde ya—, suban otro día". Y ya no me han llevado más, o sea que no sé dónde está enterrado. Pero enseguida me enteré que lo habían matado.

Yo, como quedé en libertad bajo fianza con otras chicas, nos requisaron para dar de comer a las tropas, hacerles la comida y servirla en un colegio que fue de curas. Éramos cuatro; una ya ha muerto, otra había bajado huida de otro pueblo, y otra que vive aquí es la Pura: era la más joven de todas. Estas no habían salido del pueblo; yo, como había estado muchos años en Madrid, estaba más espabilada que ellas. Bajábamos a servirles la comida a un salón muy grande, que pusieron mesas con maderos y tablas; las sillas eran del pueblo. Eran muchísimos, y el uno te tocaba por aquí y el otro por allá; el otro te decía: "Cuando salga esta noche qué polvo te voy a echar". "Qué buena estás". Veintiséis años tenía yo entonces; pues fíjate cómo iba a estar, pues estaría bien, como tú en tu juventud. Unos sinvergüenzas eran, desde luego. Estos eran los de la Falange. Entonces llegó un día un tal don Avelino, que no sé si era de Villasandino o de Torresandino, y yo les decía a las otras: "Yo se lo voy a decir a don Avelino". "Ay, no se lo digas, que nos fusilan". Yo estaba tan cabreada, que habiendo matado a mi marido encima los tuviera que aguantar y tuviera que estar trabajando para ellos... Los sinvergüenzas, que te ponían más sobada que las brevas. Bueno, pero un día le dije: "Don Avelino, yo quisiera hablar con usted". "Sí, sí, cuando usted quiera". "Pues ahora mismo". Me pasó a una habitación donde guisábamos, que tenía un ventanuco pequeño, y allí tenían a los que llevaban al penal o los iban a fusilar, y le dije: "Mire usted, en primer lugar le digo que nosotras no nos negamos a trabajar, pero yo quisiera que usted viera cómo nos tratan abajo cuando servimos la comida". "¿Qué pasa, qué pasa?". "Pues mire, el uno te toca por aquí, el otro por allá y el otro te dice que a la noche cuando salgas que tal y cual, usted ya me entiende, ¿no?". "Nada, no se preocupe". Bajamos ese día la comida; allí había de esas pilastras gordas, como columnas, y le dije: "Mire, usted se pone detrás de una columna, y usted mismo lo va a ver; porque igual usted a mí no me cree, pero lo va a ver". Y lo mismo de todos los días, pim pam por aquí, pim pam por allá, a todas las que servíamos, tres que éramos. Las otras se quedaban arriba preparando la comida, las tres jóvenes. Sale él de la columna y: "Señoras, ustedes arriba". Nada, desde aquel día se acabó todo. Pero, ¿qué es lo que defendían?

Había aquí uno, el teniente Tovar, no sé qué será de él. Y una noche había que lavar para los soldados, porque las que decían que eran de derechas, esas mandaban a todas las de izquierdas. "Vaya aquí, vaya allá", nosotras lavar y ellas de paseo. Bueno, pues mi madre se había ido a dormir al pajar, porque yo tenía tres niños y ella solamente tres camas y en una habitación que había dos camas se quedaban los del cañón antiaéreo, que lo tenían arriba, dos en cada cama y yo me quedaba con los niños. En el suelo me quedaba. Hasta las tres de la mañana me quedaba cosiendo para las tropas, madre mía, lo que hemos trabajado allí. Total, que mi madre se marchó al pajar y vienen dos chicos, dos soldados: "Señora, patrona, baje". "Suban", porque estaba con aquellas planchas que había antes de carbón, venga a planchar y coser de

noche, claro; si tú supieras qué piezas lavábamos allí... “No, baje”; bajé y dicen: “Nos podría lavar la ropa para mañana, que vamos al campamento a las diez de la mañana?”; a todo esto serían las diez de la noche ya. “Pero ¿cómo se la voy a lavar, cómo se la voy a secar? Además, la tenemos que meter en la caldera de cocer, porque si no los piojos no se mueren”. “Aunque no se seque, tiene usted que lavárnosla, ya la secaremos en el campamento”. Y mientras se van a buscar la ropa porque no la habían traído, viene el teniente bajando la cuesta —la casa de mi madre está en una cuesta—. “Buenas noches, señora, buenas noches”. Por favor, ¿me podría dar un vaso de agua?”. “Sin favor”. Subo para arriba, donde teníamos los vasos, porque me parecía a mí que para un señor de esos era mejor un vaso que el botijo, ¿no? En los pueblos se usan los botijos y, pim pam, a beber. Bueno, pues me vuelvo con el vaso y está detrás de mí. Madre de Dios; ni ganas de beber tenía el tío ni nada, de lo que tenía gana era de ver lo que se podía hacer, a ver si podía jorobar. Que si estaba muy guapa, que me va a poner un piso en Burgos, que por aquí, que por allá, que cuántos años tengo, que... Yo estaba negra, porque solo de pensar que me habían matado a mi marido hacía pocos días... cómo iba a estar, ¿no es verdad? Los del cañón antiaéreo, que subían a dormir, se enteraban de todo porque dejaban las puertas abiertas, pero no le llamaban la atención y él no creas que era un hombre reservado ni nada, al contrario. Me cogió y me quiso tirar encima de la cama de los niños, y le dije: “Mire, aunque usted crea que la broma le va a salir barata, puede salir más cara de lo que usted piensa, ¿eh?, haga el favor de marcharse, que tengo que bajar a cerrar la puerta”.

Bueno, pues ya se marchó; en cuanto se marchó volví a cerrar la puerta de mi habitación y no desperté a los otros. Yo, llorando bajito, me puse encima de la mesa a llorar, y los otros llamando a la puerta: “Señora, patrona —eran de San Sebastián—, ¡patrona!”, y les abrí; me dieron la ropa y les dije lo que me había pasado, los muchachos se portaron bien. Me dijeron que tuviese cuidado con aquel tío, que podía pasar con disculpas pidiendo un vaso de agua, le da con la pistola y la mata y no tiene ninguna responsabilidad, eso me decía aquellos chicos, los pobres; ¿tú crees que hay derecho a eso, eh? ¿Qué defendían? Sus caprichos nada más, eso defendían esos tíos. Había otra chica que cosía; era modista en el pueblo y cosía para quien la mandaba. Ella se quedaba en casa sola, en la habitación que cosía, y tenían una ventanuca pequeña que daba a la acera; le quiso hacer la misma faena que a mí el sinvergüenza, y aquella llamó al hermano: “Jesús, Jesús, ven corriendo, ven corriendo”; el otro bajó la escalera y el tío se marchó. ¿Tú crees que hay derecho a esto? Encima que nos matan al marido quieren abusar.

Se ve que como no me dejaba sobar, y les plantaba cara, pues enseguida a la cárcel. Nos tuvieron en Sedano; allí había uno que se llamaba Isaías, que era el guardián de la cárcel y decía: “Bueno, la que tenga alhajas o relojes que me lo dé a mí porque la van a fusilar”. Mira qué alivio nos daba el tío, ¿eh? Y nosotras rezando. De ahí se nos llevaron a Burgos. “¿Tú qué has hecho? —preguntaban—. ¿Tú te marchabas a buscar conejos al monte?”; como me detuvieron cuando me iba del pueblo... A una le habían cortado el pelo; le preguntaron: “Y tú, ¿dónde ibas?”; esa vive en Madrid y se llama Natalia, y dijo: “Pues ¿dónde iba a ir si no me he movido del pueblo?”. “¿Y por qué te han cortado el pelo?”. “Yo no he hecho nada y me tenéis aquí”. “Algo habrás hecho”. Nos insultaban con unas palabrotas, unas contestaciones, que no les

faltaba más que pegarnos. Todas las noches entraban a vernos, a amargarnos la noche; porque era la caraba, el que lo ha pasado, pero bueno, tuvimos la suerte de que nos trajeran a Burgos. Si no, puede que en el pueblo nos hubieran fusilado. Estuve ocho meses nada más porque eché una instancia. Como yo tenía los tres hijos y los tres eran pequeños, parece que con eso salí; que si no yo creo que hubiera seguido en la cárcel. No nos tomaron declaración ninguna, estuvimos en Burgos tontamente; salíamos a fregar los pasillos porque las otras señoras eran mayores, nos distraíamos así, bajábamos al patio a jugar. La vida no fue mala, ¡qué voy a decir! No comía más que pan con chocolate, y me pusieron *Tronchapanes*, porque como no había quien comiera aquella comida que nos daban...

—Pero la comida en Burgos, ¿era mala?

Mala, mala. Nos daban unas lentejas con más bichos y con más puñetas que... La que tenía fuerte el estómago lo comía, pero las que no teníamos el estómago bien se te ponía peor. Así pues, yo pan y chocolate, no comía nada más, y por eso me pusieron *Tronchapanes*.

Vinieron de Quintanilla de la Mata muchas. Les habían pegado, las habían torturado. A unas les cortaron el pelo y las pasaron por Lerma, y todas se iban cagando por la calle; claro, ¿cómo iban a ir las pobres? Si les cortaron el pelo y les dieron purga en cantidad. Y estos son los buenos, conque ¿qué queda para los malos? A ver, ¿qué queda?, está una ya tan aburrída, que vamos, ya está bien la cosa. A Rosario le dieron una paliza, *la Rosariona* la llamábamos, porque era muy fuerte y muy gorda. Y cómo estuvo cuando entró, tenía todo el cuerpo negro de lo que le habían pegado; en Miranda, allí le pegaron.

De Miranda había también una, la Churrera, que no me acuerdo cómo se llamaba... que estaba la pobre que daba pena. En fin, todas hemos sufrido muchísimo; lo que pasa es que unas con otras nos consolábamos, pues en cuanto te veían llorar iban las compañeras y a jugar, a lo que fuera, y gracias a eso, porque si no nos hubiéramos muerto. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Suicidarnos?

¡No, no! de ninguna manera; a ver si me acuerdo de lo que te cantaba antes cuando has venido... Me acuerdo de un trozo solamente, ¿lo canto?

Prisión maldita, cárcel de rojas,
cuando las presas en su soledad
todas muy tristes, todas pensando
sus compañeras, dónde estarán.
Bajan mujeres a fusilarlas,
el puño en alto se dejan matar,
como son rojas, son muy valientes,
la, la, la, la.

Si ellos se dieran cuenta
de todo lo que nos hacen
llevándonos a la cárcel
por tener un ideal,
y nosotras convencidas
aguantamos los tormentos
hasta que vengan los nuestros
a darnos la libertad...

Muchos domingos nos llevaban pasteles o cerezas, frutas, y nunca hemos sabido quién; algún compañero sería, claro, pero nunca lo hemos sabido. A mí me hubiese gustado saber quién era.

Me dieron la libertad una madrugada, fíjate, yo deseando ir con mis hijos. Después de ocho meses me dieron la libertad, a la una y media de la mañana, fue doña Carmen. Yo sentí el cerrojo, clin clan, y: “Rosario Santamaría Viciano, en libertad”. El corazón me hacía tracatrán, tracatrán. Dice la Carmen Pérez, una compañera: “Rosaura, que vas en libertad”. Y le dice la mandanta: “Pero bueno, doña Carmen, ¿cómo va esa en libertad a estas horas?”. “Sí, hija mía, a la traían esta tarde, se conoce que se la metió en el bolso y se le olvidó, y mira, ahora la traen”. Doña Carmen se portó muy bien; la celadora me dijo: “¿Tiene usted dinero?”. “Pues tengo aquí un poco para el coche”. “¿Usted no conoce a nadie en Burgos?”. “No, señora, no conozco más que la casa de comidas de Feliciano, que cuando veníamos íbamos allí, pero yo no sé dónde vive y a estas horas está cerrado”. “Bueno, entonces que vaya a nuestra casa —dijo Carmen—, además tendrá que ir un centinela”. “Sí, sí —dijo doña Carmen—, ¿cómo no va a ir un centinela?”. Llegué a casa de Carmen y me recibieron muy bien, y me pusieron una buena cama, pero yo no podía dormir. Me pasé la noche en la ventana viendo las luces de la cárcel, acordándome de mis compañeras que dejaba allí, pobrecitas. Al otro día hice lo que me había dicho Carmen: “Cuando me lleven el café mete un casco de cebolla en la marmita y así sabremos si estás ahí o te han fusilado”, porque a ver, a esas horas ya de madrugada piensas lo peor; al otro día me marché a ver a los presos al penal, y después por la tarde, me marché al pueblo. A los pocos días escribí diciendo que estaba muy bien, que había visto a los hijos, que me había llevado una desilusión muy grande porque estaban llenos de piojos; les habían cortado el pelo a las chiquillas; pero bueno, al fin y al cabo estaba en casa de mi madre, y así pasó todo.

Y aquí me tienes, enferma, sin poder trabajar y con setenta años; qué voy a hacer, y tira millas. Te dejan viuda, no tienes derecho a nada; en cambio, a otras viudas de militares, buenas pagas, y a nosotras, ¿qué? Ahí te quedas. En los pueblos han pasado cosas aprovechando la guerra que son odiosas. Te voy a explicar el caso de una amiga mía. Se llamaba doña Gilberta, no recuerdo el apellido, vivía aquí en Burgos en la calle General Mola, creo que ya ha muerto. Esta hablaba con Pompeyo, el veterinario de La Piedra. El hermano de Pompeyo lo denunció para quedarse él con toda la hacienda y todo su capital. Lo trajeron al penal, pero él avisó a su novia, que era Gilberta, que bajara inmediatamente a verle, y entonces Pompeyo le dio la llave de la casa y le dijo: “Vete a La Piedra y recoge de una chimenea...”, de esas de pueblo que están en las habitaciones para hacer lumbre, allí tenía él todos los papeles, las hijuelas de su herencia y todo, cartillas del banco y lo que fuera; la Gilberta se lo trajo. La noche que lo meten en capilla se casan in artículo mortis y fusilan a Pompeyo y él le deja todo a la Gilberta; como ya era su mujer... El otro hermano que lo denunció para quedarse con todos los bienes... La Gilberta, cuando mataron a Pompeyo, como tenía todos los documentos se marchó a La Piedra, y no la dejaban entrar en casa. Pero ella se buscó aquí a don Antonio Fourmier, a don Rafael Dodao, a Bocanagra de Sedana, que eran secretarios, y todos la defendieron y le sacaron hasta lo último. El hermano se quedó sin hermano y sin herencia, y eso es la pura verdad, todo eso... Esta gente reunía todas las condiciones: asesinos y ladrones.

Capítulo 7

LAS VALENCIANAS

Este pequeño grupo de mujeres de Valencia dan su testimonio para que se dé a conocer las consecuencias de una guerra que perdimos, son expedientes del 39. Otras son detenidas en la lucha clandestina contra el franquismo. Ellas y las que como ellas han pasado por las cárceles del País Valenciano, han dejado muy alta la bandera en la lucha por la democracia en España. Gracias, amigas, por vuestra colaboración.

Amparo Reyes Puchol

Me llamo Amparo Reyes Puchol y era bastante pequeña cuando acabó la guerra: tenía doce años. Vivíamos en Alcázar de San Juan, mi madre, mis hermanos y yo, pero mi padre estaba en el frente en un hospital, y directamente lo detuvieron. Luego fuimos a casa de unos familiares y años después detuvieron a mi madre. La llevaron a Quintanar de la Orden y de allí a Ocaña, que es donde coincidieron ellos dos. Por mi madre conozco perfectamente que la vida de las mujeres fue allí muy mala y en unas condiciones inhumanas, pero otras compañeras que lo han pasado directamente lo habrán explicado.

Una noche dijeron: “¡Que falta el médico!”. Y como mi padre estaba condenado a pena de muerte, mamá pensó que lo iban a fusilar. Y a la mañana siguiente quiso asomarse por la ventana para verlo salir, y entonces tres mujeres se subieron a la ventana de distintas celdas y cortaron el pelo a todas. O sea, no solo a las tres que se habían asomado, sino a todas, a veintiuna, siete por celdas.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

Miguel Reyes López. Mi madre, Adelina Puchol. A mi madre le pidieron pena de muerte, y luego en el mismo juicio, le dejaron treinta años. Estuvo en Ocaña hasta que quitaron a las mujeres; a unas las llevaron a Segovia, a otras a Ventas; estuvo hasta el 45, que nosotros hicimos lo posible para traérnosla aquí, cerca de donde vivíamos nosotros. Igual que a mi papá, que por mediación de mi tío lo trasladaron aquí, a San Miguel de los Reyes. En el mismo año 45 les trasladaron a los dos, ya estábamos más juntos. En cuanto a toda la problemática de la mujer, pues creo que ha sido muy dura; yo creo que las mujeres han estado peor que nadie, porque yo recuerdo que decía: “Si no tenemos pan parece que tengamos más hambre”. Y cuando había un trocito de pan, aunque fuera duro, lo guardaban, porque si no lo tenías, sentías más hambre.

En Ventas fue donde conoció a Julia Martín de la Fuente, que al ser valenciana y a mamá traerla aquí, nos unió a ella, realmente los que han estado juntos en prisión se aprecian y se quieren de una forma especial, más que incluso a la propia familia. Al salir Julia empezaron a organizar la ayuda a las prisiones y también a las guerrillas, y fue cuando vino mucho por casa y nosotros empezamos a ayudarla en esas cosas. Y en las salidas que hacíamos Julia y yo, fue cuando me detuvieron, en enero

del 47, seis meses más tarde detuvieron a mi hermano. Yo estaba en la prisión de Valencia, donde pasé dos años justos. Salí con libertad provisional sin estar juzgada, y el expediente era muy grave, juzgaron a los cinco más responsables.

De los cinco fusilaron a tres y a los otros dos los conmutaron por treinta años y los llevaron a Burgos. El resto del expediente estuvo años y años en el juzgado militar número 2 de Valencia. Salimos en libertad provisional sin llevarnos a juicio; nos obligaron a presentarnos, y al cabo de muchísimo tiempo, como aquello por más investigaciones que hicieran no localizaban a casi nadie, porque mucha gente había muerto, otros se habían ido a Francia y otros había desaparecido y no encontraban a la mitad de los encartados, sobreseyeron la causa sin llegar a juicio.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis presentándoos?

Mucho tiempo, desde el 49, en que yo salí, por lo menos cinco o seis años. No lo recuerdo exactamente, pero aquello se eternizó. Al principio te hacían presentar cada quince días; después era cada mes; luego, si faltabas alguna vez, ibas con alguna excusa y te lo consentían, y últimamente nos dijeron: “Ya les avisaremos”. Y luego nos avisaron cuando pasó a jurisdicción ordinaria; eran más metódicos y como faltaras al mes reglamentario te llamaban la atención o simplemente te mandaban detener, pero si comparecías no te decían nada. Firmabas el mes que te correspondía la presentación y ya está. Así hasta que un día nos dijeron que se sobreseyan las causas. Por lo tanto, yo no tengo antecedentes penales. Quizás sea de la poca gente que habiendo estado en prisión no tenga antecedentes penales. Los he pedido alguna vez y están en blanco; no he llegado a ser condenada.

Y bueno, la prisión de aquí era muy inhumana. La directora era Natividad Brunete, y su hermana Luisa, que era funcionaria; aparte de que ninguna prisión ha sido buena, pero aquí eran... sobre todo las pequeñas cosas, porque las peores, ya en el 47 se habían pasado, la cárcel no era igual, al principio era muy mala, pero tenías que soportar las cosas que te afectan todos los días. Por ejemplo, una mujer quería depilarse la cejas y ella no lo permitía, no te dejaba tener ni unas pinzas; yo recuerdo tanto esa represión que no me las he vuelto a depilar. Yo decía: “A mí no me van a castigar por depilarme las cejas”. Y desde entonces no lo he vuelto a hacer porque perdí la costumbre. Cosas de este tipo, era el hecho de fastidiarte. Ah, y no te permitían estar con una pierna sobre otra, aunque estuvieses más cómoda, porque eso era una inmoralidad. Otro hecho era que a los familiares de las presas les obligaban llevar a la prisión una silla para que estuvieses aseada y sentadita, pero no todas las tenían, la mayoría su asiento era el frío suelo, unas porque sus familiares estaban en sus mismas condiciones, otras eran de lejos, hasta que al cabo de mucho tiempo trajeron sillas; no sé si del Ayuntamiento, pero me acuerdo que estaban llenas de chinches y las tuvieron que desinfectar y las nuestras nos obligaron a dejarlas.

Yo concretamente estuve en enfermería de encargada; la enfermería era muy pequeña y estaba muy limpia y todo muy ordenado y aseado, pero las enfermas no estaban allí. Cuando había una enferma verdaderamente enferma, estaba en las celdas. Y las madres. Había niños muy pequeños, porque habían traído de los pueblos con la cosa de los guerrilleros y eran bastantes, y cuando los niños cumplían los dos años obligaban a los familiares a sacarlos. Pero también había muchas comunes que eran continuo rotatorio, entraban y salían, volvían. A estas mujeres las tenían en

celdas o en Madres con niños, en los petates de paja o crin, no sé de qué demonios serían pero eran muy duros.

Recuerdo que estando yo allí, hubo una epidemia de gripe y los enfermos estaban en las celdas y en la sala general; esta se arreglaba por las mañanas y allí no se quedaba nadie, nos llevaban al patio, con gripe o sin ella, y me acuerdo perfectamente de una común que tuvo mastitis y se la operó; aquello estaba con una cantidad de pus... Otra, también común, con una pleuresía purulenta que se abrió, o sea, que reventó sola; por la espalda tenía un boquete de lo menos seis centímetros entre costilla y costilla. Aquello había que verlo, y cómo olía. Y estas pobres mujeres estaban en las celdas, de enfermería ni hablar, hasta que aquello se les curó.

—¿Por sí solas?

Por sí solas. Porque, realmente, el médico a la de la mastitis no hizo más que abrirle la piel, porque aquello hubiese reventado igual en cualquier momento. Pero la otra, con fiebre todos los días y allí la tenían en la celda, hasta que una mañana vino y dijo: “Mire lo que me sale por aquí”. Y yo vi aquello. ¡Madre mía! Era terrible.

—¿Y mujeres de guerrilla, había muchas?

Sí, en esa época sí. Trajeron de Teruel, de Moralla, de Castellón, de Utiel, de Buñuel, de Macastre, de San Antonio, de todos esos pueblos, que son de la zona montañosa de Valencia. De ahí vinieron muchas. Y solo venían mujeres que las habían maltratado y pegado, de vejaciones tantas como quieras. Claro, a los que habían matado era a los maridos, padres y hermanos. En Benajéber, concretamente, no recuerdo exactamente el número, pero por lo menos a ocho o diez se los cargaron sin juicio ni nada, la Guardia Civil.

Y no eran ni guerrilleros, eran de los que vivían allí y se suponía que les ayudaban, y a las mujeres las cogieron y las trajeron a prisión; de los hombres no se supo qué hicieron. De la parte de Teruel también había tres o cuatro que a los maridos les dieron por desaparecidos; eso quiere decir que no llegaron a entrar en la prisión tampoco. O bien en los cuarteles de la Guardia Civil o en donde fuera desaparecieron y no se llegó a saber más de ellos. Bueno, de estos casos ha habido varios. Yo he conocido a varias compañeras con maridos desaparecidos o muertos; a ellas las traían acá y ellas todo su afán era saber, saber si habían entrado, preguntando a otros familiares o a gente que venía. A mí, concretamente, como sabía que mi hermano estaba en la Modelo, que es donde podían haber ido ellos, pues le decía a mi mamá: “Ve a ver si saben de este o del otro”, o sea, estas cosas, porque no les permitían ni escribir preguntando dónde estaban las familias... Concretamente estaba Victoriana, eran la madre, la niña pequeñita y la hija de dieciséis años, que la llevaron a la prisión; y los otros tres hijos los tuvieron que meter en un colegio, en Valencia, de frailes o de lo que fuera, para huérfanos o reformatorio, no sé, porque nadie se hacía cargo de ellos. Y para preguntar por su padre y saber lo que había pasado, me decía que le diera el nombre a mi madre para ver si mi hermano sabía alguna cosa, pero no estaban en la cárcel. Hasta que al final llegaban alguien del pueblo y decían que los habían matado allí. Y había tres o cuatro mujeres del mismo pueblo que les habían matado los maridos, y de Morella también. Mataron allí a dos o tres más. De toda la zona de la provincia de Castellón venían a parar aquí las mujeres. Había de todo, viejas, muy viejas.

A estas mujeres también les habían pegado bastante; no hasta el extremo de tener que estar tumbadas, pero sí con morados. Otra mujer entró, que creo que era de Villar del Arzobispo, de aquí de Valencia también, y entraron ella y su hija, que era un poco *tontusa*, ya tendría veintiséis o veintisiete años la chica, pero era un poco subnormal, vamos, a las dos las metieron allí. En esa época entró muchísima gente por causa de las guerrillas, también entraron dos hermanas muy viejas... O sea, mucha gente, por ayudar a lo que fuera.

—¿Y a Julia la detuvieron al mismo tiempo que a ti?

No, a Julia después. Porque cuando a mí me detuvieron ella no estaba aquí. Creo que la detuvieron en Madrid.

—¿Y tú habías hecho algún trabajo más además de la ayuda?

No, solamente un viaje, por lo visto necesitaban a alguien que fuera poco conocido para llevar algo, y entonces Julia me lo pidió. “¿Tú te atreves?”. “Pues sí”. Recuerdo que estábamos otra chica, otro camarada y yo. Me dijo: “Tal día traes la maleta”. Yo la llevé, hice el viaje y la entregué. Pero pasó tiempo y tiempo desde que vine de Madrid, o sea, no es que nos cogieran enseguida. Y me detuvieron debido a ese viaje, porque a él le detuvieron.

—¿Y tú piensas que fue aquel camarada quien habló?

Sí, cuando a mí me detuvieron me presentaron a él directamente como dando a entender que no había necesidad de que yo ocultara nada, porque él estaba allí. Incluso esa noche la pasé junto a él en un despacho. O sea, a mí me dijeron: “Toma, ahí lo tienes, para que te convenzas de que no hay nada a hacer”. Yo estuve toda la primera noche en comisaría con este Mariano Ortega, creo que así se llamaba; pero como empleaban nombres falsos, no sé si era el verdadero.

—¿Y él te conocía?

Claro, él sí; les había dicho donde vivía y todo. El me dijo: “Yo te he declarado a ti para distraerles”, porque realmente yo no era nada importante ni de mí se podía esperar el sacar un hilo de algo; o sea que en realidad no sabía nada. Pero claro, como había tomado parte en ello, ellos me detenían porque había hecho una cosa ilegal. Pero él me decía: “No es que yo he dicho cosas que ahora de momento... Puede que les valga para dentro de dos meses, puede que...”. Ahora, a él no se veía que lo hubiesen tocado tampoco. Este fue de los que vinieron de las guerrillas de Francia. Yo no conozco su proceso, dicen que en las guerrillas francesas se comportó muy bien. Ahora, aquí me dio la sensación de que se desmoronó, le debió dar miedo la muerte, porque me dijo: “Yo sé que me van a fusilar”. Pero no sé si trataría de librarse del fusilamiento diciendo cosas; no puedo valorarlo. Entonces a mí me parecía un gran personaje y lo encontraba todo justificado. Ahora, al pasar el tiempo, pues no, recuerdo cosas, que no le habían pegado... Si no, me hubiese enseñado lesiones, después de esa noche no le volví a ver.

—¿Y no tuvisteis más conversaciones entre vosotros?

Sí, él me hablaba, pero como decía que la policía estaba allí mismo... eso sí, estaba delante, en la puerta del despacho. El me dijo que había dado mi nombre a ver si la gente se iba enterando e iba desapareciendo, o sea, como mal menor. Claro, yo lo acepté. Incluso a uno de los que fusilaron, que era de guerrillas, lo detuvieron en la estación de autobuses cuando se iban a ir los dos, porque llevaba los billetes y se ve que no dio tiempo a romperlos, o por lo menos uno, y el otro podría hacer su defensa.

¿Dio él la cita a ese camarada? No sé, no puedo asegurar nada, porque él a mí no me lo explicó... Claro, como yo era un don nadie tampoco se explayó ni le iba a solucionar nada. Él no pensaba si me iban a dejar en libertad o iba a salir.

Después me tuvieron dieciocho días más en el calabozo de mujeres, y todas las noches entraban prostitutas de las que cogían por la calle. Había otra que iba con uno de estos cinco que fusilaron; y una estaba en su casa y la detuvieron también. Estábamos las dos, entramos en la prisión juntas. Trinidad Alonso se llamaba. Recuerdo que nos llenamos de piojos, pero a manta. En un mes que estuvimos en las celdas, hasta que el juez fue a levantarnos la incomunicación, tuvimos tiempo de limpiarnos, nos despiojamos mutuamente. Pero no nos tocaron. Nos llamaron el último día para firmar la declaración y nada más. No la molestaron ni a ella ni a mí. No nos sacaron de comisaría. La primera noche estuve con aquel, y luego me sacaron a la prisión después de hacerme la fotografía que te hacen, la toma de huellas, la ficha y todos esos jaleos. Luego en la prisión estuvimos treinta días incomunicadas hasta que vino el juez, y al salir la directora Brunete, se le ocurrió decir que nos estábamos riendo las dos, y lo único que estábamos era alegres de pensar que ya estábamos abajo, con el resto de las compañeras, para nosotras eso era un aliciente, éramos jóvenes las dos y no sé si nos reímos o no, yo no me acuerdo que me riera. Pero sé que dijo que nos estábamos riendo y nos castigó a fregar todo lo que quedaba en la cárcel por fregar; era ya tarde y quedaba poco, suerte de eso.

Me casé con un compañero de mi hermano, del mismo expediente. Mi hermana y yo, a los novios, desde luego, los tuvimos que escoger donde frecuentábamos: las cárceles. O sea, que no los podíamos escoger ni en bailes ni en fiestas, pero sí en la prisión, sí... Nuestro día de fiesta era para visitar la prisión, y fue donde encontramos el novio. Mi hermana en San Miguel de los Reyes con Carlos Dorado, y yo aquí, en la prisión Modelo de Valencia. Seguimos relaciones entre rejas hasta que salieron y luego nos casamos.

A Valentín, mi marido, que ha estado muy perseguido aquí en Valencia por la policía, y además con muchas ganas de cogerle, en los dos estados de excepción lo detuvieron sin motivo alguno. En realidad no estaba metido en nada en aquella época, ni mucho menos. A un compañero que vivía en la misma casa, que es Eduardo de Alcázar, una de las veces que le detuvieron, buena paliza que le dieron, para que dijera que Valentín estaba metido en problemas. Aquel, como dijo que no, pues nada. Y a otros compañeros también, siempre preguntando por Valentín, y nunca han dicho que estuviera en nada. Pero aprovechando los dos estados de excepción lo detuvieron. Él salió en el 59, el 25 de enero; de Burgos. Y luego aquí se tuvo que presentar. Salió en libertad condicional, hasta que cumplió hubo de presentarse. Luego no podía ponerse a trabajar, eso le dijo la policía, en sitios donde hubiera muchos trabajadores. La vida de la mujer ha sido muy dura; al estar dentro muy duro, pero la que ha estado fuera... decían: "Mucho es estar el hombre en la cárcel, porque es estar privado de la libertad, pero la vida de la mujer fuera ha sido mucho peor". Porque ha tenido que trabajar, ha tenido que atender a la cárcel, el frío, el calor, lo poco que tenía se lo quitaban de comer para poderlo llevar, que a veces lo llevaban y te enterabas de que se lo habían quitado a ellos; en fin, era una lucha. Además, los hijos que tenían que mantener y educar. En fin toda una serie de cosas... La vida de la mujer en la calle,

la que ha ido a las prisiones, ha sido muy dura, sobre todo las que han tenido hijos; yo los he tenido y lo sé; la que tenía hijos que criar, que educar, y tenía que ir a trabajar, y atender a los que estaban en prisión, sea marido o hermano... Aquello era verdaderamente difícil. Porque no ha sido un año ni dos, sino muchos, y prueba de ello es que algunas, las menos, han fracasado, se han hundido o han cogido otra dirección. Pero la que ha resistido un año y otro año es de admirar; recuerdo al hijo, ahora casado, que era chiquitín, chiquitín y carecía de todo. El médico de la prisión de San Miguel atendía al niño cuando estaba enfermo, porque no podía pagarse un médico; ella era una pantalonera y cosía en casa y no tenía seguro ni nada. Tenía que trabajar cosiendo pantalones hasta altas horas de la noche para mantenerse y poder llevar algo a la prisión, y era muy poco lo que ganaba y mucho lo que trabajaba. Las mujeres que estaban en la calle, aparte de los sufrimientos, se encontraban con que los hombres que estaban en la prisión tantos años no vivían la realidad; o sea, la realidad para ellos era el interior de la prisión, lo que había fuera lo desconocían. Y claro, muchas veces no se lo decías tampoco para que no sufrieran. Entonces cuando pedían cosas y te decían: "Haz esto", no podías decir ni sí ni no. Era un verdadero sufrimiento para la mujer: se daba cuenta que el de dentro no contaba con la realidad, incluso para pedir una cosa. "¿Pues cómo no puede ser esto?".

Yo recuerdo a una compañera nuestra; su padre era maestro, era un señor muy mayor, y cuando salió de la prisión de Toledo la mujer fue a recogerlo. Claro, en aquella época ir en taxi era algo solo para ricos. Y él: "Pero ¿dónde está el taxi? "Pero hijo mío...". "¡Hombre! ¿Pero no has traído un taxi?". Te das cuenta en esas expresiones de que aquel hombre desconocía por completo la forma de vivir que teníamos en la calle; es decir, que las hijas y la madre tenían que ir a fregar platos y suelos para poder comer y para llevarle a él lo que fuera; pues resulta que aquel hombre pedía un taxi a la puerta de la prisión. Más tarde ya se dio cuenta, pero entonces no. Desconocían por completo la vida en la calle.

Ana María Ortiz

Yo soy Ana María Ortiz, de Valencia, simpatizante del Partido y toda mi familia del Partido. Mi hermano fue fundador y mi marido y cuñados militantes. Terminó la guerra y detuvieron a mi marido y a mis cuñados, sus tres hermanos; otro se tuvo que marchar fuera. Los detuvieron enseguida de terminar la guerra. Hasta el mes de agosto yo tuve mucha gente en mi casa. Entre ellos a Alberto García Esteve: también he tenido escondido a un compañero, no sé si lo conocerías, a Buitrego, que se escapó de la comisaría porque lo estaban martirizando horrores, y en un momento dado cogió la máquina de escribir, salió y vino a mi casa. En mi casa yo tenía entonces a Crescencia Uribe Galdeano, hermana de Vicente Uribe, a Antonio Buitrego y a dos socialistas. En esas condiciones, un día un falangista ve por la calle a Crescencia; se ve que la siguieron y vieron que estaba en mi casa. Yo venía de la cárcel de llevar la comida a mi marido, y en ese momento mi padre dice: "Oye, aquí hay unos señores que quieren hablar contigo", y me preguntaron por ella. Yo les dije que no conocía a la tal Crescencia Uribe. "¿Cómo que no? La han visto entrar aquí". "Pues mire usted, aquí no está". Tocan a la puerta y sale Crescencia y le digo: "Oye, Teresa" —la llamábamos *Teresa*—; y antes de que llegara a la puerta me adelanté a ella y le dije:

“Está aquí la policía, lárgate”. Podía hacerlo por la terraza, pero ella pensó que tenía en casa a Antonio Buitrago, y pensó: “Si entran y registran, aquí no sé qué va a pasar”, y se presentó y se la llevaron. Hicieron un registro en la casa, pero a Antonio no le encontraron, porque se había escondido, yo no sé cómo, en la terraza, detrás de unas orzas que había allí. Yo les dije que solo le tenía alquilada una habitación —porque así lo habíamos combinado— a esta chica, pero como cogieron a las otras socialistas también, en fin, que se las llevaron a las tres.

A mí me dejaron, pero al día siguiente vinieron a por mí. Antonio entonces ya se había marchado a otro sitio, la portera de mi casa se lo llevó. En esas condiciones me llevaron a comisaría; yo les dije: “No, yo no tengo nada que ver, esta chica vino a mi casa y me pidió una habitación alquilada, como tengo a mi marido en la cárcel, necesito dinero y se la alquilé”. Yo no conocía a Crescencia; me la había presentado Enriqueta Pardo, la mujer de mi hermano, porque en su casa no la quería tener y me la trajeron a mí. A Crescencia la martirizaron tantísimo... nos detuvieron a diecinueve, pero a ella la hicieron polvo, ¿eh? O sea que no tenía ella la culpa; le hubieran dicho que había matado a su padre y hubiera dicho que sí. Bueno, me llevaron a comisaría y me interrogaron, pero no quedé detenida. En ese intervalo que me dejaron libre, se me murió mi hijo.

—¿De cuánto tiempo?

Tenía dos años y medio; murió a la mañana siguiente de que me llevaran. En todo ese tiempo estuvo viniendo la policía para que yo dijera a quién más conocía. En una casa de Socorro Rojo yo tenía a mi hermano pequeño, y avisé a todo el mundo y dio resultado. Entre los que nos detuvieron, estaba también Evangelina Santamaría, una compañera del Partido maravillosa, y también a su padre, porque Crescencia tenía un relojito de oro que le había regalado su hermano y se lo dio a vender a este señor, que estaba trabajando en casa Carbonell, total que detuvieron a mucha gente.

En la comisaría a Evangelina la martirizaron igual que a Crescencia, pero Evangelina no habló. ¿Tú conocías a Evangelina Santamaría, del norte, compañera de Zapiráin? Era maravillosa. Llegó un momento en que mandó una notita para que le mandaran veneno porque ya no podía más, pero por fin la dejaron. Estuvimos diecinueve días en la comisaría; a mí me pasaron por la sala de las corrientes pero no me las pusieron. Pero patadas, bofetadas y puntapiés, todo lo que quisieron. En esas circunstancias detuvieron también a mi padre. Mi padre no había sido nada, lo cogieron cuando vino a ver si le admitían un poquito de comida para mí, y como no se la admitieron, subió a ver si le podían dejar verme. Estábamos en manos de un morfínmano y un loco; uno de los inspectores, o sea, de los policías jefes de brigada, era un tal Moya, morfínmano, que te pegaba y luego decía: “Ay, pobrecita”, y se pinchaba. Y el otro era Víctor de Arribas; ya se habrá muerto. Ese estaba loco; cuando te pegaba lo hacía como un bestia y decía: “Sí, sí, porque a mí en la comisaría los rojos me hicieron esto”, y se quitaba la dentadura. Loco, estaba loco. En manos de esos dos estábamos. Bueno, yo perdí tres o cuatro veces el conocimiento, y con decirte que mi marido era joyero y al casarme me regaló un par de pendientes de oro y brillantes y me los perdieron a bofetadas... O que cuando perdí el conocimiento me los quitaron, me quedé sin pendientes; pero eso es lo de menos. Estábamos en un convento que se llamaba del Sagrado Corazón, por la Alameda, habilitado como

comisaría. Y como no había bastantes celdas individuales, cuando decían "incomunicadas", no nos podían incomunicar. Estábamos en una celda que tenía un banco de piedra y allí éramos muchas, pero entre ellas había tres o cuatro prostitutas con el pelo al cero, que se portaron con nosotras de maravilla. Porque la más o la menos tendríamos veintidós años o veintidós; yo tenía veintidós años entonces. Aquellas chicas decían: "Huy, que nos lo hagan a nosotras... Pero que se lo hagan a ustedes". O sea que ellas no podían comprender que a nosotras nos martirizaran así, y se portaron muy bien con nosotras, pero muy bien. Un día salgo, me veo a mi padre allí paseando, y digo: "Pero padre". "Sí, hija mía, estoy muy contento". "¿Por qué?", le pregunté. "Porque si no hubiera entrado, nunca me hubiera imaginado lo que pasaba. ¿A ti te han pegado?". "A mí, no; ¿y a usted?", "A mí, tampoco". Nos habían pegado una palizas que no veas, mi padre por fin salió y yo me quedé y a los diecinueve días salimos las diecinueve chicas que éramos. La policía nos decía: "Sí, ahora las llevaremos a dar el paseo". Haciendo bromas con cosas serias, los desgraciados.

Por fin nos llevaron a la cárcel. Fue una sensación de libertad entrar en la cárcel, pero no había sitio donde estar y nos metieron debajo de la escalera. Entonces en la cárcel seríamos unas ochocientas mujeres, en la Provincial, una barbaridad. Y allí debajo de la escalera decíamos: "Ay, qué bien estamos en la cárcel, ay, qué felicidad". ¡Qué contentas estábamos de haber salido de las manos de aquellos miserables! En eso, a medianoche, vemos bajar a unas mujeres de luto, delgaditas, con todo el pelo cortado con tijera de esquilar burros. Eran cuatro o cinco mujeres de Sarrión, que en el pueblo les habían dado tantísima sal de la higuera por ser republicanas, que bajaban por la escalera cada minuto al retrete a hacer de vientre; era algo dantesco, eso a medianoche, recién llegadas nosotras. Estuvimos allí un tiempo sin colchones ni nada debajo de la escalera. Cuando por fin nos subieron a la sala general, que era la más grande y que tenía unos armarios al final, para acostarnos teníamos una colchoneta para las tres. Estábamos Evangelina Santamaría, mi cuñada Enriqueta Pardo y yo, pero a Evangelina le pusieron tantísimas corrientes que la pobre no podía dormir; se ponía un pañuelito así en la cabeza y se pasaba toda la noche: "Ay, ay, ay". Mi cuñada dormía, pero yo, entre los quejidos de Evangelina y las chinches que subían por arriba de la ropa, no podía dormir. A mi cuñada, cuando dormía le subían las chinches y no le hacían nada, se ve que las repelía; pero yo, que en cuanto hay un bichito me pica, era algo horroroso. Y además, no se podía mover porque la una estaba sentada y la otra acostada y yo era la más alta y era una colchoneta así, de esas de crin, yo estaba que no podía moverme. Teníamos que ponemos de acuerdo para cambiar de postura.

A todo esto estábamos con mujeres comunes, y una noche oígo una cosa horrible; una prostituta que había allí, a una vieja le estaba diciendo que quería hacerle un maleficio al hombre que la había metido allí, y aquella le decía no sé qué de unos alfileres; a mí me horrorizó; yo no conocía aquello y hasta tuve miedo. Lo pasamos muy mal en aquella sala; también estaba con nosotras la que era presidenta de Mujeres Antifascistas de aquí, Consuelo Vélver, y estaba doña Angelita Sampere, que era inspectora de enseñanza, maravillosa mujer; había gente magnífica entre nosotras. Por fin conseguimos al cabo de un tiempo de estar allí que nos dejaran ir a una sala a todas las del Partido, y ya allí estábamos mejor. En esas condiciones nos trajeron a Julia Martín, que es de la que me gustaría que hablaseis con Ángela para que os explique. Julia Martín estaba condenada a muerte y la tuvieron mucho tiempo con

ella hasta que la conmutaron. Pero antes en la comisaría la patearon; le hicieron tanto, tanto que cuando salió de la cárcel salió con un cáncer. Sufrió mucho, yo a los seis meses salí y a los cinco días condenaron a muerte a mi marido; lo tuve cinco meses condenado a muerte, y luego estuvo seis años en la cárcel. Mis cuñados fueron saliendo. Yo tenía que presentarme cada día, pero en fin, lo mío fue poca cosa. Cuando la policía nos llevó a la cárcel, el juez me dijo: “¿Es que ustedes no saben lo qué han hecho?”. Porque en la prensa vino: “Gran complot del Socorro Rojo”. Nosotros hacíamos socorro, pero no organizado. Entonces el juez me preguntó: “¿Es que ustedes no estaban organizadas?”. “Está usted equivocado”, le contesté, “esto es humanidad. ¿A quién se ayuda? A los que sufren. Pues yo he ayudado a los que sufrían”. En fin, el hombre era bastante razonable y dijo: “Bueno, en parte tiene usted razón”. Yo creo que estaba un poco horrorizado de lo que estaba haciendo la policía. A los seis meses salí de la cárcel, y como te digo, a los seis años nos juzgaron. Nos defendió a Enriqueta, a Crescencia y a mí un militar, pero que era una persona buenísima. Este hombre ha muerto ahora, no me acuerdo del nombre. Y, por cierto, cuando nos defendió a nosotras no le tocaba defender a Crescencia Uribe, pero la defendió también, y en su defensa dijo: “Ustedes aquí no están juzgando a Crescencia Uribe Galdeano —tenía diecinueve años cuando la detuvieron—; ustedes están juzgando a Vicente Uribe”. Pero la pobre Crescencia no salió hasta el cabo de cinco años y hecha polvo. No sé nada de ella, pero me parece que todavía vive en un pueblecito de Bilbao, donde vivía toda su familia. Pues eso es lo nuestro, que he conocido gente maravillosa.

Como tardaron tanto para hacer el juicio, quizá esto nos salvó de grandes condenas, mi marido ya había salido en libertad. Me juzgaron y me absolvieron. A Crescencia Uribe le pusieron cinco años y a Evangelina Santamaría la juzgaron en rebeldía; fue una mujer que tuvo mucha habilidad, no habló, pasó desapercibida de sus responsabilidades y salió. No se presentó al juicio. Yo poco más he pasado en el aspecto de la cárcel. Pero luego en sus puertas, sí he pasado mucho, porque estuve seis años en la puerta de la cárcel, cinco meses con mi marido condenado a muerte, que entonces los sacaban a cientos de la cárcel provincial de hombres. Los lunes había unas sacas inmensas. En lo económico, muy mal; yo me he pasado cinco meses sin abrigo en la puerta de la cárcel, con un frío horrible y con poca alimentación, pero en fin, otros lo han pasado peor. Al fin y al cabo, yo tenía a mi padre que trabajaba y podíamos vivir, aunque mal. No sé, eso no ha sido problema, porque he tenido a la familia que ha sido muy buena; mi padre ha sido maravilloso; madre no tenía, y unos hermanos pequeños que se han portado muy bien, que eran del segundo matrimonio de mi padre, que han sido muy buenos. Mi hermano mayor estaba en la Unión Soviética y ahora está aquí; también es del Partido. Se te quedan grabados recuerdos de las compañeras aunque sea poco lo que has estado con ellas, porque eran momentos difíciles; me acuerdo de Milagritos Querol, María Monzón, de Angelita, Julia, y tantas buenas compañeras. Me acuerdo de cuando llegó la Brunete para hacerse cargo de la dirección y nos hizo cantar el *Cara al sol*, que nunca habíamos cantado con doña Carmen (directora que salió para dar paso a la Brunete), nosotras no cantábamos; doña Carmen nos reunió y nos dijo: “Mientras yo he estado sola no lo he consentido, y además esto me violenta, porque si yo nunca he querido levantar el puño no me parece decente obligaros a que levantéis vosotras la mano”. Esto decía ella.

Pero la Nati esa era de las más bordes; qué mala persona. Recuerdo a una compañera, a Irene Conesa, a la que traían comida todos los días y la mayoría de los días se quedaba sin comer por repartir la comida a las demás. Fue una compañera muy buena con todas nosotras. Siempre la recordaré y recuerdo a todas la compañeras.

María Añó

Me detuvieron en octubre del 39 y salí en libertad provisional. Pasó un tiempo y me avisó el general Iglesias que me preparara para ir a Madrid a los tribunales; no sé qué pasaría; no vinieron a buscarme ni yo me presenté. Luego me detuvieron otra vez en octubre del 40. Entonces fue por delito posterior, por intentar la organización de ayuda a los presos. Estuvimos en Santa Clara y de allí pasamos a la Provincial, a los tres años nos juzgaron. Éramos sesenta y nueve en el expediente, siete mujeres y el resto hombres. Pidieron más de veinte penas de muerte, dos para las mujeres y las otras para los hombres, pero cuando se terminó el juicio quedó una pena de muerte, que se ejecutó a un hombre. Salía en el año 45, el día 16 de julio. Pero quedé retenida por el expediente del 39, el primero; me avisaron que tenía que ir a Madrid, pero mandaron el expediente a Valencia y aquí se archivó; y cuando ya iba a salir junto con las demás compañeras —éramos cuatro—, la directora revisó los documentos y vio que yo tenía un expediente, pero que allí no constaba. Consultó con el juzgado y me retuvo en la cárcel. Mi familia fue a hablar con el juez, que les dijo que no se preocuparan; y a los diez o doce días salí... Luego al año siguiente, en vísperas de San José, que son las fiestas de Valencia, nos vuelven a detener, nos cogieron a un grupo, y cuando le preguntamos al juez: “Bueno, ¿y esto qué es?”. Nos dijo: “No se preocupen, yo les prometo a ustedes que saldrán lo antes posible”. Sí, cumplió su palabra. Estuvimos unos ocho días y nos mandaron a casa. Y luego, pues ya sabes; a meterse donde se podía. Yo lo único que encontré fue esta portería y haciendo cosas manuales en casa me he defendido.

A mí, pegarme no, pero he visto muchas cosas; en las detenciones que tuve, en la última vez no llegué a ir a la cárcel; estuve en comisaría, luego pasé al juzgado y a casa. Pero en la comisaría que entonces estaba en la plaza de Tetuán, sí que vi muchas cosas; vi cómo pasaron a un compañero que yo sabía quién era, a un departamento donde había seis celdas de incomunicación; más que celdas eran ataúdes porque cabía el cuerpo justo y nada más.

Nos lo pasaron por delante (porque yo estaba en una celda, pero los departamentos de incomunicación nos los pasaban por delante) y cuando él pasó le reconocí. Y cuando lo trajeron no se sabía quién era, tardó dos o tres horas, nos quedamos todas espantadas de ver qué le habían hecho. Al cabo de un rato nos tranquilizamos y oí cómo me llamaba: “¡Añó, Añó!”. “¿Quién me llama?”, y me arrimé sentada, haciendo ver que no me daba cuenta de que me hablaba a mí, y me dijo: “¿No me has reconocido?”, y digo: “Pues no”. “Soy fulano. ¿Tú adónde vas?”. “Creo que a la cárcel”. “¿Le llevarías una nota a mi mujer?”. “Si puedo, sí”. El chico cuando pudo la escribió, al pasar al retrete me hizo una seña, porque iba siempre con la guardia; y cuando él salió entré yo, busqué la nota y la encontré; la escondí, tuve suerte.

—¿Su mujer estaba en la cárcel?

No, su mujer estaba en la calle. Cuando él me preguntó dónde iría le dije que creía que a la cárcel y que después podría sacar la nota, porque las que estaban en pasillos eran amigas; yo ya había estado y conocía el negocio. Pero claro, esa vez fui a casa. Entonces fue mi hermana porque yo no quise ir, y le llevó la nota a la mujer. No he vuelto a saber nada más de este chaval, y que estamos aguantando marea a ver qué pasa.

Yo pertenecía a las Juventudes desde el año 33, a las Juventudes Socialistas; luego ya fueron unificadas, y cada uno... el que era comunista iba al Partido Comunista, y el que era socialista al Partido Socialista, pero ya no nos dio tiempo a más, vino la guerra y luego la cárcel.

—¿Has seguido militando en el Partido Socialista?

Sí, sí, bueno estoy un poco enfadada, pero ya se me pasará. Pienso que a todos nos está pasando lo mismo, la gente joven tiene un concepto distinto de los mayores, entonces, claro, los mayores tenemos que tener mucha paciencia para soportar a los jóvenes, porque hay cosas que tienen que pasar muchos días para que se te vayan de la cabeza y que puedas pensar si será justo o no será justo. Cosas que van en contra de la opinión de cada uno.

Y hay que analizar mucho la política de hoy en el país. Yo ya sé que los que somos de la base no podemos saber de alta política, no sabemos las ideas de los grandes dirigentes cuáles son; pensamos que cuando les hemos votado, les hemos dado un voto de confianza; ahora, falta saber si este voto de confianza realmente se lo merecen, y nos lo tienen que demostrar; pero claro que hasta que no pase el tiempo y venga un congreso, no tenemos más remedio que confiar en aquello que hemos votado.

—¿Hace poco que habéis hecho un congreso?

Sí, este verano se hizo. Y aquí hace poco se hizo uno provincial, pero claro, las órdenes vienen de Madrid, del nacional, que es el que está actuando; lo que nos falta es más tiempo, porque si hoy hemos dado un voto de confianza, mañana ya no podemos ir y decirles que no nos fiamos. Hemos dado un plazo; si dentro de ese plazo no nos satisface lo que hacen, pues en otro congreso... Ya saldremos por donde sea, esa es la cuestión. Así es como vamos.

—Entre las compañeras que han estado contigo en la cárcel, te acordarás de algún caso, quizás anecdótico, a pesar de los momentos de pena, de compañeras torturadas o con pena de muerte. Éramos jóvenes y pasábamos momentos de todo, algunos también alegres.

Bueno, de alegre nada, te puedo relatar lo de Águeda Campos. Creo que era anarquista. La juzgaron y le pusieron pena de muerte, con el marido. Esto creo que no se nos olvidará nunca a ninguna de las que estábamos entonces. De director general de Prisiones, o de la cárcel Modelo de allí, estaba Ramón de Toledo; fue muy famoso. La loba que teníamos nosotras de directora era la Brunete. A esta compañera la sacaron a fusilar estando yo en Santa Clara; por la mañana la llevaron a la Modelo y por la tarde la sacaron a fusilar; esta mujer no se había querido confesar, ni se confesó, realmente ni quería, ni quiso, ni lo hizo. Y cuando fueron a la prisión, la directora de la Provincial, el cura y Ramón de Toledo, entraron en la celda para que se confesara, ella dijo que no podía confesarse ante unos señores que iban a fusilarla y que dejaban a cuatro hijos sin padre y sin madre, que ella no se confesaba. Sabemos que la

martirizaron, que le arrancaron los pezones del pecho con las uñas, eso lo sabemos todas las que estuvimos allí en aquellos momentos, y que ella con su propia sangre, escribió en la pared "Asesinos". Después, cuando fueron a fusilarla —se necesitaba ser una mujer de temple—, le concedieron un favor especial: morir al lado del marido; y cuando iban a fusilarlos pasó el cura con el Cristo para que lo besaran; yo admito la posición del marido, porque no sabía lo que hacía y besó al Cristo; y entonces ella dijo: "Yo no moriré al lado de un cobarde". Y se marchó a la otra parte; no quiso morir al lado de él. Esa fue toda una mujer, era anarquista. Después también sacaron a otras chicas muy jóvenes; sacaron a varias de Alcira, a Dolores Capella... de la otra no me acuerdo, pero hemos visto sacar a varias mujeres. Con dignidad, normalmente las noticias que recibíamos eran así, con dignidad.

Nos hicieron pasar todo lo que quisieron, pero procurábamos pasarlo lo mejor posible; teníamos nuestras cosas entre los grupos, pero a la hora de la verdad estábamos todas muy unidas, yo he oído cosas de otras cárceles y también tenían sus cosas. Aquí cuando había un momento de alteración nos defendíamos todas y no había pegadas, por lo menos en los años que yo estuve; aunque tuviéramos nuestras cosas. Eso era inevitable, cada una tenía su grupo; pero había bastante unidad. Por ejemplo, llegaba el momento de intervenir por una compañera y no mirabas nunca si era comunista, socialista o anarquista. A veces nos han contado las que venían de otros sitios cantidad de cosas raras; yo decía: "Pues aquí, no". Había momentos en que también estábamos distanciadas. Y así íbamos viviendo hasta que teníamos que salir.

A mí me habían agregado a un expediente que encabezaba Carmen Orozco, que ya ha muerto hace unos meses, recuerdo que me dijeron quién encabezaba el expediente; estando yo en la cárcel, me llamó Julia Martí, que también era compañera de Carmen Orozco, y me dijo: "¿Tú sabes a qué expediente te han agregado?"; y le dije: "Al de Carmen Orozco, pero yo no la conozco"; me dijo: "Pues espabílate, que este expediente; está muy cargado". Luego pasaron los años. De aquel expediente no me juzgaron. Cuando yo salí me separaron enseguida de ese expediente, porque no tenía nada que ver. Estuve presentándome cosa de un año. Primero iba todas las semanas, luego cada mes, luego cada dos o tres meses y después al encontrar esta portería me hice cargo de ella, así como de mi familia. A partir de esa época no he hecho nada en la clandestinidad, aunque llevaba una gran amargura por no hacerlo, pero no podía; he mantenido vivos esos años de lucha y de cárcel, aquellas mujerinas que traían de los pueblos. Por lo general todas vestían de negro, a todas les habían fusilado algún miembro de su familia; en su mayoría ninguna sabía qué era un partido político, habían votado a la República y al Frente Popular porque creían que era lo mejor para nuestro pueblo. No se habían opuesto a que sus hombres se fueran al frente a defender nuestra España republicana; y ellas habían ocupado sus puestos en el campo, en su lugar de trabajo.

Recuerdo a una mujer que le habían matado a su marido; ella venía del consejo de guerra, la habían amenazado con matarla. Ni se enteró que le habían puesto condena. Al llegar a la cárcel salió corriendo hacia las escaleras y desde arriba se tiró; nadie que la vio correr pensó qué iba a hacer. La altura no era mucha, pero lo suficiente para quedar sin vida. Y lo más tremendo de esto es que en el juicio había salido absuelta, y con su expediente venía su libertad, que lo tenían en la oficina y nadie

se lo notificó, y se ve que ella pensó: "Antes de ir al piquete de ejecución me quito la vida yo", y así lo hizo. Muchas cosas se podrían decir, pero a fuerza de querer borrar tanto horror, hoy la memoria te falla porque han sido muchos años de espera para poder hablar. En fin, que todo nos salga bien.

Amalia Boscá Abarques

Me llamo Amalia Boscá Abarques, soy de Valencia. Me detuvieron el 21 de mayo de 1939 y estuve cinco o seis días en comisaría. Pegaban mucho a los hombres; entre ellos estaba un tal Ferrer Montoya al que dejaron imposibilitado de cintura para abajo; lloraba de impotencia cuando lo sacaban a declarar, lo dejaron inútil total; él llamaba a su madre. Yo tuve que hacer de madre para él y curarle. Estábamos con prostitutas, pero como ha dicho Ana, eran maravillosas. A los hombres cuando les pegaban a veces les saltaba la piel de la espalda y tenían vómitos de sangre, y claro, muchas de las que estaban allí no se atrevían a atenderlos. Pero yo por vocación, fui enfermera, me iba y les ponía toallas mojadas y lo que podía. Estando allí, al cuarto día encerraron a mi marido, Leonardo Calvó Martorell, y le pegaron mucho; a los cinco días nos llevaron a la cárcel. Él se quedó allí, y yo pregunté a las compañeras que venían de comisaría lo que le habían hecho, ninguna me dijo nada. Porque él les dijo: "No le digáis a Amalia que me han pegado porque sufrirá mucho". Y al medio año me dijeron que de las palizas tuvo unos vómitos de sangre.

Luego de esto estuvimos mucho tiempo en la cárcel. Después encerraron a Madga Azati, a Carmen Orozco, Carmen estaba embarazada. Magda tenía una chiquita que tendría quince días cuando ingresaron en la cárcel. Yo le hice de madre más que ella, porque ella casi no sabía envolverla, no teníamos jabón, no teníamos nada y sufrimos mucho (es que yo no sé expresarme). Yo me encargaba de la niña; además yo me ofrecí a las señoritas funcionarias y a las monjas para lavar a los chiquitos, pero no había agua, no había higiene. Los primeros días del ingreso los chiquitos lloraban mucho, luego ya se iban acostumbrando. Luego le pedimos a Carmen Castro que nos llevara a Santa Clara y nos llevaron, allí había unas monjas que habían estado conmigo, las hermanitas de los pobres, que no se portaron bien al principio, pero luego sí, por el comportamiento que yo tuve. Allí conocí a doña Esperanza Cutanda, a María Ángel, Maruja Santa Eulalia, María Andrés, María Añó, y unas chiquitas muy jóvenes que eran majísimas, Mónica Sif, Libertad Alcina, Julia Martínez Busquier... En fin, éramos todas como una camarilla, todas estábamos juntas. Estas chicas eran de Novelda. También Purita Castelló... eran maravillosas las chicas estas. A mí no me pegaron, pero yo sufrí mucho cuando pegaban a los demás, de lo que pegaron a mi marido, y ya no sé decirte.

—¿A ti te juzgaron?

Sí. De petición fiscal tenía veinte años y un día; luego me dejaron de condena quince años y salí con el indulto de los quince a veinte años, así que estuve cuatro años en total. Entonces me dediqué a ir a la cárcel a atender a mi marido y todos los que estaban allí; entre ellos Mariano Rabis, el doctor Reyes, Anocín... y ya hice todas esa vida ayudando lo que podía a los presos.

—¿Carmen Orozco dio a luz en la cárcel?

No, a Carmen Orozco la sacaron de Santa Clara para ir al hospital. Yo le terminé una toca para la niña, que ella no pudo terminar, y le dije: "Luego mandas que te la lleven". Es que no me puedo acordar de las cosas, la memoria me falla.

—¿No la volviste a ver a Carmen Orozco?

A Carmen la vi después tres o cuatro veces. Cuando salió de la cárcel vino a mi casa, pero como yo tenía a mi marido muy enfermo no pude atenderla; luego la vi el día que hicieron el mitin de Santiago Carrillo, y no la conocí porque estaba hecha una... bombita, y ya no volví a verla hasta el día de su muerte, que fui a su entierro.

—¿Se ha muerto Carmen?

Carmen Orozco hará unos dos meses o tres que se ha muerto.

—¿Y la niña que tuvo vivió?

Sí, la niña aquella la vi el día del entierro. No tengo relación con ella, esta es la realidad. Hay muchas, hablaríamos de tantas... Pero no me acuerdo.

—¿Y tu marido vive?

Bueno mi marido murió a causa de los palos que le dieron; lo tuve doce años con los riñones gigantes, y cuando lo operaron la primera vez, se puso bien; luego cuando lo operaron la segunda, ahí se quedó, y claro, me quedé muy trastornada.

—¿Tienes hijos?

No tengo hijos.

—¿Qué años tienes ahora?

Setenta y dos, pero me quedé muy mal a consecuencia del estado de mi marido y todas esas cosas, lo pasé muy mal, quisiera que nadie lo volviera a pasar.

Josefa Lirola

Cuando se terminó la guerra me detuvieron. Fui a la Cárcel Provincial; estuve allí cosa de un año y luego pasé a Santa Clara; luego salí, pero en libertad condicional. Estuve diez o doce años, yendo todos los días a la comisaría de policía a firmar.

—¿Qué acusaciones tenían cuando te juzgaron?

Pues me acusaban de haber pertenecido al Partido Socialista, de ser secretaria de vestido y tocado, de haber pertenecido a Mujeres Antifascistas, de haber ido a los frentes a llevar ropa... todas esas cosas. Y aparte, de tener un hermano en una actividad importante como era la de comisario; y entre lo mío y lo de mi hermano pues se agravó más.

—¿A cuánto te condenaron?

Pues me condenaron a seis años, pero como las pruebas que tenían eran verídicas y yo no pude decir que no a nada, y además en la misma escalera donde yo vivía había testigos que lo sabían, no pude negarme. Pero vamos, tuve suerte y salí pronto. Estuve cuatro años.

En casa, y debajo mismo de donde yo vivía había un señor que era falangista, y este señor durante la guerra había estado escondido con Chus. Yo sabía que estaba ese señor allí escondido porque precisamente tenía relaciones con un íntimo amigo de Chus, y una de las veces me dijo: "¿Sabes tú dónde está Enrique?". "Pues no". "Con Chus". Y entonces dije yo: "Bueno, vamos a dejarlo estar, ¿para qué denunciarlo?". Tiene mujer, tiene hijos... cada uno que piense como quiera", y en qué mala hora lo dije; porque mi madre, cuando veía a su mujer, con buena fe algunas veces

le decía: “Consuelo, ¿sabe algo de su marido?”; porque no sabía que estaba con Chus, el vecindario no le dio importancia a que saliera una vez terminada la guerra; y lo primero que hicieron fue llevarse a mi madre y le dieron un litro de aceite de ricino, porque este señor dijo que mi madre preguntaba por él para denunciarlo. Mi madre tenía entonces setenta años; la dejaron herniada de las dos partes. Llamamos al médico, Miguel Soriano, este señor era de izquierdas, moderado pero de izquierdas, y me dijo: “Fina, yo firmo que si tu madre se muere es por el aceite de ricino que le han dado”; claro, entonces yo me puse nerviosa y bajé abajo, al piso del falangista, y le dije a su mujer, porque él no estaba: “Solo le voy a decir una cosa; si a mi madre le pasa algo y esto cambia y vivo yo, usted se va a tomar el aceite de ricino que se ha tomado mi madre; usted se lo va a tomar con gasolina y encima con sopas”. “¿Por qué?”. “Porque no hay derecho a lo que ustedes han hecho”. A raíz de esto me llevaron a Falange; se vino mi cuñada conmigo y yo le dije: “Faustina, coge un pañuelo, que lo menos que nos van a hacer es cortarnos el pelo al rape”. Todo esto después de haber salido de la cárcel. Llegamos allí y me dijeron que por qué le había dicho eso a esa señora, que yo era una roja empedernida, que mi hermano tal, que mi hermano cual, que mi madre teniendo hijos así no podía ser buena. Y entonces les dije yo: “Pues mire, nosotros vivimos ahí desde hace muchísimo tiempo. Este señor y este y este, nos conocen. Este señor es amigo de mi hermano y este otro también. No seremos tan mala gente cuando tenemos amigos que eran de Falange; no lo sabemos, pero lo eran”.

Estuve trece veces en la comisaría. Cada vez que a ese señor se le hinchaban las narices me hacía una denuncia, y a la comisaría; y al final, tuve que armar un pleito porque ya dije: “O él, o yo”. En la comisaría había un tal Jesús Moreno Latorre, que era agente de policía y se encaprichó de mí. Entonces dije yo: “Esta es la mía; a este tío le llo yo”. Entonces tuve la ocurrencia de escribir una carta anónima diciendo que este señor, vecino de abajo, decía que todas las veces que yo había salido de la comisaría era porque me había acostado con este Jesús Moreno Latorre. Y como eso no era cierto, me llamó este agente y me dijo: “Hemos recibido un anónimo que dice esto y esto”. “Este anónimo no lo puede haber escrito más que el señor falangista de abajo”. “¿Cómo? Pues vamos a llamarlo”; eso después de haber estado trece veces en la comisaría. Lo llama y este hombre dice: “Yo no he escrito nada, yo no he dicho nada”. “Usted ha dicho esto y esto, y aparte de que esta señorita no se ha acostado conmigo, es que yo me juego la carrera”. La cuestión es que tomaron parte todos, hasta el comisario de policía, y pusieron en mi casa tres agentes diarios para ver quién mandaba los anónimos; pero yo me las arreglaba para que llegaran. Y me lo cargué. En la comisaría me dijeron: “Si usted tiene valor... ahí, en esa habitación, está ese señor; y aquí en esta está usted; usted le da... delante mío”. “Yo no tengo valor”. Y con una compañera que también estaba conmigo, precisamente del Partido Comunista, Lucía Redón, oímos la paliza que le dieron, y a las veinticuatro horas estaba de cuerpo presente. Pero no quieras saber cómo me las pasé de amargas, porque para hacer todo esto... Yo ya no lo podía soportar más, siempre a la comisaría, ya no ponía ni las huellas porque me conocían. Nada, que si en mi casa tocaban siete veces porque era séptima puerta, salía él. El comisario llegó a preguntarme: “¿Ese señor ha ido a buscarla a usted? ¿Le ha propuesto algo deshonesto?”. “No, nada, que

no me puede ver y ya está”. Como llevaba de jaque a la policía, a toda una brigada social, con los anónimos, pues hasta que se lo cargaron. Yo creo que fue lo único bueno que hice.

Yo no tenía contacto con mi Partido, y como Carmen necesitaba guardar propaganda y cosas, pues yo le decía: “Mi casa está a tu disposición”. Y hasta cuando ella tenía que ir a algún sitio y no podía porque estaba vigilada, yo le decía: “Dame lo que sea que yo iré”; y esa es la vida que hemos llevado. Colaboraba con todo aquel que venía a pedirme un favor en contra de esa gente. Porque hemos pasado mucho, nos han hecho padecer mucho. Quiero decir algo referente a lo que Carmen dice del primer mitin que oyó; a mí se me caían lágrimas así de gordas y solo hice que llorar durante el mitin. Luego fue al del Partido Comunista y a todos los que se han hecho, porque me ha gustado oírlo todo; y cada vez que voy oigo *La Internacional* y todas esas cosas, a llorar y a llorar.

—¿Sigues militando en el Partido Socialista?

Sigo militando en el Partido Socialista, sí. Lo único que pasa es que no voy a por el carné, pero sigo siendo socialista. No voy a por el carné por estas cosas, porque fui nada más legalizarlo, lo pedí, tardaban mucho en dármelo y luego ya me enfadé... Me han mandado luego muchas cartas, pero no he ido. Quiero ir; el día que me venga a mano iré. No porque lo haga mejor ni peor que otros, sino porque lo llevas dentro; para mí, al ser antifascistas, todos son iguales. Igual me da que sean comunistas, anarquistas, de la FAI, de lo que sea, siempre que vayan con orden y sean buenas personas. O sea, que se piense de una manera, que no haga daño a un tercero y que viva como hay que vivir. Para mí todas las ideas son buenas siempre que vayan en contra de lo mismo, y aún creo que tendríamos que estar más avanzados porque aún nos la pegan. Muchas veces he estado hablando con mis sobrinos y les digo: “El día que vaya a una reunión del Partido, me expulsan”. “¿Por qué?”. “Porque tengo que decirles cuatro verdades, porque son muy blandos y no hay que ser tan blandos, hay que ser más duros, que nos están tomando el pelo”.

Carmen Riera

Yo, como miles de españoles, también estuve en el puerto de Alicante con la esperanza de poder embarcar, pero como muchos me quedé en tierra y entró la división de Littorio, entonces se tiraron con los hombres para un sitio y con las mujeres para otro, y no al mismo sitio, sino repartidos porque éramos miles. A mí me tocó con otras mujeres a los cines de Alicante, donde nos pusieron a todas. Cuando llegamos custodiadas por los soldados, españoles e italianos, con camiones, nos iban depositando en las puertas de los cines, llegó un señor con un corazón de seda, puesto en el pecho, el corazón con las flechas cruzadas, que era de Falange y requeté —él se decía requeté—, llegó y le dijo a uno de los jefes de la división de Littorio que aquellas mujeres, como eran rojas, había que matarlas. Entonces el otro dijo: “No, mientras un comandante italiano esté en la plaza de Alicante, estas mujeres serán respetadas. Estas mujeres están muertas de hambre; se les va a dar de comer, serán mandadas a sus casas, y en la barriada donde vivan y se les conozca, la que sea mala que sea detenida y la que no, que viva”. Y le debemos la vida al comandante italiano que estaba en la división de Littorio.

Luego nos pasaron a un campo de concentración que se llamaba Auxilios Espirituales, porque estaba situado junto a una iglesia pequeña, precisamente al lado de la cárcel donde estuvo José Antonio. Al principio para custodiarnos al entrar allí nos pusieron a los mocosos de la Falange, con sus boinitas coloradas y con sus ametralladoras; pero luego pusieron a un señor que era de Galicia y le llamaban *Fariñas*, y él solo pudo con tres mil ochocientas mujeres en el campo de concentración; cuando tocaba el pito, no quedaba ni una sin acudir corriendo a formar a las filas. Estas colas se formaban cuando entraban los falangistas con personas particulares o vestidas de paisano, y empezaban: “¡Esa!, ¡esa!, ¡esa!”. Las sacaban de la fila y se las llevaban y detrás mismo del paredón en aquel momento las fusilaban. Una vez se dio el caso de que señalaron a una chica que era de un pueblecito cercano a Alicante, en el que esta chica no había tomado parte en nada. Pero uno de los que entraron dijo que tenía un parecido muy grande con una que había entrado a su casa vestida de miliciana a hacerle un registro, y allí detrás en el paredón la mataron. Con esto quiero decirte la represión que había allí dentro. Y la anécdota de que cuando estábamos en el puerto, como no había forma ni sitio donde ir a hacer las deposiciones, había sacos de lentejas y todas íbamos a hacer nuestras necesidades detrás de los sacos. Como allí no nos daban de comer, que el *Fariñas* ponía a la gente en colas y nos daba para dos solo una latita de sardinas sin pan ni nada cada veinticuatro horas, se corrió la voz de que nos moríamos de hambre y entonces se dio la orden de cocer aquellas lentejas para darnos de comer. Entonces vinieron los falangistas de Alicante y pusieron las lentejas en unas calderas casi sin echar agua; completamente crudas nos las querían hacer comer. Quisieron pero no pudieron, porque nuestro grupo ni nos acercamos, ya que aquellas lentejas no podían hacer gusto más que a pipí y a caca, porque era donde habíamos ido a hacer las deposiciones. Hay muchas anécdotas de esta clase.

Estábamos en el campo de concentración de los Auxilios Espirituales de Alicante un grupo grandísimo, donde estaba una violinista muy famosa de Castellón que se llamaba Josefina Salvador integrada dentro del grupo. También había una doctora polaca, y estaba Elvira Albelda. Quisiera y daría muchísimo por saber dónde está esta mujer, porque fue una de las camaradas que más arriesgó allí, en el campo, por las demás compañeras; la doctora polaca que estaba allí le dijo que yo tenía un principio de perforación de estómago, cambió el reloj de pulsera de oro que llevaba por dos chuscos de pan para hacerme sopa, para que no terminara de morir. Porque el tiempo que nos tuvieron en Alicante no nos dieron de comer. Y gracias a que estaba la doctora polaca, que decía —porque había una compañera que llevaba gran cantidad de tabaco—: “Fumad y tendeos en tierra”; gracias a eso pudimos resistir. Puedo decir de Elvira Albelda que incluso el comandante de la división de Littorio, que fue quien invadió Alicante, llegó a posar los ojos en ella, y ella pudo muy bien haber vivido una vida estupenda. Pero como era una gran mujer, que párate de ser mujeres antifascistas, era una comunista de verdad, procuró alejarse lo más posible, confundiendo entre las tres mil ochocientas mujeres que estábamos en el campo de concentración. Cuando salimos de allí perdimos el contacto y aún es la hora que en cuarenta años no he vuelto a saber más de ella y yo le debo la vida a Elvira Albelda. Al fin se decidieron a enviarnos a nuestras localidades, muchas trampas hicieron las mujeres para no ir a sus pueblos de origen, por temor a ser detenidas. Yo llegué a Valencia

e inmediatamente empecé a hacer lo que en esos momentos era más necesario: en mi casa tenía a varios camaradas.

Me detuvieron en el 39. Vinieron a mi casa porque delataron que tenía yo al Comité Central, que era verdad. Tenía al Comité Central de Valencia. Estaban Carmen Manzano, Irene Conesa y Familiari, que se marchó a Italia y luego resultó ser una rana, y nos llevaron detenidas. Ingresamos en la Cárcel Provincial de Mujeres; luego, de allí nos trasladaron a la de Santa Clara; allí no vimos fusilar a ningún compañero, solamente a esa chica, eso en la Provincial, que era de Requena, y solamente por el hecho de decir: "Allí en el ribazo hay un hombre muerto, y me parece que es el cura del pueblo", simplemente por eso la sacaron. Entró con un nene de dos añitos. La fusilaron. La llamaban Magda, no recuerdo su apellido.

Pasamos muchas cosas allí. Lo que sí se puede decir es que se sacaba a la gente sin juzgarla, allí en la parte de atrás, los mataban en los paredones, desde dentro oíamos los tiros. Allí en Paterna, en la parte de atrás del cementerio, en el paredón, que era donde los fusilaban, fusilaron también al doctor Pesset de Valencia, y antes de detenerme fuimos a recoger a un camarada del Partido llamado Ganet, que era de Villanueva, Castellón, una bellísima persona, muy activo y muy bueno. Fuimos a recogerlo y cuando nos lo entregaron tuvieron que ir apartando los montones de cadáveres del camión para entregárnoslo. Luego vimos con horror que había unos hoyos tremendísimos en los cuales levantaban el volquete y tiraban los cuerpos. Lo mismo caía uno de cabeza, de pie o de bruce y a continuación echaban unas calderas muy grandes de cal viva, para al día siguiente volver con otro camión. Yo quisiera decirles a los de Paracuellos si allí había nueve mil enterrados. Yo, de la provincia de Valencia puedo calcular en esa Paterna, en cuatro hoyos, más de quince mil. Porque cuando los sacaban, que estábamos en la cárcel Provincial, los pasaban desde la cárcel Modelo, que está en la parte de atrás, en los camiones descubiertos rodeados por la Guardia Civil y los llevaba atados de pies y manos. Ellos nos decían: "Adiós, camaradas", y nosotras sabíamos cuándo iba a ser porque nos comunicábamos con los presos de la cárcel Modelo, y nos decían: "Mañana hay saca"; y entonces nos poníamos todas por las verjantas y ya no valía ni represión ni nada, porque sacábamos nuestros puños para despedir a aquella pobre gente que se nos llevaban a fusilar. Y eso duró dos años, día sí, día no, por no decir todos los días. ¡Cuántos hay enterrados en esa Paterna! Para que esos de Paracuellos armen ese jaleo que arman. Lo que pasa es que todo ha cambiado, pero no ha cambiado del todo.

Estuve en la cárcel dos años. Cuando salí a la calle tuve contactos: organizamos unas células; hacíamos desplazamiento a Villanueva de Castellón, a Buñol, y allí tuvimos contacto con chicos que estaban encerrados sin que nadie supiera, metidos en sótanos; fuimos trabajando.

Tuvimos un contacto cuando vino de Francia Pilar Soler, pero el contacto lo tuve en Madrid con un camarada que había venido del extranjero, que no recuerdo su nombre, porque claro, esto fue del año 43 al 45, y de allí ya regresé a Valencia. Una noche vinieron a casa y me volvieron a detener. Nos detuvieron, y en esa redada que hicieron los policías vinieron de Madrid expresamente para reprimir al Partido. Dentro había una chica de Mislata que se llamaba Juanita Mancilla. Esta criatura, por las torturas que le hicieron dos canallas, vino con la policía a casa y nos delató.

Entonces nos llevaron a la comisaría a porrazos nada más entrar; a mí me preguntaron si conocía a un tal Benet, que es precisamente el dentista que tenemos en Valencia, que era el secretario general de las JSU, en Valencia, pero que un día que terminó la guerra hizo un buen casamiento y no pasó nada. Pero ellos empeñados en que yo delatara dónde vivía; yo me encerré en que no sabía dónde vivía ni dónde estaba, porque mi única intención era que se cortara el hilo para que no hubiera más detenciones. Y esos señores que nos habían delatado en Madrid, no sabemos quién, no encontraron más hilos aquí. Fueron a detener a un chico casado con la hija del jefe de estación de Aldaya, y aquel chico una vez lo hubieran cogido y estando un policía a la puerta mientras le hacían el registro, que no buscaban armas sino dinero, porque eran ladrones, se les escapó marchándose en un tren de mercancías. Entonces regresaron a la comisaría y allí empezaron a darnos malos tratos, y fue cuando nos hicieron bajar al refugio de abajo. En el refugio estaban Juanita Mancilla, que la tenían completamente desnuda; cuando ella bajó a declarar me pasaron a mí la declaración. Como en ese momento se fue la luz, me llevaron fuera para pegarme. Me pegaron mucho, me desplazaron el tendón de la pierna. Después vino otro comisario. Entonces estaba Barrios de jefe superior de policía de la represión comunista, y estaba Sirvent. Después de maltratarnos, sacaron a Pilar Soler, a Josefa Lirola y Elvira Albert y a otras compañeras más que estaban detenidas, y a mí me llamaron para decirme que no podía salir como las demás dado que se había excedido un poco conmigo la policía de Madrid. Y también se habían enterado de que en la Embajada Inglesa querían hacerme unas fotografías, y que si verdaderamente no tenía un sitio para desplazarme fuera de Valencia no me daban la libertad. Entonces yo propuse marcharme a Castellón. Una vez allí, empecé a orinar sangre y el médico certificó que era por contusiones en el cuerpo. Pero claro, yo sin poder explicar de dónde venían esas contusiones.

Después volvimos otra vez a Valencia y otras vez volvimos a organizarnos; tuvimos contactos con Pilar Soler, que estaba en Madrid, y continuamos en la clandestinidad todo ese tiempo. Más tarde, cuando ya fueron salieron camaradas de la cárcel, recibí un encargo del Partido para que me retirara, porque yo no lo había querido decir para que no pensarán que era miedo, pero yo misma había observado que llevaba la policía detrás mío. Porque a consecuencia de aquella caída, los de Madrid estaban convencidos de que aquí había clandestinidad y que se había marchado sin poder sacar nada más de la gente que habíamos estado detenida. Y entonces me marché, cuando el Partido consideró que estaba quemada.

Estuve en el bar, pero allí no podíamos parar tampoco. Hasta que al final tuve la ocasión de montar un merendero en Portaceli en medio del monte, al lado de una sanatorio antituberculoso, y allí he pasado los últimos veintiocho años, no desligada de todo del Partido, pero sí fuera de toda actividad.

—¿Y esto duró hasta el año 47?

Sí, hasta el año 47. Estuve casi dos años. Bueno, en la calle estuvimos once años con libertad provisional; luego fuimos juzgadas en el Cuartel de Ingenieros del Camino de Alirós; nos llevaron allí a los once años de libertad provisional y empezaron a hacernos el juicio y entre dos y tres años que estuvimos en la cárcel, algunas más, y once años de libertad provisional y en vista de que no encontraron entre los que habían detenido a nadie que hubiese delatado a los demás, las actividades de la

guerra, pues las penas más fuertes que pusieron fueron de cinco años; como estaban ya cumplidos con exceso, bien en cárcel, o bien en la calle con libertad provisional, pues no te podías desplazar a ningún sitio, quedó todo cumplido. Te ponían la libertad provisional para que no te desplazaras, pero lo mismo te desplazabas a Madrid en la clandestinidad, que te desplazabas a Barcelona, como ibas por toda la provincia de Valencia, o sea, que en eso ellos fracasaron; es la única satisfacción que nos ha quedado cuando hemos llegado a esta edad, que ahora ya parece que ni al Partido les haces falta, es normal. Yo comprendo a la juventud; son gente activa, gente que una noche tienen que salir a la calle a pegar cincuenta pegatinas y tú no subes igual a una escalera, lo comprendo, o sea que no he tenido ninguna mala reacción en contra del Partido, porque ahora estoy completamente sin ninguna actividad. Yo reconozco que igual era en la época en la que teníamos actividad en el Partido, que teníamos dieciséis o diecisiete años, y entonces ni tenías tiempo siquiera de pensar si lo que ibas a hacer era una cosa muy arriesgada, sino que la fe que tenías en tu ideal te impulsaba y lo hacías.

Hoy en la actualidad, con sesenta años encima, el decir “¿Por qué no me dais un cargo?” sería una imbecilidad, porque, francamente, ahora le corresponde a la gente joven. Además todo ha cambiado, se necesita gente joven e inteligente. Hay que explotar eso, que en donde hablen con su inteligencia atraigan a esa gente que no se ha podido educar por culpa de la gentuza esa, que está completamente muerta, que no ve, para que verdaderamente se les pueda espabilar. Nosotros les podemos hablar de todo lo que hemos pasado durante la guerra, de las aberraciones que nos han hecho después de terminar la guerra, para que la juventud, unos, hijos de fusilados; otros, parientes de fusilados, de perseguidos, que han sufrido, y ellos han sacado esta pequeña lección, gran lección al final. Y así ha podido crearse esta juventud que verdaderamente es una cosa que nos ha entusiasmado. Porque yo el primer mitin al que he asistido fue el que hicieron en Valencia los del PSOE, y como tenía muchas ganas de cantar *La Internacional*, me metí en el Princesa, respetando que Fina es también socialista, y pasé las horas más felices que había podido vivir en cuarenta años. Después ya tuve la suerte de poder vivir para ver aquí a Santiago Carrillo y he tenido la suerte, aunque sea solo por fotografías, de haber podido ver a Dolores, que para nosotros fue un símbolo durante la guerra, porque ha sido de lo mejor, de lo más noble, de lo más sincero y de lo más grande que hemos tenido dentro del Partido. Porque cuando se desplazó a Valencia y hablamos de ella, aquello fue, como dirían los curas, “una virgen que por donde va pasando va dejando rastro”. Así es Dolores.

Magda Azati

En el año 1939, al terminar la guerra, teniendo una niña de dieciocho días, fui detenida por unos que venían desde Madrid. También ingresó en la cárcel mi madre, que tenía entonces cincuenta años, simplemente por ser la mujer de Félix Azati, presidente del Partido Republicano de Valencia, del cual formaban parte con Blasco Ibáñez. Solo por eso la detuvieron; a ella se la llevaron a un sitio que se llamaba el SIEM, en la calle de Sorní. Iba sobre un colchón todo impregnado de sangre junto con otras chicas jóvenes; estuvo diez o doce días y después la trasladaron a Santa Clara, un convento que fue habilitado para cárcel de mujeres, puesto que en la Cárcel

Provincial de Valencia se rebasaba ya de tal forma el número de presas para las que se tenía concedido dicho local. Aquello estaba regentado por monjas.

A mí, a los catorce días de detener a mi madre, vinieron. Y sin más preámbulo, teniendo tan pocos días la niña, me llevaron a la Provincial. Puedes imaginarte el espectáculo que presencié. Todas mis compañeras, tanto del Partido como amigas del colegio, mujeres antifascistas, todas nos encontramos allí. He conocido infinidad de compañeras que han sido verdaderamente torturadas, quemadas. Había una maestra que recuerdo con exactitud cómo se llamaba: María; la trajeron con todos los labios quemados; era de Alcira. Los fascistas, al detenerla, después de torturarla le quemaron los labios. No abusaron de ella por sus años, era una mujer que tendría unos cincuenta años. Bueno, no te puede imaginar.

Estuve allí varios días, un mes y medio, si no recuerdo mal, durmiendo en el suelo, con la niña; y además, como era una cárcel donde no había diferencia entre las presas comunes y políticas y estábamos juntas, había ladronas, había días en que yo tenía un pañal de mi hija y desaparecía, y al día siguiente no podía cambiarla. La niña entonces estaba bien y se fue haciendo muy hermosa. Dormíamos al lado de otra madre y la niña compartía el mismo colchón con un niño que estaba tuberculoso. El rancho, ni que decir tiene que era un verdadero asco. Incluso había veces que encontrábamos vendas, gasas, seguramente debido a que no estaba clasificada la prisión y allí metían a las comunes (en la cocina); y las comunes, claro, se vengaban de las monjas, pero lo pagábamos todas.

Después de estar mes y medio o dos meses me llevaron a Santa Clara. Allí pasé seis meses más, en total ocho meses. Me llevaron a un departamento donde nos encontrábamos cincuenta y dos madres; entonces ya nos dieron cama; cada madre por lo menos tenía un niño. Y todos los niños empezaron a contagiarse de la dicha sarna; a algunos se les infectó, todos cogieron la tos ferina. Allí a una de las que conocí fue a Carmen Orozco, que entonces estaba embarazada. Se podía soportar de día porque nos daban salida a los patios, pero por las noches era horroroso; los niños durante el día aún se distraían, pero por la noche aquello era un verdadero horror, porque si uno se ponía malo no podía salir para lavarle, para atenderle; total, que en definitiva todos tuvieron sarna. Incluso la mía se llenó de arriba abajo y se le infectó la sarna en la cabeza, y se la llevó la familia de mi marido, que se portaba muy mal y hasta él se portó horrorosamente mal; incluso un día dijo que había dejado dinero para lavar a la niña, y le había dejado dos pesetas para jabón. No nos enviaban comida de mi casa porque no había quién. A mi madre, un hermano que ya había salido de la cárcel, por mediación de su suegra le enviaba un poquito de comida. Mi otra cuñada no podía enviarnos nada porque mi hermano estaba en la cárcel y mi hermana también.

Llegó un momento en que la niña se puso tan mal que dijeron que si se moría yo saldría con ella setenta y dos horas. Efectivamente la niña se murió y a mí me sacaron esas horas. La vi muerta y tuve que regresar a la cárcel; no quiero pasar por alto que aquella noche me dejaron ver a mi madre. Lo de la niña se había convertido en meningitis y pasamos dos noches horrosas; toda la noche moviendo la cabeza. Total, sin poder acudir nadie porque ni mi marido hacía caso de la niña, y muchísimo

menos de mí, y allí no teníamos ni una perra. Hay un detalle que hay que decirlo: vendimos el pan y así se pudo hacer con la caja con que la enterramos.

Después, a las setenta y dos horas volvía a ingresar a la cárcel. A mí, efectivamente, no me pegaron; porque me llevaron de mi casa a la cárcel. Transcurrido ya todo ese tiempo de estar en Valencia, salí; me fui normalizando. La vida con mi marido fue imposible, y ya un día me cansé y me fui a casa de mi madre. A todo esto toda mi familia también continuaba en la cárcel; mi cuñado tenía que dar clases y lo pasábamos muy mal; con cien pesetas teníamos que pasar siete personas; luego, ya más tarde, encontré un trabajo en el que me pagaban setenta y cinco pesetas a la semana. Era una fábrica de hacer sueros. Más tarde, cuando las cosas estaban bastante bien, un día apareció la policía en casa y nos volvieron a detener. Entonces sí que llegué a ir a comisaría, pero no me llevaron a la cárcel. Yo no supe por qué me volvieron a soltar.

Fue pasando el tiempo y nos fuimos estabilizando un poquito, pero siempre de tipo económico muy mal hasta el año 1945. Me fui a Madrid por un trabajo que tenía que hacer. Un día, casualmente, mi hermana iba por la calle, ya había salido en libertad de la detención del 39, y tuvimos la gran sorpresa de encontrarnos en la calle. Vino a mi casa en tres o cuatro ocasiones.

Un día estábamos otro muchacho y yo en la habitación donde vivíamos y en eso entra la policía. Preguntaron: “¿Quién vive aquí?”; y el muchacho, que tenía una pistola, la sacó. A él lo mataron y a mí me dieron un tiro que lo tengo aquí, y me llevaron a Gobernación. Estuvimos treinta y cinco días, pegándonos e insultándonos todo lo que quisieron. Paz, con las corrientes eléctricas que le volvieron a poner, la sacaron como un guiñapo; Paz aseguraba que yo no era yo; es decir, que no era Pilar, porque a mí fue por una confidente por lo que me detuvieron, ¿comprendes? Paz decía: “No es Pilar”. A mí me detuvieron sin saber nada, porque yo no tenía en aquel momento ninguna actividad ni ninguna relación con nadie. Pero estuvimos en Gobernación treinta y cinco días. Me salvé de los piojos, que allí eran infinitos, jamás había visto tantos, y de que me cortaran el pelo porque uno de los jefes dijo: “Pásenla a la celda cero incomunicada”. Estuve un mes completamente incomunicada; solo me sacaban para el retrete, y al estar sola estaba más limpia. El cero quería decir que te tenían que cortar el pelo, pero al bajar, yo que lo había oído dije: “A mí no me tienen que cortar ustedes el pelo, me tienen ustedes que llevar a la celda”. Después Paz pudo aclarar que yo no era Pilar, pero me hicieron un careo con una que se llamaba María, que venía de Aragón y que se empeñaba en que sí: “Esta es Pilar y esta es Pilar”. Bueno, pues me la pusieron delante de una rajita, me miró y dijo: “No, no, esta no es Pilar, la reconozco porque aquella no tenía esta peca”. Así que esta peca va a pasar a la historia. Entonces nos sacaron y nos llevaron a Paz y a mí a la cárcel de Ventas.

En Ventas estuvimos horrorosamente mal, todas durmiendo en el suelo de cualquier manera; el rancho eran gañas de bacalao, salado a más no poder, hasta que un día protestamos e hicimos que dimitiera la directora y el director, y entonces nos enviaron castigadas a Segovia. En Segovia estuvimos... No recuerdo con exactitud los meses; nos juzgaron a las dos en Alcalá de Henares. A paz le pusieron diez años y a mí tres años y un mes; el mes consistía en que si lo pagaba, que eran mil pesetas,

me sacaban a la calle, y yo les dije que no tenía las mil pesetas y que si las hubiera tenido no se las iba a dar a ellos. Nos llevaron esposados a un compañero, a otra compañera y a mí. A esta compañera no quiero juzgarla, porque esto no se puede juzgar; ella recibía las cartas de Merche Gómez porque era su enlace, y entonces se comunicaba con Paz. Pero un día una carta fue interceptada por la policía y cuando Paz estaba a punto de irse fuera, nos detuvieron a las tres.

Nos llevaron a Alcalá de Henares esposados a los tres, mi hermana y yo juntas, y custodiados por la Guardia Civil. Nos juzgaron trece militares a los que recuerdo perfectamente; todos metiéndose con nosotros; la Guardia Civil, insultándonos. Salí en el 1948, cuando cumplí toda la condena. Me pasé los tres años en Segovia, con catorce grados bajo cero en invierno, también con enfermedades. En Ventas sufrí por dos veces ictericia, desde entonces tengo el hígado hecho una verdadera porquería. Allí no te socorrían, y no la diñé por verdadera casualidad. Después, en Segovia, volvimos a dormir en el suelo con un frío horroroso. Cuando salí estuve unos días en Madrid, en casa de una amiga que nos llevaba comida de vez en cuando, y entonces vinieron a buscarme diciendo que mi madre estaba gravísima. Salí para Valencia y efectivamente estaba muriéndose. Duró tres meses. Tenía cáncer de matriz y era ya completamente imposible salvarla; tenía sesenta y siete años.

Una de las cosas que te quiero decir de la gente que ha sido y continúa siendo simplemente antifascista, es que aquí yo tenía un amigo, y lo continuo teniendo, admirador de mi padre y de toda mi familia, que se enteró que yo estaba en Segovia e hizo un viaje expresamente para traerme una cesta enorme de comida. Aquel día precisamente empezamos la huelga de hambre, y la comida —no lo hubiera hecho solo yo, sino cualquiera— nos la racionamos entre todas; creo que éramos trescientas mujeres; y tuvimos cada una un trocito de chocolate Nestlé, que siempre recordaré que nos trajo este amigo mío. Y así estuvimos los tres días, repartiendo la cesta que a mí me había traído; pero no una persona del Partido, sino una persona verdaderamente republicana y antifascista, completamente enemigo de Franco; esto es una de las cosas que se han de tener en cuenta para cuando tú escribas el testimonio: no lo olvides, no ser sectarios, no.

La gente ha hecho mucho bien, pero ha sido gente que no ha querido significarse; ¿comprendes?, muchas personas lo han hecho. Así nos repartimos la famosa cesta, que a mí se me iban los ojos detrás; pero no había más remedio que repartirla. Sin embargo, había otras que tenían comida y no la repartían. Eso ha pasado muchas veces dentro de la cárcel; gente que no comprendía que había que tener solidaridad. Qué más da que seas comunista o socialista en aquellos momentos. Eres una presa y tienes que ayudar a las demás en aquellas condiciones tan difíciles.

Otra de las cosas es que cuando me llevaron a Gobernación, después de levantarme la incomunicación, me pasaron a una celda en donde estuve cuatro o cinco días sola. Llegó un momento en que dijeron que había que limpiar las esteras de los camastros, y las metieron dentro de una caldera; la caldera estaba hirviendo; removió seguramente todas las chinches y yo me pasé tres días y tres noches de pie, porque las chinches, en cuanto te acercabas al camastro, al calor de mi cuerpo, revivían otra vez. Más tarde entraron dos gitanas, son cosas de esas que no se te borran. No te puedes imaginar cómo iban las gitanas, de arriba abajo de porquería.

Y no digo que no haya quien lo ha pasado peor que yo, cada cual ha pasado lo suyo, y ahora estamos aquí.

—¿Cuántos años tienes?

Setenta y tres.

—¿Desde cuándo militabas tú en el Partido?

Desde el año 34.

—Antes me ibas a decir algo sobre unas chicas y una madre.

Unas chicas de aquí de Valencia. Una madre con seis hijas; las detuvieron en el pueblo por ser antifascistas, y claro, cada cuatro o cinco días les enviaban unas cestas enormes, unas cazuelas de arroz al horno que había quien decía que cómo se cuidaban.

—¿Lo repartían o se lo comían ellas?

No, ellas se lo comían, pero es que eran seis hijas y la madre, ¿comprendes? Salían a muy poquito. Comían un día y al siguiente y ya no podían comer. El hambre la tenían atrasada porque solo cada cuatro o cinco días recibían el arroz al horno, y si guardaban un poco para la noche ya tenían para el desayuno. Hablarte de la comida no hace falta porque tú ya sabes que en todas las cárceles ha sido a cual peor. El poleo aquel que nos daban, el café que parecía hecho con un calcetín... Aquello era para vomitar, se necesitaba pasar verdadera hambre para tomarlo. Hay anécdotas; por ejemplo, una compañera que era muy simpática y se aprovechó, pero bien. Tenía unos juanetes imponentes, y como allí una operación no se la hubieran hecho, hizo ver que no podía andar y le operaron los dos juanetes. Estuvo cuatro meses sentada, pero salió sin juanetes. ¿A Concha Méndez la has conocido tú? También estuvo con nosotras en Segovia; y otra compañera, que aún nos escribimos con ella: Concha Velasco. Esa entró en Segovia por una redada que hicieron y estuvo seis meses incomunicada a pan y agua exclusivamente. Cuando salió de allí vino a parar con nosotras a la celda. En las celdas de Ventas, que eran para una sola persona, llegamos a ser dieciocho mujeres, durmiendo como cucharillas de café.

Juana Doña menciona a unas funcionarias de Madrid, pero se ha olvidado de dos funcionarias. Una a la que llamábamos *la Drácula*; ¿te acuerdas tú de la Drácula? No he visto mujer más repugnante. Y la otra, la Teresa, a una chica de Santander, que cantaba una canción muy bonita, era presa común pero muy buena, porque le pidió más rancho le dio con el cazo en la cabeza y la trastornó. Esta era Teresa, no recuerdo el apellido. Y Ojitos Cariñosos, que también se las traía. Las únicas menos malas eran dos funcionarias; a una la llamábamos *señorita María*; iba siempre muy arreglada y te dejaba la cancela abierta para que pasases de una galería a otra; y otra que estaba enferma y casi no te hacía caso y podías circular por donde querías, se llamaba Manolita Ribagorda. Había otra funcionaria a la que llamábamos *Veneno*, que lo único que le deseo, lo he pensado muchísimas veces, es poder tenerla presa en una galería con veinticinco mil puertas, y abrir una y cerrar otra, y abrir y cerrar, porque es que... ¿Te acuerdas de ella? Era horrorosa; además ponía una cara de guardia civil cuando te cerraba la puerta... No había forma de salir; era rígida, mala, el nombre de *Veneno* le sentaba bien. Nos decía siempre: "Esto es un manantial de mujeres". Claro, si éramos tantísimas. Además, lo más incongruente de Ventas era que te encerraban en la tercera galería y no te dejaban pasar a la segunda, pero después cuando salías

al patio te podías juntar con todas. ¿Qué procedimiento es ese? Como todo lo que han hecho los fascistas, cosas de incongruencia mental; porque sí no te dejaban pasar de una galería a otra, ¿por qué te dejaban después en los patios?

Carmen Campos

Yo militaba en las Juventudes Socialistas; me avaló Isidro Escaldo Úbeda, un abogado muy bueno y escritor de aquí, de Valencia, y otro compañero de mi madre. Luego pasé a las Juventudes Socialistas Unificadas, y en mi barrio, en Ruzafa, estuve militando del 34 al 36; era muy jovencita, pero estaba muy desarrollada y todo el mundo me conocía por *la Comunista*, porque en realidad siempre iba con el uniforme, o sea que la responsable de los pioneros de mi barrio era yo. En un barrio, ya sabes, no te hace falta esconderte, todo el mundo sabes quién eres y cómo eres; aún no he salido del barrio. Entraron el 29 en Valencia y el día 4 de abril vinieron a por nosotras; nos llevaron esposadas. Yo tenía entonces una niña de pecho; nos llevaron a la calle de Pelayo, cerca de la plaza de toros, donde había una comisaría. A mí y a mi madre nos metieron en celdas diferentes; allí pegaban horrores; ella no sabía si me pegaban a mí, y yo si pegaban a mi madre, porque estábamos incomunicadas. Por la madrugada nos llevaron al Palacio de Justicia; éramos, bueno, centenares de personas, como animales estábamos allí metidas, estuvimos toda esa noche y todo el día siguiente. Mi marido, el pobre, dando vueltas con la niña; a mí los pechos se me salían porque la criaba yo, me dejaron darle de mamar dos veces. Al otro día, a las doce de la noche, de todos los que había allí solamente soltaron a un señor, que no le conocía, y que no volví a ver más, a Delgado y a mí. Yo me fui andando desde ahí a mi casa, y creo que fui regando las calles con mis lágrimas, porque es que no me lo creía, ¿sabes?, que me hubieran soltado. A mi madre la trasladaron al convento de Santa Clara; también era una denuncia falsa, iban ocho en el mismo expediente. Mi madre estaba en la cantina del Cuartel de Ingenieros, pero trabajando, y como sabían que éramos de izquierdas, allí le pusieron una denuncia. A ella la detuvieron tres años y medio y la sacaron porque creían que iba a morir. Cuando me la sacaron era una mujer doble de flaca que yo.

—¿Cómo se llamaba?

Silvestra Godón Manchado. Treinta kilos pesaba. La llevamos en brazos Juana y yo, otra compañera. No teníamos dinero y teníamos que ir a presentarnos a la Editorial Militar, que está en la glorieta, al lado del Palacio de Justicia; era donde hacían los juicios militares porque a nosotras nos habían acusado de que había muerto un capitán o un sargento de ingenieros y se nos acusaba de estar implicadas. Tengo los documentos en casa. Teníamos que presentarnos todas las semanas, y la llevábamos sentadica así, a la silla de la reina, desde Ruzafa; no sé si sabrás dónde es, pero está muy lejos; de punta a punta, no teníamos para nada. Luego cada quince días, luego cada mes, luego al cuartel de la Guardia Civil, así continuamente. A todo esto los registros continuos, pero ya me la sacaron a que muriera, ¿eh?, porque tenía desde la rodilla hasta el tobillo todo descarnado, era horrible. Ella no se quitó las vendas delante de mí más que una vez y de casualidad, pero el vecindario lo sabía; no había carne, eran los tendones y el hueso; pero ella decía: “No me corten la pierna, que yo en el hueso no tengo nada”. Y con aceite crudo que le traía una señora de un pueblo,

con eso y trapos se limpiaba, y los echaba a la calle para curarse y sobrevivió; ¡huy!, pues ahora hará siete años que murió.

—¿Y lo de las piernas de qué le vino?

De las corrientes eléctricas que le pusieron, pero me lo dijeron después; después de morirse me dijeron: “Eso no era un tumor; ha sido muy valiente tu madre”.

—¿Pertenece al Partido Socialista?

No; ella era simpatizante del Partido Comunista; nosotras hemos nacido en una cuenca minera, venimos de Linares, entonces la rebeldía ya la llevábamos, ¿comprendes? Yo tenía dos tíos que eran mineros, solteros, a los que crió mi madre, ella era muy batalladora; se enfrentaba con la Guardia Civil a caballo, tal vez por... por ignorancia, porque entonces no había cultura. Mi madre tenía allí dos hermanos, pero que para ella eran dos hijos; y cuando cerraban las minas porque estaban de huelga los mineros, ella no miraba nada, porque tenía dos pedazos de su alma y se tiraba a la que fuera, ¿comprendes? O sea, que yo eso lo he vivido. A los ocho años ya bajaba a la mina; en los vestidos me cosían papeles para los mineros y bajaba a la mina con la comida, y con mis ocho años la Guardia Civil no me registraba.

Yo no quisiera morirme y ver que estamos desunidos; la pena más grande que tengo es ver que no estamos unidos todos los de izquierda; quisiera que estuviéramos muy unidos para no fracasar. No tengo a nadie más que a mis hijos, porque mi marido ahora hace dos años que murió también, muy joven.

—¿Cuántos hijos tienes?

Ya están casados; tengo cinco, tres chicas muy buenas y dos chicos; tengo uno en Gijón, que está en Ensidesa, la empresa siderúrgica; también es de Comisiones Obreras, o sea, que nosotros lo llevamos en la sangre.

—¿Cuántos años tienes ahora?

Cincuenta y siete he hecho este mes.

—¿Y eres abuela?

Soy abuela de diez nietos.

—¿De diez? Qué hermosura, si eres muy joven.

¿Tienes un pañuelo, que no he cogido hija? Perdona esta llorera, pero es que me emociono. Pienso en los demás, en todos los que han caído con el régimen de Franco, y que por ellos, por sus luchas, tenemos hoy a los partidos legales. Pero quisiera esto, que el Partido Comunista y el Socialista estuvieran unidos para dar un buen palo al Gobierno.

Ángela Sampere

Yo fui detenida junto con mi tía en junio del año 39. Estuvimos en la comisaría cuarenta días y luego nos llevaron a la Prisión Provincial de Mujeres. Al ingresar, la directora hizo toda la filiación, y como mi tía era inspectora de Primera Enseñanza y esta señora había estudiado en la Residencia de Estudiantes, se dieron a conocer y estuvo bastante amable. Nos tuvo un rato allí, hasta que subimos a prisión. Cuando entramos aquello estaba llenísimo de gente; para pasar teníamos que ir pisando cabezas y pies; los pasillos, las habitaciones, todo estaba lleno. Llegamos nosotras y la directora le dijo a la funcionaria: “Mire usted, entran dos reclusas; a la joven pueden darle ustedes el trato que quieran, ahora, yo desearía que con esta persona mayor

tuvieran alguna consideración. Esta reclusa es doña Angelita Sampere”. Claro, todas las que estaban allí, la gran mayoría, recordaban a la tía y habían estado con ella en los trabajos del Partido y del sindicato, y todas callaron. Otras decían: “Pues a nuestra celda”. Total, fuimos a caer a la llamada *celda de madres*. Celda que en principio era para cinco personas, y cuando entramos la tía y yo éramos cuarenta y dos.



La profesora Ángela Sampere, en la cárcel de Valencia, junto a otras compañeras. Con una cruz, a su izquierda, Julia. La profesora ya ha muerto; cuando su sobrina Ángela me da su testimonio, ella habla de Julia con amor y con respeto; varios testimonios de Segovia y Ventas la recuerdan también con cariño. Julia perdió su vida en la lucha por la democracia, perdió todo, al compañero de su vida, y ya muriendo recuperó gracias a Ángela el cariño de su hija.

Vino el problema de ubicarnos allí, y entonces la tía, que era una persona muy ordenada, dijo que ella no quería más que las condiciones que todos tuviesen. “Y, ¿qué os parecería —les dijo— si contásemos los ladrillos y supiésemos a cuántos tocamos? Vamos a parcelar los ladrillos del suelo”. Como ella era muy pequeña e hizo la medida a su tamaño, yo, que era mucho más alta, tenía que dormir completamente encogida, hasta que dije: “Bueno, yo me voy al lavabo y duermo allí”. Había cinco lavabos y dos servicios donde necesariamente, durante toda la noche, entraban y salían las reclusas, pero yo prefería eso a estar hacinada con tanta gente.

La vida allí era una vida... pues ya se sabe. Mientras estuvo esta mujer como directora, no fue tan duro el régimen de disciplina, pero al cabo de unos meses entró

otra directora y aquello fue horrible. Una tal Nati Brunete, algo horrible. Aquella mujer era como un sargento; iba detrás de todo el mundo exigiendo cosas; entonces fue cuando empezaron a obligarnos a cantar brazo en alto después de las formaciones. Recuerdo que una de las veces el director entró y nos hizo cantar el *Cara al sol* y después dar los vivas de rigor. Franco, Franco, Franco, arriba España... y cuando dijo: "José Antonio Primo de Rivera", y toda la gente contestamos: "Presente", dijo: "¡Que tiene madre!", y soltó el apellido de la madre: "¡Heredia!" y otra vez todas: "Presente". Hubo una compañera que no quiso saludar, María Pascual, y la metieron en celdas; estuvo en celdas bastantes meses por esta circunstancia.

Todo esto era labor de esa mujer, que era malvada. El paso de esta mujer por la cárcel fue funesto para todos, y durante bastantes años. Yo salí en febrero del año 40 y quedé allí mi tía con las demás reclusas. A mí me sobreseyeron la causa y no hubo más percañe que ese.

—¿Cuántos años tenías?

Diecisiete; yo entré en la cárcel con diecisiete años. La tía estuvo condenada a muerte. Ella era inspectora de Primera Enseñanza, era comunista, de siempre lo ha sido, y en el juicio no tuvo más acusación que la de haber matado las almas de los niños; cuando eso no era cierto. Tendrían que haber conocido bien el espíritu de esta mujer para saber que era incapaz de hacer ninguna coacción de ningún tipo. Los chicos respondían por su manera de ser. Pero el resultado fue que el fiscal dijo: "Por lo tanto, hay dos clases de asesinos, los que matan por armas y lo que matan las almas de las gentes, y en este caso está la encartada. Por lo tanto, pena de muerte". Se hizo el silencio en la sala. Le preguntaron si ella tenía algo que alegar y ella dijo que no. Llegó a la cárcel; yo estaba también, aún no había salido en libertad; toda la reclusión estaba pensando qué pasaría con los que habían salido a juicio, entonces ella entró y corrí a ver qué es lo que pasaba, y me dijo: "La muerte". Entonces yo me caí, todo lo larga que era, y ella dijo: "No, no te preocupes. Si en los únicos sobre quienes va a pesar es sobre ellos, no sobre nosotros; tranquila. Ángela, yo solo voy a pedir una cosa a casa —ella era muy pequeñita—; voy a pedir el taburete que tengo para poner los pies". "Bueno, ¿para qué lo quieres?". "Porque soy pequeña y cuando llegue la ráfaga quiero caer con todos los camaradas". Había dicho también que ella pediría otra cosa, y es que una muchacha violinista, que vive en Madrid y entonces estaba en la cárcel, le tocara música, que ella con eso ya se daba por satisfecha. La directora accedió y cuando vino del juicio nos metimos en un despachito y estuvo tocando música toda la tarde; fue muy emotivo, efectivamente, pero mi tía estuvo muy, muy serena siempre. No le confirmaron la pena de muerte, pero no le notificaron hasta tres meses después que le habían conmutado la pena, o sea que todo este tiempo estuvo pendiente, cada vez que sabíamos que había saca, el que pudiera estar incluida en ella; el espectáculo ese era algo aterrador.

Sabíamos de antemano quiénes iban a ir a la saca, y no se les quería decir, pero las gentes lo presentían y era horrible las escenas de las mujeres que iban a salir. La cantidad de cosas que nos recomendaban: que pensáramos en los hijos, que les ayudáramos y, sobre todo, que supiéramos estar en nuestro puesto pensando en aquellas vidas que no iban a ser baldías. Una Nochebuena dijeron: "Preparados; van a venir a recoger a las que están condenadas", y salieron esa Nochebuena cuatro de allí, de la

cárcel. Las fusilaron junto a los hombres que habían recogido ya en la Modelo. La cárcel esta tenía una ventana que se domina, ahora no, porque han edificado, pero entonces no estaba edificado, era campo, y se veía perfectamente la cárcel Modelo; hacíamos como castillo para asomarnos y saber qué es lo que estaba pasando. A mí, que era la más joven, y claro, la más ligera y ágil, me hacían subir para que yo viese lo que había en la cárcel; yo era la que tenía que dar las noticias de las cosas que veía por ahí.

—¿Tú estabas cuando mataron a las cuatro mujeres?

Sí, yo las vi sacar. Quisieron que cantáramos villancicos, pero se hizo el silencio más absoluto y no se celebró nada; fuimos a misa porque era obligatorio como disciplina, pero ninguna otra cosa. Estuvimos completamente calladas, cada una en su petate sin salir para nada de la sala. Más tarde ya nos obligaban a que no nos quedásemos en la sala porque decían que allí cantábamos, que allí discutíamos, y aunque hiciera frío nos hacían bajar al patio. A las ocho de la mañana estábamos en el patio de la piscina, y allí charlábamos igual. Hacíamos los trabajos y solamente las que estaban en las oficinas o las que daban clase se metían en las dependencias, para realizar su trabajo; y una vez realizado, pasaban al patio. En la cárcel nos dedicábamos a trabajar; o sea, hacíamos jerseys, hacíamos punto, gancho... Porque lo sacábamos y era con lo que la familia podía ir manteniéndose y manteniéndonos a nosotras, la comida allí era más que insuficiente. En cuanto al régimen, durísimo a partir de la entrada de esa directora, como dije anteriormente. Aún querían obligarnos a todas a que comulgásemos, y que si no comulgábamos nos castigarían con destierros, con traslados a otros centros.

A mí esta época ya casi no me llegó, porque salí en febrero, pero a la tía, que se quedó allí, querían de todas formas que comulgase, y ella decía que no, que no comulgaría, que tendría que ser cuando ella sintiera necesidad; mientras eso no ocurriese ella no cometería nunca un sacrilegio, y que por respeto a la religión misma debían dejarla. Entonces el sacerdote le dijo: “Mire usted, ha llegado el momento de firmar su libertad provisional y depende de usted; si usted me firma que va a comulgar, yo le pongo moral buena; si no, tengo que ponerle mala”. Y entonces ella dijo: “Bueno, bajo su responsabilidad, si usted considera que mi moral no es buena, no lo ponga, porque de eso sí que puede tener la seguridad. Yo no comulgaré mientras no lo crea conveniente y yo no lo siento, y en este momento no lo siento”. Al final él puso moral buena y empezaron a decir: “Es una pena, es una pena, porque usted podría llegar a estar en los altares, pero es una santa laica”. “Mire usted, yo obré según mi manera de ser y eso es lo que he hecho toda la vida, y va a ser muy difícil que ustedes puedan cambiarme”.

Estaba Julia Martín de la Fuente, una camarada extraordinaria que pasó muchísimos años en la cárcel. Esta mujer estaba condenada a muerte y tenía una niña pequeña, de tres años, en Madrid con una hermana. Ella estaba pensando que iba a morir sin ver a su hija, y entonces la tía Ángela nos dijo: “¿Por qué no vais a buscar a la niña de Julia? La van a matar sin ver a su hija”. Y a pesar de que no teníamos absolutamente nada, pudimos conseguir un dinero para que una sobrina de Julia la trajera aquí a la niña; la niña vino en unas condiciones deplorables. El médico, muy amigo nuestro, cuando la vio dijo: “Ay, yo no sé, esta niña... Está en un estado gravísimo de raquitismo”. Por fin pensamos que no debíamos devolver a la niña a Madrid y que debíamos intentar salvarla.

—¿Qué añitos tenía?

Tres años; nació en julio del 37; nos la quedamos y ha vivido con nosotras hasta los veinte años, que fue cuando se casó. Bueno, salió la madre y ella fue a vivir con su madre, que salió enferma de cáncer y murió a los dos años de estar en la calle. Estuvo penada a muerte nueve meses, pero no se lo confirmaron y Julia Martín fue indultada. A la niña, cuando vino aquí, la llevábamos todas las semanas a que viese a la madre, y se horrorizaba la pobre hija; le preguntaba: “¿Qué le dices a mamá? Cuéntale cosas”. Y la niña siempre decía lo mismo: “No, abuela, yo ahí no, abuela; yo ahí no”. La impresionaban las rejas. Esta Julia estuvo aquí y luego fue trasladada a Madrid. En Madrid enfermó de unas hemorroides que de estar mal intervenida degeneraron en cáncer. Como era una persona que no acataba toda la disciplina; bueno, la disciplina... lo que les imponían, la llevaron como castigo a Segovia, recién operada.

En Segovia se puso muy, mal muy mal, y entonces Carmen Orozco, que estaba también en Segovia, nos escribió y dijo: “Julia está muy mal, creo que sería el momento de que la niña la viese; le haría mucho bien”. Entonces cogí yo a la niña y nos fuimos a Segovia. Al llegar a Segovia no nos dejaban entrar porque ella estaba en cama en la enfermería. Me volví a Madrid y valiéndome de unas amistades conseguí un pase especial; volvimos otra vez y entonces sí que entramos en la prisión; el director me preguntó si yo era familiar y le dije: “Si es familia de sangre, no; ahora, para esta niña yo soy su madre, y de verdad, en las condiciones en que está la madre de la niña, yo no quisiera que entrara ella sola, porque sé que le va a suponer un trauma muy grande y solo es una niña de nueve años”. El director accedió a que pasáramos las dos a la enfermería, pero para ello cerraron todas las celdas, absolutamente todas. Íbamos, primero el director, luego una celadora, la niña con otra celadora detrás, yo y otra celadora más cerrando la comitiva; así fuimos por todo el pasillo hasta llegar a la enfermería donde estaba Julia. Estaba muy mal; la mujer se arregló, pero no resistió bien la entrevista. Entonces yo salí y le dije al director: “¿Usted se ha dado cuenta? ¿Podría esta niña volver a ver a su madre? Ya no por mí, solo por la niña”. “No, no, eso se ha hecho solo por una vez”. “Mire usted, que venimos desde Valencia, que ha sido penosísimo, y en las condiciones que está la madre...”. “No, esto se ha hecho una vez y ya no se puede repetir. Ustedes pueden venir aquí y preguntar”. Y le dije: “No. Mire, nosotros no tenemos dinero para esto; si la niña no ha de volver a ver a su madre regresamos a Valencia”. Y nos volvimos a Valencia sin que la niña volviera a ver otra vez a su madre.

A Julia después de Segovia la llevaron a Madrid, e íbamos una vez al año, porque nosotras económicamente no podíamos gastar más; íbamos con el dinero justo del tren y el dinero del metro para trasladarnos a Ventas y volver a la pensión; pensión, por cierto, que a mí me cobraron pero a la niña no, y eso sin conocernos, solo por tratarse del caso que era. A mí me cobraban la pensión muy poco, y a la niña nada. Julia salió en libertad en el año 49, después de diez años en la cárcel; podían más sus convicciones que nada. Ella decía que era por el bien del pueblo, que ella no veía nada, pero los niños sí. Empezó a trabajar en la clandestinidad del Partido, a organizar a las mujeres, la ayuda a los presos; le decíamos que era muy conocida, que estaba muy quemada, pero ella siguió y cayó aproximadamente al año de haber salido. Al detenerla, en el 50, la llevaron a Madrid.

—¿Ella fue a Madrid al consejo de posguerra a que la condenaron?

No llegaron a hacerle consejo; por la causa de posguerra no la llegaron a juzgar.
—¿Y cuánto tiempo estuvo esta vez?

Pues estaría por lo menos seis años entre Madrid y Segovia y, después de operarla en Madrid.

—¿Sin juzgarla?

Sin juzgarla.

—¿Y fue cuando salió enferma?

Sí. Bueno, ella ya estaba enferma casi desde el principio de su detención, por la operación de hemorroides que le habían hecho. Esta vez la llevaron a Segovia, y allí es cuando se agravó tanto que tuvieron que trasladarla otra vez a la cárcel-hospital de Ventas para ser intervenida nuevamente. La operaron y con ella estuvo la niña. La niña ya era mayor, y el doctor que la operó en la cárcel le dijo que era un cáncer de recto y que eso no tenía grandes soluciones; que podría durar un año o dos años, pero que él no creía que pudiese durar más. Y efectivamente, así fue. Salió y estuvo aquí, y nosotras entonces buscamos una habitación para que la madre y la hija viviesen juntas y se compenetrasen. Al cabo de un año, aproximadamente, la tuvieron que ingresar en el hospital, y desde el hospital la trasladaron a casa a morir. Esto fue en abril, y Julia murió en agosto.

—¿La hija se hizo con la madre en estos dos años que estuvo con ella?

A la niña le costó trabajo, porque desde los tres años vivía con nosotros, a pesar de que nosotros nunca dejamos de hablarle de ella, y mi madre, cuando la acostaba, que le cantaba canciones, le decía: “Mira, nena, mira la luna; mándale un besito que ella se lo mandará a mamá también”. Y la niña salía y le daba el besito a la luna para que se lo diese a su madre; o sea, que ella sabía de su madre y admiraba a la madre. Pero claro, cuando salió pensó que tenía que irse de nuestro lado para estar con su madre. Yo pensé que debía estar con ella y le dije: “Mira, tú sabes bien lo que te ha dicho el doctor; la vida de la mamá es corta; entonces, convive con ella; dos años de tu vida no suponen nada para la alegría que le vas a dar al estar a su lado”. Y, efectivamente, la muchacha lo hizo muy bien; no le tenía demasiado afecto, se veía, pero la madre estuvo muy enferma, y de algo muy desagradable, y la hija lo hizo maravillosamente.

—Después, ¿volvería con vosotras?

Después se casó, y ahora es una madre excelente de sus hijos.

—Que son tus nietos.

Sí, son mis nietos. Ella se acuerda ahora de las cosas que le decíamos y recuerda a su madre con mucho cariño. Es una muchacha muy maja, Julieta, muy maja. Eso es todo cuanto he podido hacer por ella. Cuando salió Julia, organizó todo el trabajo de mujeres del Partido en Valencia; el primero de mayo se hicieron cincuenta paellas que entramos en San Miguel de los Reyes, para que tuviesen los camaradas ese día la paella; nos organizaba grupos; era una mujer que valía muchísimo, una gran camarada.

—¿Tienes alguna foto de ella?

Ella era peluquera y peinaba a la tía, peinaba a otras compañeras. “Chicas, que vamos al retrato, vamos a peinarnos”. Ese testimonio gráfico es impresionante, lo he de encontrar porque es impresionante. El marido estaba en la Unión Soviética; se

enteró de que estaba casado allí y que tenía hijos, pero ella estaba tan enamorada de él que todo se lo perdonaba. A mi tía, en cambio, le dolía porque la quería mucho y sabía cómo había sufrido. Pero Julia decía: “Si se ha podido casar, es igual, doña Angelita —porque siempre la llamaba *doña Angelita*—; es igual. Si vienen los hijos de Gómez, hijos míos no son, pero yo lo comprendo. Yo comprendo esas cosas, pero yo soy su esposa, yo soy su compañera”. Y no llegó noticia de él mientras vivió Julia. Es más, llegó una carta en la que explicaba el padre a la hija que él estaba allí casado y que tenían dos hijos; eso estando Julia en el hospital. A la niña le dio la carta la camarada por cuya mediación se recibió, y cuando la empezó a leer, la chiquita se quedó asustada de ver lo que ponía. “¿Qué es eso, nena? Julita, ¿qué es eso?”. “Nada, nada mamá; se me hace tarde, he de ir a la oficina; mira, me voy”. “Pero, chica...”. “Nada, que me voy”. Y la niña vino: “Ay, lo que ha pasado, Ángela; mira, la carta de papá. Me la han dado allí, delante de la mamá. ¿Cómo se lo digo? Ella me pedirá la carta”. “Pues nada, no te preocupes. En vez de ir hoy tú a darle la comida, iré yo”. Y cuando llegué, me dijo: “¿No te ha dicho nada la nena?”. Dije: “Huy, ha venido deshecha”. “¿Por qué?”. “Tú sabes cómo es de atolondrada tu hija; pues ha perdido la carta de Joaquín; me ha dicho: ‘Ay, Ángela he perdido la carta del papá’”. “Ah, esta chiquita”. “¿Es que a ti te parece una cosa de tanta importancia?”. “Ay, qué disgusto, qué disgusto”. Y le dije: “Pero ella sí que la ha leído y le cuenta que no tardará mucho en venir, que os reunireis todos y que él sigue queriéndote, y que te admira lo abnegada que eres”. “Ay, pero esta chica, esta chiquita”. A pesar de eso ella seguía pensando que su marido le era fiel y que para él, por encima de todo, estaba su Julia. Y así murió, creo que murió feliz, porque había tenido una vida muy llena de amor a su marido y a su hija, a su Partido. No olvidaremos nunca a Julia.

Milagros Querol

Me llamo Milagros Querol Fuertes. Soy de Monteagudo del Castillo, provincia de Teruel.

—En la guerra, ¿qué hiciste?

En la guerra, pues nada, estuve de cocinera para unos médicos en un hospital allí en el pueblo.

—¿Perteneías a algún partido político?

No, a ninguno. Ni juventud ni nada, no llegué a pertenecer a ningún partido. Fui detenida el 17 de marzo del 39. De allí me llevaron a Santa Eulalia, que era un campo de concentración. De Santa Eulalia pasé a Daroca, y allí estuve unos meses, cuatro o cinco, no recuerdo cuánto tiempo. De allí me trajeron aquí a Valencia. Estuve primeramente unos días en el SIEM, Servicio de Inteligencia y Espionaje Militar, en la calle Sorní, y de allí me pasaron a las Torres de Quart, que se utilizaban como prisión de militares, y allí estuve un par de días; de allí me llevaron al castillo de Requena y me volvieron a traer otra vez a Valencia.

Ingresé en Santa Clara y allí estuve cuatro meses en una celda incomunicada con el interior y con el exterior. Con el interior era que ellos se lo creían; me comunicaba porque había unas compañeras muy buenas, y cuando me entregaban la comida, acompañadas por la monja, pues entraban notitas, y me pusieron al corriente de lo que tenía que hacer. Todos los días, cuando salía al aseo a lavarme, y a hacer mis

necesidades, encima de la cisterna del váter me encontraba con cosas e incluso me dejaron una pluma estilográfica y papel para poder escribir y comunicar con mis familiares con el nombre de *María Pumé*. Mis familiares escribían a ese nombre, y cuando esa chica recogía la correspondencia, pues se la daban a la que acompañaba a las monjas y me la entregaban a mí. Así me comunicaba con el interior y con el exterior, y ellos tan contentos de tenerme incomunicada. Pasé cuatro meses con un plato, una cuchara, un botijo y una colchoneta de esparto.

Cada ocho días venía el juez a tomarme declaraciones; muchas cosas de las que él me preguntaba yo no se las podía contestar y otras no se las debía contestar, pues así, ocho días tras ocho días, me tuvo cuatro meses; como yo estaba en una celda que no me daba el aire ni el sol, me puse completamente hinchada; y perdí el apetito. La monja que me traía la comida, sor Pilar, que fue muy buena conmigo, llegó hasta a traerme cosas de su casa. Me traía una manzana, un plátano, me traía cosas apetitosas, pero yo no comía nada. No me dolía nada, pero me habría muerto. La monja, al verme en el estado en que estaba, se lo dijo al médico de la prisión.

Este señor se llamaba Vicente Luna. Vino a visitarme. Entró en la celda y en cuanto me vio, lo primero que me dijo: “Bueno, no me importa por qué está usted aquí ni me importa nada; lo que sí pido es que me dé el nombre del juez a que pertenece, porque es más noble que a usted le peguen cinco tiros a que la tengan como está. Yo como médico no lo puedo tolerar. Así que bajo mi responsabilidad usted sale de esta celda”. Le dije que mi juzgado era el número 12, y que el juez se llamaba don Enrique Maestre. Este señor fue al juzgado y habló con el juez, y le dijo así: “Bajo mi responsabilidad ese chiquilla sale de esa celda. Yo no la conozco pero soy médico”. Al día siguiente vino el juez, me tomó otra declaración y al final le dijo a la monja: “Llévesela usted al patio, que le dé el sol”. Y yo le dije: “Pues muchas gracias”. “No, las gracias a mí no; porque si por mí fuera usted se chincharía en esa celda”. “Pues gracias a quien sea”. Me fui al patio y ya hice vida normal como todas la mujeres y me recuperé un poco. Me tuvieron que dar pastillas para dormir porque tampoco dormía.

Después me juzgaron en Valencia. Éramos muchos, se trataba de un asunto de espionaje. Entre careos y declaraciones, pues duró tres días, y al final me pusieron pena de muerte. Pusieron muchas penas de muerte, no sé si eran veintiocho, treinta o treinta y dos. A los demás les pusieron treinta años. Éramos cuarenta y cuatro en el expediente, y al mes que estábamos ya juzgados, ese juicio, no sé por qué, se consideró nulo. Y otra vez, nos volvieron a hacer otro de nuevo. Otra vez nos pidieron la pena de muerte. Fueron menos, pero a mí fue las dos veces; y la tuvimos siete meses, esta foto me la hice para dejar un recuerdo a mis padres. Nos juzgaron en enero; no me acuerdo de la fecha, el 11 de enero creo, y en julio me quitaron la pena de muerte y firmé treinta y cinco años. Después fue revisada otra vez la causa, y entonces me dejaron en veinte años, y por el decreto de los veinte, salí el 3 de febrero del 44. Ingresé el 17 de marzo del 39; los diecinueve los cumplí en la prisión.

—Bueno, pero ¿me dirás la causa de tanta incomunicación y por dos veces pena de muerte?



Milagros Querol. Esta foto, a petición suya, se la hicieron en la cárcel de Valencia. Cuando la penaron a muerte quería dejar un último recuerdo a sus padres. Después fue conmutada.

Pues mira, empezaré diciéndote que pasé mucho miedo en las prisiones militares porque vi palos y muerte, pero el castigo más fuerte que he tenido fue en Requena, que me pusieron las esposas muy fuertes, y uno me decía: “¿Le aprietan?”. Yo le decía que sí. “Apriétele usted más, dele un punto más”. A este muchacho que se lo decía le daría lástima, y hacía que me las apretaba, pero no lo hacía. Pero luego sonó el teléfono; tuvo que ir el chico y me cogió otro agente, y aquel sí, aquel me apretaba un punto, me apretaba dos... Y luego el que me tomó declaración, a las primeras preguntas que yo no le contesté como él quería, me pegó una bofetada, y luego me pegó otra en la otra parte, y se me puso la cara como un bollo; ha sido lo único que me han maltratado. Yo a este señor le dije: “¿Usted no tiene hijas?”. Y me dijo: “Sí, tengo una hija, pero si la viese como la veo a usted hoy, preferiría verla muerta”. “Pues mire usted, tenga en cuenta que la prisión no se ha hecho para mí, y si algún día salgo... No creo que las tiren; aún no sé quién puede entrar”. Y ya no me dijo nada más.

Entonces me dieron una vuelta por Requena en un coche. Me dijeron si quería despedirme de mi familia, o decirles algo, porque iban a matarme porque no decía la verdad, porque no quería hablar, que me lo callaba todo. Yo dije que no tenía nada que decir a mi familia, que me querían mucho y sabían quién era. Monté en el coche creyendo que me iban a pegar cinco tiros, y me dieron la vuelta por no sé qué calles; cuando paró el coche, era el mismo sitio de donde salimos. Aquello fue una amenaza. Y al día siguiente me sacaban de la prisión del castillo al SIEM, y allí pasaron la orden al Juzgado al que ya pertenecía yo; oí por teléfono que lo decían y di un respiro muy grande, porque para fusilarme, cuando ya se ha hecho cargo el Juzgado, tiene que haber un juicio, ¿no? Pero si sabes que hacían muchas barbaridades y sin responsabilidad ninguna, porque allí desaparecía la gente o se la cargaban a palos, o los mataban en cualquier sitio... Cuando me vi libre del SIEM ya respiré.

Y luego, otra vez a pasar angustia, siete meses penada a muerte, cada día esperando que te toque el turno; pero me salvé. Mis padres estaban también detenidos, los pobres sin olerlo ni comerlo. Yo fui detenida el 17 de marzo y a mis padres los detuvieron el 19. Sin ninguna causa, por ser yo menor de edad. Mi madre estuvo veinticuatro meses y mi padre treinta. Mi madre salió cuando yo fui juzgada; se ve que se traspapeló el expediente de mi padre, y mira, hasta que de nuevo salió... Mis padres fueron juzgados después de salir yo, que estuve cinco años, fueron absueltos porque no había culpabilidad; el pueblo, todo el mundo lo sabe, que eran unas personas de lo más humilde, sin noción de nada, porque mi padre, desgraciadamente, no sabe leer ni escribir. Fue pastor toda la vida, que aquello fue una injusticia, como muchas que hacían. Porque yo era menor, si yo era menor lo menos que pueden hacer es meterme en un reformatorio, o dejar que lo pague yo sola, y no también mis padres.

—Antes decías que tu detención era por contraespionaje, pero ¿por qué te hicieron a ti ese expediente?

Yo tuve un novio en la guerra, que se llamaba Blas Loras, que esta gente lo llamaban *el Espía de los Rojos*. Mi pueblo primeramente estuvo por la República; luego lo tomaron los franquistas, quedé allí y mi novio quedó en la parte roja, como se decía, y cruzaba los frentes para hacer su trabajo y para pasar a los políticos o militares. Una de las cosas es que que él me hacía preguntas y yo le decía lo que había, y cuando no nos podíamos ver, yo le dejaba las notas en un sitio determinado. Yo era

una chiquilla y no estaba preparada ni sabía nada, no podía sospechar que lo que estaba haciendo tuviese tanto interés. Él me dejaba en buen lugar, en la base decía que era trabajo mío porque le daba la información.

—Tuviste suerte de que no te fusilaran, porque aunque tú no dabas importancia a lo que hacías, la verdad es que estabas arriesgando tu vida cada vez que ibas a poner las notas a un sitio determinado. Los compañeros que estaban en tu expediente tuvieron que portarse muy bien; valoraron mucho tu trabajo envuelto de inocencia y juventud.

A Blas, en uno de los viajes en que entró a zona franquista, le reconoció un primo, y por más que llevara otra documentación —iba muy bien documentado, con nombre supuesto—, su primo se dio cara a cara con él, y como sabía sus antecedentes, le denunció. Salieron de Jefatura en su busca. Les encontraron por la calle, que ya se iban, y se entabló el tiroteo con tan mala sombra que le pegaron un tiro y murió en el acto. Él se defendió en el tiroteo ese y dejó heridos a dos guardias civiles, pero murió. Otro compañero que iba con él pudo escapar y es el que después me dijo a mí cómo había pasado todo. A mi novio no le cogieron datos míos entonces; como sabían de quién se trataba, no estaba la cosa clara. Yo no sé dónde sabían que tenía una novia que estaba un poquito coja, pero no tenían detalles. Iban haciendo bailes por aquellos pueblos, a ver si salía la cojita, pero yo me enteré y no salí de casa, y en esos días a mí no me cogieron. Pero luego cogieron a una señora de mi pueblo, que durante la guerra habían estado en su casa a comer, y por esta señora se descubrió que la novia de ese chico era yo, y me detuvieron como novia de Blas Loras. No se me podía probar nada, que eso es lo que me valió, porque hasta que la guerra terminó a mí no se me acusaba nada más que de ser la novia de Blas Loras. Si saben algo más no sé qué me hubieran hecho.

Estaba detenida en la cárcel, en Santa Eulalia, y el general Varela, que se llamaba José, dio a los presos el día de su santo una extraordinaria; para cada dos dio una latita de atún, una pastilla de chocolate, un botecito de mermelada... a cada dos una; yo entonces estaba en el calabozo sola, y para mí fue la ración entera. No tenía compañía para compartirlo, y me lo dijeron, y este general me dijo: “¿Usted es la novia del héroe Blas Loras?”. Y yo digo: “Pues sí señor”. “¿Y a usted no le da vergüenza de haber sido la novia de este hombre?”. “No”.

Como acusación no se me encontró nada, pero cuando terminó la guerra, no sé ni por qué ni por cuántos, que si cogieron un fichero, que si uno habló, pues me metieron en todo este fandango; porque si todo esto se hubiera probado durante la guerra, me hubieran fusilado, pero no se probó porque nadie me acusó y yo no decía nada, que conocía a nadie. Me limité a que conocía solo a mi novio, y como mi novio había muerto...

Yo no estaba en la prisión por nada, pero fue un asunto completamente político porque si no hubiera habido guerra no hubiera habido espionaje, ¿eh?, y la guerra ¿quién la hizo? ¿Quién se levantó? No fuimos nosotros. Pues ahí está, ni intervine en las requisas del pueblo, ni en la quema de la iglesia, yo de todo eso, nada. Aunque era muy chiquilla, a mí esos atropellos tampoco me gustan, son burradas. Sí que tuve entrevistas con otro chaval que era buenísimo, un *enlace*. Nosotros quedamos con una cita de vernos en el campo, a la orilla de una fuente, en un huerto, y allí, en un

agujero, yo le dejaba las notas, y él por las noches entraba y las recogía. En fin, que nos comunicábamos de esa manera. La mujer aquella solo dijo que yo era novia, pero ella no sabía nada más. No sé por dónde se comprobaron cosas. No de las declaraciones, que yo sé que los muchachos se portaron bien, los compañeros siempre me decían: "Huy, la célebre Milagritos". Me han tenido en un concepto muy elevado, pero yo reconozco que no es por mi inteligencia ni por lo que yo he sido.

—Ellos tenían que reconocer tu trabajo, aunque tú no le des importancia.

Yo les daba informaciones, pero me parece que las informaciones que yo les daba no eran de esa envergadura. En mi servicio consta que he sido uno de los agentes que más informaba al servicio rojo, pero me parece que la información que les daba no tenía tanta importancia, o yo por lo menos no se la daba.

—Sí la tendría. Los que juzgaron contigo, que eran cuarenta y tantos, eran del mismo grupo todos. ¿Tú conocías a alguno?

Yo no conocía a ninguno porque era un servicio especial; se conocían todos por letras y por números. Yo conocía a mi novio y al muchacho jovencito, estaba también en el juicio. En las declaraciones, yo me limitaba a decir que no conocía a nadie más que a mi novio. Este chico dijo que sí, que me conocía, y yo dije que no, que nunca lo había visto. Y al final, delante del juez, en un careo que tuvimos, tuvo que decir que me conocía por la fotografía que llevaba mi novio. Los otros me conocerían también por un número, pero personalmente no nos conocíamos.

—Pero ¿ninguno del juicio te denunció?

No, en el juicio no, nadie.

—Mataron a alguno del expediente?

Mataron a tres, pero no por esto del espionaje, sino porque los pueblos, encima de esto, les pusieron denuncias, y les hicieron consejo, porque a todos nos quitaron la pena de muerte.

En la cárcel conocía mucho a Rosita, a Catí, a doña Ángela, a Pilar Soler, a Consuelo Bárquez, a muchas. A Ángeles Malonda, farmacéutica de Gandía, la juzgaron y le pusieron pena de muerte. Ella no se lo imaginaba, porque creía que ya estaba bien habiéndole matado al marido de la forma que lo mataron, pero en fin, le pusieron la pena de muerte. Allí nos conocimos nosotras, en Santa Clara. Ella me conocía por la *Incomunicada*, pero yo no la tuve muy presente hasta que llegué a la celda, pues estaba medio trastornada la pobre, de pensar en sus hijas y en su marido al que habían matado. Porque esta mujer había estado casada dieciséis años, y por todo lo que decían las otras chicas, este hombre era una bellísima persona, y era un matrimonio que estaban muy enamorados. Por lo visto se traumatizó y no podía hacerse el ánimo, estaba medio trastornada. Hablaba sola, no dormía, no comía, y la directora, al ver en el plan que estaba, nos quiso separar. Y yo dije: "No, si nos separa, esta mujer va a estar peor". Desde luego era muy gordo lo que la pobre pasó. Pero fue fuerte y lo soportó todo, y después, cuando ha salido, ha vivido su vida y ha estado siempre bien. Ángeles es una mujer que económicamente está bien, que ha invertido dinero en ayudar a sus compañeras, porque a Conchita la ayudó muchísimo, y a la familia, a todo el mundo; ha tenido muy buenos sentimientos. Para mí Ángeles ha sido una amiga, una madre, una compañera, y la prueba es que hace cuarenta años

que nos conocemos y seguimos viviendo esa amistad sincera y de cariño. Le quitaron la pena de muerte antes que a mí, ella salió de celda y yo me quedé.

Llegamos a ser hasta diez penadas a muerte, pero las indultaron a todas. A otras las ingresaban en la general, y al final llegamos a quedar Águeda Campos y yo. A esta chica la trajeron de Santa Clara penada a muerte, la trasladaban ya para matarla. Era de Asturias pero vivió en Galicia. Tenía unos treinta y dos años y dos hijos, que me dijeron que estaban en Santa Clara con ella. Su marido también estaba en la Modelo, y los fusilaron a los dos el mismo día. La saca era de diez a doce de la mañana; por la tarde estábamos tranquilas. Así que cada día que pasaba decíamos: "Ya tenemos un día más". Esta chica llegó un día en que la llamó el director: "Águeda Campos, la llaman a usted a comunicar". "¿A comunicar? Si yo no tengo a nadie para comunicar". "Sí, mujer, arréglese usted y salga, que la espera el juez". Pero ella no se lo creyó. "Nada de comunicar, yo estoy pendiente de un fallo o de una ejecución". Ella, con toda dignidad, se vistió, se pintó, se arregló y se fue. Y al irse me dijo: "Milagros, tú tendrás más suerte que yo. Prométeme que irás a ver a mis hijos. Me dio la foto de sus hijos, y yo noté un escalofrío, pero cuando se marchó... he sido muy fuerte siempre, Tomasita, y a mí nadie me vio llorar en la prisión, se me ha vuelto este corazón agua... Recuerdo estas cosas y no tengo más que ganas de llorar. Pero a mí antes no me ha visto llorar nadie, y mira que he pasado malos ratos. Pero ahora, no sé qué me pasa, solo de recordarlo... Porque parece que yo noté lo que sufrió cuando se fue, aquel apretón y aquel beso, aún recuerdo aquellos labios ya fríos de muerte.

—¿Has vuelto a ver a sus hijos?

No, no los he visto. A ella le dije: "Te prometo que si un día salgo de aquí iré a verlos". Cuando salí de la prisión fui a Galicia, pero no los encontré; me dijeron que el padre de ella, que era muy mayor, estaba en una residencia, y a los chiquillos los habían internado no sé dónde, porque no tenían familiares. A su marido lo mataron con ella, y luego nos contó algo la directora. Al tiempo de fusilarlos les pidieron qué querían, y ella dijo que quería ponerse junto a su marido y morir a su lado, y se lo concedieron. Momentos antes de morir un fraile les dio un Cristo a besar, y nos dijo la directora que su marido besó el Cristo. Al ver que su marido lo hacía, se giró de espaldas a él y le dijo que si no pensaba en que dejaba dos hijos. No sé, la directora nos contaba que su marido a última hora había besado el Cristo, pero que ella había sido más rebelde y más mala que su marido. Así nos lo dijo, que yo dudo de que su marido hiciera eso... A mí me dio un ataque de nervios y me quedé en la celda cogida a la reja, y por el ventanito de la puerta me vieron y me sacaron al patio; me despejé un poco y vi a todas las compañeras, pero volví a la celda y estuve casi un mes sola encerrada. Me quitaron la pena de muerte y me llevaron a la general. Yo dejaba en la celda a cinco penadas, así iba la bola, Tomasita, con esa carga de la pena de muerte, y cuando salí de celdas la directora me puso en la oficina, no por mi inteligencia, porque yo no he tenido estudios, pero tengo un tipo de letra grande, para las portadas de los expedientes; la directora era la secretaria de la Junta de Libertad Vigilada; ella diría: "Le dejo esto a su cargo", y como tengo una letra grandota para las carpetas, me cogió para eso, y allí estuve hasta que salí en libertad.

Ta voy a contar un caso que es de risa. Estábamos abajo, en una celda que estaba destinada a comedor, pues como la Provincial era tan pequeña y éramos mil

mujeres, se habilitaba comedor, capilla, todo para dormir, y teníamos la puerta abierta; y una noche se levantó una compañera al retrete y le dio por acercarse a la cocina y estaba abierta. Vino toda contenta: “Chiquillas, que está la cocina abierta”. Como leonas todas nos fuimos a la cocina. Había dos cestos de zanahorias preparadas para hacer el rancho del día siguiente, y nos comimos más de la mitad del cesto. Al día siguiente las cocineras tuvieron que dar parte de que allí no había comida. Nos formaron a todas en el patio para ver quién era, y allí no fue nadie, pero las zanahorias habían desaparecido. Como no podían sacar a las culpables, porque nadie decíamos nada, la directora tomó por norma, formadas como estábamos en el patio, contar uno, dos, tres, cuatro, y cinco, y la que hacía cinco, arriba: con ese recuento fue el castigo. A todas las que le tocó el número cinco se quedaron sin comer. Delante de mí le tocó a una viejecita que, desde luego, no había tomado parte, y yo le dije a la directora: “Señorita Nati, ya me subo y deja usted a la abuela. Más vale que me quede sin comer yo que ella”. Y me dice: “Nada de compañerismo; aquí, si no dicen la verdad, a quien le toca le toca”. Yo tenía una pena de ver que aquella bendita mujer se quedaba sin comer... Pero claro, por ahí pasamos, y a las que les tocó el cinco, se quedaron sin comer. Pero las demás comimos. Eso fue una.

Luego hay otra anécdota. Bueno, es que esta es un poquito fea por la frase. Fue un caso de Consuelo Bárguez. Estábamos las tres juntas, sentadas, y estaba un jesuita dándonos una conferencia. Esta Consuelo Bárguez, era muy graciosa, muy simpática, era del Partido Comunista; y me dijo: “Mira, Milagros, ¿tú sabes a quién se parece la barba de ese hombre?”. “Pues no”, yo tan inocente; y me dice ella: “A mi parrusa cuando yo era joven”. Al decirme eso, solté una carcajada sin yo quererlo, porque aquello no me lo esperaba de Consuelo. Al reirme en aquel silencio, que estaba el padre dando la conferencia, la directora enseguida: “¿Quién ha sido, quién ha sido?”. Me adelanté y dije: “Yo, he sido yo”, porque nos iban a poner un castigo a todas. Y ella, que me había reído de lo que el padre decía, y no sabía lo que dijo el padre, porque no prestaba atención. Y me pedía que le dijera qué había dicho el padre. Yo no lo podía decir: ¿cómo le iba a decir por lo que era? Y Consuelo le dice: “Señorita Nati, he tenido yo la culpa, no castigue usted a Milagros”. “Aquí, menos compañerismo”, y me castigó un mes entero a fregar los retretes. Luego, como Consuelo sabía que la culpa había sido de sus ocurrencias, venía a ratos, cuando no la veían, y me ayudaba.

No he pertenecido, y sigo no perteneciendo, a ningún partido político, porque creo que para ser un buen militante, tiene uno que estar seguro y sentirlo, pero en la cárcel todas mis amistades, todas mis amigas más predilectas, eran del Partido Comunista. No sé por qué simpatizaba más con ellas; yo las veía más sensatas, más comprensibles y que se acoplaban más a mi manera de ser, y siempre andaba entre ellas. Después hubo una fecha en que incomunicaron a todas las del Partido Comunista, las pusieron a solas, aisladas. A mí la directora también quería encerrarme con ellas, y yo: “Mire, señora, en mi expediente no consta que yo pertenezca a ese partido, ahora, si usted me quiere encerrar, bueno, pero si usted me encierra falta a su obligación, porque no puede justificar el que yo pertenezca a ese partido”. Y claro, no me encerró pero siempre decía: “Tú estás aquí pero debías de estar con ellas, porque tú eres igual”. “Bueno, pues seré igual, pero usted eso no me lo puede justificar”, y no me llegaron a encerrar por eso.

Doña Angelita era una señora inspectora de Magisterio, fue la única persona de la prisión que se le respetó el *don* porque allí todas éramos Petra, Juana, María, Andrea o demonios, pero doña Angelita sí, y era una señora tan sensata... Vamos, que esta mujer tocaba silencio y no abría la boca; tocaban diana para levantarse y era la primera que se levantaba; tocaban a formar y era la primera que se ponía firme en las filas; tocaban el racho y la primera que iba con su plato. Era una mujer que no le pudieron coger nunca en nada, porque era muy disciplinada, mucho. El día que le dieron la libertad, le dijo la directora: "Solo me queda una pena, doña Angelita, que se marcha usted de esta casona sin haber sopesado mi mano". Esta señora era una mujer que hablaba muy bajito y señalando con el dedito, siempre hablaba así: "Señorita Nati, hubiera sido muy tonta para dejarme coger sabiendo las ganas que usted tenía de cogerme", eso fue doña Angelita.

En cambio tenía esta amiga mía, esta Ángeles Malonda, que no se podían soportar; y la directora le hacía la vida imposible... En cuanto le quitaron la pena de muerte... Porque su familia tenía mucha amistad fuera y trabajaron para quitarla de esa prisión, le hacían la vida imposible por su carácter. Yo he sido más tranquila. En el libro este que escribe mi amiga Ángeles, el parrafito que habla de mí lo dice, que yo entré a la prisión con la pena de muerte, y que todas iban a darme ánimos, y yo no los necesitaba porque estaba tranquila. Creo que si me hubieran fusilado, no sé si me hubiera importado; lo cogí aquello con una tranquilidad... Y desde el primer momento me hice a la idea de que aquello era para mí y que lo había de pasar yo, y mira, cuando uno está metido en un fango, pues tiene que salir como mejor pueda, sobre todo con dignidad.

Ah, otra cosa, cuanto estuve incomunicada, estábamos en un pabellón de dos puertas encaradas. Eran cuatro celdas y una puerta en el pasillo cerrada. La puerta de mi celda tenía un cerrojo grande y un ventanito pequeño, y por allí te daban algo porque el plato no cabía. Como era la más jovencita de la prisión, me llamaban *la Chicoteta*. Yo le decía a la monja: "Soy Pilar, tráigame usted la caña, porque hay arañas y me da mucho miedo". Es un truco que yo me traía, pues con la caña y el asa de un plato abría el cerrojo de la celda de enfrente, salía la compañera de la celda y abría las otras tres celdas y pasábamos un rato agradable. Pero muchas veces teníamos que tener los pies ligeros porque si venían la monja o la funcionaria, una tenía que cerrar y luego se metía en su celda, y ya no daba tiempo a cerrar yo con la caña, así que encajaba bien la puerta pero sin echar el cerrojo. Algunas veces lo veían y decían: "¿Cómo tienes el cerrojo abierto?". Y contestaba: "Pues ustedes lo habrán dejado así, porque yo no puedo abrir desde dentro, y si me habría dado cuenta hubiera salido un rato de la celda". Para mí que quedaban convencidas de ello, pues nunca hubo consecuencias.

La compañera que tenía enfrente, desde luego, era muy espabilada; se llamaba Victoria Fernández, y era una chica de unos treinta y dos años, muy inteligente, que dominaba tres o cuatro idiomas. La acusaban de ser amigueta de Prieto, no sé, esas cosas son muy particulares. Y esta chica era divorciada. Su marido era jefe de Falange en Madrid y se llamaba Federico, vino a hablar con ella y le dijo que le dijera la verdad y que la sacaba de allí; y ella por salir pues no sé lo que le diría, pero el caso es que salió en libertad; se fueron a pasar la noche al hotel, y a la mañana

siguiente salió al baño, su marido se quedó en cama y ella se fugó. A lo que su marido se dio cuenta, ya no estaba la tal Victoria. A los quince días escribió a la prisión a sor Pilar, diciéndole que estaba en Francia y que estaba bien. Mandaba recuerdos para las incomunicadas. Así que fue lista, supo engañar a su marido, se puso a salvo.

Otra vez tuve otro azar en la prisión. Como yo era tan jovencucha, una de las veces que me asomé por mi celda... Teníamos prohibido subir, durante el día nos bajaban al patio y no nos dejaban, pero yo siempre me escapaba por un lado o por otro y subía a mi celda, que estaba en el segundo piso, y me asomé a la ventana; el director que había en la prisión era nuevo y yo no lo conocía, iba vestido de paisano. Y yo le veo pasar por la carretera y le digo: "Oiga, usted, ¿a quién busca? Dígame a quién busca, que yo la llamo". Y resulta que era el director, y me dice: "Ahora subo yo y la voy a llamar a usted". Entonces me di cuenta de que sería el director o algún funcionario, y me fui corriendo hacia sor Pilar, que era mi refugio. Porque, como era la monja que me había tratado mejor, yo en el fondo la quería, y le conté lo que me había pasado. Y cuando el director entró en la prisión, la monja me presentó a él y me preguntó que por qué me había asomado a la ventana; de ahí salí como pude, y le dije que me perdonara, que aquello estaba mal hecho. Me castigaron un mes a pan y agua en la celda, pero luego sor Pilar, cubrió las apariencias y yo comí normalmente como todas. Sor Pilar influyó mucho en el director para que me tratara bien. Le dijo que era una buena chica. Total, que estuve quince días en la celda. Así que siempre he ido haciendo una detrás de otra. Me conocían todas por *la Incomunicada*, como siempre lo estaba...

En el 44, cuando salí en libertad, me fui a casa de mis padres. Allí me encontré con el que es mi marido, que nos conocíamos ya mucho, pero que nos llevábamos esa diferencia de edad, que él es mayor que yo diez años. Yo nunca había pensado en él, y él creo que tampoco conmigo, pero entonces por la manera de ser y de pensar de él, ha estado muy de acuerdo como yo he pensado; vino a mi casa recién llegada yo de la prisión; a saludarme, empezamos a hablar, y detrás de lo uno vino lo otro, y mira, nos casamos y hemos sido muy felices. Hemos tenido dos hijos, y yo lo peor que he pasado han sido esos años que en el pueblo me han amargado tanto. Ahora, yo he respetado a todo el mundo para que a mí me respetaran, pero en cambio, conmigo se han tomado unas represalias que no tenían por qué.

En el pueblo no tenía nadie ninguna queja conmigo, yo no me metía con nadie. Y a mí el pueblo me acusó como no adicta a ellos y la más rebelde de todos. Lo ha tenido que pagar hasta mi hijo a los veinte años.

Yo de soltera me debía a mí sola, pero ya casada me debía a un hombre y a mis hijos, y la verdad, a mí me parece que si hacía algo mal, lo tenía que pagar. Pero por lo que había pasado, ya tenía todo aquello zanjado. Yo no me metí después en política, porque además no lo había sido nunca, y después de matar a Blas... Mi misión ya había terminado. Eso me parecía a mí, pero no fue así ya que no dejaron de molestarme. Ellos creían que yo seguía en la lucha, porque en mi pueblo, como es un sitio montañoso, había maquis, y toda esta gente de mi pueblo se creía que los maquis venían a mi casa, que yo les daba cobijo. No es verdad, porque a mi casa no venía nadie, porque todo el que venía a mi casa venía a meterse a la boca del lobo. Todo el mundo sabía que era yo, pues todo el que venía a mi casa era cogerlo enseguida. Creían que estaba en eso y me hicieron la vida imposible. Me interrogaron mucho,

muchas declaraciones, muchas cosas; yo estaba encinta de mi chica, que no sé cómo llegó la criatura a efecto porque tuve muchos disgustos, pues vi otra vez que me encerraban y me dejaba un niño pequeño y otro que llevaba en el vientre. Y mi marido llegó un día del campo de trabajar y para entrar a mi casa tuvo que pedir permiso, porque mi casa parecía un cuartel, yo qué sé, si no nos dejaban vivir. Toda la casa rodeada de civiles... Y hasta hace poco, hasta que se cumplió la condena, pues todos los años la Guardia Civil venga a interrogarme, venga a hacerme preguntas, que yo decía: "Bueno, esto... ¿cuándo se va a terminar?". Por todas estas cosas siempre he ido con pies de plomo. Tuvimos que salir del pueblo.

Nos vinimos a esta parte de Valencia y vivimos muy tranquilos en este pueblecito de Picaña. Tengo la casa en el pueblo y voy los veranos, pero ya es otra cosa; y hoy, tomar represalias, no. Todo lo que he pasado ya está pasado y eso no hay nada que me lo quite, pues no quiero nada más que vivir en paz. Ellos con su manera de ser y yo con la mía, que no se repita nunca más, que ya está bien, que se han hartado de hacerme mal. Yo por mi parte quiero perdonar, que me perdonen a mí y quiero darles un ejemplo que ellos a mí no me han dado, porque me han hecho pasar cosas sin motivo, ¿eh? Y por mí, aquí paz y allí gloria; esto te lo digo así. Tomasa, porque es que si vamos a tomar represalias y hacer pasar todo lo que nos deben, esto no se va a terminar. Yo solo quisiera que la gente se convenza de que no somos malos y que cojan un poco de ejemplo si quieren cogerlo, que nos han hecho mucho, pero queremos vivir tranquilos y en paz.

Capítulo 8

ARAGÓN Y CATALUÑA

Victoria Martínez (póstumo)

A título póstumo de Victoria Martínez y a ruego de su compañero Antonio Rosel, hago este relato; es una pequeña parte de lo que fue su vida.

Victoria Martínez; sus padres oriundos de Soria y Huesca, ella nació en Zaragoza. Su padre, ferroviario, fue fundador del Partido de Aragón, desde chica estuvo en un ambiente revolucionario, era frecuente que fuera con sus padres a las reuniones de la UGT y del Partido Socialista.

A los quince años empieza a salir con un muchacho del barrio, Antonio Rosel, también él pertenece al sindicato UGT y tenía inquietudes progresistas. Las relaciones de estos muchachos se consolidaron y juntos encontraron un sitio en las luchas reivindicativas de los trabajadores. En el año 30 los dos ingresaron en el Partido Comunista de España; ya unidos en matrimonio, participan en las luchas revolucionarias y en defensa de la República. Son años muy duros para los partidos políticos de izquierdas, Victoria y Rosel siempre estuvieron en vanguardia haciendo honor a su Partido.

En julio del 36 tras la sublevación fascista Zaragoza quedó ocupada por Franco y sus tropas, Rosel después de burlar varias veces a la policía logra pasar a la zona Republicana. Victoria queda sola con dos hijos, una niña y un niño, Victoria tuvo que enfrentarse a situaciones difíciles con una gran entereza, en esa Zaragoza ocupada lucha con coraje. Los franquistas matan a su hermano Carmelo, de veinticinco años, ella también es detenida por poco tiempo; al salir, pese a la represión se siente con la obligación de hacer algo y aporta su granito de arena en la clandestinidad. Es una gran modista y trabaja para sacar a los suyos adelante, sin dejar de luchar en defensa de la República. ¡Cuánto no pasaría Victoria en esos tres años de guerra!, ¿y cuántas victorias anónimas hemos tenido?

El año 41 Rosel entra en España clandestinamente y va junto a Victoria, tienen una anécdota, con la pequeña, ella no se acordaba ya de su padre, ni le dicen que es él por temor a que la niña hable, pues está clandestino, y cuando entró a la habitación con su madre, le echó una mirada acusadora, por entrar con un hombre desconocido. Poco tiempo estuvo Rosel con la familia: tuvo que salir para Madrid al poco de llegar. De nuevo Victoria enfrentándose con la vida.

En junio del 43 es detenido Rosel por la Policía Político-Social, y está en la cárcel hasta el 47; Victoria también es detenida. Está nueve meses en la cárcel; al salir sigue trabajando con una obligación más: atender a su marido en la cárcel.

Rosel sale en libertad en el 47, y no tardó mucho en volver a la lucha clandestina. Victoria no había perdido nunca el contacto con los camaradas. El volverse a reunir esta pareja tiene su fruto, un tercer hijo, que se llama Carmelo, como el hermano que fusilaron a Victoria.



Victoria Martínez, mi camarada y amiga (también ha muerto); las dos, como tantas otras, nos hemos pateado aquella carretera del penal de Burgos. Victoria, a ver a su Antonio, como ella decía; yo, a mi compañero, a Miguel.

Las luchas clandestinas se generalizan cada vez más, por toda España, y las caídas también, en Madrid, Bilbao, Zaragoza, Barcelona y en general por toda España; hay cientos de detenciones en el año 58, en que Rosel vuelve a ser detenido, y con él su hijo Antonio, ya casado.

A Victoria la encontré en la puerta del Penal de Burgos, así como su hijo Carmelo, que era una criatura encantadora, de unos diez años, le llamábamos *Carmelín*; las dos nos hospedamos en la barriada de Yagüe, en las casas de los obreros; a nosotras nos salía más económico que en el centro de la ciudad y nos consideraban como de la familia, siempre recordaré con cariño, donde nosotras estábamos, a Luisa, Tomás y sus hijos, Raquel y Javier.

Aquella carretera del Penal... la hemos pateado cientos de veces, con calor, con frío, teníamos la satisfacción de ver a nuestros familiares, que podíamos llamarla *satisfacción peligrosa*, ya que éramos el correo de la dirección del Partido en el exterior con el interior del Penal, correo preparado por manos habilidosas, lo mismo para salir que para entrar, a pesar de todo el riesgo que existía.

Era una mujer excepcional Victoria, estaba dispuesta en todo momento a los frecuentes viajes, Zaragoza-Burgos-Barcelona, etcétera; los viajes se combinaban según el correo, nuestro equipo, Guadalupe, madre de Vicente Cazcarra, Victoria y yo, salíó airoso, sin tropiezos, del 61 al 67, en que yo participé. Victoria era una gran modista y mantenía su casa con su trabajo, muchas veces, muchas, las veinticuatro horas del día las pasaba con la aguja en la mano, tenía que sacar su trabajo y ganar las horas que dedicaba al Partido, que por cierto, era muy ingrato, porque lloviera o nevara, con frío o calor, por aquella carretera del Penal, sufrimos las inclemencias del tiempo, que muy pocas eran de calor, porque como decían los compañeros presos: "Burgos solo tiene dos estaciones: el invierno y el ferrocarril". No nos limitábamos solo al correo, ese era el trabajo clandestino, al que teníamos que poner los cinco sentidos, porque estaba en juego nuestra libertad y la prolongación de los que estaban en el Penal responsables de ese trabajo. Como ex presas y mujeres de presos, aunque en ocasiones también exponiendo el tipo, y esto era ya generalizado a todos los familiares de presos, era la lucha diaria por la ayuda económica, las mejoras del penal; ellos desde dentro, nosotras desde fuera y, algo muy importante, siempre en lucha con la petición de amnistía y siempre en contacto con los abogados para la defensa de los que, con frecuencia, eran detenidos. En diciembre del 61 fue detenida Victoria, así como otras muchas, en una concentración en el Ministerio de Justicia, pidiendo la amnistía para los presos políticos y sociales. Habían llegado a Madrid para esta misión delegaciones de toda España; la concentración se transformó en manifestación por la calle San Bernardo y Gran Vía, donde fue disuelta por los grises, con porra al ristre y detenciones, algunas pasaron la Navidad en los calabozos de Jefatura. Hay que hacer honor a las mujeres que se unían a nosotras por simpatía y antifranquistas. Recuerdo a una amiga, entre otras, Mercedes Pérez, ella no tenía ningún preso, pero se unió a la delegación de Barcelona; las fiestas de Navidad las pasó en un calabozo.

Victoria había sufrido varias detenciones, la primera en su trabajo de zapa clandestina en la guerra, en la Zaragoza franquista. Esta mujer, al igual que otras mujeres de nuestra España, se entregaron contra viento y marea, que es como decir

enfrentándose en muchas ocasiones a la familia y al peligro. No siempre los tuyos comprendían la necesidad de la lucha. Los sacrificios de Victoria, al mantener también una casa, la llevaron a quedarse casi ciega. En muchas ocasiones su trabajo profesional lo hacía de noche, quemándose la retina, pero nunca oímos una queja, siempre estaba de buen humor, siempre levantando la moral de algunos familiares de presos, cuando estos sufrían o se deprimían; nunca se le notaba que a ella también le pasaba algo. Pero si la carretera del Penal de Burgos hablara sería testigo de las muchas veces que las dos hemos pasado por ella llorando, porque también teníamos nuestros problemas familiares, que no dejaban de ser serios.

Así era Victoria, una gran compañera, a la que recordaré con el cariño que ella se merecía.

Concha Buñuel (Zaragoza)

Tengo una gran amiga, Begoña, que una de sus hijas estaba casada con un sobrino de Buñuel. Como mi amiga sabía mis andanzas en recoger testimonios de mujeres de las cárceles de Franco, me pidió que visitase a Concha Buñuel en Zaragoza. La llamé por teléfono y con mucho agrado me recibió, y pasé una tarde deliciosa en su compañía. El testimonio es cortito pero de gran interés, y aún más cuando, como ella dice, ni se metió nunca en nada ni sabía nada de nada, y hacía casi una vida monjil, y al conocerla comprendes que no te está engañando, que sigue una vida hogareña, no es una mujer de mundo. Pero hablamos mucho, me explicó su vida de colegiala, su juventud, de sus hermanos, en general todos de izquierdas, y político, político, su hermano Luis.

En principio me pidió que no figurara su nombre, pero después me dijo: “Y por qué no, al fin y al cabo solo digo la verdad de lo que he vivido y lo que sé”. Gracias, Concha, este testimonio tiene doble interés al ser de una cárcel franquista durante la guerra civil que estábamos viviendo en nuestra España. Al igual que tú, deseo la reconciliación y la paz para nuestro pueblo.

Cuando me metieron en la cárcel —como mi familia era muy conocida aquí en Zaragoza—, consiguieron que me tuviesen de un modo especial a fuerza de propinas a la celadora. O sea, que en vez de estar con todas las presas, que entonces había ciento cincuenta y cuatro, y catorce o quince niños menores de cuatro años en la cárcel, yo estaba aparte.

Una noche, claro, con esto que cuento me van a identificar, pero no me importa, pues una chica dio a luz y entonces yo hice que la trajeran a mi cuarto, que era la enfermería y había dos habitaciones. Se llamaba Conchita y era de las Juventudes Libertarias. Tuvo una niña, que por cierto, como la hicieron bautizar, la pusieron mi nombre. Esta Conchita, esta niña que nació en la cárcel, que fui además su madrina, la entregarían a unos parientes cuando sacaron a su madre, que a lo mejor no serían de aquí; y luego yo he intentado muchísimas veces encontrarla, pero nunca lo he logrado. Es más, una vez supe de una que se llamaba Conchita y fui a verla. En efecto, había nacido en la cárcel, pero era otra.

La mujer o compañera de un primo hermano de Durruti fue con una niña de tres a cuatro años y, según decía, se había entregado ella misma, porque iban los guardias

a buscarla; estaba casi ciega, decía que de llorar. La hija de este Durruti, también he querido averiguar dónde estaba, nunca pude conseguirlo, porque yo me dije: “Me preocuparé de esta niña, ya sin madre ni padre”, pero claro, a lo mejor la entregaban a algún familiar. Era una época que nadie te decía ni te hablaba. Vamos, que preguntabas esto y a fuerza de... Doce años después fue cuando encontré a esta Conchita, que luego resultó que no era esta familia que yo creía. Eran unos que tenían una tienda de escobas y cosas de cuerdas, en esos porches de los mercados, fui allí y resulta que era una gente que había hecho dinero, su tío o el señor que la había adoptado a ella; era el hombre de paja de este muro falangista... y algunos asuntos sucios y todo eso... que era un hombre que casi no sabía leer ni nada, pero de asuntos sucios sabía, de estraperlos... Creo que incluso había estado en la cárcel y le sacaban al día siguiente, ya sabes.

En la cárcel esa, en aquel momento comerse no se comía muy mal, porque en Zaragoza sobraba; bueno, se comía mal pero no como las hambres que se han pasado luego en las cárceles, porque no se podía sacar nada de Aragón para comer. Había comida en abundancia extraordinaria en esta parte y daban un pan diario, un pan de esos *de cinta*, que llaman aquí, y café con leche, que yo no lo tomaba. Luego daban un cocido, claro, con piltrafas de grasa y cosas de esas y garbanzos. O sea que morirse de hambre, no, aunque bueno no era el rancho. Por la noche daban también una sopa y a veces alguna cosilla más. A mí me habían dado la baja en el rancho y mi madre me traía la comida de un restaurante; esto parece que lo digo en alabanza un poco a mí, pero como había ancianas y niños, pues yo esto lo repartía y en una ocasión tuve que guisarme las peladuras de habas que tiró la celadora; porque no tenía rancho y tenía que comer, y una noche nos sacaron abajo para ver a las que iban a fusilar y la gente me trataba con mucho cariño. Las presas me dijeron: “Mire usted, si tiene algo que lavar, delo”; porque además me trataban de usted con un respeto tremendo.

Yo les hacía jugar, porque estaban muy tristes y conseguí que les hicieran hacer alguna labor. Y también, como no había sillas para todas y las pobres se sentaban en el suelo y la cárcel estaba recién hecha, la humedad las perjudicaba; esto era en Torrero; y por eso había que hacerles jugar. Las animé bastante. Claro, yo, como estaba en otra situación que ellas... y mi madre venga a dar propinas a la celadora, según ella, presumía de haber sido doncella de la Pardo Bazán. La llamaban *la Seis Dedos*, porque tenía un dedo de más, pero era una sádica y además parece que también tenía costumbres bastante raras; que por cierto, yo entonces, fíjate como me había tenido mi marido, y la educación que había recibido alejada de todo eso, no sabía que existiera ni el homosexualismo ni el lesbianismo. Fue entonces cuando lo supe, en la cárcel, por comentarios. En la cárcel hacían lo que ella mandaba, porque nadie entraba arriba; al propio director lo tenía a raya. Las mismas presas decían que no era mala persona el director de la cárcel, pero esta mujer, como era la dueña y señora de esta parte de arriba, donde estaban las mujeres, pues pegaba, golpeaba, insultaba, les llamaba todos los nombres más sucios y feos que se puedan llamar y había días que a las diez no había aparecido todavía y no se había repartido la malta o la cebada que se daba para desayunar. Otros días entraba a las cinco de la mañana y a golpes las hacía levantar a todas, que dormían dos mujeres por aquí y otras dos por ahí, como

sardinas en lata. Yo, en cambio, fíjate, como una gran señora. Pero a pesar de eso me quisieron las presas, ¿sabe? Me trataban con cariño y muy bien. También estaba una tal Ramona, no sé si has oído hablar de ella; estuvo mucho tiempo en la cárcel, fue con la de Muniesa. Tú no conoces a la doctora Muniesa, que le mataron al marido aquí, en Zaragoza, los franquistas. Pues esta se llevó a la Ramona, muy buena persona. Me da hasta vergüenza, era casi como mi muchacha, porque agradecía muchísimo al principio que yo le diera para su hijas, para mandárselo fuera. Si ella me veía, por ejemplo, que me apuraba mucho ir al retrete y todo eso, se preocupaba de que me metiera en una celda y hacer salir a las tres o cuatro chicas; o sea unas atenciones buenísimas y además sigue alabándome mucho por ahí, siempre que habla de mí, siempre muy encantada conmigo. Bueno, ese día, que nos bajaron a todas abajo, pues bajaron a la Durruti, a esta chica la libertaria y a otras; y a mí a las cuatro de la madrugada me subieron arriba sin darme explicaciones. Tampoco yo sabía entonces... lo decían las chicas, pero yo creía: "¿No será que nos van a cambiar de cárcel o así?". Me subieron arriba y poco después me sacaron de la cárcel. Sabes, claro, por influencias y por cosas. Y la celadora luego diría a lo mejor que yo era una santa o que había querido convertirlas a todas y hacerlas franquistas, sabe Dios, porque por dinero tú ya sabes que muchas veces se hacen estas cosas.

Antes de salir había una maestra que no recuerdo, por más que durante mucho tiempo yo trataba por las noches antes de dormirme (así como otras personas de mi casa rezaban el rosario) de recordar los nombres de todas; decía de tal, tal, tal, me acordaba de muchos nombres pero poco a poco a la larga se me han olvidado y luego tampoco he visto a ninguna por ahí. No sé lo que fue de ellas. Esta maestra, decían que le habían matado tres hijos muy jóvenes, uno de dieciocho años y otro de catorce, que salían huyendo por los montes; que se los habían matado. Y esta señora era muy digna. Por ejemplo, así como otras podían hablar conmigo y yo hablaba con ellas y hasta jugábamos y hacíamos juegos de manos y cosas así, ella siempre estaba con el rosario rezando. Era muy religiosa. Yo intenté varias veces hablar con ella y nunca me aceptó, a ninguna, no aceptaba a nadie, debía estar algo trastornada por todo lo que había pasado. Los únicos medicamentos que podían entrar en la cárcel eran por mediación mía; mi madre los traía y entonces yo se los daba a las presas, aspirinas y cosas así, siempre les daba; o sellos y ropa que mi madre también traía y luego yo se la daba a la que fuera. Poco pude hacer, pero en fin, hice lo que pude. Un día la celadora golpeó a una chica embarazada, la golpeó en el vientre, diciéndole: "Echa ese sapo, asquerosa, hija de puta". A otra mujer la sentó la celadora en dos sillas, una frente a otra y de asiento puso una tabla con un agujero, sabes, y allí entonces la ató con las manos a una silla, las piernas abiertas, también atadas a la otra silla, y le puso un recipiente debajo y las faldas atadas a la cintura, con la dignidad que tenía la pobre. Tú fíjate lo humillante que es una celda que la veían todas, y la tuvo así tres días, metiéndole trozos de pan a veces en la boca; no quería ella, pues era igual.

A los tres días la pobre mujer, en esas condiciones, aullaba como un animal, de desesperación. En la cárcel entonces solo había tres celdas así, de rincón, y luego la sala común. En cada celda de estas comunes había seis. Luego una chica, una de las chicas que había allí (porque había dos, madre e hija, y luego Pilar Rodríguez, que

me parece murió de cáncer, que había sido cajera de Casa Alfonso, de aquí, con esa guardé amistad, siguió viniendo a casa alguna vez), bueno, estas salieron antes; las otras, sabe Dios, se las llevarían por ahí, a otros penales; Pilar ya llevaba dos años antes de la guerra en la cárcel. Ahora conoces estos casos que son muy hermosos de contar; aunque tuviese un trato especial, me enteraba del trato que se hacía con las demás presas políticas, que eso es muy bueno de recordar; por eso mismo estoy hablando. Además, puedes decir que, en fin, es más fácil creer a una persona que no tiene nada que ver con el Partido, que a una persona que sí pertenece a él, porque siempre se puede pensar que exagera. Te digo esto porque no soy comunista.

—Además, tú tenías un trato especial, porque a ti no te hicieron nada, pero veás lo que hacían a las otras y tú llegaste a conocer allí a una funcionaria que la llamaban *Veneno*.

Será la Tere, esa la Seis Dedos, sí, sí, delgada. *La Pelos* la llamaban también. Pero luego me dijeron que la habían metido a ella también en la cárcel.

—No, no, a ella la trasladaron de Torrero, porque las mujeres dijeron al director que si no la trasladaban la mataban, y la trasladaron a la cárcel de Ventas, que hacía lo mismo que aquí, pegar cuando le daba la gana. Nos hacía la vida imposible y la llamábamos en Madrid *la Veneno*.

Pues aquí la llamaban *la Tere, la Pelos y la Seis Dedos*. Claro, según como se les ocurría. O sea, que no es que fuera un mote, seguro que se llamaba doña Tere, si a mí me llamaba *doña Concha* y a las demás *hijas de puta*, sabes, a mí me da un poco de apuro contar esto, porque me siento tan pobre, tan pobre al lado de estas personas que han sufrido, porque yo sufrir, en ese sentido, he sufrido moralmente.

En aquel tiempo, como ya te digo, estaba la cárcel recién hecha y empezaron a meter gente. Una cárcel para doce mujeres, que era el máximo creo que había antes de la guerra. Vamos, no estaba como ahora digo, tenía una sala muy grande, había tres retretes de estos que no se cierran, en los chaflanes había un lavabo pequeño, luego había celdas individuales con su retrete también en un rincón... Claro que en tiempos, para una mujer sola... En fin, no digo que sea bueno, pero cuando fui dormían ahí seis mujeres... Y luego en la sala grande, ciento cincuenta mujeres y bastantes niños. Y la enfermería en una habitación con dos camas, también con un lavabito, y allí no había retrete. Y eso sí, la capilla muy hermosa, muy grande, y un despacho grande para la Veneno, esa que decíamos. Para el tiempo en que fue hecha, esta cárcel no estaba mal. Luego se las llevaron a Predicadores, que creo que era tremenda de mala. Ahora, las presas estaban deseando que las llevasen pero no era por cambiar de cárcel, sino por cambiar de persona. Porque se decía que las monjas serían mejores o peores, sabes, pero lo que querían era huir de esa mujer.

—¿Esa muchacha que ataron a las sillas era mayor?

Entonces a mí me parecía una mujer viejísima, pero a lo mejor tendría cincuenta años o así. Era una mujer con el pelo gris, con moño, un poco gorda, vestida de negro. En cambio yo era más joven, tenía treinta años y estaba bien arreglada, que venía todavía muy reciente de mi vida corriente.

Bueno, pues la educación, la nuestra, no sé por qué, todos los hermanos (menos una hermana), siempre hemos sido de izquierdas, simpatizantes, comprendiendo a todos los partidos de izquierdas. Yo de política no estoy preparada verdaderamente

en nada, porque cuando he empezado a enterarme de cosas políticas, ha sido muy tarde en mi vida, pues hace quince años o así que ha empezado. En realidad también es un poco ridículo decirlo, pero mi política es más que nada mi sentimiento; es anti-franquismo, ¿comprendes?, que en eso van envueltas muchas ideas. O sea, que todo el que ha sufrido con el franquismo, todo el que ha tenido que sufrir ese régimen, yo simpatizo con él y puedo ayudarle, todo el que ha simpatizado con el franquismo y tiene algo que ver con él, para mí, es el ser más despreciable; esta es mi política porque ya te digo que no entiendo. Y además hemos sido educadas en colegios religiosos y de lujo. Luego en casa hemos sido educadas por una señora francesa, que a su vez también era muy religiosa y la verdad es que no sé por qué ha sido esta reacción en todos los hermanos, ¿sabes?, porque todas nuestras simpatías... Ahora, trabajar, creo que quitando a mi hermano mayor... Los demás por lo menos no hemos hecho demagogia, como dice mi hermano.

—¿Y te casaste con un militar?

Sí, era militar cuando me casé; era muy joven y era aviador. Era ayudante de Franco, ayudante en el Estado Mayor Central. Los milicianos vinieron a buscar a mi marido, pero otro miliciano dijo: "No, estáis equivocados, de ningún modo". —Y dijo que no se lo llevaran—. O sea que a mi marido lo vinieron a buscar y no se lo llevaron. Pero su cargo era en el Ministerio de la Guerra. Y tres meses después de esto ya decidieron detenerlo. Yo creo que fue cuando comenzaron los ataques en Madrid.

—En la cárcel tú has estado con los franquistas y tu marido con la República.

Lo mismo en un lado que otro, mi marido ha estado en la cárcel. Estuvo primero tres meses en Madrid y entonces le respetaban allí bastante. Le respetaban los que estaban en la cárcel, pero entonces llegaron milicias de fuera, porque esto fue el 23 de noviembre del primer año; que dijera que todo lo que había antiguo no era franquista, de izquierdas o simpatizante, podía ser sospechoso.

—Y con Cisneros, ¿habéis tenido amistad?

Yo no, porque como te digo me tenía mi marido muy separada de todo. Una de las veces que he ido a México, a ver a mis hijos, hubiese querido verlo, pero ha dado la casualidad de que siempre estaba fuera. Pero él era muy amigo. El pasaporte mío para poderme pasar estaba hecho por Cisneros. A mi marido lo quería mucho, y además se lo dijo: "Mira, te van a detener; pero antes voy a hacer un pasaporte para tu mujer y tus hijos". No sé si es que al pensar que podían entrar las tropas me pasaría algo, no sé lo que pasó. Pero a mi marido lo dejaron ir hasta Alicante, o sea que fuimos hasta Alicante con mi marido. Y en Alicante fue donde subí al avión con mis hijos. Y de allí, yo no lo sabía, se lo llevaron a la cárcel. Es más, después de subir al avión nos hicieron bajar a los niños y a mí y entonces una matrona nos registró. O sea, que siempre ha habido desconfianza, ¿comprendes?

Nunca confiaron mucho, porque igual pensaron, como dejaron que mi marido nos despidiera, que me llevaba alguna cosa, o sea, que había desconfianza. Bueno, yo en realidad me pasé, vamos me pasé, me dijeron que me fuera. Fue cuando hubo un día, un momento en que se creyeron que iban a entrar las tropas en Madrid, las de Franco. No es que yo me fuera por él, sino porque entonces mi marido tuvo miedo, miedo por mí y por sus hijos.

—¿Cómo no te quedaste tú en Francia?

Sabes, ya te digo que yo, entonces, era como una especie de maleta. Una mujer educada como te digo que estaba educada. Quien me abrió los ojos fue mi hermano un poco, y luego también las tendencias de mi marido, pero nunca me consideró una persona para que me defendiera por mí misma.

Cuando llegué a Francia, ¿qué iba a hacer con los tres niños? Porque esta institutriz nuestra también vivía. Mi madre le pasaba una cantidad de dinero porque era muy anciana, una cantidad suficiente para vivir ella. Pero para estar con mis tres hijos y yo, pues no. Y como veíamos difícil vivir en Francia, me dijo: “Bueno, vamos a visitar a la que fue institutriz de la mujer de Franco, que está en Pau y a lo mejor ella, llamando a España podría darnos pasaporte para pasar con mi familia”. Porque mis tres hijos eran muy pequeños entonces. Y fuimos a su casa, y la señora habló mucho y dijo: “¡Huy, sí, aquí estuvo cuando se iba a sublevar Franco”. No dijo sublevar, sino cuando iba a defender España. Vinieron la mujer de Franco, Carmencita, su hija, disfrazada de chico, de marinero, y estuvieron aquí, pero se traían muchas cosas, para el momento que fallase poderse ir al extranjero. Y digo yo: “¿Qué hubieran hecho pobre gente?”. Entonces dijo: “Tenían un cheque muy importante, ¿sabes?”. Y entonces fue cuando se enteraron que estaba allí, fue cuando vinieron a buscarme, y claro, a mí me pareció una cosa natural venir con mi familia... No estaba yo al corriente de lo que pasaba aquí, ni de lo que pasaba allá, ni de cuál era la situación ni se podía uno creer que esto durara tanto. No sé, era como ahora, con la misma tranquilidad que me voy ahora a Estados Unidos, pues me fui a Francia. Bueno, sentimentalmente no, que lo sentía, pero quiero decir que sin ningún temor me fui allá, y sin ningún temor me pasé aquí. Ya sabes que mi vida es bastante común al lado de la que has llevado tú y todas las mujeres que han pasado años en la cárcel. Mi vida es muy pobre. Me pasó a buscar mi hermana con su marido. Fueron a buscarme a Pau, consiguieron aquí en Zaragoza un salvoconducto, cuando se enteraron que estaba en Francia, pasaron a buscarme y ya vine aquí. Por cierto que al pasar, no recuerdo bien, de San Sebastián a Pamplona, había que hacer trasbordo porque habían volado un puente, y entonces me dijo mi hermana, que es completamente diferente a los demás hermanos: “Mira, aquí fusilaron a veinte curas”. Y claro, entonces yo dije: “Huy, qué disparate, qué barbaridad! ¿Cómo hacen esto los rojos?”. Porque yo sabía que todas estas cosas podían perjudicar, y al momento dice: “No, no, si fue Franco, es que eran separatistas”. A ella le pareció eso bastante natural; a mí me dio una sensación tremenda de lo que me esperaba, sabes, no de lo que me esperaba a mí, sino de lo que le esperaba a la gente. También me enteré de que habían matado a una familia entera porque un chico de catorce años había quitado una bandera o había puesto una bandera. Y los dejaron tres días en la acera, comiéndoselos las moscas. Y ya empecé a ver cosas que me horrorizaban al llegar.

Mi marido iba con el grupo de aviadores. Estuvo en Chinchilla, estuvo en Alicante, luego lo pasaron por Valencia y estuvo en Barcelona y luego en el monasterio de Collel y ya luego pasaron a Francia a los aviadores cuando se iba perdiendo la guerra.

—¿O sea, que dentro del cuerpo de aviación, en zona republicana, a tu marido no lo consideraban un enemigo?

Estuvo en la cárcel, pero lo respetaron, le salvaron y le sacaron a Francia cuando terminó la guerra. Esto quiere decir que tenían una gran consideración con él. Luego pasó a Zaragoza, a unirse a mí y a nuestros hijos. Una de las cosas que influyó para que aquí le castigasen y le detuvieran, es que me metieron a mí en la cárcel. Más que por mis ideas, porque entonces mis ideas no las había explayado a nadie, porque no tenía ocasión, porque no me trataba con nadie. Yo creo que también tenían miedo de que mi marido supiese cosas que pasaban con Franco, porque desde luego, estando mi marido con él... Y luego mi marido lo ha comentado conmigo, pues recibió cheques para la rebelión. Lo que pasa es que a mi marido le chocaban estos cheques y estas cosas y ciertas conversaciones y ciertas visitas que tenía Franco.

Y nos fuimos a vivir a mi pueblo, porque claro, no teníamos medios aquí para vivir y nos fuimos allí. A mí me había asistido un médico muy de derechas en mi casa; nos asistía ya en tiempos del Rey y luego vino la República y también nos asistió. Era una persona buena, soltero, viejo, y era uno de los mejores médicos. Cuando la guerra no le hicieron nada, él siguió en Madrid viviendo en su casa, bien y todo eso; lo respetaron mucho. Pero luego cuando terminó la guerra me llamó, cuando vivíamos en el pueblo y me dijo que sí podía venir a pasar unos días con nosotros. Pero teníamos la casa destruida, aunque no del todo, porque habían pasado por allí los alemanes, por Calanda, y estaba la casa deshecha, sin cristales y muy mal; hasta los moros pasaron. Y nos escribió este señor diciendo que iba a venir unos días con nosotros, y yo le escribí diciendo que ni tenía muchacha, que sabía cómo estaba acostumbrado, que él tenía cocinera y todo y que no viniera. Pero se empeñó en venir y resulta que vino a decirle a mi marido que parece que la denuncia mía y la de mi marido y todo eso venía del general Kindelan.

—Y ¿era cierto?

Pues no sé, bueno, algo en Cuatro Vientos había y yo nunca supe de esto. Nunca supe nada, porque ya te digo que mi marido me tenía alejada de todo, igual que me tenía alejada cuando venían las fiestas de la iglesia de la Señora de Loreto, que iban todas muy elegantes vestidas y luego había una corrida de toros. No iba, sabes, o sea, que estaba completamente separada. Y entonces vino este señor y lo que venía era a decirle a mi marido que si él quería declarar contra el general Kindelan, que sería luego un beneficio en favor de mi marido; le contestó que estaba muy delicado del corazón y además no quería hacerle un favor a Franco. Dijo que no quería denunciar ni hacer nada, porque total, sacarle las castañas del fuego, ¿para qué?... Y no quiso... Y luego tres meses después, digo tres meses que pudieron ser dos y medio o cuatro, porque yo de estas cosas no me entero, pues metían a Kindelan preso en un castillo por monárquico, o sea, que entonces Franco...

—Y había terminado la guerra.

Hacía cuatro o cinco años o así. Quisieron aprovecharse para no meterlo como monárquico, meterlo con orden de fusilamiento para él, para la mujer cárcel; o sea, yo las cosas te las puedo decir por encima...

—Sí, pero ahí había doble fondo, porque el otro sabía que tu marido conocía cosas, pero las ocultó.

Sí, sí, quizás hoy en día saliesen a flote, pero claro, en aquella época solo faltaba que lo detuvieran. Entonces teníamos tres hijos y uno que nació, que es este que está aquí, el que lleva diferencia de edad con los otros. En Calanda, esta casa que tenemos

la utilizamos para proteger a los antifranquistas, como también lo hicimos con los maquis. Yo no sabía que mi marido tenía a estos en el pajar, y la Guardia Civil venía mucho por allí. No es que vinieran a nada, sino que pasaban y entraban a beber en el botijo y se marchaban. Pero los dos días que estuvieron los maquis coincidieron los guardias, eso que no venían todos los días. Se fueron los guardias y les dimos comida y lo que fuera.

—Estos maquis, *guerrilleros*, que nosotros les llamábamos, ¿por qué fueron?, ¿estaba alguno herido o es que iban de paso?

Pues no lo sé, porque la verdad es que no me dijeron nada, y el que más se preocupó de ellos fue mi marido.

—¿Pero los acogisteis en casa?

Sí, era una finca, como una masía, o sea, que no tenía comodidades. Pero había un pajar, a treinta metros o así, y estuvieron allí. Entonces les pasaba de comer durante varios días. Estaban de paso porque venían de eso que hubo por el Maestrazgo y vinieron por un pueblo que se llamaba Torrabelilla, por esos montes de Calanda, en alguna masía la Guardia Civil había fusilado gente. Por haber, creo que decían que hasta había un niño de catorce años. Lo habían matado por haber ayudado a los maquis (guerrilleros, verdad, es más bonito, a mí me gusta más). Porque durante mucho tiempo los rojos y los de derechas, los rojos y los nacionales, y yo ya me he acostumbrado a decir los republicanos y los sublevados, estuvieron en casa. Y yo nunca más he sabido de eso, que les hacía la comida y que luego se llevaron algo. Dinero no, lo sé porque lo hacía mi marido, sabes, pero yo ni les vi la cara ni nada, no les vi. Pero sé que estaban allí porque además vi que mi marido llevaba alguna venda, pero no debió ser herida. Más que nada debió ser torcedura de pie o alguna cosa poco importante. En la guerra a mí me traían unas monjas la leche, pues tenían vacas. Cuando empezó la guerra las echaron del convento, que lo tenían en la Ciudad Lineal, y entonces pues las tuve en casa. Eran muy ancianas, una tenía ochenta años y otra ochenta y cuatro. Pero el día que vinieron a pedir refugio en casa, porque les habían quemado el convento, pues yo no tenía sitio. Y había enfrente una pensión, en la calle del Doctor Castelo, que nada más empezar la guerra habían puesto una bandera roja en la ventana. Y entonces yo pasé y dije que habían venido unas tías más del pueblo, que eran tres, si querían tenerlas esa noche hasta que yo preparase casa. Y entonces dijeron sí y las tuvieron no una noche, sino dos, y cuando fui a buscarlas le dije a la dueña de la pensión: “¿Cuánto le debo?”. “Nada, siendo mujeres... pobres mujeres, y tan viejas... nada”. Y eran francamente de izquierdas. Es para decirte que no se piensen que por el hecho de ser monjas las mataban, las violaban y todas esas cosas que dicen. O sea que no solo las tuvieron, sino que no quisieron cobrar el tiempo que estuvieron allí.

Y estuvieron en mi casa siempre. Es más, cuando yo me marché de Madrid tenía todavía el ama que había tenido para mis hijos, el ama seca. Estaba en casa y cuando me fui de Madrid se quedaron en mi casa; y no solo ellas, sino que metieron a cuatro más, o sea, que después de marcharme, en mi casa hubo siete monjas más el ama esta que había recogido yo. Y no sé cómo se las arreglaban pero el caso es que incluso hasta tenían pan y abundante comida. Quién se lo daba, no lo sé, pero parece que gente del barrio en que ellas habían vivido, que si tenían algo se lo llevaban.

Esto también se me pasaba, pero me gusta decírtelo al acordarme de los maquis, porque yo siempre he dicho que para mí la humanidad es muy importante. Si puedo ayudar a alguien ayudo. No ayudaría nunca a una persona asesina o franquista. A esas no las ayudaría en la vida, pero a un ser desgraciado en ese momento yo estoy dispuesta a ayudarlo.

Josefina Veciana

Por Carmen Casas he conocido a Josefina. Es una mujer algo tímida en el hablar y muy agradable. Dice que ella no ha pasado lo que tantos y tantos cientos de mujeres españolas han pasado, han sufrido, y encuentra interesante que se sepa. Dice: "Yo también te doy mi pobre testimonio".

Soy de Tarragona, durante la guerra, desde el año 36, pertenecía a las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña; hice toda la guerra así, que se iban los caramadas y teníamos que ir supléndolos las mujeres en los cargos. Estuve como secretaria femenina de organización, en el último período de la guerra.

Hicimos lo que buenamente se podía entonces desde la retaguardia; después con la retirada, a mi lado estaba la Ángeles Navarro, las hermanas Pantoja, Eulalia y Eufemia; había muchísimas que éramos de la Juventud: Julia Romero, mi hermana, Dolores Veciana... Bueno, ellas estaban en Barcelona; venían a algunas reuniones o algún trabajo. Después estuve con ellas en la retirada; que a los últimos días, vino Peidro, y con él ya nos fuimos mi hermana y yo, junto con otro camarada. Fuimos retirándonos de aquí a Calafell, de Calafell a Barcelona, al Colón, y de allí hacíamos salidas a dar ánimos a los soldados, a que resistieran; hasta que tuvimos que salir de Barcelona. Aquí en el Colón es donde estábamos con la Teresa Pàmies, con la Margarita Abril, es donde más las traté. Después, al retirarnos, todas en un camión fuimos hasta la Bisbal, y de allí a Gerona. Yo fui al hospital, porque me mandaron animar a los heridos, como Partido y como enfermera, que no les entrara temor. Por cierto, que bombardearon el hospital y allí quedaron muchos heridos que no podían salir; lo mismo pasó en Figueras; tuvimos que salir para la Junquera, porque aquello era una guerra continua de bombardeos, hasta el punto de que yendo a la estación a buscar comida —porque no teníamos y nos dijeron que en la estación había un tren que tenía— nos encontramos con un bombardeo; nos tiramos en un hoyo que había ya de otras bombas, por aquello que se decía: "Al sitio que ha caído una ya no cae otra". Nos tiramos sin mirar, y había siete u ocho cadáveres, se ve que los habían recogido de por allí; los habían tirado al hueco aquel, o sea que nosotros nos tiramos para refugiarnos y vimos que estaban muertos.

Total, que tuvimos que salir para la Junquera, pero andando, no había modo de coger un coche ni nada. Nos encontramos con todo el Ayuntamiento de un pueblo de cerca de la Bisbal, y nos cogieron las maletas y fuimos andando con ellos. Tuvimos que hacer dos noches, porque de Figueras a la Junquera hay un tirón para ir andando. Con aquella gente íbamos solo mi hermana y yo, o sea, nada más nosotras dos de Tarragona; tuvimos que hacer noche y después, ya casi arriba de la Junquera, cuando ya estábamos cerca de la frontera, hicimos noche también. Habían hecho dos casitas de campaña, en una estábamos las mujeres que llevaban los del Ayuntamiento y

nosotras, y en la otra los hombres. Pero se ve que el que hacía guardia estaba rendido, se durmió y oímos unos estruendos grandiosos. Resulta que en el pueblo anterior había un polvorín y lo explotaron antes de dejarlo. Los nuestros lo explotaron para que no se aprovecharan los franquistas. Y entonces dijo: “¡Ay!, es que me he dormido”; y los camiones que pasaban ya creíamos que eran rebeldes; allí corrimos todos. Nos dejamos las maletas, las tiendas de campaña, nos dejamos casi todo abandonado, y en la carretera nos cogieron los camiones.

Nos cogieron y tuvimos que abandonar todo el equipaje que llevábamos. Si quieres te diré otra cosa, que es un poco de risa. Al pasar la frontera había unos carabineros, también nuestros, que pasaban, y uno me dice: “A las mujeres no las registran, pásame esta pistola y al otro lado ya me la darás”. Una pistolita pequeña, muy mona, con un puño de nácar. Y yo, inocentona, la cogí; porque hay que tener en cuenta que yo tenía entonces dieciocho años. La cogí y me la escondí. Y así entramos adentro y no me dijeron nada. Pero es que el carabinero ya no le vi más porque a las mujeres nos hacían subir a un sitio y a los hombres a otro. Aquella pistola la metí dentro de un calcetín, entre las pocas cosas que pude llevarme. De allí nos llevaron a Le Perthus primero, pero allí solo pasamos unas horas. De allí a Cahors, donde estaba el cuartel de senegaleses; bueno, el caso es que nos fueron distribuyendo. Nos llevaron a un apartamento en Olot y de Olot a Marsella. Allí éramos seis. Por cierto, había dos camaradas que eran del Partido, una era secretaria de Comorera. Dos hermanas: una se llamaba Celia y la otra Nuri, pero no me acuerdo del apellido; estas estaban con nosotras. Había dos chavales, dos chicos pequeños, y jugaban con unas calabazas a hacer travesuras; en la plaza estaba el monumento al soldado desconocido, como en todos los pueblecitos de Francia, y pusieron una calabaza vacía y una vela dentro, y hacían miedo. Se hicieron una pistola de madera y la pintaron con tinta y el hijo del alcalde, que era un crío como ellos, vio las pistolas y creía que eran de verdad; entonces mandaron una denuncia al alcalde y vinieron hacer un registro, y a quien encontraron la pistola fue a mí. Pero me dijeron que no dirían nada, porque se ve que les gustó y no lo denunciaron. Yo no las tenía todas conmigo, porque no las podía tener. Explicué el caso; la verdad, si me creyeron o no, no lo sé. El caso es que no me dijeron nada.

En total estuve veinte meses en Francia; después fuimos a Bayona, y allí en Bayona estábamos en contacto con el Partido. Vino Peidro a vernos allí también, pero estábamos con mis tíos, que no querían saber nada, o sea, que lo echaron; a mí me trajeron la historia del Partido Comunista. Me la cogió mi tío y me la tiró al fuego, o sea, que... aquello era un infierno y decidimos marcharnos. Primero vino mi hermana y no le pasó nada. Yo me fui a casa de un médico a trabajar en Biarritz y de allí, por una tontería que me pasó, quise venirme. Y otra vez nos pusimos en contacto a trabajar aquí clandestinamente con el Partido. Hacíamos solidaridad con la cárcel; yo, por ir a la cárcel me decían que hacía Socorro Rojo, y todos los compañeros que íbamos, porque había muchos que no tenían a nadie. Les lavábamos la ropa, les hacíamos la visita, les llevábamos lo que buenamente podíamos, que era bien poco aquí en Tarragona, en Pilatos.

En fin, después vino la caída. Estábamos en contacto con Barcelona; empezaron los de Manresa y fuimos cayendo todos; cuando nos detuvieron, aquí en Tarragona

no nos tuvieron ni cinco minutos, nos llevaron a Reus. La única mujer que había en esa caída fui yo. De Reus ya nos llevaron a Barcelona. En Jefatura Superior de Policía dicen que solo se puede estar setenta y dos horas. Estuvimos veintidós días, y cada vez que les parecía, para arriba, a tomar declaración. Estaba el jefe de policía Polo y decía que buscaba a Peñarroya, enseñando su pierna: "Voy cojo por él". Le había pegado un tiro. Respuesta: "No". "Pues vaya, si todos fueran como tú poco sacaríamos en limpio". Después de mí estaba la Angelina; la Angelina estaba entonces trabajando en lo mismo, y ya no cogieron a ninguna más. "No puedo explicar nada, yo no sé nada, yo no sé lo que quiere, yo de lo que me hablan no sé nada". Tuve que defenderme, pero maltratarme, no. Amenazas sí, me amenazaban con la bañera y qué sé yo. Estuvimos veintidós días. Luego nos procesó el juez militar, o sea, que a Capitanía nos llevaron, y de allí a Les Corts; y los hombres a la Modelo.

En Les Corts me encontré con muchas camaradas que conocía y otras que no conocía, y con muchas mujeres que habían sufrido injusticias enormes, sobre todo las de Alcázar de San Juan, que según me explicaron ellas, fue de miedo. Las pelaron a todas, les hicieron una cruz en la cabeza como los burros aquellos cuando los pelan, los esquilan y luego les hacen dibujos a rayas, una cruz en la cabeza; y las hacían ir en manifestación, exhibiéndolas por las calles. A las que estaban encinta las hacían picar todo el día.

Entre ellas estaba Benedicta, que era una señora mayor. Fueron a su casa a buscar a su hijo. Al no encontrarle la detuvieron a ella, y la tuvieron bastantes horas colgada por los pies, y de ello se quedó ciega. Había otra mujer que era más joven, que al entrar los soldados moros, o los que fueran, abusaron de ella; como de otras, pero yo hablo de este caso en particular. No tuvieron bastante con eso; después le pusieron pólvora, con el machete o fusil, con el cañón del arma en sus partes; la deshicieron.

Nos mandaron a Manresa porque pertenecíamos a aquel juzgado, y a los once meses fuimos todos para allí, la cárcel era mixta de hombres y mujeres; en política estaba solo yo; había cinco o seis mujeres comunes. Yo me encontraba, claro, que no tenía nada, y por mediación de una tía que tenía en Gavá, ella tenía una amiga que tenía una hermana en Manresa, las mandó decir que yo estaba allí y a ver si podían hacer algo por mí. Al otro día vinieron; lo digo porque es que hay personas buenas, porque yo mientras viva no he de olvidarles. Vinieron al otro día, me trajeron un colchón para estrenar, me trajeron cada día comida y cena, una gente que no les conocía; y cada día, cada día. Y eran gente trabajadora, yo veía que aquello era muy pesado, porque hacía calor y tener que venir... Entonces me llevaron un hornillo eléctrico, una cazuela, una ollita, y venían un día sí, un día no. Se traían la comida para el día y después cruda para hacerme al otro día lo que fuera.

—¿A la visita pasaban como tíos tuyos?

No, amigos, pero eso lo digo porque incluso cuando nos dieron la libertad ellos pagaron mi fianza. Lo digo porque en mi casa ni eso podían y todavía somos igual que antes; para mí son mi familia y ellos incluso me llaman *hermanita*, tal y cual; porque los viejos ya no están, son los hijos ahora, y nos queremos como hermanos.

Al salir de la cárcel todos estábamos bastante desmoralizados, porque las caídas iban sucediéndose continuamente. Se hacía lo que se podía, más bien poca cosa; ir a casa de uno o de otro, reuniones, hacer intercambio de opiniones, pero sin haber una organización. En mi casa, por la condición de que nosotros teníamos una tienda,

una heladería, era la *casa pairal* de todos los exiliados cuando les dejaban venir de vacaciones, pues para todos era el punto de concentración. Por mediación de mí, sabían dónde vivían unos y otros y teníamos contactos. Hasta que se legalizó el Partido, siempre hemos ido a trancas y barrancas de esa manera. Pero siempre con ganas, porque perdimos el hilo, sin poder reorganizarnos porque no sabíamos; o sea, queríamos incorporarnos al Partido, pero no encontrábamos el hilo. Tantos años como estáis organizados y nosotros sin poder estar en contacto; hasta el punto de que, fíjate tú, yo solo hace un año que tengo el carné.

Todo este tiempo hemos trabajado, siempre ha sido una lucha, siempre hablando; porque el Ignacio, la Angelines, todos ellos, cada fiesta a casa. Lo nuestro siempre ha sido hablar del Partido sin encontrar cómo atarnos. Somos cinco de familia, mi marido y tres hijos; somos todos del Partido, y el pequeño, que es de la Juventud.

Con estos testimonios terminan las grabaciones que en su día recogí de estas queridas compañeras, que yo quería que representaran a tantos miles de mujeres que han pasado por las cárceles de Franco. Las cárceles de España no eran suficientes para tanta mujer condenada a años de cárcel. ¿Cuántos conventos fueron habilitados como penales? No lo sé, se podrían contabilizar, pero yo no me lo he propuesto.

Es una pena que queden tantos nombres anónimos, de los treinta y seis años del régimen fascista, de la zona republicana, treinta y nueve de la zona franquista, porque yo personalmente creo que los testimonios de los hombres y mujeres que han luchado duramente treinta y nueve años por hacer posible la democracia es la verdadera historia de nuestra España.

Ahora terminaré este libro, con algo también de mí misma en la clandestinidad.

DE LES CORTS A LA
CLANDESTINIDAD

Al salir en libertad me estaba esperando en la puerta de la cárcel en un taxi la pensionista que tenía Carmen, de la calle Mallorca. Me llevó a la pensión y allí me encontré con Miguel, que me estaba esperando. Él vivía en Diputación esquina Enrique Granados. Eran dos hermanas ya mayores, que tenían tres o cuatro pensionistas; vivían en familia. Eran muy agradables, una de ellas se llamaba señora Bárbara, eran muy atentas y muy limpias, la pensión no era cara. Entre los pensionistas Miguel hizo amistad con José Mir, que aún hoy perdura, junto a su esposa Lolita y su hijo José Emilio. Miguel trabajaba en unos despachos que representaban a una fábrica de Mahón de máquinas de cálculo llamada Sumadora Comercial en la Gran Vía, frente al Coliseum. Yo le expliqué lo que había hecho dando una residencia falsa; se sonrió y me dijo:

—¿Eso quiere decir continuación?

Yo le contesté:

—Hombre, supongo que es lo normal; no hemos terminado todavía con el régimen franquista.

Estuve un par de días en casa de Carmen, los justos hasta que Cristóbal Garricosa, militante de nuestro Partido, y personalmente para nosotros como un hermano —él era el director e ingeniero óptico de la casa Cottet, hoy llamada INDO, fábrica de montura de gafas en que yo estaba trabajando cuando me detuvieron—, me alquiló una habitación en San José de la Montaña con aire puro, jardín y una habitación con terraza; me pagó los gastos de todo un mes para que pudiese acudir a las consultas de médicos para verme la cabeza y la columna vertebral. El diagnóstico al ver las radiografías, me dijeron que el golpe que había recibido en la nuca me había desviado la columna y que tendría que hacer un reposo totalmente absoluto. En cuanto a lo de que me habían hablado en la cárcel de operarme de la cabeza no coincidieron ninguno de los dos o tres médicos que me vieron. Me dijeron que ese coágulo se iría disolviendo, secándose, y desaparecería por sí solo no sin causarme trastornos. Pero operar no lo creían conveniente. Me dieron el tratamiento a seguir y me dijeron que para la columna no había otra solución que hacer reposo en una cama con tabla. Estuve un mes en esa casa; después Miguel escribió a sus padres pidiéndoles que me tuvieran una temporada en Madrid con ellos para seguir reposando. Contestaron que podía disponer de su casa y de lo que ellos pudiesen hacer, y el tiempo que fuese necesario. Así que marché para Madrid y estuve dos meses.

La casa en que vivía estaba en el centro de Madrid, en el barrio más castizo, Lavapiés, calle Caravaca número 7. Es una travesía que está entre la calle Mesón de Paredes y la calle Lavapiés, muy cerca de la plaza de este último nombre. La casa no reunía muy buenas condiciones; tenía dos pequeñas habitaciones en las que no cabía una cama grande ni dos pequeñas; por lo tanto, en cada habitación había una cama,

en las cuales dormían sus padres. El comedor era un poco más grande que las habitaciones y en él había una turca que había sido la cama de Miguel. No tenía cuarto de aseo, sólo un váter junto a la misma cocina sin puerta ni nada, tapado con una cortina. Todas las amistades de ellos me recibieron muy bien y me trataron con mucho cariño; decidieron que me quedase a dormir en casa de la familia de la que había sido novia de Miguel. Luisita, hermana de Maruja, el tiempo que estuve en Madrid, respiró un poco; a veces diciendo a sus padres que iba a buscarme a casa de los abuelos, podíamos hacer una escapadita a algún sitio. Desde que su hermana había muerto iba toda enlutada pese a lo joven que era y en su casa le habían prohibido totalmente, como si fuese un gran delito, ir al cine o a cualquier distracción. La primera escapada al cine fue precisamente conmigo, diciéndoles que habíamos estado en casa de unos amigos. La muchacha había estado muy afectada por la muerte de su hermana; aún le era más duro por el hecho de estar sin salir de casa. Mi llegada fue como una tabla de salvación para su moral. Recuperé el ánimo jovial y alegre que tenía. Las cartas de Miguel le mantenían el ánimo para estar constantemente en casa haciendo una vida familiar muy cerrada junto a sus padres, Masimina Pérez y Alfredo Gardón, pensando siempre en la joven Maruja, que les había dejado en lo mejor de su vida. Las cartas de Miguel llamándola *querida hermanilla*, tan llenas de cariño sincero por esa chiquilla que conocía desde hacía tantos años, eran cariñosas y agradables porque él no sabe tratar a la gente si no es poniendo todo su amor.

Lo que sí me pareció comprender es que los padres por ambos lados pensaban en la posibilidad de una continuidad en las dos familias. Claro que no contaban con los interesados, pero tanto la madre de Maruja como la de Miguel se les escapaba en sus conversaciones alguna palabra, que lo daban a entender, yo así lo comprendía, pero estaba segura que Luisita, más infeliz que un cubo, ni se enteraba. Las dos nos lo pasábamos muy bien con muy buena armonía y haciendo una verdadera amistad que aún dura.

Pero no dejó de preocuparme ese interés de los viejos, y que pudieran hacer daño a la chavala, porque yo sabía, y lo callaba, que Miguel y yo estábamos más colados que una regadera, pero nada en concreto.

Terminó mi estancia en Madrid. Llegué a Barcelona y Miguel me recibió con los brazos abiertos, con gran alegría de volverme a ver. Yo le expliqué mis impresiones, por parte de su madre y de la de Luisita. Me contestó que de ninguna manera, que si Maruja hubiese vivido se hubiese casado con ella aunque la hubiese tenido en casa como una muñeca por la desgracia de su enfermedad, pero que una continuación con Luisita no podía ser, pues él sólo la quería y la recordaba como a una hermana, así que por ese lado no había nada que hacer. Además él sabía que yo no era tan tonta como para no ver que nuestras vidas estaban ya casi unidas y que solo faltaba terminar con el régimen, pues en la situación que nos encontrábamos de clandestinidad era muy difícil formar un hogar.

Yo le dije:

—Anda, majo, pues si tenemos que esperar a terminar con el franquismo, nos saldrán canas.

Él se reía porque ha sido siempre —y lo sigue siendo— optimista; siempre encontraba algo para convencerme. “Esto se acaba, nosotros nos debemos a nuestro Partido

y debemos seguir luchando; si formamos un hogar nos será mucho más difícil seguir la lucha”.

Yo no estaba de acuerdo con él y le decía que la lucha la podíamos seguir unidos los dos, puesto que ambos pertenecíamos al mismo Partido y los dos teníamos el deseo de luchar para terminar con el régimen franquista. Yo no sería en ningún momento un obstáculo para él, como también suponía que él no lo sería para mí.

Bajo esa condición yo estaba dispuesta en cualquier momento a unir nuestras vidas por el tiempo que pudiéramos disfrutar de ellas. Si tuviéramos que sufrir una separación por nuestro trabajo, larga o corta, como fuese, la sufriría siempre pensando en él; y cuando nos encontráramos sería una alegría y una gran emoción en nuestras vidas, en las cuales habíamos hecho un alto en el camino para disfrutar de nuestro amor. Le costó un poco comprender que era cierto, que yo no sería un obstáculo en su vida política, y al fin nos unimos el día 29 de junio de 1946. Él escribió una carta a los padres de Maruja comunicándoles nuestra unión, diciéndoles que en vida de su hija la había respetado como se merecía, pero que ahora no podía vivir solo con su recuerdo y se había unido a una compañera que ya conocían, y les daba mi nombre. También escribió a sus padres comunicándoles lo mismo; ni a los unos ni a los otros les sentó muy bien que se uniese a mí. Incluso hay una anécdota muy simpática de aquella época. Los Gardones escribieron una carta —recuerdo que fue el padre— en la cual le decían que le deseaban mucha felicidad casado con un soldado en lucha. Al año siguiente, en el mes de julio, tuve una niña preciosa y les comunicamos el nacimiento de nuestra hijita Estrella. Miguel, un poco chungón, les decía: “Por primera vez en mi vida he visto que un soldado ha parido una niña”. Tampoco esto rompió nuestra amistad. Puedo decir que en la familia Gardón mi hija encontró como un segundo hogar; con Alfredo dio sus primeros pasos.

Nuestro primer hogar fue una casa en la carretera de Sarriá, cerca de la avenida Infanta Carlota. Allí vivimos en un piso bastante hermoso tres matrimonios. Uno de ellos tenía una niña preciosa de dos añitos y medio o algo así; el otro eran Moisés y Agustina unos de los camaradas más queridos por habernos unido nuestro trabajo antes de la detención del 45. También nuestro camarada Celestino Carrete, *el Viejo*, padrino de nuestra hija y querido por todos. Allí vivimos los siete y la pequeña varios meses, hasta que tuvimos que disolvernos por medidas de seguridad. La casa quedó habitada solo por María y su esposo, los padres de la pequeña; los demás, cada uno por un sitio. Nosotros fuimos a la calle Urgel, 72, 3º-1ª; era un matrimonio.

Angelita y Juan Torres, que tenían dos hijos, Mariano y Juanito; este hombre había sido anarquista, nos alquiló dos habitaciones pequeñas. Yo seguía trabajando en Cottet y estaba en estado; esperaba a mi primer hijo.

Miguel, que seguía en la Sumadora Comercial, por aquella época no tenía mal sueldo, pero teníamos que afrontar también algunos problemas: de los compañeros que teníamos en la Modelo algunos no tenían a nadie y teníamos que acudir con algún paquete semanal y recogerles la ropa para lavarla. Todo eran gastos extras para lo que se ganaba entonces. Además no había venta libre, se tenía que comprar con cartilla de racionamiento. Todo lo que no entraba dentro de la cartilla era a base de estraperlo, incluso el pan. Daban una pequeña barrita al día, como de doscientos gramos todo lo más. Estaba racionado y si querías o necesitabas algo más tenía que ser de estraperlo; nuestras posibilidades no llegaban a tanto. Nosotros tuvimos la

suerte de fijar las cartillas del pan en la calle Muntaner, entre Aragón y Valencia, muy cerca de casa de Carmen, la pensión de la calle Mallorca. La panadera era una mujer excelente, se llamaba Conchita; sabía nuestra situación y siempre nos daba dos o tres barras de más. Para poderlo hacer sin que la gente que estaba en la panadería se enterara yo dejaba las cartillas permanentemente en la panadería; solo las cogía para ir a buscar el racionamiento a la tienda del chaflán de la calle Aragón con Muntaner. Tenía una bolsa de tela para el pan, y cuando llegaba le decía:

—Conchita, por favor, ¿me da usted mi pan?

Ella nos libró de comprar pan de estraperlo. Cuando nos detuvieron, en el 45, la policía se enteró por Abastos dónde teníamos las cartillas y fueron a buscarlas. Esta mujer les dijo:

—No les daré a ustedes unas cartillas de racionamiento de unos clientes míos. Yo se las entregaré a Abastos, pero a ustedes no.

La amenazaron, pero ella dijo que avisasen ellos mismos a Abastos; solo las entregaría a ese organismo o a los interesados. Y se quedaron sin cartillas. Los polis, cuando hacían detenciones y podían atrapar una cartilla de racionamiento, una más que tenían en su haber; pero aquí fracasaron. Cuando salí de la cárcel y pasé por la panadería me lo explicó Conchita. Las cartillas estaban como el día en que yo las dejé, y le dije:

—Pero mujer, ¿por qué no ha cogido usted el racionamiento?, el aceite, el jabón, todo lo que dan en la tienda.

—Ah, no. Eso yo lo he respetado. Y si Abastos hubiese venido a buscarlas se las hubiese dado, pero a ellos ni hablar.

En esta semiclandestinidad en que vivíamos seguíamos trabajando en el Partido y las guerrillas. Por mi estado de gestación no hacía los viajes con tanta frecuencia como antes de detenernos en el año 45. Estaba de enlace entre Partido y guerrillas con el responsable político militar, nuestro siempre recordado camarada, *Julio*, Pedro Valverde.

En abril del 47 hubo otra caída como la del 45; mucho más seria por las consecuencias que tuvo. En nuestra caída del 45 pudimos conseguir con mucho trabajo que levantasen la pena de muerte al grupo de guerrilleros que juzgaron excepcionalmente en la misma cárcel Modelo, pero en esta caída no pudimos conseguir que se salvaran los cuatro más responsables: Pedro Valverde, Numen Mestres, Ángel Carrero y Puig Pidemunt; fueron fusilados el 17 de febrero de 1949. La casa de Luisa era una de las estafetas de Pedro Valverde. Varios camaradas de gran responsabilidad pasaron por casa de mamá Luisa, como la llamábamos y la seguimos llamando. Unos para ir a recoger lo que Pedro dejaba para ellos, otros para dejar algo para Pedro. Esta mujer, con cuatro hijos, y teniéndose que ganar la vida para ayudar a su marido, se jugaba mucho en esos tiempos; ella lo sabía y era consciente, y unas veces con miedo y otras sin él tiró adelante.

En esta caída del 47 no podemos decir, ni mucho menos, que la suerte jugó con nosotros. No fue la suerte, fue la valentía de nuestros camaradas frente a la policía; les torturaron bárbaramente, pero se comportaron como comunistas de primera línea. La policía no les pudo arrancar ni un solo nombre de camaradas, ni una estafeta, ni una casa de apoyo. Pedro había quedado semiciego de los palos, le habían roto el nervio óptico.

El abogado Gómez Ponchón llamó a Miguel al despacho; le dijo los camaradas que estaban detenidos. Que se marchase inmediatamente, la policía lo buscaba. Miguel, sin decir una palabra a nadie, se marchó. Sobre la mesa del despacho se dejó la pluma, y la gabardina colgada en la percha, y se llevó las llaves de la caja fuerte. Fue a casa a recoger algunas cosas y a recogerme a mí y ver qué hacíamos. Justo el día de la detención yo había tenido una cita con Pedro en el puente Marina y le había dicho que en casa de Luisa tenía algo para él, y sabíamos que había ido a buscarlo. Si hacía dos días que les habían detenido y no habían detenido ni a Luisa ni a nosotros, quería decir que los camaradas se estaban comportando como se tiene que comportar frente a la policía. Miguel advirtió a Luis de lo que pasaba y nosotros nos marchamos.

A Luisa le dejó la llave de la caja fuerte de la Sumadora Comercial y le dijo que cuando pasasen un par de días la llevase al despacho y se la diera al señor Rivero, jefe del despacho.

No recuerdo dónde fuimos a dar aquel día con nuestros huesos; lo que sí sé es que a Miguel le buscaba la policía con rabia; pero solo se decía que le buscaban a él, no a mí. Sin embargo, los camaradas decidieron que Miguel no saliese de Barcelona, sino que se quedase una temporada al margen del trabajo, escondido en una casa. Y que a mí me sacasen a Francia para que diese a luz. Así preparamos las cosas. Me metieron en un tren hasta no recuerdo qué pueblo, donde fueron a buscarme en coche y me llevaron a una fábrica. El director e ingeniero era un camarada nuestro. Era una fábrica de colorantes, debía ser del textil, y me acogieron con mucho cariño. Era una familia valenciana: su esposa, tres o cuatro hijos y la madre de la mujer.

Allí esperé la decisión del Partido, que fue la siguiente: si me iba a Francia estaría apartada del Partido quizá por una buena temporada; no se sabía el tiempo por aquellos años, si la dirección del Partido en el interior te mandaba a Francia como militante del Partido en el interior, hasta que los contactos del Partido interior y exterior aclaraban por qué habías llegado a Francia te las vevas moradas con tu propio Partido hasta que las cosas se ponían en claro; las pasabas putas.

Esta situación la han sufrido, desgraciadamente, muchos camaradas; al saber las penas que les iban a pedir en la prisión estando en libertad provisional, pasaban la frontera para librarse de la cárcel. Después no se les recogía como militantes del Partido. Algunos han tenido la constancia de hacer informe tras informe, y sin dejar de hacerlo constantemente han terminado por ingresar, mejor dicho, reingresar en el Partido. A otros les ha costado muchos años de separación por no haber sido tan constantes o por no haberse aclarado su caso debido a alguna circunstancia rara; o sin ser rara, simplemente no se ha mirado su caso. Lo cierto es que en esos años el Partido tenía que poner mucha atención en la gente que iba de España para Francia, porque la infiltración de la policía podía ser muy fácil. Pero en algunos casos se sabía muy bien que no eran de la policía. También se podía dar el caso de que pensase el Partido que podían ser confidentes de la policía, aún sabiendo que en realidad eran militantes, y tomaban sus precauciones. El caso es que en aquellos años la vida de militancia del Partido era severa, no solamente éramos en España clandestinos, sino que en Francia también lo éramos. En muchos casos el Partido ha podido averiguar la circunstancia de cada uno. Yo no echo todas las culpas al militante que no ha sido tenaz para aclarar

su caso; también se la echo de la dirección del Partido por no hacer lo suficiente para aclararlo.

A mí me explicaron esta situación y me negué rotundamente a pasar la frontera; me quedé en Cataluña pasara lo que pasara. El camarada ingeniero comunicó mi decisión a Barcelona y yo me volví para la capital. Quedamos con los camaradas. Si me detenían, que dijese que estaba de ocho meses pasados y que intentarían me llevasen a dar a luz a la maternidad. Un médico amigo nuestro, en contacto con una doctora, intentaría la fuga. Pero no ocurrió nada de eso.

Llegué a Barcelona y me llevaron al mismo escondite en que estaba Miguel. No recuerdo qué barrio de Barcelona era. Lo que sí sé es que en la planta baja había un taller un poco grande, el dueño le llamaba *mi fabriquita*, y arriba había querido hacer vivienda, pero la dejaron sin terminar. Había unas habitaciones que tenían el mosaico ya puesto en el suelo y otras que estaban todavía con tierra; era allí donde yo hacía mis pipís, porque tampoco había váter. Ni cocina, no nos podíamos hacer nada caliente. Además, durante el día no podíamos andar por las habitaciones porque hubiesen oído nuestras pisadas desde abajo y solo sabía que estábamos allí el dueño. Incluso había unos guardianes que vivían constantemente en la planta baja y que sabían que arriba había alguien; pero ni subieron ni nos vieron la cara. Mario Feldsztajn, *el Coa*, nos traía todos los días la comida y los periódicos; el mobiliario que había no era más que un sofá y unos cajones. Durante el día los cajones nos servían de mesa y el sofá para sentarnos, y por la noche Miguel dormía en el interior del sofá y yo en la orilla con mi barriga, que cada vez crecía más, en un cajón. No teníamos luz, nos alumbraba la que entraba de la calle por las ventanas. Encima de la casa había una terraza; a ella subíamos por las noches a tomar el fresco y entrábamos a gatas por si algún vecino de los alrededores estaba por los balcones o terrazas y nos veían. Allí hacíamos nuestras necesidades, en periódicos que tirábamos a la calle. Había cerca un mercado —no sé qué mercado pudiera ser, el de Gracia, no estoy segura— y por las mañanas cuando iban las mujeres a la compra algunas decían: “En esta calle no sé lo que pasa, pero hace una temporada que no hay más que mierda en papeles”. Aquella terraza era un alivio para nosotros, no era de barandilla sino de muro; nadie nos podía ver sentaditos allí, respaldados y respirando el aire libre; aquel barrio era bastante bueno y tranquilo. Durante el día me paseaba descalza, porque no aguantaba con mi barrigón todo el día sentada, por aquellas habitaciones desnudas. A la hora de la comida, como los obreros se marchaban —nosotros oíamos las máquinas que se paraban—, nos paseábamos los dos a gusto y comíamos. Miguel leía los periódicos y escribía. Allí me hizo dos poemas muy hermosos que aún guardo; tras tantos años de estar guardados y llevarlos siempre conmigo están ya cortados por los dobleces, pero son los originales del día que los hizo. No se han separado de mí ni en la clandestinidad ni en el exilio. Uno se llama “Para tí” y el otro “Nuestro hijo”.

Mi hija ya estaba casada cuando lo leyó por primera vez, y a todas las oes les puso su correspondiente rabito, estos son los poemas.

Para ti

En la lucha te conocí.
Por ti misma te amé.

Amé primero tu fe
proletaria y comunista.
Camarada leal y firme,
¡en tu puesto siempre te vi!
Amé después tus maneras,
tu espíritu alegre y trabajador;
el empeño y el tesón
con que sirves al Partido.

Amé tu comportamiento
valiente,
tu moral revolucionaria;
tu fe serena y ardiente
en el triunfo de la causa.

Amé tu instinto de clase,
tu insobornable firmeza;
tu combatividad, tu entereza.
Cuando en el Partido es base.

Amé tu carne de amiga,
tus caricias sinceras,
tu entrega toral y completa,
sin prejuicios burgueses,
sin exigencias de cálculo.

Amé tu exquisita ternura,
la dulzura de tu amor,
la redondez de tus pechos,
la suavidad de tus muslos,
el camino de tus entrañas.

Toda tñ

Amé tu cuerpo robusto,
proletario y generoso
que abrió a mi carne ardiente
un mundo nuevo y hermoso.
Hombro con hombro lucharemos.
Hombro con hombro lucharemos
por el triunfo del proletariado.

Y en la dura marcha
hacia la España socialista,
gozaremos en los altos del camino
nuestro amor verdadero.

Compañeros en la lucha.
Compañeros en la vida.
Compañeros,
comunistas.

Nuestra hija

I

Una hija tuya...
Una hija mía...
¡Algo mejor:
una hija tuya y mía!

Será firme y proletaria,
como tú.
Será amante de la Idea,
como yo.

Será infatigable en la lucha,
como tú.
Amará a su Patria y al mundo,
como yo.

II

Una hija tuya...
Una hija mía...
¡Algo mejor:
una hija tuya y mía!

Será leal, honrada y valiente,
como tú.
Te amaré más que a nadie en la Tierra,
como yo.

Me dará fe, impulso y aliento,
como tú.
Te tendrá por bandera,
como yo.

III

Una hija tuya...
Una hija mía...
¡Una hija tuya y mía!

Entregará por completo su vida al Partido,
como tú y como yo.
¡Nuestra hija!

Mi barriga iba en aumento y el tiempo pasaba. Temíamos, que el parto llegase de un momento a otro, y no teníamos ni una toalla para recoger la criatura. Así estuvimos dos meses, los dos meses que nuestros compañeros estuvieron en Jefatura.

Mucho hemos tenido que luchar y trabajar con abogados y juristas internacionales para conseguir que en las comisarías se estuviese solo setenta y dos horas. Se consiguió en el año 62, pero hasta entonces lo mismo se estaba un mes, dos, que tres, y más, el tiempo que a ellos les diera la gana de tenernos en Jefatura.

Cuando subieron nuestros camaradas a la cárcel nos pudieron comunicar que a Miguel no le diera ni el sol; porque seguiría el mismo camino que ellos. Pero que yo podía ir con tranquilidad a casa de Luisa y dar a luz, porque aquella casa no se había mencionado para nada. Entonces decidimos que yo me marchara. Miguel quedó en la misma situación en que habíamos estado durante los dos meses. Al marchar me dijo:

—Si el parto es de noche avisa al Coa, que yo voy.

Fui muy bien acogida por todos en casa de Luisa. Faltaban quince días nada más, según mis cuentas, para tener la criatura.

En unos cuantos días quedó todo preparado para recibir al bebé. Por las noches me sacaban de paseo. El médico había dicho que debía caminar bastante. Estar en una casita tan pequeña como la de Urgel, por mucho que quisiera caminar por ella, no era igual que dar unos paseos por la calle. La casa no tenía ascensor, bajábamos cinco pisos, y por Diputación, que no había tanta gente como por la Gran Vía, iba hasta la plaza de España con Luisa. Por entonces en el centro, donde está la cascada y los jardines había unos bancos; cruzábamos la plaza y nos sentábamos en ellos. Después volvíamos por el mismo sitio a casa.

Tenía un médico maravilloso, el doctor Marcos, siempre pensé que ese no era su nombre, era un muchacho que estaba huido de Madrid y clandestino en Barcelona, con su mujer. No tenían hijos. Pasaban mucha hambre. Como médico no podía ejercer en ningún sitio, solo con la gente que le conocía, y la mayoría de nosotros, cuando nos reconocía no le pagábamos porque no teníamos medios económicos para hacerlo. En ocasiones alguna comadrona —por entonces todavía ejercían particularmente—, si tenía necesidad, le llamaba para que asistiera a alguna parturienta. Pero no era mucho lo que se hacía, pues en general las mujeres por entonces ya iban a parir a los hospitales o a las clínicas.

Yo recuerdo haber ido un día a su casa. Estaban realquilados en una habitación con derecho a cocina. En la habitación tenían una mesita y dos sillitas para comer aparte del comedor de la casa; no eran solos, había más realquilados. Los que tenían una casa un poco grande alquilaban habitaciones para poder sobrevivir a la miseria de aquellos años, sobre todo en la clase obrera. Lo que les vi comer fue un poco de arroz blanco; y para quitar el gusto del insípido arroz, se repartieron un albaricoque entre los dos. Este camarada militaba en nuestro Partido, venía del campo anarquista. Años más tarde me enteré, al preguntar por él, porque me hubiera gustado mucho verles, que había muerto tuberculoso. Uno más en la lista de Franco. No había caído bajo las balas de un piquete de ejecución pero había muerto a consecuencia de la miseria y del hambre que había sufrido bajo el régimen franquista, siendo un gran ginecólogo y no pudiendo ejercer por estar clandestino y vivir de mala manera. Era un hombre maravilloso al que siempre recordaré con cariño.

El 5 de julio me puse de parto hacia el mediodía y Luisa llamó inmediatamente al doctor Marcos; vino enseguida, me reconoció y dijo:

—Uf, esto va para largo, así que me voy. Llamadme si pasa algo; de todas formas, hacia las ocho o nueve estaré aquí. Cuando volvió por la noche me volvió a reconocer. La única intranquilidad que tenía es que iba a ser un parto seco y yo ya era mayorcita y era mi primer hijo. Estaban en casa de Luisa él y su mujer; allí cenaron y estuvieron toda la noche. Luisa avisó al Coa, porque ya se veía que iba a dar a luz por la noche y así nos lo había pedido Miguel. Era un 5 de julio con un calor sofocante. Luisa había comprado hielo y lo tenía en un barreño con cervezas para poder obsequiar al médico, al que no íbamos a pagar y se iba a pasar toda la noche junto a mí. Mis habitaciones seguían siendo las que habíamos tenido antes realquiladas en casa de Angelita, así que las dos puertas del rellano estuvieron toda la noche abiertas. Yo me paseaba de un piso a otro, el de Angelita daba a la calle, y miraba por el balcón por ver si llegaba Miguel. Cada coche o taxi que pasaba pensaba que sería él, pero no fue así. Luisa había avisado al Coa, pero Miguel ya no estaba bajo su protección; y aunque el Coa avisó a los camaradas para que le pasasen el recado, en aquellos años se tardaban días en llegar de un contacto a otro; y así pasó en este caso, hasta bastantes días después no supo que tenía una hija. Después de nacer Estrella, a las cuatro de la mañana, y de arreglarme a mí y a la nena, todos se acostaron, menos Luisa, que se quedó, junto a mí; ella sola representaba a toda mi familia.

Ese día precisamente, el 6 de julio, fue el primer referéndum de Franco. Yo no tenía voto porque había estado en la cárcel, era una ex presa y los ex presos no teníamos derecho al voto. Luisa iba a ir a votar, pero antes nos hizo un buen desayuno, chocolate, churros y nata; nos dimos un buen festín ese día gracias a que Luisa hacía esfuerzos económicos increíbles. Yo también comí. Marcos decía que eso del caldito de gallina para las recién paridas eran cuentos tártaros, así que bromeando y contando chistes tomamos el chocolate. Después del desayuno Marcos me reconoció y se marchó prometiendo volver por la tarde para ver cómo estábamos la madre y la hija. Luisa se fue a votar. ¿Por qué votaba Luisa? Era el voto de la amenaza; habría sanciones sobre los que no votaran, se quitarían las pensiones a los viejos, las licencias de pequeños talleres, en fin, cantidad de represión.

Un camarada nuestro, que había sido responsable del Partido en Barcelona en los años 43, 44 y 45, cuando nos detuvieron, había caído también con nosotros. Él decía que sería el padrino de lo que naciese. ¿Cómo se enteró que tenía una niña? No lo sé, pero él vino a verme y se ocupó de que se lo comunicaran a Miguel. También Pedro me decía muchas veces cuando hablaba con él:

—Vaya un guerrillero que va a salir de ahí dentro.

Y yo le decía:

—¿Y si es niña?

—Pues será guerrillera, que también su madre lo es, y yo seré su padrino.

Así que Estrella tenía un montón de padrinos; Luisa era su madrina; ella la había recogido al nacer, ella la había lavado y la había vestido, ella hacía de abuela y de madrina. Celestino Carrete, *el Viejo*, así llamábamos cariñosamente a este camarada, también era su padrino; por qué le íbamos a quitar a Pedro la ilusión de que lo fuera. Ocho años más tarde, tuvo otros padrinos, porque sin previa consulta a sus padres,

los abuelos, los padres de Miguel, la bautizaron. Ellos sabían muy bien que Celestino Carrete era el padrino y que Luisa era la madrina, pero en el bautismo *oficial*, el padrino es su abuelo y la madrina una amiga de la abuela, Manolita Ribagorda, una oficiala de prisiones de la cárcel de Ventas, una gran persona.

El viernes subió Carrete y me dijo... Mira, Miguel ya lo sabe. Mañana sábado va a venir; no sé a qué hora pero seguro que viene. Vosotros dejad la puerta abierta donde el paso sea libre. Si hay alguien de fuera en alguna de las dos casas, la puerta estará cerrada y así él podrá pasar libremente al piso que tenga la puerta abierta. Eso querrá decir que solo está la familia.

Yo, como es natural, contaba las horas que faltaban para ver a Miguel. Era sábado por la mañana estábamos pendientes de su llegada. A las doce todavía no había llegado, pero vino Rosita, la mujer de Aymerich. Venía a verme pensando que todavía la cría no había venido al mundo y se quedó muy sorprendida cuando la vio. Decía:

—Chica, qué grandona es; si no te hubiese visto la semana pasada hubiera dicho que ya tenía dos meses.

Fue una pelmaza, porque como era sábado y por la tarde no trabajaba Pepito, hacía tiempo hasta las dos de la tarde, que era cuando salía, para encontrarse con él, había traído un jerseycito. Luisa, que estaba con nosotras en mi piso, nos dijo:

—Me voy, que tengo que preparar la comida. Ahí os dejo.

Y oí cómo cerraba la puerta del piso. Era la señal para Miguel, que ahí no tenía que entrar. Al poco rato, Luisa apareció y empezó a hacer monadas a la nena.

—Huy, qué bonita es mi nena, ay, que guapa que es mi niña. Huy, qué jerseycito más mono le han traído, se lo voy a poner.

Y haciéndole monadas dijo:

—Voy a enseñársela a las nenas, con este jersey tan bonito.

Y se marchó con la niña. Me miró y yo comprendí que a quien se la iba a enseñar era a su padre; y la puñetera de la Rosita no se iba por nada del mundo. Esperaba a las dos de la tarde y hasta las dos no se fue. Salí al rellano a despedirla y vi que la puerta de Luisa estaba cerrada; eso confirmaba que Miguel estaba dentro. Llamé a la puerta y le dije fuerte:

—Luisa, que se marcha Rosita.

Salió Luisa, se despidió y se marchó. Entré en la casa de Luisa y, ¡me cago en la mar!, no había quien conociera a ese tío: se había teñido el pelo de rubio para poder salir a la calle con más tranquilidad, tomando todas las precauciones. Incluso nos contó que por la mañana había ido a la zapatería La Julia, era por donde él podía saber por Mario, *el Coa*, si podía ir a casa de Luisa. Cuando entró, una dependienta se acercó a él y le dijo:

—¿Qué desea?

—Quisiera ver a los dueños porque traigo un recado de una fábrica de calzado —un pretexto—. Entonces la empleada fue hacia Rosita Feldsztajn, que era la hija del dueño, y le dijo:

—Pase, por favor.

Entró detrás de ella y cuando ya estaba en el despacho con la puerta cerrada, el mismo Miguel la cerró, se abrazó a Rosita y le dijo:

—Rosita, ¿cómo estáis?

Por la voz le reconoció.

—Pero ¿cómo estás?, si no hay quien te conozca.

—Ah, pues eso es lo que quiero, que no me conozcan.

Después de preguntar por la familia y esas cosas de rigor que se dicen cuando hace tiempo que no te ves, Miguel le dijo:

—Mira, he venido a ver si me puedes confirmar que Peque está donde Luisa. ¿Ya sabes que ha tenido una nena?

—Sí, porque Luisa vino a decírselo a papá y él lo comunicó a los camaradas. Lo que no sabíamos era si había llegado el recado a ti o no había llegado.

—Pues ha llegado ayer por mediación de un camarada.

Cuando yo entré a casa de Luisa vi a Miguel con su cría en brazos; pero cualquiera lo reconocía, rediez; teñido de rubio; no lo conocía ni la madre que lo había parido. Yo sabía que tenía que llegar y tenía a su hija en brazos, por eso sabía que era él; si no, le tomo por un extraño. Nadie se puede imaginar lo que llegó a cambiarle el color del pelo. Todos en la casa estábamos contentos; nos reíamos de la pinta que tenía. Como era muy finito, delgado, guapito, con su pelo teñido parecía un niño de papá y le tomábamos el pelo. Después de las bromas dijo:

—Bueno, ahora vamos a hablar en serio. Hay algo que me preocupa, el reconocimiento de la nena.

Luisa y yo nos miramos y nos sonreímos.

—¿Por qué os reís?

—Porque ya está reconocida.

—¿Que ya está reconocida?

—Hombre, ¿creías que íbamos a esperar a que aparecieses tú para reconocer a la nena? Además, en tu situación no íbamos a permitir que fueras al Juzgado, ¿no? Así que ya lo ha hecho Luisa.

—Explicadme cómo lo habéis hecho; el que la tiene que reconocer es el padre, y el padre me parece que soy yo.

Entonces Luisa le explicó todo el caso; él se tronchaba y decía:

—Qué valor le echa Luisa.

Por la noche, ya en nuestra habitación, Miguel me explicó el plan a seguir. Antes de venir a casa había estado con los camaradas, que le recomendaban salir de Cataluña. Salir hacia el centro, y que el PCE decidiese dónde teníamos que realizar nuestro trabajo clandestino. Había que preparar nuestra salida de Barcelona; como Miguel no podía andar por la calle, todavía la policía andaba en su busca, yo me tuve que ocupar de todo. Empezamos por teñirle de nuevo el pelo. Pili compró un tinte castaño oscuro y ella misma —era y sigue siendo una criatura que sabe hacer de todo— lo tiñó de nuevo y le volvimos a ver con su fisonomía. Hasta estábamos contentos, pues nos parecía que teníamos un extraño en casa. Esa misma semana me puse a arreglar las cosas. Tuve que tener algunos contactos con los camaradas para obtener documentación falsa, como es normal. La única documentación que entonces se tenía era la cartilla de racionamiento, que no llevaba fotografía estampada. Era fácil adquirir alguna con el nombre que fuese. Miguel se ocupaba de la nena y de la casa mientras yo salía a hacer las cosas, siempre vigilante de que no me seguían.

Daba vueltas y más vueltas antes de entrar a casa, Miguel respiraba cada vez que me veía llegar. Siempre tenía miedo de que me pasase algo en los contactos con los camaradas. Pero afortunadamente tuvimos suerte. Ya teníamos en nuestro poder la cartilla militar falsa; para Miguel era imprescindible, teniendo edad de haber hecho el servicio militar, cualquier policía o guardia civil, cualquier autoridad le podía pedir la documentación. Solo nos faltaban los salvoconductos, entonces todavía te los pedían en el tren cuando viajabas. El día que fui a sacarlos fue el de más miedo para Miguel; no miedo por él, sino por mí, porque me hubiese pasado algo. Me fui por la mañana, bien pronto, después de dar el pecho a la nena, a las nueve, con el fin de estar a las doce en casa. Pero la cola que había para los salvoconductos era bastante larga. Llegué sobre las diez menos cuarto y salí de allí a la una. ¿Qué pensaría Miguel? Teniendo que dar el pecho a la nena a las doce y habiéndose marchado pronto, no había regresado todavía a la una. Llevaba las cartillas de racionamiento y la cartilla militar, ambas falsas, alguien me podía haber reconocido, en los salvoconductos hay siempre policía. En fin, que pasé un rato malo. La niña a las doce empezó a tener hambre. Su padre le decía:

—Mira, nena, mamá no está y no te puede dar tetita, y le daba un poco de agua con azúcar para hacerla callar; y hablándole bajito, la cría se le quedó dormida.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo vienes tan tarde?

Yo le expliqué que había una cola tremenda y que tenía que aguantar el tipo, venía hasta cansada, no hacía mucho que había dado a luz y además me dolía el pecho de no haber dado de mamar a la nena y estar de pie tanto tiempo. Pero ya estábamos tranquilos; todos los pasos que teníamos que dar para marcharnos ya estaban dados. Solo faltaba salir de Barcelona, que no dejaba de ser un riesgo. En las estaciones siempre había policía.

Al sábado siguiente de llegar Miguel era posible la visita de Rosita y Aymerich. Previendo esto, Miguel se quedó en nuestras habitaciones en casa de Angelita, y yo me quedé con la nena en casa de Luisa. A las dos y algo llegaron a casa. Estuvieron poco tiempo. Como no habían comido se marcharon pronto. Yo les dije que me marchaba a Madrid, que no sabía nada de Miguel y me iba con los abuelos. Además el Partido me había dicho que después de la caída de nuestros camaradas, en la situación en que yo estaba no podía hacer nada en Barcelona; en cambio, en Madrid me podía poner a disposición del PCE.

Nosotros habíamos escogido el camino de la lucha en nuestro Partido; algunos, cuando caían, ya no volvían a la clandestinidad. A todos nos dijeron al salir de la cárcel que nos teníamos que presentar cada ocho días en el Juzgado Militar que nos correspondía. Yo di una dirección falsa cuando salí de la cárcel porque era la única forma de que no me localizaran, y no me presenté nunca. Varios de nuestros camaradas, que entonces eran dirigentes del Partido o jefes de guerrillas, siguieron al pie de la letra lo que les dijeron; cada ocho días se presentaban; después cada mes, y así hasta que al cabo de años, no recuerdo cuántos, les juzgaron; estuvieron presentándose, o sea, que hacían su vida legal y normal en sus casas con sus familias. Ese día fue el último que vi a Rosita y a Pepito Aymerich. Los volví a ver treinta años después.

Tenía un mes la nena cuando salimos de Barcelona. Yo cogí el tren de la estación de Francia; era la única forma de acoplar nuestros trastos y el capicito en que llevaba a la nena.

Miguel lo cogió en una estación, que no recuerdo si era Sants o el Prat; como en la estación central siempre había vigilancia de policía lo hicimos así para evitar la fatalidad de la detención. Solo un camarada en Barcelona sabía dónde íbamos a estar durante un mes; por ese camarada sabría siempre dónde encontrarnos el PSUC, si querían que Miguel volviese otra vez a Cataluña.

Hicimos un viaje pésimo, en el mes de agosto, con el calor que hacía y los bártulos que llevábamos; no eran muchos, pero sí lo suficiente para cargar a dos personas teniendo en cuenta que a la niña la llevábamos también metida en un cestito. El viajecito se las traía, además íbamos, como es normal, en tercera. En aquellos tiempos las perritas eran bastante escasas. Hicimos un trasbordo en Calatayud. Nos quedamos en una pensión junto a la estación; también la pensión era de campeonato, debía ser lo peor que había por aquellos alrededores; pero no teníamos para ir a otra mejor. En Calatayud llamé a mi hermana Antonia por teléfono para que fuesen a buscarnos a Soria, que llegaríamos a la mañana siguiente. Mi hermana se sorprendió, pues no sabía nada de nosotros hacía tiempo, pero se puso muy contenta. Me dijo que aunque tuviésemos los billetes para Soria nos bajásemos en Carbonera, un pueblo que había cerca de Fuentetoba, donde con más facilidad podrían salir a buscarnos. Miguel se puso la mar de contento, pues ir a Soria siempre es ir a una capital; y aunque allí éramos desconocidos, siempre se puede correr más riesgo que bajándose donde no había ni estación; era un apeadero. En casa de mi hermana fuimos muy bien recibidos; mi cuñado Manuel Garcés se portó muy bien con nosotros. Mi madre estaba con ellos y se pasó un mes estupendo. Como a Miguel mi familia no le conocía ni sabían en concreto cómo se llamaba, le llamábamos por el nombre de la documentación que llevaba, que era *Fernando*. Yo no tenía más remedio que llamarme como me llamo, porque tanto mi madre como mi hermana y las sobrinas habían hablado de mí a las amistades del pueblo, y decirles que me llamaba *Juanita*, era decirles que iba clandestina, o sea que yo figuré con mi verdadero nombre.

Al mes nos fuimos a Guadalajara. A Miguel yo le llevé a casa de una amiga, Julia García Pariente, católica, ex presa política, su testimonio habla en el primer libro de *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*, una gran persona; tenía una gran confianza en ella porque sabía que era incapaz de hacer mal a nadie. Yo me fui a casa de mi hermano Alejandro y mi cuñada Cándida Bartolomé, con la nena. También estuvieron contentos de conocer a la niña y de verme a mí. ¿No tenía confianza en mi hermano? Sí, la tenía, pero yo era su hermana, ¿y si algún mala leche averigua quién es el otro? Estuvimos nada más que tres días, pues al día siguiente de llegar hice un viaje de ida y vuelta a Madrid para asegurarnos que la estafeta y el punto de apoyo seguían en condiciones de ser utilizados; en aquellos tiempos pasaban unos días y ya no podías fiarte, si había una caída te metías en la ratonera, y a nosotros hacía más de un mes que nos habían dado la estafeta. Volvía a Guadalajara con la seguridad de que todo marchaba bien y al día siguiente marchábamos para Madrid.

Convinimos que cada uno iría a una casa distinta. Estuvimos dos días sin saber el uno del otro. Miguel trabajando ya con los camaradas del PCE y acordando qué

trabajo tenía que realizar en adelante. A los dos días nos llevaron a la misma casa. Una mujer simpatizante llamada Jacoba, viuda con un hijo joven, donde estuvimos juntos unos días, y también llevaron a los abuelos para que pudieran conocer a la nena y ver a su hijo. Estaban muy contentos pero muy nerviosos, sobre todo el abuelo, por el riesgo que podía correr en Madrid su hijo. Además hicimos ver que no vivíamos en aquella casa, sino que habíamos ido allí para encontrarnos con ellos. Les hizo ilusión la nena, aunque la abuela preguntaba por qué no se llamaba Carmen; yo le dije que el nombre de Estrella lo había escogido su padre. Uno de esos días Miguel salió a verse con los camaradas y cuando volvió me dijo que ya tenía su programa de trabajo y que se marcharía al día siguiente. No me dijo dónde, pero me presentó a un camarada que había estado con él en la cárcel; ex empleado del metro, trabajaba entonces en una panadería; tenía que estar en contacto con él para que el Partido decidiera qué tenía que hacer yo, y conocía a ese gran amigo y camarada, no hace mucho ha desaparecido pero siempre será recordado, que era Esteban Díaz.

Conocí también a su esposa. Tenía una hija de ocho o nueve años que se llamaba Estrella; de ahí le venía el nombre a la nuestra. Miguel la recordaba con mucho cariño porque era la niña mimada que entraba en la cárcel los días de la Merced, el Carmen y Reyes, cuando era muy chiquitina y su padre estaba en Ocaña con Miguel.

Me iba a quedar sola y con pocos medios económicos, y no era justo que me quedara en una casa que se podía utilizar para cosas importantes del Partido. Pensé en los tíos de Francisco —el pretendiente que yo había tenido al final de la guerra—, con los cuales me escribía, y le dije a Miguel:

—¿Qué te parece? Esta gente no tiene nada que ver con nosotros; podría ir a verles y según como me reciban me quedo allí unos días.

Acompañé a la estación a Miguel y cuando subía al tren llevaba cara de estar triste y preocupado porque me dejaba con la niña en brazos y dos pesetas en el bolsillo. Las pocas perras que nos quedaban las llevaba él, era lo más normal. Yo no sabía dónde iba, mientras que yo me quedaba en Madrid. Y en caso de que no me recibieran bien en casa de los tíos de Francisco, podría recurrir otra vez a Jacoba, a Esteban o a los abuelos. Yo le decía:

—No te preocupes, con dos pesetas aún se puede hacer algo hoy.

El tranvía costaba quince céntimos. Partió el tren y yo me marché con la nena hacia Useras, donde vivía esta familia. Eran traperos. Pero entonces yo no sabía lo que eran ni qué oficio tenían. Me recibieron muy bien. Por las mañanas, muy temprano, se marchaban con un carrito y volvían hacia mediodía con el carro lleno de basura que había que escoger: carbonilla, trapitos, papeles, etcétera, cada cosa por su sitio, pero todo valía. Aquella gente no me conocía de nada, se portó maravillosamente. Estuve con ellos ocho días, lamento no saber ahora el paradero de esta familia que recuerdo con cariño. Después visité a Jacoba y, como habíamos previsto Miguel y yo, le pregunté si podía hablar con Eustaquia para que esta me alquilase una habitación. Enseguida me dijo que sí; no alquilada, sino que solo tenía que ir allí a vivir y eso era todo. Ella trabajaba en la fábrica de Standard y tenía dos hijos en un colegio internos, estaba separada del marido. Ella se quedó con los dos hijos. No trabajaba ocho horas la pobre, sino doce o catorce: tenía que pagar el colegio. Además, los domingos los sacaba. Se lo pasaban los tres estupendamente. Toda la semana

pensaba dónde llevaría a sus hijos ese domingo. Desde finales de septiembre hasta diciembre estuve en su casa.

Yo había encontrado trabajo en un taller de vestidos para niños; lo que yo hacía eran dibujitos, cenefas a punto de cruz, en los vestidos ya hechos. Me daban el trabajo cada dos o tres días y no estaba lejos de la casa; vivíamos en una travesía de Embajadores y yo tenía que ir al taller a Delicias; había cinco o seis paradas de tranvía, pero yo siempre iba a pie para no gastar. Iba siempre por la mañana; a la nena la bañaba y le daba el pecho a las nueve y se quedaba tranquila y dormida hasta las doce, que se despertaba como un reloj para tomar el pecho. A veces en una hora y media había entregado el trabajo, recogía el que me daban y estaba de vuelta en casa. De vez en cuando visitaba a Esteban; me decía que Miguel estaba bien pero nada más. A últimos de diciembre me dijo que me despidiese del taller, pues para enero saldría con Miguel y sería conveniente que las fiestas navideñas las pasase con los abuelos, que así disfrutarían un poco de la nena. Los camaradas pensaban que no había ningún riesgo y así lo hice. El 24 de diciembre la cocina de Jacoba parecía un restaurante. Hicimos kilos y kilos de merluza y carne rebozada, tortillas, gran cantidad de comida: se hizo aquel día para las cárceles, Ventas de mujeres, Carabanchel y Yeserías, que era el hospital penitenciario. Yo aproveché esos días para buscar madrinas a Bonifacio García, *Boni*, y a Juanito Cuadrado, que están los dos en Yeserías. Al uno le habían operado de un brazo que tenía en malas condiciones después de un accidente en la mina, que trabajaba en Francia, y Juanito por sus perforaciones de los tiros recibidos el año 45 en Barcelona, en la calle Parlamento. A los dos los atendía la madre de Miguel con gran esfuerzo, tanto físico como económico: iba andando desde casa a Yeserías para llevarles cada día un poco de comida y recogerles la ropa para devolvérsela limpia. Visité a las hermanas de Mercedes Pérez, mi hermana de cárcel de Les Corts de Barcelona. Yo sabía dónde vivían sus hermanas —ella estaba en la cárcel con doce años de condena— y les propuse hacerse cargo de uno de los presos de Yeserías para atenderle y lavarle la ropa, diciendo además que eran familia para poder visitarle semanalmente y cuando pudieran. Lo aceptó de buen grado. Teo, la mayor, y se hizo cargo de Juanito Cuadrado; de Boni ya se había hecho cargo Luisa, la hermana de la novia que había tenido Miguel, por mediación de la madre de este. Así que los dos quedaron con sus madrinas y la abuela se quedó más descansada; iba a verles cuando le parecía pero sin la obligación de tener que atenderles. Mucho disfrutamos en Navidad y primero de año pasando paquetes a las cárceles. A casa de la abuela, yo iba con frecuencia, nos visitaban muchas amigas suyas que venían a conocer a la nena y a curiosear. La madre de Miguel no estaba muy contenta con nuestra unión. Ella hubiese querido una mujer no comunista para su único hijo, y que él hubiese dejado el riesgo de la clandestinidad, con la que constantemente nos jugábamos la libertad y quizás la vida. Lo que la madre no podía comprender es que a su hijo era difícil sacarle de la lucha política del Partido; la que hubiese salido perdiendo hubiera sido la mujer no comunista, porque la hubiese mandado a hacer puñetas o quizás hubiese sido al revés, quizá ella le hubiese mandado a él al carajo. No es fácil estar separados casi constantemente, verse de vez en cuando, no saber dónde está el uno o el otro, pasar años y años en esas condiciones. Con las separaciones en la clandestinidad y en la cárcel han pasado nuestros mejores años.

Aquellas amigas de la abuela la llamaban *Carmencita* a Estrella; les llamé la atención y les dije que de *Carmencita* nada. Alguna me respondió:

—Pues debería llamarse como su abuela.

Yo le contesté:

—Tiene dos abuelas y lleva el nombre que su padre ha escogido, así que se llama Estrella, lo quieran ustedes o no; y no les permito que la llamen *Carmen*.

Cuando se marcharon discutí un poco con la abuela. Me dijo que no había tenido con ella la educación debida, y le contesté:

—Escuche abuela, yo no he ido al colegio, por lo tanto mi educación está a cero. Pero ellas tampoco se comportan como deben, y le prevengo a usted de una cosa; si no quiere que yo mande a paseo a esas señoras cuando llamen *Carmen* a mi hija, sea usted la que les diga que se llama Estrella.

Pasadas las fiestas fui a ver a Esteban, según habíamos convenido, y me fijó día para salir de Madrid. La única pista que llevaba es que tenía que coger el tren hasta Sevilla y allí alguien me recibiría bajo una consigna. Así fue; cogí el tren con Estrella en el cestito camino de Andalucía. Hice el viaje de noche. El tren salía a las ocho y media. El vagón que me tocó en suerte iba con un cura y algún seminarista. Cuando vieron una niña en el vagón dijo el cura con voz que yo le pudiera oír:

—Vaya, tenemos canario de alcoba; vamos a pasar una buena noche.

Yo le miré y ni le contesté. Por entonces yo era una anticlerical rabiosa. Las sotanas me olían a los tiros de gracia de los curas de las cárceles, cuando sacaban a fusilar. A las nueve, como cada día, saqué a la nena del cesto, le di el pecho, la limpié y otra vez en su cestito; como era tan buena nena se quedaba dormidita después de limpiarla y alimentarla. Sobre las diez o algo así el cura y los seminaristas empezaron a cenar, y después, sus cigarritos. Hasta entonces habían fumado, pero en la plataforma; después de la cena lo iban a hacer dentro del vagón y yo les llamé la atención:

—Por favor, señores, el canario de alcoba no les molesta a ustedes, está dormidita, pero le va a hacer daño el humo del tabaco, así que vayan a fumar a la plataforma.

El curita se puso colorado como un tomate; les hizo una seña con la cabeza a los seminaristas y se fueron a fumar fuera. ¡Qué se habían creído esos señores! Si mi hija no les molestaba, ¿por qué carajo la tenían que molestar a ella? Sobre todo me había sentado como una patada en las narices que al ver a la niña dijeran que tenían *canario de alcoba*. Hubo tranquilidad en el departamento durante toda la noche. A las nueve llegamos a Sevilla; se comportaron muy bien. Me dijeron:

—Señora, usted baje con la maleta, que nosotros bajaremos el cestito.

Y así lo hicieron; se despidieron de mí y yo me quedé en el andén con mi maleta y mi cesto; con una cosa en cada mano me fui hacia la salida de la estación.

Uno que estaba en el andén se me acercó y me dijo:

—Comunista y católica, ¿eh?

Yo me quedé mirándole, pensé: “Tomasa, has caído”. Pero el camarada me vio la cara de duda que puse y enseguida me soltó la consigna. Miró el cestito y al ver a la nena me dijo:

—¿Esta chica es vuestra?

Eso quería decir que conocía a Miguel.

—Sí, de quién va a ser; es mía. Y de su padre, claro está.

—Pero... ¿de un padre tan feo una niña tan guapa?

—Pero chico, tú no me has mirado a mí —le dije bromeando.

—Hombre, no es que estés mal, pero es que la niña se las trae; es de lo más bonito que yo he visto. ¿Cómo se llama?

—Estrella.

—Coño, pues no me extraña. Con ese nombre que lleva tiene que ser más bonita que la estrella que nos alumbra ahí arriba. La niña tiene que estar obligada a hacer honor a su nombre.

Me cogió la maleta y el cestito lo llevamos entre los dos. Salimos de la estación, distanciándonos un poco de ella.

—Bueno, ahora vamos hacia un camión que viene a buscar comestibles y cosas para el pantano. Allí está Fernando de contable, o por lo menos ese nombre le damos. Es un gran barracón de madera donde la empresa tiene su economato; allí vivirás con él. Cuando estemos en el camión y recojamos gente, nosotros no nos conocemos. A ti te han dado la dirección de donde estaba aparcado y has preguntado si era el que iba al pantano; has dicho que eras la esposa del contable y nada más.

Me instaló en el camión y se marchó; pude ver que él era el chófer. Recogió en Sevilla a varios de los que habían ido de compras; se extrañaban de verme allí sentadita tal como me había acomodado el chófer y con una nena; me preguntaron adónde iba y le dije:

—Al pantano, que está allí mi marido trabajando.

—Ah, ¿y quién es su marido?

—El contable del economato.

Cuando llevábamos unos kilómetros fuera de Sevilla paró el camión y recogió a cuatro guardias civiles. Iban bien armados con metralletas, y unos cuantos kilómetros más allá, ya casi llegando a Cazalla, los guardias se pusieron al borde del camión con sus metralletas apuntando hacia fuera, como si divisaran a alguien. Comprendí que por allí debía haber guerrillas y que esa era la causa del traslado de Miguel desde Cataluña a Andalucía. Yo, aparentando estar muy extrañada, les pregunté:

—¿Pasa algo por la carretera, que van ustedes tan armados?

—Sí, señora, hay guerrilleros; todo está lleno. Claro que no son gente que hagan mal, pero nosotros nos vemos obligados a hacer nuestro trabajo. Unas veces ellos van por un sitio y nosotros por otro. Tampoco nos queremos meter en demasiados líos, que tenemos hijos. Pero la empresa nos ha pedido que subiéramos al camión cuando va cargado, nunca se sabe si lo pueden asaltar para coger los víveres.

—Pues a menudo sitio ha venido mi marido a trabajar.

—¿Dónde trabaja su marido?

—Es el contable del economato de la empresa del pantano.

Uno de ellos dijo:

—Ah, si yo le conozco, a veces hablo con él cuando tengo servicio por allí. Es un hombre la mar de agradable y muy simpático; además me da la impresión de que vale mucho, debe estar orgullosa de él.

—Sí, señor, ya lo creo que lo estoy.

Al fin llegamos al pantano. ¿Cómo describir aquel inmenso terreno? Yo me siento incapaz de hacerlo. Había como una gran plazoleta donde estaba instalado un gran

barracón de madera —que era el economato de la empresa— con algunas habitaciones también hechas de madera; por las rendijas se veía la luz de la calle y en el mes de enero, cerca de un río, no hacía nada de calor; el aire pasaba por todos los sitios.

Las únicas construcciones que había eran los chalés de los ingenieros, los altos jefes de las obras, un pabellón para la iglesia y un barracón de mala muerte donde estaban la enfermería y el botiquín; que buena falta hacía, porque cada día había heridos. Incluso alguna vez muertos, y sobre todo enfermedades entre los niños. Estaba la gran mole de las obras del pantano y... ¿Dónde estaban las casas de los obreros?, cuevas cavadas en la misma tierra de la montaña. El ochenta por ciento o quizás más de los obreros estaban huidos para no ser detenidos en sus pueblos, o les habían desterrado cuando salían de la cárcel; no teniendo donde trabajar se metían en aquel agujero, dónde por un lado podían estar más seguros que en su pueblo, pero por otro, más atados a una empresa que si estuviesen presos. Tenían un jornal de miseria que se les acababa antes de terminar la semana, y después iban al economato a pedir fiado; el fiado era por plazos de una semana y esta gente no podía marcharse del pantano, aunque las condiciones de su pueblo pudieran ser menos peligrosas o la condicional ya la tuvieran cumplida, porque debiendo a la empresa no podían marcharse.

Miguel estaba muy contento de encontrarnos juntos, con la nena, y orgulloso de su pequeña Estrella, que estaba muy bonita. Establecimos una relación no solo de partido, sino familiar, con el encargado de aquel economato, que era hermano de Esteban. Formaban una gran familia con hijos ya bastantes mayores, sobre todo las chicas, que eran unas jovencitas que presumían lo suyo. A la Guardia Civil la teníamos constantemente en el economato; debían temer que los guerrilleros viniesen a llevarse los víveres. Lo que ellos ignoraban es que si Miguel estaba allí era por un plan de trabajo entre Partido y guerrillas.

Por entonces ya se empezaban a querer disolver las guerrillas y organizar más de firme el Partido; este era el trabajo principal de aquella zona a principios del año 48. Empecé mi trabajo político, que consistía en subir a las cuevas cuando estaban comiendo o por las tardes, cuando habían salido del trabajo, y dar recados o citas para que se vieran con Miguel a los camaradas que trabajaban en el pantano.

Para mí era fácil hacerlo. Salía con la niña en brazos a pasear por los alrededores y llegaba hasta las cuevas; hubiese sido sospechoso que esto lo hiciera Miguel, aunque después del tiempo que llevaba allí ya los tenía a todos más o menos organizados, y eso que era bastante difícil de conseguir. El primer día que subí a las cuevas se me ocurrió poner a la niña una capita blanca de piel que los abuelos le habían regalado en Madrid; como hacía frío la envolví en la capa y subí con ella. Hubiese querido que la tierra me tragase, la cara se me caía de vergüenza, heladitos de frío y aquellas cuevas inmundas llenas de humedad, solo dignas de animales; y ni eso, algunos animales viven en mejores condiciones. Después de esa experiencia fue a parar a la maleta y la niña iba siempre envuelta en un trozo de manta. Hablaba con las mujeres de los camaradas y daba pena oír las miserias que estaban pasando y las calamidades; los niños que llegaban a la edad de dos, tres o cuatro años estaban raquícos o anémicos, el porcentaje de muertos era muy elevado... Era imposible saber los años que tenían las mujeres; yo hablaba con ellas y les preguntaba la edad; y me decían: tengo veintisiete años, tengo treinta; a las de veinticinco, veintiséis o

veintisiete podías echarles diez o doce años más de los que tenían. Cuando bajaban a comprar y yo estaba en economato, le decía a Miguel:

—¿Cuántos años crees que tiene esa mujer?

Un día, sin que me vieran, cogí un puñado de caramelos, que no se vendían nunca, no estaban para comprar caramelos. Cuando subí a las barracas, en la primera que entré había dos pequeños y les di caramelos. Los niños no los querían coger y miraban a la madre. Ella les dijo:

—Cogedlo, hijos.

Pero no sabían qué hacer con ellos cuando los tenían en sus manitas; se los pasaban de una a la otra y me los devolvían. La madre me dijo:

—Señora, no se moleste, es que los niños no han comido nunca un caramelo, es el primero que tienen en sus manos.

Mis ojos se pusieron vidriosos; les cogí el caramelo, le quité el papel y se lo metí en la boquita. Claro que les gustaba el caramelo, se lo comieron muy contentos y sonriendo. La madre se puso a llorar. Yo animaba a aquella mujer diciéndole que pronto se acabaría tanta miseria como había en España porque para esto estábamos trabajando, para terminar con un régimen fascista que ahogaba al pueblo, pero que el pueblo terminaría con él. Nuestro optimismo, que fue siempre lo mejor que tuvimos para aguantar los años de lucha, nos impedía ver hasta dónde podíamos llegar, cuántos años nos faltaban para terminar con el franquismo; duró muchos años más.

Era muy difícil el trabajo clandestino en aquella zona pantanosa. Los hombres, mal alimentados, cuando salían del trabajo e iban al economato a beber una copa, pues también tenían ese derecho, aunque no la pudieran pagar y se la apuntasen en el librito para tenerles más atados, una sola copa les hacía daño, se mareaban. Miguel no acostumbraba a trabajar con gente que se embriagaba, a veces se ponía enfermo de pensar que los camaradas no tenían derecho a hacer eso, y yo le decía:

—Ten la seguridad de que no han bebido apenas; es que no comen, y en cuanto beben una copa les hace daño.

—No puede ser que con una copa se pongan borrachos; no puede tener una seguridad en esta gente. Si pasara cualquier cosa hablarían enseguida, teniendo como tienen dos copas de más.

Pronto también él se dio cuenta de que no había dos copas de más y que con una sola se mareaban. Cuando llegaban al economato él procuraba estar allí y vigilaba para ver lo que bebían; efectivamente, un vasito de vino ya les hacía daño. En el pantano la seguridad en el trabajo era nula y no había día que no hubiese algún herido. La Guardia Civil no se comportaba muy mal; posiblemente, de saber que había una organización de Partido hubiese sido otra cosa, pero en las cosas personales que ocurrían con la empresa se iban defendiendo lo mejor que podían. Recuerdo que un día hubo un gran revuelo entre los encargados y los ingenieros porque habían desaparecido sacos de cemento vacíos. Llamaron a la Guardia Civil y dijeron que había que encontrar esos sacos, que eran envases que valían dinero y habían sido robados. Efectivamente, empezaron los registros de todos los sitios. Empezaron precisamente por el economato. Allí no encontraron ningún saco. Subieron a las cuevas y allí sí que los encontraron. Los obreros los habían cogido y los tenían puestos en el suelo, los residuos de cemento que quedaban en el saco, con la humedad de la tierra se endurecían y esto hacía que tuviesen menos humedad en sus "viviendas". La Guardia Civil no los tocó, porque además

les hubiese costado trabajo arrancarlos de la tierra. Bajaron de la montaña y dijeron a los jefes:

—Los sacos han aparecido; están en las cuevas de tal y tal, pero el que tenga cojones que vaya y los coja; nosotros no lo haremos.

Otro de los casos, que pudo costar caro, fue el siguiente: había campesinos trabajando en el pantano y de sus casas les enviaban algún paquete; entre las cositas que les podían mandar les enviaron semillas para hacer un huertecito junto al río. Varios de ellos lo hicieron, pero mientras no salieron las matas de lo que habían plantado, los jefes no se dieron cuenta. Cuando vieron aparecer las pequeñas hortalizas que habían plantado para poder subsistir en aquella vida de miseria, les mandaron que las quitaran; estos hombres les dijeron que qué mal les hacía a ellos que de allí salieran cuatro tomates o cuatro judías o lo que fuese; estaban plantados en un sitio que no hacía mal a nadie ni molestaba para nada. Discutieron fuertemente y los hombres se negaron rotundamente a arrancarlos. Al estilo fascista, los muy hijos de puta, como había ganado por aquellos alrededores, lo metieron a pastar la verdura. Gracias a la autoridad que entre estos campesinos tenían algunos de nuestros camaradas no pasó nada serio, pudieron sujetarles para que no se abalanzaran sobre aquella gente. Hubiera tenido que intervenir la Guardia Civil y hubiese costado caro, y puede que incluso hubiese costado vidas. Pero nuestros camaradas pudieron convencer a estos hombres diciéndoles que la vida de todos estaría en peligro en caso de que quisiesen tomarse la venganza por su mano, pues los compañeros no se iban a quedar al margen de su defensa. Nuestros amigos les decían:

—Caeremos muchos, éstos no se andan con chiquitas. Y lo mismo que han metido el ganado en los huertos, empezarán a tiros con nosotros.

—¿Y qué más da? Más vale morir de un tiro que morir poco a poco como están haciendo con nosotros —contestaban.

Por un lado tenían razón, poco a poco iban cayendo; pero con miseria o sin ella el ser humano se apega a la vida y al final comprendieron que debían dejar las cosas como estaban para que no hubiese más represiones.

De día en día la situación se ponía cada vez más fea. Los guardias hablaban mucho con Miguel. Él medía sus palabras y andaba con pies de plomo, nunca se sabía por qué querían su amistad y su conversación; no sabemos si a causa del clima en que vivíamos, Miguel cayó con unas fiebres muy altas y deliraba.

Toda la gente de por allí se interesó por él y hasta los guardias querían entrar a verle. Yo hice de guardia civil para que en nuestra habitación no entrase nadie. El médico le había visitado y le había puesto el tratamiento a seguir. No me podía separar de él, todo lo que hablaba era relativo al trabajo en el pantano. Como ya he señalado antes, en aquel barracón de madera con agujeros por todos los sitios las conversaciones iban de un lado para otro, y yo pasé unos días sin saber dónde iríamos a parar si en algún momento alguno de los jefes que andaban por el economato o algún guardia oía lo que hablaba Miguel; en algunos momentos incluso tenía que ponerle la mano en la boca para apagar lo que decía en el delirio de la fiebre. Cuando estuvo mejor comprendió que no podía continuar allí, nos dábamos cuenta de que los guardias andaban sospechando algo. El que no les hubiese dejado entrar a ver cómo se encontraba y las precauciones tomadas por mí en esos días debió parecerles raro. Ya restablecido, en uno de los viajes del camión a Sevilla, bajo pretexto de trabajo del

economato, desde allí puso unas letras a la estafeta que teníamos en Barcelona. El Partido ya marchaba con un responsable a la cabeza, un muchacho que valía mucho, el trabajo de Miguel había sido realizado hasta el momento con éxito y no había por qué ponerse en peligro. Así que a los pocos días nos marchamos. Miguel había estado allí unos siete meses o algo más, hasta marzo. Llegamos de nuevo a Madrid y fuimos a casa de Jacoba. Miguel se entrevistó con los camaradas y al día siguiente salía de nuevo; yo no sabía para dónde, y me dijo:

—Te llamaré y vendrás conmigo en cuanto tenga la mínima posibilidad y los camaradas lo crean conveniente.

—A los pocos días recibí una nota la mar de simpática; recuerdo que decía: “Hurra, hurra, mis nenas están muy bien. Vitoria para mis chatitas. Tiene trabajo y casa mi alcarreña. Pasado mañana a las nueve llegaré a esa para veros, un abrazo”. Eso quería decir que no era él quien venía, sino que era yo la que tenía que ir a Vitoria. Y así lo hice. A los dos días salí hacia Vitoria. En la estación no vi a Miguel pero al bajar del tren una señora me dijo:

—Eres Peque, ¿verdad?

—Sí, yo soy.

Me abrazó y me dijo:

—¡Ay!, hija, qué ganas tenía de conocerte.

Entre las dos cogimos el cestito, y yo mi maleta, y andando fuimos hacia otra estación, la Vasco-Navarra, donde estaba Tomás Menoyo, su marido. Él, después de saludarme llamó a un compañero, le dijo que iba un momento a casa y nos acompañó a llevar las cosas.

Con él subimos hasta la casa, que estaba bastante apartada pero encima de las vías de la estación; había una plazoleta la mar de simpática y sin ningún riesgo de coches ni nada. Era una casa de dos pisos bastante grandota en que solo vivían ferroviarios. En la planta baja vivían estos amigos. Ella se llamaba Paquita —o se llama—; perdimos la pista con nuestra dichosa clandestinidad. De muchos amigos nos acordamos y nunca les olvidaremos.

Celestino Carrete, *el Viejo*, vivía en Barcelona en una pensión de una hermana de Paquita. Por mediación de él, que vivía en semiclandestinidad, que como nosotros fue detenido en el 45, cuando el Partido envió a Miguel hacia el norte, le dieron esta casa como punto de apoyo. Con nosotros se portó muy bien y la nena era el capricho de la casa. Tenía dos hijos, una niña llamada Ester y un niño, Antonio. Miguel seguía llamándose Fernando y yo Juanita.

Delante de la casa Estrella tomaba en su cestito el sol y el aire, guardada por un gran perro lobo que no recuerdo si era de estos amigos o de algún vecino. Al rato de llegar a la casa apareció Miguel; había estado por los alrededores vigilando por ver si alguien me seguía; cuando estuvo seguro de que no había traído acompañantes, entró en la casa. Miguel me explicó que no era en Vitoria donde tenía su trabajo, sino en Vergara. Algún domingo podría venir a vernos, pues él combinaba allí el trabajo profesional con el trabajo del Partido. Hay que aclarar que en esos años nosotros no teníamos un salario del Partido; por donde íbamos teníamos que ir trabajando para poder comer, la comida no nos caía del cielo. Lo que sí se puede decir es que por donde pasábamos no nos faltaba un plato de comida por parte de la gente con que

vivíamos. Por ejemplo, en casa de Paquita se ganaban bien la vida porque él era el jefe de estación de la Vasco-Navarra. Ella me dijo:

—A mí no me deis nada. Un plato de comida lo tendréis cada día; además, como Miguel no viene más que un día por semana las perritas que gane las guardáis, podéis ir a algún otro sitio donde la gente esté en peores condiciones económicas que yo.

No estuvimos mucho tiempo en Vitoria, pero todo él fue accidentado. No hacía muchos días que había llegado cuando salí con Paquita a hacer unas compras. A Estrella, que aún llevaba los piecitos con calcetines nada más le compramos unas sandalias. Después de hacer nuestras compras, fuimos a un café a tomar algo; yo tomé un café solo y Paquita un café con leche. Ella tenía a la niña y de pronto vi que le daba una cucharadita con café con leche, que la niña rechupeteó. Yo le dije:

—Paquita, no le des a la nena nada que no sea de casa.

—Anda, no seas tonta que esto no le puede hacer daño —me contestó.

Pero no le dio más que aquella cucharadita; fatal cucharadita. Por la noche Paquita se puso enferma. Tenía unos dolores tremendos de vientre y de estómago; tenía ganas de arrojar y no podía. Al final rompió gracias a mi recomendación de que se tomase buenos vasos de agua con bicarbonato que la hiciese devolver, algo le había hecho daño. Paquita se acostó bastante indispuesta, se había levantado varias veces, había devuelto y se encontraba mejor. La nena había pasado la noche bastante inquieta. Ella, que dormía siempre muy bien, se quejaba a ratitos y se movía en la cama como si algo le doliese. Por la mañana se encontró aún peor; no había hecho sus caquitas y cuando le di el alimento lo devolvió. Por entonces ya le daba un poco de sobrealimentación además de pecho, algún jugo de naranja o de tomate, pero todo lo que le daba lo devolvía.

Por la tarde nos fuimos a un médico especialista en niños que Paquita conocía, porque había atendido a sus pequeños. La reconoció, nos dijo que era algún pequeño foco infeccioso y le dio sulfamidas.

La niña pasó mal la tarde y la noche peor aún. Al día siguiente le dije a Paquita:

—Vamos otra vez al médico, a la nena parece que le hacen mal las sulfamidas.

Tan hermosa que estaba la nena, la veía perder de hora en hora; llamé por teléfono a Miguel para decirle cómo estaba nuestra pequeña. Después de comer nos fuimos al médico para ver si podíamos entrar de las primeras y volver enseguida a casa. Llegó la hora de la consulta y el médico no aparecía. Llevábamos ya una hora esperando y yo veía que Estrella estaba cada vez peor; temía hasta que se me quedase en los brazos. Le pregunté a Paquita si sabía de algún médico en Vitoria, costase lo que costase. Me dijo que sí, que había uno que era un poco caro pero que era un gran especialista. Nos fuimos a él sin que el médico llegara a hacer su visita. Posiblemente estuviera visitando a algún crío en casas particulares. Llegamos a casa del otro médico y había un montón de mujeres con críos; yo pensé que mi niña necesitaba que la atendiesen rápidamente, tenía el presentimiento de que la perdía por momentos. Paquita habló con la enfermera que nos atendió; esta echó una mirada a la niña y nos dijo:

—Tenemos otro caso igual que el de ustedes; serán las primeras en pasar.

Así fue. La otra señora fue la primera en entrar con un niño un poquito mayor que la mía. Salió del médico, y si había entrado llorando, salía con más desesperación. Entonces entramos nosotras. Aquel doctor hablaba tan bajito que había que poner

atención para oírle las palabras; yo creí en algún momento que tenía un defecto en las vías bucales, pero no era así, era su costumbre hablar con los niños en voz baja. Cuando yo entré al despacho con él habló normalmente. Lo primero que me dijo al entrar fue:

—Señora, me trae usted una niña muerta.

Se me puso un nudo en la garganta y en el pecho que parecía que no iba a poder respirar, pero pude contener mis nervios y atendí lo que el médico me decía con gran interés. La reconoció bien y me pidió explicaciones de cómo había llegado hasta ese extremo la pequeña. Yo pensé que debíamos explicar lo que había pasado en el café y así lo hice; eso no lo había hecho con el otro médico.

Paquita le explicó sus síntomas y él le dijo que no cabía duda; debía de estar la leche en malas condiciones. Paquita le dijo:

—Si solo le di una cucharadita; su madre no me dejó que le diese más.

—Señora, el veneno se toma en pequeñas dosis. Tenga en cuenta que usted supo qué hacer para devolver y esto le hizo bien. Pero la niña no habla y no podía decir qué le pasaba.

Como no había hecho cacas y el alimento que tomaba lo devolvía, tenía la intoxicación por todo el cuerpo; el caso era muy grave. A esa edad solo un niño entre cien se salvaba de una intoxicación de esa índole. Había que actuar con bastante rapidez. Lo primero que hizo fue una receta para ir al dispensario cerca de allí y que le pusieran un litro de suero; medio litro en cada muslito. Me advirtió que tuviese ánimo, pues si la niña aguantaba el primer medio litro era más fácil que aguantase el segundo, pero no estaba nada seguro.

Podía quedárseme también en los brazos. También me recetó una infusión de no recuerdo qué líquido con un medicamento para que le diese cada hora, desde el momento en que lo entregasen en la farmacia, una cucharada sopera. Me advirtió que si la niña aguantaba el líquido era posible que rompiese por arriba o por abajo; pero si a las nueve de la mañana no había roto habría que intervenir.

Mientras Paquita vestía a la nena me llamó aparte para decirme que si por la mañana vivía y no había roto por ningún sitio había que operarla; tenía que dar mi aprobación, pues él tenía que avisar al operador. Él no era cirujano y eso costaba dinero. Le pregunté cuánto me costaría y me dijo que veinticinco mil pesetas. Quedé un poquito en suspense pero reaccioné rápidamente y le dije:

—Sí, sí, de acuerdo. Comprenderá usted que por una hija se hace lo que sea. Advierta al doctor y si hay que operar se opera.

Cuando salimos del médico le dije a Paquita lo del operador, se quedó mirándome y me dijo:

—Oye, ¿y de dónde sacaremos ese dinero?

—Tú no te preocupes, tranquila, el caso es salvar a la niña.

Llegamos al dispensario y di al practicante y a la enfermera el sobre cerrado que me había dado el médico; se miraron y nos miraron a nosotras haciendo un gesto y se pusieron rápidamente a inyectarle. Mientras metían el líquido en aquella piernita tan chiquitina la enfermera le tomaba el pulso constantemente. Terminó con el primer medio litro y continuó en la otra piernita. Pero entonces miró a la nena y me dijo:

—Señora, esté tranquila que la nena ha resistido la primera inyección y también resistirá la otra, ya lo verá.

Y así fue, soportó las dos inyecciones, o sea, un litro de suero repartido en dos veces. Cuando ya nos marchábamos metió la nota del médico en el sobre y me dijo:

—Tenga señora, llévesela.

Estábamos lejos de casa. Paquita intentó encontrar un taxi para llegar más pronto, pero no lo pudimos conseguir; caminando llegamos a casa.

Nos abrió la puerta Miguel. Lo primero que me dijo fue:

—Estáis locas, con la niña enferma os vais por ahí y volvéis a estas horas.

Yo que iba que me ahogaba, sabiendo que a la niña la llevaba tan grave, rompí a llorar. Miguel me dijo:

—¿Pero qué pasa, por qué lloras? ¿Qué hay?

Entonces le expliqué lo que pasaba y él se quedó parado pidiéndome perdón por el recibimiento; me pedía por favor que me tranquilizase.

Cuando llegé de Vergara no encontré a nadie en casa y bajé a la estación para preguntar a Tomás dónde estábamos. Este le dio la dirección del médico. Fue al médico pero no nos encontró y se volvió para casa.

Todo se aclaró y nos pusimos a preparar a la nena y a darle su tratamiento. Miguel cogió una hoja de papel y escribió de hora en hora los síntomas que presentaba la niña cada vez que tomaba su cucharadita. Al principio no llegaba a tomarla entera, algo expulsaba, pero pasadas la una o las dos de la mañana tomaba la cucharada entera y hasta con ansia. Cuando se la ponía en la boquita nos daba la impresión de que habría tomado más, pero nos atuvimos a lo que el médico nos había recomendado. Pasamos una noche de angustia viendo que la nena no hacía nada por arriba ni por abajo; pero el líquido lo iba reteniendo y eso según nos había dicho el médico era una gran cosa. Tampoco había ninguna seguridad. Pasadas las siete de la mañana la niña rompió por abajo; algo verdaderamente espantoso, unas madejas verdosas, medio amarillentas, marrones; allí había de todos los colores, pero en madejas, con un olor apestoso. No cabía duda; era un verdadero veneno lo que había en el cuerpecito de la nena.

Paquita nos preparó algo caliente para desayunar, estábamos destemplados de la mala noche; sobre todo Miguel, pues yo me había acostado al ladito del cesto. Como ya había pasado dos noches malas, esta tercera, confiaba en que estaba su padre, que no se acostó y estuvo toda la noche junto a ella en una silla, yo había dormido un ratito. Arreglé a la nena y después de desayunar nos fuimos camino del médico con la caquita para que él la viera, como me había recomendado. Por el camino me dijo Miguel:

—Oye, ahora que caigo; anoche, con todas esas cosas de la nena y la discusión que tuvimos no te pregunté cómo dijiste sí a la operación. Si te costaba veinticinco mil pesetas. ¿Con qué las pagabas?

—Mira, Miguel, lo principal es que nos salvaran a la niña. A la cárcel ya he ido por política y por salvar a mi hija volvería otra vez.

Miguel, según íbamos caminando, se paró en seco, me abrazó, me besó y me dijo no sé cuántas palabras de elogio, palabras de esas tan bonitas que él sabe decir y que a todo ser humano nos gusta que nos digan.

A las ocho y media o nueve menos cuarto llegamos a casa del médico. Al vernos entrar lo primero que dijo fue:

—Ya veo que todo ha salido bien; las caras de ustedes lo dicen.

Así fue. Cuando vio las cacas que había hecho la nena se quedó asombrado. Nos dijo que el niño que estaba exactamente igual que la nuestra había muerto hacia las seis o las siete de la mañana, y me repitió:

—¿Qué le dije ayer, señora? Entre cien se salva uno; ha tenido usted la suerte que haya sido la suya.

Miguel le entregó también la hoja, llamémosla *clínica*, que había hecho durante la noche y el médico se quedó admirado al ver con qué atención había seguido el curso de la nena. Le dijo:

—Todos los padres tendrían que hacer esto cuando tienen a sus niños enfermos; y nosotros sabríamos con exactitud cómo se desarrolla la enfermedad cuando los tienen en su casa; pero desgraciadamente no lo hacen.

Reconoció a la nena y ya no era como el día anterior, que cuando le ponía los dedos por el vientre, por el estómago, por los costados, la nena se quejaba; esa mañana los quejidos habían desaparecido y lo único que hacía era dormir; abría los ojitos y luego los volvía a cerrar. Le dio una palmadita en el culín:

—Hala, chiquitina, que ya ha pasado el peligro. Ahora a ponerte fuerte, que tú lo eres, y además muy bonita.

Yo vestí a la nena mientras Miguel hablaba con el doctor y le preguntaba cuánto le debíamos. Nos dijo:

—Dentro de tres días me traen a la nena. Quizá no sea necesario, pero más vale asegurarse. Entonces ya me pagarán.

Salimos contentos de casa del médico con nuestra nena fuera de peligro. Paquita nos esperaba intranquila, al vernos entrar sonrientes también se puso muy contenta. Miguel se marchó a Vergara y a los tres días volvimos Paquita y yo al médico; la nena había cambiado mucho, se quedó hasta extrañado de ver lo hermosa que estaba. La visita fue muy rápida. Nos despedimos del médico y la enfermera nos cobró; pagamos seiscientas pesetas por las tres visitas, o sea que eran a doscientas la visita. Para aquellos tiempos era bastante carito, pero para nosotros lo que contaba era que nos había salvado a la niña.

A los pocos días llegó el camarada de Barcelona con el que siempre habíamos tenido contacto desde que salimos el año anterior de nuestra casa. Tenía que ver a Miguel inmediatamente. Yo le dije que no estaba en Vitoria.

—Pues me llevas donde esté porque tengo que hablarle lo más pronto posible. Fuimos en el coche a Vergara. Yo no tengo miedo de ir en ningún vehículo, conduzca bien o mal el que lo lleve, siempre voy tranquila, pero aquel día las pasé canutas porque este amigo conducía a una velocidad tremenda y la carretera era malísima, llena de curvas, y a nuestra derecha cortada a pico. Yo miraba aquel vacío debajo de nosotros y pensaba: “Si en una de esas curvas caemos abajo, no queda ni chatarra del coche”. Pero lo disimulé bastante bien con Máximo Giménez —así se llamaba—, el amigo que había venido de Barcelona; era un ingeniero naval, ya hace años que ha muerto.

Llegamos a Vergara. Él se quedó en un bar y yo fui a buscar a Miguel. Se quedó parado al verme. Pensaba que había ocurrido algo, además no llevaba a la niña, y nunca me separaba de ella. Le expliqué lo que pasaba y me dijo:

—Bueno, iré dentro de un rato. ¿Dónde estáis?

Le expliqué dónde le había dejado y al rato vino. Salimos a la calle y ellos empezaron a hablar; yo caminaba distanciada de ellos, no debía escuchar la conversación. Se hizo la hora de comer y Máximo, llamándome, me dijo:

—Peque, ven acá, acércate a nosotros, que vamos a entrar a algún sitio a comer.

Y nos llevó al mejor sitio que tenía Vergara; por primera vez en mi vida entraba en un restaurante. Por la tarde Máximo me llevó de nuevo a Vitoria y él marchó para Barcelona.

Paquita estaba muy contenta, la niña se había portado muy bien; había comido, había dormido y no había dado nada de guerra. Paquita me decía:

—Te puedes marchar cuando quieras y dejármela, que la niña no te ha echado de menos.

Pasados unos días Miguel vino a Vitoria; no era fin de semana y me extrañó. Me dijo que tenía que ir a Barcelona, para llevar unas cosas; metimos en el colchoncito de la nena algunos papeles que me tenía que llevar y después me enseñó un buen fajo de billetitos, cincuenta mil pesetas de una de esas operaciones económicas que había hecho. Había que llevarlo al Partido, a Barcelona. Me distribuí el dinerito por todo el cuerpo. Ese viaje a nosotros nos vino de perlas pues yo me había quedado embarazada e iba a hacer las dos faltas; no sabíamos cómo resolverlo, no queríamos seguir adelante. Pensábamos decírselo a Paquita para ver si nos sacaba de aquel apuro, ya que en Vitoria no conocíamos a nadie. Pero al tener que ir a llevar estas cosas, Miguel me dijo:

—Ve a ver a Marcos, verás como él lo soluciona.

Así que llegué a Barcelona y fui directamente a casa de la hermana de Paquita con la niña: sabía que allí estaba el Viejo. Hablé con él se hizo cargo de todo. Por la tarde yo dije que tenía que hacer unas cosas, dejé la nena y fui a ver a Marcos. Lo encontré en casa, le dije lo que pasaba y enseguida puso manos a la obra; yo tenía mucha prisa. En la misma habitación, una habitación pequeña donde tenían cama, comedor, sala de estar, todo junto, en una mesa de cocina un poco alargada en la que solo podía poner el cuerpo, con los pies sobre una silla, Marcos me hizo un raspado a lo vivo con un pañuelo en la boca para que no diese ningún quejido; el comedor estaba al lado y en la casa donde vivía había más realquilados; terminó con éxito y me dijo:

—Coge un taxi para ir a donde estés; no cenes esta noche, toma leche y mañana, que tendrás como un período normal, dices que estás indispuesta y haces un poco de reposo y no salgas a la calle.

—Sí, sí majo; mañana cojo el tren para el norte.

Me dijo que no hiciese esa locura, que podía tener una hemorragia. Pero yo tenía el billete y me tenía que marchar. Además, cómo avisar a Miguel de que me iba a retrasar un día más. Si no lo hacía pensaría que me había pasado algo por el camino. También llevaba lo que me habían dado los camaradas para Miguel; yo no sabía si eso podía o no correr prisa, así que no había otra solución que marchar. Él insistía en que no, en que era muy peligroso que me fuese. Pero al día siguiente con el cestito de nuevo en la estación. Marcos tenía teléfono, llamé y le dije:

—Marcos, me encuentro muy bien.

—¿Dónde estás?

—En la estación del Norte.

—Eres un caballo.

—Gracias, majo, por el piropo. Hasta pronto, nos volveremos a ver.

Ya no le he vuelto a ver. El viaje salió muy bien y llegué a Vitoria sin ninguna novedad. Miguel quedó contento de su trabajo y los de Barcelona muy contentos de recibir cincuenta mil pesetitas, que en aquellos tiempos era mucho dinerito. Habíamos entrado en el mes de junio; la nena estaba muy bonita, muy adelantada para hablar, decía muchas cositas; llamaba a su padre *papa nene*. Si algún día estaba con nosotras era él quien se hacía cargo de la nena, la bañaba, la vestía, le daba de comer, jugaba con ella; pero todo esto iba a durar bien poco. A mediados de junio vino un día entre semana y con mucha rapidez me dijo:

—A recoger todas las cosas que salimos de Vitoria rápidamente.

Le pregunté qué pasaba y me respondió.

—No lo sé. Algo ha pasado en Bilbao o Barcelona, la policía me anda buscando en Vergara. He venido aquí porque es de suponer que el único que conoce la dirección es Máximo, y si aquí no han venido quiere decir que a Máximo no le ha pasado nada.

Era todo lo contrario; era Máximo a quien habían detenido y llevaba su cuadernito bien hecho con direcciones, nombres, etcétera.

Al poco tiempo de salir nosotros de Vitoria llegó la policía a la casa. No nos encontraron. Se llevaron a Tomás; a Paquita no la interrogaron para nada, ella dijo que tenía unos huéspedes y nada más. Dio nuestros nombres, Fernando y Juanita; además tampoco sabían si teníamos otros. A Tomás le interrogaron más fuertemente e incluso llegaron a pegarle; por otra parte parece que le hizo bien, así supo cómo las gastaba esa gente. A veces, en alguna conversación que había tenido con Miguel sin hablar políticamente a fondo —pues no nos interesaba—, decía:

—Bueno, pues no se vive mal; si no te metes en nada no se meten contigo.

Esa era su opinión. Así que recogimos nuestros bártulos, preparamos a la nena, nos despedimos de la familia e hicimos ver que nos íbamos para Madrid. El mismo Tomás nos sacó los billetes, pero no recuerdo en qué estación nos bajamos y sacamos otros, uno para Barcelona —en el que se fue Miguel— y otro para Soria. Me fui a casa de mi hermana, pensando, como había dicho antes, que por Máximo no venía la cosa; en casa de mi hermana estaría bien y ya tendría noticias en cuanto pudiera.

Estuve tres meses tranquila hasta que una mañana mi cuñado entró blanco como una pared. Había estado la Guardia Civil preguntando por una tal Juanita; como mi cuñado no sabía que me llamase así, dijo que allí no había nadie que se llamara Juanita, que quizá en alguna de las fincas de los alrededores pudiera haber alguien, pero allí no.

¿Por qué estaba mi cuñado pálido? Él era el encargado de una gran finca. Había mucha verdura, mucho árbol frutal y una gran vaquería con veintitantas vacas de leche; pero su sueldo era de diez pesetas, tenía seis hijos, ellos dos y mi madre, nueve personas, y por si fuera poco les había caído yo. Alimentados estaban: fruta, verdura y leche no faltaban; mal vestidos sí que iban: cuando no necesitaba uno unas alpargatas las necesitaba otro, y con diez pesetas no les llegaba para mucho; mi hermana trabajaba también como una bruta. Hacía matanzas en el pueblo, lavaba ropa, hacía la limpieza en casa de los patronos. Si había alguna fiesta o alguna boda, como era

muy buena cocinera, iba a guisar. Siempre estaba enredada en trabajos por el pueblo para poder ganar una peseta, con lo que ganaban tenían que comprar lo que no daba la huerta, azúcar para los niños, carne o pescado y además ropa para todos. Afortunadamente los obreros estaban muy unidos y de vez en cuando se ponían de acuerdo para comer carne: lo hacían despeñando una oveja o una cabra y cuando volvían por la noche, en los corrales contaban el ganado y faltaba una pieza, tenían que salir a buscarla, la encontraban ya fría, después de haberla despeñado por la mañana, e iban con ella al amo. El amo les decía:

—Quemadla, que a lo mejor se ha muerto de alguna enfermedad.

Alguna vez ellos decían:

—No puede ser, es que se ha despeñado. Si a usted le parece bien nos la podemos repartir entre los obreros.

No estaba muy de acuerdo, decía que si la habían encontrado muerta podía ser de alguna enfermedad y entonces ellos podían caer enfermos y ¿quién le sacaba el trabajo? Al tío cabrón lo que menos le preocupaba era si comían carne o no, si se ponían enfermos o no; lo que le preocupaba era el trabajo, explotarles. Así que cuando lo hacían, unas veces se lo decían y otras no; se la repartían y a otra cosa. Con la leche pasaba igual. El vaquero tenía derecho a llevarse toda la leche que quisiera; en cambio no tenía derecho a coger nada de la huerta o a que se lo dieran, y era un hombre que tenía familia numerosa. Con mi cuñado se arreglaban bien, todos los días el vaquero le dejaba leche en una cántara por algún sitio escondida, y mi cuñado le dejaba un buen talego de verduras y frutas para su casa; a mi cuñado el amo solo le daba dos litros diarios de leche. ¿Qué podía hacer con dos litros de leche teniendo tantos hijos? No llegaba ni a la mitad de los desayunos. Pero mi cuñado, que era un hombre de mucha honradez, pensaba que estas cosas eran robar, cuando en realidad les robaban a ellos: no hacían un trabajo de ocho horas sino de sol a sol.

Ese día que mi cuñado subía a casa pálido porque la Guardia Civil había estado preguntando por una tal Juanita, el pobre se pensó que era una excusa; además, ya cuando les vio se echó a temblar; los guardias solían ir cada quince días más o menos, él tenía orden de llenarles los macutos de frutas y verduras, y así lo hacía. Hacía pocos días que habían estado por la huerta y se habían ido bien provistos. Como por la noche del día anterior mi cuñado había subido a la casa un saco de judías secas para poder pasar el invierno con algo caliente que dar de comer a sus hijos, por la mañana nos levantamos las chicas mayores y yo y empezamos a pisarlas para desgranarlas. Mientras mi cuñado hablaba con los guardias, una de las chicas se asomó por la ventanuca y les vio; paramos de hacer ruido, pero ya se podía decir que habíamos terminado el trabajo. Cuando se marcharon y mi cuñado subió a la habitación, empezó a soltar tacos diciendo:

—Esto me tenía que pasar a mí, esto me tenía que pasar a mí; y volverán, lo que me han preguntado era un pretexto, registrarán todo y encontrarán las judías.

Tanto las chicas como yo le preguntamos:

—Pero bueno, ¿qué te han preguntado?

—Decían que venían buscando una tal Juanita.

Al oír esto cogí a mi cuñado, le di un beso y le dije:

—Mira, Manolo, tranquilízate, que de judías nada. Nadie te ha visto coger un saco y nadie nos ha oído pisar las judías —porque como estaban las vainas secas, al

pisarlas se hacía ruido—; de todas formas, vamos a terminar de recogerlas, las metemos por algún sitio, tú mismo sabrás dónde están mejor y quemaremos las vainas; porque es seguro que volverán al no encontrar esa Juanita por ninguna finca; esa Juanita soy yo.

Todos me miraron, no sabían que yo me llamase Juanita, pero no les extrañó, sabían la vida que llevábamos. Recogimos las judías en un saco y las metimos debajo de un armario. Las vainas las bajamos a la cocina y las quemamos en el hogar —como casa antigua de pueblo que era, tanto si era verano como invierno el hogar estaba siempre encendido para guisar—. Le dije a mi cuñado que si volvían los guardías hiciese lo posible para que no le vieran o que se quedase dentro de casa; la cara que iba a poner sería también de susto y prefería que no le vieran. Además, como él ya les había dicho que allí no estaba la tal Juanita, no tenía por qué encararse otra vez con ellos; yo lo haría directamente.

Salí a la puerta y en unos bancos de piedra que había en ambos lados de la puerta me senté a hacer punto. Mi madre no sabía nada. Estaba por la cocina y no se había enterado; tampoco lo sabía mi hermana, no estaba en casa. La entrada de la casa era bastante simpática, porque había como una plazoleta con árboles frutales y bancos de piedra, hasta había un precioso pino; frente a la casa, toda una gran extensión de tierra plantada con verdura.

Los civiles no tardaron en llegar; preguntaron por mi cuñado y les dije que no estaba, que debía estar trabajando por algún sitio de la huerta.

—¿Quieren ustedes que le busque, que le llame?

—¿Usted no es de aquí, verdad?

Le contesté que no, que era hermana de Antonia, la mujer de Manolo, y que había ido a pasar unos meses con mi madre y mi familia.

—¿Y de dónde es usted? —me preguntó—. ¿Dónde vive?

—En Barcelona.

Ahí ya empezaron las preguntas más indiscretas:

—Y su marido, ¿también está?

—Pues no, señor, no está aquí, está en Bilbao.

—¿Y cómo se llama?

—Fernando.

—Mira qué casualidad, nosotros buscamos a una señora que se llama Juanita, su marido se llama Fernando y tiene una niña que se llama Estrella.

Yo, muy asombrada, les dije:

—Hombre, pues qué casualidad. Yo tengo una niña que se llama Estrella, y mi marido Fernando; yo no me llamo Juanita.

—Ya ve usted qué coincidencia porque si su marido se llama Fernando y su hija Estrella, como verá usted coinciden dos cosas bastante concretas.

—Yo les contesté que sí, que era cierto.

—¿Y por qué les buscan ustedes?

—Ah, son órdenes que tenemos.

—Pues mire, me están ustedes preocupando, porque nosotros vivimos en Barcelona. Mi marido trabaja en una empresa y ha tenido que venir a Bilbao a una sucursal para trabajar en ella unos meses. Para que no me quedase sola en Barcelona, como tenía muchas ganas de ver a mi madre y a mi familia, me dijo: “Mira, el tiempo

que yo esté en Bilbao, tú te vas a Soria, y cuando termine el trabajo ya te recogeré". Pero ahora estoy preocupada, porque ¿le habrá pasado algo a mi marido? No sé, a lo mejor con el nombre de la mujer hay una confusión.

—¿Me podría decir usted el sitio donde trabaja su marido? ¿Tiene usted la dirección?

Se me ocurrió un nombre vasco y dije:

—Sí, señor, en la calle tal —y un número.

Los dos guardias me miraron, no sabían qué hacer. Por un lado tenían confianza en mi cuñado y agradecimiento por todo lo que sacaban de la huerta siempre que hacían la ronda. Se dijeron el uno al otro:

—Bueno, ¿y qué hacemos? Porque si el nombre de ella coincidiera no lo teníamos que pensar, pero no es así.

El otro le contestó:

—Mira, lo mejor es que nos vayamos al cuartelillo, llamamos a Barcelona y que nos den más detalles.

—Si a ustedes les parece puedo irme también con ustedes al cuartelillo; las cosas se pondrán en claro si yo también estoy allí con ustedes; no tardaré mucho en arreglar a la nena y nos marchamos.

Esta respuesta mía les dio un poco de tranquilidad y cierto reparo de llevarme al cuartel siendo la cuñada de Manolo.

—Ah, no, señora, no; mire, vamos nosotros y si hay alguna cosa para decirle a usted, ya vendremos. Usted no se preocupe, no se mueva de aquí.

Muy respetuosos se marcharon. Cuando salieron de la finca cogieron los caballos y se fueron al cuartelillo. Por aquellos pueblos un cuartel de la Guardia Civil servía para tres o cuatro pueblos y precisamente no estaba en Fuentetoba el cuartel, tenían que ir a otro pueblo. Nada más salir los civiles, el mayor de mi hermana Pedro cogió el caballo y se marchó a Carbonera, avisó a un taxi para que vinieran a buscarme. Mientras mi sobrino iba a avisar el taxi, yo arreglé a la nena, cogí mis bártulos y en cuanto llegó el taxi me marché para Soria. Mi idea al salir de allí era dejar la nena en casa de los abuelos e irme para Barcelona; primero, para no estar en casa de los padres de Miguel por si allí iban a buscarme, y segundo para meterme ya en nuestro territorio, en Cataluña, a ver qué pasaba. Estaba tranquila en cuanto a Miguel, de pasarle algo me hubiese enterado rápidamente. Pero los tiros venían por Máximo. De eso no cabía duda, puesto que era el único que sabía esa dirección. A mis hermanos, acostumbrados a no meterse en mis cosas, no se les ocurrió decirme: "Deja a la niña aquí y vete tú sola". Qué pena que no lo dijeran, no podían saber ellos el bien que me podían hacer.

A mí tampoco se me pasó por la cabeza decirles: "Quedaos con la niña, que estará mejor con vosotros, sobre todo porque estaría entre niños y uno más o menos no se nota". Los abuelos la atendían muy bien; demasiados mimos, demasiadas atenciones; los niños pronto se dan cuenta de que son el punto flojo de las personas mayores y abusan de ello.

Con el taxi salí para Soria y de Soria me fui a Madrid a dejar a la nena y fui directamente a casa de mamá Anita, una mujer maravillosa que tenía el hijo en la cárcel. Hizo venir a los abuelos a su casa, yo les expliqué lo que pasaba y se llevaron a la niña. Pasé la noche en casa de Anita; como todavía le daba el pecho por la mañana y por la noche, cuando me levanté tenía los pechos bien llenitos y Anita, sin decirme

nada, se marchó a casa de los abuelos, cogió a la niña y me la trajo a su casa para que le diese de mamar; no me sentó bien que hiciese esto a pesar de que la pobre lo había hecho con buena voluntad; pero a mí me había costado mucho trabajo dejar a la nena, y volverla a ver y tener que volverme a despedir de ella era un esfuerzo más que tenía que hacer. Después cuántas veces he pensado: “¿Por qué la dejé? ¿Por qué no me quedé con ella y me la llevé conmigo?”. Era el temor de que me pudiesen detener y llevarla a la cárcel. Pero ¿qué más daba? Tantos niños habían pasado por ella que uno más o menos no tenía gran importancia. ¿Qué temía, Jefatura? Es posible, en fin, no sé, en aquellos momentos era yo sola para pensar qué debía hacer y creía que lo mejor era lo que estaba haciendo; quizá lo mejor hubiera sido quedarme en Madrid con ella y a disposición del Partido, haber hecho algo, lo que se pueda hacer en el trabajo clandestino teniendo una hija al lado. ¿Hubiera sido esto lo más acertado? Quizá sí, no lo sé.

Llegué a Barcelona y, como era nuestra costumbre en esos tiempos, no acudí a casa de ningún camarada, nunca sabes lo que ha podido pasar y te metes en la boca del lobo sin más ni más. Busqué casa para servir y encontré enseguida; me pidieron informes y yo hice lo mismo que la primera vez, cuando salí de la cárcel; aquello me había dado buen resultado. Era de un pueblo de Segovia y me había marchado de casa de mis padres porque me querían casar con un primo para unir nuestras tierras, esas cosas que pasan en los pueblos entre familias; yo era mayor de edad y había decidido demostrar a mis padres que no me podían casar con una persona que yo no quería.

También le dije que tenía una tía en Barcelona, Luisa, que era la persona que podía ver y ayudarme a encontrar el Partido, y que no había ido a verla porque no me hubiese dejado salir de su casa, que iría cuando estuviese ya colocada. Si me creyeron o no todo esto no lo sé; lo que sé es que me quedé en la casa y vi a Luisa en mi primera salida. “Mi tía” me llamó un par de veces por teléfono y por la forma de expresarse me di cuenta de que el Partido ya sabía en qué situación estaba.

Al segundo domingo de estar en la casa, Luisa vino a verme para que saliera con ella un rato. La presenté a mi patrona y, al decirle “mi tía Luisa”, me dijo:

—Ah, ¿se llama igual que usted?

Luisa le dijo:

—Claro, es que es mi ahijada, soy su madrina.

A la señora le fue simpática Luisa.

Ese día quedamos ya en que el martes o miércoles iba a venir un camarada como que era mi primo que había venido a hacer unas compras a Tarrasa y que tendría que prepararme para ir con él, los viejos estaban dispuestos a no presionarme en nada con tal de que volviera con ellos. La casa donde servía tenía tienda —me parece que era ferretería— y era fácil entrar en ella y preguntar por mí. Lo haría a una hora exacta, o sea, que yo debía estar pendiente; si el martes no iba repetiría el miércoles, llevaría una revista en la mano. El martes a la hora convenida llegó el camarada, preguntó en la tienda por mí y el patrón me llamó. Yo salí, nos saludamos como si nos hubiéramos criado juntos, como él ya sabía lo que yo había dicho a la patrona, se basó la conversación en ello, nos ofrecieron entrar en casa, pero él se disculpó: tenía que hacer algunas cosas por Barcelona y luego a Tarrasa, para hacer unas compras de tejidos; pero que había venido a verme porque los viejos habían dicho que me llevase con él, puesto que iba con coche; además con la seguridad de que no me pedirían nada a cambio, que dejarían que me casara con quien quisiera y cuando quisiera.

Quedamos en que el miércoles yo iría a casa de tía Luisa para salir el jueves a primera hora, así no molestaríamos a los señores; se despidió de los patronos y yo salí hasta la calle a despedirme de él. Allí me dijo tenía que marcharme el miércoles para Reus; tenía que llegar en el tren de las nueve; en la estación me estaría esperando un camarada joven con una revista en la mano. Yo tenía que llevar la misma revista; también me dio una consigna, me dijo que cogiese el tren en el apeadero de Gracia. Después me enteré que allí me había vigilado un camarada para ver si iba sola o llevaba “niñera”.

Cuando entré en la casa y le dije a la patrona que me iba al día siguiente, no le sentó muy bien, me dijo:

—Esto ya me lo esperaba.

Estaba contenta porque en la casa se había dejado todo abierto y no le había tocado nada; y ella lo valoraba. En fin, quedé bien con aquella gente y el miércoles, después de comer, recogí mis bártulos —que eran pocos— y salí para el apeadero de Gracia a enterarme a qué hora pasaba por allí el tren que llegaba a las nueve a Reus.

Por la mañana del jueves llegué de Barcelona y salí de la estación como un viajero más hacia el sitio que me habían indicado que el camarada saldría a mi encuentro. Poco había caminado cuando vi un chaval joven con una revista en la mano, igual a la que yo llevaba. Se acercó a mí y me dio la consigna.

Me llevó a una casa y me dijo que tenía que estar allí hasta la noche; él mismo iría a buscarme para ponerme en contacto con el camarada con quien tenía que trabajar. En la cocina tenía cosas para comer; una radio y libros para entretenerme durante el día. También vio que estaba helada de frío y me encendió una estufa de petróleo. Habían pasado más de cinco meses desde que me había separado de Miguel y no tenía ni una sola noticia suya. Pese a que había visto a estos camaradas no les había preguntado por él, no sabía qué nombre tendría que dar ni si tenía que darme a conocer como su compañera.

El día lo pasé comiendo, durmiendo y leyendo. Al rato de hacerse de noche llegó el camarada para presentarme al que tenía que trabajar. Me llevó hacia el paseo que llaman *de los enamorados* y me explicó que allí los novios se daban citas —y los que no eran novios también—, y que por lo general a esas horas lo único que había eran parejas. Nosotros estaríamos en el parque e iríamos como una pareja más. Nos teníamos que cruzar con el camarada, ya me avisaría, y cuando llegásemos al final del paseo él se marcharía y yo volvería para encontrarme con él. Nos saludaríamos como viejos amigos, y después, allá nosotros con lo que tuviéramos que charlar. Según íbamos por el paseo a lo lejos venía un hombre hacia nosotros; tanto su forma de caminar como su silueta me eran muy conocidos, muy familiares. ¿Estaba soñando? ¿Eran las ganas que tenía de saber de él, de verle? Pero no, no soñaba; según se iba acercando no había ninguna duda: era Miguel. A una distancia ya prudencial el camarada me dice:

—Mira, este que baja es el camarada con quien tienes que encontrarte después; fíjate bien en él, no te vaya a equivocar que por aquí hay muchas parejas dándose citas y como este paseo tiene tan poca luz...

Yo no me atrevía a mirarle, tenía denunciarme a mí misma. El muchacho se daba cuenta de que yo apenas miraba y no hacía nada más que darme con el codo, diciéndome:

—Pero mírale, mírale.

Yo le tranquilizaba diciendo:

—No te preocupes, que ya lo he visto, que no me voy a equivocar, ya lo verás.

El chaval no estaba tranquilo y eso quería decir que no sabía lo que nos unía a los dos, por lo que no era yo quién para decírselo.

Llegamos al final de paseo, nos paramos unos minutos, nos despedimos. Él salió del parque y yo di media vuelta y me volví por el mismo camino. Bajaba pegada a la hilera de árboles y así evitaba la poca luz que había en el centro del paseo; también Miguel hacía lo mismo y al final nos encontramos junto a un árbol; qué cosas, en vez de abrazarse a mí, me dice:

—Espera, espera —abrió una enorme cartera que llevaba, sacó un chaquetón y me lo puso—: chica, te está como si te lo hubiesen hecho para tí.

Entonces ya me abrazó muy contento y también muy preocupado, porque sabía que había tenido que salir de Soria y que había dejado a la nena con los abuelos; lo sabía todo de mí y yo no sabía nada de él. Me habló de Máximo y me dijo que ante la policía se había portado bastante bien. Que lo peor había sido que le cogieran un cuaderno con las direcciones de los camaradas con quienes tenía contacto; no eran muchos y tampoco tenían una ligazón directa con la dirección del Partido; pudo haber sido grave, habían detenido a nuestro querido camarada ya desaparecido Garrigosa, *Garri*, como le llamábamos nosotros.

Una gran persona en todos los sentidos. En su profesión era algo extraordinario también como comunista; lo era pese a su elevada posición tanto social como económica; decía que el socialismo se imponía en el mundo y que había que luchar para conseguirlo. Yo tuve algún contacto con él ya en el año 1944 y principios del 45; después, cuando salimos de la cárcel, los contactos con él fueron más frecuentes e incluso frecuentábamos su casa; alguna vez fuimos invitados a comer por su esposa Josefina, que era una gran persona, muy bonita, una mujer bandera, como suele decirse. Vestía con mucha elegancia pero muy sencilla. Tenían dos niñas preciosas, Pilar y Diana, y cuando yo estaba en estado, tuvo la tercera, Airy, que se lleva seis meses con la mía. Estrella y Airy, hoy unidas en estrecha amistad.

Yo le dije a Miguel que no comprendía cómo sabiendo que a Máximo le habían cogido el cuaderno de direcciones no me había avisado a mí a Soria para que no me quedara allí. Miguel me dijo que no pensaron que teniendo desde hacía un año aquella dirección aún la conservara en su cuaderno; pero la tenía. Afortunadamente la caída no fue muy peligrosa y la retención de los camaradas no fue mucho tiempo, pero sí lo suficiente para llevarse un buen susto. Creo que el que más estuvo en la cárcel fue Garri, dos años. Miguel me hacía preguntas sobre la nena.

Hablar de la chiquilla era penoso para mí. ¿Pero cómo rehuir hablar de la nena entre los dos? Era muy, muy difícil. Miguel quería saber si todavía se acordaba de él; yo le contesté:

—De tí, pobre... ni de mí tampoco. Los niños a esa edad solo se acuerdan de las personas que los atienden en esos momentos, los que les dan la comida, los bañan, los visten, los desvisten, les hacen cuatro mimos; a esos sí, a los que ven. Los demás ya no existen para ellos.

—No digas tonterías, los abuelos le hablarán de nosotros.

—Por mucho que le hablen es como si nada. En su pensamiento ya no existimos ninguno de los dos.

Ya no podía aguantar más y estaba llorando; Miguel me abrazó y me dijo:

—Mujer, no seas así, sé valiente. Tú siempre lo has sido, ya verás como pronto la tendrás contigo, la tendremos con nosotros, porque esto se acaba, ¿sabes?

Eso de que “esto se acaba”, lo habíamos tenido en los labios desde la terminación de la guerra y ya íbamos camino de los diez años. Gracias a ese optimismo que siempre tuvimos continuábamos en la lucha; muchos, quizá, de haber sabido que eran muchos los años que teníamos que luchar, treinta y cuatro años, treinta y siete en la parte franquista, también allí los camaradas habían seguido su lucha clandestina, ¿hubiésemos echado marcha atrás? ¿Hubiéramos organizado nuestro hogar con un poco de tranquilidad? Ni Miguel ni yo nos hicimos nunca esta pregunta: seguimos luchando y estábamos viviendo hasta el final. Ya se habían dado casos de camaradas que al salir de la cárcel habían organizado su vida al margen del Partido con la disculpa de que tenían que presentarse, etcétera. A unos organizaron sus hogares —que no lo habían tenido nunca— y otros los reorganizaron. Tenemos casos de nuestro propio expediente del año 45 políticamente valiosos, algunos camaradas como Aymerich, Moisés, Bruch, y otros, que al conocer la petición fiscal de seis años, doce o más, se pasaron al extranjero en vez de pasarse a la clandestinidad en nuestro Partido. Era el caso de Revuelta y algún otro más.

En aquellos años, cuando me enteraba de estos casos me ponía rabiosa y no podía disculparles; al único que disculpé siempre fue al pobre *Monchi*, Ramón González. Era hermano de Pura González, la mujer de Fernando Revuelta, y le disculpaba porque había sido tan brutalmente torturado en Jefatura, que le quedó una lesión muy grave, gravísima, en el cerebro. Estaba casado con una camarada, Conchita Fera, y al igual que su hermana Pura habían pasado por las cárceles franquistas. Tenían dos niños; yo veía completamente normal que este muchacho se pusiera a salvo del franquismo y probara de curarse esa lesión. Pasaron a Francia y vivían en Marsella. Mucho sufrió esa pareja, mucho, Monchi murió de esa lesión todavía bastante joven. Muchas veces me he acordado de Conchita y de los niños y he guardado un recuerdo muy agradable de Ramón porque era un chico muy majo, muy serio y muy cariñoso; en cambio, no tenía el mismo recuerdo de Aymerich. Cuando tuvimos que salir de Barcelona con la niña de un mes y llegamos a Madrid, encontré una carta suya en casa de Luisita: Rosita, su mujer, conocía aquella dirección. No era una carta de amistad ni de cariño, quizá se la pudiera llamar una carta despechada y justificando su propia posición. Nos llamaba “gitanos errantes”, porque salíamos de Cataluña con nuestros bártulos y con la niña pequeña.

¿Sabía él acaso que salíamos porque el Partido nos había mandado salir? Quizá lo ignoraba. Aquella carta quedó guardada en casa de Luisa y le rogué que no la rompiera; quería conservarla y quizá algún día podría hablar con Aymerich sobre esa carta. Hace muy poco Luisita me dijo que, entre otras cosas, había desechado de su casa también un viejo mueble, donde estaba la notita, sin pensar más en ella. Es una lástima, porque hubiera podido discutir algún día con Aymerich las palabras que entonces decía tan a la ligera, mientras él con la libertad provisional durante años hacía política individual, discutiendo entre amigos un periódico del Partido cada vez que le caía en las manos, pero siempre sin grandes riesgos. Nuestro riesgo no era el del gitano, que aunque viva bajo un puente, es libre; era el de nuestra libertad ante la dictadura franquista, no tengo nada contra ellos. Si queremos la reconciliación

nacional de todos los españoles, incluso de los que fueron nuestros enemigos durante una guerra civil, cómo no vamos a querer lo mismo con nuestros camaradas, que en ningún momento han sido nuestros enemigos. Solo deseo que vuelvan a las filas del Partido y que se comporten como comunistas.

Los años han pasado y nosotros en la lucha junto al Partido. A Miguel le detuvieron en el 58; mamá Luisa seguía viviendo en Urgel, 72. Luisita, en Madrid, también seguía en travesía del Reloj, 7, direcciones que estos camaradas conocían. La detención de Miguel tuvieron que verla en la prensa. ¿Se interesaron por saber por algunos de estos medios en qué situación se encontraba su hija, su familia? Pero nada hicieron a pesar de estar en situación legal.

En el año 1962, por mediación de las cuñadas de Atilano García, encontré a Moisés e incluso tuve alguna entrevista con él. Yo estaba pasando malos momentos; aunque no marchaba bien económicamente, no pedía nada, solo ayuda moral y consejo. Saqué los pies fríos y la cabeza caliente. No se complicaban la vida. Eso sí, hacían mucha "política" en grupo familiar y amistoso. Volví a perder el contacto durante años.

Salió Miguel de Burgos el 20 de septiembre de 1967 y se entrevistó un par de veces con él sin gran éxito político. En el 69, por el estado de excepción, tuvimos que salir de casa, una vez más a la clandestinidad. Yo volvía a visitar a Moisés, aceptó que le llevase la prensa del Partido periódicamente, no a su casa, sino al taller en La Florida. Estuvo enfermo y ya hacía tres viajes que no le encontraba y me tenía dicho que no se lo dejara a nadie, por lo que me decidí a pasar por su casa, que además del interés por saber qué le ocurría, le dejaba la prensa. Con bastante diplomacia, me dijo que por el momento lo dejara estar, que tenía que atender a su casa, a los estudios de su hija, y no podía poner en peligro a su familia; con esas palabras salí de su casa y no lo volví a ver más.

He querido mucho a Moisés y he sentido —y eso yo solo lo sé— el no verle en sus últimos días; me enteré que había muerto, estábamos clandestinos y era difícil saber algo directamente de nuestros familiares y amigos. Estas páginas fueron escritas cuando aún vivía el dictador Franco. Años más tarde, el dictador muere y después de siete años de clandestinidad volvemos a casa.

A últimos del 76, de una forma muy especial que no dejó de sorprenderme, volví a ver a Aymerich y Rosita. Un domingo por la mañana llaman a la puerta y era un repartidor de pastelería con una gran bandeja de pasteles y dos botellas de champán. Yo no podía pensar quién podría mandar tal obsequio, y pregunté al señor si no había un error. Me entregó el sobre que llevaba en la mano y leí esta tarjeta:

*anxi, dia myalat, amb
la meua admiració i
fortissimi d'estima, d'el
contra "Eliaf"*

*5-XII-76
¡Tant de bes!*

No había error, José Aymerich y Rosita. Volvíamos a encontrarnos los ex guerrilleros. Se firmaba con el nombre que tuvo en la resistencia francesa en la segunda guerra mundial, que era el coronel *Elías*, y el que fue jefe de guerrillas de Cataluña hasta el 45, que nos detuvieron. Ahí no queda la presentación. Solo habían pasado unos minutos, otro portador trae un ramo de flores, extraordinario, por mi casa no había pasado nada igual, hecho con gusto y adornado con lazos rojos y catalanes; le acompañaba esta tarjeta:

~~José Aymerich i Aymerich~~
~~Rosita Rodríguez d' Aymerich~~
¡Ving després!
5-XII-56

BARCELONA

¡Qué expresiones más distintas la de aquella nota del año 47 y estas tarjetas del 76! Pero... habían pasado muchos años. Miento si digo que no me emocioné, y más al anunciar su visita ese mismo día por la tarde. Después de tantos años nos volvíamos a encontrar: me causó alegría. Recordamos viejos tiempos y también a viejos camaradas. Pasamos una tarde, y hasta media noche, muy agradable.

Porque la vida es así, y a los amigos hay que quererlos como son, y yo les quiero porque he comprendido, en el ir y venir de nuestra lucha, que no se les puede exigir a los camaradas que sigan al Partido. La clandestinidad es muy dura: dejar una y otra vez la casa, la familia, y volver a pasar por la policía y la cárcel. Aunque sinceramente yo pienso que esos camaradas no lo pasaban muy bien, en el fondo se sentían insatisfechos porque eran y son comunistas.

Aquella noche de octubre, algo fría, en el parque de los Enamorados había muchas parejas; algunas sentadas en los bancos, acurrucados el uno contra el otro para quitarse el frío, otros paseando bajo la sombra de los árboles y algunos recostados sobre ellos. Quizá en todos tampoco había alegría, quizá mezclasen el amor con un disgusto familiar y una escena de celos; cualquiera sabe, cada uno tiene su mundo. Nosotros también estábamos recostados en un árbol; después de cinco meses sin vernos y sin tener noticias el uno del otro era como para estar contentos.

Sin embargo, nos faltaba algo propio, nuestra hijita, y yo lloraba su ausencia. Tenía la impresión de que la conciencia me gritaba que no la tenía que haber dejado; ya me había pasado muchas veces esto, sobre todo cuando me sacaba la leche del pecho cuando estaba sirviendo. Cada noche y cada mañana estaba en mi cuarto y me descargaba los pechos. Luisa me había dicho que no me dejase de sacar la leche pues podía enquistarse y sería peor, y cada día sacaba un poco menos. Pero todavía tenía algo; aquello me causaba trastornos y dolores de pecho y espalda; cada día, al sacar aquella leche que tenía que ser para mi hija, lloraba; pero estaba sola y no hacía sufrir a nadie.

Esa noche, en el paseo de los Enamorados, estaba con su padre y le estaba haciendo sufrir; pues aunque quería hacerse el fuerte los ojos se le ponían vidriosos. Terminamos los dos por no hablar, por no decir nada, abrazados el uno contra el otro. Nuestro llanto pasó y nos tranquilizamos. Miguel, al verme ya tranquila me dijo:

—Bueno, vamos a salir de aquí porque tengo que presentarte a una compañera para que conozca la casa en que hemos de vernos mañana, pues tiene que empezar un trabajo con nosotros. Hoy no te voy a decir nada, pero mañana te explicaré lo que tienes que hacer. Me llevó a una casa; me dijo que era de una profesora ya mayor, soltera, que vivía sola; era muy buena persona, muy buena camarada y hacía muchos años que trabajaba con el Partido. Yo estaría siempre en contacto con ella, pues uno de mis trabajos lo haría precisamente en su casa después de otro que tendría un carácter especial. Esta camarada se llamaba Teresa.

Llegamos a su casa y ella ya me esperaba; incluso el chaquetón era de ella; se puso contenta al vérmelo puesto y me dijo:

—Chica, si parece que te lo han hecho a medida.

Ella era bajita, como yo, y teníamos un tipo muy por el estilo. Cenamos los tres charlando y me recomendó que me fijase bien al salir para no equivocarme al día siguiente; tenía que ir hacia las siete, hora en que Teresa ya estaría de regreso y él también, pues habría salido del trabajo. Pero luego dijo:

—No es necesario. Te doy una llave, prefiero que la tengas, para que vengas cuando sea y no tengas que llamar al timbre, que siempre es un aviso a los vecinos de arriba de que alguien viene.

Era una casita de dos plantas con un vecino por rellano; ella estaba en el primero. Salimos de casa de Teresa y paseando por aquellas calles de Reus llegamos a la casa donde había estado todo el día; en un principio creí que Miguel subiría conmigo, pero no fue así. Miguel me dijo que él prepararía las condiciones para vernos dentro de dos o tres días; no era conveniente que subiera conmigo aunque tenía llave, pues había otros amigos que también la tenían, y los propios dueños de la casa.

A mí ya me había dado por la tarde el camarada otra llave; quedamos al día siguiente en casa de Teresa para ver qué trabajo político tenía que hacer. Al día siguiente, como nadie me dijo si tenía que salir o no a la calle, salí a comprar unas cosas para comer ese día. Compré poco, pues no sabía los proyectos que tenían para conmigo y no andábamos muy allá de perras. Por la tarde salí camino de la casa de Teresa y creo que hice el mismo recorrido que la noche anterior. La casa la encontré sin dificultad. A la media hora de estar ahí llegó Miguel, que abrió también con su llave; nos dimos un abrazo fuerte, muy fuerte, y enseguida a concretar el trabajo, como Teresa no llegaba nos fuimos a la casita que estaba yo. Miguel subió a las hermanas del camarada que me había recogido y me las tenía que presentar, eran las dueñas del piso, las dos eran enfermeras y estaban internas en el hospital de Reus. Sabían para qué se utilizaba la casa y solo iban según ellas decían “cuando no hay moros en la costa”; eran dos muchachas muy majas.

El hermano estaba casado con una muchacha que era comadrona y esta tenía dos hermanas, que tenían peluquería, que también me llevaron a conocerlos pues sería o ya era una estafeta. *Fernando* me dijo que tenía que quedarme en aquella casa, pues sería donde tendría que hacer ahora el trabajo del Partido. En aquella casa se hacían las reuniones, sobre todo el Partido y guerrillas, que por aquel entonces se estaban disolviendo para fortalecer la lucha política del Partido. Pero sería conveniente que me buscara algún trabajo para poder costearme la vida diaria, que yo misma pensase qué podía hacer en Reus. Yo eché mano de lo que mejor sabía hacer, coger puntos en las medias de seda —por entonces ya había de nailon—. Al día siguiente visité

alguna mercería en que no había letrero de “Se cogen puntos” y me ofrecí, dándoles una pequeña ganancia a la gente de la mercería. Así encontré tres mercerías. Por la mañana, hasta las cuatro y media de la tarde, trabajaba en casa cogiendo los puntos. A las cuatro y media me marchaba a casa de Teresa para cuando empezase Radio España Independiente, a las cinco de la tarde, coger las noticias, que daban a lectura lenta artículos muy interesantes, que copiábamos; y daban noticias del interior, con las que hacíamos el boletín, que se llamaba *El Guerrillero*. Este trabajo lo hacía Teresa después de salir de la escuela; con algún otro camarada. Que yo les cogiera estos artículos de lectura lenta les facilitaba el trabajo, pues ya no tenían que estar pendientes de Radio España Independiente. Como escribía mal y con faltas de ortografía, al principio tenía que estar con Teresa, porque había cosas que ni las entendía; después se hizo a mi letra y ya adivinaba. Así que mi trabajo político en Reus consistía en eso por las tardes; y no con mucha frecuencia —porque la clandestinidad no lo permitía— estaba en la casa porque se reunían los camaradas, algún responsable de guerrillas y uno o dos camaradas responsables del Partido. Los que estaban en contacto con los guerrilleros.

Un día estuvo la comadrona, en casa me preguntó si me gustaría hacer masajes faciales a dos viejas con dinero que eran clientas de su hermana; como se había casado las iba a dejar, me podía presentar a esas dos mujeres, que pagaban bien. Le dije que no sabía hacer masaje facial; en mi vida me las habría visto tan gordas. Ella, que era una mujer muy decidida y muy maja, me dijo:

—Huy, no te preocupes. Mi hermana viene dos días, te da a ti masaje delante del espejo y aprenderás enseguida.

Así lo hicimos; primero me daba ella masaje a mí frente a un espejo y yo miraba con atención cómo lo hacía, y después practicaba en ella. Fueron unos días muy agradables, nos lo pasábamos pipa viendo cómo movía los dedos en el aprendizaje de masajista; me parecía imposible que pudiese hacer algo semejante, pero conseguí salir adelante y que se pareciera a un masaje.

La muchacha se despidió de las dos señoras y les dijo que no las dejaría en la estacada, pues tenía una amiga que era mejor masajista que ella; madre mía, vaya una trola. Me presentó a las dos viejas y empecé mi trabajo. Una de ellas, muy estirada, se llamaba doña Concha; era la típica burguesa. Y la otra era una mujer muy agradable. La llamaban a secas *señora Quimeta*. Así como la una cuando me recibía estaba muy arreglada, la otra vestía como una payesa, verdaderas blusas de mujer de pueblo y faldas fruncidas más bien oscuras, con florecitas, y largas hasta cerca de los tobillos. A simple vista podía pasar por una verdadera campesina; pero era una mujer muy educada y muy agradable. Nadie podía decir al verla que tenía aquella riqueza en sus manos. Era incluso accionista de pozos de petróleo en el extranjero. El negocio lo llevaba su marido, pero al quedarse viuda no se deshizo de todo lo que él llevaba entre manos; lo llevaban entre ella y un hermano del marido más joven que ella, que era a su vez accionista. Con doña Concha, cuando llegaba por las mañanas, la doncella le decía:

—Señora, ha llegado Luisa.

—Que pase, por favor.

Entraba en su habitación y todo lo que hablábamos era:

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Luisa.

Se sentaba en la silla, al lado de los potingues, y yo empezaba a darle el masaje. Y al terminar:

—Buenos días, señora, que pase usted un buen día.

—Muchas gracias, Luisa, igualmente. Hasta mañana.

Pocas veces me hizo alguna pregunta. En cambio, la Quimeta era una mujer que te sacaba las palabras del cuerpo. No creo que fuese por curiosidad, no lo era; me hacía preguntas sencillas; por ejemplo, estaba muy extrañada de que con mis treinta y un años fuera soltera. Me decía que era muy mona, que cómo era posible que no me hubiese casado. En mi vida he mentido más que a aquella mujer; no podía menos que dar respuesta a sus preguntas. Algunas veces después del masaje me decía:

—Siéntese, Luisa, siéntese.

Incluso llamaba a la doncella y hacía que nos sirviesen un café o un té. Una de las cosas por las que estuve a punto de echarme a reír fue que alguna vez me decía que era mejor masajista que la otra muchacha que la había servido durante bastante tiempo. Yo pensaba: “Si supieras que es ella la que me ha enseñado frente a un espejo para que yo te dé a ti masajes..”.

Cada día tenía que pensar cuando iba por el camino qué le había dicho el día anterior, qué le había dicho dos o tres días antes, siempre temía meter la pata; dicen que antes se coge a un embustero que a un cojo, pero parece que tuve habilidad y la Quimeta no me cogió en ninguna mentira. Y las dije gordas... Aquella mujer me cogió un gran afecto e incluso por dos veces me invitó a comer; una para que supiese lo buenas que eran las habas a la catalana y otra para que supiese lo ricos que eran los canelones hechos en Cataluña y la crema catalana. Pero en ambas ocasiones no estuvimos solas sino con su cuñado, un hombre que representaba unos cincuenta años, alto, fuerte, muy bien parecido; no estaba mal el tío, no, y era soltero. Él sí que lo estaba, pero yo no. Me llegó a enseñar la casa, que era tremendamente grande; grandes armarios llenos de ropa de cama y mantelerías de hilo bordadas, una maravilla; esa mujer jamás habrá podido gastar toda la lencería que había en sus armarios, pues ya por entonces tendría sus sesenta o sesenta y cinco años. También me dijo un día que habían tenido una joyería y me enseñó la colección que tenía de joyas; me dijo:

—No piense que las tengo para ponérmelas, ya ve que no llevo nunca nada —y por cierto, llevaba unos pendientes, una sortija y nada más—. Pero ¿sabe? Es como un capricho que tengo de hacer colección.

Las tenía en un cajón de una cómoda bastante grande de su propia habitación. El día que abrió el cajón no utilizó ninguna llave. No sé si esta mujer me hizo esto para probarme, pues yo observé después que alguna vez había salido con algún pretexto de la habitación y me había dejado sola. Pero yo había estado en la cárcel por política, no por ladrona. A lo mejor tampoco era esa su intención, pero en fin, todo cabe. Un día, después del masaje me dijo:

—Luisa, tengo que hablar con usted muy seriamente.

—Usted dirá, señora Quimeta.

Me dijo que ya se estaba haciendo mayor y que tenía un poco de miedo a viajar sola por esos mundos, pero que lo tenía que hacer unas veces por negocios y otras por pura necesidad de distraerse.

—Por ejemplo, dentro de poco será Semana Santa y me gustaría ir a Sevilla; pero sola con el chófer no me agrada; sobre todo cuando salgo al extranjero me gustaría llevar compañía. Casi siempre viene mi cuñado conmigo, pero yo preferiría que además me acompañara una persona como usted.

Me preguntó si tenía pasaporte y le dije:

—Huy, no señora, yo no he salido nunca al extranjero.

—Bueno, de eso no se tiene que preocupar porque yo le pago los gastos de pasaporte. Yo le daría a usted un buen sueldo y además le seguiría pagando el sueldo del masaje, pues como es normal seguiría dándomelo usted misma. No sabe, Luisa, lo mucho que me gustaría que aceptase esta proposición. Le he tomado gran afecto y creo que es usted la persona adecuada para quedarse conmigo y hacerme compañía. Le aseguro que no se arrepentiría del trato que yo le pueda dar a usted, sería para mí como una amiga.

Yo le dije que le agradecía muchísimo el ofrecimiento y que no le decía que no; lo pensaría y ya le daría una contestación. Para una persona que no hubiese estado en mi situación habría sido un trabajo bastante bueno y agradable, pues la verdad es que ella lo era; pero ¿cómo decirle a aquella mujer después de tanto como le había mentido que no lo podía aceptar por tales causas? Varios días estuve sin darle respuesta, y al final la que le di fue la siguiente: mi hermano tenía una peluquería y me pedía unirme a él, a doña Concha le dije lo mismo, aunque con ella no había sido el mismo trato. Cuando me despedí de la señora Quimeta me compró una caja de bombones para el camino y me hizo un valioso regalo. Sacó una caja de zapatos, que estaba llena de joyas, las echó sobre una mesa y me dijo:

—Luisa, coja usted lo que la guste como recuerdo mío.

Yo entre tanta cosa no sabía qué escoger, no soy persona de llevar pendientes, sortijas, etcétera. Pero vi una sortija muy bonita y muy fina, que hacía como un trenzado, en cada parte del trenzado tenía una piedrecita.

—Luisa, tiene usted mucho gusto. Ha escogido una sortija muy bonita. Si algún día se encuentra en un apuro no repare en venderla porque sea un recuerdo. Estas piedras son brillantes montados en oro y tienen bastante valor —yo ni puñetera idea tenía de lo que era esa piedrecita.

Yo me la quité del dedo y le dije:

—Señora Quimeta, perdone, pero me parece excesivo.

—No, de ninguna manera; esa es una cosa que usted ha escogido porque la ha visto sencilla; y me alegro de que tenga usted ese gusto, Luisa.

De un cajón, sacó una cajita, la metió y me la entregó. Así fue mi despedida con la señora Quimeta. Algunas veces he pensado por qué me había tomado tanto afecto aquella señora, por qué me había invitado dos veces a comer estando su cuñado. ¿No pensaba en un futuro matrimonio de los dos solterones? Quizá, quizá, pues también el cuñado parecía que me miraba con buenos ojos; no me dio al principio esa impresión, sino más tarde pensando por qué aquella mujer se comportaba así conmigo sin conocerme y sobre todo siendo de una categoría económica y social muy distinta a la suya.

Ahora, volviendo atrás, ¿por qué me marché de Reus? La señora Quimeta no era la causa; nuestro trabajo político continuaba exactamente igual; la casa, la radio, la radio, la casa. Mis relaciones con Miguel delante de los camaradas eran las de una

camarada más. Alguna vez nos habíamos encontrado en nuestra intimidad, en nuestro amor; como titula Teresa Pamiès una de sus novelas, *Amor clandestino*. El 24 de diciembre había una reunión en casa. Varios camaradas —Miguel entre ellos— nos habíamos visto antes y Miguel me había comunicado que el Partido se lo llevaba de Reus; de momento él no sabía dónde, pero que posiblemente tardaríamos en vernos; por lo tanto él había pedido al camarada responsable en Cataluña, que entonces era Gregorio López Raimundo —hoy nuestro secretario general—, si podíamos darnos a conocer a nuestros camaradas de Reus; puesto que él se iba a ir, le gustaría pasar esos días de fiestas navideñas juntos. Gregorio le había dicho que sí, que lo podíamos hacer. Ese día 24, mientras los camaradas en el comedor hacían la reunión, estábamos cuatro mujeres en la cocina: la camarada comadrona, otra camarada que solo vi ese día, una de las hermanas de la comadrona y yo. Estuvimos todo el día cocinando; tortillas, merluza rebozada, carne rebozada, croquetas... para los paquetes de las cárceles de Tarragona y Reus. Como es natural, charlábamos de todo un poco. Y entre otras cosas se habló de la familia, de cómo se iban a pasar las Navidades, etcétera. Nunca me habían hecho ninguna pregunta, la discreción en la clandestinidad es lo más hermoso que pueda tener un camarada que de verdad quiera que el Partido vaya adelante sin percances; estas chicas nunca me habían preguntado quién era ni de dónde venía; solo sabían que me llamaba Luisa y que era una camarada más. Ese día fui yo la que les dije que estaba casada y tenía una niña. Me preguntaron si tenía alguna foto de la chiquilla y les dije que sí. Miguel, por el contrario, siempre había dicho que estaba casado y que tenía también una niña, y había enseñado la foto; una foto de la que se sentía orgulloso; aún hoy, tiene nietos grandes, la lleva en la cartera. Al enseñarles la foto que yo llevaba de Estrella se quedaron mirándose dos de ellas, la que yo no conocía tampoco debía conocer a Miguel. Se miraron mutuamente y dijeron:

—Pero si esta es la hija de Fernando.

—Y mía, porque es la misma.

Aquellas muchachas no salían de su asombro y una decía:

—Pues mira, chica, si yo tengo que pasar unos meses viviendo la vida política que vosotros habéis vivido y que nosotros hemos visto, yo no lo aguanto; en unos días todos los camaradas se enteran de que es mi marido.

—Bueno, pero si el Partido de antemano te ha dicho que has de guardar ese secreto, ¿tampoco lo harías?

—Ay, no sé, yo creo que no; yo creo que me lo conocerías enseguida.

A la hora de comer comimos juntos y no faltaron las bromas a nuestra costa diciéndonos que íbamos a empezar la luna de miel, etcétera. No fueron bromas pesadas, sino agradables y simpáticas; lástima que nosotras teníamos que irnos a la cocina a continuar guisando y ellos a la reunión, pues la verdad es que podríamos haber pasado una sobremesa estupenda con los camaradas, todos eran maravillosos. Habiendo terminado de hacer la comida y paquetes, las chicas se marcharon para unirse a algunos familiares de presos y algunas camaradas y no camaradas dispuestas a ir a la puerta de la cárcel para llevar los paquetes del día de Navidad a los presos. Yo, naturalmente, no las acompañé. Terminó la reunión bastante tarde y Miguel y yo nos quedamos por primera vez en la casa solos. Y como se iba a marchar no

sabía dónde, se despidió de la pensión sucia y vieja en que estaba hospedado para quedarse conmigo hasta el día de la marcha, que fue exactamente el día 17 de enero. Se tenía que ir por la mañana, entre ocho y nueve, así que nuestra despedida había de ser el 16; y cosas que pasan en la vida del Partido en la clandestinidad, ese día 16 la casa tenía que estar ocupada por el camarada que le iba a sustituir para ponerle en contacto con los camaradas con que debía continuar el trabajo. Cuando terminó la reunión, como siempre los camaradas fueron saliendo por turno. Miguel y el camarada que había venido a ocupar su puesto se quedaron los últimos. Como no se había previsto aún sitio para alojarle esa noche y varias más, se quedó en la casa. Yo me marchaba esos días a casa de Teresa. Miguel me dijo después de despedirse del camarada que en casa de Teresa nos encontraríamos y se marchó delante. Después yo salí camino de casa de Teresa, pero me encontré a Miguel en la puerta con un paquetito cuadrado, como si fuera una caja de pastelitos; y eso era. Y otro paquete que parecía una botella, que también lo era. Le dije:

—¿Cómo es que estás aquí?

—Porque en casa de Teresa también están trabajando con el boletín *El Guerrillero*; tendremos que esperar a que terminen.

Nos fuimos caminando hacia un parque. Hacía un frío espantoso. Nos sentamos debajo de un árbol, en un banco. Yo tiritaba de frío. Abrimos nuestra cajita de pasteles y nos consolamos comiendo pastelitos y bebiendo de la botella —era una botella de medio litro de licor carmelitano—. Volvimos heladitos de frío —sobre todo yo, aunque me había echado varios tragos de licor— a casa de Teresa, pero no habían terminado. Miguel entonces se acordó de que podía recurrir a otra casa —no recuerdo de quién era ni dónde estaba—; yo no había estado nunca en ella y me quedé un poco distanciada hasta que él volvió con la respuesta de si podíamos ir o no. Cuando volvió me dijo:

—Podemos ir, pero no tienen cama, ni habitación. Pero abajo, en lo que es el hueco de la escalera, que está totalmente independiente y hace como una habitación, nos van a poner un colchón.

Así pasamos nuestra última noche en Reus. Yo, entre el poco licor que había bebido, el frío que tenía, metida entre las mantas y bien agarradita a Miguel, me quedé dormida muy pronto, cosa que durante años —y todavía a veces bromeando, no en serio— me lo recuerda Miguel. Una noche que nos despedimos sin saber cuánto tiempo íbamos a tardar en encontrarnos me había quedado dormida. Él, despierto, mirándome, pensaba que me dejaba por un tiempo indefinido. Yo, también bromeando, le digo que si me quedé dormida es por la tranquilidad que tenía de estar en unos brazos seguros, fuertes y amantes.

Por la mañana muy temprano fuimos a casa de Teresa a recoger sus cuatro cosas, como siempre íbamos, y allí nos despedimos. Entre otras cosas recuerdo que decía:

—Mira, todavía eres joven, y si comprendes que no me puedes esperar yo no te recriminaré nunca nada; solo quiero que de una forma o de otra me lo hagas saber. Si por el contrario fuese a mí a quien la espera resultase difícil, también te lo diría. Quedamos en que no nos engañaríamos sino que siempre, siempre, para lo bueno y para lo malo, nos diríamos la verdad.

Esta promesa de comunicarnos todo lo que nos ocurría al uno o al otro la hemos cumplido hasta hoy; nadie mejor que nosotros mismos para solucionar nuestras propias dificultades y nuestras cosas, y tanto en las penas como en las alegrías los dos hemos estado siempre unidos. Ese 17 de enero volvía a quedarme sola y sin la niña y sabiendo muy poco de ella. Las noticias que tenía eran a través de mamá Luisa, que se escribía constantemente con los abuelos. Pero yo no me podía comunicar siempre que quería con Luisa, o sea, que las noticias de la niña me venían siempre con mucho retraso. A los pocos días volví de nuevo a la casa para seguir vigilando las reuniones que allí se hacían; el camarada ya estaba alojado y yo seguía cogiendo mis puntos en la mercería y dando los masajes.

No recuerdo bien si fue a últimos de enero o en la primera semana de febrero cuando hubo un atentado contra el ferrocarril; pusieron una bomba en la vía. Uno de los camaradas que venían por la casa estaba muy intranquilo, pues no era precisamente ese nuestro trabajo en aquel momento en la agrupación guerrillera. Me dijo que bien podía ser una provocación o que los mismos grupos guerrilleros —que algunos no estaban de acuerdo con la disolución de las guerrillas— podían haber cometido este acto de violencia. Pero el camarada temía que hubiera represalias contra nuestros camaradas penados a muerte hacía ya más de un año. A mí me dejó intranquila esta conversación con él y cada día estaba pendiente de Radio España Independiente, que cogía como siempre por las tardes en casa de Teresa. Pero no sería por la tarde cuando dieran la noticia, la primera noticia; de darla sería por la mañana, a las siete, en la primera emisión de siete a ocho, y yo no tenía radio en casa. Había un vecino encima de nuestro piso que oía la radio. Como en aquellos años hasta eso era un delito, el hombre la ponía en el suelo, en medio de lo que también debía ser en su casa el comedor, con el fin de que a los lados de los muros no se oyera. Él pensaba que abajo no vivían las chicas, las enfermeras, y quizá había observado alguna vez entradas y salidas o me había visto a mí pero el hombre era muy reservado y bastante prudente, pues si alguna vez le encontraba en el portal solo decía “buenos días, buenas tardes”, sin más complicaciones.

Pero yo en aquellos días para oír su radio ponía encima de la mesa una silla y me subía en ella para poder escuchar lo que España Independiente decía por las mañanas. Hacía ya dos mañanas que no me subía encima de la mesa porque estaba muy resfriada, la casa estaba fría y tenía miedo de ponerme peor. El 17 de enero de 1949 yo, como cada día, desde la cama, había oído poner la radio, y nada más empezar a hablar oí una fuerte patada en el suelo. Me precipité fuera de la cama y me subí a la mesa pensando que algo había ocurrido ya; efectivamente, esa mañana fusilaron a nuestros camaradas Numen Mestres, Ángel Carrero, Puig Pidemunt y Pedro Valverde. Recuerdo que me costó trabajo bajar de la silla a la mesa y de la mesa al suelo. Aquella mañana lloré con amargura la pérdida de nuestros camaradas. El asesinato franquista era un asesinato más entre los tantos que se habían cometido. Pero quizá no lloré tanto en otras ocasiones, quizás porque no estaba sola, cuando nos arrebataron a nuestras camaradas para fusilarlas o nos enterábamos de que nos habían fusilado a otros camaradas en las cárceles de hombres; la reacción entonces era de rabia, de coraje para seguir luchando, y en las cárceles hablábamos con las mujeres que no eran militares para que viniesen a sustituir en nuestro Partido a los camaradas que el

fascismo nos arrebatava por la fuerza. Y pensando siempre en vengar a estos camaradas caídos, la moral, el ánimo y la esperanza de un cambio de régimen siempre estaban en nuestra mente. Esta moral nos ha hecho aguantar cerca de treinta y seis años a la parte de España republicana y cuarenta años en la parte franquista. La lucha de nuestro Partido en la clandestinidad ha sido constante pese a los fusilamientos, las cárceles y el exilio. La vida clandestina de cientos de camaradas en lucha.

También aquel 17 de febrero además de llorar amargamente pensé —y así recobré mi propia personalidad— que no era llorando como se arreglaban las cosas, sino siguiendo con la lucha. Miré hacia el techo y recordé el taco que había echado el vecino de arriba al escuchar la noticia por Radio España Independiente. Quizá era un camarada, o simplemente un ciudadano antifranquista. ¿En qué estaría pensando él? Quizá también en la venganza. En aquellos años no pensábamos que nuestro Partido en su lucha iba a llegar a un cambio como el de la política de reconciliación nacional; a muchos camaradas, y a mí misma me costó trabajo llegar a comprender ese cambio de política de nuestro Partido.

Hacia las ocho y media de la mañana llegaron las chicas, las enfermeras, a darme la noticia pensando que no me habría enterado; al verme la cara comprendieron que ya lo sabía y no se explicaban cómo. Me preguntaron si había venido algún camarada y les dije que no. Al explicarles cómo me había enterado y cómo había estado escuchando algunos días la radio se asombraron; poco podían pensar ellas que aquel vecino tan serio que solo iba a su trabajo, con su familia y al fútbol... por aquellos años creíamos que todo el que iba al fútbol no se ocupaba de otra cosa; pero a los hombres conscientes de nuestra España puede gustarles el fútbol y al mismo tiempo ser buenos comunistas, buenos antifranquistas. Las chicas estuvieron un buen rato conmigo, pues yo no había tomado nada y ellas tampoco habían desayunado con el fin de dejar el trabajo avanzado y poder venir a darme la noticia pensando que no lo sabría. Así que una de ellas preparó un café con leche y desayunamos las tres. Se marcharon creyendo que me dejaban tranquila. Eso pensaban ellas. Y lo que no sabían ni supieron es que yo había trabajado con Pedro Valverde, estaba muy afectada. Los contactos directos con él, las citas en la calle. Me acordaba del joven Numen —más tarde supe que el día en que le fusilaron cumplía veintiséis años—; no mucho más viejo era Ángel Carrero, tan agradable, tan majo, con aquellos zapatos que nunca olvidaré, rotos por las suelas y tan limpios que yo me podía pintar los labios sirviéndome de ellos como espejo. De Puig Pidemunt no me acuerdo físicamente; es posible que en alguno de los contactos que había dado a Valverde él hubiera sido uno de ellos, no precisamente con ese nombre. Pero no recuerdo su fisonomía. Por mucho tiempo, y aún hoy, tengo grabadas una misma fecha y dos meses distintos: 17 de enero y 17 de febrero. El primero, me despedía de Miguel para verle cuatro años y ocho meses más tarde y sin saber nada de él; y 17 de febrero, el fusilamiento de nuestros camaradas. Un mes o mes y medio más tarde, no lo recuerdo bien, al volver de entregar mi trabajo en las mercerías y entrar en la calle donde vivía, que no era muy larga, vi al otro extremo a un tipo que al verme llegar —o así me figuré yo— se escondió en la esquina. Como a veces los dedos nos parecen duendes, no le di demasiada importancia, podía ser casual. Pero al día siguiente volví un poco más tarde para ver si encontraba a alguien en la calle y fue una coincidencia que también

hubiese alguien al otro extremo, en el mismo sitio del día anterior. ¿Esperaba a alguien? ¿Me vigilaba a mí? Aún hice una tercera prueba, y el tipo seguía en la calle también a distinta hora a la del día anterior.

Ya no me cabía ninguna duda: había algo raro. Subí al piso y sin encender la luz abrí el balcón con mucho cuidado. Tendida en el suelo vigilé al hombre que había en la calle. Este comenzó a caminar y al llegar a la altura del portal miró los balcones y ventanas. Se ve que quería comprobar si se encendía alguna luz a mi llegada. Si me conocía podía haberme detenido. ¿Por qué no lo hacía? ¿Era porque vigilaba la casa? ¿Por algún chivatazo que habían dado de que allí se hacían reuniones? Si me conocía esperaba saber qué hacía allí; pues si había pasado por las mercerías o las casas donde daba masajes solo podía averiguar que trabajaba para comer. Yo pensé: "Si me han conocido esperarán coger a alguien en esta casa, pues por algo estoy aquí"; mi detención sola no les interesaba. También podía ser que solo vigilasen la casa. De una forma u otra la verdad es que la vigilancia existía, y además el pobre desgraciado lo hizo todo bastante mal.

Al día siguiente di la alerta en la peluquería. Me dijeron que me esperaban, yo en esos dos días últimos no había acudido a casa de Teresa, ni a la peluquería, y los camaradas ya estaban un poco mosqueados y tampoco fueron por la casa. Pensaban mandar a alguna de las enfermeras, que era lo más normal puesto que era su casa. Pero estaban esperando a que yo respirara por algún sitio.

Con la autorización de los camaradas y tomando todas las precauciones debidas, me fui a casa de Teresa a recoger mis cosas, pues prácticamente toda la ropa la tenía allí, ya que tenía ducha y una pequeña galería para tender la ropa, y allí hacía mi aseo y mi colada; en la casa en que vivía no había condiciones para hacerlo y además hacía mucho frío. Teresa no sabía nada, pues aunque los camaradas habían sospechado algo, a ella no se lo habían dicho. Así que Teresa creía que yo me encontraba indispuesta, y no estaba autorizada para ir a mi casa. Nos habíamos llevado muy bien en los meses que había pasado con ella y sentíamos un gran aprecio la una por la otra; algunas veces me había dicho que era la primera vez que una camarada pasaba por su casa, siempre había habido hombres. Era una mujer que pese a su educación —pues era maestra— estaba chapada un poco a la antigua. Un día me dijo que tenía un bulto en el pecho, incluso me lo enseñó, y que a veces le dolía según los movimientos que hacía con el brazo. Yo le dije que debía ir al médico y no lamentarse de que tenía un bulto, sino poner remedio para que desapareciera. Muchas veces me había prometido que sí, que iba a ir, pero no había ido. Aquel día, despidiéndonos las dos, le dije:

—Teresa, por favor, prométeme ahora mismo, antes de despedirnos, que irás al médico.

Me prometió que iría. Años más tarde me enteré que lo que tenía en el pecho era canceroso y se lo habían cortado. Me despedí de Teresa con el buen recuerdo de que era una excelente camarada y, como siempre, diciendo:

—Hasta pronto, esto se acaba.

Antes de acabar con Reus quiero que no pase por alto el encuentro de una máquina de ciclostil en unos matorrales bastante apartados de Reus. En una de las marchas de retirada de la agrupación guerrillera, un guerrillero se encontró la máquina; pensó

que probablemente algún camarada la dejase allí escondida y que no era justo que se quedase donde estaba. Dio aviso a los contactos de Reus y la máquina fue recogida; y además muy contentos de haberla encontrado, porque se usaba. Hago este comentario porque veintitrés años más tarde con uno de mis camaradas, muy responsable en la propaganda clandestina, con el que trabajaba yo, charlando salió un día a relucir Reus. Yo le dije que había pasado allí unos meses trabajando con el Partido y las guerrillas. Me preguntó en qué fecha y al decírselo, y que había ido Miguel antes que yo, me dijo:

—Ah, pues entonces Miguel fue el que me relevó a mí, que yo salí por pies en una caída; por cierto, que yo tenía un ciclostil para tirar el boletín y como no quise abandonarlo cargué con él a cuestas y lo escondí en unos matorrales.

Cuando le dije que la máquina se había encontrado por medio de un guerrillero, se puso muy contento de que se hubiese podido recuperar, en aquellos momentos en que necesitábamos la máquina con urgencia. Es un camarada volcado en el trabajo del Partido y ha pasado todos los años del franquismo en la clandestinidad. Todos le conocemos, más que por su verdadero nombre, por el de *Víctor*; es un poco brutote, pero lo queremos porque es un buen camarada, una buena persona.

Salí de Reus, llegué a Barcelona y vi a Luisa. A pesar de haber pasado casi dos meses desde el fusilamiento de los chicos, estaba muy impresionada y cuando me abrazó lloró con mucha pena, quería mucho a Valverde. Juntos habían charlado muchas veces, cuando Pedro iba a casa de Luisa a dejar o a recoger mensajes del Partido.

Me dio buenas noticias de los abuelos y de mi pequeña: se encontraban bien y nada anormal pasaba por casa. Salí de Cataluña para Madrid. A mi llegada me fui directamente a casa de Luisita y ahí ya tuve noticias más directas de la familia. Todo estaba tranquilo. Pregunté a Alfredo y Maximina, los padres de la novia que había tenido Miguel, si podía estar en su casa hasta ver a los abuelos y decidir con ellos mi forma de alojamiento, pues de momento me iba a quedar una temporada en Madrid. Me dijeron que no tenían ningún inconveniente, podía estar el tiempo que quisiera. Luisita fue a decir a los abuelos que estaba en su casa, y por la tarde vinieron con la nena. Estrella estaba preciosa, ya tenía veintidós meses, corría que daba gusto verla. Conocía bien toda la casa y a la familia, pues según me dijeron Alfredo le había enseñado a caminar por el pasillo. Charlaba mucho, aunque algunas palabras las pronunciaba con lengua de trapo que hacía mucha gracia. Tenía el pelo muy rubio y ligeramente rizado. Me parecía mentira verla tan cerca de mí. Pero había una pega bastante grande: y es que la nena no me conocía ni quería saber nada de mí. Cuando le decía:

—Estrellita, hija mía, ven con mamá.

Me contestaba:

—Tú no eres mi mamá, eres tonta, fea y no te *tero*.

Hablé con los abuelos sobre la posibilidad de que me quedara en Madrid y les pregunté si creían conveniente que estuviese en casa con ellos. Pero les vi muy confusos en ese sentido, quizá por el miedo a la policía; y quizá también por otras causas morales: la nena. La habían hecho suya. Pero yo estaba en una situación en que no me podía imponer a ellos.

Hablé con los camaradas por medio de la estafeta que me dieron e inmediatamente empecé a trabajar con el Partido en Madrid. No recuerdo por qué medio, si fue por el Partido o por alguna amistad, encontré una habitación con derecho a cocina, o sea realquilada, no muy lejos de la barriada de Delicias, e intenté llevarme a la nena conmigo. Pero eso era harina de otro costal. Trabajo también encontré, pues de una forma o de otra siempre he sabido ganarme la vida. Fui al taller donde dos años antes me habían dado vestiditos para hacerles adornos, pero no tenían trabajo. En la casa en que había ido a vivir había otro matrimonio realquilado con dos niños; no recuerdo cómo se llamaba la mujer ni los pequeños, pero él sí, se llamaba Lucio y estaba de conserje en una centuria de Falange, por conversaciones con él, cuando venía alguien de su pueblo le habían metido allí de conserje; de falangista tenía lo que yo de monja; les odiaba a muerte e incluso yo tenía la impresión de que estaba militando en el Partido y dando noticias de lo que pasaba en la Falange. De esto nunca hablamos; era una impresión que yo sacaba de sus conversaciones. Por medio de esta familia me enseñó a hacer permanentes un amigo de ellos que era peluquero, y durante unos meses ese fue mi trabajo. La hacía a domicilio y cobraba igual que en la peluquería, pero las mujeres no tenían que perder tiempo fuera de su casa. Este trabajo a mí me permitía atender también al trabajo del Partido, que una vez más realicé con la dirección que en esos momentos había en Madrid. Además, hoy, aunque me mataran no podría decir el nombre de ninguno; mi trabajo era buscarles las estafetas y que estas funcionaran recogiendo lo que fuese necesario, y buscarles casas para las reuniones; por entonces no se reunían más de cuatro o cinco. De todos ellos solo recuerdo que uno era calvo completamente, no tenía un solo pelo en la cabeza y esto le intranquilizaba un tanto; tenía que fuese un blanco para la policía. Muchas veces nos reímos los dos, pues si se ponía un sombrero decíamos que parecía un gánster, si se ponía una boina, tampoco le iba. Y claro, a pelo... no existía el pelo, sino una bola de billar. Me decía:

—Tú eres muy mañosa, tendrías que hacerme una peluca. Yo creo que con una media y metiendo pelitos, pelitos, pelitos en la media, llegarías a conseguir una peluca; estoy seguro de que si te pones a hacerla lo consigues.

A la niña la veía con frecuencia, unas veces en casa de Luisita, otras en casa de Jacoba, otras donde Manolita Ribagorda, la funcionaria de prisiones; pero la niña seguía sin querer saber —porque no podía comprenderlo— que yo era su madre.

En el mes de julio me fui a hacer la temporada de verano a la sierra, a un hotel en Los Molinos, sin haber conseguido en esos meses que mi hija me hiciese una caricia o recibir de ella un beso. Fue una mala temporada para mí; la pasé gracias a mi Partido, a mis camaradas, que eran los únicos con quienes mi moral se ponía en pie. Pues entre las cosas de la nena y no saber nada de su padre, me encontraba a mí misma cuando sabía que tenía que realizar algún trabajo para el Partido, buscar una casa, pasar por una estafeta, etcétera. Los dolores de la columna los iba aguantando; lo que más me molestaba era la nuca, la lesión que había tenido, pero no me encontraba demasiado mal. El hotel de Los Molinos era muy agradable: mucho jardín, un hotel de tres plantas. Los dueños eran un matrimonio con una hija que ya era profesora; y como estaba de vacaciones ella, hacía la contabilidad; entre el personal que habían cogido para trabajar ese verano la mayor era yo, y se volcaron mucho en

darme responsabilidades del hotel. Como siempre en la clandestinidad, las mentiras volaban: mi marido estaba trabajando en Alemania, yo tenía una niña con los abuelos en Madrid y me llamaba Eugenia. No trataron de averiguar quién era ni qué dejaba de ser. Yo cumplía con mi obligación en mi trabajo, y más que de sobra para lo que mensualmente pagaban; lo que salvaba eran las propinas de los clientes. Como económicamente tampoco a los abuelos les sobraba gran cosa y yo no me resistía a estar todo el verano sin ver a la nena, en el pueblo les busqué una habitación. Les escribí comunicándoles mi propósito de que viniesen los fines de semana y lo aceptaron. El primer sábado que vinieron ya se dieron cuenta los dueños —era la única que comía en la cocina con ellos y aquel día también comieron los abuelos y la nena— de que la pequeña a mí no me quería; yo era una extraña para ella. Con Elisita —así se llamaba la hija— se iba a jugar al jardín, lo prefería a venir un ratito conmigo. El domingo se marcharon sin haber conseguido una caricia ni un beso. Seguía con sus palabras de siempre: “Eres tonta y fea y no te quiero, no eres mi mamá”. ¿Cómo era posible que después de varios meses viéndome no cada día, pero sí frecuentemente, aún siguiese con la misma musiquita de “tonta, fea y no te quiero”? Había subido con ellos hasta la estación para despedirles, cuando volví al hotel tenía los ojos rojos de llorar por el camino. Entré en la cocina y empecé a preparar el montacargas que subía al comedor. El señor Torquemada —así se llamaba el dueño, una persona bastante agradable y sobre todo bastante humano— me dijo:

—Eugenia, mírame.

Yo le miré y le dije:

—¿Por qué? ¿Qué tengo?

—No, nada, siga su trabajo.

A la semana siguiente volvieron los abuelos y la nena. Fue lo mismo que la semana anterior: no había nada que hacer, la nena no quería saber nada conmigo. El domingo, cuando íbamos a comer, yo estaba preparando la mesa en la cocina y la niña jugaba por el jardín con el *Lucky*, un gran perro lobo que tenían; los abuelos también estaban en una mesa del jardín, el señor Torquemada les había invitado a tomar un refresco y a mí me dijo:

—Eugenia, si usted me lo permite voy a hablar con sus suegros, no es justo que esa niña no la quiera; y que ellos no se den cuenta de lo que están haciendo con usted.

Yo, como estaba más que harta de la situación, le contesté que tenía mi autorización para hablar con el abuelo y decirle lo que quisiera. Después de comer salieron al jardín a tomar café y más tarde comprendí que hablaron. Cuando se marcharon subí, como siempre hasta la estación; el paseo fue muy tenso y apenas hablamos, pero no me dijeron nada ni él ni la abuela. Yo no sabía si habían hablado los dos con el señor Torquemada o sólo había sido el abuelo, pero la tirantez conmigo fue notoria... Cuando bajé de la estación el señor Torquemada me dijo que había hablado con los abuelos y que le habían contestado que yo no me podía hacer cargo de la niña, pues todo el día estaba trabajando y ¿qué iba a pasar con la niña? Ellos la atendían bien y estaban siempre pendientes de ella; el señor Torquemada, le dijo al abuelo:

—Si la niña está aquí con Eugenia podrá atenderla en lo más necesario; y cuando ella esté en el comedor para eso está mi hija, para estar con la niña. Lo que no

pueden ustedes hacer es que esa criatura no quiera a su madre y que ustedes no se den cuenta de lo que está sufriendo. Yo le dije:

—¿Usted cree que van a ceder?

—Pues mire, Eugenia, yo creo que es posible. Esperemos a la semana que viene; se lo pensarán, eso es lo que me han dicho. Ya veremos.

Al sábado siguiente volvieron como de costumbre, pero esta vez traían una male-tita. Los señores Torquemada me miraron con cara de satisfacción como diciendo “hemos triunfado”. Los abuelos me dijeron:

—Toma, esto con cosas de la niña. Tenemos que hablar cuando puedas.

—Pues ahora mismo.

Me dijo que me dejaban a la nena a ver si se hacía conmigo pero que tuviese mucho tacto porque la cría no me conocía; además tenía que ir con mucho cuidado en lo que le daba de comer, pues había cosas que todavía no las comía y allí en el hotel a lo mejor no podía darle lo que la niña tenía por costumbre. Yo les dije que por mucho que quisieran a la niña, que comprendía que la querían mucho, yo era su madre y también sabía cómo alimentarla y cómo tratarla. Me dijeron que podía dejar la habitación puesto que la niña ya iba a estar conmigo; les respondí que no, podían seguir viniendo cada sábado:

—Lo mismo que yo quería tener a mi hija, ustedes también la querrán ver.

Además el abuelo cogía las vacaciones en el mes de agosto y podían pasarlo en Los Molinos.

Yo ya me había hecho a la idea de que todas mis ganancias en propinas se irían por ahí, pero qué más daba si lo que quería era tener a mi hija. El domingo no quisieron que fuera a la estación a acompañarles porque al despedirse de sus abuelos la nena podía coger una rabieta y no querían verla llorar. Me habían visto llorar a mí, pero eso no les preocupaba. De todas formas, si no lloró en la estación al despedir-les lloró en el hotel, cuando no les encontró. Los Torquemada le habían preparado en la misma habitación en que yo dormía la cuna en la que habían criado a su hija, que aún la conservaban y era bastante grande. Aquella noche se quedó dormida llorando. Cenando en la cocina el señor Torquemada me decía:

—No se preocupe Eugenia, no sufra, ya verá como dentro de unos días la nena habrá cambiado.

Al día siguiente no quería saber nada conmigo, solo llamaba a su abuelita y a su abuelito; solo pudo hacer algo con la nena Elisita. Ella la vistió, la arregló, la sacó por el jardín y jugó con ella y con *Lucky*, el perro. Yo me la subía a las habitaciones para que estuviera conmigo, pero le resultaba tan extraña que no me hacía ni caso. Miraba cómo yo limpiaba el polvo y ella se sacaba el pañuelo del bolsillo y limpia-ba también; yo le daba el paño del polvo y le decía:

—No, Estrellita, con el pañuelito no, que después te lo llevas a la naricita, a la boca, y estará sucio. Mira, mamá te da el trapo del polvo.

Me lo cogía y lo tiraba al suelo con rabia. Así pasamos tres días. Al cuarto no le puse pañuelo en el bolsillo y me la subí a las habitaciones. Cuando quiso limpiar se encontró con que no tenía pañuelo, se quedó mirándome y yo le dije:

—Mira, le das un besito a mamá y yo te doy el trapo del polvo para que tú limpies, ¿eh? Así me ayudas.

Fue el primer día después de meses: me lo cogió y me dio un beso. A partir de ese día todo cambió. La niña comía muy bien lo que se le daba; a algunas cosas decía:

—Eso no *tero*, la abuelita no me lo da y no me gusta.

Pero yo le decía:

—Mira, nenita, la mamá no quiere que te haga daño nada y si te da una cosa es porque es buena para ti. ¿Comprendes? Cómelo, verás qué bueno está —y terminaba por comer lo que le daba.

El asombro del abuelo es que al domingo siguiente había paella y comimos todos juntos. En el plato de la nena escogí arroz de la paella, solo el arroz, con un muslito de pollo que corté a trocitos y mezclé con el arroz; el abuelo al ver esto me dijo:

—¿Y esa comida vas a darle a la nena?

Le dije que sí, que no tenía ninguna importancia, que no le iba a hacer daño comer paella.

—Pero no está acostumbrada a eso.

—No se preocupe, la nena se acostumbrará; está acostumbrándose a comer de todo y hasta hoy no le ha hecho nada daño. Mire abuelito, tenga en cuenta que soy su madre y que no quiero que a mi hija le haga nada daño. ¿Piensan que la quieren más que yo? Pues no, la querrán igual, pero más no.

Ese domingo, cuando se marcharon los abuelos no escondimos a la nena; les dijo adiós sin llorar. Se ve que había comprendido que se estaba mucho mejor jugando en el gran jardín de Los Molinos que en la pequeña casa de Caravaca. A la siguiente semana ya se quedaron los abuelos en Los Molinos de vacaciones, y cuando las terminaron se marcharon satisfechos de ver que la niña era la dueña del hotel; era el capricho de todos, comía muy bien de todo, muy fresco y muy sano, cuando hacían a la carnicería el pedido siempre decían:

—Un seso para la nena, pero que sea bien fresquito, que es para Estrellita; un filetito de ternera muy fresco, ¿eh?, que es para Estrellita.

Siempre igual.

Estuve en el hotel hasta primeros de octubre, pues según me dijeron hacía años que no se tomaban vacaciones y se habían encontrado con una persona que se podía hacer cargo del hotel el mes de septiembre. Se fueron quince días a Santander y yo me quedé con la hija para llevar el hotel entre las dos. Regresé después de la temporada a Madrid satisfecha de haber recuperado a mi nena, pero estaba hecha cisco; el trabajo en el hotel me había empeorado la columna vertebral y los dolores eran cada vez más frecuente y más fuertes. En el hotel, hablando del trabajo, me habían encargado una mantelería de doce cubiertos a punto de cruz, cosa que a mí me satisfacía hacer; por otra parte, como trabajaría en la habitación pues volvía a la misma que había tenido antes, podía tener a la nena y al mismo tiempo seguir trabajando con el Partido; el horario nadie me lo iba a controlar para hacer el trabajo. Pero la columna vertebral me dolía a rabiar. El camarada que más contacto tenía conmigo llevaba siempre consigo algún calmante para darme. En cuántas ocasiones me respaldaba en la calle junto a la pared poniéndome lo más recta posible para poder descansar un poco del dolor que sentía. En la casa, como no tenía la tabla en la cama, que el médico me recomendaba, me costaba cien pesetas y no las tenía, ponía el colchón en el suelo para dormir. Pasé por varios dispensarios y todos coincidían en que tenía que ingresar en un sanatorio de huesos para recuperarme. La recuperación sería de varios

meses metida en un cascarón de escayola. Pero para conseguir plaza en un sanatorio había que tener la partida de nacimiento, y yo cada vez que iba a un dispensario daba un nombre distinto. Les decía a los médicos que muy bien, que volvería de nuevo para hacer la petición de ingreso, pero no me veían más el pelo. Bastantes dispensarios de Madrid tienen mi ficha con distintos nombres. Yo seguía cosiendo e incluso haciendo cositas a la nena; por cierto, que uno de los regalos que le hicieron los Torquemada fueron unos zapatitos blancos, calcetinitos y un vestidito blanco muy mono. Y yo, que no sabía qué hacer con la capita de piel blanca que los abuelos habían regalado a la nena cuando nació, le hice una chaquetita y me quedó la mar de mona. Una de las casas en que los camaradas se reunían era la de Jacoba; un día que fui con la nena para comunicarle que día iban a reunirse, miró de arriba abajo a la chiquilla y me dijo:

—No me dirás que esta es una niña de comunistas.

Yo le contesté que por qué no.

—Pues sí, con la chaquetita de piel y todo. Oye, los hijos de los capitalistas no son más que los comunistas, y además tienen más derecho a vestir mejor los niños de los obreros, porque trabajan, que los hijos de los explotadores de los obreros.

Esta debía pensar que los comunistas teníamos que ir siempre con alpargatas; estaba lista la pobre. Y era buena persona —o por lo menos lo parecía; su comportamiento más tarde no fue de firmeza ante la policía—. En su casa se reunían los camaradas pero ella no conocía a ninguno. Habíamos quedado que si alguna vez pasaba algo dijese que yo le había pedido ir a coser algo en su máquina; ella había tenido que salir y yo me había quedado cosiendo; abusando de su confianza había llevado a los camaradas a su casa. Así ella quedaba totalmente libre de responsabilidad. Así lo teníamos acordado y, efectivamente, yo le avisaba que íbamos a ir, y ella se marchaba. Hacían la reunión y cuando se marchaban yo esperaba que ella llegase o me marchaba si tenía alguna cosa que hacer.

Una de las cárceles que antes eran provinciales era la de Guadalajara, luego convertida en penal para cumplir largas condenas. Como yo soy de esa localidad —nacida en un pueblo, pero criada en Guadalajara— y conozco la ciudad y la gente, los camaradas me encargaron que fuese yo a establecer el contacto del Partido en la cárcel con los camaradas de la dirección. Como mi hermano vivía en Guadalajara casado y con tres hijos, para disimular un poco me fui con mi trabajo de mantelería y con la nena; no sin cierto temor a que me pudiesen coger, pues me conocían y arriesgaba mucho yendo a hacer una comunicación a la cárcel donde yo misma había estado detenida. Pero ¿qué trabajo en el Partido no comporta un riesgo? No dije nada a mi hermano porque de valiente no tenía nada; lo primero que me hubiese dicho sería: “Mira, tengo tres hijos y si me pasa algo...”. No le faltaba razón, le dije que iba para estar unos días con ellos; creo que no sospecharon nada, nunca lo hemos comentado. Una mañana me fui con la nena hasta la cárcel y pedí la comunicación. Solo me conoció una muchacha. Había militado conmigo en las JSU y también había estado en la cárcel; habían trasladado hacia poco a su hermano, que tenía treinta años de condena y estaba también en la ventanilla para pedir la comunicación.

Nada más verme se quedó mirándome; miró a la nena, echó una sonrisa y yo con mucho disimulo moví la cabeza negativamente, como queriéndole decir: “No me saludes”. Lo comprendió perfectamente. Me tocó entrar a comunicar; yo iba haciendo

cositas a la nena para bajar la cabeza a fin de que los oficiales que yo reconocí no me reconocieran a mí; así entré al locutorio. Todavía no estaba el camarada, los demás ya estaban comunicando. Tardó un poquito en salir y vi pronto la causa; estaba muy enfermo del pulmón y el médico le había prohibido hablar y caminar; dos camaradas le sacaron a la comunicación. Se mantuvo en los barrotes como pudo y el oficial hizo salir del locutorio a los otros dos compañeros. Le expuse las razones de mi visita tal como me habían dicho los camaradas; él parecía saber ya que alguien tenía que ir. Le habían trasladado del Sanatorio Antituberculoso Penitenciario de Segovia. Él llevaba la dirección del Partido, al trasladarle le dijeron que el Partido volviera a contactar con él en la cárcel de Guadalajara. Comunicqué dos veces con él para acordar cómo entrar y sacar las cosas y decirle en mi segunda visita qué persona se iba a encargar de hacer las comunicaciones al mismo tiempo que le atendería en el aseo de su ropa. Hablé con Julia García Pariente (ya he hablado de ella antes). No puso ningún reparo; solo me dijo:

—No quiero que Leoncio se entere —su marido— porque tendría miedo de que me pasara algo, pero lo haré.

También hablé con Cecilia Abad; esta sí que es una camarada. También había militado conmigo en la Juventud, aunque entonces no hacía nada. Había estado también en la cárcel; respondió afirmativamente y entre las dos se hicieron cargo de todo lo relacionado con el camarada de la cárcel. Cecilia se encargó de entrar y sacar las cosas con su ropa y Julia lo llevaba a Madrid. Los camaradas estaban muy contentos porque había bastantes presos políticos y era muy necesaria esa organización en la cárcel. Después me dijeron que estaban muy intranquilos, porque si bien yo era la más adecuada por conocer a la gente y saber a quién podía acudir para poner al Partido en contacto con la cárcel, por otro lado estaban muy inquietos de que me pudiese pasar algo. Pero todo salió bien, afortunadamente.

Al terminar la mantelería de nuevo tengo que buscar trabajo, va a finalizar el año 49. María Valés ha salido en libertad, voy a verla, está sirviendo y con ella tiene a su hijo. Le propongo que se ocupe de la ayuda a presos, lo acepta a pesar de que en aquellos años también lo castigaban, pero ella, una ex presa con nueve años de cárcel tenía el porqué: ayudar a sus compañeros, esa era su defensa.

Una vez más Mari se corta sus hermosas trenzas para comprar el regalo de Reyes a su hijo y a Estrella, que le compró una muñeca. Por Mari me dan trabajo en un taller de punto para hacer cenefas a mano en los jerseys de fantasía, y así va corriendo el tiempo; yo con nombre falso moviéndome en una semiclandestinidad, ocupándome de las cosas para reunirse los camaradas y de alguna estafeta.

Por una amiga de cárcel me entero que Amalia Morales salió en libertad y vive en una barraca al lado del río Manzanares, cerca del puente de Usera. Fui a verla y fue mucha nuestra alegría al volvernos a encontrar. Tenía un niño precioso un poco más pequeño que la mía, se llevaban unos meses. Algún domingo bajaba a verles y los niños juguetaban muy contentos. Gracias al encuentro con Amalia Morales aún conservo la vista; es posible que de no haber sido por su cartilla del Seguro Social la hubiese perdido: me dijeron que era anemia en la retina —años más tarde, en un reconocimiento a fondo, me dijeron que había tenido una embolia—; con un tratamiento muy fuerte pudieron salvarme un ojo, el izquierdo; con el derecho apenas veo. El tratamiento no lo terminé porque ingresé en un sanatorio por lo de la columna. La nena

quedó de nuevo con los abuelos. ¿Cómo conseguí el ingreso? Jacoba sabía que una camarada sin antecedentes políticos marchaba a Francia a reunirse con su familia, le pidió si podía utilizar su documentación y le dijo que sí, saqué su partida de nacimiento y por mediación de una amistad de la madre de Miguel conseguí una plaza en el sanatorio de Pedrosa, Santander; ingresé en noviembre del año 50, con el nombre de *Emilia Roldán*. De mi paso por el sanatorio se podrían contar muchas cosas, yo lo pasaba moralmente peor que en la cárcel: una de las cosas es que yo no soy creyente y aquella sala de veintiuna camas era de comunión diaria; los rezos comenzaban por la mañana y duraban hasta la noche, con muy pocos intervalos de descanso durante el día, y cada día le tocaba a una enferma seguir los rezos; te daban quince días para que aprendieras. Yo me negué a ello, y me hacían la vida imposible las compañeras; ni la monja sor Primi ni don Gaspar, el cura, se metieron jamás conmigo; todo lo contrario, en todo momento me ayudaron; la monja lo más que me decía era:

—Hija ponte a bien con Dios.

Y le contestaba:

—No he reñido nunca con él.

El cura de vez en cuando me preguntaba:

—¿Necesitas mis servicios?

Y le contestaba:

—No, don Gaspar, gracias.

Con respecto a mis compañeras de sala, las cosas cambiaron en el mes de abril del 51. Hubo huelgas en toda España y con ellas cientos de detenciones; también detuvieron a Jacoba y dio información a la policía.

A los abuelos con la nena los tuvieron en casa, sin dejar al abuelo ir a trabajar, ni a la abuela ir a comprar; una vecina les llevó lo más necesario, que la policía se encargó de recogerlo en el rellano de la casa, hasta que me localizaron a mí en el sanatorio. Yo, en una cama de ruedas, estaba metida en un cascarón de escayola y así me llevaron durante tres días a un pequeño despacho, para que les dijera con quién trabajaba yo en Madrid; les daba el nombre del taller de punto, yo sabía que no era eso lo que ellos querían, se ponían nerviosos, al final me dieron a leer un trozo de una cuartilla y era exactamente lo que teníamos acordado con Jacoba, sobre las reuniones en su casa. Como ya he explicado en páginas anteriores, ella no conocía a nadie, solo de ella podía venir esa declaración, que entre las dos lo teníamos acordado; yo seguía negando, fueron tres días muy malos, ellos me querían llevar para Madrid, con el lema que tíos con más cojones que yo habían hablado, y que si la policía de Barcelona me había desviado la columna, ellos me la pisarían hasta rompérmela; cuando me sacaban de aquel pequeño despacho salía congestionada, eran cinco policías que fumaban, me echaban el humo a la cara y me mareaban en sus interrogatorios; entre ellos iban los *célebres* Carlitos y Bachiller.

El médico del pabellón no se vio autorizado a que me llevaran, y al llegar el director; don Víctor Meaná Negrete, les echó del sanatorio, les dijo que era su enferma mientras él no me diese de alta. Entonces le obligaron a prometerles que les avisarían cuando esto sucediera, desde ese momento quedé en calidad de detenida y sin correspondencia de mi hija y los abuelos.

Pero don Gaspar, el cura, me ayudaba a tener noticias de los míos: se llevaba mis cartas al correo de Santander (él va casi a diario) y me escribían a una dirección

donde también él las recogía, y no me pidió nada a cambio. Si antes me preguntaba si necesitaba sus servicios, ahora que sabía mi verdadera identidad no me lo preguntó más y éramos buenos amigos.

Cambia mi situación hasta con las compañeras y soy querida y respetada. Sor Primi se porta muy bien conmigo. Don Víctor sabe las causas de mi lesión, yo le había dicho seis meses atrás que había sido a causa de una caída. Sabe mi verdadera identidad pero él dice que mi ficha constará siempre como Emilia Roldán.



En 1984 he visitado a estas dos amigas, Petra y sor Primi, a las que sabiendo mi huida, la policía no les sacó la verdad, en mi ayuda.

No puedo pasar por alto a mis compañeras de la cárcel de los Salesianos de Santander: Amparito Postillejo, las hermanas Jovita y Andrea Campos y María, cuñada de los Campos. Les escribí, les decía dónde me encontraba y les repetí por dos veces que mi nombre no les diría nada por haber pasado varios años, pero nos conocíamos bien y me gustaría verlas. Las primeras que vinieron fueron Jovita y María, y después Amparín con Enriqueta, otra compañera muy maja, sus dos hijas las tenía en la Unión Soviética desde la guerra, estas últimas vivían en Liérganes. Al matrimonio Campos-Cueto les molestó en esos días la policía, pero no dejaron de darme su ayuda moral y económica en lo que necesitaba; un domingo venían a visitarme las de Santander, otro las de Liérganes.

Otra persona a la que no hay que olvidar es a Petra; esta mujer de Pedrosa lavaba la ropa de enfermas particularmente en su casa; yo era una de ellas, y una de tantas. A partir de la *visita* de la policía, tiene muchas atenciones conmigo, e incluso su marido viene a conocerme: eran antifranquistas.

Los meses pasan, y yo sigo en la escayola sin moverme ni para hacer la cama; un año más tarde mi organismo siente deseos de moverse, de levantarme, pero don Víctor dice que no.

En el mes de octubre del 52, con la autoridad y el respeto que goza en su equipo de médicos, él viene solo a mi cama, me dice:

—Hace seis meses que te podía dar de alta, pero yo no te entrego a la policía; esta cama la están esperando otras enfermas que la necesitan más que tú, y me duele,

porque ya ves, hija, no me casé porque amo tanto mi profesión que no quise compartirlo con una mujer y con hijos.

Con dos años en el sanatorio sabía cómo marchaban las cosas y le dije:

—No me dé el alta.

Me levanté a prueba.

—¿Qué vas a hacer?

—Mejor que usted no lo sepa, así no tendrá ninguna responsabilidad ante la policía, porque no me ha dado el alta, el resto corre de mi cuenta.

Se separa de mi cama y miento si digo que las palabras de ese hombre, que en Santander llamaban *el Dios de la Tierra*, no me emocionaron y las lágrimas se asomaron a mis ojos.

Mis amigos de Santander me prepararon documentación falsa. Petra se fue llevando a su casa lo más necesario, para llevarme. Sor Primi me preguntó:

—¿Cuándo te vas?

—Yo no me voy a ninguna parte

—Pues ¿por qué no están tus cosas en la bolsa?

—Porque se las ha llevado Petra para lavarlas.

—¿Y las fotos y libros también se lavan?

—Bueno, pues sí me voy a ir; ahora vaya y lo diga a ese falangista que hay en la dirección.

—No, hija, no haré tal cosa.

El mes de noviembre, al pasar visita don Víctor, me dice:

—Emilia levántate a prueba, el mes que viene ya veremos cómo te encuentras.

Todo está preparado para la fuga; al día siguiente, poco antes de dar la cena, les digo a mis compañeras que voy al piso de abajo a ver a los niños —era un pabellón de dos pisos; en la planta baja estaban los niños, arriba nosotras—. En el pasillo de la galería estaba sor Primi; me abrazó y me deseó buena suerte.

Años más tarde, supe por ella y por Petra que al día siguiente estaba la policía en el sanatorio; a las dos las molestaron a esta última mucho más, registraron su casa y en su puerta estuvieron durante ocho días. Ella misma me dijo:

—Pasé tanto miedo que hasta se me descompuso el vientre, te buscaban por toda la isla. No podías estar muy lejos después de dos años en cama; de que no te iban a encontrar estaba tranquila...

Cuando salí caminando por aquel camino hacia la barca, al pasar por su puerta sin pararme su marido iba delante de mí, era mi guía, cruzamos en la misma barca, le seguí hasta la estación, subimos al tren siempre sin hablarnos, puso mi paquetito en un asiento y se marchó. Si Eliseo Bayo, antes de escribir su reportaje sobre fugas de presos, me hubiera preguntado cómo fue la mía, no la habría desfigurado (*Interviú*, número 95.9.0.15 de mayo de 1978).

En Santander fui a casa de mi amiga María Cueto; allí por la noche me dio un billete de autocar para Burgos, en los autocares no solían pedir la documentación, por la mañana ella y su cuñada Jovita me sirvieron de guía marchando delante de mí, hasta la estación del autocar. Me acomodé en mi asiento y las vi como si esperasen a alguien hasta que me marchaba sin ningún tropiezo. Gracias a las que hicieron posible mi fuga, no las olvidé ni las olvido, de autocar en autocar llegué a Barcelona.

Al salir del sanatorio, en una estatura de un metro cincuenta y dos, pesaba setenta y tres kilos, y lo peor de todo es que al empezar a caminar me hinché toda, mis pies eran deformes, todas mis articulaciones me dolían a rabiar, lo pasé muy mal, en Barcelona encontré el apoyo de siempre en Luisa, ella se ocupó de transmitir a los camaradas lo que yo pedía: ayuda, no me importaba en qué parte de España, donde estar unos meses hasta recobrar mi estado normal. Según los contactos que tuvo Luisa, se enteró que la policía me estaba buscando, ¿hubo miedo entre los camaradas? No se explica otra cosa; entre los que visitó fue al yerno del *Cua*, José Fábregas; le dio trescientas pesetas de ayuda. Gracias, Pepito.

Con el fracaso de una ayuda que esperaba, la moral, y que no encontré, salí para Madrid, con una idea fija.

Tanto la monja como mis compañeras de Santander, me dijeron:

—¿Por qué no te pasas a Francia? Si te cogen lo vas a pasar mal.

En la práctica, no en lo económico, me podían ayudar, pero yo no quería dejar España; en Barcelona cambié de parecer, me encontraba mal para ir de un sitio a otro, pero quería ver a mi hija, hablar con los abuelos. De Miguel no sabía nada desde aquel 17 de enero del 49, les puse al corriente de mi propósito y creo que se alegraron, la policía les molestaba más por mí que por su hijo. La abuela me dio sus ahorros para pagar el paso de frontera clandestino, vi a mi hija, que ya tenía cinco años y medio y estaba preciosa. La casa en que les vi era planta baja, los niños se la querían llevar a la calle; ella les dijo:

—No, quiero estar con mi mamá. —Y a mí—: Mamá, si vienen los hombres malos a buscarte yo no diré que te he visto.

Los abuelos me prometieron enviarme la niña en cuanto yo estuviera en condiciones para tenerla.

En mayo del 53 ya tenía condiciones, en el 54 había mejorado en un cien por cien, pero una cosa era prometer y otra cumplir. La volví a ver cuando tenía diez años; su padre no la había vuelto a ver desde que tenía once meses; gestiones no faltaron pero... es mejor pasar por alto este capítulo de mi historia personal, que fue tan penoso y desagradable.

De Madrid fui a Santander, esta vez a casa de Jovita, ellas me proporcionaron la casa donde estar en San Sebastián, el contacto del paso y la familia española que me recogería en París, no sin sus pequeños inconvenientes. A primeros de enero del 53 pasé a Francia.

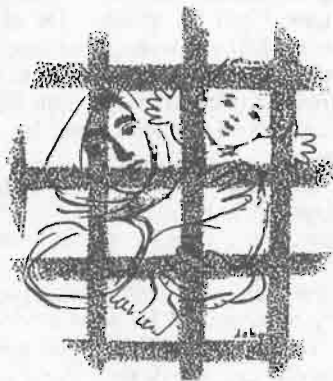
En París me esperaba un miembro de esa familia española, refugiados políticos; el que viene a buscarme es un muchacho que hace poco había salido de la cárcel y también se había pasado; había sido detenido en el valle de Arán. Esta familia santomerina vivía en una barraca de madera, decían que no se instalaban mejor para no gastar más de lo debido y reservar algo para su vuelta a España, pues cada año era el último en el exilio, porque el régimen franquista ya no se tenía de pie; treinta y nueve años tuvieron que esperar. A esta barraca iba durante el día, y a casa de otra familia —esta sí que era una casa—, también de Santander, iba a dormir.

Por mi cabeza daba vueltas una dirección de una estafeta, del nombre sí me acordaba, Emilio Civit. Con ayuda de estos amigos, pronunciando yo muchos nombres raros, sacaron la conclusión de que era La Chopel de la Reina; allí escribí, diciéndole quién era —por esa casa había pasado Miguel— y que me encontraba en París; a las cuarenta y ocho horas se presentó Emilio en la casa.

Yo le pedí que tan pronto pudiera comunicase al Partido mi fuga y que estaba dispuesta a hacer el informe verbal o escrito. Las familias de Santander a esto no me podían ayudar: eran de origen anarquista.

Él no vivía en La Chopel, sino en un pequeño pueblecito muy cerca, donde me llevó con él al ver la situación que tenía y esperando que el Partido diera contestación en un tiempo breve. Así conocí a Pepita, su mujer, y sus hijos, Esperanto y Amor; con ellos estuve algunos días sin contestación a mi petición.

De allí me llevaron a Nemours, con la familia Roig, con los que *Manuel*, Miguel, había vivido unos meses, y constaba como sobrino de Pepita Morello y natural de Bot (Tarragona). Con el matrimonio Roig-Morello vivían su hija Pepita y su marido Joaquín Carreras con sus seis hijos, que preguntaban por su *tiet* Manuel, y yo ingresé en esa familia, la *tieta* Amalia. Los viejos Roig-Morello hace años que han muerto, pero con sus hijos y nietos perdura el "parentesco".



*Con motivo del XX Aniversario
de la terminación de la guerra
pedimos sea acordada la
Amnistía general a todos los
presos políticos y los exilados.*

(firma)

A S. E. EL
JEFE DEL ESTADO

MADRID

Mi vida clandestina en París estaba ligada a la lucha por la amnistía, por la libertad y la democracia de nuestra España, oprimida entonces por la dictadura franquista. En este esfuerzo tuvimos la valiosa ayuda de grandes artistas como Cobo, Picasso, Mentor, Ceballos, Ortega y otros.

Yo seguía sin saber nada del Partido y decidí volver a París. Esta vez me quedaba en la casa donde había estado para dormir; era una señora algo mayor con su hijo peluquero, y comprendí que mi ayuda la agradecía, y yo se la agradecía a ellos.

Por todo París se anunciaba un gran acto en la sala Pleyel (un gran cine) con motivo del 14 de abril, y ese día allí me encaminé, con la esperanza de encontrar a algún conocido. Aquel cine es grandioso, pero si se te caía un alfiler no llegaba al suelo; yo no encontraba una cara conocida entre tanta gente, y al final me oí llamar por mi nombre: era una camarada que había estado en la cárcel de Les Corts, Benedicta González. No habíamos tenido mucho trato, pero lo tuvimos a partir de entonces. Vivía en una habitación de hotel, y cosfa como sastra, tenía una hija y un hijo, le expliqué lo que me pasaba y me dijo:

—Olvídate de momento, que el Partido venga a ti, lo que tienes que hacer es legalizarte como refugiada política.

Me dio la dirección del hotel para que fuera al día siguiente. Ella se compró un traje de chaqueta, zapatos y bolso, y me acompañó a hacer todas las gestiones, quedé legalizada como refugiada política, pero no me querían dar la residencia en París por no tener contrato de trabajo; también esto lo solucionó Bene: en mayo ya tenía casa para servir, unos rusos blancos que trabajaban en un ministerio, tenían un hijo de unos quince años y otro de seis, ella hablaba correctamente español y el pequeño también.

Mi documentación era de viuda y tenía una niña en España de la edad de su hijo. Esta señora se ofreció para que yo tuviera a mi hija conmigo e iría con el suyo al colegio, podría tenerla junto a mí; se lo propuse a los abuelos pero no quisieron o no supieron comprender que la niña debía estar con su madre. Esta faceta de mi vida es solo mía.

En el mes de julio tuve la visita de un camarada, más tarde supe que era Julián Grimau, para que hiciese el informe escrito. ¿Cómo se enteraron dónde estaba? Por la familia Roig: dos de los hijos solteros, Manolo y Chisco, trabajaban en París, vivían en habitaciones de hotel; con ellos me iba los sábados por la tarde, cuando terminaba mi trabajo, a Nemours, y allí pasábamos el domingo: ellos eran mi única familia. Si algún día no iba lo pasaba con Bene.

Entre julio y agosto hice el informe, que el mismo camarada vino a recogerlo. A finales de septiembre, vino Manuel Roig, en la casa que servía le conocían como mi primo. Era la hora de la cena, me dijo si podía bajar al portal, que estaba su madre, le di la llave de la habitación y le dije que subieran; yo estaba dando la cena y subía enseguida; la señora me dijo:

—¿Pasa algo, Amalia?

—No, es que ha venido mi tía y le he dicho que suban a mi habitación.

Cuando subí, al abrir la puerta, no era mi tía, era Miguel al que me encontré, mi impresión fue tal que solo dije: “Tú, tú, tú”, y me quedé casi sin habla quince días: cuatro años y ocho meses hacía que no sabía nada de él.

Según me dijo, cuando yo pasé por Barcelona recién fugada, él también estaba clandestino, en abril fue a París a una reunión, dijo que me había escapado del hospital, le dijeron que ya lo sabían y que estaba en París.

—¿Podré verla?

—No, porque aún no tenemos su informe.

Si no me lo pidieron cómo lo iban a tener; volvió a España y en septiembre volvió para otra reunión y entonces sí que me pudo ver. Fueron unos días de alegría o de pena, pensando en nuestra hija, haciendo mil cálculos de cómo me la podrían traer (de nuevo hablando sobre el caso).

Volvió a Barcelona, pero regresó en las Navidades y Año Nuevo de 1954; yo me despedí de la casa con el tiempo reglamentario y esos días los pasamos en una casita en Saviny, propiedad de un camarada.

Miguel tenía muchas relaciones en París. Al marchar él de nuevo, me dejó en una casa de camaradas que la dirección del Partido utilizaba con mucha frecuencia, Denisse y Juan Torchenky, con dos hijos, Mari-Claude y Bernard; a partir de entonces empezó mi vida clandestina en París y tendría que contar tantas cosas. Después vinieron otros: Claine, Michel e Ives; es mutuo el cariño que nos tenemos, con ellos viví hasta el año 59.

En esos cinco años han pasado muchas cosas; en agosto del 57, al fin teníamos a la niña y a los abuelos ese mes. Marzo del 58: detienen a Miguel en Barcelona, pido inmediatamente pasaporte, con el visto bueno del Partido, claro está, y en enero del 61 regreso a España. Se podría hacer otro libro de mi vida desde el 53, de mi llegada a Francia, y desde el 61 hasta el 20 de septiembre que Miguel sale de Burgos. También desde enero del 69, estado de excepción, de nuevo a la clandestinidad en Barcelona, dejando nuestra casita, hasta primeros del 76. Ha muerto el dictador, y previa documentación legal, volvemos a casa. Seguimos luchando por la amnistía de los presos políticos, por la libertad y la democracia, por la legalización de nuestro Partido, y hoy seguimos luchando por la paz.

Paz y democracia por todos los pueblos oprimidos. Paz para todo el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALDE, Carmen (1976), *La mujer en la guerra civil española*, Madrid, Cambio16.
- ALMODÓVAR, Miguel Ángel (2003), *El hambre en España*, Madrid, Oberón.
- ARNÁIZ, Aurora (1996), *Retrato hablado de Luisa Julián*, Madrid, Compañía Literaria.
- AZAÑA, Manuel (1976), *Memorias políticas y de guerra*, Madrid, Río Saja.
- (2000), *Diarios Completos. Monarquía, República, guerra civil*, Barcelona, Crítica.
- BACCA DOWDEN, Mavis (1994), *Acusada d'espia a la Barcelona franquista, 1939-1943*, Barcelona, Pòrtic.
- BAREA, Arturo (1959), *La forja de un rebelde*, México, Montjuich.
- BAROJA, Carmen (1998), *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*, Barcelona, Tusquets.
- BARRANQUERO, Encarnación (1994), *Mujer, cárcel, franquismo: la prisión provincial de Málaga (1937-1945)*, Málaga, Diputación Provincial.
- BLANCO, Carlos; Manuel BALLESTEROS y Julia VIGRE (2001), *Memoria viva de los exilios*, Madrid, Entimema.
- BJÖRNSEN DE WEDEL, Herta (1941), *Cárcel de Ventas*, Madrid, Aguilar.
- CASTRO, Nieves (1981), *Una vida para un ideal: recuerdos de una militante comunista*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- CHIAPUSO, Manuel (1980), *Oposición popular y cárceles de la República*, Donostia, Lur.
- CALCERRADA BRAVO, Justo, y Antonio ORTIZ MATEOS (2001), *Julia Manzanal, Comisario Chico*, Madrid, Fundación Domingo Malagón.
- CORA, María Manuela de (1984), *Retaguardia enemiga*, Madrid, Altalena.
- DI FEBO, Giuliana (1979), *Resistencia y movimiento de mujeres en España 1936-1976*, Barcelona, Icaria.
- DOÑA, Juana (1978), *Desde la noche y la niebla (mujeres en las cárceles franquistas). Novela-testimonio*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- (2003), *Querido Eugenio*, Barcelona, Lumen.
- CUEVAS, Tomasa (1985), *Cárcel de mujeres (1939-1945)*, t. I, Barcelona, Sirocco.
- (1985), *Cárcel de mujeres (Ventas, Segovia, Les Corts)*, tomo II, Barcelona, Sirocco.
- (1986), *Mujeres de la resistencia*, Barcelona, Sirocco.
- FALCÓN, Irene (1996), *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy.

- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, José (1990), *Mi infancia en Moscú. Estampas de una nostalgia*, Madrid, El Museo Universal.
- (1999), *Memorias de un niño de Moscú. Cuando salí de Ablaña*, Barcelona, Planeta.
- FIDALGO, Pilar (s. f.), *Une jeune mère dans les prisons de Franco*, París, Éditions des Archives Espagnols.
- FONSECA, Carlos (2004), *Trece rosas rojas*, Madrid, Temas de hoy.
- FORMICA, Mercedes (1982), *Visto y vivido, 1931-1937*, Barcelona, Planeta.
- (1984), *Escucho el silencio*, Barcelona, Planeta.
- GARCÍA, Consuelo (1982), *Las cárceles de Soledad Real: una vida*, Madrid, Alfaguara Nostromo.
- GARCÍA BLANCO-CICERÓN, Jacobo (1985), “Las Trece Rosas”, *Historia 16*, 106 (febrero de 1985).
- GARCÍA GARCÍA, Regina (1952), *Yo he sido marxista. El cómo y el porqué de una conversión*, Madrid, Editora Nacional.
- GARCÍA SEGRET, Josefa (1982), *Abajo las dictaduras*, Vigo, ed. de la autora.
- GONZÁLEZ DURO, Enrique (2003), *El miedo en la posguerra*, Madrid, Oberón.
- GUZMÁN, Eduardo de (1972), *Aurora de Sangre*, Madrid, G. del Toro.
- (1974), *El año de la victoria*, Madrid, G. del Toro.
- (1983), *La Segunda República fue así*, Barcelona, Planeta.
- HERNÁNDEZ HOLGADO, Fernando (2003), *Mujeres encarceladas: la prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941*, Madrid, Marcial Pons.
- GINARD I FERÓN, David (1994), *L'esquerra mallorquina i el franquisme*, Palma de Mallorca, Documenta Balear.
- (2000), *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942)*, Palma/Madrid, Compañía Literaria/Documenta Balear.
- (2002), “Matilde Landa i la presó de les dones de Palma”, en SOBREQUÉS I CALLICÓ, Jaume; Carme MOLINERO y Margarida SALA (eds.), *Els Camps de concentració i el món penitenciari a Espanya durant la guerra civil i el franquisme*, Barcelona, Crítica, pp. 593-603.
- IBÁRRURI, Dolores (1963), *El único camino. Memorias de la Pasionaria*, México, Era.
- (1977), *Memorias de Dolores Ibárruri, Pasionaria. La lucha y la vida*, Barcelona.
- ITURBE, Lola (1974), *La mujer en la lucha social*, México, Editores Mexicanos Unidos.
- KENT, Victoria (1931), “Hombres y prisiones”, *La Voz* (10 de agosto de 1931).
- (1976), “Victoria Kent: una experiencia penitenciaria”, *Tiempo de Historia*, 17.
- (1978a), *Cuatro años de mi vida, 1940-1944*, Barcelona Bruguera.
- KENT, Victoria (1978b), “Las reformas del sistema penitenciario durante la Segunda

- República”, *Historia* 16, núm. extr. VII (octubre de 1978), pp. 101-112.
- KOLTISOV, Mijaíl (1961), *Diario della guerra di Spagna*, Milán Schwartz.
- LARUELO ROA, Marcelino (1999), *La libertad es un bien muypreciado*, Gijón, Marcelino Laruelo Roa.
- LEIVA, José E. (1948), *En nombre de Dios, de España y de Franco: memorias de un condenado a muerte*, Buenos Aires, Unión Socialista Libertaria.
- LEÓN, María Teresa (1982), *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Bruguera.
- LEVI, Primo (2001), *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernardo (1992), *En las Cárceles de Franco no vi a Dios: memorias de la represión carcelaria (1939-1943)*, Barcelona, Ketres.
- MALONDA, Ángeles (1983), *Aquello sucedió así*, Madrid, ACOFARMA.
- MACHADO, José (1971), *Últimas soledades del poeta Antonio Machado. Recuerdos de su hermano José*, Soria, s. n.
- MANAUT, José (2002), *José Manaut. Óleos y dibujos desde la prisión, 1943-1944*, Valencia, Universitat de València/Universidad Carlos III de Madrid.
- MARTÍN RAMOS, José Luis, y Gabrile PERNAU (2003), *Les veus de la presó. Històries viscudes per 36 lluitadors antifranquistes*, Barcelona, Edhasa/La Campana.
- MARTÍNEZ SIERRA, María (1989), *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia.
- MERA, Cipriano (1976), *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Châtillons-sous-Bagneux, Ruedo Ibérico.
- MILLÁN ASTRAY, Pilar (1940), *Cautivas. 32 meses en las prisiones rojas*, Donostia, Saturnino Calleja.
- MOLINA, Juan M. (1958), *Noche sobre España: siete años en las prisiones de Franco*, México, Libro Mex, pp. 340-350.
- NASH, Mary (1989), *Las mujeres en la guerra civil (catálogo de la exposición)*, Salamanca, Ministerio de Cultura.
- (1993), “Maternidad, maternología y reforma eugénica en España (1900-1939)”, en DUBY, Georges, y Michelle PERROT, *Historia de las mujeres en Occidente. Siglo XX*, Madrid, Taurus.
- (1995), *Defying male civilization: women in the Spanish civil war*, Denver, Arden.
- (1997), “Pronatalismo y maternidad en la España franquista”, en BÖCK, Gisela, y Pat THANE (eds.), *Maternidad y políticas de género. La mujer en los estados de bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra/Instituto de la Mujer, pp. 279-307.
- NASH, Mary (1999), *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*, Madrid, Taurus.
- , y Susanna TAVERA (eds.) (2003), *Las mujeres y las guerras. El papel de las*

mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea, Barcelona, Icaria.

- NÚÑEZ, Mercedes (1967), *Cárcel de Ventas*, París, Librairie du Globe.
- (1980), *El carretó dels gossos. Una catalana a Ravensbrück*, Barcelona, Edicions 62.
- NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta (2003), *Mujeres clandestinas en el franquismo*, Madrid, Oberón.
- (2004), *Los años del terror. La estrategia de dominio y represión del general Franco*, Madrid, La esfera.
- , y Antonio ROJAS FRIEND (1993), “Las Trece Rosas. Nuevas revelaciones sobre su ejecución”, *Historia* 16, 205.
- , y Antonio ROJAS FRIEND (1993), “Consejo de guerra. Los fusilamientos en el Madrid de la posguerra, 1939-1945”, Madrid, Compañía Literaria.
- O’NEILL, Carlota (1979), *Una mujer en la guerra de España*, Madrid, Turner.
- PAMIÉS, Teresa (1975), *Cuando éramos capitanes (memorias de aquella guerra)*, Barcelona, Dopesa.
- (1986), *La chivata*, Barcelona, Planeta.
- PORCEL, Baltasar (1971), “Encuentro con Victoria Kent”, *Destino*, 1784 (11 de diciembre de 1971).
- PRIMO DE RIVERA, Pilar (1983), *Recuerdos de una vida*, Madrid, DYRSA.
- REAL, Soledad; Margarita ABRIL e Isabel VICENTE (1991), “Las mujeres en la inmediata posguerra”, en VV AA (1991), pp. 317-321.
- RIERA, Ignasi (coord.) (2001), *Notícia de la negra nit. Vides i veus a les presons franquistes (1939-1959)*, Barcelona, Diputació.
- RODRIGO, Antonina (1996), *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*, Madrid, Compañía Literaria.
- (2002), *Una mujer libre: Amparo Poch Gascón, médica y anarquista*, Barcelona, Flor del Viento.
- RODRÍGUEZ CHAOS, Melquesídez (1976), *24 años en la cárcel*, Bucarest, Ebro.
- RODRÍGUEZ VEGA, José (1984), “Notas autobiográficas”, *Estudios de Historia Social*, 30 (julio-septiembre de 1984), pp. 267-346.
- ROMEU ALFARO, Fernanda (1984), *El silencio roto. Mujeres contra el Franquismo*, Madrid, s. n.
- RUFAT, Ramón (1966), *En las prisiones de España*, Puebla, Cajica.
- SAN JOSÉ, Diego (1988), *De cárcel en cárcel*, La Coruña, Edición do Castro (“Documentos para la historia contemporánea de Galicia”, 49).
- SENDER, Ramón J. (1978), *Contraataque*, Salamanca, Almar.
- SOLÉ I SABATÉ, Josep M. (dir. y coord.) (2000), *Historia de la presó Model de Barcelona*, Lérida, Pagés.

- SIURANA, Elvira (1989), “La conciencia de la opresión. Manolita del Arco”, *Poder y Libertad*, II (2º semestre 1989), pp. 60-63.
- TAGUEÑA LACORTE, Manuel (1978), *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta.
- TOMÉ RUIZ, Amancio (1960), *Amancio Tomé: pequeña historia de su vida profesional* (un ensayo de relato biográfico), Madrid, s. n.
- (1963), *Un testimonio que dice la verdad y unas lecciones que pueden ser aprovechables para los funcionarios de prisiones*, Madrid, s. n.
- TORRES, Rafael (2002), *Víctimas de la victoria*, Madrid, Oberón.
- VIGRE, Julia (2001), “El exilio interior”, en BLANCO, Carlos; Manuel BALLESTEROS y Julia VIGRE, *Memoria viva de los exilios*, Madrid, Entimema.
- VINYES, Ricard (2001), “Nada os pertenece... Las presas de Barcelona, 1939-1945”, *Revista de càstig (les presons franquistes, 1939-1959)*, en RIERA (2001), pp. 41-61.
- (2002), *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*, Madrid, Temas de Hoy.
- (2003), “El Universo penitenciario durante el franquismo”, en SOBREQÜES I CALLICÓ, Jaume; Carme MOLINERO y Margarida SALA (eds.), *Una inmensa prisión: los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, pp. 155-175.
- ; Montserrat ARMENGOU y Ricard BELIS (2002), *Los niños perdidos del franquismo*, Barcelona, Plaza y Janés.
- VV AA (1991), *Las mujeres y la guerra civil española. III Jornadas de estudios monográficos (Salamanca, octubre de 1989)*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- ZUGAZAGOITIA, Julián (1977), *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Crítica.

ÍNDICE DE CÁRCELES DE MUJERES

- Albacete, 403
Alcalá de Henares, 145, 146, 239, 397, 411, 425, 434, 435, 439, 594, 613, 631, 632, 649, 650, 708, 744, 745, 751, 752, 764, 804, 805
Alcázar de San Juan, 389, 697, 838
Alicante, 403
Alicante, Prisión Provincial, 76
Amorebieta, 11, 71, 77, 78, 81, 84, 124, 159-161, 181, 192, 209-212, 214, 216, 217, 218, 221, 223, 226, 227, 232, 241, 243-250, 276, 283, 292, 293, 307, 308, 321, 331, 361, 374, 375, 388, 393, 405, 440, 450, 451, 445, 502, 692, 699, 729, 740, 741, 758, 760
Andújar, 686
Ávila, 291, 762
Barbastro, 160, 216, 217, 218, 648
Barbastro, las Claras, 648
Barcelona, 231, 252, 253, 256
Barcelona, Les Corts, 11, 76, 204, 205, 320, 329, 331, 415-419, 450, 501, 502, 505, 507, 509, 511, 513, 514, 515, 525, 529, 533, 537-542, 548, 549, 551, 552, 554, 556, 557, 562, 564, 569-572, 574, 576, 838, 841, 856, 899
Barcelona, Modelo, 411, 415, 418, 478, 479, 556, 561, 564, 569, 639, 641, 642, 844
Barcelona, Trinidad, 556
Bilbao, Chalet Orúe, 134, 135, 136, 143, 156, 178, 180, 760
Bilbao, Larrínaga, 77, 215, 221, 291, 307, 374
Brihuega, 71, 297
Burgos, 83, 291, 604
Burgos, Santa Águeda, 768, 773, 776, 779, 780
Cáceres, 76, 244, 372
Cádiz, 695
Calatayud, 272
Canarias, 276
Caspe, 647
Ciudad Real, 165, 758
Córdoba, 389-391, 703
Cuéllar, Sanatorio Penitenciario Antituberculoso, 255, 573
Durango (convento de las Francesas), 11, 76, 83, 85, 92, 93, 98, 118-125, 127, 132, 134, 135, 146, 147, 149, 154, 155, 156, 159, 160, 165, 178, 181, 221, 499, 692, 699, 729, 739
Figueras, 529
Gerona, 193, 196, 204, 216, 231, 233, 320, 523-525, 527, 651
Getafe, 177
Guadalajara, Prisión Militar, 46, 98, 113
Guadalajara, Prisión Provincial, 11, 46, 76-78, 83, 85, 89, 91, 95, 98, 99, 101-105, 106, 113, 117, 320, 299, 892

Jaén, 690
Jaén, Santa Clara, 690, 694, 696
Lillo, 151
Linares, 389, 390, 686, 697
Logroño, 372
Madrid, 699, 758
Madrid, Claudio Coello, 329, 697
Madrid, Escuela de Santa María, 67, 200, 201, 202
Madrid, Las Salesas, 157, 201, 202, 237, 282, 320, 444, 522, 757
Madrid, Prisión Maternal, 146, 273, 321, 322, 367-371
Madrid, Ventas, 11, 60, 81, 83, 85, 118-120, 126, 128, 130, 131, 132, 134, 136, 137, 160, 177, 200, 201, 203, 204, 206, 217, 221, 222, 228, 229, 235, 237, 239, 249-255, 259, 267-269, 273, 275-277, 290, 292-294, 300, 301, 305, 306, 308, 311, 320, 321, 326-329, 332-335, 342, 343, 351, 352, 353, 356, 358, 361, 363, 367, 368, 371-373, 376, 381-389, 391, 393, 394, 401, 403, 409, 418-427, 430, 432, 439-445, 447, 450, 453, 457, 463, 464, 473, 475, 476, 504, 507, 508, 520-522, 542, 557, 604, 697, 698, 704, 708, 713-716, 718, 721, 727, 728, 733, 739, 742, 744, 748-751, 755-759, 761, 762, 783, 804, 805, 809, 812, 813, 831, 856
Madrid, Yserías, 304, 305
Málaga, 146, 256, 276, 286, 294, 388, 389, 391, 393, 703, 708
Manresa, 838
Mérida, 242-244
Murcia, 220
Ocaña, 150, 153-155, 160, 195, 205, 206, 237, 718-721, 743, 783
Ondarreta, 739
Oviedo, 207, 758
Palma de Mallorca, 231, 232, 235, 276, 285, 329, 330, 331, 340, 352, 446-451, 564, 699, 742
Quintanar de la Orden, 150, 783
Reus, 320, 541
Santa Eulalia, 818
Santander, Prisión Provincial, 11, 83, 85, 110, 124, 159, 192, 206, 209, 210, 288
Santander, Salesianos, 183-193, 195, 895
Saturrarán, 71, 81, 124, 160, 161, 178, 179, 181, 193, 217, 218, 241, 246, 247, 276, 286, 290, 321, 331, 332, 406, 449-451, 697-699, 715, 717, 739-741, 742, 776
Sedano, 779
Segovia, 11, 146, 249, 252, 255-260, 273, 290, 293, 294, 304, 306, 308, 335-337, 356, 357, 376, 391, 393-397, 427, 428, 429, 432, 434, 435, 440, 543, 631, 650, 703, 721, 744, 783, 804, 805, 806, 809, 812, 813
Sevilla, 393, 674
Tarragona, 204, 276, 320, 523
Toledo, 160
Valencia, 602, 605, 617, 627, 628, 637, 784, 804
Valencia, Cárcel Provincial de Mujeres, 641, 644, 645, 671, 677, 790, 792, 793, 796, 800, 803, 808, 809

Valencia, Modelo, 787, 793, 800, 811
Valencia, Santa Clara, 639, 644, 671, 792, 793, 795, 796, 800, 802, 803, 816, 814,
819, 820
Valladolid, 291
Ventas, 650, 659
Yeserías, 744, 856
Zaragoza, 829, 830
Zaragoza, Predicadores, 230, 231, 373, 418, 463, 647, 654, 728, 729, 831
Zaragoza, Torrero, 76, 254, 647, 651, 831

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE LAS MUJERES MÁS REPRESENTATIVAS

- Abad, Cecilia, 72, 83, 84, 893
Abarca, Adelaida, *Delí*, 502-504, 509, 510, 513, 514, 515, 517-531, 534, 535, 536,
540, 541, 557, 562, 571-573
Abuela Apolinaria, la, 283
Abuela Brígida, la, 280
Abuela Canuta, la, 280, 281
Abuela Saturia, la, 283, 284
Albelda, Elvira, 267, 306, 328, 383, 384, 403, 404, 424, 799, 801
Aldea, Pura de la, 505, 507, 508, 521, 522, 552, 557, 572, 736, 760
Alonso, Cloti, 712-718
Alonso, las, 288, 289
Amparo, 287
Anastasia, 286
Andrés, María, 101, 104, 106, 108, 111, 112, 795
Añó, María, 792-795
Arco, Manolita del, 9, 10, 12, 145, 147, 148, 308, 381, 439, 618, 631
Arranz, Amparo, 574-581
Azati, Magda, 355, 356, 795, 802-807
Azati, Paz, 347-359, 642, 804, 805
Beneito, Josefa, *la Abanderada*, 411, 429, 432, 627-632, 709, 751, 752
Blázquez, María, 134, 135, 145-148, 395, 613, 618, 704, 751-753
Boscá, Amalia, 795-796
Buñuel, Concha, 828-836
Caamaño, Carmen, 372, 422, 759
Calvo, Pilar, 159-161
Campos, Carmen, 807, 808
Casas, Carmen, *la Enfermera de Aragón*, 651-656, 836
Castiello, las, 284, 285
Cerdeño, Cecilia, 308, 411, 718-722
Cernuda, Flor, 149-157
Chicharro, Carmen, 192, 722-733
Chicharro, Mercedes, 722-733
Comadrona, la, 757-762
Condenadas a muerte, las, 277
Cuesta, María del Carmen, 195-207, 521, 642
Cueto, Gloria, 250, 259, 268, 468, 462, 472
Cuevas, Petra, 304, 333, 361-379, 403, 759
Dapena, María Francisca, 752, 754
Delgado, Adelina, *la Madre*, 621-627, 636, 637, 641, 642
Díaz, Carmen, *Fernández*, 667-679
Díaz, Josefina, *Pilar de Aragón*, 658
Doménech, María, 551, 567, 580

Doña, Juana, 23, 613, 618, 619, 733
Estruch, Rosa, 641-646
García Negrete, Lola, 687-689, 695
García Pariente, Julia, 84-87, 213, 854, 894
García, Antonia, *Toñi*, 235, 321-346, 406, 420, 421, 428-431, 437, 438
Gitana, la, 282
Gómez, Mercedes, 268, 294, 295, 308, 336, 337, 353, 355, 542, 632, 805
González, las, 288
Guerra, María, 340, 444
Hernández, Teresa, 229, 548, 551-553, 557, 562, 565-574, 581
Huelgas, Isabel, 281
Izquierdo, Carmen, 630, 636, 642
Juárez, Encarna, 681-705
Lacrampe, María, 762-765
Landa, Matilde, 231, 232, 235, 276, 278-280, 340-342, 351-353, 447, 448, 449, 564, 697, 699, 713-715
Letón, Manuela, 108, 109, 111, 115-118, 181, 190
Lirola, Josefa, 796-798, 801
López, Pascuala, 68-73
Luque, Salvadora, 97-99
Machado, Carmen, 127-143, 155, 312, 521
María y su madre, 289, 290
Marrón, Teresa, 268, 441, 452, 453, 715
Martín, Julia, 790, 791, 809, 811-814
Martínez, Alicia (una de *las Alicia*s), 249, 314, 315, 319, 320, 504, 505, 557, 562
Martínez, Amada, 593, 605, 609, 610, 613-619, 622-625, 633, 636, 640, 642, 752
Martínez, Angelita, 148, 593, 622-625, 636, 640
Martínez, Esperanza, 593-611, 613, 616, 619, 622-623, 625, 636, 640-642, 751
Martínez, María, 593, 623-625, 636
Martínez, Victoria, 825-828
Millán Astray, Pilar, 281
Molina, Paquita, 439, 440
Montero, Remedios, 594-599, 601-605, 609-619, 636, 640-642
Montoro, Enriqueta, 507, 546, 548, 552, 557
Mora, Angeles, 163-167
Morales, Amalia, 113, 213, 214, 297, 333, 893
Morcillo, Natividad, 241-248
Moreno, Manuela, *la Roja de Maella*, 647-651
Mujer asturiana, la, 282
Nolasco, Gloria, 191, 209, 212, 217, 218, 249, 253
Odena, Lina, 658, 668
Orozco, Carmen, 348, 618, 630, 794, 796, 803, 812
Ortiz, Ana María, 788-792
Palacios, Alicia (una de *las Alicia*s), 249, 314, 315, 319, 320, 504, 505, 557, 562
Pascual, Pilar, 219-229
Pelayo, Raquel, 509, 512, 526, 537-539, 554, 559, 562, 564, 565
Pérez Medel, Josefa, 742-746

Pérez, Carmen, 767-777
 Pérez, Mercedes, 504, 509, 512, 514, 526, 536, 537-545, 552, 557, 559, 560, 562, 564, 565, 827, 856
 Pérez, Teo, 537-545
 Picazo, Daniela, 181, 209, 213, 217, 218, 254, 302, 306
 Pola, 285
 Pujolar, Victoria, 504, 509, 511-514, 518, 525, 526, 529, 530, 533, 534, 536, 537-545, 554, 557-565
 Puntós, Florinda, 249, 268, 306-309, 751
 Querol, Milagros, 791, 814-824
 Ramis, Angelita, 518, 525, 526, 527, 529-537, 540, 563-565, 571, 572
 Real, Soledad, 297, 298, 316, 411, 463, 547, 553, 618, 631
 Rebaque, Matilde, 281
 Reinosa, Josefina, 755-757
 Rey, María del, 282
 Reyes, Amparo, 783-788
 Riera, Carmen, 798-802
 Rojo, Blasa, 71, 75-80, 105, 113, 210
 Rojo, Domi, 75-81
 Rosita, 286
 Rovira, Matilde, *la Novia*, 632-638, 642
 Salvo, María, *Cionin*, 12, 302, 308, 339, 409, 411, 553, 631
 Sampere, Ángela, 790, 791, 808-814, 822
 Sánchez Arbós, María, 327, 341
 Sánchez, Agustina, 227-239
 Sánchez, Margarita, 165, 606, 632, 707-712, 746, 748-751, 753
 Sánchez, Rosario, *la Dinamitera*, 169-180
 Santamaría, Ángela, 657-667, 670, 671, 789, 790
 Santamaría, Rosaura, 777-781
 Soto, María, la de entre Valencia y Aragón, 623, 636, 638-642, 643
 Torre, Julia de la, 738-742
 Trece Rosas, las (las Trece Menores, las Menores), 277-280, 299, 295, 302, 323, 356, 359, 562, 697, 728, 733
 Una penada común, 282, 283
 Uribe, Creencia, 308, 660, 661, 665, 669, 788, 789, 791
 Valés, María, 159, 254, 255, 267, 297-317, 335, 339, 343, 893
 Vázquez, Angelines, *Nines*, 339, 352, 403, 404, 448, 699, 713, 716
 Veciana, Josefina, 836-839
 Verguizas, Consuelo, 103, 124, 181, 188, 189, 209, 213, 217
 Vicente, Isabel, 504, 545-557, 563, 567
 Vigre, Julia, 307, 422
 Villa, Josefina Amalia, 10, 12, 251-253, 259, 303, 307, 343, 344, 353, 432
 Villa, Soledad, 67, 101, 104, 106, 108, 113, 118, 119
 Viudas, las, 287
 Vives, Mari Carmen, 128-130, 201
 Waldemer, Mercedes, 91, 92
 Waldemer, Nieves, 91-95





Se incluye en este volumen la colección de *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*, que fueron publicados por Ediciones Sirocco en tres tomos diferentes a lo largo de los años 80 y tuvieron muy poca difusión. Es esta, pues, una reedición necesaria para recuperar la memoria de tantas mujeres que, como las que aquí se recuerdan, dieron su vida por la libertad y en las prisiones franquistas dejaron lo mejor de sus días.

Tomasa Cuevas Gutiérrez (Brihuega, Guadalajara, 1917) es la mujer que durante años recorrió los distintos pueblos de España recabando los testimonios que hoy ven la luz. En la actualidad, a sus 87 años, en una silla de ruedas y con dificultades de audición, aún aparece como la mujer fiera e indomable que entregó su vida por una causa: la libertad, y que, víctima del machismo y la injusticia histórica, espera, no sin rebelarse, el final de una vida olvidada por tantos y utilizada por todos.

Jorge J. Montes Salguero es profesor titular de Historia del Derecho y las Instituciones en la UNED. Estudioso de temas de género, en especial de la mujer republicana, fruto de su compromiso social ha publicado, entre otros artículos, "El universo femenino de la República" (Madrid, 2003) y "¿Es posible tanta intolerancia? Las mujeres en las cárceles franquistas" (Madrid, 2004), y ha preparado de forma desinteresada esta edición. Ha sido secretario general de su Universidad y, en la actualidad, es vicerrector de Alumnos de la misma.



INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES
Diputación de Huesca



21693

Instituto Estudios Altoaragoneses